



Henry Kissinger

DIPLOMACIA

«Los hombres de Estado serán juzgados por la historia en función de su habilidad para asegurar los cambios y, sobre todo, por su capacidad para preservar la paz.»

Henry Kissinger

Título original: *Diplomacy*

Traducción: Mónica Utrilla

1.^a edición: enero 1996

© 1994 by Henry A. Kissinger

© Ediciones B, S.A., 1996

Bailén, 84 ? 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain

ISBN: 84-406-6137-1

Depósito legal: B. 48.592-1995

Impreso por Talleres Gráficos «Dúplex, S.A.»

Ciudad de Asunción, 26-D

08030 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A los hombres y mujeres del Servicio Exterior
de los Estados Unidos de América, cuya profesionalidad
y dedicación sostienen la diplomacia norteamericana

El nuevo orden mundial

Casi como por efecto de alguna ley natural, en cada siglo parece surgir un país con el poderío, la voluntad y el ímpetu intelectual y moral necesarios para modificar, según sus propios valores, todo el sistema internacional. En el siglo XVII, Francia, encabezada por el cardenal Richelieu, dio un enfoque moderno a las relaciones internacionales, basado en la nación-Estado y motivado por intereses nacionales como su propósito supremo. En el siglo XVIII, Gran Bretaña introdujo el concepto de equilibrio del poder, que dominó la diplomacia europea durante los siguientes doscientos años. En el siglo XIX, la Austria de Metternich reconstruyó el Concierto de Europa, y la Alemania de Bismarck lo desmanteló, convirtiendo la diplomacia europea en un frío juego de política del poder.

En el siglo XX, ningún país ha influido tan decisivamente, y al mismo tiempo con tanta ambivalencia, en las relaciones internacionales como los Estados Unidos. Ninguna sociedad ha insistido con mayor firmeza en lo inadmisibles de la intervención en los asuntos internos de otros Estados, ni ha afirmado más apasionadamente que sus propios valores tenían aplicación universal. Ninguna nación ha sido más pragmática en la conducción cotidiana de su diplomacia, ni más ideológica en la búsqueda de sus convicciones morales históricas. Ningún país se ha mostrado más renuente a aventurarse en el extranjero, mientras formaba alianzas y compromisos de alcance y dimensiones sin precedente.

Las singularidades que los Estados Unidos se han atribuido durante toda su historia han dado origen a dos actitudes contradictorias hacia la política exterior. La primera es que la mejor forma en que los Estados Unidos sirven a sus valores es perfeccionando la democracia del propio país, actuando así como faro para el resto de la humanidad; la segunda, que los valores de la nación le imponen la obligación de defenderlos en todo el mundo, como si de una cruzada se tratara. Desgarrado entre la nostalgia de un pasado prístino y el anhelo de un futuro perfecto, el pensamiento norteamericano ha oscilado entre el aislacionismo y el compromiso, aunque desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hayan predominado las realidades de la interdependencia.

Ambas escuelas de pensamiento, la de los Estados Unidos como faro y la de los Estados Unidos como cruzado, consideran normal un orden global internacional fundamentado en la democracia, el libre comercio y el derecho internacional. Sin embargo, como tal sistema no ha existido nunca, a menudo esta evocación les parece utópica, por no decir ingenua, a otras sociedades. El escepticismo extranjero, no obstante, nunca hizo mella en el idealismo de Woodrow Wilson, Franklin Roosevelt o Ronald Reagan ni tampoco en el de ningún otro presidente norteamericano del siglo XX. Si algo ha hecho, ha sido intensificar la fe del país en que es posible superar la historia, y en el razonamiento de que si el mundo realmente desea la paz, tendrá que aplicar las prescripciones morales que defienden los Estados Unidos.

Ambas escuelas de pensamiento son producto de la experiencia norteamericana. Aunque han existido otras repúblicas, ninguna fue creada conscientemente para encarnar la idea de libertad. Sólo la población de este país decidió encabezar un nuevo continente y civilizar sus regiones despobladas en nombre de una libertad y prosperidad comunes para todos. Así, ambos enfoques, el aislacionista y

el misionero, tan contradictorios en apariencia, reflejaron una creencia común subyacente: que los Estados Unidos poseían el mejor sistema de gobierno del mundo, y que el resto de la humanidad podría alcanzar la paz y la prosperidad si abandonaba la diplomacia tradicional y reverenciaba el derecho internacional y la democracia como lo hacían los norteamericanos.

El paso de los Estados Unidos por la política internacional ha representado el triunfo de la fe en sus valores sobre la experiencia. Desde que entraron en la escena de la política mundial, en 1917, han sido tan predominantes en su fuerza, y por ello han estado tan convencidos de lo justo de sus ideales, que los principales acuerdos internacionales de este siglo han sido encarnaciones de los valores norteamericanos: desde la Sociedad de Naciones y el Pacto Kellogg-Briand hasta la Carta de las Naciones Unidas y el Acta Final de Helsinki. El desplome del comunismo soviético fue la confirmación intelectual de los ideales norteamericanos, e irónicamente puso a los Estados Unidos ante el tipo de mundo del que habían estado tratando de escapar a lo largo de su historia. En el orden internacional naciente, ha resurgido el nacionalismo. Las naciones han buscado con mayor frecuencia su propio interés y no los principios elevados, y han competido más que cooperado. Nada nos indica que esta antiquísima conducta haya cambiado, ni que probablemente cambie en los decenios que se avecinan.

Lo que sí es nuevo en el naciente orden mundial es que, por primera vez, los Estados Unidos no pueden retirarse del mundo ni tampoco dominarlo. Esta nación no puede modificar la forma en que ha concebido su papel a lo largo de su historia, ni lo desea. Cuando los Estados Unidos entraron en la escena internacional era un país joven y robusto, y tenían la fuerza necesaria para hacer que el mundo adoptara su visión de las relaciones internacionales. En efecto, al término de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, los Estados Unidos eran tan poderosos (en cierto momento, casi el 35 % de la producción económica mundial era norteamericana), que pareció que este país estaba destinado a modelar el mundo de acuerdo con sus preferencias.

En 1961, John F. Kennedy declaró confiado que los Estados Unidos eran tan fuertes que «pagarían cualquier precio y soportarían cualquier carga» por asegurar el triunfo de la libertad. Tres decenios después, no se encuentran en la misma posición para poder insistir en la realización inmediata de todos sus deseos. Otros países han llegado a la categoría de grandes potencias. Hoy, los Estados Unidos se enfrentan al desafío de alcanzar sus metas por etapas, cada una de las cuales es una amalgama de valores norteamericanos y necesidades geopolíticas. Una de las nuevas necesidades es que un mundo que abarca varios Estados de fuerzas comparables debe fundamentar su orden en algún tipo de concepto del equilibrio..., idea con la que nunca se han sentido cómodos los Estados Unidos.

Cuando la concepción norteamericana de la política exterior y las tradiciones diplomáticas europeas se encontraron en la Conferencia de Paz de París, en 1919, saltaron a la vista sus diferencias en experiencia histórica. Los dirigentes europeos intentaron renovar el sistema existente, según los métodos ya familiares, y los pacificadores norteamericanos creyeron que la Gran Guerra no era el resultado de intratables conflictos geopolíticos sino de las deficientes prácticas europeas. En sus célebres Catorce Puntos, Woodrow Wilson les dijo a los europeos que en lo sucesivo el sistema internacional no debía basarse en el equilibrio del poder, sino en la autodeterminación étnica; que su seguridad no debía depender de alianzas militares, sino de una seguridad colectiva, y que su diplomacia ya no debía ser dirigida en secreto por expertos sino con «acuerdos abiertos, a los que se haya llegado sin reserva». Evidentemente, si Wilson había llegado a discutir tanto no fue por las condiciones necesarias para poner fin a una guerra ni para restaurar el orden internacional, sino para reformar todo el sistema de relaciones internacionales que se había practicado durante casi los

últimos tres siglos.

Siempre que los norteamericanos han reflexionado sobre la política exterior han llegado a la conclusión de que las congojas de Europa han sido causadas por el sistema de equilibrio del poder. Y desde que Europa empezó a preocuparse por la política exterior norteamericana, los dirigentes europeos han visto con malos ojos la autodesignada misión norteamericana de implantar una reforma global. Cada bando se ha comportado como si el de enfrente hubiese escogido a voluntad su modo de conducta diplomática y hubiese podido, de haber sido más sabio y menos belicoso, seleccionar algún otro método mejor.

De hecho, tanto el enfoque norteamericano como el europeo sobre política exterior fueron producto de sus propias circunstancias peculiares. Los norteamericanos habitaban un continente casi desierto, protegido contra las potencias depredadoras por dos vastos océanos, y tenían por vecinos a países débiles. Como los Estados Unidos no tenían que enfrentarse a ninguna potencia que hubiese que contrarrestar, difícilmente se habrían preocupado por los desafíos del equilibrio incluso en el hipotético caso de que sus dirigentes hubiesen tenido la extravagante idea de reproducir las condiciones de Europa en un pueblo que le había dado la espalda al Viejo Continente.

Los angustiosos dilemas de la seguridad que atormentaron a las naciones europeas casi no afectaron a los Estados Unidos durante ciento cincuenta años. Y cuando lo hicieron, los Estados Unidos participaron dos veces en guerras mundiales iniciadas por naciones de Europa. En ambos casos, cuando los Estados Unidos intervinieron, el equilibrio del poder ya había dejado de funcionar y había suscitado esta paradoja: que el equilibrio del poder, desdeñado por casi todos los norteamericanos, fue el garante de la seguridad de los Estados Unidos mientras funcionó tal como se había diseñado, y que su desplome fue el que atrajo a los Estados Unidos al ámbito de la política internacional.

Las naciones europeas no eligieron el equilibrio del poder como medio para regular sus relaciones, dominadas por una belicosidad innata o por un amor a la intriga, muy propio del Viejo Mundo. Si la insistencia en la democracia y en el derecho internacional fue producto del sentido norteamericano de la seguridad, la diplomacia europea se forjó en la escuela de los duros golpes.

Europa se enfrascó en la política del equilibrio del poder cuando se desplomó su primera elección, el sueño medieval de un imperio universal, y de las cenizas de aquella antigua aspiración surgió un puñado de Estados de fuerza equiparable. Cuando diversos Estados así constituidos tienen que enfrentarse entre sí, sólo se pueden dar dos resultados: o bien un Estado se vuelve tan poderoso que domina a todos los demás y crea un imperio, o ningún Estado es lo bastante poderoso para alcanzar esta meta. En el último caso, las pretensiones del miembro más agresivo de la comunidad internacional son mantenidas a raya por una combinación de los demás; en otras palabras, por el funcionamiento del equilibrio del poder.

El sistema del equilibrio del poder no se proponía evitar crisis, ni siquiera guerras. Se creía que, cuando funcionaba debidamente, limitaba la capacidad de unos Estados para dominar a otros a la vez que reducía el alcance de los conflictos. Su meta no era tanto la paz cuanto la estabilidad y la moderación. Por definición, una disposición de equilibrio del poder no puede satisfacer por completo a cada miembro del sistema internacional; funciona mejor cuando mantiene la insatisfacción por debajo del nivel en que la parte ofendida trataría de alterar el orden internacional.

A menudo, los teóricos del equilibrio del poder nos dan la impresión de que ésta es la forma natural de las relaciones internacionales, pero de hecho sólo rara vez han existido sistemas de equilibrio del poder en la historia humana. El hemisferio occidental nunca ha conocido uno, ni tampoco el territorio de la China actual desde fines del período de los Estados guerreros, hace más

de dos mil años. Para la mayor parte de la humanidad y en los más largos períodos de la historia, el imperio ha sido la forma habitual de gobierno. Los imperios no tienen ningún interés en operar dentro de un sistema internacional; aspiran a ser ellos el sistema internacional. Los imperios no necesitan un equilibrio del poder. Así es como los Estados Unidos han dirigido su política exterior en América, y como China lo ha hecho durante la mayor parte de su historia en Asia.

En Occidente, los únicos ejemplos de eficientes sistemas de equilibrio del poder se dieron entre las ciudades-Estado de la antigua Grecia y de la Italia renacentista, y durante el sistema de Estados europeos que surgió de la Paz de Westfalia, en 1648. El rasgo distintivo de estos sistemas consistía en elevar un hecho de la vida, como la existencia de cierto número de Estados de fuerzas sustancialmente equiparables, a la categoría de principio rector del orden mundial.

En su aspecto intelectual, el concepto de equilibrio del poder reflejó las convicciones de todos los principales pensadores políticos de la Ilustración. A su parecer, el universo, incluida la esfera política, operaba según ciertos principios racionales que se equilibraban entre sí. Las acciones aparentemente fortuitas realizadas por hombres razonables tenderían en su totalidad al bien común, aunque la prueba de esta proposición resultara esquivada en el siglo de conflictos casi constantes que siguió a la Guerra de los Treinta Años.

Adam Smith, en *La riqueza de las naciones*, sostuvo que una «mano invisible» destilaría un bienestar económico general a partir de acciones económicas individuales egoístas. En los documentos de *El federalista*, Madison afirmó que, en una república lo bastante grande, las diversas «facciones» políticas, cada una de las cuales buscaba egoístamente su propio interés, forjarían, mediante una especie de mecanismo automático, la debida armonía doméstica. Los conceptos de separación de poderes y de frenos y equilibrios, concebidos por Montesquieu y encarnados en la Constitución norteamericana, reflejaron idénticos puntos de vista.

El propósito de la separación de poderes era evitar el despotismo, no lograr un gobierno armonioso: cada rama del gobierno, al favorecer sus propios intereses, pondría freno a los excesos, sirviendo así al bien común. Los mismos principios fueron aplicados a los asuntos internacionales. Se suponía que cada Estado, en la consecución de sus propios intereses egoístas, contribuiría al progreso, como si alguna mano invisible garantizara que la libertad de elección para cada Estado serviría al bien común.

Durante más de un siglo, esta esperanza pareció realizarse. Tras los trastornos causados por la Revolución francesa y las Guerras Napoleónicas, los dirigentes de Europa restauraron el equilibrio del poder en el Congreso de Viena de 1815 y redujeron su brutal dependencia de la fuerza, tratando de moderar la conducta internacional por medio de tratados morales y jurídicos. Y sin embargo, al finalizar el siglo XIX, el sistema europeo de equilibrio del poder retornó a los principios de la política del poder, y en un medio mucho más implacable. Eliminar al adversario se convirtió en el método habitual de la diplomacia, y llevó a una prueba de fuerza tras otra hasta que en 1914 surgió una crisis ante la que nadie retrocedió. Europa nunca recuperó por completo el liderazgo mundial tras la catástrofe de la Primera Guerra Mundial. Los Estados Unidos surgieron como país dominante, pero Woodrow Wilson pronto manifestó que su país se negaba a jugar según las reglas europeas.

En ningún momento de su historia los Estados Unidos han participado en un sistema de equilibrio del poder. Antes de las dos guerras mundiales se beneficiaron del funcionamiento del equilibrio del poder sin verse atrapados en sus maniobras, mientras se permitían el lujo de censurarlo a su gusto. Durante la Guerra Fría, los Estados Unidos participaron en una lucha ideológica, política y estratégica contra la Unión Soviética, en un mundo dominado por dos potencias que operaba siguiendo principios totalmente distintos de los establecidos por un sistema de

equilibrio del poder. En ese mundo dominado por dos potencias, nadie puede decir que el conflicto conducirá al bien común puesto que todo lo que gane un bando lo perderá el otro. De hecho, lo que los Estados Unidos lograron en la Guerra Fría fue una victoria sin guerra, una victoria que ahora los ha obligado a enfrentarse al dilema que describió George Bernard Shaw: «Hay dos tragedias en la vida: una consiste en no lograr lo que más se desea, la otra, en lograrlo.»

Los dirigentes norteamericanos han dado por sentados sus valores, hasta tal punto que rara vez reconocen que éstos pueden parecerles a otros muy revolucionarios y perturbadores. Ninguna otra sociedad ha afirmado que los principios de la conducta ética pueden aplicarse a la conducta internacional de igual manera que a la individual, concepto exactamente opuesto a la *raison d'état* de Richelieu. Los Estados Unidos han sostenido que prevenir la guerra es un desafío tanto jurídico como diplomático, y que no se resisten al cambio como tal sino al método de cambio, especialmente al empleo de la fuerza. Bismarck o Disraeli habrían ridiculizado la idea de que la política exterior consiste más en el método que en la sustancia, si es que en realidad la hubiesen comprendido. Sin embargo, ninguna nación se ha impuesto a sí misma las exigencias morales que los Estados Unidos se han impuesto, y ningún país se ha atormentado tanto por el divorcio existente entre sus valores morales, que por definición son absolutos, y la imperfección inherente a las situaciones concretas a las que deben aplicarse.

Durante la Guerra Fría, el enfoque exclusivo norteamericano en la política exterior fue notablemente apropiado para el desafío del momento. Había un profundo conflicto ideológico, y sólo un país, los Estados Unidos, poseía todos los medios, políticos, económicos y militares, necesarios para organizar la defensa del mundo no comunista. Una nación que se encuentra en esta posición puede insistir en sus ideas, y a menudo puede eludir el problema al que se enfrentan los estadistas de sociedades menos favorecidas: sus medios los obligan a buscar metas menos ambiciosas que sus esperanzas, y sus circunstancias les exigen enfocar incluso estas metas por etapas.

En el mundo de la Guerra Fría, los conceptos tradicionales del poder ya casi se habían desmoronado. La mayor parte de la historia ha mostrado una síntesis de fuerza militar, política y económica que en general ha demostrado ser simétrica. En el período de la Guerra Fría, no obstante, los diversos elementos del poder se tornaron claramente distintos: la Unión Soviética era una superpotencia militar y al mismo tiempo un enano económico. También era posible que un país, como era el caso de Japón, fuese un gigante económico pero insignificante en lo militar.

En el mundo posterior a la Guerra Fría, es probable que los diversos elementos se vuelvan más congruentes y simétricos. El relativo poderío militar de los Estados Unidos declinará paulatinamente. La ausencia de un adversario manifiesto provocará una presión interna que exigirá transferir recursos del presupuesto de defensa a otras prioridades, proceso que ya ha comenzado. Cuando ya no haya una sola amenaza y cada país vea sus peligros desde su propia perspectiva nacional, aquellas sociedades que se han cobijado bajo la protección norteamericana se sentirán impelidas a asumir mayores responsabilidades por su propia seguridad. De esta manera, el funcionamiento del nuevo sistema internacional avanzará hacia un equilibrio, incluso en el ámbito militar, aunque hayan de transcurrir varias décadas hasta llegar a ese punto. Dichas tendencias serán aún más pronunciadas en la economía, un sector en el que el predominio norteamericano ha iniciado su declive y donde se ha vuelto menos peligroso desafiar a los Estados Unidos.

El sistema internacional del siglo XXI quedará señalado por una aparente contradicción: por una parte, fragmentación; por la otra, creciente globalización. En las relaciones entre Estados, el nuevo orden se parecerá más al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX que a las rígidas pautas de la Guerra Fría. Habrá al menos seis grandes potencias: los Estados Unidos, Europa,

China, Japón, Rusia y probablemente la India, así como toda una pléyade de países de mediano tamaño y más pequeños. Al mismo tiempo, las relaciones internacionales se han vuelto por primera vez auténticamente globales. Las comunicaciones son instantáneas; la economía mundial opera de manera simultánea en todos los continentes. Ha aflorado todo un conjunto de problemas, como la proliferación nuclear, las cuestiones ambientales, la explosión demográfica y la interdependencia económica, a los que sólo se puede hacer frente a escala universal.

Para los Estados Unidos, conciliar valores diferentes y experiencias históricas muy diversas entre países de importancia comparable constituirá una experiencia nueva y una considerable desviación, tanto del aislamiento del siglo pasado como de la hegemonía *de facto* de la Guerra Fría. Este libro intenta esbozar en qué formas sucederá esto. También los demás actores importantes tienen dificultades para adaptarse al incipiente orden mundial.

Europa, la única zona del mundo moderno que ha impuesto un sistema multiestatal, inventó los conceptos de nación-Estado, soberanía y equilibrio del poder, ideas que dominaron los asuntos internacionales durante casi tres siglos. Pero ninguno de los antiguos practicantes europeos de la *raison d'état* es hoy lo bastante fuerte para desempeñar un papel principal en el naciente orden internacional. Están tratando de compensar esta relativa debilidad creando una Europa unificada, esfuerzo que absorbe gran parte de sus energías. Pero aunque lo logaran, no tendrían a mano alineamientos automáticos para dirigir una Europa unificada en el escenario global, ya que nunca antes existió tal entidad política.

A lo largo de su historia, Rusia ha constituido un caso especial. Llegó tarde al escenario europeo, mucho después de que Francia y Gran Bretaña se hubieran consolidado, y parecía que no podía aplicársele ninguno de los principios tradicionales de la diplomacia europea. Situada en una zona fronteriza con tres distintas esferas culturales, Europa, Asia y el mundo musulmán, la población rusa estaba formada por gentes de todas ellas, y por tanto nunca fue un Estado nacional en el sentido europeo de este concepto. Rusia cambiaba constantemente de forma a medida que sus gobernantes se anexionaban territorios contiguos; era un imperio sin paragón en Europa. Más aún: con cada nueva conquista, al anexionarse otro grupo étnico novísimo, turbulento y no ruso, el carácter del Estado se modificaba. Ésta fue una de las razones que obligó a Rusia a mantener ejércitos enormes, cuyas dimensiones no tenían la menor relación con ninguna amenaza externa creíble contra su seguridad.

El Imperio ruso, desgarrado entre la obsesiva inseguridad y su celo proselitista, entre las exigencias de Europa y las tentaciones de Asia, siempre desempeñó un papel en el equilibrio europeo, pero emocionalmente jamás formó parte de él. Las exigencias de la conquista y las de la seguridad se mezclaron en la mente de los dirigentes rusos. Desde el Congreso de Viena, el Imperio ruso ha llevado sus fuerzas militares a suelos extranjeros más a menudo que ninguna otra gran potencia. Los analistas suelen explicar este expansionismo diciendo que se debe a un sentimiento de inseguridad, pero los escritores rusos lo han justificado a menudo diciendo que se trata de una vocación mesiánica. Rusia, sobre la marcha, rara vez mostró tener noción alguna de límites, y cuando se ha visto rechazada, se ha replegado en un hosco resentimiento. Durante la mayor parte de su historia, ha sido como una causa en busca de la oportunidad para lograr sus objetivos expansionistas.

La Rusia poscomunista se encuentra dentro de unos límites que no reflejan ningún precedente histórico. Como Europa, tendrá que dedicar gran parte de su energía a redefinir su propia identidad. ¿Intentará retornar a su ritmo histórico y restaurar el imperio perdido? ¿Desplazará su centro de gravedad hacia el Este y participará más activamente en la diplomacia asiática? ¿Según qué principios y métodos reaccionará a los disturbios que existen en torno de sus fronteras, especialmente en el inestable Oriente Medio? Rusia será siempre esencial para el orden mundial y,

en la inevitable confusión asociada a la respuesta a estas preguntas, será una amenaza potencial para él.

También China se enfrenta a un orden mundial nuevo para ella. Durante dos mil años, el Imperio chino había unido a su mundo bajo un solo régimen imperial. Desde luego, en ocasiones ese régimen se había tambaleado: en China se sucedían guerras con la misma frecuencia que en Europa, pero, puesto que en general se suscitaban entre contendientes que luchaban por alcanzar la autoridad imperial, tenían más carácter de guerras civiles que de guerras internacionales y, tarde o temprano, invariablemente hacían surgir algún nuevo poder central.

Antes del siglo XIX, China nunca había tenido un vecino capaz de desafiar su hegemonía, y jamás imaginó que pudiera surgir. Conquistadores llegados del exterior derrocaron dinastías sólo para ser absorbidos por la cultura china, hasta el punto que continuaban con las tradiciones del Reino Medio. El concepto de la soberana igualdad de Estados no existía en China; los extranjeros eran considerados bárbaros, y relegados a una condición de tributarios: así fue recibido el primer enviado británico a Beijing, en el siglo XVIII. China no se dignaba enviar embajadores al exterior, pero no le parecía mal valerse de bárbaros lejanos para vencer a los más cercanos. Sin embargo, ésta era una estrategia para casos de urgencia, no un sistema operativo cotidiano como el equilibrio del poder europeo, y no produjo la clase de sistema diplomático permanente que sería característico de Europa. Después de que China pasara a ser un humillado súbdito del colonialismo europeo en el siglo XIX, sólo resurgió recientemente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, para convertirse en un mundo multipolar, sin precedente en su historia.

También Japón se había mantenido ajeno a todo contacto con el mundo exterior. Durante quinientos años, antes de que fuese obligado por la fuerza por el comodoro Matthew Perry, en 1854, Japón ni siquiera se había dignado enfrentar a unos bárbaros contra otros ni inventar relaciones tributarias, como lo hicieron los chinos. Aislado del mundo exterior, Japón se enorgullecía de sus costumbres únicas, enriquecía su tradición militar mediante la guerra civil, y fundamentaba su estructura interna en la convicción de que su cultura era impermeable a toda influencia exterior, superior a ésta y que, a la postre, acabaría por vencerla, en vez de absorberla.

Durante la Guerra Fría, cuando la Unión Soviética constituía la principal amenaza para la seguridad, Japón logró identificar su política exterior con la de los Estados Unidos, situados a miles de kilómetros. El nuevo orden mundial, con su multiplicidad de desafíos, casi ciertamente obligará a un país tan orgulloso de su pasado a reexaminar su dependencia de un solo aliado. Japón tendrá que volverse más sensible al equilibrio asiático del poder de lo que pueden hacerlo los Estados Unidos puesto que se halla en un hemisferio distinto y enfocado en tres direcciones: al otro lado del Atlántico, al otro lado del Pacífico y hacia América del Sur. China, Corea y el sudeste de Asia adquirirán para Japón una significación totalmente distinta de la que tendrán para los Estados Unidos, e inaugurarán una política exterior japonesa más autónoma y más confiada en sí misma.

En cuanto a la India, que hoy está surgiendo como la gran potencia del Asia meridional, su política exterior es, en muchos aspectos, el último vestigio del clímax del imperialismo europeo, imbuida por las tradiciones de una cultura antiquísima. Antes de que llegaran los británicos, el subcontinente no había sido gobernado, durante milenios, como una sola unidad política. La colonización británica fue consumada con escasas fuerzas militares porque, al principio, la población local las vio como el reemplazo de un conjunto de conquistadores por otro. Pero después de establecer un gobierno unificado, el Imperio británico fue socavado por los mismos valores de gobierno popular y nacionalismo cultural que había llevado a la India. Y sin embargo, como nación-Estado, la India es una recién llegada. Concentrada en el esfuerzo por alimentar a su vasta población,

participó en el movimiento de los países no alineados durante la Guerra Fría. Pero aún tiene que adoptar un papel proporcional a sus dimensiones en el escenario político internacional.

Vemos, en efecto, que ninguno de los países más importantes que deben construir un nuevo orden mundial ha tenido alguna experiencia en el sistema multiestatal que hoy está surgiendo. Nunca antes hubo que formar un nuevo orden mundial a partir de tantas y tan diferentes percepciones, ni a una escala tan global. Tampoco ningún orden anterior tuvo que combinar los atributos de los sistemas históricos de equilibrio de poderes con la opinión democrática global y con la formidable tecnología del período contemporáneo.

Analizados de forma retrospectiva, todos los sistemas internacionales parecen haber guardado una inevitable simetría. Una vez establecidos, resulta difícil imaginar cómo habría evolucionado la historia si se hubiesen tomado otras decisiones o, más bien, si hubiese sido posible tomar otras decisiones. Cuando acaba de surgir un orden internacional, pueden abrirse muchos caminos ante él, pero cada decisión limita el universo de las otras opciones, y como la complejidad inhibe la flexibilidad, las primeras decisiones son especialmente cruciales. Que un orden internacional sea relativamente estable, como el que surgió del Congreso de Viena, o sumamente inestable, como los que brotaron de la Paz de Westfalia y del Tratado de Versalles, dependerá del grado de conciliación que consiga respecto de lo que hace que las sociedades constitutivas se sientan seguras con lo que consideren justo.

Los dos sistemas internacionales que fueron más estables, el del Congreso de Viena y el dominado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, tuvieron la ventaja de contar con percepciones uniformes. Los estadistas de Viena fueron aristócratas, que veían con los mismos ojos las cosas intangibles y estaban de acuerdo en los conceptos fundamentales; los dirigentes norteamericanos que forjaron el mundo de la posguerra procedían de una tradición intelectual de extraordinaria coherencia y vitalidad.

El orden que hoy está surgiendo deberán edificarlo estadistas que representan culturas sumamente distintas, que administran enormes burocracias de tal complejidad que, a menudo, la energía de estos estadistas se gasta más atendiendo a la maquinaria administrativa que definiendo un propósito. Estos estadistas han llegado a la cumbre del poder gracias a unas cualidades que no siempre son las necesarias para gobernar y aún son menos apropiadas para edificar un orden internacional. Y el único modelo que tenemos de un sistema multiestatal, que muchos de los participantes podrían repudiar, fue construido por las sociedades occidentales.

Sin embargo, el ascenso y la caída de anteriores órdenes mundiales fundamentados en muchos Estados, desde la Paz de Westfalia hasta nuestra época, es la única experiencia en que podemos basarnos para tratar de comprender los desafíos a los que se enfrentan los estadistas contemporáneos. El estudio de la historia no nos ofrece un manual de instrucciones que pueda aplicarse automáticamente; la historia enseña por analogía, dándonos luz sobre las probables consecuencias que se derivan de situaciones comparables. Sin embargo, cada generación deberá determinar por sí misma las circunstancias que, de hecho, son equiparables.

Los intelectuales analizan las operaciones de los sistemas internacionales; los estadistas los construyen. Y hay una gran diferencia entre la perspectiva de un analista y la de un estadista. El analista puede elegir el problema que desee estudiar, mientras que al estadista los problemas se le imponen. El analista puede dedicar todo el tiempo que juzgue necesario para llegar a una conclusión clara; para el estadista, el desafío abrumador es la presión del tiempo. El analista no corre riesgos; si sus conclusiones resultan erróneas, podrá escribir otro tratado. Al estadista sólo se le permite una conjetura; sus errores son irreparables. El analista dispone de todos los hechos; se le juzgará por su

poder intelectual. El estadista debe actuar basándose en evaluaciones que no pueden demostrarse en el momento en que las está haciendo; será juzgado por la historia según la sabiduría con que se haya enfrentado al cambio inevitable y, ante todo, por lo bien que haya conservado la paz. Por todo ello, examinar cómo los estadistas se han enfrentado al problema del orden mundial, y analizar qué funcionó bien o qué no funcionó, y por qué, no es el fin de comprender la diplomacia contemporánea, aunque sí pueda ser su principio.

El giro: Theodore Roosevelt o Woodrow Wilson

Hasta comienzos de este siglo, en la política exterior norteamericana prevaleció la tendencia aislacionista, y de pronto dos factores proyectaron a los Estados Unidos hacia los asuntos mundiales: su poder, en rápida expansión, y el gradual desplome del sistema internacional centrado en Europa. Dos presidencias decisivas marcaron esta progresión, la de Theodore Roosevelt y la de Woodrow Wilson. Estos hombres sostuvieron las riendas del gobierno cuando, muy a su pesar, los asuntos mundiales iban atrayendo hacia su vórtice a su nación. Ambos reconocieron que los Estados Unidos tenían que desempeñar un papel decisivo en los asuntos mundiales, aunque justificaran su salida del aislacionismo con filosofías opuestas.

Roosevelt era un agudo analista del equilibrio del poder. Insistió en que se atribuyera un papel internacional a los Estados Unidos porque así lo exigía su interés nacional y porque, según él, un equilibrio global del poder era inconcebible sin la participación norteamericana. Para Wilson, la justificación del papel internacional de los Estados Unidos era mesiánica: el país tenía una obligación, pero no con el equilibrio del poder, sino con la difusión de los principios norteamericanos por todo el mundo. Durante el gobierno de Wilson, los Estados Unidos se convirtieron en un protagonista crucial de los asuntos mundiales, proclamando principios que, aunque reflejaban los lemas del pensamiento norteamericano, sin embargo constituían una revolucionaria desviación para los diplomáticos del Viejo Mundo. Estos principios sostenían que la paz depende de la difusión de la democracia, que los Estados serán juzgados por las mismas normas éticas que las personas, y que el interés nacional consiste en adherirse a un sistema universal de derecho.

A los endurecidos veteranos de una diplomacia europea basada en el equilibrio del poder, las opiniones de Wilson acerca de los fundamentos básicamente morales de la política exterior les parecieron extrañas y hasta hipócritas. Y sin embargo, el wilsonismo ha sobrevivido, mientras que la historia ha dejado atrás las reservas que expresaban sus contemporáneos. Wilson fue el forjador de la visión de una organización universal, la Sociedad de Naciones, que conservaría la paz mediante la seguridad colectiva, y no con alianzas, y aunque no pudo convencer de sus méritos a su propia patria, la idea le sobrevivió. Ante todo, la política exterior norteamericana ha marchado al son del redoble de tambor del idealismo wilsoniano desde su decisiva presidencia, y aún hoy sigue marchando así.

El singular enfoque de los Estados Unidos acerca de los asuntos internacionales no se desarrolló de golpe, ni como consecuencia de una inspiración solitaria. En los primeros años de la República de los Estados Unidos, la política exterior norteamericana fue, en realidad, un refinado reflejo del interés nacional, que consistía simplemente en fortalecer la independencia de la nueva nación. Como ningún país europeo era capaz de constituir una auténtica amenaza mientras tuviese que enfrentarse a otros rivales, los Padres Fundadores se mostraron perfectamente dispuestos a manipular el despreciado equilibrio del poder cuando así conviniera a sus necesidades. De hecho, lograron ser extraordinariamente hábiles, maniobrando entre Francia y Gran Bretaña, no sólo para conservar la independencia de los Estados Unidos, sino también para ensanchar sus fronteras. Como en realidad no deseaban que ningún bando obtuviese una victoria decisiva en las guerras de la Revolución francesa, se declararon neutrales. Jefferson definió las Guerras Napoleónicas como una pugna entre

el tirano de tierra (Francia) y el tirano del océano (Inglaterra): en otras palabras, los bandos de la contienda europea eran equivalentes en su aspecto moral. Al practicar una temprana forma de no alineación, la nueva nación descubrió el beneficio de la neutralidad como arma de negociación, y así han actuado desde entonces muchas naciones nuevas.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos no llevaron su rechazo de las prácticas del Viejo Mundo hasta el punto de renunciar a la expansión territorial sino más bien al contrario. Desde sus inicios, buscaron con ahínco la expansión en el continente americano. Después de 1794, una serie de tratados fijaron los límites con Canadá y Florida en favor de los Estados Unidos, se abrió el río Mississippi al comercio norteamericano y se empezaron a establecer intereses comerciales en las Indias Occidentales británicas. Esto culminó con la compra de Luisiana a Francia en 1803, que dio a la joven nación un enorme territorio sin fronteras definidas al oeste del Mississippi, que a su vez dio lugar a las posteriores reclamaciones de los territorios españoles de Florida y Texas, fundamentos sobre los que más tarde se desarrollaría hasta llegar a ser una gran potencia.

Napoleón Bonaparte, el emperador francés que hizo la venta, dio una explicación característica del Viejo Mundo acerca de esa transacción unilateral: «Este territorio afirma para siempre el poder de los Estados Unidos, y yo acabo de darle a Inglaterra un rival marítimo, que tarde o temprano abatirá su orgullo.»² A los estadistas norteamericanos les tenía sin cuidado la justificación que Francia diera por la venta de sus posesiones. La condena de la política del poder del Viejo Mundo no les parecía incompatible con la expansión territorial de su país a través de la América del Norte, pues consideraban el avance del país hacia el oeste como asunto interno, y no como cuestión de política exterior.

Con este mismo espíritu, James Madison condenó la guerra como germen de todos los males, como precursora de los impuestos así como de los ejércitos y de todos los demás «instrumentos para poner a muchos bajo la dominación de pocos»³. Su sucesor, James Monroe, no vio ninguna contradicción en defender la expansión hacia el oeste, pues le parecía necesaria para conseguir que los Estados Unidos se convirtieran en una gran potencia:

Debe quedar claro para todos que cuanto más avance la expansión, siempre que no sea más allá de un límite justo, mayor será la libertad de acción para ambos gobiernos [el estatal y el federal] y más perfecta su seguridad; y en todos los otros aspectos, mejor será su efecto sobre todo el pueblo norteamericano. La extensión del territorio, sea grande o pequeño, da a una nación muchas de sus características. Indica el grado de sus recursos, de su población, de su fuerza física. En suma, marca la diferencia entre una potencia grande y una pequeña⁴.

Sin embargo, aunque en ocasiones emplearan los métodos de la política europea del poder, los dirigentes de la nueva nación siguieron comprometidos con aquellos principios que habían hecho realmente excepcional a su país. Las potencias europeas entablaron innumerables guerras para impedir que surgieran fuerzas potencialmente predominantes. En los Estados Unidos, la combinación de la fuerza y la distancia inspiró una confianza en que todo desafío podría ser rechazado después de haberse presentado. Las naciones europeas, con márgenes de seguridad mucho menores, formaban coaliciones contra la posibilidad de cambio; los Estados Unidos estaban tan lejos que podían basar su política en resistir a la realidad del cambio.

Tal fue la base geopolítica de la advertencia de George Washington contra las «comprometedoras» alianzas, por cualquier causa que fueran. Sería imprudente, afirmó,

[...] atarnos con lazos artificiales a las ordinarias vicisitudes de su política [la europea] o a las ordinarias combinaciones y colisiones de sus amistades o enemistades. Nuestra situación, desapegada y distante, nos invita y nos permite seguir un rumbo diferente⁵.

La nueva nación no consideró el consejo de Washington un juicio geopolítico práctico, sino una máxima moral. En su calidad de depositarios del principio de libertad, los Estados Unidos estimaron natural interpretar la seguridad que les conferían los grandes océanos como señal de la Divina Providencia, y atribuir sus acciones a una superior visión moral y no a un margen de seguridad que no compartían con ninguna otra nación.

Una característica de la política exterior de la nueva república fue la convicción de que las constantes guerras europeas eran resultado de sus cínicos métodos de gobierno. Mientras que los dirigentes europeos basaban su sistema internacional en la creencia de que la armonía podía ser destilada desde la competencia entre intereses egoístas, sus colegas norteamericanos pensaban en un mundo en que los Estados podían actuar como socios cooperativistas y no como desconfiados rivales. Los dirigentes de los Estados Unidos rechazaron la idea europea de que la moral de los Estados debía ser juzgada con normas distintas de la moral de los individuos. Según Jefferson, sólo existía:

[...] un sistema único de ética para hombres y naciones: ser agradecidos, fieles a todos los compromisos en cualesquiera circunstancias, francos y generosos, y promover a largo plazo los intereses comunes de ambos⁶.

El tono de rectitud de la nación, a veces tan irritante para los extranjeros, reflejaba la realidad de que, de hecho, los Estados Unidos no sólo se habían rebelado contra los lazos legales que los habían atado a la madre patria, sino contra el sistema y los valores europeos. Los Estados Unidos atribuyeron la frecuencia de las guerras europeas a la prevalencia de unas instituciones gubernamentales que negaban los valores de la libertad y la dignidad humanas. «Así como la guerra es el sistema de gobierno según la vieja interpretación —escribió Thomas Paine—, la recíproca animosidad que las naciones se muestran sólo es lo que la política de su gobierno excita, para mantener el espíritu del sistema [...] El hombre no es enemigo del hombre sino por medio de un falso sistema de gobierno.»⁷

La idea de que la paz depende, ante todo, de promover las instituciones democráticas ha seguido siendo característica del pensamiento norteamericano hasta hoy día. La tradicional sabiduría norteamericana ha asegurado continuamente que las democracias no se hacen la guerra entre sí. Por su parte, Alexander Hamilton rechazó la premisa de que las repúblicas eran, por su esencia misma, más pacíficas que otras formas de gobierno:

Esparta, Atenas, Roma y Cartago fueron repúblicas; dos de ellas, Atenas y Cartago, eran de índole comercial. Y sin embargo se enfrascaron en guerras, ofensivas y defensivas, tan a menudo como sus vecinas monarquías contemporáneas [...] En el gobierno de Gran Bretaña, los representantes del pueblo integran una rama de la legislatura nacional. Durante muchas épocas, el comercio ha sido la actividad predominante en aquel país, y sin embargo pocas naciones se han visto con más frecuencia empeñadas en la guerra [...].⁸

Pero Hamilton representaba a una minúscula minoría. La abrumadora mayoría de los dirigentes

norteamericanos estaba tan convencida entonces como lo está hoy de que los Estados Unidos tienen la responsabilidad especial de difundir sus valores como contribución a la paz mundial. Entonces, como ahora, los desacuerdos se relacionaban con el método. ¿Debían los Estados Unidos promover activamente la difusión de las instituciones libres como objetivo principal de su política exterior? ¿O debían confiar en la repercusión de su ejemplo?

La opinión predominante en los primeros días de la República de los Estados Unidos de América era que lo mejor que podía hacer Norteamérica para servir a la democracia era practicar sus virtudes en su propio país. En palabras de Thomas Jefferson, «un gobierno republicano justo y sólido» en los Estados Unidos sería «el duradero monumento y ejemplo» para todos los pueblos del mundo⁹. Un año después, Jefferson volvió al tema de que, en efecto, los Estados Unidos estaban «actuando en nombre de toda la humanidad»:

[...] esas circunstancias negadas a otros, pero concedidas a nosotros, nos imponen el deber de probar cuál es el grado de libertad y de autogobierno que una sociedad puede aventurarse a permitir a sus miembros en lo individual¹⁰.

El hincapié que hacían los gobernantes norteamericanos en los fundamentos morales de la conducta de su país y en su significación como símbolo de libertad, los llevó a repudiar los lemas de la diplomacia europea: que el equilibrio del poder destilaba una armonía última a partir de la competencia entre intereses egoístas, y que las consideraciones de seguridad suplantaban los principios del derecho civil; en otras palabras, que los fines del Estado justificaban los medios.

Tales ideas sin precedente las preconizaba un país que iba prosperando durante el siglo XIX, con sus instituciones funcionando correctamente y confirmando sus valores. Los Estados Unidos no veían conflicto alguno entre estos elevados principios y las necesidades de la supervivencia. Con el tiempo, la invocación de la moral como medio para resolver disputas internacionales suscitó una singular ambivalencia, y un tipo de angustia muy norteamericano: si los norteamericanos estaban obligados a dar a su política exterior el mismo grado de rectitud que a sus vidas personales, ¿cómo analizar la seguridad? De hecho, en caso extremo, ¿significaba esto que la supervivencia estaba subordinada a la moral? O bien, ¿la devoción del país por las instituciones libres le confería una automática aura de moral, aun en sus actos más evidentemente egoístas? Y si esto era verdad, ¿cómo diferiría, entonces, del concepto europeo de la *raison d'état*, según el cual las acciones de un Estado sólo pueden juzgarse por su éxito?

Los profesores Robert Tucker y David Hendrickson analizaron brillantemente esta ambivalencia del pensamiento norteamericano:

Para Jefferson, el gran dilema de la ciencia del estadista radicaba en su aparente renuncia a los medios de que los Estados siempre habían dependido para garantizar su seguridad y satisfacer sus ambiciones, y en su simultánea repugnancia a renunciar a las ambiciones que normalmente conducían al uso de esos medios. En otras palabras, deseaba que los Estados Unidos pudiesen realizar ambas cosas: gozar de los frutos del poder sin ser víctimas de las consecuencias normales de su ejercicio¹¹.

Hasta hoy, el tira y afloja de estos dos enfoques ha sido uno de los temas principales de la política exterior norteamericana. Ya desde 1820 los Estados Unidos habían llegado a una conciliación entre los dos enfoques, que les permitió realizar ambas cosas hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Continuaron censurando lo que ocurría más allá de los océanos, como

reprobable resultado de una política de equilibrio del poder, pero consideraban su propia expansión por América del Norte como «Destino manifiesto».

Hasta el siglo XX, la política exterior de los Estados Unidos fue básicamente natural: cumplir el destino manifiesto del país y mantenerse libres de compromisos en ultramar. Los Estados Unidos favorecieron a los gobiernos democráticos siempre que fue posible, pero renunciaron a toda acción que demostrara esta preferencia. John Quincy Adams, por entonces secretario de Estado, resumió esta actitud en 1821:

Por donde sea que el estandarte de la libertad y la independencia se haya desplegado o se vaya a desplegar, ahí estarán su corazón [de los Estados Unidos], sus bendiciones y sus plegarias. Pero no irán a ultramar en busca de monstruos que destruir. Desearán la libertad y la independencia de todos, pero sólo serán paladines y justificadores de sí mismos¹².

La otra cara de esta política de moderación de los Estados Unidos fue la decisión de excluir del continente americano la política de poder al estilo europeo, aunque si era necesario utilizarían algunos de los métodos de la diplomacia europea. La Doctrina Monroe, que proclamó esta política, surgió del intento de la Santa Alianza, integrada por Prusia, Rusia y Austria, de sofocar la revolución de España en la década de 1820-1829. Gran Bretaña, opuesta, en principio, a la intervención en asuntos internos, se mostraba no menos renuente a tolerar la Santa Alianza en el hemisferio occidental.

George Canning, secretario de Exteriores británico, propuso a los Estados Unidos llevar a cabo una acción conjunta para mantener las colonias españolas de América fuera del alcance de la Santa Alianza. Deseaba asegurarse de que, ocurriera lo que ocurriese en España, ninguna potencia europea dominaría América del Sur. Despojada de sus colonias, España no sería una gran presa, razonó Canning, y esto desalentaría todo deseo de intervenir o lo haría improcedente.

John Quincy Adams comprendió la teoría británica, pero no confió en los motivos de Inglaterra. No hacía mucho que había acabado la ocupación británica de Washington, en 1812, y los Estados Unidos no estaban dispuestos a apoyar a su antigua metrópoli. Por consiguiente, y como decisión unilateral de los Estados Unidos, Adams pidió al presidente Monroe que excluyera de América todo colonialismo europeo.

La Doctrina Monroe, proclamada en 1823, convirtió al océano que separaba Europa de los Estados Unidos en un foso protector. Hasta entonces, la regla fundamental de la política exterior norteamericana había sido que los Estados Unidos no se dejarían enredar en las luchas europeas por el poder. La Doctrina Monroe dio el siguiente paso al declarar que Europa no debía inmiscuirse en los asuntos de América. La idea de Monroe de lo que constituían los asuntos americanos, es decir, de todo el hemisferio occidental, era realmente expansionista.

Además, la Doctrina Monroe no se limitó a realizar declaraciones de principios. Audazmente, advirtió a las potencias europeas de que la nueva nación estaría dispuesta a ir a la guerra para defender la inviolabilidad del continente americano. Declaró que los Estados Unidos considerarían toda extensión del poder europeo «a cualquier parte de este hemisferio como algo peligroso para nuestra paz y seguridad»¹³.

Por último, en lenguaje menos elocuente pero más explícito que el utilizado por su secretario de Estado dos años antes, el presidente Monroe renunció a toda intervención en las controversias europeas: «En las guerras de las potencias europeas, en cuestiones relacionadas con ellas mismas, nunca hemos tomado partido alguno, ni hacerlo concuerda con nuestra política.»¹⁴

Los Estados Unidos daban la espalda a Europa y, al mismo tiempo, obtenían la libertad para conquistar el continente americano. Al amparo de la Doctrina Monroe, los Estados Unidos podían aplicar unas políticas que diferían mucho de los sueños de cualquier rey europeo, como ampliar su comercio y su influencia o anexionarse territorios; en suma, convertirse en una gran potencia sin tener que practicar la política del poder. Nunca chocaron el afán de expansión de los Estados Unidos y su creencia de que constituían un país más puro y de mejores principios que ninguno de Europa. Como no consideraban política exterior su expansión, los Estados Unidos pudieron valerse de su fuerza para imponerse sobre los indios, sobre México y en Texas, con la conciencia tranquila. En pocas palabras, la política exterior de los Estados Unidos consistiría en no tener una política exterior.

Como Napoleón con respecto a la compra de Luisiana, Canning pudo jactarse de haber creado el Nuevo Mundo para restaurar el equilibrio del Viejo, pues Gran Bretaña indicó que apoyaría la Doctrina Monroe con los cañones de la Marina Real. Sin embargo, los Estados Unidos sólo restaurarían el equilibrio europeo del poder en la medida en que mantuvieran a la Santa Alianza fuera del continente americano. Por lo demás, las potencias europeas tendrían que conservar su propio equilibrio sin la participación norteamericana.

Durante el resto del siglo, el tema principal de la política exterior norteamericana fue extender la aplicación de la Doctrina Monroe. En 1823, ésta había advertido a las potencias europeas que se mantuviesen fuera de América. Al cumplirse el centenario de la Doctrina Monroe, su significado había ido ampliándose paulatinamente para justificar la hegemonía norteamericana en su continente. En 1845, el presidente Polk explicó la anexión de Texas a los Estados Unidos como algo necesario para impedir que un Estado independiente se volviese «un aliado o una dependencia de alguna nación extranjera más poderosa que él» y, por tanto, una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos¹⁵. En otros términos, la Doctrina Monroe justificaba la intervención norteamericana no sólo contra una amenaza ya existente, sino contra toda posibilidad de un desafío abierto, casi como lo hiciera el equilibrio europeo del poder.

La Guerra de Secesión interrumpió brevemente el interés del país en la expansión territorial. La preocupación básica de la política exterior de Washington se centró, entonces, en impedir que la Confederación fuese reconocida por las naciones europeas para que no surgiera en tierras de América del Norte un sistema de Estados múltiples y, con él, la política de equilibrio del poder de la diplomacia europea. Pero en 1868, el presidente Andrew Johnson había vuelto a la anterior actitud de justificar la expansión por medio de la Doctrina Monroe, esta vez al referirse a la compra de Alaska:

La posesión extranjera o el dominio de esas comunidades ha obstaculizado hasta hoy el crecimiento, y menoscabado la influencia de los Estados Unidos. Allí, la revolución crónica y la anarquía serían igualmente dañinas¹⁶.

Lo que estaba ocurriendo era algo más fundamental que la expansión a través del continente americano, aunque pasara prácticamente inadvertido para las llamadas grandes potencias: un nuevo miembro estaba ingresando en su «club» cuando los Estados Unidos se volvieron la nación más poderosa del mundo. En 1885, los Estados Unidos habían sobrepasado en producción manufacturera a Gran Bretaña, considerada por entonces la mayor potencia industrial. Hacia fines de siglo, consumían más energía que Alemania, Francia, Austria-Hungría, Rusia, Japón e Italia juntos¹⁷. Entre la Guerra de Secesión y el fin de siglo, la producción norteamericana de carbón aumentó un 800 %, la de vías de acero un 523 %, el kilometraje de vías férreas un 567 % y la producción de trigo un

256 %. La inmigración contribuyó a duplicar la población norteamericana, y todo apuntaba a que el proceso de desarrollo se aceleraría.

Ninguna nación ha experimentado nunca tal aumento de poder sin tratar de convertirlo en influencia global. Y también los dirigentes de los Estados Unidos se vieron tentados. Seward, secretario de Estado del presidente Andrew Johnson, soñó con un imperio que incluyera Canadá y gran parte de México, y que avanzara por el Pacífico. El gobierno de Grant deseó anexionarse la República Dominicana y jugueteó con la idea de adquirir Cuba. Ésta era la clase de iniciativa que dirigentes europeos de la época, como Disraeli o Bismarck, habrían comprendido y aprobado.

Pero el Senado norteamericano siguió teniendo en cuenta las prioridades domésticas y sofocó todos los proyectos expansionistas. Mantuvo un reducido ejército de 25.000 hombres y una débil armada. Hasta 1890, el ejército norteamericano fue el decimocuarto del mundo, detrás del búlgaro, y la armada norteamericana era más pequeña que la de Italia, aun cuando el poderío industrial de la nación fuese trece veces mayor. Los Estados Unidos no participaron en conferencias internacionales, y se les trató como a una potencia de segunda clase. En 1880, cuando Turquía redujo su cuerpo diplomático, eliminó sus embajadas en Suecia, Bélgica, Holanda y los Estados Unidos. Al mismo tiempo, un diplomático alemán que se hallaba en Madrid ofreció aceptar un recorte de su salario a cambio de que no lo enviaran a Washington¹⁸.

Pero cuando un país ha logrado el nivel de poderío que alcanzaron los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, no resiste siempre la tentación de utilizarlo para obtener una posición relevante en la escena internacional. A final de la década de 1880-1889, los Estados Unidos comenzaron a construir su armada, que hasta entonces había sido más pequeña que las de Chile, Brasil o Argentina. En 1889, Benjamin Tracy, secretario de la Marina, estaba preparando una armada de acorazados, y el historiador naval de la época, Alfred Thayer Mahan, tuvo que desarrollar una exposición de motivos para este fin¹⁹.

Aunque, de hecho, la Marina Real británica protegía a los Estados Unidos contra los ataques de potencias europeas, los gobernantes estadounidenses no veían a Gran Bretaña como protectora de su país. Durante todo el siglo XIX, fue considerada el mayor desafío para los intereses norteamericanos, y la Marina Real, su gran amenaza estratégica. No es extraño que cuando los Estados Unidos empezaron su gran desarrollo se propusieran anular la influencia de Gran Bretaña en el continente americano invocando la Doctrina Monroe, que en parte había nacido por obra de Gran Bretaña.

Los Estados Unidos no trataron con mucha delicadeza tal amenaza. En 1895, el secretario de Estado, Richard Olney, invocó la Doctrina Monroe para lanzar una advertencia a Gran Bretaña, señalando las desigualdades notorias de poder. Escribió: «Hoy, los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este continente, y su orden es ley para los súbditos a los que confina su interposición. Los infinitos recursos —del país—, combinados con su posición aislada, lo hacen dueño de la situación y prácticamente invulnerable ante cualquiera o cualesquiera otras potencias.»²⁰ Pero su renuncia al poder político no se aplicaba, desde luego, al continente americano. Ya en 1902 Gran Bretaña había abandonado sus pretensiones de desempeñar un papel importante en América Central.

Intocables en América, los Estados Unidos empezaron a entrar en la escena, más vasta, de los asuntos internacionales. Se habían convertido en una potencia mundial casi a pesar de sí mismos. Al extenderse por todo el continente, habían establecido su hegemonía en torno a todas sus costas, mientras insistían en que no tenían ningún deseo de dirigir una política exterior de gran potencia. Al término del proceso, se encontraron con el tipo de poder que los había convertido en un importante

factor internacional, con independencia de sus preferencias. Los dirigentes de la nación podían seguir insistiendo en que su política exterior básica consistía en servir de «faro» al resto de la humanidad, pero no podía negarse que algunos de ellos adquirieron conciencia de que el poderío de los Estados Unidos les daba voz en los asuntos del momento, y que no tendrían que esperar que toda la humanidad se hubiese vuelto democrática para formar parte del sistema internacional.

Nadie expresó este razonamiento de forma más tajante que Theodore Roosevelt. Fue el primer presidente que insistió en que el deber de los Estados Unidos era hacer sentir globalmente su influencia, y relacionar al país con el mundo en términos de un concepto de interés nacional. Como sus predecesores, Roosevelt estaba convencido del papel benéfico que los Estados Unidos debían desempeñar en el mundo, pero, en contraste con ellos, sostuvo que los Estados Unidos tenían un auténtico interés en la política exterior que iba mucho más allá de su intención de mantenerse libres de compromisos. Roosevelt partió de la premisa de que los Estados Unidos eran una potencia como cualquier otra, y no una singular encarnación de la virtud. Si sus intereses chocaban con los de otros países, los Estados Unidos tenían la obligación de utilizar su fuerza.

Como primer paso, Roosevelt dio a la Doctrina Monroe su interpretación más intervencionista, identificándola con las doctrinas imperialistas de la época. En lo que llamó un «corolario» de la Doctrina Monroe, el 6 de diciembre de 1904 proclamó un derecho general de intervención por «cualquier nación civilizada», que en el continente americano sólo los Estados Unidos tenían derecho a ejercer: «[...] en América, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligar a la nación, en casos flagrantes de maldad o incompetencia, a ejercer, aun con renuencia, un poder policíaco internacional»²¹.

Pero la práctica de Roosevelt se había adelantado a sus prédicas. En 1902, los Estados Unidos habían obligado a Haití a pagar sus deudas a los bancos europeos. En 1903, atizaron ciertos disturbios en Panamá, convirtiéndolos en una insurrección a gran escala. Con ayuda de los Estados Unidos, la población panameña arrancó su independencia a Colombia, pero no antes de que los Estados Unidos hubiesen establecido la Zona del Canal, bajo su propia soberanía, a ambos lados de lo que sería el Canal de Panamá. En 1905, los Estados Unidos establecieron un protectorado financiero en la República Dominicana. Y en 1906, las tropas estadounidenses ocuparon Cuba.

Para Roosevelt, una diplomacia agresiva en el continente americano formaba parte del nuevo papel global que tenía que desempeñar su patria. Los dos océanos ya no eran lo bastante extensos para aislar del resto del mundo a los Estados Unidos, que se habían convertido en un actor de primera fila en el escenario internacional. Esto lo expresó Roosevelt en un mensaje al Congreso en 1902: «Cada vez más, la creciente interdependencia y complejidad de la política internacional y de las relaciones económicas obliga a todas las potencias civilizadas y ordenadas a insistir en una apropiada vigilancia del mundo.»²²

Roosevelt ocupa una posición histórica única en el enfoque de las relaciones internacionales. Ningún otro presidente definió tan cabalmente el papel mundial de los Estados Unidos por su interés nacional, ni lo identificó tan completamente con el equilibrio del poder. Roosevelt compartía la idea de sus paisanos de que los Estados Unidos constituían la mejor esperanza del mundo. Pero, en contraste con muchos de ellos, no creía que pudiesen mantener la paz o cumplir su destino limitándose únicamente a practicar las virtudes cívicas. Su concepto de la naturaleza del orden mundial estaba mucho más cerca de Palmerston o Disraeli que de Thomas Jefferson.

Un gran presidente debe ser también un educador que tienda un puente entre el futuro de su pueblo y su propia experiencia. Roosevelt predicó una doctrina especialmente severa para un pueblo criado en la idea de que la paz es el estado normal entre las naciones, que no hay diferencia entre la

moral personal y la pública, y que los Estados Unidos estaban inmunizados contra los trastornos que afectaban al resto del mundo. Roosevelt refutó cada una de estas ideas. Para él, la vida internacional significaba lucha, y la teoría darwiniana de la su pervivencia del más apto era mejor guía para la historia que la moral personal. En su opinión, los buenos heredarían la tierra sólo si eran fuertes, y los Estados Unidos no eran una causa, sino una gran nación, potencialmente la más grande. Esperaba ser el presidente destinado a conducir a su patria al escenario mundial para que pudiese moldear el siglo XX así como Gran Bretaña había dominado el siglo XIX, como un país de enormes fuerzas que se había preparado, con moderación y sabiduría, para actuar en nombre de la estabilidad, la paz y el progreso.

A Roosevelt le impacientaban muchas de las piadosas ideas que dominaban el pensamiento norteamericano sobre política exterior. Negó la eficacia del derecho internacional; lo que una nación no pudiera proteger con sus propias fuerzas, no sería salvaguardado por la comunidad internacional, y rechazó el desarme, que por entonces apenas surgía como tema internacional:

Hasta ahora no es probable que se establezca ningún tipo de potencia internacional [...] que pueda eficazmente contener el mal; y en estas circunstancias sería cosa disparatada y mala que una nación grande y libre se privara del poder de proteger sus propios derechos y hasta, en casos excepcionales, de defender los derechos de otros. Nada causaría más iniquidad [...] que el hecho de que los pueblos libres e ilustrados [...] se entregaran deliberadamente maniatados, dejando armado todo despotismo y barbarie²³.

Roosevelt se mostró aún más rotundo al hablar acerca del gobierno mundial:

Considero aborrecible la actitud de Wilson-Bryan de confiar en fantásticos tratados de paz, en incumplibles promesas, en todo tipo de pedazos de papel sin apoyo de una fuerza eficiente. Infinitamente mejor es que una nación y que el mundo tengan las tradiciones de Federico *el Grande* y de Bismarck, con respecto a la política exterior, que tener la actitud de Bryan o de Bryan-Wilson como actitud nacional permanente [...] Una tibia mojigatería no apoyada por la fuerza es tan maligna y aún más nociva que la fuerza alejada de la justicia²⁴.

En un mundo gobernado por el poder, Roosevelt creyó que el orden natural de las cosas se reflejaba en el concepto de «esferas de influencia», que asignaba un poder preponderante sobre grandes regiones a potencias específicas, por ejemplo, a los Estados Unidos en el continente americano o a Gran Bretaña en el subcontinente indio. En 1908, Roosevelt permitió la ocupación japonesa de Corea porque, según su modo de pensar, las relaciones coreano-japonesas debían ser determinadas por el poder relativo de cada país y no por cláusulas de un tratado o por el derecho internacional:

Corea pertenece por completo a Japón. Desde luego, en un tratado se acordó solemnemente que Corea seguiría siendo independiente. Pero la propia Corea no tenía fuerzas para aplicar el tratado, y era inimaginable que alguna otra nación [...] intentara hacer para los coreanos lo que éstos eran absolutamente incapaces de hacer por sí mismos²⁵.

Con semejantes opiniones tan europeas, no fue una sorpresa que Roosevelt enfocara el equilibrio global del poder con una sutileza que no mostró ningún otro presidente de los Estados

Unidos, y a la que sólo se acercó Richard Nixon. Al principio, Roosevelt no vio ninguna necesidad de que los Estados Unidos se empeñaran en los detalles específicos del equilibrio europeo del poder porque consideró que, más o menos, se gobernaban con su sistema propio. Pero pocos dudaron de que, si ese juicio resultara erróneo, pediría al país que interviniera para restablecer el equilibrio. Roosevelt llegó gradualmente a considerar a Alemania una amenaza para el equilibrio europeo, y empezó a identificar el interés nacional de los Estados Unidos con los de Gran Bretaña y Francia.

Esto se demostró en 1906, durante la Conferencia de Algeciras, cuyo propósito era decidir el futuro de Marruecos. Alemania, que insistía en dejar una «puerta abierta» para contener la dominación francesa, exigió la inclusión de un representante norteamericano, pues creía que los Estados Unidos tenían allí considerables intereses comerciales. En consecuencia, asistió a la reunión el cónsul norteamericano en Marruecos, cuyo papel decepcionó a los alemanes. Roosevelt supeditó los intereses comerciales de su país, que, en todo caso, no eran grandes, a su visión geopolítica. Esto fue expresado por Henry Cabot Lodge en una carta dirigida a Roosevelt, en el clímax de la crisis marroquí. «Francia —dijo— debería estar con nosotros y con Inglaterra, en nuestra zona y nuestra combinación. En la misma línea de actuación, en lo económico y en lo político.»²⁶

Mientras que Roosevelt veía en Alemania la gran amenaza europea, en Asia le preocuparon las aspiraciones de Rusia y por ello favoreció a Japón, su principal rival. «No hay nación en el mundo que, más que Rusia, tenga en sus manos el destino de los años venideros», declaró Roosevelt²⁷. En 1904, Japón, protegido por una alianza con Gran Bretaña, atacó a Rusia. Aunque Roosevelt proclamó la neutralidad norteamericana, se inclinó en favor de Japón. Una victoria rusa, arguyó, sería «un golpe a la civilización»²⁸. Y cuando Japón destruyó la flota rusa, Roosevelt se regocijó: «Estoy muy complacido con la victoria japonesa, pues Japón está jugando nuestro juego.»²⁹

Roosevelt prefería que Rusia quedara debilitada en vez de que fuese totalmente eliminada del equilibrio del poder pues, según las máximas de la diplomacia del equilibrio del poder, un excesivo debilitamiento de Rusia simplemente haría que la amenaza rusa fuese sustituida por la amenaza japonesa. Roosevelt observó que el resultado más favorable para los Estados Unidos sería aquel en que Rusia «quedase cara a cara con Japón, para que cada uno pueda ejercer cierto control sobre el otro»³⁰.

Roosevelt, que se basaba en el realismo geopolítico y no en un altruismo de altos vuelos, invitó a los dos adversarios a enviar representantes a su hogar de Oyster Bay, para elaborar un tratado de paz que limitara la victoria japonesa y mantuviera el equilibrio en el Lejano Oriente. En consecuencia, Roosevelt fue el primer norteamericano que recibió el Premio Nobel de la Paz por presentar una solución basada en lemas como equilibrio del poder y esferas de influencia que, después de su sucesor, Wilson, parecerían totalmente antinorteamericanos.

En 1914, Roosevelt empezó a adoptar una visión casi clínica de la invasión de Bélgica y Luxemburgo por parte de Alemania, aunque fuese una flagrante violación de tratados que habían establecido la neutralidad de estos dos países:

No estoy tomando parte por uno ni otro bando en lo tocante a la violación o desacato de esos tratados. Cuando los gigantes se enfrascan en una lucha a muerte, al inclinarse en uno u otro sentido es seguro que pisotearán a todo el que se interponga en el camino de uno de los enormes y esforzados combatientes, *a menos que sea peligroso hacerlo*³¹.

Pocos meses después de estallar la guerra en Europa, Roosevelt cambió por completo su juicio inicial acerca de la violación de la neutralidad belga aunque, en realidad, lo que le preocupó no fue

la ilegalidad de la invasión alemana, sino la amenaza que constituía para el equilibrio del poder: «[...] ¿no creen que si Alemania ganara esta guerra, aplastara la flota inglesa y destruyera el Imperio británico, dentro de un año o dos insistiría en ocupar una posición dominante en América del Sur y Central [...]?»³².

Entonces Roosevelt pidió un rearme masivo para que los Estados Unidos pudiesen echar el resto a favor de la Triple Entente. La posibilidad de una victoria alemana le pareció tan cierta como peligrosa para los Estados Unidos. Una victoria de las potencias centrales anularía la protección de la Marina Real británica, permitiendo al imperialismo alemán afirmarse en el hemisferio occidental.

El hecho de que a Roosevelt le pareciera que el dominio naval británico en el Atlántico era mejor que la hegemonía alemana se debió a factores intangibles, ajenos al poder, como la afinidad cultural y la experiencia histórica. De hecho, existían fuertes lazos culturales entre Inglaterra y los Estados Unidos, que no tenían paragón en las relaciones germano-norteamericanas. Además, los Estados Unidos estaban habituados a que Gran Bretaña dominara los mares, y eso no les preocupaba puesto que ya no temían que Gran Bretaña tuviese deseos expansionistas en el continente americano. En cambio, Alemania era vista con temor. El 3 de octubre de 1914, Roosevelt escribió al embajador británico en Washington, obviando su primer juicio sobre lo inevitable de que Alemania pasara por alto la neutralidad belga:

Si yo hubiese sido presidente, habría actuado [contra Alemania] el día 30 o 31 de julio³³.

En una carta enviada un mes después a Rudyard Kipling, Roosevelt reconoció la dificultad de hacer que el poderío norteamericano pesara en el conflicto europeo, según sus convicciones. El pueblo norteamericano se negaba a seguir una dirección tan estrictamente definida por razones de política del poder:

Si propusiera todo lo que yo creo, no haría ningún bien a nuestro pueblo, pues éste no me seguiría. Nuestro pueblo es miope y no comprende los asuntos internacionales. Vuestro pueblo ha sido miope, pero no tanto como el nuestro en estos asuntos [...] Gracias a la inmensidad del océano, nuestro pueblo cree que no hay nada que temer de la actual pugna y que no tiene ninguna responsabilidad en ella³⁴.

Si el pensamiento norteamericano sobre política exterior hubiese culminado en Theodore Roosevelt, se le habría descrito como una evolución que adaptó los principios tradicionales de los estadistas europeos a la situación norteamericana. Se habría visto a Roosevelt como el presidente en funciones cuando los Estados Unidos, habiendo establecido una posición predominante en América, empezaron a hacer sentir su peso de potencia mundial. Pero el pensamiento norteamericano sobre política exterior no terminó con Roosevelt, ni habría podido hacerlo. Un dirigente que limita su papel a la experiencia de su pueblo se condena al estancamiento; un líder que quiere anular la experiencia de su pueblo se arriesga a no ser comprendido. Y ni su experiencia ni sus valores habían preparado a los Estados Unidos para el papel que Roosevelt les había asignado.

En uno de los giros irónicos de la historia, los Estados Unidos al final sí desempeñaron el papel principalísimo que Roosevelt había previsto, y aún en vida de Roosevelt; pero fue por unos principios que él mismo ridiculizaba, y guiados por un presidente al que Roosevelt despreciaba. Woodrow Wilson era la encarnación misma de la tradición del excepcionalismo norteamericano, y originó la que llegaría a ser la escuela intelectual predominante en la política exterior

norteamericana, cuyos preceptos Roosevelt consideraba, en su mejor aspecto, improcedentes y, en el peor de los casos, contrarios, a largo plazo, a los intereses de los Estados Unidos.

Según todos los principios generalmente aceptados del arte de gobernar, Roosevelt salió triunfante, con mucho, de la disputa entre estos dos de los más grandes presidentes de los Estados Unidos. Sin embargo, fue Wilson quien prevaleció: un siglo después se recuerda a Roosevelt por sus realizaciones, pero fue Wilson quien forjó el pensamiento norteamericano. Roosevelt comprendió cómo funcionaba la política internacional entre las naciones que por entonces dirigían los asuntos del mundo. Ningún presidente norteamericano ha tenido una visión más aguda del funcionamiento de los sistemas internacionales; sin embargo, fue Wilson quien captó las fuentes de la motivación norteamericana, siendo la principal, tal vez, que los Estados Unidos simplemente no se consideraban una nación como cualquier otra. Carecían de las bases teóricas y a la vez prácticas para ejercer la diplomacia, al estilo europeo, de constante adaptación de los matices del poder, desde una posición de neutralidad moral cuyo único propósito era conservar un equilibrio en continuo cambio. Cualesquiera que fueran las realidades y las lecciones del poder, la perdurable convicción del pueblo norteamericano ha sido que su carácter excepcional reside en la práctica y la propagación de la libertad.

Los norteamericanos sólo podían ser movidos a realizar grandes hazañas incitados por una visión que coincidiera con su concepto de país excepcional. Por muy afín que Roosevelt fuera, intelectualmente, al modo en que, de hecho, actuaba la diplomacia de las grandes potencias, su enfoque no logró persuadir a sus conciudadanos de que debían entrar en la Primera Guerra Mundial. Wilson, por su parte, despertó las emociones de su pueblo con argumentos que eran tan moralmente elevados como casi incomprensibles para los dirigentes extranjeros.

Wilson fue un fenómeno asombroso. Supo mover al pueblo norteamericano rechazando la política de poder. Académico llegado relativamente tarde a la política, fue elegido por una escisión del Partido Republicano entre Taft y Roosevelt. Wilson comprendió que sólo podría superar el instintivo aislacionismo de sus paisanos apelando a su fe en la naturaleza excepcional de sus ideales. Paso a paso, llevó a un país aislacionista a la guerra, después de haber demostrado la devoción de su gobierno por la paz con una defensa apasionada de la neutralidad. Y lo hizo mientras negaba todo interés nacional egoísta, afirmando que los Estados Unidos no buscaban otro beneficio que justificar sus principios.

En el primer discurso de Wilson sobre el estado de la Unión, el 2 de diciembre de 1913, fijó las directrices de lo que después se conoció como wilsonismo. El derecho universal y no el equilibrio, la integridad nacional y no la autoafirmación nacional eran, en su opinión, los fundamentos, del orden internacional. Al recomendar la ratificación de varios tratados de arbitraje, Wilson arguyó que un arbitraje obligatorio y no la fuerza debía ser el método para resolver las disputas internacionales:

Sólo hay una norma posible para zanjar las controversias entre los Estados Unidos y otras naciones, y está integrada por estos dos elementos: nuestro propio honor y nuestras obligaciones para con la paz del mundo. Debería ser fácil que una prueba así determinara a la vez el establecimiento de obligaciones de nuevos tratados y la interpretación de las obligaciones ya contraídas³⁵.

Nada irritaba tanto a Roosevelt como estos altisonantes principios, que no se apoyaban en el poder ni en la voluntad de aplicarlos. Escribió a un amigo suyo: «Si yo debo escoger entre una política de sangre y fuego, y otra de agua y leche... ¡vaya!, preferiré la política de sangre y fuego. No sólo será mejor para la nación sino, a la larga, también para el mundo.»³⁶

Por idénticos motivos, la propuesta de Roosevelt de responder a la guerra en Europa aumentando el gasto de Defensa no tenía ningún sentido para Wilson. En su segundo discurso sobre el estado de la Unión, el 8 de diciembre de 1914, cuando la guerra europea hacía ya cuatro meses que había empezado, Wilson rechazó un aumento de la producción de armas norteamericanas, porque esto indicaría que «habíamos perdido el dominio de nosotros mismos», a resultas de una guerra «cuyas causas no pueden alcanzarnos, cuya existencia misma nos ofrece oportunidades de amistad y de servicio desinteresado [...]»³⁷.

La influencia de los Estados Unidos, en opinión de Wilson, dependía de su generosidad; habían de mantenerse así de modo que, a la postre, pudieran presentarse como árbitro de confianza para los beligerantes. Roosevelt había afirmado que la guerra en Europa, y especialmente una victoria alemana, acabaría por amenazar la seguridad de los Estados Unidos. Sin embargo, Wilson aseguró que los Estados Unidos eran un país esencialmente desinteresado y que, por tanto, debía ofrecerse como mediador. Dada la fe de la nación en valores más elevados que el equilibrio del poder, la guerra de Europa ofrecía entonces una oportunidad extraordinaria para hacer proselitismo en favor de un nuevo y mejor enfoque de los asuntos internacionales.

Roosevelt ridiculizó tales ideas y acusó a Wilson de halagar los sentimientos aislacionistas para facilitar su reelección en 1916. De hecho, el motivo de la política de Wilson era todo lo contrario al aislacionismo. Lo que Wilson estaba proclamando no era que los Estados Unidos se retiraban del mundo, sino la aplicabilidad universal de sus valores y, con el tiempo, el compromiso norteamericano de difundirlos. Wilson repitió lo que ya era del dominio público desde la presidencia de Jefferson, pero lo puso al servicio de una ideología de cruzado:

- La misión especial de los Estados Unidos trasciende la diplomacia cotidiana, y los obliga a servir como faro de libertad para el resto de la humanidad.
- La política exterior de las democracias es moralmente superior porque el pueblo es, en esencia, amante de la paz.
- La política exterior debe reflejar las mismas normas morales que la ética personal.
- El Estado no tiene derecho a arrogarse una moral especial.

Wilson ofreció una dimensión universal a estas afirmaciones del excepcionalismo moral norteamericano:

Somos incapaces de temer la potencia de ninguna otra nación. No tenemos celos de rivalidad en el sector del comercio ni en ninguna otra actividad pacífica. Nos proponemos vivir nuestras propias vidas como lo deseemos, pero también nos proponemos dejar vivir. Somos, de hecho, verdaderos amigos de todas las naciones del mundo, porque no amenazamos, no codiciamos los bienes ni deseamos el derrocamiento de ninguna nación³⁸.

No ha habido otro país que basara sus pretensiones de liderazgo internacional en su altruismo. Todos los demás han deseado ser juzgados por la compatibilidad de sus intereses nacionales con los de otras sociedades. Y sin embargo, desde Woodrow Wilson hasta George Bush, los presidentes norteamericanos han invocado la generosidad de su país como el atributo decisivo de su papel dirigente. Ni Wilson ni sus ulteriores discípulos hasta la actualidad han querido ver el hecho de que, para los dirigentes extranjeros, imbuidos de máximas menos elevadas, las pretensiones de altruismo de los Estados Unidos evocan una cierta aura de impredecibilidad; mientras que los intereses

nacionales se pueden calcular, en cambio, el altruismo depende de cómo lo defina el que lo practica.

Sin embargo, para Wilson, el carácter altruista de la sociedad norteamericana era una prueba del favor divino:

Fue como si en la Providencia de Dios un continente se hubiese mantenido virgen aguardando a un pueblo pacífico que amara la libertad y los derechos del hombre más que ninguna otra cosa, para que llegara a establecer una comunidad de auténtico desinterés³⁹.

La pretensión de que los objetivos norteamericanos representaban un designio providencial implicaba que los Estados Unidos debían representar un papel global que resultaría mucho más vasto de lo que cualquier Roosevelt hubiese jamás imaginado, pues él no deseaba más que mejorar el equilibrio del poder y dar a los Estados Unidos una importancia proporcional a su fuerza creciente. En la perspectiva de Roosevelt, los Estados Unidos habrían sido una nación entre muchas, aunque más poderosa que la mayoría, parte de un grupo elitista de grandes potencias, pero todavía sometidos a las fundamentales reglas históricas del equilibrio.

Wilson llevó a su país a un plano totalmente apartado de tales consideraciones. Desdeñó el equilibrio del poder e insistió en que el papel de los Estados Unidos «no era probar [...] nuestro egoísmo, sino nuestra grandeza»⁴⁰. Siendo así, los Estados Unidos no tenían el derecho de guardarse sus valores. Ya desde 1915, Wilson había postulado la doctrina, sin precedentes, de que la seguridad de los Estados Unidos era inseparable de la seguridad de todo el resto de la humanidad. Esto implicaba que en adelante el deber de los Estados Unidos sería oponerse a la agresión en cualquier parte:

[...] como exigimos un desarrollo sin agresiones y el gobierno no interrumpido de nuestras propias vidas sobre nuestros propios principios de derecho y libertad, rechazamos, venga de donde viniere, toda agresión que nosotros mismos no cometamos. Insistimos en la seguridad siguiendo las líneas del desarrollo nacional que nosotros mismos hemos elegido. Haremos más que esto: también lo exigiremos a otros. No limitaremos nuestro entusiasmo por la libertad individual y el libre desarrollo nacional a los incidentes y asuntos que sólo nos afecten a nosotros. Lo sentiremos por dondequiera que haya un pueblo empeñado en avanzar por estos difíciles caminos de la independencia y el derecho⁴¹.

Considerar los Estados Unidos como un benéfico policía mundial era anticiparse a la política de contención que se desarrollaría después de la Segunda Guerra Mundial.

Roosevelt, ni aun en sus momentos más efusivos, habría soñado jamás con un sentimiento tan general que ya anunciaba un intervencionismo global. Mas, para el caso, él era el estadista-guerrero; Wilson era el sacerdote-profeta. Los estadistas, aun siendo guerreros, se ajustan al mundo en que viven; para los profetas, el mundo «real» es el que ellos desean crear.

Wilson transformó lo que había comenzado como una reafirmación de la neutralidad norteamericana en un conjunto de proposiciones que conformarían los fundamentos de una cruzada planetaria. En opinión de Wilson, no había una diferencia esencial entre la libertad para los Estados Unidos y la libertad para el mundo. Tras demostrar que no había perdido el tiempo dedicado a reuniones académicas de las facultades, donde la exégesis y las discusiones bizantinas son supremas, hizo una extraordinaria interpretación de lo que en realidad había querido decir George Washington cuando advirtió en contra de dejarse enredar en alianzas extranjeras. Wilson redefinió el término

«extranjero» de una manera que, sin duda, habría dejado atónito al primer presidente. Lo que Washington quiso decir, según Wilson, era que los Estados Unidos no debían inmiscuirse en los propósitos de otros. Pero, afirmó Wilson, nada que concierna a la humanidad «puede ser ajeno o indiferente»⁴². Por tanto, los Estados Unidos tenían carta blanca para intervenir en el exterior.

¡Qué extraordinaria presunción! ¡Obtener un mandato de intervención global basándose en la orden de los Padres Fundadores de no crearse compromisos en el exterior, y elaborar una filosofía de la neutralidad que hacía inevitable participar en guerras! Cuando Wilson fue llevando paulatinamente a su patria a una guerra mundial, expresando sus visiones de un mundo mejor, evocó una vitalidad e idealismo que parecían justificar la hibernación de los Estados Unidos durante un siglo para que en lo sucesivo pudiesen entrar en la escena internacional con un dinamismo e inocencia desconocidos para sus socios más experimentados. La diplomacia europea se había endurecido y había sido humillada en el crisol de la historia; sus estadistas veían los hechos a través del prisma de muchos sueños que se esfumaron, o de grandes esperanzas frustradas y de ideales perdidos por la fragilidad de la visión humana. Los Estados Unidos no conocían tales limitaciones y proclamaban audazmente, si no el fin de la historia, sí su improcedencia, pues intervenían para transformar unos valores hasta entonces considerados exclusivamente propios en principios universales, aplicables a todos. Así pudo Wilson superar, al menos durante un tiempo, la tensión del pensamiento norteamericano entre los Estados Unidos seguros y los Estados Unidos sin tacha. Su país sólo pudo interpretar su entrada en la Primera Guerra Mundial como un compromiso en nombre de todos los pueblos, no sólo de sí mismo, y en el papel de cruzado por las libertades universales.

El anuncio que hizo Alemania de iniciar una guerra submarina sin restricciones y el hundimiento del *Lusitania* fueron la causa directa de la declaración de guerra de los Estados Unidos. Pero Wilson no justificó la entrada del país en la guerra por estos agravios específicos. El interés nacional quedaba al margen; la violación de Bélgica y el equilibrio del poder no tenían nada que ver en ello. Por el contrario, la guerra tenía un fundamento moral, cuyo objetivo básico era establecer un orden internacional nuevo y más justo. «Es terrible», reflexionó Wilson, en el discurso en que pidió la declaración de guerra,

[...] llevar este pueblo grande y pacífico a la guerra, a la más terrible y desastrosa de todas las guerras, en que la civilización misma parece estar en la balanza. Pero el derecho es más precioso que la paz, y lucharemos por aquellas cosas que siempre hemos llevado más cerca de nuestro corazón: por la democracia, por el derecho de quienes se someten a la autoridad para tener una voz en su propio gobierno, por los derechos y libertades de las naciones pequeñas, por un predominio universal del derecho, por un concierto de los pueblos libres que lleve la paz y la seguridad a todas las naciones y que, por último, haga que el mundo mismo sea libre⁴³.

Ante una guerra entablada en nombre de tales principios no se podía transigir; la victoria total era el único objetivo válido. Roosevelt habría expresado, casi seguramente, los objetivos de guerra de su patria en términos políticos y estratégicos; Wilson, en un alarde del desinterés de los Estados Unidos, definió sus objetivos de guerra en categorías exclusivamente morales. En opinión de Wilson, la guerra no era consecuencia del choque de intereses nacionales perseguidos sin moderación, sino del ataque no provocado de Alemania al orden internacional. Más específicamente, el verdadero culpable no era la nación alemana, sino el propio emperador alemán. Al pedir la declaración de guerra Wilson arguyó:

No tenemos ninguna querrela contra el pueblo alemán. Hacia él sólo sentimos simpatía y amistad. No por impulso suyo actuó su gobierno al entrar en esta guerra. No lo hizo con su conocimiento o su aprobación. Fue una guerra determinada, como solían estar determinadas las guerras en los infelices días de antaño, cuando los pueblos no eran consultados por sus gobernantes, y se provocaban y entablaban guerras en interés de las dinastías⁴⁴.

Aunque hacía ya mucho tiempo que Guillermo II era considerado un energúmeno en el escenario de Europa, ningún estadista europeo había propuesto jamás que se le depusiera. Nadie había considerado el derrocamiento del emperador ni de su dinastía como la clave para la consecución de la paz de Europa. Pero una vez planteada la cuestión de la estructura interna de Alemania, la guerra ya no podía terminar en la especie de componenda, equilibrando intereses en conflicto, que Roosevelt había logrado entre Japón y Rusia diez años antes. El 22 de enero de 1917, antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, Wilson proclamó que su objetivo era lograr una «paz sin victoria»⁴⁵. Sin embargo, lo que propuso cuando su país entró en la guerra fue una paz que sólo podría lograrse mediante la victoria total.

Las declaraciones de Wilson pronto se convirtieron en sabiduría convencional. Hasta una figura tan experimentada como Herbert Hoover empezó a describir a la clase gobernante alemana como intrínsecamente perversa, que vivía «de la sangre vital de otros pueblos»⁴⁶. Las ideas de la época fueron bien expresadas por Jacob Schurman, presidente de la Universidad de Cornell, quien vio la guerra como una lucha entre el «Reino de los Cielos» y el «Reino de la tierra de los hunos, que es simple fuerza y terror»⁴⁷.

Sin embargo, el derrocamiento de una sola dinastía no podía entrañar todo lo que implicaba la retórica wilsoniana. Al pedir la declaración de guerra, Wilson extendió su ámbito moral a todo el mundo. No sólo Alemania, sino todas las demás naciones tenían que ser ganadas para la democracia; la paz requeriría «una asociación de naciones democráticas»⁴⁸. En otro discurso, Wilson llegó aún más lejos cuando dijo que el poder de los Estados Unidos se atrofiaría a menos que éstos difundieran la libertad por todo el orbe:

Creemos esta nación para hacer libres a los hombres, y no limitamos nuestra concepción y nuestro propósito a este país, y ahora haremos libres a los hombres. Si no lo hacemos, desaparecerá la fama de nuestra patria, y todo su poder se disipará⁴⁹.

Wilson prácticamente llegó a detallar sus objetivos de guerra en los Catorce Puntos, que veremos en el capítulo nueve. Su labor histórica se halla en el reconocimiento de que los norteamericanos no pueden contraer grandes compromisos internacionales que su fe moral no pueda justificar. Su caída se debe a que trató las tragedias de la historia como aberraciones debidas a la miopía y maldad individuales de los dirigentes, y a que rechazó toda base objetiva para establecer la paz que no estuviese basada en la fuerza de la opinión pública y la difusión universal de las instituciones democráticas. Por hacerlo, estuvo dispuesto a pedir a las naciones de Europa que hicieran algo para lo que no estaban filosófica ni históricamente preparadas al término de una guerra que las había desangrado.

Durante trescientos años las naciones europeas habían fundamentado su orden mundial en un equilibrio de los intereses nacionales, y habían basado sus políticas exteriores en la búsqueda de la seguridad; toda ganancia adicional sólo era un complemento. Wilson les pidió que fundamentaran su política exterior en convicciones morales, dejando que la seguridad fuese, si acaso, un resultado

incidental. Pero Europa no tenía un aparato conceptual dispuesto para acoger tan desinteresada política, y aún quedaba por ver si los Estados Unidos, después de un siglo de aislamiento, podían sostener esa participación permanente en los asuntos internacionales que implicaban las teorías de Wilson.

La aparición de Wilson en la escena internacional inauguró una nueva época para los Estados Unidos. Constituyó uno de esos raros ejemplos de un líder que altera fundamentalmente el curso de la historia de su patria. Si Roosevelt o sus ideas hubiesen prevalecido en 1912, la cuestión de los objetivos de la guerra se habría basado en una investigación sobre la índole del interés nacional de los Estados Unidos. Roosevelt habría fundamentado la entrada en la guerra en la proposición, que en realidad hizo, de que, a menos que los Estados Unidos ingresaran en la Triple Entente, las potencias centrales ganarían la guerra y, tarde o temprano, constituirían una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos.

Así definido, al cabo del tiempo, el interés nacional norteamericano habría llevado a los Estados Unidos a adoptar una política mundial comparable a la de Gran Bretaña en relación con la Europa continental. Durante tres siglos, los gobernantes británicos habían actuado según la suposición de que si Europa llegara a quedar dominada por una sola potencia, ésta tendría entonces los recursos necesarios para desafiar el dominio de Gran Bretaña en los mares, amenazando así su independencia. En lo geopolítico, los Estados Unidos, también una isla, excepto por las costas de Eurasia, según el mismo razonamiento, se habrían sentido obligados a oponerse a la dominación de Europa o de Asia por una sola potencia y, más aún, al dominio de ambos continentes por la misma potencia. En estas condiciones, la extensión del alcance geopolítico de Alemania, y no sus transgresiones morales, habría constituido el principal *casus belli*.

A pesar de todo, semejante enfoque al estilo del Viejo Mundo iba contra el modo de sentir norteamericano que Wilson dejó correr... y así sigue hasta hoy día. Ni siquiera Roosevelt habría podido guiar la política del poder que proponía, aunque murió convencido de lo contrario. Sea como fuere, Roosevelt ya no era el presidente, y desde antes de la entrada de los Estados Unidos en la guerra Wilson había dejado bien claro que se opondría a todo intento de fundamentar el orden de posguerra en los principios hasta entonces establecidos en la política internacional.

Wilson vio las causas de la guerra no sólo en el carácter maligno de los dirigentes alemanes, sino también en el sistema europeo de equilibrio del poder. El 22 de enero de 1917 atacó el orden internacional que había precedido a la guerra tildándolo de sistema de «rivalidades organizadas»:

La pregunta de la que depende toda futura paz y política del mundo es: ¿esta guerra es una lucha por una paz justa y segura, o sólo por un nuevo equilibrio del poder? [...] No debe haber un equilibrio del poder, sino una comunidad de poder; ni rivalidades organizadas, sino una paz común organizada⁵⁰.

Lo que Wilson quería dar a entender por «comunidad de poder» era un concepto completamente nuevo, que después sería conocido como «seguridad colectiva» (aunque William Gladstone, en Gran Bretaña, había planteado una variante de éste, que nació muerta, en 1880)⁵¹ Convencido de que todas las naciones tenían idéntico interés en la paz y que por tanto se unirían para castigar a quien la perturbara, Wilson propuso defender el orden internacional mediante el consenso moral de todos los amantes de la paz:

[...] ésta es una época [...] que rechaza las normas del egoísmo nacional que en otro tiempo

gobernaron los consejos de las naciones, y exige que cedan el lugar a un nuevo orden de cosas en que las únicas preguntas serán: «¿Es esto correcto?» «¿Es lo justo?» «¿Va en interés de la humanidad?»⁵²

Para institucionalizar este consenso, Wilson propuso la creación de la Sociedad de Naciones, institución cuya quintaesencia era norteamericana. Bajo los auspicios de esta organización mundial, el poder cedería ante la moral, y la fuerza de las armas ante los dictados de la opinión pública. Wilson no dejó de subrayar que si se hubiese informado debidamente al público, nunca habría estallado la guerra... sin fijarse en las apasionadas demostraciones de alegría y alivio que habían saludado la guerra en todas las capitales, incluso las de Gran Bretaña y Francia, países democráticos. Si se quería que la nueva teoría funcionara, en opinión de Wilson, habían de ocurrir al menos dos cambios en el gobierno internacional: primero, la difusión de gobiernos democráticos por todo el mundo y, luego, la elaboración de una «nueva y más sana diplomacia» basada «en el mismo elevado código de honor que exigimos a las personas»⁵³.

En 1918 Wilson declaró, como requisito de la paz, el objetivo, hasta entonces inaudito y pasmosamente ambicioso, de «la destrucción de toda potencia arbitraria, en cualquier parte, que por separado, secretamente y por su simple decisión pueda perturbar la paz del mundo; o, si no se la puede destruir ahora, al menos reducirla a una virtual impotencia»⁵⁴. Una Sociedad de Naciones compuesta y animada por tales principios resolvería las crisis sin guerras, declaró Wilson en la Conferencia de Paz celebrada el 14 de febrero de 1919:

[...] a través de este instrumento [el Pacto de la Sociedad de Naciones], dependeremos básicamente de una gran fuerza, y ésta es la fuerza moral de la opinión pública del mundo: las influencias purificadoras, aclaradoras y arrolladoras de la publicidad [...], de modo que las cosas que sean destruidas por la luz sean debidamente destruidas por la luz abrumadora de la expresión universal de la condenación del mundo⁵⁵.

La conservación de la paz ya no se debería al tradicional cálculo del poder, sino a un consenso universal apoyado por un mecanismo de vigilancia. Una agrupación universal de naciones en gran parte democráticas actuaría como «fideicomiso de paz», reemplazando los viejos sistemas de equilibrio del poder y de alianzas.

Ninguna nación había planteado nunca tan exaltados sentimientos, y mucho menos los había aplicado. No obstante, en manos del idealismo norteamericano, se convirtieron en la moneda de cambio del pensamiento nacional sobre política exterior. Desde Wilson, todos los presidentes norteamericanos han propuesto variaciones sobre ese tema. Los debates internos han tratado más a menudo de la incapacidad de realizar los ideales de Wilson (pronto fueron tan comunes que ya ni siquiera se los identificaba con él) que de si en realidad constituían una guía adecuada para enfrentarse a los desafíos ocasionalmente brutales de un mundo turbulento. Durante tres generaciones, los críticos han rescatado los análisis y las conclusiones de Wilson; y sin embargo, durante todo este tiempo sus principios han seguido siendo el sólido fundamento del pensamiento norteamericano sobre política exterior.

Sin embargo, la mezcla wilsoniana de poder y de principios también preparó el escenario para décadas de ambivalencia, cuando la conciencia norteamericana intentó reconciliar sus principios con sus necesidades. La premisa básica de la seguridad colectiva era que todas las naciones considerarían de igual modo cada amenaza a la seguridad y estarían dispuestas a correr los mismos riesgos al oponerse a ella. No sólo no había ocurrido nunca algo semejante, sino que nada parecido

podría ocurrir en toda la historia de la Sociedad de Naciones y de las Naciones Unidas. Sólo cuando una amenaza es verdaderamente abrumadora y en realidad afecta a todas las sociedades, o a casi todas, es posible llegar a semejante consenso, como ocurrió durante las dos guerras mundiales y, en un ámbito regional, en la Guerra Fría. Pero en casi todos los casos, y en la mayoría de los difíciles, las naciones del mundo tienden a disentir, sea acerca de la índole de la amenaza o del tipo de sacrificio que están dispuestas a hacer al enfrentarse. Tal ha sido el caso desde las agresiones de Italia contra Abisinia en 1935 hasta la crisis de Bosnia en 1992. Y cuando se ha tratado de alcanzar metas positivas o de remediar lo que se considera injusto, ha resultado aún más difícil obtener un consenso global. Resulta irónico que en la época posterior a la Guerra Fría, que no ha presenciado ninguna abrumadora amenaza ideológica o militar, y que de puertas para afuera rinde más homenajes a la democracia que ninguna época anterior, sólo hayan aumentado estas dificultades.

El wilsonismo también acentuó otra latente escisión del pensamiento norteamericano sobre asuntos internacionales. ¿Tenían los Estados Unidos algunos intereses de seguridad que necesitaran defender, cualesquiera que fuesen los métodos con los que se los desafiara; o sólo debían oponerse a los cambios que en justicia pudiesen ser llamados ilegales? Lo que preocuparía a los Estados Unidos, ¿sería el hecho o el método de la transformación internacional? ¿Rechazaban categóricamente los principios de la geopolítica o había que reinterpretarlos a través del filtro de los valores norteamericanos? Y si éstos chocaban, ¿cuáles prevalecerían?

La implicación del wilsonismo ha sido que los Estados Unidos se oponían, ante todo, al método del cambio, y que no tenían intereses estratégicos que valiera la pena defender si se veían amenazados por métodos aparentemente legales. Todavía durante la Guerra del Golfo Pérsico, el presidente Bush insistió en que no estaba tanto defendiendo los vitales suministros de petróleo cuanto resistiendo al principio de agresión. Y durante la Guerra Fría, parte del debate interno norteamericano giró en torno de la cuestión de si los Estados Unidos, con todos sus defectos, tenían el derecho moral de organizar la resistencia a la amenaza de Moscú.

Theodore Roosevelt no habría vacilado en responder a estas preguntas. Suponer que las naciones percibirían de manera idéntica las amenazas o estarían dispuestas a reaccionar contra ellas del mismo modo habría sido un mentís a todo lo que él había representado. Tampoco habría concebido una organización mundial a la que víctimas y agresores pudiesen pertenecer confortablemente al mismo tiempo. En noviembre de 1918, escribió en una carta:

Estoy a favor de tal Sociedad siempre que no esperemos mucho de ella [...] No estoy dispuesto a desempeñar el papel que hasta Esopo ridiculizó al escribir que los lobos y las ovejas convinieron en desarmarse; las ovejas, como garantía de su buena fe, despidieron a sus perros guardianes, e inmediatamente fueron devoradas por los lobos⁵⁶.

Al mes siguiente, escribió esto al senador por Pennsylvania, Knox:

La Sociedad de Naciones podrá hacer algún bien, pero cuanto más pomposa se ponga y más pretenda hacer, menos logrará. Lo que se dice de ella tiene una sugerencia macabramente humorística de lo que se decía hace cien años acerca de la Santa Alianza, cuyo principal propósito era la conservación perpetua de la paz. Por cierto que el zar Alejandro era el presidente Wilson de ese particular movimiento hace un siglo⁵⁷.

En opinión de Roosevelt, sólo místicos, soñadores e intelectuales podían sostener que la paz era

el estado natural del hombre, y que ésta se podría mantener mediante un consenso desinteresado. Según él, la paz era esencialmente frágil, y sólo se podría conservar mediante una eterna vigilancia ejercida por los brazos de los fuertes y por alianzas entre los de ideas afines.

Pero Roosevelt vivió un siglo demasiado tarde o un siglo demasiado temprano. Su enfoque de los asuntos internacionales murió con él en 1919; desde entonces, no lo ha invocado ninguna escuela importante del pensamiento norteamericano sobre política exterior. En cambio, sin duda nos da una medida del triunfo intelectual de Wilson el hecho de que hasta Richard Nixon, cuya política exterior encarnó en realidad muchos de los preceptos de Roosevelt, se considerara ante todo discípulo del internacionalismo de Wilson y colgara un retrato de éste en el Salón del Gabinete.

La Sociedad de Naciones no echó raíces en los Estados Unidos porque el país aún no estaba preparado para desempeñar un papel tan global. Sin embargo, la victoria intelectual de Wilson resultó ser el embrión de lo que habría podido ser un triunfo político, pues cada vez que los Estados Unidos se han enfrentado a la tarea de construir un nuevo orden mundial han retornado de una u otra manera a los preceptos de Woodrow Wilson. Al término de la Segunda Guerra Mundial ayudaron a fundar las Naciones Unidas sobre los mismos principios de la antigua Sociedad con la esperanza de basar la paz en la concordia de los vencedores. Al disiparse esta esperanza, los Estados Unidos entablaron la Guerra Fría no como conflicto entre dos superpotencias, sino como lucha moral por la democracia. Al desplomarse el comunismo, la idea wilsoniana de que el camino hacia la paz radicaba en la seguridad colectiva aunada con la difusión universal de las instituciones democráticas fue adoptada por los líderes de los dos principales partidos políticos norteamericanos.

El wilsonismo encarnó el drama central de los Estados Unidos en el escenario mundial: en cierto sentido, la ideología norteamericana ha sido revolucionaria mientras que, en lo interno, los norteamericanos siempre se han dado por satisfechos con el *statu quo*. Proclives a convertir las cuestiones de política exterior en una lucha entre el bien y el mal, los norteamericanos generalmente se han sentido incómodos con todo acuerdo, como con los resultados parciales o no decisivos. El hecho de que los Estados Unidos no hayan buscado amplias transformaciones geopolíticas los ha asociado, a menudo, a la defensa del *statu quo* territorial, y a veces del político. Al confiar en el triunfo del derecho, los Estados Unidos han tenido dificultades para reconciliar su fe en el cambio pacífico con el hecho histórico de que casi todos los cambios importantes de la historia han exigido violencia y disturbios.

Los Estados Unidos descubrieron que tendrían que aplicar sus ideales en un mundo menos privilegiado que el suyo, y de acuerdo con Estados que poseían menores márgenes de supervivencia, objetos más limitados y mucho menos confianza en sí mismos. Sin embargo, la nación ha perseverado. El mundo de la posguerra fue, en gran parte, creación de los Estados Unidos, de modo que, a la postre, llegaron a desempeñar el papel que Wilson les había asignado: el de faro para guiar, y el de esperanza de conseguir.

CAPÍTULO TRES

De la universalidad al equilibrio: Richelieu, Guillermo de Orange y Pitt

Lo que los historiadores describen hoy como el sistema europeo de equilibrio del poder surgió en el siglo XVII del derrumbe final de la aspiración medieval a la universalidad, concepto del orden mundial que representaba la fusión de las tradiciones del Imperio romano y de la Iglesia católica. Se creía que el mundo era como un espejo de los cielos: así como un Dios gobernaba el Cielo, un emperador gobernaría el mundo secular, y un papa, la Iglesia universal.

Con este ánimo, los Estados feudales de Alemania y de la Italia septentrional se agruparon bajo el trono del sacro emperador romano-germánico. Al llegar el siglo XVII, este imperio tenía poder suficiente para dominar Europa. Francia, cuya frontera se hallaba muy al oeste del río Rin, y Gran Bretaña eran Estados periféricos en relación con éste. Si el emperador hubiese logrado establecer un dominio en todos los territorios que técnicamente estaban bajo su jurisdicción, sus relaciones con los Estados de la Europa occidental podrían haber sido similares a las que establecieron los vecinos de China con el Reino Medio; Francia habría sido comparable a Vietnam o Corea, y Gran Bretaña a Japón.

Sin embargo, durante la mayor parte del período medieval, el emperador nunca alcanzó ese grado de poder centralizado. Una de las razones fue la falta de sistemas adecuados de transporte y comunicación, que dificultaba mantener unidos tan extensos territorios. Pero la razón más importante fue que el Sacro Imperio romano-germánico había separado el dominio de la Iglesia del dominio del gobierno. En contraste con un faraón o un César, no se creía que el emperador poseyera atributos divinos. Fuera de la Europa occidental, aun en las regiones gobernadas por la Iglesia de Oriente, religión y gobierno estaban unidos en el sentido de que los nombramientos para cada uno de los puestos clave dependían del gobierno central; las autoridades religiosas no tenían medios ni autoridad para sostener la posición autónoma exigida por el cristianismo occidental como derecho propio.

En la Europa occidental, el conflicto latente, y de cuando en cuando real, entre el Papa y el emperador estableció las condiciones del ulterior constitucionalismo y la separación de poderes que son las bases de la democracia moderna. Permitió a los diversos gobernantes feudales aumentar su autonomía exigiendo un precio a las facciones en pugna. A su vez, esto produjo una Europa fraccionada, es decir, un abigarrado conjunto de ducados, condados, ciudades y obispados. Aunque en teoría todos los señores feudales debían lealtad al emperador, en la práctica actuaban de manera independiente. Varias dinastías reclamaron la corona imperial, y la autoridad central casi desapareció. Los emperadores mantenían la antigua visión del gobierno universal sin la menor posibilidad de que ésta cristalizara. En los márgenes de Europa, Francia, Gran Bretaña y España no aceptaban la autoridad del Sacro Imperio romano-germánico, aunque siguieran formando parte de la Iglesia universal.

Sólo cuando la dinastía de los Habsburgo reclamó, casi para siempre, la corona imperial en el siglo XV, y por medio de sagaces matrimonios adquirió la corona española con sus vastas riquezas,

pudo el emperador aspirar a convertir sus pretensiones universales en un sistema político.

En la primera parte del siglo XVI, el emperador Carlos V hizo resurgir la autoridad imperial hasta tal punto que alzó la perspectiva de un imperio de la Europa central compuesto por lo que hoy son Alemania, Austria, la Italia septentrional, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, la Francia oriental, Bélgica y Holanda, un agrupamiento potencialmente tan predominante que impediría todo lo que pudiera asemejarse al equilibrio europeo del poder.

Por entonces el debilitamiento del papado, a causa de la Reforma, disipó toda perspectiva de establecer un imperio europeo hegemónico. En sus buenos tiempos, el papado había sido como una espina clavada en el costado del emperador, y un rival formidable. Ya en decadencia, en el siglo XVI, el papado también resultó ser un enemigo para la idea de formar un imperio. Los emperadores querían verse a sí mismos, y deseaban que otros los vieran, como los enviados de Dios. Pero en el siglo XVI el emperador llegó a ser visto en las tierras protestantes no como un enviado sino como un señor de la guerra vienés, atado a un papa decadente. La Reforma dio a los príncipes rebeldes una nueva libertad de acción tanto en la esfera religiosa como en la política. Su ruptura con Roma supuso una ruptura con la universalidad religiosa; su lucha con el emperador Habsburgo demostró que para los príncipes la lealtad al Imperio ya no era un deber religioso.

Vacilante ya el concepto de unidad, los nuevos Estados de Europa necesitaron algún principio que justificara su herejía y regulara sus relaciones, y lo encontraron en los conceptos de *raison d'état* y de equilibrio del poder. Cada uno dependía del otro. La *raison d'état* afirmaba que el bienestar del Estado justificaba cualesquiera medios que se emplearan para promoverlo; el interés nacional suplantó el concepto medieval de moral universal. El equilibrio del poder reemplazó la nostalgia de una monarquía universal por el consuelo de que cada Estado, buscando sus propios intereses egoístas, de alguna manera contribuiría a la seguridad y al progreso de todos los demás.

La formulación primera y más general de este nuevo enfoque llegó de Francia, que también fue una de las primeras naciones-Estados de Europa. Francia era el país que más tenía que perder con una revigorización del Sacro Imperio romano-germánico, porque bien habría podido éste, empleando una terminología moderna, «finlandizarla». Al remitir el control religioso, Francia empezó a explotar las rivalidades que la Reforma había provocado entre sus vecinos. Los gobernantes de Francia reconocieron que el progresivo debilitamiento del Sacro Imperio romano-germánico, y aún más, su desintegración, aumentaría la seguridad de Francia y, con buena fortuna, le permitiría extenderse hacia el este.

El principal agente de esta política francesa fue una figura inesperada, un príncipe de la Iglesia, Armand Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, primer ministro de Francia de 1624 a 1642. Se dice que al enterarse de la muerte del cardenal Richelieu el papa Urbano VIII exclamó: «Si hay Dios, el cardenal Richelieu tendrá mucho de qué responder. Si no... bueno, triunfó en la vida.»⁵⁸ Este contradictorio epitafio habría agradado sin duda al estadista, quien obtuvo grandes triunfos pasando por alto y, de hecho, trascendiendo las creencias piadosas de su época.

Pocos estadistas pueden afirmar que tuvieron mayor repercusión en la historia. Richelieu fue el padre del moderno sistema de Estados. Él promulgó el concepto de *raison d'état* y lo practicó infatigablemente en beneficio de su patria. Bajo sus auspicios, la *raison d'état* reemplazó el concepto medieval de valores morales universales como principio rector de la política francesa. Al principio, Richelieu trató de impedir que los Habsburgo dominaran Europa, y finalmente dejó un legado que durante los dos siglos siguientes tentó a sus sucesores a establecer la supremacía francesa en Europa. Del fracaso de estas ambiciones surgió un equilibrio del poder, primero como hecho natural y luego como sistema para organizar las relaciones internacionales.

Richelieu asumió el cargo en 1624, cuando el emperador, Fernando II, intentaba revivir la universalidad católica, suprimir el protestantismo y establecer un dominio imperial sobre los príncipes de la Europa central. Este proceso, la Contrarreforma, causó lo que después se llamaría la Guerra de los Treinta Años, que estalló en la Europa central en 1618 y fue una de las más brutales y destructivas de la historia de la humanidad.

En 1618, el territorio de habla alemana de la Europa central, que en su mayoría formaba parte del Sacro Imperio romano-germánico, estaba dividido en dos bandos armados, protestantes y católicos. La mecha de la guerra fue encendida ese mismo año en Praga, y poco tiempo después toda Alemania era arrastrada al conflicto. Conforme Alemania se desangraba paulatinamente, sus principados iban siendo presa fácil de los invasores. Pronto, ejércitos daneses y suecos avanzaban por la Europa central, y poco después las armas francesas se unían al conflicto. Cuando terminó la guerra, en 1648, la Europa central estaba devastada y Alemania había perdido casi un tercio de su población. En el crisol de este trágico conflicto, el cardenal Richelieu adaptó el principio de la *raison d'état* a la política exterior francesa, principio que los otros Estados europeos adoptarían en el siglo siguiente.

Como príncipe de la Iglesia, Richelieu habría debido ver con agrado el afán de Fernando por restaurar la ortodoxia católica; pero Richelieu antepuso el interés nacional de Francia a todo objetivo religioso. Su condición de cardenal no le impidió ver el intento de los Habsburgo de restablecer la religión católica como amenaza geopolítica para la seguridad de Francia. Para él, no se trataba de un acto religioso, sino de una maniobra política de Austria para dominar la Europa central, reduciendo así a Francia a la categoría de nación de segunda clase.

Los temores de Richelieu no eran infundados. Una ojeada al mapa de Europa muestra que Francia estaba rodeada por tierras de los Habsburgo: España al sur, las ciudades-Estado de la Italia septentrional, dominadas principalmente por España, en el sudeste; el Franco-Condado (hoy, la región que rodea a Lyon y la Saboya), también bajo dominio español, en el este, y los Países Bajos españoles en el norte. Las pocas fronteras que no eran gobernadas por los Habsburgo españoles estaban sometidas por la rama austríaca de la familia. El ducado de Lorena también debía lealtad al sacro emperador austríaco, así como áreas de importancia estratégica a lo largo del Rin, en la actual Alsacia. Si el norte de Alemania también cayera bajo el dominio de los Habsburgo, Francia quedaría peligrosamente debilitada en relación con el Sacro Imperio romano-germánico.

Poco tranquilizaba a Richelieu el hecho de que España y Austria compartieran la fe católica de Francia. Por el contrario, una victoria de la Contrarreforma era precisamente lo que Richelieu estaba decidido a impedir. En busca de lo que hoy se llamaría el interés de la seguridad nacional, que por entonces fue llamado por primera vez *raison d'état*, Richelieu decidió alinearse con los príncipes protestantes y explotar el cisma que se abría en la Iglesia universal.

Si los emperadores Habsburgo hubiesen actuado según las mismas reglas o comprendido el mundo naciente de la *raison d'état*, habrían visto la situación privilegiada en que se encontraban para apoyar lo que más temía Richelieu: la preeminencia de Austria y el surgimiento del Sacro Imperio romano-germánico como potencia dominante en el continente. Sin embargo, a lo largo de los siglos, los enemigos de los Habsburgo siempre se beneficiaron de la rigidez de la dinastía para adaptarse a las necesidades tácticas o comprender las tendencias futuras. Los Habsburgo eran hombres de principios, y nunca comprometieron sus convicciones, salvo en la derrota. Por tanto, al comienzo de esta odisea política se encontraron totalmente indefensos ante las implacables maquinaciones del cardenal.

El emperador Fernando II, adversario de Richelieu, casi seguramente no oyó hablar nunca de la

raison d'état. Y aunque así hubiera sido, la habría rechazado como blasfemia, pues él consideraba que su misión secular era realizar la voluntad de Dios, subrayando siempre la palabra «sacro» de su título de sacro emperador romano-germánico. Jamás habría reconocido que se pudiesen alcanzar fines divinos si no era por medios morales. Nunca habría pensado en firmar tratados con los suecos protestantes o con los turcos musulmanes, medidas que el cardenal adoptó como cosa natural. El jesuita Lamormaini, confesor de Fernando, resumió así las ideas del emperador:

Él, en su sabiduría, condenó desde el principio las políticas falsas y corrompidas que en estos tiempos se han difundido. Sostuvo que no se podía tratar con quienes aplicaran tales políticas, pues practicaban la falsedad y profanaban a Dios y la religión. Gran insensatez sería que alguien tratase de fortalecer un reino, que sólo Dios ha concedido, por medios que Dios aborrece⁵⁹.

Para un soberano con esos valores absolutos era imposible comprometer, ya no digamos manipular, su posición negociadora. En 1596, siendo aún archiduque, Fernando declaró: «Preferiría morir que hacer concesiones a los sectarios cuando se trata de religión.»⁶⁰ En detrimento de su Imperio, sin duda, cumplió su palabra. Menos preocupado por el bienestar del Imperio que por la obediencia a la voluntad de Dios, se consideraba obligado a aplastar el protestantismo, aun cuando llegar a un acuerdo habría favorecido obviamente sus intereses. En términos modernos, Fernando era un fanático. Las palabras de uno de los asesores imperiales, Caspar Scioppius, ilustran las creencias del emperador: «¡Ay del rey que no escuche la voz de Dios que le pide matar a los herejes! No entablarás una guerra por ti, sino por Dios» (*Bellum non tuum, sed Dei esse statuas*)⁶¹. Según Fernando, el Estado existía para servir a la religión, y no a la inversa: «En cuestiones de Estado, que son tan importantes para nuestra santa religión, no siempre se pueden tomar en cuenta consideraciones humanas; antes bien, hemos de creer [...] en Dios [...] y confiar sólo en Él.»⁶²

Richelieu consideró la fe de Fernando un desafío estratégico. Aunque religioso en privado, consideraba sus deberes de ministro en términos del todo seculares. La salvación podía ser su objetivo personal, mas para el estadista Richelieu eso no tenía importancia. «El hombre es inmortal; su salvación está en el más allá —dijo una vez—. El Estado no tiene inmortalidad, su salvación es ahora o nunca.»⁶³ En otras palabras, los Estados no reciben crédito en ningún mundo por hacer lo que es justo; sólo se les recompensa por ser lo bastante fuertes para hacer lo que sea necesario.

Richelieu nunca se habría permitido perder la oportunidad que se le presentó a Fernando, en 1629, el undécimo año de la guerra. Los príncipes protestantes estaban dispuestos a reconocer la hegemonía política de los Habsburgo siempre que ellos siguieran siendo libres de practicar la religión que habían escogido y conservar las tierras (le la Iglesia de que se habían apoderado durante la Reforma. Pero Fernando no pospondría su vocación religiosa a sus necesidades políticas. Al rechazar lo que hubiese sido un gran triunfo y una garantía para su imperio, resolvió erradicar la herejía protestante y emitió el Edicto de Restitución, que exigía que los soberanos protestantes devolvieran todas las tierras que habían confiscado a la Iglesia desde 1555. Fue una victoria del celo sobre la conveniencia, un caso clásico en que la fe superó todos los cálculos de interés político, y garantizó una guerra a muerte.

Ofreciéndosele esta oportunidad, Richelieu resolvió prolongar la guerra hasta que toda la Europa central se hubiese desangrado y dejó a un lado todo escrúpulo religioso respecto a la política interior. En el Indulto de Alais de 1629 concedió libertad de culto a los protestantes franceses, esa misma libertad que el emperador pugnaba por negar a los príncipes alemanes. Después de haber protegido su patria contra los disturbios internos que azotaban a la Europa central, Richelieu se

dedicó a explotar el fervor religioso de Fernando en beneficio de los fines nacionales de Francia.

La incapacidad del emperador Habsburgo para comprender sus intereses nacionales y, de hecho, su negativa a aceptar la validez misma de semejante concepto, dio al primer ministro de Francia la oportunidad de apoyar, incluso económicamente, a los príncipes protestantes alemanes contra el emperador. El papel de defensor de las libertades de los príncipes protestantes contra los objetivos centralizadores del emperador fue un tanto insólito para un prelado francés y para su católico rey, Luis XIII. El hecho de que un príncipe de la Iglesia estuviese ayudando económicamente al rey protestante de Suecia, Gustavo Adolfo, para luchar contra el emperador tuvo implicaciones revolucionarias tan profundas como los disturbios de la Revolución Francesa ciento cincuenta años después.

En aquella época aún dominada por el celo religioso y el fanatismo ideológico, una política exterior desapasionada y libre de imperativos morales sobresalió como una montaña cubierta de nieve en un desierto. El objetivo de Richelieu era poner fin a lo que él consideraba el cerco de Francia, agotar a los Habsburgo e impedir que surgiera una gran potencia en las fronteras de Francia... especialmente en la frontera alemana. Su única norma para pactar fue que las alianzas sirvieran a los intereses de Francia, y esto fue lo que hizo al principio con los Estados protestantes, y más adelante incluso con el Imperio otomano musulmán. Para agotar a los beligerantes y prolongar la guerra, Richelieu ayudó económicamente a los enemigos de sus enemigos, sobornó, fomentó insurrecciones y puso en juego una extraordinaria variedad de argumentos dinásticos y jurídicos. Triunfó a tal punto que la guerra que había comenzado en 1618 se prolongó, durante décadas, hasta que, finalmente, la historia no le encontró un nombre más apropiado que el de su duración: la Guerra de los Treinta Años.

Francia se mantuvo al margen mientras Alemania era devastada, hasta 1635, cuando el simple agotamiento pareció augurar, una vez más, el fin de las hostilidades y el compromiso de paz. Sin embargo; Richelieu no tenía ningún interés en los compromisos hasta que el rey de Francia fuese ya tan poderoso como el emperador Habsburgo o más fuerte aún. Con ese fin, Richelieu convenció a su soberano, en el decimoséptimo año de la guerra, de la necesidad de entrar en liza del lado de los príncipes protestantes... y sin otra justificación que la oportunidad de explotar el creciente poder de Francia:

Es señal de singular prudencia haber sofocado las fuerzas opuestas a vuestro Estado durante un período de diez años con las fuerzas de vuestros aliados, poniendo la mano en vuestro bolsillo y no en vuestra espada, y luego es señal de valor y de gran sabiduría haber entrado abiertamente en guerra cuando vuestros aliados ya no podían existir sin vos; eso prueba que, al administrar la paz de vuestro reino, os habéis comportado como esos economistas que, habiendo tenido gran cuidado de amasar fortuna, también saben cómo gastarla [...]⁶⁴.

El éxito de una política de *raison d'état* depende, ante todo, de la capacidad de evaluar las relaciones de poder. Los valores universales son definidos por la forma en que se los percibe, y no necesitan una reinterpretación constante; de hecho, son adversos a ella. Pero determinar los límites del poder sí requiere de una mezcla de experiencia y perspicacia y de un constante ajuste a las circunstancias. Desde luego, en teoría, el equilibrio del poder debe ser perfectamente calculable; en la práctica ha demostrado ser extremadamente difícil evaluarlo con realismo. Aún más complicado resulta armonizar los propios cálculos con los de otros Estados, requisito indispensable para la operación de un equilibrio del poder. Por lo general, el consenso sobre la naturaleza del equilibrio

queda establecido por conflictos periódicos.

Richelieu no dudaba de su capacidad para hacer frente al desafío, convencido de que era posible adecuar los medios a los fines con precisión casi matemática. «La lógica —escribió en su *Testamento político*— requiere que lo que se va a apoyar y la fuerza que va a apoyarlo estén en proporción geométrica entre sí.»⁶⁵ El destino lo había hecho príncipe de la Iglesia; la convicción lo puso en la compañía intelectual de racionalistas como Descartes y Spinoza, quienes pensaban que era posible programar científicamente la acción humana; la oportunidad le había permitido transformar el orden internacional para beneficiar enormemente a su país. Por una vez, la estimación de sí mismo hecha por un estadista resultó exacta. Richelieu tenía una penetrante percepción de sus metas, pero él y sus ideas no habrían prevalecido si no hubiese sido capaz de amoldar sus tácticas a su estrategia.

Una doctrina tan novedosa y practicada con tanta sangre fría no podía dejar de ser refutada. Por muy predominante que en años posteriores llegara a ser la doctrina del equilibrio del poder, todavía era sumamente ofensiva para la tradición universalista apoyada en la supremacía de la ley moral. Una de las críticas más reveladoras procedió del renombrado sabio Jansenio, quien atacó toda política que no tuviera una base moral:

¿Creen ellos que un Estado secular, perecedero, deberá pesar más que la religión y la Iglesia? [...] ¿No debe creer el cristianísimo rey que en la guía y administración de su reino no hay nada que le obligue a extender y proteger el de Jesucristo, su Señor? [...] ¿Se atreverá a decir a Dios: que se pierdan tu poder y tu gloria y la religión que enseña a los hombres a adorarte, para que mi Estado quede protegido y libre de riesgos?⁶⁶

Eso era, precisamente, lo que Richelieu estaba diciendo a sus contemporáneos y, por lo que sabemos, a su Dios. Una medida de la revolución que había provocado es el hecho de que lo que sus críticos creían que era una *reductio ad absurdum* (argumento tan inmoral y peligroso que se refuta a sí mismo) era, en realidad, un resumen muy preciso del pensamiento de Richelieu. Como primer ministro del rey, había sometido la religión y la moral a la *raison d'état*, su única guía.

Demostrando lo bien que habían absorbido los cínicos métodos de su propio maestro, los defensores de Richelieu utilizaron el argumento de sus críticos contra éstos. Arguyeron que una política de interés nacional representaba la suprema ley moral; quienes violaban el principio ético eran los que criticaban a Richelieu, y no el cardenal.

Correspondió a Daniel de Priezac, sabio allegado a la administración real, llevar a cabo la refutación en toda regla, casi con el *imprimatur* del propio Richelieu. En la manera más maquiavélica posible, Priezac refutó la premisa de que Richelieu estaba cometiendo pecado mortal al aplicar una política que parecía favorecer la difusión de la herejía. Antes bien, arguyó, las que estaban en peligro eran las almas de los críticos de Richelieu. Como Francia era la más pura y devota de las potencias católicas europeas, al servir los intereses de Francia Richelieu estaba sirviendo a la religión católica.

Priezac no explicó de qué manera había llegado a la conclusión de que Francia estaba dotada de tan incomparable vocación religiosa. Sin embargo, de su premisa se deducía que el fortalecimiento del Estado francés favorecía el bienestar de la Iglesia católica; por tanto, la política de Richelieu era sumamente moral. De hecho, el cerco que tendían los Habsburgo constituía una amenaza tan grande para la seguridad de Francia que había que romperlo, lo que autorizaba al rey de Francia a elegir los métodos que estimara oportunos para alcanzar esa meta que, en última instancia, era moral.

Busca la paz mediante la guerra, y si al declararla ocurre algo contrario a sus deseos, no es un crimen de la voluntad, sino de la necesidad, cuyas leyes son durísimas y cuyas órdenes son extremadamente crueles [...] Una guerra es justa cuando es justa la intención que mueve a declararla [...] Por tanto, la voluntad es el principal elemento que hay que considerar, no los medios [...] El que intenta matar al culpable a veces derrama sin culpa la sangre del inocente⁶⁷.

Para no andar con sutilezas, el fin justifica los medios.

Otro de los que criticaron a Richelieu, Mathieu de Morgues, acusó al cardenal de manipular la religión «como vuestro preceptor Maquiavelo mostró que lo hacían los antiguos romanos, dándole forma [...] explicándola y aplicándola como convenga al avance de vuestros designios»⁶⁸.

La crítica de De Morgues fue tan reveladora como la de Jansenio, y no menos ineficaz. Ciertamente, Richelieu era un manipulador, y empleaba la religión precisamente como se decía. Habría replicado, sin duda, que él simplemente había analizado al mundo tal como era, así como lo había hecho Maquiavelo. Como éste, acaso habría preferido un mundo de sensibilidades morales más refinadas; pero estaba convencido de que la historia lo juzgaría como estadista por lo bien que hubiese aprovechado las condiciones y los factores que se le habían dado como materia prima. En realidad, si para evaluar a un estadista una de las pruebas es ver si alcanzó las metas que se había fijado, habrá que recordar a Richelieu como una de las primeras figuras de la historia moderna, pues dejó un mundo radicalmente distinto del que había encontrado, y puso en acción la política que Francia seguiría durante los tres siglos siguientes.

De esta manera, Francia se convirtió en el país dominante en Europa y extendió muchísimo su territorio. En el siglo que siguió a la Paz de Westfalia de 1648, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años, la doctrina de la *raison d'état* llegó a ser el principio rector de la diplomacia europea. Ni el respeto que le mostrarían estadistas de siglos posteriores, ni el olvido en que cayó su adversario, Fernando II, habrían sorprendido al cardenal, quien no se hacía vanas ilusiones, ni siquiera acerca de sí mismo. «En cuestiones de Estado —escribió Richelieu en su *Testamento político*—, el que tiene el poder a menudo tiene el derecho, y el que es débil sólo difícilmente puede no estar en el error, según la opinión de la mayoría.» Esta máxima rara vez fue refutada en los siglos siguientes⁶⁹.

La repercusión de Richelieu en la historia de la Europa central fue inversamente proporcional a los logros que consiguió en nombre de Francia. Richelieu temía a una Europa central unificada e impidió que se unificara. Es muy probable que su actuación haya aplazado en unos dos siglos la unificación de Alemania. Puede considerarse que la fase inicial de la Guerra de los Treinta Años fue el intento del emperador Habsburgo de actuar como unificador dinástico de Alemania, así como Inglaterra se había convertido en una nación-Estado bajo la tutela de una dinastía normanda y, pocos siglos después, los franceses harían lo mismo en tiempos de los Capeto. Richelieu frustró a los Habsburgo y el Sacro Imperio romano-germánico quedó dividido entre más de trescientos soberanos, cada uno de los cuales seguía una política exterior independiente. Alemania no se convirtió en una nación-Estado; absorta en mezquinas querellas dinásticas, se centró en sí misma. En consecuencia, no desarrolló una cultura política nacional, y se anquilosó en un provincianismo del que no saldría hasta finales del siglo XIX, al ser unificada por Bismarck. Alemania se convirtió en el campo de batalla de casi todas las guerras europeas, muchas de las cuales fueron iniciadas por Francia, y pasó por alto la primera oleada de la colonización europea de ultramar. Cuando, por fin, se unificó, Alemania tenía tan poca experiencia en definir su interés nacional que originó muchas de las peores tragedias de este siglo.

Pero los dioses a menudo castigan al hombre concediéndole la realización de todos sus deseos. La conclusión del cardenal de que el triunfo de la Contrarreforma reduciría a Francia al papel de simple apéndice de un Sacro Imperio romano-germánico cada vez más centralizado, fue casi correcta, sobre todo si se suponía, como él debió de hacerlo, que había llegado la época de la nación-Estado. Pero mientras que el concepto del idealismo wilsoniano radica en la diferencia entre sus declaraciones y la realidad, el concepto de la *raison d'état* es la extensión excesiva... salvo en manos de un maestro, y probablemente aun así lo sea.

Puesto que el concepto de *raison d'état* de Richelieu no tenía limitaciones intrínsecas, ¿hasta dónde se podía llegar antes de que los intereses del Estado se consideraran satisfechos? ¿Cuántas guerras se necesitaban para alcanzar la seguridad? El idealismo wilsoniano, que proclama una política desinteresada, está en peligro constante de olvidar los intereses del Estado; y la *raison d'état* de Richelieu amenaza con unos autodestructivos *tours de force*. Esto fue lo que le ocurrió a Francia cuando Luis XIV ascendió al trono. Richelieu había legado a los reyes franceses un Estado preponderantemente fuerte, que lindaba con una Alemania débil y dividida y una España decadente. Pero Luis XIV no encontró en la seguridad la paz espiritual; al contrario, vio en ella la oportunidad de conquista. En su frenética aplicación de la *raison d'état*, Luis XIV alarmó al resto de Europa y provocó una coalición antifrancesa que, a la postre, frustró sus designios.

No obstante, doscientos años después de Richelieu, Francia seguía siendo el país más influyente de Europa, y ha continuado siendo un elemento importante de la política internacional hasta nuestros días. Pocos estadistas de cualquier país pueden atribuirse tal mérito. Sin embargo, los más grandes triunfos de Richelieu acaecieron mientras fue el único estadista capaz de deshacerse de las trabas morales y religiosas del período medieval. Como era inevitable, los sucesores de Richelieu heredaron la tarea de administrar un sistema en que la mayoría de los Estados actuaba de acuerdo con idénticas premisas. Por tanto, Francia perdió la ventaja de tener unos adversarios atados por consideraciones morales, como lo había estado Fernando en tiempos de Richelieu. Una vez que todos los Estados se dejaron guiar por las mismas reglas, fue mucho más difícil obtener ventajas. Pese a toda la gloria que la *raison d'état* dio a Francia, al final resultó como tirar de una noria: un esfuerzo interminable por ensanchar las fronteras de Francia para ser árbitro de los conflictos entre los Estados alemanes, y de este modo dominar la Europa central, hasta que Francia se agotó por el esfuerzo y paulatinamente fue perdiendo la capacidad de configurar Europa de acuerdo con sus designios.

La *raison d'état* ofreció una razón para justificar la conducta de Estados en particular, pero no dio respuesta al desafío del orden mundial. La *raison d'état* puede impulsar la búsqueda de la supremacía o el establecimiento de un equilibrio. Pero el equilibrio rara vez surge de un designio consciente. Por lo general, es el resultado del proceso de frustrar el intento de un país determinado por gobernar, así como el equilibrio europeo del poder brotó del esfuerzo por contener a Francia.

En el mundo inaugurado por Richelieu, los Estados ya no estaban sujetos por la pretensión de seguir una ley moral. Si el bien del Estado constituía el valor supremo, el deber del gobernante era engrandecerlo y fomentar su propia gloria. Los más fuertes tratarían de dominar, y los más débiles intentarían resistir formando coaliciones que aumentaran sus fuerzas individuales. Si la coalición era lo bastante poderosa para contener al agresor, de ahí surgía un equilibrio del poder; en caso contrario, un país alcanzaría la hegemonía. El resultado no estaba determinado de antemano y, por tanto, se le sometía a prueba mediante guerras frecuentes. Al comienzo, el resultado perfectamente habría podido ser el Imperio, francés o alemán, como equilibrio. Por ello se necesitaron más de cien años para establecer un orden europeo explícitamente basado en el equilibrio del poder. Al

principio, el equilibrio del poder fue un hecho casi incidental, no una meta de la política internacional.

Resulta curioso que no fuera así como lo vieron los filósofos de la época. Los hijos de la Ilustración reflejaron la fe del siglo XVIII en que de un choque de intereses opuestos surgirían la armonía y la justicia. El concepto de equilibrio del poder era sólo una extensión de la sabiduría convencional. Su primer objetivo era impedir la dominación por un Estado, y mantener el orden internacional. No pretendía impedir conflictos, sino sólo limitarlos. Para los realistas estadistas del siglo XVIII era utópica la eliminación de todo conflicto (o de la ambición o de la avaricia); la solución consistía en aprovechar o en contrarrestar los fallos inherentes a la naturaleza humana para lograr a largo plazo el mejor resultado posible.

Los filósofos de la Ilustración consideraban el sistema internacional como parte de un universo que funcionaba como una gran maquinaria de precisión, que, sin parar nunca, avanzaba inexorablemente hacia un mundo mejor. En 1751, Voltaire describió una «Europa cristiana» como «una especie de gran república dividida en varios Estados, monárquicos algunos, mixtos los demás [...] pero todos en armonía mutua [...] todos con los mismos principios de derecho público y político desconocidos en otras partes del mundo». Estos Estados se hallaban «ante todo [...] al unísono en la sabia política de mantener entre ellos, en la medida de lo posible, un idéntico equilibrio del poder»⁷⁰.

Montesquieu abordó el mismo tema. Según él, el equilibrio del poder destilaba unidad basada en la diversidad:

La situación en Europa es que todos los Estados dependen unos de otros [...] Europa es un solo Estado compuesto de varias provincias⁷¹.

Mientras se escribían estas líneas, el siglo XVII ya había soportado dos guerras por la sucesión española, una guerra por la sucesión polaca y toda una serie de guerras por la sucesión austríaca.

Con el mismo espíritu, Emmerich de Vattel, filósofo de la historia, escribió en 1758, durante la Guerra de los Siete Años:

Las continuas negociaciones hacen de la Europa moderna una especie de república, cuyos miembros, independientes entre sí, pero unidos todos por un interés común, se unen para mantener el orden y conservar la libertad. Esto es lo que ha hecho surgir el conocido principio de equilibrio del poder, el cual significa un arreglo de los asuntos de manera que ningún Estado tenga predominio absoluto ni domine a todos los demás⁷².

Los filósofos confundían el resultado con la intención. Durante todo el siglo XVIII, los príncipes europeos entablaron innumerables guerras sin que haya la menor prueba de que la intención consciente fuera aplicar algún concepto general de orden internacional. En el momento preciso en que las relaciones internacionales llegaban a basarse en el poder, surgían tantos factores nuevos que los cálculos eran cada vez más difíciles.

En lo sucesivo, las diversas dinastías se dedicaron a reforzar su seguridad por medio de la expansión territorial. Y en este proceso se alteraron radicalmente las relativas posiciones de poder de varias de ellas. España y Suecia empezaban a ser potencias de segundo orden. Polonia se deslizaba hacia la extinción. Rusia (del todo ausente en la Paz de Westfalia) y Prusia (que allí desempeñó un papel insignificante) eran incipientes grandes potencias. Ya resulta bastante difícil analizar el equilibrio del poder cuando sus componentes son relativamente fijos, pero la tarea de

evaluarlos y hacer concordar las evaluaciones de las diversas potencias es intrincada a más no poder cuando las fuerzas relativas de las potencias se encuentran en flujo constante.

El vacío creado en la Europa central por la Guerra de los Treinta Años tentó a los países vecinos a entrometerse. Francia seguía presionando desde el oeste. Rusia estaba en marcha en el este. Prusia se expandía en el centro del continente. Ninguno de los principales países continentales sintió ninguna obligación especial para defender ese equilibrio del poder tan elogiado por los filósofos. Rusia se consideraba demasiado lejana. Prusia, la más pequeña de las grandes potencias, aún era demasiado débil para incidir en el equilibrio general. Y cada rey se consolaba pensando que la mayor contribución a la paz general era fortalecer su propio gobierno, y confiaba a la omnipresente mano invisible la tarea de justificar sus esfuerzos sin limitar sus ambiciones.

La naturaleza de la *raison d'état* como cálculo esencial de riesgos y beneficios se demostró por el modo en que Federico *el Grande* justificó haber arrebatado Silesia a Austria, pese a las relaciones hasta entonces amistosas que Prusia mantenía con Austria y a estar obligada por un tratado a respetar la integridad territorial austríaca:

La superioridad de nuestras tropas, la prontitud con que podemos ponerlas en movimiento; en pocas palabras, la clara ventaja que tenemos sobre nuestros vecinos nos da en esta inesperada situación una superioridad infinita sobre todas las demás potencias de Europa [...] Inglaterra y Francia son nuestras enemigas. Si Francia se entrometiera en los asuntos del Imperio, Inglaterra no podría tolerarlo, por lo cual yo siempre podré hacer una buena alianza con una u otra. Inglaterra no puede envidiarme por haber tomado Silesia, lo que no le causará ningún daño, y necesita aliados. A Holanda no le importará, tanto más cuanto que los préstamos del mundo de los negocios de Amsterdam asegurados en Silesia quedarán garantizados. Si no podemos entendernos con Inglaterra y Holanda, ciertamente podremos hacer un trato con Francia, que no puede frustrar nuestros designios, y verá con júbilo la humillación de la Casa Imperial. Sólo Rusia podría crearnos dificultades. Si la emperatriz vive [...] podremos sobornar a los principales consejeros. Si muere, los rusos estarán tan ocupados que no tendrán tiempo para los asuntos extranjeros [...]⁷³.

Federico *el Grande* calculaba los asuntos internacionales como si fuesen una partida de ajedrez. Deseaba adueñarse de Silesia para extender el poder de Prusia. El único obstáculo que reconocería era la posible resistencia de potencias superiores, y no repararía en escrúpulos morales. Su análisis era de riesgo y ganancia: si él conquistaba Silesia, ¿tomarían represalias otros Estados o buscarían una compensación?

Federico resolvió el dilema en su favor. Su conquista de Silesia convirtió a Prusia en una gran potencia *bona fide*, pero también desencadenó una serie de guerras conforme otros países trataban de adaptar su política a aquel nuevo participante. La primera fue la Guerra de la Sucesión Austríaca, de 1740 a 1748. En ella, Prusia se alió con Francia, España, Baviera y Sajonia, que en 1743 cambió de bando, mientras Gran Bretaña apoyaba a Austria. En la segunda guerra, la Guerra de los Siete Años, de 1756 a 1763, se invirtieron los papeles. Entonces, Austria se alió con Rusia, Francia, Sajonia y Suecia, mientras que Gran Bretaña y Hannover apoyaban a Prusia. El cambio de bando fue el resultado de puros cálculos de beneficio inmediato y compensaciones específicas, y no de algún principio superior de orden internacional.

Y a pesar de todo, una especie de equilibrio fue surgiendo paulatinamente de esta aparente anarquía y rapiña, en que cada Estado intentaba, por su cuenta, aumentar su poder. No se debió a la moderación, sino al hecho de que ningún Estado, ni siquiera Francia, era lo bastante fuerte para

imponer su voluntad a todos los demás y formar así un imperio. Cuando cualquier Estado amenazaba con ejercer su hegemonía, sus vecinos formaban una coalición, no en favor de una teoría de las relaciones internacionales, sino por puro interés propio, para frustrar las ambiciones del más poderoso.

Estas guerras constantes no causaron las devastaciones que habían causado las guerras de religión por dos razones: paradójicamente, los soberanos absolutos del siglo XVIII se encontraban en condiciones menos favorables para movilizar recursos destinados a la guerra que cuando la religión, la ideología o un gobierno popular podía atizar esas emociones. La tradición y acaso su propia inseguridad los disuadieron de fijar impuestos sobre la renta y muchas otras de las cargas fiscales modernas, limitando la cantidad de riqueza nacional potencialmente dedicada a la guerra; y la tecnología armamentística era rudimentaria.

Ante todo, el equilibrio en el continente europeo fue reforzado y, de hecho, determinado por la aparición de un Estado cuya política exterior estaba explícitamente dedicada a conservar el equilibrio. La política de Inglaterra se basaba en arrojar todo su peso, conforme la ocasión lo requiriera, del lado del bando más débil y más amenazado, para restituir el equilibrio. El creador original de esta política fue el rey Guillermo III de Inglaterra, hombre severo y mundano, holandés de nacimiento. En su Holanda natal había sufrido las ambiciones del Rey Sol, y al ascender él al trono de Inglaterra se propuso forjar coaliciones para frustrar a cada paso las ambiciones de Luis XIV. Inglaterra era el único país de Europa cuya *raison d'état* no le exigía extenderse por Europa. Su interés nacional radicaba en el mantenimiento del equilibrio europeo, y fue el único país que no intentó más que prevenir la dominación de Europa por una sola potencia. Con tal objeto, a menudo estuvo dispuesto a formar cualquier combinación de naciones que se opusiera a semejante empresa.

Gradualmente fue surgiendo un equilibrio del poder por medio de cambiantes coaliciones, encabezadas por Inglaterra, contra los intentos franceses de dominar Europa. Esta dinámica estuvo en el centro de casi todas las guerras entabladas en el siglo XVIII y de cada coalición encabezada por Inglaterra contra la hegemonía francesa, en nombre de las mismísimas libertades europeas que Richelieu había invocado por primera vez en Alemania contra los Habsburgo. El equilibrio del poder se mantuvo porque las naciones que se resistían a la dominación francesa eran demasiado fuertes, y porque un siglo y medio de expansionismo había ido agotando las riquezas de Francia.

El papel de Gran Bretaña como contrapeso reflejó un hecho geopolítico de la vida. La supervivencia de una isla relativamente pequeña frente a la costa de Europa habría estado en peligro si todos los recursos del continente se hubiesen movilizado bajo un solo gobernante. Porque, en tal caso, Inglaterra (como antes de su unión con Escocia en 1707) tenía muchos menos recursos y población y, tarde o temprano, se habría encontrado a merced de un imperio continental.

La Revolución gloriosa de Inglaterra de 1688 la enfrentó de inmediato con Luis XIV de Francia. La Revolución gloriosa había depuesto al rey católico, Jacobo II, y en busca de un reemplazo protestante en el continente, Inglaterra escogió a Guillermo de Orange, gobernante (*Stadthalter*) de Holanda, quien tenía un reducido derecho al trono inglés por su matrimonio con María, hija del rey depuesto. Con Guillermo, Inglaterra importó una guerra ya iniciada contra Luis XIV por lo que después llegaría a ser Bélgica, tierra de importantes fortalezas y puertos peligrosamente al alcance de la costa británica (aunque esta preocupación sólo aparecería con el tiempo). Guillermo sabía que, si Luis XIV lograba ocupar dichas fortalezas, los Países Bajos perderían su independencia, se multiplicarían las perspectivas de que Francia dominara Europa, e Inglaterra se vería directamente amenazada. La decisión de Guillermo de enviar tropas inglesas a luchar por la actual Bélgica contra Francia fue precursora de la decisión británica de luchar por Bélgica en 1914, cuando los alemanes

la invadieron.

A partir de ese momento, Guillermo encabezaría la lucha contra Luis XIV. De corta estatura, jorobado y asmático, a primera vista Guillermo no parecía ser el hombre destinado a humillar al Rey Sol. Pero el príncipe de Orange poseía una voluntad férrea, combinada con una extraordinaria agilidad mental. Se convenció, casi seguramente con razón, de que si a Luis XIV, que ya era el monarca más poderoso de Europa, se le permitía conquistar los Países Bajos españoles (la actual Bélgica), Inglaterra se encontraría en peligro. Había que forjar una coalición capaz de detener al rey de Francia, no por una abstracta teoría de equilibrio del poder, sino por la independencia de los Países Bajos e Inglaterra. Guillermo comprendió que, de realizarse los designios de Luis XIV sobre España y sus posesiones, Francia se convertiría en una superpotencia que ninguna combinación de Estados podría desafiar. En previsión de ese peligro, buscó aliados, y no tardó en encontrarlos: Suecia, España, Saboya, el emperador de Austria, Sajonia, la República Holandesa e Inglaterra formaron la Gran Alianza, la más grande coalición de fuerzas que jamás hubiese visto la Europa moderna, alineada contra una sola potencia. Durante más de un cuarto de siglo (1688-1713), Luis XIV entabló guerras casi constantes contra esta coalición. Sin embargo, a la postre, la búsqueda francesa de la *raison d'état* fue frenada por el interés de los demás Estados de Europa. Francia seguiría siendo el Estado más poderoso del continente, pero no lograría vencer. Éste fue un caso ejemplar del funcionamiento del equilibrio del poder.

La hostilidad de Guillermo contra Luis XIV no era personal ni causada por una francofobia. Sólo reflejaba su fría evaluación del poder y de las ilimitadas ambiciones del Rey Sol. En cierta ocasión, Guillermo reveló a uno de sus ayudantes que, si hubiese vivido en la década de 1550-1559, cuando los Habsburgo amenazaban con imponer sus pretensiones, él habría sido «tan francés como hoy soy español»⁷⁴, anticipándose a la respuesta de Winston Churchill, durante la década de los años treinta, a la acusación de que era antialemán: «Si las circunstancias se invirtieran, igualmente podríamos ser progermanos y antifranceses.»⁷⁵

Guillermo estaba perfectamente dispuesto a negociar con Luis XIV cuando creyera que ésa era la mejor forma de ayudar al equilibrio del poder. Según Guillermo, el simple cálculo era que Inglaterra trataría de mantener cierto equilibrio entre los Habsburgo y los Borbones; así, el que fuese más débil mantendría, con la ayuda británica, el equilibrio de Europa. Desde Richelieu, el bando más débil había sido Austria, y por tanto Inglaterra se alineó con los Habsburgo contra el expansionismo francés.

La nueva idea de actuar como contrapeso no fue del gusto del público británico. A fines del siglo XVII, la opinión pública británica era aislacionista, tanto como lo sería la de los Estados Unidos dos siglos después. El argumento dominante sostenía que ya habría tiempo para resistir a una amenaza si ésta llegara a concretarse; no había necesidad de combatir contra supuestos peligros, basados en lo que algún país pudiera hacer más adelante.

Guillermo desempeñó el equivalente del papel de Theodore Roosevelt en los Estados Unidos, advirtiendo a su pueblo, aislacionista en esencia, que su seguridad dependía de que participaran en un equilibrio del poder en ultramar. Y sus conciudadanos aceptaron sus opiniones mucho más pronto que los norteamericanos abrazaron las de Roosevelt. Unos veinte años después de la muerte de Guillermo, *The Craftsman*, periódico típicamente representativo de la oposición, observó que el equilibrio del poder era uno de «los principios más originales y duraderos de la política británica», y que la paz en el continente era una «circunstancia tan esencial a la prosperidad de una isla comercial que [...] habría de ser esfuerzo constante de los ministros británicos conservarla ellos mismos y restaurarla cuando hubiese sido rota o perturbada por otros»⁷⁶.

Sin embargo, aceptar la importancia del equilibrio del poder no sofocó las disputas británicas acerca de cuál era la mejor estrategia para aplicar esa política. Había dos escuelas de pensamiento que representaban a los dos principales partidos políticos en el Parlamento, sustancialmente paralelas a un similar desacuerdo en los Estados Unidos después de las dos guerras mundiales. Los *whigs* [liberales] argüían que Gran Bretaña sólo debía comprometerse cuando el equilibrio se viese realmente amenazado, y aun entonces sólo el tiempo necesario para suprimir la amenaza. En cambio, los *tories* [conservadores] creían que el principal deber de Gran Bretaña era forjar y no simplemente proteger el equilibrio del poder. Los *whigs* opinaban que sobraría tiempo para resistir a un ataque a los Países Bajos, después que se hubiese lanzado. Los *tories* consideraban que la política de «esperar y ver» podría permitir a un agresor debilitar irreparablemente el equilibrio. Por consiguiente, si Gran Bretaña deseaba no tener que luchar en Dover, debería resistir la agresión a lo largo del Rin o en cualquier parte de Europa en que pareciese amenazado el equilibrio del poder. Los *whigs* veían las alianzas como recursos temporales que había que terminar una vez que la victoria hubiese logrado el propósito común, mientras que los *tories* pedían la participación británica en acuerdos de cooperación permanentes que permitieran a su país encauzar los acontecimientos y conservar la paz.

Lord Carteret, *tory*, ministro de Exteriores de 1742 a 1744, aportó un elocuente argumento en favor de un compromiso permanente en Europa. Denunció la inclinación de los *whigs* «a desentenderse de todas las dificultades y conmociones del continente, a no salir de nuestra isla en busca de enemigos, sino a atender a nuestro comercio y a nuestros placeres y, en lugar de correr riesgos en otros países, a dormir sintiéndonos seguros, hasta que nos despierte la alarma en nuestras costas». Pero Gran Bretaña, afirmó, debía hacer frente a la realidad de sus intereses permanentes apoyando a los Habsburgo como contrapeso de Francia, «pues si el monarca francés se viera libre de todo rival en ese continente, se sentiría seguro en posesión de sus conquistas, podría entonces reducir sus guarniciones, abandonar sus fortalezas y licenciar a sus tropas. Pero ese tesoro que hoy cubre las llanuras con soldados pronto se emplearía en acciones más peligrosas para nuestra patria [...] Por consiguiente, señores míos [...] debemos apoyar a la Casa de Austria, única potencia que puede ejercer de contrapeso contra los príncipes de la familia de los Borbones»⁷².

La diferencia entre las estrategias de la política exterior de los *whigs* y las de los *tories* era práctica, no filosófica; táctica, no estratégica, y reflejaba la evaluación que cada partido hacía de la vulnerabilidad de Gran Bretaña. La política de los *whigs*, de «esperar y ver», reflejaba la convicción de que Gran Bretaña tenía un amplio margen de seguridad. Los *tories* consideraban más precaria la posición de su patria. Casi exactamente la misma distinción separaría a los aislacionistas de los globalistas norteamericanos en el siglo XX. No fue fácil para Gran Bretaña en los siglos XVIII y XIX, ni para los Estados Unidos en el siglo XX, convencer a la ciudadanía de que su propia seguridad requería un compromiso permanente, en lugar del simple aislamiento.

Periódicamente, en ambos países surgiría un líder que expusiera a su pueblo la necesidad de establecer un compromiso permanente. Wilson creó la Sociedad de Naciones; Carteret intentó compromisos permanentes en el continente europeo; Castlereagh, ministro de Exteriores de 1812 a 1821, propuso un sistema de congresos europeos; y Gladstone, primer ministro a fines del siglo XIX, formuló la primera versión del concepto de seguridad colectiva. A la postre, sus avisos no fueron atendidos porque, hasta después de terminada la Segunda Guerra Mundial, no se pudo convencer al pueblo inglés ni al norteamericano de que se enfrentaban a un peligro mortal, hasta que se encontraron frente a él.

De este modo, Gran Bretaña se convirtió en vigilante del equilibrio europeo, al principio casi

por descuido y luego como una estrategia consciente. Sin el tenaz compromiso de Gran Bretaña con esa tarea seguramente Francia hubiera alcanzado la hegemonía sobre Europa en el siglo XVIII o XIX, y Alemania hubiera hecho lo mismo en el período moderno. En este sentido, bien pudo decir Churchill, dos siglos después, que Gran Bretaña «había conservado las libertades de Europa»²⁸.

A comienzos del siglo XIX, Gran Bretaña convirtió su defensa *ad hoc* del equilibrio del poder en un designio consciente. Hasta entonces había seguido su política de forma pragmática, de acuerdo con el genio del pueblo británico, oponiéndose a que algún país amenazara el equilibrio, país que en el siglo XVIII invariablemente fue Francia. Las guerras terminaban con un acuerdo que, por lo general, mejoraba un poco la posición de Francia, pero la privaba de esa hegemonía que era su auténtico objetivo.

Como era inevitable, Francia dio ocasión a la primera declaración detallada de lo que Gran Bretaña entendía por equilibrio del poder. Francia, después de haber buscado la hegemonía durante siglo y medio en nombre de la *raison d'état*, había retornado a los primeros conceptos de universalidad después de la Revolución. Dejó de invocar para su expansionismo la *raison d'état*, y aún menos la gloria de sus reyes caídos. Después de la Revolución, Francia hizo la guerra al resto de Europa para conservar su Revolución y difundir por toda Europa los ideales republicanos. De nuevo, una Francia preponderante amenazaba con dominar Europa. El reclutamiento obligatorio y el fervor ideológico lanzaron a los ejércitos franceses por toda Europa a luchar en nombre de los principios universales de libertad, igualdad y fraternidad. A las órdenes de Napoleón, estuvieron a punto de establecer una comunidad europea centrada en Francia. Hacia 1807, los ejércitos franceses habían establecido unos reinos satélites a lo largo del Rin, en Italia y en España; habían reducido a Prusia a la categoría de potencia de segunda clase y debilitado gravemente a Austria. Sólo Rusia se interponía entre Napoleón y su dominación de Europa.

Y sin embargo, Rusia ya inspiraba la reacción ambivalente, en parte esperanza, en parte temor, que sería su destino hasta la actualidad. A comienzos del siglo XVIII, la frontera rusa había estado en el

Dniéper; un siglo después llegaba al Vístula, ochocientos kilómetros al oeste. A principios del siglo XVIII, Rusia había estado luchando por su propia existencia contra Suecia en Poltava, en las profundidades de la actual Ucrania. A mediados de siglo estaba participando en la Guerra de los Siete Años y sus tropas llegaban a Berlín, y al terminar el siglo, sería el principal causante del reparto de Polonia.

El simple poderío físico de Rusia pareció tanto más ominoso por la despiadada autocracia de sus instituciones internas. Su absolutismo no era mitigado por la costumbre o por una enérgica e independiente aristocracia como les ocurría a los monarcas que gobernaban por derecho divino en Europa occidental. En Rusia, todo dependía del capricho del zar. Era perfectamente posible que la política exterior rusa pasara del liberalismo al conservadurismo, según las ideas del zar de turno, como en realidad así fue durante el reinado del zar Alejandro I. En cambio, en el interior nunca se intentó un experimento liberal.

En 1804, el impredecible Alejandro I, zar de todas las Rusias, se acercó al primer ministro británico, William Pitt *el Joven*, el más implacable enemigo de Napoleón, para hacerle una proposición. Bajo la influencia de los filósofos de la Ilustración, Alejandro I se consideraba a sí mismo la conciencia moral de Europa y se hallaba en la última fase de su temporal enamoramiento de las instituciones liberales. En esa creencia, propuso a Pitt un vago esquema de paz universal, en que se llamara a todas las naciones a reformar sus constituciones con vistas a poner fin al feudalismo y a adoptar el gobierno constitucional. Entonces, los Estados reformados renunciarían al uso de toda

fuerza y someterían unos a otros sus disputas en busca de arbitraje. De este modo, el autócrata ruso fue el sorprendente precursor de la idea wilsoniana de que las instituciones liberales eran un requisito indispensable para la paz, aunque nunca llegó tan lejos como para tratar de aplicar estos principios en su propio pueblo. Y, pocos años después, se pasaría al extremo conservador opuesto del espectro político.

Pitt se encontró entonces, ante Alejandro, en una posición muy similar a la de Churchill frente a Stalin casi ciento cincuenta años después. Le era indispensable el apoyo de Rusia contra Napoleón, pues era imposible imaginar otra manera de derrotarlo. Por otra parte, Pitt no tenía mayor interés del que tendría Churchill en reemplazar a un país dominante por otro, o en apoyar a Rusia como árbitro de Europa. Ante todo, las inhibiciones internas británicas no permitían que ningún primer ministro comprometiera a su país a fundamentar la paz en la reforma política y social de Europa. Gran Bretaña nunca había entablado una guerra por semejante causa, porque el pueblo británico no se sentía amenazado por los trastornos sociales y políticos del continente, sino sólo por los cambios del equilibrio del poder.

La respuesta de Pitt a Alejandro I incluyó todos estos elementos. Pasando por alto la propuesta del ruso a llevar a cabo la reforma política de Europa, esbozó el equilibrio que habría que establecer si se quería mantener la paz. Por primera vez desde la Paz de Westfalia, un siglo y medio antes, se estaba considerando un arreglo europeo general. Y por primera vez, el acuerdo se basaría explícitamente en los principios del equilibrio del poder.

Pitt consideró que la causa principal de la inestabilidad europea radicaba en la debilidad de la Europa central, que repetidas veces había tentado a Francia a realizar incursiones e intentos hegemónicos. (Pitt era demasiado cortés y estaba demasiado necesitado de la ayuda rusa para indicar que una Europa central lo bastante fuerte para rechazar las presiones de Francia se encontraría, asimismo, en condiciones de frustrar las tentaciones expansionistas de Rusia.) Un acuerdo europeo había de empezar por privar a Francia de todas sus conquistas posrevolucionarias y, de paso, restaurar la independencia de los Países Bajos, convirtiendo así la principal preocupación británica en un principio de acuerdo⁷⁹.

Sin embargo, reducir el predominio francés sería inútil si los más de trescientos pequeños Estados alemanes seguían tentando a Francia a presionar e intervenir. Para frustrar tales ambiciones, Pitt consideró necesario crear «grandes masas» en el centro de Europa, consolidando los principados alemanes en grandes agrupamientos. Algunos de los Estados que se habían unido a Francia o que se habían desplomado ignominiosamente serían anexionados por Prusia o por Austria. Y otros formarían unidades más grandes.

Pitt evitó hacer cualquier referencia a un gobierno europeo. En cambio, propuso que Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia garantizaran el nuevo acuerdo territorial de Europa mediante una alianza permanente dirigida contra la agresión francesa; exactamente como Franklin D. Roosevelt trataría, mucho después, de fundamentar el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial en una alianza contra Alemania y Japón. Ni Gran Bretaña en el período napoleónico ni los Estados Unidos en la segunda Guerra Mundial pudieron imaginar que la mayor amenaza para la paz en el futuro sería el aliado del momento, y no el enemigo que se proponían vencer. Un indicio del temor que inspiraba Napoleón fue que el primer ministro británico estuviera dispuesto a aceptar aquello que tan tenazmente había rechazado su país, es decir, un compromiso continuado en el continente europeo, y que Gran Bretaña decidiera reducir su flexibilidad táctica basando su política en la suposición de un enemigo permanente.

La aparición del equilibrio del poder europeo en los siglos XVIII y XIX mantiene ciertos

paralelismos con el mundo posterior a la Guerra Fría. Entonces, como ahora, un orden mundial que se desplomaba engendró toda una multitud de Estados que favorecían sus intereses nacionales sin consideración a ningún principio dominante. Entonces, como ahora, los Estados que formaban el orden internacional buscaban a tientas alguna definición de su papel internacional. Luego, los diversos Estados decidieron confiar por completo en la afirmación de su interés nacional, poniendo su confianza en la llamada mano invisible. La pregunta consiste en saber si el mundo posterior a la Guerra Fría podrá encontrar algún principio que frene la afirmación del poder y del interés egoísta. Desde luego, al fin y al cabo un equilibrio del poder siempre surge *de facto* cuando interactúan varios Estados. Se trata de saber si el mantenimiento del sistema internacional puede convertirse en un designio consciente, o si surgirá simplemente de una serie de pruebas de fuerza.

Para cuando terminaron las guerras napoleónicas, Europa estaba dispuesta a planificar, por única vez en su historia, un orden internacional basado en los principios del equilibrio del poder. En el crisol de las guerras del siglo XVIII y comienzos del XIX se había aprendido que no se podía dejar el equilibrio del poder en manos de la colisión de los Estados europeos. El plan de Pitt había esbozado un acuerdo territorial que rectificara la debilidad del orden mundial del siglo XVIII. Pero los aliados de Pitt en el continente habían aprendido una lección más.

El poder es difícil de evaluar, y el deseo de justificarlo es demasiado variado para poder tratarlo como guía fiable hacia la consecución del orden internacional. Como mejor funciona el equilibrio es si se ve apoyado por un acuerdo de valores comunes. El equilibrio del poder limita la capacidad de derribar el orden internacional; el acuerdo sobre unos valores compartidos reprime el deseo de derrocar el orden internacional. El poder sin legitimidad provoca las pruebas de fuerza; la legitimidad sin poder sólo provoca actitudes inútiles.

Combinar ambos elementos fue el desafío y constituyó el triunfo del Congreso de Viena, el cual estableció un siglo de orden internacional que no se vio interrumpido por una guerra generalizada.

CAPÍTULO CUATRO

El Concierto de Europa: Gran Bretaña, Austria y Rusia

Mientras Napoleón sufría su primer exilio en la isla de Elba, los vencedores de las guerras napoleónicas se reunían en Viena en septiembre de 1814 para planificar el mundo de la posguerra. El Congreso de Viena siguió reuniéndose mientras Napoleón escapaba de Elba y hasta su derrota final, en Waterloo. Mientras tanto, la necesidad de reconstruir el orden internacional se había vuelto aún más apremiante.

El príncipe von Metternich fue el negociador de Austria, aunque, como el congreso se reunía en Viena, el emperador austríaco nunca estuvo lejos del escenario. El rey de Prusia envió al príncipe von Hardenberg, y el recién repuesto en el trono, Luis XVIII de Francia, confió en Talleyrand, quien por ello pudo decir que había servido a todos los gobernantes de Francia desde antes de la Revolución. El zar Alejandro I, negándose a confiar a nadie el lugar de honor de Rusia, acudió a hablar por sí mismo. El secretario británico de Exteriores, lord Castlereagh, negoció en nombre de Gran Bretaña.

Estos cinco personajes lograron lo que se habían propuesto. Después del Congreso de Viena, Europa experimentó el más prolongado período de paz jamás conocido. Durante cuarenta años no hubo ninguna guerra entre las grandes potencias, y después de la guerra de Crimea de 1854, no hubo un conflicto general durante otros sesenta años. Los acuerdos de Viena correspondieron en forma tan literal al plan de Pitt que, cuando Castlereagh los presentó al Parlamento, adjuntó un borrador del plan original británico para mostrar cuán de cerca había sido seguido.

Paradójicamente, este orden internacional, que fue creado en nombre del equilibrio del poder más explícitamente que ninguno anterior o posterior, era el que menos dependía del poder para mantenerse. Y fue así, en parte, porque el equilibrio estaba tan bien planeado que sólo podía ser roto por un esfuerzo de magnitud excesiva. Pero la razón más importante fue que los países del continente europeo compartían una misma escala de valores. No sólo existía un equilibrio físico, sino también moral. El poder y la justicia se encontraron en sustancial armonía. El equilibrio del poder reduce las oportunidades de recurrir a la fuerza, y el sentido de la justicia reduce el deseo de emplearla. Un orden internacional que no parezca justo será desafiado tarde o temprano, pero el modo en que un pueblo percibe la justicia de un orden mundial particular es algo que se determina tanto por sus instituciones internas cuanto por juicios sobre cuestiones tácticas de política exterior. Por esa razón, la compatibilidad entre las instituciones internas constituye un refuerzo para la paz. Por irónico que parezca, Metternich se adelantó a Wilson en el sentido de que creyó que un concepto compartido de la justicia era un requisito para mantener el orden internacional, aunque su idea de la justicia fuese diametralmente opuesta de la que Wilson trató de institucionalizar en el siglo XX.

Crear el equilibrio general del poder resultó relativamente fácil. Los estadistas siguieron el plan de Pitt como el trazo de un arquitecto. Dado que aún no se había inventado la idea de autodeterminación nacional, no les preocupó lo más mínimo crear Estados homogéneos étnicamente a partir de los territorios reconquistados a Napoleón. Austria fue fortalecida en Italia, Prusia en Alemania; y la República Holandesa adquirió los Países Bajos austríacos (casi toda la actual Bélgica). Francia tuvo que renunciar a todas sus conquistas y volver a las «antiguas fronteras» que

había tenido antes de la Revolución. Rusia recibió la parte central de Polonia, y Gran Bretaña, siguiendo su política de no anexionarse territorios en el continente europeo, limitó sus ganancias territoriales al cabo de Buena Esperanza, en el extremo meridional de África.

Según el concepto británico de orden mundial, la prueba para el equilibrio del poder sería lo bien que las diversas naciones pudieran desempeñar los papeles individuales que se habían asignado en el pacto general, casi como los Estados Unidos llegaron a considerar sus alianzas en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Aplicando este enfoque, Gran Bretaña se enfrentó, respecto a los países de la Europa continental, a la misma diferencia de perspectiva que los Estados Unidos encontraron durante la Guerra Fría, pues las naciones no definen simplemente sus propósitos como mecanismos de un sistema de seguridad. La seguridad es la que hace posible su existencia; jamás es su propósito único y ni siquiera el principal.

Austria y Prusia no se consideraban a sí mismas «grandes masas», así como Francia no vería, después, el propósito de la OTAN como una división del trabajo. El equilibrio general del poder significaba poco para Austria y Prusia si no hacía justicia, al mismo tiempo, a sus propias relaciones, especiales y complejas, o tenía en cuenta el papel histórico de sus países.

Como los Habsburgo no lograron la hegemonía en la Europa central en la Guerra de los Treinta Años, Austria había abandonado su intento de dominar toda Alemania. En 1806 desaparecieron hasta los vestigios del Sacro Imperio romano-germánico. Pero Austria seguía considerándose primera potencia, y estaba resuelta a impedir que ningún otro Estado alemán, especialmente Prusia, le arrancara su liderazgo histórico.

Y Austria tenía toda la razón del mundo para estar alerta. Desde que Federico *el Grande* se había apoderado de Silesia, las pretensiones austríacas de liderar Alemania habían sido rechazadas por Prusia. Una diplomacia sin escrúpulos, la devoción por las artes militares y un desarrolladísimo sentido de la disciplina hicieron que Prusia, en el curso de un siglo, pasara de ser una potencia secundaria en las yermas llanuras del norte de Alemania a ser un reino que, aunque todavía era la más pequeña de las grandes potencias, en el aspecto militar se contaba entre las mejores. Sus caprichosas fronteras se extendían a lo largo de la Alemania septentrional, desde el este, parcialmente polaco, hasta la un tanto latinizada Renania (separada del territorio original de Prusia por el reino de Hannover), lo que daba al Estado prusiano el sentimiento abrumador de tener que cumplir un deber nacional, aunque su propósito no fuese otro que defender sus territorios fragmentados.

Tanto la relación entre los dos mayores Estados alemanes como la de éstos con el resto de Estados germanos sería una de las claves de la estabilidad europea. De hecho, al menos desde la Guerra de los Treinta Años, los acuerdos internos alemanes habían presentado a Europa el mismo dilema: cada vez que Alemania estaba débil y dividida despertaba en sus vecinos, especialmente en Francia, tentaciones expansionistas. Al mismo tiempo, la perspectiva de la unidad alemana aterrorizaba a los Estados circundantes, como ha seguido haciéndolo en nuestra propia época. El temor de Richelieu a que una Alemania unida pudiese dominar Europa y abrumar a Francia ya había sido expresado por un observador inglés, que en 1609 escribió: «[...] en cuanto a Alemania, si estuviese por completo sometida a una monarquía, sería terrible para todos los demás»⁸⁰. A lo largo de la historia, Alemania siempre ha sido demasiado débil o demasiado fuerte para la paz de Europa.

Los artífices del Congreso de Viena reconocieron que, si la Europa central había de tener paz y estabilidad, tendrían que deshacer la labor de Richelieu de comienzos del siglo XVII. Richelieu había favorecido una Europa central débil y fragmentada, despertando así en Francia la continua tentación de intervenir y de convertirla en virtual campo de prácticas para sus ejércitos. De este

modo, los estadistas de Viena se propusieron consolidar Alemania, pero no unificarla. Austria y Prusia eran los Estados alemanes de mayor importancia, seguidos por un cierto número de Estados de dimensiones medias como Baviera, Wurtemberg y Sajonia, que se habían expandido y fortalecido. A pesar de que eran más de trescientos los Estados que había antes de Napoleón, fueron reducidos a unos treinta, unidos en una nueva entidad llamada Confederación Germánica. Para la defensa común contra toda agresión del exterior, la Confederación Germánica resultó ser una creación ingeniosa. Era demasiado fuerte para ser atacada por Francia y demasiado débil y descentralizada para constituir una amenaza para sus vecinos. La Confederación contrapesó la superior fuerza militar de Prusia con el mayor prestigio y legitimidad de Austria. El propósito de la Confederación era impedir la unidad alemana sobre una base nacional, conservar los tronos de los diversos príncipes y monarcas alemanes e impedir una agresión francesa. Y lo consiguió en todos los aspectos.

Al tratar al enemigo derrotado, los vencedores decidieron que un acuerdo de paz debía lograr la transición de la intransigencia indispensable para asentar la victoria a la conciliación necesaria para lograr una paz duradera. Una paz punitiva compromete el orden internacional porque impone a los vencedores, extenuados por los esfuerzos de guerra, la tarea de mantener sometido a un país resuelto a socavar todo acuerdo. Cada país que tenga un motivo de queja está seguro de encontrar un apoyo casi automático en el descontento bando vencido. Tal sería la maldición del Tratado de Versalles.

Los vencedores en el Congreso de Viena, como los de la Segunda Guerra Mundial, evitaron cometer este error. No era fácil mostrarse generosos con Francia, que había estado tratando de dominar Europa durante siglo y medio, y cuyos ejércitos habían acampado entre sus vecinos durante un cuarto de siglo. No obstante, los estadistas de Viena concluyeron que Europa estaría más segura si Francia se sentía relativamente satisfecha, y no resentida y disconforme. Francia fue despojada de sus conquistas, pero se le concedieron sus fronteras «antiguas», es decir, las que tenía antes de la Revolución, aunque esto representara un territorio considerablemente mayor que el que había gobernado Richelieu. Castlereagh, el ministro de Exteriores del más implacable enemigo de Napoleón, argumentó:

Los continuados excesos de Francia aún pueden, sin duda, impulsar a Europa [...] a cierto desmembramiento [...] [pero] los aliados aprovecharán esta nueva oportunidad de conseguir ese reposo tan necesario para todas las potencias de Europa con la seguridad de que, si son decepcionados [...] volverán a empuñar las armas, no sólo en posiciones de mando, sino también con la fuerza moral, la única que puede mantener unida una confederación [...]⁸¹.

En 1818, Francia fue admitida en las periódicas reuniones europeas que durante medio siglo, y gracias al sistema de congresos, estuvieron cerca de constituir el gobierno de Europa.

Gran Bretaña, convencida de que las diversas naciones comprendían suficientemente su propio interés como para defenderlo si se veían desafiadas, probablemente se habría contentado con dejar así las cosas. Los ingleses creían que no se necesitaba ninguna garantía formal, o que ésta no podría añadir mucho al análisis del sentido común. Sin embargo, los países de la Europa central, víctimas de guerras durante siglo y medio, insistieron en recibir garantías tangibles.

Austria, en particular, se enfrentaba a peligros que eran inconcebibles para Gran Bretaña. Austria era un imperio políglota que, como un vestigio de los tiempos feudales, agrupaba las múltiples nacionalidades de la cuenca del Danubio alrededor de sus posiciones históricas en Alemania y en la Italia septentrional. Sabedora de las corrientes cada vez más disonantes del liberalismo y el nacionalismo que amenazaban su existencia, trató de tejer una red de contención

moral para impedir toda prueba de fuerza. Metternich demostró su consumada habilidad al convencer a los países clave de que sometieran sus desacuerdos a una misma escala de valores compartidos. Talleyrand expresó así la importancia de contar con algún principio de moderación:

Si [...] el mínimo de poder de resistencia [...] fuese igual al máximo de poder de agresión [...] habría un auténtico equilibrio. Pero [...] la situación real solamente admite un equilibrio que es artificial y precario y que sólo puede durar mientras ciertos grandes Estados sigan animados por el espíritu de moderación y de justicia⁸².

Después del Congreso de Viena, la relación entre el equilibrio del poder y un sentido de legitimidad compartido se expresó en dos documentos: la Cuádruple Alianza, formada por Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia; y la Santa Alianza, limitada a las tres llamadas Cortes del Este: Prusia, Austria y Rusia. A comienzos del siglo XIX, Francia era vista con el mismo temor con que lo ha sido Alemania en el siglo XX: como una potencia crónicamente agresiva y esencialmente desestabilizadora. Por tanto, los estadistas de Viena forjaron la Cuádruple Alianza, destinada a sofocar de raíz toda tendencia agresiva de Francia con fuerzas abrumadoras. Si los vencedores de Versalles hubiesen pactado una alianza similar en 1918, acaso el mundo no habría sufrido la Segunda Guerra Mundial.

La Santa Alianza era totalmente distinta; Europa no había visto un documento similar desde que Fernando II dejara el trono del Sacro Imperio romano-germánico, casi dos siglos antes. Fue propuesta por el zar de Rusia, quien no podía resignarse a abandonar su autodeclarada misión de renovar el sistema internacional y de reformar a sus participantes. En 1804, Pitt había anulado su propuesta de cruzada por las instituciones liberales, pero en 1815 Alejandro estaba exaltado por tan poderosa sensación de victoria que esto no se le pudo negar, aunque su cruzada de entonces era exactamente contraria a la que había propuesto once años antes. Ahora estaba imbuido de religión y de valores conservadores, y propuso nada menos que una reforma completa del sistema internacional, basada en la idea de que «el curso antes adoptado por las potencias en sus relaciones debía ser modificado fundamentalmente y que era apremiante reemplazarlo por un orden de cosas basado en las verdades de la religión eterna de nuestro Salvador»⁸³.

El emperador de Austria dijo, en broma, que no sabía si estas ideas debían discutirse en el consejo de ministros o en el confesionario. Pero también sabía que no le era posible unirse a la cruzada del zar ni, rechazándola, dar a Alejandro un pretexto para llevarla adelante por sí solo, dejando a Austria sin ningún aliado frente a las corrientes liberales y nacionales del período. Por eso Metternich transformó la propuesta del zar en lo que llegaría a conocerse como la Santa Alianza, que interpretaba el imperativo religioso como una obligación para sus signatarios de conservar el *statu quo* interno en Europa. Por primera vez en la historia moderna, las potencias europeas se habían fijado una misión común.

Ningún estadista británico podría haberse unido a una empresa que establecía el derecho general, en realidad, una obligación, de intervenir en los asuntos internos de otros Estados. Castlereagh opinó que la Santa Alianza era «un ejemplo de sublime misticismo y disparate»⁸⁴. Metternich, en cambio, la vio como la oportunidad de comprometer al zar a sostener al gobierno legítimo y, ante todo, de contenerlo para que no se dejara llevar por sus impulsos misioneros unilateralmente y sin moderación. La Santa Alianza unió a los monarcas conservadores para combatir la revolución, pero también los obligó a actuar sólo de común acuerdo, dando así a Austria un veto teórico sobre las aventuras de su abrumador aliado ruso. El llamado Concierto de Europa implicaba

que las naciones que competían al mismo nivel resolverían por consenso las cuestiones que afectarían a la estabilidad general.

La Santa Alianza fue el aspecto más original de los acuerdos de Viena. Su encumbrado nombre ha desviado la atención de su significación funcional, que consistió en introducir un elemento de freno moral en las relaciones de las grandes potencias. Los intereses creados que aparecieron en la supervivencia de sus instituciones internas hicieron que los países del continente europeo evitaran todo conflicto que, en el siglo anterior, habrían abordado como cosa natural.

Sin embargo, sería excesivamente sencillo argüir que unas instituciones internas compatibles garantizan, por sí solas, el pacífico equilibrio del poder. En el siglo XVIII todos los gobernantes de los países de la Europa continental reinaban por derecho divino: sus instituciones internas eran eminentemente compatibles; y sin embargo, estos mismos soberanos gobernaban con una sensación de permanencia y entablaron entre sí guerras interminables, precisamente porque consideraban inatacables sus instituciones internas.

Woodrow Wilson no fue el primero en creer que la naturaleza de las instituciones internas determinaba la conducta internacional de un Estado. También Metternich lo creía, pero según unas premisas completamente distintas. Mientras que Wilson creía que las democracias eran amantes de la paz y razonables por naturaleza, Metternich las consideraba peligrosas e impredecibles. Metternich identificaba la paz con el gobierno legítimo puesto que había presenciado los sufrimientos que la Francia republicana había infligido a Europa. Esperaba que los reyes de dinastías antiguas, si no mantenían la paz, conservaran al menos la estructura básica de las relaciones internacionales. De esta manera, la legitimidad pasó a ser el vínculo que mantenía unido el orden internacional.

La diferencia entre el enfoque wilsoniano y el de Metternich respecto de la justicia interna y el orden internacional es fundamental para comprender los distintos puntos de vista de los Estados Unidos y Europa. Wilson emprendió su cruzada por unos principios que le parecían revolucionarios y nuevos; Metternich trató de institucionalizar unos valores que consideraba antiguos. Wilson, que presidía un país creado conscientemente para liberar al hombre, estaba persuadido de que se podían legislar los valores democráticos para integrarlos en unas instituciones universales completamente nuevas. Metternich, que representaba a un país antiguo cuyas instituciones se habían desarrollado de manera gradual y casi imperceptible, no creía que se pudieran crear derechos por ley. Los «derechos», según Metternich, simplemente existían en la naturaleza de las cosas. Si eran afirmados por leyes o por constituciones eso era una cuestión técnica que en esencia no tenía nada que ver con la creación de la libertad. Metternich consideraba que garantizar derechos era una paradoja: «Las cosas que deben darse por sentadas pierden su fuerza cuando surgen en forma de declaraciones arbitrarias [...] los objetos que erróneamente se convierten en tema de legislación sólo terminan en la limitación, si no en la completa anulación, de lo que se intentaba salvaguardar.»⁸⁵

Algunas máximas de Metternich eran cómodas racionalizaciones de las prácticas del Imperio austríaco, que era incapaz de adaptarse al naciente mundo nuevo; pero Metternich también reflejó la convicción racionalista de la existencia de leyes y derechos naturales que no se establecían por decreto. Su experiencia formativa había sido la Revolución francesa, que comenzó con la proclamación de los Derechos del Hombre y terminó en el Reinado del Terror. Wilson provenía de una experiencia nacional mucho más benigna y, quince años antes de que surgiera el totalitarismo moderno, no concebía que la voluntad popular pudiese llevar a aberraciones semejantes.

En el período que siguió al Congreso de Viena, Metternich desempeñó un papel decisivo administrando el sistema internacional e interpretando las exigencias de la Santa Alianza. Se vio obligado a adoptar este papel porque Austria se encontraba en el centro de todas las tempestades, y

sus instituciones internas eran cada vez menos compatibles con las corrientes nacionales y liberales del siglo. Prusia amenazaba la posición de Austria en Alemania, y Rusia a sus poblaciones eslavas en los Balcanes. Además, Francia seguía allí, impaciente por reclamar el legado de Richelieu en Europa central. Metternich sabía que si permitía que estos peligros se convirtieran en pruebas de fuerza, Austria se agotaría, cualquiera que fuese el resultado de un conflicto particular. Por tanto, su política consistió en evitar crisis formando un consenso moral, y en desviar las que no podían evitarse apoyando discretamente a cualquier nación que estuviese dispuesta a soportar el mayor peso del enfrentamiento: Gran Bretaña frente a Francia en los Países Bajos, Gran Bretaña y Francia frente a Rusia en los Balcanes, los pequeños Estados frente a Prusia en Alemania.

La extraordinaria habilidad diplomática de Metternich le permitió convertir verdades diplomáticas ya familiares en principios funcionales de política exterior. Logró convencer a los dos más íntimos aliados de Austria, cada uno de los cuales representaba una amenaza geopolítica para el Imperio austríaco, de que el peligro ideológico que significaba la revolución anulaba sus oportunidades estratégicas. Si Prusia hubiese deseado explotar el nacionalismo alemán habría podido desafiar la preeminencia de Austria en Alemania una generación antes de Bismarck. Si los zares Alejandro I y Nicolás I sólo hubiesen considerado las oportunidades geopolíticas de Rusia, habrían explotado la desintegración del Imperio otomano mucho más decisivamente, poniendo en peligro a Austria, como lo harían sus sucesores más avanzado el siglo. Pero ambos se abstuvieron de aprovechar su ventaja porque eso sería ir contra el principio dominante de mantener el *statu quo*. Austria, que parecía una nación moribunda tras el ataque napoleónico, recibió una nueva savia gracias al sistema de Metternich, que le permitió subsistir otros cien años.

El hombre que salvó aquel imperio anacrónico y que dirigió su política durante casi medio siglo ni siquiera había visitado Austria hasta que tuvo trece años, ni vivió allí hasta que cumplió los diecisiete⁸⁶. El padre del príncipe Klemens von Metternich había sido gobernador general de Renania, que por entonces pertenecía a los Habsburgo. Figura cosmopolita, Metternich siempre se sintió más a gusto hablando francés que alemán. «Desde hace mucho tiempo —escribió a Wellington en 1824— Europa ha tenido para mí el carácter de una patria [*patrie*].»⁸⁷ Sus adversarios se burlaban de sus máximas mojigatas y de sus elegantes frases. Pero Voltaire y Kant habrían comprendido sus opiniones. Metternich, como producto racionalista de la Ilustración, se vio lanzado a una lucha revolucionaria que era ajena a su temperamento, y obligado a ser el principal ministro de un Estado asediado cuya estructura no podía modificar.

Sobriedad de espíritu y moderación en sus objetivos eran el estilo de Metternich: «Poco dados a ideas abstractas, aceptamos las cosas como son e intentamos llevar al máximo nuestra capacidad de protegernos contra las ilusiones acerca de las realidades.»⁸⁸ Y «con frases que, bien examinadas, se disuelven en el aire, como la defensa de la civilización, no puede definirse nada tangible»⁸⁹.

Con tales actitudes, Metternich se esforzó por no ser arrastrado por las emociones del momento. En cuanto Napoleón fue derrotado en Rusia, y antes de que las tropas rusas hubiesen llegado a la Europa central, Metternich ya había identificado a Rusia como la potencial amenaza a largo plazo. En un momento en que los vecinos de Austria se concentraban en liberarse del yugo francés, Metternich hizo que la participación de Austria en la coalición antinapoleónica dependiera de la elaboración de objetivos de guerra que fuesen compatibles con la supervivencia del ya tambaleante Imperio austríaco. La actitud de Metternich fue totalmente opuesta a la posición que adoptaron las democracias durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se encontraron en circunstancias parecidas frente a la Unión Soviética. Metternich, como Castlereagh y Pitt, creía que una Europa central fuerte era indispensable para garantizar la estabilidad europea, y resuelto a evitar toda prueba de fuerza, se

preocupó tanto por establecer un estilo moderador como por acumular simple fuerza:

La actitud de las potencias [europeas] difiere como su situación geográfica. Francia y Rusia tienen una sola frontera, apenas vulnerable. El Rin con su triple línea de fortalezas garantiza la tranquilidad de [...] Francia; un clima terrible [...] hace del Niemen una frontera no menos segura para Rusia. En cambio, Austria y Prusia se encuentran expuestas por todas partes a un ataque de las potencias vecinas. Amenazadas continuamente por la preponderancia de estas dos potencias, Austria y Prusia sólo pueden encontrar la tranquilidad en una política sabia y mesurada, en relaciones de buena voluntad entre sí y con sus vecinos [...]⁹⁰.

Aunque Austria necesitaba a Rusia como parapeto contra Francia, desconfiaba de su impetuosa aliada, y en especial del temperamento de cruzado del zar. Talleyrand dijo del zar Alejandro I que no por casualidad era hijo del demente zar Pablo. Metternich describió a Alejandro como «extraña combinación de virtudes masculinas y flaquezas femeninas. Demasiado débil para tener auténtica ambición, pero demasiado fuerte para tener pura vanidad»⁹¹.

Según Metternich, el problema planteado por Rusia no consistía tanto en cómo contener su agresividad, esfuerzo que por otra parte hubiese agotado a Austria, sino en cómo moderar sus ambiciones. «Alejandro desea la paz del mundo —informó un diplomático austríaco—, pero no por la paz misma y sus bendiciones, sino por él mismo; no incondicionalmente, sino con reservas mentales. Él debe seguir siendo el árbitro de la paz. De él deben emanar el reposo y la dicha del mundo, y toda Europa debe reconocer que este reposo es obra suya, que depende de su buena voluntad, que podrá ser perturbado a su capricho...»⁹²

Castlereagh y Metternich disintieron sobre cómo contener a la veleidosa y entrometida Rusia. Como ministro de Exteriores de una potencia isleña alejada del escenario del enfrentamiento, Castlereagh estaba dispuesto a responder sólo a los ataques manifiestos, y aun así sólo si amenazaban el equilibrio. Por su parte, el país de Metternich se encontraba en el centro del continente y no podía correr tales riesgos. Precisamente porque Metternich desconfiaba de Alejandro, insistió en mantenerse cerca de él y dedicarse a impedir que por su causa surgieran amenazas. «Si se dispara un cañón —escribió—, Alejandro se escapará de nosotros a la cabeza de su séquito, y entonces no habrá límite a las que considere sus leyes divinamente ordenadas.»⁹³

Para atenuar el celo excesivo de Alejandro, Metternich siguió una estrategia doble. Bajo su guía, Austria se puso a la vanguardia de la lucha contra el nacionalismo, aunque Metternich insistiera tenazmente en no permitir que Austria se expusiera demasiado a acciones unilaterales o se comprometiera con ellas. Aún menos inclinado se sentía a azuzar a otros a actuar por sí solos, en parte porque temía que el celo misionero de Rusia pudiese convertirse en expansionismo. Para Metternich, la moderación era tanto una virtud filosófica como una necesidad práctica. En sus instrucciones a un embajador austríaco escribió una vez: «Es más importante eliminar las pretensiones de otros que imponer las nuestras [...] Obtendremos mucho en proporción a lo poco que pidamos.»⁹⁴ Siempre que fue posible trató de moderar los planes «cruzados» del zar haciéndole interminables consultas y limitándolo a lo que podría tolerar el consenso europeo.

La segunda parte de la estrategia de Metternich fue mantener la unidad conservadora. Cuando la acción era inevitable, Metternich recurría a un acto de prestidigitación, que una vez describió de esta manera: «Austria considera todo en relación con la sustancia. Rusia desea ante todo la forma; Gran Bretaña desea la sustancia sin la forma [...] Nuestra tarea será combinar las imposibilidades de Gran Bretaña con los modos de Rusia.»⁹⁵ La destreza de Metternich permitió a Austria imponer el ritmo de

los acontecimientos durante una generación convirtiendo a Rusia, país al que temía, en su asociado gracias a la unidad de los intereses conservadores, y a Gran Bretaña, en la que confiaba, en el último recurso para oponerse a los desafíos del equilibrio del poder. Sin embargo, el resultado inevitable sólo se podría aplazar. Aun así, haber conservado un Estado antiguo basado en valores incongruentes con las tendencias dominantes durante todo un siglo, no fue logro desdeñable.

El dilema de Metternich era que, cuanto más se acercara al zar, más exponía su conexión británica; y cuanto más la expusiera, más tenía que acercarse al zar, si no quería quedar aislado. Para Metternich, la combinación ideal habría sido el apoyo británico para mantener el equilibrio territorial, y el apoyo ruso para sofocar los disturbios internos: la Cuádruple Alianza para tener seguridad geopolítica y la Santa Alianza para tener estabilidad interna.

Pero al pasar el tiempo y desvanecerse el recuerdo de Napoleón, cada vez fue más difícil mantener esa combinación. Cuanto más se aproximaban las alianzas a un sistema de seguridad colectiva y de gobierno europeo, más obligada se sentía Gran Bretaña a disociarse de ellas. Y cuanto más se disociaba Gran Bretaña, más dependía Austria de Rusia y, por tanto, más rígidamente defendía los principios conservadores. Este era un círculo vicioso imposible de romper.

Por muy favorablemente que Castlereagh considerara los problemas de Austria, no podía persuadir a Gran Bretaña de hacer frente a problemas potenciales, en contraste con los reales. «Cuando se altera el equilibrio territorial de Europa —confesó Castlereagh—, [Gran Bretaña] puede intervenir con eficiencia, pero es el último gobierno de Europa del que puede esperarse que se aventure a comprometerse en alguna cuestión de carácter abstracto [...] se nos encontrará en nuestro sitio cuando un peligro real amenace el sistema de Europa; pero este país no puede actuar ni actuará sobre abstractos y especulativos principios de precaución.»⁹⁶ Sin embargo, el meollo del problema de Metternich era que la necesidad le obligaba a tratar como algo práctico lo que Gran Bretaña consideraba abstracto y especulativo. Y es que los disturbios internos eran el peligro que Austria encontraba más difícil de conjurar.

En principio, para suavizar este desacuerdo Castlereagh propuso celebrar reuniones periódicas o congresos de ministros de Exteriores para revisar la situación europea. El que llegaría a ser conocido como sistema de congresos intentaba forjar un consenso sobre las cuestiones a las que se enfrentaba Europa y allanar el camino para tratarlos de forma multilateral. Sin embargo, Gran Bretaña no se sentía a gusto con un sistema de gobierno europeo porque se asemejaba demasiado a aquella Europa unificada a la que los británicos se habían opuesto siempre. Dejando aparte la política británica tradicional, ningún gobierno británico había aceptado nunca el compromiso permanente de revisar los hechos conforme surgían sin enfrentarse a una amenaza específica. La participación en un gobierno europeo no era más atractiva para la opinión pública británica de lo que la Sociedad de Naciones lo sería para los norteamericanos cien años después, y por razones muy similares.

El gabinete británico mostró con toda claridad sus reservas desde la primera de tales conferencias, el Congreso de Aquisgrán, en 1818. Castlereagh fue enviado con estas instrucciones extraordinariamente renuentes: «Aprobamos en esta ocasión [una declaración general] con cierta dificultad, pero asegurando [a las potencias secundarias] que las [...] reuniones periódicas [...] se limitarán a un [...] tema, o [...] a una potencia, Francia, y ningún compromiso de intervenir de ningún modo en las ocasiones en que el Derecho Internacional no justifique la intervención [...] Nuestra auténtica política siempre ha consistido en no intervenir, salvo en casos de gran urgencia y, aun entonces, con fuerza superior.»⁹⁷ Gran Bretaña deseaba contener a Francia pero, por encima de ello, prevalecían en Londres dos temores: el «compromiso continental» y una Europa unificada.

Sólo hubo una ocasión en que Gran Bretaña encontró compatible con sus objetivos la diplomacia de los congresos. Durante la Revolución griega de 1821, Inglaterra interpretó el deseo del zar de proteger a la población cristiana del vacilante Imperio otomano como la primera etapa del intento de Rusia por conquistar Egipto. Al estar en juego los intereses estratégicos de Gran Bretaña, Castlereagh no vaciló en apelar al zar en nombre de esa misma unidad aliada que hasta entonces había tratado él de limitar estrictamente a contener a Francia. De un modo muy peculiar, elaboró toda una distinción entre las cuestiones teóricas y las prácticas: «El problema de Turquía es de carácter totalmente distinto, que en Inglaterra no vemos como consideración teórica sino práctica [...]»⁹⁸

Pero la apelación de Castlereagh a la alianza sirvió, ante todo, para demostrar su inherente fragilidad. Una alianza en que uno de los socios ve sus propios intereses estratégicos como la única cuestión práctica no da mayor seguridad a sus miembros, pues no muestra ninguna obligación, aparte de lo que la consideración del interés nacional habría impuesto en todo caso. Metternich, sin duda, se sintió confortado por la evidente simpatía personal de Castlereagh hacia sus objetivos, y aun al propio sistema de congresos. Según uno de los diplomáticos austríacos, Castlereagh era «como un gran amante de la música que se encuentra en la iglesia; quisiera aplaudir, pero no se atreve»⁹⁹. Pero aun cuando el más europeo de los estadistas británicos no se atrevió a aplaudir aquello en lo que creía, el papel de Gran Bretaña en el Concierto de Europa estaba destinado a ser transitorio e ineficaz.

Un poco como Wilson y su Sociedad de Naciones un siglo después, los esfuerzos de Castlereagh por persuadir a Gran Bretaña de que participara en un sistema de congresos europeos fue mucho más allá de lo que las instituciones representativas británicas podían tolerar, fuese por motivos filosóficos o estratégicos. Castlereagh estaba convencido, como lo estaría Wilson, de que la mejor manera de evitar el peligro de una nueva agresión sería que su país participara en algún foro europeo permanente que tratara de las amenazas antes de que éstas se concretaran. Comprendía Europa mejor que la mayoría de sus contemporáneos británicos y sabía que el recién creado equilibrio requeriría una atención cuidadosa. Pensaba que había descubierto una solución que Gran Bretaña podría apoyar, pues no se trataba más que de una serie de reuniones de discusión de los ministros de Exteriores de los cuatro vencedores, sin ninguna otra característica obligatoria.

Pero para el gabinete británico hasta las reuniones deliberadoras sonaban demasiado a gobierno europeo. En efecto, el sistema de congresos nunca saltó ni siquiera el primer obstáculo. Cuando Castlereagh asistió a la primera conferencia en Aquisgrán, en 1818, Francia fue admitida en el sistema de congresos y Gran Bretaña lo abandonó. El gabinete negó a Castlereagh la autorización para asistir a otros congresos europeos, que se celebraron en Troppau en 1820, en Laibach en 1821 y en Verona en 1822. Gran Bretaña se mantuvo apartada del sistema de congresos que su propio secretario de Exteriores había ideado, así como un siglo después los Estados Unidos se alejarían de la Sociedad de Naciones propuesta por su propio presidente. En cada caso, el intento del jefe del país más poderoso por crear un sistema general de seguridad colectiva fracasó a causa de las inhibiciones internas y de las tradiciones históricas.

Tanto Wilson como Castlereagh creyeron que el orden internacional establecido después de una guerra catastrófica sólo podría ser protegido por la participación de todos los miembros clave de la comunidad internacional y, especialmente, de sus propios países. Para ambos la seguridad debía ser colectiva; si alguna nación era perjudicada, a la postre todas serían víctimas. Considerada así la seguridad como algo inconsútil, todos los Estados tenían un interés común en oponerse a la agresión, y un interés aún mayor en impedirla. En opinión de Castlereagh, Gran Bretaña, cualesquiera que fuesen sus ideas sobre asuntos específicos, tenía un interés real por conservar la paz general y el

equilibrio del poder. Castlereagh, como Wilson, creyó que el mejor modo de defender ese interés sería participar en las decisiones que afectarían al orden internacional y organizar la resistencia a las violaciones de la paz.

La debilidad de la seguridad colectiva consiste en que los intereses rara vez son uniformes, y en que la seguridad rara vez es inconsútil. Por consiguiente, los miembros de un sistema general de seguridad colectiva aprobarán con mayor probabilidad la inacción que la acción conjunta; o bien se mantendrán unidos por brillantes generalidades o podrán presenciar la deserción del miembro más poderoso, el que se siente más seguro y que, por tanto, menos necesita del sistema. Ni Wilson ni Castlereagh pudieron conseguir que sus respectivos países formaran parte de un sistema de seguridad colectiva porque sus respectivas sociedades no se sentían amenazadas por peligros previsibles, y consideraban que podrían hacerles frente por sí solas o, en caso de necesidad, encontrar aliados de última hora. Para ellos, participar en la Sociedad de Naciones o en el sistema de congresos europeo entrañaba riesgos y no aumentaba su seguridad.

Sin embargo, hubo una diferencia enorme entre los dos estadistas anglosajones. Castlereagh no sólo no estaba de acuerdo con sus contemporáneos, sino ni siquiera con toda la tendencia de la moderna política exterior británica. No dejó ningún legado; ningún estadista británico lo tuvo por modelo. Wilson no sólo respondió a las fuentes de la motivación norteamericana, sino que la llevó a un nuevo y más alto nivel. Todos sus sucesores han sido wilsonianos hasta cierto punto, y toda la posterior política exterior norteamericana fue forjada por sus máximas.

Lord Stewart, el «observador» británico a quien se permitió asistir a varios congresos europeos, era medio hermano de Castlereagh, y derrochó casi todas sus energías en precisar los límites de la participación de Gran Bretaña, en vez de contribuir a un consenso europeo. En Troppau presentó un memorándum que afirmaba el derecho a la defensa propia, pero insistía en que Gran Bretaña «no asumiría, como miembro de la Alianza, la responsabilidad moral de administrar una política general europea»¹⁰⁰. En el Congreso de Laibach, lord Stewart se vio obligado a reiterar que Gran Bretaña nunca se comprometería a combatir peligros «especulativos». El propio Castlereagh había definido la posición británica en un documento oficial del 5 de mayo de 1820: la Cuádruple Alianza, afirmó, era para «liberar del dominio militar de Francia a una gran parte del continente de Europa [...] Sin embargo, nunca pretendió ser una Unión por el Gobierno del Mundo o por la Superintendencia de Asuntos Internos de otros Estados»¹⁰¹.

Al final, Castlereagh se encontró atrapado entre sus convicciones y sus necesidades internas, y no pudo hallar salida a esta insostenible situación. «Señor —dijo Castlereagh en su última entrevista con el rey—, es necesario decir adiós a Europa; sólo vos y yo lo sabemos y la hemos salvado; después de mí, nadie comprende los asuntos del continente.»¹⁰² Cuatro días después se quitó la vida.

Conforme Austria dependía cada vez más de Rusia, la pregunta más angustiada para Metternich era hasta cuándo sus llamadas a los principios conservadores del zar podrían contener a Rusia para que no aprovechara sus oportunidades en los Balcanes y en la periferia de Europa. La respuesta resultó ser: casi tres décadas, tiempo durante el cual Metternich se enfrentó a revoluciones en Nápoles, España y Grecia, mientras mantenía eficazmente un consenso europeo y evitaba la intervención de Rusia en los Balcanes.

Pero la cuestión de Oriente no cedía. En esencia, era el resultado de las luchas de independencia en los Balcanes, donde diversas nacionalidades trataban de librarse del dominio turco. El dilema que esto planteaba al sistema de Metternich era que chocaba con el compromiso de ese sistema por mantener el *statu quo*, y que los movimientos de independencia hoy dirigidos contra Turquía mañana atacarían a Austria. Además, el zar, el más comprometido con la legitimidad,

también era el más impaciente por intervenir, y nadie, de ninguna manera en Londres o en Viena, creía que el zar mantuviera el *statu quo* una vez lanzados sus ejércitos.

El interés común por amortiguar la caída del vacilante Imperio otomano mantuvo durante cierto tiempo una relación cordial entre Gran Bretaña y Austria. Por muy poco que los ingleses se preocuparan de las cuestiones balcánicas particulares, un avance ruso hacia los estrechos sí era visto como una amenaza a los intereses británicos en el Mediterráneo, y se topaba con una tenaz resistencia. Metternich nunca participó directamente en estos esfuerzos de los ingleses por oponerse al expansionismo ruso, aunque los viera con buenos ojos. Su diplomacia minuciosa y, ante todo, anónima, que afirmaba la unidad de Europa, halagaba a los rusos y cortejaba a los ingleses, y permitió a Austria mantener abierta su opción rusa mientras otros Estados soportaban la ardua tarea de contener su expansionismo.

Cuando Metternich abandonó la escena política, en 1848, esto marcó el principio del fin del equilibrio con que Austria había utilizado la unidad de los intereses conservadores para mantener los acuerdos de Viena. Desde luego, la legitimidad no habría podido compensar indefinidamente la continua decadencia de la posición geopolítica de Austria, ni la creciente incompatibilidad existente entre sus instituciones internas y sus tendencias nacionales predominantes. Pero los matices son la esencia del arte de gobernar. Metternich había llevado con sutileza la cuestión de Oriente, pero sus sucesores, incapaces de adaptar las instituciones internas de Austria a los nuevos tiempos, trataron de compensar esta incapacidad armonizando la diplomacia austríaca con la naciente tendencia de la política del poder, no limitada por un concepto de legitimidad. Eso sería la ruina del orden internacional.

Ocurrió, entonces, que el Concierto de Europa finalmente se hizo añicos en las discusiones por la cuestión de Oriente. En 1854 las grandes potencias se encontraban en guerra por primera vez desde los tiempos de Napoleón. Fue irónico que este conflicto, la guerra de Crimea, condenado largo tiempo por los historiadores como algo disparatado y perfectamente evitable, no fuese precipitado por Rusia, Gran Bretaña o Austria, países con grandes intereses en la cuestión de Oriente, sino por Francia.

En 1852, el emperador francés Napoleón III, que acababa de subir al poder mediante un golpe de Estado, convenció al sultán de Turquía de que le otorgara el título de Protector de los Cristianos en el Imperio otomano, papel que el zar de Rusia se había reservado tradicionalmente. Nicolás I se enfureció al ver que Napoleón, a quien consideraba ilegítimo y oportunista, pretendía pisarle el terreno a Rusia como protector de los eslavos de los Balcanes, y exigió el mismo título que Francia. Cuando el sultán desairó a su emisario, Rusia rompió relaciones diplomáticas. Lord Palmerston, que dirigió la política exterior británica a mediados del siglo XIX, desconfiaba con pesimismo de Rusia y pidió que la Marina Real fuese enviada a la bahía de Besika, fuera de los Dardanelos. El zar mantenía el espíritu del sistema de Metternich: «Vosotros cuatro —dijo, refiriéndose a las otras grandes potencias— podéis darme órdenes; pero lo que pedís jamás ocurrirá. Yo cuento con Berlín y con Viena.»¹⁰³ Para demostrar que esto no le preocupaba, Nicolás ordenó la ocupación de los principados de Moldavia y Valaquia (la actual Rumania).

Austria, el país que más tenía que perder con una guerra, propuso la solución obvia: que Francia y Rusia actuaran como coprotectores unidos de los cristianos otomanos. A Palmerston no le agradó ninguna de las dos soluciones. Para fortalecer la posición negociadora de Gran Bretaña, mandó la Marina Real a la entrada del Mar Negro. Esto animó a Turquía a declarar la guerra a Rusia, y Gran Bretaña y Francia apoyaron a Turquía.

Sin embargo, las verdaderas causas de la guerra eran más profundas. De hecho, las

reclamaciones religiosas sólo fueron pretextos de los verdaderos designios políticos y estratégicos. Nicolás perseguía el antiguo sueño ruso de conquistar Constantinopla y los estrechos. Napoleón III vio la oportunidad de poner fin al aislamiento de Francia y de deshacer la Santa Alianza debilitando a Rusia. Palmerston buscó algún pretexto para poner fin, de una vez por todas, al avance de Rusia hacia los estrechos. Al estallar el conflicto, los navíos de guerra ingleses entraron en acción y empezaron a destruir la flota rusa del Mar Negro. Una fuerza anglo-francesa desembarcó en Crimea, con órdenes de apoderarse de la base naval rusa de Sebastopol.

Estos acontecimientos supusieron un gran dilema para los gobernantes austríacos. Consideraban importante su tradicional amistad con Rusia, mientras que, a la vez, temían que el avance ruso por los Balcanes aumentara la inquietud de las poblaciones eslavas de Austria. Pero temían que si apoyaban a su vieja amiga Rusia en Crimea Francia tuviera un pretexto para atacar los territorios italianos de Austria.

Al principio, Austria se declaró neutral, que era lo sensato. Pero el nuevo ministro de Exteriores austríaco, el conde Buol, encontró insoportable la inactividad y preocupante la amenaza de Francia a las posesiones austríacas en Italia. Mientras los ejércitos británico y francés sitiaban Sebastopol, Austria presentó un ultimátum al zar, exigiendo que Rusia se retirara de Moldavia y Valaquia. Este fue el factor decisivo que desencadenó la guerra de Crimea: al menos eso es lo que los gobernantes rusos pensarían en adelante.

Austria había abandonado a Nicolás I y una firme amistad con Rusia, que se remontaba a las guerras napoleónicas. La frivolidad junto con el pánico hizo que los sucesores de Metternich lanzaran por los aires el legado de unidad conservadora, acumulado tan cuidadosamente y a veces con tanto trabajo durante más de una generación, pues en cuanto Austria se liberó de los grilletes de los valores compartidos, también dejó libre a Rusia de seguir su propia política basada estrictamente en los méritos geopolíticos. Y siguiendo ese camino, Rusia tenía que chocar con Austria por el futuro de los Balcanes y, con el tiempo, tratar de socavar el Imperio austríaco.

La razón de que el acuerdo de Viena hubiese funcionado durante cincuenta años fue que las tres potencias del Este, Prusia, Rusia y Austria, habían considerado su unidad como la barrera esencial ante el caos revolucionario y el dominio francés en Europa. Pero en la guerra de Crimea, Austria («la Cámara de los Pares de Europa», como la había llamado Talleyrand) actuó para colocarse en difícil alianza con Napoleón III, quien estaba impaciente por socavar el dominio austríaco en Italia, y con Gran Bretaña, renuente a comprometerse en causas europeas. Al hacerlo, Austria liberó a Rusia y Prusia, sus antiguos y voraces asociados en la Santa Alianza, para buscar sus propios y exclusivos intereses nacionales. Prusia exigió un precio, obligando a Austria a retirarse de Alemania, mientras la creciente hostilidad de Rusia en los Balcanes se convertía en uno de los primeros detonadores de la Primera Guerra Mundial y causaba el desplome final de Austria.

Ante las realidades de la política de poder, Austria no comprendió que su salvación había sido el compromiso europeo con la legitimidad. El concepto de unidad de los intereses conservadores había rebasado las fronteras nacionales, tendiendo así a mitigar los enfrentamientos de la política de poder. El nacionalismo tuvo el efecto opuesto, exaltando el interés nacional, intensificando las rivalidades y aumentando los riesgos de todos. Austria se había enfrascado en una pugna de la que, dadas sus muchas vulnerabilidades, no podía salir victoriosa.

Cinco años después de terminada la guerra de Crimea, el dirigente nacionalista italiano Camillo Cavour inició el proceso de expulsión de Austria de Italia, provocando una guerra con aquélla, apoyado por una alianza con Francia y con el consentimiento ruso: antes, estos dos últimos factores habrían parecido inconcebibles. Cinco años después, Bismarck derrotaría a Austria en una guerra

por la hegemonía en Alemania. Una vez más, Rusia se apartó y Francia hizo lo mismo, aunque de mala gana. En la época de Metternich se habría consultado al Concierto de Europa, que hubiese controlado estas rebeliones. En adelante, la diplomacia dependería más de la fuerza bruta que de los valores compartidos. Se mantuvo la paz otros cincuenta años, pero con cada década se multiplicaban las tensiones y se intensificaban las carreras armamentistas.

Gran Bretaña tuvo un destino totalmente distinto en un sistema internacional impulsado por la política de poder. Por una parte, su seguridad nunca había dependido del sistema de congresos; para Gran Bretaña, la nueva pauta de relaciones internacionales no era ninguna novedad. En el transcurso del siglo XIX llegó a ser el país dominante en Europa. Desde luego, era lo bastante fuerte para valerse por sí sola y tenía las ventajas del aislamiento geográfico y de la inmunidad a los levantamientos internos que estallaban en el continente. Pero también contaba con gobernantes firmes que, sin sentimentalismos, se consideraban comprometidos con el interés nacional.

Los sucesores de Castlereagh distaron mucho de comprender a la Europa continental tan bien como él. Pero tuvieron una comprensión más clara de lo que constituía el esencial interés nacional británico, y lo buscaron con extraordinaria habilidad y persistencia. George Canning, sucesor inmediato de Castlereagh, no tardó en eliminar los últimos y escasos nexos en los que Castlereagh había conservado su influencia, por remota que fuera, en el sistema de congresos europeo. En 1821, un año antes de suceder a Castlereagh, Canning había pedido una política de «neutralidad de palabra y de obra»¹⁰⁴. «No supongamos —declaró—, con disparatado espíritu novelesco, que nosotros por nuestra cuenta podemos regenerar Europa.»¹⁰⁵ Luego, cuando fue nombrado secretario de Exteriores, no dejó duda de que su ideal era el interés nacional que, en su opinión, era incompatible con un compromiso permanente en Europa:

[...] relacionados íntimamente como lo estamos con el sistema de Europa, de ahí no se sigue que, por tanto, seamos llamados a mezclarnos en toda ocasión con una actividad inquieta y entrometida, en los asuntos de las naciones que nos rodean¹⁰⁶.

En otras palabras, Gran Bretaña se reservaba el derecho a seguir su propio camino, de acuerdo con las circunstancias de cada caso, y guiada exclusivamente por su interés nacional: política que haría secundarios o innecesarios a sus aliados.

Palmerston explicó así, en 1856, la definición británica de interés nacional: «Cuando la gente me pregunta [...] a qué se llama política, la única respuesta es que nos proponemos hacer lo que nos parezca mejor, según sea la ocasión, teniendo los intereses de nuestra patria como único principio guía.»¹⁰⁷ Medio siglo después, la descripción oficial de la política exterior británica no había ganado en precisión, como puede verse en esta explicación del secretario de Exteriores, sir Edward Grey: «Los ministros británicos de Exteriores se han guiado por lo que les pareció el interés inmediato de este país, sin hacer cálculos complicados para el futuro.»¹⁰⁸

En casi cualquier otro país, declaraciones como ésta habrían sido causa de mofa, como perogrulladas: hacemos lo que es mejor porque consideramos que es lo mejor. En Gran Bretaña parecieron reveladoras; muy pocas veces se pidió definir la frase, tan manida, de «interés nacional». «No tenemos aliados eternos ni enemigos permanentes», declaró entonces Palmerston. Gran Bretaña no necesitaba una estrategia en toda regla, porque sus gobernantes comprendían tan bien y tan íntimamente el interés británico que podían actuar espontáneamente en cada situación que surgiera, confiados en que su pueblo los seguiría. En palabras de Palmerston: «Nuestros intereses son eternos, y nuestro deber es servir a esos intereses.»¹⁰⁹

Los dirigentes británicos eran más capaces de ver con toda claridad lo que no estaban dispuestos a defender, que de identificar de antemano un *casus belli*. Aún más renuentes se mostraban a detallar unas metas positivas, tal vez porque les gustaba bastante el *statu quo*. Convencidos de que podrían reconocer el interés nacional británico a primera vista, los gobernantes británicos no sintieron necesidad alguna de elaborarlo por anticipado. Preferían aguardar los casos reales: posición imposible de adoptar para los países del continente, porque ellos eran esos casos reales.

El concepto británico de seguridad no era muy distinto de la opinión de los aislacionistas norteamericanos, porque Gran Bretaña se sentía a salvo de todo trastorno que no fuese una catástrofe impredecible. Pero los Estados Unidos y Gran Bretaña difirieron cuando se trató de la relación entre la paz y la estructura interna. Los gobernantes británicos no consideraron que la difusión de instituciones representativas fuese, en ningún sentido, clave para la paz, del modo en que generalmente lo consideraron sus colegas norteamericanos, ni les preocuparon unas instituciones diferentes de las suyas propias.

Así, en 1841 Palmerston detalló ante el embajador británico en San Petersburgo todo aquello a lo que Gran Bretaña se opondría con la fuerza de las armas, y por qué no se resistiría a unos cambios puramente internos:

Uno de los principios generales que el Gobierno de Su Majestad desea observar como guía para su conducta cuando se trata de las relaciones entre Inglaterra y otros Estados es que los cambios que otras naciones decidan hacer en su Constitución interna y forma de gobierno deberán considerarse cuestiones en las que Inglaterra no tiene que intervenir por la fuerza de las armas [...]

Pero el intento de una nación por adueñarse y apropiarse de territorios que pertenezcan a otra nación es cosa distinta, porque semejante intento provocará una perturbación del equilibrio del poder, y al alterar la fuerza relativa de los Estados puede tender a crear peligros a otras potencias; por tanto, contra tales intentos el gobierno británico se considera en plena libertad de oponerse [...]¹¹⁰.

Sin excepción, los ministros británicos se preocuparon ante todo por mantener la libertad de acción de su patria. En 1841, Palmerston reiteró la fobia de Gran Bretaña hacia los casos abstractos:

[...] no es habitual que Inglaterra contraiga compromisos relacionados con casos que no han surgido en realidad, o que no se encuentran en la perspectiva inmediata [...]¹¹¹.

Casi treinta años después, Gladstone expuso el mismo principio en una carta a la reina Victoria:

Inglaterra debe conservar íntegros en sus manos los medios para estimar sus propias obligaciones ante los diversos estados de cosas, conforme surjan; no deberá coartar ni limitar su propia libertad de elección por declaraciones hechas a otras potencias, en interés real o supuesto de éstas; declaraciones de las que puedan afirmar, al menos, que las interpretaron de otra manera [...]¹¹².

Al insistir en la libertad de acción, por regla general los estadistas británicos rechazaron todas las variaciones sobre el tema de la seguridad colectiva. Lo que después llegaría a llamarse «espléndido aislamiento» reflejó la convicción de que en tales alianzas Inglaterra tendría más que perder que ganar. Tan arrogante enfoque sólo podía mantenerlo un país lo bastante fuerte para valerse por sí mismo, que no preveía peligros para los cuales pudiera necesitar la ayuda de aliados y

que se sentía seguro de que cualquier amenaza extrema resultaría aún más amenazante para sus aliados potenciales. El papel de Gran Bretaña como nación que mantenía el equilibrio europeo le dio todas las opciones que sus gobernantes pudieran desear o necesitar. Esta política fue sostenible porque no aspiraba a obtener ganancias territoriales en Europa; Inglaterra podía elegir las querellas europeas en las que decidiera intervenir porque su único interés europeo era el del equilibrio (por muy voraz que fuese el apetito británico por las conquistas coloniales en ultramar).

Y sin embargo, el «espléndido aislamiento» de Gran Bretaña no le impidió negociar acuerdos temporales con otros países para hacer frente a circunstancias especiales. Como potencia marítima sin un gran ejército permanente, Gran Bretaña a veces tuvo que cooperar con algún aliado continental, al que siempre prefirió elegir conforme surgía la necesidad. En tales ocasiones, los gobernantes británicos supieron mantenerse notablemente inmunes a las pasadas animosidades. Cuando Bélgica se separó de Holanda, en 1830, Palmerston empezó a amenazar con la guerra a Francia si ésta trataba de dominar al nuevo Estado, y luego, pocos años después, ofreció aliarse con ella para garantizar la independencia de Bélgica: «Por sí sola, Inglaterra no puede imponer sus condiciones en el continente. Debe tener aliados como instrumentos para trabajar con ellos.»¹¹³

Desde luego, los diversos aliados *ad hoc* de Gran Bretaña tenían sus propios objetivos, que habitualmente incluían extender su influencia o su territorio en Europa. Cuando se pasaban de lo que Inglaterra consideraba apropiado, ésta cambiaba de bando u organizaba nuevas coaliciones contra sus antiguos aliados en defensa del equilibrio. Su persistencia, nada sentimental, y su egocéntrica determinación valieron a Gran Bretaña el epíteto de «la pérfida Albión». Este tipo de diplomacia acaso no reflejara una actitud muy elevada, pero sí mantuvo la paz de Europa, en especial después de que el sistema de Metternich empezó a quebrarse.

El siglo XIX marcó el apogeo de la influencia británica. Gran Bretaña se mostraba confiada, y tenía buenas razones para ello. Era la principal nación industrial, y la Marina Real dominaba los mares. En una época de trastornos internos, la política interior británica fue notablemente serena. Cuando se trató de los grandes asuntos del siglo XIX: intervención o no intervención, defensa del *statu quo* o cooperación para el cambio, los gobernantes británicos no se dejaron atar por dogmas. En la guerra por la independencia griega en la década de 1820-1829, Gran Bretaña simpatizó con el intento griego de liberarse del yugo otomano mientras, al hacerlo, no amenazara su posición estratégica en el Mediterráneo oriental aumentando la influencia rusa. Pero al llegar 1840, Gran Bretaña estuvo dispuesta a intervenir para contener a Rusia, apoyando así el *statu quo* en el Imperio otomano. En la Revolución húngara de 1848, Gran Bretaña, que no había sido intervencionista, de hecho recibió con júbilo la restauración del *statu quo* por parte de Rusia. Cuando Italia se rebeló contra el dominio de los Habsburgo durante el decenio de 1850-1859, Gran Bretaña se mostró favorable, pero no intervencionista. Para defender el equilibrio del poder, Gran Bretaña no fue categóricamente intervencionista ni no intervencionista; no fue baluarte del orden vienés ni potencia revisionista. Su estilo fue invariablemente pragmático, y el pueblo británico se enorgulleció de su capacidad para abrirse paso improvisando.

Y sin embargo, toda política pragmática (en realidad, sobre todo, determinada política pragmática) debe fundamentarse en algún principio establecido para impedir que la habilidad táctica se desperdicie a diestro y siniestro. Y el principio fijo de la política exterior británica, reconocido o no, era su papel de protectora del equilibrio del poder, lo que en general significó apoyar al más débil contra el más fuerte. En la época de Palmerston el equilibrio del poder se había convertido en un principio tan inmutable de la política británica que no necesitaba ninguna defensa teórica; cualquier medida que se aplicara en algún momento dado era descrita, inevitablemente, diciendo que

protegía el equilibrio del poder. A gran número de objetivos fijos y prácticos se aplicó una flexibilidad extraordinaria. Por ejemplo, la resolución de evitar que los Países Bajos cayeran en manos de una gran potencia no se modificó desde la época de Guillermo III hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. En 1870 Disraeli reafirmó así dicho principio:

El gobierno de este país siempre ha sostenido que Inglaterra tenía interés en que los países de la costa europea que se extiende desde Dunquerque y Ostende hasta las islas del Mar del Norte tuvieran comunidades libres y florecientes, practicasen las artes de la paz, gozaran de los derechos de la libertad, siguieran las labores del comercio que tienden a la civilización del hombre, y no cayeran en manos de alguna gran potencia militar [...] ¹¹⁴.

Podemos ver hasta qué punto se habían aislado los gobernantes alemanes de la realidad cuando realmente se sorprendieron de que en 1914 Gran Bretaña reaccionara a la invasión alemana de Bélgica con la declaración de guerra.

Bien entrado el siglo XIX, la preservación de Austria como país independiente fue considerada un importante objetivo británico. En el siglo XVIII, Marlborough, Carteret y Pitt habían entablado varias guerras para impedir que Francia debilitara a Austria. Aunque en el siglo XIX Austria tuviese menos que temer de una invasión francesa, los ingleses seguían viendo a este país como útil contrapeso a la expansión rusa hacia los estrechos. Y cuando la Revolución de 1848 amenazó con causar la desintegración de Austria, Palmerston declaró:

Austria se yergue en el centro de Europa como una barrera contra las intromisiones, por una parte, y contra las invasiones, por la otra. En mi opinión, la independencia política y las libertades de Europa dependen del mantenimiento y de la integridad de Austria como gran potencia europea; y, por consiguiente, todo lo que tienda por contingencia directa, o aun remota, a debilitar y a menoscabar a Austria, pero más aún a rebajarla de su posición de potencia de primera clase a la de Estado secundario, tendrá que ser una gran calamidad para Europa que todo inglés deberá lamentar y tratar de prevenir ¹¹⁵.

Después de la Revolución de 1848, Austria fue debilitándose gradualmente, y su política, cada vez más errática, redujo su utilidad como elemento clave de la política británica en el Mediterráneo oriental.

El objetivo de la política inglesa era impedir que Rusia ocupara los Dardanelos. Las rivalidades austro-rusas tuvieron mucho que ver en los designios de Rusia sobre las provincias eslavas de Austria, que no interesaban seriamente a Gran Bretaña, en tanto que el control de los Dardanelos no constituía un vital interés austríaco. Por consiguiente, Gran Bretaña llegó a considerar que Austria no era un contrapeso apropiado para Rusia y por ello se limitó a no intervenir cuando Austria fue derrotada por Italia en el Piamonte y por Prusia en la pugna por la supremacía en Alemania, indiferencia que no habría sido siquiera concebible una generación antes. Tras el cambio de siglo, el temor a Alemania dominaría la política británica; y Austria, aliada de Alemania, por primera vez surgió como adversaria en los cálculos británicos.

En el siglo XIX nadie habría considerado posible que un día Gran Bretaña fuese aliada de Rusia. En opinión de Palmerston, Rusia «aplicaba un sistema de agresión universal en todos sentidos, en parte por el carácter del emperador [Nicolás], en parte por el sistema permanente de su gobierno» ¹¹⁶. Veinticinco años después, esta opinión encontró eco en lord Clarendon, quien arguyó

que la guerra de Crimea era «una batalla de la civilización contra la barbarie»¹¹⁷. Gran Bretaña pasó la mayor parte del siglo tratando de contener la expansión de Rusia por Persia y los accesos a Constantinopla y la India. Se necesitarían décadas de belicosidad e insensibilidad alemanas para que este país fuese la principal preocupación de la seguridad británica, lo cual no ocurrió, finalmente, hasta después de terminado el siglo.

Los gobiernos británicos cambiaron más frecuentemente que los de las llamadas potencias del Este; ninguna de las grandes figuras políticas británicas, Palmerston, Gladstone y Disraeli, estuvieron ininterrumpidamente en el cargo, como lo hicieron Metternich, Nicolás I y Bismarck. Y, sin embargo, Gran Bretaña mantuvo una extraordinaria constancia de propósito. Una vez tomado un camino concreto, lo seguía con implacable tenacidad y absoluta firmeza, lo que le permitió ejercer una influencia decisiva en favor de la tranquilidad en Europa.

Una causa de la perseverancia británica en tiempos de crisis fue el carácter representativo de sus instituciones políticas. Desde 1700, la opinión pública había desempeñado un papel importante en la política exterior británica. Ningún otro país en la Europa del siglo XVIII tuvo un punto de vista de «oposición» con respecto a la política exterior; en Gran Bretaña era inherente a su sistema. En el siglo XVIII, por regla general los *tories* representaron la política exterior del rey, que se inclinaba por la intervención en las disputas continentales. Los *whigs*, como sir Robert Walpole, preferían mantener cierta distancia de las querellas del continente, y hacían mayor hincapié en la expansión por ultramar. En el siglo XIX ya se habían invertido esos papeles. Los *whigs*, como Palmerston, representaban una política activista, mientras que los *tories*, como Derby o Salisbury, desconfiaban de todo compromiso con el extranjero. Los radicales, como Richard Cobden, se aliaron con los conservadores, pidiendo una actitud británica no intervencionista.

Como la política exterior británica surgió de debates abiertos, el pueblo británico mostró una unidad extraordinaria en tiempos de guerra. Por otra parte, una política exterior tan descaradamente parcial hizo posible, aunque muy insólito, que la política exterior se invirtiera con el solo reemplazo de un primer ministro. Por ejemplo, el apoyo de Gran Bretaña a Turquía en el decenio de 1870-1879 terminó de súbito cuando Gladstone, que consideraba moralmente censurables a los turcos, derrotó a Disraeli en las elecciones de 1880.

Gran Bretaña siempre consideró sus instituciones representativas característicamente propias. Sus políticas en el continente siempre se justificaron en términos del interés nacional británico y no de ideología. Cada vez que Gran Bretaña expresó su simpatía por una revolución, como en Italia en 1848, lo hizo con fines eminentemente prácticos. De este modo, Palmerston citó con beneplácito el adagio pragmático de Canning: «Quienes se han opuesto a toda mejora porque es una innovación, algún día se verán obligados a aceptar la innovación cuando haya dejado de ser una mejora.»¹¹⁸ Pero éste era un consejo basado en la experiencia, no una llamada a la propagación de los valores o las instituciones de Gran Bretaña. Durante todo el siglo XIX, Gran Bretaña juzgó a otros países por sus políticas exteriores y, salvo durante un breve interludio gladstoniano, permaneció indiferente a sus estructuras internas.

Aunque Gran Bretaña y los Estados Unidos compartieron cierto alejamiento de la participación cotidiana en asuntos internacionales, la primera justificó su propia versión del aislacionismo por motivos radicalmente distintos. Los Estados Unidos proclamaron sus instituciones democráticas como ejemplo para el resto del mundo; Gran Bretaña consideró que sus instituciones parlamentarias no eran aplicables a otras sociedades. Los Estados Unidos llegaron a creer que la difusión de la democracia aseguraría la paz; de hecho, defendían que no había otra manera de alcanzar una paz duradera. Gran Bretaña podía preferir una estructura interna particular, pero no se arriesgaría por

ella.

En 1848, Palmerston dejó a un lado la tradicional desconfianza británica ante el derrocamiento de la monarquía francesa y el resurgir de un nuevo Bonaparte invocando esta regla práctica de los estadistas británicos: «El principio invariable que mueve a Inglaterra es reconocer como órgano de cada nación el que cada una deliberadamente haya escogido tener.»¹¹⁹

Palmerston fue el principal artífice de la política exterior británica durante casi treinta años. En 1841, Metternich analizó su estilo pragmático con cínica admiración:

[...] ¿qué desea, pues, lord Palmerston? Desea hacer que Francia sienta el poder de Inglaterra, demostrándole que el asunto egipcio sólo terminará como él lo desee, y sin que Francia tenga derecho a intervenir. Desea probar a las dos potencias alemanas que no las necesita, que la ayuda de Rusia le basta a Inglaterra. Desea mantener en jaque a Rusia y arrastrarla en consecuencia por su angustia permanente de ver que Inglaterra vuelve a acercarse a Francia¹²⁰.

No fue una mala descripción de lo que Gran Bretaña entendía por equilibrio del poder. A la postre, permitió a Gran Bretaña pasar el siglo con sólo una guerra, relativamente breve, la guerra de Crimea, contra otra de las grandes potencias. Aunque distara mucho de ser la intención de alguien, al estallar la guerra, fue precisamente la de Crimea la que causó el desplome del orden de Metternich, forjado tan dificultosamente en el Congreso de Viena. La desintegración de la unidad entre los tres monarcas del oriente europeo suprimió de la diplomacia europea el elemento moral de la moderación. Siguieron quince años de desórdenes antes de que se lograra una nueva estabilidad, aunque mucho más precaria.

Dos revolucionarios: Napoleón III y Bismarck

El desplome del sistema de Metternich como consecuencia de la guerra de Crimea provocó casi dos décadas de conflictos: la guerra del Piamonte y Francia contra Austria en 1859, la guerra por Schleswig-Holstein de 1864, la guerra austro-prusiana de 1866 y la franco-prusiana de 1870. De este desorden surgiría en Europa un nuevo equilibrio del poder. Francia, que había participado en tres de las contiendas y alentado las demás, perdió su posición hegemónica ante Alemania. Y, lo que fue aún más importante, desaparecieron los frenos morales del sistema de Metternich. Esta convulsión quedó simbolizada con el uso de un nuevo término para definir una política de equilibrio del poder: el término alemán *Realpolitik* reemplazó al término francés *raison d'état*, aunque sin modificar su significado.

El nuevo orden europeo fue obra de dos colaboradores bastante insólitos, que luego llegarían a ser acérrimos enemigos, el emperador Napoleón III y Otto von Bismarck. Estos dos hombres pasaron por alto los antiguos lemas de Metternich: que en interés de la estabilidad había que conservar los reinos legítimos de los Estados de Europa; que había que suprimir los movimientos nacionales y liberales, y, ante todo, que las relaciones entre los Estados tenían que ser determinadas por consenso entre gobernantes de ideas afines. Ambos basaron su política en la *Realpolitik*, la idea de que las relaciones entre los Estados son determinadas por la fuerza bruta, y que el más poderoso prevalecerá.

Napoleón III, sobrino del gran Bonaparte que había devastado Europa, fue, en su juventud, miembro de sociedades secretas italianas que luchaban contra la dominación austríaca en Italia. Elegido presidente en 1848, Napoleón se declaró emperador tras encabezar un golpe de Estado en 1852. Otto von Bismarck era hijo de una eminente familia prusiana y apasionado adversario de la revolución liberal de 1848 que tuvo lugar en Prusia. Bismarck llegó a *Ministerpräsident* (primer ministro) en 1862 sólo porque el rey no vio otra manera de resolver una discusión con un Parlamento que era contrario a aceptar designaciones militares.

Entre los dos, Napoleón III y Bismarck, lograron anular los acuerdos de Viena; sobre todo el sentido de moderación que había emanado de una creencia en los valores conservadores compartida por ambos. Sería imposible imaginar dos personalidades más distintas que las de Bismarck y Napoleón III. El *Canciller de Hierro* y la *Esfinge de las Tullerías* sólo estaban unidos por su aversión al sistema de Viena. Ambos consideraban que el orden establecido por Metternich en 1815 era un impedimento. Napoleón III odiaba el sistema de Viena porque había sido expresamente acordado para contener a Francia. Aunque no tuviese las ambiciones megalómanas de su tío, este enigmático gobernante consideró que Francia tenía derecho a una ocasional ganancia territorial, y no deseaba que una Europa unida la obstaculizara. Además, creía que el nacionalismo y el liberalismo eran valores que el mundo atribuía a Francia, y que el sistema de Viena, al reprimirlos, ponía freno a sus ambiciones. A Bismarck le enfureció la obra de Metternich porque obligaba a Prusia a ser el asociado menor de Austria en la Confederación Germánica, y estaba convencido de que la Confederación conservaba tantos minúsculos soberanos alemanes que maniataba a Prusia. Si ésta quería realizar su destino y unificar Alemania, tenía que destruir el sistema de Viena.

Aunque compartieran el mismo desdén por el orden establecido, los dos revolucionarios terminaron en polos diametralmente opuestos en cuanto a sus realizaciones. Napoleón logró lo contrario de lo que se había propuesto. Imaginando ser el destructor del acuerdo de Viena y el inspirador del nacionalismo europeo, puso la diplomacia europea en una situación tan confusa que, a la larga, Francia no obtuvo nada y otras naciones sí se beneficiaron. Napoleón hizo posible la unificación de Italia e involuntariamente favoreció la unificación de Alemania, dos acontecimientos que debilitaron geopolíticamente a Francia y destruyeron la base histórica de la predominante influencia francesa en la Europa central. Francia hubiera sido incapaz, por sí sola, de impedir que estos acontecimientos tuvieran lugar, pero la errática política de Napoleón aceleró el proceso y al mismo tiempo destruyó la capacidad de Francia para moldear un nuevo orden internacional de acuerdo con sus intereses a largo plazo. Napoleón trató de sabotear el sistema de Viena porque consideró que aislaba a Francia, lo que hasta cierto punto era verdad, y sin embargo, cuando terminó su reinado, en 1870, Francia estaba mucho más aislada de lo que había estado durante el período de Metternich.

El legado de Bismarck fue totalmente opuesto. Pocos estadistas han alterado tanto el curso de la historia. Antes de que tomara posesión de su cargo, se esperaba que la unidad alemana se lograra mediante un gobierno parlamentario y constitucional similar al que había sido el motor de la Revolución de 1848. Cinco años después, Bismarck estaba en vías de resolver el problema de la unificación alemana, que había confundido a tres generaciones de alemanes, pero basándose en la supremacía del poder prusiano y no mediante un proceso de constitucionalismo democrático. La solución de Bismarck nunca la había propugnado un grupo importante. Era demasiado democrática para los conservadores, demasiado autoritaria para los liberales y demasiado orientada al poder para los legitimistas. La nueva Alemania fue hecha a la medida de un genio que se propuso dirigir las fuerzas, exteriores y nacionales, que había desencadenado, manipulando sus antagonismos, tarea que él dominó, pero que sobrepasó la capacidad de sus sucesores.

Durante su vida, Napoleón III fue llamado la *Esfinge de las Tullerías*, pues se creía que estaba meditando sobre vastos y brillantes designios, cuya naturaleza nadie podría discernir hasta que, gradualmente, se realizaran. Decíase que era enigmáticamente astuto por haber puesto fin al aislamiento diplomático de Francia según el sistema de Viena, y por haber iniciado la desintegración de la Santa Alianza mediante la guerra de Crimea. Sólo uno de los dirigentes europeos, Otto von Bismarck, fue capaz de desvelar sus intenciones desde el principio. En la década de 1850-1859 hizo una sardónica descripción de Napoleón: «Se sobreestima su inteligencia a expensas de su sentimentalismo.»

Como su tío, también Napoleón III estaba obsesionado por su falta de credenciales legítimas. Aunque se considerara revolucionario, anhelaba ser aceptado por los reyes legítimos de Europa. Desde luego, si la Santa Alianza hubiese conservado sus convicciones originales, habría intentado derrocar las instituciones republicanas que habían reemplazado al gobierno monárquico francés en 1848. Los sangrientos excesos de la Revolución Francesa aún estaban en la memoria de los vivos, pero también lo estaba el hecho de que la intervención extranjera en Francia había lanzado los ejércitos revolucionarios franceses contra las naciones de Europa en 1792. Al mismo tiempo, el idéntico temor a una intervención extranjera había hecho que la Francia republicana no deseara exportar su revolución. Fruto de este estancamiento de inhibiciones, las potencias conservadoras se

obligaron, de mala gana, a reconocer a la Francia republicana, gobernada inicialmente por el poeta y estadista Alphonse de Lamartine, luego por Napoleón como presidente elegido y por último por Napoleón III como emperador en 1852, después de su golpe de Estado del anterior diciembre, en que anuló la prohibición constitucional contra su reelección.

En cuanto Napoleón III proclamó el Segundo Imperio, volvió a plantearse la cuestión del reconocimiento. Esta vez la discusión se centró en sí debía reconocerse a Napoleón como emperador, ya que el acuerdo de Viena había proscrito explícitamente a la familia Bonaparte del trono francés. Austria fue la primera en aceptar lo que no podía modificarse. El embajador austríaco en París, el barón Hübner, habló de un comentario típicamente cínico de su jefe, el príncipe Schwarzenberg, realizado el 31 de diciembre de 1851, que confirmaba el fin de la época de Metternich: «Se acabaron los tiempos de los principios¹²¹.»

La siguiente preocupación de Napoleón fue saber si los demás monarcas se dirigirían a él llamándolo «hermano», como lo hacían entre sí, o de alguna manera menos ceremoniosa. A la postre, los monarcas austríaco y prusiano cedieron a la preferencia de Napoleón, aunque el zar Nicolás I se mantuvo firme, negándose a llamarlo más que «amigo». Dada la opinión que el zar tenía de los revolucionarios, sin duda creyó que ya había dado a Napoleón más de lo necesario. Hübner registró la sensación de ofensa que se vivió en las Tullerías:

Existe la sensación de ser desdeñados por las antiguas cortes continentales. Esto es lo que corroe el corazón del emperador Napoleón¹²².

Estos desdeños, reales o imaginarios, revelaron la brecha que existía entre Napoleón y el resto de monarcas europeos, que fue una de las raíces psicológicas de los imprudentes y continuos ataques de Napoleón a la diplomacia europea.

Lo irónico de la vida de Napoleón es que estaba mucho mejor dotado para la política interior, que básicamente le aburría, que para las aventuras en el exterior, para las cuales le faltaban audacia y visión. Cada vez que se tomó un respiro en su autodesignada misión revolucionaria, Napoleón hizo importantes contribuciones al desarrollo de Francia. Llevó a su patria la Revolución industrial. Su ayuda a las grandes instituciones de crédito desempeñó un papel decisivo en el desarrollo económico de Francia. Y reconstruyó París, dándole su grandiosa apariencia moderna. A comienzos del siglo XIX, París aún era una ciudad medieval, con callejas estrechas y tortuosas. Napoleón dio a su asesor, el barón Haussmann, la autoridad y el presupuesto necesarios para crear una ciudad moderna de espaciosas avenidas, grandes edificios públicos y vastas panorámicas. El hecho de que un propósito de las grandes avenidas fuese ofrecer una vista despejada a los tiradores, para combatir a los revolucionarios, no desmerece la magnificencia ni el carácter permanente de esta realización.

Pero la política exterior constituía la pasión de Napoleón, y en ella se encontraba desgarrado entre emociones conflictivas. Por una parte, comprendió que nunca podría satisfacer su anhelo de legitimidad, porque la legitimidad de un monarca es un derecho de nacimiento que no se puede conferir. Por otra parte, en realidad no deseaba pasar a la historia como legitimista. Había sido un *carbonari* italiano (luchador independiente), y se consideraba defensor de la autodeterminación nacional. Al mismo tiempo, no le gustaba correr grandes riesgos. El objetivo último de Napoleón era derogar las cláusulas territoriales del acuerdo de Viena y alterar el sistema de Estados en el que se había basado. Pero nunca comprendió que si alcanzaba esa meta también favorecería la unificación de Alemania, que pondría fin para siempre a las aspiraciones francesas de dominar la Europa central.

Por consiguiente, la naturaleza errática de la política de Napoleón fue un reflejo de su ambivalencia personal. Napoleón, desconfiando de sus «hermanos» monarcas, se vio obligado a depender de la opinión pública, y su política fluctuó con su valoración de lo que se necesitaba para sostener su popularidad. En 1857 el ubicuo barón Hübnér escribió al emperador de Austria:

A sus ojos [de Napoleón], la política exterior sólo es un instrumento que emplea para asegurar su gobierno en Francia, para legitimar su trono, para fundar su dinastía [...] No retrocedería ante ningún medio, ante ninguna combinación que le conviniera para hacerse popular en su patria¹²³.

En este proceso, Napoleón quedó prisionero de las crisis que él mismo había causado, porque le faltaba una brújula interna que le indicara el rumbo. Fomentó varias crisis, en Italia, en Polonia, y después en Alemania, sólo para retroceder ante sus últimas consecuencias. Poseía la ambición de su tío, pero no su valor, su genio ni, dado el caso, su fuerza bruta. Apoyó el nacionalismo italiano mientras estuvo confinado a la Italia septentrional, y favoreció la independencia polaca mientras entrañara un riesgo de guerra. En cuanto a Alemania, simplemente no sabía por qué bando decantarse. Después de haber esperado una lucha prolongada entre Austria y Prusia, el propio Napoleón se puso en ridículo al pedir a la vencedora Prusia que lo compensara después de los hechos, por su propia incapacidad para adivinar cuál sería el vencedor.

Lo que más habría convenido al estilo de Napoleón era un congreso europeo que modificara el mapa de Europa, pues ahí él podría lucirse arriesgando lo mínimo; Napoleón tampoco tenía una idea clara de cómo deseaba alterar las fronteras. Sea como fuere, ninguna otra gran potencia estaba dispuesta a organizar semejante foro para conveniencia de las necesidades internas de Napoleón. Ninguna nación acepta modificar sus fronteras, especialmente en su perjuicio, si no existe una absoluta necesidad de hacerlo. Así pues, el único congreso que Napoleón presidió, el Congreso de París, que puso fin a la guerra de Crimea, no alteró el mapa de Europa, simplemente ratificó lo que se había conseguido en la guerra.

Se prohibió a Rusia mantener una armada en el Mar Negro, quedando así privada de capacidad defensiva contra otro ataque británico, y también fue obligada a devolver a Turquía Besarabia y el territorio de Kars, en la costa oriental del Mar Negro. Además, el zar tuvo que renunciar a su pretensión de ser el protector de los cristianos otomanos, que había sido la causa directa de la guerra. El Congreso de París simbolizó la escisión de la Santa Alianza, pero ninguno de los participantes estuvo dispuesto a emprender la revisión del mapa de Europa.

Napoleón nunca logró reunir otro congreso que modificara el mapa de Europa por una razón básica, que le señaló el embajador británico, lord Clarendon: un país que busca grandes cambios y no está dispuesto a correr grandes riesgos se condena a la futilidad.

Veo que la idea de un congreso europeo está germinando en la mente del emperador, y con ella el *arrondissement* de la frontera francesa, la abolición de tratados caducos y otros *remaniements* que pudieran ser necesarios. Yo *improvisé* una extensa lista de los peligros y dificultades que entrañaría ese congreso, a menos que sus decisiones fuesen unánimes, lo que no era probable, o que una o dos de las más grandes potencias entraran en guerra por lo que deseaban¹²⁴.

En cierta ocasión, Palmerston resumió la capacidad de Napoleón como estadista diciendo: «[...] las ideas proliferaban en su cabeza como conejos en una conejera»¹²⁵. Lo malo era que estas ideas no estaban relacionadas con ningún concepto primordial. En el desorden que siguió al desplome del

sistema de Metternich, Francia se encontró ante dos opciones estratégicas. La primera consistía en llevar adelante la política de Richelieu y esforzarse por mantener Europa central dividida. Esto habría requerido que Napoleón abandonara sus convicciones revolucionarias, al menos dentro de Alemania, en favor de los gobernantes legítimos, deseosos de mantener la fragmentación de la Europa central. La segunda opción era que Napoleón se hubiese puesto a la cabeza de una cruzada republicana, como lo hiciera su tío, con la esperanza de que así Francia se ganara la gratitud de los nacionalistas y, acaso, el liderazgo político de Europa.

Para desdicha de Francia, Napoleón aplicó ambas estrategias a la vez. Como defensor de la autodeterminación nacional, pareció olvidar el riesgo geopolítico que esta actitud entrañaría para Francia en la Europa central. Apoyó la Revolución polaca, pero retrocedió ante sus consecuencias. Se opuso al acuerdo de Viena como afrenta para Francia, sin comprender hasta que fue demasiado tarde que el orden mundial de Viena era también la mejor garantía de seguridad para Francia.

Y es que la Confederación Germánica fue planeada para actuar como unidad sólo contra un abrumador peligro exterior. Los Estados que la formaban tenían explícitamente prohibido unirse con propósitos ofensivos, y nunca se habrían puesto de acuerdo en una estrategia ofensiva, como lo demostró el hecho de que ese tema nunca fue siquiera mencionado en el medio siglo que duró la Confederación. La frontera francesa del Rin, que era inviolable mientras se mantuviese intacto el acuerdo de Viena, no resultaría segura durante un siglo tras el desplome de la Confederación, que fue provocado por la política de Napoleón.

Éste nunca captó este elemento clave de la seguridad francesa. Todavía al estallar la guerra austro-prusiana en 1866, el conflicto que puso fin a la Confederación, Napoleón escribió al emperador de Austria:

Debo confesar que no sin cierta satisfacción he presenciado la disolución de la Confederación Germánica, organizada principalmente contra Francia¹²⁶.

El Habsburgo respondió, con mucha mayor agudeza: «[...] la Confederación Germánica, organizada con motivos puramente defensivos, durante su medio siglo de existencia no dio a sus vecinos ninguna causa de alarma»¹²⁷. La alternativa a la Confederación Germánica no era la Europa central fragmentada de Richelieu, sino una Alemania unificada, con una población superior a la de Francia y una capacidad industrial que pronto la dejaría atrás. Al atacar el acuerdo de Viena, Napoleón estaba transformando un obstáculo defensivo en una potencial amenaza ofensiva para la seguridad francesa.

Para un estadista, la prueba de fuego consiste en ver si, entre el torbellino de decisiones tácticas, puede percibir los auténticos intereses de su patria a largo plazo e inventar una estrategia apropiada para favorecerlos. Napoleón habría podido disfrutar de los elogios con que se recibieron sus sagaces tácticas durante la guerra de Crimea (ayudadas por la miopía austríaca) y de las crecientes opciones diplomáticas que entonces se abrían ante él. El interés de Francia habría consistido en mantenerse al lado de Austria y de Gran Bretaña, los dos países que probablemente apoyarían más el acuerdo territorial de la Europa central.

En cambio, la política del emperador fue en gran parte idiosincrásica e impulsada por su caprichosa naturaleza. Como todo Bonaparte, nunca se sintió a sus anchas cooperando con Austria, aunque se lo dictara la *raison d'état*. En 1858, Napoleón le dijo a un diplomático piemontés: «Austria es un gabinete por el que siempre he sentido y aún siento la más viva repugnancia.»¹²⁸ Su amor a los proyectos revolucionarios le hizo entrar en guerra con Austria por causa de Italia en 1859.

Napoleón se ganó la enemistad de Gran Bretaña al anexionarse Saboya y Niza como consecuencia de la guerra, así como por sus repetidas propuestas de convocar un congreso europeo que modificara las fronteras de Europa. Para completar su aislamiento, desaprovechó la posibilidad de aliar a Francia con Rusia al apoyar la Revolución polaca en 1863. Habiendo puesto la diplomacia europea en constante estado de cambio, bajo las banderas de la autodeterminación nacional, de pronto Napoleón se encontró aislado cuando, al salir de la convulsión a la que él tanto había contribuido, se materializó una nación alemana que pondría fin a la supremacía francesa en Europa.

El emperador hizo su primera jugada, después de Crimea, en Italia, en 1859, tres años después del Congreso de París. Nadie había esperado que Napoleón volviera a las tentaciones de juventud, tratando de liberar a la Italia septentrional del yugo austríaco. Francia habría tenido poco que ganar en semejante aventura. Si ésta triunfaba, crearía un Estado en una posición mucho más fuerte, que podría bloquear la tradicional ruta francesa de invasión; en caso de fracasar, la humillación sería mayor aún, dada la vaguedad de su objetivo. Y triunfara o fracasara, los ejércitos franceses en Italia inquietarían a Europa.

Por todas estas razones, el embajador británico, lord Henry Cowley, estaba convencido de que una guerra francesa en Italia no era probable. «No está en su interés entablar una guerra», dijo Cowley, según el informe de Hübner: «La alianza con Inglaterra, aunque se tambaleara por un momento, y aún hoy esté dormida, sigue siendo la base de la política de Napoleón III.»¹²⁹ Unas tres décadas después proponía Hübner estas reflexiones:

Apenas podíamos comprender que este hombre, que había llegado al pináculo de los honores, a menos que estuviese loco o fuese víctima de la locura de los jugadores, pensara seriamente, sin un motivo comprensible, en participar en otra aventura¹³⁰.

Y, sin embargo, Napoleón sorprendió a todos los diplomáticos, con excepción de Bismarck, quien había predicho una guerra de Francia contra Austria y que, en realidad, tenía puestas sus esperanzas en ella para debilitar la posición de Austria en Alemania.

En julio de 1858, Napoleón llegó a un entendimiento secreto con Camillo Benso di Cavour, primer ministro del Piamonte (Cerdeña), el Estado más poderoso de Italia, para cooperar en una guerra contra Austria. Ésta era una jugada puramente maquiavélica, con la cual Cavour unificaría el norte de Italia y Napoleón, como recompensa, recibiría Niza y Saboya. Para mayo de 1859 se había encontrado un buen pretexto. Austria, siempre espantadiza, se dejó provocar por el acoso piemontés y declaró la guerra. Napoleón hizo saber que esto equivalía a una declaración de guerra contra Francia, y lanzó sus ejércitos sobre Italia.

De manera un tanto extraña, en tiempos de Napoleón, cuando los franceses hablaban de la consolidación de las naciones-Estado como la ola del futuro, pensaban básicamente en Italia y no en la mucho más poderosa Alemania. Los franceses tenían una simpatía y una afinidad cultural con Italia que no compartían con su ominoso vecino del este. Además, el gran auge económico que llevaría a Alemania a la primera fila de las potencias europeas acababa de empezar; por tanto, aún no era obvio que Italia sería menos poderosa que Alemania. La cautela de Prusia durante la guerra de Crimea confirmó a Napoleón en la idea de que Prusia era la más débil de las grandes potencias, incapaz de emprender una acción enérgica sin el apoyo ruso. Por todo ello, según el parecer de Napoleón, una guerra en Italia que debilitara a Austria reduciría el poder del más peligroso oponente alemán de Francia y aumentaría la influencia francesa en Italia, terrible y doble error de juicio.

Napoleón mantuvo abiertas dos opciones contradictorias. En el mejor de los casos, podría jugar

al estadista europeo: la Italia septentrional se libraría del yugo austríaco y las potencias europeas se reunirían en un congreso bajo el liderazgo de Napoleón y aceptarían las modificaciones territoriales en gran escala que él no había logrado imponer en el Congreso de París. En el peor de los casos, la guerra caería en un estancamiento y Napoleón sería el maquiavélico manipulador de la *raison d'état*, obteniendo de Austria ciertas ventajas a expensas del Piamonte, a cambio de poner fin a la guerra. Napoleón buscó ambos objetivos simultáneamente. Las armas francesas obtuvieron victorias en Magenta y en Solferino, pero desencadenaron una oleada de sentimiento antifrancés en Alemania y, por un tiempo, pareció como si los más pequeños Estados alemanes, temiendo un ataque napoleónico, fueran a obligar a Prusia a ponerse del lado austríaco. Alarmado por esta primera señal del nacionalismo alemán y aterrado por su visita al campo de batalla de Solferino, Napoleón firmó un armisticio con Austria en Villafranca, el 11 de julio de 1859, sin informar a sus aliados piamonteses.

Napoleón no sólo no había alcanzado ninguno de sus objetivos, sino que debilitó gravemente la posición de su país en la escena internacional. En adelante, los nacionalistas italianos llevarían los principios abrazados por él hasta un punto que jamás pudo imaginar. El objetivo de Napoleón, que era establecer un satélite de mediano tamaño en una Italia dividida tal vez en cinco Estados, irritó al Piamonte, que no estaba dispuesto a abandonar su aspiración nacional. Austria se mostró tan resuelta a conservar Venecia como Napoleón a devolverla a Italia, creando así otra disputa insoluble en que no había ningún interés concebible para Francia. Gran Bretaña interpretó la anexión de Saboya y Niza como el principio de otro período de conquistas napoleónicas, y rechazó todas las iniciativas francesas de celebrar un congreso europeo, la obsesión predilecta de Napoleón. Mientras tanto, los nacionalistas alemanes veían en el desorden de Europa una oportunidad para consolidar sus aspiraciones de unidad nacional.

La conducta de Napoleón durante la rebelión polaca de 1863 lo aisló aún más. Quiso revivir la tradición bonapartista de amistad con Polonia, e intentó, primero, convencer a Rusia de que hiciera algunas concesiones a sus rebeldes súbditos. Pero el zar no quiso oír hablar siquiera de tal propuesta. Luego, Napoleón trató de organizar un esfuerzo conjunto con Gran Bretaña, pero Palmerston desconfiaba totalmente del veleidoso emperador francés. Por último, Napoleón se volvió a Austria con la propuesta de que abandonara sus propias provincias polacas en favor de un Estado polaco aún inexistente, y cediera Venecia a Italia, mientras buscaba compensación en Silesia y en los Balcanes. La idea no fue, evidentemente, muy del gusto de Austria, a la que se pedía arriesgarse a una guerra con Prusia y Rusia por el privilegio de ver surgir un satélite francés en sus fronteras.

Para un estadista, la frivolidad es un lujo costoso que acabará por pagar caro. Las acciones emprendidas por el capricho del momento y sin relación con una estrategia general no pueden sostenerse indefinidamente. Con Napoleón III, Francia perdió influencia sobre los acuerdos internacionales de Alemania, que había sido el principal bastión de la política francesa desde los tiempos de Richelieu. Mientras que Richelieu había comprendido que una débil Europa central era la clave de la seguridad francesa, en cambio la política de Napoleón, impulsada por su exhibicionismo, se concentró en la periferia de Europa, el único lugar en que podían obtenerse ganancias con riesgos mínimos. Mientras el centro de gravedad de la política europea se desplazaba hacia Alemania, Francia se encontró sola.

En 1864 ocurrió un acontecimiento ominoso. Por primera vez desde el Congreso de Viena, Austria y Prusia, unidas, perturbaron la tranquilidad de la Europa central iniciando una guerra en nombre de una causa alemana contra una potencia no alemana. La cuestión fue el futuro de los ducados de Schleswig y Holstein, sobre el Elba, dinásticamente vinculados con la corona de

Dinamarca pero que también eran miembros de la Confederación Germánica. La muerte del gobernante danés había suscitado tan complejo embrollo de cuestiones políticas, dinásticas y nacionales, que Palmerston, en broma, llegó a decir que sólo tres personas lo habían comprendido antes, y de ellas una estaba muerta, la segunda en un manicomio y la tercera era él mismo, pero lo había olvidado.

La cuestión de la disputa fue mucho menos importante que la coalición de dos importantísimos Estados alemanes que declaraban la guerra a la minúscula Dinamarca para obligarla a abandonar dos antiguos territorios alemanes unidos a la corona danesa. Este hecho demostró que, después de todo, Alemania era capaz de emprender una acción ofensiva y que, si la maquinaria de la Confederación resultaba demasiado incómoda, las dos superpotencias alemanas simplemente se olvidarían de ella.

Según las tradiciones del sistema de Viena, en este punto las grandes potencias habrían debido reunirse en congreso para restaurar, aunque fuese en parte, el *statu quo*. Y sin embargo, Europa estaba ya en desorden, debido en gran parte a las acciones del emperador francés. Rusia no estaba dispuesta a enemistarse con los dos países que se habían mantenido al margen mientras ella sofocaba la revuelta polaca. Gran Bretaña se mostró preocupada por el ataque a Dinamarca, pero necesitaría un aliado continental para intervenir, y Francia, el único aliado posible, no le inspiraba confianza.

La historia, la ideología y la *raison d'état* habrían debido advertir a Napoleón que los acontecimientos no tardarían en adquirir su propio impulso. Y sin embargo, vaciló entre sostener los principios de la tradicional política exterior francesa, destinada a mantener dividida a Alemania, y apoyar el principio de nacionalidad, que había sido la inspiración de su juventud. El ministro francés de Exteriores, Drouyn de Lhuys, escribió a La Tour d'Auvergne, embajador francés en Londres:

Colocados entre los derechos de un país con el que hace mucho hemos simpatizado, y las aspiraciones de la población alemana, que también habremos de tomar en cuenta, tendremos que actuar con mayor circunspección que Inglaterra¹³¹.

Sin embargo, es responsabilidad de los estadistas resolver la complejidad, y no limitarse a contemplarla. Para los dirigentes incapaces de elegir entre opciones, la circunspección se convierte en simple excusa de la inacción. Napoleón se había convencido de la sabiduría de la inacción, permitiendo así a Prusia y a Austria sellar el futuro de los ducados del Elba. Apartaron a Schleswig y Holstein de Dinamarca y los ocuparon conjuntamente mientras el resto de Europa se quedaba a la expectativa, solución que habría sido inimaginable en tiempos del sistema de Metternich. Se concretaba la pesadilla de Francia, la unidad alemana, que Napoleón había estado eludiendo desde hacía una década.

Bismarck no iba a participar en el liderazgo de Alemania. Convirtió la guerra conjunta que se entabló por Schleswig-Holstein en otro de los errores de Austria, aparentemente interminables, que durante una década marcaron la gradual erosión de su posición como gran potencia. El motivo de estos errores fue siempre el mismo: Austria aplacaba a un autodesignado adversario ofreciéndose a colaborar con él. La estrategia de pacificación no funcionó mejor con Prusia de lo que lo hiciera una década antes, durante la guerra de Crimea, frente a Francia. Lejos de liberar a Austria de las presiones prusianas, la victoria conjunta sobre Dinamarca ofreció una nueva y muy desventajosa causa para ser acosada. Austria dejó entonces de administrar los ducados del Elba con un aliado prusiano cuyo primer ministro, Bismarck, estaba resuelto a aprovechar la oportunidad para provocar el tan deseado enfrentamiento en un territorio situado a cientos de kilómetros del suelo austríaco, y que lindaba con las principales posesiones de Prusia.

Al aumentar la tensión, las dudas de Napoleón se hicieron más manifiestas. Temía la unificación alemana pero simpatizaba con el nacionalismo alemán, y tembló al tratar de resolver ese insoluble dilema. Consideraba a Prusia el Estado alemán más auténticamente nacional, y en 1860 escribió:

Prusia personifica la nacionalidad alemana, la reforma religiosa, el progreso comercial, el constitucionalismo liberal. Es la mayor de las monarquías auténticamente germánicas, tiene más libertad de conciencia, más ilustración y concede más derechos políticos que casi todos los otros Estados alemanes¹³².

Bismarck habría suscrito cada palabra de esta declaración. Y sin embargo, el hecho de que Napoleón afirmara la posición única de Prusia era para Bismarck la clave de su triunfo final. A la postre, la confesada admiración de Napoleón por Prusia equivalía a otro pretexto para no hacer nada. Creyendo que la indecisión era una hábil maniobra, Napoleón favoreció, de hecho, la guerra austro-prusiana, en parte porque estaba convencido de que Prusia la perdería. En diciembre de 1865, dijo a Alexandre Walewski, su ex ministro de Exteriores: «Créame, mi querido amigo, la guerra entre Austria y Prusia constituye una de esas inesperadas eventualidades que pueden traernos más de una ventaja.»¹³³ De manera sorprendente, y pese a todo el apoyo que Napoleón dio a la guerra, nunca pareció haberse preguntado por qué Bismarck estaba tan dispuesto a la guerra si Prusia probablemente saldría vencida.

Cuatro meses antes de que empezara la guerra austro-prusiana, Napoleón pasó de lo tácito a lo explícito. En efecto, pidiendo guerra, dijo al embajador de Prusia en París, el conde von der Goltz, en febrero de 1866:

Os pido que comunicéis al rey [de Prusia] que siempre podrá contar con mi amistad. En caso de conflicto entre Prusia y Austria, yo mantendré la más absoluta neutralidad. Deseo la reunión de los ducados [Schleswig-Holstein] con Prusia [...] Si la lucha tomara dimensiones que no pueden preverse, estoy convencido de que siempre podré llegar a un entendimiento con Prusia, cuyos intereses en gran número de cuestiones son idénticos a los de Francia, y en cambio no veo terreno alguno en el que pudiese estar de acuerdo con Austria¹³⁴.

¿Qué deseaba en realidad Napoleón? ¿Creía en un probable estancamiento que mejorara su posición para negociar? Sin duda, esperaba algunas concesiones de Prusia a cambio de su neutralidad. Pero Bismarck conocía este juego. Si Napoleón permanecía neutral, él ofrecía adoptar una actitud benévola con Francia para que se anexionara a Bélgica, lo que habría tenido la ventaja adicional de indisponer a Francia con Gran Bretaña. Lo probable es que Napoleón no tomara muy en serio esta oferta, pues esperaba que Prusia perdiera; sus pasos estaban destinados más a mantener a Prusia en guerra que a negociar beneficios. Varios años después, el conde Armand, principal ayudante del ministro de Exteriores francés, reconoció:

La única preocupación que teníamos en el Ministerio de Asuntos Exteriores era que Prusia fuese aplastada y excesivamente humillada, y estábamos resueltos a impedirlo mediante nuestra oportuna intervención. El emperador deseaba que dejáramos derrotar a Prusia, para luego intervenir y construir Alemania de acuerdo con sus fantasías¹³⁵.

En realidad Napoleón pensaba actualizar las maquinaciones de Richelieu. Esperaba que Prusia

ofreciera a Francia una compensación en Occidente por salvarla de la derrota; Venecia sería cedida a Italia, y una nueva disposición en Alemania redundaría en la creación de una confederación nortealearmana bajo los auspicios de Prusia, y un agrupamiento sudalemán apoyado por Francia y Austria. El único error del plan era que, mientras que el cardenal sabía cómo juzgar la relación de fuerzas y estaba resuelto a luchar por sus ideas, Napoleón no estaba dispuesto a hacer ninguna de las dos cosas.

Napoleón dio largas al asunto, esperando un giro de los acontecimientos que realizara, sin riesgo por su parte, sus deseos más queridos. El recurso de que se valió fue el habitual: convocar un congreso europeo para evitar la amenaza de guerra. La reacción fue, asimismo, la habitual. Las otras potencias, temerosas de los designios de Napoleón, se negaron a asistir. Mirase hacia donde mirase, le aguardaba este dilema: él podía defender el *statu quo* si dejaba de apoyar el principio de nacionalidad, o podía favorecer el revisionismo y el nacionalismo y al mismo tiempo comprometer los intereses nacionales de Francia tal como habían sido históricamente concebidos. Napoleón buscó una salida insinuando a Prusia ciertas «compensaciones», sin especificar cuáles serían, lo que convenció a Bismarck de que la neutralidad francesa sólo era cuestión de precio y no de principio. Goltz escribió a Bismarck:

La única dificultad que el emperador encuentra en el frente común de Prusia, Francia e Italia en un congreso es la falta de una compensación que se ofrezca a Francia. Sabemos qué deseamos, sabemos qué desea Italia, pero el emperador no puede decir lo que Francia desea, y no podemos hacerle ninguna sugerencia al respecto¹³⁶.

Gran Bretaña hizo que su asistencia al congreso dependiera de un acuerdo francés con el *statu quo*. En vez de aprovechar esta consagración de las disposiciones alemanas, que debía tanto al liderazgo francés, y a la que Francia debía su seguridad, Napoleón se desdijo, insistiendo en que «para mantener la paz es necesario tomar en cuenta los deseos y las necesidades nacionales»¹³⁷. En suma, Napoleón estaba dispuesto a arriesgarse a una guerra austro-prusiana y a una Alemania unificada para obtener insignificantes territorios en Italia que no afectaban los verdaderos intereses de Francia, y unas ganancias en la Europa occidental que se mostraba renuente a especificar. Pero en Bismarck encontró a un maestro que insistía en el peso de las realidades, y que explotaba para sus propios fines esas maniobras de distracción en que sí sobresalía Napoleón.

No faltaron gobernantes franceses que comprendieron los riesgos que Napoleón estaba corriendo y se dieron cuenta de que la llamada compensación a la que aspiraba no favorecía los intereses básicos de Francia. En su brillante discurso del 3 de mayo de 1866, Adolphe Thiers, encarnizado adversario republicano de Napoleón y después presidente de Francia, predijo atinadamente que lo más probable era que Prusia surgiera como la fuerza dominante en Alemania:

Veremos un regreso del imperio de Carlos V, que antes residía en Viena y que ahora residirá en Berlín, el cual estará más cerca de nuestras fronteras y hará presión sobre ellas [...] Tenéis derecho a oponeros a esta política en nombre del interés de Francia, pues Francia es demasiado importante para que esa revolución no constituya una grave amenaza. Y cuando ha luchado durante dos siglos [...] por destruir a este coloso, ¿estará dispuesta a ver que se restablece ante sus propios ojos?¹³⁸

Thiers arguyó que, en vez de las vagas meditaciones de Napoleón, Francia debía adoptar una clara política de oposición a Prusia e invocar, como pretexto, la defensa de la independencia de los

Estados alemanes, la antigua fórmula de Richelieu. Francia, afirmó Thiers, tenía derecho a oponerse a la unificación de Alemania, «primero en nombre de la independencia de los Estados alemanes [...] segundo, en nombre de su propia independencia y, por último, en nombre del equilibrio europeo, que beneficia a todos, interesa a la sociedad universal [...] Hay quienes tratan de ridiculizar el término "equilibrio europeo" [...] pero, ¿qué es el equilibrio europeo? Es la independencia de Europa»¹³⁹.

Apenas había tiempo para impedir la guerra entre Prusia y Austria, que alteraría irremediablemente el equilibrio europeo. El análisis de Thiers era el correcto, pero las premisas de su política tenían que haberse establecido un decenio antes. Aún ahora se habría podido contener a Bismarck si Francia hubiese lanzado la enérgica advertencia de que no permitiría la derrota de Austria ni la destrucción de principados tradicionales como el reino de Hannover. Pero Napoleón rechazó esa acción, pues esperaba que Austria venciera y parecía desear la ruina del acuerdo de Viena y la realización de la tradición bonapartista, pasando por encima de todo análisis de los intereses nacionales históricos de Francia. Respondió a Thiers tres días después: «Detesto esos tratados de 1815, que hoy la gente desea convertir en la única base de nuestra política.»¹⁴⁰

Poco más de un mes después del discurso de Thiers, Prusia y Austria estaban en guerra. Contra las expectativas de Napoleón, Prusia venció, pronta y decisivamente. Según las reglas de la diplomacia de Richelieu, Napoleón tenía que haber ayudado al vencido e impedir una absoluta victoria prusiana. Pero aunque movilizó un cuerpo del ejército de «observación» hasta el Rin, volvió a vacilar. Bismarck concedió a Napoleón la oportunidad de mediar en la paz, aunque este gesto vano no pudo oscurecer el hecho de que Francia tenía cada vez menos que ver en los acuerdos de Alemania. Por el Tratado de Praga, de agosto de 1866, se obligó a Austria a retirarse de Alemania. Dos Estados, Hannover y Hesse-Cassel, que habían intervenido en favor de Austria durante la guerra, fueron anexionados por Prusia junto con Schleswig-Holstein y la ciudad libre de Francfort. Con el derrocamiento de sus gobernantes, Bismarck puso de manifiesto que Prusia, que en otro tiempo fuera pieza clave de la Santa Alianza, había abandonado la legitimidad como principio rector del orden internacional.

Los Estados de la Alemania septentrional que conservaron su independencia fueron incorporados a la nueva creación de Bismarck, la Confederación del Norte de Alemania, sometida al dominio de Prusia en todo, desde la legislación comercial hasta la política exterior. A los Estados alemanes del sur, Baviera, Baden y Wurtemberg, se les permitió conservar su independencia al precio de firmar unos tratados con Prusia que dejaban sus ejércitos bajo el mando militar prusiano en caso de guerra con una potencia extranjera. Sólo faltaba una crisis más para llegar a la unificación de Alemania.

A fuerza de maniobras, Napoleón había llevado a su país a un callejón sin salida del que fue imposible escapar. Demasiado tarde buscó una alianza con Austria, a la que había expulsado de Italia mediante las armas, y de Alemania, por su neutralidad. Pero Austria había perdido todo interés en recuperar alguna de esas posiciones y prefirió concentrarse antes en reedificar su imperio como doble monarquía basada en Viena y en Budapest, y luego en sus posesiones en los Balcanes. Gran Bretaña se apartó, debido a los designios de Francia sobre

Luxemburgo y Bélgica, y Rusia nunca perdonó a Napoleón su conducta en Polonia.

Entonces, Francia tuvo que intentar, por sí sola, remediar el desplome de su hegemonía histórica en Europa. Cuanto más desesperada era su posición, más intentaba Napoleón recuperarse mediante alguna jugada brillante, como un jugador que dobla su apuesta después de cada pérdida. Bismarck había alentado la neutralidad de Napoleón en la guerra austro-prusiana, manteniendo ante sus ojos la perspectiva de adquisiciones territoriales, primero en Bélgica y luego en Luxemburgo. Estas

perspectivas se desvanecían cada vez que Napoleón trataba de cristalizarlas, porque quería que se le diera en la mano su «compensación», y porque Bismarck no veía razones para correr riesgos cuando ya había cosechado los frutos de la indecisión napoleónica.

Humillado por estas demostraciones de impotencia, y sobre todo por la inclinación cada vez más obvia de la balanza europea contra Francia, Napoleón trató de compensar su error de cálculo de que Austria ganaría la guerra austro-prusiana dando gran importancia a la sucesión al trono español, que había quedado vacante. Exigió al rey de Prusia la garantía de que ningún príncipe Hohenzollern (la dinastía prusiana) ascendería al trono. Éste fue otro gesto vano, que no reportaba prestigio alguno ni tenía relevancia alguna para las relaciones de poder en la Europa central.

Nadie manipuló jamás en cuestión de diplomacia a Bismarck, quien en una de sus jugadas más astutas aprovechó las bravatas de Napoleón para inducirlo a declarar la guerra a Prusia en 1870. La exigencia francesa de que el rey de Prusia renunciara a que algún miembro de su familia buscara la corona española era, en realidad, una provocación. Pero el viejo y majestuoso rey Guillermo, en vez de enfurecerse, con toda paciencia y corrección rechazó la propuesta del embajador francés enviado a buscar esa garantía. El rey dio cuenta del asunto a Bismarck, quien amañó su telegrama, despojándolo de todo el lenguaje que demostraba la paciencia y cortesía con que el rey había tratado en realidad al embajador francés¹⁴¹. Bismarck, adelantándose mucho a su época, recurrió entonces a una técnica que ulteriores estadistas convertirían en una forma de arte, y dejó que el llamado Despacho de Ems se «filtrara» a la prensa. La versión amañada del telegrama del rey parecía un desaire del monarca a Francia. Indignado, el público francés exigió la guerra, y Napoleón se apresuró a complacerlo.

Prusia ganó sin dilación y decididamente con ayuda de todos los demás Estados alemanes. El camino ya estaba despejado para completar la unificación de Alemania, proclamada con muy poco tacto por los gobernantes prusianos, el 18 de enero de 1871, en el Salón de los Espejos en Versalles.

Napoleón había logrado la revolución que tanto buscara, aunque sus consecuencias fueron precisamente opuestas a las que él había aspirado. Sí se modificó el mapa de Europa, pero el nuevo arreglo debilitó irreparablemente la influencia de Francia, sin dar a Napoleón el renombre tan codiciado.

Napoleón había favorecido la revolución sin comprender su probable resultado. Fue incapaz de evaluar la relación de fuerzas y de aprovecharla para alcanzar sus objetivos a largo plazo. Napoleón no pasó la prueba. Su política exterior se desplomó, no porque le faltaran ideas, sino porque fue incapaz de ordenar sus muchas aspiraciones, o de relacionarlas con las realidades que surgían a su alrededor. Napoleón nunca tuvo una sola línea política que lo guiara. En cambio, su deseo de publicidad lo llevó a impulsar una serie de objetivos a cual más contradictorio. Y al enfrentarse a la crisis decisiva de su carrera, sus diversos impulsos se anularon unos a otros.

Napoleón consideró que el sistema de Metternich era humillante para Francia y un freno a sus ambiciones. Logró romper la Santa Alianza metiendo una cuña entre Austria y Rusia durante la guerra de Crimea; pero no supo qué hacer con su triunfo. De 1853 a 1871 prevaleció un caos relativo, mientras se reorganizaba el orden europeo. Al terminar este período, Alemania surgió como la mayor potencia del continente. La legitimidad, el principio de unidad de los gobernantes conservadores que había limado asperezas del sistema de equilibrio del poder durante los años de Metternich, se convirtió en un término vacío de contenido. El propio Napoleón había contribuido a todos estos acontecimientos. Al sobreestimar la potencia de Francia, había favorecido todo desorden, convencido de que podría aprovecharlo para su beneficio.

A la postre, la política internacional llegó a basarse en la fuerza bruta. Y en ese ambiente se

abrió una brecha insalvable entre la imagen que Francia tenía de sí misma como nación predominante en Europa y su capacidad para estar a la altura de esa imagen, una brecha que ha obstaculizado la política francesa hasta nuestros días. Durante el reinado de Napoleón esto se manifestó por la incapacidad del emperador para llevar a la realidad sus interminables propuestas de celebrar un congreso europeo y revisar el mapa de Europa. Napoleón pidió un congreso después de la guerra de Crimea en 1856, antes de la guerra italiana en 1859, durante la rebelión polaca en 1863, durante la guerra danesa en 1864 y antes de la guerra austro-prusiana en 1866, buscando siempre obtener en la mesa de conferencias una revisión de fronteras que nunca definió con precisión y por la cual no estaba dispuesto a luchar. El problema de Napoleón consistió en que no era lo bastante fuerte para insistir y en que sus planes eran demasiado radicales para obtener un consenso.

La propensión de Francia a asociarse con países dispuestos a aceptar su hegemonía ha sido un factor constante de la política exterior francesa, desde la guerra de Crimea. Incapaz de dominar en una alianza con Gran Bretaña, Alemania, Rusia o los Estados Unidos, y considerando que la condición de socio menor es incompatible con su concepto de la grandeza nacional y su función mesiánica en el mundo, Francia ha buscado un papel preponderante en pactos con potencias menores, con Cerdeña, Rumania y los Estados del centro de Alemania en el siglo XIX, con Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania en el período de entreguerras.

Adoptó la misma actitud en política exterior en la etapa posterior a De Gaulle. Un siglo después de la guerra franco-prusiana, el problema de una Alemania más poderosa siguió siendo la pesadilla francesa. Francia decidió, valerosamente, buscar la amistad de su temida y admirada vecina. No obstante, la lógica geopolítica habría dictado que intentara estrechar lazos con los Estados Unidos, aunque sólo fuese para aumentar el número de sus opciones. Sin embargo, el orgullo francés se lo impidió, y Francia tuvo que buscar, a veces quijotesca, una agrupación, en ocasiones casi cualquier agrupación, que equilibrara a los Estados Unidos con un consorcio europeo, aun al precio de una eventual preeminencia germánica. En el período moderno, Francia actuó a veces como una especie de oposición parlamentaria al predominio norteamericano, tratando de hacer de la Comunidad Europea otro guía mundial y cultivando relaciones con naciones a las que pudiera dominar, o que creía poder dominar.

Desde el fin del reinado de Napoleón III, Francia ha carecido del poder necesario para imponer las aspiraciones universalistas que heredó de la Revolución Francesa, o de un ámbito en el cual encontrar un canal apropiado para su celo misionero. Durante más de un siglo, Francia ha tenido dificultades para aceptar el hecho de que las condiciones objetivas de la preeminencia que Richelieu le dio desaparecieron en cuanto se logró en Europa la consolidación nacional. Su tortuosa diplomacia se ha debido, en parte, a los intentos de sus gobernantes por perpetuar su papel como eje de la política europea en una situación cada vez más hostil a dichas aspiraciones. Resulta irónico que el país que inventó la *raison d'état* tuviera que ocuparse, durante la mayor parte de un siglo, en tratar de armonizar sus aspiraciones con sus capacidades.

La destrucción del sistema de Viena, que Napoleón comenzara, la completó Bismarck. Éste logró la preeminencia política como máximo adversario conservador de la Revolución liberal de 1848. También fue el primer dirigente que introdujo el sufragio universal masculino en Europa, junto con el más completo sistema de beneficencia social que el mundo vería durante sesenta años. En 1848, Bismarck combatió con denuedo la propuesta del Parlamento de ofrecer la corona imperial

alemana al rey de Prusia. Pero poco más de dos décadas después él mismo entregaría esa corona imperial a un rey de Prusia, al término del proceso de unificación de la nación alemana, basándose en su oposición a los principios liberales y en la capacidad de Prusia para imponer su voluntad por la fuerza. Esta asombrosa realización hizo que el orden internacional volviera a las pugnas desenfrenadas del siglo XVIII, pero ya más peligrosas por la tecnología industrial y por la capacidad de movilizar vastos recursos nacionales. No volvió a hablarse de la unidad de las coronas o de una armonía entre los antiguos Estados de Europa. De acuerdo con la *Realpolitik* de Bismarck, la política exterior se configuró como una prueba de fuerza.

Los logros de Bismarck fueron tan imprevistos como su propia personalidad. El hombre de «sangre y hierro» escribía con una prosa de extraordinaria sencillez y belleza, amaba la poesía y copió en su diario páginas enteras de Byron. El estadista que ensalzó la *Realpolitik* poseía un extraordinario sentido de la proporción, que convirtió el poder en un instrumento de dominio de sí mismo.

¿Qué es un revolucionario? Si la respuesta a esta pregunta no fuese ambigua, pocos revolucionarios triunfarían, pues éstos casi siempre parten de una posición de inferioridad de fuerzas. Triunfan porque el orden establecido no es capaz de comprender su propia vulnerabilidad. Esto puede decirse especialmente cuando el desafío revolucionario no comienza con un ataque a la Bastilla, sino que se pone un atuendo conservador. Pocas instituciones son capaces de defenderse de quienes esperan que las defiendan. Y así sucedió con Otto von Bismarck. Su vida comenzó en pleno auge del sistema de Metternich, en un mundo que constaba de tres elementos principales: el equilibrio europeo del poder, un equilibrio alemán interno entre Austria y Prusia y un sistema de alianzas basado en la unidad de los valores conservadores. Durante la generación posterior a los acuerdos de Viena las tensiones internacionales fueron escasas porque todos los grandes Estados tenían intereses en su supervivencia común, y porque las llamadas Cortes Orientales de Prusia, Austria y Rusia estaban comprometidas con los valores que todas ellas compartían.

Bismarck desafió cada una de estas premisas¹⁴². Estaba convencido de que Prusia ya era el más poderoso estado alemán, y no necesitaba la Santa Alianza como nexos con Rusia. A sus ojos, unos intereses nacionales compartidos constituirían la unión adecuada, y la *Realpolitik* prusiana podría sustituir a la unidad conservadora. Bismarck vio a Austria como obstáculo para la misión alemana de Prusia, y no como asociada a ella. Contra las opiniones de casi todos sus contemporáneos, salvo tal vez la del primer ministro piemontés Cavour, Bismarck trató la inquieta diplomacia de Napoleón como una oportunidad estratégica, y no como una amenaza.

En 1850, cuando Bismarck pronunció un discurso en que atacaba la idea ya tradicional de que la unidad alemana requería el establecimiento de instituciones parlamentarias, sus partidarios conservadores al principio no comprendieron que lo que estaban oyendo era ante todo un desafío a las premisas conservadoras del sistema de Metternich.

El honor de Prusia no consiste en que desempeñemos en toda Alemania el papel de Don Quijote para irritadas celebridades parlamentarias que ven amenazada su Constitución local. Yo busco el honor de Prusia en mantenerla apartada de toda lamentable conexión con la democracia, y en no admitir que nada ocurra jamás en Alemania sin la autorización de Prusia [...]¹⁴³.

En apariencia, el ataque de Bismarck al liberalismo era una aplicación de la mentalidad de Metternich. Y sin embargo, tenía una diferencia de enfoque decisiva. El sistema de Metternich se había basado en la premisa de que Prusia y Austria compartían un compromiso con las instituciones

conservadoras y se necesitaban una a otra para contener las tendencias democráticas liberales. Bismarck daba a entender que Prusia podría imponer unilateralmente sus preferencias, que podía ser conservadora en el interior sin atarse a Austria o a ningún otro Estado conservador en política exterior, y que no necesitaba alianzas para hacer frente a sus problemas internos. Bismarck representó para los Habsburgo el mismo desafío que les había presentado Richelieu, es decir, una política divorciada de todo sistema de valores, excepto la gloria del Estado. Y, como ante Richelieu, no supieron cómo hacerle frente porque ni siquiera comprendieron su naturaleza.

Pero ¿cómo sostendría Prusia la *Realpolitik* por sí sola en el centro del continente? Desde 1815, la actitud de Prusia había sido pertenecer a la Santa Alianza, casi a cualquier precio; la respuesta de Bismarck fue exactamente lo contrario: forjar alianzas y relaciones en todas direcciones para que Prusia estuviese siempre más cerca de una de las partes contendientes de lo que éstas estarían entre sí. De este modo, una posición de aparente aislamiento permitiría a Prusia manipular los compromisos de las demás potencias y vender su apoyo al mejor postor.

En opinión de Bismarck, Prusia se encontraría en una posición fuerte para aplicar semejante política porque tenía pocos intereses de política exterior, aparte del de fortalecer su posición dentro de Alemania. Todas las demás potencias tenían compromisos más complejos: Gran Bretaña tenía que preocuparse no sólo de su imperio, sino del equilibrio general del poder; Rusia estaba presionando simultáneamente en la Europa oriental, en Asia y en el Imperio otomano; Francia tenía en sus manos un nuevo imperio, ambiciones en Italia y una aventura en México. Austria se preocupaba por Italia y los Balcanes, y por su papel dirigente en la Confederación Germánica. Como la política de Prusia estaba tan centrada en Alemania, en realidad no tenía mayores desacuerdos con ninguna otra potencia, excepto con Austria, y en ese punto el desacuerdo se hallaba, básicamente, en el cerebro del propio Bismarck. La no alineación, para emplear un término moderno, era el equivalente funcional de la política de Bismarck, consistente en vender la cooperación de Prusia en lo que percibía como un mercado favorable:

La situación actual nos obliga a comprometernos antes que las demás potencias. No podemos forjar las relaciones de las grandes potencias entre sí como lo quisiéramos, pero sí podemos mantener la libertad de acción para aprovechar, en nuestro beneficio, las relaciones que vayan surgiendo [...] Nuestras relaciones con Austria, Gran Bretaña y Rusia no constituyen un obstáculo a un acercamiento a cualquiera de estas potencias. Sólo nuestras relaciones con Francia requieren una cuidadosa atención para que mantengamos abierta la opción de llevarnos con Francia con tanta facilidad como con las demás potencias [...]¹⁴⁴.

Esta insinuación de acercamiento a la Francia de Bonaparte implicaba la buena disposición de abandonar cualquier ideología para dejar a Prusia libre de aliarse con cualquier país (fueren cuales fuesen sus instituciones internas) que pudiera favorecer sus intereses. La política de Bismarck constituyó un retorno a los principios de Richelieu, quien, aunque era cardenal de la Iglesia, se había opuesto al sacro emperador romano-germánico cuando así lo requirieron los intereses de Francia. De manera similar, Bismarck, aunque conservador en sus convicciones personales, se separó de sus guías conservadores cuando le pareció que sus principios legitimistas coartarían la libertad de acción de Prusia.

Este desacuerdo implícito se tornó en confrontación cuando, en 1856, Bismarck, entonces embajador de Prusia ante la Confederación Germánica, se explayó en su opinión de que Prusia debía mostrarse más amistosa con Napoleón III, quien a los ojos de los conservadores prusianos era un

usurpador de las prerrogativas del legítimo rey francés.

Proponer a Napoleón como potencial interlocutor de Prusia fue más de lo que podían tolerar los conservadores votantes de Bismarck, quienes habían lanzado y favorecido su carrera diplomática. Sus antiguos partidarios recibieron la nueva filosofía de Bismarck con la misma escandalizada incredulidad con que Richelieu había tropezado dos siglos antes al plantear la tesis, entonces revolucionaria, de que la *raison d'état* debía tener preferencia sobre la religión. En nuestro tiempo también se recibió con incredulidad la política de distensión de Richard Nixon con la Unión Soviética. Para los conservadores, Napoleón III significaba la amenaza de una nueva racha de expansionismo francés y, lo que era aún más importante, simbolizaba la reafirmación de los aborrecidos principios de la Revolución Francesa.

Bismarck no refutó el análisis conservador de Napoleón, así como Nixon no rechazó la interpretación conservadora de los motivos comunistas. Bismarck vio en el inquieto soberano francés, como Nixon en el decrepito predominio soviético (véase el capítulo veintiocho), una oportunidad y a la vez un peligro. Consideró que Prusia era menos vulnerable que Austria al expansionismo francés o a la revolución. Tampoco aceptó la opinión prevaleciente sobre la sagacidad de Napoleón, y observó sarcásticamente que la capacidad de admirar a los demás no era su mejor característica. Cuanto más temiera Austria a Napoleón, más concesiones tendría que hacer a Prusia, y mayor sería la flexibilidad diplomática de ésta.

Las razones de la ruptura de Bismarck con los conservadores prusianos fueron muy similares a las del debate de Richelieu con los clérigos que lo criticaban; la principal diferencia era que los conservadores prusianos insistían en unos principios políticos universales, y no en unos principios religiosos universales. Bismarck afirmó que el poder llevaba consigo su propia legitimidad; los conservadores argüían que la legitimidad representaba un valor que estaba más allá de los cálculos de poder. Bismarck creía que una evaluación correcta del poder implicaba la doctrina de autolimitación; los conservadores insistían en que sólo ciertos principios morales podían limitar, en último término, las exigencias del poder.

Este conflicto causó un intenso intercambio epistolar, a fines de la década de 1850-1859, entre Bismarck y su viejo mentor, Leopold von Gerlach, ayudante de campo militar del rey de Prusia, a quien Bismarck le debía su primer nombramiento diplomático, su acceso a la corte y toda su carrera.

El intercambio epistolar entre ambos empezó cuando Bismarck envió a Gerlach la recomendación de que Prusia creara una opción diplomática para Francia, junto con una carta explicativa en que colocaba la utilidad por encima de la ideología:

No puedo librarme de la lógica matemática del hecho de que la actual Austria no puede ser nuestra amiga. Mientras Austria no acepte una delimitación de las esferas de influencia en Alemania, habremos de prever una pugna con ella, por medio de diplomacia y mentiras en tiempos de paz, aprovechando cada oportunidad para asestarle el *coup de grâce*¹⁴⁵.

Sin embargo, Gerlach no pudo resignarse a aceptar la proposición de que la ventaja estratégica podía justificar el abandono de los principios, especialmente cuando en el asunto intervenía un Bonaparte. Pidió aplicar el remedio de Metternich, es decir, que Prusia uniera más a Austria y Rusia y restaurara la Santa Alianza para lograr el aislamiento de Francia¹⁴⁶.

Lo que Gerlach consideró aún más incomprensible fue otra propuesta de Bismarck en el sentido de que se invitara a Napoleón a presenciar las maniobras del ejército prusiano porque «esta prueba de buenas relaciones con Francia [...] aumentaría nuestra influencia en todas las relaciones

diplomáticas»¹⁴⁷.

La sugerencia de que un Bonaparte participara en las maniobras prusianas provocó la explosión de cólera de Gerlach: «¿Cómo puede un hombre de vuestra inteligencia sacrificar sus principios a un individuo como Napoleón? Napoleón es nuestro enemigo natural.»¹⁴⁸ Si Gerlach hubiese visto la cínica anotación de Bismarck al margen —«¿Y eso qué importa?»—, bien podría haberse ahorrado la siguiente carta, en la que reiteró los principios antirrevolucionarios de toda su vida, que le habían llevado a apoyar la Santa Alianza y patrocinar la carrera de Bismarck en sus comienzos:

Mi principio político es y seguirá siendo la guerra contra la revolución. No convenceréis a Napoleón de que no está del lado revolucionario. Y no estará en ningún otro lado porque claramente obtiene de ello ventajas [...] Así, si mi principio de oponerse a la revolución es correcto [...] también habrá que adherirse a él en la práctica¹⁴⁹.

Y sin embargo Bismarck disintió de Gerlach, no porque no lo comprendiera, como supuso éste, sino porque lo comprendía demasiado bien. Para Bismarck, la *Realpolitik* dependía de la flexibilidad y de la capacidad de explotar toda opción posible sin el freno de la ideología. Así como lo habían hecho los defensores de Richelieu, Bismarck transfirió el debate al único principio que él y Gerlach compartían, y que dejaría a éste en manifiesta desventaja: la importancia suprema del patriotismo prusiano. Según Bismarck, la insistencia de Gerlach en la unidad de los intereses conservadores era incompatible con la lealtad a su patria:

Francia sólo me interesa en la medida en que afecta la situación de mi país, y sólo podemos hacer política con la Francia que ya existe [...] Como romántico, puedo derramar una lágrima por el destino de Enrique V (el pretendiente Borbón); como diplomático, yo sería su servidor si fuera francés; pero en esta situación, Francia, quienquiera que, por accidente, la gobierne, para mí es un peón inevitable en el tablero de la diplomacia, donde no tengo otro deber que el de servir a mi rey y a mi patria [las cursivas son de Bismarck]. No puedo conciliar mis simpatías y antipatías personales por otras potencias con mi sentido del deber en asuntos exteriores; en realidad, veo en ellas el embrión de una deslealtad al soberano y al país a los que sirvo¹⁵⁰.

¿Cómo había de responder un prusiano tradicional a la proposición de que el patriotismo prusiano trascendía el principio de legitimidad y que, si las circunstancias así lo exigieran, la fe de toda una generación en la unidad de los valores conservadores pudiese lindar en la deslealtad? Bismarck, implacable, cortó toda vía de retirada intelectual rechazando de antemano el argumento de Gerlach de que la legitimidad era el interés nacional de Prusia y que, por tanto, Napoleón era el enemigo permanente de Prusia:

[...] Yo podría negar eso; pero aunque tuvierais razón, yo no consideraría políticamente sabio hacer que otros Estados supieran de nuestros temores en tiempos de paz. Mientras no suceda la ruptura que predecís, yo consideraré útil fomentar la creencia [...] de que la tensión con Francia no es un fallo orgánico de nuestra naturaleza [...] ¹⁵¹.

En otras palabras, la *Realpolitik* exigía flexibilidad táctica, y el interés nacional prusiano pedía mantener la opción de llegar a un acuerdo con Francia. La posición negociadora de un país depende de las opciones que se vea que tiene. Reducirlas favorece los cálculos del adversario y constriñe los

de los practicantes de la *Realpolitik*.

La ruptura entre Gerlach y Bismarck fue irremediable en 1860 debido a la actitud de Prusia hacia la guerra de Francia con Austria a causa de Italia. Según Gerlach, la guerra había disipado toda duda de que el verdadero propósito de Napoleón era preparar el escenario para una agresión al estilo del primer Bonaparte. Por consiguiente, Gerlach pidió que Prusia apoyara a Austria. Bismarck, en cambio, vio la oportunidad de que si Austria se veía obligada a retirarse de Italia, esto también podía ser presagio de su expulsión final de Alemania. Para Bismarck, las convicciones de la generación de Metternich se habían convertido en un peligroso conjunto de inhibiciones:

Yo me sostendré o caeré con mi propio soberano, aunque en mi opinión se arruine estúpidamente; mas, para mí, Francia seguirá siendo Francia, esté gobernada por Napoleón o por San Luis, y Austria es para mí un país extranjero [...] Ya sé que replicaréis que no se pueden separar el hecho y el derecho, que una política prusiana debidamente concebida exige moderación en asuntos exteriores, aun desde el punto de vista de la utilidad. Estoy dispuesto a discutir con vos la cuestión de la utilidad; pero si planteáis antinomias entre el derecho y la revolución, entre el cristianismo y la infidelidad, entre Dios y el diablo, yo no discutiré más tiempo y me limitaré a decir: «Yo no soy de vuestra opinión, y vos juzgáis en mí lo que no os corresponde juzgar.»¹⁵²

Esta amarga declaración de fe fue el equivalente funcional de la afirmación de Richelieu de que, puesto que el alma es inmortal, el hombre debe someterse al juicio de Dios, pero los Estados, siendo mortales, sólo pueden ser juzgados por lo que funcione bien. Bismarck, como Richelieu, no rechazó las opiniones morales de Gerlach como artículos personales de fe; probablemente las compartía en su mayor parte, pero sí negó que fuesen aplicables a los deberes del estadista al distinguir entre la creencia personal y la *Realpolitik*:

Yo no busqué el servicio del rey [...] El Dios que inesperadamente me puso en él quizá me mostrará el camino, en vez de dejar perecer mi alma. Yo exageraría extrañamente el valor de esta vida [...] si no estuviera convencido de que dentro de treinta años no me importarán los triunfos políticos que yo o mi país hayamos logrado en Europa. Hasta puedo pensar que algún día unos «jesuitas incrédulos» gobernarán la Marca de Brandeburgo [el corazón de Prusia] con un absolutismo bonapartista [...] Soy hijo de diferentes tiempos que vos, pero tan de corazón de los míos como vos de los vuestros¹⁵³.

Esta misteriosa premonición del destino de Prusia un siglo después nunca recibió respuesta del hombre a quien Bismarck debía su carrera. En efecto, Bismarck era hijo de una época distinta de la de su ex mentor. Pertenecía a la época de la *Realpolitik*; Gerlach se formó en el período de Metternich. El sistema de Metternich había reflejado la concepción que el siglo XVIII había tenido del universo como una gran maquinaria de partes que se engranaban complejamente y en la que la modificación de una parte significaba alterar el funcionamiento de todas las demás. Bismarck representaba la nueva época, tanto en ciencia como en política. Concebía el universo no como un equilibrio mecánico sino en su versión moderna, consistente en partículas en movimiento cuyo choque entre sí crea lo que percibimos como realidad. Su filosofía biológica afín era la teoría darwiniana de la evolución, basada en la supervivencia del más apto.

Guiado por esas convicciones, Bismarck proclamó la relatividad de toda creencia, incluso la de la perdurabilidad de su propia patria. En el mundo de la *Realpolitik*, el deber del estadista era

evaluar las ideas como fuerzas en relación con todas las demás fuerzas pertinentes cuando se adoptaba una decisión; y había que juzgar los diversos elementos por lo bien que pudieran servir al interés nacional, no por ideologías preconcebidas.

Sin embargo, por muy severa que pudiese parecer la filosofía de Bismarck, estaba edificada sobre un artículo de fe tan indemostrable como las premisas de Gerlach, a saber, que un análisis minucioso de un conjunto de circunstancias por fuerza llevaría a todos los estadistas a las mismas conclusiones. Así como para Gerlach era inconcebible que el principio de legitimidad pudiese inspirar más de una interpretación, también era disparatado para Bismarck que los estadistas pudiesen diferir en su modo de evaluar el interés nacional. Bismarck, gracias a su magnífica capacidad para captar los matices del poder y sus ramificaciones, pudo reemplazar los frenos filosóficos del sistema de Metternich por una política de moderación. Pero como estos matices no fueron tan evidentes para los sucesores e imitadores de Bismarck, la aplicación literal de la *Realpolitik* los hizo depender en exceso del poder militar y lanzarse a la carrera armamentista y a dos guerras mundiales.

El éxito es a menudo tan esquivo que los estadistas que lo persiguen rara vez se molestan en considerar que pueda acarrear sus propios castigos. Así, al principio de su carrera, Bismarck se preocupó principalmente por aplicar la *Realpolitik* para destruir el mundo que había encontrado, que en gran parte aún estaba dominado por los principios de Metternich. Esto exigió apartar a Prusia de la idea de que el predominio austríaco en Alemania era vital para la seguridad de Prusia y para el mantenimiento de los valores conservadores. Por muy cierto que esto hubiese sido en la época del Congreso de Viena, a mediados del siglo XIX Prusia ya no necesitaba de la alianza austríaca para mantener la estabilidad interna o la tranquilidad europea. En efecto, según Bismarck, la ilusión de que se necesitaba la alianza austríaca sólo servía para disuadir a Prusia de buscar su objetivo último: unificar Alemania.

Según Bismarck, la historia de Prusia rebosaba de hechos que apoyaban su fe en su supremacía dentro de Alemania y en su capacidad de mantenerse por sí sola, pues Prusia no sólo era otro Estado alemán. Cualquiera que fuese su política interior conservadora, ésta no podría empañar el lustre nacional que había cobrado con sus enormes sacrificios en las guerras para liberarse de Napoleón. Era como si el propio contorno de Prusia, es decir, una serie de enclaves, de extraña forma, que se extendían a través de la llanura del norte de Alemania, del Vístula al oeste del Rin, la hubiese destinado a encabezar la búsqueda de la unidad alemana, aun a ojos de los liberales.

Pero Bismarck fue más allá. Desafió la convencional sabiduría que identificaba el nacionalismo con el liberalismo, o al menos con la proposición de que sólo podría lograrse la unidad de Alemania mediante instituciones liberales:

Prusia no se ha engrandecido mediante el liberalismo ni gracias a libertad de pensamiento, sino por una sucesión de regentes poderosos, decididos y sabios que administraron minuciosamente los recursos militares y financieros del Estado y los mantuvieron en sus manos para echarlos, con temerario valor, en la balanza de la política europea en cuanto se presentó la oportunidad favorable [...].¹⁵⁴

Bismarck no se basó en principios conservadores, sino en el carácter distintivo de las instituciones prusianas; fundamentó la pretensión prusiana de liderar Alemania en su fuerza, y no en valores universales. En opinión de Bismarck, las instituciones prusianas eran tan inmunes a la influencia exterior que Prusia podía explotar las corrientes democráticas de la época como

instrumentos de su política exterior, amenazando con fomentar una mayor libertad de expresión interior, sin importar que ningún rey prusiano hubiese practicado tal política durante décadas, o nunca:

La sensación de seguridad de que el rey sigue siendo señor de su país aunque todo el ejército se encuentre en el extranjero, no la comparte Prusia con ningún otro estado del continente y, ante todo, con ninguna otra potencia germánica. Ofrece la oportunidad de aceptar un desarrollo de los asuntos públicos mucho más de conformidad con las necesidades presentes [...] La autoridad real en Prusia está tan firmemente arraigada que el gobierno puede promover, sin ningún riesgo, una actividad parlamentaria mucho más viva y, con ello, ejercer presión sobre las condiciones de Alemania¹⁵⁵.

Bismarck rechazó la idea de Metternich de que una sensación compartida de su vulnerabilidad interna requería la asociación directa de las tres cortes del Este. En realidad, sucedía todo lo contrario. Puesto que Prusia no se veía amenazada por trastornos internos, su cohesión misma podía servirle de arma para socavar el acuerdo de Viena amenazando a las otras potencias, especialmente a Austria, con una política que provocara disturbios internos. Para Bismarck, la fuerza de las instituciones gubernamentales, militares y financieras de Prusia allanaba el camino hacia la supremacía prusiana en Alemania.

Al ser nombrado embajador ante la Asamblea de la Confederación en 1852, y embajador en San Petersburgo en 1858, Bismarck ascendió a puestos que le permitían defender su política. Sus informes, brillantemente escritos y de notable congruencia, exigían una política exterior que no se basara en el sentimiento ni en la legitimidad, sino en una precisa evaluación del poder. De esta manera, Bismarck volvió a la tradición de gobernantes del siglo XVIII como Luis XIV y Federico *el Grande*. Aumentar la influencia del Estado se convirtió en el objetivo principal, si no el único, contenido tan sólo por las fuerzas que se hubiesen aglutinado contra él:

[...] Una política sentimental no conoce reciprocidad. Es una peculiaridad exclusivamente prusiana¹⁵⁶.

[...] ¡Por Dios!, nada de alianzas sentimentales en que la conciencia de haber hecho una buena acción sea la única recompensa por nuestro sacrificio¹⁵⁷.

[...] La política es el arte de lo posible, la ciencia de lo relativo¹⁵⁸.

Ni siquiera el rey tiene derecho a subordinar los intereses del Estado a sus simpatías o antipatías personales¹⁵⁹.

Según la estimación de Bismarck, la política exterior tenía una base casi científica que hacía posible analizar el interés nacional de acuerdo con normas objetivas. En semejante cálculo, Austria aparecía como un país extranjero, no fraterno y, ante todo, como un obstáculo para que Prusia ocupara el lugar que le correspondía por derecho en Alemania: «Nuestra política no tiene otro campo de desfiles que Alemania, y éste es precisamente el que Austria cree que necesita urgentemente [...]

Nos privamos uno al otro del aire que necesitamos para respirar [...] Este es un hecho que no se puede pasar por alto, por muy desagradable que sea.»¹⁶⁰

El primer rey de Prusia a quien Bismarck sirvió como embajador, Federico Guillermo IV, se sintió atrapado entre el conservadurismo legitimista de Gerlach y las oportunidades inherentes a la *Realpolitik* de Bismarck. Éste insistía en que el respeto personal de su rey al Estado alemán, que por tradición era preeminente, no debía inhibir la política prusiana. Como Austria jamás aceptaría la hegemonía prusiana en Alemania, la estrategia de Bismarck consistía en debilitar a Austria en todo momento. En 1854, durante la guerra de Crimea, Bismarck pidió que Prusia explotara la ruptura de Austria con Rusia y atacara al que aún era asociado de Prusia en la Santa Alianza, sin otra justificación que lo propicio del momento:

Si lográramos llevar a Viena al punto en que no considerara un ataque de Prusia a Austria como algo fuera de toda posibilidad, pronto oiríamos de ahí cosas más sensatas [...]»¹⁶¹.

En 1859, durante la guerra de Austria con Francia y el Piamonte, Bismarck volvió al mismo tema:

Esta situación nos ofrece de nuevo una gran recompensa si dejamos que la guerra entre Austria y Francia eche raíces y si, tras avanzar al sur con nuestro ejército, metemos en nuestras mochilas los postes fronterizos, decididos a no volver a clavarlos en tierra mientras no hayamos llegado al lago Constanza, o al menos a las regiones donde ya no predomine la confesión protestante¹⁶².

Metternich habría considerado que se trataba de una herejía, pero Federico *el Grande* habría aplaudido esta adaptación de un discípulo sagaz a su propia razón para conquistar Silesia.

Con absoluta sangre fría, Bismarck sometió el equilibrio europeo del poder al mismo análisis relativista al que sometió la situación interna de Alemania. En plena guerra de Crimea, Bismarck esbozó las principales opciones de Prusia:

Disponemos de tres amenazas: 1) Una alianza con Rusia; y es disparatado jurar, de antemano, que nunca estaremos con Rusia. Aun si esto fuera cierto, deberíamos conservar la opción de emplearlo como amenaza. 2) Una política en que nos arrojemos en brazos de Austria y logremos compensación a expensas de los pérfidos confederados [alemanes]. 3) Un cambio de gabinetes hacia la izquierda, con el cual pronto nos volveremos tan «occidentales» que podremos aventajar completamente a Austria¹⁶³.

En el mismo despacho se enumeraban como opciones prusianas igualmente válidas: una alianza con Rusia contra Francia (puede suponerse que basada en una comunidad de intereses conservadores); un acuerdo con Austria contra los Estados alemanes secundarios (y, puede suponerse, contra Rusia); y un giro hacia el liberalismo, dirigido internamente contra Austria y Rusia (puede suponerse que en combinación con Francia). Como Richelieu, también Bismarck se sintió libre de elegir a sus asociados, estando dispuesto a aliarse con Rusia, Austria o Francia. La elección dependería por completo de quién sirviera mejor al interés nacional de Prusia. Aun siendo un enconado adversario de Austria, Bismarck estaba dispuesto a estudiar el acuerdo con Viena a cambio de una compensación apropiada en Alemania. Y aunque fuera ultraconservador en asuntos internos, Bismarck no vio ningún obstáculo en desviar la política interior de Prusia hacia la izquierda, siempre

que ello sirviera a un propósito de política exterior, pues también la política interior era un arma de la *Realpolitik*.

Por supuesto, hasta en pleno apogeo del sistema de Metternich se habían hecho intentos por inclinar el equilibrio del poder. Pero entonces todo el esfuerzo se tendría que haber dirigido a legitimar el cambio mediante un consenso europeo. El sistema de Metternich buscó ajustes a través de los congresos europeos y no mediante la política exterior de amenaza y contraamenaza. Bismarck habría sido el último en negar la eficacia del consenso moral, pero, según él, éste sólo era un elemento de poder entre otros muchos. La estabilidad del orden internacional dependía precisamente de este discreto matiz. Presionar en favor del cambio sin respetar, ni aun simuladamente, las relaciones de los tratados existentes, los valores compartidos o el nuevo orden de Europa, constituyó toda una revolución diplomática. Con el tiempo, convertir la fuerza en el único criterio hizo que todas las naciones emprendieran carreras armamentistas y siguieran políticas exteriores de confrontación.

Las opiniones de Bismarck siguieron siendo académicas mientras se mantuvo intacto el elemento clave del acuerdo de Viena, es decir, la unidad de las cortes conservadoras de Prusia, Austria y Rusia, y mientras la propia Prusia no se atrevió a romper por sí sola dicha unidad. La Santa Alianza se desintegró inesperadamente y con gran rapidez después de la guerra de Crimea, cuando Austria abandonó el diestro anonimato con el cual Metternich había desviado las crisis de su ya vacilante imperio y, después de muchas vacilaciones, se había puesto del lado de los enemigos de Rusia. Bismarck comprendió al punto que la guerra de Crimea había constituido una revolución diplomática. Comentó: «El día del ajuste de cuentas llegará con toda seguridad, aunque pasen unos cuantos años.»¹⁶⁴

En efecto, tal vez el más importante documento relacionado con la guerra de Crimea fuese un despacho de Bismarck en que analizaba la situación surgida al concluir la guerra en 1856. De un modo peculiar, en ese despacho se suponía una perfecta flexibilidad del método diplomático y una total falta de escrúpulos en busca de una oportunidad. La historiografía alemana ha bautizado apropiadamente el despacho de Bismarck como el «*Prachtbericht*» o «Despacho maestro», pues ahí se encontraba condensada la esencia de la *Realpolitik*, aun cuando fuese demasiado audaz para su destinatario, el primer ministro prusiano Otto von Manteuffel, cuyos muchos comentarios al margen indican que distó mucho de dejarse convencer.

Bismarck comenzó con una demostración de la posición extraordinariamente favorable de Napoleón al terminar la guerra de Crimea. En adelante, observó, todos los Estados de Europa correrían a buscar la amistad de Francia, ninguno de ellos con mayores perspectivas de éxito que Rusia:

Una alianza entre Francia y Rusia es demasiado natural para que no ocurra [...] Hasta hoy, la firmeza de la Santa Alianza [...] ha mantenido separados a los dos Estados; pero ya muerto el zar Nicolás y disuelta por Austria la Santa Alianza, nada impide el acercamiento natural de dos Estados que no tienen intereses en conflicto¹⁶⁵.

Bismarck predijo que Austria no podría escapar de la trampa en que había caído ni llevando al zar a París, pues para conservar el apoyo de su ejército Napoleón necesitaría algún asunto que pudiese darle de un momento a otro «un pretexto no demasiado arbitrario ni demasiado injusto para intervenir. Italia es ideal para desempeñar ese papel. Las ambiciones de Cerdeña y los recuerdos de Bonaparte y de Murat ofrecen excusas suficientes, y el odio a Austria pronto les allanará el

camino»¹⁶⁶. Desde luego, esto fue exactamente lo que ocurrió tres años después.

¿Qué posición debía adoptar Prusia, dado lo inevitable de una tácita cooperación franco-rusa y la probabilidad de un conflicto franco-austríaco? Según el sistema de Metternich, Prusia habría debido estrechar su alianza con la conservadora Austria, fortalecer la Confederación Germánica, establecer relaciones directas con Gran Bretaña y tratar de apartar a Rusia de Napoleón.

Bismarck demolió, una por una, estas opciones. Las fuerzas de tierra británicas eran demasiado insignificantes para ser útiles contra una alianza franco-rusa. Austria y Prusia acabarían teniendo que soportar el peso de la lucha. Y la Confederación Germánica no podría añadir verdadera fuerza:

Ayudada por Rusia, Prusia y Austria, la Confederación Alemana probablemente se mantendría porque confiaba en la victoria aun sin su apoyo; pero en caso de una guerra de dos frentes, hacia el este y el oeste, los príncipes que no estuvieran dominados por nuestras bayonetas tratarían de salvarse haciendo declaraciones de neutralidad, si es que no se presentaban en el campo de batalla contra nosotros [...] ¹⁶⁷.

Aunque Austria había sido la principal aliada de Prusia durante más de una generación, ya resultaba un asociado bastante incongruente a ojos de Bismarck. Se había convertido en el principal obstáculo al crecimiento de Prusia: «Alemania es demasiado pequeña para nosotros dos [...] mientras aremos el mismo surco, Austria será el único Estado contra el cual podamos obtener una ganancia permanente y ante el cual podamos sufrir una pérdida permanente.»¹⁶⁸

Cualquier aspecto de las relaciones internacionales que Bismarck considerara, lo resolvía con el argumento de que Prusia necesitaba romper su relación de confederado con Austria e invertir la política del período de Metternich para debilitar a su ex aliada en cada ocasión: «Cuando Austria engancha un caballo al frente, nosotros enganchamos uno atrás.»¹⁶⁹

El azote de los sistemas internacionales estables es su casi absoluta incapacidad de imaginar un desafío mortal. El punto flojo de los revolucionarios es su convicción de que pueden combinar todas las ventajas de sus objetivos con lo mejor de lo mismo que están derrocando. Pero las fuerzas desencadenadas por la revolución tienen impulso propio, y la dirección en que avanzan no puede deducirse forzosamente de las declaraciones de sus partidarios.

Así le ocurrió a Bismarck. Cinco años después de llegar al poder en 1862 eliminó el obstáculo austríaco a la unidad alemana aplicando su propio consejo del decenio anterior. Mediante las tres guerras descritas en este capítulo, expulsó de Alemania a Austria y disipó los vestigios de las ilusiones de Richelieu en Francia.

La Alemania recién unificada no encarnó los ideales de las dos generaciones de alemanes que habían aspirado a edificar un Estado democrático constitucional. De hecho, no reflejó ninguna gran corriente anterior del pensamiento alemán, puesto que surgió como un trato diplomático entre soberanos alemanes y no como expresión de la voluntad popular. Su legitimidad dependía del poder de Prusia, no del principio de autodeterminación nacional. Aunque Bismarck logró lo que se había propuesto, la magnitud misma de su triunfo hipotecó el futuro de Alemania y, en realidad, del orden universal europeo. Desde luego, era tan moderado al concluir sus guerras como implacable había sido al prepararlas. En cuanto Alemania llegó a los límites que él consideraba vitales para su seguridad, Bismarck siguió una política exterior prudente y estabilizadora. Durante dos décadas, manipuló magistralmente los compromisos e intereses de Europa basándose en la *Realpolitik* y en beneficio de la paz de Europa.

Pero, una vez invocados, los espíritus del poder se niegan a dejarse ahuyentar por simples actos

de malabarismo, por muy espectaculares o moderados que éstos sean. Alemania había quedado unificada como resultado de cierta diplomacia que presuponía una capacidad de adaptación infinita. Y sin embargo, el triunfo mismo de esta política privó de toda flexibilidad al sistema internacional. Ya había menos participantes. Y cuando el número de jugadores se reduce, también disminuye la capacidad de hacer ajustes. El nuevo sistema internacional contenía menos componentes, pero más poderosos, lo cual dificultaba negociar un equilibrio generalmente aceptable o sostenerlo sin apelar a constantes pruebas de fuerza.

Estos problemas estructurales fueron amplificadas por la dimensión de la victoria de Prusia en la guerra franco-prusiana, y por la naturaleza de la paz con que concluyó. La anexión alemana de Alsacia-Lorena suscitó un irreconciliable antagonismo francés, que suprimió toda opción diplomática alemana para con Francia.

En la década de 1850-1859, Bismarck había considerado tan esencial la opción francesa que sacrificó su amistad con Gerlach para promoverla. Tras la anexión de Alsacia-Lorena, la enemistad de Francia se convirtió en «el fallo orgánico de nuestra naturaleza», contra el que Bismarck había advertido con tanta insistencia. Impidió la política de su «Despacho maestro», de mantenerse al margen hasta que otras potencias se hubiesen comprometido, y luego vender el apoyo de Prusia al mejor postor.

La Confederación Germánica había logrado actuar como unidad sólo ante amenazas tan abrumadoras que hubiesen suprimido las rivalidades entre los diversos Estados, y una acción ofensiva conjunta era estructuralmente imposible. La fragilidad de estos acuerdos era, en efecto, una de las razones de que Bismarck hubiese insistido en que la unificación alemana se organizara bajo la dirección de Prusia. Pero Bismarck también pagó un precio por la nueva disposición. Una vez que Alemania pasó de potencial víctima de la agresión a ser amenaza para el equilibrio europeo, la remota contingencia de que los otros Estados de Europa se unieran contra Alemania se convirtió en una auténtica posibilidad. Y esa pesadilla, a su vez, fomentó una política alemana que pronto dividiría a Europa en dos bandos hostiles.

El primer estadista europeo que comprendió los efectos de la unificación alemana fue Benjamin Disraeli, que estaba a punto de ser nombrado primer ministro de Gran Bretaña. En 1871 dijo lo siguiente acerca de la guerra franco-prusiana:

La guerra representa la revolución alemana, un acontecimiento político más importante que la Revolución Francesa del siglo pasado [...] No hay tradición diplomática que no haya sido barrida. Tenéis un mundo nuevo [...] El equilibrio del poder ha sido destruido por completo¹⁷⁰.

Con Bismarck al timón, con su intrincada y sutil diplomacia, estos dilemas aún ensombrecieron más el panorama. Sin embargo, a la larga, la complejidad misma de los acuerdos de Bismarck los condenó. Disraeli tenía toda la razón. Bismarck había modificado el mapa de Europa y la pauta de las relaciones internacionales, pero a la postre no logró establecer un plan que sus sucesores pudiesen seguir. Una vez pasada la novedad de las tácticas de Bismarck, sus sucesores y competidores buscaron su seguridad multiplicando las armas como medio de depender menos de los desconcertantes avatares de la diplomacia. La incapacidad del Canciller de Hierro para institucionalizar su política forzó a Alemania a entrar en un laberinto diplomático del que sólo pudo escapar, primero, gracias a una carrera armamentista, y luego, mediante la guerra.

También en su política interior Bismarck fue incapaz de establecer una pauta que sus sucesores pudieran seguir. Esta figura solitaria durante toda su vida fue aún menos comprendido cuando salió

del escenario y alcanzó proporciones míticas. Sus compatriotas recordaron las tres guerras que habían creado la unidad alemana, pero olvidaron los laboriosos preparativos que las habían hecho posibles y la moderación necesaria para recoger sus frutos. Habían visto alardes de poder, pero sin discernir el sutil análisis en que se habían fundamentado.

La Constitución que Bismarck planeó para Alemania combinaba estas tendencias. Aunque estaba basada en el primer sufragio universal masculino de Europa, el Parlamento (Reichstag) no controlaba al gobierno, que era nombrado por el emperador y sólo por él podía ser destituido. El canciller estaba más cerca del emperador y del Reichstag que éstos entre sí. Por tanto, dentro de ciertos límites, Bismarck pudo enfrentar unas instituciones contra otras, casi como enfrentaba a otros Estados con su política exterior. Ninguno de los sucesores de Bismarck tuvo la habilidad o la audacia de hacerlo. El resultado fue que el nacionalismo no fermentado en la democracia se volvió cada vez más chauvinista, mientras una democracia sin responsabilidad se volvía estéril. Tal vez la mejor expresión de la esencia de la vida de Bismarck fuese la que el propio Canciller de Hierro escribió en una carta dirigida a su futura esposa:

Todo lo que es imponente aquí en la tierra [...] siempre tiene algo de la calidad del ángel caído, que es hermoso pero no tiene paz; grande en sus concepciones y sus esfuerzos, pero sin éxito, orgulloso y solitario¹⁷¹.

Los dos revolucionarios que surgieron a principios del sistema estatal contemporáneo europeo encarnaron muchos de los dilemas del período moderno. Napoleón III, revolucionario renuente, representó la tendencia de unir la política a las relaciones públicas. Bismarck, revolucionario conservador, reflejó la tendencia de identificar la política con el análisis del poder.

Napoleón tuvo ideas revolucionarias, pero retrocedió ante sus consecuencias. Después de vivir su juventud en lo que el siglo XX llamaría la protesta, nunca pasó de la concepción de una idea a su aplicación. Inseguro de sus propósitos y, en realidad, de su legitimidad, dependió de la opinión pública para salvar el desfase. Napoleón dirigió su política exterior al estilo de los dirigentes políticos modernos que miden sus éxitos por la reacción de los noticiarios de televisión. Como ellos, quedó prisionero de lo puramente táctico; enfocando objetivos a corto plazo y resultados inmediatos, trató de impresionar a su público exagerando las presiones que se había propuesto crear. Y en tal proceso confundió la política exterior con los pases de un prestidigitador. A la postre es la realidad, y no la publicidad, la que determina si un dirigente ha establecido una diferencia.

A la larga, el público no respeta a los dirigentes que reflejan sus propias inseguridades o que sólo ven los síntomas de las crisis y no las tendencias a largo plazo. El papel del dirigente consiste en aceptar la carga de actuar basándose en la confianza en su propio cálculo de la dirección de los hechos y en cómo se puede influir sobre ellos. En su defecto, las crisis se multiplicarán, lo que es otro modo de decir que el dirigente ha perdido el dominio de los acontecimientos. Napoleón III fue a su vez el precursor de un extraño fenómeno moderno, la figura política que intenta desesperadamente determinar lo que desea el público, y que sin embargo acaba siendo rechazada y tal vez hasta despreciada por éste.

Bismarck no careció de confianza para actuar siguiendo sus propios juicios. Con gran brillantez, analizó la realidad subyacente y la oportunidad de Prusia. Edificó tan bien que la Alemania creada por él sobrevivió a la derrota en dos guerras mundiales, a dos ocupaciones extranjeras y a dos generaciones como país dividido. El fallo de Bismarck fue haber condenado a su sociedad a un estilo de política que sólo se habría podido llevar adelante si en cada generación hubiese surgido un gran

hombre. Esto rara vez ocurre y, además, las instituciones de la Alemania imperial le eran adversas. En este sentido, Bismarck sembró las semillas no sólo de las realizaciones de su patria sino de sus tragedias en el siglo XX. «Nadie come impunemente del fruto del árbol de la inmortalidad»¹⁷², escribió su amigo von Roon acerca de Bismarck.

La tragedia de Napoleón fue que sus ambiciones sobrepasaron sus capacidades; la tragedia de Bismarck fue que sus talentos sobrepasaron la capacidad de su sociedad para absorberlos. El legado de Napoleón III a Francia fue una parálisis estratégica; el de Bismarck a Alemania fue una grandeza inasimilable.

La *Realpolitik* se vuelve contra sí misma

La *Realpolitik*, una política exterior basada en cálculos de poder y en el interés nacional, redundó en la unificación de Alemania. Y la unificación de Alemania provocó que la *Realpolitik* se volviera contra sí misma, dando lugar a lo contrario de lo que se había propuesto. Porque la práctica de la *Realpolitik* evita carreras armamentistas y guerras sólo si los principales actores de un sistema internacional son libres de adaptar sus relaciones de acuerdo con circunstancias cambiantes, o si los modera un sistema de valores compartidos, o ambas cosas.

Después de su unificación, Alemania se convirtió en el país más fuerte del continente, y fue aumentando su fuerza con cada decenio, revolucionando así la diplomacia europea. Desde el nacimiento del moderno sistema de Estados en tiempos de Richelieu, las potencias situadas en los extremos de Europa, Gran Bretaña, Francia y Rusia, habían estado ejerciendo presión sobre el centro. Ahora, por primera vez, el centro de Europa era suficientemente poderoso para presionar a la periferia. ¿Cómo reaccionaría el continente ante este nuevo gigante situado en Centroeuropa?

La geografía había creado un problema insoluble. Según todas las tradiciones de la *Realpolitik*, era probable que surgieran coaliciones europeas para contener el crecimiento de Alemania, la potencia que se perfilaba como predominante. Como Alemania está en el centro del continente, se hallaba en constante peligro de padecer lo que Bismarck llamó «*le cauchemar des coalitions*»: la pesadilla de las coaliciones hostiles que la rodearan. Pero si Alemania trataba de protegerse simultáneamente contra una coalición de todos sus vecinos, del este y del oeste, éstos se verían amenazados individualmente, y acelerarían la formación de coaliciones. Ciertamente, las profecías que se realizan por sí mismas llegaron a formar parte del sistema internacional. Lo que aún era llamado el nuevo orden de Europa estaba en realidad dividido por dos conjuntos de enfrentamientos: la enemistad entre Francia y Alemania y la creciente hostilidad entre el Imperio austrohúngaro y el ruso.

En cuanto a Francia y Alemania, la magnitud de la victoria de Prusia en la guerra de 1870 había suscitado un permanente deseo francés de *revanche*, y la anexión de Alsacia-Lorena por parte de Alemania dio a ese resentimiento un punto de atención tangible. El resentimiento pronto se mezcló con el temor cuando los gobernantes franceses empezaron a sentir que la guerra de 1870-1871 había marcado el fin de la época del predominio francés y un cambio irreversible en la alineación de fuerzas. Ya no era aplicable el sistema de Richelieu, de enfrentar a los diversos Estados alemanes en una fragmentada Europa central. Francia, indecisa entre el recuerdo y la ambición, sublimó sus frustraciones durante casi cincuenta años en el propósito obsesivo de recuperar Alsacia-Lorena, sin considerar nunca que, si triunfaba en tal empeño, no haría más que salvar el orgullo francés sin alterar la subyacente realidad estratégica. Por sí misma, Francia ya no era lo bastante fuerte para contener a Alemania. En adelante, siempre necesitaría aliados para defenderse. Por la misma razón, Francia fue permanentemente una aliada potencial de cualquier enemigo de Alemania, limitando así la flexibilidad de la diplomacia alemana e intensificando toda crisis en que aquélla se viera envuelta.

El segundo cisma europeo, entre el Imperio austro-húngaro y Rusia, también fue resultado de la unificación alemana. Tras ser nombrado *Ministerpräsident* en 1862, Bismarck había pedido al

embajador austríaco que transmitiera a su emperador la asombrosa proposición de que Austria, capital del antiguo Sacro Imperio romano-germánico, desplazara su centro de gravedad de Viena a Budapest. Al embajador le pareció tan ridícula esta idea que, en su informe a Viena, la atribuyó a agotamiento nervioso de Bismarck. Y sin embargo, una vez derrotada en la lucha por la hegemonía en Alemania, Austria no tuvo más remedio que actuar siguiendo la sugerencia de Bismarck. Budapest llegó a ser socio equivalente, a veces predominante, en la recién creada doble monarquía.

Tras ser expulsado de Alemania, el nuevo Imperio austro-húngaro no tuvo por dónde extenderse, salvo en los Balcanes. Como Austria no había participado en el colonialismo de ultramar, sus gobernantes habían llegado a la conclusión de que los Balcanes, con su población eslava, eran el blanco natural de sus ambiciones geopolíticas... aunque sólo fuera para seguir el rumbo de las otras grandes potencias. Pero semejante política implicaba un conflicto con Rusia.

El sentido común tenía que haber advertido a los gobernantes austríacos que no provocaran a los nacionalistas balcánicos, ni que convirtieran a Rusia en su enemigo permanente. Pero el sentido común no abundaba en Viena, y menos aún en Budapest. Prevaleció el nacionalismo patrioterico exaltado. El gabinete de Viena continuó con la misma inercia en el interior (con accesos de histeria en política exterior) que lo había aislado progresivamente desde la época de Metternich.

Alemania no veía ningún interés nacional en los Balcanes. Pero sí estaba enormemente interesada en la conservación del Imperio austro-húngaro, pues el desplome de la doble monarquía hubiera amenazado con anular toda la política germánica de Bismarck. El segmento católico germanoparlante del Imperio habría tratado de unirse a Alemania, poniendo en peligro la hegemonía de la Prusia protestante, por la que Bismarck había luchado con tanta tenacidad. La desintegración del Imperio austríaco hubiera dejado a Alemania sin ningún aliado de confianza. Por otra parte, aunque Bismarck deseara conservar Austria, no tenía deseos de desafiar a Rusia. Fue un dilema que logró disimular durante décadas, pero nunca lo superó por completo.

Para colmo de males, el Imperio otomano era víctima de una lenta desintegración que creaba frecuentes choques entre las grandes potencias por el reparto de su botín. Bismarck dijo una vez que, en una combinación de cinco jugadores, siempre es deseable estar del lado de los que son tres. Pero dado que, de las cinco grandes potencias (Inglaterra, Francia, Rusia, Austria y Alemania), Francia era hostil; Gran Bretaña inalcanzable por su política de «espléndido aislamiento», y Rusia ambivalente por su conflicto con Austria, Alemania necesitaba una alianza con Rusia y a la vez con Austria, para formar esa agrupación de tres. Sólo un estadista que poseyera la fuerza de voluntad y la habilidad de Bismarck podría haber concebido tan difícil acto de equilibrio. De este modo, la relación entre Alemania y Rusia fue la clave para la paz de Europa.

Una vez que Rusia entró en la escena internacional adquirió, con asombrosa rapidez, una posición predominante. En la Paz de Westfalia de 1648, Rusia aún no parecía tener suficiente importancia para estar representada. Sin embargo, desde 1750 Rusia participó activamente en toda guerra europea de consideración. A mediados del siglo XVIII, Rusia ya inspiraba una cierta inquietud entre los observadores occidentales. En 1762 informó el *chargé d'affaires* francés en San Petersburgo:

Si no se frena la ambición de Rusia, sus efectos podrían ser nefastos para las potencias vecinas [...] Yo sé que el grado de poder de Rusia no debe medirse por su expansión, y que su dominio de los territorios del Este es más un fantasma impresionante que una fuente de auténtica fuerza. Pero también sospecho que una nación que es capaz de desafiar la inclemencia de las estaciones mejor que ninguna otra, por el rigor de su clima natural, que está acostumbrada a la obediencia servil, que necesita poco

para vivir y que, por tanto, es capaz de entablar una guerra a bajo costo [...] semejante nación, sospecho, probablemente prevalecerá [...]»¹⁷³.

Cuando se celebró el Congreso de Viena, Rusia ya era el país más poderoso del continente. A mediados del siglo XX había alcanzado la categoría de superpotencia, y sólo había dos, antes de entrar en crisis casi cuarenta años después y perder, en cuestión de meses, muchas de las enormes ganancias logradas en los dos siglos anteriores.

El carácter absoluto del poder del zar permitía a los gobernantes rusos dirigir su política exterior de manera arbitraria y, a la vez, idiosincrásica. En un período de seis años, entre 1756 y 1762, Rusia entró en la Guerra de los Siete Años como aliada de Austria e invadió Prusia, se alió con Prusia al morir la emperatriz Isabel, en enero de 1762, y luego se declaró neutral cuando Catalina *la Grande* derrocó a su marido en junio de 1762. Cincuenta años después, Metternich manifestó que el zar Alejandro I nunca había tenido un ideario que durara más de cinco años. El consejero de Metternich, Friedrich von Gentz, describió así la posición del zar: «Ninguno de los obstáculos que detienen y frustran a los otros soberanos, como la autoridad dividida, las formas constitucionales, la opinión pública, etc., existe para el emperador de Rusia. Lo que sueña por la noche puede realizarlo por la mañana.»¹⁷⁴

La paradoja fue el rasgo más característico de Rusia. Siempre entraba en guerra y se extendía en todas direcciones, sin embargo se sentía permanentemente amenazada. Cuantas más lenguas se hablaban en el Imperio, más vulnerable se sentía Rusia, en parte por su necesidad de aislar de sus vecinos a las diversas nacionalidades. Para sostener su gobierno y superar las tensiones que había entre las diversas poblaciones del Imperio, todos los gobernantes de Rusia recurrieron al mito de alguna gran amenaza extranjera que, con el tiempo, se convertía en otra de esas profecías cumplidas, y que condenaron la estabilidad de Europa.

Conforme Rusia se extendía desde los alrededores de Moscú hacia el centro de Europa, las costas del Pacífico y el Asia central, lo que había comenzado como una búsqueda de seguridad se convirtió en expansión por sí misma. El historiador ruso Vasili Kliuchevsky describió así este proceso: «[...] estas guerras, de origen defensivo, imperceptible e involuntariamente por parte de los políticos moscovitas se volvieron guerras de agresión: una continuación directa de la política unificadora de la antigua dinastía [preRomanov], una lucha por territorio ruso que nunca había pertenecido al Estado moscovita»¹⁷⁵.

Poco a poco Rusia se convirtió en una amenaza tan grande para el equilibrio del poder en Europa como para la soberanía de sus vecinos. Por mucho territorio que dominara, Rusia seguía empujando inexorablemente sus límites hacia el exterior. Esto comenzó esencialmente como una motivación defensiva, como cuando el príncipe Potemkin (más conocido por colocar unas aldeas falsas a lo largo del camino de la zarina) pidió arrancar a Crimea de Turquía en 1776, por el razonable motivo de que esto mejoraría la capacidad de Rusia para defender sus dominios¹⁷⁶. Sin embargo, en 1864, la seguridad era sinónimo de expansión continua. El canciller Aleksandr Gorchákov definió la expansión de Rusia por Asia central como una obligación permanente de pacificar su periferia dejándose llevar por el simple impulso:

La situación de Rusia en el Asia central es similar a la de todos los Estados civilizados que entran en contacto con tribus nómadas semibárbaras, carentes de firme organización social. En tales casos, los intereses de la seguridad fronteriza y las relaciones comerciales siempre exigen que el Estado más civilizado tenga cierta autoridad sobre sus vecinos [...]

Por consiguiente, el Estado debe tomar una determinación, o bien abandonar este continuo esfuerzo y condenar sus fronteras a una inquietud constante [...] o bien avanzar más y más hacia el corazón de las tierras salvajes [...] donde la mayor dificultad consiste en poder parar¹⁷⁷.

Muchos historiadores recordaron este pasaje cuando la Unión Soviética invadió Afganistán en 1979. Paradójicamente, también es verdad que durante los últimos doscientos años el equilibrio europeo del poder fue conservado en varias ocasiones por los esfuerzos y el heroísmo de Rusia. Sin Rusia, es casi seguro que Napoleón y Hitler habrían logrado establecer imperios universales. Rusia, como Jano, fue al mismo tiempo una amenaza al equilibrio del poder y uno de sus componentes claves, esencial para el equilibrio pero no elemento completo de él. Durante gran parte de su historia, Rusia sólo aceptó los límites que le fueron impuestos por el mundo exterior de mala gana. Sin embargo, hubo períodos, especialmente los cuarenta años que siguieron a las guerras napoleónicas, en que Rusia no aprovechó su enorme poderío y en cambio se dedicó a proteger los valores conservadores en la Europa central y occidental.

Aun cuando Rusia buscaba la legitimidad, sus actitudes eran mucho más mesiánicas y, por tanto, imperialistas, que las de las otras cortes conservadoras. Mientras que los conservadores de la Europa occidental se definían por sus filosofías de moderación, los gobernantes rusos se alistaban al servicio de verdaderas cruzadas. Como no existía en realidad ningún desafío a la legitimidad de los zares, éstos tenían una limitada comprensión de los movimientos republicanos, aparte de considerarlos inmorales. Fueron los promotores de la unidad de los valores conservadores, al menos hasta la guerra de Crimea, pero también estuvieron dispuestos a aprovechar su legitimidad para aumentar su propia influencia, lo que le valió a Nicolás I el apodo de «gendarme de Europa». En la cúspide de la Santa Alianza, Friedrich von Gentz escribió acerca de Alejandro I:

El emperador Alejandro, pese a todo el celo y entusiasmo que constantemente ha mostrado por la Gran Alianza, es el soberano que más fácilmente podría prescindir de ella [...] Para él, la Gran Alianza sólo es un instrumento con el que ejerce su influencia en asuntos generales, que es uno de los principales objetos de su ambición [...] Su interés en la conservación del sistema no es, como el de Austria, Prusia o Inglaterra, un interés basado en la necesidad o el temor; es un interés libre y calculado que Alejandro puede abandonar en cuanto otro sistema le ofrezca mayores ventajas¹⁷⁸.

Como los norteamericanos, también los rusos consideraban que su sociedad era excepcional. La expansión de Rusia por Asia central, poblada únicamente por sociedades nómadas o feudales, tuvo muchas similitudes con la expansión de los Estados Unidos hacia el oeste, y la justificación de Rusia, de acuerdo con la anterior cita de Gorchákov, fue paralela al modo en que los norteamericanos explicaron su propio «destino manifiesto». Pero cuanto más se acercaba Rusia a la India más despertaba la desconfianza británica hasta que, en la segunda parte del siglo XIX, la expansión rusa por el centro de Asia, en contraste con la marcha de los Estados Unidos hacia el oeste, se convirtió en un problema de política exterior.

La facilidad de penetración de cada país fue uno de los pocos rasgos comunes del excepcionalismo ruso y el norteamericano. El sentido de unicidad norteamericano se basaba en el concepto de libertad; el de Rusia surgió de la experiencia de un sufrimiento común. Todo el mundo podía compartir los valores norteamericanos; los de Rusia eran privativos de la nación rusa, con exclusión de casi todos sus súbditos no rusos. El excepcionalismo norteamericano provocó un aislacionismo que se alternaba con ocasionales cruzadas morales; el de Rusia evocó un cierto

sentido de misión que a menudo lo condujo a aventuras militares.

El publicista nacionalista ruso Mijaíl Katkov definió del siguiente modo la diferencia entre los valores occidentales y los rusos:

[...] allá todo se basa en relaciones contractuales y aquí todo se basa en la fe; este contraste fue originalmente determinado por la posición que la Iglesia adoptó en el Oeste y la que adoptó en el Este. Allá existe una doble autoridad básica; aquí una autoridad¹⁷⁹.

Los escritores e intelectuales nacionalistas rusos y paneslavos atribuyeron, invariablemente, el supuesto altruismo de la nación rusa a su fe ortodoxa. El gran novelista y apasionado nacionalista Fedor Dostoievski interpretó el altruismo ruso como una obligación de liberar a los pueblos eslavos de todo régimen extranjero, incluso desafiando la oposición de toda la Europa occidental si era necesario. Durante la campaña rusa de 1877 en los Balcanes, Dostoievski escribió:

Preguntad al pueblo, preguntad al soldado: ¿por qué se han levantado? ¿Por qué van a la guerra y qué esperan de ella? Os dirán, como un solo hombre, que van para servir a Cristo y para liberar a sus hermanos oprimidos [...] Velaremos por su armonía mutua y protegeremos su libertad e independencia, así fuese contra toda Europa¹⁸⁰.

En contraste con los Estados de la Europa occidental, a los que simultáneamente admiraba, despreciaba y envidiaba, Rusia no se consideraba una nación sino una causa, más allá de la geopolítica, impelida por la fe y unida por las armas. Dostoievski no limitó el papel de Rusia a liberar a sus camaradas eslavos e incluyó velar por su armonía, empresa social que fácilmente podría convertirse en dominación. Para Katkov, Rusia era la Tercera Roma:

El zar ruso es más que el heredero de sus antepasados, es el sucesor de los césares de la Roma de Oriente, de los organizadores de la Iglesia y de sus concilios, que establecieron el credo mismo de la fe cristiana. Con la caída de Bizancio surgió Moscú, y comenzó la grandeza de Rusia¹⁸¹.

Después de la Revolución, ese apasionado sentido de misión sería recogido por la Internacional comunista.

La paradoja de la historia rusa se encuentra en la continua ambivalencia entre el impulso mesiánico y un omnipresente sentido de inseguridad. En su aberración última, esta ambivalencia provocó el temor de que, a menos que el Imperio se extendiera, se desintegraría. Así, cuando Rusia actuó como primer motor en el desmembramiento de Polonia, en parte lo hizo por razones de seguridad y en parte por conseguir un engrandecimiento al estilo del siglo XVIII. Un siglo después, esa conquista había cobrado sentido por sí misma. En 1869, Rostislav Andreievich Fadeyev, funcionario paneslavista, escribió en su influyente ensayo «Opinión sobre la cuestión de Oriente» que Rusia debía continuar su marcha hacia Occidente para proteger sus conquistas:

El histórico avance de Rusia, del Dniéper al Vistula [el reparto de Polonia], fue una declaración de guerra a Europa, que había irrumpido en una parte del continente que no le pertenecía. Ahora, Rusia se encuentra en medio de las líneas enemigas. Esa situación sólo es temporal: o bien rechazará al enemigo, o abandonará la posición [...] Deberá extender su hegemonía al Adriático, o retirarse de nuevo más allá del Dniéper [...]¹⁸².

El análisis de Fadeyev no fue muy distinto del de George Kennan, realizado desde el lado opuesto de la línea divisoria, en su artículo sobre las causas de la conducta soviética. En él, Kennan predijo que si la Unión Soviética no lograba extenderse sufriría una crisis y se desplomaría¹⁸³.

La elevada opinión que Rusia tenía de sí misma fue rara vez compartida por el mundo exterior. Pese a sus extraordinarias realizaciones en literatura y en música, Rusia nunca pareció el mismo tipo de imán cultural para los pueblos conquistados como lo fueron las metrópolis de algunos otros imperios coloniales. El Imperio ruso tampoco fue visto antes como modelo, ni por otras sociedades ni por sus propios súbditos. Para el mundo exterior, Rusia era una fuerza elemental, una presencia misteriosa y expansionista, a la que se debía temer y contener, ya fuese ganándosela o mediante confrontación.

Metternich había intentado ganársela y, durante una generación, su éxito fue casi total. Pero después de la unificación de Alemania e Italia, las grandes causas ideológicas de la primera mitad del siglo XIX habían perdido su fuerza unificadora. El nacionalismo y el republicanismo revolucionario ya no parecían amenazas contra el orden europeo. Y cuando el nacionalismo se convirtió en el principio organizador prevaleciente, las coronas de Prusia, Rusia y Austria tuvieron cada vez menos necesidad de unirse en defensa común de la legitimidad.

Metternich había logrado establecer una aproximación de gobierno europeo porque los gobernantes de Europa consideraron que su unidad ideológica era un dique indispensable contra la revolución. Pero en la década de 1870-1879 o bien había cesado el miedo a la revolución o los gobernantes pensaron que podían derrotarla sin ayuda exterior. Para entonces, habían transcurrido ya dos generaciones desde la ejecución de Luis XVI; las revoluciones liberales de 1848 habían sido contenidas; y Francia, aunque era una república, había perdido su celo proselitista. Ya ningún lazo ideológico común contendría el conflicto cada vez más enconado entre Rusia y Austria por los Balcanes, o entre Alemania y Francia por Alsacia-Lorena. Cuando las grandes potencias se miraban unas a otras, ya no veían a sus asociadas en una causa común, sino a unos rivales peligrosos y hasta mortales. El enfrentamiento se impuso como el método diplomático habitual.

En un período anterior, Gran Bretaña había contribuido a la moderación, actuando como guardián del equilibrio europeo. Aún ahora, de todos los principales países europeos, sólo Gran Bretaña se encontraba en posición de continuar una diplomacia de equilibrio del poder, libre de animosidades irreconciliables para con alguna otra potencia. Pero Gran Bretaña se había confundido sobre lo que constituía la amenaza central, y no volvería a reorientarse en varias décadas.

El equilibrio del poder del sistema de Viena, con el que estaba familiarizada Gran Bretaña, se había alterado radicalmente. La Alemania unificada estaba reuniendo la fuerza necesaria para dominar por sí sola toda Europa, hecho al que Gran Bretaña siempre se había opuesto en el pasado, cuando se hacía por medio de conquistas. Sin embargo, la mayoría de los gobernantes británicos, con excepción de Disraeli, no vieron una razón para oponerse al proceso de consolidación nacional en la Europa central, que los estadistas británicos habían considerado con beneplácito durante décadas, especialmente cuando su culminación era resultado de una guerra en que Francia había sido, técnicamente, la agresora.

Desde que Canning apartó a Gran Bretaña del sistema de Metternich, cuarenta años antes, la política británica de «espléndido aislamiento» le había permitido desempeñar el papel de protector del equilibrio, en gran parte porque ningún país era capaz de dominar por sí solo el continente. Después de la unificación, Alemania fue adquiriendo progresivamente esa capacidad, y, de manera un tanto engañosa, lo hizo desarrollando su propio territorio nacional, y no mediante conquistas. El

estilo de Gran Bretaña consistía en intervenir sólo cuando ya se hubiese atacado el equilibrio del poder, y no ante la perspectiva de un ataque. Como se necesitarían varias décadas para que se hiciera explícita la amenaza alemana al equilibrio europeo, las preocupaciones de la política exterior de Gran Bretaña durante el resto del siglo se centraron en Francia, cuyas ambiciones coloniales chocaban con las suyas, especialmente en Egipto, y en el avance de Rusia hacia el estrecho de los Dardanelos, Persia, la India y después hacia China. Todas estas cuestiones eran coloniales. Respecto a la diplomacia europea que originó las crisis y las guerras del siglo XX, Gran Bretaña siguió practicando su política de «espléndido aislamiento».

Por todo lo anterior, Bismarck fue la figura dominante de la diplomacia europea hasta que fue destituido en 1890. Deseaba la paz para el recién creado Imperio alemán, y no quería fricciones con ninguna otra nación. Pero, a falta de lazos morales entre los Estados europeos, se enfrentaba a una tarea hercúlea. Estaba obligado a mantener a Rusia y a la vez a Austria fuera del bando de Francia, su enemiga. Esto exigía impedir que Austria desafiara los legítimos objetivos rusos, y lograr que Rusia no socavara el Imperio austro-húngaro. Necesitaba buenas relaciones con Rusia sin echarse encima el antagonismo de Gran Bretaña, que miraba con desconfianza los designios rusos sobre Constantinopla y la India. Ni siquiera un genio como Bismarck habría podido efectuar indefinidamente tan precario acto de malabarismo; las tensiones cada vez más intensas del sistema internacional estaban volviéndose incontrolables. No obstante, en los casi veinte años en que Bismarck gobernó Alemania, practicó la *Realpolitik* que había predicado con tanta moderación y sutileza que el equilibrio del poder nunca se rompió.

El objetivo de Bismarck era no dar a otra potencia, salvo a la irreconciliable Francia, ninguna causa para entrar en una alianza dirigida contra Alemania. Bismarck, que profesaba que la Alemania unificada ya se había «saciado» y que no tenía más ambiciones territoriales, trató de apaciguar a Rusia convenciéndola de que Alemania no tenía interés en los Balcanes, dado que esa región, afirmó, no valía los huesos de un solo granadero de Pomerania. Pensando en Gran Bretaña, Bismarck no lanzó en el continente ningún desafío que pudiese motivar la preocupación británica por el equilibrio, y mantuvo a Alemania fuera de la conquista colonial. «Aquí está Rusia, aquí está Francia, y aquí estamos nosotros, en el centro. Ése es mi mapa de África», fue la respuesta de Bismarck a un partidario del colonialismo alemán¹⁸⁴; pero la política interior lo obligaría, más adelante, a modificar esta actitud.

Sin embargo, no bastaba con apaciguar a los demás; lo que Alemania necesitaba era una alianza con Rusia y a la vez con Austria, por muy improbable que pareciera a primera vista. Bismarck, no obstante, logró forjar esa alianza en 1873, la primera de las llamadas «Ligas de los Tres Emperadores». Al proclamar la unidad de las tres cortes conservadoras, se asemejaba mucho a la Santa Alianza de Metternich. ¿Se había enamorado súbitamente Bismarck de aquel sistema de Metternich, que él pugnara tanto por destruir? Los tiempos eran otros, en gran parte como resultado de los triunfos de Bismarck. Aunque Alemania, Rusia y Austria se comprometieran, muy a la manera de Metternich, a colaborar en la represión de las tendencias subversivas en sus propios dominios, una aversión común a la política radical no habría podido mantener unidas a las Cortes de Oriente, ante todo, porque cada una confiaba ya en que los trastornos internos podrían reprimirse sin ayuda del exterior.

Además, Bismarck había perdido sus intachables credenciales legitimistas. Aunque no se hubiera hecho pública su correspondencia con Gerlach (véase el capítulo cinco), su actitud subyacente ya era del dominio público. Como partidario de la *Realpolitik* durante toda su carrera pública, no podía hacer creíble una súbita devoción por la legitimidad. La rivalidad geopolítica cada

vez más enconada entre Rusia y Austria llegó a trascender la unidad de los monarcas conservadores. Cada uno buscaba en los Balcanes los restos del decadente Imperio otomano. El paneslavismo y el anticuado expansionismo contribuían a impulsar una política rusa de aventurerismo en los Balcanes. El simple miedo estaba originando actitudes semejantes en el Imperio austro-húngaro. Así, aunque sobre el papel el emperador de Alemania fuera aliado de los conservadores monarcas de Rusia y de Austria, en realidad estos dos hermanos se miraban con odio. El problema de cómo tratar a dos asociados que se veían uno al otro como amenazas mortales estaba destinado a obstaculizar el sistema de alianzas de Bismarck durante el resto de sus días.

La primera Liga de los Tres Emperadores enseñó a Bismarck que ya no podría controlar las fuerzas que había desencadenado con sólo apelar a los principios internos de Austria y de Rusia. En adelante, trataría de manipularlas subrayando la fuerza y el interés propios.

Ante todo, dos acontecimientos demostraron que la *Realpolitik* se había convertido en la tendencia dominante de la época. El primero ocurrió en 1875, en forma de seudocrisis, una artificial psicosis de guerra desatada por el editorial de un importante periódico alemán cuyo provocativo titular rezaba: «¿Es inminente la guerra?» Este editorial se escribió como reacción a un aumento de los gastos militares y a la compra de gran número de caballos por parte del ejército de Francia. Bismarck bien habría podido inspirar esta psicosis de guerra, aunque sin intentar ir más lejos, pues no hubo una parcial movilización alemana ni amenazadores traslados de tropas.

Enfrentarse a una amenaza inexistente es una manera fácil de fortalecer la situación de un país. Una hábil diplomacia francesa creó la impresión de que Alemania estaba planeando lanzar un ataque preventivo. El Ministerio de Asuntos Exteriores francés publicó un relato en que se decía que el zar le había indicado al embajador francés que apoyaría a Francia en un conflicto franco-alemán. Gran Bretaña, siempre temerosa de que una sola potencia dominara Europa, empezó a agitarse. El primer ministro Disraeli dio instrucciones a su ministro de Exteriores, lord Derby, para que hablara con el canciller ruso, Gorchákov, con el designio de intimidar a Berlín:

«Mi propia impresión es que deberíamos hacer algún movimiento concertado para conservar la paz de Europa, como lo hizo Pam [lord Palmerston] cuando desconcertó a Francia y expulsó a los egipcios de Siria. Podría haber una alianza entre Rusia y nosotros con este propósito especial; y tal vez podría invitarse a Italia y a otras potencias, como Austria [...]»¹⁸⁵.

El hecho de que Disraeli pudiese insinuar una alianza anglo-rusa aun desconfiando profundamente de las ambiciones imperiales rusas, muestra que tomaba muy en serio la perspectiva de una dominación alemana en la Europa occidental. La psicosis de guerra cesó con tanta rapidez como había estallado, por lo cual no se pusieron a prueba los planes de Disraeli. Aunque Bismarck no conoció los detalles de la maniobra británica, era demasiado astuto para no haber intuido la subyacente preocupación de los ingleses.

Como lo ha demostrado George Kennan¹⁸⁶, esta crisis fue mucho menor de lo que la publicidad la hizo parecer. Bismarck no tenía la menor intención de entrar en guerra tan poco tiempo después de haber humillado a Francia, aunque no le disgustara la idea de haber dejado a Francia con la impresión de que volvería a hacerlo si lo obligaban. El zar Alejandro II no estaba dispuesto a ofrecer garantías a una Francia republicana, aunque no le molestaría dar a Bismarck la impresión de que existía tal opción¹⁸⁷. De este modo, Disraeli estaba reaccionando a lo que sólo era una quimera. Sin embargo, la combinación de inquietud británica, maniobras francesas y ambivalencia rusa convenció a Bismarck de que sólo una política activa podría impedir la formación de la coalición que, una

generación después, se convertiría en la Triple Entente, dirigida contra Alemania.

La segunda crisis sí fue real. Surgió de otra alarma en los Balcanes, y demostró que ni los lazos filosóficos ni los ideológicos podían mantener unida a la Liga de los Tres Emperadores ante el choque de los intereses nacionales básicos. Como puso en evidencia el conflicto que a la postre arruinaría el orden europeo de Bismarck y llevaría a Europa a la Primera Guerra Mundial, la trataremos aquí con cierto detalle.

La cuestión de Oriente, aletargada desde la guerra de Crimea, volvió a dominar el panorama internacional en la primera serie de complicadísimos embrollos que, al avanzar el siglo, se volverían tan estereotipados como las obras del teatro japonés kabuki. Cualquier hecho casi accidental desencadenaría una crisis; Rusia amenazaría y Gran Bretaña enviaría a la Marina Real. Luego, Rusia ocuparía alguna parte de los Balcanes otomanos como rehén. Gran Bretaña amenazaría con declarar la guerra, y comenzarían entonces las negociaciones en las que Rusia moderaría sus exigencias, y en ese momento desaparecería el embrollo.

En 1876, los búlgaros, que durante siglos habían vivido bajo el dominio turco, se rebelaron, y se les unieron otros pueblos balcánicos. Turquía respondió con una terrible y brutal represión y Rusia, dejándose llevar por sus sentimientos paneslavos, amenazó con intervenir.

En Londres, la respuesta de Rusia hizo que se alzara de nuevo el tan familiar espectro del dominio ruso en el estrecho de los Dardanelos. Desde los tiempos de Canning, los estadistas británicos habían observado la máxima de que, si Rusia controlaba los Dardanelos, también dominaría el Mediterráneo oriental y Oriente Próximo, amenazando así la posición de Gran Bretaña en Egipto. Por tanto, según la tradicional sabiduría británica, había que apoyar al Imperio otomano, por muy decrepito e inhumano que fuese, y aun a riesgo de entablar una guerra con Rusia.

Esta situación puso a Bismarck en un grave dilema. Un avance ruso capaz de provocar la reacción militar británica probablemente haría que también Austria entrase en liza. Si Alemania se veía obligada a elegir entre Austria y Rusia, se vendría abajo la política exterior de Bismarck, junto con la Liga de los Tres Emperadores. Pasara lo que pasase, Bismarck corría el riesgo de contrariar a Austria o a Rusia y, muy posiblemente, de incurrir en la ira de todos si adoptaba una actitud neutral. «En el caso de diferencias de opinión entre Austria y Rusia —dijo Bismarck ante el Reichstag en 1878—, siempre hemos evitado formar una mayoría de dos contra uno, tomando el bando de una de [las] partes [...]»¹⁸⁸

Esa moderación era típica de Bismarck, aunque también definiría un dilema creciente conforme avanzaba la crisis. El primer paso de Bismarck fue tratar de estrechar los lazos de unión de la Liga de los Tres Emperadores, intentando crear una posición común. A comienzos de 1876, la Liga de los Tres Emperadores redactó el llamado Memorándum de Berlín, en el que advertía a Turquía que cesara la represión. Parecía implicar que, dadas ciertas condiciones, Rusia podría intervenir en los Balcanes en favor del nuevo orden de Europa, así como los congresos de Verona, Laibach y Troppau, obra de Metternich, habían designado a alguna potencia europea para que aplicara sus decisiones.

Pero había una diferencia enorme entre emprender dicha acción en aquellos tiempos y en la nueva coyuntura. En la época de Metternich, Castlereagh era el ministro británico de Exteriores y había visto con buenos ojos la intervención de la Santa Alianza, aunque Gran Bretaña se hubiese negado a participar en ella. Pero en la nueva situación el primer ministro Disraeli consideró el Memorándum de Berlín como el primer paso para dismantelar el Imperio otomano con exclusión de Gran Bretaña. Esto se asemejaba demasiado a esa hegemonía europea a la que Gran Bretaña se había opuesto durante siglos. Quejándose ante Shuválov, embajador ruso en Londres, Disraeli dijo:

«Inglaterra ha sido tratada como si fuésemos Montenegro o Bosnia.»¹⁸⁹ Le escribió a su habitual corresponsal, lady Bradford:

No hay equilibrio, y a menos que nos desviemos de nuestro camino para actuar con las tres potencias del Norte, podrán actuar sin nosotros, lo que no es agradable para un Estado como Inglaterra¹⁹⁰.

Dada la unidad que mostraban San Petersburgo, Berlin y Viena, habría sido sumamente difícil para Gran Bretaña oponerse a lo que decidieran. Pareció que Disraeli tendría que unirse a las Cortes del Norte mientras Rusia atacaba Turquía.

Sin embargo, siguiendo la tradición de Palmerston, Disraeli decidió ejercer el poder británico. Llevó la Marina Real al Mediterráneo oriental, proclamó sus sentimientos proturcos, lo que hizo que Turquía se mostrara obcecada, y sacó a luz las diferencias latentes que existían en la Liga de los Tres Emperadores. Disraeli, que no tenía fama de modesto, declaró a la reina Victoria que él había quebrantado la Liga de los Tres Emperadores. Creía que estaba «virtualmente extinta; tanto como el triunvirato romano»¹⁹¹.

Benjamin Disraeli fue una de las figuras más extrañas y extraordinarias que jamás hubiesen encabezado un gobierno británico. Al enterarse de que lo nombrarían primer ministro, en 1868, exclamó: ¡Hurra! ¡Hurra! ¡He subido a lo más alto del palo encebado!» Por el contrario, cuando el eterno enemigo de Disraeli, William Ewart Gladstone, fue invitado a sucederlo ese mismo año, redactó una prolija reflexión sobre las responsabilidades del poder y sus deberes sagrados para con Dios, que incluían la súplica de que el Todopoderoso le diera la fortaleza necesaria para cumplir con las graves responsabilidades del cargo de primer ministro.

Las declaraciones de los dos grandes hombres que dominaron la política británica durante la segunda mitad del siglo XIX muestran sus naturalezas opuestas: Disraeli era rimbombante, brillante y caprichoso; Gladstone era culto, piadoso y serio. No fue poco irónico el hecho de que el Partido Tory victoriano, integrado por terratenientes y familias aristocráticas devotamente anglicanas, presentara como líder a este brillante aventurero judío, y que el partido de los sutiles conservadores hubiese llevado al primer plano del escenario mundial al quintaesenciado extranjero. Ningún judío había llegado a alcanzar tales alturas en la política británica. Un siglo después volverían a ser los *tories*, en apariencia recalcitrantes, y no el Partido Laborista, conscientemente progresista, los que llevaran a la hija de un verdulero al poder. Margaret Thatcher sería otra notable dirigente y la primera mujer que ocupara el cargo de primer ministro de Gran Bretaña.

La carrera de Disraeli fue sorprendente. Novelista de joven, era más miembro de los *literati* que político, y parecía mucho más probable que concluyera su vida como deslumbrante escritor y conferenciante que como una de las figuras políticas señeras de la Gran Bretaña del siglo XIX. Como Bismarck, también Disraeli era partidario de otorgar el voto al hombre común, convencido de que la clase media de Inglaterra votaría por los conservadores.

Como jefe de los *tories*, Disraeli organizó una nueva forma de imperialismo, distinta de la expansión esencialmente comercial que Gran Bretaña había practicado desde el siglo XVII; con la cual, decíase, había construido un imperio en un momento de distracción. Para Disraeli, el Imperio no era una necesidad económica sino espiritual, y un requisito para la grandeza de su patria. «La cuestión no es insignificante —proclamó en su célebre discurso del Palacio de Cristal, en 1872—. Se trata de si os conformaréis con ser una Inglaterra cómoda, moldeada y modelada según los principios del continente y Clue, con el tiempo, sufrirá su destino inevitable, o si seréis un gran país

—un país imperial—, un país en el que vuestros hijos, cuando crezcan, alcancen posiciones supremas y no sólo se ganen la estima de sus conciudadanos, sino que obtengan el respeto del mundo.»¹⁹²

Al manifestar este tipo de convicciones, Disraeli tenía que oponerse a la amenaza de Rusia al Imperio otomano. En nombre del equilibrio europeo, no aceptaría las prescripciones de la Liga de los Tres Emperadores, y en nombre del Imperio británico se opondría a Rusia como instrumento de un consenso europeo en las cercanías de Constantinopla, pues, en el curso del siglo XIX, había arraigado firmemente la idea de que Rusia era la principal amenaza contra la posición predominante de Gran Bretaña en el mundo. Gran Bretaña consideraba que sus intereses de ultramar se veían amenazados por un movimiento envolvente ruso, una de cuyas tenazas avanzaba hacia Constantinopla, y la otra hacia la India a través de Asia central. En el curso de su expansión por el centro de Asia durante la segunda mitad del siglo XIX, Rusia había elaborado métodos de conquista que se convertirían en modelos. La víctima estaba siempre tan lejos del centro de los asuntos mundiales que pocos en Occidente tenían una idea precisa de lo que estaba ocurriendo. Podían alimentar así un prejuicio de que el zar era en realidad un hombre benévolo y que sus subordinados eran belicosos, convirtiendo así la distancia y la confusión en instrumentos de la diplomacia rusa.

De las potencias europeas, sólo Gran Bretaña se preocupaba por el Asia central. Conforme la expansión rusa avanzaba hacia el sur en dirección a la India, las protestas de Londres tropezaban con las obstrucciones del canciller, príncipe Aleksandr Gorchákov, quien a menudo no sabía lo que estaban haciendo los ejércitos rusos. Lord Augustus Loftus, embajador británico en San Petersburgo, creía que la presión de Rusia sobre la India «no se había originado en el soberano, aunque sea un monarca absoluto, sino, antes bien, en el papel dominante que desempeña la administración militar. Cuando se mantiene un enorme ejército permanente es absolutamente necesario encontrarle un empleo [...] Cuando se inicia un sistema de conquistas, como en el Asia central, una adquisición de territorio conduce a otra, y es difícil saber dónde parar»¹⁹³. Desde luego, esta observación repetía las palabras del propio Gorchákov (véase la cita de la página 143). Por otro lado, al gabinete británico le importaba poco saber si Rusia estaba amenazando a la India por simple impulso o fruto de un imperialismo deliberado.

La misma pauta se repetiría una y otra vez. Cada año, tropas rusas penetraban más profundamente en el corazón del Asia central. Gran Bretaña pedía una explicación y recibía todo tipo de garantías de que el zar no intentaba anexionarse un solo metro cuadrado de tierra. Al principio, tan tranquilizadoras palabras lograron aplacar la situación. Pero, inevitablemente, otro avance ruso revivía la cuestión. Por ejemplo, después de que el ejército ruso ocupó Samarkanda (actual Uzbekistán) en mayo de 1868, Gorchákov dijo al embajador británico, sir Andrew Buchanan, «que el gobierno ruso no solo no deseaba, sino que lamentaba profundamente la ocupación de esa ciudad, y estaba seguro de que no la conservaría para siempre»¹⁹⁴. Desde luego, Samarkanda quedó bajo la soberanía rusa durante más de un siglo hasta el desplome de la Unión Soviética.

En 1872 se repitió la misma mascarada, algunos cientos de kilómetros al sudeste del principado de Jiva, en los límites del actual Afganistán. El conde Shuválov, ayudante de campo del zar, fue enviado a Londres para asegurar a los ingleses que Rusia no tenía intenciones de anexionarse nuevos territorios en el Asia central:

No sólo distaba de toda intención del emperador apoderarse de Jiva, sino que se habían dado órdenes para impedirlo, y se habían emitido directivas en el sentido de que las condiciones impuestas fueran tales que no pudiesen conducir a una ocupación prolongada de Jiva¹⁹⁵.

Apenas se habían dado estas garantías cuando llegaron noticias de que el general ruso Kaufmann había aplastado Jiva e impuesto un tratado que era todo lo contrario de las afirmaciones de Shuválov.

En 1875 se aplicaron estos métodos en Jokand, otro principado en las fronteras de Afganistán. En esta ocasión, el canciller Gorchákov se sintió un tanto obligado a justificar la contradicción existente entre las garantías de Rusia y sus acciones. Con ingenio, inventó una distinción sin precedente entre las garantías unilaterales (que, según su definición, no eran obligatorias) y los compromisos bilaterales en toda regla. «El gabinete de Londres —escribió en una nota—, por el hecho de que varias veces espontánea y amigablemente le hemos comunicado nuestras opiniones respecto al Asia central, y en particular nuestra firme resolución de no seguir una política de conquista o de anexión, parece colegir la convicción de que hemos contraído compromisos definitivos para con ellos respecto a esta cuestión.»¹⁹⁶ En otras palabras, Rusia insistiría en tener manos libres en el Asia central, donde fijaría sus propios límites y no estaría obligada por sus propias garantías.

Disraeli no estaba dispuesto a permitir la repetición de estos métodos en los caminos a Constantinopla. Alentó a los turcos a rechazar el Memorándum de Berlín y a continuar sus luchas en los Balcanes. Pese a esta muestra de firmeza británica, Disraeli se veía sometido a severas presiones internas. Las atrocidades de los turcos habían provocado la animadversión de la opinión pública británica, y Gladstone aprovechó esta oportunidad para denunciar la amoralidad de la política exterior de Disraeli. Así, éste se sintió obligado a acceder al Protocolo de Londres de 1877, en que se unió a las Tres Cortes del Norte pidiendo a Turquía poner fin a las matanzas en los Balcanes y reformar su administración en la zona. Sin embargo, el sultán, convencido de que Disraeli estaría de su lado cualesquiera que fuesen las exigencias formales, rechazó este documento. La respuesta de Rusia fue una declaración de guerra.

De momento pareció que Rusia había ganado la partida diplomática; no sólo se veía apoyada por las otras dos cortes del Norte sino también por Francia, además de contar con la simpatía de la opinión pública británica. Disraeli estaba maniatado. Entrar en guerra en favor de Turquía hubiera significado la caída de su gobierno.

Pero, como en muchas otras crisis, los gobernantes rusos exageraron su juego. Las tropas rusas encabezadas por el brillante pero temerario general y diplomático Nicolás Ignatiev, llegaron a las puertas de Constantinopla. Austria empezó a reconsiderar su apoyo a la campaña rusa, y Disraeli llevó la armada británica al estrecho de los Dardanelos. En ese punto, Ignatiev asombró a Europa anunciando las condiciones del Tratado de Santo Stefano, que dejaría mutilada a Turquía y crearía una «Gran Bulgaria». Muchos supusieron entonces que este Estado agrandado, que se extendía hasta el mar Mediterráneo, estaría dominado por Rusia.

Desde 1815 la sabiduría tradicional en Europa había supuesto que el destino del Imperio otomano sólo podría ser decidido por toda Europa y no por una sola potencia, y menos que ninguna por Rusia. El Tratado de Santo Stefano, de Ignatiev, aumentó las posibilidades de un dominio ruso de los Dardanelos que sería intolerable para Gran Bretaña, y un dominio ruso de los eslavos balcánicos que Austria no aceptaría. Por tanto, Gran Bretaña y Austria-Hungría declararon que el tratado era inaceptable.

De pronto, Disraeli ya no estuvo solo. A los gobernantes rusos, sus medidas les parecieron el ominoso augurio de un retorno a la coalición de la guerra de Crimea. Y cuando lord Salisbury, ministro de Exteriores, emitió su célebre Memorándum de abril de 1878, explicando por qué había que revisar el Tratado de Santo Stefano, hasta Shuválov, embajador ruso en Londres y eterno rival de

Ignatiev, estuvo de acuerdo. Gran Bretaña amenazaba con la guerra si Rusia invadía Constantinopla, mientras que Austria amenazaba con la guerra por el reparto del botín en los Balcanes.

La Liga de los Tres Emperadores, obra de Bismarck, parecía al borde del desastre. Hasta entonces, Bismarck se había mostrado extraordinariamente circunspecto. En agosto de 1876, un año antes de que los ejércitos rusos avanzaran sobre Turquía, «por la causa de la ortodoxia y el eslavismo», Gorchákov había propuesto a Bismarck que los alemanes fuesen anfitriones de un congreso para resolver la crisis de los Balcanes. Mientras que Metternich o Napoleón III habrían saltado sobre la oportunidad de desempeñar el papel de principal mediador del concierto de Europa, Bismarck dio largas, creyendo que un congreso sólo podría hacer explícitas las diferencias latentes en la Liga de los Tres Emperadores. En privado, confió a alguien que todos los participantes, incluso Gran Bretaña, saldrían de semejante congreso «mal dispuestos hacia nosotros porque ninguno de ellos recibiría de nosotros el apoyo esperado»¹⁹⁷. Bismarck también consideró imprudente reunir a Disraeli y a Gorchákov, «ministros de una vanidad igualmente peligrosa», como los describió.

Sin embargo, como cada vez más claramente se vio que los Balcanes serían el polvorín que haría estallar una generalizada guerra europea, Bismarck organizó de mala gana un congreso en Berlín, única capital a la que los gobernantes rusos estaban dispuestos a acudir. Sin embargo, él prefirió mantenerse a distancia de la diplomacia cotidiana, y convenció al ministro de Exteriores austro-húngaro, Andrassy, de que enviase las invitaciones.

El congreso debía reunirse el 13 de junio de 1878. Sin embargo, antes de que se reuniera, Gran Bretaña y Rusia ya habían resuelto las cuestiones más importantes en un acuerdo firmado el 30 de mayo entre lord Salisbury y el nuevo ministro ruso de Exteriores, Shuválov. La «Gran Bulgaria», creada por el Tratado de Santo Stefano, fue reemplazada por tres entidades nuevas: un Estado independiente de Bulgaria, muy reducido; el Estado de la Rumelia oriental, entidad autónoma que técnicamente quedaba sometida a un gobernador turco, pero cuya administración sería supervisada por una comisión europea (precursora de los proyectos pacifistas de las Naciones Unidas en el siglo XX); y el resto de Bulgaria volvería a quedar bajo el gobierno turco. Se reducían así las ganancias de Rusia en Armenia. En acuerdos secretos y separados, Gran Bretaña prometió a Austria que apoyaría su ocupación de Bosnia-Herzegovina y aseguró al sultán que garantizaría la Turquía asiática. A cambio, el sultán concedió a Inglaterra el uso de Chipre como base naval.

Cuando se reunió el Congreso de Berlín, el peligro de guerra que había obligado a Bismarck a ser el anfitrión casi se había disipado. La principal función del congreso sería otorgar la venia europea a lo que ya estaba negociado. Uno se pregunta si Bismarck se habría arriesgado a colocarse en el papel esencialmente precario de mediador si hubiese previsto este resultado. Desde luego, es probable que la inminencia misma de un congreso hubiese hecho que Rusia e Inglaterra resolvieran los asuntos pronto y por separado, no deseando exponer sus ganancias mucho más fácilmente alcanzables en negociaciones directas, a los caprichos de un congreso europeo.

Elaborar los detalles de un acuerdo ya concluido no es precisamente una labor heroica. Los cuatro principales países, excepto Gran Bretaña, estuvieron representados por los ministros de Exteriores. Por primera vez en la historia británica, un primer ministro y un ministro de Exteriores asistieron a un congreso internacional celebrado fuera de las islas británicas, porque Disraeli no quiso dejar la perspectiva, ya casi asegurada, de una gran realización diplomática en manos de Salisbury. El vanidoso y anciano Gorchákov, que había negociado con Metternich en los congresos de Laibach y Verona hacía más de medio siglo, escogió el Congreso de Berlín como su última aparición en el escenario internacional: «No quiero extinguirme como una lámpara que humea. Quiero caer cual una estrella», declaró a su llegada a Berlín¹⁹⁸.

Cuando se preguntó a Bismarck quién era el centro de gravedad del congreso, señaló a Disraeli: «*Der alte Jude, das ist der Mann*» («El viejo judío, ése es el hombre»)¹⁹⁹. Aunque sus antecedentes no hubieran podido ser más distintos, ambos llegaron a admirarse. Los dos suscribían la *Realpolitik* y detestaban lo que les parecía hipocresía moralizante. El tono religioso de las declaraciones de Gladstone (a quien aborrecían Disraeli y Bismarck) les parecía puro embuste. Ni Bismarck ni Disraeli sentían la menor simpatía por los eslavos de los Balcanes, que les parecían perturbadores crónicos y violentos. Ambos eran muy dados a las frases cínicas y mordaces, a las generalizaciones y pullas sarcásticas. Hastiados por los detalles, Bismarck y Disraeli preferían ver la política en trazos audaces y espectaculares.

Podría decirse que Disraeli fue el único estadista que logró superar a Bismarck. Llegó al congreso en la posición inexpugnable de haber alcanzado ya sus metas, posición que Castlereagh había disfrutado en Viena, y que Stalin gozaría tras la Segunda Guerra Mundial. Las demás cuestiones eran los detalles para aplicar el acuerdo anterior entre Gran Bretaña y Rusia, y la cuestión militar esencialmente técnica de si Turquía o la nueva Bulgaria dominaría los pasos de los Balcanes. Para Disraeli, el problema fundamental del congreso consistía en desviar de Gran Bretaña, en lo posible, la irritación de Rusia por haber tenido que renunciar a algunas de sus conquistas.

Disraeli triunfó porque la posición de Bismarck era muy complicada. Bismarck no veía ningún interés alemán en los Balcanes, y básicamente no tenía ninguna preferencia respecto a las cuestiones del momento aparte de evitar, casi a cualquier costo, una guerra entre Austria y Rusia. Describió su papel en el congreso como el del «*ehrllicher Makler*» («honorable agente») e inició casi todas sus intervenciones en el congreso con estas palabras: «*L'Allemagne, qui n'est liée par aucun intérêt direct dans les affaires d'Orient [...]*» («Alemania, que no tiene ningún interés directo en los asuntos de Oriente [...]»)²⁰⁰

Aunque Bismarck comprendía demasiado bien el juego, se sentía como alguien que, en una pesadilla, ve aproximarse un peligro y no puede evitarlo. Cuando el Parlamento alemán exigió a Bismarck adoptar una actitud más enérgica, él contestó que se proponía poner el país a salvo. Bismarck señaló los peligros de la mediación refiriéndose a un incidente acaecido en 1851, cuando el zar Nicolás I intervino entre Austria y Prusia, en favor de Austria:

Entonces el zar Nicolás desempeñó el papel que [mi adversario] hoy pretende asignar a Alemania; [Nicolás] vino y dijo: «Al primero que dispare, yo le dispararé», y en consecuencia se mantuvo la paz. ¿Para ventaja de quién, y para desventaja de quién? Eso ya es historia, y no deseo analizarlo aquí. Simplemente estoy preguntando: ¿se ha pagado en gratitud este papel que desempeñó el zar Nicolás cuando tomó partido? ¡Ciertamente, no por nosotros, en Prusia! [...] ¿Le dio Austria las gracias al zar Nicolás? Tres años después vino la guerra de Crimea, y no tengo que decir más²⁰¹.

Habría podido añadir que la intervención del zar tampoco impidió que Prusia acabara por consolidar como propio el norte de Alemania; la verdadera cuestión que se dilucidaba en 1851.

Bismarck jugó sus cartas lo mejor posible. Su enfoque general consistía en apoyar a Rusia en las cuestiones concernientes a la parte oriental de los Balcanes (como la anexión de Besarabia) y apoyar a Austria en lo relacionado con la parte occidental (como la ocupación de Bosnia-Herzegovina). Sólo en un punto tuvo que enfrentarse a Rusia: cuando Disraeli amenazó con abandonar el congreso a menos que se dejara a Turquía en posesión de los pasos de montaña frente a Bulgaria, Bismarck intercedió ante el zar para que desautorizara al negociador ruso, Shuválov.

De esta manera, Bismarck evitó la desavenencia con Rusia en que había incurrido Austria

después de la guerra de Crimea. Pero no salió indemne. Muchos rusos importantes sintieron que se les había escamoteado la victoria. Rusia podía sacrificar sus ganancias territoriales en aras de la legitimidad (como lo hicieron Alejandro I en la rebelión griega de la década de 1820-1829 y Nicolás I durante las revoluciones de 1848), pero Rusia nunca renunció a su objetivo último ni aceptó el compromiso como algo justo. Los frenos impuestos al expansionismo ruso habitualmente generaron un hosco resentimiento.

De esta manera, tras el Congreso de Berlín, Rusia achacó al concierto de Europa, y no a su propia y excesiva ambición, el no haber logrado todas sus metas; no a Disraeli, quien había organizado la coalición contra Rusia y amenazado con la guerra, sino a Bismarck, que había organizado el congreso para evitar una guerra europea. Rusia ya estaba habituada a la oposición británica, pero el hecho de que el papel de honrado agente corriese a cargo de Alemania, un aliado tradicional, fue considerado una afrenta por los paneslavistas. La prensa nacionalista rusa tildó al congreso de «coalición europea contra Rusia, bajo la dirección del príncipe Bismarck»²⁰², que se convirtió en el chivo expiatorio de que Rusia no alcanzara todas sus exorbitantes metas. Shuválov, principal negociador ruso en Berlín, y por tanto capacitado para conocer la verdadera situación, resumió las actitudes patriotas de Rusia en el congreso:

Hemos preferido dejar a la gente con la idea absurda de que los intereses de Rusia fueron gravemente dañados por la acción de ciertas potencias extranjeras, y de este modo damos pie a la agitación más perniciosa. Todos desean la paz; las condiciones del país la exigen con urgencia, pero al mismo tiempo intentamos desviar hacia el mundo exterior los efectos de los descontentos ocasionados, en realidad, por los errores de nuestra propia política²⁰³.

A pesar de todo, Shuválov no reflejaba la opinión pública rusa. Aunque el propio zar no llegara tan lejos como su prensa patriota y exaltada o sus paneslavistas radicales, tampoco él quedó plenamente satisfecho con los resultados del congreso. En las décadas siguientes, la perfidia alemana demostrada en Berlín se volvería proverbial en muchos documentos de la política rusa, incluyendo algunos poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. No era posible mantener ya la Liga de los Tres Emperadores, basada en la unidad de monarcas conservadores. En lo sucesivo, si tenía que haber una fuerza de cohesión en asuntos internacionales, tendría que ser la de la propia *Realpolitik*.

En la década de 1850-1859 Bismarck había propuesto una política que era el equivalente continental de la propia política inglesa de «aislamiento espléndido». Había pedido mantenerse libre de compromisos antes de arrojar todo el peso de Prusia donde le pareciera más apropiado para servir, en un momento dado, los intereses nacionales prusianos. Este enfoque evitaba las alianzas, que limitaban la libertad de acción y, ante todo, daban a Prusia más opciones que a ningún otro rival. Durante el decenio de 1870-1879, Bismarck intentó consolidar la unificación de Alemania volviendo a la alianza tradicional con Austria y Rusia. Pero en la década siguiente surgió una situación sin precedente. Alemania era demasiado poderosa para mantenerse al margen, pues ello podría unir a toda Europa en su contra; y tampoco podía confiar ya en el apoyo histórico, casi reflejo, de Rusia. Alemania era un gigante necesitado de amigos.

Bismarck resolvió el dilema invirtiendo por completo su anterior enfoque de la política exterior. Si ya no podía mantener el equilibrio del poder teniendo menos compromisos que ningún adversario potencial, establecería más relaciones con más países que ningún otro posible adversario, y con ello podría escoger entre muchos aliados, según lo exigieran las circunstancias. Bismarck

abandonó la libertad de maniobra que había caracterizado su diplomacia durante los veinte años anteriores, y empezó a preparar un sistema de alianzas diestramente concebido, por una parte, para impedir que los potenciales adversarios de Alemania se unieran y, por otra, para contener las actividades de los asociados de Alemania. En cada una de las coaliciones, a veces contradictorias, Alemania siempre estaba más cerca de sus diversos socios de lo que ninguno de ellos lo estuviera de otro; por tanto, Bismarck siempre tuvo un veto sobre la acción común, así como la opción de actuar por su cuenta. Durante una década logró mantener pactos con los adversarios de sus aliados, de modo que pudiese atenuar la tensión en todos los bandos.

Bismarck inició su nueva política en 1879 estableciendo una alianza secreta con Austria. Consciente del resentimiento de Rusia después del Congreso de Berlín, esperaba levantar una barrera contra toda nueva expansión rusa. Sin embargo, como tampoco quería permitir que Austria se aprovechara del apoyo alemán para desafiar a Rusia, también obtuvo un veto sobre la política austríaca en los Balcanes. El entusiasmo con que Salisbury recibió la alianza austro-alemana, con las bíblicas «noticias de gran alegría», demostró a Bismarck que no era el único que deseaba contener la expansión rusa. Sin duda, Salisbury esperaba que en lo sucesivo Austria, apoyada por Alemania, soportara la carga que había soportado Gran Bretaña al oponerse a la expansión rusa sobre los Dardanelos. Pero entablar batallas por los intereses nacionales de otros países no era la especialidad de Bismarck. Detestaba hacer esto especialmente en los Balcanes, porque sentía un profundo desdén por las querellas de esa región. «Haremos entender con toda claridad a esos ladrones de ovejas — murmuró en una ocasión, hablando de los Balcanes— que los gobiernos europeos no necesitan cargar con sus codicias y sus rivalidades.»²⁰⁴ Por desgracia para la paz de Europa, sus sucesores olvidarán esta advertencia.

Bismarck se propuso contener a Rusia en los Balcanes mediante la alianza y no con el enfrentamiento. Por su parte, el zar se detuvo en seco, ante la perspectiva de verse aislado. Considerando que Gran Bretaña era la principal adversaria de Rusia y que Francia aún era demasiado débil y, sobre todo, demasiado republicana para ser buena aliada, el zar aceptó resucitar la Liga de los Tres Emperadores, esta vez siguiendo las directrices de la *Realpolitik*.

El emperador de Austria no vio, al punto, los beneficios de una alianza con su principal adversario. Habría preferido una asociación con Gran Bretaña, con la que tenía un interés común en bloquear el avance de Rusia hacia los Dardanelos. Pero la derrota de Disraeli en 1880 y el ascenso de Gladstone habían puesto fin a esa perspectiva. Ya no cabía la posibilidad de pensar en la participación de Gran Bretaña, ni siquiera indirectamente, en una alianza proturca y antirrusa.

La segunda Liga de los Tres Emperadores ya no simuló tener intereses morales. Expresada en las condiciones precisas de la *Realpolitik*, comprometía a sus signatarios a mantener una plácida neutralidad en el caso de que uno de ellos entrara en guerra con un cuarto país; por ejemplo, Gran Bretaña con Rusia, o Francia con Alemania. De este modo, Alemania quedó protegida contra una guerra en dos frentes, y Rusia contra la restauración de la coalición de Crimea (de Gran Bretaña, Francia y Austria), mientras permanecía intacto el compromiso alemán de defender a Austria contra toda agresión. La responsabilidad de resistir al expansionismo ruso en los Balcanes recayó sobre Gran Bretaña, al impedir que Austria ingresara en una coalición frente a Rusia... al menos sobre el papel. Al haber equilibrado unas alianzas parcialmente desequilibradoras, Bismarck logró tener casi la misma libertad de acción de que había gozado en su anterior fase de aislamiento diplomático. Ante todo, había suprimido los motivos que pudiesen convertir una crisis local en guerra general.

En 1882, el año que siguió a la segunda Liga de los Tres Emperadores, Bismarck echó sus redes aún más lejos, pues convenció a Italia de que se uniera a la Doble Alianza entre Alemania y Austria.

En general, Italia se había mantenido alejada de la diplomacia de la Europa central, pero esta vez se irritó por la conquista francesa de Túnez, que se había adelantado a sus propios designios en el norte de África. Así mismo, la vacilante monarquía italiana pensó que cierta demostración de diplomacia de gran potencia podría servirle para resistir mejor la creciente oleada de republicanismo. Por su parte, Austria buscaba mayor seguridad por si la Liga de los Tres Emperadores fuera incapaz de contener a Rusia. Al formar la Triple Alianza, Alemania e Italia se comprometían a ayudarse mutuamente contra un ataque francés, mientras que Italia pactaba su neutralidad ante Austria-Hungría en caso de una guerra con Rusia, disipando así las preocupaciones austríacas por una guerra en dos frentes. Por último, en 1887, Bismarck animó a sus dos aliadas, Austria e Italia, a concluir los llamados Acuerdos Mediterráneos con Gran Bretaña, por los cuales todos los firmantes acordaron mantener conjuntamente el *statu quo* en el Mediterráneo.

La diplomacia de Bismarck había producido toda una serie de alianzas entrelazadas, que en parte se solapaban y en parte competían. Estos pactos aseguraban a Austria contra un ataque ruso, a Rusia contra el aventurerismo austríaco, y a Alemania contra un cerco general, e indujeron a Inglaterra a resistir a la expansión rusa en el Mediterráneo. Para paliar los desafíos a su intrincado sistema, Bismarck hizo todo lo que pudo por satisfacer al máximo las ambiciones francesas, salvo en Alsacia-Lorena. También favoreció la expansión colonial francesa, en parte para desviar del centro de Europa las energías de Francia, pero más para enfrentar a Francia contra sus rivales coloniales, especialmente Gran Bretaña.

Durante más de una década, tales cálculos resultaron atinados. Francia y Gran Bretaña estuvieron a punto de chocar por Egipto, Francia se apartó de Italia por causa de Túnez, y Gran Bretaña siguió oponiéndose a Rusia en el Asia central y en las vías de acceso a Constantinopla. Bismarck, deseoso de evitar todo conflicto con Inglaterra, eludió la expansión colonial hasta mediados del decenio de 1880-1889; limitando la política exterior alemana al continente, donde su meta era mantener el *statu quo*.

Pero, a la postre, las exigencias de la *Realpolitik* resultaron demasiado complejas para poder mantenerlas. Con el paso del tiempo, el conflicto entre Austria y Rusia por los Balcanes se volvió incontrolable. Si el equilibrio del poder hubiese actuado en su forma más pura los Balcanes se habrían dividido en esferas de influencia rusa y austríaca. Pero la opinión pública ya estaba demasiado enardecida para aplicar semejante política, aun en los Estados más autocráticos. Rusia no podía aceptar esferas de influencia que cedían poblaciones eslavas a Austria, mientras que Austria no estaba dispuesta a fortalecer las que consideraba dependencias eslavas de Rusia en los Balcanes.

La diplomacia de gabinete de Bismarck, al estilo del siglo XVIII, era incompatible con una época en la que cada vez adquiría más importancia la opinión pública de las masas. Los dos gobiernos representativos de Gran Bretaña y Francia respondieron a sus opiniones públicas como cosa natural. En Francia esto significó ejercer una creciente presión por recuperar Alsacia-Lorena. Pero el ejemplo más notable del vital papel que ahora desempeñaba la opinión pública ocurrió en Gran Bretaña, donde Gladstone derrotó a Disraeli en 1880, en la única elección británica que en gran parte se decidió por cuestiones de política exterior, y entonces se invirtió la política de Disraeli en los Balcanes.

Gladstone, acaso la figura dominante de la política británica en el siglo XIX, consideraba la política exterior casi como lo hicieron los norteamericanos después de Wilson, de acuerdo con normas morales y no geopolíticas. Declaró que las aspiraciones nacionales de los búlgaros eran legítimas y que, por tratarse de otra nación cristiana, Gran Bretaña debía apoyar a Bulgaria contra los turcos musulmanes. A los turcos había que meterlos en cintura, arguyó Gladstone, mediante una

coalición de potencias que luego asumiría la responsabilidad de la administración de Bulgaria. Gladstone planteó el mismo concepto que llegaría a ser conocido, en tiempos del presidente Wilson, como la «seguridad colectiva»: Europa necesitaba actuar conjuntamente; de otra manera, Gran Bretaña no actuaría en absoluto.

Debe hacerse, y sólo puede hacerse con seguridad mediante la acción conjunta de las potencias de Europa. Vuestro poder es grande; pero lo esencial, por encima de todo, es que el cerebro y el corazón de Europa actúen al unísono en este asunto. Sólo necesito hablar de las seis a las que llamamos grandes potencias: Rusia, Alemania, Austria, Francia, Inglaterra e Italia. La unión de todas ellas no sólo es importante, sino casi indispensable para lograr un éxito y satisfacción totales²⁰⁵.

En 1880, Gladstone, ofendido por la insistencia de Disraeli en la geopolítica, lanzó su decisiva Campaña de Midlothian, la primera campaña de pequeñas poblaciones que tuvo lugar en la historia y en la que cuestiones de política exterior fueron directamente planteadas al pueblo. Ya en su vejez, Gladstone se reveló de pronto como orador público. Gladstone afirmaba que la moral era la única base de una política exterior sana, e insistió en que la decencia cristiana y el respeto a los derechos humanos debían ser las guías de la política exterior británica, no el equilibrio del poder ni el interés nacional. En una declaración manifestó:

Recordad que la vida en las aldeas de las montañas de Afganistán es tan inviolable a los ojos de Dios Todopoderoso como puede serlo la vuestra. Recordad que Él, que os ha unido como seres humanos con la misma carne y hueso, os ha atado por la ley del amor al prójimo [...] no limitada por las fronteras de la civilización cristiana [...]²⁰⁶.

Gladstone trazó un camino que después seguiría Wilson cuando afirmó que no podía haber distinción entre la moral del hombre y la moral del Estado. Como Wilson captara una generación después, Gladstone creyó haber detectado una tendencia global hacia el cambio pacífico vigilado por la opinión pública mundial:

Cierto es que gradualmente una nueva ley de las naciones está imbuyendo el espíritu y llegando a dominar la práctica del mundo; una ley que reconoce la independencia, que ve con malos ojos la agresión, que favorece el arreglo pacífico y no sangriento de disputas, que tiende a los ajustes permanentes y no temporales; ante todo, que reconoce como tribunal de autoridad suprema el juicio general de la humanidad civilizada²⁰⁷.

Wilson habría suscrito cada palabra de este párrafo, y sus consecuencias ciertamente fueron muy similares a las de la wilsoniana Sociedad de Naciones. Al establecer una distinción entre su política y la de Disraeli en 1879, Gladstone subrayó que, en vez de practicar un equilibrio del poder, él se esforzaría «por mantener unidas a las potencias de Europa. ¿Por qué? Porque al mantenerlas unidas neutralizáis y encadenáis los intereses egoístas de cada una [...] La acción común es fatal para las metas egoístas [...]²⁰⁸. Desde luego, la incapacidad de mantener a toda Europa unida era la causa de las crecientes tensiones. No se podía prever ninguna causa, y por supuesto no el futuro de Bulgaria, que pudiese tender un puente entre Francia y Alemania, o entre Austria y Rusia.

Ningún ministro británico antes de Gladstone había empleado esa retórica. Castlereagh había tratado el concierto de Europa como instrumento para imponer los acuerdos de Viena. Palmerston,

para mantener el equilibrio del poder. Lejos de ver el concierto de Europa como imposición del *statu quo*, Gladstone le asignó el papel revolucionario de crear un orden mundial enteramente nuevo. Estas ideas permanecerían dormidas hasta que Wilson apareciera en la escena, una generación después.

Para Bismarck, tales ideas eran puro anatema. No es de sorprender que estas dos figuras titánicas se detestaran cordialmente. La actitud de Bismarck hacia Gladstone fue como la de Theodore Roosevelt hacia Wilson: veía al gran victoriano en parte como un impostor y en parte como una amenaza. El Canciller de Hierro escribió al emperador alemán en 1883:

Nuestra tarea sería más fácil si en Inglaterra no se hubiese extinguido por completo esa raza de grandes estadistas de antaño que comprendían la política europea. Con un político tan incapaz como Gladstone, que no es más que un gran orador, resulta imposible llevar adelante una política en que se pueda contar con el apoyo de Inglaterra²⁰⁹.

La opinión que Gladstone tenía de su adversario fue expresada mucho más directamente, por ejemplo, cuando llamó a Bismarck «la encarnación del mal»²¹⁰.

Las ideas de Gladstone sobre política exterior sufrieron el mismo destino que las de Wilson, pues movieron a sus compatriotas a retirarse de los asuntos globales, y no a participar más. En el ámbito de la diplomacia cotidiana, el ascenso de Gladstone al poder en 1880 no marcó grandes diferencias en la política imperial de la Gran Bretaña en Egipto y al este de Suez, pero sí impidió que Inglaterra influyese en los Balcanes y en el equilibrio europeo en general.

El segundo período de Gladstone en el cargo (1880-1885) tuvo así el efecto paradójico de quitar la red de seguridad de Bismarck, el más moderado de los estadistas continentales, así como al retirarse Canning de Europa había empujado a Metternich a los brazos del zar. Mientras las opiniones de Palmerston y Disraeli dominaron la política exterior británica, Gran Bretaña pudo servir como última barrera cada vez que Rusia iba demasiado lejos en los Balcanes o en las vías de acceso a Constantinopla. Con Gladstone, esta garantía llegó a su fin, haciendo que Bismarck dependiera aún más de su triángulo, cada vez más anacrónico, con Austria y Rusia.

Las Cortes de Oriente, que en adelante serían el bastión del conservadurismo, resultaron, en cierto modo, aún más susceptibles a la opinión pública nacionalista que los gobiernos representativos. La estructura interna de Alemania había sido diseñada por Bismarck para que él pudiera aplicarle las máximas de su diplomacia de equilibrio del poder, y sin embargo también mostraba una poderosa tendencia a provocar la demagogia. Pese a que el Reichstag era elegido, a la sazón, por el sufragio más amplio de Europa, los gobiernos alemanes eran nombrados 'por el emperador y le informaban a él, no al Reichstag.

Libres así de toda responsabilidad, los miembros del Reichstag se sentían autorizados a practicar la retórica más extremista. El hecho de que se votara el presupuesto militar por períodos de cinco años tentaba a los gobiernos a provocar crisis durante el año decisivo en que se aprobaría el programa de defensa. Con tiempo suficiente, esta disposición bien hubiera podido evolucionar hacia una monarquía constitucional, con un gobierno responsable ante el Parlamento. Pero en los años decisivos y formativos de la nueva Alemania los gobiernos eran muy susceptibles a la propaganda nacionalista, y demasiado proclives a inventar peligros extranjeros para unir a sus votantes.

También la política exterior rusa sufrió la virulenta propaganda nacionalista de los paneslavos, cuyos temas básicos eran la demanda de una política agresiva en los Balcanes y el enfrentamiento con Alemania. A fines del reinado de Alejandro II, en 1879, un funcionario ruso explicó al

embajador austriaco:

Aquí, la gente le tiene miedo a la prensa nacionalista [...] La bandera del nacionalismo que enarbolan los protege y les asegura un apoyo poderoso. Desde que la tendencia nacionalista ha aparecido en primer término de la escena, y en particular desde que logró imponerse contra todo buen consejo, en la cuestión de ir a la guerra [contra Turquía], el llamado partido «nacional» [...] se ha vuelto un auténtico poder, especialmente porque abarca a todo el ejército²¹¹.

Austria, el otro imperio políglota, se hallaba en situación similar.

En estas circunstancias fue cada vez más difícil para Bismarck poner en práctica sus precarios juegos malabares. En 1881, un nuevo zar, Alejandro III, ascendió al trono en San Petersburgo, libre de la ideología conservadora de su abuelo, Nicolás I, o de todo afecto personal hacia el viejo emperador alemán, como su padre, Alejandro II. Indolente y autocrático, Alejandro III desconfiaba de Bismarck, en parte porque la política de éste era demasiado complicada para que él pudiese comprenderla. En una ocasión llegó a decir que cada vez que aparecía Bismarck en un despacho trazaba una cruz al lado de su nombre. Las sospechas del zar eran reforzadas por su esposa danesa, quien no podía perdonar que Bismarck hubiese arrancado a su patria Schleswig-Holstein.

La crisis búlgara de 1885 hizo que todos estos impulsos chocaran. Otra revuelta provocó esa «Gran Bulgaria» que Rusia había intentado crear tan apasionadamente una década antes, y que tanto habían temido Gran Bretaña y Austria. Pronto quedó demostrado que la historia puede frustrar las esperanzas mejor basadas, y la nueva Bulgaria, lejos de ser dominada por Rusia, quedó unificada bajo el dominio de un príncipe alemán. La corte de San Petersburgo culpó a Bismarck de algo que el canciller alemán en realidad habría preferido evitar, se sintió ofendida y los paneslavos, que veían una conspiración en cada esquina al oeste del Vístula, difundieron el rumor de que Bismarck se hallaba tras la diabólica conjura antirrusa. En esta situación, Alejandro se negó a renovar la Liga de los Tres Emperadores en 1887.

Bismarck, por su parte, no estaba dispuesto a abandonar su opción rusa. Sabía que Rusia, abandonada a sus propios recursos, tarde o temprano derivaría hacia una alianza con Francia. Sin embargo, en las condiciones del decenio de 1880-1889, con Rusia y Gran Bretaña permanentemente al borde de la guerra, esa alianza aumentaría el peligro ruso frente a Alemania, sin disminuir el antagonismo inglés. Además, Alemania aún tenía una opción británica, sobre todo ahora que Gladstone había dejado el cargo. Alejandro, en todo caso, tenía buenas razones para dudar de que Francia se arriesgara a participar en una guerra por los Balcanes. En otras palabras, los pactos ruso-germanos aún reflejaban una convergencia auténtica, aunque decreciente, de intereses nacionales y no simplemente las predilecciones de Bismarck... aunque sin su habilidad diplomática estos intereses comunes no habrían encontrado una expresión formal.

Bismarck, siempre fértil en recursos, presentó su última gran iniciativa, el llamado Tratado de Reaseguro. Alemania y Rusia se prometían entre sí permanecer neutrales en toda guerra con un tercer país, a menos que Alemania atacara a Francia o que Rusia atacara a Austria. Teóricamente, Rusia y Alemania quedaban protegidas contra una guerra en dos frentes, siempre que se mantuvieran a la defensiva. Sin embargo, todo dependía de cómo se definiera al agresor, en especial porque la movilización empezó a ser considerada como sinónimo de declaración de guerra (véase el capítulo ocho). Y como esa cuestión nunca se planteó, el Tratado de Reaseguro tenía unos límites obvios, y su utilidad disminuía aún más por la insistencia del zar en mantenerlo secreto.

El secretismo del acuerdo fue el ejemplo más claro del conflicto entre los requerimientos de la

diplomacia de gabinete y los imperativos de una política exterior cada vez más democratizada. Las cosas se habían complicado tanto que hubo dos niveles de secretismo dentro del ya secreto Tratado de Reaseguro. El segundo nivel era un apartado particularmente confidencial en el que Bismarck prometía no obstaculizar el intento ruso de conquistar Constantinopla, y ayudar a aumentar la influencia rusa en Bulgaria. Ninguna de estas garantías habría complacido a Austria, aliada de Alemania, para no hablar siquiera de Gran Bretaña... aunque a Bismarck, sin duda, no le habría desagradado ver a Gran Bretaña y a Rusia llegar a las manos por el futuro de los Dardanelos.

Pese a sus complejidades, el Tratado de Reaseguro mantuvo la unión indispensable entre San Petersburgo y Berlín, y convenció a Rusia de que, aunque Alemania defendería la integridad del Imperio austro-húngaro, no lo ayudaría en su expansión a costa de Rusia. Alemania logró así, al menos, retrasar una alianza franco-rusa.

El hecho de que Bismarck hubiera puesto su intrincada política exterior al servicio de la moderación y el mantenimiento de la paz se demostró cuando reaccionó contra la presión de los jefes militares alemanes que pidieron una guerra preventiva contra Rusia cuando llegó a su fin la Liga de los Tres Emperadores, en 1887. Bismarck acabó con todas esas conjeturas en un discurso pronunciado ante el Reichstag en el que trató de dar a San Petersburgo una reputación que desalentara toda tentativa de pactar una alianza franco-rusa:

La paz con Rusia no será perturbada por nosotros; y no creo que Rusia nos ataque; tampoco creo que los rusos estén buscando alianzas para atacarnos en compañía de otros, o que se inclinen a aprovechar las dificultades que podamos encontrar en un lado u otro para atacarnos con facilidad²¹².

No obstante, pese a toda su destreza y moderación, el acto de equilibrismo de Bismarck estaba condenado al fracaso. Las maniobras estaban volviéndose demasiado complejas incluso para el maestro. Las alianzas solapadas destinadas a asegurar la moderación causaron, en cambio, desconfianza, mientras la creciente importancia de la opinión pública reducía las posibilidades de maniobrar de todos.

Por muy hábil que fuese la diplomacia de Bismarck, la necesidad de tan alto grado de manipulación era prueba de las tensiones que una Alemania unificada y poderosa había causado sobre el equilibrio del poder europeo. Aun cuando Bismarck siguiera al timón, la Alemania imperial producía recelos. De hecho, las maquinaciones de Bismarck, aunque pretendían inspirar confianza, con el tiempo tuvieron un efecto extrañamente perturbador, en parte porque sus contemporáneos tenían cada vez más dificultades para comprender su extraordinariamente complicado carácter. Temían ser manipulados, y tendían a hacer jugadas compensatorias. Pero esta acción también limitaba la flexibilidad, objeto principal de la *Realpolitik* como sustituto de todo conflicto.

Aunque el estilo de diplomacia de Bismarck probablemente estaba condenado al fracaso en cuanto él abandonara el cargo, no era inevitable que fuera reemplazado por una insensata carrera armamentista y unas rígidas alianzas más comparables a la ulterior Guerra Fría que al tradicional equilibrio del poder. Durante casi veinte años, Bismarck mantuvo la paz y redujo la tensión internacional con su moderación y flexibilidad. Pero pagó el precio de la grandeza incomprendida porque sus sucesores y sus presuntos seguidores no aprendieron de su ejemplo otra lección que la de multiplicar las armas y entablar una guerra que causaría el suicidio de la civilización europea.

En 1890, el concepto de equilibrio del poder había tocado fondo. Fue necesario, en primer lugar, por la multitud de Estados que brotaron de las cenizas de las aspiraciones medievales a un imperio universal. En el siglo XVIII, su derivación de *raison d'état* había provocado frecuentes

guerras cuya función básica era impedir el surgimiento de una potencia dominante y la resurrección de un imperio europeo. El equilibrio del poder había conservado las libertades de los Estados, no la paz de Europa.

El equilibrio del poder alcanzó su punto álgido en los cuarenta años que siguieron a las guerras napoleónicas. Funcionó a la perfección durante este período porque había sido deliberadamente planificado y, lo que no es menos importante, porque fue fortalecido por un conjunto de valores compartidos, al menos entre las cortes conservadoras. Después de la guerra de Crimea, ese conjunto de valores compartidos fue gradualmente minado, y la situación volvió a las condiciones del siglo XVIII, ahora tanto más peligrosas por obra de la tecnología moderna y por el creciente papel que desempeñaba la opinión pública. Hasta los Estados más despóticos pudieron apelar a sus públicos para invocar un peligro extranjero, sustituyendo el consenso democrático por amenazas del exterior. La consolidación nacional de los Estados de Europa redujo el número de participantes y la capacidad de sustituir el despliegue del poder por combinaciones diplomáticas, mientras el desplome de un sentido compartido de la legitimidad socavaba toda moderación moral.

Pese a la tradicional aversión norteamericana hacia el equilibrio del poder, estas lecciones pueden aplicarse a la política exterior de los Estados Unidos después de la Guerra Fría. Hoy, por primera vez en su historia, los Estados Unidos forman parte de un sistema internacional en el que son el país más poderoso, pero aunque siguen siendo superpotencia militar, ya no pueden imponer su voluntad porque ni su fuerza ni su ideología se prestan a las ambiciones imperiales. Además, las armas nucleares, gracias a las cuales los Estados Unidos dominan en el aspecto militar, tienden a nivelar el poder a utilizar.

Por tanto, los Estados Unidos se encuentran en un mundo cada vez más parecido a la Europa del siglo XIX, aunque a escala global. Sólo podemos esperar que evolucione de una manera similar al sistema de Metternich, en que un equilibrio del poder fue reforzado por un sentido compartido de los valores. En la época moderna, estos valores tendrían que ser democráticos.

Sin embargo, Metternich no tuvo que crear su orden legítimo. En lo esencial, ya existía. En el mundo contemporáneo la democracia dista mucho de ser universal, y donde se la proclama no necesariamente es definida en términos comparables. Sería conveniente que los Estados Unidos trataran de fortalecer el equilibrio con el consenso moral. Para ser fieles a sí mismos, deberían tratar de forjar el consenso moral más amplio posible en torno de un compromiso global con la democracia. Pero no deberán descuidar el análisis del equilibrio del poder, pues la búsqueda del consenso moral resulta contraproducente cuando destruye el equilibrio.

Si no es posible un sistema del estilo de Metternich basado en la legitimidad, los Estados Unidos tendrán que aprender a actuar dentro de un sistema de equilibrio del poder, aunque no les guste semejante proceder. En el siglo XIX, hubo dos modelos de sistemas de equilibrio del poder: el británico, ejemplificado por el enfoque de Palmerston/ Disraeli, y el de Bismarck. El enfoque británico consistió en aguardar a que el equilibrio del poder fuese amenazado directamente antes de comprometerse y luego tomar partido, casi siempre, del lado del bando más débil; el enfoque de Bismarck trató de impedir que surgieran desafíos, estableciendo unas relaciones directas con tantas partes como fuera posible, forjando sistemas de alianzas superpuestas y utilizando la influencia que de allí resultaba para moderar las pretensiones de los contendientes.

Por muy extraño que pueda parecer, a la luz de la experiencia norteamericana con Alemania a lo largo de dos guerras mundiales, el estilo de Bismarck de manipular un equilibrio de poder probablemente sea el más afín al tradicional enfoque norteamericano de las relaciones internacionales. El método de Palmerston/Disraeli exigiría un alejamiento disciplinado de todas las

disputas, y un compromiso implacable con el equilibrio ante cualquier amenaza. Tanto las disputas como las amenazas tendrían que ser evaluadas casi exclusivamente pensando en el equilibrio del poder. A los Estados Unidos les resultaría sumamente difícil mostrarse tan distantes o tan implacables, y prácticamente imposible interpretar los asuntos internacionales estrictamente en términos de equilibrio del poder.

La política de la última época de Bismarck trató de contener de antemano el poder por medio de algún consenso basado en unos objetivos compartidos con diversos grupos de países. En un mundo interdependiente, a los Estados Unidos le resultaría difícil practicar el «espléndido aislamiento» de Gran Bretaña, pero también es improbable que logren establecer un sistema general de seguridad que sea aplicable por igual en todo el mundo. Las soluciones más constructivas consistirán en formar estructuras de alianzas superpuestas, basadas algunas de ellas en la seguridad, y otras en las relaciones económicas. El desafío de los Estados Unidos será generar objetivos a partir de los valores norteamericanos que puedan mantener unidos a los distintos grupos de alianzas (véase el capítulo treinta y uno).

En todo caso, a finales del siglo XIX, ambos enfoques de la política exterior se estaban desvaneciendo. Gran Bretaña nunca se sintió lo bastante dominante como para arriesgarse al aislamiento. Bismarck fue destituido por un nuevo e impaciente emperador que se impuso la descarada tarea de mejorar la política del maestro. Entretanto, el equilibrio del poder se volvió inflexible, y Europa se encaminó hacia la más devastadora catástrofe que nadie creyera jamás que fuese posible.

Un aparato político infernal: la diplomacia europea antes de la Primera Guerra Mundial

Al finalizar la primera década del siglo XX, el concierto de Europa, que había conservado la paz durante un siglo, había dejado de existir. Con ciega frivolidad, las grandes potencias se habían entregado a una lucha bipolar que provocó la formación de dos bloques de poder, anticipándose cincuenta años a la pauta de la Guerra Fría. Sin embargo, hubo una diferencia decisiva. En la época de las armas nucleares, una meta importantísima de la política exterior, acaso la primordial, sería evitar la guerra. A principios del siglo XX, se podían desencadenar guerras con cierta frivolidad. En efecto, algunos pensadores europeos sostenían que un periódico derramamiento de sangre era catártico; ingenua hipótesis que fue destruida brutalmente por la Primera Guerra Mundial.

Durante décadas, los historiadores han discutido sobre quién fue el responsable de que estallara la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, no es posible señalar a un solo país como culpable de esa insensata carrera hacia el desastre. Cada una de las grandes potencias aportó su parte de miopía e irresponsabilidad, y lo hizo con una despreocupación que nunca volvería a repetirse una vez que el desastre causado penetró en la memoria colectiva de Europa. Habían olvidado la advertencia de Pascal en sus *Pensamientos*, si es que la conocían: «Corremos ciegamente hacia el abismo, después de poner frente a nosotros algo que nos impide verlo.»

Desde luego, todos tuvieron parte de culpa. Las naciones de Europa transformaron el equilibrio del poder en una carrera armamentista sin comprender que la tecnología moderna y la militarización en masa habían hecho que la guerra generalizada fuese la mayor amenaza contra su seguridad y contra la totalidad de la civilización europea. Aunque todas las naciones de Europa contribuyeron al desastre con su política, fueron Alemania y Rusia las que socavaron todo sentido de moderación por su naturaleza misma.

A lo largo de todo el proceso de unificación alemana, pocos se habían preocupado por sus efectos sobre el equilibrio del poder. Durante doscientos años, Alemania había sido la víctima de las guerras de Europa, no la instigadora. En la Guerra de los Treinta Años, los alemanes habían sufrido bajas calculadas hasta en un 30 % de su población, y todas las batallas decisivas de las guerras dinásticas del siglo XVIII y de las napoleónicas se libraron en suelo alemán.

Por tanto, era casi inevitable que una Alemania unida tratara de impedir la repetición de estas tragedias. Pero no era inevitable que el nuevo Estado alemán viese este desafío casi como un problema militar, o que los diplomáticos alemanes posteriores a Bismarck dirigiesen la política exterior con tan provocativa agresividad. Mientras que la Prusia de Federico *el Grande* había sido la más débil de las grandes potencias, Alemania, poco después de la unificación, se volvió la más fuerte y, por este motivo, la más inquietante para sus vecinos. Por tanto, para participar en el nuevo orden de Europa necesitaba dar muestras de una especial moderación en su política exterior²¹³. Por desgracia, tras Bismarck, la moderación fue la cualidad que más necesitó Alemania.

Los estadistas alemanes se mostraron obsesionados por la fuerza bruta porque, a diferencia de otras naciones-Estados, Alemania no poseía un marco filosófico integrador. Ninguno de los ideales

que habían forjado la moderna nación-Estado en el resto de Europa se hallaba en la creación de Bismarck, ni la insistencia británica en las libertades tradicionales, ni la llamada de la Revolución francesa a la libertad universal, ni siquiera el benigno imperialismo universalista de Austria. Estrictamente hablando, la Alemania de Bismarck no encarnaba, en absoluto, las aspiraciones de una nación-Estado porque él había excluido deliberadamente a los austro-alemanes. El Reich de Bismarck era un artificio, más que nada, una ampliación de Prusia cuyo principal propósito era aumentar su propio poder.

La falta de raíces intelectuales fue una causa importantísima de la errática política exterior alemana. El recuerdo de haber sido durante tanto tiempo el principal campo de batalla de Europa había despertado en el pueblo alemán un profundo sentimiento de inseguridad. Aunque el Imperio de Bismarck era ya la mayor potencia del continente, los gobernantes alemanes siempre se sintieron vagamente amenazados, como lo muestra su obsesión por los preparativos militares, junto con una retórica belicosa. Los estrategas alemanes siempre pensaron en combatir simultáneamente a una combinación de todos los vecinos de Alemania. Al prepararse para este «peor de los casos» ayudaron a convertirlo en realidad, pues una Alemania lo bastante fuerte para vencer a una coalición de todos sus vecinos era, obviamente, más que capaz de abrumar a cualquiera de ellos en particular. A la vista del coloso militar en sus fronteras, los vecinos de Alemania se unieron en busca de protección mutua, transformando esa búsqueda alemana de seguridad en la causa de su propia inseguridad.

Una política sabia y moderada habría logrado posponer y acaso evitar el peligro inminente. Pero los sucesores de Bismarck olvidaron su moderación y dependieron cada vez más de la fuerza bruta, como lo expresaban en una de sus declaraciones predilectas: Alemania había de ser el martillo, y no el yunque, de la diplomacia europea. Fue como si Alemania hubiese derrochado tanta energía para ser una nación que no le había quedado tiempo para pensar con qué propósito habría de servir al nuevo Estado. La Alemania imperial nunca logró elaborar un concepto de su propio interés nacional, y los gobernantes alemanes que sucedieron a Bismarck, dejándose llevar por las emociones del momento y con una extraordinaria falta de sensibilidad hacia las ideas extranjeras, combinaron la truculencia con la indecisión, arrojando a su país primero al aislamiento y luego a la guerra.

Bismarck había pasado grandes penalidades para moderar las afirmaciones del poderío alemán, empleando su intrincado sistema de alianzas para contener a muchos de sus asociados e impedir que sus latentes incompatibilidades provocaran una guerra. Los sucesores de Bismarck carecieron de paciencia y de sutileza para entender y continuar tales complejidades. Al morir el emperador Guillermo I en 1888, su hijo Federico (cuyo liberalismo había preocupado tanto a Bismarck) sólo gobernó durante 98 días, antes de sucumbir a un cáncer de garganta. Le sucedió su hijo, Guillermo II, cuya histriónica conducta ofreció a los observadores la inquietante sensación de que el soberano de la nación más poderosa de Europa era, a la vez, inmaduro e inestable. Los psicólogos han atribuido la agitada bravuconería de Guillermo a un intento de compensar el hecho de haber nacido con un brazo deforme, lo que sin duda era un duro golpe para un miembro de la exaltada tradición militar de la familia real prusiana. En 1890, el impetuoso y joven emperador destituyó a Bismarck puesto que no quería gobernar a la sombra de tan imponente figura. En adelante sería la diplomacia del káiser la que desempeñara un papel crucial en la paz de Europa. Winston Churchill captó la esencia de Guillermo y la describió en estilo sarcástico:

Tan sólo se pavoneaba, posaba y hacía sonar la espada no desenvainada. Todo lo que deseaba era sentirse como Napoleón, y ser como él sin tener que entablar sus batallas. Sin duda, no aceptaría

menos. Si alguien es la cumbre de un volcán, lo menos que puede hacer es humear. Y así, él humeó, una columna de humo durante el día y el brillo del fuego por la noche, para todos los que lo veían de lejos; y lenta y seguramente, estos preocupados observadores se unieron para protegerse mutuamente.

[...] pero detrás de tantas poses y atavíos había un hombre muy ordinario, vanidoso, aunque, en general, bien intencionado, que tenía la esperanza de que lo consideraran un segundo Federico *el Grande*²¹⁴.

Lo que más deseaba el káiser era el reconocimiento internacional de la importancia de Alemania y, ante todo, de su poder. Intentó dirigir lo que él y su séquito llamaban *Weltpolitik* o política global, sin siquiera definir ese término o su relación con el interés nacional de Alemania. Tras los lemas sólo había vacío intelectual: el lenguaje truculento ocultaba un vacío interior; grandes lemas disimulaban la timidez y la falta de un sentido de dirección. La jactancia unida a la irresolución en los actos reflejó el legado de dos siglos de provincianismo alemán. Aun si la política alemana hubiese sido prudente y responsable, integrar al coloso alemán en el marco internacional de entonces habría sido una empresa capaz de intimidar al más valiente. Pero la mezcla explosiva de personalidades e instituciones internas impidió seguir esa dirección, conduciendo en cambio a una política exterior insensata, que se especializó en hacer llover sobre Alemania todo lo que ésta había temido siempre.

En los veinte años que siguieron a la caída de Bismarck, Alemania se las arregló para causar una extraordinaria inversión de alianzas. En 1898, Francia y Gran Bretaña habían estado al borde de la guerra a causa de Egipto. La animosidad entre Gran Bretaña y Rusia había sido constante en las relaciones internacionales durante casi todo el siglo XIX. En varias ocasiones, Gran Bretaña había buscado alianzas contra Rusia, sondeando a Alemania antes de decidirse por Japón. Nadie habría creído que Gran Bretaña, Francia y Rusia pudiesen terminar en el mismo bando. Y sin embargo, diez años después eso fue precisamente lo que ocurrió bajo los efectos de la insistente y amenazadora diplomacia alemana.

Pese a toda la complejidad de sus maniobras, Bismarck nunca había intentado ir más allá de las tradiciones del equilibrio del poder. Sus sucesores, en cambio, no se sintieron del todo cómodos con el equilibrio del poder, y nunca parecieron comprender que cuanto más aumentaran su propia fuerza más favorecerían la formación de coaliciones compensadoras y el acopio de armas inherentes al sistema del equilibrio europeo.

A los gobernantes alemanes les ofendió la renuencia de otros países a aliarse con una nación que ya era la más poderosa de Europa, y cuya fuerza estaba provocando temores ante la posibilidad de una Alemania hegemónica. Las tácticas de intimidación les parecieron a los gobernantes alemanes la mejor manera de mostrar a sus vecinos los límites de su propia fuerza y, puede suponerse, los beneficios de la amistad alemana. Este enfoque de provocación tuvo el resultado opuesto. Los sucesores de Bismarck, al tratar de lograr la seguridad absoluta para su país, amenazaron a todas las demás naciones europeas con una inseguridad absoluta que dio lugar casi automáticamente a coaliciones de contrapeso. No existen atajos diplomáticos que conduzcan al dominio; el único camino que lleva a él es la guerra: una lección que los provincianos gobernantes de la Alemania posterior a Bismarck sólo aprendieron cuando ya era demasiado tarde para evitar una catástrofe general.

Es irónico que durante casi toda la historia de la Alemania imperial la mayor amenaza para la paz no fuese Alemania sino Rusia. Primero Palmerston y luego Disraeli se convencieron de que Rusia intentaba penetrar en Egipto y en la India. Ya en 1913, el respectivo temor de los gobernantes

alemanes a ser arrollados por las hordas rusas había llegado a tal paroxismo que contribuyó significativamente a que decidieran forzar el choque decisivo un año después.

De hecho, apenas existen indicios que justifiquen el temor de que Rusia buscara un imperio en Europa. Las afirmaciones del espionaje militar alemán, de que tenía pruebas de que Rusia estaba preparándose para semejante guerra, eran tan ciertas como improcedentes. Todos los países de ambas alianzas, embriagados con la nueva tecnología ferroviaria y planes de movilización, estaban constantemente dedicados a los preparativos militares más allá de toda proporción respecto a los asuntos en disputa. Pero, precisamente porque estos febriles preparativos no podían relacionarse con ningún objetivo definible, se les consideró como prueba de sus vastas aunque nebulosas ambiciones. De forma peculiar, el príncipe von Bulow, canciller de Alemania de 1900 a 1909, abrazó la idea de Federico *el Grande* de que «de todos los vecinos de Prusia, el Imperio ruso es el más peligroso, tanto por su fuerza como por su posición»²¹⁵.

En general, Europa veía algo decididamente misterioso en la amplitud y persistencia de Rusia. Todas las naciones de Europa buscaban el engrandecimiento mediante amenazas y contraamenazas. Pero Rusia parecía movida a extenderse con ritmo propio, tan sólo contenible por el despliegue de fuerzas superiores y, habitualmente, por la guerra. A lo largo de numerosas crisis, Rusia tuvo al alcance un acuerdo razonable y mucho mejor, de hecho, que cuando por fin lo consiguió. Sin embargo, siempre prefirió el riesgo de la derrota a la conciliación. Así había sido en la guerra de Crimea de 1854, en la de los Balcanes de 1875-1878 y antes de la guerra ruso-japonesa de 1904.

Una explicación de estas tendencias es que Rusia pertenecía en parte a Europa y en parte a Asia. En Occidente, Rusia formaba parte del concierto de Europa y participaba en las elaboradas reglas del equilibrio del poder. Pero aun allí, los gobernantes rusos solían impacientarse con las llamadas al equilibrio, y tendían a recurrir a la guerra si sus demandas no eran satisfechas; por ejemplo, en el prelude a la guerra de Crimea de 1854, en la guerra de los Balcanes, y una vez más en 1885, cuando Rusia estuvo a punto de entrar en guerra con Bulgaria. En Asia central, Rusia se enfrentaba a principados débiles, a los que no se aplicaba el principio del equilibrio del poder, y en Siberia, hasta que chocó con Japón, pudo extenderse, como lo habían hecho los Estados Unidos, a través de un continente apenas poblado.

En los foros europeos Rusia escuchaba los argumentos en favor del equilibrio del poder pero no siempre se atenía a sus máximas. Mientras que las naciones de Europa siempre habían sostenido que los destinos de Turquía y los Balcanes debían ser decididos de común acuerdo, Rusia, por su parte, invariablemente trató de resolver esta cuestión de manera unilateral y por la fuerza: en el Tratado de Andrinópolis en 1829, en el Tratado de Unkiar Skelessi en 1833, en el conflicto con Turquía en 1853 y en la guerra de los Balcanes en 1875-1878 y en 1885. Rusia esperaba que Europa hiciera la vista gorda y se sintió ofendida cuando no lo hizo. El mismo problema se repetiría tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados occidentales sostuvieron que el destino de Europa Oriental concernía a toda Europa, mientras Stalin insistía en que Europa Oriental, y especialmente Polonia, se hallaban dentro de la esfera de influencia soviética y que, por tanto, su futuro debía decidirse al margen de las democracias occidentales. Y como sus predecesores, los zares, Stalin procedió unilateralmente. Sin embargo, como era inevitable, se crearía alguna coalición de fuerzas occidentales para resistir los avances militares de Rusia y para frustrar sus imposiciones sobre los países vecinos. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se necesitaría toda una generación para que se reafirmara esta pauta histórica.

Rusia, ya en acción, rara vez mostró un sentido de los límites. Frustrada, alimentó sus rencores y esperó el momento de vengarse: contra Gran Bretaña durante la mayor parte del siglo XIX, contra

Austria después de la guerra de Crimea, contra Alemania después del Congreso de Berlín y contra los Estados Unidos durante la Guerra Fría. Aún queda por ver cómo la nueva Rusia postsoviética reaccionará al desplome de su imperio histórico y su órbita de satélites, una vez que absorba por completo la conmoción de su propia desintegración.

En Asia, el sentido de misión de Rusia fue aún menos limitado por obstáculos políticos o geográficos. Durante todo el siglo XVIII y la mayor parte del XIX, Rusia se encontró sola en el Lejano Oriente. Fue la primera potencia europea que se enfrentó a Japón y la primera que firmó un acuerdo con China. Esta expansión, realizada relativamente por pocos colonos y aventureros militares, no provocó ningún conflicto con las potencias europeas. Los esporádicos choques de Rusia con China no resultaron trascendentales. A cambio de la ayuda de Rusia contra las tribus guerreras, China cedió grandes zonas de su territorio a la administración rusa en los siglos XVIII y XIX, haciendo surgir toda una serie de «tratados desiguales» que desde entonces ha denunciado todo gobierno chino, especialmente el comunista.

La voracidad de Rusia por adquirir territorio asiático, de forma tan peculiar, parecía aumentar con cada nueva adquisición. En 1903, Serge Witte, ministro de Finanzas ruso y confidente del zar, escribió a Nicolás II: «Dada nuestra enorme frontera con China y nuestra situación excepcionalmente favorable, la absorción de una parte considerable del Imperio chino por Rusia sólo será cuestión de tiempo.»²¹⁶ Como en el caso del Imperio otomano, los gobernantes rusos adoptaron la postura de que el Lejano Oriente era asunto suyo, y que el resto del mundo no tenía ningún derecho a intervenir. Los avances de Rusia en todos los frentes a veces ocurrieron simultáneamente; más a menudo, hubo avances y retrocesos, según donde pareciese menos arriesgada la expansión.

El aparato político de la Rusia imperial reflejaba la doble naturaleza del Imperio. El Ministerio de Asuntos Exteriores ruso era un departamento de la cancillería, ocupado por funcionarios independientes cuya orientación iba, esencialmente, hacia el Oeste²¹⁷. Estos funcionarios, que a menudo eran alemanes del Báltico, consideraban a Rusia un Estado europeo con una política que debía aplicarse en el marco del concierto de Europa. Sin embargo, el papel de la cancillería era disputado por el departamento asiático, asimismo independiente y responsable de la política rusa respecto al Imperio otomano, los Balcanes y el Lejano Oriente: en otras palabras, de los frentes en que Rusia en realidad estaba avanzando.

En contraste con la cancillería, el departamento asiático no se consideraba parte del concierto de Europa, sino que veía a las naciones europeas como obstáculos para sus designios, y las trataba como algo totalmente ajeno. Siempre que era posible, intentaba alcanzar las metas rusas mediante tratados unilaterales o a través de guerras iniciadas sin ninguna relación con Europa. Como Europa insistía en que las cuestiones concernientes a los Balcanes y al Imperio otomano se resolvieran en su concierto, fueron inevitables frecuentes conflictos mientras la indignación de Rusia aumentaba al verse frustrada así por unas potencias a las que consideraba intrusas.

La expansión rusa, en parte defensiva y en parte ofensiva, fue siempre ambigua, y esta ambigüedad provocó debates en Occidente sobre las verdaderas intenciones de Rusia, debates que continuarían durante todo el período soviético. Una razón de la perenne dificultad de comprender los propósitos de Rusia era que el gobierno ruso, aun en el período comunista, siempre tuvo más en común con una corte autocrática del siglo XVIII que con una superpotencia del siglo XX. Ni la Rusia imperial ni la comunista tuvieron nunca un gran ministro de Exteriores. Sus ministros, como Nesselrode, Gorchákov, Giers, Lamsdorff y hasta Gromyko, eran consumados y hábiles diplomáticos, pero carecían de autoridad para diseñar una política a largo plazo. Fueron poco más que servidores de un autócrata caprichoso que fácilmente se enfurecía, por cuyo favor habían de competir entre

muchas abrumadoras preocupaciones internas. La Rusia imperial no tuvo un Bismarck, un Salisbury o un Roosevelt, es decir, un auténtico ministro con poderes ejecutivos en todos los aspectos de la política exterior.

Aun cuando el zar de turno fuese una personalidad dominante, el sistema autocrático de la política rusa obstaculizó el desarrollo de una política exterior coherente. Una vez que los zares encontraban a un ministro de Exteriores con quien se sintieran a gusto, solían conservarlo hasta que llegara a la edad senil, como fueron los casos de Nesselrode, Gorchákov y Giers. Estos tres ministros sirvieron durante la mayor parte del siglo XIX. Aun en su extrema vejez fueron inapreciables para los estadistas extranjeros, quienes los consideraban como las únicas personalidades dignas de ser visitadas en San Petersburgo, porque sólo estos funcionarios tenían acceso al zar. El protocolo prohibía que cualquiera solicitase siquiera una audiencia al zar.

Para complicar más la toma de decisiones, el poder ejecutivo del zar frecuentemente chocaba con sus conceptos aristocráticos del estilo de vida principesco. Por ejemplo, al acabar de firmar el Tratado de Reaseguro, período clave en los asuntos exteriores de Rusia, Alejandro III se ausentó de San Petersburgo durante cuatro meses consecutivos, de julio a octubre de 1887, para navegar en su yate, observar maniobras y visitar a sus parientes políticos en Dinamarca. Como él era el único que tomaba decisiones en Rusia, la política exterior del país quedó a la deriva. La política del zar no sólo era impulsada a menudo por las emociones del momento, sino que también estaba muy influida por la agitación nacionalista que instigaba el ejército. Aventureros militares, como el general Kaufmann en Asia central, casi no hacían caso a los ministros de Exteriores. Es probable que Gorchákov dijera la verdad sobre lo poco que sabía del Asia central en su conversación con los embajadores británicos, ya descrita en el capítulo anterior.

En la época de Nicolás II, que reinó de 1894 a 1917, Rusia tuvo que pagar el precio de sus arbitrarias instituciones. Nicolás empezó por llevar a Rusia a una guerra desastrosa contra Japón, y luego permitió que su país quedara cautivo de un sistema de alianzas que hacía virtualmente inevitable la guerra con Alemania. Mientras las energías de Rusia se habían dirigido a la expansión y consumido en los inevitables conflictos extranjeros, su estructura social y política se había debilitado. La derrota en la guerra contra Japón en 1905 debió haber servido de advertencia; se estaba acabando el tiempo para la consolidación interna que pedía el gran reformador Pyotr Stolypin. Rusia necesitaba un respiro pero se lanzó a otra aventura en el extranjero. Frustrada en Asia, retomó su sueño paneslavista e inició un avance hacia Constantinopla que, esta vez, fue imposible contener.

Lo irónico fue que, llegado cierto momento, el expansionismo ya no aumentó el poder de Rusia sino que, al contrario, provocó su decadencia. En 1849, Rusia era generalmente considerada la nación más fuerte de Europa. Setenta años después su dinastía se desplomó, y desapareció temporalmente de las filas de las grandes potencias. Entre 1848 y 1914, Rusia se vio envuelta en más de media docena de guerras (además de las guerras coloniales), mucho más que ninguna otra gran potencia. En cada uno de estos conflictos, salvo en la intervención en Hungría de 1849, los costos financieros y políticos de Rusia superaron, con mucho, sus posibles ganancias. Y aunque cada uno de estos conflictos tuvo un precio, Rusia siguió identificando su idea de gran potencia con la expansión territorial; anhelaba más tierras, aunque no las necesitaba ni habría podido administrarlas. Serge Witte, consejero del zar Nicolás II, le prometió que «desde las costas del Pacífico y las alturas del Himalaya, Rusia dominaría no sólo los asuntos de Asia, sino también los de Europa»²¹⁸. En esa época industrial, habría sido mucho más ventajoso para Rusia adquirir un desarrollo económico, social y político, de acuerdo con su categoría de gran potencia, que entablar guerras por la disputa de Bulgaria o de un protectorado en Corea.

Pocos gobernantes rusos, como Gorchákov, fueron lo bastante sabios para comprender que, para Rusia, «la extensión del territorio era la extensión de la debilidad»²¹⁹, pero sus opiniones nunca pudieron contener la manía rusa por lanzarse en pos de nuevas conquistas. A la postre, el Imperio comunista se desplomó esencialmente por las mismas razones que el Imperio de los zares. La Unión Soviética habría estado mucho mejor si se hubiese mantenido dentro de sus fronteras después de la Segunda Guerra Mundial y establecido con lo que llegó a conocerse como la órbita de satélites unas relaciones comparables a las que mantuvo con Finlandia.

Cuando dos colosos, una potente e impetuosa Alemania y una enorme e inquieta Rusia, se rozan entre sí en el centro del continente es probable que surja un conflicto, aunque Alemania no tuviese nada que ganar en una guerra con Rusia y tuviese todo que perder ésta con Alemania. Por consiguiente, la paz de Europa dependía del único país que había desempeñado el papel de contrapeso con tanta habilidad y moderación durante todo el siglo XIX.

En 1890, el término «aislamiento espléndido» aún describía correctamente la política exterior británica. Los súbditos británicos se referían orgullosamente a su patria como la «balanza» de Europa, que impedía que predominara alguna de las coaliciones existentes entre las potencias continentales. La participación en estas alianzas era, por tradición, casi tan repulsiva para los estadistas británicos como lo fue para los aislacionistas norteamericanos. Sin embargo, sólo veinticinco años después, cientos de miles de ingleses morirían en los cenagosos campos de Flandes, luchando junto a un aliado francés contra un enemigo alemán.

En la política exterior británica ocurrió un cambio notable entre 1890 y 1914. Fue un tanto irónico que el hombre que dirigió a Gran Bretaña durante la primera parte de esta transición representara lo más tradicional que existe en Gran Bretaña y su política exterior. Efectivamente, el marqués de Salisbury era la tradición personificada. Era hijo de la antigua familia Cecil, cuyos antepasados habían sido importantes ministros de monarcas británicos desde la época de la reina Isabel I. Es sabido que el rey Eduardo VII, que reinó de 1901 a 1910 y que provenía de una familia advenediza comparada con la de los Cecil, se quejó en ocasiones del tono condescendiente con que lo trataba Salisbury.

El ascenso de Salisbury en política fue tan fácil como predestinado. Después de educarse en Christ Church, Oxford, el joven Salisbury emprendió una gira por Europa, perfeccionó su francés y conoció a varios jefes de Estado. A sus cuarenta y ocho años, después de servir como virrey en la India, pasó a ser ministro de Exteriores de Disraeli y desempeñó un papel importante en el Congreso de Berlín, donde se encargó de casi toda la detallada negociación cotidiana. Tras la muerte de Disraeli, tomó las riendas del Partido Tory y, aparte del último gobierno de Gladstone, de 1892 a 1894, fue la figura predominante en la política británica durante los últimos quince años del siglo XIX.

En ciertos aspectos, la posición de Salisbury no fue muy distinta de la del presidente George Bush, aunque él sirviera más tiempo en el cargo supremo de su nación. Ambos estuvieron en la cima de un mundo que iba retrocediendo cuando llegaron al poder, aunque el hecho no fuese obvio para ninguno de los dos, y dejaron su huella al saber cómo actuar con lo que habían heredado. La visión global de Bush fue forjada por la Guerra Fría, en la que alcanzó la preeminencia y cuyo fin tuvo que presidir estando en el cenit de su carrera; las experiencias formativas de Salisbury transcurrieron durante la época de Palmerston, de incomparable poderío colonial británico e intratable rivalidad anglo-rusa, época que claramente estaba llegando a su fin durante su gestión.

El gobierno de Salisbury tuvo que hacer frente a la relativa decadencia de Gran Bretaña. Su enorme poder económico tenía entonces un rival en Alemania; Rusia y Francia habían ampliado sus

esfuerzos imperiales y desafiaban al Imperio británico casi por doquier. Aunque Gran Bretaña aún fuera preeminente, se le iba escapando el dominio del que había disfrutado a mediados del siglo XIX. Así como Bush se adaptó hábilmente a lo que no había previsto, en la década de 1890-1899 los gobernantes británicos reconocieron la necesidad de relacionar la política tradicional con realidades inesperadas.

Lord Salisbury, sobrado de peso y de apariencia huraña, encarnaba más adecuadamente el contenido de Gran Bretaña con el *statu quo* que con su transformación. Como autor de la frase «aislamiento espléndido», Salisbury al parecer prometía llevar adelante la tradicional política británica de mantener una línea firme en ultramar contra otras potencias imperialistas, y de sólo llevar a Gran Bretaña a formar parte de alianzas continentales como último recurso para impedir que un agresor rompiera el equilibrio. Para Salisbury, la posición insular de Gran Bretaña exigía que su política ideal fuese activa en alta mar y se mantuviese libre de las habituales alianzas continentales. «Somos peces», afirmó escuetamente en una ocasión.

Al final, Salisbury se vio obligado a reconocer que el Imperio británico, que abarcaba demasiado, se resentía de las presiones de Rusia en Oriente, el Lejano y el Próximo, y de Francia en África. Hasta Alemania estaba entrando en la carrera colonial. Aunque Francia, Alemania y Rusia tuvieran a menudo conflictos entre sí en el continente, en ultramar chocaban siempre con Gran Bretaña, que no sólo poseía la India, Canadá y una gran parte de África, sino que insistía en dominar vastos territorios que, por razones estratégicas, deseaba que no cayeran en manos de otra potencia aun cuando no tratara de controlarlos directamente. Salisbury dijo que esto era «como dejar su marca en un territorio que, en caso de ruptura, Inglaterra no desea que lo tenga ninguna otra potencia»²²⁰. Estas áreas incluían el golfo Pérsico, China, Turquía y Marruecos. En la década de 1890-1899, Gran Bretaña fue abrumada por interminables choques con Rusia en Afganistán, en los Dardanelos y en la China septentrional, y con Francia en Egipto y Marruecos.

Con los Acuerdos Mediterráneos de 1887, Gran Bretaña quedó indirectamente asociada con la Triple Alianza de Alemania, Austria-Hungría e Italia, y confiaba que Italia y Austria la fortalecieran en sus tratos con Francia en el norte de África, y con Rusia en los Balcanes. Sin embargo, los Acuerdos Mediterráneos sólo fueron un recurso temporal.

El nuevo Imperio alemán, privado del maestro de la estrategia, no supo qué hacer con esa oportunidad. Las realidades geopolíticas iban sacando gradualmente a Gran Bretaña de su «espléndido aislamiento», aunque no faltaran advertencias angustiadas de los tradicionalistas. El primer paso hacia una mayor participación en el continente fue para establecer unas relaciones más cordiales con la Alemania imperial. Convencidos de que Rusia y Gran Bretaña necesitaban urgentemente de Alemania, los políticos alemanes creyeron que podían negociar en condiciones ventajosas con ambas a la vez, sin especificar la naturaleza del trato que estaban buscando, o sin imaginar siquiera que estaban indisponiendo a ambas naciones, Rusia y Gran Bretaña, una con la otra. Los gobernantes alemanes fueron rechazados en estas negociaciones de «todo o nada», se retiraron resentidos y pronto pasaron a la atrocidad. Este enfoque estaba en marcado contraste con el de Francia, que optó por buscar un avance lento y gradual, aguardando veinte años a que Rusia propusiera un acuerdo, y otra década y media a que lo hiciera Gran Bretaña. Pese al bombo de la Alemania posterior a Bismarck, su política exterior parecía estar sobre todo en manos de aficionados, era miope y hasta tímida ante los enfrentamientos que ella misma había provocado.

El primer paso diplomático de Guillermo II en lo que resultaría una iniciativa nefasta se dio en 1890, poco después de haber despedido a Bismarck, cuando rechazó la oferta del zar de renovar el Tratado de Reaseguro por otro período de tres años. El káiser y sus consejeros, justamente al

comienzo de su reinado, acaso quitaron el hilo más importante del tejido basado en el sistema de Bismarck de alianzas solapadas. Los movieron tres consideraciones: primera, deseaban que su política fuese «tan sencilla y transparente» como fuera posible (el nuevo canciller, Caprivi, confesó una vez que él simplemente no poseía la habilidad de Bismarck para mantener en el aire ocho pelotas al mismo tiempo); segunda, deseaban asegurar a Austria que su alianza con ella constituía su máxima prioridad; por último, consideraron que el Tratado de Reaseguro sería un obstáculo a su prioridad principal: forjar una alianza con Gran Bretaña.

Cada una de estas consideraciones demostró la falta de entendimiento geopolítico mediante el cual la Alemania de Guillermo II fue aislándose cada vez más. La complejidad era inherente a la ubicación y a la historia de Alemania; y ninguna política «sencilla» podía abarcar sus muchos aspectos. Fueron precisamente la ambigüedad de un tratado con Rusia y una alianza simultánea con Austria las que permitieron a Bismarck hacer de contrapeso entre los temores de Austria y las ambiciones de Rusia durante veinte años, sin tener que romper con ninguna ni intensificar las endémicas crisis balcánicas. El fin del Tratado de Reaseguro provocó exactamente la situación contraria puesto que al limitar las opciones de Alemania promovió el aventurerismo austríaco. Nikolai de Giers, ministro de Exteriores ruso, no tardó en comprenderlo cuando observó: «Mediante la disolución de nuestro tratado [el de Reaseguro], Viena ha quedado liberada del control sabio y bien intencionado, pero también férreo, del príncipe Bismarck»²²¹.

El abandono del Tratado de Reaseguro no sólo hizo que Alemania perdiera influencia ante Austria, sino que, sobre todo, agudizó las inquietudes de Rusia. El que Alemania se apoyara en Austria fue interpretado en San Petersburgo como una nueva predisposición de apoyar a Austria en los Balcanes. Una vez que Alemania se erigió como obstáculo a los intereses rusos en una región que nunca había representado ningún interés para ella, era seguro que Rusia buscaría un contrapeso que Francia estaba más que dispuesta a ofrecerle.

La tentación rusa de acercarse a Francia aumentó gracias a un acuerdo colonial alemán con Gran Bretaña, que pronto siguió a la negativa del káiser a renovar el Tratado de Reaseguro. Gran Bretaña adquiría de Alemania las fuentes del Nilo y ciertos espacios de África oriental que incluían la isla de Zanzíbar. Como *quid pro quo*, Alemania recibía una franja de tierra, de importancia muy relativa, que unía el África sudoccidental con el río Zambeze, la llamada faja de Caprivi, y la isla de Helgoland, en el mar del Norte, que supuestamente tenía cierto valor estratégico, pues defendía la costa alemana contra todo ataque naval.

No era mal negocio para ninguna de las partes, aunque provocaría el primero de toda una serie de equívocos. Londres suscribió el acuerdo para resolver cuestiones coloniales en África; Alemania lo vio como el prólogo de una alianza anglo-germana, y Rusia todavía fue más lejos al interpretarlo como el primer paso de Inglaterra hacia una Triple Alianza. De este modo, el barón Staal, embajador ruso en Berlín, informó angustiado del pacto entre la amiga histórica de su país, Alemania, y su tradicional enemiga, Gran Bretaña, en estos términos:

Cuando se está unido por numerosos intereses y acuerdos positivos en un punto del globo, es casi seguro que se procederá en armonía en todas las grandes cuestiones que puedan surgir en el campo internacional [...] Virtualmente se ha logrado la entente con Alemania. No podrá dejar de causar una reacción en las relaciones de Inglaterra con las otras potencias de la Triple Alianza²²².

La pesadilla de Bismarck, las coaliciones, había comenzado, pues el fin del Tratado de Reaseguro había allanado el camino a la alianza franco-rusa.

Alemania había calculado que Francia y Rusia jamás formarían una alianza, porque Rusia no tenía ningún interés en luchar por Alsacia-Lorena, y Francia no se interesaba por los eslavos de los Balcanes. Éste resultó ser uno de los muchos y enormes errores del gobierno imperial alemán posterior a Bismarck. Una vez comprometida irremisiblemente Alemania con Austria, en realidad Francia y Rusia se necesitaban una a la otra por muy divergentes que fuesen sus metas, pues ninguna podía alcanzar sus propios objetivos estratégicos sin antes derrotar, o al menos debilitar, a Alemania. Francia necesitaba hacerlo porque Alemania jamás renunciaría a Alsacia-Lorena sin luchar, mientras que Rusia sabía que no podría heredar los territorios eslavos del Imperio austríaco sin derrotar a Austria... a lo que Alemania había aclarado que se opondría con su negativa a renovar el Tratado de Reaseguro. Rusia no tendría ninguna oportunidad de triunfar contra Alemania sin la ayuda de Francia.

En el año que siguió a la negativa de Alemania a renovar el Tratado de Reaseguro, Francia y Rusia habían firmado su *Entente Cordiale*, por la que se daban mutuo apoyo diplomático. Giers, el venerable ministro ruso de Exteriores advirtió que el acuerdo no resolvería el problema fundamental, es decir, que Gran Bretaña, y no Alemania, era la principal adversaria de Rusia. Francia, desesperada por escapar del aislamiento al que Bismarck la había condenado, aceptó añadir una cláusula al acuerdo franco-ruso, que obligaba a Francia a dar apoyo diplomático a Rusia en todo conflicto colonial con Gran Bretaña.

A los gobernantes franceses la cláusula antibritánica les pareció un pequeño pago por ingresar en lo que forzosamente se convertiría en una coalición antialemana. En lo sucesivo, los esfuerzos de Francia se dirigirían a ampliar el acuerdo franco-ruso hasta que fuese una alianza militar. Aunque los nacionalistas rusos estaban de acuerdo con semejante pacto para acelerar el desmembramiento del Imperio austríaco, los tradicionalistas rusos se mostraban inquietos. El conde Vladimir Lamsdorff, que sucedería a Giers como ministro de Exteriores, escribió en su diario a comienzos de febrero de 1892:

Ellos [los franceses] también están preparándose para bombardearnos con propuestas para ejercer acciones militares conjuntas en caso de ataque por un tercero [...] Pero ¿para qué exagerar algo bueno? Necesitamos paz y tranquilidad en vista de las miserias del hambre, de lo insatisfactorio de nuestras finanzas, de la situación incompleta de nuestro programa de armamentos, del estado desesperado de nuestro sistema de transportes y, por último, de la renovada actividad entre los nihilistas²²³.

A la postre, los gobernantes franceses dejaron de lado las dudas de Lamsdorff, o bien el zar no les hizo caso. En 1894, se firmó un convenio militar por el cual Francia aceptaba ayudar a Rusia si ésta era atacada por Alemania, o por Austria en combinación con Alemania. Rusia apoyaría a Francia en caso de ataque alemán, o italo-alemán. Mientras que el acuerdo franco-ruso de 1891 había sido un instrumento diplomático, y habría podido argüirse que iba dirigido tanto contra Gran Bretaña como contra Alemania, el único adversario previsto por este convenio militar era Alemania. Lo que después George Kennan llamaría «la alianza fatídica» (el acuerdo entre Francia y Rusia de 1891, seguido por la convención militar de 1894) constituyó el inicio de la carrera de Europa hacia la guerra.

Tal fue el principio del fin de la operación del equilibrio del poder. El equilibrio del poder funciona mejor si al menos se aplica una de las condiciones siguientes: primera, cada nación debe sentirse libre de aliarse con cualquier otro Estado, según las circunstancias del momento. Durante

gran parte del siglo XVIII, el equilibrio fue ajustado mediante constantes cambios de alineamiento; esto ocurrió también durante el período de Bismarck hasta 1890. Segunda, cuando hay alianzas fijas pero alguien vela para que ninguna de las coaliciones se vuelva hegemónica; la situación después del tratado franco-ruso, cuando Gran Bretaña siguió actuando como contrapeso y, en realidad, fue cortejada por ambos bandos. Tercera, cuando hay alianzas rígidas y no existe un contrapeso pero la cohesión de las alianzas es relativamente débil, de modo que, en cualquier asunto, hay acuerdos o cambios de alineación.

Cuando ninguna de estas condiciones prevalece, la diplomacia rechina. Se desarrolla un juego en que toda ganancia de un bando se ve como pérdida del otro, y las carreras armamentistas y las tensiones crecientes son inevitables. Tal fue la situación durante la Guerra Fría, y tácitamente en Europa después de que Gran Bretaña se uniera a la alianza franco-rusa, formando así la Triple Entente, en 1908.

Pero en contraste con la Guerra Fría, el orden internacional después de 1891 no se endureció a resultas de un solo desafío. Tuvieron que pasar quince años para que cada uno de los tres elementos de flexibilidad fuese destruido. Después de formada la Triple Entente, dejó de funcionar el equilibrio del poder. Las pruebas de fuerza fueron la regla, no la excepción. La diplomacia terminó como arte del compromiso, y sólo fue cuestión de tiempo que alguna crisis desatara los incontables acontecimientos.

En 1891, cuando Francia y Rusia se aliaron contra Alemania, Guillermo II aún esperaba lograr aquel pacto compensador con Gran Bretaña que su impetuosidad imposibilitó. El acuerdo colonial de 1890 no produjo la alianza que el embajador ruso había temido. El hecho de que no se materializara se debió, en parte, a la política interior británica.

Cuando el ya anciano Gladstone volvió al cargo en 1892, por última vez, hirió el sensible ego del káiser al rechazar toda asociación con las autocráticas Alemania o Austria.

Sin embargo, la razón fundamental de que fracasaran los intentos de establecer una alianza anglo-germana fue la persistente incompreensión, entre los gobernantes alemanes, de la política exterior británica tradicional, así como las verdaderas necesidades de su propia seguridad. Durante un siglo y medio, Gran Bretaña se había negado a comprometerse en ninguna alianza militar abierta. Sólo aceptaría dos tipos de compromiso: acuerdos militares limitados para enfrentarse a peligros definibles y claramente especificados, o alianzas para cooperar diplomáticamente en aquellas cuestiones en que sus intereses estuvieran en consonancia con los de otro país. En cierto sentido, la definición británica de alianza era, desde luego, una perogrullada: cooperaría cuando decidiera hacerlo. Pero una alianza también tenía el efecto de crear lazos morales y psicológicos, y la suposición, si no la obligación, de emprender acciones conjuntas en caso de crisis. Esto habría mantenido a Gran Bretaña alejada de Francia o de Rusia, o al menos habría dificultado su acercamiento.

Alemania rechazó tan informales procedimientos. Guillermo II insistió en la que él llamaba una alianza de tipo continental. «Si Inglaterra desea aliados o ayuda —dijo en 1895—, deberá abandonar su política de no comprometerse y aportar garantías o tratados de estilo continental.»²²⁴ Pero ¿qué quiso dar a entender el káiser al hablar de una garantía de estilo continental? Después de casi un siglo de «espléndido aislamiento», era evidente que Gran Bretaña no estaba dispuesta a aceptar ese permanente compromiso continental que reiteradamente había evitado durante ciento cincuenta años, y menos en favor de Alemania, que se estaba convirtiendo a toda prisa en el país más poderoso del continente.

En realidad, Alemania no necesitaba una garantía formal porque era lo bastante poderosa para

derrotar a cualquier potencial adversario continental e incluso a una combinación de adversarios mientras Gran Bretaña no se pusiese de parte de éstos. Lo que Alemania debió haber pedido a Gran Bretaña no era una alianza, sino su benévola neutralidad en una guerra continental, y para ello hubiera bastado un arreglo similar a una alianza. Al pedir lo que no necesitaba y ofrecer lo que Gran Bretaña no quería (compromisos generalizados de defender el Imperio británico), Gran Bretaña sospechó que Alemania estaba buscando la dominación mundial.

La impaciencia alemana aumentó la reserva de los británicos, quienes empezaban a tener serias dudas acerca del juicio de su «pretendiente». «No quiero pasar por alto la evidente angustia de mis amigos alemanes —escribió Salisbury—. Pero hoy no es prudente dejarse guiar mucho por su consejo. Se ha ido su Ajitófel²²⁵. Ellos son mucho más agradables y de trato más fácil; pero echamos de menos la extraordinaria perspicacia del viejo [Bismarck].»²²⁶

Mientras los dirigentes alemanes buscaban impetuosamente alianzas, el público alemán exigía una política exterior aún más enérgica. Sólo los socialdemócratas aguardaron un tiempo, aunque al final también cedieron a la opinión pública y apoyaron la declaración de guerra alemana de 1914. Las clases gobernantes alemanas no tenían experiencia en la diplomacia europea y mucho menos en esa *Weltpolitik* en la que tan ruidosamente insistían. Los *junkers*, que habían propiciado que Prusia dominara Alemania, soportarían el peso del oprobio después de las dos guerras mundiales, sobre todo en los Estados Unidos. En realidad, eran la clase social menos culpable de la extralimitación en asuntos extranjeros, pues básicamente se fijaban en la política continental y tenían poco interés en lo que ocurriese fuera de Europa. Más bien, fueron la nueva clase empresarial industrial y la creciente clase profesional las que formaron el núcleo de la agitación nacionalista, sin que el sistema político estuviese dotado del filtro parlamentario que había evolucionado en Gran Bretaña y en Francia durante varios siglos. En las democracias occidentales, las fuertes corrientes nacionalistas eran encauzadas por medio de instituciones parlamentarias; en Alemania tenían que expresarse mediante grupos de presión extraparlamentarios.

Por muy autocrática que fuera Alemania, sus gobernantes eran sumamente sensibles a la opinión pública y se dejaban influir en gran medida por grupos de presión nacionalistas que veían la diplomacia y las relaciones internacionales casi como si fuesen encuentros deportivos, y presionaban siempre al gobierno para que adoptara una línea más dura, que buscara una mayor expansión territorial, más colonias, un ejército más fuerte o una marina con más navíos. Trataban el normal toma y daca de la diplomacia o la menor insinuación de una concesión diplomática alemana como una humillación intolerable. Kurt Rietzler, secretario político del canciller alemán Theobald von Bethmann-Hollweg, cuando se declaró la guerra, observó con atino: «En nuestros tiempos, la amenaza de guerra se encuentra [...] en la política interna de esos países en que un gobierno débil se enfrenta a un movimiento nacionalista fuerte.»²²⁷

Este clima emocional y político causó una importante *gaffe* diplomática alemana, el llamado Telegrama Kruger, con la cual el emperador sabotó su propia opción de establecer una alianza con los británicos, al menos en este siglo. En 1895, un tal coronel Jameson, apoyado por intereses coloniales británicos y especialmente por Cecil Rhodes, encabezó una incursión en el independiente Estado bóer del Transvaal sudafricano. La incursión terminó en total fiasco, y causó gran incomodidad al gobierno de Salisbury, que afirmó no haber tenido ninguna participación directa en esta acción. La prensa nacionalista alemana se regocijó y exigió humillar aún más a Inglaterra.

Friedrich von Holstein, principal consejero y *éminence grise* en el Ministerio de Asuntos Exteriores, vio en la desastrosa incursión una buena oportunidad para enseñar a los ingleses las ventajas de tener por amiga a Alemania, mostrándoles la clase de adversario que podía ser. Por su

parte, la oportunidad de pavonearse fue irresistible para el káiser. Poco después del día de Año Nuevo de 1896, envió un mensaje al presidente Paul Kruger, del Transvaal, felicitándole por haber rechazado «los ataques del exterior». Era una bofetada a Gran Bretaña, e hizo surgir el fantasma de un protectorado alemán en el corazón de lo que los británicos consideraban su propia órbita de intereses. En realidad, el Telegrama Kruger no representaba ni las aspiraciones coloniales ni la política exterior alemanas, pues era un simple truco de relaciones públicas y, como tal, alcanzó su objetivo: «Nada que el gobierno haya hecho durante años —escribió el liberal *Allgemeine Zeitung* el 5 de enero— ha causado tan completa satisfacción [...] Representa el sentimiento del pueblo alemán.»²²⁸

La miopía y la insensibilidad de Alemania aceleraron esta corriente. El káiser y quienes le rodeaban llegaron a convencerse de que, como cortejar a Gran Bretaña no les había valido una alianza, tal vez una demostración del costo del desagrado alemán resultara más persuasiva. Por desgracia para Alemania, este enfoque contravenía los antecedentes históricos, que no ofrecían ejemplo alguno de que los británicos se dejaran amedrentar.

Lo que empezó como cierta forma de acoso para demostrar el valor de la amistad alemana fue convirtiéndose poco a poco en un auténtico desafío estratégico. No había nada como una amenaza a su dominio de los mares que con tanta probabilidad convirtiese a Gran Bretaña en enemiga implacable. Esto fue precisamente lo que hizo Alemania al parecer sin comprender que estaba lanzando un desafío irreversible. A mediados de la década 1890-1899 empezaron a crecer las presiones internas a fin de formar una gran marina alemana, encabezadas por los «navalistas», uno de los crecientes grupos de presión formados por industriales y oficiales de la Armada. Como despertaron un interés creado en las tensiones con Gran Bretaña para justificar las asignaciones navales, el Telegrama Kruger les vino como anillo al dedo, así como cualquier otro asunto en que hubiera posibilidad de entrar en conflicto con Gran Bretaña en los rincones más remotos del planeta, desde el *status* de Samoa hasta los límites del Sudán y el futuro de las colonias portuguesas.

Comenzó así un círculo vicioso que culminaría en el enfrentamiento. Por el privilegio de formar una Marina que en toda la siguiente guerra mundial sólo tuvo un encuentro no decisivo con la flota británica, en la batalla de Jutlandia, Alemania logró añadir a Gran Bretaña a su creciente lista de adversarios. No podía pensarse que Inglaterra se contuviera una vez que un país continental que ya poseía el ejército más fuerte de Europa empezara a querer compararse con Gran Bretaña en los mares.

Sin embargo, el káiser pareció no comprender la repercusión de su política. La irritación británica ante las bravatas alemanas y la formación de una Marina al principio no alteraron el hecho de que Francia continuara presionando a Gran Bretaña en Egipto, y Rusia desafiándola en Asia central. ¿Qué ocurriría si Rusia y Francia decidieran cooperar, presionando simultáneamente en África, Afganistán y China? ¿Y si los alemanes se les unían en un asalto al Imperio en Sudáfrica? Los gobernantes británicos empezaron a dudar de que el «espléndido aislamiento» todavía fuese la política exterior apropiada.

El más notable y elocuente portavoz de este grupo de opinión era el ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain. Esta figura deslumbrante, una generación más joven que Salisbury, pareció encarnar el siglo XX en su llamada a establecer alguna alianza, preferiblemente con Alemania, mientras que Salisbury, el anciano patricio, se apegaba estrictamente al impulso aislacionista del siglo anterior. En su importante discurso de noviembre de 1899, Chamberlain pidió una alianza «teutónica» entre Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos²²⁹. Tanto interés tenía Chamberlain que transmitió su plan a Alemania sin la aprobación de Salisbury. Pero los gobernantes alemanes

seguían exigiendo garantías en toda regla y olvidando la realidad puesto que las condiciones no venían al caso, y lo que debió haberles importado más era haberse asegurado la neutralidad británica en una guerra continental.

En octubre de 1900, la mala salud de Salisbury lo obligó a abandonar el cargo de ministro de Exteriores, aunque siguiera siendo primer ministro. Su sucesor en el Ministerio fue lord Lansdowne, quien coincidió con Chamberlain en que Gran Bretaña ya no podía disfrutar de seguridad mediante el «espléndido aislamiento». Pero Lansdowne no obtuvo el consenso para establecer una alianza en toda regla con Alemania; el gabinete se negó a pactar más que un acuerdo al estilo de una entente: «[...] un entendimiento respecto a la política que ellos (los gobiernos británico y alemán) puedan seguir en relación con cuestiones particulares o con determinadas partes del mundo en que ambos estén interesados»²³⁰. De hecho, era la misma fórmula que propiciaría la *Entente Cordiale* con Francia pocos años después, y que bastó para que Gran Bretaña entrara en la guerra mundial al lado de Francia.

Sin embargo, Alemania rechazó una vez más lo asequible en favor de lo que evidentemente era inalcanzable. El nuevo canciller alemán, Bülow, rehusó este tipo de entente con Gran Bretaña porque estaba más preocupado por la opinión pública que por los panoramas geopolíticos, especialmente porque su prioridad era convencer al Parlamento de que aprobara un gran aumento del contingente naval. No reduciría el programa naval por algo menos que una adhesión británica a una triple alianza entre Alemania, Austria e Italia. Salisbury rechazó la apuesta de Bülow de «todo o nada» y, por tercera vez en esa década, abortó un posible acuerdo anglo-germano. La incompatibilidad esencial entre los conceptos británico y alemán de la política exterior salió a la luz cuando los dos gobernantes explicaron su incapacidad para llegar a un acuerdo. Bülow, todo emoción, acusó a Gran Bretaña de provincianismo, pasando por alto el hecho de que este país había seguido una política exterior global durante más de un siglo antes de que Alemania estuviese siquiera unificada:

Los políticos ingleses saben poco del continente. Desde el punto de vista continental, saben tanto como nosotros acerca de las ideas en el Perú o en Siam. Son ingenuos en su consciente egoísmo y en una cierta confianza ciega. Les resulta difícil atribuir intenciones realmente malas a otros. Son muy apacibles, muy flemáticos y muy optimistas [...] ²³¹.

La respuesta de Salisbury fue como una lección de análisis de estrategia para su inquieto y un tanto difuso interlocutor. Citando un torpe comentario del embajador alemán en Londres, en el sentido de que Gran Bretaña necesitaba una alianza con Alemania para librarse de su peligroso aislamiento, escribió:

La obligación de tener que defender las fronteras alemana y austríaca contra Rusia es más difícil que la de tener que defender a las islas británicas contra Francia [...] El conde Hatzfeldt [el embajador alemán] habla de nuestro «aislamiento» como si constituyera un grave peligro para nosotros. ¿Hemos sentido en realidad alguna vez ese peligro? Si hubiésemos sucumbido en la guerra revolucionaria, nuestra caída no se habría debido a nuestro aislamiento. Teníamos muchos aliados, pero no nos habrían salvado si el emperador de Francia hubiese podido dominar el Canal. Salvo durante su reinado [de Napoleón], nunca hemos estado en peligro; por tanto, nos es imposible juzgar si ese «aislamiento» del que supuestamente sufrimos contiene o no contiene en sí algunos elementos de peligro. Poco prudente sería incurrir en obligaciones nuevas y sumamente onerosas para protegernos de un peligro en cuya existencia no tenemos ninguna razón histórica para creer ²³².

Simplemente, Gran Bretaña y Alemania no tenían suficientes intereses comunes que justificaran esa alianza global en toda regla que Alemania anhelaba. Los británicos temían que nuevos acuerdos con la fuerza alemana convirtieran a su potencial aliada en el tipo de potencia dominante al que ellos habían resistido durante toda su historia. Además, a Alemania no le gustaba adoptar el papel de auxiliar británico en asuntos tradicionalmente considerados ajenos a los intereses alemanes, como la amenaza a la India, y era demasiado arrogante para comprender los beneficios de la neutralidad británica.

El siguiente paso del ministro de Exteriores, Lansdowne, demostró que la convicción de los gobernantes alemanes de que su país era indispensable para Gran Bretaña sólo era un caso de exagerada autoestima. En 1902, Lansdowne asombró a Europa al forjar una alianza con Japón. Era la primera vez, desde los tratos de Richelieu con los turcos musulmanes, que una potencia europea iba a buscar ayuda fuera de Europa. Gran Bretaña y Japón convinieron en que si uno de los dos se veía envuelto en una guerra con alguna otra potencia, por causa de China o Corea, el otro mantendría la neutralidad. En cambio, si uno de los dos signatarios era atacado por dos adversarios, el otro signatario se comprometía a ayudar a su asociado. Como la alianza sólo entraría en vigor si Japón combatía a dos adversarios, Gran Bretaña finalmente había descubierto un aliado que estaba dispuesto y hasta ansioso por contener a Rusia sin intentar, en cambio, enredarla en acuerdos extraños, y al que además su ubicación en el Lejano Oriente lo situaba en una zona de mayor interés estratégico para Gran Bretaña que la frontera ruso-alemana. Además, Japón estaba protegido contra Francia, que sin la alianza podría haber recurrido a la guerra para fortalecer sus pretensiones apoyando a Rusia. Desde entonces, Gran Bretaña perdió todo interés en Alemania como socio estratégico; de hecho, con el paso del tiempo llegaría a ver a Alemania como amenaza geopolítica.

Todavía en 1912 hubo una nueva oportunidad de zanjar las diferencias anglo-germanas. Lord Haldane, primer lord del Almirantazgo, visitó Berlín para relajar las tensiones. Haldane llevaba órdenes de llegar a un acuerdo naval con Alemania, junto con esta prueba de la neutralidad británica: «Si una de las dos altas partes contratantes (es decir, Gran Bretaña y Alemania) se ve envuelta en una guerra en que no pueda decirse que sea la agresora, la otra al menos observará con la potencia así comprometida una neutralidad benévola.»²³³ El káiser insistió en que Inglaterra prometiera su neutralidad «si se le impusiera una guerra contra Alemania»²³⁴, lo que a Londres le sonó como una exigencia de que Gran Bretaña se mantuviera al margen si Alemania decidía lanzar un ataque contra Rusia o Francia. Cuando los británicos se negaron a aceptar los términos del káiser, él a su vez rechazó los suyos; la integración de la Armada alemana siguió adelante, y Haldane volvió a Londres con las manos vacías.

El káiser aún no había entendido que Gran Bretaña no iría más allá de un acuerdo tácito, que en realidad era todo lo que Alemania necesitaba. «Si Inglaterra sólo intenta tendernos la mano a condición de que limitemos nuestra flota —escribió—, eso es un atrevimiento sin límites que contiene un insulto al pueblo alemán y a su emperador. Esta oferta debe ser rechazada *a limine* [...]»²³⁵ Tan convencido como siempre de que podría intimidar a Inglaterra para que entrara en una alianza en toda regla, el káiser se jactó: «He demostrado a los ingleses que, cuando tocan nuestros armamentos, pican en piedra. Tal vez con ello haya yo intensificado su odio, pero me he ganado su respeto, lo que los llevará, a su debido tiempo, a reanudar las negociaciones, que es de esperar sean en tono más modesto y con mejores resultados»²³⁶.

El káiser, con su afán impetuoso e imperioso de buscar alianzas, simplemente logró intensificar las sospechas de Gran Bretaña. El programa naval alemán, aparte del acoso a Gran Bretaña durante

la guerra de los bóers de 1899-1902, provocó una minuciosa reevaluación de la política exterior británica. Durante un siglo y medio, Gran Bretaña había considerado a Francia la principal amenaza al equilibrio europeo, a la que había que oponerse con la ayuda de algún Estado alemán, casi siempre con Austria, y ocasionalmente con Prusia, y había visto a Rusia como el mayor peligro para su Imperio. Pero una vez firmada la alianza con Japón, Gran Bretaña empezó a revisar sus prioridades históricas. En 1903 inició un esfuerzo sistemático por resolver las cuestiones coloniales importantes con Francia, hasta culminar en la llamada *Entente Cordiale* de 1904, precisamente el tipo de acuerdo de cooperación informal que Alemania había rechazado una y otra vez. Casi al punto, Gran Bretaña empezó a buscar un acuerdo similar con Rusia.

Dado que la *Entente* era, formalmente, un acuerdo colonial, no representaba un cambio de la tradicional política británica de «aislamiento espléndido». Sin embargo, a efectos prácticos, Gran Bretaña abandonó su actitud de contrapeso y se adhirió a una de las dos alianzas opuestas. En julio de 1903, cuando se estaba negociando la *Entente*, un representante de Francia en Londres propuso a Lansdowne como *quid pro quo* que Francia haría todo lo posible por aliviar las presiones de Rusia contra Gran Bretaña en cualquier otra parte:

[...] que la amenaza más grave a la paz de Europa estaba en Alemania, que un buen entendimiento entre Francia e Inglaterra era el único sistema para mantener en jaque los designios de Alemania, y que si se pudiese llegar a semejante entendimiento, Inglaterra descubriría que Francia era capaz de ejercer una influencia saludable en Rusia y, por tanto, de aliviar muchas de nuestras preocupaciones a causa de ese país²³⁷.

En una década, Rusia, antes atada a Alemania por el Tratado de Reaseguro, se había convertido en aliada militar de Francia, mientras que Gran Bretaña, que pretendió una y otra vez aliarse con Alemania, se unía al bando diplomático francés. Alemania había logrado la extraordinaria hazaña de aislarse y de unir a tres antiguos enemigos en una coalición hostil en su contra.

El estadista consciente de un peligro inminente debe tomar una decisión básica. Si cree que la amenaza se intensificará con el paso del tiempo, deberá tratar de arrancarla de cuajo. Pero si llega a la conclusión de que ese peligro que se cierne refleja una combinación fortuita, si bien accidental, de circunstancias, más le valdrá esperar y dejar que el tiempo acabe con el peligro. Doscientos años antes, Richelieu había reconocido el peligro de que Francia fuese cercada por fuerzas hostiles; de hecho, evitarlo constituyó el eje de su política. Pero también comprendió los diversos componentes de ese peligro potencial. Concluyó que si iniciaba una acción prematura uniría a los Estados que rodeaban Francia. De este modo, consideró que el tiempo era su aliado y esperó a que se manifestaran las diferencias ya latentes entre los adversarios de Francia. Entonces, y sólo después de que éstas hubieran echado raíces, se permitió entrar en liza.

El káiser y sus consejeros no tenían la paciencia ni la agudeza necesarias para seguir semejante política... aun cuando los países por los que Alemania se sentía amenazada fuesen sus aliados naturales. La reacción de Alemania al inminente cerco consistió en acelerar la misma clase de diplomacia que, para empezar, había provocado ese peligro. Trató de escindir a la joven *Entente Cordiale* buscando un pretexto para humillar a Francia, demostrándole así una vez más que el apoyo británico era ilusorio o ineficaz.

La oportunidad para que Alemania pusiese a prueba el temple de la *Entente* se presentó en Marruecos, donde los designios de Francia violaban un tratado que afirmaba la independencia de Marruecos, y donde Alemania tenía considerables intereses comerciales. El káiser decidió actuar

estando en un crucero, en marzo de 1905. Recién desembarcado en Tánger, expresó la resolución alemana de apoyar la independencia de Marruecos. Los gobernantes alemanes suponían, en primer lugar, que los Estados Unidos, Italia y Austria apoyarían su política de puertas abiertas; que Rusia no podría participar puesto que se hallaba al final de la guerra ruso-japonesa, y que Gran Bretaña se sentiría feliz al verse liberada de sus obligaciones para con Francia en una conferencia internacional.

Todas estas suposiciones fueron equivocadas porque el temor a Alemania superaba cualquier otra consideración. En el primer desafío a la *Entente Cordiale*, Gran Bretaña apoyó a Francia hasta el final, y no aceptó la llamada de Alemania a celebrar una conferencia hasta que Francia, a su vez, lo hubo aceptado. Austria e Italia se mostraban renuentes a acercarse siquiera a un atisbo de guerra. Sin embargo, los gobernantes alemanes arriesgaron todo su prestigio en esta creciente disputa, aduciendo que todo lo que no fuera una victoria diplomática que demostrara la inutilidad de la *Entente* resultaría desastroso.

Durante todo su reinado, el káiser prefirió desencadenar crisis en vez de ponerles fin. Los encuentros dramáticos le resultaban emocionantes, pero no tenía suficiente valor para sostener un enfrentamiento prolongado. Guillermo II y sus consejeros calcularon atinadamente que Francia no estaba dispuesta a ir a la guerra. Pero, a la vista de los resultados, tampoco lo estaban ellos. Todo lo que en realidad lograron fue la dimisión del ministro francés de Exteriores, Delcassé; y esta victoria sólo fue temporal, porque Delcassé no tardó en reaparecer en otro cargo, conservando un puesto importante en la política francesa. En cuanto a lo sustancial de la disputa, los gobernantes alemanes, sin el valor de su jactanciosa retórica, se dejaron embaucar en una conferencia programada seis meses después en la ciudad española de Algeciras. Cuando un país amenaza con la guerra y luego opta por una conferencia que se celebrará en fecha ulterior, automáticamente disminuye la credibilidad de su amenaza. (Así fue como las democracias occidentales anularon el ultimátum de Jruschov sobre Berlín, medio siglo después.)

En la inauguración de la Conferencia de Algeciras, en enero de 1906, quedó patente el aislamiento alemán. Edward Grey, ministro de Exteriores del nuevo gobierno liberal de Gran Bretaña, advirtió al embajador alemán en Londres que, en caso de guerra Gran Bretaña se pondría del lado de Francia:

[...] en caso de un ataque a Francia por parte de Alemania, a causa de nuestro Acuerdo de Marruecos, el sentimiento público de Inglaterra sería tan fuerte que ningún gobierno británico podría permanecer neutral [...]²³⁸.

La emotividad de los gobernantes alemanes y su incapacidad para definir objetivos a largo plazo hicieron que la Conferencia de Algeciras fuera un desastre diplomático para su país. Los Estados Unidos, Italia, Rusia y Gran Bretaña se negaron a apoyar a Alemania. Los resultados de esta primera crisis de Marruecos fueron exactamente contrarios a lo que habían tratado de alcanzar sus gobernantes: en lugar de sabotear la *Entente Cordiale*, dieron lugar a una cooperación militar anglo-francesa e impulsaron la *Entente* anglo-rusa de 1907.

Después de Algeciras, Gran Bretaña aceptó esa cooperación militar con una potencia continental que durante tanto tiempo había evitado, y se iniciaron consultas entre los jefes de la marina británica y francesa. A pesar de todo, el gabinete se mostraba intranquilo ante esta nueva situación. Grey escribió a Paul Cambon, embajador francés en Londres, tratando de limitar sus compromisos:

Hemos convenido en que la consulta entre expertos no se considera ni debe ser considerada una obligación que comprometa a cada uno de los gobiernos a la acción en una contingencia que no ha surgido y podría no surgir nunca [...] ²³⁹.

Ésta era la tradicional cláusula de escape inglesa: que Londres no se comprometiera legalmente con circunstancias específicas en las que se viera obligado a emprender una acción militar. Francia aceptó este freno al control parlamentario convencida de que las conversaciones entre sus estados mayores producirían los efectos oportunos, cualquiera que fuese la obligación legal. Durante quince años, los gobernantes alemanes se habían negado a conceder a Gran Bretaña esta libertad de acción. Los franceses tuvieron la perspicacia política necesaria para tolerar la ambigüedad británica y basarse en la convicción de que contraían una obligación moral que, en un momento de crisis, bien podía imponerse.

Al surgir el bloque anglo-franco-ruso de 1907, sólo dos fuerzas quedaban en juego en la diplomacia europea: la Triple Entente y la alianza entre Alemania y Austria. Alemania se encontró totalmente cercada. Como la *Entente* anglo-francesa, también el pacto inglés con Rusia comenzó como acuerdo colonial. Durante varios años, Gran Bretaña y Rusia habían ido olvidando paulatinamente sus disputas coloniales. La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 frustró definitivamente las ambiciones rusas en Extremo Oriente. Al llegar el verano de 1907, Gran Bretaña pudo ofrecer sin peligro a Rusia unas condiciones generosas en Afganistán y Persia, dividiendo Persia en tres ámbitos de influencia: los rusos recibirían la región septentrional; la región central sería declarada neutral, y Gran Bretaña dominaría el sur. Afganistán sería del dominio inglés. Por fin se normalizaban las relaciones anglo-rusas, que diez años antes habían estado plagadas de disputas que abarcaban un tercio del planeta, desde Constantinopla hasta Corea. La preocupación británica por Alemania se puso de manifiesto cuando, para obtener la cooperación de Rusia, Gran Bretaña estuvo dispuesta a abandonar su determinación de mantener a Rusia fuera de los Dardanelos. Como observó Grey, ministro de Exteriores: «Unas buenas relaciones con Rusia significan que hay que abandonar nuestra vieja política de cerrarle el paso en los Dardanelos y de echar todo nuestro peso contra ella en toda conferencia de las potencias.» ²⁴⁰

Algunos historiadores ²⁴¹ han afirmado que la verdadera Triple Entente fueron dos acuerdos coloniales que salieron mal, y que Gran Bretaña habría deseado proteger su Imperio, no cercar a Alemania. Sin embargo, existe un documento ya clásico, el llamado Memorándum Crowe, que no deja ninguna duda razonable de que Gran Bretaña ingresó en la Triple Entente para frustrar lo que temía fuese un plan alemán de dominación mundial. El 1 de enero de 1907 sir Eyre Crowe, importante analista del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, explicó por qué, según su parecer, era imposible lograr un acuerdo con Alemania, y la única opción era un entendimiento con Francia. El Memorándum Crowe está en un nivel de análisis que nunca alcanzó ningún documento de la Alemania posterior a Bismarck. El conflicto se había convertido en estrategia y fuerza bruta, y a menos que exista una enorme desproporción de fuerza, lo que no era el caso, el estratega lleva las de ganar porque puede planificar sus acciones, mientras que su adversario se ve obligado a improvisar. Aunque Crowe reconocía importantes diferencias entre Gran Bretaña, Francia y Rusia, afirmó, no obstante, que éstas se veían obligadas a firmar acuerdos porque reflejaban objetivos definibles y, por tanto, limitados. Lo que hacía tan amenazadora la política exterior alemana era la falta de una motivación perceptible y razonable tras sus incesantes desafíos globales, que se extendían a través de regiones tan remotas como el sur de África, Marruecos y Oriente Medio. Además, el afán alemán de convertirse en potencia marítima era «incompatible con la supervivencia del Imperio británico».

Según Crowe, la desafortunada conducta de Alemania aseguraba un enfrentamiento: «La unión del mayor poder militar con el mayor poder naval en un solo Estado obligaría al mundo a unirse para verse libre de semejante pesadilla.»²⁴²

Fiel a los principios de la *Realpolitik*, Crowe arguyó que la estructura y no el motivo era lo que determinaba la estabilidad; en esencia las intenciones de Alemania no importaban, lo que importaba eran sus posibilidades. Y planteó dos hipótesis:

O bien Alemania aspira definitivamente a una hegemonía política general y a la supremacía marítima, amenazando la independencia de sus vecinos y en último término la existencia de Inglaterra, o bien, libre de toda ambición tan clara, y pensando por el momento sólo en emplear su posición legítima y su influencia como una de las principales potencias en el concierto de las naciones, busca promover su comercio exterior, difundir los beneficios de la cultura alemana, extender la esfera de sus energías nacionales y crear nuevos intereses alemanes por todo el mundo donde y cuando se le ofrezca una oportunidad pacífica L.]²⁴³.

Crowe insistió en que estas aspiraciones no importaban porque, a la postre, serían anuladas por las tentaciones inherentes al creciente poderío de Alemania:

[...] es evidente que el segundo plan (el de la evolución semiindependiente, con alguna ayuda de carácter político-diplomático) puede en cualquiera de las etapas unirse al primero; esto es, al plan escogido expresamente. Más aún, si alguna vez el plan relativo a la evolución llegara a realizarse, la posición que de ello se derivaría para Alemania constituiría para el resto del mundo una amenaza tan formidable como la que representaría la conquista deliberada de una posición similar, proveniente de premeditada mala fe²⁴⁴.

Aunque el Memorandum Crowe no pasó de oponerse a todo entendimiento con Alemania, su idea era clara: si Alemania no dejaba de buscar la supremacía marítima y moderaba su llamada *Weltpolitik*, era seguro que Gran Bretaña se le opondría, uniéndose a Rusia y a Francia. Y lo haría con la misma implacable tenacidad con que había frustrado las pretensiones francesas y españolas en siglos anteriores.

Gran Bretaña declaró que no toleraría ningún aumento de la fuerza alemana. En 1909, Grey, ministro de Exteriores, expuso este punto en respuesta a una oferta alemana de retardar (pero no de poner fin a) la creación de su Armada si Gran Bretaña aceptaba mantenerse neutral en una guerra de Alemania contra Francia y Rusia. Grey aseguró que el acuerdo propuesto:

[...] serviría para establecer la hegemonía alemana en Europa y no duraría mucho después de haber servido a ese propósito. Es, de hecho, una invitación a ayudar a Alemania a hacer una combinación europea que podría ser dirigida contra nosotros cuando así le conviniera [...] si sacrificamos las otras potencias a Alemania, a la postre seremos atacados²⁴⁵.

Tras la creación de la Triple Entente, el juego del gato y el ratón al que se habían dedicado Alemania y Gran Bretaña en la última década del siglo XIX se volvió mortalmente serio, convirtiéndose en una lucha entre una potencia partidaria del *statu quo* y otra que exigía un cambio del equilibrio. No siendo ya posible aplicar la flexibilidad diplomática, la única manera de alterar el equilibrio del poder era añadir más armamento, o mediante la victoria militar.

Las dos alianzas se contemplaban a través de un abismo de creciente desconfianza. En contraste con el período de la Guerra Fría, las dos agrupaciones no temían la guerra. De hecho, les preocupaba más mantener su cohesión que evitar un enfrentamiento. El enfrentamiento directo se había convertido en el método habitual de la diplomacia. A pesar de todo, aún existía una oportunidad de evitar la catástrofe porque en realidad había pocas cuestiones que justificaran una guerra entre las alianzas. Ningún otro miembro de la Triple Entente iría a la guerra para ayudar a Francia a recuperar Alsacia-Lorena. Tampoco era probable que Alemania, aun en su exaltación, apoyara una guerra austríaca de agresión en los Balcanes. Una política de moderación habría podido aplazar la guerra y hacer que se desintegraran gradualmente esas alianzas tan antinaturales, en especial porque la Triple Entente se había formado, en principio, por temor a Alemania.

Al terminar la primera década del siglo XX, el equilibrio del poder había degenerado en coaliciones hostiles cuya rigidez era comparable a la temeraria desatención a las consecuencias que habían mostrado al formarse. Rusia estaba atada a una Serbia donde hervían facciones nacionalistas y hasta terroristas y que, no teniendo nada que perder, no se preocupaba por el riesgo de una guerra general. Francia había dado un cheque en blanco a una Rusia impaciente por recuperar su autoestima después de haber perdido la guerra ruso-japonesa. Alemania había hecho lo mismo con una Austria desesperada por proteger sus provincias eslavas contra la agitación de Serbia, la cual, a su vez, contaba con el apoyo de Rusia. Las naciones de Europa se habían dejado enredar hasta quedar presas de sus fogosos clientes balcánicos. Lejos de contener a estos países de pasiones desatadas, y con un sentido limitado de la responsabilidad global, se dejaron arrastrar por la paranoia de que sus inquietos clientes pudiesen cambiar de alianza si no se cumplían sus caprichos. Durante unos cuantos años se pudieron superar las crisis, aunque cada una se fuera acercando cada vez más al enfrentamiento inevitable. La reacción de Alemania a la Triple Entente reveló su absoluta determinación de cometer el mismo error una y otra vez; cada problema era visto como una prueba de virilidad para demostrar que Alemania era decidida y poderosa, mientras que sus adversarios carecían de resolución y de energía. Sin embargo, cada nuevo desafío alemán estrechaba más los lazos de unión de la Triple Entente.

En 1908, estalló una crisis internacional a causa de Bosnia-Herzegovina, digna de ser narrada porque muestra la tendencia de la historia a repetirse. Bosnia-Herzegovina había sido el remanso de Europa; su situación había quedado ambigua en el Congreso de Berlín porque, en realidad, nadie sabía qué hacer con ella. Esta «tierra de nadie» entre el imperio otomano y el de los Habsburgo, donde coexistían católicos, ortodoxos y musulmanes, y las poblaciones croata, serbia y musulmana, nunca había sido un Estado y ni siquiera se había gobernado a sí misma. Sólo parecía gobernable si no se pedía a ninguno de estos grupos que se sometiera a los demás. Durante treinta años, Bosnia-Herzegovina había estado bajo la soberanía turca, la administración austríaca y una autonomía local, sin experimentar ningún desafío grave por esta combinación multinacional, que dejaba sin resolver la cuestión de su soberanía definitiva. Austria había esperado treinta años antes de iniciar una anexión en toda regla porque las pasiones de la mezcla políglota eran demasiado complejas hasta para los austríacos, pese a su larga experiencia de administrar en medio del caos. Cuando finalmente se anexionaron Bosnia-Herzegovina, lo hicieron más para anotarse un tanto contra Serbia (e indirectamente contra Rusia) que para alcanzar algún coherente objetivo político. En consecuencia, Austria rompió el delicado equilibrio de contrapesar los odios.

Tres generaciones después, en 1992, volverían a brotar las mismas pasiones elementales por asuntos semejantes, desconcertando a todos menos a los fanáticos, que eran los protagonistas directos, y a los familiarizados con la singular historia de la región. Una vez más, un súbito cambio

de gobierno convirtió Bosnia-Herzegovina en un hervidero. En cuanto Bosnia fue declarada Estado independiente, todas las nacionalidades se lanzaron unas contra otras en pos del predominio; los serbios ajustaron viejas cuentas de manera particularmente brutal.

Aprovechando la debilidad de Rusia después de la guerra ruso-japonesa, Austria, con total despreocupación, aplicó una cláusula secreta del Congreso de Berlín, de treinta años de antigüedad, por la cual las potencias permitían que Austria se anexionara Bosnia-Herzegovina. Hasta entonces, Austria se había contentado con el dominio *de facto*, porque ya no deseaba tener más súbditos eslavos. Pero en 1908, cambió esa decisión, porque temía que su Imperio se disolviera a causa de la agitación serbia y creía que necesitaba algún triunfo para demostrar la continuidad de su hegemonía en los Balcanes. En las tres décadas transcurridas, Rusia había perdido su posición dominante en Bulgaria, y la Liga de los Tres Emperadores se había disuelto. Comprensiblemente, Rusia se indignó al ver que se invocaba un acuerdo casi olvidado para permitir a Austria adquirir un territorio liberado por una guerra rusa.

Pero la indignación no garantiza el triunfo, sobre todo cuando el que la causó ya se ha adueñado del botín. Por primera vez, Alemania se colocó abiertamente del lado de Austria, indicando así que estaba dispuesta a arriesgarse a una guerra europea si Rusia se oponía a la anexión. Luego, para aumentar más aún la tensión, Alemania exigió que Rusia y Serbia reconocieran en toda regla la jugada de Austria. Rusia tuvo que tragarse esta humillación porque Gran Bretaña y Francia todavía no estaban dispuestas a entrar en guerra por una cuestión balcánica, y porque Rusia no podía ir sola a la guerra tan poco tiempo después de su derrota frente a los japoneses.

De este modo, Alemania se convirtió en un obstáculo en el camino de Rusia, y en una zona en que nunca había afirmado tener un interés vital; de hecho, hasta entonces Rusia había podido contar con Alemania para que moderara las ambiciones austríacas. Alemania demostró no sólo su rudeza sino también una grave laguna en su memoria histórica. Sólo medio siglo antes, Bismarck había predicho con toda exactitud que Rusia jamás perdonaría a Austria que la hubiera humillado en la guerra de Crimea. Ahora, Alemania cometía el mismo error, intensificando la desavenencia con Rusia, que había comenzado en el Congreso de Berlín.

Humillar a un gran país sin debilitarlo es siempre algo peligroso. Aunque Alemania creyera que estaba enseñando a Rusia la importancia de la buena voluntad alemana, Rusia decidió no volver a dejarse coger desprevenida. De este modo, las dos grandes potencias continentales empezaron a enfrascarse en un juego llamado «del gallina» en *slang* norteamericano, en el que cada uno de los dos conductores lanza su vehículo contra el otro, con la esperanza de que se desvíe en el último instante, confiando en que sus propios nervios mostrarán más temple. Por desgracia, este juego se practicó en varias ocasiones en Europa antes de la Primera Guerra Mundial. Cada vez que se evitó una colisión, se fortaleció la confianza colectiva en que el juego, a la postre, no era peligroso, haciendo olvidar a todos que un solo fallo ocasionaría una catástrofe irremediable.

Como si Alemania quisiera asegurarse de no haber dejado de provocar a ningún adversario potencial, o para dar a todos ellos razones suficientes para estrechar sus lazos en defensa propia, decidió entonces desafiar a Francia. En 1911, Francia, que para entonces administraba Marruecos, respondió a ciertos desórdenes locales enviando tropas a la ciudad de Fez, violando con toda claridad el Acuerdo de Algeciras. Entre los estruendosos aplausos de la prensa nacionalista alemana, el káiser reaccionó enviando el cañonero *Panther* al puerto marroquí de Agadir. «¡Hurra! ¡Acción! —escribió el *Rheinisch-Westfälische Zeitung* el 2 de julio de 1911—. Por fin acción; un hecho liberador que deberá disolver toda nube de pesimismo.»²⁴⁶ Las *Münchener Neueste Nachrichten* recomendaron que el gobierno siguiera su política con toda energía, «aun si de esa política surgen

circunstancias que hoy no podemos prever»²⁴⁷. Con lo que pasaba por sutileza en la prensa alemana, el periódico estaba pidiendo, básicamente, que Alemania se arriesgara a una guerra por Marruecos.

El grandilocuentemente llamado «salto del *Panther*» tuvo el mismo fin que los anteriores esfuerzos de Alemania por romper el cerco en que ella misma se había metido. Una vez más, Alemania y Francia parecieron estar al borde de la guerra; las metas de Alemania seguían tan mal definidas como siempre. ¿Qué clase de compensación buscaba esta vez? ¿Un puerto marroquí? ¿Una parte de la costa atlántica de Marruecos? ¿Ventajas coloniales en otras partes? En realidad, deseaba intimidar a Francia, pero no supo dar una expresión práctica a ese objetivo.

De acuerdo con la evolución de sus relaciones, Gran Bretaña apoyó a Francia con más firmeza que en Algeciras en 1906. El cambio de la opinión pública británica se demostró en la actitud del entonces ministro del Tesoro, David Lloyd George, quien tenía una bien ganada reputación de pacifista y partidario de mantener buenas relaciones con Alemania. Sin embargo, en esta ocasión pronunció un importante discurso en que advirtió que si:

[...] se nos impusiera una situación en que sólo pudiésemos mantener la paz perdiendo la grande y beneficiosa posición que hemos conquistado con siglos de heroísmo y de realizaciones [...] entonces digo, categóricamente, que la paz a ese precio sería una humillación intolerable para un gran país como el nuestro²⁴⁸.

Incluso Austria se mostró distante con su poderosa aliada, no viendo ninguna razón para arriesgar su supervivencia en una aventura en el África septentrional. Alemania retrocedió, aceptando una zona extensa pero inútil en el África central, y esta transacción arrancó las protestas de la prensa nacionalista alemana. «Prácticamente nos arriesgamos a una guerra mundial por unos cuantos pantanos congoleños», escribió el *Berliner Tageblatt* el 3 de noviembre de 1911²⁴⁹. Sin embargo, lo que debió haberse criticado no era el valor de las nuevas adquisiciones, sino la imprudencia de amenazar con la guerra a otro país de vez en cuando sin ser capaces de definir un objetivo coherente, aumentando cada vez el temor que, desde un principio, había provocado que se formaran las coaliciones hostiles.

Si para entonces las tácticas alemanas ya estaban marcadas, también lo estaba la respuesta anglo-francesa. En 1912, los estados mayores de Gran Bretaña, Francia y Rusia iniciaron conversaciones militares cuya importancia sólo quedó limitada formalmente por el habitual subterfugio inglés de que no constituían un compromiso obligatorio. Y aun esta cortapisa fue refutada hasta cierto punto por el Tratado Naval anglo-francés de 1912, según el cual la flota francesa fue trasladada al Mediterráneo, y Gran Bretaña asumió la responsabilidad de defender la costa atlántica francesa. Dos años después, este acuerdo sería invocado como obligación moral para que Gran Bretaña entrara en la Primera Guerra Mundial porque, según se afirmó, Francia había dejado indefensa su costa del canal de la Mancha, dependiendo del apoyo inglés. (Veintiocho años después, en 1940, un acuerdo similar entre los Estados Unidos y Gran Bretaña permitiría a ésta trasladar su flota del Pacífico al Atlántico, lo que implicaba la obligación moral para los Estados Unidos de proteger las casi indefensas posesiones asiáticas de Gran Bretaña contra todo ataque japonés.)

En 1913, el gobierno alemán aumentó las desavenencias con Rusia mediante otra de sus maniobras caprichosas e insensatas. Esta vez, Alemania aceptó reorganizar el ejército turco y enviar a un alto mando alemán al mando de Constantinopla. Guillermo II exageró el desafío al despedir la misión con un discurso característicamente grandilocuente, en que expresó su esperanza de que «las banderas alemanas pronto ondearan sobre las fortificaciones del Bósforo»²⁵⁰.

Pocas cosas habrían podido enfurecer más a Rusia que la aspiración alemana a dominar los Dardanelos, que Europa había negado a Rusia durante un siglo. Habría sido muy difícil para Rusia resignarse a que ese estrecho fuera dominado por un país débil como la Turquía otomana, pero nunca toleraría la dominación por parte de una gran potencia. El ministro de Exteriores ruso, Sergei Sazonov, escribió al zar en diciembre de 1913: «Abandonar los Dardanelos en manos de un Estado poderoso sería sinónimo de subordinar todo el desarrollo económico del sur de Rusia a ese Estado.»²⁵¹ Nicolás II dijo al embajador inglés que «Alemania aspiraba a adquirir en Constantinopla una posición que le permitiera encerrar por completo a Rusia en el Mar Negro. Si intentara llevar adelante esta política, él tendría que oponerse con todas sus fuerzas, sin importar que la guerra fuese la única alternativa»²⁵².

Aunque Alemania inventó una fórmula para no quedar en ridículo al sacar de Constantinopla al comandante alemán (ascendiéndolo a mariscal de campo, lo que, según la tradición alemana, le prohibía mandar tropas sobre el terreno), el daño causado era irreparable. Rusia comprendió que el apoyo de Alemania a Austria en relación con Bosnia-Herzegovina no había sido una aberración. El káiser, considerando estos hechos como una prueba para su valor, el 25 de febrero de 1914 le dijo a su canciller: «¡Las relaciones ruso-prusianas han muerto para siempre! ¡Ahora somos enemigos!»²⁵³ Seis meses después estallaría la Primera Guerra Mundial.

Había evolucionado un sistema internacional cuya rigidez y estilo belicista tendrían un paralelismo en la ulterior Guerra Fría. Pero, de hecho, el orden internacional anterior a la Primera Guerra Mundial fue mucho más frágil que el de la Guerra Fría. En la era nuclear sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética tuvieron los medios técnicos para iniciar una guerra global en que los riesgos eran tan catastróficos que ninguna de las dos superpotencias se atrevió a poner en manos de ningún aliado, por muy cercano que fuera, tan aterrador poder. En cambio, antes de la Primera Guerra Mundial cada miembro de las dos principales coaliciones pudo no sólo iniciar una guerra, sino chantajear a sus aliados para que lo apoyaran.

Durante un tiempo, el propio sistema de alianzas impuso cierta moderación. Francia contuvo a Rusia en conflictos que afectaban principalmente a Austria; Alemania desempeñó un papel similar con Austria frente a Rusia. En la crisis de Bosnia de 1908, Francia aclaró que no iría a la guerra por los Balcanes. Durante la crisis de Marruecos de 1911, se le dijo firmemente al presidente de Francia, Calliaux, que todo intento francés de resolver por la fuerza una crisis colonial no contaría con el apoyo ruso. Y todavía durante la guerra de los Balcanes de 1912, Alemania advirtió 'a Austria de que su apoyo tenía límites, y Gran Bretaña presionó a Rusia para que moderara sus acciones en favor de la caprichosa e impredecible Liga Balcánica, encabezada por Serbia. En la Conferencia de Londres de 1913, Gran Bretaña ayudó a impedir que Serbia se apoderara de Albania, lo que habría sido intolerable para Austria.

Sin embargo, la Conferencia de Londres de 1913 sería la última ocasión en que el sistema internacional anterior a la Primera Guerra Mundial pudiera sofocar conflictos. Serbia estaba disconforme con el tibio apoyo de Rusia, mientras que a ésta le irritaban la posición de la Gran Bretaña como árbitro imparcial y la manifiesta renuencia de Francia a entrar en guerra. Austria, a punto de desintegrarse bajo las presiones de Rusia y de los eslavos del sur, se indignó de que Alemania no la apoyara más vigorosamente. Serbia, Rusia y Austria esperaban mayor ayuda de sus aliados; Francia, Gran Bretaña y Alemania temieron perder a sus asociados si no los secundaban con mayor energía en la siguiente crisis.

Después, cada una de las grandes potencias sintió el súbito temor de que una actitud conciliadora le hiciese parecer débil e indigna de confianza, haciendo que sus asociados la

abandonaran ante una coalición hostil. Todos empezaron a aceptar riesgos no justificados por sus intereses nacionales históricos ni por ningún objetivo estratégico racional a largo plazo. Casi a diario, se contradecía la frase de Richelieu de que los medios deben corresponder a los fines. Alemania corrió el riesgo de una guerra mundial para que todos vieran que defendía la política sudeslava de Viena, en la que no tenía ningún interés nacional. Rusia aceptó luchar a muerte con Alemania para que todos vieran que era fiel aliada de Serbia. Alemania y Rusia no tenían ningún gran conflicto entre sí; su enfrentamiento fue por causas ajenas.

En 1912, el nuevo presidente de Francia, Raymond Poincaré, informó al embajador ruso respecto a los Balcanes que «si Rusia va a la guerra, también irá Francia, pues sabemos que en esta cuestión Alemania está de parte de Austria»²⁵⁴. Regocijado, el embajador ruso informó de «una opinión francesa completamente nueva», y dijo que «las conquistas territoriales de Austria afectan el equilibrio europeo y, por tanto, a los intereses de Francia»²⁵⁵. Ese mismo año, el viceministro del Ministerio de Asuntos Exteriores, sir Arthur Nicholson, escribió al embajador británico en San Petersburgo: «No sé cuánto tiempo más podremos seguir nuestra actual política de bailar en la cuerda floja sin vernos obligados a adoptar alguna medida. Me obsesiona el mismo temor que a usted: que Rusia se canse de nosotros y haga un trato con Alemania.»²⁵⁶

Para que nadie lo superara en imprudencia, el káiser prometió a Austria en 1913 que en la siguiente crisis Alemania la secundaría, de ser necesario, hasta la guerra. El 7 de julio de 1914 el canciller alemán explicó la política que menos de cuatro semanas después provocaría la guerra: «Si los apremiamos [a los austríacos], dirán que nosotros los empujamos; si los disuadimos, se dirá que los dejamos en la estacada. Entonces se dirigirán a las potencias occidentales, que los recibirán con los brazos abiertos, y, tal como están las cosas perderemos a nuestro último aliado.»²⁵⁷ Quedaba sin definir qué beneficio obtendría Austria en caso de unirse a la Triple Entente. Tampoco era probable que Austria pudiera ingresar en un grupo en el que estaba Rusia, que deseaba socavar la posición de Austria en los Balcanes. A lo largo de la historia se han formado alianzas para aumentar la fuerza de una nación en caso de guerra, pero al aproximarse la Primera Guerra Mundial, el primer móvil que provocó la guerra fue fortalecer las alianzas.

Los gobernantes de todos los principales países simplemente no captaron los alcances de la tecnología de que disponían, ni de las coaliciones que de manera tan febril estaban formando. Parecieron olvidar las enormes bajas de la Guerra de Secesión norteamericana, entonces relativamente reciente, y al parecer esperaban un conflicto breve y decisivo. Nunca se les ocurrió pensar que como sus alianzas no correspondían a objetivos políticos racionales, acabarían destruyendo la civilización que habían conocido. Cada alianza había puesto demasiado en juego para permitir que funcionara la tradicional diplomacia del concierto de Europa. En cambio, las grandes potencias se las arreglaron para construir una infernal máquina diplomática, aunque no supieran lo que estaban haciendo.

En el vórtice: la máquina militar infernal

El aspecto más asombroso del estallido de la Primera Guerra Mundial no consiste en que una crisis más sencilla que otras muchas superadas anteriormente desencadenara una catástrofe generalizada, sino en que tardara tanto tiempo en hacerlo. En 1914, el enfrentamiento entre Alemania y Austria-Hungría, por una parte, y la Triple Entente, por la otra, se había vuelto mortal. Los estadistas de todos los grandes países habían contribuido a edificar el mecanismo diplomático infernal que haría que cada crisis sucesiva fuese más difícil de resolver. Sus jefes militares habían aumentado enormemente el peligro añadiendo planes estratégicos que reducían el tiempo necesario para tomar las decisiones. Como los planes militares dependían de la rapidez, y la maquinaria diplomática no podía librarse de su lento ritmo tradicional, resultó imposible resolver la crisis por esta vía bajo la intensa premura del tiempo. Para colmo de males, los estrategas militares no habían explicado adecuadamente a los políticos las implicaciones de su tarea.

De hecho, la estrategia militar se había vuelto autónoma. El primer paso en esta dirección se dio durante la negociación de una alianza militar franco-rusa, en 1892. Hasta entonces, las negociaciones de alianzas habían sido acerca del *casus belli*, o de las acciones específicas del adversario que pudiesen obligar a los aliados a entrar en guerra, y casi invariablemente su definición dependía de quién hubiera roto las hostilidades.

En mayo de 1892, el negociador ruso, general responsable del aparato administrativo, Nikolai Obruchev, envió una carta a su ministro de Exteriores Giers, explicándole cómo el método tradicional para definir el *casus belli* había sido sobrepasado por la tecnología moderna. Argüía Obruchev que lo importante era quién sería el primero en movilizarse, no quién haría el primer disparo: «Emprender la movilización ya no puede considerarse un acto pacífico; por el contrario, representa la acción más decisiva de la guerra.»²⁵⁸

El bando que tardara más en movilizarse perdería el beneficio de sus alianzas y permitiría a su enemigo derrotar a sus adversarios uno tras otro. La necesidad de que todos los aliados se movilizaran simultáneamente había cobrado tanta importancia en el cerebro de los gobernantes europeos que pasó a ser el fundamento de solemnes compromisos diplomáticos. El propósito de las alianzas ya no era garantizar el apoyo después de iniciada una guerra, sino asegurarse de que cada aliado se movilizaría en cuanto lo hiciera un adversario (o, de ser posible, antes que él). Cuando las alianzas formadas de esta manera se enfrentaban entre sí, las amenazas basadas en la movilización eran irreversibles, porque detener una movilización ya iniciada sería más desastroso que no haberla comenzado siquiera. Si uno de los bandos la contenía mientras el otro seguía adelante, se encontraría cada vez más en creciente desventaja. Si ambos bandos trataban de detenerse uno al otro al mismo tiempo, la dificultad técnica sería tan enorme que casi con certeza la movilización se terminaría antes de que los diplomáticos pudiesen acordar cómo detenerla.

Este procedimiento infernal hizo que el *casus belli* quedase fuera de todo control político. Cada crisis tenía un impulsor interno de la guerra, la decisión de movilizar, y era seguro que toda guerra sería general.

Lejos de deplorar la perspectiva de una intensificación automática de este proceso, Obruchev la

saludó con entusiasmo. Lo último que deseaba era un conflicto local. Pues si Alemania se mantenía al margen de una guerra entre Rusia y Austria, simplemente se presentaría después en condiciones de dictar los términos de la paz. En la fantasía de Obruchev, esto era lo que Bismarck había hecho en el Congreso de Berlín:

Nuestra diplomacia menos que ninguna otra puede contar con un conflicto aislado de, por ejemplo, Rusia con Alemania o con Austria o Turquía por sí sola. El Congreso de Berlín fue para nosotros suficiente lección al respecto, y nos enseñó a quién debíamos considerar nuestro enemigo más peligroso, ¿el que nos combate directamente o el que aguarda a que nos debilitemos y entonces dicta las condiciones de paz? [...]²⁵⁹.

Según Obruchev, a Rusia le convenía asegurarse de que cada conflicto fuese una guerra general. Para Rusia, el beneficio de una alianza bien formada con Francia consistiría en anular la posibilidad de una guerra localizada:

Al comienzo de cada guerra europea los diplomáticos siempre tienen la gran tentación de localizar el conflicto, y de limitar sus efectos tanto como sea posible. Pero en el actual estado de armamento y agitación de la Europa continental, Rusia debe considerar cada una de esas localizaciones de la guerra con particular escepticismo porque fortalecerían indebidamente las posibilidades, no sólo de aquellos enemigos nuestros que aún están vacilando y no han salido a campo abierto, sino también de los aliados indecisos²⁶⁰.

En otras palabras, una guerra defensiva y con objetivos limitados atentaría contra el interés nacional de Rusia. Toda guerra había de ser total y los estrategias militares no debían dar ninguna opción a los dirigentes políticos:

Una vez arrastrados a una guerra, tenemos que entablar esa guerra con todas nuestras fuerzas, y contra nuestros dos vecinos. Ante la disposición de pueblos enteros armados a ir a la guerra, no puede imaginarse siquiera otra clase de guerra que la más decisiva posible: una guerra que determinará por largo tiempo, en el futuro, las posiciones políticas relativas de las potencias europeas, especialmente de Rusia y de Alemania²⁶¹.

Por muy trivial que fuese la causa, la guerra sería total. Si su prelude sólo incluía a uno de sus vecinos, Rusia buscaría que también el otro fuese arrastrado a ella. Casi grotescamente, el estado mayor ruso prefería luchar contra Alemania y Austria-Hungría unidas y no sólo con una de ellas. El 4 de enero de 1894 se firmó un convenio militar que expresaba las ideas de Obruchev. Francia y Rusia acordaban movilizarse juntas si cualquier miembro de la Triple Alianza se movilizaba por cualquier razón. La máquina infernal se había completado. Si Italia, aliada de Alemania, movilizara sus tropas contra Francia, por ejemplo, por causa de Saboya, Rusia tendría que movilizar su ejército contra Alemania. Si Austria se movilizaba contra Serbia, Francia se vería obligada a movilizar sus contingentes contra Alemania. Como era virtualmente seguro que en determinado momento alguna nación movilizaría sus fuerzas por alguna causa, sólo era cuestión de tiempo que estallara una guerra general, pues sólo se necesitaba la movilización de una gran potencia para poner en marcha la maquinaria infernal entre todas ellas.

Al menos el zar Alejandro III comprendió que estaban en juego los intereses más elevados.

Cuando Giers le preguntó: «[...] ¿qué ganaríamos con ayudar a Francia para que destruya a Alemania?», el zar le contestó: «Lo que ganaríamos sería que Alemania, como tal, desapareciera. Se descompondría en gran número de pequeños Estados débiles, como era antes.»²⁶² Los objetivos de guerra de Alemania eran igualmente generales e inconcretos. El tan invocado equilibrio europeo se había convertido en una lucha a vida o muerte, aunque ninguno de los estadistas en cuestión habría podido explicar qué justificaba semejante nihilismo, o qué objetivos políticos se podrían alcanzar mediante la conflagración.

Lo que los estrategas rusos presentaban como teoría, el estado mayor alemán lo convirtió en una planificación operacional casi en el momento preciso en que Obruchev estaba negociando la alianza militar franco-rusa. Con germánica minuciosidad, los generales imperiales llevaron el concepto de movilización a su extremo más absoluto. El jefe del estado mayor alemán, Alfred von Schlieffen, estaba tan obsesionado por las fechas de movilización como sus colegas rusos y franceses. Pero mientras que los jefes militares franco-rusos se preocupaban por definir la obligación de movilizar, Schlieffen se concentró en aplicar ese concepto.

Schlieffen se negó a dejar estos asuntos en manos de los caprichos de los políticos, y decidió urdir un plan infalible para que Alemania escapara de la temida encerrona. Así como los sucesores de Bismarck habían abandonado su compleja diplomacia, también Schlieffen descartó los conceptos estratégicos de Helmuth von Moltke, artífice militar de las tres rápidas victorias de Bismarck entre 1864 y 1870.

Moltke había inventado una estrategia que dejaba la opción de una solución política a la pesadilla de Bismarck, las coaliciones enemigas. En caso de una guerra en dos frentes, Moltke planeó dividir el ejército alemán en partes casi iguales entre el este y el oeste, y ponerse a la defensiva en ambos frentes. Como el principal objetivo de Francia era recuperar Alsacia-Lorena, seguramente atacaría. Si Alemania frustraba esa ofensiva, Francia se vería obligada a considerar una paz de compromiso. Moltke expuso específicamente la inconveniencia de extender las operaciones militares hasta París, puesto que había aprendido en la guerra franco-prusiana lo difícil que era concluir una paz mientras se tenía sitiada la capital enemiga.

Moltke propuso la misma estrategia para el frente oriental, a saber: rechazar un ataque ruso, hacerlo retroceder hasta una distancia estratégicamente considerable y entonces ofrecer una paz de compromiso. Las fuerzas que primero obtuviesen la victoria irían a ayudar a los ejércitos del otro frente. De este modo, la escala de la guerra, los sacrificios y la solución política se mantendrían en una especie de equilibrio²⁶³.

Pero así como los sucesores de Bismarck se habían sentido incómodos con las ambigüedades de sus alianzas solapadas, también Schlieffen rechazó el plan de Moltke porque dejaba la iniciativa militar a los enemigos de Alemania. Tampoco aprobó Schlieffen la preferencia de Moltke por el compromiso político, por encima de la victoria total. Schlieffen estaba dispuesto a imponer condiciones que equivalían, en realidad, a una rendición incondicional, y elaboró un plan para obtener una victoria rápida y decisiva en un frente, y luego lanzar todas las fuerzas de Alemania contra el otro adversario, logrando así un resultado decisivo en ambos frentes. Como descartó un golpe rápido y decisivo en el Este, debido al lento ritmo de la movilización rusa (que se esperaba que tardara seis semanas) y a la inmensidad del territorio ruso, Schlieffen decidió destruir al ejército francés antes de que el ejército ruso estuviera totalmente movilizado. Para rodear las grandes fortificaciones francesas dispuestas frente a la frontera alemana, concibió la idea de violar la neutralidad belga, haciendo pasar al ejército alemán por su territorio. Tomaría París y atacaría al ejército francés por la retaguardia, en sus fortalezas. Mientras tanto, Alemania se mantendría a la

defensiva en el Este.

El plan era tan brillante como temerario. Un mínimo conocimiento de la historia habría demostrado que Gran Bretaña entraría sin vacilar en guerra en caso de que Bélgica fuese invadida. Pero este hecho parece que fue eludido por completo por el káiser y el estado mayor alemán. Veinte años después de concebido el Plan Schlieffen en 1892, los gobernantes de Alemania habían hecho innumerables propuestas a Gran Bretaña para ganarse su apoyo, o al menos su neutralidad, en una guerra europea, y todas ellas resultaron ilusorias debido a la estrategia militar alemana. No había causa por la cual Gran Bretaña hubiese luchado tan constante o implacablemente como la independencia de los Países Bajos. La conducta de Gran Bretaña en las guerras contra Luis XIV y Napoleón daba prueba de su tenacidad. Una vez en batalla, combatiría hasta el fin, aunque Francia fuese vencida. El Plan Schlieffen no tenía en cuenta ninguna posibilidad de fracaso. Si Alemania no destruía al ejército francés (lo cual era posible, ya que los franceses tenían líneas interiores y ferrocarriles que partían en una red radial desde París, mientras que el ejército alemán tendría que marchar a pie, rodeando los campos devastados), se vería obligada a adoptar la estrategia de Moltke de defensa en ambos frentes, después de haber suprimido la posibilidad de llegar a una paz de compromiso político al haber ocupado Bélgica. Mientras que el principal objetivo de la política exterior de Bismarck había sido evitar una guerra en dos frentes, y la estrategia militar de Moltke la de limitarla, Schlieffen insistió en una guerra en dos frentes de ataque total.

Como el despliegue alemán se centraba en Francia mientras que el origen más probable del conflicto estaría en la Europa del Este, la pregunta que había sido la pesadilla de Bismarck: «¿Qué pasa si hay una guerra en dos frentes?», fue transformada en la pregunta pesadilla de Schlieffen: «¿Qué pasa si no hay una guerra en dos frentes?» Si Francia declarara su neutralidad ante una guerra en los Balcanes, Alemania podría encontrarse ante el peligro de una declaración de guerra por parte de Francia después de que Rusia hubiese completado la movilización, como Obruchev ya lo había explicado desde el otro lado de la línea divisoria de Europa. Si, en cambio, Alemania rechazaba la oferta francesa de neutralidad, el Plan Schlieffen colocaría a Alemania en la incómoda posición de atacar a la no beligerante Bélgica para llegar a la no beligerante Francia. Por consiguiente, Schlieffen tenía que inventar un motivo para atacar a Francia, en caso de que ésta se mantuviera al margen. Creó entonces una condición imposible, con la cual Alemania aceptaría la neutralidad francesa; Alemania sólo consideraría neutral a Francia si ésta aceptaba ceder una de sus principales fortalezas a Alemania; en otras palabras, sólo si Francia se ponía a merced de Alemania y renunciaba a su posición de gran potencia.

La terrible mezcla de alianzas políticas generales y estrategias militares violentas garantizaba un enorme derramamiento de sangre. El equilibrio del poder había perdido toda semejanza con la flexibilidad que tuviera durante los siglos XVIII y XIX. Donde fuera que comenzara la guerra (y casi seguramente sería en los Balcanes), el Plan Schlieffen haría que las batallas iniciales se entablaran en el Oeste, entre países que casi no tenían ningún interés en la crisis inmediata. La política exterior había cedido ante la estrategia militar, que ya consistía en arriesgarlo todo a una sola apuesta. Hubiera sido difícil imaginar un enfoque de la guerra más insensato y tecnocrático.

Aunque los dirigentes militares de uno y otro bando insistieran en la modalidad más destructiva de guerra, guardaron un silencio ominoso acerca de sus consecuencias políticas a la luz de la tecnología militar que utilizaban. ¿Cómo quedaría Europa después de una guerra como la que ellos estaban planeando? ¿Qué cambios podrían justificar la carnicería que preparaban? No había una sola exigencia específica rusa contra Alemania o una sola exigencia alemana contra Rusia que mereciera una guerra local, y mucho menos una guerra general.

También los diplomáticos de ambos bandos guardaban silencio, en gran parte porque no comprendían las implicaciones políticas que esta bomba de tiempo comportaría para sus propios países, y porque la política nacionalista en cada país los hacía temer que tuvieran que desafiar a las clases militares. Esta conspiración del silencio impidió a los dirigentes políticos de todos los grandes países exigir planes militares que establecieran alguna correspondencia entre los objetivos militares y los políticos.

Considerando la catástrofe que estaban preparando, hay algo que parece casi misterioso en la ligereza de los gobernantes europeos al lanzarse por ese desastroso proceder. Se hicieron asombrosamente pocas advertencias; una excepción honrosa fue la de Piotr Durnovo, ex ministro del Interior ruso que luego fue miembro del Consejo de Estado. En febrero de 1914, seis meses antes de la guerra, dirigió al zar este memorándum profético:

El principal peso de la guerra recaerá sin duda sobre nosotros, ya que Inglaterra difícilmente tomará parte considerable en una guerra continental, mientras que Francia, escasa de efectivos militares, probablemente pondrá en juego tácticas estrictamente defensivas en vista de las enormes bajas que sin duda habrá en la guerra en las condiciones actuales de la técnica militar. El papel de ariete que tratará de abrir brecha en el grueso de la defensa alemana recaerá sobre nosotros [...]²⁶⁴.

A juicio de Durnovo, estos sacrificios serían inútiles porque Rusia no obtendría ganancias territoriales permanentes luchando junto a Gran Bretaña, su tradicional adversario geopolítico. Aunque Gran Bretaña concediera territorios a Rusia en Europa central, una parte adicional de Polonia sólo aumentaría las tendencias centrífugas ya de por sí poderosas en el Imperio ruso. Aumentar la población de Ucrania, dijo Durnovo, alentaría las demandas de una Ucrania independiente. Por tanto, la victoria podría tener el resultado irónico de fomentar suficientes revueltas étnicas para reducir el Imperio del zar a la pequeña Rusia.

Durnovo señaló que, aunque Rusia lograra su sueño secular, la conquista de los Dardanelos, tal realización resultaría estratégicamente nula:

Sin embargo, no nos daría una salida al mar, ya que del otro lado se encuentra un mar formado casi exclusivamente por aguas territoriales, mar con incontables islas donde la Armada británica, por ejemplo, no tendría ninguna dificultad en bloquearnos toda entrada y salida sin que importaran los Dardanelos²⁶⁵.

Sigue siendo un misterio el que este sencillo hecho geopolítico pudiera pasar inadvertido a tres generaciones de rusos que deseaban la conquista de Constantinopla... y a ingleses determinados a frustrar sus planes.

Durnovo siguió argumentando que una guerra aún beneficiaría menos en términos económicos a Rusia. Según cualquier cálculo, costaría mucho más de lo que pudiera recuperarse. La victoria alemana destruiría la economía rusa, mientras que la victoria rusa sangraría la economía alemana y no quedaría nada para efectuar reparaciones, cualquiera que fuese el bando vencedor:

No cabe la menor duda de que la guerra impondrá gastos que están más allá de los limitados medios financieros de Rusia. Tendremos que conseguir crédito de países aliados y neutrales, pero no nos lo concederán gratuitamente. En cuanto a lo que ocurrirá si la guerra termina desastrosamente para nosotros, no deseo analizarlo por ahora. Las consecuencias financieras y económicas de la

derrota no se pueden calcular, ni siquiera prever, y sin duda serán la ruina total de la economía nacional. Pero incluso la victoria nos muestra unas perspectivas financieras en extremo desfavorables; una Alemania totalmente arruinada no podrá compensar los costos en que hayamos incurrido. El tratado de paz, dictado en favor de los intereses de Inglaterra, no dará oportunidad a Alemania para que logre una recuperación económica suficiente a fin de solventar nuestros gastos militares, ni siquiera dentro de mucho tiempo²⁶⁶.

Sin embargo, la razón más poderosa de Durnovo para oponerse a la guerra era su predicción de que conduciría inevitablemente a la revolución social, primero en el país vencido, y luego, partiendo de ahí, en el vencedor:

Es nuestra firme convicción, basada en un largo y minucioso estudio de todas las tendencias subversivas contemporáneas, que inevitablemente habrá de estallar en el país vencido una revolución social que, por la naturaleza misma de las cosas, se extenderá al país del vencedor²⁶⁷.

No hay pruebas de que el zar viera el memorándum que habría podido salvar su dinastía. Tampoco existe constancia de un análisis comparable en otras capitales europeas. Lo más aproximado a las ideas de Durnovo fueron unos breves comentarios de Bethmann-Hollweg, el canciller que llevaría a Alemania a la guerra. En 1913, ya demasiado tarde, había explicado muy concisamente por qué la política exterior alemana era tan perturbadora para el resto de Europa:

Desafiar a todos, atravesarse en el camino de todos, sin debilitar realmente a nadie. La razón: falta de propósito, la necesidad de obtener pequeños éxitos de prestigio, y halago a cada corriente de la opinión pública²⁶⁸.

Aquel mismo año, Bethmann-Hollweg anotó otra máxima que habría salvado a su país si se hubiera puesto en práctica veinte años antes:

Debemos contener a Francia mediante una política cautelosa hacia Rusia e Inglaterra. Naturalmente, esto no agrada a nuestros chauvinistas y nos hace impopulares. Pero no veo alternativa para Alemania dentro de poco²⁶⁹.

Cuando se escribieron estas líneas, Europa ya se encaminaba al vórtice. La crisis que desencadenó la Primera Guerra Mundial no afectó el equilibrio europeo del poder, y el *casus belli* fue tan accidental como imprudente había sido la diplomacia anterior.

El 28 de junio de 1914, Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, pagó con su vida la brutalidad de Austria al haberse anexionado Bosnia-Herzegovina en 1908. Ni siquiera la maneta en que fue asesinado pudo escapar a la singular mezcla de lo trágico y lo absurdo que marcó la desintegración de Austria. El joven terrorista serbio falló en su primer intento de asesinato hiriendo, en cambio, al conductor del vehículo del archiduque. Después de llegar a la residencia del gobernador y de reprender a los administradores austríacos por su negligencia, Francisco Fernando, acompañado de su esposa, decidió visitar a la víctima en el hospital. El nuevo chófer de la pareja real se equivocó al doblar una esquina y, al dar marcha atrás, fue a detenerse frente al atónito asesino, que había estado ahogando su frustración en licor en un café. Tan providencialmente entregadas así sus víctimas, el magnicida no desperdició su segunda oportunidad.

Lo que comenzó casi como accidente se convirtió en una conflagración con la inevitabilidad de una tragedia griega. Como la esposa del archiduque no era de sangre real, ninguno de los reyes de Europa asistió al funeral. Si hubiesen acudido habrían tenido la oportunidad de intercambiar opiniones y acaso hubieran rehuído ir a la guerra pocas semanas después. Al fin y al cabo, aquel lamentable episodio no fue otra cosa que una conjura terrorista.

Con toda probabilidad, ni siquiera una «junta en la cumbre» real habría impedido que Austria encendiera la mecha que el káiser se apresuró a tenderle. Guillermo II invitó al embajador de Austria a almorzar el 5 de julio y recordando su promesa del año anterior, de apoyar a Austria en la siguiente crisis, lo apremió a emprender una acción inmediata contra Serbia. El 6 de julio, Bethmann-Hollweg confirmó el compromiso del káiser: «Austria debe juzgar lo que tiene que hacer para aclarar sus relaciones con Serbia; pero, cualquiera que sea la decisión que tome, ciertamente podrá contar con que Alemania se mantendrá a su lado como aliada.»²⁷⁰

Por fin, Austria tenía el cheque en blanco que había anhelado tanto tiempo, y un auténtico motivo de queja al que podía aplicarlo. Guillermo II, tan insensible como siempre a las consecuencias de su bravata, se fue de crucero a los fiordos noruegos (en los días anteriores a la radio). No se sabe exactamente qué pensaba pero, sin duda, no preveía una guerra europea. Al parecer, el káiser y su canciller calcularon que Rusia aún no estaba preparada para la guerra y que se mantendría al margen mientras Serbia era humillada, como ya lo había hecho en 1908. En todo caso, creyeron que se encontraban en mejor situación para un encuentro con Rusia de lo que lo estarían pocos años después.

Los gobernantes alemanes superaron su propia capacidad de juzgar equivocadamente la psicología de sus potenciales adversarios. Estaban tan convencidos de que tenían una magnífica oportunidad como cuando habían tratado de obligar a Gran Bretaña a entrar en una alianza a la vez que construían una gran Armada, o de aislar a Francia amenazándola con la guerra por Marruecos. Supusieron que un triunfo de Austria podría romper el cerco cada vez más reducido, haciendo que Rusia se desilusionara de la Triple Entente, pero no pensaron en Francia, que les parecía irreconciliable, y evitaron toda mediación de Gran Bretaña para que no les aguara la fiesta. Se habían convencido de que si, contra todas las expectativas, estallaba la guerra, Gran Bretaña permanecería neutral o intervendría demasiado tarde. Sin embargo, al estallar la guerra, Sergei Sazonov, el ministro de Exteriores ruso, explicó por qué Rusia no retrocedió esta vez:

Desde la guerra de Crimea no pudimos ya hacernos ilusiones sobre los sentimientos de Austria hacia nosotros. El día en que inició su política depredadora en los Balcanes, esperando con ello apuntalar la tambaleante estructura de sus dominios, sus relaciones con nosotros se hicieron cada vez más hostiles. Sin embargo, pudimos reconciliarnos con este inconveniente hasta que se aclaró que su política balcánica contaba con las simpatías de Alemania y era alentada desde Berlín²⁷¹.

Rusia creyó que tenía que oponerse a lo que interpretó como una maniobra alemana para destruir su posición entre los eslavos humillando a Serbia, su aliada más fiel en la zona. «Quedó patente —escribió Sazonov— que no estábamos ante la decisión precipitada de un ministro miope, tomada por su cuenta y bajo su propia responsabilidad, sino ante un plan minuciosamente preparado y elaborado con ayuda del gobierno alemán, sin cuyo consentimiento y promesa de apoyo nunca se habría aventurado Austria-Hungría a ejecutarlo.»²⁷²

Otro diplomático ruso escribiría después, nostálgicamente, sobre la diferencia entre la Alemania de Bismarck y la del káiser:

La Gran Guerra fue la consecuencia inevitable del apoyo que dio Alemania a Austria-Hungría en su política de penetración en los Balcanes, que se combinó con la grandiosa idea pangermánica de una «Europa central» germanizada. En los días de Bismarck esto nunca habría ocurrido. Lo que pasó fue el resultado de la nueva ambición de Alemania de cargar con una tarea aún más compleja que la de Bismarck... pero sin Bismarck²⁷³.

Los diplomáticos rusos estaban sobrevalorando a los alemanes, pues el káiser y sus consejeros no tenían en 1914 un plan a largo plazo, como tampoco lo habían tenido en ninguna crisis anterior. La crisis que causó el asesinato del archiduque se volvió incontrolable porque ninguno de los gobernantes estaba dispuesto a retroceder, y cada país se preocupaba, ante todo, por estar a la altura de las obligaciones formales de sus tratados, y no por un concepto general del interés común a largo plazo. Europa carecía de un sistema de valores comunes que mantuviera unidas a las potencias, como el que había existido en el sistema de Metternich o en la fría flexibilidad diplomática de la *Realpolitik* de Bismarck. La Primera Guerra Mundial no estalló porque los países violaran sus tratados, sino precisamente porque los cumplieron al pie de la letra.

De los muchos aspectos insólitos del prólogo a la Primera Guerra Mundial, uno de los más extraños fue que al principio no ocurriera nada. Austria, fiel a su estilo de maniobrar, procuraba ganar tiempo, en parte porque Viena lo necesitó para vencer la renuencia del primer ministro húngaro, István Tisza, a arriesgar el Imperio. Cuando Tisza por fin cedió, Viena envió un ultimátum de cuarenta y ocho horas a Serbia, el 23 de julio, planteando deliberadamente unas condiciones muy onerosas para que fueran rechazadas. Sin embargo, ese plazo le costó a Austria el beneficio de la indignación general que había cundido por toda Europa por el asesinato del archiduque.

En la Europa de Metternich, con su compartido compromiso con la legitimidad, casi no cabe duda de que Rusia habría aprobado la venganza austríaca contra Serbia por el asesinato de un príncipe que estaba en línea directa de sucesión al trono austríaco. Pero en 1914, la legitimidad ya no era un lazo común. La simpatía de Rusia por su aliada, Serbia, pesó más que la indignación por el asesinato de Francisco Fernando.

Durante el mes siguiente al asesinato, la diplomacia austríaca había actuado dando largas al asunto. Entonces sobrevino, en menos de una semana, la loca carrera hacia el cataclismo. El ultimátum austríaco desbordó la capacidad de dominio de los jefes políticos. Una vez emitido el ultimátum, todo país importante se encontró en posición de desencadenar la irreversible carrera de la movilización. Resulta irónico que la maquinaria de la guerra fuese encendida por el único país que debió haber permanecido indiferente a los planes de movilización, puesto que la planificación militar de Austria era la única entre todas las grandes potencias que estaba anticuada y no dependía de la rapidez. Según la planificación austríaca importaba poco en qué semana empezara la guerra, mientras sus ejércitos pudieran ir tarde o temprano a combatir a Serbia. Austria había enviado su ultimátum a Serbia para evitar toda mediación, no para acelerar las operaciones militares. Además, la movilización austríaca tampoco amenazaba a ninguna otra gran potencia, pues necesitaría un mes para completarse.

De este modo, los planes de movilización que hicieron inevitable la guerra fueron causados por el país cuyo ejército no empezó realmente a luchar sino hasta después que habían tenido lugar las grandes batallas en el Oeste. Por otra parte, e independientemente del estado de preparación de Austria, si Rusia deseaba amenazarla tenía que movilizar algunas tropas, lo que desencadenaría lo irreversible en Alemania (aunque ninguno de los dirigentes políticos pareció haber captado este

peligro). Lo paradójico de los acontecimientos de julio de 1914 fue que los países que tenían razones políticas para ir a la guerra no estaban sujetos a rígidos planes de movilización, mientras que las naciones con una rígida planificación, como Alemania y Rusia no tenían ninguna razón política para ir a la guerra.

Gran Bretaña, el país que se encontraba en mejor posición para contener esta cadena de hechos, vaciló. Casi no tenía ningún interés en la crisis balcánica, aunque sí le interesaba mantener la Triple Entente. Temía la guerra, pero aún más un triunfo alemán. Si Gran Bretaña hubiese declarado inequívocamente sus intenciones, dando a entender a Alemania que entraría en una guerra general, es muy posible que el káiser hubiese rehuido el enfrentamiento. Así es como Sazonov vio después la situación:

No puedo dejar de expresar la opinión de que si en 1914 sir Edward Grey hubiese hecho, como yo insistentemente se lo solicité, un anuncio oportuno e igualmente inequívoco de la solidaridad de Gran Bretaña para con Francia y Rusia, habría podido salvar a la humanidad de ese terrible cataclismo, cuyas consecuencias pusieron en peligro la existencia misma de la civilización europea²⁷⁴.

Los gobernantes británicos no querían arriesgar el futuro de la Triple Entente manifestando alguna vacilación en el apoyo a sus aliados y, de manera un tanto contradictoria, tampoco querían amenazar a Alemania para mantener la opción de mediar en el momento oportuno. En consecuencia, Gran Bretaña no hizo lo uno ni lo otro. No tenía ninguna obligación legal de entrar en guerra junto a Francia y Rusia, como lo aseguró Grey a la Cámara de los Comunes el 11 de junio de 1914, poco más de dos semanas antes del asesinato del archiduque:

[...] si estallase una guerra entre las potencias europeas, no habría acuerdos no publicados que restringieran u obstaculizaran la libertad del gobierno o del Parlamento para decidir si Gran Bretaña debería participar o no en una guerra [...]²⁷⁵.

En el aspecto legal, esto indudablemente era cierto. Pero también había una intangible dimensión moral. La Armada francesa estaba en el Mediterráneo a causa del acuerdo naval de Francia con Gran Bretaña; en consecuencia, la costa del norte de Francia estaría indefensa ante la Armada alemana si Londres se mantenía al margen de la guerra. Al estallar la crisis, Bethmann-Hollweg propuso no emplear la Armada alemana contra Francia si Gran Bretaña prometía permanecer neutral. Pero Grey rechazó el trato, por la misma razón por la que había rechazado la oferta alemana de 1909 de aplazar la construcción de navíos a cambio de obtener la neutralidad británica en una guerra europea: Grey sospechó que, si Francia era derrotada, Gran Bretaña quedaría a merced de Alemania.

Deberá usted informar al canciller alemán que, por el momento, no podemos considerar su propuesta de compromiso a mantenernos neutrales en esos términos.

[...] Que hiciésemos este trato con Alemania a expensas de Francia sería una deshonra de la que este país nunca se recuperaría.

El canciller también nos pide, de hecho, que rechacemos toda obligación o interés que tengamos respecto a la neutralidad de Bélgica. Tampoco ese trato podemos considerarlo²⁷⁶.

El dilema de Grey fue que su país había quedado atrapado entre las presiones de la opinión

pública y las tradiciones de su política exterior. Por una parte, la carencia de apoyo público para entrar en guerra por la cuestión balcánica exigía tomar partido por la mediación. Por otra parte, si Francia era derrotada o dejaba de confiar en la alianza británica, Alemania se encontraría en esa posición predominante a la que siempre se había opuesto Gran Bretaña. Por consiguiente, era muy probable que, a la postre, este país tuviera que ir a la guerra para impedir un desplome militar francés aun en el caso de que Alemania no hubiese invadido Bélgica, aunque se habría requerido cierto tiempo para que el pueblo británico apoyara la guerra. Durante ese período, Gran Bretaña habría intentado mediar. Sin embargo, la decisión de Alemania de desafiar uno de los principios más firmemente establecidos de la política exterior inglesa (que los Países Bajos no debían caer en manos de una gran potencia) y sirvió para disipar las dudas británicas y garantizar que la guerra no terminara en un compromiso.

Grey razonó que, si no tomaba partido en las primeras fases de la crisis, Gran Bretaña conservaría su fama de imparcialidad, lo que le permitiría negociar una solución. Su experiencia apoyaba esta estrategia, y el resultado de intensificadas tensiones internacionales durante veinte años había sido invariablemente la celebración de una conferencia. Sin embargo, en ninguna crisis se había llegado hasta la movilización, y como todas las grandes potencias estaban preparándose para movilizar sus fuerzas, se desvaneció el margen de tiempo teóricamente disponible para recurrir a los métodos diplomáticos tradicionales. De este modo, durante las noventa y seis horas decisivas en que los planes de movilización anularon toda oportunidad de maniobra política, el gabinete británico adoptó en realidad el papel de simple observador.

El ultimátum de Austria colocó a Rusia contra la pared en un momento en que ya creía que habían abusado de ella. Bulgaria, que se había liberado del yugo turco gracias a Rusia mediante varias guerras, se inclinaba en favor de Alemania. Austria, habiéndose anexionado a Bosnia-Herzegovina, parecía dispuesta a convertir a Serbia, el último importante aliado balcánico de Rusia, en un protectorado. Por último, al establecerse la propia Alemania en Constantinopla, Rusia tenía que preguntarse si la época del panslavismo no redundaría en la dominación teutónica de todo lo que había codiciado Rusia durante un siglo.

No obstante, el zar Nicolás II no tenía ningún deseo de enfrentarse a Alemania. En una reunión de ministros celebrada el 24 de julio, pasó lista a las opciones de Rusia. Según el ministro de Finanzas, Piotr Bark, dijo el zar: «La guerra sería desastrosa para el mundo, y una vez que hubiese estallado sería difícil ponerle fin.» Además, observó Bark: «El emperador de Alemania le había asegurado repetidas veces su sincero deseo de salvaguardar la paz de Europa», y recordó a los ministros la «leal actitud del emperador alemán en la guerra ruso-japonesa y durante los disturbios internos que Rusia había sufrido después.»²⁷⁷

La refutación corrió por cuenta de Aleksandr Krivoshein, el poderoso ministro de Agricultura. Fiel a la endémica incapacidad de los rusos para olvidar un agravio, éste sostuvo que, pese a las amables cartas del káiser a su primo, el zar Nicolás, los alemanes habían provocado a Rusia durante la crisis de Bosnia de 1908. Por tanto, «la opinión pública y la parlamentaria no comprenderían por qué, en un momento crítico que afecta los intereses vitales de Rusia, el gobierno imperial se mostró renuente a actuar con audacia [...] Nuestras actitudes excesivamente prudentes no han logrado, por desgracia, aplacar a las potencias de la Europa central»²⁷⁸.

El argumento de Krivoshein fue apoyado por un despacho del embajador ruso en Sofía, en el sentido de que, si Rusia retrocediera, «nuestro prestigio en el mundo eslavo y en los Balcanes podría perecer para no levantarse más»²⁷⁹. Los jefes de gobierno son notoriamente sensibles a los argumentos en que se pone en duda su valor. A la postre, el zar desoyó sus premoniciones de desastre y optó por

apoyar a Serbia, aun a riesgo de entablar una guerra, si bien no llegó a ordenar la movilización.

Cuando Serbia respondió al ultimátum de Austria el 25 de julio de manera inesperadamente conciliadora, aceptando todas las demandas austríacas, excepto una, el káiser, de regreso de su crucero, pensó que había pasado la crisis. Pero no contó con que Austria estaba resuelta a explotar el apoyo que él había prometido con tanta imprudencia. Ante todo, había olvidado, si es que en realidad lo supo, que, estando las grandes potencias tan cerca de la guerra, era probable que los planes de movilización se adelantaran a la diplomacia.

El 28 de julio, Austria declaró la guerra a Serbia, aunque no estuviera lista para emprender la acción militar hasta el 12 de agosto. El mismo día, el zar ordenó la movilización parcial contra Austria y descubrió, para su sorpresa, que el único plan que su estado mayor había preparado era de movilización general contra Alemania y a la vez contra Austria, pese a que durante los últimos cincuenta años Austria había obstaculizado las ambiciones de Rusia en los Balcanes, y a que una guerra localizada entre Austria y Rusia había sido material de estudio en las escuelas militares durante todo el período. El ministro de Exteriores ruso, sin darse cuenta de que estaba en pleno diálogo de sordos, trató de tranquilizar a Berlín el 28 de julio: «[Entre] las medidas militares que hemos tomado a consecuencia de la declaración de guerra austríaca [...] ni una de ellas va dirigida contra Alemania.»²⁸⁰

Los jefes militares rusos, discípulos todos de las teorías de Obruchev, se indignaron ante la moderación del zar. Deseaban la movilización general y una guerra contra Alemania, país que hasta entonces no había dado ningún paso militar. Uno de los generales más importantes dijo a Sazonov que «la guerra se ha vuelto inevitable y estamos en peligro de perderla antes de tener tiempo de desenvainar la espada»²⁸¹.

Si el zar les pareció demasiado vacilante a sus generales, en cambio resultó excesivamente decidido para Alemania. Todos los planes de guerra alemanes se basaban en derrotar a Francia en seis semanas, y entonces volverse contra Rusia, que, suponían, aún no estaría plenamente movilizada. Toda movilización rusa, aunque fuese parcial, reduciría ese plazo aumentando los peligros del ya de por sí arriesgado juego de Alemania. En consecuencia, el 29 de julio Alemania exigió que Rusia suspendiera su movilización, o Alemania la imitaría. Todos sabían que la movilización alemana equivalía a la guerra.

El zar era demasiado débil para ceder. Suspender la movilización parcial habría frustrado toda la planificación militar rusa, y la resistencia de sus generales lo convenció de que la suerte estaba echada. El 30 de julio, Nicolás ordenó la plena movilización. Al día siguiente, Alemania volvió a exigir el fin de la movilización rusa, y cuando su petición no fue atendida, le declaró la guerra. Esto ocurrió sin un solo intercambio político serio entre San Petersburgo y Berlín acerca de la razón de la crisis, y sin que hubiera una sola disputa tangible entre ambos países.

Alemania se enfrentó entonces al problema de que sus planes de guerra exigían un ataque inmediato a Francia, que se había mostrado ajena a la crisis, salvo al alentar a Rusia a no ceder ante Alemania prometiéndole su apoyo incondicional. El káiser comprendió finalmente adónde lo habían llevado veinte años de histrionismo y trató de desviar la movilización alemana de Francia hacia Rusia. Su intento de contener a los militares fue tan vano como el anterior y similar esfuerzo del zar por limitar el alcance de la movilización rusa. El estado mayor alemán no estaba más dispuesto que el ruso a anular veinte años de planificación; y así como el estado mayor ruso, tampoco tenía un segundo plan. Aunque tanto el zar como el emperador hubiesen deseado retroceder ante el abismo, ninguno de los dos sabía cómo hacerlo: el zar porque le impedían efectuar una movilización parcial; el káiser porque le impedían movilizarse sólo contra Rusia. Ambos fueron maniatados por la

maquinaria militar que ellos mismos habían ayudado a construir y que, una vez puesta en movimiento, demostró ser irreversible.

El 1 de agosto, Alemania preguntó a Francia si se proponía seguir siendo neutral. Si Francia hubiese respondido de manera afirmativa, Alemania habría exigido las fortalezas de Verdún y Toul como muestra de buena fe. En cambio, Francia respondió, un tanto enigmáticamente, que actuaría como lo exigiera su interés nacional. Alemania, desde luego, no tenía nada concreto con qué justificar una guerra contra Francia, que se había mantenido al margen de la crisis balcánica. Una vez más, los planes de movilización fueron la fuerza motora. De este modo, Alemania inventó ciertas violaciones francesas en la frontera y el 3 de agosto declaró la guerra a Francia. El mismo día, tropas alemanas siguieron el Plan Schlieffen e invadieron Bélgica. Al día siguiente, 4 de agosto, para sorpresa de los gobernantes alemanes, aunque de nadie más, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania.

Las grandes potencias habían logrado convertir una secundaria crisis balcánica en una guerra mundial. Una disputa por Bosnia y Serbia había causado la invasión de Bélgica, en el otro extremo de Europa, que, a su vez, hizo inevitable la entrada en guerra de Gran Bretaña. Resulta irónico que, cuando ya se habían entablado las batallas decisivas en el frente occidental, las tropas austríacas aún no hubiesen lanzado su ofensiva contra Serbia.

Alemania supo demasiado tarde que no existen certidumbres en la guerra y que su obsesiva búsqueda de una victoria rápida y decisiva la obligó a enfrascarse en una agotadora guerra de desgaste. Al aplicar el Plan Schlieffen, Alemania anuló todas las esperanzas que tenía puestas en la neutralidad británica, y además no logró destruir al ejército francés, que había sido el propósito inicial de correr esos riesgos. Irónicamente, Alemania perdió la ofensiva en el Oeste, y ganó la batalla defensiva en el Este, como lo había previsto el viejo Moltke. A la postre, Alemania se vio obligada a adoptar la estrategia defensiva de Moltke también en el Oeste, después de lanzarse por un camino que excluía la paz política de compromiso en que se basara la estrategia de Moltke.

El concierto de Europa fracasó miserablemente porque su liderazgo político había abdicado. En consecuencia, no se intentó siquiera celebrar un congreso Europeo al estilo de los que durante casi todo el siglo XIX habían ofrecido un período para calmar los ánimos o una solución real. Los gobernantes europeos habían previsto toda contingencia, salvo el tiempo necesario para llegar a una conciliación diplomática. Habían olvidado la frase de Bismarck: «¡Ay de aquel líder cuyos argumentos, al término de la guerra, no sean tan plausibles como lo fueron al principio!»

Cuando todo terminó, 20 millones de personas habían muerto; el Imperio austro-húngaro había desaparecido; tres de las cuatro dinastías que entraron en guerra, la alemana, la austríaca y la rusa, habían sido derrocadas. Sólo la casa real británica quedaba en pie. Después, sería difícil recordar exactamente lo que había desencadenado la conflagración. Lo único que todos sabían era que de las cenizas de aquella locura monumental había que construir un nuevo sistema europeo, aunque su naturaleza fuera difícil de discernir entre las pasiones y el agotamiento que originó la carnicería

La nueva cara de la diplomacia: Wilson y el Tratado de Versalles

El 11 de noviembre de 1918, el primer ministro británico David Lloyd George anunció que se había firmado un armisticio entre Alemania y las potencias aliadas. Lo hizo con estas palabras: «Espero que podamos decir que, así, esta decisiva mañana, ha llegado el fin de todas las guerras.»²⁸² En realidad, Europa sólo estaba a dos décadas de otra guerra aún más devastadora.

Como en la Primera Guerra Mundial nada había resultado tal como se planeó, fue inevitable que la búsqueda de la paz fuera tan vana como las expectativas con que las naciones se habían lanzado a la catástrofe. Cada uno de los contendientes había previsto una guerra breve y había dejado sus condiciones de paz en manos de la decisión que se tomara en un remedo de congreso diplomático como el que había puesto fin a los conflictos europeos en el siglo anterior. Pero al aumentar las bajas y alcanzar proporciones horribles, éstas pesaron más que las disputas políticas de los prolegómenos del conflicto: la pugna por la influencia en los Balcanes, la posesión de Alsacia-Lorena y la carrera en la construcción de barcos de guerra. Las naciones de Europa llegaron a achacar sus sufrimientos a la maldad innata de sus adversarios y se convencieron de que un acuerdo no podría traer una auténtica paz; había que derrotar por completo al enemigo, o combatir hasta morir en el intento.

Si los gobernantes europeos hubiesen continuado las prácticas del orden internacional de preguerra se habría podido firmar una paz de compromiso en la primavera de 1915. Las ofensivas de uno y otro bando habían agotado su curso sangriento, y todos los frentes estaban estancados. Pero así como los planes de movilización se habían adelantado a la diplomacia la semana anterior al estallido de la guerra, la escalada de sacrificios constituía ya un serio obstáculo a todo acuerdo sensato. En cambio, los gobernantes de Europa siguieron aumentando sus exigencias, no sólo intensificando con ello la incompetencia y la irresponsabilidad que los habían llevado a la guerra, sino destruyendo el orden mundial que había permitido la coexistencia pacífica de sus naciones durante casi un siglo.

Al llegar el invierno de 1914-1915 la estrategia militar y la política exterior habían perdido todo contacto. Ninguno de los beligerantes se atrevía a buscar una paz de compromiso. Francia no cedería hasta haber recuperado Alsacia-Lorena; Alemania no consideraría siquiera una paz en que se le pidiera devolver territorios que había conquistado. Una vez lanzados a la guerra, los gobernantes se obsesionaron tanto por el fratricidio, enloquecieron de tal manera por la destrucción progresiva de toda una generación que la victoria se erigió como su única recompensa, con independencia de las ruinas sobre las que tuviera que levantarse. Las más mortíferas ofensivas sólo confirmaron el estancamiento militar, produciendo tantas bajas que habrían sido inimaginables antes de la llegada de la tecnología moderna. Los esfuerzos por obtener nuevos aliados confirmaron el estancamiento político, pues cada uno de los nuevos, Italia y Rumania de parte de los Aliados, y Bulgaria al lado de las potencias centrales, exigía su parte del botín previsto, destruyendo así la poca flexibilidad que le hubiese quedado a la diplomacia.

Las condiciones de paz fueron adquiriendo gradualmente un carácter nihilista. El estilo aristocrático y un tanto conspiratorio de la diplomacia del siglo XIX resultó inaplicable en la época

de la movilización de masas. El bando aliado se especializó en referirse a la guerra con lemas morales como «la guerra para poner fin a todas las guerras» o «asegurar el mundo para la democracia», en especial después de que los Estados Unidos entraron en el conflicto. La primera de estas metas era comprensible, si no muy prometedora, para las naciones que habían estado combatiéndose mutuamente en diversas combinaciones durante mil años. Su interpretación práctica fue el desarme total de Alemania. La segunda propuesta, difundir la democracia, exigía el desmantelamiento de las instituciones internas alemanas y austríacas. Por tanto, ambos lemas aliados implicaban una lucha hasta el fin.

Gran Bretaña, que en las guerras napoleónicas había presentado un programa para conseguir el equilibrio europeo con el Plan Pitt, en esta ocasión apoyó las presiones en favor de una victoria total. En diciembre de 1914, una propuesta alemana de retirarse de Bélgica a cambio del Congo Belga fue rechazada por Grey, ministro de Exteriores británico, con el argumento de que los Aliados debían «asegurarse contra todo futuro ataque de Alemania»²⁸³.

El comentario de Grey sacó a la luz una transformación de la actitud británica. Hasta poco antes de estallar la guerra, Gran Bretaña había identificado su seguridad con el equilibrio del poder, que protegió apoyando siempre al bando débil contra el fuerte. Ya en 1914, Gran Bretaña se sentía cada vez menos cómoda en su papel. Viendo que Alemania se había vuelto más fuerte que todo el resto del continente, sintió que ya no podía desempeñar su papel tradicional de intentar mantenerse al margen de la contienda en Europa. Como consideraba a Alemania una amenaza hegemónica en Europa, un retorno al *statu quo ante* no haría nada por aminorar el problema fundamental. De este modo, tampoco Gran Bretaña aceptaría ya una componenda e insistió en sus propias «garantías», que equivalían al debilitamiento permanente de Alemania, en especial a una gran reducción de la flota alemana de alta mar, lo cual Alemania jamás aceptaría a menos que fuera totalmente derrotada.

Los términos de Alemania eran más precisos y más geopolíticos. Sin embargo, con su característica falta de sentido de las proporciones, también los gobernantes alemanes pidieron lo que habría equivalido a una rendición incondicional. En el Oeste, pedían la anexión de los yacimientos carboníferos del norte de Francia y el dominio militar sobre Bélgica, incluyendo el puerto de Amberes, lo cual les aseguraba la hostilidad implacable de Gran Bretaña. En el Este, Alemania sólo puso condiciones formales respecto a Polonia, donde, el 5 de noviembre de 1916, prometió crear «un Estado independiente con una monarquía hereditaria y constitucional»²⁸⁴, suprimiendo así toda perspectiva de una paz de compromiso con Rusia. (Alemania esperaba que la promesa de independencia polaca animara a suficientes voluntarios polacos para formar cinco divisiones; en realidad, sólo se presentaron 3.000 reclutas²⁸⁵.) Después de derrotar a Rusia, Alemania le impuso el Tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, por el cual se anexionaba un tercio de la Rusia europea y establecía un protectorado sobre Ucrania. Alemania definía por fin lo que entendía por *Weltpolitik*: aspiraba, por lo menos, a la dominación de Europa.

La Primera Guerra Mundial comenzó como una típica guerra de gabinete, con notas que pasaban de una a otra embajada y telegramas distribuidos entre monarcas soberanos, en todas las etapas decisivas del camino al verdadero combate. Pero una vez declarada la guerra, y cuando las calles de las capitales europeas se llenaron de exultantes multitudes, el conflicto dejó de ser de cancillerías y se convirtió en una lucha de masas. Al cabo de dos años de guerra, cada bando planteaba condiciones incompatibles con todo sentido del equilibrio.

Lo que nadie habría podido prever fue que ambos bandos ganaran y perdieran al mismo tiempo. Alemania venció a Rusia y debilitó seriamente a Francia e Inglaterra, pero, a la postre, los aliados occidentales, con la indispensable ayuda de los Estados Unidos, saldrían vencedores. El resultado de

las guerras napoleónicas había sido un siglo de paz basado en el equilibrio y sostenido por valores comunes. El resultado de la Primera Guerra Mundial fueron trastornos sociales, conflictos ideológicos y otra guerra mundial.

El entusiasmo que caracterizó el principio de la guerra desapareció en cuanto los pueblos de Europa llegaron a comprender que la capacidad de sus gobiernos para matar no estaba compensada por una proporcional capacidad para obtener la victoria o la paz. En el caos resultante fueron derrocadas las cortes orientales, cuya unidad había sostenido la paz de Europa en los días de la Santa Alianza. El Imperio austro-húngaro desapareció por completo. El Imperio ruso fue tomado por los bolcheviques, y durante dos décadas retrocedió hasta la periferia de Europa. La derrota, la revolución, la inflación, la depresión económica y la dictadura agobiaron a Alemania. Francia y Gran Bretaña no se beneficiaron del debilitamiento de sus adversarios. Habían sacrificado la flor y nata de su juventud en aras de una paz que dejó al enemigo geopolíticamente más fuerte de lo que había sido antes de la guerra.

Antes de que fuera evidente toda la dimensión de este desastre, en gran parte autoinfligido, apareció en el escenario un nuevo actor para poner fin de una vez por todas a lo que hasta entonces se había llamado el nuevo orden de Europa. Entre los escombros y la desilusión de tres años de matanza, los Estados Unidos entraron en la escena internacional con una confianza, una fuerza y un idealismo inimaginables para sus exhaustos aliados europeos.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra hizo técnicamente posible la victoria total, pero con unos objetivos que tenían muy poca relación con el orden mundial que Europa había conocido durante unos tres siglos y por el cual, supuestamente, había ido a la guerra. Los Estados Unidos desdeñaron el concepto de equilibrio del poder, y consideraron inmoral la práctica de la *Realpolitik*. Las normas norteamericanas para el orden internacional eran la democracia, la seguridad colectiva y la autodeterminación, ninguna de las cuales había aparecido en acuerdo europeo alguno.

Para los norteamericanos, la diferencia entre su filosofía y el pensamiento europeo subrayaba el mérito de sus creencias. Al proclamar la ruptura radical con los preceptos y las experiencias del Viejo Mundo, la idea wilsoniana de un orden mundial derivaba de la fe norteamericana en la naturaleza esencialmente pacífica del hombre y de una subyacente armonía del mundo. De ahí se colegía que las naciones democráticas eran pacíficas por definición; los pueblos a los que se otorgara la autodeterminación ya no tendrían razón alguna para ir a la guerra o para oprimir a otros. Una vez que todos los pueblos hubiesen probado los beneficios de la paz y la democracia, sin duda se levantarían como uno solo para defender sus logros.

Los gobernantes europeos no sabían dónde ni cómo encasillar estas ideas. Ni sus instituciones internas ni su orden internacional se habían basado en teorías políticas que postularan la bondad esencial del hombre. Más bien habían sido pensados para colocar el demostrado egoísmo del hombre al servicio de un bien superior. La diplomacia europea no se fundamentaba en la naturaleza pacífica de los Estados, sino en su propensión a la guerra, que había que combatir o equilibrar. Se formaban alianzas en busca de objetivos específicos y definibles, y no para defender el concepto abstracto de la paz.

Las doctrinas wilsonianas de autodeterminación y seguridad colectiva colocaron a los diplomáticos europeos en un terreno absolutamente desconocido. La premisa básica de todos los acuerdos europeos había sido que las fronteras podían ajustarse para promover el equilibrio del poder, cuyos requisitos se anteponían a las preferencias de las poblaciones afectadas. Así fue como Pitt consideró las «grandes masas» para contener a Francia al término de las guerras napoleónicas.

Por ejemplo, durante todo el siglo XIX Gran Bretaña y Austria se opusieron al

desmembramiento del Imperio otomano porque estaban convencidas de que las naciones pequeñas que de él salieran socavarían el orden internacional. A su modo de ver, la inexperiencia de las naciones pequeñas enconaría las endémicas rivalidades étnicas, y su relativa debilidad tentaría a intervenir a las grandes potencias. Según la opinión británica y austríaca, los Estados pequeños tenían que subordinar sus ambiciones nacionales a los intereses generales de la paz. En nombre del equilibrio se había impedido a Francia anexionarse la parte valona, de habla francesa, de Bélgica, y se combatió todo intento de Alemania por unirse con Austria (aunque Bismarck tuvo sus propias razones para no buscar esa unión).

Wilson rechazó categóricamente este enfoque, como lo han hecho desde entonces los Estados Unidos. Según el pensamiento norteamericano, no era la autodeterminación la que causaba la guerra, sino precisamente la falta de ella; no era la carencia de un equilibrio del poder la que provocaba inestabilidad, sino la búsqueda de ese equilibrio. Wilson propuso basar la paz en el principio de seguridad colectiva. En su opinión, y en la de todos sus discípulos, la seguridad del mundo no exigía la defensa del interés nacional, sino la paz como concepto jurídico. Determinar si en realidad se había cometido una violación de la paz requería una institución internacional, que Wilson definió como Sociedad de Naciones.

Por extraño que parezca, la idea de crear semejante organización apareció por primera vez en Londres, que hasta entonces había sido el bastión de la diplomacia según el equilibrio del poder. El motivo de ello no fue un intento de inventar un nuevo orden mundial, sino la búsqueda inglesa de una buena razón para que los Estados Unidos entraran en una guerra del antiguo orden. En septiembre de 1915, en una revolucionaria desviación de la habitual práctica británica, el ministro de Exteriores, Grey, escribió al coronel House, confidente de Wilson, haciendo una propuesta que, según creyó, el idealista presidente norteamericano no podría rechazar.

¿Hasta qué punto —preguntó Grey— se interesaría el presidente en una Sociedad de Naciones que se comprometiera a imponer el desarme y la solución pacífica de disputas?

¿Propondría el presidente que hubiera una Sociedad de Naciones que se comprometiera a enfrentarse a cualquier potencia que violara un tratado [...] o que, en caso de disputa, se negara a adoptar otro método de solución que el de la guerra?²⁸⁶

No era probable que Gran Bretaña, que durante doscientos años se había mantenido apartada de las alianzas abiertas, de pronto se hubiese aficionado a compromisos de este tipo y a escala mundial. Sin embargo, la resolución de Gran Bretaña de imponerse a la inmediata amenaza de Alemania era tan grande que su ministro de Exteriores se animó a plantear una doctrina de seguridad colectiva: el compromiso más amplio imaginable. Cada miembro de su propuesta organización mundial tendría la obligación de oponerse a la agresión en cualquier lugar, llegara de donde fuera, y de castigar a las naciones que rechazaran la solución pacífica de disputas.

Grey conocía a su hombre. Desde su juventud, Wilson había creído que las instituciones federales norteamericanas debían servir de modelo para un posible «Parlamento del hombre»; al comienzo de su gobierno ya estaba analizando un pacto global para todo el continente americano. Grey no se sorprendió, aunque sin duda quedó encantado, al recibir una pronta respuesta en que se aceptaba la que, analizada retrospectivamente, puede verse que fue su transparente sugerencia.

Este intercambio acaso fue la primera demostración de esa «relación especial» existente entre los Estados Unidos y Gran Bretaña que permitiría a ésta mantener una influencia incomparable en Washington mucho después de que declinara su poder tras la Segunda Guerra Mundial. Un mismo

lenguaje y una misma herencia cultural se combinaron con un gran tacto para que los gobernantes británicos introdujeran sus ideas en el proceso norteamericano de toma de decisiones de tal manera que imperceptiblemente parecieran formar parte del propio Washington. Así, cuando en mayo de 1916 Wilson propuso por primera vez su plan de crear una organización mundial, sin duda estaba convencido de que había sido idea suya. En cierto modo lo era, pues Grey la había propuesto gracias a un conocimiento profundo de las probables convicciones de Wilson

Cualesquiera que fuesen sus orígenes directos, la Sociedad de Naciones fue un concepto esencialmente norteamericano. Lo que Wilson tenía en mente era una «asociación universal de las naciones para mantener la seguridad inviolable de las rutas del mar para el uso común y sin obstáculos de todas las naciones, e impedir cualquier guerra iniciada contra un tratado o sin advertencia y la plena exposición de las causas a la opinión mundial, virtual garantía de integridad territorial y de independencia política»²⁸⁷.

Sin embargo, al principio Wilson se contuvo de ofrecer la participación norteamericana en esta «asociación universal». Por fin, en enero de 1917, dio el salto y propuso el ingreso de su país, empleando como modelo de manera sorprendente la Doctrina Monroe:

Estoy proponiendo, por decirlo así, que todas las naciones debieran, en un solo acuerdo, adoptar la doctrina del presidente Monroe como doctrina del mundo: que ninguna nación debe tratar de extender su comunidad por encima de ninguna otra nación o pueblo [...] que en lo sucesivo todas las naciones eviten las alianzas comprometedoras que las arrastrarían a la competencia por el poder [...]²⁸⁸.

Probablemente México se asombró al saber que el presidente del país que en el siglo XIX le había arrancado una tercera parte de su territorio y le había enviado tropas el año anterior estaba presentando la Doctrina Monroe como garantía de la integridad territorial de las naciones hermanas, y como ejemplo clásico de la colaboración internacional.

Debido a su idealismo, a Wilson le faltó poco para creer que sus opiniones debían imponerse en Europa por sí mismas, y se mostró del todo dispuesto a complementar el argumento con la presión. Poco después de que los Estados Unidos entraran en guerra, en abril de 1917, Wilson escribió al coronel House: «Cuando la guerra haya pasado podremos imponerles nuestro modo de pensar, porque para entonces estarán, entre otras cosas, económicamente en nuestras manos.»²⁸⁹ De momento, varios de los Aliados retardaron su respuesta tanto como pudieron. Aunque no podían decidirse a aprobar ideas tan contrarias a sus tradiciones, necesitaban demasiado de los Estados Unidos para expresar sus reservas.

A fines de octubre de 1917, Wilson envió a House a pedir a los europeos que prepararan unos objetivos de guerra que reflejaran su proclamado anhelo de establecer una paz sin anexiones ni indemnizaciones, salvaguardado por una autoridad mundial. Durante varios meses, Wilson se abstuvo de presentar sus propias ideas porque, como explicó a House, Francia e Italia podrían poner objeciones si los Estados Unidos dudaban de la imparcialidad de sus aspiraciones territoriales²⁹⁰.

Finalmente, el 8 de enero de 1918 Wilson procedió por su cuenta. Con extraordinaria elocuencia y elevadas ideas planteó los objetivos de guerra de los Estados Unidos ante una sesión conjunta del Congreso. Presentó Catorce Puntos, divididos en dos partes, y consideró ocho puntos de «obligado» cumplimiento: una diplomacia abierta, libertad de navegación marítima, desarme general, supresión de barreras comerciales, solución imparcial de reclamaciones coloniales, restauración de Bélgica, evacuación del territorio ruso y, como broche final, la creación de una Sociedad de

Naciones.

Wilson presentó los seis puntos restantes, más explícitos, con la declaración de que «deberían» (en condicional) ser aprobados; puede suponerse que en su opinión no eran absolutamente indispensables. Sorprendentemente, la devolución de Alsacia-Lorena a Francia estaba incluida en la categoría no obligatoria, aun cuando la determinación de recuperar esta región había sostenido la política francesa durante medio siglo y provocado sacrificios sin precedentes en la guerra. Se consideraban «deseables» otros objetivos, como la autonomía para las minorías de los imperios austro-húngaro y otomano, el nuevo trazado de las fronteras de Italia, la evacuación de los Balcanes, la internacionalización de los Dardanelos y la creación de una Polonia independiente con acceso al mar. ¿Se proponía Wilson dar a entender que estas seis condiciones estaban sujetas a discusión? Sin duda, el acceso de Polonia al mar y la modificación de las fronteras de Italia serían difíciles de reconciliar con el principio de autodeterminación, y por ello constituyeron los primeros fallos de la simetría moral en el propósito de Wilson.

Wilson concluyó su presentación con una petición a Alemania en nombre del espíritu de conciliación con que los Estados Unidos se enfrentarían a la construcción de un nuevo orden internacional, actitud que se apartaba de los objetivos históricos de las guerras:

No le envidiamos sus realizaciones ni la distinción de su cultura ni de sus empresas pacíficas, que han hecho su historia tan brillante y tan envidiable. No deseamos dañarla ni bloquear de manera alguna su legítima influencia ni su poder. No deseamos combatirla con armas ni con disposiciones comerciales hostiles si está dispuesta a asociarse con nosotros y con las otras naciones pacíficas del mundo en acuerdos de justicia y derecho y trato imparcial. Sólo queremos que acepte un lugar de igualdad entre los pueblos del mundo [...]²⁹¹.

Nunca antes se habían planteado objetivos tan revolucionarios con tan pocas indicaciones sobre cómo aplicarlos. El mundo con que soñaba Wilson se basaría en principios, no en el poder; en el derecho, no en intereses... tanto para los vencedores como para los vencidos. En otras palabras, constituía una inversión total de la experiencia histórica y del método de trabajo de las grandes potencias. Esto quedó simbolizado en el modo en que Wilson describió su papel y el de su país en la guerra. Los Estados Unidos se sumaron a lo que, por la aversión de Wilson a la palabra «aliado», prefirió llamar «un bando» en una de las guerras más feroces de la historia, y Wilson estaba actuando como si fuese el principal mediador, pues lo que parecía estar diciendo era que la guerra no se había entablado para lograr ciertas condiciones específicas, sino para que Alemania adoptara una determinada actitud. Por tanto; la guerra había sucedido por una conversión, no por cuestiones geopolíticas.

En un discurso pronunciado en el Ghildhall de Londres, el 28 de diciembre de 1918, después del Armisticio, Wilson condenó explícitamente el equilibrio del poder, tildándolo de inestable y basado en «celosa vigilancia y conflicto de intereses»:

Ellos [los soldados aliados] lucharon por suprimir un orden antiguo y por establecer uno nuevo, y el centro y la característica del antiguo orden fue esa cosa inestable a la que solíamos llamar «equilibrio del poder», en que el equilibrio era determinado por la espada que se arrojaba sobre un platillo o sobre otro; un equilibrio que era determinado por el juego inestable de los intereses en pugna [...] Los que han luchado en esta guerra han sido los hombres de las naciones libres que estaban resueltos a que ese tipo de cosas acabara ahora y para siempre²⁹².

No cabe duda de que Wilson tenía razón al decir que las naciones europeas habían embrollado las cosas. Sin embargo, no fue tanto el equilibrio del poder cuanto la renuncia de Europa a ese equilibrio la que causó el desastre de la Primera Guerra Mundial. Los gobernantes de la Europa de preguerra olvidaron el histórico equilibrio del poder y abandonaron los ajustes periódicos que habrían evitado el choque final. Lo sustituyeron por un mundo bipolar, mucho menos flexible incluso que el mundo de la futura Guerra Fría, ya que carecía de las inhibiciones catastróficas de la era nuclear. Aunque de viva voz rindieron homenaje al equilibrio, los gobernantes de Europa habían satisfecho a los elementos más nacionalistas de su opinión pública. Ni los acuerdos políticos ni los militares les daban ninguna flexibilidad; no había una válvula de escape entre el *statu quo* y la conflagración. Esto provocó unas crisis que no pudieron resolver, y las interminables «soflamas» públicas a la postre no les permitieron retroceder.

Wilson identificó, con toda precisión, algunos de los principales desafíos del siglo XX, especialmente cómo poner el poder al servicio de la paz. Pero sus soluciones complicaron con excesiva frecuencia los problemas que él identificaba, pues atribuyó la competencia entre Estados básicamente a la falta de autodeterminación y a motivos económicos. Sin embargo, la historia muestra otras muchas causas más frecuentes de competencia, entre las cuales sobresalen el engrandecimiento nacional, y la exaltación del gobernante o del grupo gobernante. Wilson desdeñó tales impulsos puesto que estaba convencido de que la difusión de la democracia los contendría, y de que la autodeterminación los privaría de sus centros de atención.

El remedio de Wilson, la seguridad colectiva, presuponía que todas las naciones se unirían contra la agresión, la injusticia y, puede suponerse, el egoísmo excesivo. En una comparecencia ante el Senado, a comienzos de 1917, Wilson afirmó que el establecimiento de los mismos derechos entre los Estados sería el requisito para mantener la paz mediante la seguridad colectiva, sin que importara el poder que cada nación representaba.

El derecho debe basarse en la fuerza común, no en la fuerza individual de las naciones de cuyo concierto dependerá la paz. Desde luego, no podrá haber una igualdad de territorio o de recursos; tampoco ninguna otra clase de igualdad que no sea ganada en el ordinario desarrollo pacífico y legítimo de los propios pueblos. Pero nadie pide ni espera nada más que la igualdad de derechos. Ahora, la humanidad está buscando libertad de vida, no equilibrios de poder²⁹³.

Wilson proponía un orden mundial en que la resistencia a la agresión se fundamentara en juicios morales, no geopolíticos. Las propias naciones se preguntarían si un acto era injusto, y no si era amenazador. Aunque los aliados de los Estados Unidos confiaran poco en este nuevo sistema, eran demasiado débiles para refutarlo. Sabían o creían saber cómo calcular el equilibrio basado en el poder; no confiaban en que ellos o nadie más supiesen cómo evaluar el equilibrio basándose en preceptos morales.

Antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, las democracias europeas nunca se atrevieron a expresar abiertamente sus dudas acerca de las ideas de Wilson y, en realidad, trataron por todos los medios de ganarse a Wilson siguiéndole la corriente. Cuando los Estados Unidos se unieron a los Aliados, éstos ya estaban desesperados. Las fuerzas combinadas de Gran Bretaña, Francia y Rusia no habían bastado para superar a Alemania y, tras la Revolución rusa, temían que la entrada de los Estados Unidos en la guerra no hiciera más que compensar el desplome de Rusia. El Tratado de Brest-Litovsk con Rusia mostró el destino que Alemania reservaba a los vencidos. El

temor a la victoria alemana impidió que Gran Bretaña y Francia discutieran los objetivos de guerra de su idealista asociado norteamericano.

Después del armisticio, los Aliados se encontraron en mejor posición para expresar sus reservas. Tampoco sería aquélla la primera vez que una alianza europea fuera violentada o rota después de la victoria (el Congreso de Viena pasó por una fase en que las potencias victoriosas se amenazaron unas a otras con la guerra). Sin embargo, los vencedores de la Primera Guerra Mundial estaban demasiado agotados por sus sacrificios, y aún dependían demasiado del gigante norteamericano para arriesgarse a discutir con él, o a retirarse del tratado de paz.

Esto podía decirse especialmente de Francia, cuya situación era entonces verdaderamente trágica. Durante dos siglos había luchado por el dominio de Europa, pero después de la guerra ya no confiaba en su capacidad de proteger ni siquiera sus propias fronteras contra un enemigo vencido. Los gobernantes de Francia sabían, intuitivamente, que contener a Alemania era algo que estaba fuera del alcance de su asolada sociedad. La guerra había dejado exhausta a Francia, y la paz parecía augurar nuevas catástrofes. Francia, que había luchado por su existencia, ahora se afanaba por encontrar su identidad. No se atrevía a quedarse sola, pero su aliado más poderoso proponía fundamentar la paz en principios que convertían la seguridad en un proceso judicial.

La victoria hizo comprender a Francia la cruda realidad de que la *revanche* le había costado demasiado cara, y que había estado viviendo de su crédito durante casi un siglo. Sólo Francia sabía lo débil que había quedado en comparación con Alemania, aunque nadie más, especialmente los Estados Unidos, estuviese dispuesto a creerlo. De este modo, en vísperas de la victoria se inició un diálogo franco-norteamericano que aceleró el proceso de desmoralización de Francia. Como Israel en la era moderna, Francia trataba de ocultar su vulnerabilidad mostrándose susceptible, y disfrazando su pánico incipiente con su intransigencia. Como el Israel moderno, estuvo en constante peligro de quedarse aislada.

Aunque los aliados de Francia insistían en que sus temores eran exagerados, los gobernantes franceses sabían que no era así. En 1880, los franceses habían representado el 15,7 % de la población de Europa. En 1900, esa cantidad se vio reducida al 9,7 %. En 1920, Francia tenía una población de 41 millones de habitantes y la de Alemania era de 65 millones, lo que hizo que el estadista francés Briand respondiera a los críticos de su política conciliadora hacia Alemania con el argumento de que la tasa de natalidad en Francia estaba dirigiendo su política exterior.

La relativa decadencia económica de Francia era aún más dramática. En 1850, Francia había sido la más grande nación industrial del continente. En 1880, la producción alemana de acero, carbón y hierro superaba a la de Francia.

En 1913, Francia produjo 41 millones de toneladas de carbón, en comparación con 279 millones de toneladas de Alemania; a fines de la década de los años treinta, la disparidad se ampliaría pues Francia produjo 47 millones de toneladas contra 351 millones de toneladas de Alemania²⁹⁴.

La fuerza residual del enemigo vencido marcó la diferencia esencial entre los órdenes internacionales posteriores a Viena y a Versalles, y la razón de ello fue la desunión de los vencedores después de Versalles. Una coalición de potencias derrotó a Napoleón, y se necesitó una coalición de potencias para superar a la Alemania imperial. Aun después de perder, ambos vencidos, Francia en 1815 y Alemania en 1918, siguieron siendo lo bastante fuertes para superar a cualquiera de los miembros de la coalición, y tal vez a una combinación de dos de ellos. La diferencia fue que, en 1815, los pacificadores asistentes al Congreso de Viena se mantuvieron unidos y formaron la Cuádruple Alianza, abrumadora coalición de cuatro potencias que disiparía cualquier sueño

revisionista. En el período posterior a Versalles, los vencedores no permanecieron como aliados; los Estados Unidos y la Unión Soviética se retiraron por completo, y Gran Bretaña se mostró sumamente ambigua en todo lo referente a Francia.

Sólo en el período posterior a Versalles Francia se percató con espanto de que su derrota a manos de Alemania en 1871 no había sido una aberración. El único modo en que Francia habría podido mantener por sí sola el equilibrio con Alemania hubiera sido fragmentándola en sus Estados originarios, tal vez restableciendo la Confederación Germánica del siglo XIX. De hecho, Francia persiguió esporádicamente este objetivo azuzando el separatismo en Renania y ocupando las minas de carbón del Sarre.

Sin embargo, dos obstáculos impedían dividir Alemania. Por una parte, Bismarck la había integrado demasiado bien. La Alemania creada por él conservó su sentido de unidad gracias a las derrotas sufridas en dos guerras mundiales, la ocupación francesa de la zona del Ruhr en 1923 y la imposición soviética de un Estado satélite en la Alemania oriental hasta una generación después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando se desplomó el Muro de Berlín, en 1989, el presidente de Francia, Mitterrand, se planteó la idea de colaborar con Gorbachov para obstruir la unificación alemana. Pero Gorbachov estaba demasiado preocupado por sus problemas internos para emprender semejante aventura, y Francia no era lo bastante fuerte para intentarla por sí sola. Una similar debilidad de Francia impidió la división de Alemania en 1918. Aunque Francia hubiese sido capaz de emprender esa tarea, sus aliados, especialmente los Estados Unidos, no habrían tolerado tan grave violación del principio de autodeterminación. Pero Wilson tampoco estaba dispuesto a insistir en una paz de reconciliación. Al final siguió adelante con varias cláusulas punitivas que contradecían el trato igualitario que había prometido en los Catorce Puntos.

El intento de reconciliar el idealismo norteamericano con las pesadillas francesas resultó ser superior a toda habilidad humana. Wilson negoció la modificación de los Catorce Puntos por el establecimiento de la Sociedad de Naciones, con la que esperaba remediar toda queja legítima que hubiese dejado el tratado de paz. Francia aceptó imponer medidas punitivas mucho menores que las que había creído proporcionales a sus sacrificios, con la esperanza de conseguir que los norteamericanos se comprometieran a largo plazo con la seguridad francesa. A la postre, ningún país alcanzó sus objetivos; Alemania no quedó reconciliada, Francia no se sintió segura y los Estados Unidos se retiraron del acuerdo.

Wilson fue la «estrella» de la Conferencia de Paz, que se reunió en París entre enero y junio de 1919. En los días en que viajar a Europa requería una semana en barco, muchos de los asesores de Wilson le habían advertido que un presidente estadounidense no podía darse el lujo de ausentarse de Washington durante meses enteros. De hecho, debido a la ausencia de Wilson, su fuerza en el Congreso se resintió, lo que resultó especialmente costoso cuando el tratado de paz fue presentado para su ratificación. Dejando aparte la ausencia de Wilson en Washington, casi siempre es un error que los jefes de Estado se inmiscuyan en los detalles de una negociación puesto que se ven obligados a dominar cuestiones específicas que habitualmente están en manos de sus ministerios de Asuntos Exteriores y se centran en temas más apropiados para sus subordinados, mientras se distraen de los asuntos que sólo los jefes de Estado pueden resolver. Pero como nadie que no tenga un ego bien desarrollado llega al más alto cargo, la negociación resulta difícil y los estancamientos son peligrosos. Como la posición interna de los interlocutores suele depender, al menos, de una apariencia de éxito, las negociaciones se centran con mayor frecuencia en soslayar las diferencias que en tratar de la esencia de un problema.

Este fue el destino de Wilson en París. Con el paso de los meses se vio obligado a regatear por

detalles que antes no lo habían preocupado. Cuanto más tiempo se quedaba, más prisa tenía por llevar las cosas a una conclusión que por crear un orden internacional enteramente nuevo. Dado el procedimiento que se empleó para negociar el tratado de paz, el resultado final fue inevitable. Como se estaba perdiendo muchísimo tiempo en ajustar cuestiones territoriales, la Sociedad de Naciones surgió como una especie de *deus ex machina*, para tender un puente entre la brecha cada vez mayor que se abría entre las pretensiones morales de Wilson y las condiciones reales del acuerdo.

El voluble galés David Lloyd George, que representaba a Gran Bretaña, en la campaña electoral anterior a la Conferencia de Paz había prometido que Alemania tendría que pagar todo el costo de la guerra, y que «le exprimiremos los bolsillos». Pero ante una Alemania esquiva y una Francia desconfiada, se dedicó a negociar entre Clemenceau y Wilson. A la postre obtuvo sus medidas punitivas, invocando la Sociedad de Naciones como el mecanismo mediante el cual se corregirían después todas las desigualdades.

El punto de vista de Francia estuvo representado por el anciano lleno de cicatrices de guerra Georges Clemenceau. Apodado *el Tigre*, era un veterano de decenas de batallas internas, desde el derrocamiento de Napoleón III hasta la reivindicación del capitán Dreyfus. Sin embargo, en la Conferencia de París se fijó una tarea que iba más allá incluso de sus enormes capacidades. En su lucha por una paz que de algún modo anulara la obra de Bismarck y reafirmara la supremacía de Francia en el continente al estilo de Richelieu, agotó la tolerancia del sistema internacional y, de hecho, la capacidad de su propia sociedad. Simplemente, no se podía hacer retroceder el reloj ciento cincuenta años. Ninguna otra nación compartió o siquiera comprendió por completo los objetivos de Francia. La frustración sería el destino de Clemenceau, y la desmoralización progresiva el futuro de Francia.

Vittorio Orlando, primer ministro de Italia, representó al último de los Cuatro Grandes. Aunque era una figura elegante, con frecuencia fue eclipsado por su enérgico ministro de Exteriores, Sidney Sonnino. Los negociadores italianos, como pudo verse, habían ido a París a recoger el botín y no a planificar un nuevo orden internacional. Los Aliados habían atraído a Italia a la guerra prometiéndole en el Tratado de Londres de 1915 el sur del Tirol y la costa dálmata. Como el sur del Tirol era predominantemente austro-germano y la costa dálmata era eslava, los representantes de Italia se encontraron en conflicto directo con el principio de autodeterminación. Sin embargo, Orlando y Sonnino detuvieron las negociaciones de la conferencia hasta que, por simple exasperación, el sur del Tirol (aunque no Dalmacia) le fue entregado a Italia. Este «compromiso» demostró que los Catorce Puntos no eran inamovibles, y abrió las puertas a otros ajustes que, colectivamente, iban contra el «dominante» principio de autodeterminación, sin mejorar el antiguo equilibrio del poder ni crear otro nuevo.

A diferencia del Congreso de Viena, la Conferencia de Paz de París no incluyó a las potencias vencidas. Por consiguiente, los meses de negociaciones proporcionaron a los alemanes un ambiente de incertidumbre que les hizo concebir ilusiones. Recitaban de memoria los Catorce Puntos de Wilson, y aunque su propio plan de paz habría sido brutal, se engañaron creyendo que la decisión final de los Aliados en cierto modo sería beneficiosa. Por ello, cuando en junio de 1919, los pacificadores mostraron el resultado de su obra, los alemanes se indignaron y durante dos décadas se dedicaron a sabotearlo sistemáticamente.

La Rusia de Lenin, que tampoco fue invitada, atacó toda la empresa aduciendo que sólo era una orgía capitalista organizada por países cuyo fin último era intervenir en la guerra civil en Rusia. Se dio así el caso de que la paz en que concluyó la guerra para poner fin a todas las guerras no incluyó a las dos naciones más fuertes de Europa, Alemania y Rusia, cuya población conjunta suponía bastante

más de la mitad de la población de Europa y que superaban con mucho el mayor potencial militar. Este hecho, por sí solo, bastó para condenar los acuerdos de Versalles.

Tampoco sus procedimientos favorecieron un enfoque general. Los Cuatro Grandes, Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando, eran las figuras sobresalientes, pero no pudieron dominar las sesiones del mismo modo en que los ministros de las grandes potencias habían dominado el Congreso de Viena cien años antes. Los negociadores de Viena se habían concentrado ante todo en establecer un nuevo equilibrio del poder, para el cual había servido de modelo el Plan Pitt. En cambio, los jefes de Estado en París eran constantemente distraídos por una serie interminable de asuntos secundarios.

Se invitó a veintisiete Estados, y la conferencia, considerada como foro para todos los pueblos del mundo, se convirtió, a la postre, en una batalla campal. El Consejo Supremo, compuesto por los jefes de gobierno de Gran Bretaña, Francia, Italia y los Estados Unidos, era el de mayor rango entre las innumerables comisiones y secciones que integraban la conferencia. Además, estaba el Consejo de los Cinco, integrado por el Consejo Supremo más el jefe de gobierno de Japón, y un Consejo de los Diez, que era el Consejo de los Cinco con sus ministros de Exteriores. Los delegados de los países más pequeños podían comunicar a los grupos más importantes sus diversas preocupaciones. Esto subrayó la naturaleza democrática de la conferencia, pero ocupó mucho tiempo.

Como no se había precisado ninguna agenda antes de la conferencia, los delegados llegaban sin saber en qué orden se tratarían los asuntos. De este modo, la Conferencia de París terminó con cincuenta y ocho distintos comités que, en su mayor parte, trataban de cuestiones territoriales. Se creó un comité separado para cada país; además, había comités que trataban de culpabilidad y criminales de guerra, reparaciones, puertos, vías acuáticas y ferrocarriles, mano de obra y, por último, de la Sociedad de Naciones. En total, los miembros del comité de la conferencia asistieron a 1.646 reuniones.

Las interminables disputas acerca de temas secundarios ocultaban el hecho básico de que, para que la paz fuese estable, el acuerdo debía tener algún concepto general, especialmente una visión a largo plazo del futuro papel que desempeñaría Alemania. En teoría, los principios norteamericanos de seguridad colectiva y de autodeterminación habían de desempeñar ese papel, pero en la práctica, la auténtica cuestión de la conferencia (que resultó irresoluble) serían las diferencias entre el concepto norteamericano de un orden internacional y el de los europeos, en particular el de los franceses. Wilson rechazó la idea de que los conflictos internacionales tuviesen causas estructurales, y considerando natural la armonía, se esforzó por lograr unas instituciones que disiparan para siempre la ilusión de choques de intereses y permitieran reafirmar el concepto subyacente de una comunidad mundial.

Francia, que había sido el escenario de muchas de las guerras europeas y había participado en muchas otras, no se dejaría persuadir de que el choque de intereses nacionales era ilusorio, o de que existía alguna nebulosa armonía subyacente, hasta entonces oculta a la humanidad. Dos ocupaciones alemanas en el curso de cincuenta años habían hecho que Francia sintiese un temor obsesivo a una nueva serie de conquistas. Aspiraba a tener garantías tangibles a su seguridad, y dejaba para otros el adoctrinamiento moral de la humanidad. Pero esas garantías tangibles implicaban o bien un debilitamiento de Alemania o bien la seguridad de que, en caso de otra guerra, ciertos países, especialmente los Estados Unidos y Gran Bretaña, estarían del lado de Francia.

Como los Estados Unidos se oponían al desmembramiento de Alemania, y la seguridad colectiva resultaba demasiado nebulosa para Francia, la única solución era el compromiso norteamericano y británico de defenderla. Eso era justo lo que ambos países anglosajones se

mostraban en extremo reacios a otorgar. Como no recibió esa garantía, Francia se vio reducida a exigir ciertas medidas. La geografía protegía a los Estados Unidos, y la rendición de la flota alemana había disipado las preocupaciones británicas por el dominio de los mares. Entre los vencedores, sólo a Francia se le estaba pidiendo que dejara su seguridad en manos de la opinión mundial. André Tardieu, importante negociador francés, arguyó:

Para Francia, como para Gran Bretaña y los Estados Unidos, es necesario crear una zona de seguridad [...] Esta zona la crean las potencias navales con sus flotas y con la eliminación de la flota alemana. Francia, no protegida por el océano e incapaz de eliminar a millones de alemanes preparados para la guerra, debe crear esta zona por el Rin mediante una ocupación interaliada de ese río²⁹⁵.

Sin embargo, la petición francesa de arrebatarse Renania a Alemania tropezó con la convicción norteamericana de que «semejante paz sería contraria a todo lo que hemos representado»²⁹⁶. La delegación norteamericana arguyó que separar Renania de Alemania y establecer allí tropas aliadas provocaría un permanente resentimiento alemán. Philip Kerr, delegado británico, dijo a Tardieu que Gran Bretaña consideraba que un Estado renano independiente sería «fuente de complicación y de debilidad [...] Si surgen conflictos locales, ¿adónde conducirán? Si de estos conflictos resulta una guerra, ni Inglaterra ni sus dominios tendrán el profundo sentimiento de solidaridad con Francia que los animó en la última guerra»²⁹⁷.

Los gobernantes franceses se preocupaban mucho menos por el ulterior resentimiento alemán que por la potencia de Alemania. Tardieu se mantuvo firme:

Decís que a Inglaterra no le gusta emplear tropas británicas lejos de su patria. Esto es un hecho: Inglaterra siempre ha tenido tropas en la India y en Egipto. ¿Por qué? Porque sabe que su frontera no está en Dover [...] *Pedirnos abandonar la ocupación es como pedir a Inglaterra y a los Estados Unidos que hundan su flota de acorazados*²⁹⁸.

Si se le negaba a Francia una zona de protección, necesitaría alguna otra garantía, como una alianza con Gran Bretaña y los Estados Unidos. En caso necesario, Francia estaba dispuesta a aceptar cierta interpretación del concepto de seguridad colectiva para alcanzar el mismo resultado de una alianza tradicional.

Wilson estaba tan impaciente por establecer la Sociedad de Naciones que en ocasiones planteó teorías que despertaban las esperanzas de Francia. Varias veces, Wilson describió la Sociedad de Naciones como un tribunal internacional para zanjar disputas, alterar fronteras y dar a las relaciones internacionales una muy necesaria elasticidad. Uno de los consejeros de Wilson, el doctor Isaiah Bowman, resumió las ideas de Wilson en un memorándum redactado a bordo de la nave que los llevaba a la Conferencia de Paz en diciembre de 1918. La Sociedad de Naciones velaría por la:

[...] *integridad territorial más la alteración posterior de las condiciones y la modificación de fronteras si pudiera demostrarse que se había cometido una injusticia o que habían cambiado las condiciones*. Y esa alteración sería más fácil con el tiempo, cuando se enfriaran las pasiones y pudieran verse las cosas a la luz de la justicia, y no a la luz de una conferencia de paz al término de una larga guerra [...] [Lo] opuesto de semejante curso fue sostener la idea de las *grandes potencias y el equilibrio del poder*, y semejante idea siempre había producido sólo «agresión, egoísmo y

Después de la sesión plenaria del 14 de febrero de 1919, en que Wilson presentó el Pacto de la Sociedad de Naciones, le dijo a su esposa: «Este es nuestro verdadero primer paso hacia delante, pues ahora comprendo mejor que nunca que, una vez establecida, la Sociedad de Naciones podrá arbitrar y corregir errores que son inevitables en el tratado que intentamos hacer esta vez.»³⁰⁰

Tal como Wilson la imaginaba, la Sociedad de Naciones tendría el doble mandato de imponer la paz y de rectificar sus desigualdades. No obstante, Wilson era víctima de una profunda ambivalencia. Habría sido imposible encontrar un solo ejemplo histórico de cambios de fronteras europeas realizados apelando a la justicia o mediante procesos puramente jurídicos; casi en todos los casos se habían alterado, o defendido, en nombre del interés nacional. Sin embargo, Wilson veía claramente que el pueblo norteamericano no estaba ni remotamente preparado para adoptar un compromiso militar en defensa de las cláusulas del Tratado de Versalles. En esencia, las ideas de Wilson se convertían en instituciones equivalentes a un gobierno mundial que el pueblo norteamericano estaría aún menos dispuesto a aceptar que una fuerza de vigilancia global.

Wilson trató de soslayar este problema invocando la opinión pública mundial y no el gobierno mundial o la fuerza militar como la sanción última contra agresiones. Así lo describió en la Conferencia de Paz, en febrero de 1919:

[...] mediante este instrumento [la Sociedad de Naciones] estamos dependiendo básica y principalmente de una gran fuerza, y ésta es la fuerza moral de la opinión pública del mundo [...]³⁰¹.

Lo que no pudiera resolver la opinión mundial, sin duda lo haría la presión económica. Según el Memorándum Bowman:

En casos tocantes a la disciplina, había una alternativa a la guerra, a saber, el boicot; el comercio, incluyendo instalaciones postales y de telégrafo, podría negarse a un Estado culpable de felonía³⁰².

Ningún Estado europeo había visto jamás en acción semejante mecanismo, ni podía creer en su viabilidad. En todo caso, era pedir demasiado a Francia, que había perdido tanta sangre y riquezas sólo para encontrarse frente a un vacío en la Europa oriental y frente a una Alemania cuya fuerza era muy superior a la suya

Por consiguiente, para Francia, la Sociedad de Naciones sólo tenía un propósito: activar la ayuda militar contra Alemania, en caso de que fuera necesario. Un país antiguo y ya desangrado como Francia no podía confiar en la premisa básica de la seguridad colectiva, en que todas las naciones juzgarían las amenazas de igual modo o que, en caso de hacerlo, llegarían a conclusiones idénticas sobre cómo oponérsele. Si fallaba la seguridad colectiva, los Estados Unidos, y tal vez Gran Bretaña, siempre podrían, en última instancia, defenderse por sus propios medios. Mas para Francia no había última instancia; su juicio había de ser atinado desde el principio porque si resultaba errónea la suposición básica de la seguridad colectiva, Francia, a diferencia de los Estados Unidos, no podría entablar otra guerra tradicional, sino que probablemente dejaría de existir. Por tanto, Francia no estaba buscando una seguridad general, sino una garantía aplicable a sus circunstancias específicas. Pero la delegación norteamericana se negaba resueltamente a concedérsela.

Aunque, ante las presiones de su patria, fuera comprensible la renuencia de Wilson a

comprometer a los Estados Unidos más que con una declaración de principios, esto intensificó los presentimientos de Francia. Los Estados Unidos nunca habían vacilado en aplicar la fuerza como apoyo a la Doctrina Monroe, que Wilson invocaba constantemente como modelo de su nuevo orden internacional. Sin embargo, retrocedían cuando se planteaba la cuestión de las amenazas alemanas al equilibrio del poder europeo. ¿No significaba esto que el equilibrio europeo tenía para la seguridad de los Estados Unidos menos interés que las condiciones imperantes en el continente americano? Para suprimir esta distinción, el representante francés en el comité correspondiente, Léon Bourgeois, no dejó de presionar, exigiendo la creación de un ejército internacional o cualquier otro mecanismo que diera a la Sociedad de Naciones una maquinaria de aplicación automática en caso de que Alemania revocara el acuerdo de Versalles, única causa de guerra que interesaba a Francia.

Por un momento, Wilson pareció apoyar el concepto, refiriéndose al pacto propuesto como una garantía de los «títulos de propiedad sobre el planeta»³⁰³. Pero el séquito de Wilson quedó horrorizado. Sus integrantes sabían que el Senado jamás ratificaría la creación de un ejército internacional o de un compromiso militar permanente. Un asesor de Wilson llegó a argumentar que una cláusula que estipulara el uso de la fuerza contra la agresión sería anticonstitucional:

Una objeción considerable a semejante cláusula es que sería nula si estuviera contenida en un tratado de los Estados Unidos, puesto que el Congreso, según la Constitución, tiene la facultad de declarar la guerra. Una guerra que surgiera automáticamente de una situación ulterior, como consecuencia de una cláusula del tratado, no es una guerra declarada por el Congreso³⁰⁴.

Esto significaba, literalmente, que ninguna alianza con los Estados Unidos podría tener carácter obligatorio.

Wilson no tardó en volver a la doctrina pura de la seguridad colectiva. Tras rechazar la propuesta francesa declaró que la maquinaria permanente sería innecesaria porque la propia Sociedad de Naciones serviría para inspirar una abrumadora confianza en todo el mundo. Sostuvo que «el único método [...] estriba en que tengamos confianza en la buena fe de las naciones que pertenecen a la Sociedad [...]. Cuando llegue el peligro, también llegaremos nosotros; pero deberéis confiar en nosotros»³⁰⁵.

La confianza no es un artículo que abunde entre los diplomáticos. Cuando está en juego la supervivencia de las naciones, los estadistas buscan garantías más tangibles... en especial si un país se encuentra en una situación tan precaria como Francia. La persuasión del argumento norteamericano residía en la falta de toda alternativa; por muy ambiguas que fuesen las obligaciones de la Sociedad de Naciones, seguirían siendo mejores que nada. Lord Cecil, uno de los delegados británicos, dijo eso precisamente, cuando censuró a Léon Bourgeois por sus amenazas de no ingresar en la Sociedad de Naciones a menos que el pacto tuviese una maquinaria de aplicación inmediata. «Los Estados Unidos —dijo Cecil a Bourgeois— no tienen nada que ganar con la Sociedad de Naciones [...] podrían dejar en paz los asuntos europeos y atender a los suyos; la oferta de apoyo realizada por los Estados Unidos fue prácticamente un regalo para Francia [...].»³⁰⁶

Aunque con muchas dudas e incertidumbres, Francia acabó por ceder a la difícil lógica del argumento británico, y aceptó la perogrullada contenida en el Artículo 10 de la Carta de la Sociedad de Naciones: «El Consejo recomendará los medios por los cuales deberá cumplirse esta obligación [o sea, la conservación de la integridad territorial].»³⁰⁷ Es decir, en caso de urgencia, la Sociedad de Naciones convendría en aquello en que pudiera convenir. Esto era, desde luego, lo que todas las naciones habrían hecho, de forma habitual, si no hubiese ningún pacto; y ésta era precisamente la

circunstancia que las alianzas tradicionales trataban de remediar invocando la obligación formal de ayuda mutua en circunstancias definidas de manera específica.

Un memorándum francés subrayó con rudeza la insuficiencia de los acuerdos de seguridad de la propuesta de la Sociedad de Naciones:

Supóngase que en lugar de un entendimiento militar defensivo, en realidad muy limitado, que entró en vigor entre Gran Bretaña y Francia en 1914, no hubiese habido entre los dos países otro nexo que los acuerdos generales contenidos en el Pacto de la Sociedad de Naciones; la intervención británica hubiese sido mucho menos pronta, asegurando así la victoria de Alemania. Creemos, pues, que en esas condiciones la ayuda ofrecida por el Pacto de la Sociedad de Naciones llegaría demasiado tarde³⁰⁸.

Una vez aclarado que los Estados Unidos se negaban a incorporar medidas concretas de seguridad en el pacto, Francia reanudó su presión exigiendo la desmembración de Alemania. Propuso el establecimiento de una república renana independiente como zona desmilitarizada de protección, e intentó crear un incentivo para semejante Estado condonándolo del pago de reparaciones. Cuando los Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron, Francia sugirió que, por lo menos, Renania quedara separada de Alemania hasta que las instituciones de la Sociedad de Naciones hubiesen tenido la oportunidad de desarrollarse, y se pudiera poner a prueba su maquinaria de coacción.

En un esfuerzo por aplacar a Francia, Wilson y los gobernantes británicos le ofrecieron, a cambio del desmembramiento de Alemania, un tratado que garantizaría el nuevo acuerdo. Los Estados Unidos y Gran Bretaña convendrían en ir a la guerra si Alemania violaba el acuerdo. Era muy similar al pacto que los Aliados habían creado en el Congreso de Viena para protegerse contra Francia, pero había una diferencia importante: sin embargo, después de las guerras napoleónicas, los Aliados habían creído sinceramente en una amenaza francesa y trataban de prevenirse contra ella; después de la Primera Guerra Mundial Gran Bretaña y los Estados Unidos no creían en una amenaza alemana. Ofrecieron su garantía sin estar convencidos de que fuera necesaria, ni particularmente resueltos a aplicarla.

El principal negociador francés se regocijó y dijo que la garantía británica era un hecho «sin precedente». En ocasiones, dijo, Gran Bretaña había entrado en acuerdos temporales, pero nunca se había sometido a una obligación permanente: «A veces ha prestado ayuda, pero nunca se había comprometido, de antemano, a prestarla.»³⁰⁹ Tardieu consideró el compromiso propuesto por los Estados Unidos una desviación igualmente trascendental de su histórica pauta de aislacionismo³¹⁰.

En su afán de obtener garantías en toda regla, los gobernantes franceses pasaron por alto el hecho esencial de que las decisiones anglosajonas «sin precedente» eran, ante todo, una táctica para hacer que Francia olvidara su exigencia de desmembrar Alemania. En política exterior, el término «sin precedente» es siempre un tanto dudoso, porque la posibilidad real de la innovación está muy circunscrita por la historia, las instituciones nacionales y la geografía.

Si Tardieu hubiese observado la reacción de la delegación norteamericana habría comprendido cuán débil era en realidad esta garantía. Los consejeros de Wilson se opusieron unánimemente a su jefe. ¿No se había creado explícitamente la nueva diplomacia para suprimir este tipo de compromisos nacionales? ¿Habían luchado los Estados Unidos en la guerra sólo para terminar en una alianza tradicional? House escribió en su diario:

Creí que debía llamar la atención del presidente sobre los peligros de semejante tratado. Entre

otras cosas, sería considerado como un golpe directo a la Sociedad de Naciones. Se supone que la Sociedad haría exactamente lo que este tratado proponía, y si fuera necesario que las naciones hicieran semejantes tratados, ¿para qué serviría la Sociedad de Naciones?³¹¹

Era una pregunta pertinente, pues si la Sociedad de Naciones actuaba como lo había anunciado, la garantía era innecesaria; y si la garantía era necesaria, entonces la Sociedad no estaría a la altura de sus intenciones, y quedarían en entredicho todos los conceptos de la posguerra. Los aislacionistas del Senado de los Estados Unidos tenían sus propias dudas. No les preocupaba tanto que la garantía chocara con la Sociedad de Naciones cuanto que los astutos europeos atrapasen a los Estados Unidos en la red de sus corrompidos y viejos embrollos. La garantía no duró mucho. La negativa del Senado a ratificar el Tratado de Versalles la anuló y Gran Bretaña se apresuró a aprovechar el pretexto para liberarse también de su compromiso. El abandono de las exigencias de Francia resultó permanente, y la garantía efímera.

De todas estas corrientes entrecruzadas surgió, por fin, el Tratado de Versalles, llamado así por el Salón de los Espejos del palacio de Versalles en que se firmó. Aquel mismo lugar pareció infligir una humillación innecesaria. Cincuenta años antes, Bismarck, sin tacto alguno había proclamado allí mismo la unificación alemana; ahora, los vencedores le devolvían su propio insulto. No era probable que su acción aplacara a toda la comunidad internacional. El Tratado de Versalles, demasiado punitivo para ser conciliador y demasiado benévolo para impedir que Alemania se recuperara, condenaba a las exhaustas democracias a ejercer una vigilancia constante y a coaccionar permanentemente a una Alemania irreconciliable y revisionista.

A pesar de los Catorce Puntos, el tratado era punitivo en los ámbitos territorial, económico y militar. Alemania había de entregar el 13 % de su territorio de preguerra. La Alta Silesia, de gran importancia económica, pasaba a manos de la recién creada Polonia, que también recibía una salida al mar Báltico y el área que rodeaba a Posen, creando así el «Corredor Polaco» que separaba la Prusia oriental del resto de Alemania. El minúsculo territorio de Eupen-et-Malmédy era entregado a Bélgica, y Alsacia-Lorena volvía a Francia.

Alemania perdió sus colonias, cuya situación legal ocasionó una disputa entre Wilson, por una parte, y Francia, Gran Bretaña y Japón por otra; los tres deseaban anexionarse una parte del botín. Wilson insistió en que esa transferencia directa violaría el principio de autodeterminación, y los Aliados finalmente llegaron al llamado Principio de Mandato, que era tan ingenioso como hipócrita. Las colonias alemanas, así como antiguos territorios otomanos en Oriente Medio fueron asignados a los diversos vencedores con un «mandato», bajo supervisión de la Sociedad de Naciones, para facilitar su independencia. Nunca se definió explícitamente lo que aquello significaba y, a la postre, los mandatos tampoco condujeron a la independencia más pronto que en ninguna otra zona colonial.

Las restricciones militares del tratado reducían el ejército alemán a 100.000 voluntarios, y su armada a seis cruceros y unos cuantos navíos pequeños. Se prohibía que Alemania poseyera armas ofensivas como submarinos, aviones, tanques o artillería pesada, y se disolvió su estado mayor. Para supervisar el desarme alemán se creó una Comisión Interaliada de Control Militar, a la que se otorgaron facultades que resultarían sumamente indefinidas e ineficaces.

Pese a la promesa electoral de Lloyd George, de «exprimir» a Alemania, los Aliados empezaron a comprender que una Alemania económicamente postrada podría provocar una crisis económica mundial que afectaría a sus propias sociedades. Pero las poblaciones victoriosas mostraron poco interés en las advertencias de los teóricos de la economía. Británicos y franceses exigieron que Alemania indemnizara a sus poblaciones civiles por todos los daños sufridos. Contra

su opinión, Wilson finalmente aceptó una cláusula que hacía pagar a Alemania las pensiones de las víctimas de guerra y cierta compensación a sus familias. Semejante cláusula era inaudita; nunca un tratado de paz europeo había contenido cosa semejante. Como además no se fijó cantidad alguna a esas reclamaciones, decidiéndose determinarlas en fechas posteriores, esto motivó interminables controversias.

Otras sanciones económicas incluyeron el pago inmediato de 5.000 millones de dólares en efectivo o en especie. Francia recibiría grandes cantidades de carbón como indemnización por la destrucción de sus minas durante la ocupación alemana del este de Francia. Para compensar los navíos hundidos por submarinos alemanes, Gran Bretaña recibiría gran parte de la flota mercante alemana. Los activos extranjeros de Alemania, que ascendían a un total de 7.000 millones de dólares, fueron confiscados junto con muchas patentes (gracias al Tratado de Versalles, la aspirina Bayer es un producto norteamericano, no alemán). Los principales ríos de Alemania quedaron internacionalizados, y se restringió su capacidad de aumentar los aranceles.

Estas condiciones hipotecaban el nuevo orden internacional en lugar de ayudar a crearlo. Al reunirse los vencedores en París proclamaron una nueva etapa de la historia. Tan impacientes estaban por evitar los que consideraban errores del Congreso de Viena, que la delegación británica nombró al reconocido historiador sir Charles Webster para que escribiera un tratado sobre el tema³¹². Pero lo que finalmente originaron fue un frágil compromiso entre la utopía norteamericana y la paranoia europea, condicionado en exceso para hacer realidad los sueños de la primera y demasiado provisional para disipar los temores de la segunda. Un orden internacional que sólo puede mantenerse por la fuerza es precario, tanto más cuanto los países que debían soportar el principal peso de su aplicación, en este caso Gran Bretaña y Francia, se encontraban distanciados.

Pronto resultó evidente que, como cuestión práctica, no podía aplicarse el principio de autodeterminación de una manera tan clara como la presentada en los Catorce Puntos, sobre todo entre los Estados sucesores del Imperio austro-húngaro. Checoslovaquia terminó acogiendo a tres millones de alemanes, un millón de húngaros y medio millón de polacos, entre una población aproximada de 15 millones de habitantes; casi un tercio de la población no era checa ni eslovaca. Eslovaquia no estaba muy entusiasmada de formar parte de un Estado dominado por los checos, como lo demostraría posteriormente separándose en 1939 y, nuevamente, en 1992.

La nueva Yugoslavia satisfizo las aspiraciones de los intelectuales eslavos del Sur, aunque para crear ese Estado fue necesario atravesar la frontera de la historia europea que separaba los imperios romanos de Occidente y de Oriente, las religiones católica y ortodoxa, los alfabetos latino y cirílico, una línea fronteriza que corre, aproximadamente, entre Croacia y Serbia, las cuales, nunca en sus complejas historias habían pertenecido a la misma unidad política. El pago de todo esto vino después de 1941, en una sangrienta guerra civil que se reinició en 1991.

Rumania acogió millones de húngaros; Polonia, millares de alemanes y la custodia de un corredor que separaba el este de Prusia del resto de Alemania. Al término de este proceso, dirigido en nombre de la autodeterminación, casi tantas personas vivían bajo un gobierno extranjero como durante los días del Imperio austro-húngaro, pero ahora estaban distribuidas entre muchas más naciones-Estado, que a su vez eran mucho más débiles y que, para socavar más aún la estabilidad, estaban en conflicto entre sí.

Cuando ya era demasiado tarde, Lloyd George comprendió el dilema en que los victoriosos Aliados se habían metido. En un memorándum dirigido a Wilson, fechado el 25 de marzo de 1919, le escribió:

No puedo concebir mayor causa para una guerra futura que la de que el pueblo alemán, que ciertamente ha demostrado ser una de las razas más robustas y poderosas del mundo, se encuentre rodeado por cierto número de Estados pequeños, consistentes muchos de ellos en pueblos que nunca habían tenido por sí solos un gobierno estable, cada uno de los cuales contiene grandes masas de alemanes que claman por reunirse con su patria³¹³.

Pero, para entonces, la conferencia ya había avanzado demasiado hacia su fecha de clausura, en junio. Tampoco se contaba con ningún otro principio para organizar el orden mundial puesto que ya se había descartado el equilibrio del poder.

Más adelante, muchos gobernantes alemanes afirmarían que su país había sido llevado con engaños al Armisticio por los Catorce Puntos de Wilson, que luego fueron sistemáticamente violados. Tales argumentos no eran más que disparates, causados por pura autocompasión. Alemania había pasado por alto los Catorce Puntos mientras consideró que tenía la oportunidad de ganar la guerra, y poco después de la proclamación de los Catorce Puntos había impuesto una paz cartaginesa a Rusia en Brest-Litovsk, violando así mismo cada uno de los principios de Wilson. La única razón de que Alemania finalmente pusiera fin a la guerra fue por simples cálculos de poder: con la intervención del ejército norteamericano, su derrota final sólo era cuestión de tiempo. Cuando Alemania pidió un armisticio, estaba exhausta, sus defensas se desplomaban y los ejércitos aliados estaban a punto de invadir territorio alemán. De hecho, los principios de Wilson salvaron a Alemania de una venganza mucho más cruenta.

Con mejores argumentos, otros historiadores han aducido que fue la negativa de los Estados Unidos a ingresar en la Sociedad de Naciones la que condenó el Tratado de Versalles. Cuando los Estados Unidos no ratificaron el tratado ni garantizaron las fronteras francesas como se les pedía, ciertamente contribuyeron a la desmoralización de Francia. Pero, dado el carácter aislacionista del país, la afiliación de los Estados Unidos a la Sociedad de Naciones o la ratificación de la garantía no habría establecido una diferencia considerable. De uno u otro modo, los Estados Unidos no habrían empleado la fuerza para repeler una agresión, o bien habrían tenido que definir la agresión en términos que no se aplicaban a la Europa oriental... como Gran Bretaña tendría que hacerlo durante la década de los años treinta.

La caída del Tratado de Versalles fue estructural. El siglo de paz a que dio lugar el Congreso de Viena se había sostenido gracias a tres pilares, indispensables todos ellos: la paz de conciliación con Francia, el equilibrio del poder y el sentido compartido de la legitimidad. La paz relativamente conciliadora con Francia no habría impedido, por sí misma, que surgiera el revisionismo francés. Pero Francia sabía que la Cuádruple Alianza y la Santa Alianza siempre podrían reunir fuerzas superiores, haciendo demasiado peligroso cualquier intento de expansionismo francés. Al mismo tiempo, los congresos europeos periódicos dieron a Francia la oportunidad de participar en el concierto de Europa en términos de igualdad. Ante todo, los principales países habían compartido valores comunes, de modo que las quejas no se fundieron en un intento de destruir el orden internacional.

El Tratado de Versalles no satisfizo ninguna de estas condiciones. Sus términos eran demasiado onerosos para la conciliación, pero no lo bastante severos para un sometimiento permanente. En realidad, no era fácil lograr el equilibrio entre satisfacer a Alemania y subyugarla. Al considerar demasiado constreñido el orden mundial de preguerra, no era probable que Alemania quedara satisfecha con ninguno de los términos que se le ofrecieran después de la derrota.

Francia tenía tres opciones estratégicas: tratar de formar una coalición antigermana, intentar una

partición de Alemania o tratar de reconciliarse con Alemania. Todos los intentos de formar alianzas fallaron porque Gran Bretaña y los Estados Unidos los rechazaron, y porque Rusia ya no formaba parte del equilibrio. La partición de Alemania tropezó con la oposición de los mismos países que rechazaban una alianza, pero con cuyo apoyo tenía que contar Francia, no obstante, en caso de urgencia. Era a la vez demasiado tarde y demasiado temprano para pactar una reconciliación con Alemania; demasiado tarde porque la reconciliación era incompatible con el Tratado de Versalles, y demasiado temprano porque la opinión pública francesa aún no estaba madura para ello.

Resulta paradójico que el Tratado de Versalles, pese a sus cláusulas punitivas, aumentara la vulnerabilidad de Francia y la ventaja estratégica de Alemania. Antes de la guerra, Alemania se había enfrentado a vecinos poderosos, tanto en el Este como en el Oeste. No podía expandirse en ninguna de las dos direcciones sin tropezar con un gran Estado: Francia, el Imperio austro-húngaro o Rusia. Pero después del Tratado de Versalles ya no tuvo un contrapeso en el Este. Debilitada Francia, el Imperio austro-húngaro disuelto, y con Rusia fuera del escenario durante algún tiempo, simplemente no había manera de reconstruir el antiguo equilibrio del poder, sobre todo porque las potencias anglosajonas se negaron a garantizar el acuerdo de Versalles.

Ya en 1916, lord Balfour, por entonces ministro de Exteriores británico, previó por lo menos una parte del peligro que se cernía sobre Europa cuando advirtió que una Polonia independiente podía dejar indefensa a Francia en otra guerra: si «se convertía a Polonia en un reino independiente, quedando como amortiguador entre Rusia y Alemania, Francia se encontraría a merced de Alemania en la próxima guerra, por la razón de que Rusia no podría acudir en su ayuda sin violar la neutralidad de Polonia»³¹⁴. Éste fue exactamente el dilema de 1939. Para contener a Alemania, Francia necesitaba un aliado en el Este que pudiera obligar a Alemania a entablar una guerra en dos frentes. Rusia era el único país lo bastante fuerte para ello. Pero al quedar Polonia entre Alemania y Rusia, ésta sólo podía hacer presión sobre Alemania violando el territorio polaco, y este país era demasiado débil para desempeñar el papel de Rusia. En realidad, el Tratado de Versalles incentivó a Alemania y a Rusia para repartirse Polonia; y esto fue precisamente lo que hicieron ambos países veinte años después.

A falta de una gran potencia con la cual aliarse en el Este, Francia intentó fortalecer a los nuevos Estados para crear la ilusión de un desafío en dos frentes para Alemania. Apoyó a los nuevos Estados del este de Europa en sus esfuerzos por arrancar más territorio a Alemania o a lo que quedaba de Hungría. Obviamente, éstos tenían un incentivo para alentar la ilusión francesa de que podrían llegar a servir como contrapeso de Alemania, sin embargo, eran incapaces de desempeñar el papel que hasta entonces habían realizado Austria y Rusia. Eran demasiado débiles y estaban desgarrados por conflictos internos y rivalidades mutuas. Además, por el Este asomaba una Rusia ya reconstituida, furiosa por sus propias pérdidas territoriales, y que una vez que recobrara su fuerza, demostraría ser una amenaza tan grande como Alemania para la independencia de los pequeños Estados.

De este modo, la estabilidad del continente llegó a recaer en Francia. Se habían necesitado las fuerzas combinadas de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Rusia para someter a Alemania, pero de todos ellos, los Estados Unidos volvían a ser aislacionistas, y Rusia se apartó de Europa por un drama revolucionario y por el llamado *cordon sanitaire* formado por los pequeños Estados del este de Europa que se interponían en el camino de la ayuda directa de Rusia a Francia. Para mantenerla paz, Francia habría tenido que ser el policía de toda Europa, pero no sólo había perdido el gusto y la fuerza por esa política intervencionista, sino que, si lo hubiera intentado, se habría encontrado sola, abandonada a la vez por los Estados Unidos y Gran Bretaña.

Sin embargo, el mayor error del acuerdo de Versalles fue psicológico. El orden mundial creado por el Congreso de Viena se había cimentado en el principio de una unidad conservadora, junto con los requisitos del equilibrio del poder; en efecto, las potencias indispensables para mantener el acuerdo también lo consideraban justo. Pero el acuerdo de Versalles nació muerto porque sus valores fundamentales chocaban con los incentivos indispensables para aplicarlo puesto que la mayoría de Estados necesaria para defender el acuerdo lo consideraba injusto, por una u otra razón.

Lo paradójico de la Primera Guerra Mundial fue que se entabló para someter al poderío alemán y su amenazante predominio, y llevó a la opinión pública a un paroxismo que impidió el establecimiento de una paz de conciliación. Sin embargo, a la postre, los principios wilsonianos impidieron una paz que coartara el poder de Alemania, y no hubo un sentido compartido de justicia. El precio de dirigir la política exterior según unos principios abstractos es la imposibilidad de distinguir entre casos particulares. Como los gobernantes reunidos en Versalles no estaban dispuestos a reducir el poder de Alemania por los derechos implícitos de la victoria o por cálculos del equilibrio del poder, se vieron obligados a justificar el desarme alemán como la primera parte de un plan general de desarme, y las reparaciones como una expiación de culpas por la guerra misma.

Para justificar de esta manera el desarme de Alemania, los Aliados socavaron la actitud psicológica necesaria para sostener su acuerdo. Desde el principio, Alemania pudo afirmar, como lo hizo, que la estaban discriminando, y exigió que se le permitiera el rearme o que otras naciones se desarmaran en la misma proporción. Entretanto, las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles acabaron por desmoralizar a los vencedores. En cada conferencia sobre desarme, Alemania ocupaba el más alto plano moral, habitualmente con el apoyo de Gran Bretaña. Pero si Francia concedía a Alemania la igualdad en el rearme, se desvanecería toda posibilidad de salvaguardar la independencia de las naciones de la Europa oriental. Por tanto, las cláusulas del desarme tenían que conducir al desarme de Francia o bien al rearme de Alemania. En ningún caso quedaría Francia lo bastante fuerte para defender Europa oriental o, a largo plazo, para defenderse a sí misma.

Del mismo modo, prohibir la unión de Austria y Alemania violaba el principio de autodeterminación, como lo violaba la presencia de una numerosa minoría alemana en Checoslovaquia y, en menor grado, la minoría alemana en Polonia. Así pues, las reivindicaciones alemanas fueron apoyadas por el principio organizador del Tratado de Versalles para intensificar el sentimiento de culpabilidad de las democracias.

El mayor error psicológico del tratado fue el Artículo 231, la llamada Cláusula de Culpa de Guerra, que declaraba que Alemania era la única responsable de la Primera Guerra Mundial, y establecía una severa censura moral. La mayor parte de las medidas punitivas contra Alemania, económicas, militares y políticas, se basaban en la afirmación de que toda la conflagración había sido culpa exclusiva de Alemania.

Los pacificadores del siglo XVIII habrían considerado absurdas estas «cláusulas de culpa de guerra». Según ellos, las guerras eran sucesos amorales inevitables, causados por el choque de intereses. En los tratados que pusieron fin a las guerras del siglo XVIII, los vencidos pagaban un precio sin tener que justificarse por motivos morales. Sin embargo, para Wilson y los pacificadores de Versalles, había que atribuir la causa de la guerra de 1914-1918 a algún mal, que había que castigar.

Cuando los odios empezaron a disminuir, algunos agudos observadores vieron que la responsabilidad de que estallara la guerra era bastante más complicada. Desde luego, Alemania tenía una gran responsabilidad; pero ¿era justo aplicar medidas punitivas sólo a Alemania? ¿Era adecuado el Artículo 231? En cuanto empezó a plantearse esta pregunta, especialmente en Gran Bretaña

durante los años veinte, comenzó a vacilar la decisión de aplicar las medidas punitivas contra Alemania que contenía el tratado. Los pacificadores, con remordimientos de conciencia, se preguntaron si era justo lo que habían hecho, y esto provocó su falta de resolución para mantener el tratado. Desde luego, Alemania no era responsable de esto. El Artículo 231 llegó a ser conocido popularmente en Alemania como «La Mentira de la Culpa de Guerra». La dificultad física de establecer un equilibrio del poder no fue menor que la dificultad psicológica de crear un equilibrio moral.

De este modo, los creadores del acuerdo de Versalles lograron precisamente lo contrario de lo que habían querido hacer. Habían intentado debilitar a Alemania en lo físico, pero en cambio la fortalecieron en lo geopolítico. Desde un punto de vista a largo plazo, Alemania se encontró después de Versalles en una posición más favorable para dominar Europa que antes de la guerra. En cuanto se liberara de los grilletes del desarme, lo que sólo era cuestión de tiempo, resurgiría más poderosa que nunca. Así lo resumió Harold Nicolson: «Vinimos a París confiados en que estaba a punto de establecerse el nuevo orden; salimos de allí convencidos de que el nuevo orden simplemente había estropeado al antiguo.»³¹⁵

Los dilemas de los vencedores

La política del acuerdo de Versalles se basó en dos conceptos generales que se anulaban entre sí. El primero falló porque era demasiado general, y el segundo, porque era poco generoso. El concepto de seguridad colectiva era tan general que resultó inaplicable a las circunstancias que más probablemente perturbarían la paz, y la colaboración informal anglo-francesa que lo reemplazó era demasiado débil y ambivalente para resistir un gran reto alemán. Antes de que transcurrieran cinco años, las dos potencias vencidas en la guerra se unieron en Rapallo. La creciente colaboración entre Alemania y la Unión Soviética fue un golpe decisivo al sistema de Versalles, aunque las democracias estaban demasiado desmoralizadas para comprenderlo inmediatamente.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, el antiquísimo debate acerca del papel que debían representar la moral y el interés en los asuntos internacionales parecía haberse resuelto en favor del predominio del derecho y la ética. Bajo el efecto del cataclismo, muchos esperaron un mundo mejor, tan libre como fuese posible de principios similares a los que regían la *Realpolitik* que, en su opinión, había diezmado la juventud de toda una generación. Los Estados Unidos surgieron como catalizadores de este proceso, aunque estuvieran refugiándose en el aislacionismo. Gracias al legado de Wilson, Europa trató de mantener la estabilidad mediante el principio de la seguridad colectiva y no con el tradicional enfoque europeo de alianzas y equilibrio del poder, a pesar de la ausencia de los Estados Unidos.

A la usanza norteamericana, las alianzas en que participaron los Estados Unidos (como la OTAN) fueron generalmente descritas como instrumentos de seguridad colectiva. Sin embargo, no fue así como en principio se concibió el término, pues en esencia los conceptos de seguridad colectiva y de alianza son diametralmente opuestos. Las alianzas tradicionales iban dirigidas contra amenazas específicas y definían obligaciones precisas para grupos concretos de países unidos por intereses nacionales compartidos o por preocupaciones de seguridad comunes. La seguridad colectiva no define una amenaza en particular, no garantiza a las naciones individualmente y tampoco discrimina a ninguna. Teóricamente, fue ideada para resistir a cualquier amenaza contra la paz, viniera de donde fuere y atacase a quien fuese. Las alianzas siempre presuponen un adversario potencial determinado; la seguridad colectiva defiende el derecho internacional en abstracto, al que trata de apoyar casi como un sistema judicial lo hace con un código penal interno. No presupone a un culpable particular, como tampoco lo hace una ley nacional. En una alianza, el *casus belli* es un ataque a los intereses o a la seguridad de sus miembros. El *casus belli* de la seguridad colectiva es la violación del principio de solución «pacífica» de disputas en que se supone que todos los pueblos del mundo tienen un interés común. Por consiguiente, hay que reunir fuerzas «caso por caso» partiendo de un grupo variable de naciones cuyo interés común es «mantener la paz».

El propósito de una alianza es establecer una obligación más predecible y precisa que un análisis del interés nacional. La seguridad colectiva funciona de manera completamente opuesta. Deja la aplicación de sus principios a la interpretación de circunstancias particulares cuando éstas surgen, dando así, involuntariamente, gran fuerza a la disposición de ánimo del momento y, por tanto, a la voluntad nacional.

La seguridad colectiva sólo contribuye a la seguridad si todas las naciones, o al menos todas las naciones necesarias para la defensa colectiva, comparten opiniones casi idénticas acerca de la naturaleza del desafío y están dispuestas a emplear la fuerza o a aplicar sanciones según los «méritos» del caso, cualquiera que sea el interés nacional específico que pudieran tener en la cuestión del momento. Sólo si se satisfacen estas condiciones podrá una organización mundial imponer sanciones o actuar como árbitro de asuntos internacionales. Así era como Wilson había concebido el papel de la seguridad colectiva cuando se acercaba el fin de la guerra en septiembre de 1918:

Los propósitos nacionales van pasando cada vez más a un segundo plano, y el propósito común de la humanidad ilustrada ha ocupado su lugar. Los consejos del hombre común han llegado a ser en todos los casos más sencillos, directos y coherentes que el parecer de los más experimentados estadistas, quienes aún tienen la impresión de que están dedicados a un juego de poder con grandes apuestas³¹⁶.

En estas palabras se refleja la diferencia fundamental entre la interpretación wilsoniana y la europea de las causas de los conflictos internacionales. La diplomacia al estilo europeo presupone que los intereses nacionales tienden a chocar y se define como sistema para reconciliarlos; Wilson, por su parte, consideraba la discordia internacional como resultado de un «pensamiento nebuloso», no como expresión de un auténtico choque de intereses. En la práctica de la *Realpolitik*, los estadistas soportan el peso de conjugar los intereses particulares con los generales, mediante un equilibrio de premios y castigos. En opinión de Wilson, es necesario que los estadistas apliquen principios universales a casos específicos. Además, los estadistas generalmente son tratados como las causas del conflicto, pues se cree que, con sus cálculos abstrusos y egoístas, distorsionan la natural tendencia del hombre a la armonía.

La conducta de la mayoría de los estadistas en Versalles defraudó las esperanzas de Wilson. Todos, sin excepción, subrayaron sus intereses nacionales dejando la defensa de los propósitos comunes a Wilson, cuyo país en realidad no tenía un interés nacional (en el sentido europeo) en las cuestiones territoriales del arreglo. Está en la naturaleza de los profetas redoblar sus esfuerzos, y no cejar ante una realidad recalcitrante. Los obstáculos que Wilson encontró en Versalles ni por un momento lo hicieron dudar de la posibilidad de aplicación de su nuevo sistema, sino que fortalecieron su convencimiento de que era necesario aplicarlo. Confiaba en que la Sociedad de Naciones y el peso de la opinión mundial corregirían las muchas cláusulas del Tratado que se apartaban de sus principios.

De hecho, la fuerza de los ideales de Wilson se demostró por su repercusión en Gran Bretaña, patria de la política del equilibrio del poder. El comentario oficial británico al Pacto de la Sociedad de Naciones declaró que «la sanción última y más efectiva debe ser la sanción pública del mundo civilizado»³¹⁷. O bien, como arguyó lord Cecil ante la Cámara de los Comunes, «en lo que nos basamos es en la opinión pública [...] y si nos equivocamos respecto a ella, entonces todo está equivocado»³¹⁸.

Parece improbable que Canning, Palmerston y Disraeli, discípulos de la política de Pitt, hubiesen llegado por sí solos a tales conclusiones. Al principio aceptaron la política de Wilson para asegurarse el apoyo norteamericano en la guerra, pero con el tiempo los principios de Wilson lograron ganarse a la opinión pública británica. En las dos décadas de 1920 a 1939 la defensa de la seguridad colectiva por parte de Gran Bretaña ya no fue una simple táctica. El wilsonismo había

logrado una auténtica conversión.

Al final, la seguridad colectiva cayó víctima de la debilidad de su premisa central: que todas las naciones tienen el mismo interés en resistir a un particular acto de agresión y están dispuestas a correr idénticos riesgos para oponerse a éste. La experiencia ha demostrado que estas suposiciones son falsas. Ningún acto de agresión en que haya participado una gran potencia se ha rechazado nunca aplicando el principio de la seguridad colectiva. O bien la comunidad mundial se negó a evaluar el acto declarando que constituía una agresión, o no se puso de acuerdo en aplicar las sanciones apropiadas. Y cuando éstas se aplicaron, inevitablemente reflejaron el mínimo común denominador, resultando a menudo tan ineficaces que causaron más mal que bien.

Cuando la conquista japonesa de Manchuria, en 1932, la Sociedad de Naciones no tenía ningún mecanismo para aplicar sanciones, pero ante la agresión de Italia contra Abisinia votó por las sanciones, aunque se abstuvo de cortar el suministro de petróleo, con la consigna de «Todas las sanciones excepto la guerra». Cuando Alemania se anexionó Austria por la fuerza y se extinguió la libertad de Checoslovaquia, no hubo ninguna reacción de la Sociedad de Naciones. El último acto de ésta, que ya no pudo contener a Alemania, Japón ni Italia, fue expulsar a la Unión Soviética después de que atacara a Finlandia en 1939, y esto no tuvo ningún efecto sobre las acciones soviéticas.

Durante la Guerra Fría, las Naciones Unidas demostraron ser igualmente ineficaces en cada caso de agresión por parte de una gran potencia, debido o bien al veto comunista en el Consejo de Seguridad o bien a la renuencia de los pequeños países a correr riesgos por asuntos que, en su opinión, no les concernían. Las Naciones Unidas fueron impotentes o se mantuvieron al margen durante las crisis de Berlín y en las intervenciones soviéticas en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, y no actuaron en la Crisis de los Misiles cubanos hasta que las dos superpotencias llegaron a un acuerdo. Los Estados Unidos sólo pudieron invocar la autoridad de las Naciones Unidas contra la agresión de Corea del Norte en 1950 porque el representante soviético estaba boicoteando el Consejo de Seguridad, y la Asamblea General seguía estando dominada por países ávidos de obtener el apoyo de los Estados Unidos contra la amenaza de una agresión soviética en Europa. Las Naciones Unidas sí ofrecieron un conveniente punto de reunión para diplomáticos y un foro útil para el intercambio de ideas. También desempeñaron funciones técnicas importantes, pero no cumplieron con la premisa ulterior de la seguridad colectiva: la prevención de la guerra y la resistencia colectiva a toda agresión.

También fue así en el período posterior a la Guerra Fría. En la Guerra del Golfo de 1991 sí ratificaron las acciones norteamericanas, pero sería arriesgado decir que la resistencia a la agresión iraquí fue una aplicación de la doctrina de seguridad colectiva. Sin esperar el consenso internacional, los Estados Unidos habían enviado unilateralmente una gran fuerza expedicionaria. Otras naciones sólo pudieron influir sobre las acciones de los Estados Unidos uniéndose a la que ya era, de hecho, una empresa norteamericana, pero no habrían podido evitar los riesgos de un conflicto si la vetaban. Además, ciertos disturbios internos acaecidos en la Unión Soviética y en China dieron a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU un incentivo para conservar la buena voluntad de los Estados Unidos. En la Guerra del Golfo se invocó la seguridad colectiva como justificación del liderazgo norteamericano, y no como sustituto de éste.

Desde luego, estas lecciones aún no se habían aprendido en los primeros días en que se introdujo el concepto de seguridad colectiva en la diplomacia. Los estadistas posteriores a Versalles se habían medio convencido de que los armamentos eran la causa de las tensiones, no el resultado de éstas, y creían, también a medias, que si la buena voluntad reemplazaba la desconfianza de la diplomacia tradicional podría acabarse con los conflictos internacionales. Aunque estaban

emocionalmente agotados por la guerra, los gobernantes europeos debían haberse percatado de que una doctrina general de seguridad colectiva nunca podría funcionar, aunque superara todos los demás obstáculos, mientras excluyera a tres de las naciones más poderosas del mundo: los Estados Unidos, Alemania y la Unión Soviética. Pero los Estados Unidos se habían negado a ingresar en la Sociedad de Naciones, Alemania estaba proscrita de ella y la Unión Soviética, que fue tratada como un proscrito, optó por desdeñarla.

El país que más sufrió con el nuevo orden de posguerra fue la «victoriosa» Francia. Los gobernantes franceses sabían que las cláusulas del Tratado de Versalles no mantendrían siempre débil a Alemania. Después de la última guerra europea, la de Crimea de 1854-1856, los vencedores, Gran Bretaña y Francia, no lograron mantener sus acuerdos militares ni siquiera durante veinte años. Tras las guerras napoleónicas, Francia llegó a ser miembro de pleno derecho del nuevo orden de Europa al cabo de sólo tres años. Después de Versalles, la decadencia de Francia ante Alemania se hizo cada vez más patente aunque pareciera dominar militarmente a toda Europa. El victorioso comandante en jefe francés, mariscal Ferdinand Foch, tenía razón cuando opinó del Tratado de Versalles: «Esto no es una paz; es un armisticio de veinte años.»³¹⁹

En 1924, el estado mayor de las fuerzas de tierra británicas había llegado a la misma conclusión cuando predijo que Alemania volvería a ir a la guerra contra Gran Bretaña por cuestiones que serían «simplemente una repetición de las condiciones que nos llevaron a la última guerra»³²⁰. También afirmó que las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles retrasarían el rearme alemán, si acaso nueve meses, hasta que Alemania se sintiera políticamente bastante fuerte para librarse de los grilletes de Versalles, lo que el estado mayor, con buen tino, calculó en unos diez años. Coincidiendo con el análisis de los franceses, el estado mayor británico también predijo que Francia se encontraría indefensa a menos que, entretanto, lograra una alianza militar con «potencias de primera fila».

Sin embargo, la única potencia disponible de primera fila era Gran Bretaña, cuyos dirigentes políticos no sólo no se dejaban convencer por las opiniones de sus asesores militares, sino que basaron su política en la errónea creencia de que Francia ya era demasiado poderosa y que lo último que necesitaba era una alianza británica. Los gobernantes de Gran Bretaña consideraron que la desmoralizada Francia era el país potencialmente predominante y que había que contrarrestar su fuerza, mientras la revisionista Alemania era vista como la parte agraviada, que había que reconciliar. Ambas suposiciones, que Francia era militarmente hegemónica y que Alemania había sido tratada con brutalidad, eran correctas a corto plazo; pero como premisas de la política británica, a la larga resultarían desastrosas. Los estadistas se sostienen o caen según sus percepciones de las corrientes generales, y los gobernantes británicos de la posguerra no vieron los peligros que les acechaban a largo plazo.

Francia buscaba desesperadamente una alianza militar con Gran Bretaña para reemplazar la garantía que se disipó al negarse el Senado de los Estados Unidos a ratificar el Tratado de Versalles. Sin haber pactado nunca una alianza militar con el país que consideraban más fuerte de Europa, los gobernantes británicos creyeron entonces que Francia estaba renovando su histórica amenaza de dominar todo el continente. En 1924, el Departamento Central del Ministerio de Asuntos Exteriores británico manifestó que la ocupación francesa de Renania era un «trampolín para una incursión en Europa central»³²¹, un juicio completamente erróneo de la psicología francesa de la época. Aún más, el memorándum del Ministerio de Asuntos Exteriores consideraba la ocupación de Renania como un cerco a Bélgica que creaba «una amenaza directa al Scheldt y al Zuider Zee y, por tanto, una amenaza indirecta para este país»³²². Para no ser menos, y acabando de provocar sospechas antifrancesas, el Almirantazgo ofreció un argumento que parecía tomado de las guerras de sucesión española o de las

guerras napoleónicas: que Renania dominaba los puertos holandeses y belgas obstaculizando considerablemente los planes de la Marina Real británica en caso de una guerra con Francia³²³.

No había la menor esperanza de mantener un equilibrio del poder en Europa mientras Gran Bretaña considerara que la principal amenaza era un país cuya política exterior, casi impulsada por el pánico, se centraba única y exclusivamente en rechazar otro ataque alemán. De hecho, en una especie de reflejo histórico, muchos líderes británicos empezaron a pensar en Alemania como contrapeso para Francia. Por ejemplo, el embajador británico en Berlín, vizconde D'Abernon, informó que a Inglaterra le interesaba mantener a Alemania como contrapeso de Francia. «Mientras Alemania sea un conjunto coherente, habrá una Europa más o menos equilibrada», escribió en 1923. Si Alemania se desintegraba, Francia «tendría el indiscutible dominio militar y político, basado en su ejército y en sus alianzas militares»³²⁴. Esto era cierto, sin duda, pero no se asemeja en nada al panorama con que la diplomacia británica se enfrentaría en las décadas siguientes.

Gran Bretaña tenía razón al argüir, como siempre, que después de la victoria la reconstrucción del orden internacional exigía el retorno del anterior enemigo a la comunidad de las naciones. Pero acallar las quejas de Alemania no restauraría la estabilidad mientras el equilibrio del poder continuara deslizándose inexorablemente en dirección hacia Alemania. Francia y Gran Bretaña, cuya unidad era esencial para mantener los últimos vestigios del equilibrio del poder europeo, se miraban con amargura e incompreensión, mientras que las verdaderas amenazas al equilibrio, Alemania y la Unión Soviética, se mantenían al margen, con hosco resentimiento. Gran Bretaña exageraba la fuerza de Francia, y ésta sobreestimaba con mucho su capacidad de emplear el Tratado de Versalles para compensar su cada vez más notoria inferioridad ante Alemania. El temor de Gran Bretaña a una posible hegemonía francesa en el continente era absurdo. Por otra parte, Francia, que creía poder dirigir la política exterior manteniendo postrada a Alemania, vivía en una mezcla de engaño y desesperación.

Acaso la razón principal del rechazo de Gran Bretaña a una alianza con Francia era que, en su fuero interno, sus gobernantes no consideraban justo el Tratado de Versalles, sobre todo en las resoluciones tocantes a Europa oriental, y temían que una alianza con Francia (que tenía pactos con países de Europa oriental) pudiera causarles un conflicto por cuestiones equivocadas y en defensa de países que no debían defender. Lloyd George expresó el pensamiento común de esa época:

El pueblo británico [...] no se dejaría envolver en las disputas que pudiesen surgir respecto a Polonia o Danzig, o la Alta Silesia [...] El pueblo británico consideraba que las poblaciones de esa parte de Europa eran inestables y excitables; podían empezar a luchar en cualquier momento, y sería difícil desenredar las razones y sinrazones de la disputa³²⁵.

Con actitudes como ésta los gobernantes británicos utilizaron las discusiones sobre la posibilidad de establecer una alianza con Francia básicamente como recurso táctico para aliviar las presiones francesas sobre Alemania, y no como una seria contribución a la seguridad internacional.

Francia continuaba así su desesperado intento de mantener débil a Alemania, y Gran Bretaña trataba de inventar acuerdos de seguridad para aplacar los temores franceses sin comprometerse. Tal era el círculo al que no se le encontraría cuadratura, pues Gran Bretaña no podía decidirse a dar a Francia la única garantía capaz de crear una política exterior francesa más tranquila y conciliadora respecto a Alemania, es decir, una alianza militar en toda regla.

En 1922, cuando el primer ministro de Francia, Aristide Briand, comprendió que el Parlamento británico no aprobaría un compromiso militar en toda regla, volvió al precedente de la *Entente*

Cordiale de 1904, una colaboración diplomática anglo-francesa sin cláusulas militares. Pero en 1904 Gran Bretaña se había sentido amenazada por el plan naval de Alemania y por sus constantes bravatas. En cambio, en la década de los años veinte temía a Alemania menos que a Francia, cuya conducta atribuía, erróneamente, a la arrogancia y no al pánico. Aunque Gran Bretaña accedió de mala gana a la propuesta de Briand, su auténtico motivo para hacerlo quedó reflejado en una cínica nota del gabinete que defendía la alianza francesa como sistema para fortalecer las relaciones de Gran Bretaña con Alemania:

Para nosotros, Alemania es el país más importante de Europa, no sólo en lo tocante a nuestro comercio con ella sino también porque es la clave de la situación en Rusia. Ayudando a Alemania en estas condiciones, podríamos exponernos a ser acusados de abandonar a Francia; pero si Francia fuera nuestra aliada no se nos podría imputar tal acusación³²⁶.

Ya fuera porque sintiera la actitud evasiva de Gran Bretaña, o simplemente porque considerara insustancial el acuerdo, Alexandre Millerand, el presidente francés, rechazó el plan de Briand, lo cual motivó la dimisión del primer ministro.

Al ver frustrado su intento de lograr una alianza al estilo tradicional con Gran Bretaña, Francia buscó entonces el mismo objetivo mediante la Sociedad de Naciones, elaborando una definición precisa del término agresión. Esto se convertiría entonces en una obligación definida en el marco de la Sociedad de Naciones transformando así la Sociedad en una alianza global. En septiembre de 1923, a instancias de Francia y de Gran Bretaña, el Consejo de la Sociedad de Naciones creó un tratado universal de ayuda mutua. En caso de conflicto, el Consejo estaría facultado para decidir qué país era el agresor y cuál la víctima. Entonces, todo miembro de la Sociedad de Naciones estaría obligado a ayudar a la víctima, por la fuerza si fuere necesario, en el continente en que estuviese ese signatario (esta cláusula se añadió para no incurrir en la obligación, para la Sociedad de Naciones, de ayudar en conflictos coloniales). Como las obligaciones de la doctrina de la seguridad colectiva supuestamente provienen de causas generales y no de intereses nacionales, el tratado estipulaba que, para tener derecho a esta ayuda, la víctima debía haber firmado previamente un acuerdo de desarme aprobado por la Sociedad de Naciones y haber reducido sus fuerzas armadas según un programa ya aprobado.

Como la víctima suele ser la parte más débil, el Tratado de Ayuda Mutua de la Sociedad en realidad estaba incentivando la agresión al pedir al bando más vulnerable que disminuyera sus defensas. Había algo absurdo en la propuesta de que a partir de entonces fuese defendido el orden internacional en nombre de quienes se desarmaran, y no de unos intereses nacionales vitales. Más aún, como se necesitarían años para negociar los programas de reducción de armamento en un tratado de desarme general, entretanto el universal Tratado de Ayuda Mutua estaba creando un gran vacío. Como la obligación de resistir, por parte de la Sociedad de Naciones, se hallaba en un distante y nebuloso futuro, la conclusión era que Francia y cualquier otro país amenazado tendría que hacer frente por sí solo a sus peligros.

Pese a sus cláusulas de excepción, el tratado no encontró apoyo. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se negaron siquiera a considerarlo. Nunca se solicitó la opinión de Alemania, y una vez aclarado que el borrador del tratado habría obligado a Gran Bretaña, que poseía colonias en cada continente, a ayudar a cualquier víctima de la agresión, el primer ministro laborista, Ramsay MacDonald, también se sintió obligado a informar que Gran Bretaña no podía aceptar el tratado, aun cuando hubiese ayudado a redactarlo.

Para entonces la seguridad se había convertido en una obsesión para Francia, que, lejos de reconocer la inutilidad de su esfuerzo, se negó a abandonar su búsqueda de unas normas compatibles con la seguridad colectiva, sobre todo porque el gobierno británico de Ramsay MacDonald apoyaba enérgicamente este concepto y el desarme, las llamadas causas progresistas representadas por la Sociedad de Naciones. Finalmente, MacDonald y el nuevo primer ministro de Francia, Édouard Herriot, idearon una variación de la propuesta anterior. El Protocolo de Ginebra de 1924 exigía la mediación de la Sociedad de Naciones en todos los conflictos internacionales, y establecía tres normas para que la ayuda a las víctimas de una agresión fuera considerada una obligación: la negativa del agresor a permitir que el Consejo zanjara la disputa por conciliación; el hecho de que el agresor no hubiese presentado el problema a resolución judicial o arbitraje; y, desde luego, la participación de la víctima en un plan de desarme general. Cada signatario estaba obligado a ayudar a la víctima por todos los medios disponibles contra un agresor así definido³²⁷.

Sin embargo, también el Protocolo de Ginebra falló, por la misma razón por la que habían fracasado el Tratado de Ayuda Mutua y todos los demás planes de seguridad colectiva en la década de los años veinte: iba demasiado lejos para Gran Bretaña, y se quedaba corto para Francia. Gran Bretaña lo había propuesto para atraer a Francia al desarme, no para crear una obligación adicional de defensa. Francia había seguido el protocolo básicamente como obligación de ayuda mutua, teniendo, si acaso, sólo un interés secundario en el desarme. Para subrayar la inutilidad de este ejercicio, los Estados Unidos anunciaron que no cumplirían el Protocolo de Ginebra ni tolerarían ninguna alteración del comercio norteamericano debida a sus cláusulas. Cuando el presidente del Departamento de la Defensa Imperial británica advirtió que el protocolo obligaría a desplegar peligrosamente las fuerzas británicas, el gabinete lo retiró, a comienzos de 1925.

La situación era ridícula. Resistir a la agresión era algo que ya dependía de que, antes, la víctima se hubiese desarmado. Las consideraciones geopolíticas y la importancia estratégica de las regiones, por las que las naciones habían ido a la guerra durante siglos, quedaban privadas de legitimidad. Según este razonamiento, Gran Bretaña defendería a Bélgica porque se había desarmado, no porque fuese estratégicamente vital. Tras meses de negociaciones, las democracias no avanzaban en el desarme ni en la seguridad. La tendencia de la seguridad colectiva a transformar la agresión en un problema abstracto y jurídico, y su negativa a considerar toda amenaza o compromiso específico, ejercían un efecto desmoralizador, no tranquilizador.

Pese a que, con buenas palabras, Gran Bretaña rindiera homenaje a ese concepto, obviamente consideraba que las obligaciones de la seguridad colectiva eran menos vitales que las de las alianzas tradicionales; el gabinete demostró tener una imaginación muy fértil al inventar diversas fórmulas para la seguridad colectiva, pero resueltamente rechazó toda alianza formal con Francia hasta la víspera misma de la guerra, quince años después. Sin duda, no habría hecho semejante distinción si no creyera que las obligaciones de la seguridad colectiva tenían pocas probabilidades de ser aplicadas, o que serían más fáciles de evadir que las de las alianzas.

La decisión más prudente para los Aliados habría sido liberar voluntariamente a Alemania de las cláusulas más onerosas de Versalles y forjar una firme alianza anglo-francesa. En esto pensaba Winston Churchill cuando abogó por una alianza con Francia «si (y sólo si) altera por completo su trato con Alemania y lealmente acepta una política británica de ayuda y amistad respecto a Alemania»³²⁸. Sin embargo, esa política nunca se aplicó de forma congruente. Los gobernantes franceses temían demasiado a Alemania y, a la vez, a su propia opinión pública, que era profundamente hostil a Alemania, y los gobernantes británicos desconfiaban demasiado de los designios de Francia.

Las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles ampliaron la distancia entre Inglaterra y Francia. Resulta irónico que allanaran el camino de Alemania hacia la igualdad militar, lo cual, dada la debilidad de Europa oriental, a largo plazo anunciaba ya una superioridad geopolítica. Por su parte, los Aliados habían unido la discriminación a la incompetencia por no incluir ningún sistema de verificación en las cláusulas de desarme. En una carta dirigida al coronel House en 1919, André Tardieu, principal negociador francés en Versalles, predijo que, no habiendo incluido un sistema de verificación, serían inútiles las cláusulas de desarme del tratado:

[...] se está preparando un instrumento débil, peligroso y absurdo [...] ¿Dirá la Sociedad de Naciones a Alemania: «Pruebe que mi información es falsa»? ¿O siquiera: «Queremos comprobar»? Pero se está arrogando un derecho de supervisión, y Alemania replicará: «¿Con qué derecho?»

Eso es lo que Alemania contestará y su respuesta estará justificada si no se ve obligada por el tratado a reconocer el derecho de verificación³²⁹.

En los primeros días del Tratado, antes de que el estudio del control de armamentos se hubiese convertido en tema de discusión, a nadie le pareció extraño pedir a Alemania que comprobara su propio desarme. Desde luego, ya se había organizado una Comisión Interaliada de Control Militar, pero no tenía un derecho de inspección independiente; sólo podía pedir información al gobierno alemán acerca de las violaciones alemanas... (un procedimiento no muy seguro). La comisión se disolvió en 1926, encargando la verificación del cumplimiento de Alemania a los servicios de información aliados. No es de sorprender que las cláusulas de desarme se estuvieran violando burdamente mucho antes de que Hitler se negara a cumplirlas.

A nivel político, los gobernantes alemanes insistieron hábilmente en el desarme general prometido en el Tratado de Versalles, cuya primera etapa sería su propio desarme. Al pasar el tiempo, se las arreglaron para obtener el apoyo británico a esta propuesta, y lo aprovecharon para justificar el incumplimiento de otras cláusulas del tratado. Para presionar a Francia, Gran Bretaña anunció unas reducciones drásticas de sus propias fuerzas terrestres (con las que nunca había contado para su seguridad), aunque no de su armada (que, por supuesto, sí contaba). Por otra parte, la seguridad de Francia dependía por completo de que su ejército permanente fuera mucho más numeroso que el de Alemania, porque el potencial industrial de población de Alemania era muy superior. La presión ejercida para alterar este equilibrio, ya fuese mediante un rearme de Alemania o un desarme francés, tuvo la consecuencia práctica de invertir los resultados de la guerra. Cuando Hitler subió al poder, ya era evidente que las cláusulas de desarme del Tratado pronto estallarían en pedazos, evidenciando la ventaja geopolítica de Alemania.

Las indemnizaciones de guerra fueron otro elemento de desunión entre Francia y Gran Bretaña. Hasta el Tratado de Versalles, el vencido siempre había pagado las indemnizaciones. Después de la guerra franco-prusiana de 1870, Alemania no se sintió obligada a invocar otro principio que el de su victoria para exigir una indemnización a Francia; tampoco lo hizo en 1918 respecto a la aterradora cifra que exigió a Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk.

Sin embargo, en el nuevo orden mundial de Versalles, los Aliados habían llegado a creer que las indemnizaciones requerían una justificación moral, y la encontraron en el Artículo 231, la Cláusula de Culpa de Guerra, ya descrita en el capítulo anterior. Esta cláusula fue furiosamente atacada en Alemania, y eliminó el ya muy escaso incentivo que allí había para colaborar con el acuerdo de paz.

Uno de los aspectos más asombrosos del Tratado de Versalles fue que sus redactores incluyeran

una cláusula tan ofensiva y precisa sobre la culpabilidad de guerra, pero sin especificar la cantidad total que se debía pagar por ello. La determinación de esta cantidad se había dejado en manos de futuras comisiones de expertos, porque las expectativas que los Aliados habían levantado entre la población eran tan exorbitantes que nunca habrían sido aprobadas por Wilson ni habrían pasado el examen de auténticos expertos financieros.

De esta manera, las indemnizaciones, como el desarme, fueron utilizadas a modo de arma arrojadiza por los revisionistas alemanes; los expertos dudaban cada vez más no sólo de la moralidad, sino de la viabilidad de presentar esas reclamaciones. El *Treatise on the Economic Consequences of the Peace*, de John Maynard Keynes, fue uno de los primeros ejemplos³³⁰. Por último, la posición negociadora de los vencedores siempre disminuye con el tiempo. Lo que no se cobra cuando la otra parte está bajo los efectos de la derrota, después es cada vez más difícil de cobrar; esta misma lección tuvieron que aprender los Estados Unidos respecto a Irak al término de la guerra del Golfo de 1991.

Hubo que esperar a 1921, dos años después de firmado el Tratado de Versalles, para que por fin se fijara la cifra de las indemnizaciones. Era absurdamente alta: 132.000 millones de marcos oro (cerca de 40.000 millones de dólares, unos 323.000 millones de dólares actuales). Esta suma habría obligado a Alemania a pagar durante el resto del siglo. Como era previsible, Alemania alegó insolvencia, y aunque el sistema financiero internacional hubiese podido encargarse de tan enorme transferencia de recursos, ningún gobierno democrático alemán habría sobrevivido si la hubiera aceptado.

En el verano de 1921, Alemania hizo efectivo el primer pago: 1.000 millones de marcos (250 millones de dólares). Pero lo hizo imprimiendo marcos en papel moneda y vendiéndolos por moneda extranjera en el mercado libre, en otras palabras, inflando su moneda hasta el punto de no hacer ninguna considerable transferencia de recursos. A fines de 1922, Alemania propuso una moratoria de cuatro años en el pago de indemnizaciones.

La desmoralización del orden internacional de Versalles y de Francia, su principal pilar europeo, era muy profunda. No había ningún sistema para exigir las indemnizaciones, y ningún modo de verificar el desarme. Como Francia y Gran Bretaña disentían en ambas cuestiones, Alemania estaba descontenta y los Estados Unidos y la Unión Soviética fuera del escenario, Versalles había causado, de hecho, una especie de guerra de guerrillas internacional, y no un orden mundial. Cuatro años después de la victoria aliada, la posición negociadora de Alemania estaba volviéndose más fuerte que la de Francia. En esta situación, el primer ministro británico Lloyd George convocó una conferencia internacional que debía reunirse en Génova en abril de 1922, cuya sensata intención era discutir sobre las indemnizaciones, las deudas de guerra y la recuperación europea en un solo «paquete», de manera similar a lo que haría el Plan Marshall una generación después. Como era imposible concebir la recuperación económica europea sin los dos mayores países del continente (que también eran los principales deudores), Alemania y la Unión Soviética, los dos proscritos de la diplomacia europea fueron invitados por primera vez en la posguerra a una conferencia internacional. El resultado no fue la contribución al orden internacional que Lloyd George había esperado, sino una oportunidad para que los proscritos se unieran.

Desde la Revolución Francesa no había aparecido en el horizonte de la diplomacia europea nada que se asemejara siquiera remotamente a la Unión Soviética. Por primera vez en más de un

siglo, un país se había dedicado oficialmente a derribar el orden establecido. Los revolucionarios franceses se habían esforzado por modificar el carácter del Estado; los bolcheviques, dando un paso más, se proponían abolirlo por completo. Una vez que éste hubiese desaparecido, según la frase de Lenin, no habría ya necesidad de diplomacia ni de política exterior.

Al principio, esta actitud desconcertó tanto a los bolcheviques como a los que tenían que tratar con ellos. Los primeros bolcheviques habían creado unas teorías de la lucha de clases y del imperialismo como causas de la guerra. En cambio, nunca trataron la cuestión de cómo dirigir la política exterior entre Estados soberanos. Estaban seguros de que la revolución mundial seguiría a su victoria en Rusia con pocos meses de diferencia; los más pesimistas pensaban que, en todo caso, tardaría unos años. León Trotsky, el primer ministro de Exteriores soviético, consideraba su tarea poco más que la de un empleado que, para desacreditar a los capitalistas, denunciaría los diversos tratados secretos mediante los cuales aquéllos se habían propuesto repartirse el botín de guerra. Dijo que su papel consistía en «emitir unas cuantas proclamas revolucionarias a los pueblos del mundo, y luego cerrar la tienda»³³¹. Ninguno de los primeros líderes comunistas creyó posible que un Estado comunista pudiese coexistir durante décadas con países capitalistas. Como se esperaba que en unos cuantos meses o años el Estado desapareciera por completo, se creía que la tarea fundamental de la temprana política exterior soviética consistía en fomentar la revolución mundial y no en atender a las relaciones entre Estados.

Dada esta situación resulta comprensible que la Unión Soviética fuese excluida del proceso de paz de Versalles. Los Aliados no tenían ningún interés por incluir en sus deliberaciones a un país que ya había pactado la paz por su cuenta con Alemania y cuyos agentes estaban tratando de derrocar a sus gobiernos. Tampoco Lenin y sus colegas tenían ningún deseo de participar en ese mismo orden internacional que se proponían destruir.

En sus interminables y complicados debates internos, nada había preparado a los primeros bolcheviques para el estado de guerra que, en realidad, heredaron. No tenían un plan de paz específico porque no pensaban en su país como Estado, sino como causa. Por consiguiente, actuaron como si poner fin a la guerra y promover la revolución europea fuese el mismo y único proceso. De hecho, su primer decreto de política exterior, aprobado al día siguiente de estallar la Revolución de 1917, fue el llamado Decreto de Paz, una llamada a los gobiernos y pueblos del mundo para lo que describían como una paz democrática³³².

Las ilusiones bolcheviques pronto se disiparon. El alto mando alemán aceptó entablar negociaciones en busca de un tratado de paz en Brest-Litovsk y un armisticio mientras se celebraban conversaciones. Al principio, Trotsky imaginó que lograría blandir la amenaza de la revolución mundial como instrumento de negociación, y actuar como una especie de defensor del proletariado. Por desdicha para Trotsky, el negociador alemán era un general victorioso y no un filósofo. Max Hoffmann, jefe del estado mayor del frente oriental, comprendió el equilibrio de las fuerzas, y en enero de 1918 presentó unas condiciones brutales. Exigió la anexión de toda la zona del Báltico, una parte de Bielorrusia, un protectorado *de facto* sobre una Ucrania independiente, y una descomunal indemnización. Cansado de las largas que le daba Trotsky, Hoffmann acabó por mostrar un mapa con una gruesa línea azul en que aparecían las demandas de Alemania, y aclaró que su país no se retiraría detrás de esa línea mientras Rusia no se desmovilizara. En otras palabras, mientras no estuviera indefensa.

El ultimátum de Hoffmann dio lugar al primer debate comunista significativo sobre política exterior, que comenzó en enero de 1918. Con el apoyo de Stalin, Lenin exigió aplacar a los alemanes. Bujarin propuso la guerra revolucionaria, pero Lenin adujo que, si no ocurría una revolución alemana

o si ésta fracasaba, Rusia sufriría una «aplastante derrota» que desembocaría en una paz aún más desfavorable, «más aún, una paz que no sería concluida por un gobierno socialista, sino por algún otro [...]. En esta situación, sería una táctica imperdonable arriesgar el destino de la revolución socialista que ha comenzado en Rusia, simplemente por la posibilidad de que la revolución alemana pueda empezar muy pronto»³³³.

Trotsky, que hablaba en nombre de una política exterior en esencia ideológica, defendió la política de «ni guerra ni paz»³³⁴. Sin embargo, el bando más débil sólo tiene la opción de ganar tiempo contra un adversario que considera que las negociaciones se van desarrollando según su propia lógica interna (ésta es una ilusión a la que los Estados Unidos han sido particularmente proclives). No eran tales las ideas de los alemanes.

Cuando Trotsky regresó con instrucciones que proclamaban la política de ni guerra ni paz, y anunció unilateralmente que la guerra había terminado, los alemanes reanudaron las operaciones militares. Ante la perspectiva de una derrota total, Lenin y sus colegas aceptaron las condiciones de Hoffmann y firmaron el Tratado de Brest-Litovsk, consintiendo coexistir con la Alemania imperial.

Los soviéticos volverían a invocar, una y otra vez, el principio de coexistencia en los sesenta años siguientes, mientras las reacciones de los protagonistas se mantenían constantes: cada vez, las democracias saludarían la proclamación soviética de coexistencia pacífica como señal de su conversión a una permanente política de paz. Sin embargo, por su parte, los comunistas siempre justificaron los períodos de coexistencia pacífica alegando que la relación de fuerzas no se prestaba al enfrentamiento. La consecuencia obvia era que al modificarse las relaciones, también se intensificaría la devoción de los bolcheviques por la coexistencia pacífica. Según Lenin, la realidad era la que imponía la coexistencia con el enemigo capitalista:

Al concluir una paz por separado, estamos liberándonos en la mayor medida posible en este momento de ambos grupos imperialistas en guerra; al utilizar su enemistad mutua, aprovechamos la guerra, que les dificulta cerrar un trato contra nosotros³³⁵.

La culminación de esta política fue, desde luego, el Pacto Hitler-Stalin de 1939. No fue difícil racionalizar las incongruencias potenciales. «Estamos convencidos —se dijo en una declaración comunista— de que la política socialista más congruente puede conciliarse con el más escueto realismo y con el pensamiento práctico más objetivo.»³³⁶

En 1920 la política soviética dio el paso final cuando el ministro de Exteriores, Georgi Chicherin, reconociendo la necesidad de practicar una política más tradicional hacia Occidente, declaró:

Puede haber diferencias de opinión sobre la duración del sistema capitalista, pero en la actualidad el sistema capitalista existe, por lo cual hay que encontrar un *modus vivendi* [...] ³³⁷.

A pesar de la retórica revolucionaria, el interés nacional surgió a la postre como el objetivo soviético predominante, siendo elevado a la categoría de verdad socialista, como había figurado tanto tiempo en el centro de la política de los Estados capitalistas. La supervivencia era ya el objetivo inmediato, y la coexistencia era la táctica.

Sin embargo, el Estado socialista pronto tuvo que enfrentarse a otra amenaza militar cuando, en abril de 1920, fue atacado por Polonia. Las fuerzas polacas llegaron a los alrededores de Kiev antes de ser derrotadas. Cuando el Ejército Rojo, en una contraofensiva, se aproximó a Varsovia, los

aliados occidentales intervinieron, y exigieron el fin de la ofensiva y la paz. El ministro de Exteriores británico, lord Curzon, propuso una línea divisoria entre Polonia y Rusia que los soviéticos estuvieron dispuestos a aceptar. En cambio, Polonia la rechazó, por lo cual el acuerdo final se basó en las líneas militares anteriores a la guerra, muy al este de lo propuesto por Curzon.

De este modo, Polonia logró avivar el antagonismo de sus dos enemigos tradicionales: Alemania, de la que había adquirido la Alta Silesia y el Corredor Polaco; y la Unión Soviética, a la que había arrebatado el territorio situado al este de la que llegó a llamarse la Línea Curzon. Cuando se disipó el humo, la Unión Soviética por fin se encontró libre de guerras y de revolución, pero tuvo que pagarlo con la pérdida de casi todas las conquistas zaristas en el Báltico: Finlandia, Polonia, Besarabia y otros territorios a lo largo de la frontera turca. En 1923, Moscú había exigido el dominio de Ucrania y de Georgia, que se habían separado del Imperio ruso durante las revueltas, y este hecho no fue olvidado por muchos de los gobernantes rusos de la época.

Para restaurar el control interior, la Unión Soviética tuvo que pactar un acuerdo de compromiso entre las cruzadas revolucionarias y la *Realpolitik*, entre la proclamación de la revolución mundial y la práctica de la coexistencia pacífica. Aunque optara por posponer la revolución mundial, la Unión Soviética distaba mucho de ser partidaria del orden existente. Veía en la paz una oportunidad de enfrentar a unos capitalistas contra otros. Su blanco particular era Alemania, que siempre había ocupado un lugar importante en el pensamiento soviético y en el sentimiento ruso. En diciembre de 1920, Lenin describió así la estrategia soviética:

Nuestra existencia depende, en primer lugar, de que ocurra una escisión radical en el bando de las potencias imperialistas y, en segundo, de que la victoria de la Entente y la Paz de Versalles hayan colocado a la gran mayoría de la nación alemana en una posición en que no pueda vivir [...] El gobierno burgués alemán odia ciegamente a los bolcheviques, pero los intereses de la situación internacional lo están empujando hacia una paz con la Rusia soviética contra su propia voluntad³³⁸.

Alemania estaba llegando a la misma conclusión. Durante la guerra ruso-polaca, el general Hans von Seeckt, creador del ejército alemán de posguerra, había escrito:

El actual Estado polaco es una creación de la Entente. Debe reemplazar la presión antes ejercida por Rusia en la frontera oriental de Alemania. La lucha de la Unión Soviética con Polonia no sólo perjudica a esta última, sino, ante todo, a la Entente, es decir, a Francia y Gran Bretaña. Si Polonia se desploma, se tambaleará todo el edificio del Tratado de Versalles. De esto se colige claramente que Alemania no tiene ningún interés en ayudar a Polonia en su lucha contra Rusia³³⁹.

La opinión de von Seeckt confirmó los temores expresados por lord Balfour pocos años antes (y citados en el último capítulo): que Polonia daba a Rusia y a Alemania un enemigo común, y obviaba su necesidad de mantener un equilibrio entre ambas como lo habían hecho durante todo el siglo XIX. En el sistema de Versalles, Alemania no se enfrentaba a una Triple Entente, sino a una multitud de Estados en diversas etapas de desacuerdo mutuo; asimismo, a todos ellos se oponía una Unión Soviética con reclamaciones territoriales muy similares a las de Alemania. Era cuestión de tiempo que los dos países marginados unieran sus resentimientos.

La ocasión se presentó en 1922 en Rapallo, ciudad portuaria de Italia cerca de Génova, y sede de la conferencia internacional de Lloyd George. Resulta irónico que esta reunión fuese resultado de las constantes disputas causadas por las indemnizaciones, que continuaban desde el Tratado de

Versalles y que se intensificaron después de que los Aliados presentaron la cuenta pendiente y Alemania afirmara que no podía pagarla.

Un obstáculo importante para el éxito de la conferencia fue que Lloyd George no tenía ni el poder ni la sabiduría del secretario de Estado norteamericano, George Marshall, quien sí llevaría a buen término más adelante su propio programa de reconstrucción. En el último momento, Francia se negó a permitir que el tema de las indemnizaciones se incluyera en la agenda, temiendo, con razón, que fuera presionada para que redujese el importe total de las mismas. Diríase que Francia primaba ante todo su esperanza (irrealizable aunque internacionalmente reconocida) de llegar a un compromiso viable. Alemania esperaba alcanzar una moratoria al pago de las indemnizaciones. Los soviéticos sospechaban que los Aliados podían tratar de salir del *impasse* uniendo las deudas zaristas a las indemnizaciones alemanas y que pedirían a la Unión Soviética que reconociera las deudas de los zares y se cobrara con las de los alemanes. El Artículo 116 del Tratado de Versalles había dejado abierta esta posibilidad.

El gobierno soviético no tenía más intención de reconocer las deudas zaristas que de aceptar las reclamaciones económicas inglesas y francesas. Tampoco sentía ningún deseo de incluir a Alemania en su ya larga lista de adversarios, uniéndose al carrusel de las indemnizaciones. Para impedir que la Conferencia de Génova resolviera este problema en el que los soviéticos estaban en desventaja, antes de la conferencia Moscú propuso que los dos países marginados establecieran relaciones diplomáticas y renunciaran a todas las reclamaciones entre sí. Pero Alemania, que no deseaba ser el primer país de Europa que estableciera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, lo que acaso podría reducir sus posibilidades de lograr una rebaja en la cuenta de las indemnizaciones, evadió la propuesta, que se quedó sobre la mesa hasta que los acontecimientos de Génova impusieron un cambio de actitud.

El ministro de Exteriores soviético, Georgi Chicherin, aristócrata de nacimiento pero converso y apasionado creyente en la causa bolchevique, se deleitó con la oportunidad que le brindaban de poner las convicciones revolucionarias al servicio de la *Realpolitik*. Proclamó la «coexistencia pacífica» en unos términos que anteponian la colaboración práctica a las exigencias de la ideología:

[...] la delegación rusa reconoce que en este período de la historia, que permite la existencia simultánea del antiguo orden social y del nuevo orden que hoy nace, la colaboración económica entre los Estados que representan estos dos sistemas de propiedad es imperativa para la reconstrucción económica general³⁴⁰.

Al mismo tiempo, Chicherin unió la invitación a la colaboración con unas propuestas bien planificadas para aumentar la confusión de las democracias. Propuso una agenda tan general que los gobiernos democráticos no podían ni aplicarla ni pasarla por alto, táctica que sería habitual para la diplomacia soviética. Esta agenda incluía la supresión de las armas de destrucción masiva, la celebración de una conferencia económica mundial y el establecimiento de un control internacional de todas las vías fluviales. El propósito era movilizar a la opinión pública occidental y dar a Moscú una reputación de internacionalismo pacífico que dificultara a las democracias organizar aquella cruzada anticomunista que constituía la pesadilla del Kremlin.

Chicherin se vio aislado en Génova, aunque no más que los miembros de la delegación alemana. Los aliados occidentales habían olvidado las tentaciones que estaban creando para Alemania y para la Unión Soviética, y creyeron que podían ignorar a los dos países más poderosos del continente. Tres solicitudes del canciller alemán y su ministro de Exteriores de reunirse con Lloyd George,

fueron rechazadas. Simultáneamente, Francia proponía celebrar unas consultas privadas con Gran Bretaña y la Unión Soviética, de las que Alemania quedaría excluida. El propósito de éstas era resucitar el ya desgastado plan de negociar las deudas zaristas contra las indemnizaciones alemanas, trueque que hasta unos diplomáticos menos desconfiados que los soviéticos habrían interpretado como una trampa para socavar la perspectiva de mejorar las relaciones germano-soviéticas.

Después de la primera semana de conferencia, a Alemania y a la Unión Soviética les preocupaba que se les enfrentara entre sí. Cuando uno de los ayudantes de Chicherin telefoneó a la delegación alemana (a la intempestiva hora de la 1.15 de la madrugada del 16 de abril de 1922) proponiendo una reunión para ese mismo día en Rapallo, los alemanes no lo pensaron dos veces. Estaban tan impacientes por poner fin a su aislamiento como los soviéticos por evitar el dudoso prestigio de volverse acreedores de Alemania. Ambos ministros de Exteriores no tardaron en redactar un acuerdo en que Alemania y la Unión Soviética establecían plenas relaciones diplomáticas, renunciaban a sus reclamaciones mutuas y se otorgaban, a la recíproca, la condición de nación más favorecida. Lloyd George, que se enteró tarde de la reunión, hizo todo lo posible por comunicarse con la delegación alemana para invitarla a la entrevista que él mismo le había negado repetidas veces. El mensaje le llegó a Rathenau, el negociador alemán, cuando salía a firmar el acuerdo germano-soviético. Rathenau vaciló un momento y luego murmuró: «*Le vin est tiré; il faut le boire*» (Hemos sacado el vino; ahora hay que beberlo)³⁴¹.

Al cabo de un año, Alemania y la Unión Soviética estaban negociando en secreto acuerdos de cooperación militar y económica. Aunque después Rapallo llegaría a ser símbolo de los peligros del acercamiento germano-soviético, en realidad fue uno de esos accidentes decisivos que sólo analizados en retrospectiva parecen inevitables: accidental, en el sentido de que ninguno de los bandos lo había planificado; inevitable, porque el escenario lo preparó el ostracismo decretado por los aliados occidentales hacia los dos países más grandes del continente mediante la creación de un cinturón de Estados débiles, hostiles entre sí, y por su desmembramiento de Alemania y de la Unión Soviética. Todo esto creó el máximo incentivo para que Alemania y la Unión Soviética superaran su tradicional hostilidad ideológica y se unieran para socavar el Pacto de Versalles.

Sin embargo, por sí solo, el acuerdo de Rapallo no tuvo esas consecuencias, aunque simbolizó un interés común que siguió acercando a los gobernantes soviéticos y alemanes durante el resto del período de entreguerras. George Kennan ha atribuido este acuerdo en parte a la persistencia soviética y en parte a la desunión y autocomplacencia de Occidente³⁴². Sin duda, las democracias occidentales fueron miopes y fatuas. Pero una vez que cometieron el error de redactar el Tratado de Versalles, sólo les quedaban unas opciones extremadamente lúgubres. A la larga, sólo se habría podido impedir la cooperación germano-soviética mediante una negociación franco-británica con una u otra de las partes. Pero el precio mínimo que hubieran tenido que pagar por semejante trato con Alemania habría sido la rectificación de la frontera polaca y, casi seguramente, la abolición del Corredor Polaco. En una Europa semejante, Francia sólo habría podido evitar la dominación alemana mediante una firme alianza con Gran Bretaña, que, desde luego, los británicos se negaban siquiera a considerar. De igual manera, la consecuencia práctica de cualquier trato con la Unión Soviética habría sido la restauración de la Línea Curzon, que Polonia había rechazado y que Francia ni siquiera consideraría. Las democracias no estaban dispuestas a pagar ninguno de los precios, ni a reconocer el dilema de cómo defender el acuerdo de Versalles sin permitir que Alemania o la Unión Soviética desempeñasen un papel significativo.

Siendo así, siempre quedaba la posibilidad de que los dos gigantes continentales optaran por repartirse la Europa oriental en vez de unirse en una coalición dirigida contra el otro. Hitler y Stalin,

sin las trabas del pasado e impulsados por su afán de poder, estarían destinados a derribar de un soplo el castillo de naipes construido por los bien intencionados y pacíficos pero esencialmente tímidos estadistas occidentales del período de entreguerras.

Stresemann y el resurgimiento de los vencidos

Todos los principios de la diplomacia del equilibrio del poder, tal como se habían practicado en Europa desde Guillermo III, habrían ordenado que Gran Bretaña y Francia formaran una alianza antialemana para contener los impulsos revisionistas de su inquieta vecina. A fin de cuentas, Gran Bretaña y Francia eran más débiles, por separado, que Alemania, incluso que una Alemania derrotada, y sólo podían intentar ejercer de contrapeso formando una coalición. Pero esa coalición no se creó nunca. Gran Bretaña renunció a esa obsesiva búsqueda de un equilibrio que había caracterizado su política durante tres siglos. Vaciló entre una superficial aplicación del equilibrio del poder, dirigida contra Francia, y una creciente devoción por el nuevo principio de seguridad colectiva, que no se atrevía a imponer. Francia siguió una política exterior de desesperación, alternando entre emplear el Tratado de Versalles para aplazar la recuperación alemana y hacer unos tibios intentos por reconciliarse con su ominosa vecina. Tanto fue así que el estadista que más haría por determinar el panorama diplomático durante los años veinte, Gustav Stresemann, no procedía de una de las potencias victoriosas, sino de la vencida Alemania.

Pero antes de que surgiera Stresemann hubo un último intento de Francia, condenado de antemano, para garantizar su seguridad por sí sola. A finales de 1922, mientras se daban largas a tratar de las indemnizaciones, el desarme era un tema controvertido e inalcanzables unas verdaderas garantías británicas, y ya se había iniciado el acercamiento germano-soviético, Francia no pudo contenerse más. Raymond Poincaré, que había sido su presidente durante la guerra, pasó a ser primer ministro, y decidió aplicar unilateralmente la cláusula de indemnizaciones de Versalles. En enero de 1923, tropas francesas y belgas ocuparon el Ruhr, la principal zona industrial alemana, sin consultar a los otros Aliados.

Lloyd George observaría, muchos años después: «Si Rapallo no hubiese existido, no habría habido Ruhr.»³⁴³ Pero también es cierto que si Gran Bretaña hubiese estado dispuesta a ofrecer garantías de seguridad a Francia, ésta no habría tomado una medida tan desesperada como ocupar la zona industrial de Alemania. Si Francia se hubiese mostrado más flexible en las cuestiones de las indemnizaciones y del desarme Gran Bretaña habría sido más accesible a la cuestión de la alianza... aun cuando ¿qué importancia habría tenido esta alianza, dado el ánimo casi pacifista de la opinión pública británica? Ésa es otra pregunta.

Resulta irónico que la única iniciativa militar unilateral de Francia demostrara que, en realidad, había perdido ya la capacidad de actuar por sí sola. Francia se apoderó de las industrias de la región del Ruhr para explotar su acero y su carbón como sustitutos del pago de las indemnizaciones que le negaban los alemanes. El gobierno alemán ordenó la resistencia pasiva, y pagó a los mineros y a los obreros de las fábricas de acero por no trabajar. Aunque esta política arruinó al gobierno alemán, y desencadenó una hiperinflación, también impidió que Francia alcanzara su objetivo, convirtiendo así la ocupación del Ruhr en un tremendo fracaso francés.

Francia estaba totalmente aislada. Los Estados Unidos expresaron su disgusto retirando de Renania su propio ejército de ocupación. Gran Bretaña se mostró complacida, y Alemania vio con esta escisión entre los Aliados una oportunidad de acercarse a Gran Bretaña. El ambiente de

exaltación por la resistencia nacional a la ocupación francesa llevó, incluso, a algunos gobernantes alemanes a resucitar el viejo proyecto de establecer una alianza anglo-germana, otro ejemplo de la innata tendencia alemana a sobreestimar sus opciones. El embajador británico en Berlín, lord D'Abernon, informó de una conversación en que un importante estadista alemán hizo resurgir algunos de los argumentos de la Alemania imperial en pro de una alianza británica, cuando declaró que «la posición de 1914 se ha invertido hoy. Es evidente que, así como en 1914 Inglaterra combatió a Alemania para impedir que impusiera su dominio militar a Europa, en el curso de unos cuantos años podrá combatir a Francia por idénticos motivos. La pregunta es si Inglaterra entablará esta lucha por sí sola o si tendrá aliados»³⁴⁴.

Ningún gobernante británico responsable pensó en llegar a una alianza con Alemania. No obstante, el 11 de agosto de 1923, el ministro de Exteriores, Curzon, y un funcionario de dicho ministerio, sir Eyre Crowe (autor del Memorándum Crowe de 1907), exigieron que Francia reconsiderara su política en el Ruhr, a riesgo de perder todo apoyo de Gran Bretaña en una futura crisis con Alemania. Poincaré no se dejó impresionar. No consideraba que el apoyo británico fuese un favor a Francia sino, al contrario, una exigencia del interés nacional británico: «[...] en caso de que surja una situación como la de 1914 [...] Inglaterra, por su propio interés, tendrá que tomar la misma medida que adoptó entonces»³⁴⁵.

Poincaré acertó en su pronóstico acerca de la opción final de Gran Bretaña cuando se encontrara en una situación similar a la de 1914, pero calculó mal el tiempo que necesitaría Gran Bretaña para comprender que en realidad estaba ante una crisis similar y no pudo saber que, entretanto, el tambaleante sistema de Versalles ya estaría en ruinas.

La ocupación del Ruhr terminó en el otoño de 1923. Francia no pudo provocar un considerable movimiento separatista en el Ruhr, ni siquiera en Renania, donde, según los términos del Tratado de Versalles, el ejército alemán no estaba autorizado a entrar y, por tanto, no habría podido sofocarlo. El carbón extraído durante la ocupación apenas pagó los costos de administración del territorio. Mientras tanto, Alemania se vio envuelta en las insurrecciones que surgieron en Sajonia (provocadas por la izquierda política) y en Baviera (provocadas por la derecha). La inflación se desató, amenazando la capacidad del gobierno alemán para cumplir sus obligaciones. La insistencia de Francia en cobrar el total de las indemnizaciones se había vuelto irrealizable... a causa de las acciones francesas.

Francia y Gran Bretaña sólo habían logrado anularse entre sí: Francia, por insistir en debilitar a Alemania mediante una acción unilateral y perder así el apoyo inglés; Gran Bretaña, por insistir en la conciliación sin considerar sus efectos sobre el equilibrio del poder, arriesgando así la seguridad de Francia. Hasta una Alemania desarmada fue lo bastante poderosa para frustrar las acciones unilaterales francesas, lo que constituyó todo un augurio de lo que vendría más adelante, cuando Alemania se librara de los grilletos de Versalles.

Durante los años veinte, cada vez que las democracias se encontraran en un callejón sin salida, invocarían a la Sociedad de Naciones, en vez de enfrentarse a las realidades geopolíticas. Incluso el estado mayor inglés cayó en esta trampa. El propio memorándum citado en el capítulo anterior, que identificaba como principal amenaza a Alemania y consideraba a Francia incapaz de oponer una verdadera resistencia, coincidió con las ortodoxias prevalecientes: en sus conclusiones, al estado mayor sólo se le ocurrió «fortalecer» a la Sociedad de Naciones (significara esto lo que significase) y pactar «alianzas *ad hoc* en situaciones como que [...] Alemania se desmande»³⁴⁶.

Tal recomendación prácticamente garantizaba el fracaso. La Sociedad de Naciones estaba demasiado dividida y, cuando Alemania se liberó, ya fue demasiado tarde para organizar alianzas.

Lo único que Alemania necesitaba para asegurarse a largo plazo una posición aún más hegemónica de la que tuviera antes de la guerra era un estadista con visión y paciencia suficientes para anular las cláusulas discriminatorias del Tratado de Versalles.

Ese líder apareció en 1923, cuando Gustav Stresemann fue nombrado ministro de Exteriores y luego canciller. Su método para reconstruir Alemania fue la llamada política de «realización», que equivalía a un cambio total de la política alemana anterior y al abandono de la guerra de guerrillas diplomática que sus predecesores habían entablado contra las cláusulas del Tratado de Versalles. La «realización» se basaba en aprovechar la obvia incomodidad de Gran Bretaña y de Francia ante el abismo que separaba sus principios de las condiciones de Versalles. A cambio de un esfuerzo alemán por cumplir con un reducido plan de indemnizaciones, Stresemann se esforzó por lograr que los propios Aliados lo libieran de las cláusulas políticas y militares más onerosas de Versalles.

Una nación derrotada en la guerra y ocupada en parte por tropas extranjeras tiene, básicamente, dos opciones: desafiar al vencedor, con la esperanza de dificultarle demasiado la aplicación de la paz o colaborar con él mientras recupera fuerzas para una confrontación ulterior. Ambas estrategias tienen sus riesgos. Después de una derrota militar, la resistencia provoca una prueba de fuerza en el momento de máxima debilidad; por otra parte, la colaboración hace correr el riesgo de la desmoralización, porque las políticas que apelan al vencedor también tienden a confundir a la opinión pública del vencido.

Antes de Stresemann, Alemania había seguido la política de resistencia. Sus tácticas de enfrentamiento le habían permitido vencer en la crisis del Ruhr, pero las quejas de Alemania no se acallarían simplemente por la retirada de los franceses de esta zona. Curiosamente, la devolución de Alsacia-Lorena a Francia no causó controversias, pero el trazado de las nuevas fronteras alemanas, que concedía a Polonia una gran extensión de territorio alemán, desató una apasionada oposición nacionalista.

Por último, hubo presiones generalizadas para librarse de las restricciones impuestas a la fuerza militar alemana. En Alemania era casi unánime el consenso en que las indemnizaciones exigidas por los Aliados eran escandalosas.

Al contrario que los nacionalistas, Stresemann comprendió que, por muy odiado que fuese el Tratado de Versalles, que en realidad él mismo también odiaba, necesitaba la ayuda británica, y hasta cierto punto la francesa, para librarse de sus cláusulas más onerosas. El acuerdo de Rapallo había sido una táctica útil para desconcertar a las democracias occidentales, pero como la Unión Soviética estaba demasiado empobrecida para ayudar a la recuperación económica de Alemania, y demasiado aislada para apoyarla en casi todos los enfrentamientos diplomáticos, su verdadera repercusión sólo se sentiría después de que Alemania estuviera lo bastante fuerte para desafiar abiertamente el acuerdo de Versalles. Ante todo, recuperar la fuerza económica requeriría obtener préstamos del extranjero, lo cual sería difícil para Alemania en ese ambiente de enfrentamiento. De este modo, la política de realización practicada por Stresemann reflejó ante todo su realista evaluación de las necesidades de la recuperación política y económica alemana: «La básica debilidad militar de Alemania —escribió— muestra los límites, la naturaleza y los métodos de la política exterior alemana.»³⁴⁷

Aunque la política de realización se basara en un estricto realismo, éste no abundaba más en la Alemania de posguerra (especialmente en los círculos conservadores) que en los días en que la política conservadora había contribuido a desencadenar la Primera Guerra Mundial. El que la guerra hubiese terminado mientras las tropas alemanas aún ocupaban suelo aliado había permitido a los responsables de la participación de Alemania en la guerra librarse de las consecuencias de su locura,

y achacar la culpa a sus sucesores, más moderados. Lloyd George lo había previsto cuando, el 26 de octubre de 1918, hizo un comentario al gabinete de guerra acerca de las primeras insinuaciones de paz de Alemania:

El primer ministro dijo que la Francia industrial había quedado devastada, y que Alemania se había salvado. En cuanto estuvimos en posición de descargar el látigo sobre las espaldas de Alemania, ésta dijo: «Me rindo», y surgió la pregunta de si no debíamos seguir azotándola, como ella había azotado a Francia³⁴⁸.

Sin embargo, sus colegas consideraron que Gran Bretaña estaba demasiado exhausta para seguir semejante camino. El ministro de Exteriores Austen Chamberlain replicó cansinamente que «la venganza era demasiado costosa en esos días»³⁴⁹.

Como había predicho Lloyd George, la nueva República de Weimar se vio plagada desde el principio por agitadores nacionalistas, aunque se le habían concedido unas condiciones de paz mucho más generosas que las que hubiese podido obtener el alto mando militar. Los nuevos gobernantes democráticos de Alemania no recibieron ninguna credibilidad por haber conservado intacto el país en las circunstancias más difíciles. Sin embargo, en política hay pocas recompensas por mitigar daños, porque rara vez es posible demostrar que las consecuencias habrían podido ser peores de lo que fueron.

Así como dos generaciones después se necesitaría un presidente norteamericano conservador para lograr la apertura de China a los Estados Unidos, sólo un estadista con tan impecables credenciales conservadoras como Stresemann pudo pensar siquiera en basar la política exterior de Alemania en colaborar, aunque fuera de forma ambivalente, con el odiado acuerdo de Versalles. Stresemann, hijo de un distribuidor de cerveza, nació en Berlín en 1878 e hizo su carrera política siguiendo las opiniones del conservador y burgués Partido Nacional Liberal, favorable a los empresarios. Llegó a ser su jefe en 1917. Hombre de gran cordialidad, amaba la literatura y la historia, y sus conversaciones solían estar salpicadas de alusiones a los clásicos alemanes. No obstante, sus primeras opiniones sobre política exterior reflejaron la tradicional mentalidad conservadora. Por ejemplo, estaba convencido de que Alemania había sido atraída con engaños a la guerra por una suspicaz Gran Bretaña, celosa de su supremacía.

Todavía en 1917, Stresemann había propuesto unas vastas conquistas en el Este y en el Oeste, así como la anexión de las posesiones coloniales francesas y británicas de Asia y África. También había apoyado la guerra submarina sin restricciones, la desastrosa decisión que llevó a Estados Unidos a la guerra. El hecho de que quien había llamado al Tratado de Versalles «la mayor estafa de la historia»³⁵⁰ iniciara una política de realización sólo podrá parecer un extraño giro de los acontecimientos a quienes creen que la *Realpolitik* no puede mostrar los beneficios de la moderación.

Stresemann fue el primer y único líder democrático de la Alemania de posguerra que explotó las ventajas geopolíticas que el acuerdo de Versalles confería a Alemania. Captó el carácter esencialmente frágil de la relación anglo-francesa y lo utilizó para clavar una cuña entre las dos naciones. Explotó sagazmente ante Francia y la Unión Soviética el temor británico a un desplome alemán. Un analista oficial británico describió a Alemania como baluarte indispensable contra el avance del bolchevismo, con argumentos que mostraban que la «realización» iba progresando. El gobierno alemán contaba con el «apoyo de [una] mayoría de la Asamblea Nacional, es auténticamente democrático, intenta cumplir con [el] Tratado de Paz hasta donde se lo permita su

capacidad, y se merece [el] franco apoyo de los Aliados». Si le faltaba el respaldo británico, Alemania «inevitablemente gravitará entonces hacia el bolchevismo y, más adelante, acaso hacia una nueva monarquía absoluta»³⁵¹.

Los argumentos de Gran Bretaña en favor de ayudar a Alemania guardan cierta semejanza con las propuestas norteamericanas de ayuda a Rusia en el período de Yeltsin. En ninguno de los dos casos se evaluaron las consecuencias del «éxito» de la política propuesta. Si la realización triunfaba, Alemania sería cada vez más fuerte y estaría en posición de amenazar el equilibrio de Europa. De manera similar, si un programa internacional de ayuda a Rusia, posterior a la Guerra Fría, alcanza su objetivo, la creciente fuerza de Rusia tendrá consecuencias geopolíticas en toda la vasta periferia del ex Imperio ruso.

En ambos casos, los partidarios de la conciliación tenían metas positivas y hasta buena perspectiva. Las democracias occidentales dieron prueba de su prudencia al tolerar la política de realización de Stresemann, pero erraron al no estrechar lazos entre ellas. La política de realización tenía que hacer llegar el día descrito por el general von Seeckt: «Tenemos que recobrar nuestro poder, y en cuanto lo hagamos, naturalmente recuperaremos todo lo perdido.»³⁵² Los Estados Unidos mostraron una buena capacidad de análisis al ofrecer ayuda a Rusia después de la Guerra Fría, pero una vez que Rusia se recupere económicamente, seguro que aumentará su presión sobre sus vecinos. Acaso valga la pena pagar este precio, pero sería un error no reconocer que éste existe.

En las primeras etapas de su política de realización, las metas finales de Stresemann no tuvieron importancia. Ya estuviese buscando una conciliación duradera o un derrocamiento del orden existente, o, como era más probable, manteniendo abiertas ambas opciones, antes tenía que sacar a Alemania de la controversia por las indemnizaciones. Con la única excepción de Francia, también los Aliados estaban impacientes por dejar atrás el asunto y empezar a cobrar algunas deudas. En cuanto a Francia, sus esperanzas se centraban en escapar de su propia trampa tras haber ocupado el Ruhr.

Stresemann, actuando diestramente, propuso un arbitraje internacional para establecer un nuevo plan de indemnizaciones, esperando que un foro internacional resultase menos exigente de lo que tal vez sería Francia. En noviembre de 1923, Francia, aceptó el nombramiento de un banquero norteamericano, Charles G. Dawes, como «árbitro imparcial» que redujera las exigencias de Francia, lo que constituía un mortificante símbolo de la desintegración de la alianza europea de la guerra. Las recomendaciones del Comité Dawes, que establecían un reducido plan de pagos durante cinco años, fueron aceptadas en abril de 1924.

En los cinco años siguientes, Alemania pagó cerca de 1.000 millones de dólares, y recibió préstamos por valor de 2.000 millones, en gran parte de los Estados Unidos. De hecho, este país estaba pagando las indemnizaciones de Alemania mientras ésta empleaba el excedente de los préstamos norteamericanos para modernizar su industria. Francia había insistido en las indemnizaciones con objeto de mantener débil a Alemania, pero obligada a escoger entre una Alemania débil y una Alemania capaz de pagar las deudas, acabó optando por esta última, y luego tuvo que mantenerse a la expectativa mientras las indemnizaciones ayudaban a reconstruir el potencial económico de Alemania y, a la postre, su poderío militar.

A fines de 1923, Stresemann pudo atribuirse cierto éxito:

Todas nuestras medidas de índole política y diplomática, mediante la deliberada colaboración con las dos potencias anglosajonas, la separación de Italia de su vecina [Francia], y la vacilación de Bélgica, se han combinado para crearle a Francia una situación que a la larga no logrará soportar³⁵³,

La evaluación de Stresemann resultó acertada. La política de realización puso en apuros a Francia y a todo el orden europeo. La seguridad francesa exigía cierta discriminación contra Alemania en el ámbito militar; de otra manera, prevalecería el superior potencial de Alemania en mano de obra y recursos. Pero sin igualdad, es decir, sin el derecho a fabricar armamentos como cualquier otro país de Europa, Alemania jamás aceptaría el sistema de Versalles, y la política de realización tendría que pararse.

Así mismo, esta política colocó en situación difícil a los diplomáticos británicos. Si Gran Bretaña no concedía la igualdad militar a Alemania como *quid pro quo* por el pago de las indemnizaciones, Alemania podría volver a esgrimir su anterior intransigencia. Pero la igualdad militar de Alemania sería un peligro para Francia. Gran Bretaña podría haber pactado una alianza con Francia para hacer de contrapeso a Alemania, pero no deseaba enredarse en las alianzas de Francia en la Europa oriental ni encontrarse un día en guerra con Alemania por la disputa de algún territorio polaco o checo. «Por el Corredor Polaco —dijo Austen Chamberlain en 1925, parafraseando la observación de Bismarck sobre los Balcanes— ningún gobierno británico arriesgará, ni podrá siquiera arriesgar, los huesos de un granadero británico.»³⁵⁴ Su predicción, como la de Bismarck, fue refutada por los acontecimientos: Gran Bretaña sí fue a la guerra, como Alemania lo había hecho a comienzos de siglo, y por la misma causa que tan constantemente había desdeñado.

Para soslayar este dilema, Austen Chamberlain concibió en 1925 la idea de establecer una alianza limitada entre Gran Bretaña, Francia y Bélgica, que sólo garantizara sus fronteras con Alemania, es decir, una alianza militar para resistir una agresión alemana en el Oeste. Sin embargo, para entonces la política de realización de Stresemann había avanzado tanto que casi podía vetar las iniciativas aisladas. Para que Alemania no fuese vista como potencial agresor, Stresemann declaró que un pacto sin Alemania sería interpretado como un pacto contra Alemania.

Chamberlain, convencido a medias de que el temor de Alemania a verse rodeada había contribuido a su belicosa política de preguerra, se conformó con un curioso acuerdo híbrido, en que trató de mezclar una alianza tradicional con el nuevo principio de seguridad colectiva. Según el concepto de alianza tal como se había propuesto originalmente, el nuevo pacto, firmado en Locarno, Suiza, aseguraba las fronteras entre Francia, Bélgica y Alemania contra toda agresión. Fiel al principio de seguridad colectiva, el texto suponía que no habría agresor ni víctima, pero proponía una resistencia contra toda agresión de cualquier bando y en cualquier dirección. El *casus belli* ya no era el acto agresivo de algún país en concreto, sino la violación de una norma jurídica por parte de cualquier país.

A mediados de los años veinte, Stresemann, ministro de la vencida Alemania, mandaba mucho más que Briand y Chamberlain, representantes de los vencedores. A cambio de renunciar a todo revisionismo en el Oeste, Stresemann arrancó de éstos el reconocimiento implícito de que el Tratado de Versalles debía ser revisado en el Este. Alemania aceptaba su frontera occidental con Francia y Bélgica, y la desmilitarización permanente de Renania; Gran Bretaña e Italia garantizaban este acuerdo, comprometiendo su ayuda para rechazar invasiones a través de las fronteras o de la desmilitarizada Renania desde cualquier dirección. Al mismo tiempo, Stresemann se negó a aceptar la frontera de Alemania con Polonia, que los otros signatarios también se negaron a garantizar. Alemania obtuvo unos acuerdos de arbitraje con sus vecinos del Este, comprometiéndose a la resolución pacífica de todas las disputas. Sin embargo, Gran Bretaña se negó a ampliar su garantía siquiera a ese compromiso. Por último, Alemania aceptó ingresar en la Sociedad de Naciones, asumiendo con ello la responsabilidad general de resolver todas las disputas por medios pacíficos,

disputas que en teoría incluían las fronteras no reconocidas del Este.

El pacto de Locarno fue recibido con jubilosos alivio como el nacimiento de un nuevo orden mundial. Los tres ministros de Exteriores, Aristide Briand, de Francia, Austen Chamberlain, de Gran Bretaña, y Gustav Stresemann, de Alemania, recibieron el Premio Nobel de la Paz. Pero entre tanto regocijo, nadie notó que los estadistas habían eludido los verdaderos problemas. El pacto de Locarno no había pacificado Europa, sino que había definido el siguiente campo de batalla.

La tranquilidad que sintieron las democracias cuando Alemania reconoció formalmente su frontera occidental mostró el grado de desmoralización y de confusión que había causado la mezcla de antiguas y nuevas ideas sobre asuntos internacionales, pues ese reconocimiento llevaba implícito que el Tratado de Versalles, con el que terminara una guerra victoriosa, no había logrado que se cumplieran las condiciones de paz de los vencedores, y que ahora Alemania podía cumplir sólo aquellas cláusulas que le conviniera reafirmar. En este sentido, la renuencia de Stresemann a reconocer la frontera oriental de Alemania era ominosa, mientras que la negativa de Gran Bretaña a garantizar los tratados de arbitraje daba la sanción internacional a dos clases de fronteras en Europa: las aceptadas por Alemania y garantizadas por las otras potencias, y las que no eran aceptadas por Alemania ni garantizadas por las otras potencias.

Para colmo de males, ya prevalecían en Europa tres series de compromisos. La primera consistía en alianzas tradicionales, apoyadas por el aparato ya habitual de conversaciones de estado mayor y consultas políticas. No estando ya en boga, se limitaban a acuerdos franceses con los nuevos y débiles Estados de la Europa del Este; Gran Bretaña se negó a participar en estas alianzas. En caso de una agresión alemana en la Europa del Este, Francia tendría que elegir entre dos opciones indeseables: abandonar a Polonia y Checoslovaquia, o luchar por sí sola, precisamente su pesadilla recurrente desde 1870, y que no era muy probable. La segunda serie de compromisos consistía en unas garantías especiales como las de Locarno, consideradas obviamente menos obligatorias que las alianzas en toda regla, lo que explica por qué nunca encontraron obstáculos en la Cámara de los Comunes. Por último, existía el compromiso de la propia Sociedad de Naciones con la seguridad colectiva, que en la práctica fue devaluado por el pacto de Locarno; pues si en realidad la seguridad colectiva era fidedigna, Locarno era innecesario. Y si el pacto de Locarno era necesario, entonces la Sociedad de Naciones era, por definición, inadecuada para garantizar la seguridad de sus principales miembros fundadores.

Como ni una garantía del tipo de Locarno ni el concepto general de seguridad colectiva identificaban a un agresor potencial, ambos imposibilitaban toda planificación militar. Aunque hubiese sido posible llevar a cabo una acción militar concertada, y no existe ningún ejemplo durante todo el período de la Sociedad de Naciones, el aparato burocrático hubiera causado interminables retrasos para investigar hechos y otros diversos procedimientos de conciliación de la Sociedad de Naciones.

Todas estas cláusulas diplomáticas sin precedente intensificaban la intranquilidad de los países que se consideraban más amenazados. Italia acabó garantizando fronteras a lo largo del Rin, lo que nunca en su historia había considerado que tuviera que ver con su seguridad nacional. El interés básico de Italia en Locarno había sido que se le reconociera como gran potencia. Después de alcanzada esa meta, no veía razón para correr auténticos riesgos, como lo demostraría ampliamente diez años después, al ser desafiada la frontera del Rin. Para Gran Bretaña, el pacto de Locarno era el primer acuerdo en que una gran potencia garantizaba simultáneamente a un antiguo aliado y a un enemigo recién derrotado, mientras simulaba ser imparcial.

Este pacto representó no una reconciliación entre Francia y Alemania sino la confirmación del

resultado militar de la reciente guerra. Alemania había sido vencida en el Oeste, pero había superado a Rusia en el Este. De hecho, el pacto de Locarno confirmó ambos resultados y puso las bases para el ataque final de Alemania al acuerdo en el Este.

Locarno, saludado en 1925 como el giro hacia una paz permanente, en realidad fue el principio del fin del orden internacional de Versalles. Desde entonces, la distinción entre vencedor y vencido se volvió cada vez más indefinida; esta situación podría haber sido beneficiosa si el vencedor hubiese obtenido de ella una mayor sensación de seguridad, o si el vencido se hubiese reconciliado con la idea de vivir según un acuerdo modificado. Ninguna de las dos cosas ocurrió. La amargura de Francia y su sensación de impotencia crecían con el paso de los años, así como la agitación nacionalista en Alemania. Los aliados de guerra habían eludido sus responsabilidades: los Estados Unidos evadieron su papel de precisar la paz, Gran Bretaña abandonó su labor histórica de ejercer de contrapeso y Francia renunció a su responsabilidad de guardián del acuerdo de Versalles. Sólo Stresemann, dirigente de la Alemania vencida, tenía una política a largo plazo, e inexorablemente llevó a su país al centro del escenario internacional.

La única esperanza que quedaba para establecer un nuevo y pacífico orden mundial era que el alivio emocional del propio acuerdo y las expectativas que produjo, resumidas en la frase «el espíritu de Locarno», pudiesen superar sus fallos estructurales. Contrariamente a la opinión de Wilson, no fueron las grandes masas las que promovieron esta nueva atmósfera, sino los ministros de Exteriores Chamberlain, Briand y Stresemann, de los países cuyas desconfianzas y rivalidades habían causado la guerra e impedido la consolidación de la paz.

Como el orden de Versalles carecía de toda base geopolítica, los estadistas se vieron obligados a invocar sus relaciones personales como sistema para mantenerlo, lo que ninguno de sus predecesores había hecho nunca. Los aristócratas que dirigieron la política exterior en el siglo XIX pertenecían a un mundo en que los hechos intangibles eran interpretados por todos de la misma manera. Casi todos ellos mantenían buenas relaciones, aunque no creían que éstas pudiesen influir en la idea que tenían de los intereses nacionales de sus países. Los acuerdos nunca se justificaron por la «atmósfera» que ellos generaban, ni se hicieron concesiones para mantener en el cargo a algún dirigente. Tampoco se hablaban por sus nombres de pila con objeto de subrayar sus buenas relaciones mutuas para influir sobre la opinión de sus públicos.

Ese estilo de diplomacia se modificó después de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces se ha acelerado la tendencia a llevar las relaciones al plano personal. Cuando Briand dio la bienvenida a Alemania en la Sociedad de Naciones, insistió en las cualidades humanas de Stresemann, y éste respondió del mismo modo. De manera similar la supuesta predilección personal de Austen Chamberlain por Francia hizo que Stresemann acelerara su política de realización y reconociera la frontera occidental de Alemania cuando Chamberlain reemplazó al más progermano lord Curzon como ministro de Exteriores en 1924.

Austen Chamberlain era hijo de una familia distinguida, del brillante y temperamental Joseph Chamberlain, partidario de una alianza con Alemania a comienzos de siglo, y medio hermano de Neville Chamberlain, quien pactaría el Acuerdo de Munich. Como su padre, Austen tuvo gran poder en los gobiernos de coalición de Gran Bretaña; pero, también como él, nunca ocupó el más alto cargo. Fue el único dirigente del Partido Conservador en el siglo XX que no llegó a primer ministro. Decíase de él, con sorna, que «siempre entró en el juego, y siempre lo perdió». Harold Macmillan dijo de Austen Chamberlain: «Habla bien, pero nunca con gran estilo. Era claro, pero no incisivo [...] Era respetado, pero nunca fue temido.»³⁵⁵

La más importante intervención diplomática de Chamberlain fue su labor de preparación del

Pacto de Locarno. Como se sabía que Chamberlain era francófilo puesto que un día confesó que «amaba a Francia como a una mujer», Stresemann temió una incipiente alianza anglo-francesa. Este temor fue lo que le movió a iniciar el proceso que condujo a ese pacto.

Analizándolo retrospectivamente, se ha demostrado la errónea política de crear dos clases de fronteras en Europa; pero entonces Chamberlain la consideró una extensión esencial de los compromisos estratégicos de Gran Bretaña, que llegaba al límite de lo que el público británico estaría dispuesto a apoyar. Hasta principios del siglo XVIII, la frontera de seguridad de Gran Bretaña había sido el canal de 'la Mancha. Durante todo el siglo XIX se situó en los límites de los Países Bajos. Austen Chamberlain trató de extenderla hasta el Rin, pero, a la postre, no encontró apoyo cuando Alemania la rechazó en 1936. Por otra parte, dar garantías a Polonia era algo que no podían hacer los estadistas británicos en 1925.

Aristide Briand era el típico dirigente político de la Tercera República. Comenzó su carrera como agitador izquierdista, y luego pasó a ser un elemento indispensable en los gabinetes de Francia, ocasionalmente como primer ministro, pero más a menudo como ministro de Exteriores, en cuyo cargo sirvió a catorce gobiernos. Pronto reconoció que la posición relativa de Francia frente a Alemania iba declinando, y concluyó que, a largo plazo, la reconciliación con Alemania representaba la mejor esperanza de seguridad que podía abrigar Francia. Con ayuda de su personalidad jovial, tenía la esperanza de liberar a Alemania de las cláusulas más onerosas del Tratado de Versalles.

La política de Briand no podía tener gran apoyo popular en un país devastado por los ejércitos alemanes. Tampoco es fácil precisar hasta qué punto se proponía poner fin a una enemistad de siglos, o si su táctica sólo representaba una renuente *Realpolitik*. En tiempos de crisis, los franceses preferían al rudo y austero Poincaré, quien insistía en una aplicación rígida del Tratado de Versalles. Cuando las crisis se volvían demasiado dolorosas, como después de la ocupación del Ruhr, reaparecía Briand. Lo malo de esta constante alternancia fue que Francia perdió la capacidad de llevar hasta el final la política de cualquiera de estas dos figuras opuestas. Francia ya no era lo bastante fuerte para imponer la política de Poincaré, pero al mismo tiempo, Briand tenía muy poco que ofrecer a Alemania para lograr la reconciliación permanente puesto que la opinión pública francesa le daba un margen de negociación muy estrecho.

Cualesquiera que fuesen sus motivos últimos, Briand comprendió que, si Francia no buscaba la conciliación, ésta le sería impuesta por la presión de los anglosajones y la creciente fuerza de Alemania. Stresemann, aunque acérrimo adversario del Tratado de Versalles, creía que un relajamiento de las tensiones con Francia aceleraría la revisión de las cláusulas de desarme y pondría las bases para una revisión de las fronteras orientales de Alemania.

El 27 de septiembre de 1926, Briand y Stresemann se encontraron en el pintoresco pueblecillo de Thoiry, en las montañas del Jura francés, cerca de Ginebra. Alemania acababa de ser admitida en la Sociedad de Naciones, donde Briand la recibió con un cálido discurso, elocuente y personal. En esta atmósfera exultante, los dos estadistas elaboraron un convenio que admitía intereses opuestos para resolver de una vez por todas la cuestión de la guerra. Francia devolvería el Sarre sin el plebiscito exigido por el Tratado de Versalles, las tropas francesas abandonarían Renania en el plazo de un año y la Comisión Interaliada de Control Militar se retiraría de Alemania. A cambio, Alemania pagaría 300 millones de marcos por las minas del Sarre, aceleraría el pago de indemnizaciones a Francia y cumpliría con el Plan Dawes. De hecho, Briand estaba ofreciendo cambiar las cláusulas más duras de Versalles por la ayuda alemana a la recuperación económica francesa. El acuerdo demostró la desigual posición negociadora de los dos bandos. Las ganancias de Alemania serían permanentes e irrevocables; los beneficios para Francia serían contribuciones financieras

transitorias, realizadas una sola vez, algunas de las cuales ya habían sido prometidas por Alemania.

El acuerdo tropezó con dificultades en ambas capitales. Los nacionalistas alemanes se opusieron violentamente a toda forma de colaboración con Versalles, por muy ventajosas que fuesen las condiciones específicas, y Briand fue acusado de suprimir la protección que ofrecía Renania para Francia. Aún hubo más dificultades para la emisión de los bonos que financiarían los gastos adicionales de Alemania. El 11 de noviembre, Briand suspendió bruscamente las conversaciones declarando que «obstáculos técnicos han impedido la pronta realización de la idea de Thoiry»³⁵⁶.

Éste fue el último intento de firmar un convenio general entre Francia y Alemania en el período de entreguerras. No se puede saber bien si habría habido mucha diferencia en caso de aplicarse, pues subsistía la pregunta básica planteada por la diplomacia del Pacto de Locarno: si la conciliación haría que Alemania aceptara el orden internacional de Versalles o aceleraría su capacidad para amenazarlo.

Después del Pacto de Locarno, esa pregunta se volvió cada vez más ociosa. Gran Bretaña estaba convencida de que la conciliación constituía lo único práctico. Los Estados Unidos la consideraban, así mismo, un imperativo moral. Como el análisis estratégico o geopolítico ya no estaba de moda, las naciones hablaban de justicia aun cuando discreparan marcadamente en su definición. A esto siguió un conjunto de tratados que afirmaban principios generales y apelaban a la Sociedad de Naciones, en parte por convicción y agotamiento y en parte por el deseo de evadir las penosas realidades geopolíticas.

El período posterior a Locarno presenció la gradual retirada de Francia de los acuerdos de Versalles, contra su mejor opinión, bajo las constantes presiones británicas y norteamericanas de llegar aún más lejos. Después de Locarno empezó a entrar capital, sobre todo norteamericano, en Alemania acelerando la modernización de su industria. La Comisión Interaliada de Control Militar, creada para supervisar el desarme alemán, fue suprimida en 1927, y sus funciones recayeron en la Sociedad de Naciones, que no tenía medios para comprobar su cumplimiento.

El rearme secreto de Alemania se aceleró. Ya desde 1920, el entonces ministro de Industria, Walther Rathenau, había consolado a los militares alemanes con el argumento de que las cláusulas de Versalles que establecían el desmantelamiento de las armas pesadas alemanas afectarían ante todo a las armas que, en todo caso, pronto serían ya obsoletas. Rathenau sostuvo que nada podría impedir que se investigara sobre armas modernas o se creara la capacidad industrial necesaria para fabricarlas con rapidez. Después de presenciar unas maniobras del ejército en 1926, en fechas posteriores a la ratificación del Pacto de Locarno y en el momento en que Briand y Stresemann se reunían en Thoiry, el mariscal de campo von Hindenburg, comandante del ejército alemán durante los tres últimos años de la guerra y presidente recién elegido de Alemania, dijo: «Hoy he visto que se conserva el tradicional nivel de ánimo y de capacidad del ejército alemán.»³⁵⁷ De ser así, la seguridad de Francia se vería en peligro en cuanto se levantaran las restricciones a la limitación de efectivos del ejército alemán.

Cuando la cuestión del desarme pasó al primer plano de la diplomacia internacional, esta amenaza pareció concretarse. Al exigir igualdad política, Alemania estaba creando minuciosamente el marco psicológico necesario para insistir más adelante en la equidad militar. Francia se negó a desarmarse hasta que obtuviera garantías adicionales de seguridad. Gran Bretaña, único país que estaba en posición de dárselas, se negaba a garantizar la disposición del Este, y no iría más allá de lo pactado en Locarno respecto a la situación del Oeste, subrayando con ello el hecho de que este pacto constituía menos un compromiso que una alianza.

Para evitar, o al menos para retrasar el momento de la igualdad alemana en toda regla, Francia

empezó a practicar el juego de crear normas para la reducción de armamentos, tal como lo habían propuesto los expertos en desarme de la Sociedad de Naciones. Presentó un documento analítico a la Comisión Preparatoria de la Sociedad de Naciones, relacionando el poder real con el poder potencial, los reservistas bien entrenados con las corrientes demográficas y las armas existentes con el ritmo del cambio tecnológico. Pero ninguna de estas teorías tan sutiles y complicadas pudo evadir la cuestión clave, a saber, que a niveles iguales de armamento, por muy bajos que éstos fuesen, la seguridad de Francia estaría en peligro debido al superior potencial de movilización de Alemania. Cuando más pareciera aceptar Francia las premisas de la Comisión Preparatoria, más presión creaba contra sí misma. Al final, las diversas maniobras de Francia sirvieron básicamente para confirmar la convicción anglosajona de que Francia constituía el verdadero obstáculo para el desarme y, por ende, para la paz.

El patetismo del dilema francés era que, después de los acuerdos de Locarno, Francia ya no estaba en posición de actuar según sus convicciones y tenía que conformarse con mitigar sus temores. La política francesa se volvió cada vez más temerosa y defensiva. Este estado mental quedó patente cuando Francia empezó a construir la Línea Maginot en los dos años que siguieron a la firma del Pacto de Locarno, cuando Alemania aún estaba desarmada y la independencia de los nuevos Estados del este de Europa dependía de la capacidad de Francia para acudir en su ayuda. En caso de una agresión alemana, Europa oriental sólo se podría salvar si Francia adoptaba una estrategia ofensiva, basada en la utilización de la desmilitarizada Renania como rehén. Sin embargo, la Línea Maginot mostró que Francia se proponía mantenerse a la defensiva dentro de sus propias fronteras, dejando así libre a Alemania para imponer su voluntad en el Este. Las estrategias política y militar francesas ya no se aplicaban conjuntamente.

Los dirigentes confundidos suelen tender a sustituir un sentido de la dirección por simples maniobras de relaciones públicas. Briand, deseoso de simular que estaba haciendo algo, aprovechó la ocasión del décimo aniversario de la entrada de los Estados Unidos en la guerra para presentar a Washington en junio de 1927 el borrador de un tratado según el cual los dos gobiernos renunciarían a la guerra en sus relaciones mutuas y convendrían en zanjar todas sus disputas por medios pacíficos. El secretario de Estado norteamericano, Frank B. Kellogg, no supo bien cómo responder a un documento que renunciaba a lo que nadie temía, y ofrecía lo que todos daban por sentado. Se aproximaba 1928, año de elecciones, y esto ayudó a aclarar las ideas de Kellogg. La «paz» era bien vista, y el borrador de Briand tenía la ventaja de que no entrañaba consecuencias prácticas.

A comienzos de 1928, Kellogg rompió el silencio y aceptó el borrador del tratado. Pero fue más lejos que Briand al proponer que la renuncia a la guerra incluyera a tantas naciones como fuese posible. La oferta resultó tan irresistible como carente de sentido. El 27 de agosto de 1928, quince naciones firmaron con grandes celebraciones el Pacto de París (popularmente conocido como Pacto Kellogg-Briand) en que renunciaban a la guerra como instrumento de política nacional. Pronto fue ratificado prácticamente por todas las naciones, incluso Alemania, Japón e Italia, países cuyas agresiones ensombrecerían la década siguiente.

En cuanto estos últimos países firmaron el pacto los estadistas de todo el mundo empezaron a tener sus dudas. Francia condicionó su propuesta original, incluyendo una cláusula que legalizaba las guerras en defensa propia y las destinadas a cumplir con las obligaciones contraídas con el Pacto de la Sociedad de Naciones, las garantías de Locarno y todas las alianzas de Francia. Esto llevó la situación de vuelta a su punto de partida, pues las excepciones incluían todo caso concebible. A continuación, Gran Bretaña insistió en tener libertad de acción para defender su Imperio. Las reservas de los Estados Unidos fueron las más generales de todas, pues invocaban la Doctrina

Monroe, el derecho de defensa propia y la cláusula de que cada nación fuera su propio juez de las necesidades de defensa propia. Conservando abierta toda salida, los Estados Unidos se negaron a participar, también, en todo caso de coacción.

Pocos meses después, Kellogg planteó ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado la extraordinaria teoría de que los Estados Unidos no tenían ninguna obligación con el pacto de ayuda a las víctimas de una agresión, pues tal agresión habría demostrado, por sí misma, la invalidación del pacto. «Suponiendo que alguna otra nación violara el tratado, ¿por qué deberíamos interesarnos nosotros en él?», preguntó el senador por Montana, Thomas J. Walsh. «No habría la menor razón», replicó el secretario de Estado³⁵⁸.

Kellogg había reducido el tratado a la perogrullada de que el Pacto de París conservaría la paz mientras ésta fuese conservada. La guerra quedaba excluida en todas las circunstancias, excepto en las que eran previsibles. No fue sorprendente que D. W. Brogan dijese acerca del Pacto Kellogg-Briand: «Los Estados Unidos, que han abolido los males de la embriaguez mediante la Decimoctava Enmienda, invitaron al mundo a abolir la guerra con sólo comprometerse. El mundo, sin saber bien si creer o dudar, obedeció.»³⁵⁹

Fuera como fuese, la idea original de Briand fue transformada por sus antiguos aliados en un nuevo medio de presionar a Francia. En adelante se diría que, ya proscrita la guerra, Francia tenía la obligación de acelerar su propio desarme. Como símbolo de buena voluntad, los Aliados pusieron fin a la ocupación de Renania en 1928, cinco años antes de lo pactado.

Al mismo tiempo, Austen Chamberlain hizo saber que, en lo tocante a Gran Bretaña, la frontera polaca con Alemania podía y de hecho debía ser modificada, con sólo que los alemanes se mostraran civilizados:

Si [Alemania] ingresa en la Sociedad de Naciones y allí desempeña su trabajo con un espíritu amistoso y conciliador, yo mismo creo que dentro de un número razonable de años se encontrará en una posición en la que su apoyo económico y comercial será tan necesario y su amistad política tan deseable para Polonia que, sin tener que recurrir al aparato de la Sociedad de Naciones, podrá llegar por sí sola a un acuerdo amistoso con los polacos [...] Si se pudiera hacer que el público y la prensa de Alemania no hablaran tanto de la frontera del Este, incluso podrían llegar antes a una solución³⁶⁰.

Stresemann utilizó hábilmente el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones para aumentar sus opciones respecto a la Unión Soviética y para intensificar la presión alemana sobre Francia, exigiendo paridad de armamento. De hecho, Stresemann pidió y recibió una exención que autorizaba la participación alemana en las cláusulas de aplicación de la Carta de la Sociedad de Naciones (Artículo 16), por cuyo motivo una Alemania desarmada no podía correr los riesgos de las sanciones. Luego, al estilo de Bismarck, Stresemann notificó a Moscú que había solicitado la exención porque Alemania no quería formar parte de ninguna coalición antisoviética.

Moscú comprendió la insinuación. En el año que siguió al Pacto de Locarno, en abril de 1926, se firmó en Berlín un tratado de neutralidad entre la Unión Soviética y Alemania. Cada bando prometía permanecer neutral si el otro era atacado y no intervenir en ninguna combinación política o boicot económico contra el otro, puede suponerse que por ningún asunto. De hecho, esto significaba que los dos países se excluían a sí mismos de la aplicación de la seguridad colectiva. Alemania ya se había eximido de las sanciones contra todos los demás. Berlín y Moscú estaban unidos en su hostilidad hacia Polonia, como dijo el canciller alemán Wirth a su embajador en Moscú, Ulrich von Brockdorff-Rantzau: «Le diré una cosa con toda franqueza; hay que eliminar a Polonia [...]. Yo no

firmaré ningún tratado que pudiera fortalecer a Polonia.»³⁶¹

A pesar de todo, los dirigentes franceses, en especial Briand, concluyeron que la política de realización seguía siendo la única opción realista de Francia. Si se cumplieran los peores temores de Francia y Alemania reiniciara una política belicista, se desvanecería la esperanza de obtener finalmente el apoyo de Inglaterra, y se perdería la buena voluntad de los Estados Unidos si se podía culpar a Francia de haber arruinado la labor de conciliación.

El centro de gravedad de Europa fue desplazándose gradualmente hacia Berlín. De manera asombrosa, al menos analizado en retrospectiva, la posición interna de Stresemann iba desintegrándose. La cada vez más exaltada actitud nacionalista alemana se puso de manifiesto en la reacción al llamado Plan Young, que los Aliados habían propuesto al acabar el período de vigencia de cinco años del Plan Dawes en 1929. El Plan Young reducía aún más las indemnizaciones alemanas y les fijaba una fecha última, aunque aún lejana. En 1924, el Plan Dawes había sido aceptado con el apoyo de los conservadores alemanes; en 1929, el Plan Young, que ofrecía unos términos más ventajosos, fue violentamente atacado por los conservadores alemanes, apoyados por el naciente Partido Nazi y por los comunistas. A la postre, fue aprobado en el Reichstag por sólo 20 votos de diferencia.

Durante algunos años, el supuesto espíritu de Locarno había representado la aspiración a la buena voluntad entre los ex adversarios de la Primera Guerra Mundial. Pero en alemán la palabra «espíritu» también es sinónimo de «fantasma», y al término de la década se puso de moda en los círculos nacionalistas bromear acerca del «fantasma» de Locarno. Esta cínica actitud para con la principal cuestión del orden internacional de Versalles permaneció durante el auge de la recuperación económica alemana, antes de que la Depresión radicalizara sin remedio la política alemana.

Stresemann falleció el 3 de octubre de 1929. Pronto se demostró que era irremplazable porque Alemania no tenía otro dirigente de talento y sutileza comparables y, ante todo, porque la rehabilitación de Alemania y la pacificación de Europa se debían, en gran parte, a la confianza que las potencias occidentales habían puesto en su personalidad. Durante mucho tiempo, la opinión general fue que Stresemann había encarnado todas las cualidades «del buen europeo». En este sentido, se le trató como precursor del gran Konrad Adenauer, quien reconoció que Francia y Alemania compartían de hecho un destino común, salvando el abismo de sus rivalidades históricas.

Sin embargo, al salir a luz los documentos de Stresemann, éstos parecieron contradecir la favorable opinión que se había tenido de él. Revelaron a un frío practicante de la *Realpolitik*, que había favorecido el tradicional interés nacional de Alemania con implacable persistencia. Para Stresemann, estos intereses consistían en devolver a Alemania su grandeza anterior a 1914, liberarse de la carga financiera de las indemnizaciones, alcanzar la igualdad militar con Francia y Gran Bretaña, revisar la frontera del este de Alemania y lograr la unión (*Anschluss*) de Austria y Alemania. Edgar Stern-Rubarth, ayudante de Stresemann, describió como sigue los objetivos de su jefe:

La esperanza última de Stresemann era, según me confesó una vez, liberar Renania, recuperar Eupen-Malmédy y el Sarre, perfeccionar el *Anschluss* de Austria y tener, bajo mandato o de cualquiera otra manera, una colonia africana donde se pudiesen obtener materias primas tropicales y crear una salida al excedente de energía de la generación más joven³⁶².

Por tanto, era obvio que Stresemann no había sido «un buen europeo» en el sentido que tuvo la

frase después de la Segunda Guerra Mundial, aunque este ficticio personaje aún no existía. Casi todos los estadistas de Occidente compartían la opinión de Stresemann de que había que revisar el Tratado de Versalles, especialmente en el Este, y los acuerdos de Locarno no eran sino una etapa de ese proceso. Desde luego, para Francia era intolerablemente doloroso tener que vérselas con una resurgente Alemania después de una guerra que la había desangrado. Sin embargo, éste era, asimismo, un exacto reflejo de la nueva distribución del poder. Stresemann comprendió que, aun dentro de los límites de Versalles, Alemania era potencialmente la nación más poderosa de Europa, y tras hacer esta evaluación llegó a la conclusión, en perfecta sintonía con la *Realpolitik*, de que tenía ante sí una oportunidad de restituir Alemania al menos a la situación anterior a 1914, y probablemente de mejorarla.

Sin embargo, a diferencia de sus adversarios nacionalistas, y en total contraste con los nazis, Stresemann confió en la paciencia, los acuerdos y la venia del consenso de Europa para alcanzar sus metas. Su agilidad mental le permitió cambiar concesiones sobre el papel, especialmente en la cuestión sensible y simbólica de las indemnizaciones, por el fin de la ocupación militar de Alemania y la perspectiva de unos cambios a largo plazo que no dejarían de colocar a su patria en una posición cada vez más central. Sin embargo, y contrariamente a la opinión de los nacionalistas alemanes, Stresemann no creyó necesario hacer una revisión absoluta y violenta de los acuerdos de Versalles.

Stresemann tuvo la oportunidad de llevar adelante su política gracias a los recursos y el potencial inherentes de Alemania. La guerra no había anulado su poder, y Versalles había fortalecido su posición geopolítica. Ni siquiera una derrota mucho más catastrófica, como la que sufrió en la Segunda Guerra Mundial, lograría eliminar la influencia de Alemania en Europa. En vez de ver a Stresemann como precursor del ataque nazi a los valores occidentales, sería mejor considerar los excesos nazis como una interrupción del gradual y casi ciertamente pacífico avance de Stresemann hasta conquistar un papel decisivo para su país en Europa.

Con el tiempo, la táctica de Stresemann bien podría haberse convertido en estrategia, y la conveniencia en convicción. En el período actual, el motivo original del acercamiento del presidente Anwar Sadat a Israel casi con seguridad fue borrar la imagen de la belicosidad árabe que se tenía en Occidente y poner a Israel psicológicamente a la defensiva. Como Stresemann, Sadat trató de meter una cuña entre su adversario y sus amigos. Al aceptar las demandas razonables de Israel esperaba debilitar su negativa final a devolver tierras árabes, y sobre todo tierras egipcias. Pero, con el paso del tiempo, Sadat realmente se convirtió en el apóstol de la paz y el hilvanador de rupturas internacionales, un papel que al principio bien pudo ser sólo una actuación. Llegó un momento en que la búsqueda de la paz y la conciliación dejó de ser el instrumento del interés nacional de Sadat para convertirse en valores en y por sí mismos. ¿Estaría avanzando Stresemann por un camino similar? Su muerte prematura nos dejó esa posibilidad como uno de los enigmas no resueltos de la historia.

A la muerte de Stresemann, la cuestión de las indemnizaciones llevaba camino de resolverse, y ya se había fijado la frontera occidental de Alemania. La nación seguía siendo revisionista respecto a sus fronteras del Este y a las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles, y había fracasado el intento de presionar a Alemania ocupando su territorio, así como el modificado enfoque de Locarno a la seguridad colectiva no había acallado las exigencias alemanas de obtener la igualdad. Entonces, los estadistas de Europa se refugiaron en un compromiso total con el desarme como su mejor esperanza de paz.

La idea de que Alemania tenía derecho a la igualdad se había adueñado ya del pensamiento británico. Desde su primer período en el cargo, en 1924, el primer ministro laborista Ramsay MacDonald proclamó el desarme como su máxima prioridad. En su segundo período, que comenzó

en 1929, suspendió la construcción de una base naval en Singapur y de nuevos cruceros y submarinos. En 1932, su gobierno anunció una moratoria en la construcción de aviones. Philip Noel-Baker, principal asesor de MacDonald en este asunto, declaró que sólo el desarme podía impedir otra guerra.

Sin embargo, la incongruencia básica entre la igualdad para Alemania y la seguridad para Francia seguía sin resolverse, tal vez porque era irresoluble. En 1932, un año antes del ascenso de Hitler al poder, dijo el primer ministro de Francia, Édouard Herriot: «No me hago ilusiones. Estoy convencido de que Alemania desea rearmarse [...] Estamos en un punto decisivo de la historia. Hasta la fecha, Alemania ha practicado una política de sumisión [...] Ahora está comenzando a aplicar una política positiva. Mañana será una política de exigencias territoriales.»³⁶³ El aspecto más notable de esta declaración fue su tono pasivo y resignado. Herriot no dijo nada del ejército francés, que seguía siendo el más grande de Europa; ni de Renania, desmilitarizada según el Pacto de Locarno; tampoco habló acerca de una Alemania aún desarmada; ni de la responsabilidad francesa en la seguridad de Europa oriental. Mostrándose renuente a luchar por sus convicciones, Francia se limitó a aguardar su destino.

Gran Bretaña veía la situación en el continente desde una perspectiva completamente distinta. Deseaba reconciliarse con Alemania, y presionó continuamente a Francia para que accediera a la igualdad de armamento con Alemania. Los expertos en desarme son notablemente ingeniosos para presentar esquemas que satisfagan formalmente las cuestiones de seguridad, pero sin llegar a la sustancia. Así, los expertos británicos redactaron una propuesta que concedía la igualdad a Alemania pero sin permitirle el reclutamiento obligatorio, haciendo resaltar teóricamente el mayor contingente francés de reservistas entrenados (como si Alemania no pudiera encontrar una solución para evitar esta última restricción, relativamente menor que otras que ya había sorteado).

En ese mismo año decisivo, antes de que Hitler llegara al poder, el gobierno democrático alemán se sintió tan seguro de sí mismo que abandonó la Conferencia de Desarme como protesta contra lo que llamó la discriminación francesa. Le hicieron regresar con halagos, prometiéndole «igualdad de derechos en un sistema que daría seguridad a todas las naciones»³⁶⁴, frase ambigua que implicaba el derecho teórico a esa igualdad que las prescripciones de «seguridad» hacían tan difícil de lograr. El ánimo del público no estaba para tales sutilezas. El izquierdista *New Statesman*, órgano del Partido Laborista británico, saludó la fórmula como el «reconocimiento incondicional del principio de igualdad de los Estados». En el otro extremo del arco político británico, el *Times* habló, complacido, de «la oportuna corrección de la desigualdad.»³⁶⁵

Sin embargo, la fórmula de «igualdad [dentro de] un sistema [de] seguridad» era una contradicción en sí misma. Francia ya no era lo bastante fuerte para defenderse contra Alemania, y Gran Bretaña seguía rechazando esa alianza militar con Francia que habría podido establecer una burda aproximación de igualdad geopolítica (aunque, según se vio en la guerra, hasta esto fuera discutible). Mientras insistía en definir la igualdad en términos puramente formalistas para poner fin al trato discriminatorio con Alemania, Inglaterra guardaba silencio acerca del efecto que tal igualdad tendría sobre el equilibrio europeo. En 1932, el exasperado primer ministro MacDonald dijo al ministro de Exteriores francés, Joseph Paul-Boncour: «Las exigencias de Francia crean siempre la dificultad de que requieren que Gran Bretaña asuma nuevas obligaciones y esto, de momento, no puede siquiera considerarse.»³⁶⁶ El desalentador estancamiento se mantuvo hasta que Hitler abandonó las negociaciones de desarme en octubre de 1933.

Después de una década en que la diplomacia se había centrado en Europa, inesperadamente fue Japón el que demostró la vacuidad de la seguridad colectiva y de la propia Sociedad de Naciones, al

inaugurar una década de creciente violencia en los años treinta.

En 1931, fuerzas japonesas ocuparon Manchuria, que legalmente era parte de China aunque durante muchos años el gobierno central chino no hubiese operado allí. Desde la fundación de la Sociedad de Naciones no se había intentado una intervención a semejante escala. Pero la Sociedad de Naciones no tenía suficiente aparato para imponer siquiera las sanciones económicas consideradas en su Artículo 16. En sus vacilaciones, la Sociedad de Naciones ejemplificó el dilema básico de la seguridad colectiva: ningún país estaba dispuesto a entablar una guerra contra Japón (o no se encontraba en condiciones de hacerlo sin la participación norteamericana, ya que la Armada japonesa dominaba las aguas de Asia). Aun si hubiese existido un método para imponer las sanciones económicas, ningún país estaba dispuesto a reducir su comercio con Japón cuando la Depresión todavía afectaba a Europa. Por otra parte, ningún país estaba dispuesto a aceptar la ocupación de Manchuria, y ninguno de los miembros de la Sociedad de Naciones sabía cómo resolver estas contradicciones en que ellos mismos se habían embrollado.

Por último, se inventó un recurso para no hacer absolutamente nada y se creó una comisión investigadora, el recurso habitual para que los diplomáticos indiquen que la inacción es el recurso deseado. Se necesita tiempo para reunir tales comisiones, para emprender estudios y para llegar a un consenso, punto en el cual, con un poco de suerte, el problema puede haberse ya disipado. Japón tenía tanta confianza en esto que fue el primer país en recomendar tal estudio. Lo que llegó a conocerse como la Comisión Lutton informó que Japón tenía quejas justificadas, pero que había sido un error por su parte no agotar antes todos los medios pacíficos de resolución. Esta benévola regañina por ocupar un territorio más grande que el suyo propio le pareció excesivo a Japón, que respondió retirándose de la Sociedad de Naciones. Tal fue el primer paso hacia el fin de toda la institución.

En Europa, el incidente fue considerado como una especie de aberración peculiar de los continentes remotos. Las conversaciones sobre el desarme continuaron como si no hubiese habido crisis de Manchuria, convirtiendo el debate sobre seguridad versus igualdad en un acto en gran parte ceremonial. Luego, el 30 de enero de 1933, Hitler se hizo con el poder en Alemania y demostró que el sistema de Versalles había sido, en realidad, tan débil como un castillo de naipes.

El fin de la ilusión: Hitler y la destrucción de Versalles

El ascenso de Hitler al poder constituyó una de las mayores calamidades de la historia universal. De no ser por Hitler, el desplome del castillo de naipes que representó el orden internacional de Versalles habría podido suceder pacíficamente, o al menos no de manera catastrófica. Que Alemania surgiera de este proceso siendo la nación más poderosa del continente era inevitable; en cambio, la orgía de muerte y devastación que desencadenó fue obra de una personalidad diabólica.

Hitler alcanzó la cima gracias a sus facultades oratorias. Al contrario que otros líderes revolucionarios, fue un solitario aventurero político que no representaba ninguna escuela importante del pensamiento político. Su filosofía, como la expresó en *Mein Kampf*, abarcaba desde lo trivial hasta lo fantástico, y consistía en un popularizado refrito del pensamiento tradicional y radical de la derecha. Por sí mismo, nunca habría podido iniciar una corriente intelectual que culminara en una revolución, como lo hicieron *Das Kapital* de Marx o las obras de los filósofos del siglo XVIII.

Su capacidad demagógica lanzó a Hitler a la jefatura de Alemania, y siguió siendo su característica durante toda su carrera. Con el instinto de un proscrito y un ojo clínico infalible para las flaquezas psicológicas de los demás, llevó a sus adversarios de revés en revés, hasta dejarlos completamente desmoralizados y dispuestos a aceptar su dominio. En el terreno internacional explotó implacablemente la culpabilidad de conciencia de las democracias por el Tratado de Versalles.

Como jefe de gobierno, Hitler actuó más por instinto que por análisis. Como se creía un artista, rechazaba los hábitos sedentarios y estaba en constante movimiento. Le desagradaba Berlín, y encontraba solaz en su retiro bávaro, donde se refugiaba durante meses enteros, aunque pronto incluso allí se aburría. Como desdeñaba los procedimientos del trabajo organizado y sus ministros tenían dificultades para llegar a él, la política era dirigida a trompicones. Sólo prosperaba lo que conviniera a sus chispazos de actividad frenética; todo lo que requiriera un esfuerzo sostenido solía languidecer.

La esencia de la demagogia reside en la capacidad de infundir al mismo tiempo emoción y amargura. Explotar ese momento y lograr una relación hipnótica casi sensual con su entorno y con el público en general fueron las especialidades de Hitler. En el exterior, Hitler obtuvo sus mayores triunfos cuando el mundo creyó que estaba buscando unos objetivos normales y limitados. Todos sus grandes éxitos de política exterior ocurrieron en los primeros cinco años de su gobierno (1933-1938), cuando sus víctimas supusieron que su propósito era conciliar el sistema de Versalles con sus principios declarados.

Una vez que Hitler abandonó todo pretexto de enderezar entuertos, su credibilidad se desvaneció. Al lanzarse a la conquista por la conquista misma, perdió su toque mágico. Aún tuvo ocasionales chispazos de intuición, como en su plan de la campaña contra Francia en 1940 y su negativa a permitir una retirada frente a Moscú en 1941, que casi ciertamente habría causado la ruina del ejército alemán. Sin embargo, la experiencia germinal de Hitler parece haber sido la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Nunca dejaría de contar cómo se enteró de ella en la cama de un hospital militar, parcialmente cegado por gases mostaza. Atribuyó el desplome de Alemania a

una traición, a una conspiración judía y a la falta de voluntad, y durante el resto de su vida insistiría en que Alemania sólo podría ser vencida por ella misma, y no por extranjeros. Esta clase de pensamiento convirtió la derrota de 1918 en una traición, y el hecho de que los gobernantes de Alemania no lucharan hasta el fin formó parte habitual de la obsesiva retórica de Hitler y de sus mareantes monólogos.

Hitler siempre se mostró extrañamente insatisfecho con sus victorias; a la postre, sólo pareció capaz de cuidar la imagen de sí mismo evitando desastres inminentes a base de pura fuerza de voluntad. Los psicólogos pueden encontrar en ello una explicación de su modo de dirigir la guerra, al parecer sin un plan estratégico o político racional, hasta haber despilfarrado todos los recursos de Alemania, cuando por fin Hitler, aun sin ceder, pudo verse a sí mismo desafiando al mundo en un refugio antiaéreo de la sitiada capital de su país, ya casi enteramente ocupado.

El don demagógico y la preocupación patológica por su ego fueron las dos caras de la moneda. Hitler era incapaz de sostener una conversación normal, y se lanzaba a interminables monólogos o se ensimismaba en hoscos silencios cuando algún interlocutor lograba tomar la palabra... y a veces hasta dormitaba³⁶⁷. En realidad, a Hitler le gustaba atribuir su ascenso, casi milagroso, desde el bajo mundo de Viena hasta el gobierno autocrático de Alemania, a sus cualidades personales, que no tenía ninguno de sus contemporáneos. De esta manera, todo relato de su ascenso al poder incluía la monótona liturgia de las «charlas de sobremesa» de Hitler, transcritas por sus discípulos³⁶⁸.

También la egolatría obsesiva de Hitler tuvo consecuencias mortíferas; se había convencido a sí mismo y, lo que es más importante, convenció a quienes lo rodeaban, de que, como sus facultades eran incomparables, había de alcanzar todas sus metas durante su vida. Puesto que, basándose en su árbol genealógico, había supuesto que su vida sería relativamente breve, nunca permitió que alguno de sus triunfos madurara, y se marcó un calendario establecido por una evaluación de sus poderes físicos. La historia no ofrece ningún otro ejemplo de una gran guerra iniciada según unas conjeturas médicas.

Teniendo en cuenta todo esto, los asombrosos triunfos iniciales de Hitler se debieron a que supo aprovechar sin dilación las oportunidades creadas por la política de esos predecesores a los que él despreciaba tanto, especialmente Stresemann. El Tratado de Versalles, como la Paz de Westfalia, dejó a un país poderoso frente a un grupo de Estados mucho más pequeños e indefensos en su frontera del Este. Sin embargo, la diferencia radicaba en que mientras esto fue intencional en Westfalia, resultó todo lo contrario en Versalles. Versalles y Locarno habían allanado el camino de Alemania hacia Europa oriental, donde una política alemana paciente habría obtenido, con el tiempo, una posición preponderante mediante medios pacíficos, o incluso se la habrían entregado las potencias occidentales. Pero la implacable megalomanía de Hitler convirtió lo que habría sido una evolución pacífica en una guerra mundial.

Al principio, la verdadera naturaleza de Hitler se vio ensombrecida por su aparente ordinariez. Ni la clase gobernante alemana ni el *establishment* de Europa occidental creyeron que en realidad se propusiera derribar el orden establecido, aun cuando anunciara con bastante frecuencia su intención de hacerlo. Cansado del acoso del creciente Partido Nazi, desmoralizado por la Depresión y por el caos político, el conservador gobierno alemán nombró canciller a Hitler y trató de acallar sus propios temores rodeándolo de conservadores respetables (sólo había tres miembros del Partido Nazi en el primer gabinete de Hitler, constituido el 30 de enero de 1933). Sin embargo, Hitler no había llegado hasta allí sólo para dejarse llevar por maniobras parlamentarias. Con unos cuantos cambios sorprendentes (y el 30 de junio de 1934 con el asesinato en masa de muchos de sus rivales y adversarios), dieciocho meses después de llegar al poder se había convertido en dictador de

Alemania.

La reacción inicial de las democracias occidentales al ascenso de Hitler consistió en acelerar el desarme. El gobierno de Alemania estaba en manos de un canciller que había proclamado su intención de anular el acuerdo de Versalles, rearmarse y luego emprender una política de expansión. Aun así, las democracias no vieron ninguna necesidad de tomar precauciones especiales. Si acaso, el ascenso de Hitler al poder fortaleció la resolución de Gran Bretaña de imponer el desarme. Algunos diplomáticos británicos llegaron a pensar que Hitler representaba una mejor esperanza de paz que los gobiernos menos estables que lo habían precedido. «La firma [de Hitler] obligará a Alemania como la de ningún otro alemán del pasado»³⁶⁹, escribió el optimista embajador británico Eric Clare Edmund Phipps al Ministerio de Asuntos Exteriores. Según Ramsay MacDonald, no era necesario ofrecer garantías británicas a Francia porque si Alemania violaba un acuerdo de desarme «no podría exagerarse la fuerza de la oposición mundial con que tropezaría»³⁷⁰.

Francia, desde luego, no se dejó aplacar por tan tranquilizadoras declaraciones. Su principal dificultad seguía siendo cómo sentirse segura si Alemania se rearmaba y Gran Bretaña le negaba una garantía de apoyo. Si la opinión pública mundial realmente era tan decisiva al hacer frente a los violadores, ¿por qué habría de negarse Gran Bretaña a dársela? Porque «la opinión pública en Inglaterra no lo aprobaría», replicó sir John Simon, ministro de Exteriores, haciendo así explícita la pesadilla de Francia: no podía contar con que Gran Bretaña defendiera lo que no estaba dispuesta a garantizar³⁷¹. Pero ¿por qué no habría de aprobar el público inglés semejante garantía? Porque no consideraba probable ese ataque, replicó Stanley Baldwin, jefe del Partido Conservador y, de hecho, dirigente del gobierno británico, aunque no formalmente:

Si se pudiera probar que Alemania se está rearmando, al punto surgiría una situación nueva, a la que Europa tendría que enfrentarse [...] De ocurrir esta situación, el gobierno de Su Majestad tendría que considerarla muy seriamente, pero esa situación aún no ha llegado³⁷².

El argumento era absolutamente redondo y contradictorio hasta el absurdo: una garantía era demasiado arriesgada y a la vez innecesaria; al alcanzar la igualdad, Alemania se daría por satisfecha. Sin embargo, una garantía de aquello que Alemania tal vez no estaba desafiando sería demasiado peligrosa, aun cuando la condena de la opinión mundial detendría al violador en su intento. Por último, el propio Hitler puso fin a tanta evasiva e hipocresía. El 14 de octubre de 1933, Alemania abandonó para siempre la Conferencia de Desarme, no por un desaire a Hitler, sino porque éste temió que se satisficieran las exigencias alemanas de igualdad, frustrando así sus deseos de rearme ilimitado. Una semana después, Hitler se retiró de la Sociedad de Naciones. A comienzos de 1934 anunció el rearme alemán. Alemania no sufrió ningún daño visible aun habiéndose separado de este modo de la comunidad mundial.

Evidentemente, Hitler había lanzado un reto, y sin embargo las democracias no estaban muy seguras de lo que aquello significaba. Al rearmarse, ¿no estaba haciendo Hitler lo que la mayoría de los miembros de la Sociedad de Naciones ya habían reconocido en principio? Entonces, ¿por qué reaccionar antes de que Hitler hubiese cometido algún acto definible de agresión? Después de todo, ¿no era de eso de lo que trataba la seguridad colectiva? De este modo, los jefes de las democracias occidentales se evitaron la molestia de tener que tomar decisiones ambiguas. Era mucho más cómodo aguardar alguna clara demostración de la mala fe de Hitler porque, sin ella, no podrían contar con el apoyo público si tomaban medidas enérgicas... o, al menos, eso pensaban los dirigentes de las democracias. Desde luego, Hitler tenía todos los incentivos para ocultar sus verdaderas intenciones

hasta que fuera demasiado tarde para que las democracias occidentales pudiesen organizar una resistencia eficaz. Sea como fuere, los estadistas democráticos del período de entreguerras temieron más a la guerra que a un debilitamiento del equilibrio del poder. La seguridad, arguyó Ramsay MacDonald, debía buscarse «no por medios militares, sino por medios morales».

Hitler explotó con destreza tales actitudes lanzando periódicas ofensivas de paz hábilmente dirigidas a las ilusiones de sus víctimas potenciales. Cuando se retiró de las conversaciones de desarme prometió limitar el ejército alemán a 300.000 hombres, y la fuerza aérea alemana a la mitad de la de Francia. Esta promesa hizo olvidar el hecho de que Alemania había suprimido el límite de 100.000 hombres establecido en Versalles, mientras parecía aceptar nuevos topes que no podría alcanzar en varios años (llegado el momento, también esos límites serían sin duda rebasados).

Francia rechazó la oferta declarando que velaría por su propia seguridad. La altiva respuesta de Francia no pudo ocultar la realidad: la pesadilla de Francia, es decir, la igualdad militar (o algo peor) con Alemania se había realizado. Gran Bretaña llegó a la conclusión de que el desarme se había vuelto más importante que nunca. El gabinete anunció: «Nuestra política sigue siendo buscar mediante la cooperación internacional la limitación y reducción de los armamentos del mundo como nuestras obligaciones de acuerdo con el pacto y como único medio de impedir una carrera armamentística.»³⁷³ De hecho, el gabinete llegó a la extraordinaria decisión de que lo mejor sería negociar desde una posición que, según confesión propia, iba siendo cada vez más débil. El 29 de noviembre de 1933, seis semanas después de que Hitler había ordenado a la delegación alemana abandonar la Conferencia de Desarme, Baldwin dijo al gabinete:

Si no hubiese esperanzas de lograr una limitación de los armamentos tendríamos todo el derecho a sentirnos inquietos ante la situación, no sólo en lo tocante a la fuerza aérea, sino también al ejército y la armada. [Gran Bretaña estaba] haciendo todo el esfuerzo posible por lograr un plan de desarme que incluyera a Alemania³⁷⁴.

Puesto que Alemania se estaba rearmando y la situación de las defensas británicas era, en palabras del propio Baldwin, inquietante, habría parecido muy oportuno emprender un mayor esfuerzo por la defensa británica. Sin embargo, Baldwin adoptó justamente el enfoque opuesto. Siguió congelando la producción de aviones de guerra, aprobada desde 1932. El gesto pretendía ser «otra muestra seria del deseo del gobierno de Su Majestad por promover la tarea de la Conferencia de Desarme»³⁷⁵. Baldwin no explicó qué incentivo tendría Hitler para negociar el desarme mientras Gran Bretaña se dedicase al desarme unilateral. (Una explicación más caritativa de las acciones de Baldwin es que Gran Bretaña estaba diseñando nuevos modelos de avión; puesto que no había nada que producir hasta que estuviesen listos, Baldwin estaba haciendo de la necesidad, virtud.)

En cuando a Francia, se refugió en la racionalización de sus deseos. El embajador británico en París informó: «De hecho, Francia ha retrocedido a una política de extrema cautela y se opone a toda medida enérgica que pudiese parecer una aventura militar.»³⁷⁶ Un informe enviado a Edouard Daladier, por entonces ministro de Guerra, muestra que hasta Francia había empezado a inclinarse hacia la ortodoxia de la Sociedad de Naciones. El agregado militar francés en Berlín proclamó que el desarme era el sistema más eficaz para contener a Hitler, habiéndose convencido de que entre bambalinas asomaban fanáticos más peligrosos que él:

Parece que no tenemos otra manera de llegar a un entendimiento que contenga [...] al menos por un tiempo, el desarrollo militar de Alemania [...] Si Hitler es sincero cuando proclama su deseo de

paz, podremos felicitarnos de haber llegado a un acuerdo; si tiene otros designios o si un día será reemplazado por algún fanático, al menos habremos aplazado la guerra, y esto ya es algo³⁷⁷.

Gran Bretaña y Francia optaron por permitir el rearme alemán porque, literalmente, no sabían qué otra cosa hacer. Gran Bretaña aún no estaba dispuesta a abandonar la seguridad colectiva ni la Sociedad de Naciones, y Francia se había desalentado tanto que no podía resolverse a creer en sus premoniciones. Francia no se atrevía a actuar por sí sola, y Gran Bretaña se negaba a obrar de común acuerdo.

Un análisis retrospectivo, casi obliga a reírse de lo mal que los contemporáneos de Hitler juzgaron los motivos de éste. Pero las ambiciones de Hitler, para no mencionar siquiera su criminalidad, no se manifestaron desde el principio. En sus dos primeros años en el cargo, Hitler se dedicó básicamente a consolidar su gobierno. Además, a los ojos de muchos dirigentes británicos y franceses, el truculento estilo de la política exterior de Hitler era compensado con creces por su decidido anticomunismo y por la recuperación de la economía alemana.

Los estadistas siempre se encuentran ante el dilema de que, cuando su margen de acción es grande, tienen un mínimo de conocimientos. Cuando ya han recabado conocimientos suficientes es probable que haya desaparecido su margen para emprender una acción decisiva. Durante los años treinta, los dirigentes británicos estaban demasiado inseguros de los objetivos de Hitler, y los dirigentes franceses demasiado inseguros de sí mismos para actuar basándose en suposiciones indemostrables. El coste por conocer la verdadera naturaleza de Hitler serían decenas de millones de tumbas que cubrirían Europa de un extremo a otro. Por otra parte, si las democracias hubiesen hecho frente a Hitler al principio de su gobierno, los historiadores aún estarían discutiendo sobre si Hitler había sido un malinterpretado nacionalista o un maniático impulsado por el afán de dominio mundial.

Desde luego, la obsesión de Occidente por los motivos de Hitler estaba, para empezar, mal encaminada. Los dogmas del equilibrio del poder debieron haber aclarado que una Alemania grande y poderosa, limitada al Este por Estados pequeños y débiles, constituía una seria amenaza. La *Realpolitik* enseña que, cualesquiera que fuesen los motivos de Hitler, las relaciones de Alemania con sus vecinos quedarían determinadas por su poder relativo. Occidente debió haber dedicado menos tiempo a adivinar los motivos de Hitler y más recursos a equilibrar la fuerza creciente de Alemania.

Nadie ha definido mejor que Joseph Goebbels, el diabólico jefe de propaganda de Hitler, el resultado de la vacilación de los aliados occidentales al hacerle frente. En abril de 1940, en vísperas de la invasión nazi de Noruega, escribió en un informe secreto:

Hasta ahora hemos logrado dejar a oscuras al enemigo con respecto a las verdaderas metas de Alemania, así como antes de 1932 nuestros enemigos internos nunca vieron adónde íbamos, ni que nuestro juramento de lealtad no era sino un truco [...] Podrían habernos suprimido. Podrían haber detenido a unos cuantos de los nuestros en 1925, y eso habría sido el fin. Pero no, nos dejaron pasar por la zona de peligro. Así ocurrió exactamente en política exterior [...] En 1933, un primer ministro de Francia habría tenido que decir (y si yo hubiera sido el *premier* francés lo habría dicho): «El nuevo canciller del Reich es el hombre que escribió *Mein Kampf*, que dice esto y lo otro. No podemos tolerar a este hombre cerca de nosotros. ¡O bien él desaparece o nosotros nos ponemos en marcha!» Pero no lo dijeron. Nos dejaron en paz, permitiéndonos cruzar la zona de peligro, y logramos sortear todos esos escollos peligrosos. *Y cuando terminamos y estuvimos mejor armados, jentonces ellos declararon la guerra!* [cursivas en el original]³⁷⁸.

Los dirigentes de las democracias no quisieron enfrentarse al hecho de que, cuando Alemania hubiese alcanzado cierto nivel armamentístico, ya no importaría cuáles fuesen las verdaderas intenciones de Hitler. El rápido aumento de la fuerza militar alemana tenía que alterar el equilibrio, a menos que fuese contenido o contrapesado.

Éste fue, en realidad, el mensaje solitario de Churchill. Pero durante los años treinta había tiempo de sobra para reconocer a los profetas. Así, los dirigentes británicos, con una extraña muestra de unanimidad que cundió por todo el arco político, desoyeron las advertencias de Churchill. Basándose en la premisa de que el desarme y no el rearme era la clave para la paz, trataron a Hitler como si se tratara de un problema psicológico, no como un peligro estratégico.

Cuando en 1934 Churchill pidió que Gran Bretaña respondiera al rearme alemán con un aumento de la Real Fuerza Aérea, los líderes del gobierno y de la oposición se mofaron al unísono. Herbert Samuel habló en nombre del Partido Liberal: «Diríase que no pretendía dar un consejo sano y firme [...] sino que [...] estuviese en una reñida partida de *bridge* [...] Todas estas fórmulas son peligrosas.»³⁷⁹ Sir Stafford Cripps expresó el argumento del Partido Laborista con desdeñoso sarcasmo:

Podríamos imaginarlo como a algún antiguo barón de la Edad Media riéndose de la idea de la posibilidad de desarme en las baronías de este país e indicando que el único modo en que él y sus seguidores feudales pudiesen conservar su seguridad y sus vacas era teniendo el armamento más fuerte posible³⁸⁰.

El primer ministro conservador, Baldwin, hizo unánime el rechazo a Churchill cuando informó a la Cámara de los Comunes que él no «había abandonado la esperanza de la limitación o de la restricción de ciertos tipos de armas». Según Baldwin, una información precisa acerca de la fuerza aérea alemana era «extraordinariamente difícil de obtener», aunque no explicó por qué³⁸¹. Sin embargo, confiaba en que «no sea cierto que Alemania esté aproximándose rápidamente a un equilibrio con nosotros»³⁸². Baldwin no veía en aquel momento «causa alguna para una indebida alarma, y aún menos para el pánico». Tildó de «exageradas» las cifras de Churchill y sostuvo que no hay una amenaza inmediata ante nosotros o ante nadie en Europa en este momento... No hay una verdadera urgencia»³⁸³.

Francia trató de refugiarse tras una acumulación de alianzas tibiamente suscritas, trasformando las garantías unilaterales de Checoslovaquia, Polonia y Rumania de los años veinte en tratados de defensa mutua; ahora esos países se verían obligados a acudir en ayuda de Francia, aun si Alemania decidía ajustar las cuentas con Francia antes de atacar por el Este.

Ése fue un gesto vano y hasta patético. Las alianzas eran lógicas como garantías francesas para los nuevos y débiles Estados de Europa oriental, pero no podían suplir al tipo de tratado de ayuda mutua que pondría a Alemania ante el riesgo de afrontar una guerra en dos frentes. Eran demasiado débiles para contener a Alemania en el Este; unas operaciones ofensivas contra Alemania para aliviar a Francia eran totalmente inimaginables. Como subrayando la inutilidad de estos pactos, Polonia contrapesó sus compromisos con Francia firmando un tratado de no agresión con Alemania, de modo que, en caso de un ataque a Francia, las obligaciones formales de Polonia se cancelarían mutuamente, o, para ser más precisos, dejarían a Polonia en libertad de escoger el aliado que le prometiera más beneficios en el momento de la crisis.

Un nuevo acuerdo franco-soviético, firmado en 1935, mostró hasta dónde había llegado la

desmoralización psicológica y política de Francia. Antes de la Primera Guerra Mundial, Francia había buscado ávidamente una alianza política con Rusia, y no descansó hasta que ese entendimiento político se convirtió en pacto militar. En 1935, la posición de Francia era mucho más débil en el aspecto estratégico, y su necesidad de apoyo militar soviético era casi desesperada. No obstante, Francia concluyó de mala gana una alianza política con la Unión Soviética mientras se negaba tercamente a facilitar conversaciones de sus respectivos estados mayores. Todavía en 1937, Francia no permitía que observadores soviéticos presenciaran sus maniobras anuales.

La actitud altiva de los gobernantes franceses tenía tres razones, que sin duda aumentaron la congénita desconfianza de Stalin hacia las democracias occidentales. La primera fue su temor a que una asociación demasiado íntima con la Unión Soviética debilitara los indispensables lazos de unión de Francia con Gran Bretaña. La segunda, que los aliados de Francia en Europa oriental, situados entre la Unión Soviética y Alemania, no estarían dispuestos a permitir que tropas soviéticas entraran en su territorio, lo que dificultaba encontrar el tema para unas conversaciones significativas entre los estados mayores de Francia y la Unión Soviética. Por último, ya desde 1938 los gobernantes franceses estaban tan intimidados por Alemania que temieron que unas conversaciones de estado mayor con la Unión Soviética pudieran, en palabras del entonces primer ministro Chautemps, «provocar una declaración de guerra por parte de Alemania»³⁸⁴.

De este modo, Francia estableció una alianza militar con países demasiado débiles para ayudarla y un acuerdo político con la Unión Soviética (con la que no se atrevía a colaborar militarmente), y dependía en lo estratégico de Gran Bretaña, que se negaba categóricamente a considerar siquiera algún compromiso militar. Esta disposición era una auténtica prescripción para un ataque nervioso, y no una estrategia general.

Las únicas medidas serias que Francia adoptó como respuesta a la creciente fuerza de Alemania fueron en dirección a Italia. Mussolini no era precisamente partidario de la seguridad colectiva, pero sí tenía un claro sentido de las limitaciones de Italia, ante todo en lo tocante a Alemania. Temía que si Alemania se anexionaba Austria, a él le exigirían que devolviese el sur del Tirol, étnicamente alemán. En enero de 1935, el entonces ministro de Exteriores, Pierre Laval, hizo la que era casi una alianza militar. Italia y Francia convinieron en consultarse mutuamente en caso de amenaza a la independencia de Austria, y sus respectivos estados mayores iniciaron conversaciones en las que se llegó a hablar de acantonar tropas italianas a lo largo del Rin y tropas francesas a lo largo de la frontera austríaca.

Tres meses después, cuando Hitler reimplantó el reclutamiento obligatorio, parecía estar en gestación una alianza entre Gran Bretaña, Francia e Italia. Sus jefes de gobierno se reunieron en la población italiana de Stresa, donde acordaron oponerse a todo intento alemán de modificar por la fuerza el Tratado de Versalles. Resultó una pequeña ironía de la historia que el anfitrión de una conferencia destinada a defender el acuerdo de Versalles fuese Mussolini, que llevaba mucho tiempo criticándolo porque, según él, se había estafado a Italia.

En Stresa sería la última vez donde los vencedores de la Primera Guerra Mundial pensarán en ejercer una acción conjunta. Dos meses después de la conferencia, Gran Bretaña firmó un acuerdo naval con Alemania que demostró que, cuando se trataba de su propia seguridad, Gran Bretaña prefería depender de tratos bilaterales con el adversario. Alemania aceptaba limitar su flota a un 35 % respecto de la flota británica durante los diez años siguientes, aun cuando se le diera el derecho de tener igual número de submarinos.

Las condiciones del Tratado Naval eran menos importantes que lo que revelaban acerca del estado de ánimo de las democracias. Sin duda, el gabinete británico comprendió que, de hecho, el

acuerdo naval reconocía la anulación, por parte de Alemania, de las cláusulas navales del Tratado de Versalles, y lo menos que podía decirse es que iba contra el espíritu del frente unido de Stresa. Su efecto práctico consistió en establecer nuevos topes sobre una base bilateral, topes que, además, llegaban al límite de la capacidad productiva de Alemania. Este método de control de armas se aplicaría cada vez más a menudo durante la Guerra Fría. El acuerdo naval también demostró que Gran Bretaña prefería ganarse al adversario antes que depender de sus asociados en el frente de Stresa. Este entorno psicológico después sería conocido como política de apaciguamiento.

Poco después, el frente de Stresa se desplomó por completo. Mussolini, partidario de la *Realpolitik*, dio por sentado que tenía las manos libres para iniciar el tipo de expansión colonial que había sido habitual antes de la Primera Guerra Mundial. Por consiguiente, en 1935 se propuso formar un imperio africano conquistando Abisinia, la última nación independiente africana y, de paso, vengar la humillación de Italia por las fuerzas abisinias, que se remontaba a comienzos de siglo.

Pero, mientras que la agresión de Mussolini habría sido aceptada antes de la Primera Guerra Mundial, en esta ocasión se efectuaba en un mundo dominado por la seguridad colectiva y por la Sociedad de Naciones. La opinión pública, especialmente en Gran Bretaña, ya había fustigado a la Sociedad de Naciones por no impedir que Japón conquistara Manchuria. Entretanto, se había organizado un mecanismo para imponer sanciones económicas, y cuando Italia invadió Abisinia en 1935 la Sociedad de Naciones tenía un remedio oficial para aplicar a ese tipo de agresiones. Además, Abisinia también era miembro de la Sociedad de Naciones, aunque fuera como resultado de una curiosa inversión de circunstancias. En 1925, Italia la había auspiciado en la Sociedad de Naciones con objeto de frustrar ciertos presuntos designios ingleses. Gran Bretaña había aceptado de mala gana después de argüir que Abisinia era un país demasiado bárbaro para ser miembro de pleno derecho de la comunidad internacional.

En esta ocasión, ambos países se sobresaltaron por su propio petardo: Italia por emprender la que era, según todas las normas, una agresión no provocada contra un miembro de la Sociedad de Naciones; y Gran Bretaña porque se enfrentaba a un desafío a la seguridad colectiva, y no sólo a otro problema colonial en África. Para complicar más la situación, Gran Bretaña y Francia ya habían reconocido en Stresa que Abisinia se hallaba dentro de la esfera de interés de Italia. Más adelante, Laval diría que estaba pensando dar a Italia un papel similar al de Francia en Marruecos, es decir, de dominio indirecto. Pero no se podía esperar que Mussolini comprendiera que Francia y Gran Bretaña, habiendo concedido todo eso, sacrificarían una casi alianza contra Alemania por la simple distinción entre anexión y dominio indirecto sobre Abisinia.

Francia y Gran Bretaña nunca se enfrentaron al hecho de que tenían dos posibilidades excluyentes entre sí. Si concluían que Italia era esencial para proteger a Austria, e indirectamente tal vez incluso para ayudar a mantener desmilitarizada a Renania, lo que ellas habían garantizado en Locarno, tendrían que encontrar alguna fórmula para salvar del ridículo a Italia en África y a la vez para mantener intacto el frente de Stresa. O bien, si en realidad la Sociedad de Naciones era el mejor instrumento para contener a Alemania y al mismo tiempo para unir a la opinión pública de Occidente contra la agresión, era necesario llevar adelante las sanciones hasta dejar patente que la agresión no rinde dividendos. En esto no había medias tintas.

Sin embargo, lo que buscaban las democracias era precisamente un terreno intermedio, pues no tenían confianza en sí mismas para definir sus opciones. A instancias de Inglaterra, se puso en marcha la maquinaria de sanciones económicas de la Sociedad de Naciones. Al mismo tiempo, Laval aseguró en privado a Mussolini que no se impediría el acceso de Italia al petróleo. En esencia, Gran Bretaña siguió el mismo proceso, preguntando cortésmente en Roma si las sanciones petrolíferas

provocarían la guerra. Mussolini, predecible y falazmente, respondió en sentido afirmativo, y el gabinete británico encontró la coartada que necesitaba para combinar su apoyo a la Sociedad de Naciones con una invocación al difundido temor a la guerra. Esta política llegará a expresarse en el lema «todas las sanciones, excepto la guerra».

Más adelante, el primer ministro británico, Stanley Baldwin, diría, un tanto cariacontecido, que las sanciones que quizás hubiesen funcionado también habrían llevado, probablemente, a la guerra. Hasta ahí llegaría, en todo caso, el concepto de que las sanciones económicas ofrecen una alternativa a la fuerza, al oponerse a una agresión (argumento que se repetiría unos cincuenta años después en los Estados Unidos, al tratar el problema de cómo hacer frente a la anexión de Kuwait por parte de Irak, aunque con un resultado más feliz).

El ministro británico de Exteriores, Samuel Hoare, comprendió que la estrategia de Gran Bretaña había perdido el rumbo. Para resistir la inminente amenaza alemana, los gobernantes de Gran Bretaña tenían que haber hecho frente a Hitler y ganarse a Mussolini. Pero hicieron todo lo contrario: apaciguaron a Alemania y se enfrentaron a Italia. Hoare y Laval, que comprendían el absurdo estado de la situación, definieron un acuerdo en diciembre de 1935: Italia recibía las fértiles llanuras de Abisinia; Haile Selassie seguiría gobernando los espacios montañosos que configuraban el dominio histórico de su reino; Gran Bretaña contribuiría a estos acuerdos dando a Abisinia acceso al mar a través de la Somalia británica. Se esperaba que Mussolini aceptara el plan, y Hoare lo presentaría para su aprobación a la Sociedad de Naciones.

El Plan Hoare-Laval no llegó a ningún lado porque se filtró a la prensa antes de ser expuesto a la Sociedad de Naciones, acontecimiento sumamente raro en aquellos días. El escándalo resultante obligó a Hoare a renunciar, por buscar un compromiso práctico ante una opinión pública indignada. Su sucesor, Anthony Eden, pronto retornó al refugio de la seguridad colectiva y las sanciones económicas, pero sin querer recurrir a la fuerza.

Siguiendo una pauta que se repetiría en crisis sucesivas, las democracias justificaron su aversión al empleo de la fuerza sobreestimando con mucho las proezas militares de su adversario. Londres creyó que no podría enfrentarse a la flota italiana sin la ayuda francesa. Francia condescendió, de mala gana, y desplazó su flota al Mediterráneo, comprometiendo más aún sus relaciones con Italia como garante de Locarno y asociada en Stresa. Ni aun con esta abrumadora acumulación de fuerzas se invocaron jamás sanciones petrolíferas, y las sanciones ordinarias no funcionaron con suficiente rapidez para impedir la derrota de Abisinia... si es que en realidad hubiesen podido servir para algo.

La conquista de Abisina fue completada en mayo de 1936, cuando Mussolini proclamó emperador de la recién llamada Etiopía al rey de Italia, Víctor Manuel. Menos de dos meses después, el 30 de junio, el Consejo de la Sociedad de Naciones se reunió para considerar el hecho consumado. Haile Selassie hizo sonar la alarma por la seguridad colectiva en un desolado llamamiento personal:

No se trata sólo de una cuestión de arreglo de la agresión italiana. Es una cuestión de seguridad colectiva; de la existencia misma de la Sociedad de Naciones; de la confianza puesta por los Estados en los tratados internacionales; del valor de las promesas hechas a los Estados pequeños de que se respetarían y asegurarían su integridad e independencia. Es una elección entre el principio de igualdad de los Estados y la imposición a las naciones pequeñas de las cadenas del vasallaje³⁸⁵.

El 15 de julio, la Sociedad de Naciones levantó todas sus sanciones contra Italia. Dos años

después, en la continuación de Munich, Gran Bretaña y Francia subordinarían sus objeciones morales a su temor a Alemania, dando su venia a la conquista de Abisinia. La seguridad colectiva había condenado a Haile Selassie a perder todo su país, y no sólo la mitad que habría perdido según la *Realpolitik* del Plan Hoare-Laval.

En poderío militar, Italia no era ni remotamente comparable a Gran Bretaña, Francia o Alemania. Pero el vacío creado por la ausencia de la Unión Soviética hizo de Italia un útil auxiliar para mantener la independencia de Austria y, hasta cierto punto, de la desmilitarizada Renania. Mientras Gran Bretaña y Francia parecieron ser las naciones más fuertes de Europa, Mussolini apoyó el acuerdo de Versalles, en especial porque desconfiaba profundamente de Alemania y porque al principio desdeñó la personalidad de Hitler. Su resentimiento contra Etiopía aunado a su análisis de las verdaderas relaciones de poder, convenció a Mussolini de que persistir en el frente de Stresa podría obligar a Italia a sufrir el mayor choque de la agresividad alemana. Por tanto, Etiopía marcó el principio del inexorable acercamiento de Italia a Alemania, motivado a partes iguales por su avidez de adquisiciones y por el temor.

A pesar de todo, fue en Alemania donde el fiasco de Etiopía dejó la impresión más duradera. El embajador británico en Berlín informó: «La victoria de Italia ha abierto un capítulo nuevo. Era inevitable que en una tierra en que se adora el poder se hundiera el prestigio de Inglaterra.»³⁸⁶ Con Italia fuera ya del frente de Stresa, el único obstáculo que quedaba en el camino de Alemania hacia Austria y Europa central era la puerta abierta que ofrecía la Renania desmilitarizada. Hitler no perdió tiempo en derribarla.

La mañana del domingo 7 de marzo de 1936, Hitler ordenó a su ejército ocupar Renania, derrumbando así la última garantía que quedaba del acuerdo de Versalles. Según éste, las fuerzas militares alemanas tenían prohibido entrar en Renania y en una zona de 50 kilómetros al este. Alemania había confirmado esta cláusula en Locarno; la Sociedad de Naciones había confirmado Locarno, y Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia la habían garantizado.

Si Hitler podía hacerse con la Renania, Europa del Este quedaría a su merced. Ninguno de los nuevos estados de Europa oriental tenía la menor oportunidad de defensa contra Alemania, ya fuese por sus propios medios o en combinación. Su única esperanza era que Francia contuviera la agresión alemana amenazando con invadir Renania.

Una vez más, las democracias occidentales fueron atormentadas por la incertidumbre ante las intenciones de Hitler. Técnicamente, éste sólo estaba recuperando territorio alemán. Simultáneamente, ofrecía toda clase de garantías, incluyendo la oferta de un tratado de no agresión con Francia. De nuevo se arguyó que Alemania se daría por satisfecha en cuanto se le hubiese concedido el derecho de defender sus fronteras nacionales, lo que todas las demás naciones europeas simplemente daban por sentado. ¿Tenían los gobernantes británicos y franceses el derecho moral de arriesgar la vida de sus soldados para mantener una situación palpablemente discriminatoria? Por otra parte, ¿no era su deber moral enfrentarse a Hitler mientras Alemania aún no estaba plenamente armada, y así tal vez salvar innumerables vidas?

La historia ha dado ya la respuesta; en cambio, los estadistas de la época se sintieron atormentados por la duda, pues en 1936 Hitler seguía beneficiándose de su incomparable combinación de intuición psicótica y demoníaca fuerza de voluntad. Las democracias aún creían estar frente a un dirigente nacionalista normal, si bien un tanto inmoderado, que intentaba devolver a su país una posición de igualdad en Europa. Gran Bretaña y Francia se concentraron en tratar de leer los pensamientos de Hitler. ¿Era un hombre sincero? ¿En realidad quería la paz? Desde luego, estas preguntas eran pertinentes, pero la política exterior se edifica sobre arenas movedizas cuando

desatiende las auténticas relaciones de poder y se basa en profecías sobre intenciones ajenas.

Con su diabólica capacidad para explotar las debilidades de sus adversarios, Hitler escogió el momento preciso para reocupar Renania. La Sociedad de Naciones, atascada en sus sanciones contra Italia, lo último que quería era una confrontación con otra gran potencia. La guerra de Abisinia había abierto una brecha entre las potencias occidentales e Italia, una de las garantes de Locarno. Gran Bretaña, otra garante que no se había atrevido a imponer sanciones petrolíferas contra Italia en el mar, donde ésta ejercía su dominio, sin duda tendría menos deseos de arriesgarse a una guerra terrestre por una causa que no implicaba la violación de fronteras nacionales.

Aunque ningún país tenía mayor interés que Francia en una Renania desmilitarizada, ninguno se mostró más ambiguo ante la idea de oponerse a la ocupación alemana. La Línea Maginot delataba la obsesión de Francia por la estrategia defensiva, y el equipamiento y la preparación militares del ejército francés no dejaban dudas acerca de que la Primera Guerra Mundial había acabado con su tradicional espíritu ofensivo. Francia parecía resignada a aguardar su destino detrás de la Línea Maginot y a no arriesgar nada fuera de sus fronteras... no en Europa oriental o, para el caso, en Renania.

A pesar de todo, la reocupación de Renania fue una jugada arriesgada por parte de Hitler. El reclutamiento obligatorio llevaba menos de un año en vigor, y el ejército alemán distaba mucho de estar preparado para la guerra. De hecho, la pequeña avanzadilla que penetró en la zona desmilitarizada tenía órdenes de retirarse luchando a las primeras señales de una intervención francesa. Sin embargo, Hitler compensó la falta de fuerza militar con sobrada audacia psicológica. Inundó a las democracias con propuestas que mostraban su buena disposición para hablar de limitaciones de tropas en el Rin y hacer volver a Alemania a la Sociedad de Naciones. Apeló a la desconfianza general contra la Unión Soviética, afirmando que su acción respondía al Pacto Franco-Soviético de 1935. Ofreció una zona desmilitarizada de 50 kilómetros a ambos lados de la frontera alemana, y un tratado de no agresión con vigencia de veinticinco años. La propuesta de desmilitarización tuvo la doble virtud de insinuar que sólo se necesitaba un plumazo para lograr la paz permanente, al tiempo que demolía la Línea Maginot, que daba a la frontera alemana.

Los interlocutores de Hitler no necesitaban mucho para adoptar una actitud pasiva. Una adecuada coartada aquí y allá convenía a su deseo de no hacer nada. Desde el acuerdo de Locarno había sido principio fundamental de la política francesa no arriesgarse a la guerra con Alemania, salvo en alianza con Gran Bretaña, aunque la ayuda británica fuese técnicamente innecesaria mientras Alemania siguiera desarmada. En la búsqueda obsesiva de esta meta, los dirigentes franceses habían tolerado incontables frustraciones y apoyado muchas iniciativas de desarme que, en su fuero interno, sabían que estaban mal concebidas.

En el aspecto psicológico, Francia dependía abrumadoramente de Gran Bretaña, lo que puede explicar por qué no hizo preparativos militares ni siquiera cuando el embajador de Francia en Berlín, André François Poncet, advirtió el 21 de noviembre de 1935 que era inminente un avance alemán en Renania... ¡tres meses y medio antes de que en realidad ocurriera!³⁸⁷ Sin embargo, Francia no se atrevió a movilizarse ni a tomar medidas militares de precaución para no ser acusada de provocar lo que temía. Tampoco planteó el asunto en las negociaciones con Alemania, porque no sabía qué hacer si Alemania pasaba por alto sus advertencias o declaraba sus intenciones.

Sin embargo, que el estado mayor francés no adoptara ninguna medida en su propia planificación interna, ni siquiera después de la advertencia de François Poncet, es un hecho casi inexplicable ¿Acaso el estado mayor francés no creía a sus propios diplomáticos? ¿O fue porque Francia no podía decidirse a abandonar la seguridad de sus fortificaciones, ni siquiera en defensa de

la vital zona protectora representada por la desmilitarizada Renania? ¿O ya se sentía Francia tan absolutamente condenada que aplazar la guerra se había convertido en su principal objetivo, con la esperanza de que algún cambio imprevisible ocurriera en su favor... aunque ya no fuese capaz de provocar ese cambio por sí misma?

El símbolo más evidente de este estado mental era, desde luego, la Línea Maginot, que Francia había construido con un costo enorme durante diez años. Con ella, Francia se había condenado a la estrategia defensiva en el mismo año en que había garantizado la independencia de Polonia y de Checoslovaquia. Otra muestra de la misma confusión fue la incomprensible decisión francesa de suspender la construcción de la Línea Maginot en la frontera belga, actitud que iba contra toda la experiencia de la Primera Guerra Mundial, pues si en realidad era posible una guerra franco-germana, entonces ¿por qué no un ataque alemán a través de Bélgica? Si Francia temía que Bélgica se desplomara si indicaba que la principal línea de defensa excluía ese país, Bélgica habría podido tener la opción de aceptar la extensión de la Línea Maginot a lo largo de la frontera germano-belga y, si no lo hubiese aceptado, la Línea Maginot podría haberse extendido hasta el mar, a lo largo de la frontera franco-belga. Pero Francia no hizo ninguna de las dos cosas.

Lo que los dirigentes políticos deciden, suelen tratar de justificarlo los servicios de información. La literatura popular y el cine a menudo muestran lo contrario: los políticos aparecen allí como indefensos peles de los expertos en información secreta. En realidad, las evaluaciones de la información siguen más a menudo las decisiones políticas en lugar de guiarlas, lo que puede explicar la tremenda exageración de la fuerza alemana que saturó todos los cálculos militares franceses. Cuando tuvo lugar la reocupación alemana de Renania, el general Maurice Gamelin, comandante en jefe francés, dijo a unos altos funcionarios que los soldados alemanes entrenados ya podían equipararse a los de Francia, y que Alemania tenía más equipamiento que Francia, lo que constituía un juicio absurdo en el segundo año del rearme alemán. De esta errónea premisa del poderío militar alemán brotaron recomendaciones políticas. Gamelin llegó a la conclusión de que Francia no debía adoptar ninguna contramedida militar que no fuera una movilización general, pero éste era un paso que sus jefes políticos no se atreverían a dar sin el apoyo británico... ni siquiera cuando supieron que la fuerza alemana que entró en Renania era de 20.000 hombres, mientras el ejército permanente francés podía contar con 500.000 efectivos, aun sin echar mano de movilización alguna.

Ahora, todo volvía al dilema que había obsesionado a las democracias durante veinte años. Gran Bretaña sólo reconocería como amenaza al equilibrio del poder en Europa la violación de las fronteras de Francia. Estaba decidida a no combatir nunca por Europa oriental, no veía ningún interés vital propio en una desmilitarizada Renania que servía como una especie de rehén en el Oeste, y tampoco iría a la guerra para cumplir con su garantía de Locarno. Eden lo había manifestado claramente un mes antes de la ocupación de Renania. En febrero de 1936, el gobierno francés por fin se animó a preguntar a Gran Bretaña cuál sería su actitud si Hitler hacía lo que había dicho François Poncet. El modo en que Eden trató la potencial violación de los acuerdos internacionales de Versalles y Locarno sonó como la apertura de una negociación comercial:

[...] como la zona fue constituida básicamente para dar seguridad a Francia y a Bélgica, corresponde en primer término a estos dos gobiernos decidir qué valor le darán y qué precio estarán dispuestos a pagar por su mantenimiento [...] Para Gran Bretaña y para Francia sería preferible que entraran oportunamente en negociaciones con el gobierno alemán, sobre la renuncia, con ciertas condiciones, a nuestros derechos en la zona, mientras esa renuncia aún sea útil para negociar³⁸⁸.

En efecto, Eden adoptó la posición de que lo mejor que podía esperarse era una negociación en que los Aliados, a cambio de ceder derechos establecidos y reconocidos (los que Gran Bretaña se negaba a cumplir con su propia garantía), recibirían... ¿qué, exactamente? ¿Tiempo? ¿Otras garantías? Gran Bretaña dejó a Francia la responsabilidad de la respuesta respecto al *quid pro quo*, pero mostró con su conducta que luchar en nombre de unas obligaciones solemnes en Renania no formaba parte de la estrategia británica.

Después de que Hitler entró en Renania, la actitud de Gran Bretaña fue aún más explícita. Al día siguiente de la ocupación alemana, el ministro de Guerra británico le dijo al embajador alemán:

[...] aunque el pueblo británico estuviese dispuesto a luchar por Francia en caso de una incursión alemana en territorio francés, no recurriría a las armas por la reciente ocupación de Renania [...] Casi todos ellos [los súbditos británicos] probablemente adoptaron la opinión de que les importaba «un bledo» el hecho de que Alemania reocupara su propio territorio³⁸⁹.

Pronto las dudas de Gran Bretaña se extendieron a las contramedidas que habría que adoptar sin llegar a la guerra. El Ministerio de Asuntos Exteriores dijo al encargado de negocios de los Estados Unidos: «Inglaterra haría cualquier esfuerzo por impedir la imposición de sanciones militares o económicas, o ambas, contra Alemania.»³⁹⁰

El ministro de Exteriores de Francia, Pierre Flandin, defendió en vano la causa de su país. Le dijo acertadamente al ministro británico que, una vez que Alemania hubiese fortificado Renania, se perdería Checoslovaquia y que, poco después, sería inevitable una guerra general. Aunque los hechos le dieron la razón, nunca quedó claro si Flandin estaba pidiendo el apoyo británico a una acción militar francesa o preparando una coartada para la inacción de Francia. Es obvio que Churchill opinó esto último, pues observó tajantemente: «Valerosas palabras, pero los hechos habrían tenido más fuerza.»³⁹¹

Gran Bretaña hizo oídos sordos a las súplicas de Flandin. La gran mayoría de sus dirigentes aún creía que la paz dependía del desarme, y que el nuevo orden internacional tendría que basarse en la reconciliación con Alemania. Consideraban que era más importante corregir los errores de Versalles que cumplir los compromisos de Locarno. Un acta de gabinete del 17 de marzo, diez días después de la jugada de Hitler, decía que «nuestra propia actitud ha sido guiada por el deseo de aprovechar las ofertas de Herr Hitler para obtener un acuerdo permanente»³⁹².

Lo que el gabinete tuvo que decir *sotto voce*, la oposición se sintió perfectamente libre para proclamarlo sin ambages. Ese mismo mes, en el transcurso de un debate por cuestiones de defensa en la Cámara de los Comunes, tal opinión fue expresada por el laborista Arthur Greenwood:

Herr Hitler hizo una declaración pecando con una mano pero sosteniendo la rama de olivo con la otra, lo que debe tomarse por lo que parece. Pueden ser los gestos más importantes realizados hasta hoy [...]. Huelga decir que estas declaraciones no fueron sinceras [...]. La cuestión importante es la paz, no la defensa³⁹³.

En otras palabras, la oposición estaba pidiendo claramente la revisión de los acuerdos de Versalles y el abandono de los de Locarno. Deseaba que Gran Bretaña se sentara a esperar que se aclararan los propósitos de Hitler. Tal era una política razonable mientras sus partidarios comprendieran que con el paso de los años aumentaría proporcionalmente el costo final de la

resistencia en caso de que esa política fallara.

No es necesario repetir paso a paso el camino por el cual Francia y Gran Bretaña intentaron transformar escoria estratégica en oro político, o esos trastornos en una oportunidad de apaciguamiento político. Lo que importa es que, al término del proceso, Renania estaba fortificada, Europa oriental quedaba fuera del alcance de toda ayuda militar francesa y que Italia pronto sería la primera aliada de la Alemania hitleriana. Así como Francia se había reconciliado con Locarno mediante una ambigua garantía británica cuya virtud, a ojos de los británicos, había estado en ser menos que una alianza, la revocación de Locarno causó el aún más ambiguo compromiso británico de enviar dos divisiones a defender Francia en caso de que su frontera fuese violada.

Una vez más, Gran Bretaña había evitado hábilmente comprometerse de lleno a defender a Francia. Pero ¿qué fue exactamente lo que logró? Francia, desde luego, advirtió esa evasión, pero la aceptó como un renuente paso británico hacia la tan anhelada alianza. Gran Bretaña interpretó su promesa de enviar dos divisiones a fin de contener a Francia para que no tomara la defensa de Europa oriental, pues el compromiso británico no era válido si el ejército francés invadía Alemania en defensa de Checoslovaquia o de Polonia. Por otra parte, dos divisiones británicas no serían ni remotamente capaces de disuadir a Alemania de atacar Francia. Gran Bretaña, patria de la política del equilibrio del poder, había perdido totalmente el contacto con sus principios operantes.

A Hitler la reocupación de Renania le abrió el camino hacia Europa central, tanto militar como psicológicamente. Una vez que las democracias la aceptaron como hecho consumado, desaparecieron las bases estratégicas para resistir a Hitler en Europa oriental. «Si el 7 de marzo no pudieron ustedes defenderse a sí mismos —observó el ministro de Exteriores rumano, Nicolae Titulescu, a su colega francés—, ¿cómo nos defenderán contra el agresor?»³⁹⁴ La pregunta fue cada vez más difícil de responder conforme se construían fortificaciones en Renania.

En el aspecto psicológico, el efecto de la actitud pasiva de las democracias fue aún más profundo. El apaciguamiento se convirtió en política oficial, y la rectificación de las injusticias de Versalles en idea general. En el Oeste no quedaba nada que rectificar. Pero quedó patente que, si Francia y Gran Bretaña no defenderían los acuerdos de Locarno, que ellas mismas habían garantizado, no sería posible de ningún modo que mantuvieran en Europa oriental las soluciones de Versalles, que Gran Bretaña había cuestionado desde el principio y más de una vez se había negado explícitamente a garantizar... la última vez, comprometiéndose a enviar dos divisiones a Francia.

Para entonces, Francia había abandonado las tradiciones diplomáticas de Richelieu. Ya ni siquiera confiaba en sí misma, sino que buscaba un alivio a sus peligros mediante la buena voluntad de Alemania. En agosto de 1936, cinco meses después de la reocupación de Renania, el Ministro de Economía de Alemania, doctor Hjalmar Schacht, fue recibido en París por Léon Blum, presidente del Partido Socialista y luego primer ministro de un gobierno del Frente Popular formado por comunistas y un judío. «Soy marxista y soy judío», dijo Blum, pero «no podremos lograr nada si consideramos insuperables las barreras ideológicas»³⁹⁵. El ministro de Exteriores de Blum, Yvon Delbos, no supo decir lo que esto significaba en la práctica, como no fuera «hacer concesiones a Alemania para evitar la guerra»³⁹⁶. Tampoco explicó si este proceso tendría un punto final. Francia, el país que durante doscientos años había entablado innumerables guerras en Europa central para dirigir su propio destino, se veía reducida a la búsqueda de cualquier seguridad que pudiese obtener haciendo concesiones a cambio de tiempo, y a esperar que, de paso, se saciara el apetito alemán o que algún otro *deus ex machina* disipara el peligro.

La misma política de apaciguamiento que Francia aplicó con cautela, fue aplicada a toda prisa por Gran Bretaña. En 1937, un año después de la remilitarización de Renania, el ministro de

Exteriores británico, lord Halifax, simbolizó la retirada moral de las democracias al visitar el refugio de Hitler en Berchtesgaden. Elogió la Alemania nazi «como baluarte de Europa contra el bolchevismo» y enumeró una serie de cuestiones con respecto a las cuales «podrían estar destinadas a surgir posibles alteraciones con el paso del tiempo». Mencionó explícitamente Danzig, Austria y Checoslovaquia, y el único reparo que Halifax manifestó se refería al método por el cual se realizarían los cambios: «Inglaterra estaba interesada en que cualquier alteración se hiciera mediante una evolución pacífica, y se evitaran los medios que pudiesen causar perturbaciones de largo alcance.»³⁹⁷

Un dirigente menos decidido que Hitler se habría preguntado, con asombro por qué, si Gran Bretaña estaba dispuesta a conceder ajustes en Austria, Checoslovaquia y el Corredor Polaco, se preocuparía por el método que Alemania aplicara para hacer esos ajustes. Si cedía en lo consustancial, ¿por qué había de indicar Gran Bretaña los procedimientos? ¿Qué posible argumento pacífico esperaba Halifax que pudiera convencer a las víctimas de los méritos del suicidio? La ortodoxia de la Sociedad de Naciones y la doctrina de la seguridad colectiva sostenían que a lo que había que oponerse era al método del cambio. Pero la historia enseña que las naciones van a la guerra con objeto de resistir al hecho del cambio.

Cuando Halifax visitó a Hitler, la situación estratégica de Francia se había deteriorado aún más. En julio de 1936, un golpe militar encabezado por el general Francisco Franco había desencadenado la Guerra Civil española. Franco fue abiertamente ayudado con grandes embarques de material de Alemania e Italia; poco después se le enviaron «voluntarios» alemanes e italianos, y el fascismo pareció dispuesto a difundir sus ideas por la fuerza. Francia se enfrentaba ya al mismo desafío al que Richelieu resistiera trescientos años antes: la perspectiva de ver gobiernos hostiles frente a todas sus fronteras. Pero, a diferencia de su gran predecesor, los gobiernos franceses de los años treinta vacilaron, y fueron incapaces de decidir si temían más a los peligros a los que se enfrentaban o a los medios necesarios para disiparlos.

Gran Bretaña había participado en las guerras de sucesión española a comienzos del siglo XVIII, y contra Napoleón en España un siglo después. En uno y otro caso se había opuesto al intento de la potencia más agresiva de Europa por atraer a España a su órbita. Ahora no pudo percibir la amenaza al equilibrio del poder que constituiría una victoria fascista en España, o bien le pareció que el fascismo era una amenaza menor que una España radicalmente izquierdista aliada con la Unión Soviética (que según muchos era la alternativa más probable). Pero ante todo, Gran Bretaña deseaba evitar una guerra. Su gabinete advirtió a Francia que Gran Bretaña se reservaba el derecho de permanecer neutral si estallaba una guerra a consecuencia del envío de armas francesas a la España republicana... aun cuando, según el derecho internacional, Francia tenía plena potestad de vender armas al gobierno legítimo de España. Francia vaciló y luego proclamó un embargo a los embarques de armas, mientras periódicamente aceptaba su violación. Sin embargo, esa política sólo sirvió para desmoralizar a los amigos de Francia, y a ésta le costó el respeto de sus adversarios.

En esta atmósfera, gobernantes franceses y británicos se reunieron en Londres el 29 y el 30 de noviembre de 1937 para buscar una acción común. Neville Chamberlain, que había reemplazado a Baldwin como primer ministro, fue directo al grano. Pidió que se discutieran las obligaciones inherentes a la alianza de Francia con Checoslovaquia. Ésta es la clase de investigación que los diplomáticos inician cuando están buscando salidas para no tener que cumplir con sus compromisos. Por lo visto, no valía la pena hablar siquiera de la independencia de Austria.

El ministro de Exteriores francés, Delbos, reaccionó demostrando que había comprendido muy bien las implicaciones del problema. Trató la cuestión checa en términos de consideraciones

jurídicas y no políticas o estratégicas, y se limitó a hacer una interpretación estrictamente legal de la obligación de Francia:

[...] este tratado comprometía a Francia en caso de que Checoslovaquia fuese víctima de una agresión. Si ocurrieran levantamientos entre la población alemana y fuesen apoyados por una intervención armada de Alemania, el tratado comprometía a Francia de una manera que sería determinada por la gravedad de los hechos³⁹⁸.

Delbos no habló de la importancia geopolítica de Checoslovaquia o de las consecuencias que el abandono de un aliado de Francia tendría sobre la credibilidad de su país al mantener la independencia de otros países de Europa oriental. En cambio, insistió en que las obligaciones de Francia podrían aplicarse o no a la única amenaza real que existía, es decir, una inquietud entre la minoría alemana de Checoslovaquia, apoyada por la fuerza militar de Alemania. Chamberlain se apresuró a aprovechar la salida que se le ofrecía y la convirtió en una razón para el apaciguamiento:

Parecería deseable tratar de llegar a algún acuerdo con Alemania sobre Europa central, cualesquiera que sean los objetivos de Alemania, incluso si deseara absorber a algunos de sus vecinos; en efecto, podríamos tener la esperanza de aplazar la ejecución de los planes de Alemania, y hasta de contener al Reich por tanto tiempo que a la larga sus planes podrían resultar irrealizables³⁹⁹.

Pero si las tácticas dilatorias no funcionaban, ¿qué haría Gran Bretaña? Habiendo reconocido que Alemania revisaría sus fronteras del Este, ¿entraría en guerra Gran Bretaña sólo cuando ocurriese la acción? La respuesta era evidente: los países no van a la guerra por el ritmo del cambio con el que se está logrando algo que ya han concedido. Checoslovaquia no fue condenada en Munich sino en Londres, casi un año antes.

Casualmente, Hitler había decidido hacia la misma época esbozar su propia estrategia a largo plazo. La ocasión fue una reunión de casi todos los altos jefes militares de Alemania, a quienes el 5 de noviembre de 1937 Hitler hizo una sincera exposición de sus ideas estratégicas. Su ayudante, Friedrich Hossbach, llevó un registro detallado. Ninguno de los presentes habría podido quejarse después de no haber sabido en qué dirección iba su jefe, pues Hitler aclaró que sus metas iban mucho más allá de un intento de restaurar la posición de Alemania antes de la Primera Guerra Mundial. Lo que Hitler esbozó fue el programa de *Mein Kampf*, la conquista de grandes extensiones en Europa oriental y en la Unión Soviética para su colonización. Hitler sabía muy bien que semejante proyecto tropezaría con resistencia: «La política alemana tendría que contar con los dos aborrecibles adversarios, Inglaterra y Francia.»⁴⁰⁰ Subrayó que Alemania se había adelantado en su rearme a Gran Bretaña y Francia, pero dijo que esa ventaja era transitoria y disminuiría a un ritmo acelerado después de 1943. Por consiguiente, la guerra había de comenzar antes.

Los generales de Hitler quedaron abrumados por la amplitud de sus planes y por la inminencia de su ejecución. Pero tímidamente tuvieron que tragarse los designios de Hitler. Algunos jefes militares jugaron vagamente con la idea de provocar un golpe de Estado una vez que Hitler hubiese dado la orden de ir a la guerra. Pero Hitler siempre fue demasiado rápido para ellos. Sus pasmosos primeros triunfos privaron a sus generales de toda «justificación moral» para dar semejante paso; por lo demás, los golpes contra la autoridad constituida nunca han sido especialidad de los generales alemanes.

En cuanto a las democracias occidentales, aún no captaban el abismo ideológico que las separaba del dictador alemán. Creían en la paz como fin, y estaban esforzándose al máximo para evitar la guerra. Hitler, por su parte, temía a la paz y anhelaba la guerra. «La humanidad se ha robustecido en sus luchas eternas —había escrito en *Mein Kampf*—, y sólo perecerá por medio de una paz eterna.»⁴⁰¹

En 1938, Hitler se sintió lo bastante fuerte para atravesar las fronteras nacionales establecidas en Versalles. Su primer blanco fue su Austria natal, que había quedado en posición anormal tras los acuerdos de Saint-Germain en 1919 y del Trianón en 1920 (el equivalente de Versalles para el Imperio austro-húngaro). Hasta 1806, Austria había sido el centro del Sacro Imperio romano-germánico; hasta 1866, había sido un importante Estado alemán (para algunos, el más importante). Desplazada por Bismarck de su papel histórico en Alemania, su importancia había pasado a sus posesiones balcánicas y del centro de Europa, hasta que también las perdió en la Primera Guerra Mundial. Así que el antiguo imperio, reducido ya a su pequeño núcleo de habla alemana, tenía prohibido por el Tratado de Versalles unirse a Alemania mediante una cláusula que era una obvia violación al principio de autodeterminación. Aun cuando el *Anschluss* con Alemania siguiera siendo el objetivo de muchos en ambos lados de la frontera austro-germana, incluso el de Stresemann, una vez más esto fue impedido por los países aliados en 1930.

De este modo, la unión de Alemania y Austria estaba rodeada por esa sensación de ambigüedad tan esencial para el triunfo de los primeros desafíos de Hitler. Satisfizo el principio de autodeterminación mientras socavaba ese equilibrio del poder que los estadistas se mostraban cada vez más renuentes a invocar como justificación del uso de la fuerza. Después de un mes de amenazas nazis y de concesiones y dudas austriacas, el 12 de marzo de 1938 tropas alemanas penetraron en Austria. No hubo resistencia, y gran parte de la población austríaca, delirante de júbilo, despojada de su Imperio y desarmada en el centro de Europa, pareció preferir un futuro de provincia alemana al papel de actor secundario en el escenario de la Europa central.

Las tibias protestas de las democracias contra la anexión de Austria casi no mencionaron ninguna preocupación moral, y no proponían ninguna medida concreta. Al definitivo declive de la seguridad colectiva, la Sociedad de Naciones guardó silencio mientras uno de los países miembros era devorado por un vecino poderoso. Entonces, las democracias se sintieron doblemente comprometidas con el apaciguamiento, en la esperanza de que Hitler detuviera su marcha en cuanto hiciese volver a todos los de origen alemán a su patria.

El destino escogió a Checoslovaquia como víctima propiciatoria. Como otros Estados sucesores de Austria-Hungría, era casi tan multinacional como lo había sido el Imperio. De una población de cerca de 15 millones de habitantes, casi un tercio no eran checos ni eslovacos, y los eslovacos sentían poco interés por ese Estado. Tres millones y medio de alemanes, casi un millón de húngaros y casi medio millón de polacos fueron incorporados al nuevo Estado. Para exacerbar más la situación, estas minorías habitaban en territorios contiguos a sus patrias étnicas, lo que daba aún mayor peso a la afirmación de que debían unirse a sus patrias, a la luz de la prevaleciente ortodoxia de Versalles en cuanto a la autodeterminación de los pueblos.

Al mismo tiempo, Checoslovaquia era, en lo político y en lo económico, el más avanzado de los Estados sucesores, auténticamente democrático y tenía un nivel de vida comparable al de Suiza. Mantenía un numeroso ejército, gran parte de cuyo excelente equipamiento era de diseño y fabricación propios, y tenía alianzas militares con Francia y con la Unión Soviética. Por consiguiente, según la diplomacia tradicional no era fácil abandonar a Checoslovaquia. Pero en cuestión de autodeterminación era igualmente difícil defenderla. Envalentonado por su triunfal

remilitarización de Renania, Hitler empezó en 1937 a amenazar a Checoslovaquia en nombre de los checos de origen alemán. Al principio, estas amenazas se hacían ostensiblemente para presionar a los checos a que concedieran derechos especiales a la minoría alemana de los Sudetes, como la propaganda alemana llamó a ese territorio. Pero en 1938, la retórica hitleriana llegó a su clímax cuando dio a entender que se proponía anexionarse por la fuerza los Sudetes. Francia se había comprometido a proteger a Checoslovaquia, así como la Unión Soviética, aunque la ayuda soviética a los checos estaba condicionada a la previa acción francesa. Además, es muy dudoso que Polonia o Rumania hubiesen permitido que tropas soviéticas atravesaran su territorio para acudir en defensa de Checoslovaquia.

Desde el principio, Gran Bretaña optó por el apaciguamiento. El 22 de marzo, poco después de la anexión de Austria, Halifax recordó a los gobernantes franceses que la garantía de Locarno sólo se aplicaba a la frontera francesa y que podía ser nula si Francia aplicaba los compromisos de su tratado en Europa central. Un memorándum del Ministerio británico de Asuntos Exteriores advertía: «Esos compromisos [la garantía de Locarno] son, a su parecer, no escasa contribución a la conservación de la paz en Europa y, aunque no tengan la intención de retirarse de ellos, no pueden ver un modo de aumentarlos.»⁴⁰² La única frontera de seguridad de Gran Bretaña se encontraba en los límites de Francia; si las preocupaciones de Francia por su seguridad se extendían más allá, específicamente si tratara de defender a Checoslovaquia, debería confiar únicamente en sus propias fuerzas.

Pocos meses después, el gabinete británico envió a Praga una misión investigadora, encabezada por lord Runciman, para explorar posibles medios de conciliación. La consecuencia práctica de esa misión fue anunciar la negativa de Gran Bretaña a defender Checoslovaquia. Los hechos eran ya bien conocidos; toda conciliación concebible habría requerido cierto desmembramiento de Checoslovaquia. Por consiguiente, Munich no fue una rendición, sino un estado mental y el desarrollo casi inevitable del esfuerzo de las democracias por sostener un acuerdo geopolíticamente erróneo, aduciendo simple retórica acerca de la seguridad colectiva y la autodeterminación.

Hasta los Estados Unidos, el país más identificado con la creación de Checoslovaquia, se disoció de la crisis desde un principio. En septiembre, el presidente Roosevelt sugirió celebrar una negociación en algún terreno neutral⁴⁰³. Sin embargo, si las embajadas norteamericanas lo estaban informando bien, Roosevelt no pudo hacerse ilusiones acerca de las actitudes con que Francia y aún más Gran Bretaña llegarían a esa conferencia. De hecho, Roosevelt reforzó estas actitudes al declarar que «el gobierno de los Estados Unidos [...] no asumirá obligaciones por las negociaciones actuales»⁴⁰⁴.

La situación pareció hecha a la medida del talento de Hitler en la guerra psicológica. Durante todo el verano se esforzó por agravar la histeria acerca de una guerra inminente, pero sin hacer ninguna amenaza específica. Finalmente, después de que Hitler lanzara un enconado ataque personal contra los gobernantes checos en el congreso anual del Partido Nazi en Nuremberg a comienzos de septiembre de 1938, los nervios de Chamberlain no lo soportaron más. Aunque no se habían hecho demandas formales ni se habían efectuado intercambios diplomáticos, Chamberlain decidió poner fin a la tensión el 15 de septiembre visitando a Hitler. Éste le mostró su desdén escogiendo como punto de reunión Berchtesgaden, el lugar menos accesible de Alemania y más alejado de Londres. En aquellos días, ir de Londres a Berchtesgaden requería un viaje en avión de cinco horas, en el que resultó ser el primer vuelo de Chamberlain, que ya tenía 69 años.

Después de varias horas de oír despotricar a Hitler sobre el supuesto maltrato infligido a los alemanes en los Sudetes, Chamberlain aceptó desmembrar Checoslovaquia. Todos los distritos

checoslovacos con poblaciones de más del 50 % de alemanes retornarían a Alemania. Los detalles se elaborarían en una segunda reunión pocos días después, en Bad Godesberg, Renania. Es sintomático del estilo de negociar de Hitler el que dijera que este nuevo lugar era una «concesión» puesto que, aunque se hallaba mucho más cerca de Londres que el sitio anterior, seguía siendo el interior de Alemania. Entretanto, Chamberlain «convenció» al gobierno checo de aceptar su propuesta... «tristemente» en palabras de los gobernantes checos⁴⁰⁵.

En Bad Godesberg, el 22 de septiembre, Hitler aumentó sus exigencias y aclaró que deseaba una humillación total de Checoslovaquia. No aceptaría el laborioso procedimiento de los plebiscitos de distrito por distrito y demarcaciones fronterizas, sino que exigió la evacuación inmediata de todo el territorio de los Sudetes. El proceso debía comenzar el 26 de septiembre, cuatro días después, para terminar en no más de cuarenta y ocho horas. Las instalaciones militares checas serían entregadas intactas a las fuerzas armadas alemanas, y para debilitar aún más a aquel Estado mutilado, Hitler exigió rectificaciones de las fronteras con Hungría y Polonia en favor de sus nuevas minorías. Cuando Chamberlain protestó diciendo que se le presentaba un ultimátum, Hitler señaló sarcásticamente la palabra «memorándum», mecanografiada al comienzo de su presentación. Tras varias horas de discusión enconada, Hitler hizo otra «concesión»: daría a Checoslovaquia un plazo hasta las 2.00 horas de la madrugada del 28 de septiembre para responder, y hasta el 1 de octubre para empezar la retirada del territorio de los Sudetes.

Chamberlain no pudo obligarse a infligir tan absoluta humillación a Checoslovaquia, y el primer ministro de Francia, Daladier, puso un límite con aún mayor decisión. Durante algunos días la guerra pareció inminente. Incluso en los parques británicos se cavaron trincheras. Éste fue el período en que Chamberlain comentó con tristeza que se le estaba pidiendo a Gran Bretaña ir a la guerra por un país remoto del que no sabía nada, aunque este comentario lo hacía el gobernante de un país que, sin parpadear, había luchado durante siglos en las cercanías de la India.

Pero, ¿cuál era el *casus belli*? Gran Bretaña ya había aceptado el principio del desmembramiento de Checoslovaquia, junto con la autodeterminación para los alemanes de los Sudetes. Pero Gran Bretaña y Francia estaban acercándose a la decisión de entrar en guerra, no para apoyar a un aliado, sino por las pocas semanas de diferencia en el ritmo al que sería desmantelado y unos cuantos ajustes territoriales que resultaban marginales en comparación con lo ya concedido. Tal vez haya sido oportuno que Mussolini sacara a todos del aprieto poco antes de vencer el plazo, proponiendo que una conferencia que ya estaba siendo planificada entre los ministros de Exteriores de Italia y Alemania se ampliara para incluir a los jefes de gobierno de Francia (Daladier), Gran Bretaña (Chamberlain), Alemania (Hitler) e Italia (Mussolini).

Los cuatro gobernantes se reunieron el 29 de septiembre en Munich, cuna del Partido Nazi (un simbolismo que se reservan los vencedores). Las negociaciones duraron poco tiempo: Chamberlain y Daladier hicieron un tibio intento por volver a su propuesta original; Mussolini sacó un documento que contenía la propuesta de Hitler en Bad Godesberg; Hitler definió las cosas como un sarcástico ultimátum. Como su fecha límite del 1 de octubre había hecho que le acusaran de proceder en una atmósfera de violencia, dijo que la tarea que tenían entre manos era «purificar de ese carácter la acción»⁴⁰⁶. En otras palabras, el único propósito de la conferencia era aceptar pacíficamente el programa que había presentado Hitler en Bad Godesberg antes de que él entrara en guerra para imponerlo.

La conducta de Chamberlain y de Daladier en los meses anteriores no les dejaba opción: tenían que aceptar el borrador de Mussolini. Los representantes checos esperaron, languideciendo en antosalas, mientras su patria era desmembrada. No se invitó a la Unión Soviética. Gran Bretaña y

Francia trataron de acallar sus remordimientos ofreciéndose a garantizar el territorio restante de la desarmada Checoslovaquia, un gesto ridículo por parte de unas naciones que se habían negado a cumplir con la garantía dada a una democracia hermana, intacta y bien armada. Huelga decir que esa garantía no se aplicó jamás.

Munich ha entrado en nuestro vocabulario como una aberración específica: el castigo por dejarse chantajear. Sin embargo, no fue un solo acto, sino la culminación de una actitud que comenzó en los años veinte y se fue acelerando con cada nueva concesión. Durante más de una década Alemania había estado librándose, una a una, de las restricciones de Versalles; la República de Weimar había librado a Alemania de las indemnizaciones, de la Comisión Interaliada de Control Militar y de la ocupación aliada de Renania. Hitler había denunciado las limitaciones impuestas al armamento alemán, la prohibición contra el reclutamiento forzoso y las cláusulas de desmilitarización de Locarno. Durante los años veinte Alemania nunca había aceptado las fronteras del Este, y los Aliados jamás insistieron en que las aceptara. Por último, como tan a menudo ocurre, las decisiones desarrollaron su propio ímpetu conjuntamente.

Al reconocer que el acuerdo de Versalles era inicuo, los vencedores socavaron su base psicológica para defenderlo. Los triunfadores de las guerras napoleónicas habían hecho una paz generosa, pero también organizaron la Cuádruple Alianza para que su determinación de defenderla fuera inequívoca. Los vencedores de la Primera Guerra Mundial hicieron una paz punitiva y, después de crear por sí solos el máximo incentivo para el revisionismo, ayudaron a desmantelar su propio acuerdo.

Durante dos décadas el equilibrio del poder había sido alternativamente rechazado y ridiculizado; los dirigentes de las democracias dijeron a sus pueblos que, en adelante, el orden mundial se basaría en una moral superior. Luego, cuando por fin surgió un desafío al nuevo orden mundial, las democracias, Gran Bretaña con convicción y Francia con dudas teñidas de desesperación, no tuvieron más remedio que beber la copa de la reconciliación para demostrar a sus pueblos que en realidad no era posible aplacar a Hitler.

Esto explica por qué el acuerdo de Munich fue saludado con tan frenéticas aclamaciones por la gran mayoría de sus contemporáneos. Franklin Roosevelt se contó entre los que felicitaron a Chamberlain: «Es usted un hombre bueno»⁴⁰⁷, dijo. Los dirigentes de la Commonwealth fueron más efusivos. El primer ministro de Canadá escribió:

Deseo transmitir las cálidas felicitaciones del pueblo canadiense, y con ellas una expresión de la gratitud que se siente de un extremo del dominio al otro. Mis colegas y el gobierno nos unimos en la ilimitada admiración por el servicio que habéis prestado a la humanidad⁴⁰⁸.

No queriendo quedarse atrás, el primer ministro de Australia declaró:

Mis colegas y yo deseamos expresar nuestros más cordiales parabienes por el resultado de las negociaciones de Munich. Los australianos, conjuntamente con todos los demás pueblos del Imperio británico, tienen una profunda deuda de gratitud para con vos por vuestros incesantes esfuerzos en pro de la paz⁴⁰⁹.

Por extraño que parezca, todos los testigos presenciales de la Conferencia de Munich convinieron en que, lejos de mostrarse triunfante, Hitler parecía hosco. Había deseado la guerra, que consideraba indispensable para realizar sus ambiciones. Es probable que también la necesitara por

razones psicológicas; casi todas sus expresiones públicas, que le parecían el aspecto más vital de su vida pública, se relacionaban de una manera u otra con sus experiencias de guerra. Aun cuando los generales de Hitler se oponían enérgicamente a la guerra, hasta el punto de haber planeado más de una vez derrocarlo en caso de que tomara la decisión final de atacar, Hitler se fue de Munich con la sensación de que lo habían estafado. Según su propio y torcido razonamiento, bien pudo tener razón; pues si hubiese logrado inventar una guerra a causa de Checoslovaquia es dudoso que las democracias hubieran podido sostener los sacrificios necesarios para ganarla. La cuestión era demasiado incompatible con el principio de autodeterminación, y la opinión pública aún no estaba bien preparada para los casi seguros reveses iniciales de esa guerra.

Paradójicamente, Munich resultó ser el fin psicológico de la línea estratégica de Hitler. Hasta entonces, siempre había logrado suscitar los remordimientos de las democracias por las desigualdades de Versalles; en lo sucesivo, su única arma sería la fuerza bruta, y había un límite al chantaje que aun los más temerosos estarían dispuestos a pagar, especialmente Gran Bretaña.

Efectivamente, con su conducta en Bad Godesberg y en Munich, Hitler agotó las últimas reservas de la buena voluntad británica. Pese a su fatua declaración de haber dado «paz a nuestro tiempo», al volver a Londres, Chamberlain estaba resuelto a no dejarse extorsionar nunca más, e inició un importante plan de rearme.

De hecho, la conducta de Chamberlain en la crisis de Munich fue más compleja de lo que ha creído la posteridad. Aunque fue enormemente popular después de Munich, su nombre siempre se ha unido a la rendición. El público democrático no perdona los desastres aun cuando éstos resulten de haber cumplido sus deseos inmediatos. La reputación de Chamberlain se hundió en cuanto se evidenció que no había logrado la «paz para nuestro tiempo». Hitler no tardó en encontrar otro pretexto para la guerra, y entonces Chamberlain ni siquiera pudo recoger el crédito de haber iniciado el proceso gracias al cual Gran Bretaña logró capear el temporal como pueblo unido y con una restaurada fuerza aérea.

Viéndolo retrospectivamente es fácil burlarse de las declaraciones a menudo ingenuas de los apaciguadores. Sin embargo, casi todo ellos eran hombres decentes que deseaban seriamente aplicar la nueva dispensa inventada por el idealismo wilsoniano bajo la nube de la desilusión general con la diplomacia europea tradicional, y la omnipresente sensación de agotamiento espiritual y físico. Nunca antes un primer ministro británico habría podido justificar un acuerdo como lo hizo Chamberlain al referirse a Munich: «como una supresión de todas las sospechas y las animosidades que durante tanto tiempo han envenenado el ambiente»⁴¹⁰, como si la política exterior perteneciera a una rama de la psicología. Sin embargo, todas estas ideas habían brotado de un esfuerzo idealista por superar los legados de la *Realpolitik* y de la historia europea, apelando a la razón y a la justicia.

Hitler no necesitó mucho tiempo para disipar las ilusiones de los apaciguadores, apresurando así su propio fin. En marzo de 1939, menos de seis meses después de Munich, Hitler ocupó lo que quedaba de Checoslovaquia. La porción checa se convirtió en protectorado alemán; Eslovaquia fue declarada estado técnicamente independiente, si bien era un satélite de Alemania. Aunque Gran Bretaña y Francia habían ofrecido garantizar a Checoslovaquia su territorio en Munich, este compromiso nunca se formalizó ni habría podido concretarse.

La destrucción de Checoslovaquia no tuvo ningún significado geopolítico, únicamente demostró que Hitler estaba fuera de todo cálculo racional y sólo quería la guerra. Checoslovaquia, privada de sus defensas y de sus aliados franceses y soviéticos, estaba condenada a caer en la órbita alemana, y Europa oriental sin duda tendría que adaptarse a las nuevas realidades políticas. La Unión Soviética acababa de purgar a todos sus dirigentes políticos y militares, y durante algún tiempo no sería un

elemento importante. Lo único que Hitler tenía que hacer era esperar, porque neutralizada Francia, con el tiempo Alemania surgiría como la potencia hegemónica en Europa oriental. Pero, desde luego, esperar era lo que menos sabía hacer Hitler.

La reacción de británicos y franceses, encabezada por Londres, de poner final al desaguisado tuvo igualmente poco sentido en función de la tradicional política del poder, puesto que la toma de Praga no alteró el equilibrio del poder ni el curso predecible de los acontecimientos. Pero en relación con los principios de Versalles, la ocupación de Checoslovaquia constituyó una ruptura porque demostró que Hitler buscaba la dominación de Europa, no la autodeterminación ni la igualdad.

El error de Hitler consistió no tanto en haber violado los principios históricos del equilibrio, sino en haber ofendido las premisas morales de la política exterior británica de la posguerra. Su transgresión consistió en incorporar poblaciones no alemanas al Reich, violando con ello el principio de autodeterminación, en nombre del cual se le habían tolerado todas sus exacciones unilaterales. La paciencia de Gran Bretaña no era inagotable, ni era resultado de un débil carácter nacional; y Hitler por fin había cumplido con la definición moral de «agresión» que imperaba entre el público británico, aunque no en su gobierno. Tras unos días de vacilación, Chamberlain ajustó su política a la opinión pública británica. Desde aquel momento, Gran Bretaña se opondría a Hitler no sólo para cumplir con las teorías históricas del equilibrio sino, simplemente, porque ya no podía confiar en él.

Resulta irónico que el enfoque wilsoniano de las relaciones internacionales, que facilitó los avances de Hitler mucho más de lo que a ningún anterior sistema europeo le hubiese parecido aceptable, después de cierto punto también hizo que Gran Bretaña pusiera un límite más rigurosamente de lo que habría sido trazado en el mundo de la *Realpolitik*. Si el wilsonismo había impedido la resistencia a Hitler, también sentó las bases de una implacable oposición a él una vez que sus normas morales fueron inequívocamente violadas.

En 1939, cuando Hitler reclamó Danzig para sí y buscó una modificación del Corredor Polaco, no pedía nada esencialmente diferente de lo que había reclamado el año anterior. Danzig era una ciudad totalmente alemana, y su condición de ciudad libre violaba el principio de autodeterminación de manera tan flagrante como lo hiciera la adjudicación del territorio de los Sudetes a Checoslovaquia. Aunque la población del Corredor Polaco estaba más mezclada, era muy posible hacer algún ajuste de las fronteras que respondiera mejor al principio de autodeterminación... al menos en teoría. Sin embargo, lo que había cambiado, además de la comprensión de las verdaderas intenciones de Hitler, era que, una vez rebasada la línea de lo moralmente tolerable, ese mismo perfeccionismo moral que había producido la flexibilidad de las democracias se transformó en una intransigencia sin precedente. Después de que Alemania ocupó Checoslovaquia, la opinión pública británica ya no toleraría más concesiones; a partir de entonces, el estallido de la Segunda Guerra Mundial sólo era cuestión de tiempo... a menos que Hitler se mantuviera en paz, lo que para él era psicológicamente imposible.

Sin embargo, antes de este trascendental acontecimiento, el sistema internacional recibió una nueva sacudida que esta vez llegó de la otra gran potencia revisionista que había estado olvidada durante casi la totalidad de los turbulentos años treinta: la Unión Soviética de Stalin.

La subasta de Stalin

Si la ideología determinara invariablemente la política exterior, Hitler y Stalin jamás se habrían dado la mano, como no lo habrían hecho tampoco, tres siglos antes, Richelieu y el sultán de Turquía. Pero el interés geopolítico común es un vínculo poderoso, que inexorablemente atraía a Hitler y Stalin, dos viejos enemigos.

Cuando esto sucedió, las democracias quedaron atónitas. Su incredulidad indicó que no habían comprendido la mentalidad de Stalin mejor que la de Hitler. La carrera de Stalin, como la de Hitler, se forjó en los márgenes de la sociedad, aunque necesitó mucho más tiempo para llegar al poder absoluto. El hecho de que Hitler dependiera de su brillantez como demagogo le hacía arriesgarlo todo en cada jugada. Stalin, en cambio, triunfó minando el terreno bajo los pies de sus rivales de la burocracia comunista, donde los otros aspirantes al poder no se habían fijado en él porque al principio no consideraron a aquella siniestra figura llegada de Georgia un serio rival. Hitler triunfó abrumando a sus asociados con una obsesión elemental; Stalin fue aumentando su poder mediante un implacable anonimato.

Hitler aplicó sus bohemios hábitos de trabajo y su caprichosa personalidad a la toma de decisiones, dando a su gobierno un carácter inestable y, ocasionalmente, de aficionado. Stalin incorporó el riguroso catecismo de su temprana formación religiosa a las brutales interpretaciones de la cosmovisión bolchevique y convirtió la ideología en instrumento de dominio político. Hitler medró gracias a la adoración de las masas. Stalin era demasiado paranoide para depender de un enfoque tan personal. Él aspiraba a la victoria final mucho más que a la aprobación inmediata, y prefirió lograrla aniquilando uno tras otro a sus potenciales enemigos.

Hitler tenía que satisfacer sus ambiciones durante su vida. En sus declaraciones, sólo se representaba a sí mismo. Stalin no era menos megalómano, pero se consideraba un servidor de la verdad histórica. Stalin, al contrario que Hitler, tenía una paciencia inaudita. A diferencia de los jefes de las democracias, en cualquier momento estaba dispuesto a emprender un minucioso estudio de las relaciones de poder. Precisamente porque estaba tan convencido de que su ideología encarnaba la verdad histórica, Stalin buscó implacablemente el interés nacional soviético, desembarazándose de todo lo que le parecían hipócritas bagajes morales o apegos sentimentales.

Stalin fue, sin duda, un monstruo; pero en la dirección de las relaciones internacionales él fue el realista supremo: paciente, astuto e implacable, el Richelieu de su época. Sin saberlo, las democracias occidentales estaban tentando al destino al dar por sentado un irreconciliable conflicto ideológico entre Stalin y Hitler, al irritar a Stalin con un pacto francés que renunciaba a toda cooperación militar, al excluir de la Conferencia de Munich a la Unión Soviética y al entrar en conversaciones militares con Stalin de manera un tanto ambivalente, sólo cuando ya era demasiado tarde para impedir que hiciera un pacto con Hitler. Los líderes de las democracias confundieron los discursos soporíferos y un tanto teológicos de Stalin con una rigidez de pensamiento y de política. Sin embargo, la rigidez de Stalin sólo se extendía a la ideología comunista. Sus convicciones le permitían ser extraordinariamente flexible en sus tácticas.

Más allá de estos aspectos psicológicos, el carácter de Stalin tenía una base filosófica que lo

hizo casi incomprendible para los dirigentes occidentales. Como viejo bolchevique, había conocido la prisión, el exilio y las privaciones durante décadas debido a sus convicciones, antes de llegar al poder. Los bolcheviques se enorgullecían de tener una visión superior de la dinámica de la historia, consideraban que su papel consistía en coadyuvar al proceso histórico objetivo. Creían que la diferencia entre ellos y los no comunistas era similar a la diferencia entre científicos y legos. Al analizar los fenómenos físicos, el científico no los está causando; su entendimiento de por qué ocurren lo capacita ocasionalmente para manipular el proceso, aunque nunca según algo que no sean las propias leyes inherentes a los fenómenos. Con el mismo espíritu, los bolcheviques se consideraban los científicos de la historia: ayudaban a hacer evidente su dinámica, acaso a acelerarla, pero nunca a modificar su dirección inmutable.

Los líderes comunistas se consideraban implacables, más allá de toda compasión; tan inmovibles en sus tareas históricas como imposibles de convencer mediante argumentos tradicionales, especialmente cuando éstos provenían de los no creyentes. Los comunistas creían tener una ventaja en la diplomacia porque creían comprender a sus interlocutores mejor de lo que éstos se entendían a sí mismos. Según la mentalidad comunista, sólo podían hacerse concesiones, si acaso, a la «realidad objetiva», nunca al poder de persuasión de los diplomáticos con los que estaban negociando. De este modo, la diplomacia pertenecía al proceso mediante el cual acabaría por ser derrocado el orden existente; el que fuese derrotado por una diplomacia de coexistencia pacífica o por un conflicto militar dependería de la evaluación de la relación de fuerzas.

A pesar de todo, un principio del universo estaliniano de cálculo inhumano y a sangre fría era inmutable: nada podía justificar el entablar batallas desesperadas por causas dudosas. En el aspecto filosófico, el conflicto ideológico con la Alemania nazi era parte de un conflicto general con los capitalistas que, en lo tocante a Stalin, incluían a Francia y Gran Bretaña. ¿Qué país terminaría recibiendo el choque directo de la hostilidad soviética? Esto dependería enteramente de aquel al que Moscú considerara, en un momento dado, la mayor amenaza.

En el aspecto moral, Stalin no distinguía entre los diversos Estados capitalistas. Su auténtica opinión acerca de los países que cantaban las virtudes de la paz universal se puso de manifiesto en su reacción a la firma del Pacto Kellogg-Briand, en 1928:

Hablan de pacifismo; hablan de la paz entre Estados europeos. Briand y [Austen] Chamberlain se abrazan [...] Todo esto es puro disparate. Por la historia europea sabemos que cada vez que se han firmado tratados en que se estipula una nueva correlación de fuerzas, a esos tratados se les ha llamado tratados de paz [...] [aunque] fueron firmados con el propósito de plantear nuevos elementos de la siguiente guerra⁴¹¹.

Desde luego, la pesadilla máxima de Stalin era una coalición de todos los países capitalistas que atacaran simultáneamente a la Unión Soviética. En 1927, Stalin describió la estrategia soviética de igual manera que lo había hecho Lenin un decenio antes: «[...] mucho [...] depende de si logramos diferir la guerra inevitable con el mundo capitalista [...] hasta el momento [...] en que los capitalistas empiecen a luchar entre sí [...]»⁴¹². Para favorecer esta perspectiva, la Unión Soviética había firmado el acuerdo de Rapallo con Alemania en 1922 y el Tratado de Neutralidad de Berlín en 1926, que renovó en 1931, prometiendo explícitamente mantenerse al margen de una guerra capitalista.

Para Stalin, el vociferante anticomunismo de Hitler no constituía un obstáculo insuperable para tener buenas relaciones con Alemania. Cuando Hitler subió al poder, Stalin no perdió tiempo con gestos conciliadores. «No nos entusiasma el régimen fascista de Alemania», declaró en el XVII

Congreso del Partido Comunista en enero de 1934. «Aquí no es cuestión de fascismo, aunque sólo fuese por la razón de que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la URSS establecer las mejores relaciones con ese país. [...]. Nuestra orientación en el pasado y en el momento presente es hacia la URSS y sólo la URSS. Y si los intereses de la URSS exigen un acercamiento a un país u otro que no esté interesado en perturbar la paz, seguiremos este camino sin vacilación.»⁴¹³

Stalin, el gran ideólogo, en realidad estaba poniendo su ideología al servicio de la *Realpolitik*. Richelieu o Bismarck habrían comprendido sin dificultad su estrategia. Los que parecían llevar anteojeras ideológicas eran los estadistas que representaban a las democracias, que, habiendo rechazado la política de poder, consideraban que el requisito previo para establecer unas buenas relaciones entre las naciones era la creencia general en las premisas de la seguridad colectiva, y que la hostilidad ideológica anularía toda posibilidad de colaboración práctica entre fascistas y comunistas.

Las democracias se equivocaron en ambos puntos. A su debido tiempo, Stalin sí se pasó al bando antihitleriano, pero sólo de mala gana, y después de ser rechazadas sus aperturas por la Alemania nazi. Convencido, por fin, de que la retórica antibolchevique de Hitler podía ir en serio, Stalin se propuso construir la coalición más vasta posible para contenerlo. Su nueva estrategia apareció en el VII (y último) Congreso de la Internacional Comunista en julio y agosto de 1935⁴¹⁴. Su convocatoria a formar un frente unido de los pueblos amantes de la paz, marcó el abandono de las tácticas comunistas de los años veinte, cuando, en su esfuerzo por paralizar las instituciones parlamentarias europeas, los partidos comunistas habían votado siempre con los grupos antidemocráticos, incluso con los fascistas.

El principal portavoz de la nueva política exterior soviética fue Maxim Litvínov, nombrado ministro de Exteriores para desempeñar precisamente ese papel. Cortés, judío y con un buen inglés, Litvínov era de origen burgués y estaba casado con la hija de un historiador británico. Sus credenciales más parecían las de un enemigo de clase que las de un hombre destinado a hacer carrera en la diplomacia soviética. Bajo la dirección de Litvínov, la Unión Soviética ingresó en la Sociedad de Naciones y llegó a ser uno de los partidarios más elocuentes de la seguridad colectiva. Stalin estaba perfectamente dispuesto a recurrir a la retórica wilsoniana para asegurarse contra la perspectiva de que Hitler realmente tratara de hacer lo que había escrito en *Mein Kampf*, con la Unión Soviética como su blanco principal. El politólogo Robert Legvold ha señalado que el propósito de Stalin era obtener el máximo provecho del mundo capitalista, no hacer las paces con él⁴¹⁵.

Una profunda desconfianza mutua invadió las relaciones entre las democracias y la Unión Soviética. Stalin firmó pactos con Francia en 1935 y con Checoslovaquia al año siguiente. Pero los dirigentes franceses de los años treinta adoptaron el camino opuesto y se negaron a celebrar conversaciones de sus estados mayores. Inevitablemente, Stalin tuvo que interpretar esto como una invitación a Hitler para que atacara en primer lugar a la Unión Soviética. Para asegurar a su país, Stalin hizo que la ayuda soviética a Checoslovaquia dependiera del previo cumplimiento de las obligaciones francesas para con Checoslovaquia. Desde luego, esto permitió a Stalin dejar que los imperialistas lucharan entre sí. El tratado franco-soviético distó mucho de ser una luna de miel.

La disposición de Francia a establecer vínculos políticos con la Unión Soviética mientras simultáneamente rechazaba una alianza militar con ella muestra la «tierra de nunca jamás» hacia la cual había derivado la política exterior de las democracias en el período de entreguerras. A las democracias les gustaba la retórica de la seguridad colectiva, pero no se atrevían a darle un contenido real. La Primera Guerra Mundial habría debido enseñar a Gran Bretaña y a Francia que,

aun aliadas, luchar contra Alemania sería empresa difícil. Después de todo, Alemania había estado a punto de triunfar en 1918 pese a que los Estados Unidos se habían sumado a los Aliados. Pensar siquiera en luchar contra Alemania sin la ayuda soviética o norteamericana era combinar la mentalidad de la Línea Maginot con una burda sobreestimación de sus fuerzas.

Sólo un pensamiento demasiado optimista de los jefes de las democracias pudo producir la difundida idea de que Stalin, el bolchevique original e inmovible creyente en los factores llamados objetivos y materiales, se podía convertir a la doctrina jurídica y moral de la seguridad colectiva. En realidad, Stalin y sus colegas tenían razones ajenas a la ideología para no mostrarse muy entusiastas por el orden internacional establecido. Al fin y al cabo, las fronteras soviéticas con Polonia le habían sido impuestas por la fuerza, y Rumania se había apoderado de Besarabia, que los soviéticos consideraban suya.

Tampoco las potenciales víctimas de Alemania en Europa del Este deseaban la ayuda soviética. La combinación de los acuerdos de Versalles y de la Revolución rusa había creado un problema insoluble para cualquier sistema de seguridad colectiva en Europa oriental: sin la Unión Soviética no podía funcionar militarmente; con ella, no podía funcionar políticamente.

La diplomacia occidental hizo muy poco por aliviar la paranoia de Stalin acerca de una cábala capitalista antisoviética. La Unión Soviética no fue consultada en las negociaciones que tuvieron lugar antes de la revocación del Pacto de Locarno, y fue excluida de la Conferencia de Munich. Sólo de mala gana y muy tarde se la llamó a tomar parte en las discusiones del sistema de seguridad en Europa oriental, y ya después de la ocupación de Checoslovaquia en 1939.

A pesar de todo, achacar en gran parte el pacto entre Hitler y Stalin a la política occidental constituye una errónea interpretación de la psicología de Stalin. La paranoia de Stalin quedó ampliamente demostrada cuando eliminó a todos sus potenciales rivales internos y asesinó o deportó a otros millones, que sólo en su imaginación eran sus adversarios. A pesar de ello, cuando se trató de política exterior, Stalin demostró que era el más frío calculador, y se enorgulleció mucho de no dejarse provocar a hacer jugadas precipitadas, especialmente por dirigentes capitalistas, cuyo entendimiento de la correlación de fuerzas consideraba muy inferior al suyo.

Sólo podemos suponer lo que Stalin habría podido intentar en la época de Munich. Sin embargo, su opción menos probable en el momento en que estaba convulsionando a su país con continuas purgas, habría sido una aplicación automática y suicida de un tratado de ayuda mutua. Puesto que el tratado con Checoslovaquia comprometía a la Unión Soviética sólo después de que Francia entrara en guerra, dejaba a Stalin un buen número de opciones. Por ejemplo, podía pedir derecho de paso a través de Rumania y de Polonia y aprovechar la negativa casi segura de esos países como coartada para esperar el resultado de las batallas que se entablaran en Europa central y occidental. O bien, según su evaluación de las consecuencias, podía recuperar territorios rusos perdidos ante Polonia y Rumania en las postrimerías de la Revolución soviética, como lo hizo un año después. El resultado menos probable era que la Unión Soviética levantara barricadas como última defensora de los acuerdos territoriales de Versalles en nombre de la seguridad colectiva.

No cabe duda de que Munich confirmó las sospechas de Stalin acerca de las democracias. Sin embargo, nada pudo desviarlo fundamentalmente de tratar de cumplir, casi a cualquier precio, el que consideraba su deber de bolchevique, es decir, enfrentar a los capitalistas entre sí y evitar que la Unión Soviética fuese víctima de sus guerras. Por consiguiente, el efecto de Munich consistió, básicamente, en alterar las tácticas de Stalin, pues entonces inauguró una subasta, a la espera del mejor postor, y en esa subasta las democracias no tenían ninguna esperanza de ganar si Hitler estaba dispuesto a hacer una oferta seria. Cuando el 4 de octubre de 1938 el embajador de Francia visitó el

Ministerio de Asuntos Exteriores soviético para explicar el Acuerdo de Munich, fue saludado por Vladimir Potemkin, subcomisario de Exteriores, con estas amenazadoras palabras: «Mi pobre amigo, ¿qué han hecho ustedes? Por nuestra parte, no veo otro resultado que una cuarta partición de Polonia.»⁴¹⁶

Esta broma nos da una idea del gélido enfoque de Stalin hacia política exterior. Después del acuerdo de Munich era seguro que Polonia sería el siguiente blanco de Alemania, y puesto que Stalin no deseaba enfrentarse al ejército alemán en la frontera soviética existente ni vérselas con Hitler, la única alternativa era una cuarta partición de Polonia (de hecho, un razonamiento similar había llevado a Catalina *la Grande* a promover la primera partición de Polonia, con Prusia y Austria, en 1772). El hecho de que Stalin esperara todo un año a que Hitler diera el primer paso muestra los nervios de acero con que dirigía la política exterior.

Con el objetivo ya firmemente establecido, Stalin procedió enseguida a retirar a la Unión Soviética de la primera línea. El 27 de enero de 1939 el *News Chronicle* de Londres publicó un artículo de su corresponsal diplomático (de quien se sabía que era amigo del embajador de Moscú, Ivan Maisky) que insinuaba un posible trato entre la Unión Soviética y Alemania. El autor repitió la conocida tesis de Stalin según la cual no existía una diferencia significativa entre las democracias occidentales y los dictadores fascistas, y se valió de ella para liberar a la Unión Soviética de todo compromiso automático con la seguridad colectiva:

En la actualidad, es evidente que el gobierno soviético no tiene la intención de prestar ninguna ayuda a Gran Bretaña y Francia si entran en conflicto con Alemania e Italia [...] Desde el punto de vista del gobierno soviético, no hay gran diferencia entre las posiciones de los gobiernos británico y francés por una parte, y del alemán e italiano por otra, que justificara graves sacrificios en defensa de la democracia occidental⁴¹⁷.

Puesto que la Unión Soviética no veía necesidad de escoger entre los diversos capitalistas sobre la base de su ideología, los desacuerdos entre Moscú y Berlín podían resolverse sobre una base práctica. Para que nadie se equivocara, Stalin dio el paso sin precedente de hacer que el artículo fuese reproducido íntegramente en *Pravda*, órgano oficial del Partido Comunista.

El 10 de marzo de 1939, cinco días antes de que Hitler ocupara Praga, Stalin presentó su propia declaración autorizada de la nueva estrategia de Moscú. La ocasión fue el XVIII Congreso del Partido, primera de tales reuniones celebrada desde que Stalin apoyó la seguridad colectiva y los «frentes unidos», cinco años antes. Los delegados sin duda debían sentir cierto alivio por seguir con vida, pues las purgas habían diezmando sus filas: sólo estaban presentes 35 de los 2.000 delegados de cinco años antes; 1.100 habían sido arrestados por actividades antirrevolucionarias; 98 de los 131 miembros del Comité Central habían sido liquidados, así como tres de los cinco mariscales del Ejército Rojo, y los 11 subcomisarios de Defensa, todos los comandantes de distritos militares y 75 de los 80 miembros del Supremo Consejo Militar⁴¹⁸. El XVIII Congreso del Partido no era precisamente un homenaje a la continuidad. Sus asistentes estaban mucho más preocupados por las exigencias de su propia supervivencia que por las intrincadas sutilezas de la política exterior.

Como en 1934, el tema básico del discurso de Stalin ante su aterrorizado público fue las intenciones pacíficas de la Unión Soviética en un medio internacional hostil. Sin embargo, sus conclusiones supusieron una ruptura radical del concepto de seguridad colectiva del anterior Congreso del Partido. De hecho, Stalin declaró la neutralidad soviética en el conflicto entre capitalistas:

La política exterior de la Unión Soviética es clara y explícita. Nos pronunciamos por la paz y el fortalecimiento de las relaciones comerciales con todos los países. Tal es nuestra posición; y la sostendremos mientras esos países mantengan relaciones similares con la Unión Soviética y no hagan ningún intento por inmiscuirse en los intereses de nuestro país⁴¹⁹.

Para asegurarse de que los obtusos dirigentes capitalistas interpretaran bien sus palabras, Stalin repitió casi textualmente el argumento central del artículo del *News Chronicle*: que, como las democracias y Alemania tenían estructuras sociales similares, las diferencias entre Alemania y la Unión Soviética no eran más insuperables que las establecidas entre cualquier otro país capitalista y la Unión Soviética. En resumen, Stalin expresó su determinación de conservar su libertad de acción y de vender la buena voluntad de Moscú, en cualquier próxima guerra, al mejor postor. En una frase ominosa, Stalin prometió «ser cauteloso y no permitir que nuestro país sea arrastrado a conflictos de belicistas acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego»⁴²⁰. De hecho, Stalin estaba invitando a la Alemania nazi a hacer una puja.

La nueva política de Stalin difirió de la anterior básicamente en su énfasis. Aun en pleno apoyo a la seguridad colectiva y los «frentes unidos», Stalin siempre había tratado los compromisos soviéticos de un modo que le dejara libre de hacer un trato por separado una vez comenzada la guerra. Pero entonces, en la primavera de 1939, cuando el fragmento restante de Checoslovaquia aún no había sido ocupado por Alemania, Stalin dio un paso más y empezó a maniobrar para tener oportunidad de hacer un trato por separado antes de la guerra. Nadie podría quejarse de que Stalin hubiese mantenido en secreto sus intenciones; la indignación de las democracias se debió a su incapacidad de comprender que Stalin, el apasionado revolucionario, era ante todo el más frío de los estrategas.

Tras la ocupación de Praga, Gran Bretaña abandonó su política de apaciguamiento para con Alemania. El gabinete británico exageró la inminencia de una amenaza nazi, tanto como antes la había subestimado. Se había convencido de que inmediatamente después de la destrucción de Checoslovaquia seguiría otro ataque, algunos pensaban que contra Bélgica, otros que contra Polonia. A finales de marzo de 1939, corrió el rumor de que el blanco era Rumania, que ni siquiera tenía una frontera común con Alemania. Sin embargo, habría sido muy poco característico de Hitler atacar tan pronto un segundo blanco no relacionado con el primero. Más bien, su táctica era permitir que el impacto de un golpe desmoralizara a su siguiente víctima antes de atacarla. Sea como fuere, ahora sabemos que Gran Bretaña tuvo mucho más tiempo del que creían sus líderes para planificar su estrategia. Además, si el gabinete británico hubiese analizado cuidadosamente las declaraciones de Stalin en el XVIII Congreso del Partido, habría podido ver que cuanto más se apresurara Gran Bretaña a organizar la resistencia contra Hitler, más distante se mostraría Stalin para hacer subir su cotización ante ambos lados.

En ese momento, el gabinete británico se encontraba ante una elección estratégica fundamental, aunque no hay pruebas de que tuviera conciencia de ello. Al resistir a Hitler tenía que decidir si su enfoque se basaría en construir un sistema de seguridad colectiva o una alianza tradicional. Si escogía el primero, invitaría al grupo de naciones más numeroso posible a participar en la resistencia antinazi; si optaba por el segundo, tendría que pactar compromisos y armonizar sus intereses con los de aliados potenciales, como la Unión Soviética.

El gabinete inglés optó por la seguridad colectiva. El 17 de marzo se enviaron notas a Grecia, Yugoslavia, Francia, Turquía, Polonia y la Unión Soviética preguntando cómo responderían a la

supuesta amenaza a Rumania; la premisa era que todos debían compartir los mismos intereses y representar una actitud común. De pronto, Gran Bretaña parecía estar ofreciendo lo mismo que había rechazado desde 1918, es decir, una garantía territorial para toda Europa oriental.

Las respuestas de las diversas naciones demostraron, una vez más, la debilidad esencial de la doctrina de la seguridad colectiva, la suposición de que todas las naciones (al menos todas las víctimas potenciales) tienen el mismo interés en rechazar una agresión. Cada nación de Europa del Este presentó sus propios problemas como caso especial, y subrayó sus preocupaciones nacionales, no colectivas. Grecia hizo que su reacción dependiera de Yugoslavia, y Yugoslavia se informó sobre las intenciones de Gran Bretaña, retornando las cosas a su punto de partida. Polonia indicó que no estaba dispuesta a escoger entre Gran Bretaña y Alemania, ni a comprometerse a defender Rumania. Polonia y Rumania no aceptarían una participación soviética en la defensa de sus países, y la respuesta de la Unión Soviética consistió en proponer una conferencia, que se celebraría en Bucarest, de todos los países a los que se había dirigido Gran Bretaña.

Ésta era una maniobra hábil. Si se celebraba la conferencia, establecería el principio de la participación soviética en la defensa de países que tenían tanto miedo a Moscú como a Berlín. Si su iniciativa era rechazada, el Kremlin tendría una excusa para mantenerse apartado, mientras practicaba su opción predilecta de buscar un acuerdo con Alemania. En realidad, Moscú estaba pidiendo a los países de la Europa del Este que identificaran a Alemania como la principal amenaza a su existencia, y que la desafiaran antes de que Moscú hubiese declarado sus intenciones. Como ningún país de Europa del Este quiso hacerlo, nunca se celebró la conferencia de Bucarest.

El escaso entusiasmo de las respuestas movió a Neville Chamberlain a buscar otras soluciones. El 20 de marzo sugirió que Gran Bretaña, Francia, Polonia y la Unión Soviética hiciesen una declaración de sus intenciones para consultarse mutuamente en caso de una amenaza a la independencia de un Estado europeo, «con vistas a emprender una acción común». La propuesta, una réplica de la *Triple Entente* anterior a la Primera Guerra Mundial, no decía nada de la estrategia militar que se aplicaría en caso de que fallara la disuasión, ni de las perspectivas de colaboración entre Polonia y la Unión Soviética, que simplemente se daba por sentada.

Por su parte, Polonia, cuya romántica sobreestimación de sus capacidades militares parecía compartir Gran Bretaña, rechazó toda acción conjunta con la Unión Soviética, obligando a Gran Bretaña a elegir entre Polonia y la Unión Soviética. Si garantizaba a Polonia se reduciría el incentivo de Stalin para participar en la defensa común. Como Polonia estaba situada entre Alemania y la Unión Soviética, Gran Bretaña se comprometería a entrar en guerra antes de que Stalin tuviera que tomar una decisión. Por otra parte, si Gran Bretaña se concentraba en un pacto soviético, era seguro que Stalin exigiría su parte por ayudar a los polacos trasladando la frontera soviética hacia el Oeste, hacia la Línea Curzon.

El gabinete británico, espoleado por la indignación pública y convencido de que una retirada debilitaría aún más la posición de Inglaterra, se negó a sacrificar más países, dictara lo que dictase la geopolítica. Al mismo tiempo, los líderes británicos suponían erróneamente que Polonia, de algún modo, era más fuerte militarmente que la Unión Soviética, y que el Ejército Rojo no tenía ningún valor ofensivo, evaluación bastante comprensible a la luz de las purgas masivas de jefes militares soviéticos que acababan de ocurrir. Ante todo, los dirigentes británicos desconfiaban profundamente de la Unión Soviética. «Debo confesar —escribió Chamberlain— mi más profunda desconfianza por Rusia. No creo, en absoluto, en su capacidad de mantener una ofensiva eficaz, aun si lo deseara. También desconfío de sus motivos, que me parecen casi ajenos a nuestras ideas de libertad, interesados tan sólo en tomar a todo el mundo por las orejas.»⁴²¹

Gran Bretaña, creyendo que el tiempo se le agotaba, tomó una decisión y anunció el mismo tipo de garantía continental de los tiempos de paz que había rechazado constantemente desde el Tratado de Versalles. Chamberlain, preocupado por los informes de un inminente ataque alemán a Polonia, no hizo siquiera una pausa para negociar una alianza bilateral con Polonia sino que redactó de su puño y letra una garantía unilateral a Polonia, el 30 de marzo de 1939, y al día siguiente la presentó al Parlamento. La garantía pretendía ser un recurso temporal para disuadir a los nazis de agredir a Polonia, pero la amenaza resultó basada en informes erróneos. La garantía sería seguida por un intento menos precipitado por crear un sistema general de seguridad colectiva, y, poco después, siguiendo el mismo razonamiento, se extendieron garantías unilaterales a Grecia y Rumania.

Impulsada por la indignación moral y la confusión estratégica, Gran Bretaña dio así garantías en favor de países cuyos primeros ministros de posguerra habían insistido en que no podría defender y no defendería. Las realidades de la Europa oriental después de Versalles se habían vuelto tan remotas para la experiencia británica que el gabinete ni siquiera se percató de que había tomado una decisión que multiplicaría las opciones de Stalin hacia Alemania y le facilitaría la retirada del propuesto frente común.

Los dirigentes de Gran Bretaña dieron por sentada hasta tal punto la participación de Stalin en su estrategia que creyeron poder precisar a la vez el momento y el alcance de tal participación. El ministro de Exteriores, lord Halifax, pidió que se mantuviera en reserva a la Unión Soviética y que fuera «invitada a echar una mano en ciertas circunstancias, en la forma más conveniente»⁴²². Halifax estaba pensando específicamente en el suministro de municiones; no en llevar tropas soviéticas fuera de sus fronteras. No explicó qué incentivo podría tener la Unión Soviética para desempeñar un papel tan secundario.

De hecho, la garantía británica a Polonia y a Rumania suprimió todo incentivo que los soviéticos pudiesen tener para aliarse con las democracias occidentales. Por una parte, garantizaba todas las fronteras de los vecinos europeos de la Unión Soviética, salvo de los Estados del Báltico y, al menos en el papel, frustraba tanto las ambiciones soviéticas como las de Alemania. (El que Gran Bretaña hubiese podido olvidar esta realidad reveló hasta qué punto el «frente unido de países amantes de la paz» se había arraigado en la mentalidad occidental.) Pero, lo que es más importante, las garantías unilaterales británicas fueron como un presente para Stalin, porque le dieron lo máximo que hubiese podido pedir en cualquier negociación que comenzara, como comienzan casi todas las negociaciones, con la pizarra en blanco. Si Hitler avanzaba hacia el Este, Stalin estaba seguro del compromiso británico de entrar en guerra mucho antes de que nadie llegara a la frontera soviética. De ese modo, Stalin recogió los beneficios de una alianza *de facto* con Gran Bretaña, sin ninguna necesidad de corresponder.

La garantía de Gran Bretaña a Polonia se basaba en cuatro suposiciones, todas ellas erróneas: que Polonia era una potencia militar importante, tal vez más que la Unión Soviética; que, unidas, Francia y Gran Bretaña se bastaban para vencer a Alemania sin necesidad de otros aliados; que la Unión Soviética tenía interés en mantener el *statu quo* en la Europa del Este; y que el abismo ideológico que separaba a Alemania de la Unión Soviética era tan imposible de salvar que, tarde o temprano, la Unión Soviética se adheriría a la coalición contra Hitler.

Polonia era una nación heroica, pero no una potencia militar importante. Su tarea resultó aún más difícil porque el alto mando francés la engañó respecto a sus verdaderas intenciones, dando a entender que tenía en perspectiva algún tipo de ofensiva francesa. La estrategia que Francia había adoptado era en realidad defensiva y no ofensiva, y obligaría a Polonia a soportar toda la furia del ataque alemán; los dirigentes occidentales habrían debido saber que esta tarea estaba muy por encima

de la capacidad de Polonia. Al mismo tiempo, no se pudo persuadir a Polonia de que aceptara la ayuda soviética, porque sus dirigentes estaban convencidos, y con toda razón, según se demostró, de que cualquier ejército soviético «de liberación» se convertiría en un ejército de ocupación. Además, el cálculo de las democracias fue que por sí solas podrían ganar una guerra contra Alemania, aunque Polonia resultara vencida.

El interés de los soviéticos por mantener el *statu quo* en la Europa oriental terminó con el XVIII Congreso del Partido... si es que en realidad había existido. Lo decisivo fue que Stalin contó con la opción de buscar a Hitler, y, después de la garantía británica a Polonia, pudo jugar su carta nazi con considerable seguridad. La tarea se le facilitó porque las democracias occidentales no quisieron comprender su estrategia... la cual habría sido muy clara para Richelieu, Metternich, Palmerston o Bismarck. Sencillamente, ésta consistía en asegurarse de que la Unión Soviética fuera siempre la última gran potencia en comprometerse, quedando así con libertad de acción para una subasta en que la colaboración o la neutralidad soviética se ofrecería al mejor postor.

Antes de la garantía británica a Polonia, Stalin había tenido que estar alerta para que las aperturas soviéticas a Alemania no hicieran que las democracias se lavaran las manos en Europa oriental, dejándolo solo frente a Hitler. Después de la garantía, pudo estar seguro no solamente de que Gran Bretaña lucharía por la frontera occidental soviética, sino de que la guerra estallaría mil kilómetros al oeste de allí, en la frontera germano-polaca.

A Stalin ya sólo le quedaban dos preocupaciones. Primera, tenía que cerciorarse de que la garantía británica a Polonia fuese sólida; segunda, debía descubrir si en realidad existía la opción alemana. Paradójicamente, cuanto más demostraba Gran Bretaña su buena fe respecto a Polonia (lo que tenía que hacer para disuadir a Hitler), más espacio obtenía Stalin para maniobrar respecto a Alemania. Gran Bretaña deseaba mantener el *statu quo* en Europa oriental. Stalin aspiraba al mayor número de opciones posibles para derribar el acuerdo de Versalles. Chamberlain deseaba impedir la guerra. Stalin, que la consideraba inevitable, deseaba los beneficios de la guerra sin participar en ella.

El líder soviético coqueteó decorosamente con ambos bandos, pero a la postre no hubo pugna puesto que sólo Hitler estaba en posición de ofrecerle las ganancias territoriales en Europa oriental que Stalin codiciaba, y por ellas estuvo perfectamente dispuesto a pagar el precio de una guerra europea en que no participara la Unión Soviética. El 14 de abril, Gran Bretaña propuso que la Unión Soviética hiciera una declaración unilateral, de que «en caso de un acto de agresión contra cualquier vecino europeo de la Unión Soviética, al que resistiera el país en cuestión, éste dispondría de la ayuda del gobierno soviético»⁴²³. Stalin se negó a meter la cabeza en el lazo y rechazó la unilateral e ingenua proposición. El 17 de abril contestó con una contraoferta en tres partes: una alianza entre la Unión Soviética, Francia y Gran Bretaña, una convención militar que la pusiera en vigor y una garantía para los tres países situados entre los mares Báltico y Negro.

Stalin debió de saber que nunca se aceptaría semejante proposición. Ante todo, los países de Europa oriental no la deseaban; en segundo lugar, negociar una detallada convención militar requeriría más tiempo del que se disponía; por último, Gran Bretaña no había estado aplazando una alianza con Francia durante los últimos quince años para formarla entonces con un país que sólo le había parecido bueno para suministrarle municiones. «No se puede suponer —dijo Chamberlain— que sea necesaria semejante alianza para que los países pequeños de Europa oriental cuenten con municiones.»⁴²⁴

Superando sus temores, los líderes británicos fueron resignándose, semana tras semana, a aceptar las condiciones de Stalin, mientras él no dejaba de subir el precio. En mayo, Vyacheslav

Molotov, confidente de Stalin, había reemplazado a Litvínov como ministro de Exteriores, dando a entender con ello que Stalin se encargaría personalmente de las negociaciones, y que las buenas relaciones personales entre los negociadores ya no constituían una prioridad soviética. A su manera brusca y pedante, Molotov exigió que todos los países a lo largo de la frontera occidental de la Unión Soviética recibieran garantías de ambos bandos y que fueran específicamente enumerados (asegurándose así un rechazo formal al menos de algunos de ellos). También insistió en que se ampliara el término «agresión» para cubrir la «agresión indirecta», definida como cualquier concesión a las amenazas alemanas, aunque de hecho no se hubiera aplicado la fuerza. Como la Unión Soviética se reservaba la definición de lo que significaba «ceder», en realidad Stalin estaba exigiendo un ilimitado derecho de intervención en los asuntos internos de todos los vecinos europeos de la Unión Soviética.

Al llegar julio, Stalin sabía todo cuanto necesitaba. Estaba enterado de que los líderes británicos consentirían, aunque de mala gana, en una alianza, casi en las condiciones fijadas por él. El 23 de julio los negociadores soviéticos y occidentales convinieron en redactar un tratado que al parecer era satisfactorio para ambos bandos. Stalin contaba ya con una red de seguridad para determinar exactamente lo que Hitler tuviera que ofrecerle.

Durante la primavera y el verano, Stalin dio a entender, cautamente, que estaba dispuesto a escuchar una propuesta alemana. Sin embargo, Hitler no quería dar el primer paso, para que Stalin no lo aprovechara arrancando mejores condiciones a Gran Bretaña y Francia. Stalin tenía el mismo temor, pero a la inversa. Tampoco él quería dar el primer paso porque, si esto se hacía público, Gran Bretaña podría abandonar sus compromisos en el Este y obligarlo a él a enfrentarse solo a Hitler. Tampoco mostraba ninguna prisa, puesto que, al contrario que Hitler, no tenía un plazo perentorio, y sus nervios estaban bien templados. Así, Stalin esperó, aumentando con ello las angustias de Hitler.

El 26 de julio, Hitler se inquietó. Si iba a atacar Polonia antes de las lluvias de otoño necesitaba saber a más tardar el 1 de septiembre lo que se proponía hacer Stalin. Karl Schnurre, jefe del grupo alemán que estaba negociando un nuevo acuerdo comercial con la Unión Soviética, recibió instrucciones de empezar las tentativas políticas. Aprovechando la hostilidad común al Occidente capitalista, aseguró al negociador soviético que «no había ninguna dificultad entre estos dos países, desde el mar Báltico hasta el mar Negro, o en el Lejano Oriente, que no se pueda resolver»⁴²⁵. Schnurre ofreció llevar estas discusiones a una reunión política de alto nivel con los soviéticos.

Mostrar prisa es algo que rara vez apresura las negociaciones. Ningún estadista experimentado firma un acuerdo sólo porque su interlocutor se siente apremiado; es mucho más probable que aproveche tal impaciencia para tratar de obtener mejores condiciones. En cualquier caso, Stalin no se dejó acosar. Por tanto, hasta mediados de agosto no dio instrucciones a Molotov de recibir al embajador alemán, von der Schulenburg, con una lista de preguntas, para determinar con exactitud lo que Schnurre tenía que ofrecer. ¿Presión a los japoneses para que no amenazaran a Siberia? ¿Un tratado de no agresión? ¿Un pacto sobre los Estados del Báltico? ¿Un acuerdo sobre Polonia?

Para entonces, Hitler tenía tal prisa que, aunque a regañadientes, estuvo dispuesto a ceder en cada punto. El 11 de agosto dijo al alto comisionado de Danzig:

Todo lo que emprendo va dirigido contra Rusia. Si Occidente es demasiado estúpido o demasiado ciego para no comprenderlo, me veré obligado a llegar a un entendimiento con los rusos, a aplastar a Occidente y luego, tras su derrota, a volverme contra la Unión Soviética con todas mis fuerzas unidas⁴²⁶.

Ésa fue, sin duda, una declaración precisa de las prioridades de Hitler: de Gran Bretaña deseaba que no interviniera en los asuntos continentales, y de la Unión Soviética deseaba Lebensraum, o espacio vital. Una medida de lo logrado por Stalin es que estuviera a punto de invertir las prioridades de Hitler, aunque sólo temporalmente.

En respuesta a las preguntas de Molotov, von der Schulenburg le informó que Hitler estaba dispuesto a enviar de inmediato a Moscú a su ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop, con plenos poderes para resolver todas las cuestiones importantes. A Stalin no le pasó por alto que Hitler estaba dispuesto a negociar a un nivel que Gran Bretaña constantemente había evitado, pues ningún ministro británico consideró apropiado visitar Moscú durante todos los meses de negociaciones, aunque algunos hubiesen llegado hasta Varsovia.

Stalin, que no deseaba mostrar su juego hasta saber precisamente lo que se le ofrecía, aumentó un poco más la presión sobre Hitler. Molotov recibió instrucciones de expresar su agradecimiento por el entusiasmo de Ribbentrop, pero se necesitaba un acuerdo de principios antes de poder determinar la utilidad de una visita. Se invitó así a Hitler a hacer una propuesta concreta, que incluyera un protocolo secreto sobre cuestiones territoriales específicas. Hasta el obtuso Ribbentrop debió de captar el propósito de la petición de Molotov. Si algo se filtraba de la propuesta, sólo sería un borrador alemán; Stalin conservaría limpias las manos, y si fracasaba la negociación se diría que los soviéticos se habían negado a hacerse cómplices del expansionismo alemán.

Para entonces, el nerviosismo de Hitler había llegado al paroxismo. Sólo le quedaban algunos días para decidirse a atacar Polonia. El 20 de agosto escribió directamente a Stalin. La propia carta fue casi un desafío para los funcionarios del protocolo alemán. Como el único título de Stalin era «Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética» y no ocupaba ningún puesto de gobierno, no sabían cómo dirigirse a él. Por último, la carta fue enviada simplemente a «M. Stalin, Moscú». Decía: «Estoy convencido de que la sustancia del protocolo suplementario que desea la Unión Soviética podrá aclararse en el más breve tiempo posible si un responsable estadista alemán puede ir en persona Moscú a negociar.»⁴²⁷

Stalin había ganado el juego de mantener abiertas las opciones soviéticas hasta el último segundo, pues estaba claro que Hitler le ofrecería gratuitamente lo que, en cualquier alianza con Gran Bretaña y Francia, sólo habría ganado después de una sangrienta guerra con Alemania. El 21 de agosto respondió Stalin, expresando su esperanza «de que el Pacto de No Agresión Germano-Soviético constituirá un giro decisivo para bien de las relaciones políticas entre nuestros dos países...»⁴²⁸. Se invitó a Ribbentrop a ir a Moscú cuarenta y ocho horas después, el 23 de agosto.

Ribbentrop no llevaba ni una hora en Moscú cuando lo condujeron a la presencia de Stalin. El jefe soviético mostró poco interés en un pacto de no agresión, y menos aún en las declaraciones de amistad que Ribbentrop había incluido en sus observaciones. El punto central de su atención fue el protocolo secreto que dividiría Europa oriental. Ribbentrop propuso que Polonia se dividiera en esferas de influencia a lo largo de la frontera de 1914; la diferencia principal era que Varsovia quedaría del lado alemán. Se dejaba pendiente la cuestión de si se mantendría cierta apariencia de independencia polaca, o si Alemania y la Unión Soviética se anexionarían todas sus conquistas. Respecto a los Estados del Báltico, Ribbentrop propuso que Finlandia y Estonia quedaran dentro de la esfera rusa (dando así a Stalin su codiciada zona de protección alrededor de Leningrado), que Lituania fuese para Alemania y que se hiciera una partición de Letonia. Cuando Stalin exigió toda Letonia, Ribbentrop telegrafió a Hitler, quien cedió... como cedería a la exigencia de Stalin de arrancar Besarabia a Rumania. Ribbentrop, lleno de júbilo, regresó a Berlín, donde un eufórico Hitler lo saludó como a un «segundo Bismarck»⁴²⁹. Sólo habían transcurrido tres días entre el mensaje

inicial de Hitler a Stalin y la consumación de una revolución diplomática.

Después vendría el habitual análisis de quién era el responsable de este escandaloso giro de los acontecimientos. Algunos culparon al renuente estilo de negociar de Gran Bretaña. El historiador A. J. P. Taylor ha señalado que, en los intercambios entre Gran Bretaña y la Unión Soviética, los soviéticos, de manera poco usual, respondían a las propuestas británicas con mucho mayor rapidez que los ingleses a los mensajes soviéticos. A partir de este hecho, Taylor llegó a la conclusión, incorrecta a mi parecer, de que el Kremlin estaba mucho más impaciente que Londres por sellar una alianza⁴³⁰. Creo que se trató, más bien, de que Stalin deseaba mantener en juego a Gran Bretaña, y no espantarla prematuramente... al menos hasta que pudiese precisar las intenciones de Hitler.

Es evidente que el gabinete británico cometió una serie de graves errores psicológicos. No sólo ningún ministro visitó Moscú, sino que Londres aplazó su acuerdo de planificación militar conjunta hasta comienzos de agosto. Aun entonces, el jefe de la delegación británica fue un almirante, aunque la guerra en tierra fuese el tema principal, si no el único que preocupaba a los soviéticos. Además, la delegación fue a la Unión Soviética en barco, tardando cinco días en llegar a su destino, lo que no mostraba precisamente mucha urgencia. En último término, por muy dignas que fuesen sus consideraciones morales, la renuencia de Gran Bretaña a garantizar los estados del Báltico tenía que ser interpretada por el paranoico dirigente de Moscú como una invitación a que Hitler atacara a la Unión Soviética, pasando por alto a Polonia.

Sin embargo, no fue la torpe conducta diplomática de Gran Bretaña la que condujo al Pacto Nazi-Soviético. El verdadero problema fue que Gran Bretaña no podía satisfacer las condiciones de Stalin sin abandonar todos los principios que había defendido desde el fin de la Primera Guerra Mundial. No tenía objeto trazar una línea defensiva contra la violación de pequeños países por Alemania si eso implicaba tener que otorgar el mismo privilegio a la Unión Soviética. Unos dirigentes británicos más cínicos habrían trazado la línea en la frontera soviética, y no en la de Polonia, mejorando así muchísimo la posición negociadora de Gran Bretaña ante la Unión Soviética y dando a Stalin un verdadero incentivo para negociar la protección de Polonia. Por cuestiones de crédito moral, las democracias no pudieron decidirse a consagrar otra serie de agresiones, ni siquiera en favor de su propia seguridad. La *Realpolitik* habría dictado un análisis de las implicaciones estratégicas de la garantía de Gran Bretaña a Polonia, mientras que el orden internacional de Versalles exigía que el devenir de Gran Bretaña se basara en consideraciones esencialmente morales y jurídicas. Stalin tenía una estrategia, pero no principios; las democracias defendieron los principios sin crear siquiera una estrategia.

No era posible defender Polonia estando paralizado el ejército francés tras la Línea Maginot y el ejército soviético aguardando dentro de sus propias fronteras. En 1914, las naciones de Europa habían entrado en guerra porque la planificación militar y la política habían perdido todo contacto mutuo. Mientras el estado mayor de cada nación había perfeccionado sus planes, los dirigentes políticos no los habían comprendido ni tenían unos objetivos políticos proporcionales a la magnitud del esfuerzo militar realizado.

En 1939, la planificación militar y la política volvieron a perder contacto, esta vez por las razones exactamente opuestas. Las potencias occidentales tenían un objetivo político eminentemente sensato y moral: contener a Hitler. Pero nunca lograron crear una estrategia militar para alcanzar esa meta. En 1914, los estrategas fueron demasiado implacables; en 1939, demasiado discretos. En 1914, los militares de cada país ya no podían contener sus ansias de guerrear; en 1939, tenían tantas dudas (hasta en Alemania) que renunciaron a su juicio en favor de los jefes políticos. En 1914, había habido estrategia, pero no política; en 1939, hubo política, pero no estrategia.

Rusia desempeñó un papel decisivo en el estallido de ambas guerras. En 1914, había contribuido a la guerra al apegarse rígidamente a su alianza con Serbia y a su inflexible calendario de movilización; en 1939, cuando Stalin disipó los temores de Hitler de una guerra en dos frentes, debió de saber que estaba haciendo inevitable una guerra general. En 1914, Rusia había entrado en guerra para defender su honor; en 1939 fomentó la guerra para participar en los botines de guerra de las conquistas de Hitler.

Alemania, por su parte, se comportó exactamente del mismo modo antes del estallido de ambas guerras mundiales: con impaciencia y falta de perspectiva. En 1914, había entrado en guerra para quebrantar una alianza que casi seguramente no se habría formado de no ser por las bravatas de Alemania; en 1939, fue incapaz de aguardar su inevitable evolución hasta llegar a ser la nación más decisiva de Europa. Ello habría requerido una estrategia opuesta a la de Hitler: un período de reposo para dejar que se asimilaran las realidades geopolíticas posteriores a Munich. En 1914, el desequilibrio emocional del emperador alemán y su falta de un concepto claro del interés nacional le habían impedido ser paciente; en 1939, un ingenioso psicótico resuelto a iniciar la guerra mientras aún se hallaba en posesión de todas sus facultades físicas dejó de lado todo cálculo racional. Una buena medida de cuán innecesario era para Alemana ir a la guerra en ambos casos se muestra por el hecho de que, pese a sufrir dos grandes derrotas y después de ser privada de casi un tercio de su territorio anterior a la Primera Guerra Mundial, Alemania sigue siendo la nación más poderosa de Europa y, probablemente, la que ejerce mayor influencia.

En cuanto a la Unión Soviética, en 1939, estaba mal equipada para la lucha que ya iba a comenzar. Sin embargo, al término de la Segunda Guerra Mundial fue considerada una superpotencia. Como lo hiciera Richelieu en el siglo XVII, Stalin en el siglo XX aprovechó la fragmentación de Europa central. El ascenso de los Estados Unidos a la categoría de superpotencia se debió al poderío industrial de la nación. El ascenso soviético tuvo su origen en la implacable manipulación de la subasta de Stalin.

El Pacto Nazi-Soviético

Hasta 1941, Hitler y Stalin habían buscado objetivos no tradicionales utilizando medios tradicionales. Stalin aguardaba el día en que un mundo comunista pudiera ser dirigido desde el Kremlin. Hitler había esbozado en su libro *Mein Kampf* su demencial visión de un imperio racialmente puro, gobernado por la predominante raza germana. Sería difícil imaginar dos visiones más revolucionarias. Sin embargo, los medios que Hitler y Stalin emplearon hasta culminar en su pacto de 1939 habrían podido tomarse de un tratado del arte de gobernar escrito en el siglo XVIII. En un nivel, el Pacto Nazi-Soviético fue una repetición de los repartos de Polonia efectuados por Federico el Grande, Catalina la Grande y la emperatriz María Teresa en 1772. Sin embargo, en contraste con estos tres monarcas, Hitler y Stalin eran adversarios ideológicos. Durante un tiempo, su común interés nacional en buscar la caída de Polonia superó sus diferencias ideológicas. Cuando por fin se deshizo su pacto, en 1941, se desencadenó la mayor guerra en tierra de la historia de la humanidad: de hecho, por la voluntad de un solo hombre. No deja de ser una gran ironía que el siglo XX, la época de la voluntad popular y de las fuerzas impersonales, fuese forjado por tan pocos individuos, y que su más grande calamidad habría podido evitarse con la eliminación de un solo hombre.

Mientras el ejército alemán destrozaba Polonia en menos de un mes, las fuerzas francesas, que sólo tenían enfrente escasas divisiones alemanas, miraban pasivamente detrás de la Línea Maginot. A esto siguió un período apropiadamente llamado la «guerra de mentirijillas», durante el cual se completó la desmoralización de Francia. Durante cientos de años, Francia había entablado guerras por objetivos políticos específicos como mantener dividida Europa central o, como en la Primera Guerra Mundial, por recuperar Alsacia-Lorena. Ahora se suponía que estaba luchando en nombre de un país que ya había sido conquistado y por cuya defensa no había movido un dedo. De hecho, la desalentada población francesa se encontró ante otro *fait accompli* y una guerra en que no había una estrategia subyacente.

Así pues, ¿cómo se proponían Gran Bretaña y Francia ganar la guerra contra un país que casi las había vencido cuando Rusia y los Estados Unidos estaban de su parte? Actuaban como si fuera posible aguardar tras la Línea Maginot a que el bloqueo británico sobre Alemania obligara a Hitler a someterse. Pero ¿por qué había de esperar Alemania aquella lenta estrangulación? ¿Y por qué tenía que atacar la Línea Maginot si estaba abierto el camino que pasaba por Bélgica, que esta vez sería invadida por todo el ejército alemán, al no haber ya un frente oriental? Si la defensa era en realidad tan predominante en la guerra como lo creía el estado mayor francés, pese a la lección, en sentido contrario, de la campaña polaca, ¿qué otro destino podía aguardar Francia sino la segunda guerra de desgaste en una sola generación, antes de haberse recuperado de la primera?

Mientras Francia esperaba, Stalin aprovechó su oportunidad estratégica. Pero antes de que pudiera aplicarse el protocolo secreto relativo a la división de Europa del Este, Stalin exigió revisarlo. Stalin propuso, cual príncipe del siglo XVIII que dispusiera de un territorio, y sin un solo gesto de reconocimiento a la autodeterminación, un nuevo pacto a Alemania, menos de un mes después de haber firmado el Pacto Nazi-Soviético. La propuesta consistía en intercambiar el

territorio polaco situado entre Varsovia y la Línea Curzon (que según el protocolo secreto sería para la Unión Soviética) por Lituania, que sería para Alemania. Desde luego, el propósito de Stalin era dar una protección adicional a Leningrado. Tampoco pareció sentir la necesidad de dar un pretexto que justificara sus maniobras geoestratégicas, como no fuesen las exigencias de la seguridad soviética. Hitler aceptó la propuesta.

Stalin no perdió tiempo antes de recoger su parte del protocolo secreto. Mientras seguía la guerra en Polonia, la Unión Soviética propuso una alianza militar a los tres minúsculos Estados del Báltico, junto con el derecho de establecer bases militares en sus territorios. Las pequeñas repúblicas a las que Occidente había negado toda ayuda no tuvieron más remedio que dar este primer paso hacia la pérdida de su independencia. El 17 de septiembre de 1939, menos de tres semanas después de iniciada la guerra, el Ejército Rojo ocupó la parte de Polonia que había sido destinada a la esfera de influencia soviética.

En noviembre le tocó el turno a Finlandia. Stalin exigió el derecho de establecer bases militares soviéticas en tierra finlandesa y la entrega del istmo de Karelia, cerca de Leningrado. Pero Finlandia resultó ser de otra pasta. Rechazó la demanda soviética, y cuando Stalin le hizo la guerra, combatió. Aunque las fuerzas finlandesas infligieron severas pérdidas al Ejército Rojo, que aún estaba reponiéndose de las purgas de Stalin, a la postre se impuso la superioridad numérica. Al cabo de pocos meses de heroica resistencia, Finlandia sucumbió ante la aplastante superioridad de la Unión Soviética.

Si se considera la estrategia general de la Segunda Guerra Mundial, la guerra ruso-finlandesa fue una parte secundaria. Sin embargo, sirvió para demostrar hasta qué punto habían perdido Francia y Gran Bretaña todo sentido de la realidad estratégica. Deslumbradas por la temporal contención lograda por los finlandeses que combatían contra un ejército infinitamente mayor, Londres y París se dejaron llevar por la especulación suicida de que la Unión Soviética podía representar la parte blanda del Eje (al que, desde luego, no pertenecía). Se hicieron preparativos para enviar 30.000 hombres a Finlandia, a través de Suecia y del norte de Noruega. De paso, cortarían a Alemania el suministro de mineral del norte de Noruega y de Suecia, que estaba siendo embarcado a Alemania desde el puerto noruego de Narvik. El hecho de que ninguno de estos países estuviera dispuesto a concederles derechos de tránsito no redujo el entusiasmo de los planificadores franceses e ingleses.

La amenaza de una intervención aliada habría podido ayudar a Finlandia a obtener mejores condiciones de lo que indicaban las exigencias soviéticas originales; pero, a la postre, nada pudo impedir que Stalin empujara la línea defensiva soviética, apartándola de las cercanías de Leningrado. Para los historiadores siguen siendo un enigma las ideas que se apoderaron de Gran Bretaña y de Francia, que estuvieron a punto de luchar simultáneamente contra la Unión Soviética y la Alemania nazi, tres meses antes de que la caída de Francia demostrara que todo el plan no era sino un sueño fantástico.

En mayo de 1940, terminó la «guerra de mentirijillas». El ejército alemán repitió su maniobra de 1914, pasando a través de Bélgica; la principal diferencia fue que esta vez el mayor empuje se hizo en el centro, y no en el ala derecha. Francia pagó el precio de una década y media de dudas y evasiones, y se desplomó. Aunque para entonces era bien conocida la eficiencia de la maquinaria militar alemana, los observadores se asombraron ante la rapidez de la derrota de Francia. En la Primera Guerra Mundial los ejércitos alemanes habían pasado cuatro años tratando de llegar a París en vano; cada kilómetro costaba un precio enorme en vidas humanas. En 1940, la *Blitzkrieg* avanzó a través de Francia; a fines de junio, las tropas alemanas marchaban por los Champs-Élysées. Hitler parecía ser el amo del continente.

Pero, como otros conquistadores antes que él, Hitler no supo cómo poner fin a la guerra que tan temerariamente había desatado. Tenía tres opciones: tratar de vencer a Gran Bretaña, hacer las paces con ella o tratar de conquistar la Unión Soviética y entonces, utilizando sus enormes recursos, volverse hacia Occidente con todas sus fuerzas y completar la destrucción de Gran Bretaña.

Durante el verano de 1940, Hitler probó las dos primeras opciones. En su jactancioso discurso del 19 de julio dio a entender que estaba dispuesto a firmar una paz de compromiso con Gran Bretaña; en realidad, le proponía la entrega de las colonias alemanas de preguerra y que Inglaterra renunciara a toda intervención en los asuntos del continente. A cambio, él garantizaría la supervivencia del Imperio británico⁴³¹.

La propuesta de Hitler era análoga a lo que la Alemania imperial había estado ofreciendo a Gran Bretaña durante dos décadas antes de la Primera Guerra Mundial, aunque entonces se hiciera en un lenguaje más conciliador y la situación estratégica de Inglaterra fuera mucho más favorable. Tal vez si Hitler hubiese sido más explícito sobre cómo sería una Europa organizada por Alemania, se habrían visto tentados algunos de los líderes británicos, como lord Halifax, aunque jamás Churchill, que ya estaban considerando la idea de negociar con Alemania. En efecto, al pedir a Gran Bretaña que concediera a Alemania completa libertad de acción en el continente, Hitler evocó la tradicional respuesta británica, la que sir Edward Grey había dado en 1909 como reacción a una propuesta similar realizada por dirigentes alemanes mucho más razonables que Hitler (y mientras Francia aún era una gran potencia), cuando observó que si Gran Bretaña sacrificaba a Alemania las naciones del continente, tarde o temprano las islas británicas serían atacadas (véase el capítulo siete). Gran Bretaña tampoco podía tomar en serio una «garantía» dada a su Imperio. Ningún dirigente alemán captó jamás la idea británica de que cualquier nación capaz de proteger el Imperio también era capaz de conquistarlo, como ya lo había indicado sir Eyre Crowe en su famoso Memorándum de 1907 (véase el capítulo siete).

Churchill, desde luego, era demasiado sagaz y había estudiado demasiada historia para hacerse la ilusión de que, al término de la guerra, Gran Bretaña siguiera siendo la primera potencia mundial o siquiera se encontrase en la primera fila. Alemania o los Estados Unidos reclamarían ese puesto. La intransigencia de Churchill para con Alemania en el verano de 1940 puede interpretarse, por tanto, como una decisión en favor de la hegemonía norteamericana por encima de la alemana. La hegemonía norteamericana podría resultar incómoda a veces, pero al menos su cultura y su idioma eran familiares, y no había un manifiesto choque de intereses. Por último, siempre quedaba la perspectiva de una relación «especial» entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, que habría sido inconcebible con la Alemania nazi. En el verano de 1940, las maniobras de Hitler lo habían colocado en la posición en que él mismo constituía el *casus belli*.

Hitler probó entonces su segunda opción: tratar de destruir la fuerza aérea británica y, de ser necesario, invadir las islas británicas. Pero no pasó de jugar con la idea. Las operaciones de desembarco no habían formado parte de la planificación alemana de preguerra, y el plan fue abandonado por escasez de medios de desembarco y la incapacidad de la *Luftwaffe* de destruir a la Real Fuerza Aérea. A finales del verano, Alemania volvió a encontrarse en una posición no muy distinta de la que tuviera durante la Primera Guerra Mundial: había obtenido grandes triunfos, pero no podía convertirlos en la victoria final.

Desde luego, Hitler se encontraba en excelente posición para ponerse a la defensiva estratégica: Gran Bretaña no era lo bastante fuerte para desafiar por sí sola al ejército alemán; a los Estados Unidos les había resultado casi imposible entrar en guerra; y Stalin, aunque sopesara la idea de intervenir, a la postre siempre habría encontrado una razón para aplazarla. Pero esperar a que otros

tomaran la iniciativa era algo que iba contra el carácter de Hitler. Por tanto, era inevitable que pensara en atacar a la Unión Soviética.

Ya desde julio de 1940 Hitler ordenó que su estado mayor elaborara planes para una campaña soviética. Dijo a sus generales que, una vez derrotada la Unión Soviética, Japón podría lanzar todas sus fuerzas armadas contra los Estados Unidos, desviando la atención de Washington hacia el Pacífico. Una Gran Bretaña aislada y sin perspectivas de apoyo norteamericano se vería obligada a abandonar la lucha: «La esperanza de Gran Bretaña está en Rusia y en los Estados Unidos», observó Hitler, atinadamente. «Si las esperanzas puestas en Rusia se frustran, entonces también los Estados Unidos se apartarán, porque la eliminación de Rusia aumentaría enormemente el poderío del Japón en el Lejano Oriente...»⁴³² Sin embargo, Hitler aún no estaba dispuesto a dar la orden de ataque. Antes exploraría la posibilidad de persuadir a los soviéticos de lanzar un ataque conjunto contra el Imperio británico y dar cuenta de los ingleses, antes de volverse hacia el Este.

Stalin comprendía de sobra su difícil posición. El desplome de Francia anuló sus expectativas, que Stalin había compartido con todos los expertos militares de Occidente, de que la guerra sería del mismo tipo que la prolongada lucha de desgaste de la Primera Guerra Mundial. Se había esfumado así la esperanza más cara de Stalin: que Alemania y las democracias occidentales se agotaran mutuamente. Si también caía Gran Bretaña, el ejército alemán quedaría libre para atacar hacia el Este empleando todos los recursos de Europa, según el concepto que Hitler ya había anunciado en *Mein Kampf*.

Stalin reaccionó de manera casi estereotipada. En ningún momento de su carrera reaccionó con miedo al peligro, aun cuando debió de sentirlo. Convencido de que una confesión de debilidad tentaría a su adversario a aumentar su precio, Stalin siempre trató de ocultar sus dilemas estratégicos a base de intransigencia. Si Hitler trataba de explotar su victoria en el Oeste aplicando presión contra la Unión Soviética, Stalin le haría lo más desagradable e incómoda posible la perspectiva de arrancarle concesiones. Aunque era un minuciosísimo calculador, sin embargo no tuvo en cuenta la personalidad neurótica de Hitler y, por ello, excluyó la posibilidad de que Hitler pudiese responder a un desafío con una guerra en dos frentes, por muy temeraria que fuera esta línea de acción.

Stalin optó por una estrategia doble. Se apresuró a recoger los restos del botín que se le había prometido en el protocolo secreto. En junio de 1940, mientras Hitler aún estaba ocupado en Francia, Stalin mandó un ultimátum a Rumania exigiéndole que cediera Besarabia y también el norte de Bukovina. Esta última no era parte del acuerdo secreto, y su posesión habría colocado fuerzas soviéticas a lo largo de toda la parte rumana de la cuenca del Danubio. Ese mismo mes, Stalin incorporó los estados bálticos a la Unión Soviética obligándoles a celebrar unas fraudulentas elecciones en que no participó ni siquiera un 20 % de la población. Al completarse el proceso, Stalin había recuperado todo el territorio que Rusia perdiera al acabar la Primera Guerra Mundial, y los Aliados habían pagado el último de una serie de «plazos» del costo de haber excluido a Alemania y a la Unión Soviética de la Conferencia de Paz de 1919.

A la vez que fortalecía su posición estratégica, Stalin continuó sus esfuerzos por aplacar a su ominoso vecino, abasteciendo con materias primas la maquinaria de guerra de Hitler. Ya desde febrero de 1940, antes de la victoria de Alemania sobre Francia, se firmó un acuerdo comercial en presencia de Stalin que comprometía a la Unión Soviética a entregar grandes cantidades de materia prima a Alemania. Por su parte, Alemania daría a la Unión Soviética carbón y artículos manufacturados. La Unión Soviética cumplió religiosamente las cláusulas del acuerdo, y hasta las excedió. De hecho, hasta el momento mismo en que los alemanes finalmente atacaron, los vagones del ferrocarril soviético seguían cruzando ciertos puntos de la frontera para hacer sus entregas.

Sin embargo, ninguna de las jugadas de Stalin pudo alterar la realidad geopolítica de que Alemania se había convertido en la potencia predominante en Europa central. Hitler había dejado claro que no toleraría ninguna expansión soviética más allá de las cláusulas del protocolo secreto. En agosto de 1940, Alemania e Italia obligaron a Rumania, que para entonces Stalin consideraba parte de la esfera soviética de influencia, a devolver dos terceras partes de Transilvania a Hungría, casi aliada de las potencias del Eje. Resuelto a proteger el petróleo rumano, Hitler trazó en septiembre la línea más explícitamente, garantizando sus fronteras y ordenando el envío de una división motorizada y fuerzas aéreas a Rumania para respaldar su garantía.

En este mes, la tensión aumentó en el otro extremo de Europa. Finlandia violó el protocolo secreto que la había colocado en la esfera de influencia soviética y aceptó permitir que tropas alemanas atravesaran su territorio de camino hacia el norte de Noruega. Además, hubo considerables entregas de armas alemanas, cuyo único objetivo concebible era fortalecer a Finlandia contra la presión soviética. Cuando Molotov pidió a Berlín informes más concretos se le dieron respuestas evasivas. Tropas soviéticas y alemanas empezaban a forcejear a lo largo de toda Europa.

Sin embargo, para Stalin el hecho más ominoso ocurrió el 27 de septiembre de 1940, cuando Alemania, Italia y Japón firmaron un Pacto Tripartito en que cada uno se obligaba a ir a la guerra contra cualquier país adicional que se uniera al bando británico. Desde luego, el pacto excluía explícitamente las relaciones de cada uno de los signatarios con la Unión Soviética. Esto significaba que Japón no tendría la obligación de participar en una guerra germano-soviética, quienquiera que fuese el primero en atacar, pero sí se vería obligado a luchar contra los Estados Unidos en caso de que éstos entraran en guerra contra Alemania. Aunque el Pacto Tripartito iba aparentemente dirigido contra Washington, Stalin no se sintió tranquilo. Fuesen cuales fuesen las cláusulas legales, tenía que esperar que los tres miembros del pacto se volvieran en algún momento contra él. Fue evidente que lo habían dejado al margen, pues no se le informó siquiera de las negociaciones hasta después de firmado el pacto.

En el otoño de 1940, las tensiones aumentaban a tal ritmo que los dos dictadores hicieron el que sería su último esfuerzo diplomático por manipularse mutuamente. El objetivo de Hitler fue atraer a Stalin a un ataque conjunto contra el Imperio británico para destruirlo a él con mayor certeza, una vez asegurada la retaguardia alemana. Stalin intentó ganar tiempo con la esperanza de que Hitler se extendiese demasiado en el camino, pero también para determinar el botín que le tocaría en el proceso. Los esfuerzos de organizar una entrevista entre Hitler y Stalin tras el Pacto Tripartito fueron improductivos. Cada cual hizo lo posible por evitarlo, afirmando que no podía salir de su propio país, y el lugar lógico para la reunión, Brest-Litovsk, en la frontera, tenía demasiada significación histórica.

El 13 de octubre de 1940, Ribbentrop escribió una extensa carta a Stalin, dándole su interpretación del curso de los hechos desde su visita a Moscú del año anterior. Era una considerable ruptura del protocolo el que un ministro de Exteriores no se dirigiera a su homólogo, sino a un líder que ni siquiera ocupaba un puesto en el gobierno (el único cargo de Stalin seguía siendo el de secretario general del Partido Comunista).

La carta de Ribbentrop compensaba con su pomposidad la falta de agudeza diplomática. Achacó los desacuerdos germano-soviéticos respecto a Finlandia y Rumania a maquinaciones de Gran Bretaña, sin explicar cómo Londres había realizado semejante hazaña, e insistió en que el Pacto Tripartito no iba dirigido contra la Unión Soviética. De hecho, la Unión Soviética sería bienvenida a participar en el reparto de los botines de guerra entre los dictadores europeos y Japón después de la guerra. Ribbentrop concluyó invitando a Molotov a ir a Berlín, a devolver su visita. En esta ocasión,

Ribbentrop mencionó la posibilidad de discutir el ingreso de la Unión Soviética en el Pacto Tripartito⁴³³.

Stalin era demasiado cauteloso para interesarse por un botín que aún no se había conquistado, o para entrar en la primera fila de una confrontación planeada por otros. Sin embargo, mantendría abierta la opción de dividirse el botín con Hitler, en caso de que Gran Bretaña simplemente se desplomara... como lo haría Stalin en 1945, cuando entró en la etapa final de la guerra contra Japón exigiendo un alto precio. El 22 de octubre, Stalin contestó la carta de Ribbentrop con presteza e ironía. Agradeciendo a Ribbentrop su «instructivo análisis de los hechos recientes», se contuvo de ofrecer su evaluación personal. Tal vez para demostrar que también dos podían jugar al juego de estirar el protocolo, aceptó la invitación de que Molotov fuera a Berlín, fijando unilateralmente una fecha muy próxima, el 10 de noviembre, para la que faltaban menos de tres semanas⁴³⁴.

Hitler se apresuró a aceptar la propuesta, lo cual originó otro equívoco. Stalin lo interpretó en el sentido de que las relaciones soviéticas seguían siendo tan cruciales para Alemania como lo fueran el año anterior y, por tanto, como prueba de que sus rudas tácticas estaban dando resultado. Sin embargo, la prisa de Hitler se debía a la necesidad de llevar adelante sus planes si quería atacar a la Unión Soviética en la primavera de 1941.

La desconfianza entre estos dos potenciales asociados fue evidente desde antes de que comenzara la reunión. Molotov se negó a subir a un tren alemán enviado a la frontera para llevarlo a Berlín. A la delegación soviética le preocupaba, obviamente, que la elegancia de los vagones alemanes sirviese para ocultar micrófonos. (A fin de cuentas, los vagones alemanes fueron enganchados a la cola del tren soviético, cuyos bastidores habían sido construidos especialmente, de modo que pudieran ajustarse en la frontera a la vía europea, más estrecha.)

Las negociaciones comenzaron, por fin, el 12 de noviembre. Molotov, que tenía el don de irritar incluso a personalidades mucho más serenas que Hitler, sacó a relucir sus rudas tácticas ante los jefes nazis. Su truculencia innata fue reforzada por el terror que le inspiraba Stalin, a quien temía mucho más que a Hitler. La obsesiva preocupación de Molotov por su propia situación fue típica de los diplomáticos durante todo el período soviético, y particularmente aguda mientras Stalin estuvo en el poder. Los negociadores soviéticos siempre parecieron mucho más conscientes de sus limitaciones internas que de las de la escena internacional.

Como los ministros de Exteriores rara vez eran miembros del Politburó (Gromyko sólo pasó a ser miembro en 1973, después de dieciséis años como ministro de Exteriores), su apoyo interno era débil, y siempre podían resultar los chivos expiatorios si las cosas salían mal. Además, como los soviéticos suponían que la historia estaría de su lado, se inclinaban más al obstruccionismo que a la búsqueda de soluciones generales. Cada negociación con diplomáticos soviéticos se convertía en una prueba de paciencia; no se lograba concesión alguna hasta que el negociador soviético se hubiese convencido y, en particular, hubiese convencido a quienes leían sus telegramas en Moscú, de que había exprimido hasta la última gota al otro bando. Con este tipo de guerra de guerrillas diplomática obtenían todo lo que pudiera obtenerse mediante persistencia y presión, pero habitualmente perdían toda oportunidad de lograr un verdadero avance. Los negociadores soviéticos, cuyo maestro fue Gromyko, se volvieron expertos en agotar a los adversarios que llevaran ideas preconcebidas y estuvieran impacientes por llegar a un acuerdo. Por otra parte, los árboles les impedían ver el bosque. Así, en 1971 perdieron la oportunidad de celebrar una reunión en la cumbre con Nixon, que habría aplazado la apertura de los Estados Unidos a Beijing, pues pasaron meses regateando por requisitos esencialmente insignificantes, todos los cuales abandonaron los soviéticos en cuanto Washington hubo adquirido una opción china.

Es imposible imaginar a dos hombres menos capaces de comunicarse entre sí que Hitler y Molotov. Hitler tampoco era un buen negociador, pues prefería abrumar a sus interlocutores con extensos monólogos sin dar señales de escuchar sus respuestas, en caso de que les dejara tiempo para responder. En sus tratos con dirigentes extranjeros, Hitler habitualmente se dedicaba a pronunciar apasionadas declaraciones de principios. Las pocas veces que sí participó en auténticas negociaciones, como con el canciller austriaco Kurt von Schuschnigg o con Neville Chamberlain, adoptó un estilo desafiante e hizo demandas perentorias, que rara vez modificó. Molotov, por su parte, estaba menos interesado en los principios que en su aplicación, y no tenía margen para pactar compromisos.

En noviembre de 1940, Molotov se encontró en una situación verdaderamente complicada. Stalin sería difícil de complacer puesto que se veía pillado entre su renuencia a contribuir a una victoria alemana y su preocupación de que, si Alemania vencía a Gran Bretaña sin la ayuda soviética, él perdiera la oportunidad de compartir las conquistas de Hitler. Ocurriera lo que ocurriera, Stalin estaba dispuesto a no volver jamás al acuerdo de Versalles, e intentaba proteger su posición cubriendo cada uno de sus pasos. El protocolo secreto y los hechos ulteriores habían hecho que su concepto de unos acuerdos apropiados fuese perfectamente claro para los alemanes, tal vez demasiado claro. En este sentido, la visita de Molotov a Berlín pareció la mejor oportunidad para reelaborar su colaboración. En cuanto a las democracias, Stalin había aprovechado la ocasión de una visita, en julio de 1940, del nuevo embajador británico, sir Stafford Cripps, para rechazar toda posibilidad de un retorno al orden de Versalles. Cuando Cripps arguyó que la caída de Francia había hecho imperativo que la Unión Soviética se interesara en restaurar el equilibrio del poder, Stalin le contestó fríamente:

El llamado equilibrio europeo del poder no sólo había oprimido a los alemanes, sino también a la Unión Soviética. Por tanto, la Unión Soviética tomaría todas las medidas necesarias para impedir el restablecimiento del viejo equilibrio del poder en Europa⁴³⁵.

En lenguaje diplomático, «todas las medidas» habitualmente incluyen la amenaza de guerra.

Para Molotov, lo que estaba en juego casi no podría ser mayor. Como los antecedentes de Hitler permitían suponer que no dejaría pasar 1941 sin lanzar algún tipo de campaña importante, era probable que, si Stalin no se unía a su ataque al Imperio británico, Hitler atacara la Unión Soviética. Molotov, por tanto, se enfrentó a un ultimátum *de facto*, disfrazado de señuelo, aunque Stalin subestimó el breve plazo que se le daba.

Ribbentrop inició las conversaciones explicando por qué era inevitable una victoria alemana. Apremió a Molotov a ingresar en el Pacto Tripartito, sin preocuparle el hecho de que este tratado era una elaboración del que, originalmente, fuera el Pacto Anticomintern. Sobre esa base, arguyó Ribbentrop, sería posible «establecer esferas de influencia entre Rusia, Alemania, Italia y Japón sobre directrices muy amplias»⁴³⁶.

Según Ribbentrop, esto no causaría ningún conflicto, porque cada uno de los potenciales asociados estaba interesado, ante todo, en extenderse por el sur. Japón avanzaría hacia el sureste de Asia, Italia hacia el norte de África, y Alemania reclamaría sus antiguas colonias de África. Después de muchas circunlocuciones, para mostrar su sagacidad, Ribbentrop finalmente identificó el premio que había reservado a la Unión Soviética: «[...] si, a largo plazo, Rusia no se volvería también hacia el sur, como salida natural al mar abierto que era tan importante para Rusia»⁴³⁷.

Todo el que conociera aunque fuese vagamente las declaraciones públicas de Hitler, sabía que

aquello era puro disparate. África nunca había sido prioridad importante para los nazis. Hitler no sólo no había mostrado nunca un interés particular en ella, sino que Molotov probablemente había leído lo bastante de *Mein Kampf* para saber que lo que en realidad codiciaba Hitler era *Lebensraum* en Rusia. Habiendo escuchado en silencio la exposición de Ribbentrop, preguntó entonces Molotov, en tono objetivo aunque con cierta insolencia, cuál era el mar en que, supuestamente, la Unión Soviética buscaba esta salida. Con otra de sus pesadas circunlocuciones, Ribbentrop finalmente mencionó el golfo Pérsico, como si Alemania ya pudiera cederlo:

Ahora la pregunta era si no continuarían en el futuro haciendo buenos negocios juntos [...] si, a la larga, el acceso más ventajoso al mar no estaría, para Rusia, en dirección al golfo Pérsico y el mar Arábigo, y si al mismo tiempo no se podrían realizar algunas otras aspiraciones de Rusia en esta parte de Asia en que Alemania no tenía ningún interés⁴³⁸.

Molotov no se mostró atraído por tan extravagante proposición. Alemania aún no poseía lo que ya estaba ofreciendo, y la Unión Soviética no necesitaba que Alemania conquistara para ella esos territorios. Expresando, en principio, su buena voluntad de ingresar en el Pacto Tripartito, Molotov se apresuró a condicionar esa concesión diciendo que «la precisión era necesaria en una delineación de esferas de influencia sobre un período bastante largo»⁴³⁹. Esto, desde luego, no se podría completar en una sola visita a Berlín, y requeriría de extensas consultas, que incluirían un regreso de Ribbentrop a Moscú.

Aquella tarde Molotov se reunió con Hitler en la recién terminada cancillería de mármol. Todo había sido preparado para impresionar al proletario ministro de Moscú. Llevaron a Molotov a lo largo de un vasto corredor, a ambos lados del cual, a unos cuantos metros unos de otros, altísimos SS con uniformes negros estaban en posición de firmes, y levantaban el brazo haciendo el saludo nazi. Las puertas de la oficina de Hitler llegaban hasta los altos cielorrasos, y fueron abiertas por dos SS particularmente gigantescos, cuyos brazos en alto formaron un arco por el cual Molotov fue llevado a presencia de Hitler. Sentado ante su escritorio junto a la pared opuesta de la enorme habitación, Hitler observó en silencio algunos momentos a su visitante, luego se puso en pie de un salto y, sin decir palabra, dio la mano a cada miembro de la delegación soviética. Al invitarlos a sentarse en el área de espera se abrieron unas cortinas, y Ribbentrop y unos cuantos consejeros se unieron al grupo⁴⁴⁰.

Después de haber ofrecido a sus invitados esta versión nazi de la majestad, Hitler esbozó su idea del propósito de la reunión. Propuso elaborar una estrategia conjunta a largo plazo, porque Alemania y la Unión Soviética «tenían al timón hombres con autoridad suficiente para comprometer a sus países con un desarrollo en una dirección definida»⁴⁴¹. Lo que Hitler tenía en mente era una especie de Doctrina Monroe conjunta con los soviéticos para toda Europa y África, y dividirse entre ellos los territorios coloniales.

Molotov demostró no estar intimidado lo más mínimo por esa recepción, que parecía salida de una opereta vienesa, y se limitó a hacer una serie de preguntas precisas. ¿Cuál era el propósito último del Pacto Tripartito? ¿Y el de la definición de Hitler de su proclamado Nuevo Orden? ¿De la esfera de toda Asia? ¿De las intenciones alemanas en los Balcanes? ¿Seguía siendo válido el entendimiento que había colocado a Finlandia en la esfera de influencia soviética?

Nadie había sostenido una conversación así con Hitler, ni lo había sometido a un interrogatorio. En todo caso, Hitler no estaba interesado en limitar la libertad de acción alemana en ningún área que sus ejércitos pudiesen alcanzar... ciertamente, no en Europa.

La reunión del día siguiente con Hitler fue precedida por un desayuno frugal, y no logró mayor progreso. De manera peculiar, Hitler comenzó con un extenso monólogo durante el cual explicó cómo se proponía repartirse el mundo con Stalin:

Tras la conquista de Inglaterra, el Imperio británico sería dividido como una gigantesca finca universal en bancarrota [...]. En esta finca en bancarrota, Rusia tendría acceso al océano libre de hielos, realmente abierto. Hasta entonces una minoría de 45 millones de ingleses había gobernado a 600 millones de habitantes del Imperio británico. El estaba a punto de aplastar a dicha minoría [...].

En esas circunstancias se abrían perspectivas mundiales [...]. Habría que organizar la participación de Rusia en la solución de estos problemas. Todos los países que se interesaran en aquella finca en bancarrota debían detener todas las controversias y preocuparse exclusivamente por la repartición del Imperio británico⁴⁴².

Molotov contestó sardónicamente que estaba conforme con lo que había entendido y prometió informar del resto a Moscú. A continuación, y conviniendo, en principio, en la afirmación de Hitler de que la Unión Soviética y Alemania no tenían intereses en conflicto, inmediatamente puso a prueba esa proposición. Preguntó cuál sería la reacción de Alemania si la Unión Soviética otorgara a Bulgaria una garantía similar a la que Alemania había dado a Rumania (y que, de hecho, bloquearía toda extensión de la influencia alemana en los Balcanes). ¿Y qué pasaría si la Unión Soviética se anexionara Finlandia? Sin duda, la autodeterminación no era un principio de la política exterior soviética, y Stalin no vacilaría en anexionarse poblaciones no rusas si pudiese hacerlo sin intervención de Alemania. No sólo estaba muerto el acuerdo territorial, sino también los principios morales del acuerdo de Versalles.

La tensa atmósfera de la reunión no mejoró cuando Hitler hizo notar, con irritación, que Bulgaria no parecía haber pedido una alianza soviética. Y rechazó la anexión de Finlandia porque iba más allá del protocolo secreto, eludiendo el hecho de que ir más allá del protocolo había sido, precisamente, el motivo del viaje de Molotov a Berlín. La reunión terminaría con una nota agria. Al levantarse Hitler, murmurando algo sobre la posibilidad de un ataque aéreo británico, Molotov reiteró su mensaje básico: «La Unión Soviética, como gran potencia, no puede permanecer apartada de las grandes cuestiones de Europa y de Asia.»⁴⁴³ Sin especificar cómo correspondería la Unión Soviética si Hitler accediera a sus deseos, Molotov se limitó a prometer que, después de haber informado a Stalin, le transmitiría a Hitler las ideas de su jefe sobre una esfera de influencia apropiada para el líder alemán.

Hitler estaba tan encolerizado que no asistió a un banquete ofrecido por Molotov en la embajada soviética, aunque casi todos los demás dirigentes nazis estuvieron presentes. El banquete fue interrumpido por un bombardeo británico y, como la embajada soviética no tenía refugio antiaéreo, los invitados se dispersaron en todas direcciones. Los jefes nazis partieron en limusinas, la delegación soviética se dirigió al castillo de Bellevue (que actualmente alberga al presidente de Alemania cuando está en Berlín), mientras Ribbentrop se llevaba a Molotov a su cercano refugio privado. Ahí, sacó un borrador alemán de la adhesión soviética al Pacto Tripartito, por lo visto sin comprender que Molotov no tenía ni inclinación ni autoridad para ir más allá de lo que había dicho a Hitler. Molotov, por su parte, no hizo caso al borrador y siguió planteando precisamente las preguntas que Hitler había eludido, y reiterando que no se podría dejar a la Unión Soviética al margen de ninguna cuestión europea. Luego enumeró específicamente a Yugoslavia, Polonia, Grecia, Suecia y Turquía, evitando a ojos vistas los grandes panoramas a lo largo del océano Índico que

Ribbentrop y Hitler habían querido poner ante sus ojos⁴⁴⁴.

El estilo insolente e intransigente de Molotov ocultaba el intento de ganar tiempo para que Stalin resolviera un enigma casi insoluble. Hitler estaba ofreciéndole una asociación en la derrota de Gran Bretaña. Pero no se necesitaba mucha imaginación para comprender que, después, la Unión Soviética se encontraría indefensa ante sus potenciales asociados del Pacto Tripartito, los cuales habían formado parte del Pacto Anticomintern. Por otra parte, si Gran Bretaña cayera sin ayuda soviética, podría ser muy deseable para la Unión Soviética mejorar su posición estratégica para el inevitable choque con Hitler.

A la postre, Stalin nunca decidió qué camino seguir. El 25 de noviembre Molotov envió a Ribbentrop las condiciones de Stalin para ingresar en el Pacto Tripartito: Alemania tendría que retirar sus tropas de Finlandia y dejar a la Unión Soviética manos libres en ese país; Bulgaria entraría en una alianza militar con la Unión Soviética, y permitiría que en ella se establecieran bases soviéticas; se exigiría a Turquía que aceptara bases soviéticas en su territorio, incluso en los Dardanelos; Alemania permanecería al margen si la Unión Soviética buscaba, por la fuerza, sus objetivos estratégicos en los Balcanes y en los Dardanelos. Como elaboración de la oferta del propio Hitler (de que el área situada al sur de Batum y de Bakú fuese reconocida como esfera de interés soviético), ahora Stalin definió esta esfera de tal modo que incluyera a Irán y el golfo Pérsico. En cuanto al Japón, tendría que abandonar sus supuestos derechos a los minerales de la isla de Sajalín⁴⁴⁵. Stalin tenía que saber que nunca se aceptarían estas condiciones, pues bloqueaban toda expansión alemana por el este, y él no había ofrecido una reciprocidad soviética proporcional.

Por consiguiente, la respuesta de Stalin a Hitler sirvió ante todo para señalar la que consideraba esfera de interés soviético, y como advertencia de que se opondría a toda modificación, al menos diplomáticamente. En la siguiente década, y empleando las mismas tácticas de los zares, Stalin procedió a establecer esta esfera, mediante acuerdos cuando fue posible y por la fuerza cuando fue necesario. Buscó los objetivos esbozados en el memorándum del 25 de noviembre, primero de acuerdo con Hitler, luego junto a las democracias contra Hitler, y por último mediante confrontación con las democracias. Luego, ya al fin de su vida, Stalin pareció a punto de buscar un gran acuerdo con las democracias para salvaguardar la que nunca dejó de considerar esfera de influencia soviética (véase el capítulo veinte).

En cuanto a Hitler, las cartas estaban sobre la mesa. Desde el mismo día de la llegada de Molotov a Berlín, Hitler había ordenado que continuaran todos los preparativos para un ataque a la Unión Soviética; la decisión final se aplazaría tan sólo hasta haber aprobado el plan de operaciones⁴⁴⁶. En la mente de Hitler, la única decisión había sido siempre si debía atacar a la Unión Soviética antes o después de haber derrotado a Gran Bretaña. La visita de Molotov resolvió el asunto. El 14 de noviembre, el día en que Molotov partió de Berlín, Hitler ordenó que los planes de verano del estado mayor se convirtieran en un concepto operativo para atacar a la Unión Soviética en el verano de 1941. Al recibir la propuesta de Stalin, el 25 de noviembre, ordenó que no se le diera respuesta. Stalin tampoco la pidió, y se aceleraron los preparativos militares alemanes para una guerra con Rusia.

Se ha discutido mucho sobre si Stalin comprendió alguna vez la repercusión de sus tácticas sobre una personalidad como la de Hitler. Muy probablemente subestimó la mortal impaciencia de su adversario, pues parece haber supuesto que Hitler era, como él mismo, un calculador frío y minucioso, que no lanzaría sus ejércitos por los inmensos espacios de Rusia antes de haber concluido la guerra de Occidente. En esta suposición se equivocó Stalin. Hitler creía que la fuerza de voluntad podía superar todos los obstáculos. Su característica respuesta a toda resistencia era convertirla en

una confrontación personal. Hitler nunca pudo aguardar a que las condiciones maduraran, aunque fuese porque el acto de esperar implicaba que las circunstancias podrían superar su voluntad.

Stalin no sólo era más paciente sino que, como buen comunista, tenía mayor respeto a las fuerzas de la historia. En sus casi treinta años de gobierno, nunca lo arriesgó todo a una carta y creyó, erróneamente, que Hitler tampoco lo haría. Mientras tanto, a Stalin le preocupaba obsesivamente que los súbitos despliegues soviéticos pudiesen provocar un ataque preventivo alemán, e interpretó erróneamente la prisa de Hitler por hacerle ingresar en el Pacto Tripartito como prueba de que los nazis estaban planeando dedicar el año de 1941 a intentar vencer a Gran Bretaña. Al parecer, Stalin creyó que el año siguiente, 1942, sería cuando debería tomar la decisión de entrar en guerra con Alemania. Su biógrafo, Dmitri Volkogonov, me dijo que Stalin mantenía abierta la opción de una guerra preventiva contra Alemania en ese año, lo que puede explicar por qué los ejércitos soviéticos estaban desplegados tan adelante en 1941. Puesto que esperaba que Hitler hiciera grandes exigencias antes de atacar, es probable que Stalin hubiese accedido hasta cierto punto a esas exigencias... al menos en 1941.

Todos esos cálculos fallaron porque su suposición básica fue que Hitler había hecho cálculos racionales; sin embargo, Hitler no se consideraba atado por una evaluación normal de los riesgos. Casi ningún año del gobierno de Hitler había transcurrido sin que él acometiera alguna acción que quienes le rodeaban no consideraran demasiado peligrosa: el rearme en 1934-1935; la reocupación de Renania en 1936; la ocupación de Austria y Checoslovaquia en 1938; el ataque a Polonia en 1939, y la campaña contra Francia en 1940. Hitler no se proponía que 1941 fuese la excepción. Dada su personalidad, sólo se habría aplacado si la Unión Soviética hubiese decidido ingresar en el Pacto Tripartito poniendo condiciones mínimas y si hubiese participado en una operación militar contra Gran Bretaña en Oriente Medio. Luego, una vez vencida Gran Bretaña y aislada la Unión Soviética, Hitler se habría dedicado sin duda a la obsesión de su vida: lograr conquistas en el Este.

Ni todas las hábiles maniobras de Stalin pudieron, a la larga, impedir que su país terminara en una posición muy similar a la de Polonia antes de la guerra. El gobierno de Polonia sólo habría podido evitar un ataque alemán en 1939 aceptando ceder el Corredor Polaco y Danzig, y luego participar en una cruzada nazi contra la Unión Soviética... al término de la cual Polonia seguiría a merced de Hitler. Un año después, pareció que la Unión Soviética sólo podría obtener un respiro frente a la agresión alemana si se sometía a las propuestas nazis (al precio de un total aislamiento y de entrar en una peligrosa guerra contra Gran Bretaña). Sin embargo, al final sería atacada por Alemania.

Con nervios de acero, Stalin mantuvo su doble política de cooperar con Alemania abasteciéndola con material de guerra, mientras se le oponía en lo geopolítico, como si no hubiera ningún peligro. Aunque no estaba dispuesto a ingresar en el Pacto Tripartito, sí concedió a Japón el único beneficio que le habría dado la adhesión soviética al Pacto, liberando la retaguardia de Japón para emprender aventuras en Asia.

Aunque desde luego ignoraba la idea expresada por Hitler a sus generales, de que un ataque a la Unión Soviética permitiría a Japón desafiar abiertamente a los Estados Unidos, Stalin llegó por su cuenta a la misma conclusión, y se propuso suprimir ese incentivo. El 13 de abril de 1941 concluyó un tratado de no agresión con Japón en Moscú, siguiendo, ante las crecientes tensiones asiáticas, esencialmente las mismas tácticas que había adoptado dieciocho meses antes frente a la crisis polaca. En cada caso, le quitó al agresor el riesgo de una guerra en dos frentes, y logró desviar la guerra del territorio soviético azuzando la que él consideraba una guerra civil capitalista en otras regiones. El Pacto Hitler-Stalin le había dado un respiro de dos años, y el tratado de no agresión con

Japón le permitiría, seis meses después, arrojar su ejército del Lejano Oriente en la batalla por Moscú, que decidió en su favor el resultado de la guerra.

Después de concluir el tratado de no agresión, Stalin, en un gesto sin precedente, fue a recibir al ministro de Exteriores de Japón, Yosuke Matsuoka, a la estación del ferrocarril. Como símbolo de la importancia que Stalin atribuía al tratado, también le ofreció la ocasión, en presencia de todo el cuerpo diplomático, de invitarlo a unas negociaciones con Alemania, mientras alardeaba de su mejor posición para negociar. «El problema europeo puede resolverse de manera natural, si Japón y los soviéticos cooperan», dijo en voz alta Stalin al ministro de Exteriores para que todos lo oyeran, implicando probablemente que, una vez asegurada su frontera oriental, su posición para negociar en Europa había mejorado; aunque tal vez lo dijo para que Alemania se diera por enterada de que no tenía que entrar en guerra con la Unión Soviética para dejar libre la retaguardia de Japón, que así podría entrar en guerra con los Estados Unidos.

«No sólo el problema europeo», respondió el ministro japonés. «¡Todo el mundo puede quedar en paz!», afirmó Stalin... mientras otros se encargaran de la lucha, debió de pensar, y mientras la Unión Soviética recibiera una compensación por los triunfos de aquéllos.

Para transmitir su mensaje a Berlín, Stalin se dirigió entonces al embajador alemán, von der Schulenburg, le rodeó los hombros con el brazo y anunció: «Debemos seguir siendo amigos, y usted debe hacerlo todo con ese fin.» Para asegurarse de haber empleado todos los canales debidos, Stalin se acercó entonces al agregado militar alemán y dijo en voz alta: «Seguiremos siendo amigos de ustedes, pase lo que pase.»⁴⁴⁷

Stalin tenía buenas razones para preocuparse por las actitudes de Alemania. Como había insinuado Molotov en Berlín, él había estado presionando a Bulgaria para que aceptara una garantía soviética. Stalin también había negociado un tratado de amistad y no agresión con Yugoslavia, en abril de 1941, en el preciso momento en que Alemania estaba buscando un derecho de tránsito a través de Yugoslavia para atacar a Grecia, conducta que ciertamente haría que Yugoslavia se resistiera a las presiones alemanas. Tal como fueron las cosas, el tratado soviético con Yugoslavia se firmó sólo unas horas antes de que el ejército alemán cruzara la frontera yugoslava.

El principal defecto de Stalin como estadista fue su tendencia a atribuir a sus adversarios la misma capacidad de frío cálculo de la que él tanto se enorgullecía, lo que le hizo subestimar los efectos de su propia intransigencia y sobreestimar el margen de que disponía en sus esfuerzos de conciliación, aunque éstos fueran escasos. Esta actitud dificultaría sus relaciones con las democracias después de la guerra. En 1941, estaba del todo convencido de que hasta el momento en que los alemanes cruzaran la frontera soviética, él podría, en el último minuto, impedir el asalto generando una negociación, durante la cual todo parece indicar que estaría dispuesto a hacer grandes concesiones.

Si Stalin no pudo impedir el ataque de Alemania, ciertamente no fue porque no lo intentara. El 6 de mayo de 1941, el pueblo soviético fue informado de que Stalin había recibido el cargo de primer ministro de manos de Molotov, quien quedaba como viceprimer ministro y como ministro de Exteriores. Era la primera vez que Stalin salía de las profundidades del Partido Comunista para asumir responsabilidades visibles por la conducta cotidiana de los asuntos.

Sólo circunstancias de peligro extremo pudieron mover a Stalin a abandonar el aura de amenaza misteriosa que era su método predilecto de gobierno. Andrei Vyshinsky, por entonces viceministro de Exteriores, dijo al embajador de la Francia de Vichy que la aparición de Stalin en un cargo público constituía «el más grande hecho histórico de la Unión Soviética desde sus comienzos»⁴⁴⁸. Von der Schulenburg creyó haber adivinado el propósito de Stalin. «En mi opinión —comunicó a Ribbentrop

—, podemos tener la certidumbre de que el propio Stalin se ha fijado una meta de política exterior de abrumadora importancia para la Unión Soviética, meta que espera alcanzar mediante sus esfuerzos personales. Creo firmemente que, en una situación internacional que le parece grave, Stalin se ha fijado la meta de impedir que la Unión Soviética entre en conflicto con Alemania.»⁴⁴⁹

En las semanas siguientes se demostró la exactitud de la predicción del embajador de Alemania. Para enviar una señal que tranquilizara a Alemania, el 8 de mayo la agencia TASS negó que hubiese concentraciones insólitas de tropas soviéticas a lo largo de las fronteras occidentales. En las semanas siguientes, Stalin rompió relaciones diplomáticas con todo gobierno europeo en el exilio ubicado en Londres, dando la hiriente explicación de que, en adelante, la embajada alemana se encargaría de sus asuntos. Stalin reconoció, al mismo tiempo, a los gobiernos títeres que Alemania había instalado en algunos de los territorios ocupados. En suma, Stalin se apartó de sus costumbres para convencer a Alemania de que reconocía todas sus conquistas ya existentes.

Para suprimir todo posible pretexto de agresión, Stalin no permitiría siquiera que las unidades militares soviéticas de avanzada fuesen puestas en estado de alerta. Pasó por alto todas las advertencias británicas y norteamericanas de un inminente ataque alemán, en parte porque sospechaba que los anglosajones estaban tratando de envolverlo en una lucha contra Alemania. Aunque Stalin prohibió disparar contra los aviones alemanes que hacían vuelos de reconocimiento cada vez más frecuentes, muy atrás del frente sí autorizó unos ejercicios de defensa civil y el alistamiento de los reservistas. Obviamente, Stalin había decidido que su mejor oportunidad para alcanzar un trato de último minuto era tranquilizar a los alemanes, en especial porque, de las contramedidas de que disponía, probablemente ninguna podría establecer una diferencia decisiva.

El 13 de junio, nueve días antes de que atacaran los alemanes, la agencia TASS publicó otra declaración oficial que negaba los difundidos rumores de una guerra inminente. La Unión Soviética, decía la declaración, planeaba observar todos sus acuerdos existentes con Alemania. El comunicado también insinuaba en términos generales la posibilidad de iniciar unas nuevas negociaciones para lograr mejores acuerdos sobre todos los asuntos en disputa. El hecho de que Stalin sí estaba dispuesto a hacer grandes concesiones pudo verse en la reacción de Molotov cuando, el 22 de junio, von der Schulenburg le llevó la declaración de guerra de Alemania. La Unión Soviética, protestó Molotov, quejumbroso, había estado dispuesta a retirar todas sus tropas de la frontera para tranquilizar a Alemania, y las demás exigencias eran negociables. Molotov dijo, esta vez a la defensiva: «Sin duda, no nos merecíamos esto.»⁴⁵⁰

Al parecer, Stalin quedó tan asombrado por la declaración de guerra alemana que cayó en una depresión que duró cerca de diez días. Sin embargo, el 3 de julio volvió a ponerse al frente de su país, y pronunció un importante discurso por radio. Al contrario que Hitler, Stalin no era un orador nato. Rara vez hablaba en público, y cuando lo hacía era sumamente pedante. También en este discurso se basó en una escueta descripción de la monumental tarea a la que se enfrentarían los pueblos rusos. Sin embargo, su objetividad misma expresó cierta resolución y dejó la impresión de que la tarea, aunque inmensa, era realizable.

«La historia nos enseña —dijo Stalin— que no hay ejércitos invencibles y nunca los ha habido.» Emitió órdenes para la destrucción de toda maquinaria y material rodante y para la formación de fuerzas guerrilleras tras las líneas alemanas, y leyó una hilera de cifras como si fuese un contador. Sólo al principio del discurso había prestado cierta atención a la retórica. Nunca antes había aparecido ante su pueblo en un nivel personal, ni volvería a hacerlo: «Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, combatientes de nuestro ejército y nuestra armada, ¡a vosotros estoy hablando, amigos míos!»⁴⁵¹

Finalmente, Hitler tenía la guerra que había anhelado siempre. Había sellado un destino que, acaso, también había deseado siempre. Los jefes alemanes, que ahora combatirían en dos frentes, se habían sobrepasado por segunda vez en una generación. Unos 70 millones de alemanes entrarían en combate contra cerca de 700 millones de adversarios una vez que Hitler hiciera entrar a los Estados Unidos en la guerra en diciembre de 1941. Al parecer, el propio Hitler quedó aterrado ante la tarea que él mismo se había fijado. Pocas horas antes del ataque dijo a su estado mayor: «Siento como si estuviera abriendo la puerta de un cuarto oscuro, nunca visto, sin saber lo que se halla detrás.»⁴⁵²

Stalin había apostado por la racionalidad de Hitler, y había perdido; Hitler había apostado a que Stalin pronto caería, y también él había perdido. Pero mientras que el error de Stalin fue reparable, el de Hitler no lo fue.

Reaparición de los Estados Unidos en la escena: Franklin Delano Roosevelt

Para los dirigentes políticos contemporáneos que gobiernan dejándose influir por las encuestas de opinión, el papel de Roosevelt al llevar a un país aislacionista a participar en la guerra es como una lección objetiva sobre el alcance del liderazgo en una democracia. Tarde o temprano, la amenaza al equilibrio europeo del poder habría obligado a los Estados Unidos a intervenir para contener el avance alemán hacia la dominación mundial. La pura y creciente fuerza de los Estados Unidos tendría que lanzarlos, con el tiempo, al centro de la escena internacional, y el hecho de que esto ocurriera de manera tan pronta y decisiva fue obra de Franklin Delano Roosevelt.

Todos los grandes líderes son solitarios. Su singularidad se debe al don de captar unos desafíos que aún no son obvios para sus contemporáneos. Roosevelt llevó a un pueblo aislacionista a la guerra entre países cuyos conflictos sólo unos cuantos años antes habían parecido incongruentes con los valores norteamericanos y ajenos a la seguridad de los Estados Unidos. Después de 1940, Roosevelt convenció al Congreso, que pocos años antes había aprobado de manera abrumadora toda una serie de Leyes de Neutralidad, a autorizar una ayuda cada vez mayor a Gran Bretaña, que casi llegaba a ser como un acto de beligerancia abierta y, en ocasiones, rebasaba claramente ese límite. Por último, el ataque de Japón a Pearl Harbor suprimió las últimas vacilaciones de los Estados Unidos. Roosevelt logró persuadir de los terribles peligros de una victoria del Eje a una sociedad que durante dos siglos había atesorado su invulnerabilidad, y veló porque, esta vez, la participación de los Estados Unidos fuera el primer paso hacia un compromiso internacional permanente. En la guerra, su dirección mantuvo unida la alianza y forjó las instituciones multinacionales que hasta hoy siguen sirviendo a la comunidad internacional.

Ningún presidente, con la posible excepción de Abraham Lincoln, ha establecido una diferencia más decisiva en la historia norteamericana. Roosevelt rindió el juramento de su cargo en unos momentos de incertidumbre nacional, cuando la fe de los Estados Unidos en la infinita capacidad de progreso del Nuevo Mundo estaba seriamente quebrantada por la Gran Depresión. En torno suyo, las democracias parecían estar tambaleándose, y los gobiernos antidemocráticos, tanto de derechas como de izquierdas, iban ganando terreno.

Después de restaurar la esperanza en su patria, el destino le impuso a Roosevelt la obligación de defender la democracia en todo el mundo. Nadie ha descrito mejor que Isaiah Berlin este aspecto de la aportación de Roosevelt:

[Roosevelt] contempló el futuro con mirada serena, como diciendo «que venga, sea como fuere, todo será grano para nuestro gran molino. Todo lo aprovecharemos para nuestro beneficio [...]». En un mundo desalentado, que parecía dividido entre fanáticos perversos y terriblemente eficientes, que marchaban con la intención de destruir, y unas poblaciones desconcertadas y en pugna, mártires renuentes de una causa que no podían definir, él confió en su propia capacidad mientras estuviera al timón para rechazar esta terrible oleada. El poseía el carácter, la energía y la habilidad de los

dictadores, y estaba de nuestro lado⁴⁵³.

Roosevelt ya había sido vicesecretario de la Armada en el gobierno de Wilson, y fue el candidato de los demócratas a la vicepresidencia en las elecciones de 1920. Muchos caudillos, entre ellos De Gaulle, Churchill y Adenauer, se vieron impelidos a enfrentarse a la soledad del viaje hacia la grandeza en un período de abandono de la vida pública. A Roosevelt se le impuso la soledad cuando cayó víctima de la polio en 1921. En una extraordinaria demostración de fuerza de voluntad, se sobrepuso a ese impedimento y aprendió a sostenerse con ayuda de aparatos ortopédicos y aun a dar unos cuantos pasos, con lo que pudo presentarse en público como si no padeciera parálisis. Hasta su informe al Congreso de Yalta en 1945, Roosevelt siempre estuvo de pie cuando tuvo que pronunciar un discurso importante. Los medios informativos ayudaron en el intento de Roosevelt de desempeñar su papel con dignidad, y la gran mayoría de los norteamericanos nunca supo de la gravedad del impedimento de Roosevelt, ni le tuvo lástima.

Este líder entusiasta que aprovechaba su simpatía para mantener su reserva, fue una combinación ambigua de manipulador político y visionario. Gobernó más a menudo por instinto que por análisis, despertando emociones muy contrastadas⁴⁵⁴. Como dijo Isaiah Berlin, Roosevelt tenía graves fallos de carácter, que incluían falta de escrúpulos, rudeza y cinismo. Sin embargo, Berlin llegó a la conclusión de que, a la postre, éstos fueron compensados con creces por sus rasgos positivos.

Lo que atraía a sus seguidores eran unas cualidades compensadoras de un orden raro e inspirador: tenía un gran corazón y poseía vastos horizontes políticos, grandeza imaginativa, comprensión de la época en que vivía y de la dirección de las grandes y nuevas fuerzas que estaban en acción en el siglo XX [...]⁴⁵⁵.

Éste fue el presidente que lanzó a los Estados Unidos al liderazgo internacional en que las cuestiones de guerra o paz, progreso o estancamiento por el mundo entero llegaron a depender de su visión y de su garantía.

El paso dado por los Estados Unidos, de su compromiso en la Primera Guerra Mundial a su participación activa en la segunda, resultó largo e interrumpido así como lo fue el cambio de actitud de la nación ante el aislacionismo. La profunda repulsa que el país había sentido hacia los asuntos internacionales muestra la magnitud de la realización de Roosevelt. Por tanto, es necesario hacer un breve bosquejo del trasfondo histórico ante el cual este presidente dirigió su política.

En la década de los veinte, el carácter de los Estados Unidos era ambivalente y oscilaba entre la disposición a afirmar principios de aplicación universal y la necesidad de justificarlos en nombre de una política exterior aislacionista. A los norteamericanos les dio por recitar los temas tradicionales de su política exterior aún con mayor insistencia: la unicidad de la misión norteamericana como ejemplo de libertad, la superioridad moral de la política exterior democrática, la estrecha relación entre la moral personal y la internacional, la importancia de la diplomacia abierta y la sustitución del equilibrio del poder por un consenso internacional, como quedó expresado en la Sociedad de Naciones.

Todos estos principios, supuestamente universales, se enumeraban en nombre del aislacionismo. Los norteamericanos seguían siendo incapaces de creer que, fuera del continente americano, algo pudiese afectar su seguridad. Los Estados Unidos de los años veinte y treinta rechazaron hasta su propia doctrina de la seguridad colectiva para no verse envueltos en las disputas de sociedades

distantes y belicosas. Las cláusulas del Tratado de Versalles les parecieron vengativas, y las reparaciones contraproducentes. Cuando los franceses ocuparon el Ruhr, los Estados Unidos aprovecharon la ocasión para retirar de Renania las fuerzas de ocupación que les quedaban. El hecho de que el excepcionalismo wilsoniano hubiera establecido normas que ningún orden internacional podía cumplir hizo que la desilusión pasara a formar parte de su esencia misma.

La desilusión de los resultados de la guerra borró de manera considerable las distinciones entre los internacionalistas y los aislacionistas. Ni siquiera los internacionalistas más liberales veían qué interés podían tener los Estados Unidos en sostener un viciado acuerdo de posguerra. Ningún grupo importante tenía nada que decir en defensa del equilibrio del poder. Lo que se consideraba internacionalismo se estaba identificando con la pertenencia a la Sociedad de Naciones y no con la participación cotidiana en la diplomacia internacional. Hasta los más dedicados internacionalistas insistían en que la Doctrina Monroe sustituyera a la Sociedad de Naciones, y retrocedían ante la idea misma de que su país participara en las medidas coercitivas de la Sociedad de Naciones, aunque sólo fuesen económicas.

Los aislacionistas llevaron estas actitudes hasta el final. Atacaron en principio a la Sociedad de Naciones alegando que ponía en peligro los dos pilares de la política exterior histórica de los Estados Unidos: la Doctrina Monroe y el aislacionismo. Se creía que la Sociedad de Naciones era incompatible con la Doctrina Monroe porque la seguridad colectiva daba derecho a la Sociedad de Naciones, y en realidad, la requería, a participar en disputas dentro del continente americano. Así mismo, era incompatible con el aislacionismo porque la Sociedad de Naciones obligaría a los Estados Unidos a enredarse en disputas fuera del continente.

Los aislacionistas se habían anotado un punto. Si, de alguna manera, todo el continente americano fuese excluido de la operación de la seguridad colectiva, ¿qué impediría que las otras naciones del mundo organizaran agrupamientos regionales y los excluyeran de las operaciones de la Sociedad de Naciones? En ese caso, la Sociedad de Naciones habría causado la restauración del sistema de equilibrio del poder, aunque sobre una base regional. En la práctica, internacionalistas y aislacionistas coincidían en una política exterior bipartidista. Unos y otros rechazaban toda intervención en el continente americano, y toda participación en la maquinaria coercitiva de la Sociedad de Naciones fuera de él. Apoyaron las conferencias de desarme porque sí había un claro consenso en que las armas causaban la guerra y en que las reducciones de armas contribuían a la paz. Favorecían los principios generales, internacionalmente apoyados, de acuerdos pacíficos como el Pacto Kellogg-Briand, mientras estos acuerdos no implicaran una coacción. Por último, los Estados Unidos siempre ayudarían en cuestiones técnicas, generalmente financieras y sin consecuencias políticas inmediatas, como elaborar los programas de indemnizaciones convenidos.

La brecha existente en el pensamiento norteamericano entre aprobar un principio y participar en su imposición se hizo dramáticamente obvia después de la Conferencia Naval de Washington de 1921-1922. Esta conferencia fue importante en dos aspectos. Estableció topes a los armamentos navales de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón, concediendo a los Estados Unidos una Armada de iguales dimensiones que la de Gran Bretaña, y a Japón una que fuera tres quintas partes del tamaño de la Armada de los Estados Unidos. Esta cláusula reafirmó el nuevo papel de los Estados Unidos como potencia dominante en el Pacífico junto en el Japón. Por tanto, el papel de Gran Bretaña en ese teatro de operaciones fue secundario. Y, aún más importante, un segundo acuerdo, el llamado Tratado de las Cuatro Potencias, entre Japón, los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, según el cual el arreglo pacífico de las disputas reemplazaría a la vieja Alianza Anglo-Japonesa de 1902, inaugurando una época de cooperación en el Pacífico. Pero si uno de los signatarios del

Tratado de las Cuatro Potencias pasaba por alto sus cláusulas, ¿emprenderían los otros una acción contra él? «El Tratado de las Cuatro Potencias no contiene ningún compromiso de guerra [...]. No hay un compromiso con la fuerza armada, no hay una alianza, no hay una obligación escrita o moral de unirse en defensa [...]», explicó el presidente Harding a un escéptico Senado norteamericano⁴⁵⁶.

El secretario de Estado, Charles Evans Hughes, reforzó las palabras del presidente notificando a todos los signatarios del pacto que en ninguna circunstancia participarían los Estados Unidos en medidas de imposición. Pero el Senado no se dio por satisfecho y, al ratificar el Tratado de las Cuatro Potencias, añadió ciertas reservas, estipulando que no comprometería a los Estados Unidos a emplear la fuerza armada para rechazar una agresión⁴⁵⁷. En otras palabras, el acuerdo se sostendría por sus propios méritos, su inobservancia no acarrearía consecuencias, y los Estados Unidos decidirían en cada caso según surgiera, como si no existiese acuerdo alguno.

Tal como se había practicado la diplomacia durante siglos, el que un tratado solemne no confiriera el derecho de imponerlo y que la imposición tuviese que ser negociada separadamente por el Congreso, sobre las bases de cada caso, era una proposición realmente extraordinaria. Esto fue un anticipo de los debates que habría al cabo de los años, entre el gobierno de Nixon y el Congreso después del Acuerdo de Paz de Vietnam, de enero de 1973, cuando el Congreso arguyó que un acuerdo por el cual los Estados Unidos habían luchado durante tres legislativas, de uno y otro partido, no confería el derecho de imponerlo. Según esta teoría, los acuerdos con los Estados Unidos reflejarían el momentáneo humor de Washington; las consecuencias que tuvieran dependerían así mismo del humor de Washington en otro momento (actitud que no engendraría mucha confianza en los compromisos de la nación).

La reserva del Senado no había menoscabado el entusiasmo del presidente Harding por el Tratado de las Cuatro Potencias. En la ceremonia de la firma lo elogió porque protegía a las Filipinas y constituía «el comienzo de una nueva y mejor época del progreso humano». ¿Cómo era posible que un tratado sin cláusulas de imposición pudiese proteger a un país tan codiciado como las Filipinas? Pese a encontrarse en el extremo opuesto del arco político, Harding invocó la habitual liturgia wilsoniana. El mundo, afirmó, castigaría a los violadores proclamando «lo odioso de la perfidia o la infamia»⁴⁵⁸. Sin embargo, Harding no explicó de qué manera la opinión pública mundial sería determinada (ya no digamos guiada), y por qué causa, mientras los Estados Unidos se negaran a ingresar en la Sociedad de Naciones.

El Pacto Kellogg-Briand, cuya repercusión en Europa hemos analizado en el capítulo once, fue otro ejemplo de la tendencia norteamericana a considerar que los principios se aplicaban por sí solos. Aunque los dirigentes de los Estados Unidos proclamaran entusiásticamente el carácter histórico del tratado porque sesenta y dos naciones habían renunciado a la guerra como instrumento de política nacional, se negaron obstinadamente a apoyar todo mecanismo que lo aplicara, ya no digamos que lo impusiera. El presidente Calvin Coolidge, eufórico ante el Congreso en diciembre de 1928, afirmó: «La observancia de este Pacto [...] promete hacer más por la paz del mundo que ningún otro acuerdo jamás negociado entre naciones.»⁴⁵⁹

Sin embargo, ¿cómo había de realizarse esta utopía? La apasionada defensa de Coolidge del Pacto Kellogg-Briand hizo que los internacionalistas y los partidarios de la Sociedad de Naciones arguyeran muy razonablemente que, si la guerra había quedado proscrita, el concepto de neutralidad perdía todo significado. A su parecer, como la Sociedad de Naciones se había creado para identificar a los agresores, la comunidad internacional estaba obligada a castigarlos debidamente. Preguntó uno de los partidarios de esta idea: «¿Cree alguien que se podrán contener los designios agresivos de Mussolini simplemente por la buena fe del pueblo italiano y por la fuerza de la opinión

pública?»⁴⁶⁰

El carácter adivinatorio de esta pregunta no aumentó su falta de aceptación. Aun cuando se estuviese discutiendo sobre el tratado que llevaba su nombre, el secretario de Estado Kellogg, en un discurso pronunciado ante el Consejo de Relaciones Exteriores, insistió en que jamás se emplearía la fuerza para imponer su cumplimiento. Depender de la fuerza convertiría lo que había pretendido ser un gran paso hacia la paz precisamente en el tipo de alianza militar que tanto se necesitaba abolir, argumentó. Además, el Pacto tampoco debía incluir una definición de agresión, ya que cualquier definición omitiría algo y, por ello, menoscabaría la nobleza del texto del Pacto⁴⁶¹. Según Kellogg, la palabra no sólo era el principio, sino el fin:

Una nación que afirme actuar en defensa propia debe justificarse ante el tribunal de la opinión mundial, así como ante los signatarios del tratado. Por esa razón me negué a colocar en el tratado una definición de agresor o de defensa propia, porque creí que no podía redactarse por adelantado ninguna definición legalista completa [...]. Esto haría más y no menos difícil que una nación agresora probase su inocencia⁴⁶².

El Senado no se dejó impresionar más por las explicaciones de Kellogg de lo que seis años antes por la interpretación de Harding de que por qué el Tratado de las Cuatro Potencias no significaba lo que decía. En esta ocasión le añadió tres «interpretaciones» propias: en opinión del Senado, el tratado no limitaba ni el derecho de defensa propia ni la Doctrina Monroe, ni creaba obligación alguna de ayudar a las víctimas de una agresión, lo cual significaba que toda contingencia previsible había sido excluida de sus cláusulas. El Senado aprobó el Pacto Kellogg-Briand como declaración de principios mientras insistía en que el tratado no tenía consecuencias prácticas, planteando con ello la pregunta de si valía la pena comprometer a los Estados Unidos en una enunciación de principios pese a todas las reservas que inevitablemente provocaría.

Si los Estados Unidos rechazaban la alianza y expresaban sus dudas sobre la eficiencia de la Sociedad de Naciones, ¿cómo quedaría salvaguardado el sistema de Versalles? La respuesta de Kellogg resultó mucho menos original que su crítica, pues aludió al eterno recurso de la fuerza de la opinión pública:

[...] si por este tratado todas las naciones se declaran solemnemente contra la guerra como institución para zanjar las disputas internacionales, el mundo habrá dado un paso adelante, habrá creado una opinión pública, habrá unido las grandes fuerzas morales del mundo para su observancia y habrá contraído una obligación sagrada que hará mucho más difícil hundir al mundo en otro gran conflicto⁴⁶³.

Cuatro años después, Henry Stimson, el sucesor de Kellogg, y servidor público tan distinguido y culto como el que más haya servido a los Estados Unidos en el período de entreguerras, no pudo ofrecer un mejor remedio contra la agresión que el Pacto Kellogg-Briand, sostenido, desde luego, por la fuerza de la opinión pública:

El Pacto Kellogg-Briand no establece sanciones de fuerza [...]. En cambio, descansa en la sanción de la opinión pública, que puede ser una de las sanciones más poderosas del mundo [...] Los críticos que se burlan de él no han evaluado debidamente la evolución ocurrida en la opinión mundial desde la Gran Guerra⁴⁶⁴.

A una potencia lejana, situada como en una isla, como consideraban Europa y Asia a los Estados Unidos, las disputas de Europa necesariamente le parecían abstrusas y, a menudo, improcedentes. Como los Estados Unidos poseían un amplio margen de seguridad para aislarse de los desafíos que amenazaban a los países europeos sin afectar a la seguridad norteamericana, los países europeos en realidad estaban funcionando como válvulas de seguridad para los Estados Unidos. Una argumentación similar había causado el alejamiento de Gran Bretaña de la política europea cotidiana durante el período de su «espléndido aislamiento».

Sin embargo, había una diferencia fundamental entre el «espléndido aislamiento» decimonónico de Gran Bretaña y el aislacionismo norteamericano del siglo XX. También Gran Bretaña había tratado de mantenerse al margen de las diarias pugnas europeas, aunque reconocía, sin embargo, que su propia seguridad dependía del equilibrio del poder, y estaba perfectamente dispuesta a defender este equilibrio empleando los métodos tradicionales de la diplomacia europea. Los Estados Unidos, en cambio, nunca reconocieron la importancia del equilibrio del poder o del estilo europeo de diplomacia. Creyéndose bendecidos por una dispensa incomparable, y en última instancia superior, no se comprometerían y, en caso de hacerlo, sólo sería por causas generales y según su propio y particular estilo de diplomacia, que era mucho más público, jurídico e ideológico que el de Europa.

La interacción de los estilos de diplomacia europeo y norteamericano del período de entreguerras tendió, pues, a combinar lo peor de ambos enfoques. Sintiéndose amenazados, los países europeos, y especialmente Francia y las nuevas naciones de Europa del Este, no aceptaban el legado estadounidense de seguridad colectiva y arbitraje internacional, ni sus definiciones jurídicas de lo que son guerra y paz. Las naciones que compartían la interpretación norteamericana, sobre todo Gran Bretaña, no tenían ninguna experiencia de dirección política sobre esta base. Sin embargo, todos estos países eran muy conscientes de que Alemania nunca habría sido vencida sin la ayuda norteamericana. Desde el fin de la guerra, el equilibrio del poder era aún menos favorable a los antiguos aliados. En toda nueva guerra con Alemania se necesitaría con mayor urgencia la ayuda de los Estados Unidos, probablemente más pronto que la última vez, sobre todo porque la Unión Soviética ya no participaría.

El resultado práctico de esta mezcla de temor y esperanza fue que la diplomacia europea siguió apartándose de su base tradicional y dependiendo cada vez más de los Estados Unidos, lo cual originó un doble veto: Francia no actuaría sin Gran Bretaña, y Gran Bretaña no actuaría contra las opiniones enérgicamente sostenidas en Washington, aun cuando los dirigentes norteamericanos no se cansaran de insistir, volublemente, en que en ninguna circunstancia se arriesgarían a una guerra por cuestiones europeas.

La constante negativa de los Estados Unidos durante los años veinte a comprometerse a salvaguardar el sistema de Versalles resultó un terrible preparativo psicológico para los años treinta, cuando empezaron a surgir tensiones internacionales. En 1931, hubo un anticipo de lo que vendría cuando Japón invadió Manchuria, la separó de China y la convirtió en un Estado satélite. Los Estados Unidos condenaron las acciones de Japón, pero se negaron a participar en una coacción colectiva. Al censurar a Japón, los Estados Unidos introdujeron una sanción muy suya, que por entonces pareció una evasiva, pero que una década después, en manos de Roosevelt, se convertiría en un arma para imponer una confrontación con Japón. Esta sanción fue la política de negarse a reconocer los cambios territoriales hechos por la fuerza. Originada por Stimson en 1932, fue invocada por Roosevelt en el otoño de 1941 para exigir que Japón se retirara de Manchuria y abandonara todas sus demás conquistas.

El 30 de enero de 1933, la crisis mundial comenzó en serio, con el ascenso de Hitler al cargo de canciller de Alemania. El destino había decretado que Franklin Delano Roosevelt, que hizo tanto como el que más por contener a Hitler, tomara posesión de su cargo poco más de cuatro semanas después. Sin embargo, en el primer período de Roosevelt nada hacía barruntar ese resultado. En el período de entreguerras, Roosevelt rara vez se desvió de la retórica habitual y repitió los temas aislacionistas que le habían legado sus predecesores. En un discurso pronunciado ante la Fundación Woodrow Wilson, el 28 de diciembre de 1933, Roosevelt habló del inminente fin del período acordado en los Tratados Navales de los años veinte. Propuso ampliar estos acuerdos pidiendo la abolición de todas las armas ofensivas y, rememorando a Kellogg, mediante el compromiso de que ninguna nación permitiera que sus fuerzas militares entrasen en territorio de otra.

El tema era tan familiar como la solución de Roosevelt a las posibles violaciones de lo que estaba proponiendo. Nuevamente se invocó la censura de la opinión pública como único remedio disponible:

Ninguno de esos acuerdos generales para la eliminación de la agresión o de las armas de la guerra ofensiva tendría ningún valor en este mundo a menos que todas las naciones sin excepción entraran en semejante acuerdo por obligación solemne [...]. Entonces, amigos míos, sería relativamente fácil separar las ovejas de los lobos [...]. Sólo es una extensión del desafío de Woodrow Wilson el que propongamos en esta nueva generación que, en lo sucesivo, la guerra por los gobiernos sea modificada por la paz de los pueblos⁴⁶⁵.

En ninguna cláusula se mencionaba lo que les ocurriría a los lobos en cuanto los separasen de las ovejas.

La propuesta de Roosevelt ya era inútil cuando fue hecha, pues Alemania había abandonado dos meses antes la Conferencia de Desarme, y se negó a volver. Sea como fuere, prohibir las armas ofensivas no era parte del programa de Hitler. Ni tampoco, tal como se vio, sufrió Hitler un oprobio global por optar por el rearme.

El primer período de Roosevelt coincidió con el apogeo del revisionismo acerca de la Primera Guerra Mundial. En 1935, un comité especial del Senado, presidido por el senador por Dakota del Norte, Gerald Nye, publicó un informe de 1.400 páginas en que culpaba a los fabricantes de armas de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Poco después, el libro *The Road to War*, de Walter Millis, que fue un gran éxito de ventas, popularizó la misma tesis entre una gran audiencia⁴⁶⁶. Bajo el efecto de esta escuela de pensamiento, la participación de los Estados Unidos en la guerra fue achacada a felonías, conspiraciones y traiciones, y no a intereses fundamentales o permanentes.

Para impedir que los Estados Unidos volviesen a verse enredados en una guerra, el Congreso aprobó tres llamadas Leyes de Neutralidad entre 1935 y 1937. Provocadas por el Informe Nye, estas leyes prohibían los préstamos y toda otra forma de ayuda financiera a los beligerantes (cualquiera que fuese la causa de la guerra) e imponían un embargo de armas a todos los bandos (sin importar quién fuese la víctima). Sólo se autorizarían compras de artículos no militares a cambio de efectivo si eran transportados en navíos no estadounidenses⁴⁶⁷. El Congreso no estaba rechazando tanto las ganancias como los riesgos. Cuando los agresores cabalgaron sobre Europa, los Estados Unidos abolieron la distinción entre agresor y víctima, aplicando un solo conjunto de restricciones a uno y otra.

El interés nacional llegó a definirse en términos jurídicos y no geoestratégicos. En marzo de 1936, el secretario de Estado, Hull, aconsejó a Roosevelt en términos exclusivamente jurídicos sobre

el significado de la remilitarización de Renania, que había roto el equilibrio militar de Europa dejando indefensos a los países de la Europa del Este: «Diríase, por este breve análisis, que la acción del gobierno alemán ha constituido una violación de los pactos de Versalles y de Locarno, pero en lo tocante a los Estados Unidos no parece constituir una violación de nuestro tratado⁴⁶⁸ del 25 de agosto de 1921 con Alemania [...]»⁴⁶⁹

Después de su aplastante victoria electoral de 1936, Roosevelt rebasó el marco existente. De hecho, demostró que, aunque estaba preocupado por la Depresión, había captado la esencia del desafío de los dictadores mejor que ninguno de los dirigentes europeos, con excepción de Churchill. Al principio sólo trató de enunciar el compromiso moral de los Estados Unidos para con la causa de las democracias. Roosevelt comenzó este proceso educativo con el llamado Discurso de la Cuarentena, que pronunció en Chicago el 5 de octubre de 1937. Ésta fue su primera advertencia al país sobre el peligro que se aproximaba, y su primera declaración de que los Estados Unidos acaso tuviesen que asumir algunas responsabilidades al respecto. La renovada agresión militar de Japón a China, unida a la creación, el año anterior, del Eje Berlín-Roma, constituyó el telón de fondo, dando a las preocupaciones de Roosevelt una dimensión global:

La paz, la libertad y la seguridad del 90 % de la población del mundo están siendo puestas en peligro por el 10 % restante, que amenaza con descomponer todo orden y todo derecho internacionales [...]. Parece lamentablemente cierto que está cundiendo la epidemia de anarquía. Cuando empieza a difundirse la epidemia de una enfermedad cívica, la comunidad aprueba una cuarentena de los pacientes, y la aplica para proteger la salud de la comunidad contra el avance de la plaga⁴⁷⁰.

Roosevelt tuvo cuidado de no explicar lo que entendía por «cuarentena», ni si tenía en mente algunas medidas específicas. Si el discurso hubiese implicado algún tipo de acción habría sido incongruente con las Leyes de Neutralidad que el Congreso había aprobado por abrumadora mayoría y que el presidente acababa de firmar.

No es de sorprender que el Discurso de la Cuarentena fuese atacado por los aislacionistas, quienes exigieron que el presidente explicara sus intenciones. Arguyeron acaloradamente que la distinción entre naciones «amantes de la paz» y «belicosas» implicaba un juicio de valor, el cual, a su vez, conduciría al abandono de la política de no intervención con la que se habían comprometido Roosevelt y el Congreso. Dos años después, Roosevelt describió así el escándalo provocado por su discurso: «Por desgracia, esta sugerencia cayó en oídos sordos [...]. Hasta en oídos hostiles y resentidos [...] Se la llamó belicosidad; se la condenó como intento de intervención en asuntos exteriores. Hasta se la ridiculizó como febril búsqueda "bajo la cama" de unos peligros de guerra que no existían.»⁴⁷¹

Roosevelt habría podido poner fin a la controversia con sólo negar las intenciones que se le atribuían. Sin embargo, pese al diluvio de críticas, habló en una conferencia de prensa lo bastante ambiguamente para mantener abierta la opción de algún tipo de defensa colectiva. Según la práctica periodística de la época, el presidente siempre se reunía informalmente con la prensa, lo que significaba que no se le podía citar ni identificar, y se respetaban estas reglas.

Años después, el historiador Charles Beard publicó una transcripción que mostraba a Roosevelt soslayando, pero nunca negando, que el Discurso de la Cuarentena representara un nuevo enfoque, mientras se negaba a decir cuál era precisamente ese nuevo enfoque⁴⁷². Roosevelt insistió en que su discurso implicaba unas acciones que iban más allá de la condena moral a una agresión. «Hay

muchos métodos en el mundo que aún no se han probado.»⁴⁷³ Cuando se le preguntó si esto significaba que él tenía un plan, Roosevelt contestó: «No les puedo dar ninguna clave, tendrán que inventar una. Yo la tengo.»⁴⁷⁴ Pero nunca explicó cuál era su plan.

Roosevelt, el estadista, habría podido advertir contra el peligro inminente; Roosevelt, el líder político, tuvo que navegar entre tres corrientes de la opinión norteamericana: un grupo pequeño que pedía el apoyo inequívoco a todas las naciones «amantes de la paz», un grupo un tanto mayor que pedía ese apoyo siempre que no llegara a la guerra, y una gran mayoría que apoyaba el espíritu y la letra de la legislación de neutralidad. Un hábil dirigente político siempre tratará de mantener abierto el mayor número de opciones posible. Deseará presentar su proceder como la elección óptima, y no como impuesta por los acontecimientos, y ningún presidente norteamericano moderno ha sido mejor que Roosevelt en este tipo de táctica.

En una Charla junto a la Chimenea, dedicada principalmente a asuntos internos, el 12 de octubre de 1937, una semana después del Discurso de la Cuarentena, Roosevelt trató de contentar a los tres grupos. Subrayó su compromiso con la paz, habló con aprobación de una próxima conferencia de los signatarios del Tratado Naval de Washington de 1922, y dijo que la participación norteamericana en la conferencia sería una prueba de «nuestro propósito de cooperar con los otros signatarios del Tratado, incluso China y Japón»⁴⁷⁵. Su lenguaje conciliador sugería un deseo de paz aun con Japón. Al mismo tiempo, serviría como demostración de buena fe si resultara imposible cooperar con este país. Roosevelt se mostró igualmente ambiguo al hablar de la función internacional de los Estados Unidos. Recordó al público su propia experiencia de guerra como vicesecretario de la Marina: «[...] recuerdo que de 1913 a 1921 yo estuve bastante cerca de los acontecimientos mundiales y que en ese período, aunque aprendí mucho de lo que se debe hacer, también aprendí mucho de lo que no se debe hacer»⁴⁷⁶.

Sin duda, Roosevelt no habría tenido objeción si su público hubiese interpretado esta ambigua declaración en el sentido de que su experiencia en la guerra le había mostrado la importancia de no comprometerse. Por otra parte, si eso era en realidad lo que Roosevelt quería significar, habría logrado mucha mayor popularidad con sólo decirlo llanamente. A la luz de sus acciones ulteriores, es más probable que Roosevelt quisiera sugerir que llevaría adelante la tradición wilsoniana aplicando métodos más realistas.

Pese a la reacción hostil a sus declaraciones, en octubre de 1937, Roosevelt dijo al coronel Edward House, que había sido confidente de Wilson, que necesitaría tiempo «para hacer comprender al pueblo que la guerra será más peligrosa para nosotros si cerramos todas las puertas y ventanas, que si nos lanzamos a la calle y empleamos nuestra influencia para contener el motín»⁴⁷⁷. Era otra manera de decir que los Estados Unidos tendrían que participar en los asuntos internacionales en una forma aún no especificada para ayudar a sofocar las agresiones.

El problema inmediato de Roosevelt fue contrarrestar un brote de sentimiento proaislacionista. En enero de 1938, la Cámara de Representantes estuvo a punto de aprobar una enmienda constitucional que exigiría un referéndum nacional para las declaraciones de guerra, salvo en caso de que los Estados Unidos fuesen invadidos. Roosevelt tuvo que hacer un llamamiento personal para impedir su aprobación. En estas circunstancias, consideró que la discreción era su valor máspreciado. En marzo de 1938, los Estados Unidos no reaccionaron al *Anschluss* de Austria por Alemania, siguiendo la pauta de las democracias europeas, que se habían limitado a protestar débilmente. Durante la crisis que condujo a la Conferencia de Munich, Roosevelt se sintió obligado a subrayar varias veces que los Estados Unidos no participarían en un frente unido contra Hitler, y desautorizó a sus subordinados y a sus íntimos amigos que habían insinuado semejante posibilidad.

A comienzos de septiembre de 1938, en un banquete de celebración de las relaciones franco-americanas, el embajador de los Estados Unidos en Francia, William C. Bullitt, repitió una frase habitual: que Francia y los Estados Unidos estaban «unidos en la guerra y en la paz»⁴⁷⁸. Esto bastó para que los aislacionistas desencadenaran un escándalo. Roosevelt, que no podía saber de antemano los comentarios de Bullitt, puesto que fueron una especie de retórica prefabricada que se dejaba a discreción de los embajadores, sin embargo se tomó el trabajo de rechazar la insinuación de que los Estados Unidos estaban alineándose con las democracias, lo que era «ciento por ciento equivocado»⁴⁷⁹. Más adelante, ese mismo mes, cuando la guerra pareció inminente y después de que Chamberlain se hubo reunido dos veces con Hitler, Roosevelt envió dos mensajes a Chamberlain, el 26 y el 28 de septiembre, pidiendo una conferencia de las potencias interesadas que, en las circunstancias del momento, sólo podía intensificar las presiones para evitar más concesiones de Checoslovaquia.

Munich parece haber sido el punto de cambio que movió a Roosevelt a poner a los Estados Unidos en el bando de las democracias europeas, al principio en el aspecto político, pero luego, gradualmente, también en el aspecto material. Desde entonces su compromiso de frustrar a los dictadores, que culminaría tres años después con la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, fue inexorable. En una democracia, la interrelación entre los dirigentes y sus públicos siempre es compleja. Un líder que se limite a la experiencia de su pueblo en un período de trastornos logra una popularidad temporal, al precio de ser condenado por la posteridad, cuyos derechos está descuidando. Por otra parte, un líder que se adelante en exceso a su sociedad se volverá inútil. Un gran dirigente debe ser un educador, que haga de puente entre sus visiones y el ámbito doméstico; pero también debe estar dispuesto a caminar solo, para permitir que su sociedad siga la ruta que él ha elegido.

En cada gran líder hay inevitablemente un elemento de astucia que a veces simplifica los objetivos y en ocasiones la magnitud de la tarea. Pero la prueba última será ver si encarna la verdad de los valores de su sociedad y la esencia de sus desafíos. Roosevelt poseyó estas cualidades en grado extraordinario. Tenía una profunda fe en los Estados Unidos. Estaba convencido de que el nazismo era un mal, y a la vez una amenaza a la seguridad norteamericana, y se mostró extraordinariamente sagaz. Estuvo dispuesto a soportar la carga de las decisiones solitarias. Como quien baila en la cuerda floja, tuvo que avanzar con pasos angustiosamente calculados, a través del abismo que se abría entre sus metas y la realidad de su sociedad para mostrarle que la costa lejana era, en realidad, más segura que la loma ya conocida.

El 26 de octubre de 1938, menos de cuatro semanas después del Acuerdo de Munich, Roosevelt volvió al tema del Discurso de la Cuarentena. En un discurso transmitido al Foro del *Herald-Tribune* advirtió en contra de unos agresores a los que no nombró, pero fácilmente identificables, cuya «política nacional adopta como instrumento deliberado la amenaza de la guerra»⁴⁸⁰. Luego, mientras apoyaba en principio el desarme, también pidió fortalecer las defensas de su país:

[...] hemos indicado constantemente que ni nosotros ni ninguna nación aceptará el desarme mientras naciones vecinas se armen hasta los dientes. Si no hay un desarme general, deberemos seguir armándonos. Es un paso que no nos gusta y que no queremos dar. Pero, hasta que haya un abandono general de las armas de agresión, las reglas ordinarias de la prudencia nacional y del sentido común nos exigen que estemos preparados⁴⁸¹.

En secreto, Roosevelt fue mucho más lejos. A fines de octubre de 1938, en conversaciones por

separado con el ministro británico de Aviación y también con un amigo personal del primer ministro Neville Chamberlain, planteó un proyecto destinado a burlar las Leyes de Neutralidad. Propuso una evasión directa de la legislación recién firmada, y sugirió crear fábricas británicas y francesas de montaje de aviones en Canadá, cerca de la frontera norteamericana. Los Estados Unidos aportarían todas las piezas, dejando sólo el montaje final a Gran Bretaña y Francia. Esta disposición permitiría, técnicamente, que el proyecto se atuviera a la letra de las Leyes de Neutralidad, presumiblemente porque las piezas eran artículos civiles. Roosevelt dijo al emisario de Chamberlain que «en caso de guerra con los dictadores, él contaba con los recursos industriales de la nación norteamericana»⁴⁸².

El plan de Roosevelt para ayudar a las democracias a restaurar su poder aéreo falló, como era de suponer, aunque sólo fuera por la simple imposibilidad logística de mantener en secreto un esfuerzo de semejante escala. Pero desde entonces el apoyo de Roosevelt a Gran Bretaña y a Francia sólo se vio limitado cuando no fue posible burlar ni superar al Congreso y a la opinión pública.

A comienzos de 1939, en su mensaje sobre el estado de la Unión, Roosevelt identificó a Italia, Alemania y Japón como las naciones agresoras. Aludiendo al tema de su Discurso de la Cuarentena, indicó que «hay muchos métodos que no llegan a la guerra, pero que son más fuertes y más eficaces que las simples palabras para hacer comprender a los gobiernos agresores los sentimientos de nuestro propio pueblo»⁴⁸³.

En abril de 1939, menos de un mes después de la ocupación nazi de Praga, Roosevelt definió por primera vez la agresión en contra de los países pequeños como una amenaza general a la seguridad de los Estados Unidos. En una conferencia de prensa, el 8 de abril de 1939, Roosevelt dijo a los reporteros que «la continuada independencia política, económica y social de cada pequeña nación del mundo tiene un efecto sobre nuestra seguridad y prosperidad nacionales. Cada una que desaparece debilita nuestra seguridad y nuestra prosperidad»⁴⁸⁴. En un discurso pronunciado ante la Unión Panamericana el 14 de abril dio un paso más al afirmar que los intereses de seguridad de los Estados Unidos ya no podían limitarse a la Doctrina Monroe:

No cabe duda de que en unos cuantos años, flotillas aéreas atravesarán el océano tan fácilmente como hoy cruzan los cerrados mares de Europa. Por tanto, el funcionamiento de la economía de Europa se vuelve, necesariamente, una unidad; en el futuro, ninguna interrupción dejará de perturbar la vida económica en todas partes.

La pasada generación, en cuestiones panamericanas, se ocupó de construir los principios y los mecanismos por los cuales este hemisferio trabajaría de acuerdo. Pero la próxima generación se preocupará por los métodos mediante los cuales el Nuevo Mundo podrá vivir, unido y en paz, con el Viejo⁴⁸⁵.

En abril de 1939, Roosevelt se dirigió directamente a Hitler y a Mussolini en un mensaje que, aun cuando fue ridiculizado por los dictadores, había sido bien pensado para demostrar al pueblo norteamericano que los países del Este sí tenían planes de agresión. Roosevelt, sin duda uno de los presidentes norteamericanos más astutos y tortuosos, pidió a los dictadores, pero no a Gran Bretaña ni a Francia, garantías de que no atacarían a unas 31 naciones europeas y asiáticas, especificadas, durante un período de diez años⁴⁸⁶. Luego, pidió garantías similares a esas 31 naciones con respecto a Alemania e Italia. Por último, ofreció la participación de su país en cualquier conferencia de desarme, resultante de una relajación de las tensiones.

La nota de Roosevelt no pasará a la historia diplomática como ejemplo de minucioso trabajo de equipo. Por ejemplo: Siria y Palestina, que eran territorios bajo protección francesa y británica,

respectivamente, aparecían en ella como Estados independientes⁴⁸⁷. Hitler se divirtió de lo lindo empleando el mensaje de Roosevelt para pronunciar algunos de sus discursos en el Reichstag. Ante la hilaridad general, Hitler leyó lentamente la larga lista de países que Roosevelt estaba rogándole que dejara en paz. Mientras el *Führer* pronunciaba los nombres de uno y otro país, en el Reichstag resonaban las carcajadas. Hitler procedió luego a preguntar si cada uno de los países enumerados en la nota de Roosevelt (muchos de los cuales ya estaban gimiendo bajo su bota) en realidad se sentían amenazados. Ellos, desde luego, se apresuraron a negar toda preocupación.

Aunque Hitler se anotó el punto oratorio, Roosevelt alcanzó el objetivo político. Al pedir garantías sólo a Hitler y a Mussolini, los había estigmatizado como agresores ante el pueblo norteamericano, el único público que, por el momento, le importaba. Para lograr que su pueblo apoyara a las democracias, Roosevelt necesitaba presentar las cuestiones en términos que fuesen más allá del equilibrio del poder, como una lucha en defensa de víctimas inocentes contra un agresor maligno. Tanto su nota como la reacción de Hitler le ayudaron a alcanzar este objetivo.

Roosevelt se apresuró a convertir el nuevo umbral psicológico de los Estados Unidos en moneda estratégica. En el mismo mes de abril de 1939, fue acercando a los Estados Unidos hacia una cooperación militar *de facto* con Gran Bretaña. Un acuerdo entre los dos países dejó libre a la Marina Real para concentrar todas sus fuerzas en el Atlántico, mientras los Estados Unidos llevaban el grueso de su flota al Pacífico. Esta división del trabajo implicaba que los Estados Unidos asumían la responsabilidad de defender las posesiones asiáticas de Gran Bretaña contra Japón. Antes de la Primera Guerra Mundial se había firmado un acuerdo análogo entre Gran Bretaña y Francia (que había originado la concentración de la flota francesa en el Mediterráneo) como argumento de que Gran Bretaña estaba moralmente obligada a entrar en la Primera Guerra Mundial en defensa de la costa atlántica de Francia.

Los aislacionistas, que observaban las acciones de Roosevelt, se sintieron profundamente preocupados. En febrero de 1939, antes de que estallara la guerra, el senador Arthur Vandenberg había planteado con elocuencia el argumento aislacionista:

Cierto; vivimos en un mundo acortado en que, en comparación con la época de Washington, el tiempo y el espacio parecen relativamente aniquilados. Pero aún doy gracias a Dios por dos océanos aislantes; y aunque se hayan acortado, siguen siendo nuestra bendición suprema si se los sabe aprovechar de manera debida y prudente [...].

Tenemos todas nuestras simpatías y nuestras emociones naturales en favor de las víctimas de ataques nacionales o internacionales por todo el mundo; pero no somos ni podemos ser el protector ni el policía del mundo⁴⁸⁸.

Cuando, como respuesta a la invasión alemana de Polonia, Gran Bretaña le declaró la guerra el 3 de septiembre de 1939, Roosevelt no tuvo más remedio que invocar las Leyes de Neutralidad. Al mismo tiempo, procedió con rapidez a modificar la legislación para permitir que Gran Bretaña y Francia compraran armas norteamericanas.

Roosevelt había evitado invocar las Leyes de Neutralidad en la guerra entre Japón y China, aparentemente porque no se había declarado ninguna guerra; en realidad, porque creía que un embargo de armas perjudicaría a China mucho más que a Japón. Pero si estallaba la guerra en Europa, sería formalmente declarada y Roosevelt no podría recurrir a un subterfugio para burlar las Leyes de Neutralidad. Por consiguiente, a principios de 1939 Roosevelt pidió una revisión de las Leyes de Neutralidad porque «pueden actuar de manera inadecuada e injusta»⁴⁸⁹. El Congreso no

actuó hasta que hubo comenzado la guerra europea. La propuesta de Roosevelt había sido derrotada tres veces en el Congreso a principio de año, lo que demuestra la fuerza de la opinión aislacionista.

El mismo día que Gran Bretaña declaró la guerra, Roosevelt convocó una sesión especial del Congreso para el 21 de septiembre. Esta vez Roosevelt se impuso. La llamada Cuarta Ley de Neutralidad, del 4 de noviembre de 1939, permitió a los beligerantes comprar armas y municiones de los Estados Unidos siempre que pagaran en efectivo y se llevaran sus compras en sus propios navíos o en barcos neutrales. Dado que, a causa del bloqueo británico, sólo Gran Bretaña y Francia se encontraban en posición de hacerlo, la «neutralidad» iba volviéndose un término cada vez más técnico. Las Leyes de Neutralidad sólo habían durado mientras no había nada ante lo cual ser neutral.

Durante la «guerra de mentirijillas», los dirigentes norteamericanos siguieron creyendo que sólo se les pedía ayuda material. Al parecer, el ejército francés, protegido por la Línea Maginot y apoyado por la Marina Real, estrangularía a Alemania mediante una combinación de guerra defensiva en tierra y bloqueo naval.

En febrero de 1939, Roosevelt envió a Europa al subsecretario de Estado, Sumner Welles, para analizar las posibilidades de paz durante la «guerra de mentirijillas». El primer ministro francés, Daladier, supuso que Welles estaba pidiendo una paz de compromiso que dejara Europa central en manos de Alemania, aunque la mayoría de los interlocutores de Welles no interpretaron en ese sentido sus observaciones y, en el caso de Daladier, tal vez fuese su deseo el que originó esa interpretación⁴⁹⁰. El propósito de Roosevelt al enviar a Welles a Europa no había sido tanto mediar cuanto demostrar su compromiso con la paz a su pueblo aislacionista. También quería dejar establecido el derecho norteamericano de participar, en caso de que la «guerra de mentirijillas» culminara en un acuerdo de paz. El ataque de Alemania a Noruega, pocas semanas después, puso fin a esa misión particular.

El 10 de junio de 1940, mientras Francia caía ante los invasores nazis, Roosevelt abandonaba la neutralidad formal y se ponía abiertamente del lado de Gran Bretaña. En un enérgico discurso pronunciado en Charlottesville, Virginia, combinó una ardiente denuncia contra Mussolini, cuyos ejércitos habían atacado ese día Francia, con el compromiso norteamericano de extender su total ayuda material a cada país que resistiera a la agresión alemana. Al mismo tiempo, proclamó que los Estados Unidos intensificarían sus propias defensas:

En este décimo día de junio de 1940, en esta universidad fundada por el primer gran maestro norteamericano de la democracia, mandamos nuestras plegarias y nuestras esperanzas a quienes, del otro lado de los mares, están sosteniendo con magnífico valor sus batallas por la libertad. En nuestra unidad norteamericana seguiremos dos trayectorias obvias y simultáneas: extenderemos a los adversarios de la fuerza los recursos materiales de esta nación; y, al mismo tiempo, controlaremos y aceleraremos el uso de esos recursos para que nosotros, en los Estados Unidos, podamos tener equipo y preparación para afrontar cualquier emergencia y cualquier defensa⁴⁹¹.

El discurso de Roosevelt en Charlottesville constituyó una ruptura. Ante la inminente derrota de Gran Bretaña, cualquier presidente de los Estados Unidos habría podido descubrir en la Marina Real un componente esencial de la seguridad del continente americano. Pero resulta difícil imaginar a cualquier contemporáneo de Roosevelt, de cualquiera de los dos partidos políticos, que, habiendo tenido el valor y la visión de reconocer el desafío, tuviese también la fuerza de voluntad necesaria para conducir paso a paso a un pueblo aislacionista al compromiso de hacer todo lo necesario para derrotar a la Alemania nazi.

La expectativa así causada de que tarde o temprano los Estados Unidos serían aliados de Gran Bretaña fue, sin duda, uno de los elementos determinantes para sostener la decisión de Churchill de continuar la lucha por sí solo:

Llegaremos hasta el fin [...]. Y aun si, lo que por ningún momento creo, esta isla o gran parte de ella fuese sometida y pasara hambre, entonces nuestro Imperio del otro lado de los mares, armado y guardado por la flota británica, continuaría la lucha hasta que, cuando Dios diga, el Nuevo Mundo, con todo su poder y su potencia, salga al rescate y a la liberación del Viejo⁴⁹².

Los métodos de Roosevelt eran complejos: elevados en la declaración de sus objetivos, tortuosos en su táctica, explícitos al definir las cuestiones, y no muy francos al explicar las complejidades de ciertos hechos en particular. Muchas de las acciones de Roosevelt estaban en los límites de la constitucionalidad. Ningún presidente contemporáneo podría recurrir a los métodos de Roosevelt y seguir en el cargo; sin embargo, Roosevelt había visto claramente que el margen de seguridad de su patria iba reduciéndose y que una victoria de las potencias del Eje lo anularía por completo. Ante todo, consideró que Hitler era un anatema para todos los valores que los Estados Unidos habían representado a lo largo de su historia.

Tras la caída de Francia, Roosevelt subrayó cada vez más la amenaza inminente a la seguridad norteamericana. El Atlántico tenía el mismo significado para Roosevelt que el canal de la Mancha para los estadistas británicos. Consideró de vital interés nacional que no fuese dominado por Hitler, y por ello, en su informe sobre el estado de la Unión del 6 de enero de 1941, Roosevelt vinculó la seguridad norteamericana con la supervivencia de la Marina Real:

Hace poco indiqué la rapidez con que el ritmo de la vida moderna podría traer a nuestro propio medio el ataque físico que, a la larga, hemos de esperar si las naciones de dictadores ganan la guerra.

Se habla mucho de nuestra inmunidad ante toda invasión inmediata y directa llegada del otro lado de los mares. Es obvio que, mientras la Armada británica conserve su poder, no existe semejante peligro⁴⁹³.

Desde luego, si eso era cierto, los Estados Unidos estaban obligados a hacer todos los esfuerzos para impedir la derrota de Gran Bretaña. En caso extremo, incluso se verían obligados a entrar en guerra.

Durante muchos meses, Roosevelt había estado actuando sobre la premisa de que los Estados Unidos podrían tener que entrar en guerra. En septiembre de 1940, había inventado una disposición ingeniosa para entregar a Gran Bretaña 50 destructores, supuestamente ya viejos, a cambio del derecho de colocar bases norteamericanas en ocho posesiones británicas, desde Terranova hasta Sudamérica. Winston Churchill lo calificaría posteriormente como un «acto decididamente poco neutral», pues los destructores eran mucho más importantes para Gran Bretaña que las bases para los Estados Unidos. Casi todas estaban muy lejos de cualquier concebible teatro de operaciones, y algunas de ellas hasta duplicaban la función de bases norteamericanas ya existentes. Además, el trato de los destructores representó un pretexto basado en la opinión jurídica de un personaje escogido por el propio Roosevelt, el procurador general Francis Biddle (del que difícilmente se podría decir que era un observador imparcial).

Roosevelt no buscó la aprobación del Congreso ni la modificación de las Leyes de Neutralidad para realizar el intercambio de destructores por bases. Tampoco fue emplazado por el Congreso, por

muy inconcebible que esto parezca a la luz de las prácticas contemporáneas. El hecho de que Roosevelt diera este paso cuando comenzaba la campaña presidencial nos da una medida de su preocupación por una posible victoria nazi y de su compromiso por elevar la moral británica. (Fue una suerte para Gran Bretaña y para la causa de la unidad norteamericana que las opiniones de política exterior de su adversario electoral, Wendell Willkie, no fuesen muy diferentes de las de Roosevelt.)

Al mismo tiempo, Roosevelt aumentó considerablemente el presupuesto de Defensa de los Estados Unidos y, en 1940, persuadió al Congreso para que introdujera el reclutamiento en tiempos de paz. Tan poderoso seguía siendo el sentimiento aislacionista que éste fue aprobado por un solo voto en la Cámara de Representantes en el verano de 1941, menos de cuatro meses antes de la entrada en guerra.

Inmediatamente después de las elecciones, Roosevelt procedió a eliminar el requisito de la Cuarta Ley de Neutralidad, la de que el material de guerra norteamericano sólo podía pagarse en efectivo. En una Charla junto a la Chimenea, Roosevelt tomó un término de Wilson y dijo que los Estados Unidos debían llegar a ser el «arsenal de la democracia»⁴⁹⁴. El instrumento jurídico para lograrlo fue la Ley de Préstamos y Arrendamientos, que confería autoridad discrecional al presidente para prestar, arrendar, vender o intercambiar, en las condiciones que estimara apropiadas, cualquier artículo de defensa al «gobierno de cualquier país cuya defensa considere vital para la defensa de los Estados Unidos». El secretario de Estado Hull, habitualmente apasionado wilsoniano y partidario de la seguridad colectiva, justificó la Ley de Préstamos y Arrendamientos por motivos estratégicos de una forma un tanto peculiar. Sin una enorme ayuda norteamericana, arguyó, Gran Bretaña caería, y el dominio del Atlántico pasaría a manos hostiles, comprometiendo la seguridad del continente americano.⁴⁹⁵

Sin embargo, si esto fuera cierto, los Estados Unidos sólo podrían evitar su participación en la guerra si Gran Bretaña fuese capaz de vencer a Hitler por sí sola, lo que ni siquiera Churchill consideraba posible. El senador Taft consideró este punto en su oposición a la Ley de Préstamos y Arrendamientos. Los aislacionistas se organizaron en el llamado Primer Comité de América, encabezado por el general Robert E. Wood, presidente de la junta de Sears, Roebuck and Company, y apoyado por personajes sobresalientes en muchos campos, entre ellos Kathleen Norris, Irvin S. Cobb, Charles A. Lindbergh, Henry Ford, el general Hugh S. Johnson, Chester Bowles y la hija de Theodore Roosevelt, la esposa de Nicholas Longworth.

El apasionamiento de los aislacionistas en su oposición a la Ley fue captado en un comentario del senador Arthur Vandenberg, uno de sus más elocuentes portavoces, el 11 de marzo de 1941: «Hemos arrojado a la basura el discurso de despedida de Washington. Nos hemos lanzado de lleno a la política de poder y a las guerras de poder de Europa, Asia y África. Hemos dado el primer paso en una dirección de la que en adelante no podremos retroceder.»⁴⁹⁶ El análisis de Vandenberg era atinado, pero fue el mundo el que impuso esa necesidad; y era mérito de Roosevelt haberla reconocido.

Después de proponer la Ley de Préstamos y Arrendamientos, Roosevelt hizo cada vez más explícita su determinación de lograr la derrota de los nazis. Desde antes de que se aprobara la Ley, los jefes del estado mayor británico y norteamericano, previendo su aprobación, se reunieron para organizar los recursos de que podrían disponer. También empezaron a planificar el momento en que los Estados Unidos participarían activamente en la guerra; de hecho, lo único que les faltaba fijar era el momento de entrada de los Estados Unidos en la guerra. Roosevelt no firmó el llamado Acuerdo ABC-1, según el cual en caso de guerra se daría la máxima prioridad a la lucha contra Alemania.

Pero fue debido a imperativos internos y a restricciones constitucionales, y no a su ambigüedad de propósitos.

Las atrocidades nazis fueron socavando cada vez más la distinción entre luchar por promover los valores norteamericanos o por defender la seguridad de los Estados Unidos. Hitler había dejado tan atrás cualquier norma moral que la batalla contra él asimiló el triunfo del bien sobre el mal a la lucha por la simple supervivencia. Así, en enero de 1941, Roosevelt resumió los objetivos de los Estados Unidos en lo que llamó las Cuatro Libertades: libertad de expresión, libertad de culto, libertad de toda carencia y libertad de todo temor. Estas metas fueron mucho más allá que las de ninguna guerra europea anterior. Ni siquiera Wilson había proclamado una cuestión social como la libertad de toda carencia como objetivo de guerra.

En abril de 1941, Roosevelt dio otro paso hacia la guerra al autorizar un acuerdo con el representante danés en Washington (con categoría de ministro) para permitir que fuerzas norteamericanas ocuparan Groenlandia. Como Dinamarca estaba ocupada por los nazis y no se había formado un gobierno danés en el exilio, el diplomático sin país cargó con la responsabilidad de «autorizar» unas bases norteamericanas en tierra danesa. Al mismo tiempo, Roosevelt informó en privado a Churchill que en adelante navíos norteamericanos patrullarían el Atlántico Norte al oeste de Islandia, cubriendo casi dos tercios de todo el océano, y «notificarían la posición de posibles navíos o aviones agresores cuando se encontraran en el área de patrulla norteamericana»⁴⁹⁷. Tres meses después, tropas norteamericanas aceptaron una invitación del gobierno local; desembarcaron en Islandia, otra posición danesa, para reemplazar a las fuerzas británicas. Luego, sin aprobación del Congreso, Roosevelt declaró que toda el área situada entre esas posesiones danesas y la América del Norte formaba parte del Sistema de Defensa del Hemisferio Occidental.

En un extenso discurso radiado el 27 de mayo de 1941, Roosevelt anunció el estado de emergencia y confirmó el compromiso de los Estados Unidos con el progreso social y económico:

No aceptaremos un mundo dominado por Hitler. No aceptaremos un mundo, como el de la posguerra de los años veinte, en que las semillas del hitlerismo puedan volver a plantarse y se les permita crecer.

Sólo aceptaremos un mundo consagrado a la libertad de palabra y de expresión: libertad de cada uno para adorar a Dios a su propia manera, libertad de toda necesidad, y libertad de todo terror⁴⁹⁸.

La frase «no aceptaremos» significaba que Roosevelt en realidad estaba comprometiendo a los Estados Unidos a ir a la guerra por las Cuatro Libertades, si no se podían lograr de ninguna otra manera.

Pocos presidentes norteamericanos han sido tan sensibles y tan perspicaces como Franklin Delano Roosevelt para captar la psicología de su pueblo. Roosevelt comprendió que sólo una amenaza a su seguridad podría moverlo a apoyar los preparativos militares. Pero, para llevarlos a la guerra, sabía que necesitaba apelar a su idealismo casi del mismo modo que lo hiciera Wilson. En opinión de Roosevelt, las necesidades de seguridad de los Estados Unidos bien podían satisfacerse con el dominio del Atlántico, pero sus objetivos de guerra requerían cierta visión de un nuevo orden mundial. Por ello, «equilibrio del poder» no es un término que se encuentre entre las declaraciones de Roosevelt, salvo cuando lo usó despectivamente. Lo que deseaba era crear una comunidad mundial compatible con los ideales democráticos y sociales de los Estados Unidos, como la mejor garantía para la paz.

En este ambiente, el presidente de unos Estados Unidos técnicamente neutrales y el genuino jefe de guerra británico, Winston Churchill, se reunieron en agosto de 1941 en un crucero frente a la costa de Terranova. La posición de Gran Bretaña había mejorado un tanto cuando Hitler invadió la Unión Soviética en junio, pero Inglaterra distaba mucho de tener la victoria asegurada. No obstante, el comunicado conjunto que emitieron los dos dirigentes no reflejó una declaración de los tradicionales objetivos de guerra, sino el plan de un mundo totalmente nuevo, que llevaría el *imprimátur* de los Estados Unidos. La Carta del Atlántico proclamó un conjunto de «principios comunes» en que el presidente y el primer ministro fundamentaban «sus esperanzas de un mejor futuro del mundo»⁴⁹⁹. Estos principios extendían las originales Cuatro Libertades de Roosevelt, incorporando la igualdad de acceso a materias primas y los esfuerzos comunes para mejorar las condiciones sociales en todo el mundo.

La Carta del Atlántico situaba el problema de la seguridad de posguerra en términos enteramente wilsonianos y no contenía ningún elemento geopolítico. «Tras la destrucción final de la tiranía nazi», las naciones libres renunciarían al uso de la fuerza e impondrían el desarme permanente a las naciones «que amenacen [...] con agresión». Esto favorecería «todas las demás medidas practicables que aligeren, para los pueblos amantes de la paz, la aplastante carga de los armamentos»⁵⁰⁰. Se consideraban dos categorías de naciones: las agresoras (específicamente Alemania, Japón e Italia), que quedarían permanentemente desarmadas, y los «países amantes de la paz», a los que se permitiría conservar fuerzas militares aunque, se esperaba, a niveles muy reducidos. La autodeterminación nacional sería la esencia de este nuevo orden mundial.

La diferencia entre la Carta del Atlántico y el Plan Pitt, por el cual Gran Bretaña había propuesto poner fin a las guerras napoleónicas, mostró hasta qué punto Gran Bretaña había pasado a ser el socio menor en la relación anglo-americana. La Carta del Atlántico no se refería ni una sola vez a un nuevo equilibrio del poder, mientras que el Plan Pitt no había pretendido ser otra cosa. Gran Bretaña no había olvidado el equilibrio de poder después de haber luchado en la guerra más desesperada de su larga historia: al contrario, Churchill había comprendido que la entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial alteraría por sí misma el equilibrio del poder en favor de Gran Bretaña. Mientras tanto, tenía que subordinar los objetivos británicos a largo plazo a las necesidades inmediatas, lo que Gran Bretaña nunca se había sentido obligada a hacer durante las guerras napoleónicas.

Al ser proclamada la Carta del Atlántico, los ejércitos alemanes se aproximaban a Moscú, y las fuerzas japonesas se preparaban a invadir el sureste de Asia. Churchill estaba preocupado ante todo por suprimir los obstáculos a la participación norteamericana en la guerra, pues comprendía muy bien que, por sí sola, Gran Bretaña no lograría obtener una victoria decisiva, aun con la participación soviética y con el apoyo material norteamericano. Además, la Unión soviética podía desplomarse, y siempre era posible algún compromiso entre Hitler y Stalin que amenazara a Gran Bretaña con quedar nuevamente aislada. Churchill no vio ningún interés en discutir sobre la estructura de posguerra antes de estar seguro de que podría haberla.

En septiembre de 1941, los Estados Unidos cruzaron la línea de la beligerancia. La orden de Roosevelt de que se informara a la armada británica de la posición de los submarinos alemanes había hecho inevitable que, tarde o temprano, ocurriera algún choque. El 4 de septiembre de 1941, el destructor norteamericano Greer fue torpedeado mientras señalaba la ubicación de un submarino alemán a unos aviones británicos. El 11 de septiembre, sin describir las circunstancias, Roosevelt denunció la «piratería alemana». Comparando los submarinos alemanes con una víbora dispuesta a atacar, ordenó a la Marina norteamericana hundir «a primera vista» todo submarino alemán o italiano

descubierto en el área defensiva norteamericana previamente establecida, que se extendía hasta Islandia. A fines prácticos, los Estados Unidos estaban en guerra, en el mar, contra las potencias del Eje⁵⁰¹.

Simultáneamente, Roosevelt recogió el desafío japonés. Como respuesta a la ocupación japonesa de Indochina, en julio de 1941, abolió el tratado comercial de los Estados Unidos con Japón, prohibió que se le vendiera chatarra, y pidió al gobierno holandés en el exilio que suspendiera las exportaciones de petróleo de las Indias Orientales Holandesas (la actual Indonesia) a Japón. Estas presiones condujeron a una negociación con Japón, que comenzó en octubre de 1941. Roosevelt dio instrucciones a los negociadores norteamericanos de que exigieran que Japón renunciara a todas sus conquistas, incluso a Manchuria, invocando la anterior negativa de los Estados Unidos a «reconocer» estos actos.

Roosevelt debió de saber que no había la menor posibilidad de que Japón aceptara. El 7 de diciembre de 1941, siguiendo la pauta de la guerra ruso-japonesa, Japón lanzó un ataque por sorpresa a Pearl Harbor y destruyó una parte considerable de la flota norteamericana del Pacífico. El 11 de diciembre, Hitler, que había firmado un tratado tripartito con Japón e Italia, declaró la guerra a los Estados Unidos. Nunca se ha explicado satisfactoriamente por qué Hitler dejó así libre a Roosevelt de concentrar el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos precisamente en el país que Roosevelt siempre había considerado el principal enemigo.

La entrada de los Estados Unidos en guerra constituyó la culminación de la extraordinaria empresa diplomática de un audaz y extraordinario dirigente. En menos de tres años, Roosevelt había llevado a su pueblo, tradicionalmente aislacionista, a una guerra global. Todavía en mayo de 1940 el 64 % de los norteamericanos había considerado que mantener la paz era más importante que derrotar a los nazis. Dieciocho meses después, en diciembre de 1941, poco antes del ataque a Pearl Harbor, las proporciones se habían invertido: sólo el 32 % favorecía la paz, por encima de impedir ese triunfo"

Roosevelt había alcanzado su meta, paciente e inexorablemente, educando a su pueblo paso a paso, acerca de las necesidades que veía ante él. Sus públicos filtraban sus palabras a través de sus propias preocupaciones y no siempre comprendían que su destino último era la guerra, aunque no pueden haber dudado de que se trataba de una confrontación. De hecho, Roosevelt no estaba tan inclinado a la guerra como a la victoria sobre los nazis; simplemente, al transcurrir el tiempo, sólo con la entrada de los Estados Unidos en la guerra se les podría vencer.

El hecho de que su entrada en la guerra pareciera tan súbita al pueblo norteamericano se debió a tres factores: los norteamericanos no habían tenido experiencia de guerra por cuestiones de seguridad fuera del continente americano; muchos creían que las democracias europeas triunfarían por sí solas, mientras que pocos comprendían la naturaleza de la diplomacia que había precedido al ataque japonés a Pearl Harbor o a la brusca declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos. El hecho de que los Estados Unidos tuviesen que ser bombardeados en Pearl Harbor para que entraran en guerra en el Pacífico, y de que en Europa fuese Hitler el que acabara por declarar la guerra a los Estados Unidos, y no ellos a él, ofrece una idea de su profundo aislacionismo.

Al iniciar las hostilidades, las potencias del Eje habían resuelto el prolongado dilema de Roosevelt sobre cómo llevar a los norteamericanos a la guerra. Si Japón hubiese concentrado su ataque en el sureste de Asia y Hitler no hubiese declarado la guerra a los Estados Unidos, habría sido mucho más complicada la tarea de Roosevelt de convencer a su pueblo de sus propias opiniones. A la luz de las proclamadas convicciones morales y estratégicas de Roosevelt, no cabe duda de que, a la postre, de alguna manera habría logrado alistar a los Estados Unidos para la lucha

que consideraba tan decisiva para el futuro de la libertad y para la seguridad norteamericana.

Generaciones posteriores de norteamericanos han atribuido mayor valor a la total franqueza del jefe de su ejecutivo. Sin embargo, como Lincoln, Roosevelt comprendió que la supervivencia de su país y de sus valores estaba en juego, y que la historia le haría responsable de los resultados de sus solitarias iniciativas. También como en el caso de Lincoln, es una medida de la deuda que los pueblos libres tienen para con Franklin Delano Roosevelt el que la sabiduría de su solitaria actitud se dé hoy simplemente por sentada.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Tres aproximaciones a la paz: Roosevelt, Stalin y Churchill en la Segunda Guerra Mundial

Al atacar a la Unión Soviética, Hitler desencadenó la más inmensa guerra terrestre en la historia de la humanidad. El horror de esa guerra no tuvo precedentes, ni siquiera en comparación con la barbarie de anteriores conflictos europeos. Fue una lucha genocida a muerte. Mientras los ejércitos alemanes avanzaban penosamente por Rusia, Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos, convirtiendo lo que había sido una guerra europea en un conflicto universal. El ejército alemán asoló Rusia, pero no logró asestarle el golpe definitivo. En el invierno de 1941, fue detenido en las afueras de Moscú. Luego, en el invierno de 1942-1943, la ofensiva alemana llegó a su fin, esta vez por el sur de Rusia. En una encarnizada batalla en el gélido Stalingrado, Hitler perdió la totalidad del Sexto Ejército. Se había partido la columna dorsal del esfuerzo de guerra alemán. Los jefes aliados, Churchill, Roosevelt y Stalin, pudieron empezar entonces a pensar en la victoria y en la futura configuración del mundo.

Cada uno de los vencedores hablaba en función de sus experiencias históricas nacionales. Churchill deseaba reconstruir el tradicional equilibrio del poder en Europa, lo que significaba rehacer Gran Bretaña, Francia y hasta la vencida Alemania para que, junto con los Estados Unidos, estos países pudiesen servir de contrapeso al coloso soviético del Este. Roosevelt pensaba en un orden de posguerra en que los tres vencedores, junto con China, actuarían como un consejo de dirección mundial, imponiendo la paz contra cualquier potencial malhechor, que en su opinión probablemente sería Alemania; esta visión llegaría a ser conocida como los «Cuatro Policías». El enfoque de Stalin reflejó su ideología comunista y, a la vez, la tradicional política exterior rusa. Se esforzó por capitalizar la victoria de su país extendiendo la influencia rusa por Europa central, y se propuso convertir los países conquistados por las armas soviéticas en zonas amortiguadoras que protegieran a Rusia de toda futura agresión alemana.

Roosevelt se había adelantado mucho a su pueblo cuando comprendió que una victoria de Hitler pondría en peligro la seguridad norteamericana. Pero convino con su pueblo en rechazar el modelo tradicional de diplomacia europea. Cuando insistió en que una victoria nazi amenazaría a los Estados Unidos, no se propuso movilizar a su país para restaurar el equilibrio europeo del poder. Según Roosevelt, el propósito de la guerra había sido suprimir a Hitler como obstáculo para establecer un orden internacional de cooperación, basado en la armonía y no en el equilibrio.

Por consiguiente, a Roosevelt le impacientaban las perogrulladas que pretendían encarnar las lecciones de la historia. Rechazó la idea de que una derrota total de Alemania podría crear un vacío, que entonces la victoriosa Unión Soviética trataría de ocupar. Se negó a tolerar salvaguardias contra toda posible rivalidad de posguerra entre los vencedores, porque esto implicaría el restablecimiento del equilibrio del poder que él, en realidad, deseaba destruir. La paz sería conservada por un sistema de seguridad colectiva, mantenido por los aliados de guerra actuando de acuerdo y basado en la mutua buena voluntad y la vigilancia.

Puesto que en estas circunstancias no habría un equilibrio que mantener, sino un estado de paz

universal, Roosevelt decidió que, tras la derrota de la Alemania nazi, los Estados Unidos repatriarían a sus fuerzas militares. No tenían ninguna intención de acantonar permanentemente fuerzas norteamericanas en Europa, y menos aún para que sirvieran de contrapeso a los soviéticos, lo cual, en su opinión el público norteamericano nunca toleraría. El 29 de febrero de 1944, antes de que las tropas norteamericanas entraran en Francia Roosevelt escribió a Churchill:

Por favor, no me pida mantener fuerzas norteamericanas en Francia. ¡Simplemente, no puedo hacerlo! Tendrán que regresar todas. Como ya le sugerí anteriormente, denuncio y protesto contra la paternidad de Bélgica, Francia e Italia. Ustedes realmente tendrían que disciplinar a sus propios hijos. Dado que pueden ser sus baluartes en días futuros, ¡al menos deberían pagarles la escuela ahora⁵⁰²!

En otras palabras, Gran Bretaña tendría que defender Europa sin la ayuda norteamericana.

Con el mismo razonamiento rechazó Roosevelt toda responsabilidad norteamericana por la reconstrucción económica de Europa:

No deseo que los Estados Unidos soporten, en la posguerra, la carga de reconstruir Francia, Italia y los Balcanes. Ésta no es tarea natural nuestra a una distancia de más de 5.000 kilómetros. Es, indiscutiblemente, una tarea británica, en que los ingleses tienen intereses mucho más vitales que nosotros⁵⁰³.

Roosevelt sobreestimó la capacidad británica de posguerra al pedirles que se encargaran de la defensa y, al mismo tiempo, de la reconstrucción de Europa. La posición de Gran Bretaña en este asunto se complicaba más por el profundo desdén que sentía Roosevelt hacia Francia. En febrero de 1945, durante la conferencia de Yalta, la más importante celebrada entre los vencedores, Roosevelt censuró a Churchill en presencia de Stalin por intentar convertir «artificialmente» a Francia en una gran potencia. Como si la absurdidad de semejante conducta no necesitara explicación, se burló del argumento de Churchill, que describió como esfuerzo por establecer una línea de defensa a lo largo de la frontera oriental de Francia, tras la cual Gran Bretaña podría entonces reunir su ejército⁵⁰⁴. De hecho, entonces, ésta era la única posibilidad de oponerse al expansionismo soviético.

Roosevelt no estaba dispuesto a aceptar un papel permanente para los Estados Unidos, pero deseaba que los victoriosos Aliados supervisaran el desarme y la partición de Alemania y que sometieran a su control a otros varios países (sorprendentemente, Roosevelt incluyó a Francia en la categoría de los países a los que habría que controlar). Ya desde la primavera de 1942, con motivo de una visita a Washington del ministro de Exteriores soviético Molotov, Roosevelt esbozó su idea de los «Cuatro Policías» que impondrían la paz en el mundo de posguerra. Harry Hopkins informó por carta a Churchill del pensamiento del presidente:

Roosevelt ha hablado a Molotov de un sistema que sólo permitiría tener armas a las grandes potencias: Gran Bretaña, los Estados Unidos, la Unión Soviética y posiblemente China. Estos «policías» trabajarían conjuntamente para mantener la paz⁵⁰⁵.

Por último, Roosevelt estaba resuelto a poner fin a los imperios coloniales británico y francés:

Cuando hayamos ganado la guerra, lucharé con todas mis fuerzas para que los Estados Unidos

no se vean obligados a aceptar algún plan que fomente las ambiciones imperialistas de Francia, o que ayude o aliente al Imperio británico en sus ambiciones imperiales⁵⁰⁶.

La política de Roosevelt constituía una mezcla embriagadora de tradicional excepcionalismo norteamericano, idealismo wilsoniano y esa misteriosa penetración que Roosevelt tenía de la psique norteamericana, siempre mejor sintonizada con las causas universales que con cálculos de castigos y recompensas. Churchill había logrado (demasiado bien) fomentar la ilusión de que Gran Bretaña seguía siendo una gran potencia capaz de resistir por sí sola al expansionismo soviético. Pues sólo semejante convicción puede explicar la propuesta de Roosevelt de establecer un orden mundial basado en la retirada de las tropas norteamericanas de ultramar, una Alemania desarmada, una Francia reducida a la condición de potencia de segunda clase y una Unión Soviética que tendría enfrente un enorme vacío. Así, el período de posguerra se convirtió en todo un ejercicio para enseñar a los Estados Unidos cuán esenciales eran para mantener el nuevo equilibrio del poder.

El plan de los Cuatro Policías, que provocaría y garantizaría la paz universal, representaba un acuerdo entre el tradicional enfoque de Churchill del equilibrio del poder y el desenfrenado wilsonismo de los asesores de Roosevelt, ejemplificados por el secretario de Estado, Cordell Hull. Roosevelt estaba resuelto a evitar los errores de la Sociedad de Naciones y del sistema establecido tras la Primera Guerra Mundial. Deseaba instaurar alguna forma de seguridad colectiva, pero sabía por la experiencia de los años veinte que la seguridad colectiva necesitaba quien la aplicara, y ésta sería la función de los Cuatro Policías.

El concepto de Roosevelt en realidad era estructuralmente similar a la Santa Alianza de Metternich, aunque esta comparación habría horrorizado a los liberales norteamericanos. Cada uno de estos sistemas representaba un intento de mantener la paz mediante una coalición de vencedores, que sostendría los valores compartidos. El sistema de Metternich funcionó porque había protegido un auténtico equilibrio del poder en que los países clave habían compartido, de hecho, valores comunes, y Rusia, aunque a veces inquieta, poco más o menos había cooperado. El concepto de Roosevelt no pudo aplicarse porque de la guerra no surgió un auténtico equilibrio del poder, porque había una profunda brecha ideológica entre los vencedores y porque Stalin una vez liberado de la amenaza alemana, no tuvo ningún problema en favorecer los intereses ideológicos y políticos soviéticos, aun al precio de una confrontación con sus antiguos aliados.

Roosevelt no tomó medidas por lo que pudiera ocurrir si uno de los propuestos policías se negara a desempeñar el papel que se le había asignado, especialmente si ese policia era la Unión Soviética. En tal caso habría que reconstruir, después de todo, el tan vilipendiado equilibrio del poder, y cuanto más radicalmente se hubiesen extirpado los elementos del equilibrio tradicional, más hercúlea sería la tarea de crear un nuevo equilibrio del poder.

Roosevelt no habría podido encontrar a un interlocutor más opuesto a él que Stalin. Mientras que Roosevelt deseaba aplicar el concepto wilsoniano de armonía internacional, Stalin seguía estrictamente el concepto de *Realpolitik* del Viejo Mundo. Cuando un general norteamericano, en la Conferencia de Potsdam, trató de halagar a Stalin observando la alegría que le había dado ver los ejércitos rusos en Berlín, Stalin respondió rudamente: «El zar Alejandro I llegó a París.»

Stalin definió las exigencias de la paz del mismo modo que lo habían hecho, durante siglos, los estadistas rusos: como el cinturón de seguridad más ancho posible en torno a la vasta periferia de la Unión Soviética. Le agradó la insistencia de Roosevelt en la rendición incondicional, porque ésta eliminaría a las potencias del Eje como elementos de un acuerdo de paz e impediría la aparición de un equivalente alemán de Talleyrand en una conferencia por la paz.

La ideología reforzaba la tradición. Como buen comunista, Stalin se negaba a establecer distinción alguna entre las naciones democráticas y las fascistas, aunque sin duda considerara que las democracias eran menos brutales y, acaso, también menos formidables. Stalin no poseía un aparato conceptual que le permitiera ceder territorios en nombre de la buena voluntad, ni una realidad «tangible» por la euforia del momento. Por tanto, tenía que proponer a sus aliados democráticos los mismos acuerdos que había propuesto a Hitler un año antes. La cooperación con Hitler no le había hecho simpatizar más con el nazismo de lo que su ulterior alianza con las democracias le hizo apreciar las virtudes de las instituciones libres. Tomaría de cada uno de sus aliados temporales tanto como pudiera diplomáticamente, y se apoderaría, por la fuerza, de lo que no se le hubiese dado gratuitamente, mientras pudiera hacerlo sin arriesgarse a una guerra. Su única idea siguió siendo el interés nacional soviético, desde el punto de vista de la ideología comunista. Parafraseando a Palmerston, diremos que no tenía amigos, sino sólo intereses.

Cuando más dispuesto estuvo Stalin a negociar sus objetivos de posguerra fue al complicarse su posición militar. Al tener literalmente el cuchillo en la garganta, intentó pactar en diciembre de 1941, cuando el secretario británico de Exteriores, Anthony Eden, visitó Moscú, y nuevamente en mayo de 1942, cuando envió a Molotov a Londres y luego a Washington. Sin embargo, estos esfuerzos se vieron frustrados porque Roosevelt se opuso frontalmente a toda discusión detallada de los objetivos de paz. Tras la batalla de Stalingrado, Stalin se sintió cada vez más seguro de que al finalizar la guerra la Unión Soviética quedaría en posesión de la mayor parte de los territorios que probablemente estarían en disputa. Así que, al tener cada vez menos que ganar en unas negociaciones confió la configuración del mundo de la posguerra al avance de sus ejércitos.

Churchill habría estado perfectamente dispuesto a negociar con Stalin acerca del orden europeo de posguerra antes de que éste estuviera en condiciones de adueñarse de sus presas. Al fin y al cabo, en la historia británica había habido más de una vez aliados expansionistas como Stalin, que luego habían sido superados. Si Gran Bretaña hubiese sido más poderosa, sin duda Churchill habría tratado de arrancar a Stalin unos acuerdos prácticos mientras aún necesitaba ayuda, casi como Castlereagh obtuvo la aquiescencia de sus aliados a la libertad de los Países Bajos mucho antes de terminadas las guerras napoleónicas.

Churchill llevaba más tiempo en la guerra que ninguno de sus asociados. Durante casi un año, tras la caída de Francia en junio de 1940, Gran Bretaña se había defendido sola contra Hitler, sin que procediera por entonces reflexionar sobre las metas de posguerra. La supervivencia absorbía todas sus energías, y el resultado de la guerra todavía era muy incierto. Aun con la enorme ayuda material norteamericana, Gran Bretaña no tenía esperanzas de ganar. Si los Estados Unidos y la Unión Soviética no hubiesen entrado en guerra cuando lo hicieron, Gran Bretaña habría sido llevada a aceptar un compromiso o a sufrir la derrota.

El ataque de Hitler a la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, el de Japón a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, y pocos días después la incomprensible declaración de guerra de Hitler a los Estados Unidos dieron a Gran Bretaña la certeza de que se encontraría en el bando vencedor, por muy larga y penosa que fuera la guerra. Sólo a partir de entonces Churchill pudo empezar a pensar con realismo en objetivos de guerra. Habría de hacerlo en un contexto que no tenía precedentes para su país. Al prolongarse la guerra, cada vez fue más evidente que el tradicional objetivo británico de mantener un equilibrio del poder en Europa estaba quedando fuera de su alcance y que, después de imponer a Alemania la rendición incondicional, la Unión Soviética surgiría como la nación dominadora en el continente, sobre todo si los Estados Unidos retiraban su ejército.

Por todo ello, la diplomacia de Churchill en tiempos de guerra consistió en maniobrar entre dos

gigantes que amenazaban la posición de Gran Bretaña, aunque desde direcciones opuestas. Cuando Roosevelt defendió la autodeterminación por todo el mundo, en realidad desafió al Imperio británico; el intento de Stalin de proyectar la Unión Soviética al centro de Europa amenazaba con socavar la seguridad británica.

Arrinconado entre el idealismo wilsoniano y el expansionismo ruso, Churchill hizo lo que pudo, desde una posición de relativa debilidad, para justificar la antigua máxima de su país: que si no se quiere dejar el mundo en manos de los más fuertes e implacables, la paz debe fundamentarse en algún tipo de equilibrio. También comprendió claramente que al término de la guerra Gran Bretaña ya no sería capaz de defender por sí sola sus intereses vitales, y mucho menos de vigilar el equilibrio del poder. Aunque firme y confiado en apariencia, Churchill sabía, mejor que sus amigos norteamericanos, quienes aún creían que Gran Bretaña lograría mantener por sí sola el equilibrio europeo, que la función de su patria en la guerra sería su última acción como potencia global verdaderamente independiente. Por tanto, para Churchill ningún aspecto de la diplomacia aliada era más importante que el de crear unos lazos de amistad con los Estados Unidos, tan sólidos que Gran Bretaña no se encontrara sola en la posguerra. Por ello, al final cedió a las preferencias norteamericanas, aunque a menudo logró convencer a su asociado de que los intereses estratégicos de Washington casi coincidían con los de Londres.

Aquella resultó una tarea formidable, pues Roosevelt y sus asociados desconfiaban profundamente de los motivos británicos, y temían que Churchill estuviese más interesado en favorecer los intereses nacionales e imperiales de Gran Bretaña y en sostener el equilibrio del poder que en defender el enfoque norteamericano del orden mundial.

Casi cualquier otra sociedad habría considerado natural que los ingleses intentaran favorecer su interés nacional; pero para los dirigentes norteamericanos esto representaba un fallo inherente al carácter británico. En un banquete privado que tuvo lugar poco después del ataque a Pearl Harbor, Roosevelt presentó así la situación:

La idea que tenemos de ese papel acaso no sea enteramente objetiva; tal vez no sea ciento por ciento segura desde el punto de vista británico, pero así es. Yo he estado intentando decirle [a Churchill] que debiera considerarla. Son parte de la tradición norteamericana esta desconfianza, este disgusto y hasta este odio a Gran Bretaña [...]⁵⁰⁷.

Como Roosevelt no quiso discutir sobre objetivos de guerra antes de Stalingrado, y como Stalin prefería dejar que las líneas de batalla determinaran el resultado político, casi todas las ideas de tiempos de guerra acerca del orden de posguerra provenían de Churchill. La reacción norteamericana fue bien captada por el secretario de Estado Hull en noviembre de 1943, cuando mostró gran desdén por las verdades tradicionales británicas:

[...] ya no habrá necesidad de esferas de influencia, de alianzas, de equilibrio de poder, o de ninguna de las otras disposiciones especiales por las cuales, en el triste pasado, las naciones se esforzaban en salvaguardar su seguridad o en promover sus intereses⁵⁰⁸.

A lo largo de la guerra Roosevelt, en cuanto a relaciones humanas, estuvo más cerca de Churchill que de casi ningún norteamericano. Sin embargo, en cuestiones específicas pudo criticarlo con mayor dureza que a Stalin. En Churchill encontró a un camarada de armas; en Stalin vio a un asociado para desempeñar la tarea de mantener la paz de posguerra.

La ambivalencia de los Estados Unidos hacia Gran Bretaña se centró en tres cuestiones: la tradición anticolonial de los Estados Unidos, la naturaleza de la estrategia de guerra y la configuración de la Europa de posguerra. Desde luego, Rusia también era un inmenso imperio, pero sus colonias estaban contiguas a su territorio, y el imperialismo ruso nunca había sido considerado por la conciencia norteamericana como el colonialismo británico. Churchill bien pudo quejarse de que Roosevelt equiparara las Trece Colonias con las posesiones británicas en el siglo XX, lo que demostraba «las dificultades de comparar situaciones en diversos siglos y escenarios donde casi todo hecho material es totalmente distinto [...]»⁵⁰⁹. Sin embargo, Roosevelt estaba menos interesado en refinar analogías históricas que en plantear los principios fundamentales de los Estados Unidos. En su primera reunión con Churchill, en que ambos jefes proclamaron la Carta del Atlántico, Roosevelt insistió en que este acuerdo se aplicara no sólo a Europa sino incluso en las zonas coloniales:

Tengo la firme creencia de que si queremos llegar a una paz estable, habrá de incluir el desarrollo de los países atrasados [...]. No puedo creer que emprendamos una lucha contra la esclavitud fascista y al mismo tiempo no nos esforcemos por liberar a todos los pueblos del mundo de una atrasada política colonial⁵¹⁰.

El gabinete de guerra británico rechazó categóricamente esta interpretación:

[...] la Carta del Atlántico [...] fue dirigida a las naciones de Europa a las que esperamos liberar de la tiranía nazi; no pretendía tratar de los asuntos internos del Imperio británico, ni de las relaciones entre los Estados Unidos y, por ejemplo, las Filipinas⁵¹¹.

La referencia a las Filipinas pretendía contener lo que Londres juzgaba una excesiva injerencia norteamericana, recordando a los líderes de los Estados Unidos lo que tenían que perder si llevaban demasiado lejos sus argumentos. Sin embargo, acabó por no dar en el blanco porque, de hecho, los Estados Unidos estaban practicando lo mismo que predicaban, y ya habían decidido conceder la independencia a su única colonia en cuanto terminara la guerra.

El debate angloamericano por el colonialismo no tendría fin. En un discurso del Día de los Caídos de 1942, el subsecretario de Estado, Sumner Welles, amigo y confidente de Roosevelt, reiteró la tradicional oposición de los Estados Unidos al colonialismo:

Si ésta es en realidad una guerra por la liberación de los pueblos, debe asegurar la libertad soberana de los pueblos por todo el mundo, así como en las Américas. Nuestra victoria deberá traer como consecuencia la liberación de todos los pueblos [...] La época del imperialismo ha terminado⁵¹².

Poco después, Roosevelt envió una nota al secretario de Estado, Hull, informándole de que la declaración de Welles era oficial; éste es el tipo de gesto que no fortalece precisamente los lazos de afecto entre un secretario de Estado y su subsecretario, porque implica que el subsecretario está más cerca del presidente. Con el tiempo, Hull consiguió la dimisión de Welles.

Las ideas de Roosevelt sobre el colonialismo eran premonitorias⁵¹³. Deseaba que los Estados Unidos acaudillaran la inevitable liberación de las zonas coloniales, para que la búsqueda de la autodeterminación no se convirtiera en una pugna racial, como le confió Roosevelt a su asesor Charles Taussig:

El presidente dijo que le preocupaban los pueblos de color del Este. Dijo que había 1.100 millones de personas de piel oscura. En muchos países del Este, los gobierna un puñado de blancos, y esto lo acusan. Nuestra meta debe ser ayudarlos a lograr la independencia. Mil cien millones de enemigos potenciales son peligrosos⁵¹⁴.

El debate por el colonialismo no habría podido tener consecuencias prácticas hasta el fin de la guerra, cuando Roosevelt ya habría muerto. Pero la controversia por la estrategia sí tuvo repercusiones inmediatas, reflejando muy diferentes conceptos nacionales sobre la guerra y la paz. Mientras que los norteamericanos solían considerar la victoria como un fin en sí misma, sus homólogos ingleses trataban de asociar las operaciones militares con una precisa planificación diplomática para el mundo de la posguerra.

Las experiencias militares más importantes de los Estados Unidos habían sido su propia Guerra de Secesión, en que se luchó hasta el fin, y la Primera Guerra Mundial. Ambas habían terminado con una victoria total. En el pensamiento norteamericano, la política exterior y la estrategia se hallaban separadas en fases sucesivas de la política nacional. En el universo ideal norteamericano, los diplomáticos se mantenían lejos de la estrategia, y el personal militar había terminado su tarea antes de que entrara en acción la diplomacia; los Estados Unidos pagarían cara esta separación en las guerras de Corea y de Vietnam.

Por el contrario, para Churchill, la estrategia de guerra y la política exterior estaban directamente vinculadas. Puesto que los recursos de Gran Bretaña eran mucho más limitados que los de los Estados Unidos, sus estrategias siempre habían tenido que enfocar los medios tanto como los fines. Al haberse casi desangrado en la Primera Guerra Mundial, los dirigentes británicos estaban decididos a evitar otra matanza similar, y toda estrategia que prometiera minimizar las bajas les parecía atractiva.

Por consiguiente, casi en cuanto los Estados Unidos entraron en guerra, Churchill propuso un ataque a lo que llamó «panza» del Eje en el sur de Europa. Al final de la guerra, insistentemente pero en vano, pidió a Eisenhower tomar Berlín, Praga y Viena antes que los ejércitos soviéticos. Para Churchill, el atractivo de estos blancos no era la vulnerabilidad de los Balcanes (que en realidad son un terreno extremadamente difícil), ni el potencial militar de las capitales de la Europa central, sino su utilidad para limitar la influencia soviética en la posguerra.

Los jefes militares norteamericanos reaccionaron a las recomendaciones de Churchill con impaciencia, casi con indignación. Creyeron que la estrategia de la «panza» era otro ejemplo más de la tendencia de los británicos a aprovecharse de los Estados Unidos para favorecer sus intereses nacionales, y la rechazaron alegando que no arriesgarían la vida de sus hombres por objetivos tan secundarios. Desde el comienzo de la planificación conjunta, los comandantes norteamericanos se mostraron deseosos de abrir un segundo frente en Francia. Sin importarles la ubicación de las líneas del frente siempre que la guerra terminara en una victoria total, arguyeron que sólo así podrían provocar que la fuerza principal del ejército alemán entrara en combate. En marzo de 1942, el general George Marshall, jefe del estado mayor de los Estados Unidos, enfurecido por la resistencia británica a apoyar sus planes de abrir un segundo frente, amenazó con invertir el llamado Acuerdo ABC-1 del año anterior, que había dado prioridad al teatro de la guerra en Europa, y trasladar al Pacífico el principal esfuerzo bélico norteamericano.

Roosevelt demostró que era un dirigente tan poderoso entonces como lo había sido al llevar a su patria a la guerra. Pasando por encima de Marshall, recordó a los generales disconformes que la decisión inicial de dar prioridad a la derrota de Alemania se había tomado en bien del interés

común, y no para favorecer a Gran Bretaña:

Es de la mayor importancia comprender que la derrota de Japón no acabará con Alemania y que la concentración norteamericana contra Japón en este año o en 1943 aumenta las posibilidades de un completo dominio alemán en Europa y África [...] La derrota de Alemania significa la derrota de Japón, probablemente sin disparar un solo tiro ni perder una sola vida⁵¹⁵.

Roosevelt aceptó gran parte de la estrategia de Churchill, pero se opuso a un desembarco en los Balcanes. Sí apoyó el desembarco en el África del Norte en noviembre de 1942 y, tras la conquista de la costa septentrional del Mediterráneo, también apoyó un desembarco en Italia en 1943, que dejó a ésta fuera de combate. El segundo frente, en Normandía, no surgió hasta junio de 1944, cuando Alemania estaba ya tan debilitada que las bajas aliadas se redujeron muchísimo, y la victoria definitiva pareció al alcance de la mano.

Stalin era un partidario tan decidido del segundo frente como los jefes militares norteamericanos, pero sus motivos eran geopolíticos y no militares. En 1941, sin duda estaba deseoso de que las fuerzas alemanas se retiraran del frente ruso. De hecho, estaba tan desesperado por recibir ayuda militar que invitó a Gran Bretaña a enviar una fuerza expedicionaria al Cáucaso⁵¹⁶. En 1942, durante el avance alemán por el sur de Rusia, Stalin siguió insistiendo con urgencia en abrir un segundo frente, aunque ya no mencionara una fuerza expedicionaria aliada.

El clamor de Stalin por este motivo continuó aun después de la batalla de Stalingrado, a finales de 1942, que demostró que el curso de la guerra estaba volviéndose contra Alemania. Lo que tanto atraía a Stalin de un segundo frente era, ante todo, su distancia de Europa central y oriental, y de los Balcanes, donde los intereses occidentales muy probablemente chocarían con los soviéticos. También aseguraba que los capitalistas no salieran indemnes de la guerra. Curiosamente, Stalin, aun cuando insistiera en tener voz y voto en los planes aliados en Occidente, negaba a las democracias todo acceso a la planificación soviética, y sólo les revelaba una mínima parte de sus disposiciones militares.

Tal como resultaron las cosas, los Aliados atrajeron tantas divisiones alemanas a Italia, cerca de 33, como las que había pedido Stalin en sus demandas de un segundo frente en Francia (no dejó de pedir entre 30 y 40)⁵¹⁷. Sin embargo, Stalin intensificó sus protestas contra la estrategia en el sur. Desde su punto de vista, el error básico era su proximidad geográfica a países que eran objeto de la codicia soviética. Stalin insistió en abrir un segundo frente en 1942 y en 1943, por la misma razón por la que Churchill deseaba aplazarlo: porque alejaría a los Aliados de las zonas políticamente en disputa.

En el debate por el origen de la Guerra Fría, algunos críticos renombrados sostuvieron que el no haber abierto antes un segundo frente había causado la intransigencia de Stalin en Europa oriental. Según su razonamiento, este retraso provocó la ira y el cinismo de los soviéticos mucho más que ningún otro factor⁵¹⁸. Sin embargo, resulta inverosímil que el viejo bolchevique, recién salido de un pacto con Hitler y de una negociación para dividirse el mundo con el dirigente nazi, se «desilusionara» de la *Realpolitik*, si es que eso era, en realidad, la política aliada. Es difícil imaginar que el organizador de los juicios, las purgas y las matanzas de Katyn se volviera cínico por la decisión estratégica de relacionar los objetivos militares con los políticos. Apostó por el segundo frente como se jugó todo lo demás: fríamente, de manera realista y calculadora.

En todo caso, los jefes del estado mayor conjunto simplemente reflejaban la convicción del liderazgo político norteamericano, de que convenía aplazar toda discusión sobre el mundo de

posguerra hasta haber logrado la victoria. Tal fue la decisión que forjó el mundo de la posguerra e hizo inevitable la Guerra Fría.

Por regla general, los países que luchan por la estabilidad y el equilibrio deben hacer todo lo que esté en su poder por decidir sus condiciones básicas de paz cuando aún están en guerra. Mientras el enemigo esté en el campo de batalla, su fuerza aumenta, indirectamente, la del bando de la paz. Si se pasa por alto este principio y se dejan sin resolver las cuestiones clave hasta que llegue la conferencia de paz, la potencia más decidida quedará en posesión de las recompensas, y sólo se la podrá desalojar mediante una grave confrontación.

Durante la Segunda Guerra Mundial fue especialmente necesario establecer un acuerdo de los Aliados sobre las metas de posguerra, o al menos un análisis, debido a la política de rendición incondicional promulgada por Roosevelt y Churchill en Casablanca en enero de 1943. Roosevelt había propuesto dicha política por razones muy diversas. Temía que una discusión de las condiciones de paz con Alemania dividiera a los Aliados, y también deseaba concentrar toda su fuerza en el esfuerzo de ganar la guerra. Así mismo, quería tranquilizar a Stalin, entonces en plena batalla de Stalingrado, de que no se firmaría una paz por separado. Pero ante todo, Roosevelt deseaba prevenir una nueva ronda de reclamaciones revisionistas alemanas sobre cómo se había llevado con engaños a Alemania a poner fin a la guerra mediante promesas después incumplidas.

Sin embargo, la negativa de Roosevelt a hablar sobre la configuración mundial de posguerra mientras durase la confrontación le restó una enorme influencia a los Estados Unidos en favor de un resultado que carecía de elementos tan decisivos como un equilibrio del poder o algunas normas para dar soluciones políticas. En todas las cuestiones en que serían aplicables las suposiciones wilsonianas de una armonía subyacente, Roosevelt fue el principal forjador del mundo de posguerra. Bajo su mandato, en una serie de conferencias internacionales se elaboraron los planes de los elementos cooperativos del orden mundial de posguerra: de lo que llegarían a ser las Naciones Unidas (en Dumbarton Oaks), del mundo de las finanzas (en Bretton Woods), de alimentación y agricultura (en Hot Springs), de ayuda y rehabilitación (en Washington) y de la aviación civil (en Chicago)⁵¹⁹. Pero fue inflexible en su negativa a discutir sobre objetivos de guerra o a arriesgarse a un desacuerdo en ese punto con los soviéticos.

Al principio, Stalin consideró que la negativa de Roosevelt a discutir sobre la situación de posguerra a nivel geopolítico era una maniobra táctica, destinada a explotar sus propias dificultades militares. Según él, la guerra había estallado debido a la creación de un nuevo y más favorable equilibrio de poder a partir del vacío dejado por la inminente desintegración del Eje. En diciembre de 1941, Stalin, demasiado tradicionalista para esperar que Occidente dejase que las condiciones finales de paz dependieran de las operaciones militares, había intentado enredar a Eden en un acuerdo de posguerra, mientras las tropas alemanas avanzaban hacia los suburbios de Moscú. En esa ocasión, las primeras observaciones de Stalin pusieron en claro que no estaban hablando acerca de la Carta del Atlántico. Las declaraciones de principio, afirmó, eran como el álgebra; él prefería la aritmética práctica. Stalin no quería perder tiempo en abstracciones y prefería negociar unas concesiones recíprocas que, según esperaba, se plasmasen en forma de territorios.

Lo que Stalin tenía en mente era la simple y anticuada *Realpolitik*. Alemania debía ser desmembrada, y Polonia avanzaría hacia el oeste. La Unión Soviética volvería a sus fronteras de 1941, lo que significaba específicamente la Línea Curzon con Polonia y la conservación de los Estados del Báltico, lo que constituía una clara violación del principio de autodeterminación proclamado por la Carta del Atlántico. A cambio de ello, la Unión Soviética apoyaría cualquier demanda que Gran Bretaña decidiera hacer por obtener bases en Francia, Bélgica, Holanda, Noruega

y Dinamarca⁵²⁰, todas ellas aliadas de Inglaterra. Stalin consideraba la situación como lo habría hecho un príncipe del siglo XVIII: al vencedor le toca todo el botín.

Por otra parte, Stalin aún no había presentado demandas acerca del futuro político de los países de la Europa del Este, e insinuó cierta flexibilidad, sin entrar en detalles, acerca de la frontera con Polonia. Sin embargo, Gran Bretaña no podía violar la Carta del Atlántico sólo tres meses después de ser proclamada, y los dirigentes norteamericanos ni siquiera considerarían lo que les parecía un retorno a los acuerdos secretos que tanto habían viciado la diplomacia de la Primera Guerra Mundial. Aun así, las condiciones ofrecidas por Stalin, por muy brutales que fuera, eran mejores de lo que finalmente surgió de la guerra, y probablemente se habrían podido mejorar mediante negociaciones. Eden evitó un estancamiento, prometió informar a Churchill o a Roosevelt de sus conversaciones con Stalin y reanudar más adelante el diálogo.

Pese a su precaria situación militar, o quizá debido a ella, en la primavera de 1942 Stalin volvió al tema. Churchill estaba perfectamente dispuesto a analizar un *quid pro quo* soviético por el reconocimiento de las fronteras de 1941; pero Roosevelt y sus consejeros, dispuestos a evitar todo lo que se pareciera a un acuerdo de equilibrio de poder, se negaron rotundamente a discutir los problemas de posguerra. Hull escribió a Churchill, en nombre de Roosevelt:

[...] Abandonar nuestras declaraciones básicas generales de política, principios y práctica, constituiría una decisión muy dudosa. Si nos apartamos de ellas en uno o dos casos importantes, como usted propone, entonces ninguno de los dos países que participaran en semejante acción tendría algún precedente en que basarse, ni reglas estables por las cuales gobernarse e insistir en que por ellas se rigieran otros gobiernos⁵²¹.

Luego, Stalin trató de decidir estos asuntos enviando a Molotov a Londres en mayo de 1942. En las discusiones preparatorias para esa visita, en abril de 1942, el embajador soviético, Iván Maisky, aumentó las condiciones planteadas por Stalin cuatro meses antes⁵²². La Unión Soviética exigía ahora unos pactos de ayuda mutua con Rumania y Finlandia para el período de posguerra. Considerando que aún había ejércitos alemanes en territorio soviético, ésta pareció otra extraordinaria expresión de los objetivos de Stalin a largo plazo, aunque debe observarse que aún no llegaba ni en su alcance ni en su sustancia a la órbita de satélites que surgió al terminar la guerra por falta de todo acuerdo.

Churchill tropezó con la violenta oposición de Washington a llevar adelante esta negociación. Hull declaró que las conversaciones anglo-soviéticas se oponían a los acuerdos de la Carta del Atlántico, constituían un desafío a la tradicional oposición de los Estados Unidos a los intercambios territoriales por la fuerza, y que eran un regreso a la política de poder de un pasado ya desacreditado⁵²³. Roosevelt se dirigió a Stalin en el mismo sentido. Stalin replicó con una nota en que acusaba recibo del mensaje de Roosevelt, pero no lo comentaba, lo que era una clara señal de que no había sido acogida favorablemente. En una nota enviada simultáneamente a Churchill, Stalin le pedía pasar por alto la «intromisión norteamericana»⁵²⁴.

A comienzos de la guerra, Stalin estaba impaciente por llegar a un acuerdo sobre las fronteras de 1941; y era demasiado cínico para no haber esperado la petición de algún tipo de *quid pro quo*. Nada es más inútil que hablar de lo que podría haber ocurrido en la historia; nunca se conocerá el precio que Stalin estaba dispuesto a pagar, porque Roosevelt interrumpió abruptamente el diálogo anglo-soviético invitando a Molotov a Washington.

Con motivo de la visita de Eden a Moscú en diciembre de 1941, Stalin había mostrado su disposición a ser flexible ante la cuestión de las fronteras de Polonia, llamándola «cuestión

abierta»⁵²⁵. Con la retrospectiva de la historia, Stalin acaso estuviera dispuesto a cambiar el reconocimiento de las fronteras de 1941 por su aceptación de los gobiernos en el exilio de Europa oriental (a los que aún no había desafiado), con una advertencia a los Estados del Báltico para que volvieran a su condición independiente de 1940 y permitieran establecer bases soviéticas en su territorio. Luego, esto habría podido producir un resultado en la Europa del Este según el modelo finlandés, es decir, unos Estados respetuosos de la seguridad soviética, pero también democráticos y libres de llevar adelante una política exterior independiente. Esto, sin duda, habría sido mejor para el bienestar de los pueblos de la Europa del Este que lo que sucedió y, a la postre, incluso para la Unión Soviética.

Todas estas perspectivas se desvanecieron en cuanto Molotov llegó a Washington a finales de mayo de 1942 y se enteró de que los Estados Unidos no requerían un acuerdo político a la Unión Soviética, sino la aceptación de un nuevo enfoque del orden mundial. Roosevelt presentó a Molotov la alternativa norteamericana a las ideas de Stalin (y de Churchill) sobre las esferas de influencia. Sencillamente, la fórmula era un retorno al concepto wilsoniano de seguridad colectiva, modificado por la idea de los Cuatro Policías. Esta disposición, arguyó Roosevelt, daría a la Unión Soviética mayor seguridad que el tradicional equilibrio de poder⁵²⁶.

No se sabe claramente por qué creyó Roosevelt que Stalin, que había hecho tan maquiavélicas propuestas a Churchill, pudiese encontrar atractivo un gobierno mundial. Tal vez creyó que, de ocurrir lo peor y si Stalin insistía en conservar el territorio que sus ejércitos habían conquistado, le sería más fácil, ante la opinión nacional, inclinarse ante un *fait accompli* que aceptar las demandas de Stalin mientras el resultado militar aún era incierto.

Roosevelt se mostró más explícito respecto a la cuestión colonial. Propuso un mandato internacional para todas las antiguas colonias, que «por nuestra propia seguridad deben ser arrebatadas a las naciones débiles» (categoría en la que incluyó a Francia)⁵²⁷, e invitó a la Unión Soviética a ser miembro fundador del Consejo de Fideicomiso.

Si Molotov hubiese sido un filósofo, habría reflexionado sobre la circularidad de la historia por la cual, en un período de dieciocho meses, le habían propuesto ser miembro de dos alianzas distintas y opuestas: Hitler y Ribbentrop en un pacto tripartito formado por Alemania, Italia y Japón; y Roosevelt, en una coalición que incluiría a los Estados Unidos, Gran Bretaña y China. En cada caso, el pretendiente había tratado de atraer a Molotov con la perspectiva de poseer tierras exóticas en el Sur; Berlín le había ofrecido Oriente Medio, Washington, unos mandatos coloniales. Pero Molotov en ningún caso se permitiría desviarse de su obsesiva búsqueda de los inmediatos objetivos que estuvieran al alcance de los ejércitos soviéticos.

Tampoco vio Molotov ninguna necesidad de adaptar sus tácticas al interlocutor que tenía enfrente. En Washington, como antes en Berlín, aceptó en principio participar en el acuerdo propuesto. No pareció preocuparle el hecho de que los Cuatro Policías le hubiesen colocado en compañía de los enemigos declarados del grupo cuya oferta había recibido él dieciocho meses antes. Como en Berlín, tampoco el hecho de que Molotov aceptara en principio fue causa de que abandonara las ambiciones territoriales de Stalin en Europa. En Washington como en Berlín, Molotov se mostró irreductible en lo tocante a las fronteras de 1941 al exigir una influencia soviética hegemónica en Bulgaria, Rumania y Finlandia, y derechos especiales en los Dardanelos. En ambas ocasiones dejó la cuestión colonial para más adelante.

Es probable que Stalin apenas pudiese creer en tanta suerte cuando Molotov le informó que Washington se negaba a hablar de un acuerdo político mientras la guerra aún estuviera vigente, pues esto significaba que él no tendría que hacer concesiones en tanto que el ejército alemán siguiera en el

campo de batalla. En cuanto Stalin comprendió que los Estados Unidos estaban aplazando todo acuerdo político hasta el período de posguerra, abandonó su habitual estilo insistente y bravucón, y no volvió a mencionar el tema. Al ver que su posición negociadora mejoraba con cada paso hacia la victoria aliada, Stalin tendría mucho que ganar si aplazaba las discusiones políticas y se apoderaba de todo el botín posible, aunque sólo fuese para negociar estas ganancias en una conferencia de paz. Nadie conocía mejor que Stalin el viejo refrán de que la posesión es nueve décimas de la ley.

La renuencia de Roosevelt a arriesgar la cooperación de posguerra con la Unión Soviética discutiendo prematuramente sobre objetivos de guerra acaso tuviese una razón estratégica, y además una wilsoniana. Roosevelt bien pudo ser consciente de la posibilidad de un expansionismo soviético de posguerra, pero acaso se sintiera atrapado entre las convicciones de su pueblo y el peligro estratégico que ya asomaba. Para mantener el esfuerzo de guerra, Roosevelt necesitaba ante todo apelar a los ideales norteamericanos, contrarios a las esferas de influencia y al equilibrio del poder. Al fin y al cabo, sólo hacía unos cuantos años que el Congreso había aprobado con entusiasmo las Leyes de Neutralidad, y aún no se habían desvanecido las ideas en que se basaban. Roosevelt bien pudo concluir que, cualesquiera que fuesen las intenciones soviéticas, su mejor estrategia consistía en dar a Stalin una reputación que sostener. Pues sólo ante ese trasfondo tendría oportunidad de movilizar a los Estados Unidos para que se opusieran al expansionismo soviético, si éste en realidad se manifestaba.

Tal es la opinión de Arthur Schlesinger, Jr., quien ha argüido que Roosevelt había preparado una posición de retaguardia para el caso de que se distanciaran las relaciones soviético-norteamericanas: «Un gran ejército, una red de bases en ultramar, planes para una preparación militar universal en tiempos de paz y el monopolio angloamericano de la bomba atómica.»⁵²⁸

Cierto es que Roosevelt disponía de todos estos medios. Pero su motivo para reunirlos era avivar el esfuerzo de guerra y no emplearlos como barrera contra el expansionismo soviético. Se habían adquirido las bases para permitir la transferencia de destructores a Gran Bretaña; la bomba atómica estaba dedicada a los nazis y a Japón, y todo parece indicar que Roosevelt habría desmovilizado con prontitud el ejército y lo habría llevado de vuelta a casa; en realidad, esto lo dijo en muchas ocasiones. No cabe duda de que en cuanto se hubiese convencido de la mala fe de Stalin, Roosevelt se habría vuelto un hábil y resuelto adversario del expansionismo soviético y habría tenido a su disposición todos los medios descritos. Sin embargo, no hay pruebas de que hubiese llegado a ese juicio o considerado su capacidad militar pensando en una posible confrontación con la Unión Soviética.

Al acercarse la guerra a su fin, Roosevelt expresó su irritación por las tácticas de Stalin. Sin embargo, a lo largo de la guerra se había mantenido notablemente constante y hasta elocuente en su compromiso con la cooperación soviético-norteamericana, y lo más importante para él fue disipar la desconfianza de Stalin. Walter Lippmann acaso tuviera razón cuando dijo de Roosevelt: «Desconfiaba de todos. Lo que creía que podría hacer era superar en maña a Stalin, lo cual es otra cosa.»⁵²⁹ Si tal fue su intención, Roosevelt no lo logró.

Roosevelt confiaba en sus relaciones personales con Stalin de un modo en que nunca lo habría hecho Churchill. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, Churchill explicó la decisión británica de apoyar a Stalin con una frase que no mostraba ninguna aprobación personal o moral: «¡Si Hitler invadiera el infierno, él [Churchill] al menos le daría una referencia favorable al demonio!»⁵³⁰ Roosevelt no mostró tal reserva. Poco después de entrar los Estados Unidos en guerra, buscó una cita con Stalin en el Estrecho de Bering, sin contar con Churchill. Sería «una visita informal y absolutamente sencilla de unos cuantos días entre usted y yo», para lograr «una reunión de cerebros».

Roosevelt llevaría sólo a Harry Hopkins, un intérprete y un taquígrafo; focas y gaviotas serían sus testigos⁵³¹.

Esta reunión nunca se celebró. Pero sí hubo dos reuniones «cumbre»: en Teherán, del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943, y en Yalta, del 4 al 11 de febrero de 1945. En ambas ocasiones, Stalin se tomó grandes molestias para demostrar a Roosevelt y a Churchill que ellos necesitaban la reunión mucho más que él; hasta el lugar fue escogido para reducir la confianza de los angloamericanos en su capacidad de arrancarle concesiones. Teherán estaba sólo a unos cientos de kilómetros de la frontera soviética, y Yalta, desde luego, estaba en territorio soviético. En cada caso, los jefes occidentales tuvieron que recorrer miles de kilómetros, una labor especialmente ardua para un hombre con los impedimentos físicos de Roosevelt aun en la época de la reunión de Teherán. Pero cuando llegó la reunión de Yalta, Roosevelt estaba mortalmente enfermo.

Yalta ha cargado con el oprobio de la configuración que se dio al mundo de la posguerra. Sin embargo, cuando la reunión tuvo lugar, los ejércitos soviéticos ya habían rebasado todas sus fronteras de 1941 y se encontraban en posición de imponer unilateralmente el dominio político soviético al resto de la Europa oriental. Si una disposición de posguerra debió negociarse en alguna «cumbre», el momento propicio habría sido quince meses antes, en Teherán. Previamente, la Unión Soviética había estado debatiéndose por evitar la derrota; en el momento de Teherán, se había ganado la batalla de Stalingrado, la victoria estaba segura y era sumamente improbable un acuerdo separado nazi-soviético.

En Teherán, Roosevelt había pensado inicialmente alojarse en la legación norteamericana, a cierta distancia de las embajadas soviética y británica, que estaban contiguas. Había una preocupación constante de que, de camino a la reunión en el recinto soviético o en el británico, Roosevelt fuese víctima de una bomba lanzada por algún simpatizante del Eje. Por tanto, en la primera sesión plenaria, que se celebró en la legación norteamericana, Roosevelt aceptó la invitación de Stalin de mudarse a una casa de campo dentro del recinto soviético. Estaba amueblada según el pretencioso y chillón estilo del diseño de interiores soviético para altas personalidades y, sin duda, no escaseaban los micrófonos ocultos.

Roosevelt no pudo dar más clara señal de su confianza y buena voluntad al aceptar la oferta de alojamiento de Stalin. Sin embargo, ese gesto no modificó la estrategia soviética, consistente en censurar a Churchill y a Roosevelt por su retraso en abrir el segundo frente. A Stalin le gustaba poner a la defensiva a sus interlocutores. En este caso, tuvo la ventaja adicional de centrar la atención en una región situada muy lejos de las zonas que pronto estarían en disputa. Recibió la promesa formal de que se abriría un segundo frente en Francia en la primavera de 1944. Los tres aliados también convinieron en la completa desmilitarización de Alemania y en sus respectivas zonas de ocupación. En un momento, cuando Stalin pidió la ejecución de 50.000 oficiales alemanes, Churchill abandonó el salón, y sólo volvió porque Stalin lo siguió asegurándole que lo había dicho en broma, lo cual, según sabemos hoy de la matanza de oficiales polacos en Katyn, probablemente no era cierto⁵³². Luego, en una reunión privada, Roosevelt esbozó su idea de los Cuatro Policías ante Stalin, que se mostró escéptico.

Todo esto fue aplazando la discusión de los acuerdos de posguerra, que se dejaron para el último día de la conferencia. Roosevelt convino con el plan de Stalin de desplazar hacia el oeste las fronteras de Polonia, e indicó que él no presionaría a Stalin sobre la cuestión del Báltico. Afirmó que si ejércitos soviéticos ocupaban los Estados del Báltico, ni los Estados Unidos ni Gran Bretaña los «desplazarían», aunque también recomendó la celebración de un plebiscito. El hecho es que Roosevelt era tan reacio a emprender una discusión en toda regla sobre el mundo de la posguerra

como lo estuvo cuando Molotov visitó Washington, dieciocho meses antes. Por tanto, hizo sus comentarios a los planes de posguerra de Stalin para Europa oriental de manera tan tentativa que casi parecía estar disculpándose. Roosevelt llamó la atención de Stalin hacia los seis millones de votantes norteamericanos de extracción polaca que podrían influir sobre su reelección al año siguiente. Aunque «personalmente estuviera de acuerdo con las opiniones del mariscal Stalin sobre la necesidad de restaurar un Estado polaco, le gustaría que la frontera del este se desplazara más hacia el oeste, y que la frontera del oeste se desplazara hasta el río Oder. Sin embargo, tenía esperanzas de que el mariscal comprendiera que, por las razones políticas antes esbozadas, no podría participar en ninguna decisión sobre el tema, allí en Teherán, o ni siquiera el próximo invierno, y tampoco podría tomar parte públicamente en ninguno de tales arreglos en el momento actual»⁵³³. Esto, puede suponerse, no hizo creer a Stalin que correría un gran riesgo si actuaba unilateralmente; de hecho, implicó que la aprobación de los Estados Unidos después de las elecciones sería casi pura formalidad.

La razón de que Roosevelt estuviese planteando tan tibiamente los objetivos políticos norteamericanos es que consideraba que su principal objetivo en Teherán era establecer el concepto de los Cuatro Policías. Uno de los métodos que empleó para ganarse la confianza de Stalin fue dissociarse ostentadamente de Churchill, como le dijo a Frances Perkins, su viejo amigo y secretario de Trabajo:

Winston se ponía rojo y fruncía el ceño, y cuanto más lo hacía, más sonreía Stalin. Por último, Stalin estalló en una sonora y franca carcajada, y por primera vez en tres días yo vi la luz. Insistí, hasta que Stalin estuvo riendo conmigo, y fue entonces cuando yo le llamé: «Tío Pepe.» El día anterior, yo le habría parecido un fresco, pero ese día rió, se acercó a mí y me dio la mano.

Desde ese día, nuestras relaciones fueron personales [...] Se rompió el hielo y hablamos como hombres y como hermanos⁵³⁴.

La transformación de Stalin, el organizador de las purgas y reciente colaborador de Hitler, en un «Tío Pepe» dechado de moderación fue, sin duda, el mayor triunfo de la esperanza sobre la experiencia. Sin embargo, la insistencia de Roosevelt en la buena voluntad de Stalin no era un capricho personal, sino que expresaba la actitud de un pueblo con más fe en la inherente bondad del hombre que en el análisis geopolítico. Prefirió ver a Stalin como un tío y un amigo, y no como un dictador totalitario. En mayo de 1943, Stalin desmanteló el Comintern, instrumento formal del Partido Comunista para la revolución mundial, en un momento en que la revolución mundial difícilmente habría sido la mayor prioridad soviética, o siquiera una seria posibilidad. Sin embargo, el senador tejano Tom Connally, miembro clave del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y que pronto sería su presidente, comentó esta medida de Stalin como un giro fundamental hacia los valores de Occidente: «Durante años, los rusos han estado modificando su economía y acercándose al abandono del comunismo, y todo el mundo occidental lo saludará como el feliz final de sus esfuerzos.»⁵³⁵ Hasta la revista *Fortune*, bastión del capitalismo norteamericano, escribió en tono similar⁵³⁶.

Por consiguiente, al término de la conferencia de Teherán al pueblo norteamericano no le pareció insólito que su presidente resumiera sus logros en una evaluación personal del dictador soviético:

Puedo decir que «me llevé espléndidamente» con el mariscal Stalin. Es un hombre que combina

una enorme e implacable determinación con un sólido buen humor. Creo que es un verdadero representante del corazón y el alma de Rusia; y sé que nos llevaremos muy bien con él y con el pueblo ruso; realmente muy bien⁵³⁷.

Cuando, en junio de 1944, los Aliados desembarcaron en Normandía y avanzaron desde el oeste, quedó sellada la derrota de Alemania. Mientras la situación militar cambiaba irrevocablemente a su favor, Stalin, poco a poco, fue aumentando sus condiciones. En 1941, había pedido la aceptación de las fronteras de 1941 (con la posibilidad de modificarlas) e indicó su disposición a reconocer al gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres. En 1942, empezó a quejarse de la integración del gobierno polaco en el exilio. En 1943, le creó una competencia a éste, con el llamado Comité de Lublin. A finales de 1944, había reconocido al grupo de Lublin, dominado por comunistas, como el gobierno provisional y había proscrito a los polacos de Londres. En 1941, la principal preocupación de Stalin habían sido las fronteras; en 1945, era el dominio político de territorios situados fuera de esas fronteras.

Churchill comprendió lo que estaba ocurriendo, pero Gran Bretaña dependía demasiado de los Estados Unidos para emprender iniciativas solitarias. Tampoco era lo bastante fuerte para oponerse por sí sola a la creación cada vez más audaz de una esfera de influencia soviética en Europa oriental. En octubre de 1944, Churchill inició una empresa casi quijotesca para resolver directamente con Stalin el futuro de Europa oriental. En una visita de ocho días a Moscú, redactó un acuerdo sobre las esferas de influencia y lo hizo llegar a Stalin. En él delineaba las esferas por porcentajes: Gran Bretaña obtendría el 90 % en Grecia, y la Unión Soviética el 90 % en Rumania y el 75 % en Bulgaria. Hungría y Yugoslavia quedarían divididas sobre una base de 50-50. Stalin aceptó al instante, aunque Molotov, siguiendo la tradición soviética de enconado regateo, intentó en un diálogo con Eden reducir los porcentajes británicos, dando a los soviéticos una mayor ventaja en todos los países del este de Europa, salvo en Hungría⁵³⁸.

Había algo patético en el esfuerzo británico. Las esferas de influencia nunca se habían definido en porcentajes. No existían normas para apreciar su cumplimiento, ni medios para imponerlo. La influencia sería definida por la presencia de los ejércitos contendientes. De este modo, Grecia cayó en la esfera británica, con o sin el acuerdo, mientras que todos los demás Estados, con excepción de Yugoslavia, se volvieron satélites soviéticos, sin que importaran los porcentajes asignados. Ni siquiera la libertad de acción de Yugoslavia fue el resultado del acuerdo entre Churchill y Stalin, sino de que sólo había estado ocupada por los soviéticos durante un breve período y se había liberado por sí sola de la ocupación militar alemana, gracias a un gran esfuerzo de sus guerrilleros.

Para la época de la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, nada quedaba ya del acuerdo entre Churchill y Stalin. El ejército soviético estaba en posesión de todos los territorios disputados; la cuestión de las fronteras era casi puramente académica. Además, las fuerzas soviéticas intervenían en masa en las disposiciones internas de todos los países ocupados.

Roosevelt, con la salud ya gravemente quebrantada, tuvo que viajar en avión de Malta a un nevado aeropuerto de Saki, en Crimea, y de allí recorrer en automóvil 150 kilómetros hasta Yalta en unas cinco horas, por caminos difíciles y cubiertos de nieve. Su alojamiento era una suite de tres habitaciones en el Palacio Livadia. (En el siglo XIX, Livadia había sido la estación de invierno favorita de los zares; en 1877, desde allí planeó Alejandro II su invasión de los Balcanes; en 1911, el zar Nicolás II mandó construir un palacio de granito blanco sobre los acantilados que dominan el Mar Negro, que luego sería la sede de la Conferencia de los Tres Grandes.)

Las tácticas de los participantes no se modificaron con el nuevo panorama. Churchill estaba

impaciente por hablar de los acuerdos políticos de posguerra, pero sus dos colegas no se lo permitieron, puesto que cada uno seguía su propia agenda. Roosevelt buscaba un acuerdo sobre los procedimientos del voto en las Naciones Unidas y quería asegurar la participación soviética en la guerra contra Japón. A Stalin le encantó hablar de ambos temas, porque así quedaría menos tiempo para tratar de la Europa oriental, y porque estaba ávido (y no renuente, como creyeron algunos norteamericanos) por entrar en la guerra contra Japón, que también le permitiría compartir el botín de esa victoria.

A Churchill le importaba ante todo el equilibrio del poder en Europa. Deseaba devolver a Francia su categoría de gran potencia, oponerse al desmembramiento de Alemania y reducir las exorbitantes exigencias soviéticas de indemnizaciones. Aunque Churchill triunfó en los tres puntos, en realidad eran secundarios a la disposición de Europa oriental, que a partir de entonces se fue aislando, día tras día, debido al comportamiento del Ejército Rojo. Para entonces, Stalin había preparado una respuesta a la idea de Roosevelt de que la Unión Soviética debería hacer concesiones para que no cayera sobre él la ira de la oposición de su país. Cuando Roosevelt pidió que la ciudad de Lvov se conservara dentro de Polonia para acallar a sus críticos polacos en los Estados Unidos, Stalin replicó que, aunque le gustaría mucho complacerlo, su propia población ucraniana le crearía un insuperable problema interno⁵³⁹.

Al final, Churchill y Roosevelt aceptaron las fronteras rusas de 1941, lo que supuso un paso doloroso para Churchill, cuyo país había entrado en la guerra para conservar la integridad territorial de Polonia. También convinieron en que la frontera occidental de Polonia se desplazara hacia los ríos Oder y Neisse, y como había dos ríos Neisse, la delineación final no quedó resuelta. Churchill y Roosevelt aceptaron el gobierno de Lublín, creado por Moscú, con la condición de que incluyera algunas figuras políticas democráticas del gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres.

La concesión de Stalin a sus aliados fue una Declaración Conjunta sobre la Europa Liberada, que prometía elecciones libres y el establecimiento de gobiernos democráticos en Europa oriental. Stalin creía, obviamente, que estaba prometiéndolo la versión soviética de unas elecciones libres, en especial porque el Ejército Rojo ya habría ocupado los países en cuestión. Esto fue en realidad lo que ocurrió, aunque Stalin subestimó mucho la seriedad con que los norteamericanos han considerado por tradición los documentos legales. Después, cuando los Estados Unidos se decidieron a organizar la resistencia contra el expansionismo soviético, se basaron en que Stalin no había cumplido la palabra empeñada en Yalta y en la interpretación que le habían dado los dirigentes y el pueblo de los Estados Unidos.

La reacción de Stalin a la invitación de Roosevelt a entrar en la guerra contra Japón mostró que las reglas del juego de la coalición eran muy distintas para ambos. En una discusión de la que fue excluido Churchill, aunque Gran Bretaña había sido una de las primeras víctimas de la agresión japonesa, no se oyó hablar de la unidad aliada como su propia recompensa, ni de evitar cuestiones políticas de manera que se crearan unas condiciones favorables para los Cuatro Policías. Esto no inhibió a Stalin, que insistió en recibir privilegios especiales mientras la guerra aún proseguía, y en que se le pagara en moneda estratégica y no en emociones. El *quid pro quo* exigido pareció resucitar, sin tapujos, la época de los zares.

Las exigencias de Stalin de recibir la parte meridional de la isla de Sajalín y las Kuriles tuvo cierta relación, bastante vaga, con la seguridad soviética y la historia de Rusia. Pero su exigencia de hacerse con los puertos libres en Darién y Port Arthur y el derecho de administrar los ferrocarriles de Manchuria pareció extraída de los libros de texto de la Rusia zarista de fines del siglo pasado. Roosevelt accedió a estas demandas en un acuerdo secreto que equivalía a devolver a Moscú el

papel predominante en Manchuria que había perdido en la guerra ruso-japonesa, y que no volvería a perder hasta que los comunistas chinos se adueñaron de Beijing en 1949. Ésta fue la decisión menos comprensible de cuantas tomó Roosevelt en Yalta.

Después de la conferencia todo fue júbilo. Al informar al Congreso, Roosevelt subrayó el acuerdo alcanzado en las Naciones Unidas, pero no la decisión concerniente al futuro político de Europa o de Asia. Por segunda vez en una generación, un presidente norteamericano volvía de Europa a proclamar el fin de la historia. «La Conferencia de Yalta», afirmó Roosevelt,

[...] debe anunciar el fin del sistema de acción unilateral, las alianzas exclusivas, las esferas de influencia, los equilibrios del poder y todos los demás expedientes que se han probado durante siglos, y que siempre han fallado. Proponemos sustituirlos por una organización universal en que todas las naciones amantes de la paz tengan, por fin, oportunidad de ingresar. Confío en que el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos acepten los resultados de esta Conferencia como los comienzos de una permanente estructura de paz⁵⁴⁰.

En otras palabras, Roosevelt había concedido a Stalin una esfera de influencia en la China septentrional para animarlo a participar en un orden mundial que hiciera improcedentes las esferas de influencia.

Al terminar la Conferencia de Yalta, sólo se estaba celebrando la unidad de la alianza del tiempo de guerra; aún no se percibían claramente las fisuras que la condenarían. Aún reinaba la esperanza y se creía que el «Tío Pepe» era un asociado sin complicaciones. Reflexionando sobre Yalta, Harry Hopkins expresó su preocupación de que Stalin, supuestamente moderado, pudiese ceder a la presión de los partidarios de la línea dura en el Kremlin:

Los rusos habían probado que podían ser razonables y tener gran visión, y al presidente y a todos nosotros no nos quedó ni la menor duda de que podríamos vivir y llevarnos con ellos pacíficamente, hasta el futuro más lejano que pudiéramos imaginar. Pero tengo que hacer una enmienda: creo que todos teníamos, en nuestro fuero interno, la reserva de que no podíamos prever cuáles serían los resultados si algo le ocurriera a Stalin. Contábamos con que él sería razonable, sensato y comprensivo; pero nunca pudimos estar seguros de quién o qué podría estar detrás de él allá en el Kremlin⁵⁴¹.

La idea de que el jefe del Kremlin era, en lo más hondo de su corazón, un hombre moderado y pacifista, necesitado de ayuda para superar a sus intransigentes colegas, siguió siendo un elemento constante de los estudios norteamericanos, cualquiera que fuese el dirigente soviético en el poder. En realidad, estas evaluaciones sobrevivieron hasta el período poscomunista, cuando fueron aplicadas primero a Mijaíl Gorbachov y luego a Boris Yeltsin.

Mientras la guerra se acercaba a su fin, los Estados Unidos continuaron afirmando la importancia de las relaciones personales entre los dirigentes y la existencia de una armonía subyacente entre las naciones. El 20 de enero de 1945, en el discurso de su cuarta toma de posesión, Roosevelt describió su enfoque citando a Emerson: «[...] la única manera de tener amigos es ser amigo»⁵⁴². Poco después de Yalta, Roosevelt describió a Stalin ante el gabinete diciendo que «había algo en él aparte de esta cosa revolucionaria y bolchevique». Atribuyó esta cualidad especial a la temprana educación de Stalin para el sacerdocio: «Creo que en su naturaleza penetró algo del modo en que debe comportarse un caballero cristiano.»⁵⁴³

Sin embargo, Stalin era un maestro en el arte de la *Realpolitik*, no un caballero cristiano. Al avanzar los ejércitos soviéticos, estaba aplicando lo que en privado había dicho a Milovan Djilas, el entonces líder comunista yugoslavo:

Esta guerra no es como las del pasado; el que ocupa un territorio también le impone su propio sistema social. Cada cual impone su propio sistema hasta donde llega su ejército. No puede ser de otra manera⁵⁴⁴.

Las reglas del juego que seguía Stalin se manifestaron dramáticamente en las últimas etapas de la guerra. En abril de 1945, Churchill presionó a Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas, para que se apoderara de Berlín, Praga y Viena antes que los ejércitos soviéticos, que no dejaban de avanzar. Los jefes del estado mayor norteamericano no consideraron siquiera esta petición, y la aprovecharon como la última oportunidad de enseñar a su aliado británico la necesidad de una planificación militar libre de consideraciones políticas: «Las ventajas psicológicas y políticas que resultaran de la posible toma de Berlín antes de la llegada de los rusos no deben superar la imperativa consideración militar que, en nuestra opinión, es la destrucción y desmembramiento de las fuerzas armadas alemanas.»⁵⁴⁵

Como no quedaban considerables fuerzas armadas alemanas que desmembrar o destruir, el rechazo de la petición de Churchill fue, sin duda, una cuestión de principio para los jefes del estado mayor norteamericano. De hecho, les importaba tanto esta opinión que el propio general Eisenhower escribió directamente a Stalin el 28 de marzo de 1945 para informarle de que no avanzaría sobre Berlín y para proponer que las tropas norteamericanas y soviéticas se unieran cerca de Dresde.

Stalin, sin duda asombrado de que un general se dirigiera a un jefe de Estado para tratar el tema que fuera, ya no digamos una cuestión de tal importancia política, no tenía, sin embargo, la costumbre de rechazar regalos políticos. El 1 de abril contestó a Eisenhower que estaba de acuerdo con su apreciación; también él consideraba que Berlín sólo tenía un interés estratégico secundario y que él dedicaría pocas fuerzas soviéticas a tomarlo. Así mismo, convino en la unión a lo largo del Elba, en la zona general de Dresde. Habiéndosele otorgado el regalo, Stalin procedió a mostrar que él, por lo menos, tenía bien claras sus prioridades políticas. Contraviniendo las garantías dadas a Eisenhower, ordenó que el principal esfuerzo de la ofensiva de tierra soviética, se dirigiera hacia Berlín, dando a los mariscales Zhúkov y Koniev dos semanas para lanzar un ataque que, según había dicho a Eisenhower, no se haría antes de la segunda mitad de mayo⁵⁴⁶.

En abril de 1945, dos meses después de Yalta, las violaciones de Stalin a la Declaración de Yalta sobre una Europa liberada eran ya flagrantes, sobre todo en Polonia. Churchill sólo pudo escribir una carta de queja en que apelaba a «mi amigo Stalin». Churchill aceptaba la propuesta de Stalin de que nadie que fuese hostil a la Unión Soviética debía formar parte del nuevo gobierno polaco, pero solicitaba la inclusión de algunos de los miembros del gobierno polaco en el exilio de Londres que pasaran esa prueba. Para entonces, a Stalin ya no le bastaba la simple falta de sentimientos hostiles; sólo lo satisfaría un gobierno totalmente favorable. El 5 de mayo de 1945, Stalin respondió:

[...] no puede satisfacernos que en la formación del futuro gobierno polaco participen personas que, como dice usted, «no son fundamentalmente antisoviéticas», o que sólo se excluyan de participar en esta obra las personas que, en su opinión, sean «extremadamente hostiles a Rusia». Ninguna de estas normas puede satisfacernos. Insistimos e insistiremos en que sólo participen en consultas sobre

la formación del futuro gobierno polaco aquellas personas que hayan demostrado activamente una actitud amistosa hacia la Unión Soviética y que estén honrada y sinceramente dispuestas a cooperar con el Estado soviético⁵⁴⁷.

Desde luego, los adjetivos «activo» y «amistoso» sólo eran aplicables a los miembros del Partido Comunista polaco, y de éstos, sólo a aquellos miembros del partido que estuviesen totalmente sometidos a Moscú. Cuatro años después habría una purga hasta de comunistas de toda la vida, sospechosos de abrigar sentimientos nacionalistas.

Pero ¿era factible alguna otra estrategia? ¿O estaban las democracias haciendo lo mejor que podían, dadas las realidades geográficas y militares existentes entonces? Éstas son preguntas obsesionantes porque, analizada la situación retrospectivamente, todo lo que ocurrió parece inevitable. Cuanto más largo sea el intervalo de tiempo transcurrido, más difícil será imaginar otro resultado o demostrar su viabilidad. La historia se niega a dejarse proyectar hacia atrás, como un rollo de película al que se le pueden insertar, a voluntad, otros finales.

La restauración de las fronteras soviéticas de 1941 fue casi imposible de impedir. Una política occidental más dinámica habría podido lograr ciertas modificaciones y hasta la devolución de alguna forma de independencia a los Estados del Báltico, tal vez vinculados a la Unión Soviética mediante tratados de ayuda mutua y con la presencia de bases militares soviéticas. Si esto fue alcanzable, sólo pudo serlo en 1941 o 1942, cuando la Unión Soviética se tambaleaba al borde de la catástrofe. Es comprensible que Roosevelt no hubiese querido imponer a los dirigentes soviéticos tan terrible opción en un momento en que, no habiendo entrado aún en guerra los Estados Unidos, el más grande temor era la posibilidad de un inminente desplome soviético.

Sin embargo, después de la batalla de Stalingrado sí habría podido plantearse la cuestión del futuro de Europa oriental sin riesgo de un desplome soviético o de una paz separada con Hitler. Habría podido hacerse un esfuerzo por resolver la estructura política de los territorios situados más allá de la frontera soviética y por lograr para estos países un *status* similar al de Finlandia.

¿Habría pactado Stalin una paz separada con Hitler si las democracias hubiesen sido más insistentes? Nunca profirió esa amenaza, aunque sí se las arregló para crear la impresión de que siempre existía esa posibilidad. Sólo han salido a la luz dos episodios reveladores de que Stalin acaso habría considerado un acuerdo separado. El primero data de los días iniciales de la guerra, cuando imperaba el pánico. Según se dijo, Stalin, Molotov y Kaganovich pidieron al embajador de Bulgaria que analizara con Hitler la posibilidad de que se contentara con los Estados del Báltico, Besarabia y territorios en Bielorrusia y Ucrania, en esencia, las fronteras soviéticas de 1938, pero, según se dijo, el embajador se negó a transmitir el mensaje⁵⁴⁸. Hitler habría rechazado sin duda ese arreglo mientras los ejércitos alemanes avanzaban hacia Moscú, Kiev y Leningrado, y ya habían dejado muy atrás lo que sugería la «oferta de paz» (si es que era eso). El plan nazi consistía en despoblar la Unión Soviética hasta la línea que corre de Arcángel hasta Astrakán, mucho más allá de Moscú, y reducir a la esclavitud a la población que no hubiese sido exterminada⁵⁴⁹.

El segundo episodio es aún más ambiguo; ocurrió en septiembre de 1943, ocho meses después de la batalla de Stalingrado y dos meses después de la batalla de Kursk, en que fueron exterminados casi todos los carros blindados alemanes. Ribbentrop narró a Hitler un hecho extraño. Un viceministro soviético de Exteriores, que en un tiempo fuera embajador en Berlín, estaba de visita en Estocolmo, y Ribbentrop vio su viaje como una oportunidad de mantener unas conversaciones preliminares sobre un acuerdo de paz separado, a lo largo de las fronteras de 1941. Sin duda, esto sólo es lo que deseaba creer Ribbentrop, porque en aquel momento los ejércitos soviéticos estaban

aproximándose por su cuenta a las fronteras de 1941.

Hitler rechazó la supuesta oportunidad, diciendo a su ministro de Exteriores: «Mire usted, Ribbentrop, si yo llegara hoy a un acuerdo con Rusia, volvería a atacarla mañana; simplemente no puedo evitarlo.» En el mismo sentido habló a Goebbels. El momento era «totalmente inoportuno»; las negociaciones tendrían que ser precedidas por una victoria militar decisiva⁵⁵⁰. Todavía en 1944, Hitler creía que después de rechazar el segundo frente podría conquistar Rusia.

Ante todo, una paz separada, aunque fuese sobre las fronteras de 1941, no habría resuelto nada para Stalin ni para Hitler. Habría dejado a Stalin ante una Alemania poderosa y con la perspectiva de que, en otro conflicto, las democracias pudiesen abandonar a su traicionero asociado. Habría sido interpretada por Hitler como un intento de acercar los ejércitos soviéticos a Alemania, sin ninguna garantía de que no reanudarían la guerra a la primera oportunidad.

El concepto de Roosevelt de los Cuatro Policías cayó en el mismo obstáculo en que cayera el concepto wilsoniano, más general, de la seguridad colectiva: los Cuatro Policías simplemente no veían del mismo modo sus objetivos generales. La mortal combinación de Stalin, paranoia, ideología comunista e imperialismo ruso, le hizo ver el concepto que imparcialmente impusieran la paz mundial sobre la base de unos valores universalmente compartidos como una oportunidad soviética o como una trampa capitalista. Stalin sabía que, por sí sola, Gran Bretaña no era contrapeso para la Unión Soviética, y que esto, o bien crearía un enorme vacío frente a la Unión Soviética, o bien serviría como preludio a una ulterior confrontación con los Estados Unidos (que, como bolchevique de la primera generación, Stalin tenía que considerar como el resultado más probable). Sobre la base de una u otra de estas hipótesis, era evidente que Stalin impulsaría el poderío soviético lo más hacia el oeste que fuera posible para recoger el botín o para colocarse en la mejor posición de negociar en un encuentro diplomático posterior.

A fin de cuentas, tampoco los Estados Unidos estaban dispuestos a aceptar las consecuencias de los Cuatro Policías propuestos por su presidente. Si se quería que el concepto funcionara, los Estados Unidos habrían de estar dispuestos a intervenir dondequiera que fuese amenazada la paz. Sin embargo, Roosevelt nunca se cansó de repetir a sus aliados que ni tropas ni recursos norteamericanos irían a restaurar Europa y que la conservación de la paz sería tarea británica y rusa. En Yalta dijo a sus colegas que las tropas norteamericanas no permanecerían más de dos años en labores de ocupación⁵⁵¹.

Si eso era cierto, sería inevitable que la Unión Soviética dominara Europa central, colocando a Gran Bretaña ante un dilema insuperable. Por una parte, ésta ya no era lo bastante fuerte para mantener por sí sola el equilibrio del poder contra la Unión Soviética. Por otra, en la medida en que Gran Bretaña emprendiera alguna clase de iniciativa en solitario, era probable que tropezara con las tradicionales objeciones norteamericanas. Por ejemplo, en enero de 1945, *The New York Times* informó de una comunicación secreta de Roosevelt a Churchill sobre el intento británico de mantener un gobierno no comunista en Grecia. Según este informe, Roosevelt manifestó que la favorable disposición del público norteamericano hacia una cooperación anglo-norteamericana de posguerra era frágil: «[...] se les ha dicho a los ingleses, con fuerza y autoridad, que la opinión puede cambiar tan caprichosamente como el clima inglés, si se le mete en la cabeza al pueblo norteamericano la idea de que esta guerra [...] [es] sólo otra pugna entre imperialismos rivales»⁵⁵².

Pero si los Estados Unidos se negaban a defender Europa y si consideraban imperialista el intento británico de actuar por sí solo, la doctrina de los Cuatro Policías conduciría al mismo vacío al que llevara el concepto de seguridad colectiva durante los años treinta. Mientras los conceptos norteamericanos no cambiaran, toda resistencia al expansionismo soviético sería imposible. Para

cuando los Estados Unidos se enfrentaran a este peligro y volvieran a la lucha, el resultado serían esas mismas esferas de influencia que tan esforzadamente habían evitado crear durante la guerra, aunque con una línea de demarcación mucho menos propicia. A fin de cuentas, no se podía rechazar la geopolítica. Los Estados Unidos volvieron a Europa; Japón y Alemania fueron restaurados para reconstruir el equilibrio; y la Unión Soviética se lanzó a cuarenta y cinco años de tensión y de hiperextensión estratégica, que la llevarían a su desplome final.

Asia presentaba otro problema difícil. Roosevelt había incluido a China entre los Cuatro Grandes, en parte por cortesía y en parte para que su diseño global tuviese un ancla en Asia. Sin embargo, China era aún menos capaz que Gran Bretaña de cumplir la misión que le asignaba Roosevelt. Al término de la guerra, era un país subdesarrollado, víctima de una guerra civil. ¿Cómo podría servir de policía mundial?

Cuando Roosevelt planteó su idea de los Cuatro Policías en Teherán, Stalin hizo la pregunta razonable de cómo reaccionarían los europeos si China tratara de zanjar sus disputas. Añadió que, a su parecer, China no sería lo bastante fuerte para realizar esa función global y sugirió, en cambio, la creación de unos comités regionales para mantener la paz⁵⁵³. Roosevelt rechazó esta sugerencia, diciendo que tendía a crear esferas de influencia; había que defender la paz sobre una base global, o no defenderla.

Sin embargo, una vez catalogadas todas estas ambigüedades que rodeaban a Roosevelt, queda en pie la pregunta de si algún otro enfoque habría recibido el apoyo del pueblo norteamericano. Al fin y al cabo, los norteamericanos siempre han estado más dispuestos a creer que un sistema basado en el rechazo explícito de los principios democráticos podría súbitamente dar marcha atrás, a que ellos tengan algo que aprender de los anteriores acuerdos de paz, ninguno de los cuales, en el mundo real, ha prosperado sin un equilibrio ni ha durado algún tiempo sin un consenso moral.

El análisis geopolítico de Churchill resultó mucho más acertado que el de Roosevelt. Sin embargo, la renuencia de Roosevelt a ver el mundo en términos geopolíticos era el lado inverso del mismo idealismo que había lanzado a los Estados Unidos a la guerra y les había permitido defender la causa de la libertad.

Si Roosevelt hubiese seguido los consejos de Churchill habría podido mejorar la posición negociadora de los Estados Unidos, pero acaso hubiese sacrificado su capacidad de sostener las confrontaciones de la Guerra Fría que se avecinaba.

El hecho de que durante la guerra Roosevelt pusiera de su parte más de lo que en todo rigor le correspondía fue indispensable para las grandes iniciativas mediante las cuales los Estados Unidos restaurarían el equilibrio global, aunque siempre negaran que esto era, en realidad, lo que estaban haciendo.

La concepción que Roosevelt tuvo del mundo de la posguerra acaso fuese demasiado optimista, pero a la luz de la historia norteamericana esa posición representaba casi seguramente una etapa necesaria que el país había de atravesar si quería superar la crisis inminente. A la postre, Roosevelt acaudilló a su sociedad a través de dos de las crisis más terribles de su historia, y sin duda no habría logrado triunfar en estos esfuerzos si hubiese tenido un mayor sentido a la relatividad histórica.

Aunque ello fuese inevitable, la guerra terminó con un vacío político. El equilibrio del poder estaba destruido, y un tratado de paz general se mostraba esquivo. Entonces el mundo estaba dividido en dos bandos ideológicos. El período de posguerra se convertiría en una extensa y penosa lucha por lograr ese mismo acuerdo que había eludido a los dirigentes desde antes de que terminara la guerra.

El comienzo de la Guerra Fría

Franklin Delano Roosevelt, como Moisés, contempló la Tierra Prometida pero no le fue dado llegar a ella. Cuando falleció, los ejércitos aliados habían penetrado profundamente en Alemania y acababa de empezar la batalla de Okinawa, prólogo de la invasión aliada de las islas principales de Japón.

La muerte de Roosevelt, ocurrida el 12 de abril de 1945, no fue inesperada. En enero, su médico, alarmado por las marcadas fluctuaciones de la presión arterial del paciente, había concluido que sólo podría reponerse si evitaba todo estrés. Dadas las presiones de la presidencia, esa evaluación equivalía a una sentencia de muerte⁵⁵⁴. Durante un momento de locura, Hitler y Goebbels, que estaban atrapados en el cerco de Berlín, se engañaron, creyendo que estaban a punto de presenciar una repetición de lo que los libros de historia alemanes describen como el milagro de la casa de Brandeburgo, cuando durante la Guerra de los Siete Años, con los ejércitos rusos a las puertas de Berlín, Federico *el Grande* se salvó por la súbita muerte de la zarina rusa y el ascenso al trono de un zar que lo admiraba. Sin embargo, en 1945 la historia no se repitió. Los crímenes de los nazis habían causado al menos entre los Aliados el propósito inquebrantable de eliminar el azote del nazismo.

El desplome de la Alemania nazi y la necesidad de ocupar el resultante vacío de poder hizo que la asociación de tiempos de guerra se desintegrara. Los propósitos aliados eran demasiado divergentes: Churchill deseaba impedir que la Unión Soviética dominara Europa central; Stalin quería que sus victorias militares y los heroicos sufrimientos del pueblo ruso fuesen pagados en moneda territorial. El nuevo presidente, Harry S. Truman, al principio se esforzó por llevar adelante el legado de Roosevelt y mantener unida la alianza. Sin embargo, al término de su primer mandato hasta el último vestigio de armonía entre los Aliados se había desvanecido. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, los dos gigantes situados en la periferia, se enfrentaban ahora en el mismo corazón de Europa.

Los antecedentes de Harry Truman eran tan distintos como pueda imaginarse de los de su gran predecesor. Roosevelt había sido un distinguido miembro del cosmopolita *establishment* del Noreste; Truman procedía de la clase media rural del Medio Oeste. Roosevelt se había educado en las mejores escuelas y universidades; Truman nunca pasó de la escuela secundaria, aunque Dean Acheson diría de él, con afecto y admiración, que era un «hombre de Yale» en el mejor sentido de la palabra. Toda la vida de Roosevelt había sido una preparación para ocupar el cargo supremo; Truman era producto de la maquinaria política de Kansas City.

Harry Truman, escogido vicepresidente sólo después de que el primer seleccionado de Roosevelt, James Byrnes, fuera vetado por el movimiento laboral, dio pocas indicaciones en su anterior carrera política de que resultaría un presidente extraordinario. Sin verdadera experiencia en política exterior y sin que Roosevelt le dejara sino las más vagas instrucciones, Truman heredó las tareas de poner fin a la guerra y construir un nuevo orden internacional, precisamente cuando el plan establecido en Teherán y en Yalta se estaba desintegrando.

Al final, Truman presidió el comienzo de la Guerra Fría y el desarrollo de la política de

contención, que al fin y al cabo ganaría. Llevó a los Estados Unidos a su primera alianza militar de tiempos de paz. Bajo su mandato, el concepto de Roosevelt de los Cuatro Policías fue reemplazado por un conjunto de coaliciones sin precedente que constituiría el meollo de la política exterior norteamericana durante cuarenta años. Este hombre sencillo del Medio Oeste, que confiaba en la universalidad de sus valores, animó a sus vencidos enemigos a volver a la sociedad de las naciones democráticas. Patrocinó el Plan Marshall y el Programa de los Cuatro Puntos, mediante los cuales los Estados Unidos dedicaron sus recursos y su economía a la recuperación y el desarrollo de sociedades distantes.

Vi a Truman una sola vez, a principios de 1961, cuando yo era profesor en Harvard. Una conferencia en Kansas City me dio la oportunidad de visitar al ex presidente en la Biblioteca Presidencial Truman, en Independence, Missouri. El paso de los años no había disminuido su garbo. Después de mostrarme la institución, Truman me condujo a su oficina, que era una réplica de la Oficina Oval de la Casa Blanca tal como era durante su presidencia. Cuando supo que yo trabajaba a tiempo parcial como consultor de la Casa Blanca de Kennedy, me preguntó qué había yo aprendido. Recurrí al tipo de charla informal que es habitual en Washington y le contesté que, en mi opinión, la burocracia funcionaba como una cuarta rama del gobierno, limitando enormemente la libertad de acción del presidente. Mi observación no le pareció divertida ni instructiva a Truman. Se mostró impaciente al verse sometido a lo que llamó «retórica de profesor», profirió una exclamación, y luego me dio su opinión sobre el papel del presidente: «Si el presidente sabe lo que desea, ningún burócrata podrá contenerlo. Un presidente debe saber cuándo dejar de pedir consejo.»

Yo me centré en el terreno académico, más familiar para mí, y pregunté a Truman cuál era la decisión de política exterior por la que más deseaba que lo recordaran. Él no vaciló: «Derrotamos por completo a nuestros enemigos y les hicimos rendirse», observó. «Y luego los ayudamos a recuperarse, a volverse democráticos y a retornar a la comunidad de las naciones. Sólo los Estados Unidos pueden hacer eso.» Después me llevó por las calles de Independence hasta la sencilla casa en que vivía, para presentarme a su esposa, Bess.

Narro esta breve charla porque muestra a la perfección la esencia de la naturaleza norteamericana de Truman: su sentido de la majestad de la presidencia y de las responsabilidades del presidente, su orgullo por la fuerza de su patria y, ante todo, su fe en que la vocación última de los Estados Unidos era servir como fuente de libertad y de progreso a toda la humanidad.

Truman comenzó su mandato a la sombra de Roosevelt, quien con su muerte se convirtió casi en un mito. Admiró sinceramente a Roosevelt pero, al final, como debe hacer todo nuevo presidente, forjó el cargo que había heredado desde la perspectiva de sus propias experiencias y valores.

Al acceder a la presidencia, Truman tenía un compromiso emocional con la unidad aliada mucho menor del que tuviera Roosevelt. Para este hijo del aislacionista Medio Oeste, la unidad aliada representaba más una preferencia práctica que una necesidad emotiva o moral. Truman tampoco había sentido la exaltación de la alianza de guerra con los soviéticos, a quienes, en todo caso, siempre había visto con desconfianza. Cuando Hitler atacó la Unión Soviética, el entonces senador Truman declaró que los dos dictadores eran equivalentes en el aspecto moral, y recomendó que los Estados Unidos los alentaran a combatirse a muerte: «Si vemos que Alemania va ganando, debemos ayudar a Rusia, y si Rusia va ganando debemos ayudar a Alemania, y de ese modo hacer que maten a todos los que puedan, aunque no deseo ver victorioso a Hitler en ninguna circunstancia. Ninguno de ellos da el menor valor a su palabra empeñada.»⁵⁵⁵

Pese a que la salud de Roosevelt se deterioraba, no se había invitado a Truman a participar en ninguna de las decisiones clave de política exterior durante sus tres años de vicepresidente.

Tampoco se le informó del proyecto de construir la bomba atómica.

Truman heredó un entorno internacional cuyas líneas divisorias estaban basadas poco más o menos en la posición de los ejércitos que avanzaban del este y el oeste. El destino político de los países liberados por los ejércitos aliados aún no se había resuelto. La mayoría de las grandes potencias tradicionales aún tenía que adaptarse a sus nuevas funciones. Francia se encontraba postrada; Gran Bretaña, aunque victoriosa, estaba exhausta; Alemania estaba siendo dividida en cuatro zonas de ocupación, y después de amedrentar a Europa con su poderío desde 1871, ahora su impotencia la amenazaba con el caos. Stalin había hecho avanzar la frontera soviética mil kilómetros al oeste hasta el Elba, mientras se estaba abriendo un vacío frente a sus ejércitos debido a la debilidad de Europa occidental y a la retirada de las fuerzas norteamericanas ordenada por sus superiores.

La primera intención de Truman fue entenderse con Stalin, sobre todo porque los jefes del estado mayor norteamericano continuaban ansiosos por que la Unión Soviética participara en la guerra contra Japón. Aunque Truman estaba disgustado por la conducta intransigente de Molotov en su primer encuentro con él, en abril de 1945, atribuyó sus dificultades a la diferencia de experiencias históricas. «Tenemos que ser rudos con los rusos —dijo Truman—. No saben comportarse. Son como toros en una cristalería. Sólo tienen veinticinco años de edad. Nosotros tenemos más de cien, y los ingleses son varios siglos más viejos. Hemos de enseñarles buenos modales.»⁵⁵⁶

Esta afirmación fue típicamente norteamericana. Partiendo de la suposición de una armonía subyacente, Truman no atribuyó sus desacuerdos con los soviéticos a unos intereses geopolíticos en conflicto, sino a «mala conducta» y a «inmadurez política». En otras palabras, aún creía en la posibilidad de llevar a Stalin a comportarse «con normalidad». La historia del comienzo de la Guerra Fría consistió en esto, en hacer frente al hecho de que las tensiones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no habían sido causadas por algún equívoco sino que, de hecho, eran genéricas.

Truman heredó los mejores asesores de Roosevelt y comenzó su mandato intentando llevar adelante el concepto de los Cuatro Policías. En su discurso del 16 de abril de 1945, cuatro días después de tomar posesión de su cargo, Truman estableció un escueto contraste entre la comunidad mundial y el caos, y no vio otra alternativa a la seguridad colectiva global que la anarquía. Truman continuó la labor de Roosevelt respecto de la obligación especial de conservar la unidad de los Aliados para establecer y mantener un nuevo y pacífico orden internacional; ante todo, debía defender el principio según el cual las disputas internacionales no debían resolverse por la fuerza:

Nada es más esencial para la futura paz del mundo que una continuada cooperación de las naciones que tuvieron que reunir la fuerza necesaria para derrotar la conspiración de los poderes del Eje por dominar el mundo.

Aunque estos grandes Estados tienen la responsabilidad especial de imponer la paz, su responsabilidad se basa en las obligaciones que recaen sobre todos los Estados, grandes y pequeños, de no emplear la fuerza en las relaciones internacionales, salvo en defensa de la ley.⁵⁵⁷

Al parecer, quienes le escribían los discursos a Truman no pensaron que deberían darles mucha variedad, o tal vez creyeron que su texto estándar no podía mejorarse, pues repitieron ese mismo argumento al pie de la letra el 25 de abril, en el discurso que Truman pronunció en la conferencia de organización de las Naciones Unidas en San Francisco.

A pesar de la pomposa retórica, los duros hechos geopolíticos estaban determinando las condiciones sobre el terreno. Stalin volvió a su viejo sistema de dirección de su política exterior y

exigió el pago por sus victorias en la única moneda que le interesaba, el dominio territorial. Sabía de regateos y habría estado dispuesto a participar en algunos, pero sólo mientras incluyeran unos precisos *quid pro quos*, como esferas de interés o límites comerciales a la influencia comunista en Europa oriental a cambio de beneficios específicos como una enorme ayuda económica. Lo que no podría entender nunca uno de los dirigentes más faltos de escrúpulos que jamás hayan encabezado un gran país era la idea de fundamentar la política exterior en la buena voluntad colectiva o en el derecho internacional. En opinión de Stalin, los encuentros cara a cara entre dirigentes mundiales podían registrar una correlación de fuerzas o un cálculo del interés nacional, pero no podían alterarlo. Por consiguiente, nunca respondió a ninguna de las peticiones de Roosevelt o de Churchill de volver a su camaradería de los tiempos de guerra.

Es posible que el enorme prestigio logrado por Roosevelt hubiese hecho que Stalin moderara su enfoque durante cierto tiempo. Al final, Stalin sólo habría hecho concesiones a la realidad «objetiva». Para él, la diplomacia no era sino un aspecto de una lucha más general e inevitable por definir la relación de fuerzas. El problema de Stalin al tratar con dirigentes norteamericanos es que le costaba mucho trabajo comprender la importancia de la moral y el legalismo en el pensamiento de aquéllos sobre política exterior. Stalin en realidad no comprendía por qué los líderes norteamericanos armaban tanto revuelo por las estructuras internas de los Estados del este de Europa, donde no tenían un claro interés estratégico. La insistencia de los norteamericanos en los principios, sin relación con intereses concretos tal como éstos habían solido ser interpretados, hacía que Stalin buscara unos motivos ocultos. «Temo», informó Averell Harriman, embajador en Moscú, que:

[...] Stalin no comprende plenamente ni comprenderá nuestro interés en una Polonia libre como cuestión de principio. Es un realista [...] y le resulta difícil apreciar nuestra fe en los principios abstractos. No entiende por qué queremos inmiscuimos en la política soviética en un país como Polonia, que él considera tan importante para la seguridad de Rusia, a menos que tengamos algún motivo oculto [...] ⁵⁵⁸.

Stalin, maestro de la *Realpolitik*, debió de esperar que los Estados Unidos se opusieran al nuevo equilibrio geopolítico establecido por la presencia del Ejército Rojo en el centro del continente europeo. Este hombre con nervios de acero no solía hacer concesiones preventivas; debió de razonar que era mucho mejor para negociar asegurar las fichas que ya tenía en la mano mientras estaba en posesión de sus ganancias y dejar la siguiente jugada a los Aliados. Las únicas jugadas que tomaría en serio Stalin serían las que tuviesen consecuencias que él pudiera analizar sopesando riesgos y recompensas. Cuando los Aliados no ejercieron ninguna presión, Stalin se quedó con lo que tenía.

Adoptó con los Estados Unidos la misma actitud provocativa que había adoptado ante Hitler en 1940. En 1945, la Unión Soviética, debilitada por decenas de millones de bajas y la devastación de un tercio de su territorio, se encontró ante unos Estados Unidos intactos y poseedores del monopolio atómico. En 1940, había estado frente a una Alemania que dominaba el resto del continente. En ambos casos, en vez de ofrecer concesiones, Stalin consolidó la posición soviética y trató de hacer creer a sus adversarios que era más probable que él avanzara hacia el oeste a que se retirara. En uno y otro caso calculó mal la reacción de sus adversarios. En 1940, la visita de Molotov a Berlín sólo confirmó a Hitler en su decisión de invadir Rusia; en 1945, el mismo ministro de Exteriores se las arregló para transformar la buena voluntad norteamericana en la confrontación de la Guerra Fría.

Churchill adivinó los cálculos diplomáticos de Stalin y trató de contrarrestarlos haciendo dos jugadas. Pidió con urgencia una pronta reunión «en la cumbre» de los tres aliados de guerra, para aclarar las cosas antes de que se consolidara la esfera soviética. Mientras tanto, deseaba que los Aliados tuviesen en sus manos la mayor cantidad de fichas para negociar. Vio una oportunidad en el hecho de que los ejércitos aliado y soviético se hubiesen encontrado mucho más al este de lo previsto y que, como resultado, las fuerzas aliadas ocupaban casi una tercera parte del área asignada a la zona de ocupación soviética en Alemania, incluyendo la mayor parte de la región industrializada. Churchill propuso utilizar este territorio como contrapeso en las siguientes negociaciones. El 4 de mayo de 1945 telegrafió sus instrucciones al secretario de Exteriores, Eden, que iba a reunirse con Truman en Washington:

[...] los Aliados no deben retirarse de sus posiciones actuales en la línea de ocupación hasta que se nos dé satisfacción respecto a Polonia, y también en el carácter temporal de la ocupación rusa de Alemania y las condiciones que se establecerán en los países rusificados o dominados por Rusia en la cuenca del Danubio, particularmente Austria y Checoslovaquia y los Balcanes⁵⁵⁹.

Sin embargo, el nuevo gobierno norteamericano no se mostró más favorable que Roosevelt a la *Realpolitik* británica. Por consiguiente, se repitieron las pautas de la diplomacia de tiempos de guerra. Los dirigentes norteamericanos convinieron alegremente en una cumbre programada para Potsdam, cerca de Berlín, en la segunda mitad de julio. Pero Truman aún no estaba dispuesto a aceptar la sugerencia de Churchill de que el modo de tratar con Stalin era acumular premios y castigos para obtener el resultado deseado. De hecho, el gobierno de Truman se mostró tan impaciente como su predecesor por mostrar a Churchill que los días de la diplomacia del equilibrio del poder se habían acabado para siempre.

A finales de junio, menos de un mes antes de la reunión, las fuerzas norteamericanas se retiraron a la línea de demarcación convenida, y Gran Bretaña no tuvo más remedio que seguir su ejemplo. Además, así como Roosevelt había sobreestimado enormemente la capacidad británica, el gobierno de Truman se arrogó el papel de mediador entre Gran Bretaña y la Unión Soviética. Truman estaba decidido a no dar a Stalin la impresión de que los anglosajones se habían confabulado y, para gran contrariedad de Churchill, rechazó su invitación de hacer un alto en Gran Bretaña de camino a Potsdam para celebrar la victoria angloamericana.

En cambio, Truman no tuvo ningún problema para entrevistarse con Stalin en ausencia de Churchill. Truman utilizó el mismo pretexto que Roosevelt había invocado cuando intentó organizar la reunión en el estrecho de Bering, es decir, que a diferencia de Churchill, él nunca se había entrevistado con Stalin, y propuso una reunión por separado con el líder soviético. Pero Churchill resultó no menos sensible al verse excluido de un diálogo soviético-americano de lo que lo habían sido los asesores de Truman, reacios a dar la impresión de que Washington y Londres estaban actuando de acuerdo. Según las memorias de Truman, Churchill notificó malhumorado a Washington que no asistiría a ninguna cumbre que fuese la continuación de una conferencia entre Truman y Stalin⁵⁶⁰. Para cumplir con su función de autodeclarado mediador y para establecer contacto directo con los jefes de los Aliados, Truman decidió mandar emisarios a Londres y a Moscú.

Harry Hopkins, el viejo confidente de Roosevelt, fue enviado a Moscú. Joseph E. Davies, embajador de preguerra en Moscú, y autor de un libro de gran éxito, *Mission to Moscow*, fue el elegido para entrevistarse con Churchill. Curiosamente, la elección recayó en él aunque se había mostrado más útil para aplacar a Stalin que para adivinar lo que el primer ministro británico tuviera

en mente.

Aunque Davies era experto en inversiones bancarias y, por tanto, a ojos de los comunistas, un archicapitalista, en él había surgido la propensión de la mayoría de los enviados norteamericanos, especialmente de los diplomáticos que no son de carrera, a volverse autodeclarados portavoces de los países en que están acreditados. En su libro acerca de sus aventuras como embajador había repetido como un loro la propaganda soviética sobre todos los temas imaginables, incluso la culpabilidad de las víctimas de las «purgas». Enviado por Roosevelt en misión a Moscú en tiempos de guerra, Davies tuvo la extraordinaria torpeza de exhibir una película basada en su libro a un grupo de altos jerarcas soviéticos en la embajada norteamericana, comportándose de forma totalmente inadecuada. El informe oficial observaba escuetamente que los huéspedes soviéticos habían observado con «sombria curiosidad» mientras en la pantalla se proclamaba la culpabilidad de sus antiguos colegas⁵⁶¹. (Y tenían razones para ello. No sólo estaban mejor informados, sino que no podían descartar la posibilidad de que el filme estuviese mostrándoles su propio futuro.) Por todo ello, Truman difícilmente habría podido enviar a Downing Street a alguien menos capaz de apreciar las ideas de Churchill sobre el mundo de la posguerra.

La visita de Davies a Londres a finales de mayo de 1945 resultó casi tan surrealista como lo había sido su misión en Moscú durante la guerra. Davies estaba mucho más interesado en continuar la asociación de los Estados Unidos con la Unión Soviética que en favorecer las relaciones angloamericanas. Churchill expresó al enviado norteamericano su temor de que Stalin intentara devorar Europa central y subrayó la necesidad de oponerle un frente angloamericano. Davies reaccionó al análisis de Churchill sobre el desafío soviético preguntando sardónicamente al Viejo León si tal vez «él y Gran Bretaña no habrían cometido un error al no apoyar a Hitler, pues si yo le entendía bien, ahora estaba expresando la doctrina que Hitler y Goebbels habían proclamado y reiterado durante los cuatro años anteriores en un esfuerzo por quebrantar la unidad aliada, al grito de "Divide y vencerás"»⁵⁶². Según Davies, la diplomacia entre Este y Oeste no llegaría a ningún lado si no se basaba en la premisa de la buena fe de Stalin.

Del mismo estilo fue el informe de Davies a Truman. Por muy grande que fuese Churchill, en opinión de Davies era «ante todo y sobre todo» un gran inglés, más interesado por conservar la posición de Inglaterra en Europa que por mantener la paz⁵⁶³. El almirante Leahy, antes jefe del estado mayor de Roosevelt y ahora del de Truman, al apoyar el informe de Davies confirmó que su opinión estaba muy difundida: «Esto coincidía con nuestra estimación de la actitud de Churchill durante toda la guerra.»⁵⁶⁴

Nada muestra mejor la reacción instintiva de los Estados Unidos a la *Realpolitik*. Davies y Leahy se escandalizaban de que el primer ministro británico se preocupara ante todo por los intereses nacionales de su país, cuestión que los estadistas de cualquier otro país habrían considerado lo más natural del mundo. Aun cuando la búsqueda de un equilibrio de poder en el continente encarnara tres siglos de historia británica, los norteamericanos la consideraron aberrante y contrapusieron la búsqueda de la paz al esfuerzo por mantener semejante equilibrio, como si los medios y los fines fuesen incompatibles y no complementarios.

Hopkins, que había visitado Moscú varias veces como emisario durante la guerra, consideró sumamente afin la atmósfera de su misión paralela. Aun así, es posible que sus reuniones con Stalin involuntariamente profundizaran el estancamiento ante Europa oriental y apresuraran el principio de la Guerra Fría. Hopkins continuó con su anterior táctica de subrayar la armonía por encima de la confrontación. No se atrevió a decirle a Stalin hasta qué punto su proceder estaba amenazando con causar graves dificultades entre un público norteamericano ya prevenido. A lo largo de su carrera

diplomática, Hopkins actuó sobre la premisa de que todos los desacuerdos podrían disolverse en un ambiente de comprensión y buena voluntad, categorías sobre las que Stalin tenía, para empezar, muy poca comprensión.

Stalin vio a Hopkins seis veces, a fines de mayo y comienzos de junio. Utilizó su táctica habitual de poner a la defensiva a su interlocutor, y se quejó de la interrupción de los préstamos y arrendamientos, y de un enfriamiento general de las relaciones soviético-norteamericanas. Advirtió que la Unión Soviética nunca cedería a una presión, recurso diplomático que se utiliza habitualmente cuando el negociador está buscando un medio de averiguar con disimulo qué concesiones se desean, sin sugerir que las aceptará. Stalin dijo que no comprendía el interés de los Estados Unidos en que hubiera elecciones libres en Polonia. Después de todo, los Estados Unidos no habían planteado una cuestión comparable con respecto a Italia y Bélgica, donde aún no se celebraban elecciones. ¿Por qué habrían de preocuparse las potencias occidentales por Polonia y los países de la cuenca del Danubio, tan cercanos a las fronteras soviéticas?

Ambos regatearon sin llegar a ninguna conclusión y sin que Hopkins lograra informar siquiera a Stalin de que los norteamericanos hablaban muy en serio de la autodeterminación en Europa oriental. De hecho, Hopkins mostró la misma inclinación que la mayoría de los negociadores norteamericanos, que presentan hasta las negociaciones más firmemente adoptadas de tal manera que se evite todo atisbo de intransigencia. A la espera de llegar a un acuerdo, buscan modos de dar a sus interlocutores una salida elegante. El aspecto negativo de este enfoque es que, una vez que los negociadores norteamericanos pierden su confianza en la buena voluntad del otro bando, suelen volverse intratables y, a veces, excesivamente rígidos.

Los errores del estilo negociador de Hopkins se intensificaron por su extraordinaria confianza en Stalin y la Unión Soviética, que todavía mantenía de la alianza de los tiempos de guerra. En junio de 1945, Stalin había fijado unilateralmente las fronteras oriental y occidental de Polonia, había introducido brutalmente a títeres soviéticos en el gobierno de los países satélites y había violado de manera flagrante su promesa de Yalta de organizar elecciones libres. Aun así, Harry Hopkins todavía consideró posible describir a Stalin los desacuerdos soviético-americanos como «una serie de acontecimientos, ninguno importante en sí mismo [que] han surgido en torno de la cuestión polaca»⁵⁶⁵. Basándose en la táctica utilizada por Roosevelt en Teherán y Yalta, pidió a Stalin que modificara sus demandas en Europa oriental, para ayudar a aliviar las presiones internas que pesaban sobre el gobierno de Truman.

Stalin declaró que estaba dispuesto a escuchar cualquier sugerencia sobre cómo hacer que el nuevo gobierno polaco fuese conforme a los principios norteamericanos e invitó a Hopkins a recomendar a cuatro o cinco personas del bando democrático que pudieran añadirse al gobierno de Varsovia que, según afirmó, había sido creado por la Unión Soviética debido a la «obligación» de la necesidad militar⁵⁶⁶. Desde luego, lo difícil no era la participación simbólica en un gobierno comunista, sino las elecciones libres. Los comunistas ya habían demostrado una notable habilidad para destruir gobiernos de coalición. Sea como fuere, Hopkins difícilmente habría podido impresionar a Stalin con la interpretación norteamericana de la situación polaca cuando reconoció que no tenía ningún nombre específico que sugerir para el nuevo gobierno.

Al insistir en que le dejaran las manos libres ante sus vecinos, Stalin estaba siguiendo la práctica rusa tradicional. Desde que Rusia apareciera dos siglos antes en el escenario internacional, sus dirigentes habían intentado resolver bilateralmente las disputas con sus vecinos, y no en conferencias internacionales. Ninguno de los anteriores zares, Alejandro I en la década de 1820-1829, Nicolás I treinta años después y Alejandro II en 1878, comprendió por qué Gran Bretaña

insistía en interponerse entre Rusia y Turquía. En estos ejemplos y en otros ulteriores, los dirigentes rusos parecieron creerse con derecho a tratar con total libertad con sus vecinos. Si sus deseos se veían frustrados, solían recurrir a la fuerza, y nunca se retiraron sino ante la amenaza de guerra.

Las visitas de los emisarios de Truman a Londres y Moscú probaron, ante todo, que el presidente aún estaba intentando seguir un camino intermedio entre la idea de Roosevelt sobre cómo mantener la paz, en la que los Estados Unidos no tenían asociados, y su creciente resentimiento motivado por la conducta soviética en Europa oriental, para el cual aún no tenía definida una política. Truman no estaba preparado para hacer frente a las realidades políticas originadas por la victoria, ni para abandonar la visión de Roosevelt de un orden mundial gobernado por los Cuatro Policías. Los Estados Unidos tampoco reconocerían que el equilibrio del poder era una necesidad del orden internacional y no una aberración de la diplomacia europea.

El sueño de los Cuatro Policías se disipó en la Conferencia de Potsdam, del 17 de julio al 2 de agosto de 1945. Los tres estadistas se encontraron en Cecilienhof, una cavernosa casa de campo de estilo inglés situada en un gran parque que había sido la residencia del último príncipe heredero de Alemania. Potsdam fue elegida como sede de la conferencia porque se encontraba en la zona de ocupación soviética, tenía acceso por ferrocarril (Stalin detestaba viajar en avión) y podía ser protegida por las fuerzas de seguridad soviéticas.

Al llegar la delegación norteamericana, aún se sentía comprometida con un nuevo orden mundial la visión de los tiempos de la guerra. El documento redactado por el Departamento de Estado, que sirvió como base a la delegación norteamericana, afirmaba que el establecimiento de esferas de interés constituiría la mayor amenaza para la paz mundial. El documento, que invocaba la ortodoxia de Wilson, sostenía que las esferas de interés «representarían la política de poder pura y simple, con todas sus desventajas concomitantes [...]. Nuestro primer objetivo debe ser suprimir las causas que hacen que las naciones sientan que tales esferas son necesarias para edificar su seguridad, en lugar de ayudar a un país a aumentar su fuerza contra otro»⁵⁶⁷. El Departamento de Estado no explicaba lo que, a falta de política del poder, podría alentar a Stalin a llegar a un acuerdo, ni cuál sería la causa del conflicto si no el choque de intereses. A pesar de todo, el ubicuo Joseph Davies, que asistió como asesor del presidente por ser un supuesto conocedor de los líderes soviéticos, pareció bastante complacido con su propia recomendación, que equivalía simplemente a complacer a Stalin. En un momento, tras un tenso intercambio de ideas, Davies hizo llegar una nota a Truman que decía: «Creo que Stalin está ofendido. Por favor, sea amable con él.»⁵⁶⁸

Los halagos, especialmente a comunistas, no eran algo natural en Truman. Sin embargo, hizo un intento heroico. Al principio, le gustó más el estilo tajante de Stalin que la elocuencia de Churchill. Escribió a su madre: «Churchill habla todo el tiempo, y Stalin se limita a gruñir, pero se entiende lo que quiere decir.»⁵⁶⁹ En un banquete privado, el 21 de julio, Truman habló sin ambages, y luego confió a Davies: «[...] traté de convencerle de que hablamos sinceramente, de que estamos interesados en la paz y en un mundo decente, y que no tenemos propósitos hostiles para con ellos; que no deseábamos nada para nosotros sino seguridad para nuestro país, y paz con amistad y buena vecindad, y que hacerlo era nuestro deber común. Lo expresé "con todas las palabras" y pienso que me cree. Lo dije todo sinceramente»⁵⁷⁰. Por desgracia, Stalin no tenía un marco de referencia para los interlocutores que proclamaran su desinterés en las cuestiones que tenían ante sí.

Los estadistas de la Conferencia de Potsdam trataron de eludir los problemas de organización que habían viciado la Conferencia de Versalles. En vez de empantanarse en detalles y trabajar bajo la presión del tiempo, Truman, Churchill y Stalin se limitarían a tratar los principios generales. Luego, sus ministros de Exteriores elaborarían los detalles de los acuerdos de paz con las vencidas

potencias del Eje y sus aliados.

Aun con esa restricción, la conferencia tenía una extensa agenda que incluía indemnizaciones, el futuro de Alemania y la situación de aliados de Alemania como Italia, Bulgaria, Hungría y Rumania, o de sus asociados como Finlandia. Stalin alargó esta lista presentando la lista de demandas que Molotov había mostrado a Hitler en 1940, y que un año después había reiterado a Eden. Estas demandas incluían un mejor tránsito soviético por los Dardanelos, una base militar soviética en el Bósforo y una parte de las colonias de Italia. Un orden del día de tal alcance no podía ser abordado por los abrumados jefes de gobierno en el plazo de dos semanas.

La Conferencia de Potsdam pronto se convirtió en un diálogo de sordos. Stalin insistía en consolidar su esfera. Truman, y en menor grado Churchill, exigían una confirmación de sus principios. Stalin trató de negociar el reconocimiento occidental de los gobiernos de Bulgaria y Rumania, impuestos por los soviéticos, a cambio de que la Unión Soviética reconociera a Italia. Mientras tanto, Stalin persistió en rechazar la demanda de las democracias de celebrar elecciones libres en Europa oriental.

Al final, cada bando ejerció el veto cuantas veces pudo hacerlo. Los Estados Unidos y Gran Bretaña se negaron a aceptar la demanda de Stalin de pedir 20.000 millones de dólares en concepto de indemnizaciones a Alemania (la mitad de los cuales sería para la Unión Soviética), o de hacer que los activos de sus zonas quedaran disponibles con ese propósito. Por otra parte, Stalin siguió fortaleciendo la posición de los partidos comunistas de toda Europa oriental.

Stalin también aprovechó la ambigüedad del Acuerdo de Yalta respecto a los ríos Oder y Neisse para extender más al oeste las fronteras de Polonia. En Yalta se había decidido que los ríos servirían como línea de demarcación entre Polonia y Alemania aunque, como ya se observó, nadie pareció darse cuenta de que, en realidad, había dos ríos Neisse. Churchill había entendido que el más oriental sería la frontera. Pero, en Potsdam, Stalin reveló que había asignado a Polonia la zona que se extiende entre los ríos Neisse del Este y del Oeste. Stalin había calculado, indudablemente, que la enemistad entre Polonia y Alemania se volvería intratable si Polonia adquiría territorios alemanes históricos, incluyendo la antigua ciudad alemana de Breslau, y expulsaba a otros cinco millones de alemanes. Los dirigentes norteamericano y británico aceptaron el *fait accompli* de Stalin, con la condición insignificante de que se reservarían su posición final ante la cuestión de la frontera hasta la conferencia de paz. Sin embargo, esta reserva simplemente hizo que Polonia dependiera más de la Unión Soviética, y fue una cuestión irrelevante, pues se trataba de territorios de los que serían expulsadas las poblaciones alemanas.

Churchill no había llegado a Potsdam desde una posición particularmente fuerte en su patria. De hecho, el ritmo de la conferencia, tal como ocurrió, fue fatalmente interrumpido el 25 de julio de 1945, cuando la delegación británica tuvo que pedir una pausa para volver a su patria a esperar los resultados de las primeras elecciones generales celebradas desde 1935. Churchill nunca volvió a Potsdam, pues sufrió una derrota aplastante. Clement Attlee ocupó su lugar como primer ministro, y Ernest Bevin llegó como secretario de Exteriores.

Poco se logró en Potsdam. Se rechazaron muchas de las demandas de Stalin, como la base en el Bósforo, su petición de un mandato soviético en algunos de los territorios africanos de Italia, su deseo de establecer un control del Ruhr por parte de las cuatro potencias y el reconocimiento occidental a los gobiernos de Rumania y Bulgaria, de cariz soviético. También Truman vio frustrados algunos de sus propósitos, sobre todo respecto a la internacionalización del Danubio. Pero los tres jefes de Estado sí lograron forjar algunos acuerdos. Se estableció un mecanismo cuatripartito para enfrentarse a las cuestiones alemanas. Truman logró que Stalin aceptara su enfoque de las

indemnizaciones y que cada potencia obtuviera reparaciones de su zona de ocupación en Alemania. Pero se eludió la crucial cuestión de la frontera occidental de Polonia puesto que los Estados Unidos y Gran Bretaña aceptaron la línea Oder-Neisse de Stalin, aunque se reservaron el derecho de considerar más adelante una revisión. Por último, Stalin prometió ayudar en el esfuerzo de guerra contra Japón. Muchas cosas quedaron sin definir o se deshicieron y, como a menudo ocurre cuando los jefes de Estado no logran ponerse de acuerdo, las cuestiones más problemáticas se dejaron en manos de sus ministros de Exteriores para que las siguieran analizando.

Acaso el incidente más significativo de Potsdam fuese algo que no estaba en la agenda oficial. En cierto momento, Truman se llevó aparte a Stalin para informarle de la existencia de la bomba atómica. Stalin, desde luego, ya sabía de ella por sus espías; en realidad, lo había sabido antes que Truman. Dada su paranoia, sin duda consideró que la información de Truman era un claro intento de intimidarlo. Decidió mostrarse impávido ante la nueva tecnología, y menospreciarla no mostrando ninguna curiosidad particular. «El primer ministro ruso —escribió Truman en sus memorias— no mostró ningún interés especial. Lo único que dijo fue que le alegraba saberlo, y que esperaba que le diéramos "buen uso contra los japoneses".»⁵⁷¹ Ésta seguiría siendo la táctica de los soviéticos ante las armas nucleares hasta que hubieron fabricado la suya.

Tiempo después, Churchill diría que si lo hubiesen reelegido, él habría provocado un enfrentamiento en Potsdam, y habría tratado de imponer un acuerdo⁵⁷². Nunca especificó en qué pensaba. El hecho es que sólo se habría podido obligar a Stalin a parlamentar, si acaso, bajo extrema presión, y aun entonces sólo en el último momento. De hecho, el deseo de Churchill de llegar a una solución general definió el dilema de los Estados Unidos porque ningún estadista norteamericano estaba dispuesto a hacer la clase de amenaza o de presión en que Churchill estaba pensando y que la mentalidad de Stalin habría requerido. Los estadistas norteamericanos aún no se habían dado cuenta de que cuanto más tiempo dieran a Stalin para crear Estados de un solo partido en Europa oriental, más difícil sería obligarlo a cambiar de idea. Al término del conflicto, el público norteamericano estaba cansado de tanta guerra y confrontación y deseaba más que nada que sus soldados volvieran a casa. No estaba dispuesto a amenazar con otra confrontación, y mucho menos con una guerra nuclear, por el pluralismo político en Europa oriental o por sus fronteras. La opinión de que había que resistir a todo nuevo avance del comunismo era unánime, pero también lo era el deseo de que ya no se corrieran riesgos militares.

La confrontación con Stalin no habría sido precisamente un paseo. Hasta dónde estaba dispuesto Stalin a llevar su diplomacia fue algo que comprendí en una conversación con Andrei Gromyko, después de que éste dejara su cargo en 1989. Le pregunté por qué la Unión Soviética se había arriesgado al bloqueo de Berlín tan poco tiempo después de una guerra devastadora y ante el monopolio nuclear de los Estados Unidos. Muy aplacado y ya jubilado, Gromyko me contestó que varios consejeros habían manifestado esa misma preocupación a Stalin, que la rechazó sobre la base de tres proposiciones: primera, los Estados Unidos, afirmó, jamás usarían las armas nucleares por la cuestión de Berlín; segunda, si los Estados Unidos intentaran llevar un convoy por la autopista hasta Berlín, el Ejército Rojo opondría resistencia; por último, si los Estados Unidos parecían dispuestos a atacar en todo el frente, Stalin se reservaría la decisión final. Éste era el punto en que, es de suponerse, habría intentando llegar a un acuerdo.

El resultado práctico de Potsdam fue el principio del proceso que dividió Europa en dos esferas de influencia, precisamente lo que los dirigentes norteamericanos de tiempos de guerra más habían querido evitar. No es de sorprender que la reunión de ministros de Exteriores fuese tan poco productiva como la «cumbre» de sus líderes. Tenían menor autoridad, y por tanto, también menos

flexibilidad. La supervivencia, tanto política como física, de Molotov dependía de que mostrara la más sólida adhesión a las instrucciones de Stalin.

La primera reunión de ministros de Exteriores se celebró en Londres, en septiembre y a comienzos de octubre de 1945. Su propósito era redactar tratados de paz para Finlandia, Hungría, Rumania y Bulgaria, naciones todas que habían combatido en el bando de Alemania. Las posiciones norteamericana y soviética no se habían modificado desde Potsdam. El secretario de Estado, James Byrnes, pidió que hubiera allí elecciones libres; Molotov no quiso saber nada de eso. Byrnes esperaba que la demostración del terrible poder de la bomba atómica en Japón hubiese fortalecido la posición de los Estados Unidos en las negociaciones. Pero Molotov se comportó con su rudeza habitual. Al término de la conferencia, quedó claro que la bomba atómica no había hecho que los soviéticos se mostraran más dispuestos a colaborar; al menos, no a falta de una diplomacia más amenazadora. Byrnes dijo a su predecesor, Edward R. Stettinius:

[...] nos enfrentábamos a una nueva Rusia, del todo distinta de la Rusia con la que habíamos tratado un año antes. Mientras nos necesitaron en la guerra y les estábamos enviando suministros, llevamos una relación satisfactoria; pero ya que la guerra había pasado, estaban adoptando una actitud tan agresiva en cuestiones territoriales que era indefendible⁵⁷³.

El sueño de los Cuatro Policías se negaba a morir. El 27 de octubre de 1945, unas cuantas semanas después de que abortara la conferencia de ministros de Exteriores, Truman, en un discurso de celebración del Día de la Marina, combinó los temas tradicionales de la política exterior norteamericana con una llamada a la colaboración soviético-norteamericana. Los Estados Unidos, aseveró, no buscaban territorios ni bases, «nada que pertenezca a alguna otra potencia». La política exterior norteamericana, reflejo de los valores morales de la nación, estaba «firmemente basada en principios fundamentales de derecho y justicia», y en negarse a entrar en «acuerdos con el mal». Truman invocó la tradicional equiparación norteamericana de la moral privada con la pública y prometió: «No cejaremos en nuestros esfuerzos por aplicar la regla de oro a los asuntos internacionales.» La insistencia de Truman en el aspecto moral de la política exterior sirvió de prólogo a otra llamada a la reconciliación soviético-norteamericana. No existían diferencias «profundas o irreconciliables» entre los aliados de la guerra, afirmó Truman. «Entre las potencias victoriosas no hay conflictos de intereses tan profundamente arraigados que no se puedan dirimir.»⁵⁷⁴

Aquello no se cumplió. La siguiente conferencia de ministros de Exteriores, celebrada en diciembre de 1945, originó una especie de «concesión» soviética. Stalin recibió a Byrnes el 23 de diciembre y le propuso que las tres democracias occidentales enviaran una comisión a Bulgaria y a Rumania para aconsejar a sus gobiernos sobre cómo podrían ampliar sus gabinetes, de modo que incluyeran a algunas figuras políticas democráticas. Desde luego, el cinismo de la oferta demostró la confianza de Stalin en el dominio que los comunistas ejercían sobre sus satélites, y no su receptividad a las verdades democráticas. Tal fue, asimismo, la opinión de George Kennan, que ridiculizó las concesiones de Stalin diciendo que eran «hojas de parra de procedimientos democráticos para tapar la desnudez de la dictadura staliniana»⁵⁷⁵.

Byrnes, por su parte, interpretó la iniciativa de Stalin como un reconocimiento de que el Acuerdo de Yalta exigía algún gesto democrático, y procedió a reconocer a Bulgaria y a Rumania antes de concluir un tratado de paz con esos países. Truman se enfureció al saber que Byrnes había aceptado el compromiso sin antes consultarlo. Aunque, después de cierta vacilación, lo apoyó. Este fue el principio de un distanciamiento entre el presidente y su secretario de Estado, que conduciría a

la dimisión de Byrnes aquel mismo año.

En 1946 hubo otras dos reuniones de ministros de Exteriores, celebradas en París y en Nueva York. En ellas se completaron los tratados secundarios, pero aumentaron las tensiones cuando Stalin convirtió Europa oriental en un apéndice político y económico de la Unión Soviética.

El distanciamiento cultural existente entre los dirigentes norteamericanos y soviéticos intensificó la ya naciente Guerra Fría. Los negociadores de los Estados Unidos actuaban como si la simple proclamación de sus derechos morales y legales debiera dar los resultados deseados. Stalin necesitaba razones mucho más persuasivas para cambiar de rumbo. Cuando Truman habló de la regla de oro, su público norteamericano lo tomó al pie de la letra, y creyó realmente en un mundo gobernado por las normas jurídicas. Para Stalin, las palabras de Truman no tenían sentido, o eran simple verborrea para ocultar algún ardid. El nuevo orden internacional en que él pensaba era el paneslavismo, reforzado por la ideología comunista. El disidente comunista yugoslavo Milovan Djilas narró una conversación en que Stalin había dicho: «"Si los eslavos se mantienen unidos y conservan su solidaridad, nadie en el futuro será capaz de mover un dedo. ¡Ni siquiera un dedo!", repitió [Stalin], y reforzó sus palabras levantando el índice.»⁵⁷⁶

Paradójicamente, el hecho de que Stalin supiera bien cuán débil era en realidad su país aceleró el proceso que iba a la deriva hacia la Guerra Fría. El territorio soviético situado al oeste de Moscú había sido devastado, pues la práctica habitual de los ejércitos en retirada, primero el soviético y luego el alemán, había sido hacer estallar toda chimenea para privar de refugio a sus perseguidores en el terrible clima de Rusia. El número de los muertos de guerra soviéticos, incluidos los civiles, superaba los 20 millones. Además, la lista de víctimas de todas las purgas stalinianas, campos de concentración, colectivizaciones forzadas y hambrunas creadas deliberadamente se ha calculado en otros 20 millones más, y quizás otros 15 sobrevivieron al encarcelamiento del *gulag*⁵⁷⁷. Entonces, este país devastado de pronto se encontraba frente al avance tecnológico norteamericano de la bomba atómica. ¿Podía significar eso que el momento tan temido por Stalin había llegado al fin, y que el mundo capitalista podría imponerle su voluntad? Todos los sufrimientos y esfuerzos, inhumanos hasta para el exorbitante nivel de la tiranía rusa, ¿no habrían acabado sino en una unilateral ventaja capitalista?

Stalin, en un nuevo alarde de temeridad, decidió simular que la Unión Soviética no estaba actuando movida por la debilidad, sino por su inmenso poder. Según la mentalidad de Stalin, las concesiones voluntarias eran una confesión de vulnerabilidad, y creía que todo reconocimiento de esa índole generaría nuevas exigencias y presiones. Por ello mantuvo su ejército en el centro de Europa, donde gradualmente fue imponiendo gobiernos afines a los soviéticos. Fue aún más lejos, y proyectó una imagen de tan implacable ferocidad que muchos lo creyeron dispuesto a lanzar una ofensiva hacia el canal de la Mancha, temor que la posteridad ha considerado quimérico.

Stalin aunó su exageración de la fuerza y belicosidad soviética al esfuerzo sistemático por menospreciar el poderío norteamericano, especialmente su más terrible arma, la bomba atómica. Había fijado el tono con su alarde de indiferencia cuando Truman le informó de la existencia de ésta. La propaganda comunista, apoyada en todo el mundo por partidarios académicos bien intencionados, expresó innumerables variaciones sobre el tema de que la aparición de las armas nucleares no había modificado las reglas de la estrategia militar, y que el bombardeo estratégico resultaría ineficaz. En 1946, Stalin estableció la doctrina oficial: «Las bombas atómicas pretenden atemorizar a quienes tienen nervios débiles, pero no pueden decidir el resultado de una guerra [...].»⁵⁷⁸ En las proclamaciones públicas, la declaración de Stalin pronto fue amplificada hasta establecer una distinción entre los factores de estrategia «transitorios» y los factores «permanentes» en que la

bomba atómica fue clasificada como fenómeno transitorio. «Los belicistas —escribió el mariscal del aire Konstantin Vershinin en 1949— exageran fuera de toda proporción el papel de la fuerza aérea [...] [calculando] que el pueblo de la URSS y de las democracias populares se dejará intimidar por la llamada guerra "atómica" o de "oprimir un botón".»⁵⁷⁹

Un dirigente común habría decidido dar un respiro a su sociedad, agotada por la guerra y por las inhumanas exacciones que la habían precedido. Pero el diabólico secretario general soviético se negó a dar el menor alivio a su pueblo; en realidad calculó, probablemente con razón, que si daba una tregua a su sociedad ésta empezaría a hacerse preguntas sobre los fundamentos mismos del gobierno comunista. En un discurso ante sus victoriosos comandantes del Ejército Rojo, poco después del armisticio, en mayo de 1945, Stalin recurrió por última vez a la emotiva retórica de los tiempos de guerra. Se dirigió al grupo como «amigos míos, compatriotas míos», y describió así las retiradas de 1941 y 1942:

Otra nación habría podido decir al gobierno: «No habéis justificado nuestras expectativas; iros. Estableceremos un nuevo gobierno que firme una paz con Alemania y nos dé reposo.» Pero el pueblo ruso no siguió ese camino porque tuvo fe en la política de su gobierno. ¡Gracias, gran pueblo ruso, por tu confianza!»⁵⁸⁰

Éste fue el último reconocimiento de falibilidad de Stalin, y la última vez que se dirigió a su pueblo como jefe del gobierno. (Resulta interesante destacar que en su discurso Stalin sólo diera crédito al pueblo ruso, y no a ninguna otra nacionalidad del Imperio soviético.) Pocos meses después, Stalin volvió a su cargo de secretario general del Partido Comunista como base de su autoridad; y volvió a dirigirse al pueblo soviético con la habitual apelación comunista de «camaradas», dando al Partido Comunista todo el crédito por la victoria soviética.

En otro importante discurso, el 9 de febrero de 1946, Stalin estableció los órdenes de marcha para el período de posguerra:

Ahora, la victoria significa, ante todo, que nuestro sistema social soviético ha ganado; que el sistema social soviético ha pasado la prueba de fuego de la guerra y ha probado su completa vitalidad [...]. El sistema social soviético ha demostrado ser más capaz de vivir y ser más estable que un sistema social no soviético [...]. El sistema social soviético es una forma mejor de organización de la sociedad que ningún sistema social no soviético⁵⁸¹.

Al describir las causas de la guerra, Stalin invocó la auténtica fe comunista; la guerra, afirmó, no había sido causada por Hitler, sino por el funcionamiento del sistema capitalista:

Nuestros marxistas declaran que el sistema capitalista de economía mundial entraña elementos de crisis y de guerra; que el desarrollo del capitalismo mundial no sigue un camino firme y uniforme hacia delante, sino que procede mediante crisis y catástrofes. El desigual desarrollo de los países capitalistas conduce, con el tiempo, a grandes disturbios en sus relaciones, y los grupos de países que se consideran inadecuadamente provistos de materias primas y mercados de exportación suelen tratar de modificar esta situación y de cambiar su posición mediante la fuerza armada⁵⁸².

Si el análisis de Stalin era correcto, entonces no existía una diferencia esencial entre Hitler y los aliados de la Unión Soviética en la guerra contra Hitler. Tarde o temprano sería inevitable un

nuevo conflicto, y lo que la Unión Soviética estaba experimentando era un armisticio, no una verdadera paz. La tarea que Stalin planteó a la Unión Soviética era la misma de antes de la guerra, es decir, fortificarse lo suficiente para desviar el conflicto inevitable hacia una guerra civil capitalista, alejándolo de un ataque a la patria del comunismo. Toda perspectiva duradera de que la paz aligerara el destino cotidiano de los pueblos soviéticos se había esfumado. Se promovería la industria pesada, continuaría la colectivización de la agricultura y toda oposición interna sería aplastada.

Stalin pronunció su discurso en el habitual tono anterior a la guerra, como un catecismo en que él planteaba sus preguntas y luego él mismo las respondía. A su público, atemorizado, ya le era familiar el estribillo: Stalin estaba amenazando con aniquilar a unos enemigos todavía no identificados por tratar de frustrar el proyecto socialista. Casi cualquier ciudadano soviético sabía por experiencia que aquellas amenazas no eran en vano. Al mismo tiempo, Stalin también estaba fijándose nuevas y ambiciosas metas como la decuplicación de la producción de hierro, la producción de acero multiplicada por 15, y la cuadruplicación de la producción petrolífera. «Sólo en esas condiciones quedará nuestro país asegurado contra toda eventualidad. Tal vez esto requiera de tres nuevos planes quinquenales, si no más. Pero se puede hacer, y deberemos hacerlo.»⁵⁸³ Tres planes quinquenales significaban que ninguno de los supervivientes de las purgas y de la Segunda Guerra Mundial llevaría jamás una vida normal.

Cuando Stalin pronunció este discurso, los ministros de Exteriores de la alianza victoriosa aún se reunían regularmente, las tropas norteamericanas se estaban retirando a toda prisa de Europa y Churchill aún no había hablado del Telón de Acero. Stalin estaba restableciendo una política de confrontación con Occidente porque entendía que el Partido Comunista, forjado por él, no podría sostenerse en un entorno internacional o interior dedicado a la coexistencia pacífica.

Es posible, en realidad creo que muy probable, que Stalin no se propusiera tanto establecer lo que llegaría a conocerse como órbita de satélites, cuanto fortalecer su posición para afrontar el inevitable choque diplomático. En realidad, su dominio absoluto de Europa oriental sólo fue retóricamente desafiado por las democracias, y nunca de un modo que incluyera riesgos que Stalin debiera tomar en serio. Por consiguiente, la Unión Soviética pudo convertir la ocupación militar en toda una red de regímenes satélites.

La reacción de Occidente a su propio monopolio nuclear profundizó aún más el estancamiento. De un modo irónico, los científicos dedicados a evitar la guerra nuclear empezaron a difundir la asombrosa proposición de que las armas nucleares no alteraban la supuesta lección de la Segunda Guerra Mundial, es decir, que el bombardeo estratégico podría no ser decisivo⁵⁸⁴. Al mismo tiempo, la propaganda del Kremlin acerca de que la situación estratégica no se había alterado empezó a ser aceptada por todos. La razón de que la doctrina militar norteamericana de finales de los años cuarenta aceptara esta opinión tuvo que ver con su propia dinámica burocrática. Al no querer reconocer que alguna arma era decisiva, los jefes de los servicios militares norteamericanos hicieron que sus propias organizaciones parecieran más indispensables. Desarrollaron así un concepto que trataba las armas nucleares como un explosivo poderoso, un poco más eficaz, en una estrategia general basada en la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. En el período de mayor fuerza relativa de las democracias, este concepto suscitó el erróneo y generalizado temor de que la Unión Soviética fuese militarmente superior, porque sus ejércitos convencionales eran más numerosos.

Como en los años treinta, fue Churchill, convertido ya en líder de la oposición, quien trató de recordar sus necesidades a las democracias. El 5 de marzo de 1946, en Fulton, Missouri, dio la señal de alarma contra el expansionismo soviético⁵⁸⁵, al describir un «Telón de Acero» que había caído

«desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático». Los soviéticos habían instalado gobiernos procomunistas en todo país que hubiese sido ocupado por el Ejército Rojo, así como en la zona soviética de Alemania, cuya parte más útil, recalcó, había sido entregada a los soviéticos por los Estados Unidos. Al final, esto «daría a los derrotados alemanes la capacidad de ofrecerse en subasta entre los soviéticos y las democracias occidentales».

Churchill concluyó diciendo que era necesaria una alianza de los Estados Unidos y la Commonwealth para hacer frente a la amenaza inmediata. Sin embargo, la solución a largo plazo era la unidad europea, «de la cual ninguna nación puede quedar permanentemente proscrita». Churchill, primer y principal adversario de la Alemania de los años treinta, se convirtió así en el primer y principal partidario de la reconciliación con la Alemania de los años cuarenta. A pesar de todo, el tema central del discurso de Churchill fue que el tiempo no corría en favor de las democracias, y que era apremiante buscar un acuerdo general:

No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Lo que desea son los frutos de la guerra y la expansión indefinida de su poder y de sus doctrinas. Pero lo que hemos de considerar aquí y ahora, mientras aún nos queda tiempo, es la prevención permanente de la guerra y el establecimiento de condiciones de libertad y de democracia tan pronto como sea posible y en todos los países. No desaparecerán nuestras dificultades y peligros si cerramos los ojos ante ellos. No se suprimirán si nos limitamos a esperar a ver qué pasa; tampoco se eliminarán mediante una política de apaciguamiento. Lo que se necesita es un acuerdo, y cuanto más tarde más difícil será, y más aumentarán nuestros peligros⁵⁸⁶.

La razón de que tan pocas veces se haga caso a los profetas en su tierra es que su papel consiste en trascender los límites de la experiencia e imaginación de sus contemporáneos. Sólo se les reconoce cuando su visión ya ha pasado a ser experiencia; en suma, cuando es demasiado tarde para aprovecharla. El destino de Churchill fue ser rechazado por sus conciudadanos salvo durante un breve período de tiempo, cuando la supervivencia misma de éstos estaba en juego. Durante los años treinta había pedido a su país que se armase mientras sus contemporáneos intentaban negociar; en los años cuarenta y cincuenta pidió un encuentro diplomático mientras sus contemporáneos, hipnotizados por la idea que ellos mismos se habían formado de su debilidad, estaban más interesados en reforzarse.

A la postre, la órbita de satélites soviéticos fue surgiendo paulatinamente, en parte por falta de oposición. Al analizar el discurso en que Stalin había pedido los tres nuevos planes quinquenales, George Kennan describió en su célebre «Telegrama Largo» cómo vería Stalin una seria presión extranjera: «La intervención contra la URSS, aunque sería desastrosa para quienes la emprendieran, también causaría un renovado retraso al avance del socialismo soviético, y por tanto, se la debe impedir *a toda costa* [las cursivas son mías].»⁵⁸⁷ Stalin no habría podido reconstruir la Unión Soviética y simultáneamente arriesgarse a una confrontación con los Estados Unidos. La tan anunciada invasión soviética de Europa occidental era una fantasía; lo más probable es que Stalin hubiese retrocedido ante una seria confrontación con los Estados Unidos, aunque, seguramente, no sin llegar lo bastante lejos para poner a prueba la resolución de Occidente.

Stalin había logrado fijar las fronteras de Europa oriental sin correr un riesgo excesivo, porque sus ejércitos ya ocupaban esas regiones. Pero cuando se trató de imponer regímenes al estilo soviético en esos territorios, se volvió mucho más cauteloso. En los dos años posteriores a la guerra, sólo se establecieron dictaduras comunistas en Yugoslavia y Albania. Los otros cinco países que

después serían satélites soviéticos, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania, tenían gobiernos de coalición en que los comunistas eran el bando más fuerte, pero no carecían de oposición. Dos de esos países, Checoslovaquia y Hungría, celebraron elecciones al cabo de un año, de las que surgieron auténticos sistemas pluripartidistas. Desde luego, ya existía un acoso sistemático a los partidos no comunistas, sobre todo en Polonia; pero los soviéticos aún no intentaban abiertamente suprimirlos.

Todavía en septiembre de 1947, Andrei Zhdanov, que durante un tiempo se consideró el más cercano colaborador de Stalin, identificaba dos categorías de Estados en lo que él llamó «frente antifascista» de Europa oriental. En el discurso en que anunció la formación del Cominform, agrupación formal de partidos comunistas del mundo entero, y que sucedió al Comintern, dijo que Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia y Albania eran «las nuevas democracias» (lo que es un tanto extraño en el caso de Checoslovaquia, donde aún no había tenido lugar el golpe comunista). Bulgaria, Rumania, Hungría y Finlandia quedaron englobados en otra categoría todavía por identificar⁵⁸⁸.

¿Significaba esto que la posición de repliegue que Stalin asignaba a Europa oriental era, en realidad, un *status* similar al de Finlandia, democrática y nacional, pero respetuosa de los intereses y preocupaciones soviéticos? Mientras no se abran los archivos soviéticos, seguiremos limitados a conjeturar. Sin embargo, sí sabemos que aunque Stalin dijo a Hopkins en 1945 que deseaba un gobierno amigo, pero no necesariamente comunista en Polonia, sus procónsules estaban ya preparando todo lo contrario. Dos años después, cuando los Estados Unidos se habían comprometido con el programa de ayuda greco-turco y estaban diseñando las tres zonas de ocupación occidentales en Alemania, en lo que después se conocería como República Federal (véase el capítulo dieciocho), Stalin sostuvo otra conversación con un secretario de Estado norteamericano. En abril de 1947, tras dieciocho meses de reuniones, casi siempre estancadas y cada vez más tensas entre los ministros de Exteriores de las cuatro potencias, y de toda una serie de amenazas y jugadas unilaterales soviéticas, Stalin invitó al secretario de Estado Marshall a una prolongada reunión, en el curso de la cual subrayó que atribuía gran importancia a un acuerdo general con los Estados Unidos. Los estancamientos y confrontaciones, arguyó Stalin, «sólo eran las primeras escaramuzas y encuentros de unas fuerzas de exploración»⁵⁸⁹. Stalin afirmó que era posible llegar a un acuerdo en «*todas* [las cursivas son mías] las cuestiones principales», e insistió en que «era necesario tener paciencia, y no volverse pesimista»⁵⁹⁰.

Si Stalin hablaba en serio, el maestro del cálculo había calculado mal. Pues una vez destruida la confianza de los norteamericanos en su buena fe, no le sería fácil recuperarla. Stalin había llegado demasiado lejos, porque nunca comprendió realmente la psicología de las democracias, en especial la de los Estados Unidos. Los resultados fueron el Plan Marshall, la OTAN y la preparación militar de Occidente, ninguno de los cuales pudo estar entre sus planes.

Churchill había acertado: el mejor momento para alcanzar un acuerdo político habría sido inmediatamente después de la guerra. El que Stalin hubiese hecho entonces algunas concesiones importantes habría dependido en gran medida del momento y de la seriedad con que se le presentaran las propuestas y las consecuencias de un rechazo. Cuanto antes se hubieran presentado las propuestas, al terminar la guerra, mejores habrían sido las posibilidades de éxito con un costo mínimo. Al acelerar los norteamericanos su retirada de Europa, también empezó a declinar la posición de fuerza de Occidente para negociar, al menos, hasta el advenimiento del Plan Marshall y la OTAN.

Cuando Stalin conversó con Marshall, en 1947, el dictador soviético ya había llevado las cosas

demasiado lejos. Entonces, en los Estados Unidos se desconfiaba tanto de él cuanto antes había gozado de su buena voluntad. Aun aceptando que el cambio de actitud de los Estados Unidos, de la pura buena voluntad a la desconfianza indiscriminada, acaso fuera excesivo, no obstante reflejó las nuevas realidades internacionales. Teóricamente, habría sido posible consolidar un frente unido entre las democracias mientras se llevaban a cabo negociaciones con la Unión Soviética acerca de un acuerdo general. Pero los dirigentes norteamericanos y sus colegas de Europa occidental estaban convencidos de que la cohesión y el ánimo de Occidente eran demasiado frágiles para soportar las ambigüedades de una doble estrategia. Los comunistas representaban los segundos partidos políticos de Francia e Italia. La República Federal de Alemania, entonces en proceso de formación, se estaba planteando buscar la unidad nacional mediante la neutralidad, y en Gran Bretaña, como en los Estados Unidos, vociferantes movimientos pacifistas rechazaban la incipiente política de contención.

En un discurso transmitido por radio el 28 de abril, el secretario de Estado Marshall indicó que Occidente había llegado a un punto sin retorno en su política respecto de la Unión Soviética. Rechazó la insinuación de pactar un acuerdo con Stalin aduciendo que «no podemos pasar por alto el factor tiempo. La recuperación de Europa ha sido mucho más lenta de lo esperado. Se han manifestado unas fuerzas desintegradoras. El paciente se agrava mientras los médicos deliberan,

Por ello, creo que la acción no puede esperar a un compromiso por puro agotamiento, y cualquier acción que sea posible para resolver estos problemas apremiantes deberá emprenderse sin demora»⁵⁹¹.

Los Estados Unidos habían preferido la unidad de Occidente a unas negociaciones entre Este y Oeste. En realidad no habían tenido opción, porque no se atrevían a correr el riesgo de seguir las insinuaciones de Stalin sólo para descubrir que éste estaba valiéndose de las negociaciones para socavar ese nuevo orden internacional que los Estados Unidos intentaban construir. La contención se volvió el principio rector de la política occidental, y así continuaría siendo durante los cuarenta años siguientes.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El triunfo y el dolor de la contención

A finales de 1945, los políticos norteamericanos no sabían qué hacer. Potsdam y las siguientes conferencias de ministros no habían logrado nada. Stalin parecía estar imponiendo su voluntad en Europa oriental sin tener en cuenta las piadosas creencias norteamericanas acerca de la democracia. En Polonia, Bulgaria y Rumania los diplomáticos norteamericanos tropezaban constantemente con la intransigencia soviética. En la derrotada Alemania y en Italia, Moscú parecía haber olvidado el significado del término «asociación». ¿Qué podían hacer de todo ello los políticos norteamericanos?

En la primavera de 1946, Truman empezó a resolver este enigma cuando lanzó la política de «endurecimiento» al exigir, con éxito, que los soviéticos salieran de Azerbaiyán. Pero lo hizo al estilo de Wilson. Truman, como Roosevelt, rechazaba el equilibrio del poder, desdeñaba justificar las acciones norteamericanas basándose en el concepto de seguridad, y siempre que fue posible trató de adherirse a principios generales aplicables a toda la humanidad y que estuviesen en armonía con la nueva Carta de las Naciones Unidas. Truman vio la naciente pugna entre los Estados Unidos y la Unión Soviética como una lucha entre el bien y el mal, totalmente ajena a las órbitas de influencia política.

Sin embargo, sí estaban surgiendo esferas de influencia, las llamaran como las llamaran los estadistas norteamericanos, y seguirían allí hasta el desplome del comunismo, cuatro décadas después. Bajo el liderazgo de los Estados Unidos se consolidaron las zonas de ocupación de Alemania Occidental, mientras la Unión Soviética se hacía con los países de Europa oriental. Las que habían sido potencias del Eje, Italia, Japón y, después de 1949, la República Federal de Alemania, fueron avanzando gradualmente hacia una alianza con los Estados Unidos. Aunque la Unión Soviética cimentó su dominio sobre Europa oriental mediante el Pacto de Varsovia, esta alianza se mantenía obviamente por coacción. Al mismo tiempo, el Kremlin hacía todo lo posible por interrumpir el proceso de consolidación occidental fomentando una guerra de guerrillas en Grecia y dando su apoyo a masivas manifestaciones de los partidos comunistas de Europa occidental, sobre todo en Francia e Italia.

Los líderes norteamericanos sabían que tenían que oponerse a una mayor expansión soviética. Pero su tradición nacional hizo que trataran de justificar esta resistencia sobre casi cualquier base que no fuera el tradicional equilibrio del poder. En realidad no eran hipócritas. Cuando por fin llegaron a reconocer que la visión de Roosevelt de los Cuatro Policías era inaplicable, prefirieron interpretar este hecho como un retroceso temporal en el camino hacia un orden mundial esencialmente armonioso. En ese momento se enfrentaron a un desafío filosófico. ¿Era la intransigencia soviética sólo una fase pasajera? ¿Estaban los norteamericanos, como lo sugirieron el ex vicepresidente Henry Wallace y sus seguidores, causando involuntariamente la paranoia soviética al no comunicar adecuadamente sus intenciones pacíficas a Stalin? ¿Rechazaba en realidad Stalin una cooperación de posguerra con la nación más poderosa del mundo? ¿No quería ser amigo de los Estados Unidos?

Mientras en los más altos círculos políticos de Washington se meditaba sobre estas preguntas, llegó un documento escrito por un experto en Rusia, un tal George Kennan, diplomático relativamente

joven de la Embajada norteamericana en Moscú, documento que constituiría el marco filosófico y conceptual apropiado para interpretar la política exterior de Stalin. Al ser uno de esos raros informes de Embajada que por sí solos modificarían la cosmovisión de Washington, se le llegó a conocer como el «Telegrama Largo»⁵⁹². Kennan sostenía que los Estados Unidos debían dejar de culparse a sí mismos por la intransigencia soviética; las raíces de la política exterior soviética se hallaban en lo más profundo del propio sistema soviético. En el documento se decía que, en esencia, la política exterior soviética era una amalgama de celo ideológico comunista y de antiguo expansionismo zarista.

Según Kennan, la ideología comunista estaba en el meollo mismo del enfoque de Stalin. Éste consideraba irrevocablemente hostiles a las potencias capitalistas de Occidente, y por ello la fricción entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no era producto de algún equívoco o de mala comunicación entre Washington y Moscú, sino algo inherente a la percepción soviética del mundo exterior:

En este dogma [comunista], con su básico altruismo de propósitos, encuentran la justificación a su instintivo temor al mundo exterior, a la dictadura sin la cual no sabrían cómo gobernar, a las crueldades que no se atreverían a infligir, a los sacrificios que se sienten obligados a exigir. En nombre del marxismo sacrificaron todo valor ético de sus métodos y tácticas. Hoy no pueden prescindir de él. Es la hoja de parra de su respetabilidad moral e intelectual. Sin él aparecerían ante la historia, en el mejor de los casos, como los últimos de esa larga sucesión de gobernantes rusos crueles y despilfarradores que implacablemente obligaron a [su] país a alcanzar siempre nuevas cotas de poderío militar para garantizar la seguridad externa de unos regímenes internamente débiles [...]⁵⁹³.

Desde tiempos inmemoriales, arguyó Kennan, los zares habían intentado extender su territorio. Trataron de subyugar a Polonia y convertirla en una nación dependiente. Vieron a Bulgaria como parte de la esfera de influencia rusa, y buscaron un puerto de aguas cálidas en el Mediterráneo imponiendo su dominio en los Dardanelos.

En el fondo de la neurótica visión que tiene el Kremlin de los asuntos mundiales se encuentra el tradicional e instintivo sentido ruso de inseguridad. Originalmente, ésta fue la inseguridad de un pacífico pueblo de agricultores que intentaba vivir en una vasta e indefensa llanura rodeada de feroces pueblos nómadas. A esto se añadió, al entrar Rusia en contacto con el Occidente económicamente avanzado, el temor a unas sociedades más competentes, más poderosas y más organizadas en esa zona. Pero este último tipo de inseguridad afligió más a los gobernantes que al pueblo ruso, pues los gobernantes rusos han sentido invariablemente que su gobierno era relativamente arcaico en su forma, frágil y artificial en sus fundamentos psicológicos, incapaz de compararse o de entrar en contacto con los sistemas políticos de los países occidentales. Por esta razón siempre han temido la penetración extranjera, el contacto directo entre el mundo occidental y el suyo, lo que ocurriría si los rusos conocieran la verdad acerca del mundo exterior o si los extranjeros se enteraran de la verdad de su mundo interior. Así, han aprendido a buscar la seguridad basándose en una lucha paciente, pero mortífera, en la destrucción total de la potencia rival, nunca en pactos y compromisos con ella⁵⁹⁴.

Tales eran, arguyó Kennan, los propósitos soviéticos, y ni todos los halagos de los

norteamericanos podrían cambiarlos. Los Estados Unidos debían prepararse para una lucha prolongada, añadió. Los objetivos y las filosofías de los Estados Unidos y de la Unión Soviética eran irreconciliables.

La primera exposición sistemática del nuevo enfoque apareció en un memorándum del Departamento de Estado, que se entregó a un comité interagencias del 1 de abril de 1946. Redactado por H. Freeman Matthews, un funcionario del Departamento de Estado, intentaba convertir las observaciones esencialmente filosóficas de Kennan en una política exterior activa. Por primera vez, un documento de la política norteamericana trataba las disputas con la Unión Soviética como una cuestión endémica del sistema soviético. Había que convencer a Moscú «en primer término por medios diplomáticos y en último por la fuerza militar, si fuese necesario, de que el actual proceder de su política exterior sólo puede llevar a la Unión Soviética al desastre»⁵⁹⁵.

Estas audaces palabras, planteadas menos de un año después del fin de la Segunda Guerra Mundial, ¿implicaban que los Estados Unidos defenderían cada zona amenazada en torno de la vasta periferia soviética? Matthews se espantó de su propia audacia y añadió dos condiciones. Los Estados Unidos, sostuvo, dominaban el mar y el aire; la Unión Soviética reinaba en tierra. Llamó la atención hacia «nuestra ineficacia militar dentro de la masa de tierra de Eurasia», y por tanto el Memorándum Matthews limitaba el uso de la fuerza a aquellas zonas en que el poder de «los ejércitos soviéticos se puede contrarrestar defensivamente por el poderío naval, anfíbio y aéreo de los Estados Unidos y de sus potenciales aliados»⁵⁹⁶. La segunda condición advertía contra toda acción unilateral: «La Carta de las Naciones Unidas ofrece el mejor y más inatacable medio por el cual los Estados Unidos pueden aplicar su oposición a la expansión física soviética.»⁵⁹⁷

Pero, ¿dónde podrían cumplirse estas dos condiciones? El Memorándum Matthews enumeraba, como países o territorios en peligro, «Finlandia, Escandinavia, Europa oriental, central y suroriental, Irán, Irak, Turquía, Afganistán, Sinkiang y Manchuria»⁵⁹⁸. El problema es que ninguno de ellos se encontraba al alcance del poderío norteamericano. El memorándum apelaba, sobreestimándola nuevamente, a la capacidad de Gran Bretaña para que desempeñara ese mismo papel equilibrador al que los líderes norteamericanos se habían opuesto tan decididamente sólo unos cuantos años antes (véase el capítulo dieciséis):

Si queremos negar a Rusia la hegemonía en Europa, el Reino Unido deberá continuar existiendo como principal potencia económica y militar de Europa occidental. Por consiguiente, los Estados Unidos deberán [...] dar todo el apoyo apolítico, económico y, de ser necesario, militar, que sea posible, dentro del marco de las Naciones Unidas, al Reino Unido [...]⁵⁹⁹.

El Memorándum Matthews no explicaba en qué superaba el alcance estratégico de Gran Bretaña al de los Estados Unidos.

La segunda condición no era más fácil de satisfacer. En su breve e inútil vida, la Sociedad de Naciones había mostrado su práctica imposibilidad de organizar una acción colectiva contra una gran potencia. Sin embargo, el país al que el Memorándum Matthews señalaba como principal amenaza a la seguridad era miembro de las Naciones Unidas y tenía poder de veto. Si este organismo no actuaba y los Estados Unidos no podían actuar, la supuesta función de Gran Bretaña sólo sería un recurso momentáneo.

Clark Clifford recibió uno de los primeros encargos de una larga y distinguida carrera como asesor de la presidencia, y suprimió las ambigüedades y limitaciones del Memorándum Matthews. En un estudio secreto, fechado el 24 de septiembre de 1946, Clifford se mostró partidario de que la

única manera de que el Kremlin invirtiera sus políticas sería contrapesar el poderío soviético: «El principal método disuasivo a un ataque soviético contra los Estados Unidos o contra zonas del mundo que son vitales para nuestra seguridad será el poderío militar de nuestro país.»⁶⁰⁰

Para entonces esto era ya del dominio público, pero Clifford lo utilizó como trampolín desde el cual proclamar una misión de seguridad global para los Estados Unidos, que abarcara «todos los países democráticos que de alguna manera se vean amenazados o desafiados por la URSS»⁶⁰¹. No quedaba muy claro lo que en este contexto significaba «democrático». ¿Limitaba esta condición la defensa norteamericana a la Europa occidental, o era un gesto de cortesía que llegaría a extenderse a cualquier zona amenazada y que, por ello, exigiría que los Estados Unidos defendieran simultáneamente las selvas del sureste de Asia, los desiertos de Oriente Medio y la densamente poblada Europa central? Con el tiempo, se impuso esta última interpretación.

Clifford rechazó toda semejanza entre la nueva política de contención y la diplomacia tradicional. A su parecer, el conflicto soviético-norteamericano no estaba causado por el choque de intereses nacionales, que por definición se puede negociar, sino por la talla moral del liderazgo soviético. Por tanto, el objetivo de la política norteamericana no sería tanto restaurar el equilibrio del poder cuanto transformar la sociedad soviética. Así como en 1971 Wilson había achacado la necesidad de una declaración de guerra al káiser y no a la amenaza que constituía Alemania para la seguridad norteamericana, Clifford atribuyó las tensiones soviético-norteamericanas a «una camarilla gobernante, y no al pueblo soviético»⁶⁰². Se necesitaría un considerable cambio en la mentalidad soviética y probablemente un nuevo equipo de dirigentes soviéticos para que fuera posible establecer un acuerdo general soviético-norteamericano. En algún momento, estos nuevos jefes «elaborarían con nosotros un acuerdo equitativo, al darse cuenta de que somos demasiado fuertes para que se nos venza, y demasiado decididos para dejarnos atemorizar»⁶⁰³.

Ni Clifford ni ningún estadista norteamericano posterior que participara en la discusión de la Guerra Fría planteó nunca unas condiciones específicas que pusieran fin a la confrontación, o que iniciaran un proceso capaz de producir negociaciones para conseguirlo. Mientras la Unión Soviética mantuviera su ideología, toda negociación sería vana. Después de un cambio en la mentalidad soviética, un acuerdo sería casi automático. En uno u otro caso, precisar de antemano las condiciones para lograr semejante acuerdo tendría que inhibir la libertad de acción de los Estados Unidos, el mismo argumento que se había empleado durante la Segunda Guerra Mundial para no discutir sobre el mundo de posguerra.

Los Estados Unidos tenían ya el marco conceptual necesario para justificar la resistencia práctica al expansionismo soviético. Desde el fin de la guerra, las presiones soviéticas habían seguido las pautas históricas rusas. La Unión Soviética dominaba los Balcanes (con excepción de Yugoslavia), y en Grecia había estallado una guerra de guerrillas, apoyada desde bases situadas en la Yugoslavia comunista y en el satélite soviético búlgaro. Por otra parte, había presentado exigencias territoriales en Turquía, junto con una demanda de establecimiento de bases soviéticas en los Dardanelos, todo ello siguiendo el mismo proceder de las exigencias que había hecho Stalin a Hitler el 25 de noviembre de 1940 (véase el capítulo catorce).

Desde el fin de la guerra, Gran Bretaña había apoyado a Grecia y a Turquía, tanto económica como militarmente. En el invierno de 1946-1947, el gobierno de Attlee informó a Washington de que ya no podría soportar esa carga. Truman estuvo dispuesto a desempeñar la función tradicionalmente británica de bloquear el avance ruso hacia el Mediterráneo, pero ni el pueblo norteamericano ni el Congreso aceptarían el tradicional razonamiento geopolítico británico. La resistencia al expansionismo soviético debía brotar de principios basados estrictamente en el enfoque

norteamericano de la política exterior.

Este imperativo se hizo evidente en una decisiva reunión celebrada el 27 de febrero de 1947, en la Oficina Oval. Truman, el secretario de Estado, Marshall, y el subsecretario, Dean Acheson, trataron de convencer a una delegación del Congreso, encabezada por el senador republicano por Michigan, Arthur Vandenberg, de la importancia de ayudar a Grecia y Turquía; una tarea encomiable, ya que los republicanos, tradicionalmente aislacionistas, dominaban ambas cámaras del Congreso.

Marshall comenzó haciendo un análisis desapasionado en que fijó la relación existente entre el propuesto programa de ayuda y los intereses de los Estados Unidos. Provocó las inevitables protestas acerca de «sacarle a Inglaterra las castañas del fuego», las desigualdades del equilibrio del poder y la carga financiera de la ayuda exterior. Reconociendo que el gobierno estaba a punto de perder la discusión, Acheson preguntó a Marshall en un susurro si aquélla era una pelea personal, o si alguien más podía intervenir. Cuando se le concedió la palabra Acheson procedió, en palabras de un ayudante, a «quitar todos los frenos». Audazmente, mostró al grupo la perspectiva de un futuro sombrío en que prevalecerían las fuerzas del comunismo:

Sólo dos potencias quedaban en el mundo. [...] los Estados Unidos y la Unión Soviética. Habíamos llegado a una situación sin parangón desde la Antigüedad. Desde Roma y Cartago no había vuelto a haber semejante polarización de poder en esta Tierra [...]. Que los Estados Unidos dieran pasos para fortalecer a los países amenazados de agresión soviética o de subversión comunista [...] era proteger la seguridad de los Estados Unidos, era proteger la libertad misma⁶⁰⁴.

Cuando se hizo evidente que Acheson había convencido a la delegación, el gobierno se atuvo a su enfoque básico. Desde ese momento, el programa de ayuda greco-turco fue presentado como parte de la lucha global entre la democracia y la dictadura. Cuando, el 12 de marzo de 1947, Truman anunció la doctrina que después recibiría su nombre, abandonó el aspecto estratégico del análisis de Acheson y habló en los tradicionales términos wilsonianos de una lucha entre dos modos de vida:

Un modo de vida se basa en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías a la libertad individual, libertad de expresión y de religión, y por estar libre de toda opresión política. El segundo modo de vida se basa en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza a la mayoría. Depende del terror y la opresión, de una prensa y una radio controladas, de elecciones amañadas y de la supresión de las libertades personales⁶⁰⁵.

Además, al defender a los países independientes, los Estados Unidos estarían actuando en nombre de la democracia y de la comunidad mundial, aun cuando un veto soviético pudiese privarlos del apoyo formal de las Naciones Unidas: «Al ayudar a las naciones libres e independientes a conservar su libertad, los Estados Unidos estarán poniendo en práctica los principios de la Carta de las Naciones Unidas.»⁶⁰⁶

Si los dirigentes soviéticos hubiesen conocido mejor la historia norteamericana, habrían entendido el carácter amenazador de lo que decía el presidente. La Doctrina Truman constituyó una ruptura porque, una vez que los Estados Unidos arrojaron el guante moral, la clase de *Realpolitik* que mejor comprendía Stalin llegaría a su fin para siempre, y no podría hablarse siquiera de negociar concesiones recíprocas. En lo sucesivo, el conflicto sólo podría resolverse por un cambio de los propósitos soviéticos, por el desplome de su sistema o por ambas cosas.

Truman había proclamado su doctrina como «la política de los Estados Unidos para apoyar a los pueblos libres que están resistiendo al intento de subyugación por parte de minorías armadas o presiones exteriores»⁶⁰⁷. Inevitablemente, en ambos polos del pensamiento intelectual surgieron críticas al objetivo de defender la democracia. Algunos protestaron diciendo que los Estados Unidos estaban defendiendo a países que, por importantes que fuesen, moralmente eran indignos. Otros criticaban que los Estados Unidos estuvieran comprometiéndose con la defensa de unas sociedades que, libres o no, no eran vitales para la seguridad norteamericana. Esta ambigüedad se negaba a desaparecer, generando debates casi en cada crisis acerca de los propósitos norteamericanos, y hoy día aún no se ha disipado. Desde entonces, la política exterior de los Estados Unidos ha estado obligada a navegar entre quienes la atacan por ser amoral y quienes la critican por ir más allá del interés nacional en una cruzada moralizante.

Una vez definido el desafío como el futuro mismo de la democracia, los Estados Unidos no podían esperar a que ocurriera una guerra civil, como la de Grecia; era parte del carácter nacional intentar solucionarlo. El 5 de junio, menos de tres meses después de proclamada la Doctrina Truman, el secretario Marshall, en una ceremonia de entrega de diplomas celebrada al comprometer a los Estados Unidos con la tarea de erradicar todas las condiciones sociales y económicas que pudiesen ser una tentación para los agresores dio el primer paso en dirección a la solución de los problemas. Los Estados Unidos ayudarían a la recuperación europea, anunció Marshall, para evitar «disturbios políticos» y «desesperación», para restaurar la economía mundial y para fortalecer las instituciones libres. Por consiguiente, «cualquier gobierno que esté dispuesto a ayudar en la tarea de la recuperación encontrará, estoy seguro de ello, plena cooperación por parte del gobierno de los Estados Unidos»⁶⁰⁸. En otras palabras, la participación en el Plan Marshall estaría abierta también para gobiernos de la órbita soviética, insinuación que fue comprendida en Varsovia y Praga, e inmediatamente refutada por Stalin.

Los Estados Unidos, comprometidos con un programa de reforma social y económica, anunciaron que se opondrían no sólo a cualquier gobierno, sino a cualquier organización que bloqueara el proceso de la recuperación europea. Marshall lo identificó como el Partido Comunista y sus organizaciones: «[...] los gobiernos, partidos políticos o grupos que traten de perpetuar el dolor humano para aprovecharlo políticamente o de cualquier otra manera, tropezarán con la oposición de los Estados Unidos»⁶⁰⁹.

Sólo un país tan idealista, dinámico y relativamente inexperto como los Estados Unidos pudo haber planteado un plan de recuperación económica global basándose exclusivamente en sus propios recursos. Sin embargo, la envergadura del proyecto despertó un compromiso nacional que sostendría a la generación de la Guerra Fría hasta su victoria final. El programa de recuperación económica, dijo el secretario Marshall, iría «dirigido no contra un país o doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperanza y el caos»⁶¹⁰. Como al ser proclamada la Carta del Atlántico, esta nueva cruzada general contra el hambre y la desesperación resultó más persuasiva para los norteamericanos que las llamadas al interés inmediato o al equilibrio del poder.

Al final de todas esas iniciativas más o menos imprecisas surgió un documento que, durante más de una generación, sería la Biblia de la política de contención, y que, de hecho, le dio su propio nombre. Todas las diversas corrientes del pensamiento norteamericano de posguerra se unieron en un artículo extraordinario publicado en julio de 1947 en *Foreign Affairs*. Aunque firmara «X», después el autor sería identificado como George F. Kennan, por entonces jefe del Personal de Planificación Política del Departamento de Estado. Entre los miles de artículos escritos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, «Las raíces de la conducta soviética» de Kennan ocupa un lugar preferente. En esta

adaptación literaria, lúcidamente escrita y apasionadamente presentada de su «Telegrama Largo», Kennan elevó el desafío soviético al nivel de la filosofía de la historia.

Al aparecer el artículo de Kennan, la intransigencia soviética se había vuelto ya clásica en los documentos políticos. La aportación de Kennan consistió en explicar los modos en que la hostilidad a las democracias era inherente a la estructura interna soviética, y por qué esa estructura resultaría impenetrable a los esfuerzos conciliatorios de Occidente.

La tensión con el mundo exterior era parte de la naturaleza misma de la filosofía comunista y, ante todo, del modo en que era dirigido el sistema soviético. En el interior del país, el Partido era el único grupo organizado; el resto de la sociedad se encontraba fragmentado en una masa indefinible. De esta manera, la implacable hostilidad de la Unión Soviética con el mundo exterior era un intento de adaptar los asuntos internacionales a su propio ritmo interno. La principal preocupación de la política soviética era:

[...] asegurarse de haber rellenado todo nicho y grieta de que dispusiera en la cuenca del poderío mundial. Pero si en su camino encuentra barreras insalvables, las acepta filosóficamente y se adapta a ellas [...] No hay huella de ningún sentimiento en la psicología soviética de que en un momento dado tenga que alcanzarse esa meta⁶¹¹.

La manera de superar la estrategia soviética era mediante «una política de firme contención, destinada a poner a los rusos ante una inalterable contrafuerza en cada punto en que den señales de inmiscuirse en los intereses de un mundo pacífico y estable»⁶¹².

Como casi cualquier otro documento de política exterior de su época, el artículo «X» de Kennan no elaboraba una meta diplomática precisa. Lo que esbozaba era el antiquísimo sueño norteamericano de una paz lograda mediante la conversión del adversario, aunque en un lenguaje más elevado y mucho más tajante en su percepción que el de ninguno de sus contemporáneos. Pero donde Kennan difería de los demás expertos era al describir el mecanismo por el cual el sistema soviético, tarde o temprano y por medio de una u otra lucha de poder, se transformaría radicalmente. Puesto que ese sistema nunca había logrado una transferencia «legítima» de poder, Kennan consideraba probable que, en algún punto, varios aspirantes a la autoridad pudieran:

[...] apelar a esas masas, políticamente inmaduras e inexpertas, para buscar apoyo a sus respectivas pretensiones. Si esto llegara a ocurrir, podría tener extrañas consecuencias para el Partido Comunista: pues sus miembros sólo han ejercido las prácticas de la disciplina y la férrea obediencia, y no las artes del compromiso y el acuerdo [...] Si, por consiguiente, ocurriera algo que perturbara la unidad y la eficacia del Partido como instrumento político, la Rusia soviética podría cambiar de la noche a la mañana, dejando de ser una de las sociedades nacionales más poderosas para convertirse en una de las más débiles y lastimosas⁶¹³.

Ningún otro documento previó con tal precisión lo que en realidad ocurriría tras el advenimiento de Mijaíl Gorbachov. Al final de ese total desplome de la Unión Soviética, puede parecer una crítica excesiva simplemente mostrar la abrumadora misión que Kennan había encomendado a su pueblo. Pues había encargado a los Estados Unidos la labor de combatir las presiones soviéticas durante un futuro indefinido en torno de una vasta periferia que abarcaba las culturas de Asia, Oriente Medio y Europa. Además, el Kremlin era libre de escoger su punto de ataque; podía suponerse que donde calculara que tendría la mayor ventaja. A lo largo de las crisis

ulteriores, se creyó que el objetivo político norteamericano sería la conservación del *statu quo*, y que el esfuerzo general sólo provocaría el desplome final del comunismo tras una prolongada serie de conflictos al parecer inconclusos. Sin duda, la expresión máxima del optimismo nacional de los Estados Unidos y de su incólume confianza en sí mismo fue el hecho de que un observador tan sutil como George Kennan pudiese encomendar a su sociedad un papel tan global, tan severo y, al mismo tiempo, tan reactivo.

Esta escueta y hasta heroica doctrina de lucha perpetua comprometía al pueblo norteamericano en unas interminables pugnas cuyas reglas de juego dejaban la iniciativa al adversario y limitaban el papel norteamericano a fortalecer a los países que ya estaban de su parte, es decir, una clásica política de esferas de interés. Al renunciar a toda negociación, la política de contención había hecho perder a los Estados Unidos un tiempo precioso, mientras aún tenían el monopolio atómico. De hecho, dada la premisa de la contención, que aún había que construir posiciones de fuerza, la Guerra Fría se militarizó y a la vez quedó imbuida por una impresión errónea de la debilidad relativa de Occidente.

De este modo, el objetivo último de la política fue redimir a la Unión Soviética; sólo después de exorcizado el mal podría surgir la estabilidad. No fue casual que el artículo de Kennan terminara con una perorata en que instruía a sus compatriotas, impacientes y amantes de la paz, en las virtudes de la paciencia e interpretaba su función internacional como una prueba para la dignidad de su país:

La cuestión de las relaciones soviético-norteamericanas es, en esencia, una prueba para la dignidad general de los Estados Unidos como nación entre naciones [...] El observador agudo de las relaciones ruso-norteamericanas no encontrará motivo de queja en el desafío del Kremlin a la sociedad norteamericana. Antes bien, experimentará una cierta gratitud hacia la Providencia que, al ofrecer este desafío implacable al pueblo norteamericano, ha hecho que toda su seguridad como nación dependa de que se dominen y asuman las responsabilidades de un liderazgo moral y político, que claramente la historia deseó que soportara⁶¹⁴.

Uno de los rasgos sobresalientes de estos nobles sentimientos era su peculiar ambivalencia. Convocaban a los Estados Unidos a una misión global, pero hacían tan compleja la tarea que los Estados Unidos casi podrían desgarrarse tratando de cumplirla. Sin embargo, la ambivalencia misma de la contención pareció dar un ímpetu extraordinario a la política norteamericana. Aunque era esencialmente pasiva respecto a la diplomacia con la Unión Soviética, la contención evocaba un tenaz poder creador cuando se trataba de construir «posiciones de fuerza» en los ámbitos militar y económico. Esto era así porque en la contención se mezclaban las lecciones y creencias derivadas de las dos experiencias norteamericanas más importantes de la generación anterior: del *New deal* brotó la idea de que las amenazas a la estabilidad política surgen básicamente del distanciamiento existente entre las expectativas económicas y sociales y la realidad, de ahí el Plan Marshall; de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos aprendieron que la mejor protección contra la agresión era tener un poder abrumador y el propósito de emplearlo, de ahí la Alianza del Atlántico. El Plan Marshall estuvo destinado a poner en pie económicamente a Europa. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) velaría por su seguridad.

La OTAN fue la primera alianza militar de tiempos de paz en la historia de los Estados Unidos. Su causa inmediata fue el golpe comunista en Checoslovaquia de febrero de 1948. Después de anunciado el Plan Marshall, Stalin aceleró el dominio comunista de Europa oriental. Adoptó una actitud rígida, si no paranoide, ante la lealtad a Moscú de los países de esa zona. Líderes comunistas

de toda la vida de quienes Stalin sospechara que albergaban los más tenues sentimientos nacionalistas fueron «purgados». En Checoslovaquia, los comunistas habían surgido como el partido más fuerte en unas elecciones libres, y dominaban en el gobierno. Pero ni eso bastó a Stalin. El gobierno elegido fue derrocado, y el ministro de Exteriores, Jan Masaryk, no comunista, hijo del fundador de la República Checoslovaca, murió al caer de una ventana de su oficina seguramente empujado por asesinos comunistas. En Praga se instauró una dictadura comunista.

Por segunda vez en una década, Praga se convirtió en el símbolo en torno del cual se organizó la resistencia al totalitarismo. Así como la invasión de Praga por los nazis había sido la gota que derramó el vaso, e hizo que Gran Bretaña les pusiera freno en 1939, nueve años después el golpe comunista hizo que los Estados Unidos y las democracias de Europa occidental se unieran para oponerse a la imposición de un destino similar en cualquier otro país de Europa.

La brutalidad del golpe de Estado checo hizo resurgir temores de que los soviéticos pudiesen fomentar otras acciones similares, por ejemplo, organizando un *coup d'état* que reconociera un nuevo gobierno comunista y utilizara la fuerza militar para sostenerlo. En efecto, en abril de 1948, varios gobiernos de Europa occidental concertaron el Pacto de Bruselas, acuerdo defensivo destinado a rechazar todo intento de derrocar por la fuerza gobiernos democráticos. Sin embargo, todo análisis de las relativas posiciones de poder indicó que Europa occidental simplemente no tenía fuerzas suficientes para rechazar un ataque soviético. De allí surgió la Organización del Tratado del Atlántico Norte, como manera de comprometer a los Estados Unidos en la defensa de Europa occidental. La OTAN constituyó una desviación sin precedente de la política exterior norteamericana puesto que fuerzas norteamericanas y canadienses se unieron a los ejércitos de Europa occidental, a las órdenes de un mando internacional de la OTAN. El resultado fue una confrontación entre dos alianzas militares y dos esferas de influencia a lo largo de toda la línea divisoria, situada en Europa central.

Sin embargo, no era así como en los Estados Unidos se interpretaba el proceso. El wilsonismo era demasiado poderoso para permitir que los Estados Unidos entraran en un acuerdo para proteger mediante una alianza el *statu quo* territorial de Europa. Por consiguiente, todos los portavoces del gobierno de Truman se tomaron mucho trabajo para diferenciar la OTAN de todo lo que pudiera asemejarse a una coalición tradicional destinada a proteger el equilibrio del poder. Dado su tan repetido objetivo de crear «posiciones de fuerza», esto exigió verdaderos derroches de ingenio. Pero los portavoces del gobierno demostraron ser dignos de la tarea encomendada. Cuando, en abril de 1949, Warren Austin, ex senador y posteriormente embajador ante las Naciones Unidas, declaró en favor de la OTAN ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, se enfrentó al problema declarando que el equilibrio del poder ya había muerto.

El viejo veterano, el equilibrio del poder, fue despedido sumariamente al crearse las Naciones Unidas. La misión de los pueblos de las Naciones Unidas es combinar sus esfuerzos mediante una organización internacional para mantener la paz y la seguridad internacionales y, con ese fin, adoptar eficaces medidas colectivas. Ésta introdujo oficialmente el elemento del predominio de poder para la paz. Y el viejo equilibrio del poder desapareció⁶¹⁵.

El Comité de Relaciones Exteriores del Senado aceptó alegremente este concepto. Casi todos los testigos que declararon a favor de la Alianza del Atlántico se basaron en un documento del Departamento de Estado titulado «Diferencia entre el Tratado del Atlántico Norte y las alianzas militares tradicionales»⁶¹⁶. Este extraordinario documento pretendía ser una revisión histórica de

varias alianzas que databan de comienzos del siglo XIX, desde la Santa Alianza de 1815 hasta el Pacto Nazi-Soviético de 1939. Su conclusión era que el Tratado del Atlántico Norte difería de todas ellas, «tanto en la letra como en el espíritu». Aunque «casi todas» las alianzas adicionales habían negado «piadosamente» toda «intención agresiva o expansionista», a menudo habían tenido fines no estrictamente defensivos.

Para asombro de todos, el documento del Departamento de Estado afirmaba que la OTAN no pretendía defender el *statu quo* en Europa, lo cual sin duda fue una novedad para los aliados de los Estados Unidos. Se decía que la Alianza apoyaba un principio, y no territorios; no se oponía al cambio, sino sólo al uso de la fuerza para provocarlo. El análisis del Departamento de Estado llegaba a la conclusión de que el Tratado del Atlántico Norte «no va dirigido contra nadie; sólo contra la agresión. No trata de influir sobre ningún cambiante "equilibrio del poder", sino de fortalecer el "equilibrio del principio"». El documento saludaba a la vez el Tratado del Atlántico y su contemporáneo, el Pacto de Río para la defensa del continente americano, como «desarrollos del concepto de seguridad colectiva», y confirmaba la declaración del presidente del Comité del Senado, Tom Connally, en el sentido de que no constituía una alianza militar, sino «una alianza contra la guerra misma»⁶¹⁷.

Ningún estudiante se habría graduado en historia si en un examen hubiera hecho semejante análisis. A lo largo de la historia, las alianzas rara vez han nombrado a los países contra los que se forman. En cambio, describen las condiciones que se deben satisfacer para poner en juego la alianza. Exactamente eso hacía el Tratado del Atlántico Norte, y como en 1949 la Unión Soviética era la única potencia agresora en Europa, resultaba aún menos necesario que en el pasado dar nombres precisos. La insistencia en que los Estados Unidos estaban defendiendo principios, y no territorios, era genuinamente norteamericana, aunque no fuese muy tranquilizadora para los países cuyo mayor temor era la expansión territorial soviética. El argumento de que los Estados Unidos se oponían al cambio impuesto por la fuerza y no al cambio en sí, era igualmente trivial e inquietante; en toda la larga historia de Europa no era posible enumerar muchos ni pocos cambios territoriales que no se hubiesen hecho por la fuerza.

No obstante, pocos documentos del Departamento de Estado han recibido tan unánime aprobación del habitualmente desconfiado Comité de Relaciones Exteriores del Senado. El senador Connally se mostró infatigable promoviendo el tema gubernamental de que la intención de la OTAN era oponerse al concepto de agresión y no a una nación en especial. Un fragmento de la declaración del secretario de Estado, Dean Acheson, testificará el incontenible entusiasmo de Connally:

EL PRESIDENTE [senador Connally]: Ahora bien, señor secretario, dijo usted claramente —no importará repetir un poco— que este tratado no va contra ninguna nación en particular. Sólo va contra cualquier nación o país que esté preparando o emprendiendo una agresión armada contra los miembros de las potencias signatarias. ¿Es eso cierto?

SECRETARIO ACHESON: Exactamente, senador Connally. No va contra ningún país; sólo va contra una agresión armada.

EL PRESIDENTE: En otras palabras, a menos que una nación que no sea de las firmantes prepare, medite o haga planes de una agresión o un ataque armado contra otra nación no tendrá causas para temer a este tratado.

SECRETARIO ACHESON: Exactamente, senador Connally; y me parece que a cualquier nación que afirme que este tratado va dirigido contra ella habrá que recordarle la advertencia bíblica de que «El culpable huye cuando nadie lo persigue»⁶¹⁸.

El Comité, ya bien empapado en el tema, declaró en nombre de todos los demás testigos, como por ejemplo en este diálogo con el secretario de Defensa, Louis Johnson:

EL PRESIDENTE: En realidad este tratado no es, en ningún sentido, una alianza militar general. Se limita a la defensa contra un ataque armado.

SECRETARIO JOHNSON: Así es, señor.

EL PRESIDENTE: Es lo opuesto a una alianza militar.

SENADOR TYDINGS: Completamente defensivo.

EL PRESIDENTE: Completamente defensivo. Es una alianza de paz, si se le quiere llamar alianza.

SECRETARIO JOHNSON: Me gusta lo que usted dice.

EL PRESIDENTE: Es una alianza contra un ataque armado; es una alianza contra la guerra, y no comparte lo esencial de las obligaciones básicas de una alianza militar, tal como conocemos las alianzas militares. ¿No es cierto?

SECRETARIO JOHNSON: Exactamente, señor⁶¹⁹.

En suma, la Alianza del Atlántico, al no ser en realidad una alianza, podía atribuirse universalidad moral. Representaba a la mayoría del mundo contra la minoría de los perturbadores. En cierto sentido, la función de la Alianza del Atlántico consistiría en actuar hasta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas «hubiese tomado las medidas necesarias para restaurar la paz y la seguridad»⁶²⁰.

Dean Acheson fue un secretario de Estado incomparablemente sagaz y muy versado en historia. Podemos imaginar el brillo sardónico de sus ojos mientras dejaba que el presidente del Comité leyera ese catecismo. Acheson tenía un claro sentido de las exigencias del equilibrio del poder, como lo demostraron muchos sutiles análisis de cuestiones geoestratégicas⁶²¹. Pero también era lo bastante norteamericano en su enfoque de la diplomacia para estar convencido de que Europa, por sí misma, había hecho del equilibrio del poder un caos y que, para que el concepto de equilibrio tuviese algún significado para los norteamericanos, debía estar arraigado en un ideal superior. En un discurso pronunciado ante la Asociación de ex Alumnos de Harvard mucho después de la ratificación del tratado, Acheson seguía defendiendo la Alianza del Atlántico, de manera característicamente norteamericana, es decir, como un nuevo enfoque a los asuntos internacionales:

[...] ha hecho avanzar la cooperación internacional para mantener la paz, imponer los derechos humanos, elevar los niveles de vida y promover el respeto al principio de igualdad de derechos y autodeterminación de los pueblos⁶²².

En pocas palabras, los Estados Unidos harían cualquier cosa por la Alianza del Atlántico, excepto llamarla alianza. Practicarían una política histórica de coalición mientras sus acciones pudieran justificarse mediante la doctrina de la seguridad colectiva, que Wilson antes que nadie había planteado como alternativa al sistema de alianzas. De esta manera, el equilibrio del poder europeo resucitaba en una retórica típicamente norteamericana.

Tan importante como la Alianza del Atlántico, aunque menos advertida por el público norteamericano, fue la creación de la República Federal de Alemania al unificar las zonas de ocupación norteamericana, británica y francesa. Por una parte, este nuevo Estado significaba que se

estaba anulando la obra de Bismarck porque, durante un tiempo indefinido, Alemania quedaría dividida. Por otra parte, la existencia de la República Federal implicaba un continuado desafío a la presencia soviética en Europa central, ya que la República Federal jamás aceptaría al Estado comunista soviético de Alemania Oriental (que los soviéticos habían creado con su zona de ocupación). Durante dos décadas, la República Federal se negó a reconocer a la República Democrática Alemana y amenazó con romper relaciones diplomáticas con cualquier país que la reconociera. Después de 1970, la República Federal abandonó la llamada Doctrina Hallstein y estableció relaciones diplomáticas con el satélite alemán del Este, aunque sin abandonar jamás su pretensión de hablar en nombre de toda la población alemana.

La decisión con que los Estados Unidos se lanzaron a ocupar el vacío de poder en Europa sorprendió hasta a los más serios partidarios de la política de contención. «Nunca pensé — reflexionaría Churchill a fines de 1944— que el Departamento de Estado, con el apoyo abrumador de la opinión norteamericana, en poco más de dos años no sólo adoptaría y seguiría el cauce que nosotros habíamos abierto, sino que haría vehementes y costosos esfuerzos, hasta de carácter militar, por hacerlo fructificar.»⁶²³

Cuatro años después de la rendición incondicional de las potencias del Eje, el orden internacional tenía muchas semejanzas con el del período anterior a la Primera Guerra Mundial; dos alianzas rígidas, con muy poco espacio diplomático para maniobrar, se enfrentaban, esta vez por todo el mundo. Sin embargo, había al menos una diferencia decisiva, puesto que las alianzas anteriores a la Primera Guerra Mundial se habían mantenido unidas por el temor de cada bando a que un cambio de alianzas de uno de los asociados hiciera desplomarse el edificio con el que habían identificado su seguridad; de hecho, al socio más belicoso se le permitió arrastrar a los otros al abismo. Durante la Guerra Fría, cada bando estuvo dominado por una superpotencia lo bastante indispensable y reacia a correr riesgos para evitar que cualquier país aliado llevara al mundo a la guerra. La presencia de las armas nucleares impidió la repetición del engaño de julio de 1914; ya nadie creía que la guerra podría ser breve e indolora.

El liderazgo norteamericano de la Alianza garantizaba que el nuevo orden internacional sería justificado en términos morales y ocasionalmente hasta mesiánicos. Los dirigentes de los Estados Unidos hicieron esfuerzos y sacrificios sin precedentes en las coaliciones de tiempo de paz, apelando a valores fundamentales y soluciones generales y no a los cálculos de seguridad nacional y equilibrio que habían caracterizado a la diplomacia europea.

Más adelante se criticaría el supuesto cinismo de esa retórica moral. Pero nadie que conociera a los autores de la política de contención podía dudar de su sinceridad. Tampoco los Estados Unidos habrían sostenido cuatro décadas de enormes esfuerzos en nombre de una política que no reflejara sus valores e ideales más profundos, lo cual queda ampliamente demostrado por el grado en que los valores morales imbuyeron hasta los documentos gubernamentales más secretos, que nunca pensó nadie publicar.

Sirva de ejemplo un documento del Consejo Nacional de Seguridad (NSC-68)), redactado en abril de 1950, que serviría como declaración oficial de los Estados Unidos sobre la estrategia de la Guerra Fría. El documento NSC-68 definía el interés nacional, en gran parte, en función de un principio moral. En su opinión, los reveses morales eran aún más peligrosos que los materiales:

[...] una derrota de las instituciones libres en cualquier lugar es una derrota por doquier. El choque que sufrimos con la destrucción de Checoslovaquia no se correspondía con la importancia material que Checoslovaquia tiene para nosotros. En un sentido material, sus capacidades ya estaban

a disposición de los soviéticos. Pero al ser destruida la integridad de las instituciones checoslovacas, fue en la intangible escala de los valores donde registramos una pérdida mayor que el daño material que ya habíamos sufrido⁶²⁴.

Una vez equiparados los intereses vitales con el principio moral, los objetivos estratégicos de los Estados Unidos se definieron en términos de dignidad, y no de poder: «Fortalecernos, tanto en el modo en que afirmamos nuestros valores en la dirección de nuestra vida nacional como en el desarrollo de nuestra fuerza política y económica.»⁶²⁵ La doctrina de los Padres Fundadores de los Estados Unidos en el sentido de que su nación sería un faro de libertad para toda la humanidad, imbuyó la filosofía norteamericana de la Guerra Fría. Al rechazar la corriente del pensamiento norteamericano expresada en la advertencia de John Quincy Adams acerca de «salir al exterior a buscar monstruos que destruir», los redactores del NSC-68 optaron por la otra visión, la de los Estados Unidos como un cruzado: «Sólo mediante la afirmación práctica de nuestros valores esenciales, tanto en el exterior como en el interior, podremos mantener nuestra propia integridad, donde se halla la verdadera frustración de los designios del Kremlin.»⁶²⁶

En estos términos, el propósito de la Guerra Fría era la conversión del adversario: «fomentar un cambio fundamental en la naturaleza del sistema soviético», cambio que quedaba definido como la «aceptación soviética de las condiciones específicas y limitadas indispensables para un entorno internacional en que puedan desarrollarse las instituciones libres, y en que los pueblos de Rusia tengan una nueva oportunidad de forjar su propio destino»⁶²⁷.

Aunque el documento NSC-68 pasaba a describir varias medidas militares y económicas vitales para construir situaciones de fuerza, su tema central no era el toma y daca de la diplomacia tradicional, ni un apocalíptico choque final. La renuencia a utilizar o a amenazar con utilizar armas nucleares durante el período del monopolio atómico de los Estados Unidos fue racionalizada de manera típicamente norteamericana: la victoria en semejante guerra tendría un resultado pasajero y, por tanto, insatisfactorio. En cuanto a una solución negociada, «[...] la única base concebible para llegar a un acuerdo general serían unas esferas de influencia y de no influencia, un "acuerdo" que el Kremlin podría explotar en su favor»⁶²⁸. En otras palabras, los Estados Unidos se negaban a considerar el triunfo en una guerra o siquiera una solución general que no convirtiera al adversario.

Pese a su aparente frío realismo, el NSC-68 comenzaba con una perorata sobre la democracia y concluía afirmando que la historia estaría, en última instancia, de parte de los Estados Unidos. Lo que dio su carácter único a este documento fue su unión de afirmaciones universales con la renuncia al uso de la fuerza. Nunca antes había expresado ninguna gran potencia unos objetivos que exigieran tanto de sus propios recursos sin expectativa alguna de reciprocidad, como no fuera la diseminación de sus valores nacionales. Esto se lograría mediante la reforma global, no con la conquista global, que había sido el sistema utilizado habitualmente por los cruzados. Este esfuerzo del poderío norteamericano fue, durante un breve momento, supremo y sin precedentes, pese a que los Estados Unidos se habían convencido de que eran relativamente débiles en el aspecto militar.

En aquellas primeras etapas del esfuerzo de los Estados Unidos en pos de la contención, nadie habría podido imaginar el inminente peso que ejercían sobre la psique norteamericana unos conflictos cuyo objetivo principal era la transformación del adversario, y que carecían de todo baremo para evaluar el éxito de cada paso realizado. A todos esos confiados dirigentes norteamericanos les habría parecido increíble que su país, en dos décadas, tuviera que pasar por un período de atrozante duda de sí mismo y de conflicto interno antes de que su predicción del desplome del comunismo fuera una realidad. De momento estaban plenamente ocupados

comprometiendo a los Estados Unidos con su nuevo papel internacional, mientras rechazaban las críticas al giro revolucionario que estaba dando la política exterior de su país.

A medida que la contención fue tomando forma, las críticas que encontró procedieron de tres diferentes escuelas de pensamiento. La primera vino de los «realistas», encarnados en Walter Lippmann, quien arguyó que la política de contención daría lugar a una extensión excesiva en lo psicológico y en lo geopolítico, mientras agotaba los recursos norteamericanos. El portavoz de la segunda escuela de pensamiento fue Winston Churchill, quien se opuso al aplazamiento de negociaciones hasta que se hubiesen alcanzado unas posiciones de fuerza. Su argumento fue que la posición de Occidente nunca volvería a ser tan poderosa como lo fuera al principio de lo que llegó a conocerse como la Guerra Fría, y que su posición relativa para negociar sólo podría irse deteriorando con el paso del tiempo. Por último, Henry Wallace negaba a los Estados Unidos el derecho moral a emprender una política de contención. Wallace postulaba una básica equivalencia moral entre ambos bandos, y arguyó que la esfera de influencia soviética en la Europa central era legítima, y que la oposición de los Estados Unidos sólo intensificaría la tensión. Pidió urgentemente un retorno a la que consideró la política de Roosevelt: poner fin a la Guerra Fría por decisión unilateral de los Estados Unidos.

El más elocuente de los portavoces del realismo, Walter Lippmann, rechazó la idea de Kennan de que la sociedad soviética contenía las semillas de su propia decadencia. Le pareció que la teoría era demasiado especulativa para servir de fundamento a la política norteamericana:

En los cálculos del señor X no hay reservas para una mala racha. No hay margen de seguridad para la mala suerte, mala administración, un error o lo imprevisible. Nos pide suponer que la Unión Soviética ya está en decadencia. Nos exhorta a creer que muy pronto se realizarán nuestras más ansiadas esperanzas⁶²⁹.

La contención, arguyó Lippmann, llevaría a los Estados Unidos a las *hinterlands* de la extensa periferia del Imperio soviético, que en su opinión incluían a muchos países que, para empezar, no eran Estados en el sentido moderno. Mantener unos compromisos militares tan lejos de la patria no podría aumentar la seguridad norteamericana y sólo debilitaría la resolución de los Estados Unidos. La contención, según Lippmann, permitía a la Unión Soviética escoger los puntos de máxima dificultad para los Estados Unidos, mientras conservaba la iniciativa diplomática y hasta la militar.

Lippmann subrayó la importancia de establecer normas para definir las áreas en que sería de vital interés nacional oponerse a la expansión soviética. Sin tales normas, los Estados Unidos se verían obligados a organizar una «heterogénea serie de satélites, clientes, dependientes y títeres» que permitiría a los nuevos aliados de los Estados Unidos explotar la contención para sus propios fines. Los Estados Unidos quedarían atrapados apoyando regímenes no viables, lo que dejaría a Washington la lamentable elección entre la «contención, la derrota y el desprestigio, o [...] apoyarlos [a los aliados de los Estados Unidos] a un costo incalculable»⁶³⁰.

En realidad, éste era un análisis profético de lo que le esperaba a los Estados Unidos, aunque el remedio que proponía Lippmann no fuera fiel a la tradición universalista de la nación, mucho más cercana a la expectativa de Kennan, de buscar un resultado apocalíptico. Lippman pedía que la política exterior norteamericana fuese guiada caso por caso mediante un análisis de los intereses de los Estados Unidos, y no por unos principios generales que, según se suponía, eran universalmente aplicables. A su parecer, la política del país debía tender menos a derribar el sistema comunista que a restaurar el equilibrio del poder en Europa, destruido por la guerra. La contención implicaba la

división indefinida de Europa, mientras que el verdadero interés de los Estados Unidos debía centrarse en expulsar al poderío soviético del centro del continente europeo:

Durante más de cien años todos los gobiernos rusos trataron de extenderse hacia el oeste de Europa. Pero sólo desde que el Ejército Rojo llegó al río Elba pudieron [los gobernantes de Rusia] realizar las ambiciones del Imperio ruso y los propósitos ideológicos del comunismo. Por consiguiente, una política auténtica debe tener como principal objetivo el asentamiento que produzca la evacuación de Europa [...] El poderío norteamericano debe hacerse presente, no para «contener» a los rusos en puntos dispersos, sino para mantener a raya toda la maquinaria militar rusa y para ejercer presión creciente en apoyo de una política diplomática que tenga como objetivo concreto un acuerdo que signifique su retirada⁶³¹.

El destino fue pródigo en los talentos que otorgó a los Estados Unidos en el período inmediato posterior a la guerra. Los dirigentes políticos norteamericanos fueron hombres distinguidos y con experiencia. Tras ellos había toda una reserva de personalidades tan eminentes como John McCloy, Robert Lovett, David Bruce, Ellsworth Bunker, Averell Harriman y John Foster Dulles, que entraban y salían del gobierno, siempre disponibles para servir al presidente sobre una base no partidista.

Entre sus intelectuales, los Estados Unidos pudieron aprovechar el pensamiento de Lippmann y de Kennan mientras estaban en plenitud de sus facultades. Kennan comprendió la debilidad subyacente en el comunismo; Lippmann previó, con exactitud, las frustraciones de una política exterior esencialmente reactiva y basada en la contención. Kennan pidió capacidad de resistir para permitir que la historia mostrara sus tendencias inevitables; Lippmann pidió iniciativa diplomática para llegar a un acuerdo europeo mientras los Estados Unidos aún eran preponderantes. Kennan tuvo una mejor comprensión intuitiva de las raíces de la sociedad norteamericana; Lippmann, por su parte, captó la inminente tensión que engendraría soportar un estancamiento al parecer interminable y las causas ambiguas que la contención podría exigir que los Estados Unidos apoyaran.

A la postre, el análisis de Lippmann tuvo un buen número de seguidores, aunque muchos de ellos se opusieron a una confrontación con la Unión Soviética. Su aprobación se basaba sólo en un aspecto del argumento de Lippmann, subrayando su crítica, mientras pasaban por alto sus disposiciones. Se hicieron eco de la llamada de Lippmann a establecer unos objetivos más limitados, pero pasaron por alto su recomendación de practicar una diplomacia más ofensiva. Así pues, durante los años cuarenta, la más convincente alternativa estratégica a la doctrina de la contención provino nada menos que de Winston Churchill, entonces líder de la oposición en el Parlamento británico.

A Churchill se le ha atribuido, generalmente, el haber inaugurado la Guerra Fría cuando pronunció su discurso sobre el Telón de Acero en Fulton, Missouri. En cada etapa de la Segunda Guerra Mundial, él había intentado limitar el expansionismo soviético, en un esfuerzo por fortalecer la posición negociadora de las democracias en la posguerra. Apoyó la contención, pero ésta nunca fue, para él, un fin en sí misma. Churchill no estaba dispuesto a esperar de brazos cruzados a que el comunismo se desplomara, y trató de moldear la historia en vez de confiar en que ésta hiciera su labor. Buscaba un acuerdo negociado.

En el discurso de Churchill en Fulton sólo se habían insinuado unas negociaciones. El 9 de octubre de 1948, en Llandudno, Gales, Churchill volvió a su argumento de que la posición de Occidente para negociar nunca sería mejor que en ese momento. En un discurso hoy muy olvidado, aseveró:

Se ha planteado la pregunta: ¿Qué ocurrirá cuando ellos también tengan la bomba atómica y hayan acumulado un gran arsenal? Podréis juzgar lo que ocurrirá entonces por lo que está ocurriendo hoy. «Porque si así tratan al árbol verde, ¿qué harán con el seco?»⁶³² [...] Nadie que esté en su juicio puede creer que disponemos de un período ilimitado. Debemos llevar las cosas a su conclusión y lograr un acuerdo final. No debemos descuidarnos, incompetentes, esperando que ocurra algo, quiero decir que ocurra algo malo para nosotros. Es mucho más probable que las reacciones occidentales lleguen a un acuerdo duradero sin derramamiento de sangre si formulan sus justas demandas mientras tienen el poderío atómico y antes de que los comunistas rusos también lo tengan⁶³³.

Dos años después, Churchill hizo el mismo ruego en la Cámara de los Comunes: las democracias eran lo bastante fuertes para negociar, y con la espera sólo se debilitarían. En un discurso en que defendió el rearme de la OTAN, el 30 de noviembre de 1950, advirtió que armar a Occidente no cambiaría por sí solo su posición negociadora, que en última instancia dependía del monopolio atómico de los Estados Unidos:

Aunque es correcto aunar nuestras fuerzas lo más rápidamente que podamos, nada en este proceso, en el período que he mencionado, privará a Rusia de una efectiva superioridad en lo que hoy se han llamado las armas convencionales. Lo único que hará será darnos una creciente unidad en Europa y amplificar los elementos disuasivos contra la agresión [...] Por tanto, estoy a favor de hacer esfuerzos por llegar a un acuerdo con la Rusia soviética en cuanto se presente una oportunidad apropiada, y de hacer esos esfuerzos mientras la inmensa e incommensurable superioridad de la organización de la bomba atómica en los Estados Unidos compensa el predominio soviético en cualquier otro aspecto militar⁶³⁴.

Según Churchill, ya existía una posición de fuerza; según los líderes norteamericanos, aún había que crearla. Churchill consideraba las negociaciones como sistema para relacionar el poder con la diplomacia. Aunque nunca fue explícito al respecto, sus declaraciones públicas sugerían que pensaba en cierto tipo de ultimátum diplomático de las democracias occidentales. Los dirigentes norteamericanos no deseaban emplear su monopolio atómico ni siquiera como amenaza. Churchill quería reducir la zona de influencia soviética, pero estaba dispuesto a coexistir con ella dentro de unos límites reducidos. Los jefes norteamericanos sentían una repugnancia casi visceral por las esferas de influencia. Deseaban destruir la de su adversario, no reducirla. Preferían aguardar la victoria total y el desplome del comunismo, por muy lejano que estuviese, a tratar de aplicar una solución wilsoniana al problema del orden mundial.

El desacuerdo se reducía a las diferentes experiencias históricas de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. La sociedad de Churchill estaba muy familiarizada con resultados imperfectos; Truman y sus asesores venían de una tradición en la que, en cuanto un problema era reconocido, se le hacía frente mediante el despliegue de recursos. De ahí la preferencia norteamericana por las resoluciones finales y su desconfianza del tipo de compromiso que había llegado a ser una especialidad británica. Churchill no tenía ninguna dificultad conceptual para combinar la formación de posiciones de fuerza con una diplomacia activa que presionara en favor de un acuerdo. Los dirigentes norteamericanos consideraban estos esfuerzos como fases sucesivas; así lo habían hecho en la Segunda Guerra Mundial y volverían a hacerlo en Corea y en Vietnam. La opinión norteamericana se impuso porque los Estados Unidos eran más fuertes que Gran Bretaña, y porque Churchill, como líder de la oposición británica, no se encontraba en situación de hacer valer su

estrategia.

A la postre, el desafío más estruendoso y persistente a la política norteamericana no vino de la escuela realista de Lippmann ni del pensamiento de Churchill sobre el equilibrio del poder, sino de una tradición profundamente arraigada en el pensamiento radical norteamericano. Mientras que Lippmann y Churchill aceptaban la premisa del gobierno de Truman, según la cual el expansionismo soviético representaba un grave desafío y sólo discutían sobre la estrategia adecuada para hacerle frente, los críticos radicales rechazaron toda cuestión relativa a la contención. Su principal portavoz fue Henry Wallace, vicepresidente durante el tercer mandato de Roosevelt, ex secretario de Agricultura y secretario de Comercio de Truman.

Wallace era un producto de la tradición populista norteamericana y mostraba la típica desconfianza yanqui respecto de Gran Bretaña. Como casi todos los liberales norteamericanos desde Jefferson, insistió en que «los mismos principios morales que gobiernan la vida privada también deben gobernar los asuntos internacionales»⁶³⁵. En opinión de Wallace, los Estados Unidos habían perdido su brújula moral y estaban practicando una política exterior de «maquiavélicos principios de dolor, fuerza y desconfianza», como dijo ante el público del Madison Square Garden el 12 de septiembre de 1946⁶³⁶. Puesto que el prejuicio, el odio y el temor eran las causas profundas del conflicto internacional, los Estados Unidos no tenían el derecho moral para intervenir en el extranjero hasta que hubiesen desarraigado estas plagas de su propia sociedad.

El nuevo radicalismo reafirmaba la visión histórica de los Estados Unidos como faro de libertad; pero con el tiempo se habían vuelto contra sí mismos. Postular la equivalencia moral de las acciones norteamericanas y soviéticas fue una característica de la crítica radical durante toda la Guerra Fría. La idea misma de que los Estados Unidos tuviesen responsabilidades internacionales era, a ojos de Wallace, un ejemplo de la arrogancia del poder. Sostenía que los británicos estaban llevando con engaños a los crédulos norteamericanos a obedecer sus órdenes: «La política británica consiste, claramente, en provocar desconfianza entre los Estados Unidos y Rusia, y así allanar el camino hacia la tercera guerra mundial.»⁶³⁷

Según Wallace, la forma en que Truman presentaba el conflicto entre democracia y dictadura era pura ficción. En 1945, cuando la represión soviética de posguerra era cada vez más obvia y la brutalidad de la colectivización era generalmente reconocida, Wallace declaró que «los rusos hoy tienen más libertad política que nunca». También descubrió «cada vez más señales de tolerancia religiosa» en la URSS y afirmó que había una «básica falta de conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética»⁶³⁸.

Wallace creía que la política soviética estaba impulsada más por el temor que por el expansionismo. En marzo de 1946, aún siendo secretario de Comercio, Wallace escribió a Truman:

Los acontecimientos de los últimos meses han hecho resurgir los temores soviéticos de antes de 1939 al «cerco capitalista» y a su errónea creencia en que el mundo occidental, incluso los Estados Unidos, le es invariable y unánimemente hostil⁶³⁹.

En su discurso del Madison Square Garden, seis meses después, Wallace lanzó un desafío directo a Truman, que obligó al presidente a exigirle su dimisión:

Puede no gustarnos lo que hace Rusia y Europa oriental. Su tipo de reforma agraria, expropiación industrial y supresión de las libertades básicas ofende a la gran mayoría del pueblo de los Estados Unidos. Pero nos guste o no, los rusos tratarán de socializar su esfera de influencia así

como nosotros tratamos de democratizar la nuestra [...]. Las ideas rusas de justicia socioeconómica gobernarán casi una tercera parte del mundo. Nuestras ideas de la democracia de libre empresa gobernarán gran parte del resto. Las dos ideas se esforzarán por probar cuál puede dar la mayor satisfacción al hombre común en sus respectivas áreas de predominio político⁶⁴⁰.

En una curiosa inversión de papeles, el autodeclarado defensor de la moral en política exterior aceptaba una esfera de influencia soviética en Europa oriental por motivos prácticos, mientras que el gobierno al que estaba atacando por ejercer una cínica política de poder rechazaba la esfera soviética por motivos morales.

Según Wallace, los Estados Unidos no tenían derecho a intervenir unilateralmente por todo el globo. La defensa sólo era legítima con la aprobación de las Naciones Unidas (sin importar que la Unión Soviética tuviese veto en ellas), y la ayuda económica debía ser distribuida a través de instituciones internacionales. Como el Plan Marshall no pasaba esta prueba, Wallace dijo que éste acabaría valiéndoles a los Estados Unidos la enemistad de toda la humanidad⁶⁴¹.

El desafío de Wallace se desintegró después del choque comunista en Checoslovaquia, el bloqueo de Berlín y la invasión de Corea del Sur. Como candidato presidencial, en 1948 sólo obtuvo un millón de votos, la mayor parte de ellos en Nueva York, contra más de 24 millones para Truman, lo que llevó a Wallace al cuarto lugar, por detrás del candidato del sureño Partido de los Estados, Strom Thurmond.

A pesar de todo, Wallace se las arregló para desarrollar temas que seguirían siendo típicos de la crítica radical norteamericana durante toda la Guerra Fría y que pasarían a ocupar el centro del escenario durante la guerra de Vietnam. Subrayaban las flaquezas morales de los Estados Unidos y las de los amigos a los que estaba apoyando; la básica equivalencia moral entre los Estados Unidos y los comunistas que los desafiaban; la proposición de que los Estados Unidos no tenían la obligación de defender ninguna zona del mundo contra amenazas en gran parte imaginarias; y la idea de que, en política exterior, la opinión mundial era mejor guía que los conceptos geopolíticos. Cuando por primera vez se propuso ayudar a Grecia y Turquía, Wallace pidió al gobierno de Truman que planteara la cuestión ante las Naciones Unidas. Si «los rusos ejercieran su veto, la carga moral sería para ellos [...] Cuando actuamos independientemente [...] la carga moral es para nosotros»⁶⁴². Tener la razón moral significaba más que salvaguardar los intereses geopolíticos de los Estados Unidos.

Aunque la radical crítica de Wallace a la política exterior norteamericana de posguerra fue derrotada en los años cuarenta, sus lemas básicos reflejaron una profunda corriente del idealismo norteamericano que seguía agitándose dentro del alma de la nación. Las mismas convicciones morales que habían conferido tal energía a los compromisos internacionales de los Estados Unidos también tenían suficiente potencial para volverse contra éstos debido a una desilusión del mundo exterior, a las propias imperfecciones norteamericanas. Durante los años veinte, el aislacionismo había hecho que los Estados Unidos se retiraran de la escena internacional debido a que eran demasiado buenos para el mundo. En el movimiento de Wallace, el aislacionismo revivió la idea de que los Estados Unidos debían retirarse porque no eran lo bastante buenos para el mundo.

Sin embargo, cuando los Estados Unidos sellaron su primer compromiso internacional permanente de tiempos de paz, aún dudaban sistemáticamente sobre sí mismos. La generación que había hecho el *New deal* y ganado la Segunda Guerra Mundial tenía una enorme fe en sí misma y en la amplitud de la empresa norteamericana. El idealismo de la nación era apropiado para administrar un mundo de dos potencias, para lo cual distaban mucho de ser adecuadas las sutiles combinaciones de la tradicional diplomacia del equilibrio del poder. Sólo una sociedad con enorme confianza en sus

realizaciones y su futuro habría podido tener la dedicación y los recursos necesarios para esforzarse por crear un orden mundial en que habría reconciliación con los enemigos vencidos, restauración de los aliados devastados y conversión de los adversarios. Las grandes empresas a menudo son impulsadas por un toque de ingenuidad.

Un resultado de la política de contención fue que los Estados Unidos se relegaron a sí mismos a practicar una diplomacia esencialmente pasiva durante su período de mayor potencia. Por ello, la contención fue cada vez más criticada por otros votantes, cuyo portavoz más elocuente sería John Foster Dulles. Los conservadores aceptaban las premisas de la contención, pero cuestionaban la falta de urgencia con que se buscaba. Estos críticos aducían que aunque la contención lograra, al fin, socavar a la sociedad soviética, ésta llegaría demasiado tarde y sería demasiado cara. Por mucho que lograra la contención, sin duda una estrategia de liberación debería acelerarla. Al final de la presidencia de Truman, la política de contención se debatía bajo el fuego cruzado de quienes la consideraban demasiado belicosa (los partidarios de Wallace) y quienes la estimaban demasiado pasiva (los republicanos conservadores).

Esta controversia se aceleró porque, como había predicho Lippmann, las crisis internacionales pasaron cada vez más a regiones periféricas del planeta donde las cuestiones morales eran confusas y las amenazas directas a la seguridad norteamericana eran difíciles de demostrar. Los Estados Unidos fueron llevados a unas guerras en zonas no protegidas por alianzas y en nombre de causas ambiguas y de resultados inconclusos. De Corea a Vietnam, estas empresas mantuvieron viva la crítica radical, que seguía cuestionando la validez moral de la contención.

Surgió así una nueva variante del excepcionalismo norteamericano. Con todas sus imperfecciones, los Estados Unidos del siglo XIX se habían considerado un faro de libertad; en los años sesenta y setenta se dijo que la antorcha estaba apagándose y que habría que volver a encenderla para que los Estados Unidos retornase a su papel histórico de inspiración a la causa de la libertad. El debate por la contención se convirtió en la lucha por el alma misma de los Estados Unidos.

En 1957, hasta George Kennan había llegado a reinterpretar la contención a esta luz, cuando escribió:

A mis propios compatriotas que a menudo me han preguntado dónde debe meterse mano para contener la amenaza soviética, he tenido que contestarles: a nuestros errores norteamericanos, a las cosas de las que nos avergonzamos ante nuestros propios ojos o que nos preocupan; al problema racial, a la situación que priva en nuestras grandes ciudades, a la educación y al ambiente de nuestros jóvenes, al creciente abismo entre el conocimiento especializado y el entendimiento popular⁶⁴³.

En la década anterior, antes de desilusionarse de lo que le pareció la militarización de su invento, George Kennan habría reconocido que no existía tal opción. Un país que se exige a sí mismo la perfección moral como prueba para su política exterior no alcanzará la perfección ni la seguridad. Una medida de la realización de Kennan fue que, en 1957, todas las barreras del mundo libre se habían levantado; sus propias opiniones habían sido una aportación decisiva a ese esfuerzo. De hecho, los parapetos fueron ocupados tan eficazmente que los Estados Unidos se permitieron una buena dosis de autocrítica.

La contención fue una teoría extraordinaria, al mismo tiempo empecinada e idealista, profunda en la evaluación de las motivaciones soviéticas, y sin embargo curiosamente abstracta en sus indicaciones. Debido a que era profundamente norteamericana en su utopía, presupuso que el

desplome de un adversario totalitario podría lograrse de manera esencialmente benigna. Aunque esta doctrina se formuló en la cúspide del poderío absoluto norteamericano, predicaba la relativa debilidad de los Estados Unidos. Al postular un gran encuentro diplomático en el momento de su culminación, la contención no asignaba ningún papel a la diplomacia hasta la escena final en que los buenos aceptaban la conversión de los malos.

Con todas estas cortapisas, la contención fue, sin embargo, una doctrina que vio pasar a los Estados Unidos por más de cuatro décadas de construcción, lucha y, finalmente, triunfo. La víctima de sus ambigüedades no fueron los pueblos que los Estados Unidos se habían propuesto defender, en general, con éxito, sino la conciencia norteamericana. Los Estados Unidos, atormentándose a sí mismos en su tradicional búsqueda de la perfección moral, quedarían, tras más de una generación de lucha, lacerados por sus esfuerzos y sus controversias, pero lograron casi todo lo que se habían propuesto.

El dilema de la contención: la guerra de Corea

Los Estados Unidos no «hicieron volver a casa a los muchachos» desde Europa, tal como había soñado Roosevelt, sino que permanecieron profundamente comprometidos, organizando instituciones y programas de protección contra las incursiones soviéticas, y presionando donde fue posible en las zonas de influencia soviética.

Durante tres años la política de contención había funcionado como tal. La Alianza del Atlántico sirvió como baluarte militar contra la expansión soviética mientras que el Plan Marshall fortalecía económica y socialmente a Europa occidental. El programa de ayuda a Grecia y Turquía rechazó la amenaza soviética en el Mediterráneo oriental, y el puente aéreo de Berlín mostró que las democracias estaban dispuestas a arriesgarse a la guerra para oponerse a las amenazas a sus derechos establecidos. En cada caso, la Unión Soviética retrocedió antes de arriesgarse a un choque con los Estados Unidos.

Pero la teoría de la contención tenía un gran fallo, que hizo que los dirigentes norteamericanos actuaran sobre la base de dos premisas erróneas: que sus desafíos seguirían siendo de una variedad tan inequívoca como lo fueron durante la Segunda Guerra Mundial, y que los comunistas esperarían pasivamente la desintegración de su propio régimen, como postulaba la teoría de la contención. No consideraron la posibilidad de que los comunistas trataran de liberarse en algún punto, escogiendo como blanco un área de máxima complejidad política o estratégica para los Estados Unidos.

La contención había logrado convencer a un Congreso reacio a favor de Europa. El temor a una incursión soviética en el Mediterráneo hizo surgir el programa de ayuda a Grecia y Turquía, y el peligro de un ataque soviético a la Europa occidental condujo a la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La posibilidad de una arremetida soviética en otra parte tuvo, si acaso, el carácter de reflexión ulterior.

El 25 de junio de 1950, los Estados Unidos debieron afrontar, de pronto, las ambigüedades de la contención al encontrarse ante una agresión militar de un aliado de los comunistas contra un país que Washington había declarado que se encontraba fuera del perímetro de defensa norteamericano y del que todas las fuerzas norteamericanas se habían retirado el año anterior. El agresor fue Corea del Norte y la víctima Corea del Sur, localizados tan lejos de Europa, que era el centro de la estrategia norteamericana, como se pudiera imaginar. Sin embargo, pocos días después del ataque de Corea del Norte, Truman se apresuró a reunir una fuerza expedicionaria entre las mal preparadas tropas de ocupación de Japón, para aplicar una estrategia de defensa local que nunca se había considerado entre los planes norteamericanos y ni siquiera propuesto entre los testimonios del Congreso. La política norteamericana de posguerra y su doctrina estratégica simplemente no habían imaginado la posibilidad de este tipo de agresión.

Los líderes norteamericanos sólo habían definido dos probables causas de guerra: un ataque soviético por sorpresa a los Estados Unidos o una invasión de Europa occidental por el Ejército Rojo. «Los planes de seguridad nacional», declaró el general Omar N. Bradley, jefe del estado mayor, en 1948,

deben considerar la posibilidad de que al comienzo los Estados Unidos sean víctimas de un ataque aéreo, o aerotransportado. La probabilidad y practicabilidad de este tipo de ataque aumenta cada día [...] [Por consiguiente] tendríamos que ocupar inmediatamente las bases desde las cuales un enemigo pudiera atacarnos por aire. Luego, tendríamos que lanzar un contraataque inmediato [...] predominantemente por aire [...]. Para dar nuestros contragolpes necesitaríamos bases que hoy no tenemos. La toma y ocupación de [estas] bases [...] requerirá elementos de combate del ejército⁶⁴⁴.

Bradley no explicó cómo o por qué la Unión Soviética seguiría semejante estrategia tres años después de una guerra devastadora, mientras los Estados Unidos poseían el monopolio atómico y a la Unión Soviética no se le conocía una capacidad de potencia aérea de largo alcance.

La conducta adoptada por los Estados Unidos no daba a entender que los políticos de Moscú o de Pyongyang, la capital de Corea del Norte, tuvieran que esperar más que una protesta diplomática cuando las tropas norcoreanas atravesaron el paralelo 38. Debieron de sorprenderse tanto como Saddam Hussein cuando los Estados Unidos pasaron de la conciliación de finales de los años ochenta al enorme despliegue realizado en el golfo Pérsico en 1990. Los comunistas de Moscú y de Pyongyang habían creído al pie de la letra en las declaraciones de norteamericanos importantes, que colocaron Corea fuera del perímetro de defensa de los Estados Unidos. Supusieron que los norteamericanos no se opondrían a una toma comunista de la mitad de Corea después de haber aceptado una victoria comunista en China, que representaba una presa incomparablemente mayor. Obviamente, no habían comprendido que las repetidas declaraciones norteamericanas que proclamaban la resistencia a la agresión comunista como un deber moral tenían mucho más peso entre los políticos norteamericanos que ningún análisis estratégico.

De este modo, la guerra de Corea surgió de un doble equívoco: los comunistas, analizando el interés que para los Estados Unidos pudiera tener esta región, no creyeron probable que éstos resistieran en el extremo de una península cuando ya les habían cedido la mayor parte del Asia continental; mientras que los Estados Unidos percibieron el desafío como una cuestión de principios, y se preocuparon menos por la importancia geopolítica de Corea, que los dirigentes norteamericanos habían negado públicamente, que por el simbolismo que representaba tolerar que una agresión comunista no encontrara ninguna oposición.

La valerosa decisión de Truman de oponer resistencia en Corea estaba en abierta contradicción con lo que algunos dirigentes norteamericanos habían proclamado sólo un año antes. En marzo de 1949, el general Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas norteamericanas en el Pacífico, había manifestado en la prensa que Corea se hallaba fuera del perímetro de la defensa norteamericana:

[...] nuestra línea de defensa se extiende por la cadena de islas que bordean la costa de Asia.

Comienza en las Filipinas y continúa por el archipiélago de las islas Ryukyu, que incluye su principal bastión, Okinawa. Luego se inclina hacia Japón y la cadena de las islas Aleutianas, hasta Alaska⁶⁴⁵.

En un discurso pronunciado en el National Press Club, el 12 de enero de 1950, el secretario de Estado, Dean Acheson, había ido aún más lejos. No sólo colocó a Corea fuera del perímetro de la defensa norteamericana, sino que explícitamente negó toda intención de garantizar áreas ubicadas en la masa continental asiática:

En lo tocante a la seguridad militar de otras zonas del Pacífico, debe quedar claro que nadie puede garantizar estas zonas contra un ataque militar. Pero también debe quedar claro que semejante garantía casi no es sensata o necesaria dentro del ámbito de la relación práctica⁶⁴⁶.

En 1949, el presidente Truman, siguiendo el consejo de los jefes conjuntos de estado mayor, había retirado de Corea todas las fuerzas militares norteamericanas. El ejército surcoreano casi no estaba entrenado y equipado más que para desempeñar funciones policíacas, porque Washington temía que Corea del Sur se viera tentada a unificar el país por la fuerza si se le daba la mínima capacidad para hacerlo.

Jruschov dice en sus memorias que la invasión de Corea fue planeada por Kim Il Sung, el dictador norcoreano. Afirma que Stalin, inicialmente desconfiado, acabó por seguir el plan porque se dejó convencer de que la empresa sería fácil⁶⁴⁷. Moscú y Pyongyang no habían comprendido la función que los valores y las creencias ejercían en el enfoque norteamericano de las relaciones internacionales. Cuando MacArthur y Acheson hablaron de la estrategia norteamericana estaban pensando en una guerra general con la Unión Soviética, el único tipo de guerra que sus gobernantes habían considerado sistemáticamente. En ese choque, Corea habría estado fuera del perímetro de la defensa de los Estados Unidos, y las batallas decisivas se habrían entablado en otras partes.

Simplemente, los gobernantes de los Estados Unidos nunca habían pensado en cómo reaccionarían a una agresión limitada a Corea o a cualquier área semejante. Obligados a enfrentarse a esta situación inmediatamente después del bloqueo de Berlín, del golpe de Estado checo y de la victoria comunista en China, la interpretaron como prueba de que el comunismo estaba en marcha y había que contenerlo desde el principio, con más que simple estrategia.

La decisión de Truman de resistir en Corea tenía, asimismo, un sólido fundamento en los conceptos tradicionales del interés nacional. El comunismo expansionista había ido intensificando su desafío cada año después de la guerra. Había puesto un pie en Europa oriental en 1945 como consecuencia de la ocupación del Ejército Rojo. Había prevalecido en Checoslovaquia gracias a un golpe interno de 1948, y se había adueñado de China en una guerra civil en 1949. Si ahora los ejércitos comunistas podían marchar a través de líneas divisorias internacionalmente reconocidas, el mundo habría vuelto a las condiciones que imperaban antes de la guerra. La generación que había pasado por Munich tenía que reaccionar. La invasión de Corea habría tenido una repercusión desastrosa sobre Japón, al otro lado del estrecho mar del Japón, puesto que este país siempre había considerado a Corea como la clave estratégica del noreste de Asia. Un dominio absoluto comunista habría dado lugar a la aparición del fantasma de un monolito comunista asiático y deteriorado la orientación prooccidental del Japón.

Pocas decisiones de política exterior son más difíciles de tomar que improvisar acciones militares que nunca se habían previsto. Sin embargo, Truman estuvo a la altura de las circunstancias. El 27 de junio, dos días después de que las tropas norcoreanas atravesaron el paralelo 38, ordenó que unidades aéreas y navales norteamericanas entraran en acción. El 30 de junio ya había retirado tropas de tierra de sus deberes de ocupación en Japón.

La rigidez soviética facilitó la tarea de Truman de llevar a su país a la guerra. El embajador soviético ante las Naciones Unidas había estado boicoteando durante meses el Consejo de Seguridad y otras instituciones de las Naciones Unidas, como protesta por la negativa de la organización mundial a entregar a Beijing el escaño de China. Si el embajador soviético hubiese tenido menos miedo a Stalin o hubiese podido recibir más pronto instrucciones, sin duda habría vetado la resolución del Consejo de Seguridad propuesta por los Estados Unidos, que exigía a Corea del Norte

el cese de las hostilidades y su vuelta al paralelo 38. Al no asistir a la sesión ni ejercer su derecho de veto, el embajador soviético dio a Truman la oportunidad de organizar la resistencia como una decisión de la comunidad mundial, y de justificar el papel de los Estados Unidos en Corea en los ya familiares términos wilsonianos de libertad contra dictadura, bien contra mal. Los Estados Unidos, dijo Truman, irían a la guerra para apoyar las órdenes del Consejo de Seguridad⁶⁴⁸. Por tanto, no estaban interviniendo en un remoto conflicto local, sino oponiéndose a un ataque contra todo el mundo libre:

El ataque a Corea pone de manifiesto, sin la menor duda, que el comunismo ha dejado atrás el uso de la subversión para conquistar naciones independientes, y ahora utilizará la invasión armada y la guerra. Ha desafiado las órdenes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, emitidas para mantener la paz y la seguridad internacionales⁶⁴⁹.

Aunque Truman tenía poderosos argumentos geopolíticos en su favor para intervenir en Corea, apeló a los sentimientos y valores más apreciados por el pueblo norteamericano, y describió la intervención como la defensa de un principio universal y no de intereses nacionales norteamericanos: «Una vuelta al gobierno de la fuerza en asuntos internacionales tendría efectos de largo alcance. Los Estados Unidos continuarán manteniendo el imperio de la ley.»⁶⁵⁰ El lema casi sacrosanto de los Estados Unidos ha sido que este país defiende principios y no intereses, leyes y no poder, al comprometer sus fuerzas militares, desde el tiempo de las dos guerras mundiales hasta la intensificación de su participación en Vietnam, en 1965, y la guerra del Golfo en el año 1991.

Una vez planteada la cuestión como ajena a la política de poder, se hizo extraordinariamente difícil definir unos objetivos militares. En una guerra general, que era lo que la doctrina estratégica norteamericana había considerado, se buscaba la victoria total y la rendición incondicional del adversario, como en la Segunda Guerra Mundial. Pero ¿cuál era el objetivo político de una guerra limitada? El objetivo militar más sencillo y más fácil de comprender habría sido una aplicación literal de las resoluciones del Consejo de Seguridad, es decir, hacer retroceder a las fuerzas norcoreanas a su punto de partida, a lo largo del paralelo 38. Pero, si no había castigo para la agresión, ¿cómo impedir toda agresión futura? Si los potenciales agresores llegaran a comprender que nunca estarían peor que en el *statu quo ante*, la contención podría convertirse en una interminable sucesión de guerras limitadas que agotarían la fuerza norteamericana, casi como lo había predicho Lippmann.

Por otra parte, ¿qué tipo de castigo era compatible con el compromiso de una guerra limitada? En la estrategia de las guerras limitadas en que, directa o indirectamente, participan las superpotencias, es inherente la capacidad física de cualquier bando para intensificar su importancia; esto es lo que las define como superpotencias. Por tanto, hay que llegar a un equilibrio. Cualquiera de los bandos que convenza al otro de que está dispuesto a correr los mayores riesgos tendrá la ventaja. En Europa, Stalin, en contra de todo análisis racional de la relación de fuerzas, había logrado hacer creer a las democracias que su disposición de llegar al límite (y más allá) era superior a la de éstas. En Asia, el bando comunista fue reforzado por la naciente amenaza de China, que acababa de ser tomada por los comunistas y tenía suficiente potencial para «aumentar las apuestas» sin la participación directa de la Unión Soviética. Por tanto, las democracias temían más que sus adversarios a una intensificación, o al menos eso creían las democracias.

Otro factor que obstaculizaba el desarrollo de la política norteamericana era su compromiso con un enfoque multilateral a través de las Naciones Unidas. Al comienzo de la guerra de Corea, los

Estados Unidos gozaron del gran apoyo de países de la OTAN, como Gran Bretaña y Turquía, que enviaron considerables contingentes. Aunque no estaban interesados en el destino de Corea, estos países apoyaron el principio de acción colectiva, que después podrían invocar en su propia defensa. Una vez cumplido este propósito, la mayoría de la Asamblea General de las Naciones Unidas se mostró mucho menos dispuesta a correr los riesgos adicionales que serían inevitables si se aplicaban mayores castigos. De este modo, los Estados Unidos se encontraron con una guerra limitada para la cual no tenían doctrina, y en defensa de un país remoto acerca del cual habían declarado no tener ningún interés estratégico. Los Estados Unidos, víctimas de la ambivalencia, no veían ningún interés estratégico nacional en la península coreana; su principal objetivo era demostrar que toda agresión sería castigada. Para hacer que Corea del Norte pagara un precio pero sin desencadenar una guerra más general, los Estados Unidos necesitaban convencer a los países que tuviesen capacidad de intensificarla, especialmente la Unión Soviética y China, de que los objetivos norteamericanos eran verdaderamente limitados.

Por desgracia, la teoría de la contención, en cuyo nombre se habían comprometido los Estados Unidos, originó precisamente la tentación opuesta, e indujo a Truman y a sus colegas a ampliar el campo de batalla político. Los principales miembros del gobierno de Truman, todos, sin excepción, creían en un designio comunista global y trataron la agresión coreana como el primer paso de una estrategia chino-soviética coordinada, que bien podía ser preludio de un asalto general. Por tanto, al desplegar tropas norteamericanas en Corea, buscaron el sistema para demostrar la determinación norteamericana de resistir a la agresión comunista en toda la zona del Pacífico. Junto con la declaración del envío de tropas se emitió la orden a la Séptima Flota de proteger Taiwán contra la China comunista: «La ocupación de Formosa por fuerzas comunistas sería una amenaza directa a la seguridad de la zona del Pacífico y a las fuerzas norteamericanas que están cumpliendo sus funciones legales y necesarias en esa zona.»⁶⁵¹ Además, Truman intensificó la ayuda militar a las fuerzas francesas que se oponían a la lucha, encabezada por los comunistas, por la independencia en Vietnam. (Las decisiones gubernamentales suelen tener más de un motivo; estas acciones tuvieron la ventaja, desde el punto de vista de Truman, de ganarse al llamado *lobby* chino en el Senado de los Estados Unidos, que había criticado duramente el «abandono» de la China continental por su gobierno.)

A Mao Zedong, por su reciente triunfo en la guerra civil china, la declaración de Truman tenía que parecerle la imagen reflejada del temor de los Estados Unidos a una conspiración comunista; lo interpretó como el primer paso de un intento norteamericano por anular la victoria de los comunistas en la guerra civil china. Al proteger a Taiwán, Truman estaba apoyando al que los Estados Unidos aún reconocían como el legítimo gobierno chino. El acelerado programa de ayuda a Vietnam le pareció a Beijing el intento de ponerle un cerco capitalista. Todo acabó dando a Beijing un incentivo para hacer lo contrario de lo que los Estados Unidos habrían considerado deseable: Mao tuvo razón para concluir que, si no detenía a los Estados Unidos en Corea, tendría que combatirlos en territorio chino; como mínimo, no se le dieron argumentos para pensar de otro modo. «Los imperialistas norteamericanos esperan —publicó el *Diario del Pueblo*— que su agresión armada contra Taiwán nos impedirá liberarlo. En torno de China, en particular, sus planes de bloqueo están adoptando la forma de una serpiente desenroscada. Comenzando en Corea del Sur, se extienden hasta Japón, las islas Ryukyu, Taiwán y las Filipinas, y luego ascienden hacia Vietnam.»⁶⁵²

La estrategia militar norteamericana confirmó la errónea interpretación que dio China a las intenciones de los Estados Unidos. Como ya se dijo, los gobernantes norteamericanos, por tradición, han considerado la diplomacia y la estrategia como actividades separadas. Según la mentalidad

tradicional de los militares norteamericanos, primero ellos obtienen un resultado y luego llegan los diplomáticos; nadie dice al otro cómo buscar sus objetivos. En una guerra limitada, si los objetivos militares y los políticos no están sincronizados desde el principio, siempre habrá el peligro de hacer demasiado, o excesivamente poco. Hacer demasiado y permitir que predomine el elemento militar deteriora la línea que separa de una guerra total, y tiende al adversario a «aumentar las apuestas». Hacer excesivamente poco y permitir que predomine el bando diplomático supone el riesgo de sumergir el propósito de la guerra en tácticas de negociación y una predisposición a optar por el estancamiento.

En Corea, los Estados Unidos cayeron en las dos trampas. En las primeras etapas de la guerra, la fuerza expedicionaria norteamericana quedó confinada a un perímetro que rodeaba la ciudad portuaria de Pusán, en el extremo más meridional de la península coreana. La supervivencia era el objetivo básico; la relación entre la guerra y la diplomacia estaba lejos de la mente de los dirigentes norteamericanos. Douglas MacArthur, el general norteamericano más perspicaz de este siglo, era su comandante. Al contrario de casi todos sus colegas, MacArthur no era partidario de la estrategia norteamericana preferida, la del desgaste. Durante la Segunda Guerra Mundial, pese a la prioridad dada a la acción en Europa, MacArthur había creado la estrategia de «saltar de isla en isla», pasando por encima de los puntos fuertes de los japoneses y concentrándose en islas débilmente defendidas, que llevó a las fuerzas norteamericanas de Australia a las Filipinas en dos años.

En esta ocasión MacArthur aplicó la misma estrategia. Contra la opinión de sus superiores más ortodoxos en Washington, hizo desembarcar fuerzas norteamericanas en Inchón (el puerto de Seúl), más de 300 kilómetros tras el frente enemigo, cortando las líneas de aprovisionamiento norcoreanas con Pyongyang. El ejército norcoreano se desplomó, dejando libre el camino hacia el norte.

La victoria condujo a una decisión que acaso fuera la más importante de la guerra de Corea. Si los Estados Unidos iban a relacionar sus objetivos militares con sus metas políticas, aquél era el momento de hacerlo. Truman tenía tres opciones: ordenar un alto en el paralelo 38 y restaurar el *statu quo ante*; autorizar un avance más al norte para infligir un castigo a la agresión; autorizar a MacArthur a unificar todo el territorio de Corea, hasta la frontera china. En otras palabras, dejar que el resultado de la guerra fuese dictado completamente por el enfrentamiento militar. La mejor decisión habría sido avanzar hasta el estrecho cuello de la península coreana, unos 160 kilómetros antes de la frontera china. Esto habría supuesto hacerse con una línea defendible que incluiría al 90 % de la población de la península, así como la capital de Corea del Norte, Pyongyang, y se habría logrado un gran triunfo político sin desafiar a China.

Aunque MacArthur era un brillante estratega, como analista político era menos sagaz. Sin tener en cuenta que los chinos recordaban la invasión japonesa de Manchuria, que había seguido el mismo camino a través de Corea, MacArthur abogó en favor de un avance hasta la frontera china, en el río Yalú. Deslumbrado por el súbito triunfo de su comandante en Inchón, Truman aceptó. Al abandonar todo terreno intermedio entre el *statu quo ante* y la victoria total, Truman abandonó también las ventajas geográficas y demográficas del estrecho cuello de la península coreana. Cambió una línea defensiva de 160 kilómetros, situada a considerable distancia de la frontera china, por la necesidad de proteger un frente de 650 kilómetros, contiguo a las principales concentraciones del poderío comunista chino.

No habría sido una decisión fácil para China desafiar a la mayor potencia militar del mundo después de todos los sufrimientos, la devastación y las bajas causadas por la invasión japonesa y la enconada guerra civil. Mientras no se abran los archivos chinos no se sabrá si Mao habría intervenido una vez que las fuerzas norteamericanas cruzaran el paralelo 38 por muy limitado que

fuera su avance, o hasta dónde les habría permitido llegar por el norte. Pero el arte de la política consiste en calcular los riesgos y las recompensas que deciden los cálculos del adversario.

Una manera de influir sobre la decisión china de intervenir habría sido detener el avance norteamericano en el estrecho cuello de la península coreana y ofrecer desmilitarizar el resto del país, de acuerdo con algún sistema de control internacional.

Washington estaba tanteando el terreno en esa dirección cuando ordenó a MacArthur no acercarse al río Yalú con fuerzas no coreanas. Pero la orden nunca se convirtió en una propuesta política a Beijing, y ni siquiera se hizo pública. Sea como fuere, MacArthur desdeñó esa orden por «poco práctica», y Washington, fiel a su tradición de no querer saber más que un comandante en el campo de batalla, no insistió. MacArthur había obtenido un triunfo tan inesperado en Inchón que los dirigentes políticos norteamericanos quedaron más que convencidos de que MacArthur sabía de Asia más que ellos.

Cuando el Ejército Popular de China atacó, el efecto de la sorpresa causó una retirada casi desordenada de las fuerzas norteamericanas, desde Yalú hasta el sur de Seúl, que fue abandonado por segunda vez en seis meses. Sin una doctrina para la guerra limitada, la crisis hizo que el gobierno de Truman perdiera de vista sus objetivos políticos. Al depender de las fluctuaciones del combate, se declaró que los objetivos políticos eran: contener la agresión, unificar Corea, mantener la seguridad de las fuerzas de las Naciones Unidas, garantizar un cese del fuego a lo largo del paralelo 38 e impedir que cundiera la guerra.

Cuando tropas de tierra norteamericanas entraron en combate a comienzos de julio de 1950, se declaró que el objetivo era «rechazar la agresión», aunque nunca se dio un significado concreto a este término. Después del desembarco en Inchón, en septiembre, y del desplome del ejército de Corea del Norte, el objetivo pasó a ser la «unificación». Truman la proclamó el 17 de octubre de 1950, pero sin plantear un programa político para tratar con China. Lo que Truman comunicaba a Beijing nunca fue más allá de repetir solemnes declaraciones de buena fe, que, para Mao, eran precisamente lo que estaba en juego: «Nuestro único propósito en Corea», dijo Truman al ordenar el avance hacia el norte:

es establecer la paz y la independencia. Nuestras tropas sólo permanecerán allí mientras las Naciones Unidas las necesiten con ese propósito. No buscamos territorios ni privilegios especiales en Corea ni en ninguna otra parte. No tenemos designios agresivos en Corea ni en ningún otro lugar del Lejano Oriente o de cualquier otra parte⁶⁵³.

Mao era incapaz de confiar en esas garantías de su principal adversario capitalista, que en ese momento estaba protegiendo a sus mortales enemigos de Taiwán. Truman tampoco definió concretamente esos «designios agresivos» a los que estaba renunciando, ni fijó un plazo para retirar de Corea del Norte las tropas norteamericanas. La única manera en que los Estados Unidos hubiesen hecho que Mao no interviniera (y eso en realidad era posible) habría sido proponiendo la creación de alguna zona amortiguadora a lo largo de la frontera china. Pero eso nunca se intentó.

En los meses siguientes, las fuerzas norteamericanas demostrarían que el riesgo aceptado por los gobernantes chinos era muy grande. Sus tempranas victorias a lo largo del Yalú se debieron a la sorpresa y a la dispersión de las fuerzas norteamericanas. Pero pronto fue evidente que el ejército chino no tenía la potencia de fuego necesaria para desalojar a los norteamericanos de sus trincheras y que, privado del elemento sorpresa, era incapaz de romper una línea bien establecida, por ejemplo, a lo largo del estrecho cuello de la península. Una vez reorganizadas las fuerzas norteamericanas,

demonstraron que en esa etapa del desarrollo de China las fuerzas de ésta no eran siquiera rival para el poder de fuego norteamericano.

En cuanto China entró en la guerra, los objetivos norteamericanos volvieron a cambiar en cuestión de días. El 26 de noviembre de 1950, los chinos lanzaron su contraataque. Para el 30 de noviembre, Truman había emitido una declaración en que abandonaba la unificación como objetivo de guerra y la relegaba a «negociaciones ulteriores». El indefinido concepto de «contener la agresión» volvió a ser el principal objetivo norteamericano:

Las fuerzas de las Naciones Unidas están en Corea para sofocar una agresión que amenaza no sólo la urdimbre de las Naciones Unidas, sino todas las esperanzas humanas de paz y de justicia. Si las Naciones Unidas ceden a las fuerzas de la agresión, ninguna nación podrá sentirse segura⁶⁵⁴.

A comienzos de enero de 1951, el frente de guerra estaba al sur del paralelo 38 y se extendía a lo largo de unos 80 kilómetros. Seúl nuevamente estaba en manos comunistas. En ese punto, los chinos cometieron el mismo error de MacArthur tres meses antes. Si hubiesen ofrecido quedarse en el paralelo 38, Washington sin duda habría aceptado y China habría podido jactarse de haber derrotado al ejército de los Estados Unidos un año después de ganar su propia guerra civil. Pero, como Truman seis meses antes, Mao se dejó llevar por sus inesperados triunfos y decidió expulsar definitivamente a las fuerzas norteamericanas de la península. Él también sufrió una gran derrota. Las bajas chinas fueron muy numerosas cuando atacaron las posiciones norteamericanas al sur de Seúl.

En abril de 1951, la suerte había vuelto a cambiar, y por segunda vez fuerzas norteamericanas cruzaron el paralelo 38. Pero la batalla no era el único aspecto de la guerra que había cambiado, pues el gobierno de Truman ya estaba tan traumatizado por el choque de la intervención china que evitar riesgos se volvió su principal objetivo.

Sin embargo, la evaluación de los riesgos realizada en Washington se basaba en un buen número de errores. Los Estados Unidos supusieron, como volverían a hacerlo una década después en Vietnam, que se enfrentaban a una conspiración comunista tendente a conquistar el mundo. Y si, como suponían, Moscú llevaba la voz cantante, de ahí se deducía que ni China ni Corea habían entrado en guerra sin contar con el apoyo soviético. Washington creía que el Kremlin no aceptaría una derrota, sino que aumentaría las apuestas después de cada fracaso de sus aliados. Por tanto, si los Estados Unidos aspiraban a una victoria limitada podían desencadenar una guerra abierta con la Unión Soviética, y en consecuencia, no podían arriesgarse a obtener una victoria limitada, pues el bloque comunista pagaría cualquier precio por no ser derrotado.

La realidad era totalmente distinta. Stalin sólo consintió el ataque norcoreano después que Kim Il Sung le aseguró que entrañaría poco riesgo de guerra. Hasta el hecho de que Stalin alentara a los chinos a intervenir probablemente sólo fuera para que China dependiera más de la Unión Soviética. Los verdaderos fanáticos del asunto estaban en Beijing y en Pyongyang; la guerra de Corea no fue una treta del Kremlin para atraer a los Estados Unidos a Asia y entonces poder atacar a Europa. Además, la disuasión frente un ataque soviético a Europa fue el Mando Estratégico del Aire, que no se empleó en Corea. La Unión Soviética tenía pocas o nulas fuerzas nucleares de ataque, y dada la disparidad de fuerzas nucleares, Stalin tenía mucho más que perder en una guerra general que los Estados Unidos. Por muy grande que fuese la disparidad de las fuerzas de tierra en Europa, es sumamente improbable que Stalin se hubiese arriesgado a una guerra con los Estados Unidos por causa de Corea. Ante esta situación, Stalin sólo dio una renuente ayuda a China, y exigió el pago en efectivo por ella, lo que hizo brotar la semilla de la discordia entre chinos y soviéticos.

Los gobernantes norteamericanos creían haber aprendido los peligros de la escalada bélica, pero no habían considerado las consecuencias de un estancamiento. «Estamos luchando para resistir a una escandalosa agresión en Corea», dijo Truman en abril de 1952.

Estamos tratando de impedir que el conflicto coreano se extienda a otras regiones, pero al mismo tiempo debemos dirigir nuestras actividades militares de tal modo que demos seguridad a nuestras fuerzas; esto es esencial si queremos que sigan luchando hasta que el enemigo abandone su brutal intento de destruir la República de Corea⁶⁵⁵.

Pero luchar en una guerra por la «seguridad de nuestras fuerzas» resulta estratégicamente vano. Puesto que la guerra misma es lo que está arriesgando esa seguridad, convertir en objetivo la «seguridad de nuestras fuerzas» tiene que convertirse en una tautología. Como Truman no expresó otro objetivo de guerra que el de inducir al enemigo a abandonar sus esfuerzos, en otras palabras y en el mejor de los casos, un retorno al *statu quo ante*, las inevitables frustraciones provocaron ciertas presiones en favor de una verdadera victoria. MacArthur no consideró que el estancamiento fuese un objetivo digno. Discutió furiosa y elocuentemente diciendo que el peligro de una escalada había sido inherente a la decisión inicial de intervenir, y que no podría ser mitigado moderando la dirección de las operaciones militares. Si acaso, si se prolongase la guerra, estos riesgos aumentarían. En unas declaraciones realizadas en 1951, MacArthur insistió: «Tenéis en las manos una guerra, y no podéis decir simplemente: "Que esa guerra siga indefinidamente mientras yo me preparo para alguna otra [...]".»⁶⁵⁶ Como no aceptaba la opinión oficial de que la guerra de Corea debía dirigirse de un modo que no diera pretexto a los soviéticos para lanzar un ataque a gran escala, MacArthur propuso una estrategia destinada a derrotar a los ejércitos chinos, al menos en Corea.

Sus propuestas incluían «un ultimátum para que [China] venga a discutir las condiciones de un alto el fuego dentro de un período razonable, o sus acciones en Corea serán consideradas una declaración de guerra contra las naciones que allí luchan, y que esas naciones darán los pasos que consideren necesarios para acabar con esta situación»⁶⁵⁷. MacArthur pidió varias veces permiso para bombardear bases en Manchuria, bloquear China, reforzar las tropas norteamericanas en Corea e introducir fuerzas de la China Nacionalista llevándolas de Taiwán a Corea, basándose en lo que MacArthur consideraba «el modo normal» de «conseguir una paz justa y honorable en el menor tiempo posible con la menor pérdida de vidas, utilizando todo nuestro potencial»⁶⁵⁸.

Varias de las recomendaciones de MacArthur rebasaron, con mucho, los límites de las facultades de un comandante en el teatro de operaciones. Por ejemplo, llevar fuerzas de la China Nacionalista a Corea habría equivalido a una declaración de guerra total contra la República Popular de China. Una vez llevada la guerra civil china a suelo coreano, ninguno de los dos bandos chinos podría ponerle fin hasta alcanzar la victoria total; y los Estados Unidos se habrían visto enredados en un conflicto interminable.

Sin embargo, la cuestión fundamental no era tanto si las recomendaciones específicas de MacArthur eran adecuadas, sino el hecho de que había planteado la pregunta clave: ¿había alguna opción entre el estancamiento y la guerra total? El 11 de abril de 1951, cuando Truman destituyó a MacArthur, el debate se generalizó. Truman, habitualmente valeroso, no tuvo más remedio que despedir a un comandante que se había insubordinado públicamente. Pero también comprometió a su país con una estrategia que dejaba la iniciativa en manos del enemigo, pues al anunciar la destitución, Truman volvió a modificar los objetivos norteamericanos. Por primera vez «repeler la agresión» fue definido como llegar a un acuerdo a lo largo de la existente línea de alto el fuego, se encontrara

donde se encontrase, creando así otro incentivo para que los chinos aumentaran su esfuerzo militar con objeto de alcanzar la mejor línea posible:

La verdadera paz sólo se podrá alcanzar mediante un acuerdo basado en los siguientes factores:

Uno: debe cesar la lucha.

Dos: hay que dar pasos concretos para asegurar que la lucha no vuelva a estallar.

Tres: debe ponerse fin a la agresión⁶⁵⁹.

La unificación de Corea, que los Estados Unidos habían buscado imponer seis meses antes por la fuerza de las armas, quedó relegada al futuro: «Un acuerdo fundado en estos elementos allanaría el camino a la unificación de Corea y a la retirada de todas las fuerzas extranjeras.»⁶⁶⁰

MacArthur volvió a su patria, donde fue recibido como un héroe y compareció en una serie de audiencias del Senado, a las que se dio gran publicidad. El comandante basó su argumentación en lo que describió como la relación tradicional entre política exterior y estrategia militar:

La definición general que durante muchos decenios fue aceptada decía que la guerra era el proceso último de la política; que cuando habían fallado todos los demás medios políticos se recurría a la fuerza; y cuando se hace eso, el equilibrio del control, el equilibrio del concepto, el principal interés en cuestión, en el momento en que se llega a la etapa de matar, pasa a ser del dominio de los militares [...]. Sin ambages, declaro que cuando los hombres traban batalla, no debe haber ningún artificio político que represente una desventaja para nuestros propios hombres, que reduzca nuestras posibilidades de ganar, y que aumente las bajas⁶⁶¹.

MacArthur se anotó un tanto cuando se declaró contrario al estancamiento como política nacional. Sin embargo, él mismo había vuelto inevitables las restricciones políticas cuando se opuso a fijar cualesquiera objetivos políticos, incluso los necesarios para apoyar una victoria local. Si se impedía a la diplomacia definir los objetivos de guerra, todo conflicto se volvería automáticamente una guerra total, cualesquiera que fuesen las ganancias y los riesgos, consideración no insignificante en la era de las armas nucleares.

A pesar de todo, el gobierno de Truman fue más allá. No sólo rechazó las recomendaciones de MacArthur, sino que arguyó que no era viable ninguna alternativa a la estrategia del estancamiento. El general Bradley, a la sazón presidente de la junta de estado mayor, definió tres opciones militares:

O bien salirnos y abandonar Corea del Sur, o bien tratar de resolver las cosas en general donde estamos ahora, sin comprometer excesivas fuerzas, o bien pasar a una guerra total y lanzar suficientes fuerzas para expulsar de Corea a esta gente. En la actualidad, estamos siguiendo la segunda opción⁶⁶².

En los documentos del gobierno norteamericano, donde se ofrecen tres opciones, casi siempre se insiste en la de en medio. Como el *establishment* de la política exterior tiende a situar sus recomendaciones entre no hacer nada y lanzarse a una guerra general, los burócratas experimentados saben que mejorarán el ánimo de sus subordinados si escogen el camino intermedio. Esto fue, sin duda, lo que ocurrió con las opciones de Bradley, aunque la frase «resolver las cosas en general [...] sin comprometer excesivas fuerzas» simplemente replanteaban el dilema de una política carente de objetivos claros.

Dean Acheson confirmó en el lenguaje de la diplomacia que el objetivo de los Estados Unidos

en Corea era, en realidad, el estancamiento. Los objetivos norteamericanos en Corea consistían en «poner fin a la agresión, preservarse contra su renovación y restaurar la paz»⁶⁶³. Sin definir ninguno de estos términos, Acheson se dedicó a criticar la eficacia de las medidas propuestas por MacArthur: «Contra las dudosas ventajas de extender la guerra de una manera inicialmente limitada a la China continental —declaró el secretario de Estado—, deben calcularse los riesgos de una guerra general con China, de una intervención soviética y de una tercera guerra mundial, así como sus probables efectos sobre la solidaridad de la coalición del mundo libre»; era «difícil creer que la Unión Soviética pasaría por alto un ataque directo a la China continental»⁶⁶⁴.

Si los Estados Unidos no se atrevían a ganar, pero no podían permitirse perder, ¿qué opciones tenían? Cuando todas las frases generales se reducían a lo específico, sólo tenían el estancamiento en el frente de batalla y, por tanto, también ante la mesa de negociaciones. En sus memorias, Truman resumió las opciones de todos sus subordinados, tanto militares como civiles:

Toda decisión que yo tomé en relación con el conflicto coreano tuvo como objetivo impedir una tercera guerra mundial y la terrible destrucción que acarrearía al mundo civilizado. Esto significa que no debíamos hacer nada que diera una excusa a los soviéticos y que hundiera a las naciones libres en una guerra total y a gran escala⁶⁶⁵.

La creencia de que la Unión Soviética estaba dispuesta a entablar una guerra general reveló una extraordinaria pérdida de contacto con las auténticas relaciones de poder. Stalin no estaba buscando un pretexto para desencadenar una guerra general, sino decidido a evitarla. Si hubiese buscado un enfrentamiento habría encontrado pretextos más que suficientes en Europa, o en las acciones militares que ya se estaban desarrollando en Corea. No es de sorprender que en ninguna etapa de la guerra la Unión Soviética amenazara con intervenir o con emprender una acción militar. Nada del carácter cauteloso y desconfiado de Stalin mostraba al aventurero temerario; siempre prefirió lo disimulado y tortuoso al enfrentamiento en toda regla, y tenía sus buenas razones para no arriesgarse a una guerra con los Estados Unidos: dada la disparidad de la capacidad nuclear de los dos bandos, la Unión Soviética tenía las de perder en una guerra general.

Por asombroso que parezca, todos los miembros del gobierno subrayaron el punto de vista opuesto. Marshall afirmó que los Estados Unidos necesitarían otros dos o tres años para prepararse para una guerra general⁶⁶⁶. Bradley argumentó: «No estamos en la mejor posición para hacer frente a una guerra global.»⁶⁶⁷ De ahí su célebre frase de que una guerra general por Corea «nos envolvería en una guerra que no es nuestra, en mal lugar, en mal momento y con un mal enemigo»⁶⁶⁸. También Acheson consideró que se necesitaba más tiempo para «formar una eficaz fuerza disuasiva»⁶⁶⁹.

Entonces, ¿por qué, a la luz de la incipiente capacidad nuclear soviética, los gobernantes norteamericanos pensaron que la importancia de su fuerza disuasiva aumentaría con el paso del tiempo? Esto sólo puede explicarse como otra manifestación más de las extrañas premisas de la teoría de la contención, es decir, que los Estados Unidos eran débiles cuando en realidad poseían un monopolio atómico y que su posición de fuerza podría mejorar mientras la Unión Soviética estaba construyendo su propio arsenal nuclear. Stalin logró disuadir a los Estados Unidos de tratar de obtener una victoria limitada en Corea, capitalizando esta hipnosis autoinducida y sin tener que hacer nada específicamente amenazador.

Después de la intervención china, los Estados Unidos nunca exploraron seriamente la opción de una victoria limitada. El postulado básico del gobierno de Truman, a saber, que intentar algo más que el estancamiento era imposible o bien era arriesgarse a una guerra total, no agotó, de hecho, la gama

de las opciones disponibles. Una acción intermedia como la que he analizado, es decir, una línea divisoria a lo largo del estrecho cuello de la península, quedando desmilitarizado el resto del país, bajo vigilancia internacional, se podría haber intentado, o impuesto unilateralmente si la propuesta era rechazada. Quizá China no habría tenido los medios de impedirlo, como también lo creyó el sucesor de MacArthur, el general Matthew Ridgway, pero sin recomendarlo⁶⁷⁰.

Es casi seguro que MacArthur tuvo razón cuando arguyó que «China está empleando el máximo de su fuerza contra nosotros»⁶⁷¹. En cuanto a la Unión Soviética, tendría que decidir si, a la luz de la gran superioridad nuclear norteamericana y la debilidad económica soviética, un avance norteamericano sobre la distancia relativamente corta que separa el paralelo 38 y el estrecho cuello de la península justificaría el riesgo de iniciar una guerra general. Desde luego, China no podría haber aceptado ni luchado, sino mantenido una actitud amenazadora dondequiera que se estableciese la línea, pero esa situación no habría sido muy distinta de la que al final se creó a lo largo del paralelo 38. Es casi seguro que China habría dejado de lanzar amenazas una vez que su política hubiese estado dominada por el temor a la agresión soviética y hubiese empezado a desplazarse en dirección a los Estados Unidos. Si el primer desafío militar comunista contra los Estados Unidos sufría un revés manifiesto, otros países de áreas como Indochina habrían tenido que mostrar mayor cautela, y muy probablemente se habría acelerado la ruptura chino-soviética.

En la primavera de 1951, una nueva ofensiva norteamericana, a las órdenes del general Ridgway, avanzaba hacia el norte utilizando las tradicionales tácticas norteamericanas de desgaste. Había liberado Seúl y atravesado el paralelo 38 cuando, en junio de 1951, los comunistas propusieron negociaciones de armisticio. En ese punto, Washington ordenó poner fin a la acción ofensiva; en lo sucesivo todas las operaciones a nivel de batallón y superiores tendrían que recibir la aprobación del mando supremo, gesto que el gobierno de Truman creyó que mejoraría la atmósfera para las negociaciones, demostrando a los chinos que Washington no aspiraba a la victoria.

Éste fue un gesto típicamente norteamericano. Debido a que los Estados Unidos mantienen la convicción de que la paz es normal y la buena voluntad es natural, sus gobernantes en general han tratado de fomentar las negociaciones suprimiendo los elementos de coacción, y mediante demostraciones unilaterales de buena voluntad. De hecho, en casi todas las negociaciones, los gestos unilaterales anulan una importante carta de triunfo para negociar. En general, los diplomáticos rara vez pagan por servicios ya prestados, sobre todo en tiempos de guerra. En realidad, es la presión en el campo de batalla la que fuerza la negociación. Aliviar esa presión reduce el incentivo del enemigo para negociar seriamente, y lo tienta a prolongar las negociaciones para ver si consigue otros gestos unilaterales.

Eso fue justo lo que ocurrió en Corea. La moderación norteamericana permitió a China poner fin al proceso mediante el cual su ejército estaba siendo derrotado por la superioridad técnica y material de los Estados Unidos. En adelante, y sin grandes riesgos, los chinos podían valerse de operaciones militares para infligir bajas y para aumentar las frustraciones norteamericanas y las presiones locales con objeto de poner fin a la guerra. Durante la pausa, los comunistas se atrincheraron en posiciones casi inexpugnables a través de terrenos inhóspitos y montañosos, eliminando gradualmente la amenaza norteamericana de reanudar las hostilidades⁶⁷². Esto dio pie a una prolongada guerra de desgaste, que sólo llegó a su fin porque surgió un doloroso equilibrio entre las limitaciones físicas de China y las inhibiciones psicológicas de los Estados Unidos. Sin embargo, el precio del estancamiento fue que el número de bajas norteamericanas durante las negociaciones superó al del período anterior, de guerra total.

La paralización que buscaban los Estados Unidos descendió en los frentes militar y diplomático.

El efecto del estancamiento militar sobre las tropas fue bien descrito por un oficial británico en misión de observador, el brigadier A. K. Ferguson:

Me parece que el objetivo declarado de las fuerzas de la ONU en Corea, que es «rechazar la agresión y restaurar la paz y la seguridad en la zona» es demasiado indefinido en estas circunstancias para dar al mando supremo en el campo un objetivo militar, cuyo alcance pusiera fin a las hostilidades [...] Muchos oficiales y soldados británicos y norteamericanos ya han hecho preguntas como: «¿Cuándo terminará la guerra en Corea?» «¿Cuándo cree usted que podrán retirarse de Corea las fuerzas de la ONU?» «¿Cuál es nuestro objetivo en Corea?» Tales preguntas me hacen creer que, a menos que se les dé a las fuerzas británicas y norteamericanas en Corea algún objetivo definido, el comandante en el campo tendrá la mayor dificultad para mantener la moral [...] ⁶⁷³.

Al optar por el estancamiento, los Estados Unidos sufrieron su primer gran fracaso de la posguerra en el consenso de su política exterior. Para MacArthur y sus partidarios, la guerra de Corea fue una frustración porque sus límites aseguraban el estancamiento militar y político. Para el gobierno de Truman, fue una pesadilla, porque era una guerra demasiado grande para sus objetivos políticos, y demasiado pequeña para su doctrina estratégica. MacArthur buscaba un enfrentamiento por Corea, aunque entrara en guerra contra China, mientras que el gobierno trataba de administrar la fuerza norteamericana para resistir ese ataque soviético contra Europa que postulaba la teoría de la contención.

De este modo, la guerra de Corea reveló las fuerzas y a la vez los límites de la contención. En términos del estadista tradicional, Corea fue la prueba para determinar las líneas de demarcación entre las dos esferas de influencia opuestas que por entonces estaban en proceso de formación. Pero los norteamericanos lo vieron de manera totalmente distinta: como un conflicto entre el bien y el mal y como una lucha en favor del mundo libre. Esa interpretación dio a las acciones norteamericanas un enorme impulso y dedicación. También hizo que la contención oscilara de lo técnico a lo apocalíptico. Se lograron grandes hazañas constructivas, como la recuperación de Europa y de Japón, junto con una grave falta de apreciación de los matices y una extraordinaria sobreestimación de la capacidad soviética. Las cuestiones que podían resumirse en fórmulas morales o jurídicas fueron tratadas bien y hábilmente. Pero también hubo una tendencia a concentrarse en la fórmula más que en el propósito al que supuestamente servía. Al evaluar el éxito de los Estados Unidos en Corea, Acheson se preocupó menos por definir el resultado en el campo de batalla que por establecer el concepto de seguridad colectiva: «Se ha puesto a prueba la idea de la seguridad colectiva, y ésta la ha soportado. Las naciones que creen en la seguridad colectiva han mostrado que pueden mantenerse unidas y luchar juntas.» ⁶⁷⁴ Establecer el principio de la acción colectiva era más importante que cualquier resultado específico mientras se evitara la derrota.

Estos aspectos de la política de contención impusieron una carga tal vez exorbitante al pueblo norteamericano, al que se le estaba pidiendo que soportara grandes bajas mientras sus dirigentes políticos intentaban atravesar el más estrecho filo entre resistir la agresión y evitar una guerra general, sin dar a ninguno de estos términos un sentido operativo. La consecuencia de este enfoque fue un exceso de frustración y una búsqueda de culpables. Marshall y, especialmente, Acheson fueron vilipendiados. Demagogos como el senador Joseph MacCarthy explotaron sistemáticamente una supuesta infiltración comunista en Washington.

No obstante, el aspecto más significativo de la reacción del público norteamericano a la guerra de Corea no fue su inquietud por una guerra interminable, sino su resistencia. Contra todas las

frustraciones los Estados Unidos persistieron en soportar la carga de la responsabilidad global de una lucha al parecer inacabable que causaba graves bajas sin conducir a un resultado definitivo. A la postre, los Estados Unidos alcanzaron su objetivo, si bien a un precio superior y en un período más largo de lo necesario. Quince años después, los norteamericanos volverían a experimentar una angustia, aún más profunda, por el conflicto en Indochina.

Sin embargo, hubo una diferencia fundamental entre el desafío interno coreano y la agonía que después sufrirían los Estados Unidos por Indochina. Los que criticaban la guerra de Corea estaban pidiendo la victoria, mientras que los críticos de la guerra de Vietnam abogaban por la aceptación y a veces por la importancia de la derrota. La controversia por la guerra de Corea dio al gobierno de Truman mayor capacidad para negociar; el presidente y sus asesores podrían valerse de la oposición interna como amenaza contra Corea del Norte y China, pues la alternativa era una continuación más enérgica de la guerra. En cambio, no pudo decirse lo mismo de la guerra de Indochina. Los adversarios de la guerra que promovían la retirada incondicional de las fuerzas norteamericanas de Vietnam debilitaron la capacidad negociadora norteamericana.

El análisis final revela que todos los beligerantes de la guerra de Corea sacaron de ella lecciones importantes. Los estadistas norteamericanos del período merecerán ser recordados por la visión con que comprometieron sus fuerzas en un país lejano, que sólo unos pocos meses antes habían declarado ajeno a la seguridad norteamericana. Al llegar el desafío, tuvieron el valor necesario para cambiar de actitud porque comprendieron que aceptar la ocupación de Corea por los comunistas socavaría la posición norteamericana en Asia, en especial la decisiva relación de los Estados Unidos con Japón.

Al principio de una generación de liderazgo mundial, los Estados Unidos pasaron su primera prueba, aunque no con desahogo. Sin embargo, la inocencia norteamericana no era sino el reverso de una extraordinaria capacidad de dedicación, que permitió a los norteamericanos soportar casi 150.000 muertos y heridos en una guerra sin resultado decisivo. La crisis de Corea originó un aumento de las fuerzas militares en Europa y la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que hizo posible sostener la larga prueba de resistencia en que se convertiría la Guerra Fría. Donde los Estados Unidos pagaron un precio fue entre los líderes revolucionarios del sureste de Asia y de otros lugares, quienes descubrieron un método de guerra que evitaba el combate en tierra a gran escala, y que sin embargo tuvo la capacidad de socavar la resolución de una superpotencia.

Las lecciones para China fueron más variadas. Pese a su considerable inferioridad material, logró un empate con la superpotencia norteamericana mediante una combinación de maniobras militares y diplomáticas. Pero también conoció el precio de chocar frontalmente con el poderío militar norteamericano. No habría más choques militares chino-norteamericanos durante la Guerra Fría, y el apoyo soviético a Beijing, reactivo y poco generoso, plantó las semillas del resentimiento chino-soviético.

La que más perdió en Corea fue la Unión Soviética, el país que los gobernantes norteamericanos creyeron que había urdido todo el conflicto. Dos años después de la invasión de Corea, los Estados Unidos habían movilizado su lado de la línea divisoria global; triplicaron sus gastos de defensa y transformaron la Alianza del Atlántico (que dejó de ser una coalición política) en una organización militar integrada, cuyo comandante supremo era un norteamericano. El rearme alemán estaba ya a la vista, y se intentaba crear un ejército europeo. Empezaba a colmarse el vacío que había existido frente a los ejércitos soviéticos en Europa central. Aun suponiendo que los Estados Unidos hubiesen podido lograr más en Corea, en lo sucesivo los soviéticos se verían obligados a medir sus triunfos en

términos de reducir bajas, y tal vez de alentar a otros aventureros comunistas, especialmente en Indochina. A cambio, sufrieron un marcado desequilibrio en la balanza del poder motivado por el rearme y el fortalecimiento de la cohesión aliados.

Este cambio de lo que los marxistas llaman la correlación de fuerzas no pasó inadvertido para el gobernante que se había especializado en fundamentar su política en dicho análisis. Dieciocho meses después de la invasión de Corea del Sur, Stalin inició una reevaluación de la política soviética que culminaría en la más importante apertura diplomática soviética del período inmediato posterior a la guerra.

Negociación con los comunistas: Adenauer, Churchill y Eisenhower

En marzo de 1952, antes de que terminara la guerra de Corea, Stalin emprendió una apertura diplomática para resolver la Guerra Fría, por razones totalmente opuestas a las esperadas por los creadores de la contención. Esta iniciativa no fue a causa de la transformación del sistema soviético, como ellos habían predicho, sino que el archiideólogo trató de proteger el sistema comunista contra una carrera armamentística que debía de saber que no podría ganar. De hecho, dada su combinación de marxismo y paranoia, es probable que Stalin no creyera que los Estados Unidos movilizaran tanta potencia únicamente con propósitos básicamente defensivos.

La oferta de Stalin no decía nada de establecer un orden mundial armonioso. En vez de suprimir las condiciones que habían causado la Guerra Fría, la propuesta de Stalin sugería un mutuo reconocimiento de ese fantasma del pensamiento norteamericano, es decir, las dos esferas de influencia, una para los Estados Unidos en Europa occidental, la otra para la Unión Soviética en Europa oriental, dejando en medio una Alemania neutral, unificada y armada.

Desde entonces, historiadores y dirigentes políticos han estado discutiendo sobre si esa medida de Stalin habrá representado una oportunidad desperdiciada de resolver la Guerra Fría, o si fue una hábil treta para atraer a las democracias a una negociación, cuya apertura misma habría bloqueado el rearme alemán. ¿Estaría Stalin tratando de tentar a Occidente con unas acciones que habrían debilitado su cohesión, o se proponía invertir la confrontación cada vez más profunda entre el Este y el Oeste?

La respuesta es que probablemente el propio Stalin no había decidido hasta dónde estaba dispuesto a llegar para reducir las tensiones con Occidente. Aunque sus ofertas habían sido aceptadas por las democracias cuatro años antes, en ese período de tiempo la conducta de Stalin había hecho casi imposible probar su sinceridad; en realidad había conseguido que su sinceridad no tuviese ya importancia. De modo que, cualesquiera que fuesen sus intenciones últimas, ponerlas a prueba habría podido menoscabar la cohesión de la Alianza del Atlántico y, por tanto, suprimir el incentivo que, para empezar, había suscitado la oferta.

Sea como fuere, el archicalculador no había tenido en cuenta un factor tan decisivo como su propia mortalidad. Stalin falleció un año después de hacer la propuesta. Sus sucesores no tuvieron la tenacidad necesaria para insistir en una negociación global, ni autoridad para hacer las enormes concesiones que se habrían requerido para sostenerla. A fin de cuentas, la propuesta de paz quedó como un episodio tentador que ilustra, ante todo, las premisas enormemente distintas que impulsaban a los dos bandos en la Guerra Fría.

Los Estados Unidos estaban seguros de que los compromisos legales crean su propia realidad, y aguardaron a que Stalin aplicara los acuerdos de Yalta y de Potsdam. Stalin esperó a que las democracias insistieran en sus derechos de alguna manera que le permitiera a él calcular los riesgos y las recompensas de cumplir con el acuerdo, puesto que sólo consideraba obligatorio cumplirlo si reflejaba un equilibrio de fuerzas. Mientras tanto, él se reservaría, reuniría más «fichas para

negociar» y esperaría a que las democracias dieran algún paso concreto (o lo que Stalin considerara un paso concreto).

El momento pareció llegar a comienzos de los años cincuenta. Los Estados Unidos habían lanzado el Plan Marshall en 1947, y la Organización del Tratado del Atlántico Norte en 1949. La República Federal de Alemania había surgido bajo los auspicios occidentales. La reacción inicial de Stalin fue característicamente truculenta; de ahí el bloqueo de Berlín, el golpe checo y su apoyo a la invasión de Corea del Sur. No obstante, los Estados Unidos lograron crear, paso a paso, una esfera de influencia que abarcaba todos los países industriales avanzados del mundo.

Por su parte, Stalin había logrado establecer un cinturón de seguridad en Europa oriental, realización que, sin embargo, equivalía a una extensión de su debilidad. Como buen calculador del poder, tenía que comprender, y probablemente mejor que los gobernantes de las democracias, que lo que había ganado no era un auténtico aumento de fuerza y que, en general, la órbita de satélites sería una sangría para los recursos soviéticos. Por el contrario, los países de la OTAN y Japón representaban una vasta reserva de potencial industrial. Las tendencias a largo plazo, tan queridas por los analistas marxistas, favorecían la esfera de influencia norteamericana. En términos de *Realpolitik*, el imperio de Stalin se topaba con arduas dificultades.

El grupo encabezado por los Estados Unidos había pasado su primera prueba militar durante la guerra de Corea y había alcanzado un extenso potencial militar. Stalin parece que había comprendido que sus desafíos a la cohesión de las democracias habían sido contraproducentes. Su truculencia y su brutal política en Europa oriental habían fomentado la unidad en la coalición occidental, y ya estaba a la vista una Alemania rearmada.

El mundo armonioso postulado por el pensamiento norteamericano de tiempos de guerra se había transformado en dos bandos armados, impelido cada uno por temores que resultaron infundados. Los gobernantes norteamericanos creyeron ver en la guerra de Corea una estrategia soviética para atraer a los Estados Unidos a distantes conflictos en Asia y facilitar así un ataque soviético a la posición aliada en Europa; una burda sobreestimación del poderío soviético y de los métodos de Stalin. En ninguna etapa de su carrera, el minucioso y sagaz analista lo arriesgó todo a una sola apuesta. Al mismo tiempo, Stalin no interpretó la concentración de fuerzas occidental como una medida defensiva (lo que en realidad era), sino como un pretexto para el choque que él siempre había previsto y que con tanto empeño trató de evitar. Ambos bandos estaban preparándose, en realidad, para lo que ninguno intentaba, un desafío directo y total.

Stalin no estaba dispuesto a averiguar si su pesadilla era real. Cada vez que se enfrentó a la posibilidad de un conflicto militar con los Estados Unidos, invariablemente retrocedió. Así lo había hecho cuando Truman exigió que las tropas soviéticas salieran del Azerbaiyán iraní en 1946, y puso fin al bloqueo de Berlín de 1948-1949 antes de que hubiera tiros. Luego, enérgicamente rehusó enfrentamiento que él mismo había causado y señaló un inminente cambio de proceder, en una de esas declaraciones elípticas que eran su especialidad.

En este caso, el enfoque de Stalin era particularmente obtuso, pues no quería dar la menor señal de debilidad ante un adversario que estaba en pleno proceso de fundamentar su política en posiciones de fuerza. Su objetivo era indicar que deseaba evitar un enfrentamiento sin que pareciera que lo temía. El pretexto de Stalin fue una idea que apareció en un libro sumamente teórico publicado varios años antes por el economista Yevgenii Varga ⁶⁷⁵. El autor había argüido que los sistemas capitalistas estaban haciéndose más estables y que, por tanto, la guerra entre ellos ya no era inevitable. Si Varga tenía razón, ya no funcionaría la estrategia de enfrentar a los capitalistas unos contra otros, que Stalin había aplicado desde los años veinte. Los capitalistas, lejos de luchar entre

sí, podían llegar hasta a unirse contra la patria socialista, posibilidad ya barruntada en la creación de la OTAN y en la alianza norteamericano-japonesa.

Stalin refutó este argumento con un elaborado ensayo de su puño y letra titulado «Problemas económicos del socialismo en la URSS», que fue publicado en octubre de 1952 como fundamento para el próximo congreso del Partido⁶⁷⁶. En su artículo, Stalin reconstituyó la auténtica fe comunista como la había promulgado en 1934, 1939 y 1946, en el sentido de que, lejos de volverse más estable, el capitalismo se estaba enfrentando a una crisis cada vez más acelerada:

Se dice que las contradicciones entre el capitalismo y el socialismo son más fuertes que las que hay entre los países capitalistas. Teóricamente, esto, desde luego, es verdad. No sólo es verdad hoy; lo fue antes de la Segunda Guerra Mundial. Y fue más o menos comprendido por los gobernantes de los países capitalistas. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial no comenzó como una guerra con la URSS, sino como una guerra entre países capitalistas⁶⁷⁷.

Cada vez que Stalin repetía su ya familiar letanía sobre la inevitabilidad de la guerra entre los capitalistas, sus partidarios entendían que se proponía tranquilizarlos. Según el retorcido razonamiento de Stalin, la perspectiva de un conflicto entre los capitalistas significaba que no era inminente la guerra entre ellos y la Unión Soviética. Por tanto, el artículo de Stalin constituyó una instrucción para que la diplomacia soviética aplazara todo choque hasta que los conflictos internos de los capitalistas los hubiesen debilitado lo suficiente.

En 1939, una declaración similar había mostrado la disposición de Stalin a buscar un acuerdo con Hitler. Ese análisis, arguyó Stalin en 1952, seguía siendo correcto, porque, dada la belicosidad de los capitalistas, arriesgaban menos combatiéndose unos a otros que guerreando contra la Unión Soviética: «[...] mientras que la guerra entre países capitalistas sólo pone en juego la supremacía de ciertos países capitalistas sobre otros, la guerra contra la URSS ciertamente pondría en entredicho la existencia del propio capitalismo»⁶⁷⁸.

Este bodrio recargado de teoría era la manera estaliniana de enviar un mensaje tranquilizador a los capitalistas, sobre todo a los Estados Unidos. De hecho, estaba diciendo que los capitalistas no tenían que emprender una guerra preventiva, porque la Unión Soviética no tenía ninguna intención de lanzar un desafío militar:

[...] aunque los capitalistas se quejan, con fines «propagandísticos», de la agresividad de la Unión Soviética, ni ellos mismos creen que sea agresiva, porque conocen la política pacífica de la Unión Soviética y saben que no atacará a los países capitalistas⁶⁷⁹.

En otras palabras, los capitalistas no debían confundir las reglas del juego que practicaba Stalin. Éste deseaba intensificar el poder y la influencia de la Unión Soviética, pero sus presiones no llegarían ni con mucho a la guerra.

Aunque Stalin sabía que sus declaraciones ideológicas bastaban para sus camaradas, era consciente de que sus adversarios capitalistas necesitaban algo más sólido. Si se querían relajar las tensiones y tener alguna esperanza de volver al viejo juego de enfrentar a los capitalistas unos contra otros, Moscú necesitaba reducir al menos algunas de las presiones que habían conducido a lo que Stalin consideraba un artificial sentido de unidad dentro del mundo capitalista.

Stalin hizo este esfuerzo diplomático, y en un lenguaje que las democracias pudieran comprender cuando, el 10 de marzo de 1952, ofreció su llamada Nota de Paz sobre Alemania.

Después de años de enfrentamiento y obstruccionismo, la Unión Soviética de pronto pareció interesada en llegar a un acuerdo. Stalin llamó la atención hacia la falta de un tratado de paz con Alemania y presentó un borrador a las otras tres potencias de ocupación, pidiendo que dicho tratado fuese considerado «por una conferencia internacional apropiada, con la participación de todos los gobiernos interesados», y concluía solicitando que ésta se celebrara «en el futuro próximo»⁶⁸⁰. La Nota de Paz pedía una Alemania neutral y unificada, con elecciones libres y a la que se permitiera mantener sus propias fuerzas armadas, aunque todas las tropas extranjeras tendrían que partir en el plazo de un año.

No obstante, la Nota de Paz contenía las suficientes cláusulas de excepción para aplazar indefinidamente un acuerdo, aunque Occidente aceptara el principio de la neutralidad alemana. Por ejemplo, el borrador proscribía las «organizaciones enemigas de la democracia y del mantenimiento de la paz», lo que en la terminología soviética habría podido incluir a todos los partidos de corte occidental, como ya ocurrió en la Europa del Este. Luego, en cuanto las democracias aceptaran acudir a la mesa de negociaciones, el negociador soviético, que sin duda sería el obcecado Molotov o alguien semejante, haría todo lo posible por romper los lazos de Alemania con Occidente sin tener que pagar el precio de la unificación alemana, beneficio soviético implícito en la aceptación del principio de neutralidad.

Sin embargo, el tono y la precisión de la nota de Stalin parecían indicar que su propósito no era simplemente propagandístico; antes bien, parecía ser el primer paso de una negociación en que, por primera vez en el período de posguerra, la Unión Soviética acaso estuviese dispuesta a pagar un precio elevado por una relajación de las tensiones. La Nota de Paz de Stalin incluía un párrafo nada habitual que denotaba cierta flexibilidad: «Al someter a su consideración este borrador, el gobierno soviético [...] expresó su disposición a considerar, asimismo, otras posibles propuestas sobre esta cuestión.»⁶⁸¹

Si Stalin hubiese ofrecido cuatro años antes la llamada Nota de Paz, es decir, antes del bloqueo de Berlín, del golpe checo y de la guerra de Corea, casi seguramente habría impedido que Alemania ingresara en la OTAN. De hecho, es muy posible que no se hubiese pensado siquiera en dar entrada a Alemania en la Alianza del Atlántico, pues la nota implicaba el tipo de negociación acerca del futuro de Europa que Churchill había estado pidiendo durante la guerra y después de ésta.

Sin embargo, en el intervalo transcurrido desde 1948, ya se había formado la Alianza del Atlántico y había comenzado el rearme alemán. La Comunidad de la Defensa Europea (CDE), designada como marco político para el rearme alemán, se estaba discutiendo en los parlamentos europeos. En la República Federal, Adenauer había sido elegido canciller por sólo un voto (puede suponerse que el suyo propio) en una votación secreta del Parlamento, y los socialdemócratas de la oposición, aunque absolutamente democráticos, pedían la unificación y no una alianza con Occidente.

Los gobernantes occidentales comprendieron que todas estas iniciativas con toda seguridad quedarían bloqueadas si analizaban la propuesta soviética y que, una vez bloqueadas, acaso nunca recuperarían su ímpetu. En varios parlamentos europeos, sobre todo en Francia e Italia, los partidos comunistas representaban casi una tercera parte de los votos, la misma proporción que habían tenido los comunistas en Checoslovaquia antes del golpe. Y los partidos comunistas de Europa occidental se oponían apasionadamente a cualquier medida en favor de la integración atlántica y europea. Además, el tratado que determinaría el futuro de Austria estaba en su séptimo año de discusión, y las negociaciones del armisticio en Corea se acercaban a su segundo año. Por todo lo que sabían las democracias, y según lo que sabemos hoy mientras se escribe este libro, el propósito de Stalin al buscar unas negociaciones abiertas bien pudo ser el de socavar la cohesión de los Aliados y

consolidar su órbita de países satélites.

Ésta era, sin duda, la meta óptima de Stalin. Sin embargo, el peso de la prueba indica que también estaba dispuesto a analizar un acuerdo general. Un indicio de que mantenía abierta esta opción fue su reacción a las respuestas de Occidente a su Nota de Paz. El 25 de marzo, las tres potencias occidentales de ocupación, Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, devolvieron respuestas idénticas, no con el fin de iniciar una negociación sino para dar fin a la discusión sobre ella. Aceptaron el principio de la reunificación alemana, pero rechazaron la idea de neutralidad. Una Alemania unificada, observaron, sería más libre de entrar «en asociaciones compatibles con los principios y propósitos de las Naciones Unidas», en otras palabras, de quedar dentro de la OTAN. La respuesta de Occidente aceptaba el principio de elecciones libres, pero las condicionaba a un inmediato derecho de libertad de reunión y de expresión, los cuales probablemente socavarían el dominio soviético sobre el régimen comunista de Alemania Oriental mucho antes de que pudieran celebrarse elecciones⁶⁸². Las notas de Occidente sólo pretendían dejar constancia, no favorecer una negociación.

De manera inusual, Stalin respondió inmediatamente y en tono conciliador. Además, con la misma presteza reaccionó a todos los siguientes rechazos de las democracias. El 9 de abril contestó a la nota del 25 de marzo, y la del 13 de mayo recibió respuesta el 24 de mayo; el 23 de agosto contestó a la nota del 10 de julio. Cada respuesta soviética iba acercándose más a la posición occidental. La única que no recibió respuesta fue la del 23 de septiembre⁶⁸³. Para entonces, Stalin estaba preocupado por el inminente XIX Congreso del Partido y, sin duda, esperaba el resultado de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.

Ya con la salud quebrantada, Stalin pronunció un breve discurso en el congreso del Partido que disimulaba la doctrina de coexistencia pacífica tras un belicoso lenguaje ideológico⁶⁸⁴. Al terminar el congreso del Partido, en diciembre de 1952, Stalin anunció que estaba dispuesto a reunirse con el presidente electo Dwight D. Eisenhower. Nunca había hecho una oferta semejante a Roosevelt, Truman o Churchill, a cada uno de los cuales había manipulado para que ellos tuvieran que dar el primer paso.

La simultánea reanudación de las «purgas» internas en la Unión Soviética mostró la huella macabra y familiar de un inminente cambio de política. Stalin nunca se había sentido cómodo al aplicar una nueva política con personal al que antes había utilizado para seguir un camino distinto, aunque todos seguían servilmente sus propias directivas, y tal vez sobre todo entonces. Stalin consideraba que eran semilla de deslealtad, y era partidario de acabar definitivamente con quienes habían tenido la responsabilidad de aplicar la política que él estaba a punto de modificar. En 1952, obviamente se preparaba algo así; los leales seguidores de años anteriores eran sus evidentes víctimas: el ministro de Exteriores, Vyacheslav Molotov, Lazar Kaganóvich, viejo bolchevique miembro del Politburó, y Lavrenti Beria, el jefe de la policía secreta. Un conjunto de caras nuevas parecería llevar adelante el nuevo designio diplomático de Stalin.

La intención de la ofensiva diplomática de Stalin era, cuando menos, averiguar lo que la Unión Soviética podía obtener si abandonaba al régimen comunista de Alemania oriental. Stalin nunca había reconocido ese régimen como verdadero Estado soberano y le había dado un *status* distinto del de los otros satélites de la Europa del Este, precisamente para conservarlo como comodín en caso de que algún día se negociara seriamente la unificación de Alemania.

En lo tocante a Stalin, ese momento bien pudo llegar en 1952. Al ofrecer la unificación basada en elecciones libres, Stalin estaba indicando que el régimen comunista de Alemania Oriental era ya negociable, pues aun si los comunistas ganaran las elecciones, como temían los aliados occidentales,

la mayor población de la República Federal aseguraría una victoria decisiva para los partidos democráticos favorables a Occidente. Así como sólo el propio Stalin podía tener la fuerza de voluntad y la brutalidad necesarias para llevar a su pueblo exhausto a un enfrentamiento con las democracias, también era el único dirigente comunista con autoridad suficiente para vender a un país de la órbita soviética.

Todas las veces que Stalin cometió un error de cálculo, como en esta ocasión, fue porque supuso que sus colegas también estaban practicando la *Realpolitik* con la misma frialdad que él. En el período inmediato de la posguerra, Stalin pensó obviamente que podía intimidarlos o, al menos, enseñarles que todo intento de arrancar concesiones a la Unión Soviética sería sumamente difícil y costoso. Pero también actuó como si, al llegar el momento de negociar, los Estados Unidos fueran a hacerlo calculando las condiciones existentes, sin tener en cuenta lo ocurrido. Stalin pareció convencido de que no tendría que pagar ningún precio por haber actuado brutalmente contra las democracias.

Estas suposiciones resultaron costosamente erróneas. Los Estados Unidos no estaban practicando la *Realpolitik*; al menos, no como Stalin la interpretaba. Para los gobernantes norteamericanos, las máximas morales eran auténticas, y las obligaciones jurídicas sí tenían un significado. Stalin acaso concibiera el bloqueo de Berlín como un medio de fortalecer su posición en las negociaciones por Alemania, o, acaso, hasta de iniciar una negociación. Bien pudo ver la guerra de Corea como un modo de poner a prueba los límites de la contención. Pero los Estados Unidos resistieron a estos actos de agresión en nombre de un principio y no de la defensa de una esfera de interés. Los Estados Unidos se habían esforzado por limpiar un insulto a una causa universal, y no por un desafío al *statu quo* local.

Precisamente como en 1945, cuando Stalin consideró la buena voluntad de los Estados Unidos algo insignificante, en 1952 menospreció la desilusión que entretanto habían causado sus acciones. En el período transcurrido entre 1945 y 1948, los gobernantes norteamericanos se habían mostrado deseosos de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, pero nunca quisieron o pudieron provocar las presiones que Stalin habría tomado en serio. Ya en 1952, Stalin estaba tomando bastante en serio las presiones norteamericanas, pero también había logrado, y demasiado bien, convencer de su mala fe a los gobernantes de los Estados Unidos. Éstos, por tanto, interpretaron su apertura simplemente como otra táctica en la lucha de la Guerra Fría, que sólo podía terminar en victoria o en derrota. Llegar a un acuerdo con Stalin era algo que ya no estaba en sus planes.

El momento que eligió Stalin no pudo ser menos oportuno. Su Nota de Paz fue presentada menos de ocho meses antes de una elección presidencial en la que no participaría ya el presidente Truman. En el caso muy improbable de que Truman y Acheson se inclinaran a negociar con Stalin, no tendrían tiempo suficiente para completar el proceso.

En todo caso, la Nota de Paz le ofrecía al gobierno de Truman mucho menos de lo que parecía. La dificultad se encontraba no tanto en sus condiciones, que habrían podido ajustarse, como en el tipo de mundo que esbozaba. Alemania sería neutral, aunque armada, y todas las tropas extranjeras se retirarían de su territorio en el plazo de un año. Sin embargo, ¿cuál era el significado preciso de estas condiciones? ¿Cómo definir la «neutralidad», y quién la supervisaría? ¿Obtendría con ello la Unión Soviética una voz permanente en los asuntos alemanes, y tal vez un veto a ellos con el pretexto de supervisar el *status* neutral de Alemania? Y ¿a qué lugares se retirarían las tropas extranjeras? Para las fuerzas de ocupación occidentales, la respuesta era bastante clara: en realidad, no había para ellas una base geográfica defendible en Europa; durante los años cincuenta, Francia acaso habría estado dispuesta a aceptar en su territorio una importante fuerza norteamericana, pero no por

mucho tiempo y no sin restricciones. Tampoco el Congreso norteamericano habría aprobado semejante reajuste cuando se hubiese creado una zona amortiguadora neutral entre las fuerzas soviéticas y las norteamericanas. Mientras que las fuerzas de los Estados Unidos tendrían que retornar a casa, las tropas soviéticas sólo se verían obligadas a retirarse a la frontera polaca, 160 kilómetros al este. En suma, una aplicación literal de la propuesta de Stalin constituiría, de hecho, el desmantelamiento de la OTAN, cuando apenas estaba surgiendo, contra una retirada soviética de apenas unos 160 kilómetros.

Aunque la cláusula de retirada se hubiese interpretado pensando que las tropas soviéticas regresarían a territorio soviético, habrían surgido nuevas complicaciones, pues no era probable que ninguno de los regímenes satélites hubiese podido sostenerse sin la presencia de tropas soviéticas o la certidumbre de una intervención soviética en caso de un levantamiento. ¿Aceptaría Stalin prohibir que los ejércitos soviéticos volvieran a Europa Oriental aunque se desmantelara un gobierno comunista? Dadas las condiciones prevalecientes en 1952, esta pregunta se respondía por sí sola. Estaba más allá de la imaginación de los gobernantes democráticos, muy justificadamente, que Stalin, el viejo bolchevique, tolerara semejante levantamiento.

Pero la razón más importante de que Truman y Acheson desdeñaran la apertura de Stalin tuvo que ver con el futuro de Alemania a largo plazo, como lo planteaba la Nota de Paz. Aunque hubiese sido posible definir la neutralidad alemana de tal manera que se evitase una intervención soviética permanente y un nivel de armamento alemán que no dejara al país a merced de la Unión Soviética, esto sólo habría restaurado el que fuera gran dilema de Europa desde la unificación alemana en 1871. Una Alemania fuerte y unida en el centro del continente, practicando una política puramente nacional, había demostrado ser incompatible con la paz de Europa. Una Alemania semejante sería más fuerte que ninguna de las naciones de Europa Occidental, y probablemente más fuerte que todas ellas juntas. Durante los años cincuenta, se habría visto tentada por sueños revisionistas en el Este, azuzada por 15 millones de refugiados recién llegados de territorios que casi todos los alemanes consideraban parte de su patria. Dejar libre a una Alemania unida y neutral sería tentar al destino, tan poco tiempo después de la guerra. Ante todo, semejante solución habría desacreditado al más grande estadista alemán desde Bismarck, quien tiene la distinción histórica de haber apartado a Alemania del legado de éste.

Konrad Adenauer nació en 1876 en la Renania católica, que sólo había formado parte de Prusia desde el Congreso de Viena y que, históricamente, había desconfiado siempre del centralizado Reich alemán gobernado desde Berlín. Adenauer fue alcalde de Colonia desde 1917 hasta que fue cesado por los nazis en 1933. Durante el período hitleriano se retiró de la política, y pasó cierto tiempo en un monasterio. Restaurado por los Aliados como alcalde de Colonia en marzo de 1945, fue destituido otra vez a fines de ese año, en esta ocasión por las autoridades británicas de ocupación, que desaprobaban su independencia.

Adenauer tenía las facciones graníticas de un emperador romano, los pómulos altos y los ojos ligeramente rasgados como los de los conquistadores hunos que habían ocupado la Renania en el milenio anterior. La caballerosidad de Adenauer, adquirida en su juventud, antes de la Primera Guerra Mundial, reflejaba una serenidad asombrosa para ser el gobernante de un país ocupado, pocos de cuyos ciudadanos adultos podían recordar un pasado político del que pudieran enorgullecerse.

En la oficina de Adenauer en el Palacio de Schaumburg, un edificio blanco y muy adornado del período guillermino, las cortinas estaban siempre corridas, por lo que todo el que entrara se sentía como en un capullo donde el tiempo se había detenido. La serenidad era la característica más

necesaria en un gobernante cuya misión era dar a su país, que tenía muchas razones para dudar de su pasado, el valor necesario para enfrentarse a un futuro incierto. Cuando Adenauer llegó a canciller, a la edad de 73 años, pareció que toda su vida había sido una preparación para afrontar la responsabilidad de devolver el respeto a su ocupada, desmoralizada y dividida sociedad.

El sentido de seguridad interna de Adenauer se debía más a la fe que al análisis. No era un lector asiduo ni un estudioso de la historia, como Churchill o De Gaulle, pero todo el tiempo que pasó en el exilio lo dedicó a la reflexión. Había pasado por la escuela de las convulsiones de su patria y tenía una intuición extraordinaria de las corrientes ideológicas de la época. También poseía una penetrante comprensión de la psicología de sus contemporáneos, y especialmente de sus flaquezas. En una ocasión, recuerdo que Adenauer deploró la carencia de gobernantes fuertes en la Alemania de los años cincuenta. Cuando le mencioné a uno de sus contemporáneos más espectaculares, Adenauer me contestó a su manera lapidaria: «Nunca confunda la energía con la fuerza.»

Adenauer se esforzó por superar las turbulentas pasiones de Alemania y por dar a su país, con su historia de extremismo y su inclinación a lo romántico, una reputación de fiabilidad. Adenauer, cuya edad le permitía recordar a Bismarck como canciller, era un devoto católico hijo de Renania al que nunca le había interesado la *Realpolitik*, ni siquiera cuando Alemania estaba unida, y la grandilocuente *Weltpolitik* del káiser le pareció ofensiva a su propio estilo, sobrio y objetivo. No tenía ninguna afinidad con la clase de los Junker, que había creado la Alemania imperial. Consideraba que el gran error de Bismarck había sido basar la seguridad de Alemania en su habilidad de maniobrar entre el Este y el Oeste. En su opinión, una Alemania poderosa y libre en el centro de Europa representaba una amenaza para todos a expensas de su propia seguridad.

La respuesta de Adenauer al caos del mundo de la posguerra inmediata fue que un país dividido y ocupado, sin sus raíces históricas, requería una política firme si deseaba recuperar algún dominio sobre su futuro. Adenauer se negó a dejarse desviar de este camino. No se dejaría llevar por la nostalgia del pasado, ni por la tradicional relación alemana de amor-odio con Rusia, y optó incondicionalmente por el Oeste, aunque por ello tuviera que aplazar la unificación de Alemania.

Los socialdemócratas, adversarios internos de Adenauer, podían jactarse de tener antecedentes intachables de oposición a los nazis. Su tradicional base de apoyo se encontraba en la zona de Alemania ocupada por los soviéticos, que había sido obligada a volverse comunista; los socialdemócratas se habían opuesto a ello valerosamente. Eran tan desconfiados de la política de contención como devotos de la democracia, y daban prioridad a la unificación alemana frente a sus relaciones con el Atlántico. Por ello combatieron la orientación pro-occidental de Adenauer y habrían pagado con gusto el progreso de los objetivos nacionales de Alemania llegando a un compromiso con la neutralidad. (A mediados de los años sesenta los socialdemócratas invirtieron su proceder apoyando la Alianza del Atlántico y, en 1966, entraron en una «gran coalición» con los demócratacristianos, aunque reservándose mayor flexibilidad táctica hacia el Este que los demócratacristianos de Adenauer.)

Adenauer rechazó la negociación de neutralidad que los socialdemócratas deseaban hacer, en parte por razones filosóficas, pero también por otras cuestiones sagazmente prácticas. El anciano canciller no deseaba despertar tentaciones nacionalistas, sobre todo habiendo dos Estados alemanes que, como había advertido Churchill en su discurso del Telón de Acero, podían venderse al mejor postor, y comprendió mucho mejor que sus adversarios locales que, en las condiciones históricas de la época, una Alemania unida y neutral sólo podría surgir de un acuerdo de paz organizado contra Alemania. Al nuevo Estado se le impondrían severas restricciones, y se restablecerían los controles

internacionales. Unos vecinos poderosos habrían tenido un permanente derecho de intervenir. Adenauer consideró que para Alemania esta subordinación implícita sería más peligrosa psicológicamente que la división. Optó por la igualdad y la integración con el Oeste, y por la respetabilidad para su patria.

Nunca se sabrá si Stalin habría podido disipar las reservas de Adenauer y de los demás gobernantes democráticos y llevar las cosas a una importante conferencia diplomática, ni qué concesiones, si es que iba a hacer algunas, habría hecho en ella. Su propuesta de celebrar una gran conferencia habría sido apoyada sin duda por Churchill. Sea como fuere, la muerte de Stalin dejó en el aire todas esas conjeturas. En algún momento entre las primeras horas del 1 de marzo de 1953, cuando se separó de sus colegas con quienes había visto una película, y las 3.00 de la madrugada del 2 de marzo, cuando le encontraron tendido en el suelo de su *dacha*, Stalin había sufrido un ataque de apoplejía. No se sabe bien cuándo ocurrió, pues sus guardias estaban demasiado temerosos de entrar en su habitación antes de la hora señalada, por lo cual acaso Stalin yaciera en el suelo durante varias horas antes de ser descubierto. Los subalternos de Stalin, entre ellos Malénkov y Beria, estuvieron junto a su lecho hasta que Stalin falleció, después de tres días y medio⁶⁸⁵. Se convocó a varios médicos, aunque sus prescripciones no estarían libres de dudas. Después de todo, ellos eran las víctimas designadas de la inminente purga estalinista de los «médicos del Kremlin».

Los sucesores de Stalin necesitaban un relajamiento de las tensiones con Occidente, aún con más urgencia que su antiguo jefe. Sin embargo, carecían de su autoridad, agudeza, perseverancia y, ante todo, de la unidad política requerida para seguir tan complicado camino. Los sucesores de Stalin tuvieron que concentrarse en la inevitable lucha por el poder. En la desesperada guerra de todos contra todos, en la que cada cual trataba de allegarse facciones que apoyaran sus pretensiones de autoridad, nadie aceptaría la responsabilidad de haber hecho concesiones a los capitalistas. Esto fue evidente por el modo en que se explicó la purga de Beria. En realidad, su pecado fue saber demasiado y haber amenazado a muchos colegas poderosos. No obstante, fue arrestado en una reunión del Politburó y ejecutado poco después, con la acusación de haber planeado entregar Alemania oriental, aun cuando el contenido de la Nota de Paz de Stalin del año anterior y de todos sus siguientes intercambios con Occidente había indicado el camino precisamente en esa dirección.

Según las memorias de Jruschov, los sucesores de Stalin estaban profundamente preocupados de que Occidente pudiera explotar la muerte de Stalin en la tan esperada confrontación con el mundo comunista. Probablemente para desalentar toda idea de un golpe de Estado, el tirano había advertido con frecuencia a sus subalternos que Occidente les retorcería el cuello en cuanto él se fuera⁶⁸⁶. Al mismo tiempo, la desconfianza que sentían los herederos de Stalin respecto de Occidente era compensada por las demandas de su desesperada lucha interna por el poder. Aunque el nuevo liderazgo anhelase un respiro en la Guerra Fría, cada aspirante al poder sabía que la flexibilidad diplomática podía ser nefasta hasta que se hubiera logrado la autoridad absoluta. Pero también les preocupaba la continuación de las tensiones. En 1946, Churchill había observado que Stalin codiciaba los frutos de la guerra, pero sin guerra; en 1953, los sucesores de Stalin buscaron los frutos de la relajación de las tensiones sin estar dispuestos o ser capaces de hacer concesiones. En 1945, Stalin había provocado un estancamiento diplomático para mantener su posición negociadora ante Occidente. En 1953, sus herederos se refugiaron en un estancamiento diplomático para mantener sus opciones entre sí.

Cuando los estadistas desean ganar tiempo, ofrecen negociaciones. El 16 de marzo, a poco más de una semana de la muerte del dictador, Malénkov, convertido en primer ministro, invitó a unas negociaciones, sin especificar su contenido:

En la actualidad no hay cuestión en litigio o no resuelta que no se pueda solucionar pacíficamente según un acuerdo mutuo de los países interesados. Esto concierne a nuestras relaciones con todos los Estados incluso los Estados Unidos de América⁶⁸⁷.

Pero Malénkov no hizo proposiciones concretas. Los nuevos gobernantes soviéticos no sabían cómo lograr una relajación de las tensiones, y tenían mucha menos autoridad que Stalin para hacer nuevos acercamientos. Al mismo tiempo, el nuevo gobierno de Eisenhower se mostraba tan aprensivo para ofrecer una negociación como lo estaban los soviéticos a hacer concesiones.

La razón de la aprensión era la misma en ambos lados de la línea divisoria: tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos temían al terreno desconocido. Cada uno tenía dificultades para asimilar los cambios que, desde el fin de la guerra, habían ocurrido en la escena internacional. El Kremlin temía que Alemania Oriental pudiese desintegrar su órbita de satélites, como ocurrió una generación después. Aunque si no la abandonaba, no había ni que pensar en una auténtica relajación de las tensiones. A los Estados Unidos les preocupaba que iniciar discusiones sobre Alemania pudiese arruinar a la OTAN, y, de hecho, equivaliese a cambiar la Alianza por una conferencia.

Para decidir si Occidente perdió en realidad una oportunidad inmediatamente después de la muerte de Stalin hay que responder tres preguntas. ¿Habría podido la Alianza del Atlántico efectuar una negociación importante con los soviéticos sin fragmentarse? Bajo presión, ¿habría hecho la Unión Soviética ofertas importantes? ¿Habrían explotado los gobernantes soviéticos las negociaciones como sistema para contener el rearme alemán y la integración occidental sin abandonar, de hecho, a su satélite alemán, o sin relajar su dominio de la Europa del Este?

Los gobernantes norteamericanos acertaron al calcular que el verdadero margen para las negociaciones era sumamente reducido. Una Alemania neutral habría representado un peligro o una invitación al chantaje. Existen en diplomacia ciertos experimentos que no se pueden intentar, porque su fracaso entraña un riesgo irremediable, y el riesgo de un desplome de todo lo que se había construido en la Alianza del Atlántico era considerable.

De hecho, a todos beneficiaba, en especial a la Unión Soviética, que la República Federal siguiera siendo parte del sistema integrado de Occidente, aunque ninguno de los indecisos gobernantes soviéticos se encontrara en posición de reconocerlo. Si Alemania se mantenía dentro de la Alianza del Atlántico, sería posible convenir en unas limitaciones al despliegue militar a lo largo de las nuevas líneas de demarcación (reduciendo así, de hecho, el potencial militar de la Alemania unificada). Pero si el territorio neutral abarcaba toda Alemania, la OTAN perdería toda fuerza, y la Europa central se convertiría en un vacío o en una amenaza potencial.

Sólo se habría podido inducir a los herederos de Stalin a aceptar una Alemania unificada dentro de la OTAN (aunque con restricciones militares) si las democracias hubiesen estado dispuestas a amenazar con consecuencias militares o, por lo menos, con una intensificación de la Guerra Fría. Acaso esto fue lo que pensó Churchill, que había vuelto al cargo de primer ministro en 1951 (mientras Stalin aún vivía), según lo anotó su secretario privado, John Colville:

W[inston] me ha confiado varias veces sus esperanzas de un enfoque conjunto a Stalin, que tal vez condujera a un congreso en Viena, donde se reabriría y se concluiría la Conferencia de Potsdam. Si los rusos no quisieran colaborar, nosotros intensificaríamos la Guerra Fría: «Nuestros jóvenes — me dijo W.— están tan dispuestos a dejarse matar llevando la verdad como llevando la muerte.»⁶⁸⁸

Pero ningún otro gobernante en el Oeste estaba dispuesto a correr tales riesgos o a hacer unas propuestas que fácilmente podrían ser tildadas de demasiado unilaterales por los enemigos de la Alianza. Por tanto, los gobernantes norteamericanos bloquearon toda gran iniciativa y, en el proceso, impidieron un serio intento de explotar la confusión de los soviéticos inmediatamente después de la muerte de Stalin. Por otra parte, mantuvieron la cohesión de la Alianza del Atlántico.

El precio de este estancamiento fue un giro del debate, apartándolo de la sustancia de las negociaciones hacia la pura conveniencia de celebrarlas. Fue Churchill, cercano ya el fin de su carrera, el que surgió como principal portavoz de una negociación cuyo contenido nunca describió con exactitud. Fue un tanto patético que el octogenario Churchill, que durante toda su vida había sido defensor del equilibrio del poder, instara en esta ocasión a una reunión «en la cumbre» como un fin en sí misma.

Los gobernantes de los Estados Unidos atribuyeron, injustamente, la prisa de Churchill por negociar a un principio de senilidad. De hecho, Churchill había sido notablemente congruente, puesto que abogó por las negociaciones durante la guerra e inmediatamente después, así como cuando por primera vez se formuló la política de contención (véanse los capítulos diecisiete y dieciocho). Lo que había cambiado eran las condiciones en que se hacían estas propuestas. En los años cincuenta, Churchill nunca había entrado en los detalles del acuerdo global que estaba pidiendo. Durante la guerra, pareció haberse basado en la suposición de que los Estados Unidos se retirarían, o al menos nunca acantonarían tropas en Europa, como Roosevelt había repetido con insistencia. Luego, como jefe de la oposición entre 1945 y 1951, al parecer consideró los siguientes elementos de un acuerdo general con la Unión Soviética: una Alemania neutral y unificada, un sistema de alianza occidental a lo largo de la frontera franco-alemana, la retirada de las fuerzas soviéticas a la frontera polaco-soviética y el establecimiento de gobiernos basados en el modelo finlandés en los Estados colindantes con la Unión Soviética; es decir, gobiernos neutrales y democráticos, respetuosos de los intereses soviéticos, pero esencialmente libres de seguir su propia e independiente política exterior.

Un acuerdo basado en estas premisas antes de 1948 habría devuelto a Europa sus dimensiones históricas. Durante la guerra y varios años después, Churchill se adelantó mucho a su época. Si no hubiese perdido las elecciones de 1945, bien podría haber dado otra dirección a la naciente Guerra Fría, siempre que los Estados Unidos y los demás aliados hubiesen estado dispuestos a arriesgarse al enfrentamiento que parecía subyacer en la estrategia predilecta de Churchill.

Sin embargo, en 1952 el acuerdo en que pensaba Churchill se había vuelto casi imposible, como no fuese mediante un terremoto político. El tipo de República Federal que Adenauer creó hubiese sido casi inimaginable antes de 1949. Ello da una medida de la grandeza de Adenauer. Tres años después, el mundo planeado por Churchill desde 1944 habría requerido poner fin a la integración de la República Federal con Occidente, obligándola a retornar a su antiguo *status* de Estado nacional absolutamente libre de compromisos. En 1945, los regímenes de tipo finlandés en la Europa oriental habrían constituido un retorno a la normalidad. En 1952, ya no se habrían podido establecer mediante negociaciones, sino sólo gracias a un total desplome soviético o un gran enfrentamiento. Además, ese choque tendría que haber ocurrido por la cuestión de la unificación alemana, y ningún país de Europa occidental estaba dispuesto tan inmediatamente después de la guerra a correr semejante riesgo en nombre de un enemigo vencido.

Si la Alianza del Atlántico hubiese sido una sola nación capaz de aplicar una política unificada, bien podría haber adoptado una diplomacia que buscara un acuerdo general siguiendo las premisas de Churchill. Pero en 1952, la Alianza del Atlántico era demasiado frágil para correr semejante riesgo. Presidentes miembros de los dos grandes partidos políticos norteamericanos no vieron otra

solución que el penoso camino de esperar un cambio de ánimo soviético, tras sus posiciones de fuerza.

John Foster Dulles, el nuevo secretario de Estado de Eisenhower, vio el conflicto entre Este y Oeste como una cuestión moral y trató de evitar entablar negociaciones casi sobre cualquier tema hasta que hubiese ocurrido una transformación básica del sistema soviético, desafiando así las bien arraigadas opiniones británicas. En toda su historia, Gran Bretaña no había podido permitirse limitar sus negociaciones a países amigos o ideológicamente compatibles. Al no haber gozado, ni siquiera en el apogeo de su potencia, de nada comparable al margen de seguridad de los Estados Unidos, Gran Bretaña negoció de manera natural con sus adversarios ideológicos acuerdos prácticos relacionados con la coexistencia. Durante todo ese tiempo, una clara definición de trabajo del interés nacional había permitido al público británico juzgar la eficiencia de sus estadistas. Los británicos podían experimentar ocasionales disputas internas por las condiciones de un acuerdo en particular, pero casi nunca por la prudencia de haberse sentado a negociar.

Churchill, fiel a la tradición británica, buscó una coexistencia más tolerable con la Unión Soviética mediante negociaciones casi permanentes. En cambio, los gobernantes de los Estados Unidos deseaban modificar el sistema soviético más que negociar con él. Por ello, el debate anglo-norteamericano se volvió cada vez más un diálogo acerca de lo deseable de las negociaciones y no de los temas a negociar. Durante su campaña electoral de 1950, que terminó en derrota, Churchill propuso una reunión «cumbre» de cuatro potencias, idea revolucionaria en esa etapa de la Guerra Fría:

Sin embargo, no puedo dejar de volver a esta idea de otra conversación con la Rusia soviética al más alto nivel. La idea me parece un esfuerzo supremo por tender un puente entre los dos mundos, para que cada uno pueda vivir su vida, si no en amistad, al menos sin los odios de la Guerra Fría⁶⁸⁹.

Dean Acheson, que acababa de fundar la Alianza del Atlántico, consideró prematura semejante empresa:

El único modo de tratar con la Unión Soviética, según hemos descubierto por triste experiencia, es crear situaciones de fuerza [...]. Cuando hayamos eliminado todas las áreas débiles que podamos, lograremos hacer acuerdos de trabajo con los rusos [...]. Nada bueno saldría si tomásemos la iniciativa pidiendo conversaciones en este punto [...]⁶⁹⁰.

Churchill no volvió como primer ministro hasta octubre de 1951, y decidió no presionar para celebrar una reunión en la cumbre durante el resto del mandato de Truman. En cambio, esperó al nuevo gobierno, que sería encabezado por su viejo camarada de tiempos de guerra, Dwight D. Eisenhower. Entretanto, se acomodó a la tendencia dominante de justificar las reuniones «en la cumbre» porque quienquiera que fuese el gobernante soviético, estaría receptivo a un acuerdo de alto nivel. En 1952, este gobernante era Stalin. En junio de ese año, Churchill dijo a John Colville que, si Eisenhower era elegido, él «tendría otra oportunidad de lograr la paz gracias a una reunión de los Tres Grandes [...] Creía que mientras viviera Stalin estaríamos más seguros contra un ataque que si moría y sus lugartenientes empezaban a luchar por la sucesión»⁶⁹¹.

Al morir Stalin, poco después de que Eisenhower ocupara la presidencia, Churchill propuso iniciar negociaciones con el nuevo jefe soviético. Sin embargo, Eisenhower no fue más receptivo que su predecesor a la idea de Churchill de reanudar conversaciones con los soviéticos. Tras la apertura

de Malénkov del 17 de marzo de 1953, Churchill pidió a Eisenhower, el 5 de abril, no perder ninguna oportunidad «de ver hasta dónde está dispuesto a llegar el régimen de Malénkov para facilitar las cosas para todos»⁶⁹². La respuesta de Eisenhower consistió en pedir a Churchill que esperara una declaración política que pronunciaría ante la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos el 16 de abril en la que, de hecho, rechazó la premisa de Churchill⁶⁹³. Eisenhower arguyó que las causas de la tensión eran tan conocidas como los remedios: un armisticio en Corea, un Tratado del Estado austríaco y «el fin a los ataques directos e indirectos a la seguridad de Indochina q de Malasia». Al hacerlo, metió en el mismo saco a China y a la Unión Soviética, lo que fue una evaluación errónea de las relaciones chino-soviéticas, como lo mostrarían los hechos posteriores, y presentó unas condiciones imposibles de satisfacer, ya que los acontecimientos «de Malasia y de Indochina estaban en gran parte fuera del control soviético. Eisenhower afirmó que las negociaciones no eran necesarias, era hora de hechos, no de palabras.

Al ojear por anticipado un borrador del discurso de Eisenhower, a Churchill le preocupó que «una súbita helada matara a la incipiente primavera». Luego, para mostrar que los argumentos de Eisenhower no lo habían convencido, propuso una reunión de las potencias de Potsdam, Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS, que sería precedida por una sesión preparatoria entre Churchill y Molotov, recién nombrado de nuevo ministro de Exteriores soviético. Churchill adjuntó un borrador de la invitación en su carta a Eisenhower y apeló a un no muy verosímil lazo de amistad entre él y Molotov:

[...] podríamos renovar nuestra relación de tiempos de guerra y [...] yo podría reunirme con *monsieur* Malénkov y algunos de los hombres más importantes de usted. Naturalmente, no imagino que pudiéramos resolver algunas de las graves cuestiones que nublan el futuro inmediato del mundo [...]. Desde luego, yo pondría en claro que no espero grandes decisiones en esta reunión informal, sino, tan sólo, restaurar una relación desahogada y amistosa entre nosotros [...] ⁶⁹⁴.

Sin embargo, a Eisenhower le pareció que una reunión en la cumbre podría ser una concesión peligrosa a los soviéticos. Un tanto irritado, reiteró su demanda de que los soviéticos cumplieren antes algunas condiciones:

En la nota que le envié el 25 de abril expresé la idea de que no deberíamos apresurar demasiado las cosas ni permitir que la opinión pública de nuestros países, favorable a una reunión entre jefes de Estado y de gobierno, nos empuje a unas iniciativas precipitadas [...] ⁶⁹⁵.

Aunque Churchill no estuvo de acuerdo, reconoció que, dada la dependencia de su país respecto de los Estados Unidos, no podía permitirse el lujo de lanzar iniciativas por su cuenta sobre asuntos que a Washington le parecían tan importantes. Sin comunicarse directamente con Malénkov, hizo lo mejor que pudo, diciendo en la Cámara de los Comunes mucho de lo que habría dicho en privado al primer ministro soviético. El 11 de mayo de 1953, aclaró cómo su análisis difería del de Eisenhower y Dulles. Mientras que los gobernantes norteamericanos temían comprometer la cohesión de la Alianza del Atlántico y el rearme de Alemania, Churchill se mostraba reacio, ante todo, a comprometer una evolución más alentadora dentro de la Unión Soviética:

[...] sería una lástima que el deseo natural de llegar a un acuerdo general de política internacional frustrara alguna evolución espontánea y saludable que pueda ocurrir dentro de Rusia.

Yo he considerado que algunas de las manifestaciones internas y el evidente cambio de humor son mucho más importantes y significativos que lo que ha ocurrido en el exterior. Tengo interés en que ningún aspecto de la presentación de la política exterior de la OTAN anule o reste ímpetu a lo que puede ser un profundo cambio de los sentimientos rusos⁶⁹⁶.

Antes de la muerte de Stalin, Churchill había insistido en las negociaciones, pues consideraba que Stalin era el gobernante soviético más capaz de garantizar el cumplimiento de lo que había prometido. Ahora, Churchill estaba pidiendo una cumbre para conservar las alentadoras perspectivas que habían surgido tras la muerte del dictador. En otras palabras, se necesitaba entablar negociaciones sin importar lo que ocurriese dentro de la Unión Soviética ni quién dominase su jerarquía. Una conferencia al más alto nivel, dijo Churchill, podría fijar los principios y la dirección de negociaciones futuras:

Esta conferencia no debe depender de una agenda pesada o rígida, ni conducir a laberintos y selvas de detalles técnicos, furiosamente discutidos por hordas de expertos y de funcionarios. La conferencia debe limitarse al menor número posible de potencias y de personas [...]. Tal vez no se llegara a ningún acuerdo definido, pero podría surgir entre los reunidos la sensación general de que debían hacer algo mejor que destrozar la especie humana, incluidos ellos mismos⁶⁹⁷.

Pero ¿qué estaba pensando Churchill exactamente? ¿Cómo expresarían los gobernantes su decisión de no cometer suicidio colectivo? La única propuesta concreta que hizo Churchill fue un acuerdo similar al Pacto de Locarno de 1925, en el que Alemania y Francia habían aceptado sus fronteras y Gran Bretaña había garantizado a cada bando contra la agresión del otro (véase el capítulo once).

No fue un buen ejemplo. El Pacto de Locarno sólo duró diez años y nunca resolvió una sola crisis. La idea de que Gran Bretaña o cualquier nación pudiese ser tan indiferente ante la cuestión principal de las controversias potenciales que garantizara al mismo tiempo (y mediante el mismo instrumento) las fronteras de un aliado y de un importante adversario ya había sido bastante extraña en 1925, y no había favorecido a nadie en la época del conflicto ideológico que prevaleció tres décadas después. ¿Quién garantizaría qué frontera y contra qué peligro? ¿Garantizarían las potencias de Potsdam todas las fronteras de Europa contra cualquier agresión? En ese caso, la diplomacia habría recorrido todo un ciclo, volviendo a la idea de Roosevelt de los Cuatro Policías. O bien, ¿significaba que quedaba prohibida toda resistencia a menos que concurrieran las potencias de Potsdam? En ese caso, la idea serviría como *carte blanche* para una agresión soviética. En vista de que los Estados Unidos y la Unión Soviética se consideraban uno a otro como el principal problema de seguridad, ¿cómo podría una garantía conjunta ser una solución para ambos? El Pacto de Locarno se había planteado como la alternativa a una alianza militar entre Francia y Gran Bretaña, y de ese modo había sido presentado antes al Parlamento y al público. El nuevo acuerdo, que seguiría el modelo de Locarno, ¿disolvería las alianzas existentes?

Sin embargo, el argumento de Churchill no dependía de ninguna posición negociadora en particular. El 1 de julio de 1953, rechazó la teoría de que la política del Kremlin era inmutable y que, de algún modo, la Unión Soviética se había convertido en la primera sociedad inmune a la erosión de la historia. Según Churchill, el dilema de Occidente residía en una combinación de su negativa a reconocer la órbita de satélites soviéticos y su renuencia a arriesgarse a una guerra para anularla. La única solución sería lanzar un «reconocimiento de gran fuerza» para determinar las

implicaciones de la nueva realidad soviética. Escribió a Eisenhower:

No pienso dejarme engañar por los rusos, como no lo pensé en Fulton o en 1945. Sin embargo, creo que hay un cambio en el equilibrio mundial, en gran parte por la acción norteamericana y el rearme, pero también por una mengua de la filosofía comunista, que justifica un estudio fáctico y objetivo hecho por las naciones libres, mientras se mantienen unidas y fuertes⁶⁹⁸.

La esperanza de Churchill era que «diez años de distensión más una ciencia productiva podrían hacer un mundo distinto»⁶⁹⁹. Churchill ya no estaba proponiendo un acuerdo global sino una política que después sería llamada *détente*. Churchill había reconocido que la dificultad de aplicar la contención en su versión original residía en que su puesta en práctica equivaldría a la resistencia por la resistencia misma, hasta un día lejano en que, de alguna manera, el sistema soviético se transformara por sí solo. La contención bien podía implicar un destino impresionante, pero ofrecía poco sustento a lo largo del tiempo. Su alternativa era un acuerdo general inmediato, lo que implicaba un viaje más fácil a un destino menos atractivo, pero que también ponía en peligro la cohesión de la Alianza del Atlántico y la integración de Alemania en Occidente, un precio exorbitante para cualquier *quid pro quo* imaginable, a menos que los propios gobernantes de Alemania lo exigieran. Lo que Churchill estaba proponiendo ahora era un terreno intermedio: la coexistencia pacífica, permitir la erosión del tiempo y facilitar la política soviética a largo plazo.

La presión psicológica de una época de enfrentamientos sin resultados se manifestó en la nueva actitud de George F. Kennan. Al comprender que su enfoque original respecto a la Unión Soviética estaba convirtiéndose en la razón de un interminable enfrentamiento militar, creó un concepto para negociar un acuerdo general muy similar al que Churchill parecía haber ideado en 1944-1945.

El principal objetivo del llamado «plan de retirada» de Kennan consistía en sacar tropas soviéticas del centro de Europa. Kennan estaba dispuesto a pagar esto con una retirada comparable de fuerzas norteamericanas de Alemania. Kennan arguyó apasionadamente que Alemania podría defenderse a sí misma con armas convencionales, como siempre lo había hecho, sobre todo si los ejércitos soviéticos tenían que atravesar la Europa del Este antes de llegar a las fronteras alemanas, y deploró la excesiva dependencia de una estrategia nuclear. Apoyó una propuesta del ministro polaco de Exteriores, Adam Rapacki, en favor de una zona libre de armas nucleares en la Europa central, que comprendiera Alemana, Polonia y Checoslovaquia⁷⁰⁰.

El problema de los planes de Kennan y de Rapacki era el mismo de la Nota de Paz de Stalin puesto que habrían negociado la integración alemana en el Oeste a cambio de la retirada soviética de Alemania Oriental y parte de la Europa del Este, lo cual, a menos que estuviese ligado a unas garantías contra la intervención soviética para proteger a regímenes comunistas, habría provocado una doble crisis, una en Europa del Este y otra para encontrar una función nacional responsable para Alemania, que había resultado esquiva desde su unificación en 1871⁷⁰¹. A la luz de las ideas que imperaban en la época, el concepto de Rapacki-Kennan de negociar una retirada norteamericana de 5.000 kilómetros a cambio de un retroceso soviético de unos cuantos cientos de kilómetros corría el riesgo adicional de favorecer una categoría de armas de las que la Unión Soviética poseía un mayor arsenal, mientras estigmatizaba las armas nucleares que, por lo menos, hacían incalculable el desenlace de la agresión. Esta fue mi propia opinión de aquel tiempo⁷⁰².

Churchill, como tantas veces, tuvo la visión atinada aunque, por una vez, no ofreció el remedio apropiado. Los públicos democráticos no estarían dispuestos a sostener indefinidamente una confrontación a menos que sus gobiernos hubiesen demostrado antes que ya se habían analizado todas

las alternativas del conflicto, sin excepción. Si las democracias no preparaban un programa concreto para relajar las tensiones con los soviéticos, tanto sus pueblos como sus gobiernos correrían el riesgo de dejarse seducir por ofensivas de paz en las que se proclamaría la tan esperada transformación de la sociedad soviética con una base tan poco sustancial como un cambio del tono soviético. Si las democracias querían dejar de dar bandazos entre la intransigencia y la conciliación, tendrían que aplicar su diplomacia dentro de un margen estrecho: entre una confrontación interminable, que se estaba volviendo cada vez más opresiva conforme los armamentos nucleares se amontonaban a cada lado, y un tipo de diplomacia que hiciera menos terrible la percepción popular de la Guerra Fría, sin mejorar realmente la situación.

De hecho, las democracias estaban en una buena posición para actuar dentro de este estrecho margen porque su esfera de influencia era mucho más amplia que la de los soviéticos, y porque la diferencia económica y social entre las superpotencias probablemente se ensancharía. La historia parecía estar de su parte, siempre que supiesen combinar imaginación y disciplina. En todo caso, éste fue el razonamiento que condujo a la ulterior política de *détente* de Nixon (véase el capítulo veintiocho). Ésta era, de hecho, la implicación de la posición de Churchill de volver hacia atrás, en su carta a Eisenhower del 1 de julio de 1953, cuando habló de «diez años de distensión más una ciencia productiva» para hacer un mundo mejor.

Junto con Adenauer, John Foster Dulles fue el estadista occidental que con más firmeza se opuso a arriesgar la tan difícilmente ganada cohesión de Occidente en unas negociaciones fluctuantes. Su evaluación del peligro de lo que había propuesto Stalin y de lo que después propondrían los teóricos de la retirada fue esencialmente atinada. Sin embargo, también él creó un punto psicológico vulnerable al sostener que el mejor modo de mantener la cohesión de Occidente era evitar toda negociación, como lo muestra esta nota de advertencia que envió a un redactor de discursos de la Casa Blanca en abril de 1953:

[...] hay cierto peligro en que parezcamos acceder a estas aperturas soviéticas. Es obvio que lo que están haciendo se debe a presiones exteriores, y no podemos hacer nada mejor que mantener, por ahora, esta presiones⁷⁰³.

Con tales declaraciones, Dulles llegó a los límites de la política de contención. Las sociedades democráticas necesitaban algo más que la resistencia para justificar la Guerra Fría. Aunque los programas políticos que estaban sobre la mesa fuesen incompatibles con los intereses de las democracias, se necesitaba otra concepción política de una evolución pacífica de Europa central, algún programa que insistiera en conservar a Alemania dentro de las instituciones occidentales, junto con unas medidas para aliviar las tensiones a lo largo de la línea divisoria que corría a través de Europa. Dulles evitó subrayar esta necesidad. Prefirió estancar las conversaciones de ministros de Exteriores en posiciones ya familiares, con objeto de ganar tiempo para la consolidación de la Alianza del Atlántico y el rearme de Alemania. Según Dulles, semejante política evitaba toda discordia entre los Aliados; y a los confusos sucesores de Stalin les ahorraba la tensión de tener que tomar decisiones difíciles.

En cuanto los gobernantes soviéticos comprendieron que las democracias no insistirían en las cuestiones de Europa central, buscaron el tan necesario respiro con Occidente concentrándose en lo que Eisenhower y Dulles habían definido como pruebas de buena fe: Corea, Indochina y el Trado del Estado austríaco. Estos acuerdos, en vez de servir como pasos de entrada a la negociación sobre Europa que Churchill había buscado en 1953, llegaron a sustituirlos. En enero de 1954, una reunión

de ministros de Exteriores sobre el tema de Alemania se estancó. En realidad, Dulles y Molotov habían llegado a conclusiones idénticas. Ninguno de los dos deseaba practicar una diplomacia fluida; cada uno prefería la consolidación de su propia esfera de influencia, por encima de una política exterior más arriesgada.

Sin embargo, las posiciones de los dos bandos no eran comparables. El estancamiento servía a los inmediatos propósitos tácticos e internos de Moscú, pero facilitaba la estrategia norteamericana a largo plazo, aunque no todos los gobernantes norteamericanos lo comprendieran así. Como los Estados Unidos y sus aliados tenían que ganar la carrera armamentística y su esfera de influencia poseía el mayor potencial económico, los propósitos soviéticos a largo plazo atinadamente concebidos requerían una auténtica relajación de las tensiones y una solución realista a los problemas de la Europa central. Molotov evitó hacer concesiones que, por muy dolorosas que fueran, podrían haber salvado a la Unión Soviética de una excesiva extensión estratégica y del desplome final. Dulles evitó toda flexibilidad, por lo cual pagó el precio de unas innecesarias controversias internas y una vulnerabilidad a las supuestas ofensivas de paz soviéticas, pero también tendió las bases para la victoria estratégica final de los Estados Unidos.

Dulles aprovechó el respiro para buscar su objetivo de integrar a Alemania en la OTAN. El problema de cómo acomodar a la República Federal en la estructura militar de Occidente era espinoso. Los franceses no tenían ningún deseo de ver una Alemania plenamente rearmada, ni tampoco iban a sacrificar su defensa nacional por una defensa occidental integrada que incluyera a Alemania, pues eso habría significado, en parte, dejar la protección de su patria en manos de quienes sólo una década antes la habían asolado, y habría limitado la capacidad de Francia para sostener sus guerras coloniales. Esta fue la razón de que fracasara el plan de la Comunidad de la Defensa Europea, debido a la resistencia francesa. Entonces, Dulles y Anthony Eden buscaron la alternativa de integrar, simplemente, la República Federal de Alemania en la OTAN. Bajo presión, París cedió, pero insistió en que Gran Bretaña se comprometiera a acantonar tropas en territorio alemán de forma permanente. Cuando Eden aceptó la propuesta, Francia recibió las garantías militares concretas que los ingleses tanto tiempo se habían negado a dar después de la Primera Guerra Mundial. En lo sucesivo, tropas británicas, francesas y norteamericanas permanecieron acantonadas en Alemania como aliadas de la República Federal. Lo que había comenzado como una iniciativa de Stalin para poner fin a la división de Alemania (durante un tiempo, con el apoyo de Churchill) terminó confirmando la división de Europa. Resulta irónico que Churchill, el apóstol de las esferas de influencia, tratara al final de suavizar su impacto y tal vez de eliminarlas por completo; mientras que Dulles, el secretario de Estado del país que siempre había vilipendiado las esferas de influencia, resultara el principal portavoz de la política que las mantuvo en su lugar.

Los Estados Unidos, confiados ya en la solidaridad de sus aliados, no vieron ningún peligro en hablar con los rusos. Sin embargo, una vez consolidados en Europa los bloques norteamericano y soviético, había cada vez menos de qué hablar. Ambas partes se sintieron con bastante libertad para celebrar una reunión en la cumbre, no para resolver la Guerra Fría, sino precisamente porque sabían que eludirían todas las cuestiones fundamentales. Churchill se había retirado, la República Federal estaba instalada con toda comodidad en la OTAN y la Unión Soviética había concluido que mantener su esfera de influencia en la Europa del Este era más seguro que tratar de atraer a la República Federal para que rompiera sus relaciones con Occidente.

Por todo ello, la Cumbre de Ginebra de julio de 1955 resultó muy distinta de lo que originalmente había propuesto Churchill. En lugar de revisar las causas de la tensión, los gobernantes apenas mencionaron los problemas que habían ocasionado la Guerra Fría. El orden del día osciló

entre tratar de anotarse puntos de propaganda y relegar la solución de los problemas entre Este y el Oeste a una psicología de aficionados. Poco arriesgaba la propuesta de Eisenhower, de «cielos abiertos» para el reconocimiento aéreo del territorio de la otra parte, pues ésta no habría revelado a los soviéticos nada que ellos no supieran ya por sus espías y sus fuentes de información, mientras disipaba el enigma del Imperio soviético al reconocimiento norteamericano. Yo sé por experiencia personal que los autores de la política que rodeaban a Eisenhower y que la propusieron, en gran parte, bajo los auspicios de Nelson Rockefeller, por entonces asesor del presidente, habrían quedado asombrados si se la hubiese aceptado. Sin embargo, su rechazo por parte de Jruschov no entrañó represalias contra la Unión Soviética. La cuestión del futuro de Europa central fue relegada a los ministros de Exteriores sin ninguna indicación.

El principal resultado de la Cumbre fue demostrar que las democracias necesitaban un respiro psicológico después de una década de enfrentamientos. Después de haberse mantenido firmes ante las anteriores propuestas específicas de Stalin, esta vez las democracias sucumbieron al cambio de tono soviético. Fueron como ese corredor de maratón que a la vista de la meta se sienta, exhausto, y permite que los otros competidores lo sobrepasen.

Eisenhower y Dulles habían anulado, hábil y tenazmente, lo que quedaba de la Nota de Paz de Stalin y de las elocuentes llamadas de Churchill a una cumbre insistiendo en proponer soluciones específicas a problemas también específicos. Sin embargo, al final concluyeron que esperar a que ocurriera un cambio interno soviético sería un mensaje demasiado severo, y que buscar otras posiciones para negociar podría causar demasiadas divisiones. Sólo se podría mantener la contención ofreciendo a su pueblo alguna esperanza de poner fin a la Guerra Fría. Pero, en vez de ofrecer un programa político propio, aceptaron lo mismo que antes habían temido, es decir, la creciente tendencia a interpretar el estilo menos desafiante de Jruschov y de Bulganin como signo de un cambio fundamental en la actitud soviética. El simple hecho de que se hubiese celebrado una reunión sin confrontaciones, por muy escasa que fuera su sustancia, estimuló la esperanza de las democracias de que por fin estuviese ocurriendo la tan esperada transformación soviética.

Desde antes de la cumbre, Eisenhower había fijado su tono. Abandonó la anterior insistencia de su gobierno en un progreso concreto y detallado, y centró los objetivos diplomáticos entre el Este y el Oeste en términos psicológicos:

Nuestras muchas conferencias de posguerra se han caracterizado en exceso por la atención al detalle, por el esfuerzo manifiesto de tratar problemas específicos, y no por establecer un espíritu y una actitud para abordarlos⁷⁰⁴.

Los medios informativos se mostraron extasiados y se centraron en la propuesta de que algo fundamental había ocurrido en la cumbre, aunque no se sabía qué era esto exactamente. «El señor Eisenhower ha hecho algo mejor que derrotar a un enemigo en combate, como había sido su misión hace una década —dijo un editorial de *The New York Times*—. Ha hecho algo para impedir que ocurran batallas [...] Otros habrían opuesto fuerza contra fuerza. El don del señor Eisenhower consistió en atraer a otros al círculo de su buena voluntad y modificar las actitudes, si no las medidas políticas, del pequeño grupo de visitantes llegados del otro lado del Elba.»⁷⁰⁵

También Dulles se dejó llevar por el «espíritu» de Ginebra. «Hasta la época de Ginebra —dijo, dos meses después, al secretario británico de Exteriores, Harold Macmillan— la política soviética se basaba en una intolerancia que era la nota clave de la doctrina soviética. Hoy, la política soviética se basa en la tolerancia, que incluye buenas relaciones con todos [...]»⁷⁰⁶ La cumbre y la atmósfera

circundante se habían convertido en sus propias recompensas.

Harold Macmillan entró en el espíritu de las cosas y arguyó que la auténtica significación de la Cumbre de Ginebra no había estado en ningún acuerdo específico, sino en las relaciones personales que había ayudado a establecer entre los gobernantes. Hasta en la patria de la diplomacia del equilibrio del poder, la atmósfera estaba ascendiendo hasta ser el elemento clave de la política exterior:

¿Por qué suscitó esta reunión un estremecimiento de esperanza y de expectación por todo el mundo? No fue porque las discusiones fuesen especialmente notables [...]. Lo que captó la imaginación del mundo fue el hecho de la reunión amistosa entre los jefes de los dos grandes grupos en que está dividido el mundo. Estos hombres, soportando sus inmensas cargas, se reunieron, charlaron y bromearon juntos, como simples mortales [...]. No puedo dejar de pensar que el idilio de la Cumbre de Ginebra en el último verano no fue cosa indefinida o artificial⁷⁰⁷.

¡Ojalá que la historia supiera perdonar mejor! Los gobernantes de los Estados Unidos habían acertado en su primera suposición de que la Guerra Fría era el resultado de las acciones soviéticas y no de su retórica o de su conducta personal. La negativa de los gobernantes de ambos lados a enfrentarse a las causas de la tensión tendría que perpetuarlas y hacer que enraizaran. Si una simple reunión podía tener semejante efecto sobre la opinión occidental, ¿qué incentivo les quedaba a los soviéticos para hacer concesiones importantes? En realidad, ninguna surgiría en cuestión política alguna durante los siguientes quince años.

Se congelaron así las esferas de influencia en ambos lados de la línea divisoria alemana. Entre la época de la fundación de la OTAN y la apertura de las negociaciones entre las democracias y la Unión Soviética que propiciaron los Acuerdos de Helsinki de 1975, las únicas negociaciones políticas fueron las ocasionadas por los ultimátums soviéticos acerca de Berlín. La diplomacia invadió cada vez más el terreno del control de armas, que era el lado opuesto del enfoque de «posiciones de fuerza». Sus partidarios intentaron convertir la limitación o el control de armamentos en un sustituto del diálogo político; o bien, utilizando el lenguaje de la contención, limitar las posiciones de fuerza al mínimo nivel compatible con la disuasión. Pero, así como las posiciones de fuerza no podían traducirse automáticamente en negociaciones, tampoco el control de armamentos se convirtió automáticamente en una relajación de las tensiones.

Mientras Occidente aún aclamaba la Cumbre de Ginebra como el principio de un deshielo de la Guerra Fría, ésta ya estaba penetrando en su fase más peligrosa; pues los dirigentes soviéticos habían sacado conclusiones totalmente distintas de las de los gobernantes occidentales. Los herederos de Stalin se habían impuesto en medio de una gran confusión y una incertidumbre sobre si las democracias explotarían el desconcierto general para invertir las conquistas soviéticas de posguerra. Sin embargo, en junio de 1953, sólo tres meses después de la muerte del tirano, se las habían arreglado para sofocar un levantamiento en Berlín oriental, que técnicamente era una ciudad de cuatro potencias, sin levantar ninguna reacción por parte del Oeste. Habían dado largas a la unificación de Alemania sin encontrar resistencia, y el dominio político comunista de Europa central y oriental estaba siendo impugnado sólo retóricamente. Por último, en la Cumbre de Ginebra recibieron un certificado de buena conducta sin tener que hacer un análisis serio de ninguna de las cuestiones que habían desembocado en la Guerra Fría.

Estos consagrados marxistas sacaron la única conclusión compatible con su ideología: que la correlación de fuerzas estaba alterándose en su favor. Sin duda, esta idea fue reforzada por el número

cada vez mayor, aunque aún relativamente pequeño, de armas nucleares soviéticas, y por su fabricación de la bomba de hidrógeno. En sus memorias, Jruschov resumió esta cumbre: «[...] nuestros enemigos comprendieron entonces que podríamos resistir su presión y adivinar sus triquiñuelas»⁷⁰⁸. En febrero de 1956, siete meses después de la cumbre, en el mismo congreso del Partido en que fustigó a Stalin, Jruschov abordó la cuestión del entorno internacional menospreciando a las democracias:

La crisis general del capitalismo sigue acentuándose [...]. El campo internacional del socialismo está ejerciendo una influencia creciente sobre el rumbo de los acontecimientos mundiales. La posición de las fuerzas imperialistas está debilitándose [...] ⁷⁰⁹.

La causa fundamental del equívoco entre los gobernantes de las democracias y sus homólogos de la URSS fue la insistencia de los primeros en aplicar a la *nomenklatura* soviética unas normas tomadas de su propia experiencia interna. Lo cual era una concepción completamente errónea. La segunda generación de gobernantes soviéticos fue forjada por un pasado que habría resultado inimaginable en las democracias. Al ser aprendices de Stalin, necesariamente tenían mala formación psicológica. Sólo el acicate de la ambición ilimitada pudo hacer tolerable la continua sensación de terror generada por la pena de muerte o de ir a vivir al *gulag* al menor fallo, o incluso sólo por un cambio de política del propio dictador.

La generación que creció a las órdenes de Stalin sólo podía reducir sus riesgos mediante un total servilismo a los caprichos de su señor y mediante la denuncia sistemática de sus colegas, e hizo más tolerable esta existencia de pesadilla mediante una apasionada fe en el sistema al que debían sus carreras. Sólo en la generación siguiente experimentarían los gobernantes soviéticos las amarguras de la desilusión.

Como lo revela el material sobre Stalin que aparece en las memorias de Gromyko, los subordinados de Stalin tenían conciencia de las atrocidades cometidas en nombre del comunismo⁷¹⁰. Sin embargo, acallaron sus conciencias, que no eran muy escrupulosas, atribuyendo el estalinismo a las aberraciones de un individuo y no a los errores del sistema comunista. Además, tenían pocas oportunidades para ejercer una profunda reflexión, porque Stalin se encargaba de que sus principales lugartenientes estuvieran en rotación constante. La pérdida de posición en el régimen de Stalin no señalaba el advenimiento de una vida normal en el «sector privado»; para los pocos afortunados que lograron sobrevivir significó la desgracia pública y el aislamiento total de sus ex colegas.

La morbosa desconfianza que se había convertido en el *modus vivendi* en la *nomenklatura* soviética también marcó su conducta en la inmediata fase postestalianiana. Los sucesores de Stalin pasaron casi cinco años en lucha por la sucesión: en 1953, Beria fue ejecutado; en 1955, Malénkov perdió su cargo; en 1957, Jruschov derrotó al llamado grupo antipartido, formado por Molotov, Kagánovich, Shepílov y Malénkov, y, en 1958, alcanzó el poder absoluto tras la caída de Zhúkov. Este torbellino hizo que una relajación de tensiones con Occidente fuese indispensable para la jefatura del Kremlin, aunque esto no le impidió vender armas a Egipto ni sofocar la Revolución húngara.

El cambio de tono de los gobernantes soviéticos no significó una aceptación de los conceptos occidentales de coexistencia pacífica. En 1954, cuando Malénkov habló del peligro de una guerra atómica, bien pudo estar dando las primeras señales del reconocimiento soviético de las realidades de la era nuclear. También es posible que estuviese intentando socavar la confianza de las democracias en el arma en que basaban su seguridad. La condena de Stalin por Jruschov bien pudo

señalar un debilitamiento del comunismo, pero es indudable que también la empleó como arma contra los ex subordinados de Stalin, que representaban su principal oposición, y como sistema para llegar a dominar el Partido Comunista.

Cierto es que Jruschov tuvo el valor de purgar a Beria, o al menos reconoció la necesidad de hacerlo para su propia supervivencia; y esporádicamente experimentó cierto deshielo intelectual y la desestalinización en el este de Europa. Fue un precursor de Gorbachov, ya que inició un proceso de cambio, cuyas implicaciones no comprendió y cuya dirección sin duda habría deplorado. Desde este punto de vista, puede decirse que el desplome del comunismo comenzó con Jruschov.

Éste fue tan absoluto que nos vemos tentados a olvidar la temeridad con que Jruschov desafió a la comunidad internacional. Tenía un instinto natural para detectar los puntos neurálgicos de los países cuya ideología había definido él como imperialista. Fomentó una crisis en Oriente Medio, lanzó una serie de ultimátums por Berlín, favoreció las guerras de liberación nacional y colocó misiles en Cuba. Pero aunque causó mucho desconcierto en Occidente, no obtuvo ganancias permanentes para la Unión Soviética, porque era mejor para provocar crisis que para saber cómo zanjarlas. Dado que, pese a toda su confusión, el Oeste acabó por resistir, el resultado de las acciones agresivas de Jruschov fue un gran desperdicio de recursos soviéticos, a cambio de ninguna ganancia estratégica permanente y de una grave humillación durante la crisis de los misiles cubanos.

La Cumbre de Ginebra de 1955 fue el punto de partida de todas estas aventuras. De vuelta de Ginebra, Jruschov se detuvo en Berlín oriental para reconocer la soberanía del régimen comunista alemán oriental. Stalin siempre había evitado dar este paso. Durante el resto de la Guerra Fría, la cuestión de la unificación alemana desaparecería de la agenda internacional porque Moscú la había consignado a las negociaciones entre los dos Estados alemanes. Como los valores políticos de estos Estados eran incompatibles y ninguno de los dos estaba dispuesto a suicidarse, la unificación sólo podía haberse logrado mediante el desplome político de uno de ellos. Vemos así que la crisis de Berlín de 1958-1962 tuvo sus orígenes en Ginebra.

En 1955, una década después de la muerte de Roosevelt, por fin iba surgiendo un acuerdo de posguerra en Europa, no gracias a las negociaciones entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, sino como resultado de su incapacidad para negociar un acuerdo. Esto era precisamente lo que Roosevelt había tratado de evitar, dos bandos armados enfrentándose en el centro del continente, y un enorme compromiso militar norteamericano con Europa, es decir, un acuerdo de esferas de influencia en todo el sentido de la palabra. Sin embargo, fue un acuerdo que aportó cierta estabilidad. La cuestión alemana, si bien no resuelta, al menos estaba en suspenso. Los soviéticos habían tenido que aceptar, si no reconocer, al Estado alemán occidental, y los norteamericanos harían lo mismo con la Alemania oriental.

Pero Nikita Jruschov no dejaría que la esfera norteamericana prosperara sin obstáculos. Desafiaría a Occidente en unos escenarios que Stalin siempre había considerado fuera de la esfera de interés soviética, haciendo que los puntos de choque de la competencia soviético-norteamericana salieran de Europa. El primero de estos puntos surgiría en la que llegó a conocerse como la crisis de Suez de 1956.

La contención por turnos: la crisis de Suez

Todo lo que se habló de coexistencia pacífica a partir de la Cumbre de Ginebra de 1955 no pudo alterar la realidad fundamental: los Estados Unidos y la Unión Soviética, potencias hegemónicas en el mundo, se hallaban trabadas en una competencia geopolítica. El avance de un bando era considerado generalmente como un retroceso del otro. A mediados de los años cincuenta, la esfera de influencia norteamericana en Europa occidental iba prosperando, y la demostrada disposición norteamericana a proteger esa esfera con la fuerza militar disuadió a los soviéticos de todo aventurerismo. Pero el estancamiento en Europa no significaba inmovilización en todo el mundo. En 1955, justo dos meses después de la Cumbre de Ginebra, la Unión Soviética hizo una gran venta de armas a Egipto, cambiándolas por algodón, del que había un excedente. Fue una jugada audaz para extender la influencia soviética por Oriente Medio. Al buscar así más influencia en Egipto, Jruschov de hecho había «saltado» el *cordon sanitaire* que los Estados Unidos habían tendido en torno de la Unión Soviética poniendo a Washington ante la tarea de tener que contrarrestar a los soviéticos en regiones hasta entonces consideradas seguras dentro de la esfera occidental.

Stalin nunca había querido arriesgar la credibilidad soviética en el mundo en desarrollo. Lo consideraba demasiado lejos de su patria, demasiado inestable, sus gobernantes demasiado difíciles de dominar, y la Unión Soviética aún no era lo bastante poderosa para emprender aventuras distantes, aunque, con el tiempo, el aumento del poderío militar soviético bien podría haberlo hecho cambiar de actitud. Todavía en 1947, Andrei Zhdanov, que parecía ser entonces uno de los más cercanos asesores de Stalin, describía Oriente Medio como zona dominada por imperialistas norteamericanos y británicos en mutua competencia²¹.

Los gobernantes soviéticos no pudieron dejar de comprender que su primera venta de armas a un país en desarrollo alentaría el nacionalismo árabe, haría más intratable el conflicto árabe-israelí y sería vista como un gran desafío al predominio occidental en Oriente Medio. Cuando se disipó el humo, la crisis de Suez había destruido el *status* de gran potencia de Gran Bretaña y de Francia. Fuera de Europa, en lo sucesivo, los Estados Unidos se verían obligados a ocupar, casi por sí solos, sus puestos en la Guerra Fría.

La jugada inicial de Jruschov fue bastante cautelosa. La Unión Soviética ni siquiera participó en la inicial venta de armas, pues la transacción fue técnicamente checoslovaca, si bien pronto se abandonó ese subterfugio. Aunque camuflada, la venta de armas soviéticas a Oriente Medio oprimió un punto neurálgico de la Europa occidental, sobre todo de Gran Bretaña. Después de la India, Egipto representaba el legado más importante del pasado imperial británico. En el siglo XX, el canal de Suez se había convertido en la principal arteria para abastecer de petróleo a la Europa occidental. Gran Bretaña aunque debilitada inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, seguía considerándose la potencia hegemónica en Oriente Medio; su predominio se basaba en dos pilares: Irán, que la abastecía de petróleo, mediante una compañía anglo-iraní, y Egipto, que le servía de base estratégica. La Liga Árabe fue promovida por Anthony Eden en 1945 como marco político para resistir a toda penetración extranjera en Oriente Medio. Considerables fuerzas británicas se quedaron en Egipto, Irak e Irán. Un oficial británico, el general John Glubb (Glubb Pasha), estaba al mando de

la Legión Árabe de Jordania.

Durante los años cincuenta, este mundo se desintegró. Ante los aplausos de la primera generación de países recién independizados, el primer ministro iraní, Muhammad Mossadegh, nacionalizó la industria petrolífera de Irán en 1951 y exigió la retirada de las tropas británicas que protegían el complejo petrolífero de Abadán. Gran Bretaña ya no se sintió lo bastante fuerte para emprender una acción militar tan cerca de la frontera soviética sin el apoyo norteamericano, que le fue negado. Además, pensó que podía retirarse a su base principal, a lo largo del canal de Suez.

El desafío lanzado por Mossadegh terminó dos años después, cuando los Estados Unidos promovieron un golpe de Estado para derrocarlo. (En aquellos días, Washington aún consideraba que las operaciones encubiertas eran más legítimas que una intervención militar.) Sin embargo, nunca se restauró la hegemonía británica en Irán. En 1952, también estaba desmoronándose la posición militar británica en Egipto. Un grupo de jóvenes oficiales, que proclamaban las ideas nacionalistas y anticoloniales difundiendo por la región, depuso al corrompido rey Faruk. Su figura dominante fue el coronel Gamal Abdel Nasser.

Nasser, una poderosa personalidad con indudable atractivo, se convirtió en una figura carismática al apelar al nacionalismo árabe. Se había sentido profundamente humillado por la derrota árabe en la guerra de 1948 con Israel, y vio en el establecimiento del Estado judío la culminación de un siglo de colonialismo occidental. Estaba decidido a expulsar de la región a Gran Bretaña y a Francia.

El surgimiento de Nasser hizo salir a la luz el conflicto hasta entonces latente entre los Estados Unidos y sus principales aliados de la OTAN por la cuestión del colonialismo. Desde abril de 1951, Churchill, por entonces líder de la oposición, había pedido una acción conjunta en el Oriente Medio.

Ya no somos lo bastante fuertes para soportar toda la carga política que hasta hoy hemos llevado en el Mediterráneo, y ni siquiera para desempeñar el papel principal en el dominio diplomático de ese teatro. Pero los Estados Unidos y Gran Bretaña unidos, con la ayuda de Francia [...] juntos nos encontraríamos en una poderosísima posición para enfrentarnos digamos al problema egipcio y a toda la cuestión de la defensa del canal de Suez⁷¹².

Sin embargo, cuando se trató de Oriente Medio, los Estados Unidos rechazaron el papel que habían desempeñado en Grecia y en Turquía y no quisieron recoger el legado de la hegemonía política europea ni dejarse asociar con la tradición colonial. Tanto Truman como Eisenhower se opusieron tenazmente a toda acción militar británica en Irán o en Egipto por el motivo ostensible de que las disputas de esa clase debían ser resueltas por las Naciones Unidas. En realidad, no querían que se les identificara con la herencia colonial británica que, atinadamente, consideraban ya insostenible.

Sin embargo, los Estados Unidos tenían sus propias ilusiones, una de las cuales equiparaba los movimientos de independencia de los países en desarrollo con la propia experiencia norteamericana y suponían que, por tanto, las nuevas naciones apoyarían la política exterior de los Estados Unidos en cuanto comprendieran que su actitud ante el colonialismo difería marcadamente de la de las viejas potencias europeas. Pero los caudillos de los movimientos de independencia eran distintos de los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Aunque hablaban con la retórica de la democracia, no estaban comprometidos con ella como los autores de la Constitución de los Estados Unidos, quienes sí habían creído de verdad en un sistema de contención y equilibrio. En su gran mayoría, gobernaban de manera autoritaria. Muchos eran marxistas y casi todos ellos vieron en el conflicto entre el Este y

el Oeste una oportunidad de derribar lo que consideraban el antiguo sistema imperialista. Por mucho que los Estados Unidos se dissociaran del colonialismo europeo, sus gobernantes, muy a su pesar, vieron que en los países en desarrollo se les consideraba como útiles auxiliares del bando imperialista y no como auténticos asociados suyos.

A la postre, los Estados Unidos fueron atraídos a Oriente Medio por la teoría de la contención que exigía oponerse en cada región a la expansión soviética, y por la doctrina de la seguridad colectiva, que favorecía la creación de organizaciones como la OTAN para resistir a amenazas militares, reales o potenciales. Sin embargo, en su mayor parte las naciones de Oriente Medio no compartían las opiniones estratégicas norteamericanas. Veían a Moscú básicamente como útil palanca para arrancar concesiones a Occidente, y no como amenaza a su independencia. Muchas de las nuevas naciones se las arreglaron para dar la impresión de que su toma por los comunistas sería más peligrosa para los Estados Unidos que para ellos mismos, de modo que no había ninguna necesidad de pagar un precio por la protección norteamericana. Ante todo, gobernantes populistas como Nasser no veían ningún futuro en ser identificados con Occidente. Deseaban que sus caprichosos públicos consideraran que ellos habían arrancado a las democracias no sólo su independencia, sino también su libertad de maniobrar. Para ellos, la no alineación era tanto una necesidad interna cuanto una opción de política exterior.

Al principio ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos comprendieron claramente lo que representaba Nasser. Ambas naciones partieron de la premisa de que la resistencia de Nasser a su política se debía a algún conjunto específico de quejas que pudieran atenderse. La escasa oportunidad que hubiera de poner a prueba esta hipótesis estaba viciada por las diferentes premisas de las democracias. Gran Bretaña trató de inducir a Nasser a aceptar su predominio histórico, mientras que los Estados Unidos intentaron atraer a Nasser a su gran estrategia de contención. La Unión Soviética vio una oportunidad de romper «el cerco capitalista» y de adquirir nuevos aliados dándoles armas, sin tener que asumir la responsabilidad de su gobierno interno, como en Europa oriental. Nasser aprovechó diestramente la conjunción de todos estos impulsos para enfrentar unos contra otros a los diversos contendientes.

El suministro de armas soviéticas al inestable Oriente Medio aceleró el proceso. La mejor respuesta británica y norteamericana habría consistido en aislar a Nasser hasta que fuese obvio que las armas soviéticas no le habían valido de nada, y entonces, si Nasser rompía sus relaciones con los soviéticos o, mejor aún, si lo reemplazaba un gobernante más moderado, presentar una iniciativa diplomática generosa. Ésa sería la estrategia norteamericana veinte años después ante Anuar el Sadat. En 1955, las democracias eligieron la táctica opuesta, esforzándose por ganarse a Nasser satisfaciendo muchas de sus exigencias.

Las esperanzas de las potencias exteriores se evaporaron como los espejismos del desierto, en cuanto se hizo un esfuerzo por materializarlas. Gran Bretaña descubrió que, aun cuando dorara la píldora de su presencia militar en la región, no podía hacerla tragar a los gobiernos locales. La esquizofrénica política norteamericana de dissociarse de Gran Bretaña en cuestiones de Oriente Medio para enrolar a Nasser en una asociación con Gran Bretaña en una estrategia antisoviética global, nunca logró despegar. Nasser no tenía ningún incentivo razonable para romper sus relaciones con los soviéticos. Su incentivo resultó precisamente opuesto, y trató de equilibrar todo beneficio arrancado a los Estados Unidos con algún acercamiento a los soviéticos o a los neutrales radicales; de preferencia, a ambos. Cuanto más intentaba Washington aplacar a Nasser, más se inclinaba el astuto egipcio hacia los soviéticos, aumentando así el precio y tratando de arrancar más beneficios a los Estados Unidos.

Llegado el momento, también la Unión Soviética conocería las frustraciones de tratar con el grupo de países no alineados. En las primeras etapas de la penetración soviética en Oriente Medio, todo fue ganancia neta. A un costo insignificante para Moscú, las democracias se pusieron a la defensiva. Sus conflictos internos se intensificaron mientras aumentaba la presencia soviética en zonas hasta entonces dominadas por la esfera de influencia occidental. Sin embargo, con el paso del tiempo, los apasionados clientes soviéticos de Oriente Medio hicieron correr a Moscú unos riesgos totalmente desproporcionados a cualquier ganancia imaginable. Cada vez que la Unión Soviética trataba de relacionar estos riesgos con su interés nacional, incurría en el desagrado, si no en el desprecio, de sus nuevos defendidos. Esto permitió a la diplomacia occidental demostrar la incapacidad soviética de alcanzar las metas de sus asociados, lo cual culminó cuando Sadat se apartó de Moscú a partir de 1972.

Gran Bretaña fue la primera nación en tener que abandonar sus ilusiones en Oriente Medio. Su base militar a lo largo del canal de Suez fue uno de sus últimos puestos imperiales importantes, con una guarnición de casi 80.000 hombres. Sin embargo, Gran Bretaña no estaba en posición de mantener una gran fuerza en la zona del Canal ante la oposición egipcia y sin apoyo norteamericano. En 1954, presionada por los Estados Unidos, aceptó retirar en 1956 contingentes de su base en Suez.

Los gobernantes norteamericanos estaban esforzándose por combinar dos políticas incompatibles, poner fin a la función imperial de Gran Bretaña explotando a su vez los vestigios de la influencia británica para formar una estructura de contención en Oriente Medio. El gobierno de Eisenhower inventó el concepto de la Alineación de Naciones del Norte que estaría compuesta por Turquía, Irak, Siria y Pakistán, con Irán como posible participante ulterior. Esta versión de la OTAN en Oriente Medio tenía como propósito contener a la Unión Soviética a lo largo de sus fronteras meridionales.

Este concepto fructificó en el Pacto de Bagdad, patrocinado por los británicos, pero que resultó tener graves defectos. Para que una alianza sea eficiente debe reflejar algún sentido de un propósito común, la percepción de un peligro común y una capacidad de unir fuerzas. Ninguno de estos elementos podría atribuirse al Pacto de Bagdad. Las divisiones y animosidades entre las naciones de la zona eran mayores que su temor común a una expansión soviética. Siria se negó a ingresar en el Pacto; Irak, aunque fue su sede durante dos años, estaba mucho más preocupado por combatir el radicalismo árabe que por la agresividad soviética. Pakistán consideraba que las amenazas a su seguridad provenían de la India, no de la Unión Soviética.

Las fuerzas militares de los distintos miembros del Pacto de Bagdad tampoco se habían formado para ayudar a sus vecinos en caso de agresión de una superpotencia; su propósito fundamental era defender la seguridad interna. Ante todo, Nasser, la fuerza más dinámica de la región, estaba resuelto a hundir el Pacto, que le parecía una turbia maniobra para fortalecer la dominación colonial en Oriente Medio, y aislarlos a él y a sus compañeros radicales.

Gran Bretaña y los Estados Unidos, demasiado divididos para poder contrarrestar la influencia soviética en la región con medidas punitivas, trataron de apartar a Egipto de Moscú, demostrándole las ventajas de adherirse al bando occidental. Con este fin, siguieron dos políticas; promover la paz entre Egipto e Israel y ayudar a Nasser a construir la presa de Asuán.

La iniciativa de paz se basó en la idea de que el establecimiento del Estado judío por la fuerza de las armas en 1948 era la causa principal del radicalismo árabe. Se creyó que una paz honorable borraría esa humillación. Pero en aquel momento los radicales y nacionalistas árabes no buscaban una paz con Israel, fuese honorable o no. Para ellos, el Estado judío era una presencia ajena, introducida en tierras tradicionalmente árabes por reclamaciones que se remontaban a 2.000 años

atrás y para expiar los sufrimientos de los judíos, no causados por los pueblos árabes.

Si Nasser hubiese pactado una auténtica paz con Israel, es decir, si hubiese optado por la coexistencia, habría puesto en peligro sus pretensiones de liderar el mundo árabe. Así que, como estaba dispuesto a no dejarse comprometer ante sus partidarios árabes, propuso que Israel le entregara todo el Negev, la región desértica meridional que había conquistado en 1948 (que constituía bastante más de la mitad del territorio de Israel) y se diese el derecho de retornar a los cientos de miles de refugiados palestinos que habían sido expulsados en esa fecha⁷¹³.

Israel nunca aceptaría ceder la mitad de su territorio ni permitiría la repatriación de todos los refugiados árabes, puesto que invadirían lo que quedara del Estado. La solución propuesta por Israel fue insistir en un acuerdo de paz en toda regla, con fronteras abiertas, petición en apariencia inofensiva, pero que los gobernantes árabes consideraron la más difícil de aceptar, porque implicaría el reconocimiento permanente del nuevo Estado. Entre la demanda de paz de Israel sin ofrecer territorios y la demanda de territorios de los países árabes, sin definir la paz, era inevitable que se produjera un estancamiento. La primera negociación dio lugar a un programa que sería respetado hasta la llegada de Sadat al poder en Egipto, y durante otros veinte años en el resto del mundo árabe, hasta la firma del acuerdo entre la OLP e Israel, en septiembre de 1993.

Por entonces, los Estados Unidos y Gran Bretaña se enfrentaban enconadamente por varios problemas. Aunque Dulles favoreció la política de la Alineación del Norte, le irritó que Gran Bretaña se hubiese puesto al frente, y deseó que el Pacto de Bagdad se centrara en Egipto, país que, a su vez, combatió furiosamente el Pacto. Gran Bretaña hubiera preferido derrocar a Nasser; los Estados Unidos, aunque disconformes por la compra de armas soviéticas, consideraron más prudente tratar de ganárselo.

Los gobernantes anglo-norteamericanos, deseosos por restaurar su vacilante unidad, fijaron luego su atención en el vasto proyecto de construcción de la llamada Gran Presa de Asuán, de 120 metros de altura y cinco kilómetros de longitud, que sería construida sobre el Alto Nilo, cerca de la frontera de Egipto con Sudán. Ésta regularía el riego del valle del Nilo, del que la población egipcia había obtenido su subsistencia desde tiempos inmemoriales, haciendo que, por fin, ésta ya no dependiera de la inundación del Nilo.

Anthony Eden, el más implacable adversario de Nasser, fue el primero en plantear la perspectiva de un apoyo conjunto anglo-americano a la Gran Presa, en que los Estados Unidos soportarían la mayor parte del coste (cerca del 90 %). ¿Por qué Eden, impaciente por librarse de Nasser, se convirtió en el principal defensor de la presa de Asuán? Esto sólo puede explicarse por su afán de que se viera que él controlaba la diplomacia en Oriente Medio y se oponía a todo intento soviético de acompañar su ayuda militar con una penetración económica. El 14 de diciembre de 1955, Gran Bretaña y los Estados Unidos hicieron una oferta formal de construir la presa en dos etapas. Ya se disponía de unos fondos limitados para la etapa preliminar, durante la cual se precisarían la extensión y naturaleza de la ayuda para la segunda etapa, que incluía la construcción de la presa propiamente dicha⁷¹⁴.

Fue una decisión extraña. Dos gobiernos estaban comprometiéndose con un monumental reto financiero y de ingeniería, aun cuando ambos preferirían que Nasser fuese reemplazado por otro líder y estuviesen sumamente preocupados por su desviación hacia la órbita soviética. Los dos discordantes aliados se consolaron con la idea de que, aunque el original apoyo no les ganara la buena voluntad de Nasser, la segunda etapa haría que Egipto dependiera económicamente de ellos casi en el mismo grado que la construcción del canal de Suez le había dado a Occidente el dominio financiero de Egipto durante el siglo XIX.

El proyecto de la presa de Asuán, lejos de moderar a Nasser, aumentó en él la sensación de su propia importancia. Para conservar su capacidad de negociación, hizo una serie de movimientos compensatorios regateando ferozmente las condiciones financieras, y rechazó los esfuerzos de los Estados Unidos por ayudar a facilitar las negociaciones árabe-israelíes. Cuando Gran Bretaña intentó persuadir a Jordania de que ingresara en el Pacto de Bagdad, estallaron revueltas proegipcias, que en marzo de 1956 obligaron al rey Hussein a despedir a Glubb Pasha, comandante británico de la Legión Árabe⁷¹⁵.

El 16 de mayo, Nasser retiró su reconocimiento al gobierno de Chiang Kai-chek y estableció relaciones diplomáticas con la República Popular de China. Esto fue como una censura directa a los Estados Unidos, y en especial a Dulles, que estaba sumamente comprometido con Taiwán. En junio, el nuevo ministro soviético de Exteriores, Dimitri Shepílov, llegó a Egipto con la oferta soviética de financiar y construir la presa de Asuán, dando así oportunidad a Nasser de practicar su pasatiempo favorito de enfrentar a las superpotencias.

El 19 de julio, Dulles decidió poner fin a la comedia. El reconocimiento de la China comunista por parte del líder egipcio fue la gota que derramó el vaso, y convenció a Dulles de que debía darle una lección. Cuando el embajador egipcio retornó de El Cairo con instrucciones de aceptar todas las propuestas técnicas norteamericanas, Dulles replicó que Washington había llegado a la conclusión de que la construcción de la presa estaba más allá de la capacidad económica de Egipto. No se le daría ninguna ayuda.

Dulles se creía preparado para recibir una enérgica respuesta egipcia. Dijo a Henry Luce, director del *Time*, que la decisión acerca de la presa de Asuán era «una de las jugadas ajedrecísticas más importantes de cuantas había iniciado la diplomacia norteamericana en mucho tiempo». Nasser, afirmó Dulles, se encontraba «en una posición difícilísima y, haga lo que haga, nos favorecerá. Si ahora se vuelve hacia los rusos y ellos le dicen "No", esto socavará todo el entramado de los recientes negocios económicos de los soviéticos en el mundo entero [...]. Y si los soviéticos aceptan darle su presa a Nasser, nosotros estamos elaborando planes para mostrar claramente a los países satélites por qué sus condiciones de vida son tan miserables, mientras los soviéticos desembolsan millones en Egipto»⁷¹⁶. Pero Dulles carecía del ánimo suficiente para apoyar una «gran jugada» con la disposición a correr grandes riesgos. Éste fue un ejemplo más de la congénita tendencia de Dulles a sobreestimar el papel de la propaganda, sobre todo la del otro lado del Telón de Acero.

Por muy endeble que, para empezar, hubiese sido el razonamiento político para la construcción de la presa, el modo en que se retiró la oferta de ayuda norteamericana provocó una crisis importante. El embajador francés en Washington, Maurice Couve de Murville, que después sería ministro de Exteriores de De Gaulle, predijo atinadamente lo que ocurriría: «Harán algo en Suez. Es el único modo en que pueden perjudicar a los países de Occidente.»⁷¹⁷

Ante una enorme multitud reunida en Alejandría, el 26 de julio de 1956, Nasser respondió a Dulles, envolviendo su respuesta en una invocación al nacionalismo árabe:

Ésta es, ¡oh ciudadanos!, la batalla en la que ahora participamos. Es una batalla contra el imperialismo y los métodos y tácticas del imperialismo y una batalla contra Israel, vanguardia del imperialismo [...].

El nacionalismo árabe progresa. El nacionalismo árabe triunfa. El nacionalismo árabe sigue adelante; conoce sus caminos y conoce su fuerza. El nacionalismo árabe sabe quiénes son sus enemigos y quiénes son sus amigos [...]⁷¹⁸.

Desafiando deliberadamente a Francia dijo a su público: «Nunca podremos decir que la batalla de Argelia no es nuestra batalla.» En mitad de su discurso Nasser pronunció el nombre de Ferdinand de Lesseps, el francés que había construido el canal de Suez. Ese nombre era la palabra clave para que fuerzas militares egipcias se adueñaran del canal. Esto permitió a Nasser, casi al final de su arenga, anunciar a la multitud enardecida: «En este momento, mientras yo os hablo, algunos de vuestros hermanos egipcios [...] han empezado a ocupar la Compañía del Canal y sus propiedades y a controlar la navegación en el canal, que está situado en territorio egipcio, que [...] es parte de Egipto y que es propiedad de Egipto⁷¹⁹.»

Las diferencias de perspectiva entre las democracias que habían caracterizado el preludio a la crisis de Suez anularon en ese momento su reacción a ésta. Eden, que había ascendido el año anterior al cargo de primer ministro después de una larguísima espera, debido a su temperamento no era el más adecuado para tomar decisiones sometido a presión. Ser el inmediato sucesor de Churchill ya había resultado suficiente carga, que se complicó porque Eden había adquirido una reputación de fuerza que no se correspondía con sus debilidades psicológicas e incluso físicas. Pocos meses antes se había sometido a una importante intervención quirúrgica, y necesitaba constante medicación. Ante todo Eden estaba influido por sus años de formación. Notable arabista, había crecido en el período de dominación británica en Oriente Medio, y estaba dispuesto a contener a Nasser, si era preciso, con los escasos recursos británicos.

Francia era aún más hostil a Nasser. Sus principales intereses en el mundo árabe se encontraban en Marruecos y Argelia, el primero de los cuales era un protectorado francés y el segundo un departamento de la Francia metropolitana donde residía un millón de franceses. Ambos países norteafricanos se hallaban en proceso de independencia, al cual la política de Nasser dio gran apoyo emotivo y político. La venta de las armas soviéticas planteó la perspectiva de que Egipto se convertiría en lugar de paso para llevar armas soviéticas a las guerrillas argelinas. «Todo esto [está] en las obras de Nasser así como la política de Hitler [estaba] expuesta en *Mein Kampf*», declaró Guy Mollet, el nuevo primer ministro de Francia. «Nasser [tiene] la ambición de recrear las conquistas del Islam.»⁷²⁰

La analogía con Hitler no fue realmente acertada. Daba a entender que el Egipto de Nasser estaba resuelto a conquistar a otras naciones y atribuyó una validez a las fronteras de Oriente Medio que los nacionalistas árabes no reconocían. Las fronteras de Europa, salvo las de los Balcanes, reflejaban, en términos generales, una historia y una cultura comunes. En cambio, las fronteras de Oriente Medio habían sido trazadas casi siempre por potencias extranjeras al término de la Primera Guerra Mundial para facilitar el dominio de la zona. En la mente de los nacionalistas árabes, estas fronteras dividían la nación árabe e impedían la formación de una cultura árabe común. Borrirlas no era empresa de un país para dominar a otro, sino el modo de crear una nación árabe, así como Cavour había formado Italia y Bismarck había creado Alemania, partiendo de una multitud de Estados soberanos.

Por muy inexacta que fuese su analogía, una vez que Eden y Mollet habían enarbolado su bandera en el asta del antiapaciguamiento, debió de quedar claro que no se retirarían. Después de todo, pertenecían a la generación que consideraba el apaciguamiento como un pecado mortal y Munich como un reproche permanente. Comparar a un gobernante con Hitler y aun con Mussolini significaba haber dejado atrás toda posibilidad de negociar. Vencerían o perderían todo derecho a gobernar; sobre todo, a sus propios ojos.

La reacción de Eden y de Mollet a la nacionalización del canal de Suez fue violenta. Eden telegrafió a Eisenhower al día siguiente del discurso de Nasser: «Si no adoptamos [una actitud firme]

nuestra influencia y la vuestra, estamos convencidos, finalmente serán destruidas en todo Oriente Medio.»⁷²¹ Tres días después, en la Cámara de los Comunes, negó toda posibilidad de retirada:

Al gobierno de Su Majestad no le serían aceptables unos acuerdos sobre el futuro de esta gran vía acuática internacional que la dejara bajo el control absoluto de una sola potencia que, como lo han mostrado los hechos recientes, la explotaría con fines exclusivos de política nacional⁷²².

No menos firme se mostró Francia. El 29 de julio, el embajador francés en Londres informó al ministro de Exteriores británico que Francia estaba dispuesta a poner sus fuerzas bajo mando británico y a llevar tropas de Argelia para emprender una acción conjunta contra Egipto⁷²³.

Cuando Dulles apareció el 1 de agosto en Londres para iniciar consultas pareció compartir estas ideas. Proclamó que era inaceptable que una sola nación controlara el canal, especialmente si esa nación era Egipto, e insistió en que:

hay que encontrar un modo de que Nasser *desembuche* lo que está intentando tragarse [...] Debemos hacer un auténtico esfuerzo para que la opinión mundial favorezca la operación internacional del canal [...]. Debiera ser posible crear una opinión mundial tan adversa a Nasser que éste quedara aislado. Luego, si hubiera que emprender una operación militar más valdría que triunfara y tuviera repercusiones menos graves que si se hubiese emprendido precipitadamente⁷²⁴.

Propuso que en quince días se reuniera en Londres una Conferencia Marítima compuesta por veinticuatro de las principales naciones marítimas para formar un sistema internacional de libre navegación por el canal.

La convocatoria de Dulles a una conferencia fue el principio de un proceso desconcertante y para Gran Bretaña y Francia enloquecedor y por último humillante. Hasta el arranque inicial de Dulles fue un esfuerzo por unir un lenguaje rudo a una diplomacia que requeriría mucho tiempo. En un abrir y cerrar de ojos fue evidente que no todos los Aliados tenían los mismos puntos de vista acerca de la crisis. Eden y Mollet consideraban un fin en sí mismo el derrocamiento o la humillación de Nasser, mientras que Eisenhower y Dulles analizaban la crisis pensando en las relaciones a largo plazo con el mundo árabe. Ambos bandos partieron de suposiciones erróneas. Eden y Mollet actuaron como si la caída de Nasser fuera a restaurar la situación que había existido antes de que él ascendiera al poder. Eisenhower y Dulles parecían creer que, si no Nasser, entonces cualquier otro gobernante nacionalista de la región podría ser inducido a aceptar un sistema de seguridad en Oriente Medio similar a la OTAN. También opinaban que emprender una acción militar contra Nasser excitaría tanto a los nacionalistas árabes que la influencia occidental quedaría arruinada durante toda una generación; este panorama sería más alarmante que el riesgo de perder el control del canal.

Ninguna de estas suposiciones resultó atinada. El Egipto anterior a Nasser había desaparecido para siempre. Los otros gobernantes nacionalistas que habían seguido el ejemplo de Nasser hicieron oídos sordos al canto de sirenas de la contención. Su principal carta para negociar era la propia Guerra Fría, que explotaron tanto como la condenaban. La verdadera cuestión era la que más excitaría el ánimo del nacionalismo árabe: la victoria o derrota de Nasser.

Desde un punto de vista estrictamente analítico, los Estados Unidos debieron de haber compartido la idea británica y francesa de que el nacionalismo militante de tipo nasseriano representaba un obstáculo insuperable para una política constructiva en Oriente Medio. Una demostración de que depender de las armas soviéticas no servía a ningún propósito positivo podía

haber ahorrado varias décadas de tumultos en el mundo en desarrollo. Desde ese punto de vista habría sido deseable provocar la caída de Nasser. Pero, aun habiendo logrado su derrota, los Estados Unidos no podrían participar en una restauración del dominio colonial, ya fuera británico o francés. Donde los Estados Unidos debieron haberse separado de sus aliados, si hubiese sido absolutamente necesario, no fue al comienzo de la crisis de Suez sino tras su triunfal conclusión. Una demostración de que depender del apoyo soviético era desastroso para Egipto debió ir seguida de un apoyo a las razonables metas nacionalistas de un moderado sucesor de Nasser, casi como los Estados Unidos reaccionaron con Sadat en los años setenta.

Sin embargo, las democracias no estaban preparadas para aplicar una estrategia tan complicada. Gran Bretaña y Francia no aceptaron que para hacer caer a Nasser tuviesen que conceder muchas de sus demandas a un sucesor más moderado. Los Estados Unidos no comprendieron cuán importante era para su política que a dos de sus íntimos aliados de la OTAN se les permitiera adaptarse a las nuevas circunstancias sin deteriorar su imagen de grandes potencias, pues una vez destruida la imagen que una nación tiene de sí misma, también se destruye su disposición a desempeñar un gran papel internacional. Por eso, Harold Macmillan, a la sazón ministro británico de Hacienda, dijo al embajador Robert Murphy, emisario de Dulles, que si su país no le hacía frente entonces a Nasser, «Gran Bretaña se volvería como otros Países Bajos»⁷²⁵. Sin embargo, los gobernantes norteamericanos optaron por la oportunidad de ganarse a los nacionalistas radicales, primero disociándose diplomáticamente de Gran Bretaña y de Francia y luego oponiéndoseles de manera abierta y demostrando los límites de su capacidad para guiar los acontecimientos de Oriente Medio, en otras palabras, haciéndoles comprender el fin de su papel de grandes potencias.

Al tratar el régimen del canal como una cuestión jurídica, Dulles enfocó la potencial perturbación de las vías marítimas, y se mostró imaginativo presentando fórmulas jurídicas para eludir posibles obstáculos al libre tránsito por el canal. En cambio, Eden y Mollet estaban dispuestos a no aceptar la nacionalización del canal de Suez; intentaron convertirlo en un pretexto para provocar la caída de Nasser o, como mínimo, para humillarlo. Por último, Nasser intentó ganar tiempo como a menudo hacen los revolucionarios después de un *fait accompli*. Cuanto más tiempo durara su acción, más difícil sería invertirla, especialmente mediante el uso de la fuerza.

Eisenhower se opuso con vehemencia al uso de la fuerza, aunque fuera con el propósito de mantener el principio de libre paso por el canal de Suez, que Dulles había apoyado públicamente en Londres. Dulles había llevado consigo una carta del presidente a Eden, en que subrayaba la «imprudencia de considerar siquiera el empleo de la fuerza militar en este momento [...]». Incluso Eisenhower llegó a dar a entender que una acción unilateral británica pondría en peligro la decisión norteamericana de sostener la OTAN y, por implicación, podría dejar a los aliados de los Estados Unidos a merced de Moscú. Si estallaba la guerra, decía la carta, antes que Gran Bretaña hubiese demostrado claramente que había agotado todos los medios pacíficos de resolver la crisis, «esto podría afectar de manera muy grave los sentimientos de nuestros pueblos hacia nuestros aliados occidentales. No deseo exagerar, pero puedo asegurarle que esto podría llegar a tal grado de intensidad que tuviese las más trascendentales consecuencias»⁷²⁶.

En apariencia, no había dos países con menos probabilidades de que chocaran que Gran Bretaña y los Estados Unidos, dirigidos por hombres que compartían tantas experiencias de la guerra. Eden no podía creer que Eisenhower transformara en oposición abierta las dudas que le inspiraba una acción unilateral británica y francesa. Eisenhower estaba convencido de que al final Francia y Gran Bretaña no se atreverían a actuar sin el apoyo norteamericano. Los gobernantes británicos y norteamericanos apreciaban mucho su «relación especial», reforzada por la asociación

de tiempos de guerra y por una amistad personal. Pero durante la crisis de Suez sufrieron un importante choque de personalidades. A los gobernantes británicos Dulles les pareció un interlocutor quisquilloso, y Eden llegó a verlo con desagrado.

Por tradición familiar y vocación personal, John Foster Dulles parecía excepcionalmente preparado para el cargo de secretario de Estado. Su abuelo, John Foster, había sido secretario de Estado del presidente Benjamin Harrison; su tío, Robert Lansing, había sido secretario de Estado de Wilson en la Conferencia de Paz de Versalles. Aunque John Foster Dulles había sido abogado de un bufete hasta bien entrado en la mediana edad, la política exterior fue su preocupación constante.

Los secretarios de Estado norteamericanos han afirmado, por tradición, el excepcionalismo de los Estados Unidos y la validez universal de sus valores. Dulles no era distinto, salvo porque su forma de excepcionalismo era religiosa y no filosófica. Su primera experiencia en asuntos internacionales fue como jefe de una comisión protestante dedicada a promover la paz mundial. Una vez declaró con orgullo: «Nadie en el Departamento de Estado conoce la Biblia tan bien como yo.»⁷²⁷ E intentó aplicar los principios de su austera fe presbiteriana a la dirección cotidiana de la política exterior de los Estados Unidos. «Estoy convencido —escribió en 1950— de que aquí necesitamos hacer que nuestros pensamientos y prácticas políticos reflejen más fielmente una fe religiosa en que el hombre tiene su origen y su destino en Dios.»⁷²⁸ Aunque Dulles representó un típico fenómeno norteamericano que la generación inglesa de Gladstone habría reconocido con facilidad, a la generación de gobernantes británicos de posguerra le irritó su mojigatería, y él les pareció más hipócrita que espiritual.

Por desgracia, la costumbre de Dulles de sermonear a sus interlocutores con mucha frecuencia ensombreció su soberbio conocimiento de los asuntos exteriores y, en particular, su profundo análisis de la dinámica del sistema soviético. Churchill describió a Dulles como «un terco puritano, un gran rostro blanco con gafas, con un borrón por boca» y, en momentos de buen humor, ocasionalmente se refirió a él como «Dullith». Desde el principio, Eden tuvo poca confianza en Dulles. En 1952, antes de que Eisenhower lo nombrara secretario de Estado, Eden expresó su esperanza de tener algún otro colega: «Creo que no podría trabajar con él.»⁷²⁹

Dulles poseía muchas cualidades que le dieron una amplia influencia. Su ética de trabajo y su devoción por los principios habían impresionado a Eisenhower. Konrad Adenauer veía a Dulles como «el hombre más grande» que hubiese conocido, pues «cumplía su palabra»⁷³⁰. La rígida concepción de un mundo bipolar que tenía Dulles, su desconfianza ante los halagos o presiones para arrancarle concesiones a Moscú, y su grave resolución hicieron que Adenauer y otros gobernantes que temían a una negociación soviético-norteamericana por separado lo apreciaran.

Sin embargo, las continuas invocaciones de Dulles a una moral superior acentuaron las perspectivas cada vez más incompatibles entre Londres y Washington. Durante todo el tiempo, Dulles apoyó de viva voz los objetivos declarados de Gran Bretaña y de Francia, mientras con no menos constancia se oponía al uso de la fuerza para imponerlos. Se mostró extraordinariamente fértil en ideas para superar la crisis pero, una vez examinadas, sus ideas se disolvían en una acción ralentizadora para contener a ingleses y franceses, que querían lanzarse a la guerra. Si Dulles hubiese estado dispuesto a insistir en sus propuestas, éstas podrían haber solucionado la crisis de Suez; quizá no hubiese sido el resultado preferido por Gran Bretaña y Francia, pero seguramente lo habrían podido tolerar.

Sin embargo, en cuanto Dulles volvió a los Estados Unidos desautorizó el empleo de la fuerza aunque sus propuestas de la Conferencia Marítima fuesen rechazadas por Nasser. El 3 de agosto declaró:

No queremos [...] enfrentar violencia con violencia. Deseamos, ante todo, sondear la opinión de las muchas naciones que tienen un interés vital, porque creemos que todas las naciones interesadas, incluso Egipto, respetarán la meditada opinión de las naciones que son parte del tratado internacionalizador de 1888 o que, por sus condiciones, tienen derecho a sus beneficios⁷³¹.

La retórica moralista no alteraría el hecho de que la negativa de Dulles a considerar el uso de la fuerza estaba llevando a la diplomacia aliada a un callejón sin salida. El único modo de inducir a Nasser a aceptar el régimen del canal propuesto por Dulles sería amenazarlo con una intervención militar británica y francesa. Sin embargo Dulles contrarrestó cada uno de sus planes de establecer un control internacional del canal con alguna declaración que categóricamente rechazaba el uso de la fuerza, lo cual de hecho invitaba a Nasser a rechazarlos todos.

Dulles se había unido a Gran Bretaña y a Francia pidiendo una conferencia de los cuatro principales usuarios del canal de Suez, incluso de los ocho países que habían firmado la Convención de Constantinopla de 1888, la cual estableció, precisamente, el régimen que Nasser estaba intentando abolir. Los Estados Unidos votaron con la mayoría de dieciocho naciones proponiendo un nuevo régimen del canal que aceptaba la soberanía egipcia y la participación de personal egipcio, pero que también situaba a los participantes en la conferencia como administradores *de facto* del canal. Aunque fértil en recursos, Dulles se mostró reacio a emplear otras sanciones que no fuera la presión de la opinión pública para aplicarlas. Negó que hubiera una incongruencia entre sus propuestas y lo que parecía dispuesto a hacer por ellas, e insistió en que, a la postre, la persuasión moral convencería a Nasser de que cediera. A su parecer, casi todos:

[...] muestran un respeto decente a las opiniones de la humanidad [...]. Y como creo eso, confío en que de esta conferencia saldrá un juicio de tal fuerza moral que podamos tener confianza en que el canal de Suez continuará, como en los últimos cien años, sirviendo en años futuros y en paz a los intereses de la humanidad⁷³².

En realidad, la presión moral resultó insuficiente, en la proporción exacta en que se había evitado el uso de la fuerza física. El 10 de septiembre, Nasser rechazó la propuesta de la Conferencia Marítima de Londres.

Tres días después, Dulles presentó otra ingeniosa proposición. Esta vez se trataba de una Asociación de Usuarios que administrara el canal y cobrara las cuotas mediante una especie de línea de barcos que salieran de Port Said y de Suez, en cada extremo del canal, frente a las aguas territoriales de Egipto. Si Nasser no cedía, la Asociación de Usuarios seguiría adelante sin él; si aceptaba, entregaría el control de los ingresos del canal a un organismo internacional. Este intrincado esquema bien podría haberse impuesto si Dulles, como en la Conferencia Marítima, no hubiese saboteado su propia proposición. En una conferencia de prensa, el 2 de octubre, Dulles volvió a desautorizar el empleo de la fuerza. Asimismo, aprovechó la ocasión para sermonear a Eden sobre lo inapropiado de la propuesta de que la OTAN se inmiscuyera en crisis como la de Suez:

Existe cierta diferencia en los enfoques al problema del canal de Suez. Esta diferencia tal vez se relacione con algunas cosas bastante fundamentales. En algunas zonas las tres naciones están unidas por tratados como la zona del Pacto del Atlántico [...]. En esas las tres [...] están unidas.

Otros problemas se relacionan con otras zonas y tocan de una manera u otra el llamado

problema del colonialismo. En esos problemas, los Estados Unidos desempeñan un papel un tanto independiente⁷³³.

La interpretación jurídica de Dulles era bastante válida, aunque en el futuro resultaría que calzaba el zapato del otro pie, pues los aliados de los Estados Unidos invocarían el mismo argumento cuando los norteamericanos necesitaran su apoyo en Vietnam y en otros escenarios llamados «fuera de zona». Así, durante la guerra de Oriente Medio de 1973, los aliados europeos se negaron a permitir que el puente aéreo norteamericano hacia Israel pasara por sus territorios, devolviendo la lección de Suez.

En adelante, serían los aliados de los Estados Unidos los que se negaran a aplicar las obligaciones de la OTAN fuera del área del tratado estrictamente definida. Lo que enfureció a Gran Bretaña y a Francia en 1956 no fue tanto la interpretación jurídica cuanto la clara insinuación de Dulles de que, en Oriente Medio, los Estados Unidos definían sus intereses vitales de una manera considerablemente distinta de como lo hacían sus aliados europeos.

Esto resultó irritante sobre todo para Londres porque la víspera de la conferencia de Dulles Edén había teleografiado a Eisenhower diciéndole que el problema ya no era Nasser, sino la Unión Soviética:

No nos cabe duda de que Nasser, le guste o no, hoy está en realidad en manos rusas así como Mussolini estuvo en manos de Hitler. Sería tan contraproducente mostrar debilidad a Nasser tratando de aplacarlo como lo fue mostrar debilidad a Mussolini⁷³⁴.

Según Edén la declaración de Dulles significaba que los Estados Unidos no aceptaban su idea de que la amenaza última a Egipto procedía de la Unión Soviética. Había deseado situar la cuestión egipcia en términos de política de contención mientras Dulles parecía estar reduciendo todo el asunto a un embrollo colonial que los Estados Unidos resueltos a mantener su imagen de pureza moral, no tocarían siquiera.

Es difícil creer que Dulles no viera cuán peligroso era el juego al que estaba jugando. Aunque actuara como si creyese que el público norteamericano respondería a sus pomposas, mojigatas y moralistas declaraciones, Dulles también tenía una gran experiencia práctica. No dejó ninguna explicación de sus acciones durante la crisis de Suez. Sin embargo, es probable que se sintiera desgarrado por dos impulsos contradictorios. Dada su actitud hacia el comunismo, con toda probabilidad concordaba con el análisis de Edén y de Mollet sobre los peligros de una penetración soviética en Oriente Medio. Esto explicaría por qué la interpretación de los motivos de Nasser es indistinguible de la de Edén, y por qué su súbita negativa a construir la presa de Asuán tomó por sorpresa incluso al gabinete británico (que ya había recibido una advertencia general).

Al mismo tiempo, Dulles era secretario de Estado de un presidente apasionadamente opuesto a la guerra, como sólo puede serlo un militar con experiencia. Eisenhower no estaba interesado en los matices del equilibrio del poder; aunque a largo plazo peligrara el equilibrio global en Oriente Medio, Eisenhower concluyó que los Estados Unidos eran lo bastante fuertes para resistir más adelante, y mucho antes de que su existencia misma estuviese en peligro. Según Eisenhower, la crisis de Suez no era lo bastante amenazadora para justificar el uso de la fuerza. A pesar de su cordial sonrisa, tenía una fuerte personalidad no muy agradable cuando se irritaba.

Como una vez dijo Dean Acheson: la eficiencia de un secretario de Estado depende de saber quién es el presidente. Dulles, sin duda lo sabía, pero Edén y Mollet, que creían que Eisenhower no

era más que una amable figura decorativa, lo ignoraban. Decidieron pasar por alto las implicaciones de una carta que Eisenhower había escrito a Eden el 2 de septiembre acerca de la Conferencia Marítima, en la que volvía a advertirle contra el empleo de la fuerza:

[...] los pueblos de Oriente Medio y del norte de África y, hasta cierto punto, de toda Asia y África, se unirían contra Occidente hasta un grado que, temo, no podría ser superado en una generación, y tal vez ni siquiera en un siglo, particularmente teniendo en cuenta la capacidad de los rusos para causar dificultades⁷³⁵.

Dulles se vio atrapado entre un inflexible Eisenhower y un escandalizado grupo de aliados europeos. Eden y Mollet no podían ya dar marcha atrás, y les enfureció la incongruencia entre la dureza de los objetivos declarados de Dulles y su repetida desautorización de los medios prácticos para alcanzarlos. Nunca comprendieron lo decidido que estaba Eisenhower a no valerse de la fuerza, ni lo predominantes que eran sus ideas. Para Dulles, la distancia entre sus aliados y Nasser era un problema menor que la que había entre su presidente y los amigos personales de ese presidente en Europa. Decidió tender un puente basándose en la destreza, esperando que el tiempo modificara la posición de los europeos o la de Eisenhower, o hiciera que Nasser cometiera alguna pifia que resolviera el dilema común. En cambio, Dulles provocó que Francia y Gran Bretaña lo arriesgaran todo a una sola apuesta.

El dilema de las tácticas de Dulles quedó resumido en la pregunta de un periodista en una conferencia de prensa del 13 de septiembre: «Señor secretario, ahora que los Estados Unidos están anunciando que no emplearán la fuerza, y mientras Rusia apoya a Egipto con su propaganda, ¿no deja eso todos los triunfos en manos del señor Nasser?»⁷³⁶ Aunque Dulles contestó vagamente que se impondría la fuerza moral, la pregunta dio directamente en el blanco.

La creciente distancia que separaba a las democracias animó al Kremlin a aumentar las apuestas. Asombró a Washington al reemplazar la ayuda occidental a la presa de Asuán por su propia ayuda, y aceleró los embarques de armas hacia Oriente Medio. Un exultante Jruschov dijo al embajador de Yugoslavia: «No olvide que, si estalla una guerra, todo nuestro apoyo será para Egipto. Si mi hijo viniera a decirme que se iba voluntario a luchar por Egipto, yo lo alentaría a irse.»⁷³⁷

Después de la conferencia de prensa de Dulles, del 2 de octubre, en que por segunda vez declinó el uso de la fuerza, las desesperadas Gran Bretaña y Francia decidieron seguir adelante. La intervención militar anglo-francesa sólo estaba ya a uno o dos pasos. Uno de éstos fue una llamada final a las Naciones Unidas, que durante todo el asunto habían desempeñado un papel bastante extraño. Al principio, Gran Bretaña y Francia habían intentado, con el apoyo norteamericano, eludir por completo a las Naciones Unidas temiendo que el grupo de países no alineados se solidarizara con Egipto. No obstante, al acabárseles los recursos diplomáticos, Francia y Gran Bretaña apelaron a las Naciones Unidas como una especie de último gesto simbólico para demostrar que, dada la inutilidad de la organización mundial, no les quedaba más remedio que actuar por sí solas. De este modo, las Naciones Unidas fueron transformadas de un medio para resolver disputas internacionales en un último obstáculo que había que salvar antes de recurrir a la fuerza y, en cierto sentido, hasta como excusa para ésta.

Inesperadamente y por una vez, las Naciones Unidas estuvieron a la altura de la ocasión. Unas consultas privadas entre ministros de Exteriores de Egipto, Gran Bretaña y Francia produjeron un acuerdo basado en seis principios, muy parecido a la opinión mayoritaria de la Conferencia

Marítima. Se establecieron una junta administrativa egipcia y una Junta de Usuarios que la supervisaría. Las disputas entre las dos juntas se resolverían mediante arbitraje. Eisenhower se mostró encantado al hablar ante las cámaras de televisión el 12 de octubre:

Tengo un anuncio que hacer. He recibido la mejor noticia que pueda yo ofrecer esta noche a los Estados Unidos.

El progreso logrado esta tarde en las Naciones Unidas en la solución de la disputa de Suez es sumamente grato. Egipto, Gran Bretaña y Francia se han reunido en las personas de sus ministros de Exteriores, y han aceptado un conjunto de principios para negociar; parece que hemos dejado atrás una enorme crisis⁷³⁸.

Aunque Eisenhower no había dicho precisamente «la paz está al alcance de la mano», las celebraciones provocadas por su declaración resultaron prematuras. A la noche siguiente, el 13 de octubre, se pidió al Consejo de Seguridad que endosara los Seis Principios, y éste se encontró con una desagradable sorpresa. En dos votaciones por separado, los Principios fueron aprobados por unanimidad, pero su aplicación fue vetada por la Unión Soviética.

Los Seis Principios habían sido la última oportunidad de resolver pacíficamente la crisis. La presión ejercida por los Estados Unidos sobre Egipto habría podido inducirlo a pedir a la Unión Soviética que levantara su veto, suponiendo que éste no hubiese surgido, para empezar, del enfrentamiento de estos dos países. Asimismo, la presión norteamericana sobre la Unión Soviética si hubiesen advertido de que, en caso de choque, los Estados Unidos estarían de parte de sus aliados, acaso habría hecho que los soviéticos no aplicaran el veto. Pero los Estados Unidos estaban decididos a conservar la amistad de sus aliados y a mantener abierta su opción para con el grupo de países no alineados. El intento de los Estados Unidos de mantener unas políticas incompatibles hizo la guerra inevitable.

Eden y Mollet habían aceptado todas las fórmulas para evitar la guerra: la Conferencia Marítima, la Asociación de Usuarios y luego los Seis Principios. En cada caso había fracasado un comienzo prometedor; en ningún caso, los Estados Unidos habían empleado su influencia diplomática en favor de las propuestas que Dulles había inventado o apoyado. Pero aunque Gran Bretaña y Francia tenían muchas razones comprensibles para ir a la guerra, se imponían a sí mismas una carga fatal al utilizar como pretexto una estratagema ridículamente obvia. El truco, ideado por Francia, exigía que Israel invadiera Egipto y avanzara hacia el canal de Suez para que entonces Gran Bretaña y Francia, en nombre de la libertad de navegación, exigieran que tanto Egipto como Israel se retiraran a una distancia de 16 kilómetros del canal. En caso de que Egipto, como se esperaba, se negase, Gran Bretaña y Francia ocuparían la Zona del Canal. Lo que después tuviera que hacerse permanecía indefinido. El plan se pondría en marcha una semana antes de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.

Este retorcido plan redundaría en desventajas para todos. Por una parte, era totalmente incongruente con la diplomacia aplicada desde que Nasser se apoderara del canal de Suez con la intención de establecer algún tipo de régimen internacional sobre la administración del canal. Dado que habían abortado los diversos planes, apoyados internacionalmente, para garantizar la libre navegación, el siguiente paso lógico habría sido que Gran Bretaña y Francia impusieran uno de los suyos por la fuerza. Aunque, sin duda, la acción unilateral habría tropezado con gran oposición, al menos habría sido comprensible a la luz de la diplomacia precedente. En cambio, la maniobra de franceses y británicos fue demasiado transparente y demasiado cínica.

Mejor habría sido para cada uno de los asociados que hubiesen buscado independientemente sus objetivos. Gran Bretaña y Francia deterioraron su fama de grandes potencias al demostrar que necesitaban la ayuda de Israel para atacar a Egipto. Israel perdió la ventaja moral de la negativa de su vecino a discutir las condiciones de paz, al dejar que pareciera un juguete en manos del colonialismo. La posición de Gran Bretaña en Jordania e Irak, sus bastiones clave en Oriente Medio, se debilitó. Eisenhower se sintió profundamente ofendido por una maniobra que, al parecer, quería aprovechar su supuesto deseo de no perder la simpatía de los votantes judíos en la última semana de una campaña electoral⁷³⁹. Se necesita perseverancia para encontrar una política que combine las desventajas de cada acción, o para formar una coalición que debilite simultáneamente a todos los participantes. Gran Bretaña, Francia e Israel lograron esta «hazaña».

Olvidando, al parecer, el escándalo internacional que les aguardaba, Gran Bretaña y Francia complicaron más sus problemas políticos al adoptar una estrategia militar tan deliberada que pareció que pretendieran ganar tiempo. El 29 de octubre Israel invadió el Sinaí. El 30, Gran Bretaña y Francia exigieron que ambos bandos se retiraran del canal, al que aún no llegaban las tropas israelíes. El día 31 Gran Bretaña y Francia anunciaron que intervendrían sobre el terreno. Sin embargo, las tropas británicas y francesas tardaron otros cuatro días en llegar a Egipto, y nunca cumplieron su misión de adueñarse del canal en los pocos días que estuvieron en el lugar.

Nadie había contado con el sentido de dignidad ofendida de los Estados Unidos. El 30 de octubre, 24 horas después del ataque inicial de Israel, los Estados Unidos presentaron una dura resolución al Consejo de Seguridad en que ordenaban a las fuerzas armadas israelíes «retirarse inmediatamente [...] tras las líneas establecidas en el armisticio»⁷⁴⁰. No se hacía ninguna exigencia de condenar el terrorismo patrocinado por Egipto, ni el ilegal bloqueo árabe del golfo de Aqaba. Cuando Gran Bretaña y Francia entraron en el conflicto, el 31 de octubre, Eisenhower se volvió también contra ellas en un discurso televisado el mismo día:

Así como es derecho manifiesto de cualquiera de estos países adoptar tales decisiones y acciones, también es nuestro derecho —si nuestro criterio lo dicta así— disentir. Creemos que estas acciones se han emprendido por error. Pues no aceptamos el uso de la fuerza como instrumento sabio y apropiado para zanjar las disputas internacionales⁷⁴¹.

Tan absoluta renuncia a la fuerza no era un principio al que el gobierno de Eisenhower se hubiese atenido, por ejemplo, cuando organizó el derrocamiento del gobierno de Guatemala, dos años antes; tampoco dos años después, cuando tropas norteamericanas invadieron el Líbano. Ésta fue la primera y única vez en que los Estados Unidos votaron junto con la Unión Soviética contra sus más directos aliados. Eisenhower dijo al pueblo norteamericano que, en vista del esperado veto británico y francés en el Consejo de Seguridad, él llevaría el caso ante la Asamblea General, donde el veto no podría aplicarse.

El 2 de noviembre, la Asamblea General exigió poner fin a las hostilidades, por la abrumadora mayoría de 64 votos contra 5. En una sesión que duró toda la noche del 3 al 4 de noviembre, se aprobó una resolución aún más enérgica, y se empezó a hablar de enviar al canal una fuerza pacificadora de las Naciones Unidas, medida puramente simbólica para facilitar la retirada de británicos y franceses, pues las fuerzas de las Naciones Unidas nunca se mantienen en suelo de un país soberano contra la voluntad de éste, y era seguro que Nasser exigiría su retirada.

Para el 5 de noviembre, la fuerza pacificadora de las Naciones Unidas se había establecido. Ese mismo día, Gran Bretaña y Francia anunciaron que sus tropas se retirarían en cuanto llegara la fuerza

de las Naciones Unidas, tal vez con la *arrière pensée* de que sus fuerzas pudieran formar parte del contingente de las Naciones Unidas. Para hacer aún más doloroso el enfrentamiento de los Estados Unidos en la humillación de sus aliados, ese mismo día fuerzas soviéticas aplastaron a guerrilleros húngaros que luchaban por su libertad, ante lo que sólo puede describirse, y con excesiva benevolencia, como una oposición puramente simbólica de las Naciones Unidas.

En la noche del 5 de noviembre, una semana después del ultimátum anglo-francés, y 24 horas después de que los tanques soviéticos empezaran a sofocar el levantamiento húngaro, llegaron noticias de la Unión Soviética. La obvia escisión entre los Estados Unidos y sus aliados permitió a Moscú presentarse con un mínimo riesgo como protector de Egipto, desencadenando una verdadera tempestad de comunicados. El ministro de Exteriores, Shepílov, escribió al presidente del Consejo de Seguridad; el primer ministro, Bulganin, se dirigió a Eden, Mollet, Eisenhower y David Ben Gurion, el primer ministro israelí. En los cinco mensajes el tema era el mismo: debía cesar la agresión «depredadora» contra Egipto; las Naciones Unidas necesitaban organizar un esfuerzo conjunto en ese sentido; la Unión Soviética cooperaría poniendo a su disposición sus fuerzas navales y aéreas.

Por si todas estas declaraciones no fuesen bastante amenazadoras, la carta de Bulganin contenía unas advertencias hechas a la medida de sus diversos destinatarios. Por ejemplo, a Eden le tocó la primera amenaza explícita de recibir ataques con cohetes contra un aliado occidental, aunque disfrazada en esta pregunta retórica:

¿En qué situación se encontraría Gran Bretaña si fuese atacada por Estados más fuertes, que poseyeran todo tipo de modernas armas destructivas? Y, en el momento presente, tales países podrían contenerse de enviar fuerzas navales o aéreas a las costas de Inglaterra y emplear otros medios; por ejemplo, cohetes⁷⁴².

Para que aquello quedase bien claro, Bulganin insertó una frase más amenazadora: «Estamos plenamente resueltos a aplastar a los agresores mediante el uso de la fuerza y a restaurar la paz en el Este.»⁷⁴³ Se hacían similares advertencias a Mollet. Aunque menos específica, la carta enviada a Ben Gurion era aún más amenazadora, porque subrayaba que las acciones de Israel estaban «poniendo en peligro la existencia misma de Israel como Estado»⁷⁴⁴.

Por último, en su carta a Eisenhower, Bulganin proponía una acción militar conjunta soviético-norteamericana para poner fin a las hostilidades en Oriente Medio. Incluso insinuaba una tercera guerra mundial: «Si no se sofoca esta guerra, habrá el peligro de que se desate una tercera guerra mundial.»⁷⁴⁵ Viniendo del único otro país que podía desencadenar semejante guerra, esto resultaba realmente ominoso.

Las amenazas soviéticas mostraron esa clase de bravatas que serían habituales de la diplomacia de Jruschov. En el momento preciso en que tropas soviéticas estaban liquidando brutalmente a los guerrilleros húngaros que luchaban por su libertad, la Unión Soviética tenía el descaro de lamentar el destino de las supuestas víctimas del imperialismo occidental. Sólo una naturaleza temeraria pudo permitir a Jruschov lanzar la amenaza de una tercera guerra mundial en 1956, cuando la Unión Soviética era incomparablemente más débil que los Estados Unidos, sobre todo en el terreno nuclear. La Unión Soviética no sólo no se encontraba en posición de resistir un choque, sino que, al hacerse éste inminente, Jruschov se vería obligado a retirarse ignominiosamente, como de hecho lo hizo seis años después, debido a la crisis de los misiles cubanos.

Indignado, Eisenhower rechazó toda acción militar conjunta con la Unión Soviética y advirtió

que los Estados Unidos se opondrían a todo movimiento militar unilateral de los soviéticos. Al mismo tiempo, la advertencia soviética intensificó la presión de Washington sobre Gran Bretaña y Francia. El 6 de noviembre, una gran demanda de libras esterlinas cobró proporciones alarmantes. En contra de toda práctica anterior, los Estados Unidos se mantuvieron a la expectativa, negándose a intervenir para calmar el mercado.

Eden, vapuleado en la Cámara de los Comunes, con escaso apoyo de la Commonwealth y totalmente abandonado por los Estados Unidos, arrojó la toalla. El 6 de noviembre aceptó un alto el fuego que entraría en vigor al día siguiente. Las fuerzas llevaban menos de 48 horas en el teatro de operaciones anglo-francesas.

La expedición franco-británica había sido concebida burdamente y aplicada por principiantes; planeada por resentimiento y carente de todo objetivo político claro, estaba condenada al fracaso. Los Estados Unidos nunca habrían apoyado tan deficiente empresa. Sin embargo, queda la pregunta candente de si los Estados Unidos tuvieron que disociarse con tanta brutalidad de sus aliados. ¿No tenían en realidad los Estados Unidos otra opción que la de apoyar la aventura francesa y británica u oponerse categóricamente? En el aspecto jurídico los Estados Unidos no tenían obligaciones con Gran Bretaña y Francia fuera de la claramente definida zona de la OTAN. Pero la cuestión no era estrictamente jurídica. ¿Fue bien defendido el interés nacional de los Estados Unidos al mostrar de manera tan clara a dos de sus aliados más indispensables que habían perdido toda capacidad de acción autónoma?

Los Estados Unidos no tenían la obligación de imponer las deliberaciones de las Naciones Unidas al ritmo vertiginoso con que lo hicieron, ni de apoyar unas resoluciones que pasaban por alto las causas de la provocación y sólo se centraban en las cuestiones inmediatas. Podrían haber llamado la atención sobre todos los diversos planes internacionales hechos para aislar la operación del canal, hacia el ilegal bloqueo árabe del golfo de Aqaba o acerca de los ataques terroristas fomentados por Nasser contra Israel. Ante todo, habrían podido y debido unir su condena a las acciones franco-británicas con una condena a las acciones soviéticas en Hungría. Al actuar como si la cuestión de Suez fuese enteramente moral y jurídica, y como si no tuviese bases geopolíticas, los Estados Unidos eludieron la realidad de que una victoria incondicional de Nasser, en cuyo caso Egipto no daba garantías con respecto a la operación del canal, también significaba la victoria de una política radical fomentada por las armas soviéticas y apoyada por amenazas soviéticas.

El meollo del problema fue conceptual. Los gobernantes de los Estados Unidos plantearon tres principios durante la crisis de Suez, cada uno de los cuales reflejaba verdades de largo alcance: que las obligaciones de los Estados Unidos para con sus aliados estaban circunscritas por precisos documentos jurídicos; que el recurso de cualquier nación a la fuerza era inadmisibles, excepto cuando podía definirse precisamente como defensa propia y, aún más importante, que la crisis de Suez había dado a los Estados Unidos una oportunidad de aplicar su verdadera vocación, que era acaudillar a los países en desarrollo.

El primer punto fue establecido en un discurso de Eisenhower del 31 de octubre, en que echó todo el peso diplomático de su país contra Gran Bretaña y Francia: «No puede haber paz sin ley, y no puede haber ley si tenemos que invocar un código de conducta internacional para quienes se nos oponen y otro para nuestros amigos.»⁷⁴⁶ El concepto de que las relaciones internacionales podrían ser exhaustivamente definidas por el derecho internacional enraizaba profundamente en la historia norteamericana. La suposición de que los Estados Unidos han de actuar como el imparcial árbitro moral de la conducta de las naciones sin dejarse llevar por los intereses nacionales o geopolíticos de las alianzas forma parte de esa nostalgia. Sin embargo, en el mundo real, la diplomacia incluye, al

menos en parte, la capacidad de discriminar entre los distintos casos, y de distinguir a los amigos de los adversarios.

El concepto estrictamente constructivo de que la única causa legítima de la guerra es la defensa propia fue planteado en diciembre de 1956 por John Foster Dulles, quien interpretó el Artículo 1 del Tratado de la OTAN en el sentido de que creaba esa obligación:

[...] el caso fue que consideramos que semejante ataque, dadas las circunstancias, violaría la Carta de las Naciones Unidas y el Artículo 1 del propio Tratado del Atlántico Norte, el cual requiere que todas las partes de ese tratado renuncien al uso de la fuerza y resuelvan sus disputas por medios pacíficos. Esa es nuestra queja: que se violó el tratado; no que no hubo una consulta⁷⁴⁷.

Nadie había interpretado de manera tan pacifista el Artículo 1 del Tratado del Atlántico Norte, y nadie volvería a hacerlo. La idea de que la carta de una alianza militar contuviera una obligación de resolución pacífica de todas las disputas sin duda era desconcertante. Sea como fuere, la verdadera cuestión no era jurídica, sino que consistía en saber si una alianza no incluye la obligación tácita de mostrar cierta comprensión con la manera en que un aliado define sus intereses vitales, aun fuera de un área estrictamente definida por tratado, y tal vez un poco de criterio ante una ocasional diferencia de juicio.

Sin duda, eso pensaron George Kennan y Walter Lippmann, los dos grandes adversarios del anterior debate norteamericano por la contención. George Kennan pidió indulgencia:

Nos hemos equivocado en ciertas ocasiones, y nuestros amigos no se han vuelto contra nosotros. Además, nosotros tenemos buena parte de responsabilidad por la desesperación que impulsó a los gobiernos francés y británico a realizar esta mal concebida y patética acción⁷⁴⁸.

Walter Lippmann fue más allá, y afirmó que los Estados Unidos sí tenían un interés en el triunfo británico y francés:

La acción anglo-francesa será juzgada por los resultados [...]. El interés norteamericano, aunque hayamos disentido de la decisión misma, requería que ahora triunfaran Francia y Gran Bretaña. Aunque deseáramos que no hubiesen comenzado, ahora no podríamos desear que fracasaran⁷⁴⁹.

La tercera premisa de la política norteamericana, su sueño secreto de emerger como dirigente del mundo en desarrollo, resultó imposible de realizar. Richard Nixon, probablemente el más profundo estudioso del interés nacional entre los dirigentes norteamericanos de la posguerra, colocó a los Estados Unidos en la vanguardia de la lucha anticolonial el 2 de noviembre, cuatro días antes de las elecciones, al proclamar:

Por primera vez en la historia hemos mostrado nuestra independencia de una política anglo-francesa respecto de Asia y África que, según nos pareció, reflejaba la tradición colonial. Esa declaración de independencia ha tenido un efecto electrizante en el mundo entero⁷⁵⁰.

A la luz de declaraciones ulteriores de Nixon, resulta difícil creer que estuviera haciendo otra cosa que seguir instrucciones.

Sin embargo, eso no fue, de ninguna manera, lo que ocurrió. Nasser no moderó su política con

Occidente ni con sus aliados árabes. Los radicales de su bando no le habrían permitido reconocer que lo habían salvado las presiones norteamericanas, aunque él hubiera deseado hacerlo. Por el contrario, para impresionar a ese mismo público aceleró sus ataques a los gobiernos moderados prooccidentales de Oriente Medio. En los dos años siguientes a la crisis de Suez, el gobierno prooccidental de Irak fue derrocado y reemplazado por uno de los regímenes más radicales del mundo árabe, en el que después surgiría Saddam Hussein. También Siria se volvería cada vez más radical. En menos de cinco años, tropas egipcias entraron en Yemen en lo que resultó un vano esfuerzo por derrocar al régimen existente. Como, a la postre, los Estados Unidos heredaron las posiciones estratégicas dejadas por Gran Bretaña, toda la furia del radicalismo de Nasser se desató contra los Estados Unidos hasta culminar en la ruptura de relaciones diplomáticas en 1967.

Tampoco entre el resto de los países no alineados mejoraron su posición los Estados Unidos. Pocos meses después de la crisis de Suez, no tenían mejor reputación que Gran Bretaña. No se trataba de que la mayoría de estos países se hubiese sentido súbitamente indisputada hacia los Estados Unidos, sino tan sólo que había llegado a comprender su propia influencia. Lo que más claramente recordaron estas naciones de la crisis de Suez, no fue el apoyo de los Estados Unidos a Nasser, sino que Nasser se anotó grandes triunfos por su destreza al enfrentar a las superpotencias unas contra otras. La crisis de Suez también sirvió como primer contacto de las naciones no alineadas con otra verdad fundamental de la Guerra Fría: que presionar a los Estados Unidos sólo provocaba, generalmente, protestas de buena fe y esfuerzos por acallar las quejas expresadas, mientras que presionar a la Unión Soviética podía ser peligroso, porque la invariable respuesta de los soviéticos era una dura dosis de contrapresión.

En las décadas que siguieron a la crisis de Suez estas tendencias se intensificaron. Las críticas a la política norteamericana fueron habituales en las conferencias de países no alineados. La condena de las acciones soviéticas en las declaraciones publicadas al término de las periódicas reuniones de países no alineados era muy rara y circunspecta. Como estadísticamente era improbable que los Estados Unidos siempre tuvieran la culpa, la tendencia de los no alineados tenía que reflejar un cálculo de intereses, no un juicio moral.

La consecuencia más profunda de la crisis de Suez corrió por ambos lados de la línea divisoria de Europa central. Anwar el Sadat, por entonces jefe de propaganda de Egipto, escribió el 19 de noviembre:

Sólo hay dos grandes potencias en el mundo de hoy, los Estados Unidos y la Unión Soviética [...] El ultimátum puso a Gran Bretaña y a Francia en su lugar, como potencias que no son grandes ni fuertes⁷⁵¹.

Los aliados de los Estados Unidos sacaron la misma conclusión. La crisis de Suez les hizo comprender que una de las premisas de la Alianza del Atlántico, la afinidad de intereses entre Europa y los Estados Unidos, sólo era, si acaso, parcialmente válida. Desde este punto de vista, el argumento de que Europa no necesitaba armas nucleares porque siempre podría contar con el apoyo norteamericano tropezó con el recuerdo de Suez. Desde luego, Gran Bretaña siempre había tenido poder disuasivo independiente. En cuanto a Francia, un artículo aparecido el 9 de noviembre de 1956 en el diario francés *Le Populaire* expresó una actitud que había arraigado en Francia: «El gobierno francés sin duda tomará pronto la decisión de fabricar armas nucleares [...]. La amenaza soviética de emplear cohetes ha disipado todas las ficciones e ilusiones.»⁷⁵²

Los participantes en Suez no fueron los únicos en sentir la sacudida de la desautorización

norteamericana a sus aliados directos. El canciller Adenauer, tan buen amigo de los Estados Unidos como el que más en la Europa de la posguerra, admiraba muchísimo a Dulles. Sin embargo, hasta él consideró que la diplomacia norteamericana en Suez era potencial precursora de algún tipo de acuerdo global entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyo precio acabaría por pagar Europa.

Adenauer se encontraba en París el 6 de noviembre, el día en que Eden y Mollet decidieron que tendrían que ceder ante la presión norteamericana. Según el ministro francés de Exteriores, Christian Pineau, Adenauer declaró:

Francia e Inglaterra jamás serán potencias comparables a los Estados Unidos y la Unión Soviética, y tampoco Alemania. Sólo les queda una manera de desempeñar un papel decisivo en el mundo, que consiste en unirse para integrar a Europa. Inglaterra no está madura para ello, pero el asunto de Suez ayudará a prepararla. No tenemos tiempo que perder: Europa será vuestra venganza⁷⁵³.

Esta declaración ilumina el razonamiento básico de la ulterior política franco-alemana que culminó en el tratado de De Gaulle de 1963, de amistad y cooperación con Adenauer.

Gran Bretaña extrajo muchas de las mismas conclusiones analíticas que Francia acerca de su propia debilidad y las puso al servicio de una política totalmente distinta. Apartándose de la unidad europea, optó por una subordinación permanente a la política norteamericana. Antes de Suez, Gran Bretaña ya tenía clara conciencia de que dependía de los Estados Unidos, aunque había seguido actuando como gran potencia. Después de Suez, interpretó la «relación especial» con los Estados Unidos como sistema para ganar una máxima influencia sobre decisiones que, esencialmente, se tomaban en Washington.

La repercusión más perniciosa de la crisis de Suez cayó sobre la Unión Soviética. En el año del «espíritu de Ginebra», la Unión Soviética había logrado penetrar en Oriente Medio, sofocar una rebelión en Hungría y amenazar con ataques de cohetes a la Europa occidental. En general, el oprobio internacional había caído sobre la Gran Bretaña y Francia, mientras acciones mucho más brutales de la Unión Soviética en Hungría habían recibido, si acaso, una pasajera condena.

La ideología y la personalidad de Jruschov le hicieron atribuir la conducta de los Estados Unidos a pura debilidad y no a unos principios elevados. Lo que había comenzado como una venta de armas checas a Egipto se había convertido en un importante avance estratégico soviético, que dividió la Alianza del Atlántico e hizo que muchas naciones en desarrollo se volvieran hacia Moscú, intentando mejorar su capacidad de negociación. Jruschov estaba eufórico. Su optimismo le lanzó a emprender otro viaje por la «montaña rusa», de un enfrentamiento a otro, comenzando con su ultimátum de Berlín de 1958 y terminando con su humillación durante la crisis de los misiles cubanos de 1962.

Pese a la consternación que causó, la crisis de Suez había señalado el encumbramiento de los Estados Unidos a la jefatura mundial. Con alivio, aprovecharon la ocasión de Suez para separarse de unos aliados a los que siempre habían considerado responsables de la maldición de la *Realpolitik* y de su errónea devoción al equilibrio del poder. Pero, siendo la vida como es, no se permitiría que los Estados Unidos siguieran siendo puros. Suez resultó la iniciación de los Estados Unidos en las realidades del poder global, una de cuyas lecciones es que los huecos siempre son ocupados y que la principal pregunta no es si esto ocurrirá, sino quién los ocupará. Tras haber desplazado a Gran Bretaña y a Francia de sus papeles históricos en Oriente Medio, los Estados Unidos descubrieron que la responsabilidad del equilibrio del poder en esa región había caído íntegramente sobre sus

hombros.

El 29 de noviembre de 1956, el gobierno de los Estados Unidos, al saludar el reciente Pacto de Bagdad, a cuya cumbre asistieron los dirigentes de Pakistán, Irak, Turquía e Irán, declaró: «Una amenaza a la integridad territorial o a la independencia política de los miembros sería considerada por los Estados Unidos de la mayor gravedad.»⁷⁵⁴ Era el modo diplomático de decir que los Estados Unidos emprenderían la defensa de los Estados del Pacto de Bagdad, papel para el cual Gran Bretaña había quedado demasiado débil y desacreditada.

El 5 de enero de 1957, Eisenhower envió un mensaje al Congreso pidiendo la aprobación de la que se llamaría Doctrina Eisenhower, un triple programa de ayuda económica, apoyo militar y protección contra la agresión comunista en Oriente Medio⁷⁵⁵. En su Informe sobre el estado de la Unión, del 10 de enero de 1957, Eisenhower llegó aún más lejos al declarar que los Estados Unidos se comprometían a defender a todo el mundo libre:

En primer lugar, los intereses vitales de los Estados Unidos son mundiales, y abarcan ambos hemisferios y todos los continentes.

En segundo lugar, tenemos una comunidad de intereses con toda nación del mundo libre.

En tercer lugar, la interdependencia de intereses exige un respeto decente a los derechos y a la paz de todos los pueblos⁷⁵⁶.

El intento de los Estados Unidos por disociarse de Europa los había colocado en la situación de tener que aceptar la carga de proteger a toda nación libre (es decir, no comunista) y en todo el globo. Aunque durante la crisis de Suez los Estados Unidos aún estaban tratando de resolver las ambigüedades del equilibrio del mundo en desarrollo mediante las Naciones Unidas, al cabo de dos años fuerzas norteamericanas desembarcarían en el Líbano, en cumplimiento de la Doctrina Eisenhower. Una década después, los Estados Unidos lucharían solos en Vietnam, pues casi todos sus aliados se habían disociado de tal doctrina, invocando muchos de los argumentos expuestos por Estados Unidos durante la crisis de Suez.

Hungría: disturbios en el Imperio

En 1956, dos hechos simultáneos transformaron la pauta de las relaciones internacionales de posguerra. La crisis de Suez marcó el fin de la inocencia para la Alianza occidental; en adelante, los aliados occidentales nunca volverían a creer a pie juntillas en sus propias declaraciones de mantener una perfecta simetría de intereses. Al mismo tiempo, la sangrienta represión del levantamiento húngaro demostró que la Unión Soviética mantendría su esfera de interés, de ser necesario por la fuerza, y que todas sus frases acerca de la liberación eran falsas. Ya no cabía duda de que la Guerra Fría sería larga y enconada, con ejércitos hostiles enfrentándose a lo largo de la línea divisoria de Europa, hasta perderse de vista en el futuro.

La lucha de los húngaros, condenada de antemano, contra la dominación soviética surgió de una mezcla explosiva de imperialismo ruso histórico, ideología soviética y feroz nacionalismo húngaro. En cierto sentido, Hungría sólo fue una víctima más del expansionismo ruso que había continuado sin interrupción desde la época de Pedro *el Grande*. A lo largo de su historia, el Estado ruso había intentado reprimir a las naciones que trataban de llevar una política independiente cerca de los límites de Rusia (tentación que ha persistido hasta el período posterior a la Guerra Fría). Pero ése solía ser sólo el comienzo de los problemas de Rusia. Después de sofocar toda independencia, los rusos se veían obligados a mantener una costosa presencia militar en el Estado vecino, sangrando las arcas rusas sin aumentar la seguridad del país. Como escribió George Kennan: «[...] el régimen de los zares en realidad murió de indigestión [de] las minorías occidentales de Europa que había tenido la temeridad de devorar»⁷⁵⁷.

La misma pauta se repitió con el régimen comunista. Stalin recuperó todo el territorio zarista que se había perdido al término de la Primera Guerra Mundial, y le añadió la que llegó a conocerse como órbita de satélites en Europa del Este, ocupada por el Ejército Rojo y dominada por gobiernos soviéticos impuestos desde Moscú. El gobierno imperial, que ya era bastante complicado para los zares, se volvió aún más problemático para los comunistas, quienes intensificaron el odio de las poblaciones sometidas a su gobierno al imponerles un sistema económico insostenible.

A la larga, la planificación centralizada al estilo soviético resultó intolerable, incluso en la Unión Soviética; en la órbita de satélites fue desastrosa desde el principio. Antes de la Segunda Guerra Mundial el nivel de vida de Checoslovaquia había sido comparable al de Suiza. Después, se redujo a esa pauta gris y monótona que caracterizó toda la esfera comunista. Polonia tenía una base industrial tan importante como la de Italia y mayores recursos, pero fue condenada a subsistir en el nivel de pobreza institucionalizada de Europa del Este. Los alemanes orientales veían el sistema comunista como el único obstáculo para compartir el bienestar económico de la República Federal. La población de cada país de Europa oriental se convenció de que estaba sacrificando su bienestar en favor de la ideología comunista y la hegemonía soviética.

Mientras que en la Unión Soviética podía presentarse el comunismo como fenómeno nacional, en Europa del Este nadie podía dudar de que había sido impuesto por la fuerza y de que se estaban suprimiendo las antiguas tradiciones nacionales. Aun con pleno control de la policía, de los medios informativos y del sistema educativo, los comunistas de los Estados satélites eran, y se sentían, una

minoría acosada. Lenin había escrito que sería una locura que los bolcheviques siguiesen la política del zar Nicolás II de imponer sus costumbres a sus vecinos. Pero a la muerte de Stalin la principal distinción entre el régimen comunista y el del zar autócrata era que Stalin, de hecho, había empleado métodos mucho más brutales y burdos. A la postre, la política soviética chocó con el mismo problema al que se había enfrentado Rusia en anteriores épocas de su historia: la Europa del Este, comunizada para aumentar la seguridad del Estado soviético, consumía recursos y una atención de alto nivel, hasta el punto de ser más una carga que una presa estratégica.

Stalin creía que sólo podría conservar los satélites europeos orientales a través de un control total e intruso, ejercido desde Moscú. En 1948, Tito, único gobernante comunista de Europa oriental que había subido al poder casi exclusivamente gracias a sus propios esfuerzos, hizo saber que Belgrado seguiría su propio camino, independiente de las directivas de Moscú. Stalin reaccionó expulsando a Yugoslavia del Cominform. Pero Tito sobrevivió con ayuda de las democracias occidentales, que temporalmente sustituyeron sus objeciones ideológicas por las anticuadas consideraciones sobre el equilibrio del poder, y frustraron las expectativas de Stalin, que estaba convencido de que Tito no tardaría en caer.

Stalin reaccionó al alarde de independencia de Tito recurriendo a su ya probado método de restaurar la disciplina, y emprendió nuevos juicios en toda la órbita de satélites que terminaban con el asesinato jurídico de todo el que fuese capaz de pensar con independencia. Como en las purgas de Moscú, en la década anterior, pocas, o ninguna, de las víctimas de este nuevo terror habían estado en la oposición. Al fin y al cabo, eran comunistas de toda la vida, y habían servido como instrumento al gobierno comunista impuesto por los soviéticos: Rudolf Slansky en Checoslovaquia, Laszlo Rajk en Hungría, Traicho Kostov en Bulgaria y Wladyslaw Gomulka en Polonia (el único que sobrevivió). La purga de estos hombres, considerados títeres de Moscú, convenció de la bancarrota moral del sistema comunista hasta a los pocos que aún creían en sus declaraciones.

Los sucesores de Stalin estaban demasiado inseguros para aplicar el tipo de represión del tirano, y demasiado divididos para tolerar la heterodoxia dentro del bloque soviético. Se encontraron atrapados por dos temores contradictorios: que la represión en Europa del Este anulara la muy necesaria relajación de las tensiones con el Oeste, y que una liberalización en la órbita de países satélites provocara el derrumbe de todo el edificio comunista. (Sin embargo, el miedo a la reacción occidental no les impidió enviar tanques para sofocar un levantamiento en Alemania Oriental en junio de 1953.) Al llegar 1955 habían decidido convivir con el nacionalismo de Europa oriental mientras el liderazgo comunista de un país estuviera asegurado, y decidieron reconciliarse con Tito como símbolo de su nuevo enfoque. En mayo de 1955 Jruschov y Bulganin visitaron Belgrado para arreglar las cosas. Sin embargo, como ocurriría en todo ulterior intento de reforma, el esfuerzo de liberalización sirvió para abrir las puertas de par en par.

Después del discurso de Jruschov en el XX Congreso del Partido, de febrero de 1956, en que detalló los crímenes de Stalin, el comunismo se desacreditó aún más. La excepción fue Yugoslavia, donde se había entroncado con una causa nacionalista. Pronto se supo que Stalin había comprendido bien la amenaza de Tito a la Unión Soviética, pues los jefes de los países satélites se encontraron ante la paradoja de que, para obtener algún tipo de aprobación pública, necesitaban adquirir algunas credenciales nacionalistas. Tuvieron que mostrarse como comunistas polacos, checos o húngaros y no como títeres del Kremlin. Después de la visita de Jruschov a Belgrado, el control del Kremlin sobre los regímenes satélites de Europa oriental fue sometido a una creciente presión.

Durante todos estos acontecimientos, los Estados Unidos mantuvieron una actitud esencialmente pasiva. Una premisa básica de la contención había consistido en confiar la liberación de Europa del

Este a la erosión del tiempo, y no desafiar frontalmente el control soviético. Durante la campaña presidencial de 1952, John Foster Dulles atacó esta política tildándola de pasiva en un artículo aparecido en la revista *Life*, titulado «Una política de audacia». Dulles arguyó que las naciones de Europa del Este, para las cuales acuñó el término de «naciones cautivas», estaban a un paso de la desesperación «porque los Estados Unidos, líder histórico de las fuerzas de la libertad, parecen dedicados a la negativa política de "contención" y "estancamiento"». Pidió que los Estados Unidos «den a conocer públicamente que desean y esperan que ocurra una liberación»⁷⁵⁸.

Sin embargo, ¿qué significaba funcionalmente «liberación»? Dulles era un estudioso demasiado serio de los asuntos soviéticos para dudar de que la Unión Soviética sofocaría cualquier levantamiento. Después de todo, aún vivía Stalin cuando Dulles escribió su artículo. Por tanto, Dulles rechazó explícitamente la táctica de fomentar «una serie de levantamientos y represalias sangrientas». Lo que tenía en mente, dijo Dulles, era una «separación pacífica de Moscú» siguiendo el modelo de Tito, ayudada por la propaganda norteamericana y por otras medidas no militares.

Mientras que Acheson había apoyado a Tito después de su ruptura con Moscú basándose en la *Realpolitik*, Dulles dio a una política que era esencialmente la misma un toque de idealismo universal, llamándola «liberación». En la práctica, la teoría de la liberación de Dulles fue un intento por subirle a Moscú el coste de consolidar sus conquistas sin aumentar los riesgos para los Estados Unidos. Dulles estaba alentando al gobierno de Tito, no la democracia, y la diferencia entre sus ideas y las de Acheson resultó un simple matiz oratorio.

Desde luego, los adversarios de Dulles le atribuyeron unas opiniones sobre la liberación de Europa del Este que en realidad no había expresado. Pero Dulles no los refutó. Había sido uno de los principales patrocinadores de instituciones como Radio Free Europe y Radio Liberty, cuyo principal propósito era mantener vivos los principios de la libertad en Europa del Este mientras despertaban sentimientos capaces de encender una rebelión. El enfoque de Radio Free Europe no tenía nada de sutil. Como se suponía que sus declaraciones no eran oficiales, pedía una «liberación» en el sentido más literal y agresivo del término. Por desgracia, la distinción entre las reflexiones «privadas» y las «oficiales» de unas instituciones norteamericanas financiadas por el gobierno resultó demasiado esquiva para que pudieran comprenderla los europeos del Este que lucharían por su libertad.

Tanto fue así que, casi en el mismo momento en que las democracias occidentales estaban preocupadas por Suez, la Unión Soviética se encontró en graves aprietos en dos de sus satélites claves, Polonia y Hungría.

La primera chispa saltó en Polonia. En junio, los motines ocurridos en la ciudad industrial de Poznan fueron reprimidos sangrientamente, dejando docenas de muertos y centenares de heridos. En octubre, los dirigentes del Comité Central del Partido Comunista Polaco que habían sobrevivido a las purgas estalinianas de años anteriores decidieron aliarse con la causa del nacionalismo polaco. A Gomulka, purgado y caído en desgracia en 1951, se le pidió retornar como primer secretario del Partido Comunista, y asistió a su primera reunión del Politburó el 13 de octubre de 1956. El mariscal soviético Konstantin Rokossovsky, nombrado ministro de Defensa e impuesto como miembro del Politburó polaco desde 1949, fue despedido, poniendo fin a uno de los símbolos más humillantes de la tutela soviética. El Partido Comunista Polaco emitió la declaración de que en adelante Polonia seguiría un «camino nacional al socialismo», declaración que, dado el apasionado nacionalismo de Polonia y su indiferencia al socialismo, no podía ser muy tranquilizadora para Moscú.

Por un instante, el Kremlin sopesó la idea de emprender una intervención militar. Los tanques soviéticos comenzaron a avanzar hacia las ciudades principales cuando, el 19 de octubre, Jruschov, acompañado por Kaganovich, Anastas Mikoyán y Molotov, sus colegas del Politburó, llegó a

Varsovia.

Los gobernantes polacos ni siquiera parpadearon. Informaron al secretario general soviético que su visita no sería tratada como una reunión de partido a partido y que, por tanto, no sería recibido en las oficinas del Comité Central del Partido Comunista. En cambio, se pidió a la delegación soviética que se alojara en el Palacio Belvedere, reservado a huéspedes oficiales.

En el último minuto, Jruschov retrocedió. El 20 de octubre se ordenó a las tropas soviéticas volver a sus bases. El 22 de octubre Jruschov confirmó el nombramiento de Gomulka como secretario general del Partido Comunista, a cambio de la promesa de que los nuevos gobernantes conservarían el sistema socialista y mantendrían a Polonia dentro del Pacto de Varsovia. Formalmente, el sistema de defensa soviético había quedado intacto. No obstante, como mínimo, sería difícil considerar absoluta la lealtad de las tropas polacas en cualquier guerra con Occidente.

La Unión Soviética dio marcha atrás, permitiendo que el comunismo nacional triunfara en Polonia, en parte porque la represión habría significado enfrentarse a una población de más de 30 millones de habitantes, cuyo probado valor y disposición a oponerse a los extranjeros se veían reforzados por los recuerdos de la sempiterna opresión rusa y de las atrocidades soviéticas. Pero, lo que era más importante, al mismo tiempo el Kremlin estaba sometido a una prueba aún más dura en Hungría.

Este país de nueve millones de habitantes había pasado por el mismo ciclo de opresión soviética que sus vecinos. Desde los años cuarenta había sido gobernado por el implacable Mátyás Rákosi, estalinista ortodoxo. Durante los años treinta, Stalin lo había sacado de una prisión de Budapest a cambio de las banderas húngaras tomadas por el ejército zarista en 1849. Muchos húngaros tendrían buenas razones para lamentar ese trueque cuando Rákosi volvió con el Ejército Rojo e implantó un sistema de represión que fue considerado severo incluso según las normas estalinistas.

Poco después del levantamiento de Berlín de 1953, finalmente a Rákosi se le acabó el tiempo. Fue llamado a Moscú, donde Beria le dijo, con inimitable brutalidad estalinista que, aunque Hungría había sido gobernada por diversas nacionalidades, nunca había tenido un rey judío, y que los gobernantes soviéticos no estaban dispuestos a permitir que ahora lo tuviese⁷⁵⁹. Rákosi fue reemplazado por Imre Nagy, de quien se decía que era un comunista reformista que aplicaba métodos menos tiránicos aunque también era judío. Dos años después, tras la caída de Georgi Malénkov en Moscú, Nagy fue destituido y Rákosi volvió como primer ministro. Una vez más, se había impuesto la estricta ortodoxia comunista. Se reprimió a artistas e intelectuales, y Nagy fue expulsado del Partido Comunista.

A pesar de todo, los sucesores de Stalin carecían de su mortífera perseverancia. Nagy no sólo salvó la vida, sino que publicó un tratado en que negaba a la Unión Soviética todo derecho a intervenir en los asuntos internos de otros Estados comunistas. Mientras tanto, Rákosi, ya en su segundo período en el poder, demostró no ser más sensible a las aspiraciones de su pueblo que durante su primer mandato. Después de la denuncia de Stalin por Jruschov en el XX Congreso del Partido, Rákosi volvió a ser reemplazado, esta vez por su subalterno Erno Gero.

Aunque Gero se declaró nacionalista, se le identificaba tanto con Rákosi que fue incapaz de contener la oleada de patriotismo que recorrió el país. El 23 de octubre, al día siguiente del retorno de Gomulka al poder en Polonia, la indignación pública se desbordó en Budapest. Los estudiantes distribuyeron un pliego de peticiones que iba bastante más allá de las reformas logradas en Polonia; incluían libertad de expresión, juicio para Rákosi y sus subordinados, la salida de las tropas soviéticas y el retorno de Nagy al poder. Cuando Nagy apareció ante una inmensa multitud en la

plaza del Parlamento, seguía siendo un comunista reformista, y su programa consistía en introducir algunos procedimientos democráticos en el sistema comunista. Pidió a la multitud, desilusionada, que confiara en que el Partido Comunista haría las reformas necesarias.

Pero era demasiado tarde para pedir al pueblo húngaro que confiara en que el aborrecido Partido Comunista rectificase sus propias transgresiones. Lo que ocurrió entonces pareció salido de una película en que el principal protagonista es llevado, de mala gana y tal vez sin saberlo, a emprender una misión que no eligió pero que se convierte en su destino. Nagy, aunque reformista, leal comunista durante toda su vida, en sus apariciones iniciales durante el levantamiento pareció resuelto a salvar al Partido Comunista, casi como lo había hecho Gomulka en Polonia. Pero al correr los días fue transformado por las pasiones de su pueblo en símbolo viviente de la verdad establecida por Tocqueville un siglo antes:

[...] la experiencia indica que el momento más peligroso para un mal gobierno suele ser cuando empieza a reformarse. Sólo un gran ingenio puede salvar a un príncipe que decide aliviar a sus súbditos tras una larga opresión. Los sufrimientos que se habían soportado con paciencia como inevitables se vuelven intolerables en el momento en que parece que puede haber un escape. Entonces, la reforma sólo sirve para revelar más claramente lo que sigue siendo opresivo, y ahora más intolerable⁷⁶⁰.

Nagy pagaría con su vida esa visión de la democracia que tuvo tan tardíamente. Después de que los soviéticos aplastaran la Revolución, dieron a Nagy la oportunidad de desdecirse. Su negativa y la consiguiente ejecución le aseguraron un lugar en el panteón de los mártires de la causa de la libertad en la Europa del Este.

El 24 de octubre, las manifestaciones públicas dieron paso a una revolución en toda regla. Unos tanques soviéticos, llamados a toda prisa, fueron incendiados y la multitud ocupó oficinas del gobierno. El mismo día, Nagy fue designado primer ministro, y llegaron a Hungría dos miembros del Politburó soviético, Mikoyán y Súslov, a evaluar la situación. El 28 de octubre pareció que los visitantes soviéticos habían llegado a una conclusión similar a la de Jruschov sobre Varsovia, aceptar una Hungría al estilo de Tito, y los tanques soviéticos empezaron a retirarse de Budapest. Pero ni siquiera eso pudo calmar las cosas, como ocurriera en Polonia. Los manifestantes exigían nada menos que el establecimiento de un sistema pluripartidista, la salida de las tropas soviéticas de Hungría y el abandono del Pacto de Varsovia.

Mientras ocurrían estos hechos, la política norteamericana se mantuvo ostentosamente circunspecta. Pese a que Washington hablaba de «liberación», es seguro que no había previsto un estallido tan elemental. Los Estados Unidos parecían divididos entre el deseo de ayudar al proceso en lo que fuera posible y el temor de que una política demasiado activa diera a los soviéticos un pretexto para intervenir. Ante todo, Washington demostró que casi nunca es capaz de enfrentarse simultáneamente a dos grandes crisis. Mientras estudiantes y obreros húngaros combatían contra los tanques soviéticos en las calles, Washington guardaba silencio. Nunca se advirtió a Moscú de que la amenaza o el uso de la fuerza pondría en peligro sus relaciones con Washington.

Los Estados Unidos sí apelaron al Consejo de Seguridad el 27 de octubre, a la luz de «la situación creada por la acción de fuerzas militares extranjeras en Hungría»⁷⁶¹. Pero esto fue tratado de manera tan inconexa que no se llegó a una votación sobre la resolución resultante del Consejo de Seguridad hasta el 4 de noviembre, después de la intervención soviética.

El intervalo fue aprovechado por Radio Free Europe, que se echó a costas la tarea de

interpretar las actitudes norteamericanas, alentando a los húngaros a acelerar el ritmo de su revolución y a rechazar todo acuerdo. Por ejemplo, el 29 de octubre, Radio Free Europe saludó el nombramiento de Imre Nagy como nuevo primer ministro con esta hostil transmisión:

Imre Nagy y sus partidarios quieren revisar y modernizar el episodio del caballo de Troya. Necesitan un alto el fuego para que el actual gobierno en el poder en Budapest pueda mantener su posición el mayor tiempo posible. Quienes están luchando por la libertad no deben perder de vista ni por un instante los planes del gobierno que se les opone⁷⁶².

Cuando, el 30 de octubre, Nagy abolió el sistema de partido único y nombró un gobierno de coalición formado por representantes de todos los partidos democráticos que habían participado en las últimas elecciones libres, en 1946, Radio Free Europe no se dejó convencer:

El Ministerio de Defensa y el Ministerio del Interior siguen en manos comunistas. No permitáis que esto continúe, luchadores de la libertad. No colguéis vuestras armas en la pared⁷⁶³.

Aunque Radio Free Europe recibía fondos del gobierno norteamericano, era administrada por una junta independiente y por personas que no recibían instrucciones oficiales del gobierno. Sin embargo, era mucho pedir que los húngaros que luchaban por su libertad comprendieran la diferencia entre el gobierno de los Estados Unidos y las declaraciones de una emisora de radio creada expresamente como vehículo para promulgar una política de «liberación» que el secretario de Estado afirmaba que era de su propia invención.

Las pocas veces que el gobierno de Eisenhower habló pareció interesado ante todo por tranquilizar a los soviéticos. Involuntariamente, sus declaraciones resultaron casi tan incendiarias como las transmisiones de Radio Free Europe. El 27 de octubre, cuando pareció que las tropas soviéticas saldrían de la capital húngara, Dulles pronunció en Dallas un discurso que hizo parecer que los Estados Unidos tenían esperanzas de sacar a Hungría de la órbita soviética sin que Moscú lo advirtiera. Cualquier país de Europa del Este que rompiera con Moscú, dijo Dulles, podría contar con la ayuda norteamericana. Esta ayuda no estaría condicionada «por la adopción, en estos países, de cualquier forma particular de sociedad». En otras palabras, para recibir la ayuda norteamericana, un país de Europa del Este no tenía que volverse democrático; bastaba que siguiera el modelo de Tito y que saliera del Pacto de Varsovia. En una declaración típicamente norteamericana, Dulles unió este comentario a una afirmación de total desinterés. Según su secretario de Estado, los Estados Unidos «no tenían ningún propósito ulterior al desear la independencia de los países satélites», ni los consideraba «potenciales aliados militares»⁷⁶⁴.

Lejos de resultar tranquilizadora, la afirmación de no tener motivos ulteriores fue una muestra de la habitual retórica diplomática norteamericana que ha sido interpretada como signo de impredecibilidad o de arbitrariedad, incluso entre gobernantes no marxistas. Sea como fuere, en ese momento Moscú estaba mucho más preocupado por las acciones norteamericanas que por sus motivaciones. Ocho años antes, Moscú había vetado la participación de Europa del Este en el Plan Marshall porque había visto la ayuda económica norteamericana como una forma de trampa capitalista. La oferta de Dulles de ayudar económicamente a quienes abandonaran el Pacto de Varsovia tenía que confirmar esta idea. El potencial terremoto político resultó más creíble debido a la clara implicación de Dulles de que si Hungría no estaba dando marcha atrás en sus alianzas militares, ello se debía, ante todo, a la moderación norteamericana.

Eisenhower siguió un camino paralelo al de Dulles al dar garantías incendiarias a los soviéticos, y el 31 de octubre pronunció un discurso, que fue particularmente notable por su total omisión, o mínima sugestión, de que la Unión Soviética sufriría algún castigo si recurría a la represión. Es probable que Eisenhower decidiera adoptar un tono conciliador porque el día anterior la Unión Soviética había anunciado unas normas al parecer inminentes, si bien ambiguas, para el acantonamiento de tropas soviéticas en Europa del Este. Al mismo tiempo, Eisenhower debió de estar enterado del enorme movimiento de refuerzos soviéticos que entraban en el resto de Hungría, y que había comenzado simultáneamente. La moderación de Eisenhower respecto de la Unión Soviética fue tanto más notable cuanto que en la misma transmisión fustigó a Gran Bretaña y a Francia por el asunto de Suez.

Con respecto a Hungría, Eisenhower insistió en que, aun cuando los Estados Unidos esperaban un fin de la dominación soviética en Europa del Este, «no podríamos, *desde luego*, imponer esta política recurriendo a la fuerza»⁷⁶⁵. Pues semejante acción sería «contraria a los mejores intereses de los pueblos de la Europa del Este y a los principios perdurables de las Naciones Unidas»⁷⁶⁶, verdad que claramente había eludido a Radio Free Europe y a quienes luchaban por su libertad y que en aquel momento estaban pidiendo la ayuda norteamericana. Mientras tanto, continuó Eisenhower, él se había esforzado «por disipar todos los temores infundados de que consideráramos como potenciales aliados militares a los nuevos gobiernos de estos países de Europa del Este. No tenemos ese propósito ulterior. Vemos a esos pueblos como amigos, y sólo deseamos que sean unos amigos libres»⁷⁶⁷.

La negativa de que los Estados Unidos tuviesen motivos ulteriores no le pareció más persuasiva al Kremlin viniendo del presidente de lo que le pareciera en labios de su secretario de Estado. Los soviéticos, que dirigían su política exterior de acuerdo con una mezcla de ideología marxista y de intereses nacionales rusos, simplemente no podían comprender que los Estados Unidos negaran tener motivos egoístas. Pero la renuncia al empleo de la fuerza era algo que el Politburó sí podía comprender, pues eliminaría su mayor temor si decidía ajustar cuentas en Europa del Este, que era obviamente lo que estaba preparándose para hacer.

Resultó irónico que las dos declaraciones oficiales del gobierno de Eisenhower en mitad de la Revolución húngara fueran, involuntariamente, tan provocativas. La afirmación de que los Estados Unidos no buscaban aliados en Europa del Este inquietó a los gobernantes del Kremlin porque sonó como si Europa oriental estuviese adquiriendo la opción de invertir alianzas; la renuncia de los Estados Unidos a la fuerza desató la crisis al disipar los temores soviéticos a una reacción norteamericana si el Ejército Rojo aplastaba el levantamiento.

Mientras tanto, en Budapest la situación ya se le había escapado de las manos incluso a la jefatura política reformista. El 30 de octubre, unos revolucionarios invadieron la oficina del Partido Comunista en Budapest y masacraron a sus ocupantes, incluido, sospechosamente, uno de los subordinados más directos de Nagy. Esa misma tarde, Nagy anunció la formación de un nuevo gobierno basado en el que existía en 1945, durante el régimen de la coalición de partidos democráticos. El fin del régimen comunista de partido único quedó simbolizado por la presencia en el gabinete de Béla Kovacz como representante del burgués Partido de los Pequeños Terratenientes. Años antes, Kovacz había sido acusado de traición. Además, el cardenal Mindszenty, que durante mucho tiempo fuera símbolo de la oposición al comunismo, fue sacado de prisión y habló ante muchedumbres enardecidas. Nagy entabló negociaciones con los dos emisarios del Politburó, Mikoyán y Súslov, a quienes exigió la retirada de las tropas soviéticas de Hungría. Muchos partidos políticos abrieron oficinas y comenzaron a publicar periódicos o folletos. Después de dar a Nagy la

impresión de que su propuesta era negociable, Mikoyán y Súslov se fueron a Moscú, aparentemente para prepararse para la siguiente ronda de negociaciones. Esa misma noche del 31 de octubre, *Pravda* e *Izvestia* publicaron una declaración oficial del Kremlin, del día anterior, donde se decía que el acantonamiento de tropas extranjeras en un país comunista hermano requería la aprobación del país huésped y de todo el Pacto de Varsovia:

[...] acantonar las tropas de uno u otro Estado que sea miembro del Tratado de Varsovia en territorio de otro Estado que sea miembro del Tratado es algo que se hace por acuerdo entre todos sus miembros, y sólo con el consentimiento del Estado en cuyo territorio y a cuya solicitud se encuentran acantonadas estas tropas o se planea acantonarlas⁷⁶⁸.

Según estas palabras, Eisenhower incluyó una interpretación sumamente optimista de la declaración del gobierno soviético en su transmisión del 31 de octubre, ya mencionada: «[...] si la Unión Soviética realmente actúa de acuerdo con su intención anunciada, el mundo presenciara el más grande paso hacia la justicia, la confianza y el entendimiento entre las naciones en toda nuestra generación»⁷⁶⁹.

Por muy directa que pareciera la declaración soviética en cuestión de principios generales, Washington había pasado por alto dos condiciones decisivas: primera, la indicación de que la retirada de tropas requería el mismo procedimiento que su acantonamiento, lo que le daba poder de veto a la Unión Soviética; segunda, los párrafos específicamente dedicados a Hungría con la ominosa advertencia de que la Unión Soviética no «permitiría» que fueran abandonadas las que definía como «realizaciones socialistas» de Hungría, y que de ser necesario las defendería junto con los otros países socialistas:

Mantener las realizaciones socialistas de la democracia popular húngara es el principal y sagrado deber de los obreros, campesinos e intelectuales, de todos los trabajadores de Hungría en la actualidad.

El gobierno soviético expresa su confianza en que los pueblos de los países socialistas no permitirán que fuerzas reaccionarias, nacionales y extranjeras sacudan los fundamentos del sistema democrático popular [...]. Fortalecerán la unidad fraterna y la ayuda mutua de los países socialistas para apoyar la gran causa de la paz y del socialismo⁷⁷⁰.

Lo que la declaración llamaba «la democracia popular húngara» había dejado de llamarse así y, de hecho, ya no estaba en condiciones de mantenerse a sí misma ni a las llamadas realizaciones socialistas. Nagy, miembro durante toda su vida de las filas comunistas, no pudo dejar de comprender el contenido de las advertencias soviéticas ni de los cambios que él mismo estaba promoviendo. Sin embargo, para entonces, atrapado entre la furia de su pueblo y la implacabilidad de sus aliados comunistas, estaba en la cresta de una ola que él ya no podía controlar ni dirigir. A diferencia del pueblo polaco, los húngaros no estaban exigiendo la liberalización del régimen comunista, sino su destrucción; no pedían la igualdad con la Unión Soviética, sino una total ruptura.

El 1 de noviembre, tras haber creado ya lo que era, de hecho, un gobierno de coalición, Nagy dio el último e irrevocable paso al declarar la neutralidad de Hungría y su retirada del Pacto de Varsovia. También esto fue mucho más de lo que hubiese intentado Gomulka en Polonia. En una digna declaración que sería su sentencia de muerte, Nagy anunció por la radio húngara:

El gobierno nacional húngaro, imbuido de profunda responsabilidad hacia el pueblo y la historia de Hungría, y dando expresión a la voluntad unánime de los millones de húngaros, declara la neutralidad de la República Popular Húngara.

El pueblo húngaro, basándose en la independencia y la igualdad y de acuerdo con el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas, desea vivir en verdadera amistad con sus vecinos, la Unión Soviética y todos los pueblos del mundo. El pueblo húngaro desea la consolidación y el mayor desarrollo de las realizaciones de su revolución nacional sin unirse a ningún bloque de poder⁷²¹.

Al mismo tiempo, Nagy pidió que las Naciones Unidas reconocieran la neutralidad húngara. Nunca recibió respuesta.

Tan grande como el *pathos* de Nagy fue la indiferencia con que lo recibió la llamada comunidad mundial. Ni los Estados Unidos ni sus aliados europeos dieron paso alguno por inducir a las Naciones Unidas a tratar el mensaje de Nagy con carácter de urgencia. Y hacer un llamamiento a la moderación de los soviéticos habría sido inútil. En la mañana del 4 de noviembre, las fuerzas soviéticas atacaron Hungría sin advertencia previa y reprimieron salvajemente la Revolución húngara. János Kádár, antigua víctima de las purgas estalinianas a quien Nagy había elevado a la categoría de secretario general del Partido Comunista y que había desaparecido misteriosamente pocos días antes, regresó con las tropas soviéticas para establecer un nuevo gobierno comunista. Pal Maleter, comandante del ejército húngaro, fue arrestado mientras negociaba la retirada de las tropas soviéticas con el comandante de éstas en Hungría. Nagy, que se había refugiado en la embajada yugoslava, aceptó una promesa de salvoconducto a Yugoslavia, pero fue detenido al salir del edificio. El cardenal Mindszenty se refugió en la Embajada norteamericana, donde permanecería hasta 1971. Nagy y Maleter fueron ejecutados poco después. El espíritu de Stalin seguía sano y salvo en el Kremlin.

Las Naciones Unidas, que durante todo este período crítico de concentración de las tropas soviéticas habían estado ocupadas exclusivamente denunciando a Gran Bretaña y a Francia por la cuestión de Suez, finalmente el 4 de noviembre se fijaron en la que para entonces era ya la tragedia húngara. Una resolución del Consejo de Seguridad que pedía la retirada de la Unión Soviética, fue vetada inmediatamente por el embajador soviético. Una sesión especial de la Asamblea General aprobó una resolución similar, en que sostenía el derecho de Hungría a la independencia y exigía el envío de observadores de las Naciones Unidas a este país. Tal fue la segunda resolución de ese día decisivo; mientras tanto, la Asamblea General había creado una fuerza de urgencia de las Naciones Unidas para Oriente Medio. La resolución sobre Oriente Medio fue aprobada por unanimidad; hasta Gran Bretaña y Francia se unieron al consenso. La resolución sobre Hungría fue aprobada por 50 votos a favor contra 8 negativos y 15 abstenciones. El bloque soviético votó contra ella, mientras varios líderes del grupo no alineado, como la India y Yugoslavia, se abstendían, así como todos los países árabes. La resolución sobre Oriente Medio se aplicó; la resolución sobre Hungría fue pasada por alto.

Al final de la brutal represión del levantamiento húngaro surgió la pregunta de si una diplomacia occidental más enérgica e imaginativa habría podido evitar o reducir la tragedia. Sin duda, las tropas soviéticas en Hungría habían recibido enormes refuerzos durante muchos días. ¿Podrían haber logrado las democracias que no atacaran? El propio gobierno norteamericano había sido el primero en levantar la bandera de la liberación. Su propaganda, a través de Radio Free Europe, había producido un brote de esperanza, superior aún al que Dulles había predicho en su artículo de *Life* de 1952. Cuando Hungría se levantó en armas, la legación norteamericana en

Budapest debía haber informado al Departamento de Estado de lo que sabía hasta el último periodista: que la estructura política de la Hungría comunista estaba disolviéndose. Con el notable grupo de kremlinólogos como Charles Boblen, Llewellyn Thompson, Foy Kobler y George Kennan dispuestos a dar su consejo, resulta difícil creer que el Departamento de Estado no considerase siquiera la posibilidad de una intervención militar soviética. Sea como fuere, el gobierno de Eisenhower no hizo ningún esfuerzo por aumentar el costo de una intervención soviética.

Durante el levantamiento de Hungría, los Estados Unidos no estuvieron a la altura de su retórica. La renuencia a arriesgarse a una guerra por suprimir el control comunista de Europa del Este había sido la explícita política norteamericana desde hacia una década. Pero el hecho de que Washington no analizara seriamente ninguna opción que no fuese la guerra para alterar los acontecimientos abrió una enorme brecha entre lo que Washington había proclamado y lo que en realidad estaba dispuesto a apoyar. Los Estados Unidos nunca definieron los límites del apoyo norteamericano al naciente e inexperto gobierno húngaro, y tampoco aconsejaron nunca a los húngaros, por los muchos canales de que disponían, sobre cómo consolidar sus victorias antes de dar nuevos pasos irrevocables. En su comunicación a la jefatura soviética, los Estados Unidos dependieron en gran parte de declaraciones públicas que terminaron creando expectativas totalmente opuestas a las que había deseado el gobierno de Eisenhower.

Una actitud más firme y clara de los Estados Unidos habría sido esencial para hacer que la decisión soviética de intervenir fuese menos probable, o al menos no tan obviamente libre de consecuencias. Habría podido advertirse al Kremlin de que la represión en Hungría podría tener grandes costos políticos y económicos y causar una congelación de las futuras relaciones Este-Oeste. La actitud norteamericana y de las Naciones Unidas en el caso de Hungría podría haber sido más congruente con la reacción provocada por Suez. En cambio, los Estados Unidos y sus aliados actuaron como si fuesen simples observadores, sin ningún interés directo en el resultado del asunto.

Las democracias no estaban en condiciones de entrar en guerra por causa de Hungría, pero sí podían haber evocado el fantasma de los costos políticos y económicos de una represión soviética. Finalmente, el Kremlin no pagó casi ningún precio por sus acciones, ni siquiera en el aspecto económico. Unos dos años después de la tragedia húngara, y pese al ultimátum soviético por Berlín, el primer ministro británico Harold Macmillan visitó Moscú en la que sería la primera visita a esa ciudad de un primer ministro después de la guerra; tres años después, Eisenhower y Jruschov celebrarían el espíritu de Camp David.

Suez ofreció la oportunidad a las naciones árabes, así como a gobernantes de los países no alineados, como la India y Yugoslavia, de atacar a Gran Bretaña y a Francia. Sin embargo, cuando se trató de Hungría este mismo grupo de naciones se negó a criticar las acciones soviéticas, y mucho menos a condenarlas en las Naciones Unidas. Habría sido deseable establecer alguna relación entre los votos de las Naciones Unidas por la cuestión de Hungría y por Suez. Por lo menos las medidas norteamericanas contra Gran Bretaña y Francia debían haberse encaminado a buscar actitudes recíprocas de las naciones no alineadas hacia las acciones soviéticas en Hungría. Sin embargo, los actos de la Unión Soviética en Hungría no afectaron su influencia sobre los países no alineados, mientras que los Estados Unidos no obtenían ninguna influencia sobre éstos como resultado de su actitud por la cuestión de Suez.

Durante los años cincuenta, el llamado grupo de países no alineados representó un nuevo enfoque de las relaciones internacionales. Desde luego, siempre han existido naciones neutrales, pero su rasgo característico ha sido su pasividad en política exterior. En cambio, los países no alineados del período de la Guerra Fría no equipararon neutralidad y no participación. Fueron actores activos,

a veces vociferantes, que promovieron encuentros en foros destinados a reunir sus fuerzas y a aumentar su influencia, formando de hecho una alianza de países no alineados. Aunque se quejaron explícitamente de las tensiones internacionales, supieron bien cómo aprovecharlas. Aprendieron a enfrentar a las superpotencias unas contra otras, y como temían más a la Unión Soviética que a los Estados Unidos, en general estuvieron del lado de los comunistas sin sentir la necesidad recíproca de aplicar a la Unión Soviética la misma exigencia moral que aplicaban a los Estados Unidos.

El 16 de noviembre, el primer ministro Jawaharlal Nehru presentó al Parlamento de la India sus intrincadas razones para justificar que la India se hubiese negado a aprobar la resolución de las Naciones Unidas que condenaba las acciones de los soviéticos en Hungría.⁷⁷² Los hechos, dijo, eran «oscuros», la redacción de la resolución no era la apropiada; y la sugerencia en favor de unas elecciones libres supervisadas por las Naciones Unidas constituía una violación de la soberanía nacional de Hungría.

Los hechos habían sido todo menos oscuros, y la reacción de la India estuvo en total armonía con las prácticas de la *Realpolitik*. Sencillamente, la India no quiso perder el apoyo soviético en los foros internacionales; no vio ninguna razón para irritar a los soviéticos y sacrificar los potenciales envíos de armas a algún lejano país europeo cuando China y Pakistán estaban ante sus fronteras, y la propia Unión Soviética no estaba muy distante.

La India no concibió la política exterior como un debate en la Oxford Union, aunque sus diplomáticos simularan que se encontraban ante un público exigente, con derecho a seleccionar al ganador basándose exclusivamente en los méritos morales. Los gobernantes de la India habían asistido a las escuelas de Inglaterra y leído a los clásicos norteamericanos; combinaban la retórica de Wilson y Gladstone con las prácticas de Disraeli y Theodore Roosevelt. Desde el punto de vista de la India, esto tenía un gran sentido mientras sus interlocutores no se engañaran creyendo que la retórica india guiaba su práctica, o que la política exterior india estaba regida por una moral abstracta y superior.

El 18 de diciembre, seis semanas después de la tragedia húngara, Dulles explicó en una conferencia de prensa la razón de la respuesta norteamericana al levantamiento. Asombrosamente, aún seguía tratando de asegurar a la Unión Soviética las intenciones pacíficas de los Estados Unidos:

No tenemos ningún deseo de rodear a la Unión Soviética con una franja de naciones hostiles y de resucitar lo que solía llamarse el *cordon sanitaire*, creado en gran parte por los franceses después de la Primera Guerra Mundial con vistas a rodear a la Unión Soviética con fuerzas hostiles. Hemos puesto en claro nuestra política a ese respecto con la esperanza de lograr así una evolución —una evolución pacífica— de los Estados satélites hacia una auténtica independencia⁷⁷³.

Tal declaración fue desconcertante. Después de todo, ¿qué era la contención si no un intento de rodear a la Unión Soviética con fuerzas capaces de resistir a su expansionismo? No menos notable fue el tono de disculpa de Dulles inmediatamente después de la demostración de brutalidad soviética en Hungría, y de su simultánea muestra de belicosidad en Oriente Medio. En una conferencia de prensa, en Australia, el 13 de marzo de 1957, Dulles resumió escuetamente la actitud norteamericana. Como buen jurista, fundamentó su argumento en la carencia de toda obligación jurídica:

[...] no había ninguna base para que prestáramos ayuda militar a Hungría. No teníamos ningún compromiso de hacerlo y no creímos que hacerlo hubiese ayudado al pueblo de Hungría, al pueblo de Europa o al resto del mundo⁷⁷⁴.

Dulles siguió sin dar en el blanco. La cuestión no era jurídica; no se trataba de saber si los Estados Unidos habían cumplido con sus compromisos, sino de saber si habían estado a la altura de lo que sus declaraciones implicaban.

Tras haber proclamado una misión universal, era inevitable que los Estados Unidos encontraran vacíos entre sus principios y su interés nacional. La confluencia de Suez y de Hungría fue una de tales ocasiones. El gran sueño norteamericano siempre había sido practicar una política exterior que se impusiera a todo por la naturaleza obligatoria y universal de sus máximas. Sin embargo, durante una década los políticos norteamericanos fueron frustrados por las ambigüedades del liderazgo mundial: por las concesiones a causas imperfectas que son agua para el molino de la diplomacia cotidiana, y por la atención que hay que prestar a las opiniones de aliados con muy distintas perspectivas históricas. Suez había parecido ofrecer una ocasión para remediar este defecto y hacer que su política estuviese en consonancia con sus principios. El dolor mismo de volverse contra sus más íntimos aliados tuvo el efecto de una penitencia, pues sirvió para reconsagrar la pureza moral de los Estados Unidos.

Hungría fue un caso más complejo, pues habría exigido aplicar alguna medida de fuerza. Sin embargo, los gobernantes de los Estados Unidos no estuvieron dispuestos a arriesgar vidas norteamericanas por una causa que, por mucho que ofendiese a sus conciencias, no implicaba ningún interés directo de la seguridad norteamericana. Los principios no permiten ambigüedades ni gradaciones. En Suez, los Estados Unidos pudieron insistir en la aplicación pura de sus máximas porque las consecuencias no entrañaban ningún riesgo inmediato. En Hungría se inclinaron ante la *Realpolitik*, así como lo hacen otras naciones, porque insistir en sus principios habría entrañado el riesgo inevitable de una guerra, incluso tal vez de una guerra nuclear. Cuando hay vidas de por medio, el estadista se debe a sí mismo y debe a su pueblo tener que explicar la relación entre los riesgos y los intereses, por muy vasta y generosamente que éstos se definan. La Unión Soviética sin duda estaba dispuesta a correr más riesgos para mantener su posición en Europa oriental de lo que los Estados Unidos estaban dispuestos a desafiarla para liberar a Hungría. Nada pudo evitar esta ecuación. Debido a su retórica anterior al levantamiento, la política norteamericana en Hungría fue realmente débil; en cuanto a sus intereses, negarse a correr el riesgo de entrar en guerra era inevitable y, a la vez, apropiado, aunque no explica la renuencia a elevar el costo de la intervención soviética por medios no militares.

La yuxtaposición de Hungría y de Suez estableció las coordenadas de la siguiente fase de la Guerra Fría. La Unión Soviética había logrado mantener su posición en Europa del Este; las democracias, incluso los Estados Unidos, habían sufrido una relativa disminución de su posición en Oriente Medio. La Unión Soviética había encontrado un modo de eludir la contención. Al día siguiente de la invasión de Budapest, y mientras la lucha aún continuaba, Jruschov ya amenazó con atacar con misiles a Europa occidental e invitó a los Estados Unidos a emprender en Oriente Medio una acción militar conjunta contra sus aliados directos. Los Estados Unidos habían abandonado a Hungría a su destino en el mar de la evolución histórica, y a los aliados de los Estados Unidos con una sensación de impotencia.

Lo que no estuvo claro por el momento fue la inherente debilidad de la Unión Soviética. Es irónico que los partidarios comunistas de la relación de fuerzas se hubiesen lanzado a una empresa que serían incapaces de sostener. Los dirigentes comunistas pueden declamar todo lo que quieran acerca de *factores* objetivos, pero el hecho es que las únicas revoluciones que ocurrían en países desarrollados estaban sucediendo dentro de la esfera comunista. A la larga, la Unión Soviética

habría estado más segura y habría sido económicamente más fuerte si se hubiese rodeado en Europa oriental de gobiernos al estilo finlandés, porque no habría necesitado asumir la responsabilidad de la estabilidad interna y el progreso económico de esos países. En cambio, su imperialismo en Europa del Este agotó los recursos soviéticos y atemorizó a las democracias occidentales sin aumentar el poder soviético. El comunismo nunca pudo dar a su control del gobierno y de los medios informativos la aceptación pública. Si los gobernantes comunistas de Europa del Este no querían apoyarse por completo en las bayonetas soviéticas, estaban obligados a adaptarse a los programas de sus adversarios nacionalistas. Así, tras un período inicial de sangriento terror, Kádár fue desplazándose gradualmente hacia los objetivos trazados por Nagy, aunque no llegara a retirarse del Pacto de Varsovia. Una generación después, la latente debilidad soviética mostraría el levantamiento húngaro como presagio de la bancarrota final del sistema comunista. Pese a todo lo ocurrido, en diez años Hungría se encontraría más libre internamente que Polonia, y su política exterior sería más independiente de la Unión Soviética. En la siguiente fase del intento de liberalización realizado por Moscú, treinta y cinco años después, los soviéticos perderían todo dominio de los acontecimientos.

El resultado de 1956 contribuyó a otra generación de padecimiento y opresión. Por muy breve que pueda parecerles a los historiadores el intervalo final antes del desplome total, no se puede siquiera calcular la angustia que la naturaleza totalitaria del sistema impuso a sus incontables víctimas. Inmediatamente después, Moscú, volvió a interpretar tan mal el equilibrio de fuerzas como lo habían hecho los capitalistas, y encontró muchas razones para sentirse satisfecho. Al ver los acontecimientos del año como un cambio a su favor en el equilibrio de fuerzas, el Politburó se lanzó a su más grave desafío de la Guerra Fría: los ultimátums por Berlín.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El ultimátum de Jruschov: la crisis de Berlín, 1958-1963

En la Conferencia de Potsdam, los tres vencedores habían decidido que Berlín sería gobernado por las cuatro potencias ocupantes, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética, que, asimismo, administrarían conjuntamente Alemania. Sin embargo, la administración de Alemania por parte de las cuatro potencias duró poco más de un año. En 1949, las zonas occidentales se habían fundido en la República Federal, y la zona rusa se convirtió en la República Democrática Alemana.

Según el acuerdo de las cuatro potencias con respecto a Berlín, la ciudad no era parte de Alemania, ni de la occidental ni de la oriental, sino que se encontraba oficialmente bajo el régimen de los cuatro aliados victoriosos de la Segunda Guerra Mundial. Los soviéticos ocupaban un gran sector de la parte oriental de la ciudad, los norteamericanos tenían un sector en el sur, y los británicos y los franceses tenían los suyos en el oeste y el norte. Todo Berlín era un enclave dentro de lo que se había convertido en la República Democrática Alemana. Con el paso de los años, los alemanes del Este y los soviéticos descubrieron que los tres sectores occidentales de Berlín eran como una espina en el costado; un escaparate de prosperidad en medio de la deprimente monotonía del bloque comunista. Aún más, el Berlín occidental servía de conducto a los alemanes del Este que intentaban emigrar a Occidente: sólo tenían que irse en el metropolitano a uno de los sectores occidentales de la ciudad y solicitar asilo.

Pese al obvio *status* de Berlín entre cuatro potencias, nunca se habían negociado unos acuerdos inequívocos para tener acceso a él. Aunque las cuatro potencias habían designado los diversos caminos y corredores aéreos que podían emplearse para llegar a Berlín, no se habían convenido explícitamente los mecanismos de paso. En 1948, Stalin había tratado de aprovechar esta laguna instituyendo el bloqueo de Berlín, basándose en el motivo técnico de que las rutas de acceso estaban en reparación. Después de un año del puente aéreo occidental se restauró el acceso, pero la autoridad legal siguió siendo tan indefinida como antes.

En los años inmediatamente posteriores al bloqueo, Berlín se convirtió en un importante centro industrial, cuyas necesidades, en caso de urgencia, ya no habrían podido satisfacerse mediante un puente aéreo. Aunque Berlín aún fuese técnicamente una ciudad administrada por cuatro potencias, y la Unión Soviética fuese responsable del acceso, en realidad el satélite alemán oriental dominaba las rutas desde su capital, el Berlín oriental. Por tanto, la posición de Berlín era sumamente vulnerable. Carreteras, ferrocarriles y rutas aéreas eran fáciles víctimas de interrupciones al parecer tan triviales que era difícil hacerles frente con la fuerza, aun cuando en conjunto sí podían amenazar la libertad de la ciudad. En teoría, se suponía que todo tráfico militar pasaba por puntos controlados por los soviéticos, pero ésta era una ficción; un guardia de la Alemania oriental vigilaba las puertas, y los funcionarios soviéticos, que sólo estaban ahí por si hubiese un desacuerdo, haraganeaban en una caseta cercana.

No es de extrañar que Jruschov, al buscar un lugar en el cual demostrar un cambio permanente en la correlación de fuerzas, decidiera explotar la vulnerabilidad de Berlín. En sus memorias escribió: «Dicho con crudeza, el pie norteamericano en Europa tenía una ampolla dolorosa. Era el Berlín occidental. Cada vez que deseábamos pisarle el pie a los Estados Unidos y hacerles sentir

dolor, lo único que tenemos que hacer era obstruir las comunicaciones de Occidente con la ciudad a través del territorio de la República Democrática Alemana.»⁷⁷⁵

El desafío de Jruschov a la posición de Occidente en Berlín ocurrió en el momento preciso en que las democracias habían vuelto a convencerse de que el entonces secretario general de la Unión Soviética constituía la mejor esperanza para la paz. Hasta un observador tan escéptico como John Foster Dulles respondió al discurso de Jruschov ante el XX Congreso del Partido, en febrero de 1956, declarando haber observado un «cambio notable» de la política soviética. Los gobernantes soviéticos, afirmó, sabían ya que «había llegado el momento de modificar básicamente su enfoque del mundo no comunista [...]. Ahora buscan sus objetivos de política exterior con menos manifestaciones de intolerancia y menor hincapié en la violencia»⁷⁷⁶. En septiembre de 1957, menos de un año después de las crisis de Suez y de Hungría, el embajador Llewellyn Thompson tenía una opinión similar respecto a este tema e informó desde Moscú que Jruschov «realmente desea y casi se ve obligado a una *détente* en las relaciones con Occidente»⁷⁷⁷.

La conducta de Jruschov no confirmó tal optimismo. Cuando, en octubre de 1957, los soviéticos pusieron el satélite artificial *Sputnik* en órbita, Jruschov interpretó esta realización esencialmente aislada como prueba de que la Unión Soviética estaba superando a las democracias en el ámbito científico, así como en el militar. Hasta en Occidente empezó a ganar crédito la afirmación de que a la postre el sistema planificado centralmente podía resultar mejor que la economía de mercado.

El presidente Eisenhower casi fue el único que se negó a dejarse vencer por el pánico. Como militar, comprendió la diferencia entre un prototipo y un arma militar ya probada. Jruschov, por su parte, tomando en serio sus propias bravatas, se lanzó a una prolongada ofensiva diplomática para convertir la supuesta superioridad de los misiles soviéticos en algún tipo de avance diplomático. En enero de 1958, Jruschov declaró en una entrevista con un periodista danés:

El lanzamiento de los *sputnik* soviéticos indica ante todo [...] que ha ocurrido un gran cambio en el equilibrio de fuerzas entre los países del socialismo y los del capitalismo en favor de las naciones socialistas⁷⁷⁸.

En la fantasía de Jruschov la Unión Soviética, además de haberse adelantado científica y militarmente a los Estados Unidos, pronto los superaría también en su producción industrial. El 4 de junio de 1958, declaró ante el VII Congreso del Partido Comunista Búlgaro: «Estamos firmemente convencidos de que se acerca el momento en que los países socialistas superarán a los más desarrollados países capitalistas, no sólo en el ritmo sino también en el volumen de su producción industrial»⁷⁷⁹.

Como ferviente comunista, Jruschov fue prácticamente obligado a tratar de convertir este supuesto cambio del equilibrio de fuerzas en moneda diplomática. Berlín fue su primer blanco. Jruschov inauguró su desafío con tres iniciativas. El 10 de noviembre de 1958, pronunció un discurso exigiendo poner fin a la situación cuatripartita de Berlín y advirtiendo que la Unión Soviética se proponía ceder el control de acceso a su satélite alemán oriental. Desde ese día, Jruschov sostuvo: «Que los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia establezcan sus propias relaciones con la República Democrática Alemana y se pongan de acuerdo con ella si están interesados en cuestiones concernientes a Berlín.»⁷⁸⁰ El 27 de noviembre, Jruschov traspuso la esencia de ese discurso en unas notas formales enviadas a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, declarando nulo el Acuerdo de las Cuatro Potencias sobre Berlín e insistiendo en que el Berlín occidental fuese transformado en una «ciudad libre» desmilitarizada. Si no se llegaba a un acuerdo en seis meses, la Unión Soviética

firmaría un tratado de paz con la Alemania oriental, y cedería sus derechos de ocupación y rutas de acceso a la República Democrática Alemana⁷⁸¹. Jruschov había lanzado el equivalente de un ultimátum a los aliados occidentales.

El 10 de enero de 1959, Jruschov entregó a las otras tres potencias ocupantes un borrador del tratado de paz que definía la nueva situación de Berlín y de Alemania oriental. A fines de ese mismo mes, explicó la razón de esta política ante el XXI Congreso del Partido Comunista. Como un timador que exhibe sus mercancías, mientras tanto había aumentado aún más su evaluación de la potencia soviética, sugiriendo que, junto con la República Popular de China, la Unión Soviética ya estaba fabricando la mitad de la producción industrial del mundo; por tanto, «la situación internacional debe cambiar radicalmente»⁷⁸².

Jruschov había escogido su punto de ataque con gran destreza. El desafío inherente al control de la ruta de acceso a Berlín por parte de Alemania Oriental fue indirecto. Puso a las democracias ante la opción de reconocer al satélite alemán oriental o amenazar con ir a la guerra por la cuestión técnica de quién había de sellar los documentos de tránsito. Sin embargo, la jactancia de Jruschov, a la que se vio inclinado por su naturaleza, ocultaba una verdadera debilidad de la posición soviética. Alemania Oriental estaba perdiendo mano de obra debido a los centenares de miles de ciudadanos (a menudo sus profesionales más cualificados) que huían a Alemania Occidental a través de Berlín. Berlín estaba convirtiéndose en un gigantesco agujero en el Telón de Acero. Si la tendencia continuaba, la autodeclarada «paraíso de los trabajadores» se quedaría sin mano de obra.

El Estado alemán oriental era la parte más frágil de la esfera de influencia soviética puesto que al tener ante sus fronteras a Alemania Occidental, una nación más grande y más próspera, y ser sólo reconocida diplomáticamente por los demás satélites soviéticos, Alemania Oriental carecía de legitimidad. La sangría de mano de obra a través de Berlín amenazaba su supervivencia. Los gobernantes del Berlín oriental pensaron que si no se hacía algo, todo el Estado podría desplomarse en unos cuantos años. Esto significaría un golpe devastador para la esfera de influencia soviética, que Jruschov estaba intentando consolidar. Al bloquear la vía de escape, Jruschov esperó dar nueva vida a su satélite alemán oriental, e intentó debilitar los lazos de unión de la República Federal con Occidente, obligando a las tres potencias a retirarse.

El ultimátum de Jruschov llegó al corazón mismo de la política de Adenauer. Durante casi una década, Adenauer había rechazado todas las propuestas de favorecer la unificación sacrificando sus relaciones con Occidente. La Unión Soviética había mostrado el señuelo de la neutralidad ante el público alemán en el plan de paz de Stalin de 1952, y los adversarios internos de Adenauer la habían apoyado. Adenauer había apostado el futuro de su patria a la propuesta de que los intereses norteamericanos y los alemanes eran idénticos. El acuerdo tácito era que la República Federal se uniría al sistema de defensa del Atlántico y que los Aliados harían que la unificación de Alemania fuese parte integral de la diplomacia entre el Este y el Oeste. Por tanto, para Adenauer la crisis de Berlín no sólo se limitó a la cuestión de los procedimientos de acceso, sino que ponía a prueba la sabiduría misma de la orientación de la República Federal hacia Occidente.

En lo tocante a Adenauer, simplemente no podía eludir el hecho de que toda mejora del *status* de Alemania Oriental reforzaba la afirmación soviética de que la unificación había de dejarse directamente en manos de negociadores de los dos Estados alemanes. En un momento en que el Partido Socialdemócrata aún era favorable a las tesis de la neutralidad, el reconocimiento *de facto* de la República Democrática Alemana por parte de los Aliados habría revolucionado la política interna alemana. Según De Gaulle, Adenauer dijo en una cumbre occidental, en diciembre de 1959:

Si se perdiera Berlín, mi posición política se volvería inmediatamente insostenible. Los socialistas subirían al poder en Bonn. Llegarían a un acuerdo directo con Moscú, y ése sería el fin de Europa⁷⁸³.

En opinión de Adenauer, el ultimátum de Jruschov había sido planeado ante todo para aislar a la República Federal. La agenda soviética para las negociaciones colocaba a Bonn en una situación en que no podía ganar. A cambio de todas las concesiones que pudiera hacer, Occidente si acaso recibiría lo que ya tenía, el acceso a Berlín. Al mismo tiempo, el satélite alemán oriental obtendría derecho de veto a la unificación alemana, lo cual podía conducir a un estancamiento o a un resultado que Adenauer describió así en sus memorias:

[...] no podíamos comprar la reunificación de Alemania al precio de apartarla del bloque occidental y abandonar las realizaciones de la integración europea. Como el resultado sería la creación de una Alemania indefensa, sin lazos de unión en el centro de Europa, eso forzosamente sería una tentación para enfrentar al Este con el Oeste⁷⁸⁴.

En suma, Adenauer no vio beneficio en ninguna negociación en las condiciones que planteaba Jruschov. Sin embargo, si las negociaciones resultaran inevitables, Adenauer deseaba que sirvieran como prueba de la sabiduría de su adhesión a Occidente. Se opuso enérgicamente a responder con concesiones al ultimátum de Jruschov, y prefirió que Occidente fundamentara sus planes de unificación en unas elecciones libres.

Sin embargo, las opiniones de Adenauer no fueron compartidas por sus aliados norteamericanos, y menos aún por Gran Bretaña. El primer ministro Harold Macmillan y el pueblo inglés se mostraban reacios a arriesgarse a una guerra por la capital de un enemigo vencido que, además, había sido en gran parte responsable de poner fin a la hegemonía de la nación británica como gran potencia. En contraste con Francia, Gran Bretaña no identificaba su seguridad a largo plazo con el futuro de Alemania. Dos veces en una sola generación, Gran Bretaña había sido salvada en el último instante por una intervención norteamericana de los embates de una Alemania que ya había conquistado la mayor parte de Europa. Aunque Gran Bretaña habría querido conservar la Alianza del Atlántico, si se obligara a escoger preferiría arriesgarse a quedar aislada de Europa, y no separada de los Estados Unidos. Los dilemas internos de Adenauer preocuparon a los gobernantes británicos mucho menos que los de Eisenhower; en una crisis final, la capacidad de este último para obtener un apoyo interno tendría mucha mayor repercusión sobre la supervivencia de Gran Bretaña. Por todas estas razones, los gobernantes británicos se negaron a basar gran parte de su política contando con la unidad alemana, e interpretaron la desconfianza de Adenauer como simple nacionalismo disimulado tras una pedantería legalista.

Pragmáticos de corazón, los gobernantes británicos creyeron que sería extravagante arriesgarse a una guerra nuclear por la transmisión de autoridad de los funcionarios soviéticos a sus sustitutos alemanes orientales para poner un visado. A la luz de las horribles consecuencias de una guerra nuclear, el lema «*Pourquoi mourir pour Danzig?*» («¿Por qué morir por Danzig?»), que había contribuido a la desmoralización de Francia en 1940, sin duda habría palidecido ante el lema, mucho más ridículo, de «¿Por qué morir por un visado?»

Por eso Macmillan se erigió en apasionado partidario de las negociaciones, de cualesquiera negociaciones, que pudiesen «mejorar» los procedimientos de acceso y que, por lo menos, hicieran perder tiempo: «Si todos los jefes de Estado estuviesen merodeando alrededor de los otros

territorios, casi no podríamos creer que hubiese una explosión súbita y letal», recordaría después⁷⁸⁵.

De todos los jefes aliados, Eisenhower cargaba con la mayor responsabilidad, porque la decisión de arriesgarse a una guerra nuclear pesaba, en última instancia, sobre sus hombros. La crisis de Berlín hizo percatarse a los Estados Unidos de que las armas nucleares, que durante todo el decenio de su monopolio y cuasimonopolio habían parecido ser un camino rápido y relativamente barato hacia la seguridad, en la época del inminente equilibrio nuclear reducirían cada vez más la disposición norteamericana a correr riesgos, constriñendo así su libertad para maniobrar diplomáticamente.

Mientras los Estados Unidos permanecieron esencialmente inmunes a todo ataque, las armas nucleares les dieron una ventaja de la que jamás había gozado nación alguna. Como sucede a menudo, la formulación más elaborada de esta ventaja se hizo en el momento en que estaba a punto de desaparecer. Cerca del fin del período de monopolio o cuasimonopolio nuclear de los Estados Unidos, Dulles creó el concepto de «represalia masiva» para disuadir a los soviéticos de toda agresión y para evitar en el futuro unos estancamientos tan prolongados como el de Corea. En lugar de resistir a la agresión donde ocurriera, los Estados Unidos tomarían represalias contra el causante de las perturbaciones, en el momento y con las armas que eligieran. Sin embargo, la Unión Soviética empezó a crear sus propias armas termonucleares y misiles estratégicos intercontinentales, justamente cuando se estaba anunciando la represalia masiva. Por tanto, la credibilidad de esa estrategia empezó a evaporarse con rapidez, con mayor rapidez aún en la teoría que en la práctica. La guerra nuclear general era un remedio simplemente desproporcionado para la mayoría de las crisis previsibles, incluso la de Berlín. Desde luego, los gobiernos de las democracias, excepto el de Eisenhower, se tomaron de manera demasiado literal las exageraciones de Jruschov sobre el poderío de los cohetes soviéticos. Pero en 1958 nadie dudaba que una guerra nuclear general en pocos días causaría tantas bajas que harían empequeñecer las cifras de bajas acumuladas en el transcurso de las dos guerras mundiales.

Esta escueta ecuación produjo una incompatibilidad fundamental entre el tipo de diplomacia que se requería para hacer creíble la amenaza de una guerra nuclear y la que se necesitaba para unir a la opinión pública democrática para hacer frente a la naturaleza apocalíptica del riesgo. Para que la lucha suprema fuese creíble, había que suponer una violentísima reacción a los desafíos y una demostración de temeridad tan fuera de lo normal que ningún agresor se atrevería a ponerla a prueba. Pero lo que el público democrático quería, y tenía derecho a recibir, era una diplomacia calmada, racional, calculadora y flexible que a su vez hiciera que el adversario se cuestionara si los Estados Unidos serían capaces de llegar hasta el extremo de una guerra nuclear.

Al comienzo de la crisis de Berlín, Eisenhower decidió que era más importante calmar al público norteamericano que dar un susto a los gobernantes soviéticos. En las conferencias de prensa del 18 de febrero y el 11 de marzo de 1959, propuso disipar la amenaza nuclear en que se basaba la estrategia norteamericana: «Desde luego, no vamos a entablar una guerra en Europa»⁷⁸⁶, dijo, y específicamente colocó la defensa de Berlín en esa categoría. Era improbable, confesó, que los Estados Unidos «se abrieran paso a tiros hasta Berlín»⁷⁸⁷. Para no dejar dudas, también excluyó toda defensa de Berlín con armas nucleares: «No sé cómo podríamos liberar nada con armas nucleares.»⁷⁸⁸ Estas declaraciones sin duda dieron la impresión de que los Estados Unidos no estaban muy dispuestos a arriesgarse a entablar una guerra por Berlín.

La tibia reacción de Eisenhower se debió, en parte, a la idea que tenía de Jruschov, a quien seguía considerando, como casi todos los demás dirigentes norteamericanos, la mejor esperanza de paz para Occidente. El ultimátum de Jruschov sobre Berlín no había modificado las opiniones que el

embajador Thompson había manifestado dos años antes. El 9 de marzo de 1959, Thompson reiteró su impresión de que las principales preocupaciones de Jruschov eran internas. Según este embajador, la política arriesgada era el modo de Jruschov para crear la pauta de coexistencia que sería el requisito para sus reformas económicas y su liberalización interna⁷⁸⁹. No explicaba cómo la amenaza de guerra establecía una pauta de coexistencia.

Dichos análisis no impresionaron al otro miembro del cuarteto internacional, el presidente de Francia, Charles de Gaulle, que acababa de volver al cargo después de permanecer doce años alejado de la política. No estuvo de acuerdo con los análisis angloamericanos de los motivos de Jruschov, y había decidido que la crisis de Berlín debía demostrar a Adenauer que Francia era el socio indispensable para la República Federal. Temía más al peligro de despertar el nacionalismo alemán que a las amenazas de Jruschov. Por lo menos, deseaba dar a Adenauer un ancla en Occidente; de ser posible, trataría de arrastrar al desilusionado Adenauer a una estructura europea menos dominada por los Estados Unidos.

Mientras Eisenhower y Macmillan trataban de encontrar alguna exigencia soviética que pudieran satisfacer con poco o ningún daño, De Gaulle se oponía categóricamente a dicha estrategia. Rechazó las «conversaciones exploratorias» que pedían sus asociados angloamericanos, porque no veía nada digno de exploración que fuese beneficioso para Occidente. Desdeñó los planes de un cambio de procedimientos que por entonces se elaboraban en Washington y en Londres con el argumento de que podrían «mejorar» el acceso. Al fin y al cabo, Jruschov no había lanzado su ultimátum para mejorar el acceso de Occidente. En opinión de De Gaulle, el desafío tenía su origen en la estructura interna soviética, no en una queja específica. Eisenhower comprendió que la Unión Soviética era militarmente inferior; De Gaulle dio un paso más y atribuyó el ultimátum de Jruschov a un sistema político inherentemente viciado, frágil y muy inferior:

[...] en este coro de imprecaciones y exigencias organizado por los soviéticos hay algo tan arbitrario y tan artificial que hemos de atribuirlo, o bien al desencadenamiento premeditado de ambiciones frenéticas, o bien al deseo de desviar nuestra atención de algunas grandes dificultades: esta segunda hipótesis me parece tanto más plausible cuanto que, pese a las coerciones, el aislamiento y los actos de fuerza en que el sistema comunista sumerge a los países que están bajo su yugo [...] en realidad sus lagunas, sus carencias, sus fallos internos, y ante todo su carácter de opresión inhumana, son sentidos cada vez más por las elites y por las masas, a quienes es más y más difícil engañar y subyugar⁷⁹⁰.

Por consiguiente, la potencia militar soviética no era sino una fachada para ocultar las interminables luchas internas inherentes al sistema soviético:

[...] en sus bandos, la lucha entre corrientes políticas, las intrigas de clanes y las rivalidades individuales periódicamente desembocan en crisis implacables, cuyas secuelas —o incluso cuyos síntomas premonitorios— no pueden dejar de perturbarlos [...] ⁷⁹¹.

Ceder a la presión soviética simplemente envalentonaría a Jruschov a acelerar sus aventuras en el extranjero como medio de desviar la atención de la fundamental crisis interna de su sistema, y podría hacer que Alemania «[...] buscara en el Este un futuro que ya desespera de que le concedan en Occidente»⁷⁹².

Bien podía De Gaulle permitirse tan intransigente y clara visión, porque, a diferencia del

presidente de los Estados Unidos, no tenía que soportar la responsabilidad última de desatar una guerra nuclear. Llegado el momento de la verdad, es muy dudoso que De Gaulle hubiese estado dispuesto a arriesgarse más que Eisenhower a una guerra nuclear, y dada la vulnerabilidad de su país, tal vez habría estado menos dispuesto. Sin embargo, precisamente porque estaba convencido de que el principal peligro de guerra era la irresolución de Occidente y de que los Estados Unidos eran la única nación capaz de disuadir a los soviéticos, De Gaulle se sintió libre para maniobrar de manera que obligara a los Estados Unidos a mantenerse firmes o a asumir la responsabilidad de las posibles concesiones que tuviesen que hacer. No era un juego agradable, pero la *raison d'état* nos da duras lecciones, y según *la raison d'état*, De Gaulle invirtió la tradición de Richelieu de intentar mantener débil y fragmentada a Alemania, tradición que había sido la esencia de la política francesa en el centro de Europa durante trescientos años.

De Gaulle no se había vuelto partidario de la amistad franco-alemana en un súbito arranque de sentimentalismo. Desde la época de Richelieu, la política francesa había tendido a mantener a su ominoso vecino alemán dividido o débil (a ser posible, ambas cosas). En el siglo XIX, Francia aprendió que carecía de poder para contener por sí sola a Alemania, y como consecuencia formó alianzas con Gran Bretaña, Rusia y una veintena de países más pequeños. Tras la Segunda Guerra Mundial, hasta esas opciones iban desapareciendo. Gran Bretaña y Francia, juntas, no habían sido lo bastante fuertes para derrotar a Alemania en las dos guerras mundiales, y con los ejércitos soviéticos apostados a lo largo del Elba y una Alemania Oriental que ejercía de satélite soviético, una alianza con Moscú redundaría más probablemente en una dominación soviética de Europa que en la contención de Alemania. Por eso, De Gaulle se apartó de la tradicional relación adversa con Alemania y confió el futuro de Francia a la amistad con su tradicional enemiga.

La crisis de Berlín dio a De Gaulle la oportunidad de plantear su estrategia. Tuvo la precaución de asignar a Francia el papel de defensora de la identidad europea, y aprovechó la crisis de Berlín para demostrar que Francia comprendía las realidades europeas y era sensible a las preocupaciones nacionales de Alemania. El enfoque de De Gaulle era complejo: requería el más sutil de los actos de equilibrismo entre mostrar su apoyo a las metas nacionales alemanas y no alentar a los alemanes a buscarlas por sí solos ni junto con la Unión Soviética. De Gaulle había llegado a temer que el dominio de Moscú sobre Alemania Oriental permitiera a los gobernantes soviéticos presentarse como paladines de la unidad alemana, o establecer a lo largo de la frontera francesa una Alemania dispuesta a girar según soplara el viento. La antiquísima pesadilla alemana de Francia se había convertido en la pesadilla de un posible acuerdo soviético-alemán.

De Gaulle respondió con su audacia característica. Francia reconocería el poderío económico y militar de Alemania y hasta su hegemonía en ambos terrenos, y apoyaría la unificación alemana a cambio de que Bonn reconociera a Francia como el líder político de Europa. Éste fue un cálculo frío y no una gran pasión. Es seguro que De Gaulle no murió insatisfecho, porque Alemania no se reunificaría durante su vida.

Dulles intentó establecer un equilibrio entre la ostentosa intransigencia de De Gaulle y la búsqueda de unas negociaciones convincentes de Macmillan, y recurrió a su reconocida táctica de confundir las cosas mezclándolas con detalles legalistas que, según su manera de pensar, le habían servido durante la crisis de Suez. El 24 de noviembre de 1958, dos semanas después del amenazante discurso de Jruschov, Dulles empezó a sondear las opciones de modificar los procedimientos de acceso sin tocar, en realidad, la cuestión principal. Escribió a Adenauer que intentaría «hacer que la Unión Soviética cumpla sus obligaciones», mientras simultáneamente trataba «sobre una base *de facto* con funcionarios menores [de la RDA], que se limitaran a llevar adelante, como de rutina, los

acuerdos actuales»⁷⁹³. En una conferencia de prensa, el 26 de noviembre, Dulles presentó el concepto de que los funcionarios de Alemania Oriental pudiesen actuar como «agentes» de la Unión Soviética, recurso que recordó su Asociación de Usuarios de los días de la crisis de Suez (véase el capítulo veintiuno)⁷⁹⁴.

En una conferencia de prensa celebrada el 13 de enero de 1959, Dulles fue más allá y señaló un cambio en la posición histórica de los Estados Unidos ante la unificación de Alemania. Después de sostener que las elecciones libres eran el «método natural» de unificar Alemania, añadió: «No diré que es el único método por el cual se puede realizar la reunificación.»⁷⁹⁵ Hasta insinuó que podría ser aceptable cierto tipo de confederación de los dos Estados alemanes: «Hay toda clase de métodos por los cuales se unen países y personas[...].»⁷⁹⁶ Dio a entender que la responsabilidad de la unificación podría transferirse a los propios alemanes, socavando así la esencia misma de la política de Adenauer.

La reacción alemana fue predecible, aunque nadie la hubiese predicho. Willy Brandt, entonces alcalde de Berlín, expresó su «indignación y desaliento». La teoría del agente de Dulles, dijo Brandt, animaría a los soviéticos a adoptar una actitud aún más «intransigente»⁷⁹⁷.

El estilo normal de Adenauer no era truculento, y admiraba muchísimo a Dulles. No obstante, reaccionó a las reflexiones de Dulles como lo había hecho Eden durante la crisis de Suez. En una conversación con el embajador David Bruce, Adenauer afirmó, conmovido, que las declaraciones de Dulles estaban socavando la política de su gobierno, el cual había buscado la unificación mediante Occidente y sobre la base de unas elecciones libres. «[...] Una confederación de cualquier forma», insistió, sería «totalmente inaceptable»⁷⁹⁸,

La diferencia de perspectivas se hizo dolorosamente notoria a mediados de enero de 1959, cuando Adenauer envió a Washington al subsecretario permanente para Asuntos Políticos del Ministerio de Exteriores, Herbert Dittmann, a expresar «su indignación» por la propuesta soviética de un tratado de paz alemán, y a pedir una posición negociadora basada en la política ya establecida de Occidente. El colega de Dittmann, el subsecretario de Estado de los Estados Unidos, Livingston Merchant, manifestó que en esa crisis Adenauer no podría contar con el acostumbrado apoyo total de Dulles puesto que éste deseaba evitar cualquier «posición extrema», y «llevar a los rusos a la mesa de conferencias». Lo mejor que podrían hacer los alemanes sería contribuir «dándo[nos] nuevas ideas»⁷⁹⁹. Al avanzar la crisis, cada vez que los Estados Unidos y Gran Bretaña pedían «nuevas ideas» estaban utilizando un eufemismo que significaba elevar el *status* del régimen de Alemania Oriental o encontrar una fórmula que satisficiera alguna demanda soviética.

Resultó irónico que Gran Bretaña y los Estados Unidos estuviesen instando a Alemania a seguir un rumbo que casi seguramente intensificaría más el nacionalismo alemán, mientras que Adenauer, teniendo mucha menos confianza en sus propios conciudadanos, seguía dispuesto a no exponerlos a esa tentación. Eisenhower y Macmillan estaban cifrando su fe en la conversión de los alemanes; Adenauer no podía olvidar su pecado original.

Macmillan fue el primero en romper filas. El 21 de febrero de 1959, fue a Moscú por propia iniciativa a celebrar unas «conversaciones exploratorias». Como Adenauer desaprobó esta acción y no hubo ningún consenso aliado, la «exploración» de Macmillan de las concesiones que pudieran ofrecerse debió de incluir el ya familiar catálogo de «mejoras» de los procedimientos de acceso, junto con la habitual oferta de paz basada en relaciones personales entre los gobernantes mundiales.

Jruschov interpretó la visita de Macmillan como otra confirmación de que el equilibrio de fuerzas estaba inclinándose a su favor y como augurio de un futuro más prometedor. Durante la visita de Macmillan, Jruschov pronunció un jactancioso discurso en el que reafirmó sus exigencias, de

manera intransigente. Después de la partida del Primer Ministro, Jruschov rechazó en otro discurso la idea de

Macmillan de que unas buenas relaciones personales entre los gobernantes mundiales allanarían el camino a la paz: «La historia nos enseña que no son las conferencias las que cambian las fronteras de los Estados. Las decisiones de las conferencias sólo pueden reflejar la nueva alineación de fuerzas. Y éste es el resultado de la victoria o de la rendición al final de una guerra, o de otras circunstancias.»⁸⁰⁰ Tan descarada profesión de fe en la *Realpolitik*, bien podía haber salido de los labios de Richelieu o de Bismarck.

Después del estallido de ira de Adenauer, Dulles dio marcha atrás. El 29 de enero se apartó de la «teoría del agente» y dejó de insinuar una confederación como camino a la unidad alemana. Sin embargo, la retirada de Dulles fue en gran parte táctica. Las convicciones no habían cambiado, ni tampoco las personalidades. Como durante la crisis del canal de Suez, dos años antes, la política norteamericana dependía de reconciliar los sutiles matices de las diferencias que había entre el enfoque de Eisenhower y el de Dulles. Dado su propio análisis del sistema soviético, muy probablemente Dulles comprendió el punto de vista de Adenauer y en gran parte debió de compartirlo. Pero, como antes, Dulles tenía que intentar relacionar su estrategia con el enfoque, mucho más elemental, de Eisenhower.

A fin de cuentas, a Eisenhower casi todas las cuestiones tocantes a Adenauer le parecían teóricas si no improcedentes. En realidad fue cuestión de suerte que Jruschov no tuviese acceso a las reflexiones personales de Eisenhower. Desde el 27 de noviembre de 1958, día del ultimátum formal de Jruschov, Eisenhower indicó en una conversación telefónica con Dulles que le parecía aceptable la idea de una ciudad libre, sin tropas norteamericanas, siempre que Berlín y sus rutas de acceso estuviesen dentro de la jurisdicción de las Naciones Unidas.

Cuando los asesores presidenciales o los miembros del gabinete no están de acuerdo con su jefe, deben decidir si presentar su argumento mientras el desacuerdo aún es teórico en gran parte, o esperar el momento de la decisión real. La respuesta determina cierta futura influencia, porque los presidentes suelen ser personalidades de fuerte carácter, que a menudo se irritan. Si los asesores deciden refutar casos hipotéticos, acaso provoquen una acritud innecesaria, ya que el presidente puede cambiar de opinión por su cuenta. Por otra parte, si esperan acontecimientos, corren el riesgo de ser arrollados por éstos. Dulles optó por una solución intermedia. Poniendo en guardia a Eisenhower contra los «acuerdos sobre el papel», le advirtió que conservar libre Berlín requería la presencia de tropas norteamericanas⁸⁰¹. Tal como resultaron las cosas, nunca se llegó a una decisión real. Ya entonces Dulles estaba gravemente enfermo, y falleció seis meses después, el 24 de mayo de 1959.

El 1 de julio Eisenhower volvió a su idea de llegar a un acuerdo. En una reunión con el viceprimer ministro soviético, Frol Kózlov, respondió a la queja soviética de que era ilógica la actitud norteamericana respecto a Berlín: «Reconocemos que es ilógica, pero no abandonaremos nuestros derechos ni nuestras responsabilidades... a menos que se nos dé un modo de hacerlo.»⁸⁰² Mantener los propios derechos hasta que pueda encontrarse un modo de abandonarlos no resulta, precisamente, un vibrante grito de batalla.

En Camp David, en septiembre de 1959, Eisenhower dijo a Nikita Jruschov que los Estados Unidos no tenían la intención de quedarse para siempre en Berlín. «Claramente —dijo—, no hemos planeado ocuparlo cincuenta años.»⁸⁰³ Decir que se está dispuesto a la guerra nuclear por una ciudad que se está pensando abandonar tampoco es un gran grito de guerra.

El 28 de septiembre Eisenhower llegó aún más lejos al aceptar en esencia la premisa básica del

desafío soviético, es decir, que la situación de Berlín era realmente «anormal»:

La originó una tregua, una tregua militar, al acabar la guerra; un armisticio, y puso, extrañamente, a unos cuantos [...] o acierto número de personas libres en una posición muy difícil⁸⁰⁴.

Resulta doloroso pensar en lo que habría ocurrido si Jruschov hubiese presionado con el desafío soviético o hubiese formulado algún «compromiso» basado en las numerosas sugerencias que estaba recibiendo. Por fortuna, la limitada atención de Jruschov, su mala evaluación de sus propias fuerzas y tal vez las divisiones que había en la jefatura soviética se aunaron en favor de una indefinida respuesta soviética. Los ultimátums de Jruschov alternaban con períodos de calma, en los cuales iban y venían plazos sin que el gobernante soviético insistiera en la satisfacción de sus demandas o en una negociación. Lo primero habría revelado lo resueltos que, de hecho, estaban los Aliados; lo último habría puesto a prueba la obvia complacencia, al menos de Gran Bretaña y los Estados Unidos, por modificar el acceso a Berlín y el *status* de la ciudad. El hecho de que Jruschov no se apegara a su objetivo evitó a la Alianza del Atlántico la que bien habría podido ser su peor crisis.

Jruschov no buscó de manera congruente el enfrentamiento ni la negociación. Eso, por sí solo, habría debido hacer surgir en las mentes occidentales ciertas dudas sobre la coherencia del sistema soviético. Amenazar con la guerra nuclear y desafiar el *statu quo* europeo sin preparar una estrategia que ocasionara por lo menos un choque diplomático resultó un anticipo de la parálisis que unos veinte años después se adueñaría del sistema soviético. Al parecer, Jruschov se encontraba atrapado entre los «halcones» de su Politburó, quienes creían en sus jactancias acerca de un cambio del equilibrio de poder y pensaban que Occidente no estaba ofreciendo bastante, y las «palomas», que eran conscientes de las realidades militares imperantes y no estaban dispuestas a correr el menor riesgo de guerra con los Estados Unidos.

En mitad de este extraño proceso, Jruschov permitió que su primer ultimátum pasara sin tener nada más que mostrar que una conferencia de ministros de Exteriores, dos semanas antes de que expirara el plazo. En esa reunión no se lograron avances porque Andrei Gromyko, recién nombrado ministro de Exteriores, aprovechó la ocasión para perfeccionar su formidable capacidad de obstruccionismo, que sería el tormento de los ministros de Exteriores de las democracias durante toda una generación. De hecho, un estancamiento no era lo que necesitaban los soviéticos, ya que el plazo del ultimátum estaba expirando. En cambio, permitió a Eisenhower ganar un poco más de tiempo, al invitar a Jruschov a visitar los Estados Unidos.

El gobernante soviético recorrió los Estados Unidos del 15 al 27 de septiembre de 1959, y vio el mismo tipo de reacción pública eufórica que había provocado la Cumbre de Ginebra cuatro años antes. Una vez más, la reunión de los dos jefes de gobierno antepuso la atmósfera a la cuestión principal, como quedó simbolizado cuando se habló del «espíritu de Camp David». La revista *Newsweek* publicó un «marcador», que indicaba que los supuestos logros de la visita superaban con mucho los errores. Y los fallos que pudiese haber, se dijo, eran debidos básicamente a la incapacidad de los gobernantes para lograr avances en la cuestión de Berlín, como si eso fuese cualquier cosa. La lista de realizaciones incluía intercambios culturales, aumento del comercio y mayor cooperación científica (ninguna de las cuales habría necesitado una reunión de los jefes de gobierno). El beneficio citado más a menudo era que, supuestamente, el líder soviético empezaba a conocer a sus anfitriones, lo cual reflejaba la habitual creencia norteamericana de que los conflictos entre naciones son causados por errores de interpretación y no por choques de intereses, y que nadie

podía venir, ver e irse de los Estados Unidos y seguir siendo hostil a ellos.

Según una encuesta de *Newsweek*, los norteamericanos creyeron que Jruschov por fin habría comprendido «que los norteamericanos, del presidente hacia abajo, auténticamente desean la paz»⁸⁰⁵. Si ése fue en realidad el juicio de Jruschov, es seguro que el efecto fue como un arma de doble filo. En todo caso, guardó esa visión particular como secreto de Estado. Pocas semanas después, a comienzos de diciembre, Jruschov se jactó de que «el mundo capitalista está tambaleándose bajo los golpes del bando socialista [...]. Tenemos la voluntad de vencer»⁸⁰⁶.

También Eisenhower salió de la cumbre sin que se hubiesen alterado gran cosa sus convicciones: seguía dispuesto, si no impaciente, a modificar el *status* de Berlín. Al término de la cumbre, el 1 de octubre, Eisenhower describió su idea de lo que para él era una manera apropiada de salir de la crisis ante su asesor de Seguridad Nacional, Gordon Gray:

Debemos recordar que Berlín está en una situación anormal; que hemos considerado necesario soportarla, y que había surgido debido a algunos errores de nuestros gobernantes: Churchill y Roosevelt. Sin embargo, él [Eisenhower] consideraba que debía de haber algún modo de crear un tipo de ciudad libre que de alguna manera fuese parte de la Alemania Occidental, lo que podría requerir que la ONU participara para garantizar la libertad y la seguridad de la ciudad que estaría desarmada, salvo sus fuerzas del orden. Reiteró que había llegado el momento, y que tal vez pronto simplemente tendríamos que sacar de allí nuestras fuerzas⁸⁰⁷.

Como Jruschov, afortunadamente, no quiso sondear estas ni otras ideas, los aliados occidentales lograron, por abandono soviético, su principal objetivo, que era ganar tiempo. En 1955, la Cumbre de Ginebra había permitido a Jruschov obtener una cierta distensión sin hacer concesiones considerables. En 1959, Eisenhower logró el mismo resultado, invocando el llamado espíritu de Camp David.

El resultado principal de Camp David fue otro plazo más. Eisenhower y Jruschov convinieron en convocar una reunión de las cuatro potencias ocupantes de Berlín. Pero antes, Eisenhower deseó consultar a sus aliados. De Gaulle rechazó la invitación a la cumbre, a menos que antes Jruschov hiciese una visita oficial a París. Dados estos requisitos, la fecha más temprana para la celebración de la cumbre que tendría lugar en París, resultó ser el mes de mayo de 1960. Por último, dos semanas antes de la reunión, un avión espía norteamericano fue derribado sobre la Unión Soviética. Ese vuelo dio a Jruschov un pretexto para sabotear toda la conferencia, que para entonces llevaba más de un año en gestación. Más valió así, ya que la nueva posición de los Estados Unidos ante Berlín era ofrecer una «ciudad garantizada» que incorporaría muchas de las reflexiones expresadas por Eisenhower a Gordon Gray. En la práctica, el plan difería de la «ciudad libre» de Jruschov en el nombre dado al nuevo *status* de la ciudad.

Aunque durante varios días los aliados occidentales estuvieron preocupados de que Jruschov finalmente hubiese encontrado el pretexto para iniciar una conflagración, muy pronto se vio que el gobernante soviético estaba buscando lo contrario, es decir, un pretexto para evitar un enfrentamiento. La truculencia verbal sustituyó al enfrentamiento con que Jruschov había amenazado, así como continuamente había retrocedido ante él. Contra todas las expectativas, cuando Jruschov se detuvo en Berlín, de regreso de la abortada cumbre de París, anunció otro aplazamiento, esta vez hasta que pasaran las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.

Cuando John F. Kennedy tomó posesión del cargo habían transcurrido casi tres años desde que Jruschov enviara su primer ultimátum. El paso del tiempo había reducido gradualmente la

credibilidad de su amenaza y la sensación de un peligro general. Precisamente cuando la cuestión de Berlín parecía estar calmándose, el fallido intento del gobierno de Kennedy por derrocar a Castro en la bahía de Cochinos y su indecisión ante Laos al parecer convencieron a Jruschov de que Kennedy era una persona que se dejaba convencer fácilmente. En una reunión con Kennedy en Viena, a comienzos de junio de 1961, Jruschov fijó otro plazo de seis meses, que daría comienzo a uno de los períodos de enfrentamiento más intensos de toda la Guerra Fría.

Al hablar sobre la cumbre el 15 de junio, Jruschov dijo al mundo que ya no podía aplazarse la conclusión de un tratado de paz alemán: «Este año deberá llegarse a un acuerdo de paz en Europa.» Para pronunciar uno de sus discursos, Jruschov apareció con un uniforme de teniente general, grado de cortesía que Stalin le había otorgado durante la guerra. En otra ocasión, Jruschov dijo ante el embajador británico que sólo se necesitarían seis bombas atómicas para destruir Inglaterra y nueve para borrar del mapa a Francia³⁰⁸. En septiembre de 1960, Jruschov puso fin a la prohibición informal de realizar pruebas nucleares que ambos bandos habían observado durante tres años. Como parte de su programa de pruebas, la Unión Soviética hizo estallar una monstruosa bomba de 50 megatonnes.

Las exigencias de Jruschov de llegar a un acuerdo de posguerra no eran nuevas. Churchill ya lo había pedido desde 1943; Stalin había propuesto uno en su Nota de Paz de 1952; George Kennan había solicitado un acuerdo sobre Alemania a mediados de los años cincuenta. Pero en este caso, no había un acuerdo de posguerra tras la Segunda Guerra Mundial. Las esferas de influencia norteamericana y soviética se establecerían paso a paso, como reconocimiento a *faits accomplis*, y no mediante acuerdos en toda regla.

El acto final de definir las esferas de influencia europeas comenzó en las primeras horas del 13 de agosto de 1961. Al despertar, los berlineses occidentales se encontraron virtualmente apresados. Los alemanes del Este habían levantado barricadas con alambre de púas entre el sector soviético de Berlín y los sectores ocupados por las tres potencias occidentales, y habían construido un muro alrededor de toda la ciudad de Berlín. Las familias situadas en lados opuestos del muro quedaban separadas. Con el transcurso de los días, el muro fue reforzado; el hormigón, las minas y los perros guardianes se erigieron como símbolos de la ciudad dividida y de la inhumanidad comunista. La bancarrota de un régimen comunista incapaz de persuadir a sus propios ciudadanos de que se quedaran en su país fue revelada a todo el mundo. Sin embargo, los gobernantes comunistas habían logrado taponar la grieta que había en el bloque soviético, al menos temporalmente.

La construcción del muro hizo comprender a las democracias su dilema en Berlín. Estaban dispuestas a defender la libertad de Berlín contra toda agresión abierta, pero no habían decidido aún su respuesta por debajo de ese umbral, y ni siquiera cómo definir la agresión. Casi al punto, Kennedy resolvió que la construcción del muro no se ajustaba a la definición norteamericana de «agresión», y decidió no desafiarla militarmente. Los Estados Unidos intentaron restar importancia a la construcción del muro, de tal manera que el día de su construcción Kennedy se fue a navegar y el secretario de Estado, Dean Rusk, asistió a un partido de béisbol. En Washington no hubo una atmósfera de crisis.

En realidad, las opciones militares de Kennedy eran muy limitadas. Si las tropas norteamericanas derribaban la barrera en el sector limítrofe, podrían encontrarse ante un muro reconstruido unos cientos de metros atrás. ¿Entrarían en el Berlín oriental para derribarlo? ¿Apoyaría el público de Occidente una guerra a causa del libre movimiento dentro de Berlín, cuando en la práctica Berlín Oriental ya había sido reconocido mucho tiempo atrás como capital del satélite comunista alemán oriental?

Cuando estuvo claro que los Estados Unidos no se opondrían por la fuerza a la construcción del

muro, Berlín Occidental y Alemania Federal experimentaron el tipo de choque que produce el enfrentarse a una realidad que ya se conocía en el subconsciente, pero que no se quería reconocer. En la última ocasión, cuando tuvo lugar la Revolución húngara, habría debido quedar claro que Occidente no desafiaría militarmente las esferas de influencia existentes. Brandt afirmaría después que la práctica de su *Ostpolitik*, que condujo al reconocimiento del régimen alemán oriental, fue provocada por su desencanto ante la reacción norteamericana a la construcción del muro. Sin embargo, con toda probabilidad el susto de los alemanes habría sido mayor si el esfuerzo por derribar el muro hubiese ocasionado una guerra. Hasta Adenauer dijo a Acheson que no quería ver defender Berlín con una guerra nuclear, sabiendo de sobra que no había otros medios para defenderla.

Ambas superpotencias siguieron pugnando, en un esfuerzo por definir a la vez sus compromisos y sus límites. En julio, Kennedy aumentó considerablemente el presupuesto de Defensa, llamó a los reservistas y envió más tropas a Europa. En agosto de 1961, después de construido el muro, Kennedy envió 1.500 hombres a la autopista que discurría a través de la zona soviética, desafiando a los soviéticos a detenerlos. Tras haber llegado sin dificultad, las tropas fueron recibidas con un vibrante discurso del vicepresidente Lyndon B. Johnson, que había viajado en avión hasta allí para recibirlas. Poco después, el general Lucius Clay, el héroe del bloqueo de Berlín en 1948, fue nombrado representante personal del presidente en Berlín. Kennedy colocaba la credibilidad norteamericana del lado de la libertad de Berlín.

Una vez más, las maniobras de Jruschov lo habían llevado al mismo tipo de callejón sin salida que durante el gobierno de Eisenhower. Sus bravatas habían provocado una reacción norteamericana a la que no se atrevió a oponerse. Unos informes del coronel Oleg Penkovsky, el extraordinario contacto norteamericano que había en el servicio de información militar soviético, revelaron que unos funcionarios soviéticos de alto nivel estaban bien enterados de su falta de preparación, y a menudo se quejaban, entre sí, de la imprudencia de Jruschov⁸⁰⁹. Ya desde 1960, Eisenhower había captado el *bluff* de Jruschov, y dijo a un visitante que, en caso de guerra, estaría mucho más preocupado por la lluvia nuclear que cayera de las propias armas norteamericanas que por una represalia soviética. Kennedy, siendo ya presidente, también se percató pronto de que la Unión Soviética era inferior en potencia estratégica general.

Esta situación favoreció al bando que deseaba mantener el *statu quo*. Al mismo tiempo, Kennedy fue aún más explícito que Eisenhower acerca de su reticencia a correr el más ligero riesgo de guerra nuclear por Berlín. De vuelta de su cumbre con Jruschov en Viena, Kennedy reflexionó:

[...] parece particularmente estúpido arriesgar a un millón de norteamericanos por una discusión sobre los derechos de acceso a una autopista [...] o porque los alemanes desean ver reunificada a Alemania. Si yo voy a amenazar a Rusia con una guerra nuclear, tendrá que ser por razones mucho más grandes e importantes que ésa⁸¹⁰.

La estrategia de Eisenhower se había basado en el plan original de la contención. Se esforzó por bloquear a los soviéticos cada vez que éstos desafiaron a Occidente. Las metas de Kennedy fueron más ambiciosas. Tuvo la esperanza de terminar el conflicto soviético-norteamericano de una vez por todas mediante unas negociaciones directas entre las superpotencias, y de aprovechar la crisis de Berlín como el punto decisivo. Por consiguiente, la Casa Blanca de Kennedy exigió una diplomacia mucho más flexible con Berlín y, si fuera necesario, una diplomacia unilateral. Para Eisenhower, Berlín había sido un desafío que tuvo que soportar y superar con el tiempo; para Kennedy fue un alto

en el camino de su plan por establecer un nuevo orden mundial. Eisenhower o Dulles habrían elaborado fórmulas para anular una amenaza específica; Kennedy quiso eliminar un obstáculo permanente a la paz.

También difirieron las actitudes de los dos presidentes en cuanto a la OTAN. Mientras que Eisenhower había comandado la alianza militar en tiempos de guerra en Europa, Kennedy había participado en la guerra en el Pacífico, donde el esfuerzo norteamericano fue mucho más nacional y unilateral. No estaba dispuesto a conceder a los países aliados un veto a las negociaciones y, a decir verdad, prefería tratar directamente con la Unión Soviética, como puede verse en esta directiva presidencial al secretario de Estado, Dean Rusk, fechada el 21 de agosto de 1961, una semana después de la construcción del muro de Berlín:

Tanto el calendario de negociaciones como la cuestión principal de la posición occidental siguen sin definirse, y ya no creo que puedan lograrse avances satisfactorios tan sólo mediante una discusión de las cuatro potencias. Creo que debemos esforzarnos por dar una fuerte posición a los Estados Unidos en ambos terrenos, y debemos aclarar que no podemos aceptar un veto de ninguna otra potencia [...] Esta semana debemos poner en claro a nuestros tres aliados que esto es lo que me propongo hacer, y que ellos deberán estar de acuerdo o se quedarán atrás⁸¹¹.

Obedeciendo esta directiva, Dean Rusk abandonó las negociaciones de las cuatro potencias en favor de un diálogo directo con Moscú. En ese otoño, Rusk y Gromyko se reunieron varias veces en las Naciones Unidas, y también se celebraron otras conversaciones entre el embajador Thompson y Gromyko en Moscú. Sin embargo, los soviéticos no aceptaban ni siquiera una agenda para iniciar negociaciones sobre la cuestión de Berlín.

El problema era que cada bando se encontraba atrapado en un dilema peculiar de la era nuclear. Podían emplear sus armas nucleares para proteger su supervivencia, pero éstas no se prestaban para lograr transformaciones positivas. Cualquiera que fuese el nivel teórico de superioridad calculado, el riesgo de una guerra nuclear era totalmente desproporcionado a cualquier objetivo que se pretendiera alcanzar. Hasta un riesgo de guerra del 5 % es intolerable cuando el castigo implica la total destrucción de la propia sociedad; en realidad, de la civilización. Por tanto, al término de las negociaciones, cada bando retrocedió ante el peligro de guerra.

Al mismo tiempo, ninguno de los dos bandos estaba en posición de sustituir el poder por la diplomacia. Pese a la creciente tensión, los argumentos en favor del *statu quo* siempre parecían pesar más que el impulso por modificarlo. Por parte de las democracias, resultó imposible lograr un consenso; en cuanto a los comunistas, la jactancia de Jruschov acaso aumentara las expectativas de sus colegas hasta tal grado que aun las grandes concesiones que Occidente estaba dispuesto a hacer parecieron inadecuadas a los partidarios de la línea dura del Kremlin. A la postre, Jruschov trató de romper el estancamiento con su desastrosa aventura de llevar misiles a Cuba, lo que mostró hasta qué punto había que aumentar las apuestas antes de que el poder militar afectase a la diplomacia.

Estas tendencias al estancamiento anulaban los esfuerzos del gobierno de Kennedy por romper el empate a fuerza de iniciativas diplomáticas. Cualquier concesión que pudiese ser aceptada por Jruschov debilitaría a la Alianza del Atlántico, y cualquier arreglo aceptable para las democracias debilitaría a Jruschov.

Esto condenó al fracaso el esfuerzo del gobierno de Kennedy por descubrir en el catálogo de demandas soviético alguna que pudiese ser satisfecha sin riesgos. El 28 de agosto de 1961, McGeorge Bundy, asesor de Seguridad Nacional de Kennedy, resumió el pensamiento de la Casa

Blanca en un memorándum enviado al presidente: «La principal línea de pensamiento entre quienes hoy trabajan sobre la cuestión de nuestra posición para negociar es que podemos y debemos tender considerablemente hacia la aceptación de la RDA, la línea Oder-Neisse, un pacto de no agresión y hasta la idea de firmar dos tratados de paz.»⁸¹² El memorándum no especificaba qué esperaban recibir a cambio los Estados Unidos.

Estas actitudes hicieron inevitable que Washington fuese separándose gradualmente de Adenauer. El 22 de septiembre se supo que el gobierno había declarado categóricamente:

Una fuente autorizada de los Estados Unidos llamó hoy a Alemania Occidental para que aceptara, por su propio bien, la «realidad» de la existencia de dos Estados alemanes.

La fuente afirmó que Alemania Occidental tendría mejores posibilidades de lograr la reunificación «hablando a los alemanes del Este» en vez de ignorarlos⁸¹³.

En diciembre de 1961, Bundy trató de tranquilizar a Bonn refiriéndose al «fundamental» propósito norteamericano de asegurar que el pueblo alemán «no tenga ninguna causa legítima para arrepentirse de haber confiado en nosotros». Al mismo tiempo, advirtió contra toda errónea interpretación de que esta garantía fuese un cheque en blanco. «No podemos otorgar —y ningún estadista alemán lo ha pedido— un veto de Alemania a la política de Occidente. Una asociación de hombres libres nunca podrá proceder por la actitud de sólo uno de sus miembros.»⁸¹⁴

En realidad, estas frases conciliadoras se anularon entre sí. Puesto que las posiciones declaradas de los Estados Unidos y de Alemania eran irreconciliables, puesto que Alemania dependía totalmente de los Estados Unidos para la defensa de Berlín, negar el veto a Bonn sólo podía dar uno de dos resultados: un riesgo de guerra por una causa en la que el gobierno de Kennedy había afirmado que no creía, o imponer a Bonn unas ideas que habían sido ya rechazadas por los gobernantes alemanes. Lo primero no habría podido sostenerse en el Congreso norteamericano ni en la opinión pública; lo segundo habría arruinado el compromiso de Alemania con Occidente y la cohesión de la Alianza del Atlántico.

Las relaciones entre Washington y Bonn fueron resquebrajándose cada vez más. El Departamento de Estado, temiendo un estancamiento y una ruptura con Adenauer, dio largas al asunto durante varios meses y no aplicó la directiva de Kennedy de exigir negociaciones directas con Moscú, o, mejor dicho, celebró reuniones sin aportar muchas ideas nuevas. Si Jruschov hubiese tenido un sentido de las proporciones, habría podido percatarse de que ése era el momento de ver cuál de las varias sugerencias de Occidente podía convertirse en una dura política de cambio. Sin embargo, siguió aumentando las apuestas y evitó las negociaciones.

Durante este período de diplomacia en suspenso y tensión interaliada, yo me vi en la periferia de la política de la Casa Blanca como asesor del Consejo Nacional de Seguridad. Aunque tuve conocimiento de las cuestiones que se estaban discutiendo y de las diversas corrientes que giraban en torno del presidente, no participé personalmente en las decisiones finales. Los tradicionalistas de la OTAN, en particular Acheson, que actuaba como consultor externo en aquellos intervalos en que su áspera lengua no le había hecho caer en desgracia frente al presidente, se mostraban adversos a toda negociación. Como De Gaulle y Adenauer, no podían ver ninguna mejora concebible en emprender nuevos procedimientos de acceso, y sólo esperaban encontrar acritud en los intentos por negociar la cuestión de la unificación alemana.

Por mucho que yo admirara a Acheson, no creí que pudiera sostenerse una estrategia obstruccionista. Cada vez que Jruschov lo deseara, podría imponer una negociación; ningún

gobernante occidental, ni siquiera De Gaulle, podría exigir a su público la necesidad de un choque si antes no demostraba que había intentado por todos los medios evitarlo. A mí me pareció de vital importancia evitarlo, negociar según una agenda soviética, presentando un plan norteamericano para el futuro de Alemania. Yo temía por la cohesión de los Aliados si las decisiones se relegaban a una conferencia o se veían sometidas a plazos. En cuestión de procedimientos, prefería la negociación; en la cuestión principal, estaba más cerca de las posiciones tradicionales de Adenauer y de Acheson.

Mi breve estancia en la Casa Blanca durante los años de Kennedy dio lugar a cierto número de encuentros con Adenauer. Me sirvieron, dolorosamente, para comprender la enorme desconfianza que la crisis de Berlín había despertado entre los que fueran íntimos aliados. En 1958, poco después de publicarse mi libro *Nuclear Weapons and Foreign Policy [Armas nucleares y política exterior]*⁸¹⁵, Adenauer me había invitado a visitarle. Yo era por entonces un joven profesor un tanto desconocido. Durante la conversación, Adenauer me dijo enérgicamente que no me dejara engañar por la apariencia de un monolítico bloque comunista que se extendía desde el Báltico hasta el sureste de Asia: en su opinión, era inevitable una ruptura entre China y la Unión Soviética. Tenía esperanzas, me dijo, de que cuando esto ocurriera las democracias pudieran aprovecharlo.

Yo nunca había oído hablar de esa perspectiva ni creí en ella. Adenauer debió de interpretar mi asombrado silencio como una aprobación, pues cuando se reunió con Kennedy tres años después concluyó una perorata sobre lo inevitable de una escisión chino-soviética diciendo que yo había estado de acuerdo con él. Poco después recibí un mensaje de Kennedy diciendo que me agradecería que, en adelante, yo no sólo compartiera mis ideas geopolíticas con el canciller alemán, sino también con él.

La Casa Blanca me pidió a comienzos de 1962 que tratara de calmar las preocupaciones (expresadas cada vez más ruidosamente) del canciller alemán por la política del gobierno de Kennedy respecto de Berlín. Tal vez suponían que, como resultado de este intercambio de ideas entre Adenauer y Kennedy, yo estuviera más cerca de Adenauer de lo que probablemente lo estaba. Yo debía informar a Adenauer del enfoque norteamericano de las negociaciones, del plan de contingencia militar para Berlín y, como consideración especial, de la capacidad nuclear de los Estados Unidos, que, según se me dijo, nunca habían compartido con ningún aliado, salvo Gran Bretaña.

Aquella resultó ser una tarea formidable. Apenas había empezado a hablar cuando Adenauer me interrumpió: «Eso ya me lo dijeron en Washington, y no me impresionó allí; ¿por qué creen que me impresionará aquí?» Le contesté con energía que yo no era un empleado del gobierno, que se me había pedido visitarlo para calmar sus preocupaciones y que debía oírme antes de extraer conclusiones.

Adenauer se quedó asombrado. Me preguntó cuánto tiempo pasaba yo trabajando como asesor de la Casa Blanca. Cuando le dije que cerca del 25 %, me respondió con calma: «En ese caso, supondré que usted me está diciendo el 75 % de la verdad.» Esto lo dijo en presencia del embajador norteamericano, Walter C. Dowling, quien, según la fórmula matemática de Adenauer, por lo visto había estado mintiéndole todo el tiempo.

Pero aun en ese triste punto de las relaciones norteamericano-alemanas, Adenauer demostró que, para él, la confianza era un imperativo moral. Aunque la estrategia nuclear no fuera su principal tema de interés, agradeció profundamente la muestra de confianza implícita en la información nuclear que Washington le había enviado a través de mí. Al haber emigrado de Alemania a los quince años (unos veinticinco años antes), yo no consideré que mi vocabulario alemán fuese el más apropiado para hablar de armas nucleares, y expresé en inglés mi parte de la conversación. Nuestro intérprete

fue un miembro del personal de la cancillería. Veinticinco años después, ese funcionario, quien para entonces era viejo y estaba retirado, me escribió para decirme que, como cualquier intérprete digno de ese nombre, había llevado un registro de la información nuclear y lo había presentado a Adenauer. La respuesta del canciller fue que había dado su palabra de que esa información se consideraría confidencial, y que, por tanto, conservar aunque sólo fuese un ejemplar en el archivo sería incompatible con su promesa. Dicho esto, ordenó destruir todos los documentos en que se relataba esa parte de nuestra conversación.

No obstante, en abril de 1962, las relaciones norteamericano-alemanas se hallaban fuera de todo control. El 21 de abril se dejó filtrar un plan norteamericano que pedía la creación de una Autoridad Internacional de Acceso para controlar el tráfico de entrada y salida de Berlín. Consistiría en cinco participantes occidentales (las tres potencias occidentales de ocupación más la República Federal y Berlín occidental), otros cinco comunistas (la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, la República Democrática Alemana y Berlín oriental) y tres neutrales (Suecia, Suiza y Austria). La unificación sería promovida por cierto número de comités compuestos, a partes iguales, por funcionarios de las dos Alemanias.

Como era de prever, Adenauer se opuso frontalmente a la creación de una Autoridad de Acceso, especialmente si en ésta Alemania Oriental y Occidental tenían el mismo *status*. Además, la participación de representantes de Berlín oriental y occidental debilitaría el ya frágil *status* de cuatro potencias de la ciudad, y daría relieve al papel de Alemania Oriental. Como el número de comunistas que habría en la Autoridad de Acceso sería igual al número de representantes de las democracias, la decisión recaería en tres países débiles y neutrales, expuestos al chantaje soviético. Adenauer consideró que éste era un pobre sustituto del hasta entonces vigente compromiso norteamericano.

Adenauer decidió poner el dedo en la llaga, y dio el paso, para él sin precedentes, de criticar en público a su principal aliado. En conferencia de prensa del 7 de mayo de 1962 rechazó categóricamente la Autoridad Internacional de Acceso.

Me parece que no se puede aplicar todo este plan. Ustedes saben bien que, al final, tres países, a saber, Suecia, Austria y Suiza, tendrán el voto decisivo, ya que los votos del Este y los del Oeste quizá se anularán unos a otros. Entonces, quiero preguntar a ustedes si esos países responderían afirmativamente si se les preguntara si les gusta este papel. ¡Yo no lo creo!⁸¹⁶

Para mostrar hasta dónde llegaba su disgusto, Adenauer lanzó una pulla contra el intento del gobierno de Kennedy de asignarle una mayor prioridad al mundo en desarrollo:

También estoy contra las colonias y estoy a favor de la ayuda al desarrollo. Pero también exijo que se permita vivir su vida a 16 millones de alemanes [en la Alemania oriental]. Esto es lo que les diremos a nuestros amigos y a nuestros enemigos⁸¹⁷.

Estas diferencias nunca se resolverían. El 17 de julio de 1962, Kennedy aún estaba diciendo a Anatoly Dobrynin, el nuevo embajador soviético: «[...] bien podría haber otras cuestiones en que estuviésemos dispuestos a presionar a los alemanes; como, por ejemplo, la estructura de una autoridad de acceso»⁸¹⁸. Como Adenauer ya había explicado con todo detalle sus objeciones a la integración y a la función de semejante autoridad, Jruschov debió de saber que él tenía la clave para desencadenar una gran crisis en el seno de la Alianza del Atlántico.

De manera asombrosa, cuando un triunfo soviético parecía inminente, Jruschov cambió de táctica. Tratando de lograr de un solo golpe el avance que no había conseguido durante los tres años anteriores, Jruschov colocó en Cuba unos proyectiles soviéticos de medio alcance. Obviamente, había calculado que, si triunfaba en esa aventura, su posición sería abrumadora en caso de una negociación acerca de Berlín. Por la misma razón, Kennedy no podía permitir semejante extensión del poderío estratégico soviético en el continente americano. Su valerosa y hábil manera de resolver la crisis no sólo obligó a Jruschov a retirar los cohetes soviéticos sino que, además, restó a la diplomacia de éste sobre Berlín cualquier credibilidad que aún le quedase.

Jruschov reconoció que se le habían acabado los recursos y en enero de 1963 anunció que el «éxito» del muro de Berlín había hecho innecesario un tratado de paz por separado con Berlín. Por fin, después de cinco años, había pasado la crisis. Durante este período, los Aliados habían mantenido su posición en casi todas las cuestiones esenciales, aunque con muchas vacilaciones. Por su parte, Jruschov no había logrado más que levantar un muro para evitar que los renuentes súbditos de Alemania Oriental huyeran de la utopía comunista.

Fue una suerte para Occidente que Jruschov exagerara la situación, pues la Alianza había estado peligrosamente cerca de disolverse. La posición norteamericana durante los gobiernos de Eisenhower y de Kennedy se basó en su tradicional máxima de que los Estados Unidos se oponían al cambio intentado mediante la amenaza de la fuerza, y no al cambio como tal. Como declaración especulativa, esto no era excepcional, siempre que hubiese tan sólo el entendimiento general de que el resultado de la crisis sería juzgado por su cuestión principal y no por su método.

En cuestión de sustancia, los diversos planes considerados por los gobiernos de Eisenhower y de Kennedy fueron extremadamente arriesgados. Todos tenían la desventaja común de alterar el marco existente en la dirección que pedían los soviéticos, pero no podría haber sido de otro modo, pues la Unión Soviética no había desatado la crisis, sin duda, para empeorar su posición. Todo *quid pro quo* propuesto habría obligado a la Unión Soviética a negociar una amenaza que nunca debía haber hecho por lograr alguna mejora objetiva del *status* de su satélite alemán oriental y la modificación de los procedimientos de acceso. Las dos pesadillas gemelas de Adenauer, que los comunistas de la Alemania oriental adquirieran medios para explotar la vulnerabilidad de Berlín, y que surgiera una brecha entre las obligaciones de Bonn para con la Alianza y su aspiración de una unidad nacional, eran inherentes a cualquiera de los planes de negociación propuestos.

Esto lo vio claramente Dean Acheson, quien según sus propias palabras había estado «presente en la creación» del sistema de alianzas de posguerra. En una carta dirigida a Truman, el 21 de septiembre de 1961, Acheson predijo una humillante derrota para Occidente a causa de Berlín, «disfrazada como arte del estadista del nuevo orden»⁸¹⁹. Si resultaba inevitable esa derrota, argüía Acheson, el futuro de la Alianza occidental dependería de quién asumiera la responsabilidad del desastre. «Mejor será —escribió al general Lucius Clay, en enero de 1962— que los seguidores abandonen al jefe, a hacer que el jefe siga a sus seguidores. ¿Quién recogerá entonces los pedazos? ¿En quién confiar para que sirva de guía en un nuevo comienzo?»⁸²⁰ Tal era la estrategia de De Gaulle a la inversa.

Durante la crisis de Berlín cambiaron las prioridades alemanas. A lo largo de todo el período de posguerra, Adenauer había dependido principalmente de los Estados Unidos. Un año después del ultimátum de Jruschov ya no era así. Un informe del Departamento de Estado, del 26 de agosto de 1959, destacaba la consternación de Adenauer por la falta de unanimidad entre los Aliados. Según el informe, Adenauer aún esperaba que se restaurara la unidad aliada. Pero si «una combinación de Estados Unidos-Reino Unido parece estar avanzando hacia un entendimiento con Jruschov, Adenauer

tendrá que depender principalmente de Francia»⁸²¹.

Durante la crisis, Jruschov se comportó como un jugador de ajedrez que, después de haber hecho una apertura deslumbrante, se sienta a esperar que su adversario se rinda, contemplando sus piezas, sin llevar la partida hasta el fin. Según se desprende de los archivos diplomáticos es difícil comprender por qué Jruschov nunca estudió ninguna de las innumerables opciones para negociar que se le ofrecieron, debatieron y que tan a menudo se insinuaron. Entre ellas estaban la Autoridad de Acceso, los dos tratados de paz y el concepto de «ciudad garantizada». Al final, Jruschov nunca cumplió ninguno de sus plazos, ni aceptó las muchas opciones que había tenido para obligar a los aliados occidentales a negociar. Después de tres años de ultimátums y de amenazas espeluznantes, el único verdadero «triumfo» de Jruschov fue la construcción del muro de Berlín, que a la postre llegó a simbolizar el fracaso de la política soviética en Berlín.

Jruschov estaba preso en una red creada por él mismo. Atrapado, descubrió que no podría satisfacer sus demandas sin ir a la guerra. Mas nunca estuvo dispuesto a ello, y sin embargo no se atrevió a aceptar las ofertas de negociación de Occidente para no ser acusado por los «halcones» del Kremlin y sus cohortes chinas de haber aceptado muy poco a cambio. Jruschov, demasiado débil para desviar a sus «palomas» hacia un camino más agresivo, y demasiado inseguro de su situación para exigir concesiones a sus «halcones», dio largas todo el tiempo que pudo, y luego lo arriesgó todo a una desesperada apuesta, colocando misiles en Cuba.

La crisis de Berlín, junto con su culminación, en la crisis de los proyectiles cubanos, constituyó un momento decisivo en la Guerra Fría, aunque entonces no se viera así. Si las democracias no se hubiesen dejado consumir por sus disputas internas, podrían haber considerado la crisis de Berlín como lo que fue, es decir, una demostración de la latente debilidad soviética. A la postre, Jruschov fue obligado a seguir conviviendo con una avanzada occidental situada muy adentro del territorio soviético, sin haber alcanzado ninguna de las metas anunciadas con tanta fanfarria cuando desató la crisis. De este modo, se reafirmó la división de Europa en dos bloques, como lo estuvo durante la Revolución húngara de 1956. Ambos bandos se quejarían de esta situación, pero ninguno intentaría alterarla por la fuerza.

El resultado del fracaso de las iniciativas de Jruschov tanto en Berlín como en Cuba fue que la Unión Soviética no volvió a arriesgarse a desafiar de manera directa a los Estados Unidos, excepto durante un breve estallido al término de la guerra de Oriente Medio de 1973. Aunque los soviéticos reunieron un gran arsenal de misiles de alcance intercontinental, el Kremlin nunca lo consideró suficiente para lanzar una amenaza directa a los derechos establecidos de los Estados Unidos. En cambio, la presión militar soviética se desvió, dedicándose a apoyar las llamadas guerras de liberación nacional en regiones del mundo en desarrollo como Angola, Etiopía, Afganistán y Nicaragua.

Durante una década los soviéticos no volvieron a tratar de impedir el acceso a Berlín, que continuó bajo los procedimientos ya establecidos. Mientras tanto, el reconocimiento del régimen alemán oriental se logró gradualmente como decisión de Alemania Occidental, con el apoyo de todos los partidos alemanes importantes, y no como iniciativa impuesta por los Estados Unidos. Con el tiempo, los Aliados explotarían la impaciencia soviética por lograr el reconocimiento de Alemania Oriental, insistiendo en el requisito de que la Unión Soviética aplicara rigurosos procedimientos de acceso a Berlín, además de confirmar su *status* de cuatro potencias. Los soviéticos aceptaron formalmente estas condiciones en el Acuerdo Cuatripartito de 1971. No habría nuevos desafíos a Berlín ni a las rutas de acceso hasta que el muro fue derribado en 1989, dando paso a la reunificación de Alemania. Después de todo, la contención había funcionado bien.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Conceptos de la unidad de Occidente: Macmillan, De Gaulle, Eisenhower y Kennedy

La crisis de Berlín marcó la consolidación final de las dos esferas de influencia que, durante casi dos décadas, habían estado pugnando a lo largo de la línea divisoria que separaba el continente europeo. En la primera fase de este proceso, de 1945 a 1948, Stalin había establecido la esfera de influencia soviética, convirtiendo los países de Europa del Este en Estados satélites y amenazando implícitamente a Europa occidental. En la segunda fase, de 1949 a 1956, las democracias reaccionaron fundando la OTAN, consolidando sus zonas de ocupación para formar la República Federal, e iniciando el proceso de integración del oeste de Europa.

Durante el período de consolidación cada bando hizo periódicos intentos por destruir la otra esfera. Todos esos planes fracasaron. La Nota de Paz de Stalin de 1952, pensada para atraer a la República Federal sacándola del bando occidental, no logró su propósito, en parte debido a la muerte del propio Stalin. La estrategia de Dulles para la «liberación» de la Europa del Este resultó vana, como se demostró durante el frustrado levantamiento húngaro de 1956. El ultimátum de Jruschov en cuanto a Berlín, de 1958, representó otro intento de separar a la República Federal de Occidente. Pero, al final, los soviéticos tuvieron que contentarse con intensificar su dominio sobre su satélite alemán oriental. Tras la crisis de los proyectiles cubanos, los soviéticos se dedicaron a penetrar en el mundo en desarrollo. El resultado fue una estabilidad bipolar en Europa, cuya paradójica naturaleza fue resumida en 1958 por el gran filósofo y politólogo francés Raymond Aron:

La situación actual de Europa es anormal o absurda. Pero es muy clara, y todo el mundo sabe dónde está la línea de demarcación y nadie teme mucho a lo que pudiese ocurrir. Si algo sucede del otro lado del Telón de Acero —y tenemos la experiencia de hace un año—, nada ocurre de este lado. Con razón o sin ella, tan clara partición de Europa nos parece menos peligrosa que cualquier otro arreglo⁸²².

Dicha estabilidad fue justo la que hizo posible que afloraran las diferencias latentes que existían en el seno de la llamada Comunidad Atlántica. Inmediatamente después de la crisis de Berlín, Macmillan por Gran Bretaña, De Gaulle por Francia y Kennedy por los Estados Unidos se vieron obligados a reconciliar sus muy distintas perspectivas sobre la naturaleza de la Alianza, la función de las armas nucleares y el futuro de Europa.

Macmillan fue el primer ministro británico que tuvo que enfrentarse explícitamente a la penosa realidad de que su país ya no era una potencia mundial. Churchill había tratado con los Estados Unidos y con la Unión Soviética de igual a igual. Aunque su actitud no había reflejado el verdadero equilibrio de fuerzas Churchill tendió un puente entre el deseo y la realidad con su genio e invocando el heroico esfuerzo de tiempos de guerra de Gran Bretaña. Cuando pidió unas negociaciones urgentes con Moscú al terminar la guerra, siendo líder de la oposición, y de nuevo tras la muerte de Stalin en 1953, siendo ya primer ministro, lo hizo como portavoz de una gran potencia que, aunque ya no

estaba en primerísima fila, era capaz de influir en los cálculos de todas las demás. A lo largo de la crisis de Suez, Eden aún actuó como jefe del gobierno de una gran potencia sustancialmente autónoma, con capacidad de emprender una acción unilateral. Pero cuando Macmillan se enfrentó a la crisis de Berlín, ya no podía sostenerse la ilusión de que Gran Bretaña, por sí sola, tuviese capacidad para modificar los cálculos estratégicos de las superpotencias.

Macmillan, un escéptico elegante y cortés, representó el último de los tories a la vieja usanza. Era producto de la época eduardiana, cuando Gran Bretaña era la potencia hegemónica en el mundo y la *Union Jack* ondeaba virtualmente en todos los rincones del planeta. Aunque poseía un travieso sentido del humor, había en Macmillan una melancolía inseparable de su posición al verse obligado a participar en la continuada decadencia de Inglaterra tras la terrible experiencia de la Primera Guerra Mundial, desde la cumbre del poder. Macmillan solía narrar en tono conmovedor la reunión de los cuatro supervivientes de su clase del Colegio de Christ Church, en Oxford. Durante la huelga de los mineros del carbón, en 1984, Macmillan, que para entonces llevaba veinte años sin ocupar ningún cargo, me dijo que, aun cuando respetaba mucho a la señora Thatcher y comprendía lo que ella estaba tratando de hacer, él nunca habría podido obligarse a llevar una lucha hasta el fin con los hijos de los hombres que él había tenido que lanzar desde las trincheras en la Primera Guerra Mundial, y que se habían sacrificado con tal abnegación.

Macmillan fue llevado al número 10 de Downing Street por el desastre de Suez, el hecho decisivo de la decadencia global de su patria. Desempeñó su papel con mucho garbo pero no sin cierta renuencia. Como ex ministro de Hacienda sabía demasiado bien que la economía británica estaba en declive y que su función militar nunca podría compararse con los grandes arsenales de las superpotencias nucleares. Gran Bretaña había rechazado el Mercado Común cuando éste fue propuesto por primera vez. La referencia de Chamberlain, en 1938, a Checoslovaquia como un país pequeño y apartado, del que poco sabían los ingleses, fue una buena descripción del desapego con que un país que había pasado siglo y medio luchando en guerras coloniales al otro lado del mundo veía las crisis de Europa, situadas a pocos cientos de kilómetros.

Pero a fines de los años cincuenta Gran Bretaña ya no podía ver a Europa a distancia, como a un país en que las fuerzas británicas intervenían ocasionalmente para derribar a un potencial tirano. Por tanto, Macmillan invirtió la política de aislamiento en cuanto a Europa y solicitó el ingreso en la Comunidad Europea. Sin embargo, pese al desastre de Suez, la principal preocupación de Macmillan seguía siendo que Gran Bretaña cultivara una «relación especial» con los Estados Unidos.

Gran Bretaña no se consideraba una potencia exclusivamente europea. Después de todo, sus peligros se habían originado demasiado a menudo en Europa, mientras que la salvación le había llegado del otro lado del Océano Atlántico. Macmillan no aceptó la idea gaullista de que la seguridad europea aumentaría si se dissociaba de los Estados Unidos.

A fin de cuentas, Gran Bretaña probablemente estaba por lo menos tan dispuesta como Francia a luchar por Berlín, aunque su motivo no habría sido tanto defender el vago concepto de los derechos de ocupación de los Aliados cuanto apoyar a los Estados Unidos, que veían amenazado el equilibrio del poder mundial.

Después de Suez, Francia y Gran Bretaña sacaron conclusiones diametralmente opuestas de su humillación a manos de los Estados Unidos. Francia apresuró su independencia y Gran Bretaña optó por fortalecer sus relaciones con los Estados Unidos. De hecho, ciertas visiones de una asociación anglo-norteamericana eran ya anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y desde entonces se habían fortalecido. Desde 1935, el primer ministro Stanley Baldwin las había esbozado en un discurso pronunciado en el Albert Hall:

Siempre he creído que la mayor seguridad contra la guerra en cualquier parte del mundo, en Europa, en Oriente o por doquier, sería la íntima colaboración del Imperio británico con los Estados Unidos de América [...] Podrán transcurrir, quizá, cien años antes de que alcance ese fin deseable; acaso no ocurra nunca. Pero a veces se realizan nuestros sueños. Yo miro hacia el futuro y veo esa unión de fuerzas por la paz y la justicia en el mundo y no puedo dejar de pensar, aunque los hombres todavía no puedan solicitarla abiertamente, que algún día quienes vengan después de nosotros podrán verla [...]⁸²³.

No se necesitaron cien años para que ese sueño se hiciera realidad. A partir de la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña y los Estados Unidos se vieron enlazados por necesidades comunes, pese a que éstas fueron filtradas por experiencias históricas muy distintas.

Un factor importante para forjar una fuerte relación entre las dos naciones fue la extraordinaria capacidad de Gran Bretaña para adaptarse a circunstancias cambiantes. Acaso fuera cierto, como señaló Dean Acheson, que Gran Bretaña se había aferrado demasiado tiempo a la ilusión de su Imperio y no había logrado definir para sí una función contemporánea en Europa⁸²⁴. Por otra parte, en sus relaciones con Washington, Gran Bretaña demostró casi a diario que, por muy vieja que fuese como nación, no se engañaba en las cuestiones fundamentales. Tras haber calculado sagazmente que ya no podían moldear la política norteamericana mediante los tradicionales métodos de compensar beneficios y riesgos, los gobernantes británicos escogieron, sobre todo después de Suez, seguir el camino de buscar una mayor influencia. Los líderes británicos de ambos partidos lograron hacerse tan indispensables para el proceso de toma de decisiones en los Estados Unidos, que los presidentes y quienes los rodeaban llegaron a ver las consultas con Londres no como un favor especial hacia un aliado débil, sino como un elemento vital de su propio gobierno.

Sin embargo, rara vez Gran Bretaña estuvo de acuerdo con la filosofía norteamericana de las relaciones internacionales. Los británicos nunca han compartido la idea norteamericana de la perfectibilidad del hombre, ni han sido muy dados a proclamar categorías morales. Según su propia filosofía, los gobernantes británicos en general han sido seguidores de Hobbes. Al esperar del hombre lo peor, rara vez quedan decepcionados. En materia de política exterior, Gran Bretaña siempre ha tendido a practicar una forma conveniente de egoísmo ético: lo que era bueno para Gran Bretaña fue considerado bueno para el resto del mundo.

Para llegar a semejante concepción se necesitaba una considerable confianza en sí mismo, para no hablar de cierto sentido de superioridad innata. Cuando en el siglo XIX un diplomático francés dijo al primer ministro británico Palmerston que Francia ya se había acostumbrado a que en el último momento Palmerston se sacara de la manga un naipe diplomático, el altivo británico respondió: «Dios puso allí los naipes.» Sin embargo, Gran Bretaña puso en práctica el egoísmo nacional con tan intuitivo sentido de moderación que con frecuencia se justificó su pretensión de representar el bien general.

Con Macmillan Gran Bretaña completó la transición del poder a la influencia. Él decidió incrustar la política británica en la política norteamericana y tratar de aumentar las opciones británicas dirigiendo hábilmente sus relaciones con Washington. Macmillan nunca refutó un argumento filosófico o conceptual, y rara vez discutió abiertamente ciertas medidas políticas claves de los norteamericanos. De buena gana cedió el centro del escenario a Washington, mientras trataba de influir tras las bambalinas. De Gaulle a menudo se comportó ruidosamente, para que no se le pudiera pasar por alto. Macmillan facilitó tanto a los Estados Unidos solicitar las opiniones

británicas que habría resultado embarazoso pasarlo por alto.

Las tácticas de Macmillan durante la crisis de Berlín ejemplificaron este enfoque. No le pareció que el acceso a Berlín valiera un holocausto nuclear. Por otra parte, arriesgarse a la pérdida de su conexión norteamericana era un anatema aún mayor. El permanecería al lado de los norteamericanos incluso en caso de un choque nuclear, que era más de lo que casi ningún otro aliado podía garantizar. Sin embargo, antes de tener que enfrentarse a esa elección última, Macmillan estuvo dispuesto a explorar las otras alternativas. Haciendo de la necesidad virtud, se propuso presentarse como el primer defensor de la paz en Occidente, para contener toda acción norteamericana precipitada y demostrar a la opinión pública británica que «sus gobernantes han hecho hasta el último esfuerzo por llegar a un entendimiento y un acuerdo»⁸²⁵.

Los medios se convirtieron pronto en fines. Macmillan tuvo la confianza suficiente en su propia destreza para tratar de quitar fuerza al desafío soviético a través de unas negociaciones hábilmente administradas. Según veía las cosas Macmillan, el propio proceso diplomático podría servir para anular la amenaza de los ultimátums de Jruschov mediante una negociación inconclusa tras otra para alargar los plazos que el impetuoso líder soviético estuviera anunciando.

Ante la gran consternación de Adenauer, Macmillan emprendió un viaje de once días a la Unión Soviética entre febrero y marzo de 1959, aunque para entonces Jruschov había reiterado varias veces su ultimátum inicial. Macmillan no logró nada sustancioso, mientras que Jruschov aprovechó su presencia para repetir sus amenazas. No obstante, el primer ministro siguió buscando con toda calma su objetivo de programar una serie de conferencias como el medio más práctico para eludir los plazos de Jruschov. Reflexionó, en sus memorias:

Yo estaba deseoso de promover el concepto de una serie de reuniones que pasaran de un punto a otro, en que la «coexistencia pacífica» (en la jerga del momento), si no la paz, pudiese reinar sin desafíos en todo el mundo⁸²⁶.

Sin embargo, cuando las conversaciones se vuelven en un objetivo por sí mismo, quedan a merced del bando más dispuesto a interrumpirlas, o al menos del que mejor puede dar esa impresión. De este modo, Jruschov se encontró capacitado para definir lo que en realidad era «negociable». Deseoso de mantener el diálogo, Macmillan utilizó un enorme ingenio en tratar de descubrir algún punto de la agenda soviética que se pudiese llevar adelante con relativa seguridad. Al día siguiente de recibir la nota formal de Jruschov sobre Berlín, el 27 de noviembre de 1958, Macmillan había escrito a su ministro de Exteriores, Selwyn Lloyd: «No podremos evitar la negociación. ¿Cómo la llevaremos adelante? ¿Terminará por fuerza en discusiones sobre el futuro de una Alemania unificada y de unos posibles "planes de retirada"?»⁸²⁷

El rasgo común de los diversos planes de retirada era el establecimiento de zonas de armamentos limitados en la Europa central, que se había definido como Alemania, Polonia y Checoslovaquia, y la retirada de armas nucleares de todos esos países. Para Macmillan y en menor grado para los gobernantes norteamericanos, el emplazamiento de estas armas tenía una importancia fundamentalmente simbólica. Dado que la estrategia nuclear tendría que depender del arsenal nuclear de los Estados Unidos (cuya abrumadora mayoría no se encontraba en el continente europeo), discutir sobre un plan de retirada con los soviéticos le pareció a Macmillan un modo un tanto inofensivo de ganar tiempo.

Adenauer se opuso a todos estos planes, porque una vez que las armas nucleares norteamericanas salieran de Alemania, tendrían que volver a los Estados Unidos, rompiendo así la

unión entre Europa y los Estados Unidos que Adenauer consideraba decisiva para la defensa nuclear. Su razonamiento, o al menos el de sus expertos de Defensa, fue que, mientras hubiese armas nucleares en suelo alemán, la Unión Soviética no se arriesgaría a atacar a Europa central sin tener que destruir estas armas, y dado que esto requeriría un ataque nuclear, la respuesta norteamericana sería casi automática.

Sin embargo, si las armas nucleares norteamericanas regresaban a los Estados Unidos, un ataque a Alemania con armas convencionales volvería a ser factible. Adenauer no estaba seguro de, si a la luz de la devastación que causaría a su país, la respuesta de los gobernantes norteamericanos consistiría entonces en iniciar la guerra nuclear. De este modo, el análisis de las opciones para negociar con respecto a Berlín se convirtió en sustituto del continuado debate sobre la estrategia militar de la Alianza del Atlántico.

Cada vez que Macmillan o Eisenhower lanzaban alguna iniciativa diplomática en solitario, la reacción del otro servía para demostrar que la vanidad nunca está ausente en las relaciones entre estadistas. Aunque eran buenos amigos, a comienzos de 1959 Eisenhower se irritó cuando Macmillan fue por su cuenta a Moscú; y en el otoño del mismo año Macmillan refunfuñó al enterarse de que Eisenhower había invitado a Jruschov a Camp David:

El presidente, habiéndose dejado enredar en la doctrina de «ninguna Cumbre sin progreso en la reunión de ministros de Exteriores», está intentando ahora retirarse. Y el único modo que se le ha ocurrido consiste en sustituir toda discusión por celebración. Así, está pidiéndole a Jruschov que se quede con él en los Estados Unidos y le promete devolver la visita a Rusia. Todo esto me parece una diplomacia muy extraña⁸²⁸.

No era extraña sino inevitable. En cuanto Jruschov comprendió que Gran Bretaña no se separaría de los Estados Unidos, se concentró en Eisenhower. En opinión de Jruschov, Macmillan había servido a su propósito al inducir a Washington a negociar; pues en último caso el único interlocutor que podía entregarle lo que Jruschov buscaba era el presidente de los Estados Unidos. De ese modo, todas las principales discusiones fueron las celebradas entre Jruschov y Eisenhower en Camp David, y después entre Jruschov y Kennedy en Viena. Sin embargo, cuanto más monopolizaban los Estados Unidos y la Unión Soviética el diálogo internacional, más incentivos creaban entre algunos de los aliados de la OTAN para tratar de obtener para sí mismos libertad de maniobra. Al disminuir la amenaza soviética hacia Europa occidental junto con el temor común a Moscú, el desacuerdo dentro de la Alianza del Atlántico se volvió menos peligroso, y De Gaulle trató de aprovechar esta situación para fomentar una política europea más independiente.

Pero la elección de a quién debía seguir Gran Bretaña sólo tenía una respuesta. Dado que Macmillan prefería subordinarse a los Estados Unidos, no tenía ningún incentivo para favorecer los designios de De Gaulle, y nunca aceptó ninguna medida que supusiera la separación de Europa de los Estados Unidos, cualquiera que fuese el pretexto. No obstante, en la defensa de los intereses vitales británicos, Macmillan fue tan tenaz como De Gaulle. Esto se hizo evidente durante el llamado asunto del *Skybolt*.

Para prolongar la vida de su vieja flota de bombarderos, Gran Bretaña había decidido comprar el *Skybolt*, un misil de crucero norteamericano de largo alcance lanzado desde el aire, que por entonces se estaba construyendo. En el otoño de 1962, sin ninguna advertencia, el gobierno de Kennedy suspendió la fabricación del *Skybolt*, supuestamente por motivos técnicos pero en realidad para depender menos de los aviones, considerados más vulnerables que los misiles, y casi

ciertamente para reducir la capacidad nuclear autónoma de Inglaterra. Una decisión unilateral de los Estados Unidos, tomada sin consultar a Gran Bretaña, condenó a la fuerza de bombarderos británica a una rápida caducidad. Las advertencias de Francia acerca de la dependencia de Washington parecían confirmarse.

Sin embargo, la siguiente fase del asunto del *Skybolt* demostró los beneficios de la «relación especial» británica con los Estados Unidos. Macmillan cobró algunas de las fichas que había acumulado cultivando con tanta paciencia sus relaciones con los Estados Unidos, y no lo hizo con excesiva amabilidad:

Si se estuvieran aprovechando, o parecieran estarse aprovechando, las dificultades debidas a la creación del *Skybolt* como método para evitar que Gran Bretaña tuviese una capacidad nuclear independiente, los resultados serían verdaderamente graves. Eso provocaría el profundo resentimiento de aquellos de nosotros que preferíamos una capacidad nuclear independiente y de quienes se le oponían. Ofendería el sentido de orgullo nacional, y nos opondríamos con todas nuestras fuerzas⁸²⁹.

Kennedy y Macmillan se reunieron en Nassau, donde, el 21 de diciembre, convinieron en modernizar la asociación nuclear angloamericana. Los Estados Unidos indemnizarían a Gran Bretaña por el *Skybolt* vendiéndole cinco submarinos *Polaris* con sus respectivos misiles, para los cuales Gran Bretaña construiría sus propias ojivas nucleares. A fin de satisfacer el interés de los Estados Unidos en mantener un control central de la estrategia nuclear, Gran Bretaña aceptó «asignar» estos submarinos a la OTAN, salvo en los casos en que «deba prevalecer el interés nacional supremo»⁸³⁰.

La integración de las fuerzas británicas en la OTAN resultó casi puramente simbólica. Puesto que Gran Bretaña era libre de usar los submarinos donde lo dictase su «interés nacional supremo» y puesto que, por definición, el empleo de armas nucleares no se consideraría siquiera, salvo cuando estuviese de por medio el interés nacional supremo, el Acuerdo de Nassau concedió, de hecho, a Gran Bretaña, por consulta, la misma libertad de acción que Francia estaba tratando de conseguir mediante el enfrentamiento. La diferencia entre la actitud británica y la francesa respecto de sus propias armas nucleares fue que Gran Bretaña estuvo dispuesta a sacrificar la forma en aras del contenido, mientras que De Gaulle, al luchar por reafirmar la identidad de Francia, equiparó la forma con la sustancia.

Desde luego, Francia se encontraba en una situación totalmente distinta, porque no tenía ninguna perspectiva de obtener la misma influencia sobre la decisión norteamericana que sí tenía Gran Bretaña. Por consiguiente, acaudillada por De Gaulle, Francia planteó la cuestión filosófica de la naturaleza de la cooperación atlántica de tal manera que la convirtió en una competencia por la hegemonía en Europa y, para los Estados Unidos, en un nuevo choque con el estilo histórico de la diplomacia europea.

Los Estados Unidos presidían los asuntos mundiales desde el final de la Segunda Guerra Mundial, de una manera que nunca había podido hacerlo otra nación. Con sólo una pequeña parte de la población mundial, estaban produciendo casi una tercera parte de todos los bienes y servicios del mundo. Reforzados por su enorme ventaja en tecnología nuclear, los Estados Unidos gozaban de un amplio margen de superioridad sobre cualquier rival o combinación concebible de rivales.

Durante varias décadas este exceso de ventajas había hecho que los gobernantes de los Estados Unidos olvidaran lo poco representativas que resultaban las actitudes de una Europa devastada, temporalmente impotente y, por tanto, sumisa, en comparación con la conducta de Europa cuando

dominó los asuntos mundiales durante dos siglos. Olvidaron el dinamismo europeo que había lanzado la Revolución industrial, la filosofía política que había engendrado el concepto de soberanía nacional o el estilo europeo de diplomacia que había mantenido un complejo sistema de equilibrio del poder durante cerca de tres siglos. Al recuperarse Europa, con la indispensable ayuda norteamericana, tenían que resurgir algunas de las tradicionales pautas de su diplomacia, sobre todo en Francia, donde Richelieu había creado el moderno arte de gobernar.

Nadie sintió con más fuerza esta necesidad que Charles de Gaulle. Durante los años sesenta, en el punto álgido de su controversia con los Estados Unidos, se puso de moda acusar al presidente de Francia de que padecía delirios de grandeza. En realidad, su problema era el opuesto: cómo restaurar la identidad de un país abrumado por una sensación de fracaso y de vulnerabilidad. A diferencia de los Estados Unidos, Francia no era sumamente poderosa; en contraste con Gran Bretaña, no consideraba que la Segunda Guerra Mundial hubiese sido una experiencia unificadora o siquiera edificante. Pocos países han pasado las angustias de Francia después de perder gran parte de sus jóvenes en la Primera Guerra Mundial⁸³¹. Los supervivientes de esa catástrofe comprendieron que Francia no podría soportar otras experiencias tan terribles. En estas condiciones, la Segunda Guerra Mundial fue una pesadilla convertida en realidad, e hizo que el desplome de Francia en 1940 fuese un desastre tanto psicológico como militar. Aunque en el aspecto técnico Francia había surgido de la guerra como uno de los vencedores, los gobernantes franceses sabían demasiado bien que se habían salvado en gran parte gracias a esfuerzos ajenos.

La paz no trajo un respiro. La Cuarta República sufrió la misma inestabilidad gubernamental que la Tercera y, además, tuvo que pasar el amargo trago de la descolonización. Humillado en 1940, el ejército francés apenas se estaba recomponiendo cuando fue obligado a participar en casi dos décadas de frustrantes guerras coloniales, primero en Indochina y después en Argelia, guerras que terminaron en derrota. Los Estados Unidos, con la bendición de un gobierno estable e intensificada su confianza por la victoria total, podían lanzarse de lleno a cualquier tarea que le dictaran sus valores. Pero De Gaulle, que gobernaba a un país sacudido por toda una generación de conflicto y por décadas de humillación, juzgó la política no tanto como unas normas pragmáticas, sino que dio preferencia a las medidas que contribuyesen a restaurar el amor propio de Francia.

El resultante conflicto entre Francia y los Estados Unidos se enconó más porque ambos bandos, comprendiéndose muy mal, nunca parecían estar hablando acerca de un mismo tema. Aunque en general fuesen personalidades sin pretensiones, los gobernantes norteamericanos solían sentir una altiva seguridad en sus preceptos prácticos. De Gaulle, cuyo pueblo se había vuelto escéptico después de que muchos entusiasmos se disiparon y muchos sueños se esfumaron, consideró necesario compensar la profunda inseguridad de su sociedad con una conducta altanera y hasta autoritaria. La combinación de la modestia personal y la arrogancia histórica de los gobernantes norteamericanos y la arrogancia personal y la modestia histórica de De Gaulle definió la distancia psicológica entre los Estados Unidos y Francia.

Como Washington daba por sentada la uniformidad de intereses entre los miembros de la Alianza del Atlántico, consideró que las consultas serían una panacea para cualquier desacuerdo. Según la opinión norteamericana, una alianza era como una empresa con acciones públicas; en ella, la influencia debía reflejar la parte proporcional de propiedad de cada cual, y debía calcularse en proporción directa con la contribución material de la nación al esfuerzo común.

En la centenaria tradición francesa de dirigir la diplomacia, nada conducía a semejantes conclusiones. Desde los tiempos de Richelieu, las iniciativas de Francia habían surgido invariablemente de un cálculo de riesgos y recompensas. De Gaulle, producto de esa tradición,

estaba menos interesado en la naturaleza de una maquinaria de consulta que en acumular opciones para toda contingencia de desacuerdo. De Gaulle creía que estas opciones determinarían las posiciones relativas para negociar. Según él, unas buenas relaciones entre los países dependían de cálculos de intereses, no de procedimientos formales para zanjar disputas. La armonía no era un estado natural, sino algo que había que arrancar de un conflicto de intereses:

El hombre «limitado por su naturaleza» es «infinito en sus deseos». Por ello el mundo está lleno de fuerzas opuestas. Desde luego, la sabiduría humana ha logrado, a menudo, impedir que estas rivalidades degeneren en conflictos mortíferos. Pero la competencia de esfuerzos es la condición de la vida [...]. En último análisis, y como siempre, sólo en el equilibrio encontrará el mundo la paz⁸³².

Mi propia y breve relación con De Gaulle fue una directa introducción a sus principios. Nuestro primer encuentro ocurrió durante la visita de Nixon a París, en marzo de 1969. En el Palacio del Eliseo, donde De Gaulle era el anfitrión de una numerosa recepción, un ayudante de campo localizó entre la gente para decirme que el presidente de Francia deseaba hablarme. Un tanto atemorizado, me aproximé a la imponente figura. Al verme, él se apartó del grupo que lo rodeaba y, sin una palabra de saludo o de ceremonia, me espetó esta pregunta: «¿Por qué no se salen de Vietnam?» Repliqué, con cierta timidez, que una retirada unilateral dañaría la credibilidad de los Estados Unidos. De Gaulle no se dejó impresionar y me preguntó dónde ocurriría esa pérdida de credibilidad. Cuando le dije que en Oriente Medio, su altivez se volvió melancolía y observó: «¡Qué extraño! Yo creía que era precisamente en Oriente Medio donde sus enemigos estaban teniendo problemas de credibilidad.»

Al día siguiente, después de una reunión con el presidente de Francia, Nixon me pidió opinión sobre la presentación que había hecho De Gaulle de su visión de una Europa compuesta por naciones-Estado: la célebre «*Europe de patries*». Con verdadera temeridad, pues a De Gaulle no le gustaba discutir con ayudantes, o, mejor dicho, encontrarse siquiera en presencia de ayudantes, me atreví a preguntar cómo se proponía Francia impedir que Alemania dominara a la Europa que De Gaulle acababa de describir. Manifiestamente, De Gaulle no consideró que la pregunta mereciese una respuesta extensa. «*Par la guerre*» («Por medio de la guerra»), respondió tajantemente... ¡sólo seis años después de haber firmado un tratado de amistad permanente con Adenauer!

El estilo de diplomacia, altivo e intransigente, de De Gaulle estuvo dominado por su obsesiva devoción por el interés nacional de Francia. Mientras que los gobernantes de los Estados Unidos anteponían a todo la asociación, De Gaulle subrayó la responsabilidad de los Estados que debían velar por su propia seguridad. Mientras que Washington deseaba asignar una parte de la tarea general a cada miembro de la Alianza, De Gaulle creía que semejante división del trabajo relegaría a Francia a un papel secundario y destruiría su sentido de identidad:

Es intolerable que un gran Estado confíe su destino a las decisiones y la acción de otro Estado, por muy buen amigo que éste sea [...]. El país integrado pierde interés en su defensa nacional al no ser responsable de ella⁸³³.

Esto explica el procedimiento diplomático casi estereotipado de De Gaulle, de presentar propuestas con un mínimo de explicación y, si eran rechazadas, de aplicarlas unilateralmente. Para De Gaulle, lo más importante era que los franceses se viesan a sí mismos y fuesen vistos por los demás actuando de acuerdo con su propia y libre voluntad. De Gaulle trató la humillación de 1940

como un retroceso temporal que sería superado por una dirección severa e intransigente. A su modo de ver, Francia jamás podría aceptar la menor apariencia de estar subordinada, ni siquiera a su temido y respetado aliado norteamericano:

[...] con respecto a los ricos, activos y poderosos Estados Unidos, [Francia] se encontró en una posición de dependencia. Necesitó constantemente su ayuda para evitar un desplome monetario. De los Estados Unidos recibió las armas para sus soldados. La seguridad de Francia dependió por completo de su protección [...]. Estas empresas, a modo de integración, estaban tomando automáticamente como postulado la autoridad norteamericana. Esto ocurrió con el proyecto de una llamada Europa supranacional, en que Francia como tal habría desaparecido [...]. Una Europa sin realidad política, sin fuerza económica, sin capacidad de defensa y por tanto condenada, ante el bloque soviético, a no ser más que un cliente de esa gran potencia occidental, que sí tenía una política, una economía y una defensa: los Estados Unidos de América⁸³⁴.

De Gaulle no era antinorteamericano por principio. Estuvo dispuesto a cooperar siempre que, en su opinión, los intereses franceses y los norteamericanos realmente convergieran. De este modo, durante la crisis de los misiles cubanos, los funcionarios norteamericanos se quedaron asombrados al recibir el apoyo total de De Gaulle, el más incondicional que les diera un gobernante aliado. También se opuso a los diversos planes de retirada en la Europa central, sobre todo porque dejarían muy lejos a las fuerzas militares norteamericanas y muy cerca al ejército soviético:

[...] esta «salida» o «retirada» en sí misma no tiene para nosotros ningún significado de valor, pues si el desarme no abarcó una zona equidistante de los Urales y del Atlántico, ¿cómo quedaría protegida Francia? Entonces, en caso de conflicto, ¿qué impediría que un agresor atravesara de un salto o de un vuelo la no defendida *tierra de nadie* de Alemania⁸³⁵?

La insistencia de De Gaulle en la independencia habría sido puramente teórica si no la hubiese relacionado con cierto número de proposiciones cuya consecuencia práctica sería debilitar el papel de los Estados Unidos en Europa. La primera fue la afirmación de que no se podía confiar en que los Estados Unidos permanecieran indefinidamente en Europa. El Viejo Continente debía prepararse, guiado por Francia, para hacer frente por sí solo al futuro. De Gaulle no dijo que prefiriera semejante resultado, y pareció olvidar que sus afirmaciones podían convertirse en profecías cumplidas.

Durante una visita a París en 1959, el presidente Eisenhower abordó la cuestión de frente y preguntó al mandatario francés: «¿Por qué duda usted de que los Estados Unidos se identifiquen con el destino de Europa?»⁸³⁶ A la luz de la conducta de Eisenhower durante la crisis de Suez, ésta era una pregunta extraña y un tanto hipócrita. Cortésmente, De Gaulle respondió recordando a Eisenhower lecciones más remotas de su historia. Los Estados Unidos no habían acudido al rescate de Francia en la Primera Guerra Mundial hasta después de tres años de peligro mortal, y sólo habían entrado en la Segunda Guerra Mundial cuando Francia ya estaba ocupada. En la era nuclear, ambas intervenciones habrían sido tardías.

De Gaulle no perdió su oportunidad de tratar de demostrar que, en cuestiones específicas, el juicio de los Estados Unidos era menos europeo que el de Francia, y explotó implacablemente el ultimátum de Jruschov sobre Berlín. De Gaulle quería que Francia fuese vista en Bonn como un aliado más digno de confianza que los Estados Unidos, y deseaba sustituir poco a poco la hegemonía norteamericana por la francesa. Cuando unas iniciativas unilaterales de los Estados Unidos pusieron

en la agenda diplomática varias cuestiones hasta entonces nunca violadas de la política occidental de posguerra respecto a Berlín, la creciente inquietud de Adenauer planteó un peligro y a la vez una oportunidad para Francia. Un peligro porque «si el pueblo alemán cambiara de bando, el equilibrio europeo se alteraría, y ésta podría ser la señal para una guerra»; una oportunidad porque los temores de Alemania podrían intensificar la influencia de Francia en Europa⁸³⁷.

Lo que De Gaulle tenía en mente era una Europa organizada según las directrices de la Alemania de Bismarck, es decir, unificada sobre la base de Estados, uno de los cuales (Francia) desempeñaría el papel dominante, con la misma función que Prusia habría desempeñado en la Alemania imperial. Cada cual tendría algún papel en la redefinición hecha por De Gaulle del viejo sueño de Richelieu de una Francia preeminente: la Unión Soviética velaría por la división de Alemania; los Estados Unidos, por la defensa de Europa occidental contra la Unión Soviética; Francia, por desviar las aspiraciones nacionales de Alemania hacia la unidad europea. Pero, a diferencia de Prusia, Francia no era el Estado más poderoso de la Europa occidental; no tenía fuerza económica para dominar a los demás y, por último, no estaba en situación de imponer un equilibrio que contuviera a las dos superpotencias.

Estos desacuerdos podrían haberse dejado al paso del tiempo, sobre todo porque Adenauer estaba absolutamente decidido a mantener su adhesión a los Estados Unidos. Además, todos los gobernantes alemanes eran tan conscientes de la disparidad de poder entre Francia y los Estados Unidos que no era probable que trocasen la protección nuclear norteamericana por una mayor vigilancia francesa en los asuntos políticos.

Sin embargo, había un asunto en que el desacuerdo nacional entre Francia y los Estados Unidos llegaba al meollo mismo del problema y que no consentía retraso: el predominio de la estrategia militar en la era nuclear. En esto, la insistencia norteamericana en la integración y el llamamiento francés a la autonomía eran irreconciliables, y no había nada que amortiguara la disputa. Dado que el poderío de las armas nucleares no tenía precedente, la historia no podía ofrecer ninguna pauta fidedigna para formular una estrategia militar. Cada estadista estaba «volando a ciegas» cuando trataba de evaluar el impacto de la nueva tecnología sobre la política y a la vez sobre la estrategia; las conclusiones al respecto surgían de teorías especulativas, sin ninguna experiencia ni datos empíricos.

En la primera década de la posguerra pareció que el monopolio' nuclear hubiese realizado los sueños norteamericanos de omnipotencia. Pero al término de los años cincuenta iba siendo ya obvio que cada una de las superpotencias nucleares pronto podría infligir a la otra una devastación de tal magnitud que ninguna sociedad anterior habría podido imaginar, amenazando la supervivencia de la civilización misma.

Esta percepción estaba en el meollo de una revolución que alteraría la naturaleza misma de las relaciones internacionales. Aunque las armas eran cada vez más complejas, su poder destructivo había permanecido relativamente limitado hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Las guerras exigían una gran movilización de recursos y de hombres, que requería tiempo para reunirlos. Las bajas aumentaban casi siempre gradualmente. En teoría, se podía contener una guerra antes de que se perdiese todo control sobre ella.

Como el poder sólo podía ir aumentando mediante incrementos relativamente pequeños, habría parecido ridícula la idea de que un Estado pudiese tener demasiado poderío para unos propósitos políticos racionales. Sin embargo, esto fue justo lo que ocurrió en la era nuclear. El dilema estratégico central de las superpotencias tuvo que centrarse no en cómo acumular más poder sino en cómo limitar los enormes arsenales de que disponían. Ninguno de los dos bandos logró resolver

nunca este dilema. Unas tensiones políticas que antes casi seguramente habrían dado lugar a la guerra, fueron contenidas por temor a la conflagración nuclear, creando un umbral de riesgo que mantendría la paz durante medio siglo. Pero este estado de cosas también originó un sentido de frustración política que hizo más creíbles y frecuentes los desafíos no nucleares. Nunca había sido mayor la distancia militar entre una superpotencia y un Estado no nuclear; y nunca fue menos probable que fuese invocada. Ni Corea del Norte ni Vietnam del Norte dejaron de buscar sus objetivos ante la amenaza del arsenal nuclear de los Estados Unidos, ni siquiera contra fuerzas militares norteamericanas; tampoco los guerrilleros de Afganistán se dejaron disuadir por el poderío nuclear de la Unión Soviética.

Por primera vez en la historia, la era nuclear había alterado el equilibrio del poder mediante acontecimientos que ocurrían, por completo, dentro del territorio de un Estado soberano. La adquisición de una bomba atómica por parte de un solo país alteró el equilibrio de manera más considerable que ninguna adquisición territorial lo hubiese alterado en el pasado. Sin embargo, con la única excepción de un ataque israelí contra un reactor nuclear iraquí en 1981, durante toda la Guerra Fría ningún país recurrió a la fuerza para impedir semejante aumento de poderío de un adversario.

La era nuclear convirtió la estrategia en disuasión, y ésta en un esotérico ejercicio intelectual. Como la única manera de poner a prueba la disuasión era en forma negativa, mediante acontecimientos que no ocurrían, y como nunca es posible demostrar por qué algo no ha ocurrido, resultó especialmente difícil saber si la política aplicada era la mejor política posible o apenas era eficaz. Tal vez la disuasión fuese incluso innecesaria, porque era imposible demostrar si, para empezar, el adversario se había propuesto atacar. Tales imponderables hicieron que los debates nacionales e internacionales sobre cuestiones nucleares recorrieran toda la gama desde el pacifismo hasta la intransigencia, desde la duda paralizante hasta una exorbitante sensación de poder, y desde las teorías de defensa más indemostrables hasta las más improbables de control de armamentos.

La tensión potencial en cualquier alianza, es decir, la posibilidad de una divergencia de intereses, fue exacerbada por estas incertidumbres. A lo largo de la historia, las naciones en general, aunque desde luego no siempre, se atuvieron a las alianzas porque consideraron que las consecuencias de abandonar a un aliado parecían más arriesgadas que las de cumplir con las propias obligaciones. En la era nuclear, esta regla ya no necesariamente fue cierta; abandonar a un aliado era un riesgo de eventual desastre, pero recurrir a la guerra nuclear junto con un aliado garantizaba una catástrofe inmediata.

Para intensificar la disuasión nuclear, los Estados Unidos y sus aliados tuvieron un incentivo para subrayar a la vez la certidumbre y la ferocidad de su reacción a un desafío. Para aumentar la credibilidad de la amenaza, pero también para reducir la escala del desastre en caso de que fallara la disuasión, los Estados Unidos tuvieron un incentivo aún mayor para buscar medios de hacer que la guerra nuclear fuese más previsible y menos catastrófica. Unos blancos bien discriminados, un mando y un control centrales y una estrategia de reacción flexible se pusieron cada vez más de moda entre los intelectuales de la defensa norteamericana. Sin embargo, todos los aliados de los Estados Unidos se opusieron a estas medidas porque temían que, hasta el punto en que la guerra nuclear pudiera hacerse más calculable y tolerable, también podía volverse más probable la agresión. También, en el último instante, acaso retrocedieran los Estados Unidos antes de permitir la descarga de su arsenal nuclear, por muy limitada que fuese la opción, y así Europa bien podía terminar con lo peor de ambos mundos, la menor disuasión y una estrategia no aplicada.

Estos temores distaban mucho de ser infundados. Al mismo tiempo, tampoco lo eran los temores

de los gobernantes norteamericanos por el problema de los múltiples gatillos, planteado por las fuerzas nucleares autónomas francesa y británica. Si se empleaban fuerzas europeas para atacar a la Unión Soviética, bien podrían arrastrar a los Estados Unidos a una guerra nuclear, pues era perfectamente posible que la Unión Soviética tomara represalias contra los Estados Unidos para impedirles aprovechar el daño infligido a su país. Sin embargo, lo más probable era que la reacción de la Unión Soviética contra los aliados de los norteamericanos fuese tan violenta que se pudiera dudar de que los Estados Unidos se limitaran a mirar pasivamente mientras sus aliados directos eran devastados, cualquiera que fuese la provocación.

Por consiguiente, los gobernantes norteamericanos estaban resueltos a no verse arrastrados a una guerra nuclear contra su voluntad. La decisión de arriesgarse a la destrucción de su sociedad ya era bastante ominosa sin tener que preocuparse de que se la impusieran sus aliados. Por otra parte, la «solución» norteamericana al dilema, privar a sus aliados de toda capacidad de acción independiente, iba en contra de las pesadillas históricas de la historia europea. Los gobernantes de Europa ya estaban acostumbrados a tener que abandonar a sus aliados o a ser abandonados por ellos, y por razones menos terribles que una devastación nuclear. Según ellos, su supervivencia dependía de privar a los Estados Unidos, en el mayor grado posible, de la opción de separarse de Europa en caso de una guerra nuclear inminente; o, si eso les fallaba, de tener a su disposición fuerzas nucleares nacionales como garantía.

Las diferencias entre los enfoques norteamericano y europeo de la estrategia nuclear constituían un dilema irresoluble. El deseo de británicos y franceses de mantener cierto dominio sobre las decisiones que afectarían su destino era comprensible y estaba en consonancia con su historia. No menos legítima era la preocupación norteamericana de no aumentar los peligros de la era nuclear por las iniciativas solitarias de sus aliados. Desde el punto de vista de la disuasión, había en realidad cierto mérito en la determinación británica y la francesa de crear centros adicionales de toma de decisiones; los cálculos del agresor se complicarían más si tuviese que tener en cuenta la existencia de unas fuerzas nucleares independientes. Desde el punto de vista de contar con una estrategia tolerable para dirigir una guerra, también tenía sentido la insistencia norteamericana en un control unificado. Estas preocupaciones en conflicto eran irreconciliables y representaban el intento de las naciones por determinar su propio destino en circunstancias sin precedentes y ante peligros inimaginables. La reacción norteamericana al dilema fue tratar de «resolverlo»; De Gaulle, considerándolo insoluble, trató de aumentar la independencia de Francia.

La política norteamericana fue decidida en dos distintas etapas, cada una de las cuales reflejaba la personalidad del presidente de turno. El propósito de Eisenhower fue persuadir al implacable De Gaulle de que no era necesaria una fuerza nuclear francesa independiente, y que tratar de crearla era señal de desconfianza. Con una mezcla típicamente norteamericana de legalismo e idealismo, Eisenhower buscó una solución técnica a la pesadilla norteamericana de una guerra nuclear desencadenada por sus aliados. En 1959, con ocasión de una visita a París, preguntó a De Gaulle cómo podrían integrarse las diversas fuerzas nucleares nacionales que había en la Alianza en un solo plan militar. En ese punto, Francia había anunciado un programa nuclear, pero aún no había probado su bomba.

A la pregunta, recibió Eisenhower una respuesta que no estuvo dispuesto a aceptar. Según De Gaulle, la integración de las fuerzas nucleares era problema político y no técnico. Fue sintomático del abismo que había entre estas dos concepciones el que Eisenhower pareciera no darse cuenta de que De Gaulle había respondido a su propia pregunta del año anterior, en su propuesta de un directorio. Eisenhower buscaba opciones estratégicas; De Gaulle las buscaba políticas. Eisenhower

se preocupaba ante todo por una eficiente estructura de mando para tiempos de guerra. De Gaulle estaba menos interesado en los planes para entablar una guerra general (para cuando él consideraba que todo estaría perdido) que por aumentar sus opciones diplomáticas, manteniendo la libertad de acción de Francia antes de ninguna guerra.

El 17 de septiembre de 1958 De Gaulle había presentado un memorándum a Eisenhower y a Macmillan en el que expresaba sus ideas acerca de la estructura apropiada de la OTAN. Proponía un directorio político dentro de la Alianza del Atlántico, compuesto por los jefes de gobierno de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El directorio se reuniría periódicamente, establecería un personal conjunto y planificaría una estrategia conjunta, sobre todo en relación con las crisis que ocurrieran fuera del área de la OTAN:

[...] las cuestiones políticas y estratégicas de importancia mundial deberán confiarse a un nuevo organismo, formado por los Estados Unidos de América, Gran Bretaña y Francia. Este organismo tendría la responsabilidad de tomar las decisiones conjuntas sobre todas las cuestiones políticas que afecten la seguridad mundial y de trazar, y en caso necesario de poner en vigor, planes estratégicos, especialmente los que incluyan el uso de armas nucleares. También sería responsable de la organización de la defensa, donde fuera apropiado, de regiones de operación particulares como el Ártico, el Atlántico, los océanos Pacífico e Indico. Estas regiones, a su vez, podrían ser subdivididas, en caso necesario.

De Gaulle, para demostrar que hacía sus proposiciones en serio, las unió a la amenaza de retirar de la OTAN a Francia. «El gobierno francés —observó— considera indispensable para la seguridad esa organización. En lo sucesivo, todo el desarrollo de su actual participación en la OTAN dependerá de ella.»⁸³⁸

En cierto nivel, De Gaulle estaba exigiendo para Francia una categoría igual a la relación especial de los Estados Unidos con Gran Bretaña. En un nivel más profundo, estaba sugiriendo un acuerdo de seguridad similar a la idea de Roosevelt de los Cuatro Policías, en la que Francia reemplazaría a la Unión Soviética como uno de ellos: un concepto general de la seguridad global colectiva basado en las armas nucleares, aunque, desde luego, en ese punto la capacidad nuclear francesa aún era incipiente.

De Gaulle había llegado hasta el meollo del problema nuclear: en la era nuclear no podía haber recursos técnicos que aseguraran la coordinación. El riesgo potencial de emplear cualquier tipo de arma nuclear era tan exorbitante que el afán de evitarlo solía impulsar a los diversos participantes a adoptar actitudes sumamente nacionalistas y egoístas. La única esperanza de una acción común consistía en forjar unas relaciones políticas tan íntimas que los diversos participantes en el proceso de consulta se consideraran como una sola unidad. Sin embargo, alcanzar semejante relación entre naciones soberanas es difícilísimo y, en todo caso, resultó casi imposible debido al estilo diplomático de De Gaulle.

¿Consideraba De Gaulle el directorio como un recurso temporal hasta que las fuerzas nucleares francesas fuesen lo bastante poderosas para ser capaces de amenazar con una acción autónoma? ¿O buscaba una nueva cooperación sin precedentes, que diera a Francia un papel especial, hegemónico en el continente? Nunca se sabrá la respuesta porque la idea del directorio fue recibida con gran frialdad tanto por Eisenhower como por Macmillan. Gran Bretaña no estaba dispuesta a diluir su «relación especial» con los Estados Unidos, y éstos no tenían ningún deseo de dar incentivos para la propagación de las armas nucleares creando un directorio limitado a las potencias nucleares, y aún

menos a las incipientes. Los demás miembros de la OTAN rechazaron la sugerencia de que hubiera dos categorías de miembros de la OTAN: una para las potencias nucleares y otra para los demás. Los gobernantes norteamericanos preferían tratar con la Alianza del Atlántico como si fuese una sola unidad, aunque no estaba claro cómo se podría conciliar esto con los recientes desacuerdos a causa de Suez y de Berlín.

Las reacciones oficiales de Eisenhower y Macmillan fueron evasivas. Tras haberse acostumbrado a los primeros ministros de la Cuarta República, un tanto flexibles y sumamente transitorios, respondieron a De Gaulle con planes en esencia burocráticos, esperando que, con el tiempo, se fuera olvidando su propuesta. Aceptaron el principio de las consultas periódicas, pero trataron de limitarlas a un rango inferior al de jefes de gobierno, e indicaron su preferencia de que la agenda se limitara a cuestiones militares.

Las tácticas de Eisenhower y de Macmillan de tratar de ocultar la sustancia tras el procedimiento sólo tenían sentido si suponemos que De Gaulle se estaba comportando como un frívolo grandilocuente y no tenía adónde ir, dos suposiciones que resultaron absolutamente erróneas. Frustrado, De Gaulle recurrió a su característica táctica de hacer ver a sus interlocutores que él, en realidad, tenía otras opciones. Ordenó que sacaran de suelo francés todas las armas nucleares norteamericanas, retiró la flota francesa del mando conjunto de la OTAN y, en 1966, Francia abandonó la OTAN. Pero antes de dar este último y decisivo paso, De Gaulle chocaría con el joven y dinámico presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.

Kennedy representaba una nueva generación de gobernantes norteamericanos que habían luchado en la Segunda Guerra Mundial, pero no la habían dirigido; habían apoyado la creación del orden de posguerra, pero no habían figurado entre sus creadores. Los predecesores de Kennedy, que habían estado presentes en la creación, se concentraron en conservar lo que habían edificado. El gobierno de Kennedy se esforzó por lograr una nueva estructura. Para Truman y Eisenhower, el propósito de la Alianza del Atlántico había sido oponerse a la agresión soviética; Kennedy intentó crear una Comunidad Atlántica que se pusiera a la cabeza de lo que después sería llamado un nuevo orden mundial.

En busca de ese objetivo, el gobierno de Kennedy empleó un doble enfoque: tratar de encontrar una aplicación racional a las armas nucleares, mientras preparaba una definición política de lo que debía entenderse por la Comunidad Atlántica. Kennedy quedó aterrado por las consecuencias catastróficas de la aún predominante doctrina militar de la represalia en masa. Ayudado por su brillante secretario de Defensa, Robert McNamara, se esforzó por crear una estrategia que diera otras opciones militares, además de la lucha suprema y la capitulación. El gobierno de Kennedy hizo hincapié en las fuerzas tradicionales, y trató de encontrar un uso discriminante para las armas nucleares. La creciente vulnerabilidad de los Estados Unidos a un ataque nuclear de la Unión Soviética originó la llamada estrategia de reacción flexible, cuyo sistema de mando y múltiples opciones pretendía capacitar a los Estados Unidos para determinar, en la medida en que el adversario cooperara, cómo y con qué armas había de entablarse una guerra, y en qué condiciones se concluiría.

Sin embargo, para que semejante estrategia funcionara bien, las armas nucleares tenían que mantenerse bajo un mando central (es decir, norteamericano). Kennedy afirmó que el programa nuclear de Francia era «adverso» a la OTAN, y su secretario de Defensa criticó el concepto de unas fuerzas nucleares europeas, incluso de Gran Bretaña, con toda una serie de epítetos destemplados, entre ellos «peligrosas», «costosas», «propensas a la caducidad» y «carentes de credibilidad». El subsecretario de Estado, George Ball, intervino con el argumento de que «el camino a la

proliferación nuclear no tiene un final lógico»⁸³⁹.

Por consiguiente, el gobierno de Kennedy pidió la «integración» de todas las fuerzas nucleares en la OTAN, y presentó un proyecto para alcanzar este objetivo: la Fuerza Multilateral (FML) de la OTAN. Bajo el mando de la OTAN se colocarían en navíos varios centenares de cohetes de alcance intermedio (de 2.400 a 3.200 kilómetros). Para mostrar que esta fuerza era de toda la Alianza, las tripulaciones de los navíos serían de las diversas nacionalidades participantes⁸⁴⁰. Pero puesto que los Estados Unidos conservaban su derecho a veto, la FML no resolvía el dilema nuclear básico de la OTAN. Sería redundante o bien inútil.

El 4 de julio de 1962, Kennedy proclamó su noble Declaración de Interdependencia entre los Estados Unidos y una Europa Unida. La Europa política y económicamente integrada quedaría asociada en igualdad de condiciones con los Estados Unidos, compartiendo las cargas y las obligaciones de la hegemonía mundial⁸⁴¹. En un discurso posterior pronunciado en la Paulskirche de Francfort, donde se había reunido la Asamblea Nacional Alemana liberal en 1848, Kennedy le dio carácter a este simbolismo y relacionó las perspectivas de la asociación del Atlántico con la integración europea:

Sólo una Europa plenamente unida podrá protegernos contra toda fragmentación de la alianza. Sólo una Europa semejante permitirá una completa reciprocidad de trato a través del océano, al hacer frente a los asuntos del Atlántico. Sólo con una Europa así podremos dar y recibir íntegramente entre iguales, con idénticas cargas de responsabilidades y el mismo nivel de sacrificios⁸⁴².

El elocuente desafío de Kennedy naufragó en el pantano de la ambivalencia europea, formado por una creciente fuerza económica y una sensación de impotencia militar, sobre todo en el ámbito nuclear. Las mismas cualidades que hacían tan atractiva y tan necesaria para los Estados Unidos una reacción flexible suscitaban dudas entre sus aliados de la OTAN. La consecuencia práctica de la estrategia de reacción flexible era que permitiría a Washington tener mayor libertad de elección política ante la decisión de entrar en guerra, objetivo que De Gaulle trató de limitar con su *force de frappe*, como llamó a la fuerza nuclear francesa cuando finalmente surgió durante los años sesenta. La calidad misma de deliberación y flexibilidad tan deseable para los Estados Unidos reforzó los argumentos franceses en favor de una autonomía nuclear como protección contra la posibilidad de que los Estados Unidos vacilaran en un momento de crisis. Aunque el objetivo norteamericano había sido fortalecer la disuasión haciendo más creíble la amenaza nuclear, casi todos los Aliados preferían basar la disuasión en lo contrario: aumentar la magnitud del riesgo del adversario ciñéndose a una estrategia de represalia en masa, por muy revolucionarias que fuesen las consecuencias. Nunca se dijo qué ocurriría si el *bluff* no funcionaba, aunque no podía excluirse la posibilidad de una rendición total.

El debate acerca de la integración militar tenía cierto carácter teológico. En tiempos de paz, el alto mando de la OTAN es, básicamente, un personal de planificación; en lo operativo, las fuerzas militares de cada país Aliado permanecen bajo el mando nacional, y el derecho de retirar fuerzas es tan implícito que nunca ha sido discutido; eso se demostró cuando la retirada de fuerzas francesas para emplearlas en Argelia, y de fuerzas norteamericanas durante una serie de crisis en Oriente Medio: en el Líbano en 1958, en la guerra árabe-israelí en 1973 y durante la guerra del Golfo de 1991. Mientras discutían la dificultad y los méritos de la «integración», ni los Estados Unidos ni Francia definieron nunca qué acción común se podría emprender bajo este concepto que fuese obstaculizada por el poco preciso concepto francés de «cooperación». Ningún acuerdo de mando

pudo resolver el problema esencialmente político analizado así por De Gaulle:

Los norteamericanos, nuestros aliados y amigos, durante mucho tiempo fueron los únicos que poseían un arsenal nuclear. Mientras sólo ellos tuvieron ese arsenal y mostraron su deseo de emplearlo inmediatamente en caso de que Europa fuese atacada [...] los norteamericanos actuaron de tal modo que para Francia casi no se planteaba la cuestión de una invasión, pues un ataque estaba fuera de toda probabilidad [...]. Desde entonces, también los soviéticos han adquirido un arsenal nuclear, que es lo bastante poderoso para poner en peligro la vida misma de los Estados Unidos. Desde luego, no estoy haciendo una evaluación —si en realidad es posible encontrar una relación entre el grado de una muerte y el grado de otra—, pero ahí está el nuevo y gigantesco hecho⁸⁴³.

La controversia por el *Skybolt* llevó a un punto decisivo todos estos conflictos latentes. Durante toda su vida política, De Gaulle se había opuesto a la «relación especial» entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, precisamente porque, en su opinión, simbolizaba que el *status* de Gran Bretaña como gran potencia era equiparable al de Estados Unidos, relegando a Francia a una posición secundaria. Desde luego, Kennedy había ofrecido la misma ayuda al programa de misiles de Francia que al de Gran Bretaña. Pero, según De Gaulle, el matiz de diferencia entre integración y coordinación definía la esencia de una política en verdad independiente. Sea como fuere, el hecho de que los gobernantes inglés y norteamericano hubiesen negociado el Acuerdo de Nassau, y sólo lo hubiesen comunicado públicamente a De Gaulle por los medios de información, aseguraba que él lo rechazaría. Tampoco estuvo dispuesto a supeditar la capacidad nuclear de su patria a una tecnología que, como la del *Skybolt*, podía ser anulada en cualquier momento. El 14 de enero de 1963, en una conferencia de prensa, De Gaulle rechazó, por tanto, la oferta de Kennedy, de manera tan pública como la había recibido, y observó cáusticamente: «Desde luego, sólo estoy hablando de esta propuesta y este acuerdo porque ya se han publicado, y porque su contenido es del dominio público.»⁸⁴⁴

Mientras trazaba la línea, De Gaulle aprovechó la ocasión para vetar el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común y, de paso, rechazó la idea de Kennedy de que la parte europea de los dos pilares gemelos debía ser organizada según unos principios rectores supranacionales:

Todo sistema que consistiera en entregar nuestra soberanía a unas augustas asambleas internacionales sería incompatible con los derechos y deberes de la República francesa. Pero, asimismo, semejante sistema sería indudablemente impotente para arrastrar y encabezar a los pueblos y, para empezar, a nuestro propio pueblo, en los dominios en que sus almas y sus cuerpos están en juego⁸⁴⁵.

Pocos días después llegó el punto culminante del desafío de De Gaulle a la hegemonía norteamericana. De Gaulle y Adenauer firmaron un tratado de amistad mutua que establecía la consulta permanente en todas las cuestiones de importancia:

Los dos gobiernos se consultarán antes de tomar alguna decisión, en todas las cuestiones importantes de política exterior y, en primer lugar, en las cuestiones de interés común, con vistas a llegar, hasta donde sea posible, a una posición similar⁸⁴⁶.

La cuestión principal del tratado no era gran cosa. De hecho, era como un recipiente vacío que podría llenarse con cualquier cosa que los gobernantes franceses y alemanes pudiesen echarle en los

años venideros. Sin embargo, en el aspecto simbólico sí tuvo considerable importancia. Desde la época de la caída de Bismarck, en 1890, Francia y Gran Bretaña se habían opuesto a Alemania en todas las crisis internacionales. Sin embargo, cuando De Gaulle excluyó del Mercado Común a Gran Bretaña, pese a una enérgica presión norteamericana, quien ayudó a impedir que Francia quedase aislada fue un canciller alemán. Acaso no fuera Francia lo bastante fuerte para imponer sus propias soluciones a los asuntos de importancia; pero, apoyada por Alemania, sí sería lo bastante fuerte para bloquear las de los demás.

A la postre, todo se redujo a la cuestión de por qué cooperan las naciones. En la opinión norteamericana, al final todos los pueblos razonables llegan a la misma conclusión; por tanto, los objetivos comunes se dan casi por sentados, y se hace hincapié en la maquinaria con la cual imponer la armonía subyacente. El enfoque europeo tiene una larga historia de intereses nacionales en conflicto, y reconciliarlos ha sido la esencia misma de la diplomacia europea. Los gobernantes europeos consideran que la armonía es algo que se debe obtener del ambiente, con esfuerzo, de un caso a otro y mediante acciones deliberadas de sus estadistas. Esa creencia fue precisamente la que estuvo en juego con respecto al control nuclear durante los años sesenta y la razón de que De Gaulle se opusiera a una Europa supranacional, que se repetiría en el debate por el Tratado de Maastricht durante la década de los noventa. No hay duda de que De Gaulle también fue impulsado por motivos menos filosóficos. Como buen discípulo de Richelieu, consideró que el papel predominante de Francia en la Comunidad Europea sería amenazado por el ingreso de Gran Bretaña, tanto por el peso que ésta representaba como por su afinidad con los Estados Unidos.

Sin embargo, por muy egoístas que parecieran las respuestas de De Gaulle, sus preguntas llegaron al meollo mismo del papel internacional de los Estados Unidos, especialmente en la época posterior a la Guerra Fría; una de las lecciones más difíciles que los Estados Unidos aún tienen que aprender es que las naciones sólo cooperan durante largos períodos cuando comparten unos objetivos políticos comunes, y que la política norteamericana debe enfocar estos fines y no los mecanismos empleados para alcanzarlos. Un orden internacional viable debe dejar suficiente espacio para los intereses nacionales que difieran, y aunque deba tratar de reconciliarlos, jamás deberá darlos simplemente por sentados.

La amplia perspectiva de Kennedy, de una asociación atlántica basada en los pilares gemelos de Europa y de los Estados Unidos, sosteniendo un techo común, tropezó con la implacable oposición de De Gaulle, quien expuso su propio concepto de un conjunto de relaciones mucho más complejo, si bien menos elevado. Ambos conceptos reflejaban las historias y valores de sus respectivos países. El de Kennedy constituía una actualización de los legados de Wilson y de Franklin Delano Roosevelt; el de De Gaulle era una versión intrincada del clásico equilibrio europeo basado en una Alemania dividida, en el predominio económico de Alemania Occidental, en la dominación política francesa de la Comunidad Europea y en la protección nuclear de los Estados Unidos, como una especie de garantía.

No obstante, a la postre De Gaulle fue derrotado por su excesivo hincapié en el ya anticuado interés nacional que él había evocado tan poderosamente. Los estadistas sabios no tratan de abarcar demasiado. El brillante análisis hecho por De Gaulle fue viciado porque no tuvo en cuenta que en nada beneficiaba a Francia provocar desacuerdos con los Estados Unidos hasta tal punto que éstos pudieran disociarse de Europa, al menos no mientras estuviese intacta la Unión Soviética. Francia tenía la capacidad de frustrar aquí y allá los designios norteamericanos, pero en ningún punto era lo bastante fuerte para imponer los suyos propios.

Ya fuese porque De Gaulle hiciera caso omiso de esta verdad, o porque fuera demasiado

orgullosa para reconocerla, el hecho es que a menudo hizo de las proposiciones esencialmente filosóficas un ataque a las intenciones de los Estados Unidos, como si sembrar sistemáticamente la discordia en el seno de la Alianza fuera la esencia de la política francesa. De paso, De Gaulle frustró su propio designio. Sin duda, era bastante cierta su idea de que la decisión sobre la guerra y la paz es una resolución política en el más profundo sentido. Su idea de un directorio llamó la atención, atinadamente, al imperativo de concertar los propósitos políticos, sobre todo fuera del área abarcada por la Alianza del Atlántico.

A pesar de todo, De Gaulle cayó en la tentación de llevar argumentos válidos hasta extremos contraproducentes. Para él, una cosa era rechazar las estructuras que hicieran obligatorio un acuerdo y trataran de impedir toda acción autónoma por medios procesales, y otra muy distinta llevar las relaciones atlánticas a modo de enfrentamiento permanente entre Europa y los Estados Unidos. Sus arbitrarias tácticas iban demasiado en contra del modo en que los norteamericanos conciben las relaciones internacionales, en especial las alianzas, y eran incompatibles con las actitudes de los otros miembros de la OTAN que, obligados a escoger entre Washington y París, siempre optarían por el primero.

Esto pudo decirse particularmente con respecto a las relaciones de Francia con Alemania. De Gaulle había convertido la cooperación franco-alemana en el eje de su política exterior. Pero aunque Alemania apoyara su política en cuanto a Berlín y mostrara considerable simpatía por sus opiniones sobre el control nuclear, había un límite más allá del cual ningún estadista alemán querría o podría ir si se dissociaba de los Estados Unidos. Cualesquiera que fuesen sus dudas sobre ciertas medidas norteamericanas, los gobernantes alemanes no tenían ningún deseo de enfrentarse a la Unión Soviética sin más apoyo que el de Francia. Comoquiera que los gobernantes alemanes evaluaran los méritos relativos de las posiciones inglesa y norteamericana sobre las cuestiones de control nuclear y de integración europea, ninguno de ellos preferiría depender de las pequeñas fuerzas francesas en vez del vasto arsenal nuclear de los Estados Unidos, ni optarían por el apoyo político de Francia pasando por encima del de los Estados Unidos. Por tanto, había un límite inherente a lo que De Gaulle podía lograr adoptando esa actitud antinorteamericana; sus esfuerzos por impedir el surgimiento de una Alemania nacionalista corrían el riesgo de tentar al nacionalismo alemán a maniobrar entre sus diversas opciones.

Una peculiaridad de las crisis de la década de los sesenta fue que nunca condujeron a ninguna parte. Después de la de Berlín entre 1958 y 1963 no hubo más desafíos frontales soviéticos a los intereses de Occidente en Europa. Tras las crisis atlánticas entre 1960 y 1966, las cuestiones de la OTAN se redujeron a una coexistencia pacífica entre las concepciones norteamericana y francesa. Durante los años setenta, el gobierno de Nixon, en su «año de Europa», intentó resucitar en parte el espíritu del enfoque de Kennedy basándose en proposiciones más modestas. Tropezó con la antigua roca de la oposición gaullista, y por razones casi idénticas. De vez en cuando, Francia trató de crear una capacidad militar europea en verdad independiente, pero la reserva norteamericana y la ambigüedad alemana impidieron que tales planes fueran realmente significativos. Con el paso de los años, tanto el enfoque norteamericano como el francés fueron arrollados por los acontecimientos.

Resulta irónico que en el mundo posterior a la Guerra Fría los dos adversarios se encuentren ahora en un medio en que su cooperación final se ha vuelto la clave de una relación atlántica y europea verdaderamente creadora. La visión wilsoniana de una comunidad de Estados democráticos actuando según un propósito común y una división del trabajo resultó apropiada para el orden internacional de los años cincuenta y sesenta, caracterizado como lo fue por la general amenaza externa de una ideología totalitaria y del casi exclusivo monopolio nuclear de los Estados Unidos y

su superioridad económica. Pero la desaparición de una sola amenaza unificadora y el desplome ideológico del comunismo, junto con la mayor distribución de la fuerza económica, han impuesto al orden internacional la necesidad de equilibrar con mayor sutileza los intereses nacionales y los regionales. El comunismo se desplomó, como lo habían predicho Kennan, Acheson y Dulles, y sin embargo, aguardando al final de este camino, no se encontró un mundo de idealismo wilsoniano, sino una forma virulenta de ese mismo nacionalismo que Wilson y sus discípulos habían considerado «anticuado». Este nuevo mundo no habría asombrado a De Gaulle. Sin duda, no lo habría considerado muy «nuevo». Habría argüido que había estado ahí todo el tiempo, apenas velado por el fenómeno transitorio de una hegemonía de dos potencias.

Al mismo tiempo, el desplome del comunismo y la unificación de Alemania también han refutado la mayoría de las suposiciones de De Gaulle. Escéptico ante todo, salvo ante la función internacional de su propio país, De Gaulle sobreestimó la capacidad de Francia para influir por sí sola sobre los procesos históricos. El «nuevo orden mundial» ha demostrado no ser más afín al sueño de De Gaulle (de un predominio político de Francia en Europa) que a la indiscutible hegemonía mundial de los Estados Unidos. Una Alemania unificada ya no necesita que sus aliados certifiquen su legitimidad superior a la de su rival, Alemania Oriental, y ahora que los que fueran satélites de la Unión Soviética en la Europa del Este también participan en el juego, Francia carece de fuerza para organizar por sí sola un nuevo equilibrio europeo. La opción tradicional de Francia, o sea contener a Alemania buscando un acercamiento con Rusia, se ve anulada por los dos predecibles resultados de la evolución de la ex Unión Soviética: si termina en el caos y el desorden, Rusia será demasiado débil para actuar como contrapeso de Alemania; si prevalece el nacionalismo ruso y ocurre una recentralización, el nuevo Estado, que aún poseerá miles de armas nucleares, acaso sea demasiado fuerte para ser simple socio de Francia. Tampoco puede afirmarse que semejante Estado optaría por Francia. No hay duda de que una opción norteamericana o alemana le resultaría no menos tentadora. Ante todo, cualquier intento por cercar a Alemania despertaría el nacionalismo que sus gobernantes han logrado aplacar hasta hoy y que ha sido la continua pesadilla de Francia. De este modo, los Estados Unidos siguen siendo el socio más digno de confianza de Francia, si bien, conceptualmente, el más difícil, así como la única garantía que tiene para su necesaria política de amistad con Alemania.

De este modo, al final del camino que De Gaulle originalmente había trazado para que los Estados Unidos no fuesen indispensables, y que éstos habían esperado que integrara a Francia más plenamente a la OTAN, ha surgido como clave del equilibrio una cooperación entre estos dos viejos amigos y adversarios, algo así como la relación especial de los Estados Unidos con Gran Bretaña, tal como habría sido cuando, hace dos generaciones, apareció Wilson en Francia para liberar al viejo Mundo de sus locuras, y elevar sus miras por encima de la nación-Estado.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Vietnam: la entrada en el pantano; Truman y Eisenhower

Todo empezó con las mejores intenciones. Durante dos décadas, después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se habían puesto al frente en la construcción de un nuevo orden internacional a partir de los fragmentos de un mundo destrozado. Habían rehabilitado Europa y restaurado Japón; habían contenido el expansionismo comunista en Grecia, Turquía, Berlín y Corea, habían firmado sus primeras alianzas de tiempos de paz y lanzado un programa de ayuda técnica a los países en vías de desarrollo. Los países protegidos por los Estados Unidos disfrutaban de paz, riqueza y estabilidad.

En cambio, en Indochina se destrozaron todas las viejas pautas de participación norteamericana en el extranjero. Por primera vez en la experiencia internacional de los Estados Unidos en el siglo XX empezó a desgastarse la relación directa, casi causal, que la nación siempre había disfrutado entre sus valores y sus logros. La aplicación demasiado universal de sus valores hizo que los norteamericanos empezaran a cuestionarlos y a preguntar por qué, para empezar, tuvieron que llevarlos a Vietnam. Se abrió un abismo entre la creencia norteamericana en la naturaleza excepcional de su experiencia nacional y los acuerdos y ambigüedades inherentes a la geopolítica de contención del comunismo. En el crisol de Vietnam, el excepcionalismo norteamericano se volvió contra sí mismo. La sociedad norteamericana no discutió, como lo han hecho otras, los errores prácticos de su política, sino el derecho de los Estados Unidos a aspirar a cualquier función internacional. Fue este aspecto del debate sobre Vietnam el que causó heridas que han resultado muy dolorosas y difíciles de restañar.

Rara vez las consecuencias de las acciones de una nación han resultado tan distintas de su propósito original. En Vietnam, los Estados Unidos perdieron de vista los principios de política exterior que Richelieu había expuesto tres siglos antes: «[...] la cosa que se va a apoyar y la fuerza que va a apoyarla deben estar en mutua proporción geométrica» (véase el capítulo tres). Un enfoque geopolítico adaptado a un análisis del interés nacional habría establecido una diferencia entre lo que era estratégicamente significativo y lo que era sólo secundario. Habría cuestionado por qué los Estados Unidos habían considerado prudente mantenerse al margen en 1948, cuando los comunistas conquistaron la enorme China, y sin embargo equiparaban ahora su seguridad nacional con un país asiático mucho más pequeño que no había sido independiente en ciento cincuenta años y que nunca había sido independiente en sus actuales fronteras.

Cuando en el siglo XIX Bismarck, el acérrimo practicante de la *Realpolitik*, descubrió que sus dos íntimos aliados, Austria y Rusia, estaban en pugna por los desórdenes de los Balcanes, situados a unos cuantos centenares de kilómetros de las fronteras alemanas, él aclaró que Alemania no iría a la guerra por la cuestión balcánica; para Bismarck los Balcanes no valían, según sus propias palabras, ni los huesos de un solo granadero de Pomerania. Los Estados Unidos no basaron sus cálculos en una reflexión similar. En el siglo XIX, el presidente John Quincy Adams, sagaz practicante de la política exterior, había advertido a sus paisanos que no se aventuraran en el exterior en busca de «monstruos lejanos». Sin embargo, el enfoque wilsoniano de la política exterior no permitía distinguir entre los monstruos que había que matar. Las teorías de Wilson, universalista en su enfoque del orden mundial,

no se prestaban a un análisis de la importancia relativa de los diversos países. Los Estados Unidos estaban obligados a luchar por lo que fuera justo, cualesquiera que fuesen las circunstancias locales, y con total independencia de las cuestiones geopolíticas.

En lo que va de siglo, un presidente tras otro ha proclamado que los Estados Unidos no tienen intereses «egoístas»; que su principal, si no el único, objetivo internacional es la paz y el progreso universales. Con este espíritu, Truman, en su discurso de toma de posesión del 20 de enero de 1949, había comprometido solemnemente a su país con el objetivo de un mundo en que «todas las naciones y todos los pueblos sean libres de gobernarse como les parezca mejor [...]». No se buscaría ningún interés puramente nacional: «No hemos buscado territorios. No hemos impuesto nuestra voluntad a nadie. No hemos pedido privilegios que no concediéramos a los demás.» Los Estados Unidos «fortalecerían a las naciones amantes de la paz contra los peligros de la agresión», dando «consejo y equipo militar a las naciones libres que quieran cooperar con nosotros en el mantenimiento de la paz y la seguridad»⁸⁴⁷. La libertad de cada nación independiente se había convertido en el objetivo nacional, cualquiera que fuese la importancia estratégica de esa nación para los Estados Unidos.

En sus dos discursos de toma de posesión, Eisenhower abordó el mismo tema en un lenguaje aún más elevado. Describió un mundo en que los tronos habían caído, los vastos imperios habían desaparecido y surgido otras naciones. Entre todo este desorden, el destino había confiado a los Estados Unidos la tarea de defender la libertad, al margen de consideraciones geográficas o de cálculos de interés nacional. Desde luego, Eisenhower dio a entender que tales cálculos iban en contra del sistema norteamericano de valores, en que todas las naciones y los pueblos son tratados por igual: «Tal como concebimos que la defensa de la libertad, como la libertad misma, es una e indivisible, rendimos idéntico homenaje y honor a todos los continentes y todos los pueblos. Rechazamos toda insinuación de que una raza u otra, un pueblo u otro, en algún sentido sea inferior o prescindible.»⁸⁴⁸

Eisenhower declaró que la política exterior de los Estados Unidos era distinta de la de cualquier otra nación porque constituía una extensión de las responsabilidades morales de los Estados Unidos, y no procedía de un cálculo de los riesgos y las recompensas. La norma de la política norteamericana no era tanto la factibilidad, que se daba por sentada, cuanto el mérito: «Pues la historia no confía por mucho tiempo el cuidado de la libertad a los débiles o a los tímidos.»⁸⁴⁹ El liderazgo era su propia recompensa, y definió el beneficio para los Estados Unidos como el privilegio de ayudar a los demás a ayudarse a sí mismos. Así concebido, el altruismo no podía tener límites políticos ni geográficos.

En su único discurso de toma de posesión, Kennedy llevó aún más lejos el tema del desinterés de los Estados Unidos y de su deber para con el mundo. Proclamó que su generación era descendiente directa de la primera revolución democrática del mundo, comprometió a su gobierno a «no permitir la lenta anulación de los derechos humanos con los que esta nación siempre ha estado comprometida y con los cuales estamos comprometidos hoy en el país y en el mundo entero. Que sepan todas las naciones, nos quieran bien o mal, que pagaremos cualquier precio, soportaremos cualquier carga, haremos frente a cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para asegurar la vida y el triunfo de la libertad»⁸⁵⁰. El generalizado compromiso norteamericano no se relacionaba con ningún interés específico de seguridad nacional y no excluía a ningún país o región. El elocuente discurso de Kennedy expresó precisamente lo contrario que Palmerston cuando dijo que Gran Bretaña no tenía amigos, sólo intereses; en su busca de la libertad, los Estados Unidos no tenían intereses, sólo amigos.

Al llegar la toma de posesión de Lyndon B. Johnson, el 20 de enero de 1965, las ideas

dominantes habían culminado en la propuesta de que los compromisos exteriores de los Estados Unidos, que manaban orgánicamente de su sistema democrático de gobierno, habían borrado la distinción entre responsabilidades internas e internacionales. Para los Estados Unidos, afirmó Johnson, ningún extranjero debía perder la esperanza: «Ahora viven constantemente entre nosotros terribles peligros y dificultades que en un tiempo llamamos ajenos. Pero si se van a perder vidas norteamericanas y se van a gastar los recursos económicos de la nación en países que apenas conocemos, es porque éste es el precio que ha exigido el cambio, a nuestra convicción y a nuestra fidelidad a los pactos en que nos comprometemos.»⁸⁵¹

Mucho después, se puso de moda citar dichas declaraciones como ejemplos de la arrogancia del poder, o como hipócritas pretextos del afán norteamericano de dominación. Ese barato cinismo mal interpreta la esencia de la fe política norteamericana, que es «ingenua» y que, a la vez, saca de esa ingenuidad el ímpetu necesario para emprender acciones extraordinarias. La mayoría de los países va a la guerra para oponerse a concretas y definibles amenazas a su seguridad. En este siglo, los Estados Unidos han entablado batallas, desde la Primera Guerra Mundial hasta la guerra del golfo Pérsico de 1991, en gran parte movidos por las que les parecieron obligaciones morales de oponerse a la agresión y a la injusticia, por ser depositarios de la seguridad colectiva.

Este compromiso fue especialmente pronunciado entre la generación de gobernantes norteamericanos que en su juventud habían presenciado la tragedia de Munich. En sus mentes quedó para siempre la lección de que no oponerse a la agresión, comoquiera y dondequiera, obliga a oponerse más tarde en circunstancias mucho peores. Desde Cordell Hull, todo secretario de Estado norteamericano se ha referido a este tema. Fue la única cuestión en que Dean Acheson y John Foster Dulles se mostraron de acuerdo⁸⁵². Se consideró que el análisis geopolítico de los peligros específicos planteados por la conquista comunista de un país remoto debía subordinarse a los lemas gemelos de resistir a toda agresión en abstracto, e impedir la expansión del comunismo. La victoria comunista en China había reforzado la convicción de los políticos norteamericanos de que una nueva expansión del comunismo no sería tolerable.

Los documentos políticos y las declaraciones oficiales de la época muestran que casi nadie se opuso a esta convicción. En febrero de 1950, cuatro meses antes de que comenzara el conflicto coreano, el documento NSC-64 concluía que Indochina era «una zona clave del sureste de Asia y se encuentra bajo una amenaza directa»⁸⁵³. El memorándum constituyó el principio de la llamada teoría del dominó, que predecía que si caía Indochina, pronto la seguirían Birmania y Tailandia, y que entonces «el equilibrio del sureste de Asia se encontraría en grave peligro»⁸⁵⁴.

En enero de 1951, Dean Rusk declaró que «si no siguiésemos nuestro actual proceder al máximo de nuestra capacidad, ello sería desastroso para nuestros intereses en Indochina y, por consiguiente, en el resto del sureste de Asia»⁸⁵⁵. En abril del año anterior, en el documento NSC-68 se había dicho que el equilibrio global se encontraba en juego en Indochina: «[...] toda nueva extensión considerable del área que está dominada por el Kremlin haría surgir la posibilidad de que no pudiese reunirse ya ninguna coalición capaz de poner al Kremlin frente a una fuerza mayor»⁸⁵⁶.

Pero ¿era realmente cierto, como daba a entender el documento, que todo avance comunista extendería el área dominada por el Kremlin, especialmente después de la experiencia de Tito en Yugoslavia? Y, ¿era concebible que la inclusión de Indochina en el bando comunista pudiese romper, por sí sola, el equilibrio global del poder? Como estas preguntas no se plantearon, los Estados Unidos nunca se enfrentaron a la realidad geopolítica de que, en el sureste de Asia, se acercaba el momento en que un compromiso global significaría una hiperextensión, precisamente como lo había advertido Walter Lippmann (véase el capítulo veintiocho).

De hecho, había grandes diferencias en el carácter de la amenaza. En Europa, el peligro principal emanaba de la superpotencia soviética. En Asia, la amenaza a los intereses norteamericanos provenía de potencias secundarias que eran, cuando mucho, delegadas de la Unión Soviética y sobre las cuales el dominio soviético era discutible (o así debió ser interpretado). En realidad, al evolucionar la guerra de Vietnam, los Estados Unidos llegaron a combatir al delegado de un delegado, cada uno de los cuales desconfiaba profundamente de su respectivo otorgador. Según el análisis norteamericano, el equilibrio global era atacado por Vietnam del Norte, supuestamente controlado desde Beijing, que a su vez consideraba controlado desde Moscú. En Europa, los Estados Unidos estaban defendiendo unos Estados históricos; en Indochina, trataban con sociedades que, en sus dimensiones actuales, se hallaban edificando por primera vez los cimientos de un Estado. Las naciones europeas tenían ya viejas tradiciones sobre cómo cooperar en la defensa del equilibrio del poder. En el sureste de Asia, el concepto de estado apenas estaba naciendo, la idea del equilibrio del poder era algo ajeno y no había ningún precedente de cooperación entre los Estados.

Estas diferencias fundamentales entre la geopolítica europea y la asiática, junto con el interés de los Estados Unidos en cada una, fueron borradas por el enfoque universalista e ideológico de la política norteamericana. El golpe checo, el bloqueo de Berlín, la prueba de la bomba atómica soviética, la victoria comunista en China y el ataque comunista a Corea del Sur fueron convertidos, en la mentalidad de los gobernantes norteamericanos, en una sola amenaza global, de hecho, en una conspiración global controlada desde un solo centro de poder. La *Realpolitik* habría intentado limitar al máximo la guerra de Corea. La maniquea visión norteamericana del conflicto funcionó al contrario. Al dar una significación global a Corea, Truman envió tropas norteamericanas y al mismo tiempo anunció un considerable aumento de la ayuda militar a Francia en su propia guerra contra las guerrillas comunistas en Indochina (por entonces llamadas Vietminh) y desplazó la Séptima Flota para proteger Taiwán. Los políticos norteamericanos establecieron una analogía entre los simultáneos ataques de Alemania y Japón a Europa y Asia en la Segunda Guerra Mundial con las maniobras de Moscú y Beijing durante los años cincuenta; la Unión Soviética reemplazó a Alemania, y China representó a Japón. En 1952, un tercio de los gastos de Francia en Indochina era aportado por los Estados Unidos.

La entrada de los Estados Unidos en Indochina introdujo una cuestión moral absolutamente nueva. La OTAN defendía a las democracias; la ocupación norteamericana de Japón había llevado las instituciones democráticas a ese país; la guerra de Corea se había entablado para rechazar un ataque a la independencia de las naciones pequeñas. En cambio, en Indochina, el argumento de la contención se utilizó en principio, en términos casi exclusivamente geopolíticos, lo que hizo aún más difícil incorporarla a la hegemónica ideología norteamericana. Por una parte, la defensa de Indochina iba en contra de toda la tradición norteamericana de anticolonialismo. Los Estados de Indochina, que técnicamente seguían siendo colonias francesas, no eran democracias y ni siquiera independientes. Aunque en 1950, Francia había transformado sus tres colonias de Vietnam, Laos y Camboya en los «Estados Asociados de la Unión Francesa», distaban mucho de ser independientes, porque Francia temía que, si les concedía la plena soberanía, no podría retener sus tres posesiones del norte de África: Túnez, Argelia y Marruecos.

El sentimiento anticolonial norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial se había centrado particularmente en Indochina. Roosevelt había desconfiado de De Gaulle y, de todos modos, no era gran admirador de Francia, en especial después de su derrota de 1940. Durante toda la guerra, Roosevelt había pensado en convertir Indochina en un mandato de las Naciones Unidas⁸⁵⁷, aunque empezó a relegar esta idea en Yalta. El gobierno de Truman la abandonó puesto que necesitaba

apoyo francés para formar la Alianza del Atlántico.

Ya en 1950, el gobierno de Truman había concluido que la seguridad del mundo libre exigía que Indochina no cayera en manos de comunistas; lo que, en la práctica, significaba abandonar los principios anticoloniales de los Estados Unidos y apoyar la lucha francesa en Indochina. Truman y Acheson no vieron otra opción porque los jefes conjuntos de estado mayor llegaron a la conclusión de que las fuerzas armadas norteamericanas se habían extendido hasta el límite debido a sus compromisos simultáneos con la OTAN y con Corea, y que no podrían trasvasar fuerzas para la defensa de Indochina, aunque ésta fuese invadida por los chinos⁸⁵⁸. Por ello, no vieron otra solución que apoyarse en el ejército francés, que tendría que oponerse, con apoyo financiero y logístico de los Estados Unidos, a los comunistas indochinos. Después de la victoria en esa lucha, los Estados Unidos pretendían reconciliar sus convicciones estratégicas y anticoloniales exigiendo la independencia.

En realidad, el compromiso inicial de los Estados Unidos con Indochina en 1950 estableció la pauta de su futura participación. Fue lo bastante grande para que los Estados Unidos cayeran en el estancamiento, pero insuficiente para resultar decisiva. En las primeras etapas, esto fue, en gran parte, resultado de la total ignorancia de las condiciones reales y la casi imposibilidad de llevar adelante operaciones a través de dos estratos de autoridades coloniales francesas, así como cualesquier autoridades locales que se permitiera establecer a los llamados Estados Asociados de Vietnam, Laos y Camboya.

Tanto los jefes conjuntos de estado mayor como el Departamento de Estado no deseaban ser acusados de colonialistas y trataron de proteger la moral de su patria instando a Francia a prometer la independencia⁸⁵⁹. Este delicado acto de equilibrio finalmente fue a parar al Departamento de Estado, el cual quiso demostrar que estaba enterado de las complejidades llamando «Operación Cáscara de Huevo» a su programa de Indochina. Por desgracia, si el nombre mostraba un verdadero entendimiento de la difícil operación, en cambio el contenido de su programa no hizo avanzar mucho la solución. La idea era obligar a Francia a otorgar la independencia a Indochina mientras se le pedía que al mismo tiempo llevara adelante la guerra contra el comunismo⁸⁶⁰. Nadie explicó por qué Francia debía arriesgar vidas en una guerra destinada a hacer prescindible su presencia en la región.

Dean Acheson describió el dilema con característica agudeza. Por una parte, dijo, los Estados Unidos podían «perder» si continuaban apoyando las «anticuadas actitudes coloniales» de Francia; por otra, si se la llevaba demasiado lejos, Francia podría renunciar por completo con este argumento: «Muy bien, tomen todo el país. Nosotros no lo queremos.»⁸⁶¹ La «solución» de Acheson resultó ser un replanteamiento de las contradicciones de la política norteamericana: aumentar la ayuda de los Estados Unidos a Indochina mientras se pedía a Francia y al gobernante local escogido por ésta, Bao Dai, que «pusieran de su lado a los nacionalistas»⁸⁶². No se ofreció ningún plan para resolver este dilema.

Al finalizar el mandato de Truman, la evasión era ya la política oficial. En 1952, un documento del Consejo Nacional de Seguridad formalizó la teoría del dominó y le dio un carácter general. Describía el ataque militar a Indochina como un peligro «inherente a la existencia de una China comunista hostil y agresiva»⁸⁶³, y afirmaba que la pérdida de un solo país del sureste de Asia conduciría a una «sumisión relativamente rápida o a una alineación con el comunismo por parte de todos los demás. Asimismo, con toda probabilidad seguiría progresivamente una alineación con el comunismo del resto del sureste de Asia y de la India y, a largo plazo, de Oriente Medio (con las posibles excepciones, al menos, de Pakistán y Turquía)»⁸⁶⁴.

Desde luego, si tal estimación era realista, ese completo desplome también pondría en peligro

la seguridad y la estabilidad de Europa, y «sería muy difícil impedir un acuerdo final de Japón con el comunismo»⁸⁶⁵. El memorándum del CNS no analizaba por qué ese desplome había de ser tan automático o tan global. Tampoco analizaba la posibilidad de establecer un cortafuego en las fronteras de Malasia y de Tailandia, países mucho más estables que Indochina, como lo proponían los gobernantes británicos. Los aliados europeos de los Estados Unidos tampoco compartieron esa idea de un peligro a largo plazo para Europa; por eso, en los años siguientes, siempre se negaron a participar en la defensa de Indochina.

La conclusión de que estaba incubándose en Indochina un desastre potencial fue seguida por la aplicación de un remedio que no era ni remotamente proporcional al problema; de hecho, en este caso, no era ni siquiera un remedio. El estancamiento de Corea había acabado, al menos por un tiempo, con el deseo norteamericano de entablar otra guerra en Asia. «No podemos tener otra Corea; no podemos llevar fuerzas de tierra a Indochina», arguyó Acheson. Sería «fútil y erróneo defender a Indochina en Indochina»⁸⁶⁶. Esta enigmática observación pareció indicar que, si en realidad Indochina se había vuelto la clave del equilibrio global, y si China era en realidad la causa de todas las dificultades, los Estados Unidos tendrían que atacar a la propia China, al menos con fuerzas navales y aéreas, justo a lo que Acheson se había opuesto frontalmente a utilizar contra Corea. También dejaba sin respuesta la pregunta de cómo habrían de responder los Estados Unidos si sus aliados franceses e indochinos fueran derrotados por fuerzas comunistas indígenas, y no por la entrada en guerra de los chinos. Si Hanoi era un sustituto de Beijing, y Beijing un delegado de Moscú, tal como lo creían el Ejecutivo y el Congreso, los Estados Unidos se verían obligados a elegir, ya en serio, entre sus convicciones geopolíticas y sus convicciones anticoloniales.

Hoy sabemos que, poco después de ganar su guerra civil, la China comunista llegó a considerar a la Unión Soviética como la más grave amenaza a su independencia y que, a lo largo de su historia, Vietnam ha sentido ese mismo miedo con respecto a China. Por tanto, una victoria comunista en Indochina durante los años cincuenta habría acelerado muy probablemente todas esas rivalidades. También esto habría presentado un desafío a Occidente, pero no habría llegado a desatarse una conspiración universal dirigida desde un poder central.

Por otra parte, los argumentos del memorándum del CNS no eran tan vanos como parecían. Aun a falta de una conspiración central, y por lo que sabía Occidente por entonces, a pesar de todo la teoría del dominó podría ser válida. Eso era lo que pensaba, sin duda, el sesudo y bien informado primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, quien casi siempre ha tenido razón. En la época inmediata de la posguerra, el comunismo aún poseía considerable dinamismo ideológico. La demostración de la bancarrota de su administración económica aún estaba a cierta distancia de otra generación. En las democracias, y especialmente en los países recién independizados, muchos consideraban que el mundo comunista pronto sobrepasaría al capitalista en capacidad industrial. Los gobiernos de muchos de los países recientemente independizados eran frágiles y se veían amenazados por insurrecciones internas. En el momento mismo en que se estaba preparando el memorándum del CNS, ya había estallado una guerra de guerrillas comunistas en Malasia.

Los políticos de Washington tenían buenas razones para preocuparse de que Indochina fuese conquistada por un movimiento que ya había devorado a Europa del Este y conquistado China. Organizada desde un poder central o no, la expansión comunista parecía poseer suficiente ímpetu para arrastrar a las nuevas y frágiles naciones del sureste de Asia al bando antioccidental. El *quid* de la cuestión no era si algunas piezas de dominó podrían caer en el sureste de Asia, lo cual era probable, sino si en la región no habría mejores lugares para ponerle coto; por ejemplo, en torno de países en que los elementos políticos y de seguridad estaban mejor controlados, como en Malasia y

Tailandia. Sin duda la conclusión de la declaración política del CNS, que, en caso de que Indochina cayera, hasta Europa y Japón podrían llegar a creer que la marea comunista era irreversible, y se adaptasen en consecuencia, fue exagerada.

El legado de Truman a su sucesor, Dwight D. Eisenhower, fue un programa anual de ayuda militar a Indochina valorado en casi 200 millones de dólares (poco más de 1.000 millones en dólares de 1993), y una teoría estratégica que estaba a la espera de una política. El gobierno de Truman no había tenido que enfrentarse al abismo que existía entre su doctrina estratégica y sus convicciones morales, ni a la necesidad de elegir entre una razón geopolítica y la capacidad norteamericana; Eisenhower se vio ante la responsabilidad de hacer frente al primer desafío; Kennedy, Johnson y Nixon, ante la de recoger el segundo.

El gobierno de Eisenhower no dudó del compromiso que había heredado con la seguridad de Indochina. Intentó reconciliar su doctrina estratégica con sus convicciones morales aumentando las presiones en favor de una reforma en Indochina. En mayo de 1953, cuatro meses después de tomar posesión de su cargo, Eisenhower pidió al embajador de los Estados Unidos en Francia, Douglas Dillon, que presionara a los franceses para que nombraran nuevos gobernantes con autoridad para «obtener la victoria» en Indochina, y al mismo tiempo para que hicieran «declaraciones públicas claras e inequívocas, repetidas todas las veces que pareciera necesario», de que se otorgaría la independencia «en cuanto se hubiese obtenido la victoria contra los comunistas»⁸⁶⁷. En julio, Eisenhower se quejó ante el senador Ralph Flanders de que el compromiso del gobierno francés con la independencia se hacía «de manera sombría e indirecta, y no audaz, clara y repetida»⁸⁶⁸.

Para Francia ya no se trataba sólo de una reforma política. Sus fuerzas en Indochina se hallaban trabadas en una frustrante guerra de guerrillas, de la que no tenían ninguna experiencia. En la guerra convencional de frentes establecidos suele triunfar el bando que cuenta con un poder de fuego superior. Sin embargo, una guerra de guerrillas no suele entablarse desde posiciones fijas, y los guerrilleros se disimulan entre la población. Una guerra convencional se entabla por el dominio de un territorio; una guerra de guerrillas se mide por la seguridad de la población. Como el ejército guerrillero no se ve obligado a defender ningún territorio en particular, se encuentra en posición de escoger, casi libremente, el campo de batalla, y de regular las bajas de ambos bandos.

En la guerra convencional, una tasa de triunfos en combate del 75 % garantizaría la victoria. En una guerra de guerrillas, proteger a la población sólo el 75 % de las veces asegura la derrota. La absoluta seguridad en las tres cuartas partes del país es mucho mejor que tres cuartas partes de seguridad en todo el país. Si las fuerzas defensoras no pueden ofrecer una protección casi perfecta a la población, al menos en el área que consideren esencial, las guerrillas están destinadas, tarde o temprano, a ganar.

La ecuación básica de la guerra de guerrillas es tan sencilla como difícil de ejecutar: los guerrilleros ganan mientras pueden evitar una derrota total; el ejército convencional tiene que perder a menos que triunfe decisivamente. Casi nunca se da un estancamiento. Todo país que participe en una guerra de guerrillas debe prepararse para una lucha prolongada. Los guerrilleros pueden continuar con su táctica de «pegar y correr» durante mucho tiempo, aun con fuerzas sumamente reducidas. Las victorias indiscutibles son muy escasas, las guerras de guerrillas suelen ir cesando al cabo de mucho tiempo. Los ejemplos más notables de triunfos sobre fuerzas guerrilleras ocurrieron en Malasia y en Grecia, donde las fuerzas defensoras obtuvieron la victoria porque lograron cortar todo abastecimiento del exterior a los guerrilleros (en Malasia gracias a la geografía, en Grecia debido a la ruptura de Tito con Moscú).

Ni el ejército francés ni el norteamericano, que le siguió los pasos una década después,

resolvieron nunca el acertijo de la guerra de guerrillas. Entablaron el único tipo de guerra que conocían y para el cual habían sido preparados y equipados: la guerra típica, convencional, basada en frentes claramente definidos. Ambos ejércitos, confiados en su potencia de fuego superior, se esforzaron por imponer una guerra de desgaste. Ambos vieron cómo su estrategia repercutía en su contra porque un enemigo que luchaba en su propio terreno podía agotarles la paciencia y provocar presiones internas para poner fin al conflicto. Las bajas no dejaban de aumentar, mientras seguían sin dar con una táctica que les llevara a la victoria.

Francia reconoció su derrota más pronto que los Estados Unidos, porque sus fuerzas armadas se dispersaron un poco más en su esfuerzo por ocupar todo Vietnam con un tercio de las fuerzas que los Estados Unidos acabarían por lanzar para defender sólo la mitad del país. Las fuerzas de Francia estaban siendo divididas, como lo serían las de los Estados Unidos una década después. Cada vez que concentraban sus fuerzas en torno a centros de población, los comunistas dominaban la mayor parte de los campos; cuando intentaban salir a proteger los campos, los comunistas atacaban las ciudades y los fuertes, uno tras otro.

Hubo algo en Vietnam que continuamente nubló el poder de raciocinio de los extranjeros que se aventuraban en él. De manera extraña, la guerra francesa de Vietnam llegó a su clímax en una encrucijada denominada Dien Bien Phu, localizada en el remoto rincón noroccidental de Vietnam, cerca de la frontera con Laos. Francia había acantonado allí una fuerza de elite con la esperanza de atraer a los comunistas a una batalla campal de desgaste; pero, al hacerlo, se colocó en una situación en que no podía vencer. Si los comunistas decidían hacer caso omiso de ese despliegue de fuerzas francesas, éstas serían desperdiciadas en una posición apartada de todas las zonas de importancia estratégica. Si los comunistas mordían el anzuelo, su único motivo sería que creían tener ya a la vista una victoria decisiva. Francia había reducido sus opciones. Ahora sólo le quedaba la inoportunidad o la derrota.

Los franceses menospreciaron el tesón y el ingenio de sus adversarios, precisamente como lo harían los norteamericanos una década después. El 13 de marzo del año 1954, los norvietnamitas lanzaron un ataque masivo contra Dien Bien Phu que, ya en la primera fase, les permitió tomar dos avanzadillas que, al parecer, dominaban las alturas. Para ello emplearon una artillería que nadie creía siquiera que tuvieran, que les había sido enviada por China al terminar la guerra de Corea. Desde entonces, sólo fue cuestión de tiempo lograr que el resto de las fuerzas francesas se encontrara inmovilizado. Un nuevo gobierno francés, agotado por una guerra de desgaste, y que no veía la finalidad de luchar sólo para tener que retirarse de Indochina presionado por los Estados Unidos, aceptó la propuesta soviética de celebrar una conferencia sobre Indochina, que comenzaría en abril en Ginebra.

La inminencia de la conferencia hizo que los comunistas intensificaran la presión militar, y obligaron al gobierno de Eisenhower a escoger entre sus teorías y sus posibilidades. La caída de Dien Bien Phu obligaría a Francia a ceder una parte considerable de Vietnam, si no todo, a los comunistas. Sin embargo, Dien Bien Phu sólo podría haberse salvado gracias a una gran escalada militar, para la cual Francia ya no tenía recursos ni interés. Los Estados Unidos tendrían que decidir si apoyaban la teoría del dominó con una acción militar directa.

Cuando el general Paul Ely, jefe del estado mayor francés, visitó Washington el 23 de marzo, el almirante Arthur Radford, que ostentaba la jefatura del estado mayor conjunto, le dejó la impresión de que recomendaría un intenso ataque aéreo contra las posiciones comunistas en torno de Dien Bien Phu, incluyendo posiblemente el empleo de armas nucleares. Sin embargo, Dulles estaba demasiado comprometido con la seguridad colectiva para considerar siquiera semejante paso sin darle al menos

alguna base diplomática. En su importante discurso del 29 de marzo de 1954, pidió, en efecto, una acción militar colectiva para salvar a Indochina de los comunistas, empleando el tradicional argumento de la escuela contraria al apaciguamiento, es decir, que no actuar con prontitud requeriría, más adelante, unas acciones mucho más costosas:

[...] la imposición en el sureste de Asia del sistema político de la Rusia comunista y de su aliado comunista chino por cualesquiera medios sería una grave amenaza a toda la comunidad libre. Los Estados Unidos consideran que esa posibilidad no debiera aceptarse pasivamente, sino que habría que enfrentarse a ella con una acción unida. Esto podría entrañar graves riesgos, pero esos riesgos son mucho menores a los que encontraremos dentro de unos cuantos años si hoy no nos atrevemos a mostrar resolución [...]⁸⁶⁹.

Bajo el estandarte de una «acción unida», Dulles propuso que se formara una coalición integrada por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Nueva Zelanda, Australia y los Estados Asociados de Indochina para contener el avance comunista en Indochina. Eisenhower se unió a esta propuesta pidiendo una acción colectiva, aunque casi ciertamente para contener la intervención, no para promoverla. Sherman Adams, jefe de estado mayor de Eisenhower, describió así la actitud del presidente: «Después de haber evitado una guerra total con la China Roja el año anterior en Corea, cuando contaba con el apoyo de las Naciones Unidas, él [Eisenhower] no estuvo dispuesto a provocar otra en Indochina... sin sus aliados británicos y otros de Occidente.»⁸⁷⁰

Eisenhower encarnó ese extraño fenómeno de la política norteamericana por el cual los presidentes que parecen ser más ingenuos resultan a menudo los más complejos. En este sentido, Eisenhower fue precursor de Ronald Reagan, pues logró disimular una extraordinaria habilidad para la manipulación tras una apariencia de cordial afabilidad. Como en Suez dos años más tarde, y nuevamente en Berlín, las palabras de Dulles implicaban la línea dura, en este caso, el Plan Radford de intervención aérea o alguna de sus variantes. Casi con certeza, Eisenhower prefería evitar por completo la acción militar. Sabía demasiado de guerras para creer que un solo ataque aéreo pudiera ser decisivo, y no deseaba recurrir a una represalia masiva (la estrategia oficial) contra China. Una prolongada guerra en tierra en el sureste de Asia le repugnaba. Además, Eisenhower había tenido experiencia suficiente con la diplomacia de coalición para saber que era sumamente improbable que la Acción Unida se concluyera en un período que pudiese alterar el destino de Dien Bien Phu. Para Eisenhower ésta fue, sin duda, una salida conveniente, pues prefirió la pérdida de Indochina a la acusación de que los Estados Unidos estaban siendo colonialistas. Como escribió en un pasaje inédito de sus memorias:

[...] la posición de los Estados Unidos como la más fuerte de las potencias anticoloniales es de incalculable valor para el Mundo Libre [...]. Así, había que cuidar la posición moral de los Estados Unidos más que el Delta de Tonkin; de hecho, más que toda Indochina⁸⁷¹.

Cualesquiera que fuesen sus reservas personales, Dulles y Eisenhower hicieron un gran esfuerzo por crear la Acción Unida. El 4 de abril de 1954, en una extensa carta, Eisenhower apeló a Churchill, que ocupaba el cargo de primer ministro por última vez:

Si ellos [los franceses] no ven claro, e Indochina pasa a manos de los comunistas, el efecto último sobre nuestra posición estratégica global —y la de usted— con el consecuente cambio de la

proporción de poder en toda Asia y el Pacífico, podría ser desastroso y, bien lo sé, inaceptable para usted y para mí. Es difícil ver cómo Tailandia, Birmania e Indonesia pueden salvarse de caer en manos comunistas. No podemos permitirlo. La amenaza contra Malasia, Australia y Nueva Zelanda sería directa. Se rompería la cadena de islas que hay frente a las costas. La presión económica sobre Japón, que se vería privado de los mercados no comunistas y las fuentes de alimentos y materia prima sería tal que, al cabo de un tiempo, sería difícil ver cómo podría evitarse que Japón llegara a un acuerdo con el mundo comunista, que combinaría la mano de obra y los recursos naturales de Asia con el potencial industrial de Japón⁸⁷².

Sin embargo, Churchill no se dejó convencer, y Eisenhower no hizo más intentos por ganárselo. Por muy partidario que fuese de la «relación especial» con los Estados Unidos, Churchill era ante todo inglés, y veía en Indochina más peligros que beneficios potenciales. No creyó en la idea de que las piezas de dominó caerían tan inexorablemente, ni que un fracaso colonial ocasionara automáticamente la catástrofe general.

Churchill y Anthony Eden creían que el mejor lugar para defender el sureste de Asia eran las fronteras de Malasia; por tanto, Churchill respondió evasivamente que Eden transmitiría la decisión del gabinete a Dulles, quien estaba a punto de salir rumbo a Londres. El hecho de que Churchill eludiera una respuesta directa dejó pocas dudas de que Gran Bretaña estaba buscando medios de suavizar su rechazo a la Acción Unida. Si las noticias hubiesen sido favorables, sin duda el propio Churchill las habría transmitido. Además, era proverbial la antipatía que Eden sentía por Dulles. Desde antes de que llegara el secretario de Estado, Eden estimó «poco realista considerar que se pudieran imponer las condiciones de un vencedor a un enemigo no derrotado»⁸⁷³.

El 26 de abril, Churchill expresó personalmente sus reservas al almirante Radford, de visita en Londres. Según los documentos oficiales, Churchill advirtió contra unas «guerras en los límites, donde los rusos eran fuertes y podían movilizar el entusiasmo de los nacionalistas y de los pueblos oprimidos»⁸⁷⁴. En realidad, no había ninguna razón política para que Gran Bretaña se dejara arrastrar a una causa que Churchill describió así:

El pueblo británico no se dejará influir fácilmente por lo ocurrido en las distantes selvas del sureste de Asia. Pero sí supo que había una poderosa base norteamericana en East Anglia, y que la guerra con China, la cual invocaría el pacto chino-ruso, podía significar un ataque con bombas de hidrógeno contra estas islas⁸⁷⁵.

Ante todo, esa guerra haría desvanecerse el gran sueño del viejo guerrero en su último año en el cargo: organizar una cumbre con los sucesores de Stalin, «planeada para mostrar claramente a los rusos todas las implicaciones de la fuerza de Occidente, y convencerlos de la locura de la guerra»⁸⁷⁶ (véase el capítulo veinte).

Por entonces había pasado tanto tiempo que, cualquiera que fuese la decisión de Gran Bretaña, la Acción Unida ya no podía salvar a Dien Bien Phu, que cayó el 7 de mayo, mientras los diplomáticos estaban discutiendo sobre Indochina en Ginebra. Como a menudo ocurre cuando se invoca la seguridad colectiva, la Acción Unida había resultado un buen pretexto para no hacer nada.

El debate por la intervención en Dien Bien Phu mostró, ante todo, la confusión que empezaba a surgir en la política sobre Vietnam y la creciente dificultad de reconciliar el análisis geopolítico con la doctrina estratégica y la convicción moral. Si fuera cierto que una victoria comunista en Indochina haría que las piezas de dominó cayeran, desde Japón hasta Indonesia, como predijo Eisenhower en su

carta a Churchill y en una conferencia de prensa del 7 de abril, los Estados Unidos tendrían que trazar un límite, cualquiera que fuese la reacción de otros países, sobre todo porque la contribución militar de los potenciales participantes en la Acción Unida habría sido casi exclusivamente simbólica. Aunque era preferible la acción colectiva, sin duda no era requisito indispensable para la defensa del equilibrio global, si esto era, en realidad, lo que estaba en juego. Por otra parte, casi al mismo tiempo que el gobierno norteamericano estaba intentando organizar la acción colectiva, ya había cambiado su doctrina militar por la de «represalia masiva». Proponer un ataque al causante de la agresión significaba, en la práctica, que una guerra por Indochina sería dirigida contra China. Sin embargo, no había una base moral o política para lanzar un ataque aéreo a un país que sólo indirectamente estaba participando en la guerra de Vietnam, y por una causa que Churchill había dicho a Radford que le parecía demasiado secundaria y peligrosa para poder sostenerla largo tiempo ante la opinión pública de Occidente.

No cabe duda de que a los sucesores de Stalin en el Kremlin les habría horrorizado, en su primer año en el poder, tener que enfrentarse a los Estados Unidos a causa de China. Sin embargo, los generales de los Estados Unidos fueron incapaces de describir los blancos o el probable resultado de una represalia masiva contra China (o dentro de Indochina, para el caso), y puesto que la independencia de Indochina aún no pasaba de ser un plan, no había una base realista para intervenir. Eisenhower postergó prudentemente el choque hasta que pudiese organizar las diversas corrientes del enfoque norteamericano. Por desgracia, estas aún no estaban organizadas diez años después, cuando los Estados Unidos, olvidando la enormidad de la empresa, abordaron con soberana confianza la tarea en que Francia había fracasado de manera tan ignominiosa.

Como la Unión Soviética y China temían la intervención norteamericana, la diplomacia de Eisenhower y de Dulles de hacer amenazas implícitas ayudó a dar a la Conferencia de Ginebra un resultado que, en apariencia, fue mucho mejor de lo que justificaba la situación militar. Los Acuerdos de Ginebra de julio de 1954 establecían la división de Vietnam a lo largo del paralelo 17. Para dejar el camino abierto a la unificación, la división no fue descrita como una «frontera política», sino como un acuerdo administrativo para facilitar el reagrupamiento de fuerzas militares antes de unas elecciones que se efectuarían, bajo vigilancia internacional, en un plazo de dos años. Todas las fuerzas extranjeras se retirarían de los tres Estados indochinos en un plazo de trescientos días; las bases extranjeras y las alianzas con otros países quedaban proscritas.

Sin embargo, catalogar las diversas cláusulas produce una impresión engañosa sobre la formalidad y la severidad de los Acuerdos de Ginebra. Había muchos firmantes de diversas partes del acuerdo, pero no partes contratantes y, por tanto, ninguna «obligación colectiva»⁸⁷⁷. Más adelante, Richard Nixon resumiría así este batiburrillo: «En la conferencia se reunieron nueve países e hicieron seis declaraciones unilaterales, tres acuerdos bilaterales de alto el fuego y una declaración sin firmar.»⁸⁷⁸

Todo se redujo a un modo de poner fin a las hostilidades, dividir Vietnam y confiar al futuro el resultado político. Los analistas aficionados suelen mencionar la ambigüedad de tales acuerdos como prueba de la confusión o de la duplicidad de los negociadores, acusación que después también se haría contra los Acuerdos de Paz de París de 1973. Sin embargo, las más de las veces los documentos ambiguos como los Acuerdos de Ginebra reflejan la realidad; resuelven lo que es posible resolver, con pleno conocimiento de que mayores precisiones tendrán que aguardar a nuevos acontecimientos. A veces, el interludio permite que surja una nueva configuración política sin ningún conflicto; a veces, el conflicto vuelve a estallar, obligando a cada uno de los bandos a revisar sus ofertas.

En 1954, se llegó a un incómodo estancamiento, que ninguna de las partes estaba aún en posición de romper. Tan poco tiempo después de la muerte de Stalin, la Unión Soviética no estaba dispuesta a un enfrentamiento, y sólo tenía un interés marginal en el sureste de Asia; China temía otra guerra con los Estados Unidos, menos de un año después de terminado el conflicto coreano (sobre todo, a la luz de la nueva doctrina norteamericana de represalia masiva); Francia estaba a punto de retirarse de la región; los Estados Unidos carecían de una estrategia y del apoyo de la opinión pública necesarios para emprender una intervención, y los comunistas vietnamitas aún no eran lo bastante fuertes para continuar la guerra sin aprovisionamiento externo.

Al mismo tiempo, nada de lo que se logró en la Conferencia de Ginebra modificó las ideas básicas de los protagonistas. El gobierno de Eisenhower seguía firme en su convicción de que Indochina era la clave del equilibrio del poder asiático (y tal vez del global); tampoco había renunciado definitivamente a toda intervención militar, sino tan sólo a la intervención junto a la Francia colonialista. Vietnam del Norte no había abandonado su objetivo de unificar Indochina bajo un gobierno comunista, por el cual sus gobernantes llevaban dos décadas de lucha. El nuevo gobierno soviético continuó declarando que estaba comprometido con la lucha de clases internacional. En materia de doctrina, el más radical de los países comunistas era China aunque, como se supo varias décadas después, en general hacía pasar sus convicciones ideológicas por el prisma de su propio interés. El concepto chino de interés nacional le hacía mostrarse sumamente ambigua ante la perspectiva de tener una gran potencia, aunque fuera comunista, ante su frontera meridional, lo que sería el resultado inevitable de la unificación de Indochina bajo un régimen comunista.

Dulles maniobró hábilmente a través de esta maraña. Casi con certeza, él prefería la intervención militar y la destrucción del comunismo, incluso en el Norte. Por ejemplo, el 13 de abril de 1954, declaró que el único resultado «satisfactorio» sería una completa retirada de Indochina de los comunistas⁸⁷⁹. En cambio, asistió a una conferencia cuyo único resultado posible habría sido dar una apariencia de legitimidad al gobierno comunista de Vietnam del Norte, el cual, a su vez, propagaría la influencia comunista por toda Indochina. Con la facha de «un puritano en una casa de mala nota»⁸⁸⁰, Dulles trató de llegar a un acuerdo que, aunque «fuese algo de lo que después tendríamos que reírnos», también estuviese «libre de la mancha del colonialismo francés»⁸⁸¹. Por primera vez en el devenir de la participación norteamericana en Vietnam, el análisis estratégico y la convicción moral coincidieron. Dulles dijo que el objetivo norteamericano era colaborar a «adoptar decisiones que ayudaran a las naciones de esa región a gozar en paz de integridad territorial y de independencia política con gobiernos libres y estables, y con la oportunidad de desarrollar sus economías»⁸⁸².

La dificultad inmediata era, desde luego, que los Estados Unidos se habían negado a participar oficialmente en la Conferencia de Ginebra. Trataron de estar a la vez presentes y ausentes; lo suficiente para apoyar sus principios y, sin embargo, lo bastante lejos para evitar el oprobio local por haber abandonado a algunos de ellos. La indecisión norteamericana quedó muy bien expresada en una declaración final, según la cual los Estados Unidos «tomaban nota» de las declaraciones finales y no hacían «ninguna amenaza ni uso de la fuerza para alterarlas». Al mismo tiempo, la declaración advertía que «verían toda renovación de la agresión que violara los mencionados acuerdos con gran preocupación y como una grave amenaza a la paz y la seguridad internacionales»⁸⁸³. No conozco ningún otro ejemplo, en la historia de la diplomacia, de una nación que garantice un acuerdo que se ha negado a firmar y acerca del cual ha expresado tan graves reservas.

Dulles no había logrado impedir la consolidación comunista de Vietnam del Norte, pero sí esperaba evitar que las fichas de dominó cayeran en todo el resto de Indochina. Ante lo que él y

Eisenhower concebían como los males gemelos del colonialismo y del comunismo, había abandonado el colonialismo francés y en adelante sería libre de concentrarse en contener el comunismo. Consideraba que el mérito de Ginebra era la creación de un marco político que armonizaría los objetivos políticos y militares de los Estados Unidos y que crearía la base jurídica para oponerse a nuevas maniobras de los comunistas.

Por su parte, los comunistas estaban preocupados por establecer su sistema de gobierno al norte del paralelo 17, tarea que emprendieron con su característica barbarie, matando al menos a 50.000 personas y mandando a otras 100.000 a campos de concentración. Entre 80.000 y 100.000 guerrilleros comunistas marcharon al Norte, mientras un millón de norvietnamitas huía a Vietnam del Sur, donde los Estados Unidos encontraron en Ngo Dinh Diem a un gobernante al que, les pareció, podían apoyar. Sus antecedentes nacionalistas eran impecable, aunque fue una lástima que su devoción por la democracia no resultara su punto fuerte.

La sabia decisión de Eisenhower de no dejarse enredar en Vietnam en 1954 resultó ser táctica y no estratégica. Después de los Acuerdos de Ginebra, él y Dulles siguieron convencidos de la decisiva importancia estratégica de Indochina. Mientras el país se escindía, Dulles dio los últimos toques al mismo marco de seguridad colectiva que había fracasado a comienzos del año. La Organización del Tratado del Sureste de Asia (SEATO), que surgió en septiembre de 1954, estaba compuesta, además de los Estados Unidos, por Pakistán, Filipinas, Tailandia, Australia, Nueva Zelanda, el Reino Unido y Francia. Lo que le faltaba era un objetivo político común o un medio de apoyo mutuo. De hecho, los países que se negaron a participar en la SEATO eran más importantes que sus miembros: la India, Indonesia, Malasia y Birmania prefirieron buscar su seguridad en la neutralidad; y los Acuerdos de Ginebra les vedaban el ingreso a los tres Estados indochinos. En cuanto a los aliados europeos de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, no era probable que aceptaran correr riesgos por una región de la que hacía tan poco tiempo habían sido expulsados. De hecho, Francia, y en menor grado Gran Bretaña, casi ciertamente ingresaron en la SEATO para contar con un veto contra lo que consideraban posibles acciones precipitadas de los Estados Unidos.

Las obligaciones formales inherentes a la SEATO eran un tanto indefinidas. El Tratado, que pedía a sus signatarios hacer frente a un «peligro común» mediante sus «procesos constitucionales», no establecía normas para definir ese peligro común ni reunía aparato suficiente para emprender una acción común, como sí lo hacía la OTAN. No obstante, la SEATO sirvió al propósito de Dulles puesto que aportó un marco jurídico para la defensa de Indochina. Por ello, de manera bastante extraña, la SEATO se mostró más explícita acerca de la agresión comunista contra las tres naciones de Indochina, que no podían ingresar, según los Acuerdos de Ginebra, que con respecto a un ataque comunista a los signatarios. Un protocolo separado declaraba que toda amenaza a Laos, Camboya y Vietnam del Sur sería adversa a la paz y seguridad de los firmantes, con lo cual, de hecho, ofrecía una garantía unilateral³⁸⁴.

Entonces, todo dependía de si los nuevos Estados de Indochina, especialmente Vietnam del Sur, podían convertirse en naciones que funcionaran satisfactoriamente. Ninguno de ellos había sido gobernado nunca como entidad política dentro de sus fronteras. Hue era la vieja capital imperial. Los franceses habían dividido Vietnam en tres regiones —Tonkín, Annam y Cochinchina— gobernadas desde Hanoi, Hue y Saigón, respectivamente. El área que rodeaba Saigón y el delta del Mekong sólo había sido colonizada por los vietnamitas en fecha relativamente reciente, en el siglo XIX, por la misma época en que llegaron los franceses. Las autoridades que había consistían en una combinación de servidores civiles preparados por los franceses y todo un laberinto de sociedades secretas, las llamadas sectas, algunas de las cuales tenían filiación religiosa, pero todas se mantenían a sí mismas

y conservaban su condición autónoma expresando a la población.

Diem, el nuevo gobernante, era hijo de un funcionario de la corte imperial de Hue. Educado en escuelas católicas, durante unos cuantos años fue funcionario de la administración colonial de Hanoi, pero renunció cuando los franceses se negaron a aplicar algunas de las reformas que él propuso. Pasó las dos siguientes décadas como erudito-recluso en su propia patria o en el exilio, sobre todo en los Estados Unidos, rechazando ofertas de japoneses, comunistas y gobernantes vietnamitas apoyados por los franceses para que participara en sus diversos gobiernos.

Los caudillos de los llamados movimientos liberadores no son, habitualmente, personalidades democráticas. Durante años de exilio y de cárcel se nutren con visiones de la transformación que harán en cuanto lleguen al poder. Pocas veces son humildes; si lo fueran, no serían revolucionarios. Instalar un gobierno que haga prescindible a su jefe, la esencia misma de la democracia, les parece a casi todos ellos una contradicción de términos. Los dirigentes de las luchas por la independencia tienden a ser héroes, y en general los héroes no suelen ser agradable compañía.

Las características de la personalidad de Diem incluían, así mismo, la tradición política confuciana de Vietnam. A diferencia de la teoría democrática, que considera que la verdad surge del choque de las ideas, el confucianismo sostiene que la verdad es objetiva y sólo se la puede descubrir mediante un asiduo estudio y una educación que está al alcance de muy pocos. Su búsqueda de la verdad no considera que las ideas opuestas puedan tener el mismo mérito, como lo hace la teoría democrática. Dado que sólo hay una verdad, lo que no es cierto no puede tener un lugar, ni ser mejorado mediante la competencia. El confucianismo es esencialmente jerárquico y elitista, y subraya la lealtad a la familia, las instituciones y la autoridad. Ninguna de las sociedades influidas por el confucianismo ha producido un sistema pluralista que funcione (Taiwán, en los años noventa, es lo que más ha llegado a parecersele).

En 1954, Vietnam del Sur tenía pocas bases para ganarse la categoría de nación, y menos aún para la democracia. Sin embargo, ni la evaluación estratégica de los Estados Unidos ni su idea de que había que salvar a Vietnam del Sur mediante una reforma democrática tuvieron en cuenta estas realidades. Con el entusiasmo del neófito, el gobierno de Eisenhower se lanzó de cabeza a defender Vietnam del Sur contra la agresión comunista y a formar una nación, capacitando a una sociedad cuya cultura era muy distinta de la norteamericana, para que conservara su recién descubierta independencia y practicara la libertad al estilo norteamericano.

Dulles había pedido apoyar a Diem, por la razón de que era «el único disponible». En octubre de 1954, Eisenhower hizo de la necesidad una virtud, y escribió a Diem prometiéndole ayuda que dependería de los niveles de «desempeño [...] al emprender las reformas necesarias». La ayuda norteamericana iría «combinada» con un Vietnam independiente «dotado de un gobierno fuerte [...] tan sensible a las aspiraciones nacionalistas de su pueblo» que se ganara el respeto nacional e internacional⁸⁸⁵.

Durante unos cuantos años todo pareció encajar en su lugar. Al término del mandato de Eisenhower, los Estados Unidos habían ayudado a Vietnam del Sur por un importe superior a los 1.000 millones de dólares; ahí se encontraba un equipo norteamericano de 1.500 personas; la embajada de los Estados Unidos en Saigón era una de las más grandes del mundo. El Grupo de Asesores Militares de los Estados Unidos, constituido por 692 miembros, había rebasado los límites de personal militar extranjero establecidos por los Acuerdos de Ginebra⁸⁸⁶.

Contra todo lo esperado y con enorme apoyo de la información norteamericana, Diem suprimió las sociedades secretas, saneó la economía y logró establecer un control central, unos logros asombrosos que fueron bien recibidos en los Estados Unidos. Después de una visita a Vietnam en

1955, el senador Mike Mansfield informó que Diem representaba el «nacionalismo auténtico» y que había tomado «la que era la causa perdida de la libertad y le había insuflado nueva vida»⁸⁸⁷. El senador John F. Kennedy confirmó los dos pilares de la política norteamericana en Vietnam, seguridad y democracia, diciendo que este país no sólo era «piedra angular del arco» de la seguridad en el sudeste de Asia, sino también «campo de prueba para la democracia en Asia»⁸⁸⁸.

Los hechos pronto revelaron que los Estados Unidos habían estado celebrando sólo una tregua de la presión comunista y no un logro permanente. La suposición norteamericana de que su democracia era fácilmente exportable resultó errónea. En Occidente, el pluralismo político ha prosperado entre sociedades unidas donde un poderoso consenso social lleva el tiempo suficiente para permitir una tolerancia a la oposición sin amenazar la supervivencia del Estado. Pero donde todavía hay que crear una nación, la oposición puede parecer una amenaza a la existencia nacional, especialmente donde no hay una sociedad civil que constituya una red de seguridad. En estas condiciones, la tentación es fuerte, a menudo irresistible, y se equipara oposición con traición.

Todas estas tendencias se intensifican en una guerra de guerrillas, pues la estrategia de los guerrilleros consiste en socavar sistemáticamente toda cohesión que las instituciones gobernantes hayan logrado. En Vietnam, la actividad guerrillera nunca había cesado, y en 1959 se intensificó. El primer objetivo de los guerrilleros es impedir la consolidación de instituciones estables y legítimas. Sus blancos predilectos son los mejores y los peores funcionarios de gobierno. Atacan a los peores para ganarse las simpatías populares al «castigar» a funcionarios corrompidos u opresores, y atacan a los mejores porque ésta es la manera más eficaz de impedir que el gobierno obtenga legitimidad y de evitar que se cree un servicio nacional eficiente.

Al llegar 1960, cada año eran asesinados cerca de 2.500 funcionarios de Vietnam del Sur⁸⁸⁹. Sólo un número pequeño de los más eficientes, y un porcentaje mucho mayor de los más corrompidos, correría semejantes riesgos. En la pugna entre la creación de una nación y el caos, entre la democracia y la represión, los guerrilleros disfrutaban de una ventaja enorme. Aunque Diem hubiera sido un reformador dispuesto a seguir el modelo norteamericano, puede dudarse de que hubiese ganado en la desigual carrera entre el tiempo necesario para lograr la reforma y el tiempo suficiente para provocar el caos. Desde luego, aunque su patria no se hubiese visto envuelta en una guerra de guerrillas, Diem no habría demostrado ser un gobernante considerablemente más democrático. Siendo mandarín, tenía por modelo al gobernante confuciano que gobernaba por virtud y no por consenso, y que lograba la legitimidad (el llamado mandato del cielo) por su triunfo. Diem retrocedía por instinto ante el concepto de oposición legítima, como lo han hecho todos los gobernantes al estilo chino desde Beijing hasta Singapur, y casi todos los gobernantes del sureste de Asia que se han enfrentado a dificultades internas mucho menos graves. Durante un tiempo, lo que Diem logró al edificar una nación ocultó el lento ritmo de la reforma democrática. Sin embargo, al deteriorarse la seguridad dentro de Vietnam del Sur los conflictos latentes entre los valores norteamericanos y las tradiciones survietnamitas fueron cada vez más profundos.

Pese a la formación del ejército survietnamita, patrocinada por los norteamericanos, la situación de la seguridad iba empeorando cada vez más. Los militares norteamericanos eran impulsados por esa confianza en sí mismos que también caracterizó a los reformadores políticos de los Estados Unidos. Unos y otros estaban convencidos de que, de algún modo, habían descubierto la receta infalible del éxito en un país dividido por pugnas que, geográfica y culturalmente, estaba muy lejos de los Estados Unidos. Siguieron adelante con su afán de crear un ejército vietnamita que fuese como una réplica del suyo propio. Las fuerzas armadas norteamericanas se habían creado para combatir en Europa; su única experiencia en el mundo en desarrollo había sido en Corea, donde su labor

consistió en combatir contra un ejército convencional, cruzando una línea de demarcación (internacionalmente reconocida) entre una población que, en general, le había dado su apoyo: situación muy similar a la que los estrategas militares habían previsto que ocurriría en Europa. Pero en Vietnam la guerra carecía de líneas bien definidas; el enemigo, abastecido desde Hanoi, no defendía nada y en cambio atacaba indiscriminadamente; estaba, a la vez, por doquier y en ninguna parte.

Desde el momento en que el *establishment* militar norteamericano llegó a Vietnam, empezó a aplicar su conocido método de guerra: el desgaste basado en la potencia de fuego, la mecanización y la movilidad. Todos estos métodos eran inaplicables en Vietnam. El ejército survietnamita, adiestrado por los norteamericanos, pronto se encontró en la misma trampa en que estuviera una década antes la fuerza expedicionaria francesa. Como mejor funciona el sistema de desgaste es contra un adversario que se ve obligado a defender un sitio vital. Pero los guerrilleros rara vez tienen un lugar que defender. La mecanización y la organización en divisiones hicieron que el ejército vietnamita fuera casi inútil en la lucha por su propia patria.

En aquellos primeros días de la intervención norteamericana en Vietnam, la guerra de guerrillas aún estaba comenzando, y el problema militar todavía no era tan predominante. Por tanto, pareció que se estaban logrando auténticos progresos. Sólo a finales del gobierno de Eisenhower Hanoi intensificó la guerra de guerrillas, y aún pasaría algún tiempo antes de que los norvietnamitas pudiesen implantar un sistema logístico capaz de abastecer una generalizada guerra de guerrillas. Para lograrlo, invadieron Laos, nación pequeña, pacífica y neutral, mediante lo cual construyeron lo que después sería conocido como el Sendero de Ho Chi-Minh.

Cuando Eisenhower se preparaba para dejar la presidencia, su principal preocupación era, en realidad, Laos. En *Waging Peace* dijo que este país era la base de la «teoría del dominó»:

[...] la caída de Laos en manos del comunismo podría significar la ulterior caída —como una hilera de fichas de dominó— de sus vecinos, aún libres: Camboya y Vietnam del sur y, con toda probabilidad, Tailandia y Birmania. Esa cadena de acontecimientos allanaría el camino a la toma de todo el sureste de Asia por los comunistas⁸⁹⁰.

Tan decisiva consideró Eisenhower la independencia de Laos que estuvo dispuesto a «luchar [...] con nuestros aliados o sin ellos»⁸⁹¹. Defender Laos sería una de las recomendaciones más explícitas que hiciera Eisenhower al presidente electo Kennedy durante el período de transición antes de enero de 1961.

Durante el cambio de gobierno, el nivel y el carácter de la participación norteamericana en Indochina aún no eran de tal escala que hicieran irreparable el daño a la credibilidad general norteamericana. El esfuerzo de los Estados Unidos aún tenía cierta relación con objetivos de seguridad regional; y todavía no era de una magnitud tal que el hecho de justificarlo tuviese su propio motivo.

La teoría del dominó ya era del dominio público, y rara vez era refutada. Pero como el propio wilsonismo, la teoría del dominó no era errónea sino no diferenciada. Las verdaderas preguntas planteadas por Vietnam no eran si había que resistir al comunismo en Asia, sino si el paralelo 17 era el lugar apropiado para ponerle coto; no lo que ocurriría en Indochina si cayera la pieza de dominó survietnamita, sino si podría trazarse otra línea; por ejemplo, en los límites de Malasia.

Esta pregunta nunca fue cuidadosamente analizada en materia geopolítica. Como los Acuerdos de Munich fueron la lección elemental para esa generación de gobernantes norteamericanos, se

consideraba que toda retirada complicaría más las dificultades y, ante todo, que sería moralmente errónea. Así fue, en realidad, como Eisenhower defendió la intervención norteamericana en 1959:

[...] nuestros intereses nacionales nos exigen cierta ayuda para mantener la moral en Vietnam, su progreso económico y la fuerza militar necesaria para que siga existiendo con libertad [...]. Los costos de un continuo descuido de estos problemas serían mucho mayores de los que hoy hemos de soportar [...] en realidad, más de lo que nos podríamos permitir⁸⁹².

La tradición universalista norteamericana sencillamente no permitía diferenciar entre las víctimas potenciales basándose en la conveniencia estratégica. Cuando los gobernantes norteamericanos hablaban del desinterés de su nación era porque en realidad creían en él; era más probable que defendieran un país para confirmar sus principios que por el interés nacional de los Estados Unidos.

Al escoger Vietnam como lugar para establecer el límite contra el expansionismo comunista, los Estados Unidos hicieron inevitables ciertos gravísimos dilemas. Si la reforma política era el modo de vencer a los guerrilleros, ¿demostró el creciente poderío de éstos que las recomendaciones norteamericanas no estaban siendo correctamente aplicadas, o que dichas recomendaciones eran erróneas, al menos en esa etapa de la lucha? Si Vietnam era en realidad tan importante para el equilibrio mundial como afirmaban casi todos los gobernantes norteamericanos, ¿no significaba esto que, a la postre, las necesidades geopolíticas predominarían sobre todas las demás obligando a los Estados Unidos a emprender una guerra a 19.000 kilómetros de su territorio? Las respuestas a estas preguntas se dejaron a los sucesores de Eisenhower: John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson.

Vietnam: el camino a la desesperación; Kennedy y Johnson

Como tercer presidente consecutivo que se veía obligado a enfrentarse a Indochina, John F. Kennedy heredó todo un conjunto de premisas políticas profundamente arraigadas. Kennedy, al igual que sus predecesores, consideró Vietnam un eslabón decisivo en la posición geopolítica general de los Estados Unidos. Como Truman y Eisenhower, creyó que era de vital interés para los Estados Unidos impedir una victoria comunista en Vietnam, y también creyó que la jefatura comunista de Hanoi dependía del Kremlin. En suma, Kennedy estuvo de acuerdo con los dos gobiernos anteriores en que defender Vietnam del Sur era algo esencial para la estrategia general de la contención global.

Aunque la política de Kennedy hacia Vietnam fue, en mochos aspectos, una continuación de la de Eisenhower, hubo diferencias importantes. Eisenhower había considerado el conflicto desde el punto de vista de un soldado, como una guerra entre dos entidades distintas, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Según el gobierno de Kennedy, los ataques del Vietcong a Vietnam del Sur no representaban tanto una guerra tradicional cuanto un conflicto casi civil, caracterizado por el fenómeno relativamente nuevo de una guerra de guerrillas. La solución propuesta por el gobierno de Kennedy fue que los Estados Unidos convirtieran Vietnam del Sur en una nación, en todos los aspectos, social, político, económico y militar, de modo que pudiese derrotar a los guerrilleros sin tener que arriesgar vidas norteamericanas.

Al mismo tiempo, el gobierno de Kennedy interpretó el aspecto militar del conflicto en términos aún más apocalípticos que sus predecesores. Mientras que Eisenhower había visto la amenaza militar a Vietnam a través del prisma de la guerra convencional, el gobierno de Kennedy creyó, en realidad prematuramente, que ya existía un empate nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que haría impensable siquiera una guerra general, según dijo el secretario de Defensa, Robert McNamara. El gobierno se convenció de que su concentración militar anularía toda oportunidad de los comunistas para entablar guerras limitadas, del tipo de la de Corea. Mediante un proceso de exclusión llegó a considerar que la guerra de guerrillas sería a partir de entonces la táctica empleada en el futuro y que la prueba última para la capacidad norteamericana de contener al comunismo consistiría en oponerse a éstas.

El 6 de enero de 1961, dos semanas antes de la toma de posesión de Kennedy, Jruschov dijo que las «guerras de liberación nacional» eran «sagradas» y les prometió el apoyo soviético. La joven Nueva Frontera de Kennedy consideró esa promesa como una declaración de guerra contra su esperanza de mejorar las relaciones de los Estados Unidos con los países en vías de desarrollo. Hoy, en general, se cree que el discurso de Jruschov se dirigía básicamente contra quienes desde Beijing criticaban su ideología y lo tildaban de leninista renegado porque había prolongado, por tercera vez, el ultimátum de Berlín, y por sus reservas, elocuentemente expresadas, acerca de la guerra nuclear. Sin embargo, Kennedy, en su primer informe sobre el estado de la Unión, el 31 de enero de 1961, mencionó el discurso de Jruschov como prueba de que la Unión Soviética y China tenían «ambiciones de dominación mundial [...] ambiciones que fueron enérgicamente declaradas, de nuevo, hace poco»⁸⁹³.

En septiembre de 1965, durante el gobierno de Johnson, se repetiría ese equívoco con respecto

a China, cuando el ministro de Defensa chino, Lin Piao, en su manifiesto sobre la «Guerra del Pueblo» habló con grandilocuencia de «cercar» a las potencias industriales mediante revoluciones en todo el Tercer Mundo⁸⁹⁴. El gobierno de Johnson lo interpretó como una advertencia de que China podría intervenir en Hanoi (pasando por alto el contexto de Lin, que insistía en la necesidad de autodependencia entre los revolucionarios). Junto con el comentario de Mao de que los ejércitos chinos no irían al extranjero, esto pretendía ser, así mismo, una clara sugerencia de que China no estaba dispuesta a volver a verse envuelta en guerras comunistas de liberación. Al parecer, los dos bandos de la guerra de Corea habían aprendido la misma lección; ambos estaban resueltos a no repetirla.

Las interpretaciones que los gobiernos de Kennedy y de Johnson dieron a las declaraciones comunistas hicieron que Indochina ya no pareciera un campo de batalla más entre otros muchos en la Guerra Fría. Según la Nueva Frontera, Indochina representaba la batalla decisiva, que determinaría si se podría poner fin a la guerra de guerrillas y ganar la Guerra Fría. La interpretación de Kennedy al conflicto, como una conspiración mundial coordinada, le llevó a la conclusión de que el sureste de Asia era el lugar en que él debía restaurar su credibilidad, después de haberse dejado intimidar por Jruschov en la Cumbre de Viena de junio de 1961: «Ahora tenemos un problema —dijo a James Reston, que por entonces era el principal columnista de *The New York Times*— al tratar de hacer creíble nuestra potencia, y Vietnam parece ser el lugar apropiado.»⁸⁹⁵

Como en una tragedia clásica en la que el héroe es llevado paso a paso e imperceptiblemente hacia su destino por hechos que parecen casuales, la entrada del gobierno de Kennedy en Vietnam ocurrió a través de una crisis que no habían tenido sus predecesores: el futuro de Laos. Pocos pueblos han merecido menos sus terribles sufrimientos que los amables y pacíficos laosianos. Arrinconados entre formidables cordilleras frente a Vietnam y el ancho río Mekong, que constituye la frontera con Tailandia, los habitantes de Laos sólo pedían a su belicoso vecino que los dejara en paz. Sin embargo, tal fue un deseo que el Vietnam del Norte nunca les concedió. Una vez que Hanoi lanzó su guerra de guerrillas por Vietnam del Sur en 1959, inevitablemente aumentaron las presiones sobre Laos. Si Hanoi hubiese tratado de abastecer a las guerrillas en el Sur pasando por territorio vietnamita, habría tenido que infiltrarse a través de la llamada Zona Desmilitarizada, la línea de demarcación que dividía Vietnam y que se extendía unos 60 kilómetros a lo largo del paralelo 17. Ese camino podría haber sido bloqueado por el ejército survietnamita con apoyo norteamericano. O bien, los norvietnamitas habrían tenido que lanzar un ataque con unidades militares organizadas a través del paralelo 17, lo que casi seguramente habría causado la intervención de los Estados Unidos y tal vez de la SEATO, algo a lo que Hanoi no pareció dispuesto a arriesgarse hasta 1972, ya muy avanzada la guerra de Vietnam.

La fría lógica que caracterizó la estrategia comunista durante toda la guerra aconsejó la infiltración en Vietnam del Sur por Laos y Camboya, países neutrales, porque le causaría menos censuras internacionales que un ataque en toda regla a través del paralelo 17. Aunque los Acuerdos de Ginebra de 1954 habían garantizado la neutralidad de Laos y de Camboya, confirmada por el Tratado de la SEATO, Hanoi sostuvo su decisión. En efecto, se anexionó la estrecha faja de Laos, país soberano, y estableció bases aéreas allí y en Camboya, sin encontrar verdadera oposición de la comunidad mundial. De hecho, lo que se consideraba opinión mundial coincidió con el extraño razonamiento de Hanoi: los esfuerzos de norteamericanos y survietnamitas por contener la vasta infiltración en tierras neutrales fueron censurados como «expansiones» de la guerra.

La faja de Laos dio a los norvietnamitas rutas de acceso, bajo la protección de la selva, en unos 1.000 kilómetros a lo largo de toda la frontera de Vietnam del Sur con Laos y Camboya. Más de

6.000 soldados norvietnamitas entraron en Laos en 1959, con la misión aparente de apoyar al comunista Pathet Lao, que, desde los Acuerdos de Ginebra de 1954, había sido impuesto por Hanoi en las provincias nororientales a lo largo de la frontera con Vietnam.

Como buen militar, Eisenhower comprendió que la defensa de Vietnam del Sur tenía que empezar en Laos, y al parecer, le dijo a Kennedy durante el traspaso de poderes que estuviera dispuesto a intervenir en Laos, de ser necesario, unilateralmente. Las primeras declaraciones de Kennedy sobre Laos coincidieron con las recomendaciones de Eisenhower. En una conferencia de prensa del 23 de marzo de 1961, advirtió: «La seguridad de todo el sureste de Asia se verá en peligro si Laos pierde su independencia neutral. Su propia seguridad coincide con la seguridad de todos nosotros: en una verdadera neutralidad observada por todos.»⁸⁹⁶ Sin embargo, al presentar sólo cinco días después su nueva política de defensa, Kennedy insistió en que «los problemas básicos a los que se enfrenta hoy el mundo no son susceptibles de una solución militar»⁸⁹⁷. Esta declaración, aunque no del todo contradictoria con la decisión de defender Laos, no era precisamente un toque de corneta para emprender una acción militar. Hanoi nunca se engañó pensando que no estuviese en guerra, y estuvo dispuesto a emplear todos los medios a su alcance para ganarla. Kennedy se mostró más ambiguo. Esperaba contener a los comunistas con acciones políticas o mediante acuerdos a ser posible.

En abril de 1961, Kennedy, todavía estremecido por los acontecimientos de bahía de Cochinos, se decidió a no intervenir prefiriendo, en cambio, confiar en las negociaciones en apoyo de la neutralidad laosiana. Una vez suprimida la amenaza de intervención norteamericana, las negociaciones sobre neutralidad sólo confirmaban la hegemonía de Hanoi. En realidad, era la segunda vez que Hanoi estaba negociando la neutralidad laosiana, pues en la Conferencia de Ginebra de 1954 ya se había comprometido a respetarla.

Mientras creaban la red logística que después sería llamada Sendero de Ho Chi-Minh, los norvietnamitas detuvieron durante un año las negociaciones. Por último, en mayo de 1962, Kennedy envió a la infantería de marina a la vecina Tailandia. Esto puso fin a las negociaciones. Se pidió que todas las tropas y asesores extranjeros se retiraran de Laos, pasando por zonas de control internacional. Todos los asesores tailandeses y norteamericanos salieron, como estaba programado; de los más de 6.000 militares norvietnamitas que habían entrado en Laos, exactamente 40 (sí, 40) partieron por las zonas de control internacional. En cuanto a los demás, Hanoi negó descaradamente que siquiera estuviesen allí. El camino hacia Vietnam del Sur quedaba expedito.

Resultó que Eisenhower había tenido razón. Si en realidad Indochina era la piedra angular de la seguridad norteamericana en el Pacífico, como lo habían afirmado durante más de diez años los gobernantes de Washington, Laos era mejor lugar que Vietnam para defenderla. De hecho, tal vez fuese el único lugar desde el cual se pudiera defender Indochina. Aun cuando Laos fuese un país remoto y sin salidas al mar, los norvietnamitas, como extranjeros odiados y temidos, no podrían haber entablado una guerra de guerrillas en su suelo. Los Estados Unidos podrían haber entablado allí el tipo de guerra convencional para el cual sí estaba preparado su ejército, y casi sin duda tropas tailandesas habrían apoyado los esfuerzos norteamericanos. Ante tales perspectivas, Hanoi bien podría haberse retirado a esperar un momento más propicio para la guerra total.

Sin embargo, ese frío análisis estratégico pareció inapropiado para un conflicto que aún se veía casi exclusivamente en términos ideológicos. (Tampoco era ésa mi opinión, por entonces.) Durante una década, los gobernantes de los Estados Unidos habían dicho que defendían Vietnam porque representaba un elemento clave en un concepto de defensa de Asia; modificar esa estrategia y haber designado súbitamente un remoto y atrasado reino montañoso como base de la teoría del dominó

habría alterado el consenso de la nación.

Por todas estas razones, Kennedy y sus consejeros concluyeron que la defensa de Indochina debía hacerse en Vietnam del Sur, donde la agresión comunista tenía cierto significado para los norteamericanos, sin importar que acabaran de tomar una decisión que haría casi imposible la defensa militar, pues no sólo estaban abiertas las rutas de aprovisionamiento a través de Laos, sino que el taimado y caprichoso gobernante de Camboya, el príncipe Sihanouk, decidió que el juego valía la pena y accedió al establecimiento de bases comunistas a lo largo de toda la frontera de Camboya con Vietnam del Sur. Surgió así otra situación digna de *Catch-22*: si se dejaban en paz las bases camboyanas, los norvietnamitas podían atacar al Sur y retirarse a descansar y reabastecerse, haciendo imposible la defensa de Vietnam del Sur; si eran atacadas esas bases, Vietnam del Sur y sus aliados serían criticados por cometer «agresión» contra un país «neutral».

Ante la posibilidad de que estallara la crisis por Berlín, es comprensible que Kennedy se mostrara reacio a arriesgarse a una guerra en Laos, en las fronteras de China y en un país del que ni siquiera el 1 % del público norteamericano había oído hablar. Pero nunca se consideró la alternativa de abandonar por completo a Indochina. A Kennedy le repugnaba la idea de invertir una década de compromiso bipartidista, especialmente después de lo ocurrido en bahía de Cochinos. La retirada también habría significado reconocer la derrota en lo que se consideraba la prueba clave para superar la nueva estrategia comunista de guerra de guerrillas. Ante todo, Kennedy creyó en el consejo que le estaban dando; a saber, que la ayuda norteamericana capacitaría a las fuerzas militares survietnamitas para derrotar a los guerrilleros comunistas. En aquellos días de candor, ningún norteamericano, de ningún partido, tenía la menor sospecha de que los Estados Unidos estaban encaminándose a un auténtico pantano.

Kennedy había comentado públicamente ciertos aspectos sobre Indochina, que se remontaban a más de una década. Desde noviembre de 1951 había tocado el tema que nunca abandonaría: que la fuerza no bastaba para contener al comunismo; los aliados de los Estados Unidos en esa lucha tenían que elaborar un fundamento político.

Contener el avance de los comunistas hacia el sur tiene sentido, pero no sólo si se depende de la fuerza de las armas. Antes bien, la tarea consiste en formar un marcado sentimiento local no comunista en esas áreas y basarse en él como punta de lanza de la defensa, y no en las legiones del general De Lattre [el comandante francés en Indochina]⁸⁹⁸.

En abril de 1954, durante la campaña de Acción Unida de Dulles para salvar Dien Bien Phu, Kennedy, en un discurso en el Senado, se opuso a toda intervención mientras Indochina continuara siendo colonia francesa⁸⁹⁹. Pero en 1956, después de la retirada de Francia y de la independencia de Vietnam del Sur, Kennedy estuvo dispuesto a creer en la ortodoxia prevaleciente: «Ésta es nuestra creación; no podemos abandonarla.» Al mismo tiempo, reiteró que el conflicto no era tanto un desafío militar cuanto político y moral «en un país en que no tienen sentido los conceptos de libre empresa y de capitalismo, en que la pobreza y el hambre no son enemigos a través del paralelo 17, sino enemigos en el centro [...] Lo que tenemos que ofrecerles es una revolución; una revolución política, económica y social, muy superior a todo lo que los comunistas puedan ofrecer». Estaba en juego nada menos que la credibilidad de los Estados Unidos: «Y si cae víctima de alguno de los peligros que amenazan su existencia —el comunismo, la anarquía política, la pobreza y demás— entonces se hará responsables, con cierta justificación, a los Estados Unidos; y nuestro prestigio en Asia caerá hasta un nivel ínfimo.»⁹⁰⁰

El remedio, parecía estar diciendo Kennedy, era hacer que la víctima fuese presa menos fácil de la agresión. Este enfoque engendraría un nuevo concepto que antes no se encontraba en el vocabulario diplomático, y que aún hoy nos acompaña: la «formación de naciones». La estrategia predilecta de Kennedy era fortalecer a los survietnamitas para que ellos mismos pudiesen resistir a los comunistas. Se trabajó en acciones cívicas y reformas internas, y se modificó la retórica oficial para sugerir que el prestigio y la credibilidad de los Estados Unidos (no necesariamente su seguridad) se encontraban en la línea de fuego en Vietnam.

Cada nuevo gobierno obligado a tratar con Indochina parecía más profundamente atraído al embrollo. Truman y Eisenhower habían establecido el programa de ayuda militar; la insistencia de Kennedy en la reforma hizo que los norteamericanos participaran cada vez más en la política interna de Vietnam del Sur. El problema era que la reforma y la formación de la nación de Vietnam del Sur necesitarían décadas enteras para dar frutos. En Europa, durante los años cuarenta y cincuenta, los Estados Unidos habían apoyado a países ya establecidos y con sólidas tradiciones políticas, ofreciéndoles el Plan Marshall y la ayuda de la alianza militar de la OTAN. Pero Vietnam era un país recién nacido y no tenía instituciones sobre las que erigirse. El principal problema consistió en ver si el objetivo político norteamericano de introducir una democracia estable en Vietnam del Sur no podría alcanzarse a tiempo para impedir una victoria de los guerrilleros; en lo cual consistía el objetivo estratégico norteamericano. Los Estados Unidos tendrían que modificar sus objetivos políticos o sus objetivos militares.

Cuando Kennedy tomó posesión, la guerra de guerrillas en Vietnam del Sur había alcanzado suficiente nivel de violencia para impedir la consolidación del gobierno de Ngo Dinh Diem, pero todavía sin despertar dudas acerca de su supervivencia. Esta aparente estabilización de la actividad guerrillera hizo creer al gobierno de Kennedy que un nuevo esfuerzo relativamente pequeño le daría la victoria absoluta. Sin embargo, la temporal calma se debió sobre todo a la preocupación de Hanoi por Laos; resultó ser la calma que precede a la tempestad. Una vez abiertas las rutas de aprovisionamiento a través de Laos, la guerra de guerrillas en el Sur volvió a intensificarse, y los dilemas de los Estados Unidos se hicieron cada vez más insolubles.

El gobierno de Kennedy empezó a meterse en la ciénaga vietnamita en mayo de 1961 con una misión del vicepresidente Johnson a Saigón para «evaluar» la situación. Esas misiones casi invariablemente son señal de que ya se ha tomado una decisión. Ningún vicepresidente se encuentra en posición de forjarse, en una visita de dos o tres días, un juicio independiente acerca de una guerra de guerrillas que lleva ya diez años actuando. Aunque suele tener total acceso a las fuentes de información y espionaje (dependiendo del presidente), no cuenta con un personal adecuado para hacer un análisis extenso, y menos para su seguimiento. Las misiones vicepresidenciales al extranjero generalmente pretenden reforzar el prestigio norteamericano o dar más credibilidad a unas decisiones ya tomadas.

El viaje de Johnson a Vietnam fue un ejemplo típico de estas reglas. Antes de anunciar la misión, Kennedy se reunió con el senador J. William Fulbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y le advirtió que tal vez tuviera que enviar tropas norteamericanas a Vietnam y Tailandia. El senador Fulbright le prometió su apoyo, siempre que los países en cuestión hubiesen pedido esa ayuda⁹⁰¹. La reacción de Fulbright fue típicamente norteamericana. Un Richelieu, Palmerston o Bismarck habría preguntado a qué interés nacional se estaba atendiendo; Fulbright se preocupó más por la posición jurídica y moral de los Estados Unidos.

Junto con la partida de Johnson, se dio a conocer una directiva del Consejo Nacional de Seguridad, fechada el 11 de mayo, que establecía el objetivo nacional de los Estados Unidos:

impedir la dominación comunista en Vietnam del Sur. La estrategia sería «crear en ese país una sociedad viable y cada vez más democrática» a través de acciones militares, políticas, económicas, psicológicas y encubiertas⁹⁰². El principio de contención había dado paso a un nuevo concepto: la formación de naciones.

Johnson informó que el mayor peligro en Indochina no era el desafío comunista, al que, por razones no explicadas, llamó «momentáneo», sino el hambre, la ignorancia, la pobreza y la enfermedad. Diem le pareció admirable a Johnson, pero «alejado» de su pueblo; la única opción de los Estados Unidos, afirmó, estaba entre apoyar a Diem o retirarse⁹⁰³. Vietnam del Sur se podría salvar siempre que los Estados Unidos intervinieran de inmediato y decisivamente. Johnson no explicó cómo podrían los Estados Unidos erradicar el hambre, la pobreza y la enfermedad en un período que dependería del ritmo de la guerra de guerrillas.

Tras enunciar el principio, el gobierno se vio obligado entonces a establecer una política. Sin embargo, durante los tres meses siguientes estuvo preocupado por la crisis de Berlín. Para cuando pudo volver a centrarse en Vietnam, en otoño de 1961, la situación se había deteriorado hasta tal punto que sólo podría mejorar mediante algún tipo de intervención militar de los Estados Unidos.

El general Maxwell Taylor, asesor militar del presidente, y Walt Rostow, director del Personal de Planificación Política del Departamento de Estado, fueron enviados a Vietnam a desarrollar una política apropiada. A diferencia del vicepresidente, Taylor y Rostow eran miembros del círculo interno de asesores de Kennedy; como Johnson, desde antes de salir de Washington tenían ideas ya arraigadas sobre la política que los Estados Unidos debían desarrollar para con Vietnam. El verdadero propósito de la misión era determinar la escala y el modo en que los Estados Unidos debían incrementar su participación.

De hecho, Taylor y Rostow recomendaron un enorme aumento de los asesores norteamericanos en todos los niveles del gobierno vietnamita. Se enviaría una fuerza logística militar de 8.000 hombres, una parte importante de los cuales eran asesores civiles, para ayudar a contener las inundaciones en el delta del Mekong, pero equipados con suficiente apoyo de combate para defenderse.

El resultado fue, de hecho, un compromiso entre los miembros del gobierno de Kennedy que deseaban limitar la participación norteamericana en Vietnam a un papel de asesoramiento y quienes favorecían la introducción inmediata de tropas. Estos últimos tampoco se mostraban unánimes sobre cuál debía ser la misión de las tropas norteamericanas; sólo coincidían al subestimar enormemente la magnitud del problema. El secretario de Defensa en funciones, William Bundy, calculó que unos 40.000 combatientes, el contingente que recomendaban los jefes conjuntos de estado mayor, tenían un 70 % de posibilidades de «contener la situación»⁹⁰⁴. Como la guerra de guerrillas no tiene punto intermedio entre la victoria y la derrota, «contener la situación» simplemente aplazaría el desastre mientras ponía en entredicho la credibilidad general de los Estados Unidos. Bundy añadió, proféticamente, que lo que describía como un 30 % de oportunidad de fracaso podría incluir un resultado como el sufrido por Francia en 1954. Al mismo tiempo, el secretario de Defensa, Robert McNamara, y los jefes del estado mayor conjunto calcularon que la victoria requeriría 205.000 norteamericanos si Hanoi y Beijing intervenían abiertamente⁹⁰⁵. En realidad, éste fue menos de la mitad del número de hombres que los Estados Unidos acabaron por enviar para combatir tan sólo a Hanoi.

El compromiso burocrático a menudo refleja la esperanza subconsciente de que entre tanto suceda algo para que un problema se resuelva por sí solo. Pero en el caso de Vietnam no había una base concebible para semejante esperanza. Entre unos cálculos oficiales que oscilaban entre 40.000

hombres para contener la situación y 205.000 para obtener la victoria, el gobierno de Kennedy tuvo que considerar el envío de 8.000 hombres tristemente inadecuado o como la primera «entrega» de una participación norteamericana cada vez mayor. Aunque un 70 % de probabilidades de «contener la situación» pudiera parecer atractivo, había que sopesarlas contra el impacto global de un desastre como el sufrido por Francia.

La corriente era claramente favorable al envío de mayores contingentes, pues Kennedy no había cambiado su evaluación de lo que estaba en juego. El 14 de noviembre de 1961, dijo a su grupo de colaboradores que la reacción de los Estados Unidos a la «agresión» comunista sería «examinada en ambos lados del Telón de Acero [...] como medida de las intenciones y de la determinación de su gobierno». Si los Estados Unidos preferían negociar a enviar refuerzos, podrían «ser juzgados, de hecho, más débiles que en Laos»⁹⁰⁶. Rechazó una propuesta de Chester Bowles y de Averell Harriman para entablar una «negociación» que aplicara los Acuerdos de Ginebra de 1954, es decir, un eufemismo para no decir que se renunciaba a todo el esfuerzo en Vietnam del Sur.

Pero si se rechazaba toda negociación y si se consideraba inevitable el refuerzo de las tropas, sólo podría evitarse un interminable compromiso norteamericano si Hanoi retrocedía. Sin embargo, esto habría exigido un único y enorme esfuerzo, suponiendo que pudiera lograrse, y no un envío escalonado y paulatino de tropas. Los Estados Unidos no estaban preparados para comprender que la verdadera elección era compromiso total o retirada, y que el curso más peligroso sería la escalada gradual.

Por desgracia, ésta estaba de moda. Tenía el propósito general de impedir que la planificación militar se independizara de las decisiones políticas, como había ocurrido en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La respuesta gradual fue concebida originalmente como estrategia de la guerra nuclear para evitar el holocausto total. Sin embargo, aplicar una fuerza gradual para contener la agresión a la guerra de guerrillas, suponía el riesgo de provocar una escalada interminable. Cada compromiso limitado entrañaba el peligro de ser interpretado como fruto de la inhibición y no de la resolución, alentando así al enemigo a intensificarla escalada, puesto que éste podía razonar que ya habría tiempo para negociar cuando los riesgos fueran excesivos.

Una mayor atención a los antecedentes históricos habría mostrado que los gobernantes de Hanoi no iban a dejarse desalentar por esotéricas teorías de estrategia norteamericana, puesto que además poseían un verdadero genio para superar la tecnología occidental, y la democracia no era uno de sus objetivos ni un sistema que admiraran. El regocijo por la construcción pacífica del país no constituía una tentación para estos endurecidos veteranos acostumbrados por los franceses a la incomunicación y a décadas de guerra de guerrillas. La versión norteamericana de la reforma sólo provocó su desprecio. Habían luchado y sufrido toda su vida por un Vietnam comunista unido y por expulsar toda influencia extranjera. La guerra revolucionaria era su única profesión. En todo el mundo, los Estados Unidos no habrían podido encontrar un adversario más intratable.

El objetivo norteamericano, según Roger Hilsman, entonces director de la Oficina de Información e Investigación del Departamento de Estado, era reducir al Vietcong a unas «bandas de forajidos hambrientos y merodeadores que tuvieran que dedicar todas sus energías a mantenerse con vida»⁹⁰⁷. Pero ¿qué guerra de guerrillas en toda la historia ofrecía un precedente con ese resultado? En Malasia se habían necesitado 80.000 soldados británicos y el doble de tropas malayas para derrotar, al cabo de trece años, a un adversario de no más de 10.000 hombres que no tenía un apoyo considerable del exterior ni líneas seguras de comunicación, y que contaba con pocas oportunidades de aumentar su número. En Vietnam, el ejército guerrillero estaba formado por decenas de miles de hombres, y el Norte se había organizado como zona de retaguardia para la lucha, había construido

bases a lo largo de cientos de kilómetros de frontera y conservaba la opción permanente de intervenir con un experimentado ejército norvietnamita cada vez que los guerrilleros se encontraran sometidos a excesiva presión.

Los Estados Unidos se habían metido en algo que en el mejor de los casos sería un empate, según el cálculo realizado por Bundy, utilizando 40.000 hombres, contingente para el que aún faltaba mucho. Cuando Kennedy tomó posesión del cargo, en Vietnam había unos 900 hombres. A finales de 1961, 3.164; cuando Kennedy fue asesinado en 1963, la cifra era de 16.263, con más en camino. En 1960, el número de muertos norteamericanos fue de cinco; en 1961, de 16; en 1963, de 123; y en 1964, el último año de paz antes de comprometer unidades norteamericanas de combate, el número había ascendido a más de 200. Sin embargo, la situación militar no había mejorado mucho.

Cuanto más aumentaba la presencia militar norteamericana en Vietnam del Sur, más subrayaban los Estados Unidos la reforma política; y cuanto más insistía Washington en el cambio interno, más se americanizaba la guerra. En su primera revisión de la defensa, el 28 de marzo de 1961, Kennedy repitió su tema central, es decir, que por muy poderosas que fueran las armas estratégicas de los Estados Unidos, sin embargo podrían ser carcomidas lentamente en las periferias «por las fuerzas de subversión, infiltración, intimidación, agresión indirecta o no declarada, revolución interna, chantaje diplomático y guerra de guerrillas»⁹⁰⁸, peligros que, a la postre, sólo se podrían superar mediante una reforma política y social que capacitara a las potenciales víctimas para defenderse por sí solas.

La insistencia en una reforma política y en una simultánea victoria militar estableció un círculo vicioso; éste resultaría ser uno de los muchos dilemas insolubles de Indochina, lo que el gobierno de Kennedy creyó que era de perogrullo. Dentro de unos vastos límites, los guerrilleros se encontraban en posición de imponer la intensidad de la guerra y, por tanto, el nivel de seguridad que, a corto plazo, era muy independiente del ritmo de la reforma. Cuanto mayor fuera la inseguridad, más autoritario se volvería el gobierno de Saigón. Mientras Washington considerara que los triunfos de los guerrilleros eran resultado, aunque fuera parcial, del retraso de la reforma, Hanoi podría maniobrar de tal modo que intensificara la presión norteamericana sobre ese mismo gobierno de Saigón al que estaba tratando de derrocar. El gobierno de Diem, atrapado entre ideólogos fanáticos en Hanoi e idealistas inexpertos en Washington, cayó en la rigidez y finalmente fue derrocado.

Hasta un dirigente político menos formado que Diem en las tradiciones de los mandarines habría encontrado difícilísimo formar una democracia pluralista en medio de una guerra de guerrillas y en una sociedad fragmentada por regiones, sectas y clanes. En toda empresa norteamericana era inherente un atisbo de credibilidad, no tanto porque los gobernantes de los Estados Unidos engañaran al público sino porque se engañaban a sí mismos acerca de su capacidad, incluso en la facilidad con que creían que las instituciones con que estaban familiarizados podían ser transferidas a otras culturas. Básicamente, el gobierno de Kennedy estaba aplicando las viejas suposiciones wilsonianas. Así como Wilson había creído que las ideas norteamericanas de democracia y diplomacia podrían arraigar en Europa en la forma de los Catorce Puntos, también el gobierno de Kennedy trató de dar a los vietnamitas unas reglas esencialmente norteamericanas para gobernarse a sí mismos. Si se podía deponer a los déspotas del Sur para situar a buenos demócratas, sin duda se aplacaría el conflicto de Indochina.

Cada nuevo gobierno norteamericano trató de hacer que la creciente ayuda a Vietnam estuviera condicionada a la reforma. Eso había hecho Eisenhower en 1954; Kennedy fue aún más insistente en 1961, pues prometió un enorme aumento de la ayuda, a condición de que se concediera a los Estados Unidos un papel de asesoramiento en todos los niveles de gobierno. Como era predecible, Diem se negó; a los caudillos de las luchas por la independencia rara vez les gusta sentir una tutela. El

senador Mansfield, que visitó Vietnam a fines de 1962, revirtió su juicio anterior (véase el capítulo veinticinco), y convino en que el gobierno de Diem «parece más lejano y no más cercano a la creación de un gobierno popularmente responsable y sensible»⁹⁰⁹.

Ese juicio fue atinado. Sin embargo, la pregunta clave era hasta qué punto esas condiciones se debían a las insuficiencias del gobierno, a una brecha cultural entre Vietnam y los Estados Unidos o a las depredaciones de los guerrilleros. Las relaciones entre el gobierno de los Estados Unidos y Diem se deterioraron durante todo el año de 1963. Los medios informativos de Saigón, que hasta entonces habían apoyado la participación norteamericana, se volvieron hostiles. En sus críticas no se cuestionaban los objetivos norteamericanos, como se haría después, sino cómo se pretendía encajar la creación de un Vietnam del Sur democrático y no comunista con un gobernante represivo como Diem. Hasta se sospechó que Diem estaba pensando en llegar a un acuerdo con Hanoi; el mismo proceder que, pocos años después, condenaría a otro presidente survietnamita, Nguyen Van Thieu, por rechazarlo.

La ruptura final con Saigón fue provocada por un conflicto entre los budistas survietnamitas y Diem, cuyo gobierno había emitido un edicto que prohibía a las sectas, los grupos religiosos o los partidos políticos enarbolar sus banderas. Obedeciendo esta orden, el 8 de mayo de 1963 sus tropas dispararon en Hue contra unos manifestantes budistas que protestaban, matando a varios de ellos. Las quejas de los manifestantes eran legítimas, y pronto fueron recogidas por los medios informativos internacionales, aunque la ausencia de democracia no fuese una de ellas. Los budistas, tan autoritarios como Diem, se negaron a plantear unas condiciones a las que Diem pudiese responder aunque se hubiese sentido inclinado a ello. A la postre, la cuestión no era tanto la democracia cuanto el poder. Paralizado por la guerra de guerrillas y por sus propias insuficiencias, el gobierno de Diem se negó a hacer concesiones. Washington intensificó su presión para que las hiciera, y exigió la dimisión de su hermano, Ngo Dinh Nhu, encargado de las fuerzas de seguridad; Diem interpretó esta *démarche* como una triquiñuela para dejarlo a merced de sus enemigos. La ruptura final ocurrió el 21 de agosto, cuando agentes de Nhu irrumpieron en muchas pagodas y detuvieron a 1.400 monjes.

El 24 de agosto, el recién llegado embajador Henry Cabot Lodge recibió instrucciones de exigir la dimisión de Nhu y de advertir a Diem que, en caso de negarse, los Estados Unidos «tendrían que considerar la posibilidad de no mantener en su cargo al propio Diem»⁹¹⁰. Los jefes militares de Saigón debían ser informados oficialmente de que toda futura ayuda norteamericana dependería de la dimisión de Nhu, lo que los interlocutores vietnamitas de Lodge interpretaron en el sentido de que había que derrocar a Diem. Después, Kennedy y McNamara repetirían esencialmente la misma exigencia en público. Para que los generales no dejaran de comprender la insinuación, se les dijo que los Estados Unidos les darían «apoyo directo en todo el período interino de desplome del mecanismo del gobierno central»⁹¹¹. Los generales survietnamitas necesitaron casi dos meses para armarse de valor y atender las insinuaciones de su insistente aliado. Por fin, el 1 de noviembre, derrocaron a Diem y lo mataron, y a Nhu junto con él.

Al provocar la caída de Diem, los Estados Unidos concretaron su participación en Vietnam. En última instancia, toda guerra revolucionaria es una lucha por la legitimidad gubernamental; socavarla es el principal objetivo de los guerrilleros. La caída de Diem entregó gratuitamente este objetivo a Hanoi. A consecuencia del feudal estilo de gobierno de Diem, su caída afectó a cada parte de la administración civil, incluso la de las aldeas. Había que reconstruir la autoridad a partir de la nada, y la historia nos enseña esta implacable ley de hierro de las revoluciones: cuanto más extensa sea la erradicación de la autoridad, tanto más deberán basarse sus sucesores en la fuerza bruta para consolidarse, pues, a la postre, la legitimidad entraña la aceptación de una autoridad sin coacción. Su

ausencia convierte cada pugna en una prueba de fuerza. Antes del golpe siempre había existido, al menos en teoría, la posibilidad de que los Estados Unidos se negaran a participar directamente en operaciones militares, como casi lo hizo Eisenhower aproximadamente diez años antes, cuando retrocedió al borde del abismo de Dien Bien Phu. Pero como se justificó el golpe diciendo que facilitaba un cumplimiento más eficaz de la guerra, toda retirada se desvaneció como opción política.

La caída de Diem no unificó al pueblo tras los generales, como había esperado Washington. Aunque *The New York Times* aclamó el golpe de Estado como una oportunidad «de rechazar nuevos avances comunistas en todo el sureste de Asia»⁹¹², lo que ocurrió fue precisamente lo contrario. El fundamento de una sociedad pluralista es el consenso en los valores subyacentes, que implícitamente ponen un límite a las pretensiones de los grupos o individuos en competencia. En Vietnam ese consenso había sido débil desde el principio. El golpe de Estado destruyó la estructura edificada durante más de una década, dejando en su lugar a un grupo de generales en pugna, sin experiencia ni partidarios políticos.

Tan sólo durante 1964 se sucedieron otros siete gobiernos, ninguno de los cuales tuvo siquiera una apariencia democrática, y todos fueron resultado de golpes militares de una u otra índole. Los sucesores de Diem, carentes de su prestigio nacionalista y de la figura paternal al estilo mandarín, casi no tuvieron más remedio que dejar la guerra en manos de los norteamericanos. A la caída de Diem se había dicho, con justicia, que «el problema no sería cómo alentar a un régimen de Vietnam del Sur que los Estados Unidos pudiesen apoyar, sino cómo descubrir a uno que los apoyara en la lucha contra los triunfantes comunistas»⁹¹³.

En Hanoi, los agentes del poder saltaron sobre su oportunidad. Una reunión del Comité Central del Partido Comunista, en diciembre de 1963, fijó la nueva estrategia: se fortalecerían las unidades guerrilleras y se aceleraría la infiltración en el Sur. Aún fue más importante la decisión de introducir unidades regulares norvietnamitas: «Es tiempo de que el Norte aumente su ayuda al Sur; el Norte debe hacer pesar más su papel como base revolucionaria de toda la nación.»⁹¹⁴ Poco después, la división regular 325 de Vietnam del Norte empezó a penetrar en el Sur. Antes del golpe de Estado, la infiltración desde el Norte había consistido sobre todo en hombres del Sur que se habían reagrupado en 1954; después, el porcentaje de los norteños aumentó continuamente hasta que, tras la Ofensiva del Tet de 1968, casi todos los infiltrados fueron norvietnamitas. Con la introducción de unidades regulares del ejército norvietnamita, ambos bandos cruzaron el Rubicón.

Kennedy fue asesinado poco después de la caída de Diem. El nuevo presidente, Lyndon Baines Johnson, interpretó la intervención de unidades regulares norvietnamitas como una agresión en toda regla. La diferencia fue que Hanoi estaba aplicando una estrategia, mientras que Washington simplemente sopesaba diversas teorías, ninguna de las cuales fue seguida hasta su conclusión.

Entre su afán de obtener una victoria no militar y sus presentimientos de un desastre militar, los Estados Unidos se enfrentaban a un dilema trágico. El 21 de diciembre de 1963, McNamara informó al nuevo presidente que la situación de la seguridad en Vietnam del Sur se había vuelto muy inquietante. Los Estados Unidos ya no podían evitar elegir entre la opción que había estado implícita todo el tiempo: emprender una radical escalada de su participación militar o permitir el desplome de Vietnam del Sur. El gobierno de Kennedy había temido entrar en la guerra junto a un aliado no democrático; el gobierno de Johnson temió abandonar al nuevo gobierno no democrático de Saigón más que participar en la guerra.

En la actualidad, sabemos que el último momento en que los Estados Unidos podrían haberse retirado de Vietnam con un costo tolerable, aunque ya grande, habría sido poco antes o poco después de la caída de Diem. El gobierno de Kennedy acertó al suponer que no podía ganar con Diem. El de

Johnson se engañó creyendo que podía ganar con sus sucesores. A la luz de lo que siguió al golpe de Estado, habría sido más fácil para los Estados Unidos retirarse, dejando que Diem cayera por sus propias insuficiencias o, al menos, no obstaculizando las negociaciones que, según se sospechaba, planeaba entablar Diem con Hanoi. El análisis de Kennedy fue el correcto, al rechazar cualquiera de tales planes porque inevitablemente conduciría a una toma del poder por los comunistas. El problema era que los Estados Unidos no querían enfrentarse a las consecuencias del remedio ni aceptar el probable resultado de dejar que las cosas siguieran su curso.

Algunos ex miembros del gobierno de Kennedy han afirmado que, después de la elección presidencial de 1964, su presidente se proponía retirar las fuerzas norteamericanas, cuyo número iba en aumento. Otros, no menos bien enterados, lo han negado. Lo único que puede decirse a esta distancia acerca de la intención última de Kennedy es que cada sucesivo refuerzo a Vietnam hacía más difíciles sus opciones, y más penosas y costosas las consecuencias de cada envío o retirada. Cada mes aumentaba el compromiso norteamericano, primero tan sólo en lo militar, pero pronto también en la posición internacional de los Estados Unidos.

El asesinato de Kennedy dificultó aún más la salida de Vietnam por parte de los Estados Unidos. Si en realidad Kennedy había empezado a percatarse de que los Estados Unidos se habían lanzado en una dirección insostenible, sólo necesitaba invertir su propia decisión; en cambio, Johnson habría tenido que abandonar la evidente política de un predecesor caído y reverenciado. Esto ocurrió especialmente porque ninguno de los asesores que Johnson heredó de Kennedy le recomendó retirarse (con la notable excepción del subsecretario de Estado, George Ball, quien sin embargo no pertenecía al primer círculo). Se habría necesitado un dirigente con una confianza en sí mismo y unos conocimientos verdaderamente extraordinarios para emprender una retirada de tal magnitud, tan poco tiempo después de ascender al cargo. Sin embargo, por lo que respecta a la política exterior, Johnson se mostró sumamente inseguro.

Con la perspectiva actual, se sabe que el nuevo presidente habría hecho bien en encargar un análisis para ver si eran alcanzables, por qué medios y en qué tiempo, los objetivos militares y políticos en que los Unidos ya habían invertido tanto; en realidad, el análisis debía verificar si eran siquiera correctas las premisas que habían creado estos compromisos. Dejando aparte el hecho de que todos los doctos asesores que Johnson había heredado de Kennedy se mostraban unánimemente a favor de tratar de vencer en Vietnam (una vez más, con excepción de George Ball), puede dudarse de que, si se hubiese emprendido dicho análisis, el resultado habría sido considerablemente distinto. El personal del Departamento de Defensa de McNamara y el de la Casa Blanca de Bundy adoraban los análisis. Ambos eran hombres de inteligencia extraordinaria; lo que les faltaba eran normas para evaluar un desafío tan ajeno a la experiencia y a la ideología de los Estados Unidos.

El motivo inicial de los Estados Unidos al obligarse a participar había sido que la pérdida de Vietnam daría lugar a la caída del Asia no comunista y a un acuerdo de Japón con el comunismo. Según este análisis, al defender Vietnam del Sur los Estados Unidos estaban luchando por sí mismos, sin importar si Vietnam del Sur era democrático o podía siquiera llegar a serlo. Sin embargo, para los norteamericanos, semejante análisis era demasiado geopolítico y orientado al poder, y pronto fue combatido por el idealismo wilsoniano. Un gobierno tras otro habían intentado una doble tarea, cada parte de la cual ya habría sido difícil de lograr: vencer a un ejército guerrillero con bases seguras a su alrededor y una extensa periferia y la democratización de una sociedad carente de una tradición de pluralismo político.

En el caldero de Vietnam, los Estados Unidos tendrían que aprender que hasta las más sacrosantas creencias tienen sus límites, y habrían de enfrentarse al abismo que puede surgir entre el

poder y los principios. Precisamente porque los Estados Unidos eran reacios a aceptar lecciones tan contrarias a su experiencia histórica, también tuvieron extraordinarias dificultades para reducir sus bajas. De este modo, el dolor por ambas frustraciones fue el resultado de sus mejores y no de sus peores características. El rechazo del interés nacional por parte de los Estados Unidos como base de la política exterior había dejado al país indefenso en un mar de moralismo indiferenciado.

En agosto de 1964, un supuesto ataque del Vietnam del Norte contra el destructor *Maddox* provocó una represalia norteamericana contra Vietnam del Norte, que fue apoyada casi unánimemente por el Senado, por medio de la llamada Resolución del Golfo de Tonkín. A su vez, esta resolución fue utilizada para justificar los ataques aéreos de represalia emprendidos pocos meses antes. En febrero de 1965, un ataque a un cuartel de los asesores norteamericanos en la ciudad de Pleiku, en la meseta central, desencadenó un ataque de represalia contra Vietnam del Norte, que pronto se convirtió en una sistemática campaña de bombardeo llamada en clave «Trueno Rodante». En julio de 1965, se enviaron unidades completas de combate, y la presencia de las tropas norteamericanas empezó a aumentar, hasta llegar a 543.000 hombres a comienzos de 1969.

Después, la cuestión de si el gobierno de Johnson había sido absolutamente franco con el pueblo norteamericano al hablar del ataque al *Maddox* se convertiría en un debate cada vez más enconado a causa de Vietnam. Fue utilizado para desacreditar tanto la Resolución del Golfo de Tonkín como la participación de los Estados Unidos en los combates. Desde luego, la Resolución de Tonkín no se basaba en una presentación completa de los hechos, ni aun teniendo en cuenta la confusión de los combates. Pero tampoco fue un factor importante en la participación de los Estados Unidos en los combates de Vietnam. Antes bien, representó un breve paso a lo largo de un camino que habría llevado a los Estados Unidos al mismo destino, dadas las convicciones de todas sus personalidades principales.

Los métodos que se emplearon para llegar a la Resolución de Tonkin no serían aplicables hoy, y más vale así para la democracia norteamericana. Al mismo tiempo, ni las tácticas de Johnson ni su franqueza fueron muy distintas de las de Franklin Delano Roosevelt cuando fue llevando a los Estados Unidos a participar en la Segunda Guerra Mundial; por ejemplo, la versión no enteramente franca de Roosevelt sobre cómo había sido torpedeado el destructor *Greer*, que sirvió de pretexto para llevar a los Estados Unidos a la guerra naval en el Atlántico en 1941. En cada caso, un presidente definió unilateralmente lo que el país no podría tolerar: la victoria de Alemania en la década de los cuarenta, la toma de Indochina en la de los sesenta. Ambos presidentes estuvieron dispuestos a exponer las fuerzas militares de su país y a responder por ello, en caso de sufrir bajas, como era probable. En cada caso, la decisión última de entrar en guerra se basó en consideraciones que dejaban muy atrás los incidentes inmediatos.

La pesadilla de Vietnam no fue el modo en que los Estados Unidos entraron en guerra, sino por qué lo hicieron sin haber hecho una evaluación más cuidadosa de los costos probables y de los resultados potenciales. Una nación no debe mandar a medio millón de sus jóvenes a un continente lejano ni arriesgar su posición internacional y su cohesión interna a menos que sus gobernantes puedan explicar sus metas políticas y ofrecer una estrategia realista para alcanzarlas, como después lo hizo el presidente Bush en la guerra del Golfo. Washington debía haberse hecho dos preguntas básicas: ¿era posible establecer la democracia y lograr una victoria militar más o menos simultáneamente? Y, lo que es aún más importante: ¿los beneficios justificarían los costos? Los presidentes o los asesores presidenciales que obligaron a los Estados Unidos a combatir en Vietnam dieron por sentada una respuesta afirmativa.

La buena dirección de una guerra de guerrillas requiere una mezcla sutil de estrategias militares

y políticas. Sin embargo, los jefes militares norteamericanos nunca se han sentido a sus anchas uniendo los objetivos militares a los políticos. Durante toda la guerra de Vietnam, los medios fueron insuficientes para los objetivos declarados, y los objetivos sólo habrían sido alcanzable, en el mejor de los casos, corriendo riesgos que Washington no estaba dispuesto a aceptar.

Una de las principales lecciones de la guerra de Corea debió haber sido que las guerras prolongadas y no decisivas quebrantan el consenso interno de los Estados Unidos. Sin embargo, Washington pareció haber obtenido justo la lección opuesta, es decir, que la causa de la frustración en Corea había sido el avance de MacArthur sobre el Yalú y su intento de obtener una victoria total. Desde esta perspectiva, el resultado de la guerra de Corea fue reinterpretado como el logro por haber impedido una victoria china. La participación norteamericana en Vietnam fue conscientemente limitada a una meta similar: sin desencadenar una intervención china, demostrar a Vietnam del Norte que no se le permitiría tomar Vietnam del Sur y que, por tanto, sólo le quedaba negociar. Pero la negociación... ¿con qué fines, especialmente con un enemigo que equiparaba el compromiso con la derrota? Los gobernantes norteamericanos habían olvidado, sin duda, que los dos últimos años de la guerra de Corea y el período de McCarthy casi habían escindido una sociedad norteamericana impaciente por tan prolongado estancamiento.

En teoría, sólo dos estrategias tienen alguna oportunidad de triunfar en una guerra de guerrillas. Una es esencialmente defensiva y trata de impedir que el adversario domine a la población. Esta estrategia exige establecer una seguridad casi total para gran parte de la población, de modo que los triunfos de los guerrilleros sean insuficientes para establecer una base política coherente. El general Maxwell Taylor parece haber pensado en esa estrategia cuando recomendó establecer una serie de enclaves protegidos por las fuerzas norteamericanas mientras el ejército survietnamita intentaba impedir la consolidación de una zona comunista claramente definida, pero sin tratar de conservar cada distrito día y noche. La segunda estrategia posible era atacar unos blancos que los guerrilleros tuvieran que defender, como los refugios, depósitos de suministros y bases; por ejemplo, obstaculizando el Sendero de Ho Chi-Minh con fuerzas de tierra y bloqueando los puertos norvietnamitas y camboyanos por los que se aprovisionaba a los refugios. Esta estrategia, al menos conceptualmente, podría haber causado esa guerra de desgaste, relativamente rápida, que con tal ansia buscaban los militares norteamericanos, y habría impuesto un acuerdo negociado.

Lo que no podía funcionar bien era la estrategia que en realidad adoptaron los Estados Unidos, es decir, el espejismo de establecer una seguridad absoluta en todo el país, y tratar de desgastar a las guerrillas mediante operaciones de «búsqueda y destrucción». Por muy grande que fuese la fuerza expedicionaria, nunca habría sido suficiente contra un enemigo cuyas líneas de abastecimiento se hallaban fuera de Vietnam y que poseía extensos refugios y una tenaz resolución. A fines de 1966, el primer ministro de Vietnam del Norte, Pham Van Dong, dijo a Harrison Salisbury, de *The New York Times*, que aunque los Estados Unidos eran mucho más poderosos en lo militar, a la postre perderían, porque estaban dispuestos a morir por Vietnam más vietnamitas que norteamericanos, y a luchar todo el tiempo que fuera necesario⁹¹⁵. Tal afirmación resultó cierta.

Johnson rechazó sin ambages toda «expansión» de la guerra. Washington se había convencido de que los cuatro Estados indochinos eran entidades separadas, aunque los comunistas los utilizaron como un solo teatro de acción durante dos décadas y estaban aplicando una estrategia coordinada con respecto a todos ellos. Además, la evaluación de Washington de todo el marco internacional les habría llevado a preocuparse demasiado por una intervención china, pasando por alto la declaración de Lin Piao de que no saldrían ejércitos chinos al extranjero, manifestación que fue reiterada por Mao a Edgar Snow, periodista norteamericano simpatizante de los comunistas chinos. Mao dijo a

Snow que China no tenía tropas fuera de sus fronteras, ni intenciones de combatir contra nadie, a menos que su propio territorio fuese atacado⁹¹⁶. De este modo, en dos guerras separadas por una década y media, los Estados Unidos pagaron el precio de no tomar en serio las declaraciones chinas; en Corea se desentendieron de las advertencias chinas y avanzaron hasta el Yalú, desencadenando así la intervención china; en Vietnam no escucharon a los chinos cuando éstos dijeron que no intervendrían, y los Estados Unidos rechazaron la única estrategia que podría haberles dado la victoria.

Johnson, preocupado por una intervención china, resuelto a mantener abierta la opción de una relajación de tensiones con la Unión Soviética e impaciente por lograr un consenso de su programa interno de la Gran Sociedad, optó por unas medidas intermedias que sólo comprometieron la posición internacional de los Estados Unidos, sin alcanzar ninguna de sus metas declaradas. Al tratar de reconciliar el objetivo de frustrar una conspiración mundial con el deseo de evitar un conflicto global, la política norteamericana sólo logró anularse por sí sola.

El desgaste no podía funcionar mientras las guerrillas pudiesen elegir dónde y cuándo entablar combates. Las operaciones aéreas contra Vietnam del Norte, destinadas a causar cada vez mayor dolor, no resultaron definitivas porque el sistema de transporte norvietnamita era demasiado rudimentario para poder anularlo, y poco importante para ser un blanco neurálgico. El estancamiento sirvió a los fines de Hanoi; en especial, un estancamiento que podía limitarse al territorio de Vietnam del Sur y causar grandes bajas norteamericanas. Todas estas frustraciones dieron lugar en los Estados Unidos a una creciente oposición a la guerra, cuyo punto inicial fue el clamor por detener la campaña de bombardeos que, supuestamente, convencería a Hanoi de que no podía ganar.

Washington estaba tratando de demostrar que la agresión no rinde frutos, y que la guerra de guerrillas no sería la «ola» del futuro. Lo que no comprendió fue cómo calculaba su adversario los costos y beneficios. Johnson creyó que la solución consistiría en demostrar moderación, tranquilizar a Hanoi y ofrecerle un acuerdo. Sin embargo, era mucho más probable que todas estas tácticas alentaran a Hanoi a persistir y, de paso, a enseñar a los Estados Unidos que no hay premios por perder con moderación. Así explicó Johnson los objetivos norteamericanos:

No estamos tratando de borrar del mapa a Vietnam del Norte. No estamos tratando de cambiar su gobierno. No estamos tratando de establecer bases permanentes en Vietnam del Sur [...].

[...] estamos allí porque intentamos hacer que los comunistas de Vietnam del Norte dejen de disparar contra sus vecinos [...] demostrar que la guerra de guerrillas, inspirada por una nación contra otra, nunca podrá triunfar [...]. Debemos seguir adelante hasta que los comunistas de Vietnam del Norte comprendan que el precio de la agresión es excesivo

[...] o bien que acepten un acuerdo pacífico o cesen en su lucha [...]⁹¹⁷.

Johnson deseaba que los gobernantes comunistas de Hanoi supieran que:

[...] en el momento en que comprendan que no es posible una victoria militar y en que abandonen el uso de la fuerza, nos encontrarán dispuestos a corresponder [...]. Deseamos una paz honorable en Vietnam. En las manos de ustedes está la clave de esa paz. Sólo tienen que usarla⁹¹⁸.

Johnson no mereció el odio ni la mofa que tales ofertas le acarrearón. Después de todo, sólo estaba replanteando las verdades norteamericanas tradicionales. Pero ni él ni su sociedad disponían de los conceptos necesarios para comprender a un adversario que encontraba irrisorias esas

garantías; además, a un adversario a quien la definición norteamericana de un acuerdo le sonaba como una invitación a rendirse tras luchar toda una vida.

Para los rudos y tenaces gobernantes de Hanoi, el concepto de estabilidad no tenía ningún sentido práctico. Habían pasado su vida de adulto luchando por la victoria, primero contra Francia y luego contra una superpotencia. En nombre del comunismo habían causado increíbles sufrimientos a su pueblo. «Dejar en paz al prójimo» era lo único que por naturaleza los gobernantes de Hanoi eran incapaces de hacer. Bismarck había dicho una vez que la unidad alemana nunca se lograría mediante conversaciones, sino sólo a «sangre y hierro», y ésa era precisamente la idea que Hanoi tenía sobre la unidad vietnamita.

Norteamericanos de muy diversas convicciones no dejaron de pedir a Hanoi que participara en algún resultado democrático, y se exprimieron los sesos inventando unos planes de elección democrática que fueran funcionales. Sin embargo, ninguna de las muestras del pensamiento norteamericano sobre asuntos internacionales tuvo el menor atractivo para Hanoi, salvo que sirvió para confundir a los norteamericanos. Tras haber establecido una de las dictaduras más despóticas del mundo, el Politburó de Hanoi nunca aceptaría convertirse simplemente en un partido político entre otros muchos en el Sur. Hanoi no tenía ningún incentivo concebible para suspender el uso de la fuerza; después de todo, tenía que ganar mientras no perdiera, y desde luego no iba perdiendo. En realidad, la estrategia norteamericana, que explícitamente buscaba un estancamiento, había renunciado a hacer que Hanoi perdiera. La oferta de Johnson acerca de emprender un enorme programa de reconstrucción abierto a todos, incluido Vietnam del Norte, cayó en oídos sordos⁹¹⁹. Hanoi deseaba la victoria, no la ayuda para el desarrollo y, con su característica arrogancia, actuó como si no tuviera ninguna necesidad de elegir entre las dos.

En cuanto la opinión pública norteamericana se volvió contra la guerra, los enemigos de Johnson lo criticaron cada vez más duramente por el estancamiento diplomático. Pero las acusaciones de que Johnson era reacio a negociar eran falsas. La impaciencia de Johnson por comenzar a negociar fue tan palpable que resultó contraproducente, y convenció a Hanoi de que era probable que prolongando el proceso al máximo obtuviera ofertas aún más generosas. Johnson ordenó detener los bombardeos (en sus memorias habla de dieciséis ocasiones), para no dejar ninguna duda de que los Estados Unidos pagarían un «precio de entrada», no correspondido, por iniciar negociaciones. Hanoi tenía todos los incentivos para hacer que ese precio fuese el más alto posible.

Yo participé en una de las iniciativas que mostraron la impaciencia del gobierno de Johnson por negociar y la habilidad de Hanoi para aprovechar esa impaciencia en beneficio propio. Mi participación en Vietnam evolucionó muy gradualmente. Durante los años cincuenta, mis ideas sobre política exterior se habían centrado en Europa y en la estrategia nuclear. El gobierno de Kennedy incluía a muchas personas a quienes yo admiraba, y yo veía con buenos ojos su esfuerzo en Indochina, sin haber reflexionado mucho sobre ello. Comencé a pensar seriamente en Vietnam después de visitar ese país en tres ocasiones, en 1965 y 1966, como consultor sobre pacificación del embajador Lodge. Tuve entonces la oportunidad de viajar por muchas de las provincias de Vietnam del Sur y de conversar con los llamados reporteros provincianos de la embajada de los Estados Unidos, un grupo extraordinariamente capaz y dedicado de jóvenes funcionarios del Servicio Exterior, que se hallaban en varios distritos por todo el país. Estas visitas me convencieron de que con la estrategia aplicada no se podría ganar la guerra, y que los Estados Unidos tendrían que retirarse y negociar con Hanoi, aunque yo no tuviese una idea clara sobre el contenido de semejantes negociaciones.

En el verano de 1967, asistí a una de las llamadas Conferencias Pugwash, de científicos interesados en el desarme nuclear. Dos de los participantes, que se habían enterado de mis visitas a Indochina, se me acercaron con la que me pareció una proposición intrigante. Raymond Aubrac, funcionario de la Organización Mundial de la Salud, había conocido a Ho Chi-Minh en 1946, cuando el jefe comunista vietnamita se había alojado en su casa de París durante unas negociaciones con Francia. Aubrac se ofreció a visitar Hanoi, acompañado por otro científico del movimiento por la paz, Herbert Marcovich, para hablar personalmente con Ho Chi-Minh sobre el tema de las negociaciones. Yo informé a Bundy, entonces subsecretario de Estado, y al secretario de la Defensa, McNamara. Ellos aprobaron la visita, siempre que los dos científicos viajaran como particulares y no pretendieran representar las opiniones oficiales del gobierno norteamericano.

Aubrac y Marcovich viajaron a Hanoi, donde fueron recibidos por Ho Chi-Minh. Después de condenar, como ya era de rigor, la «agresión» norteamericana, éste insinuó que estaría dispuesto a negociar siempre que los Estados Unidos dejaran de bombardear Vietnam del Norte. Mai Van Bo, el representante diplomático de Hanoi en París, fue designado enlace oficial.

A esto siguieron varios intercambios, efectuados por medio de un procedimiento complicado y, decididamente, no muy diplomático. Puesto que Hanoi no quería comunicarse directamente con Washington antes de que los bombardeos se detuvieran, yo, como simple ciudadano, hice de intermediario. No obstante, Hanoi, se reservó hasta su última ficha para negociar, y no autorizó a su representante que tratara siquiera con un norteamericano que no estaba acreditado oficialmente. De esta manera, Washington me enviaba mensajes habitualmente a través del secretario McNamara, y luego pasaban de mis manos a los dos franceses, quienes los entregaban a Mai Van Bo, con las explicaciones que me hubiesen autorizado a dar. McNamara estaba impaciente por poner fin a la guerra, y varias veces me rogó que obtuviera de mis invisibles interlocutores cualquier pista, por indirecta que fuese, que le permitiera a él promover la causa de un acuerdo negociado.

Yo asistí a una parte de la reunión entre el presidente Johnson y sus asesores en que se preparó la última oferta norteamericana. Fue una experiencia triste. Era claro que el instinto de Johnson se rebelaba contra detener los bombardeos. Johnson no tenía muchos conocimientos de política exterior, pero tenía suficiente experiencia en política para dudar de los beneficios de iniciar una negociación haciendo una concesión unilateral. Sin embargo, estaba desesperado por poner fin a la guerra, atacado por los críticos de la nación y reacio a pasar por encima de sus asesores, ávidos por emprender una negociación diplomática. Al final, Johnson cedió. El resultado fue la llamada Fórmula de San Antonio, que se definió cuando yo ya había salido de la habitación, y que Johnson presentó en un discurso en esa ciudad, el 29 de septiembre de 1967:

Los Estados Unidos están dispuestos a suspender todo bombardeo aéreo y naval al Vietnam del Norte si esto da lugar prontamente a unas discusiones productivas. Desde luego, suponemos que mientras avanzan las discusiones, Vietnam del Norte no aprovechará el cese o la limitación de los bombardeos⁹²⁰.

La Fórmula de San Antonio fue uno de los puntos decisivos de la guerra. Los Estados Unidos ofrecieron suspender la acción militar contra Vietnam del Norte, una obligación precisa, a cambio de unas conversaciones «productivas», siempre que Hanoi no se aprovechara del cese de los bombardeos. No se expuso ninguna norma para definir qué era «productivo» o «provecho». Sin embargo, tras haber demostrado su capacidad para manipular el debate interno norteamericano, a Hanoi le quedaron pocas dudas de que todo intento norteamericano por reanudar los bombardeos

causaría controversias y pérdida de tiempo. No «aprovechar» el cese ciertamente no pareció obligar a Hanoi a suspender la guerra de guerrillas o, para el caso, abandonar algo que ya estuviera haciendo; si acaso, la cláusula significaba que Hanoi no intensificaría una estrategia que estaba dándole la victoria.

Fue típico de las tácticas negociadoras de Hanoi que rechazara hasta una oferta tan unilateral. En realidad, Hanoi utilizó la oferta como red de seguridad para proteger el esfuerzo militar total que estaba a punto de desencadenar. Por esos días mi canal con Hanoi fue bloqueado. Los norvietnamitas, al ver que por detener los bombardeos los norteamericanos pedían un precio tan modesto como abstracto, trataron de aumentar las presiones sobre Johnson antes de sentarse a la mesa de negociaciones y aceptar la propuesta. Faltaban pocos meses para la Ofensiva del Tet.

Hanoi había juzgado correctamente que el creciente descontento de los norteamericanos no toleraría un estancamiento en Vietnam, como no lo había tolerado en Corea. Sin embargo, hubo una diferencia cualitativa en el carácter de las siguientes controversias internas. Nunca se había dudado de que la participación norteamericana en Corea fuese correcta; los desacuerdos habían sido sobre las medidas necesarias para triunfar. Con respecto a Vietnam, de pronto se evaporó el consenso inicial que había apoyado la política de los Estados Unidos. En Corea, los críticos del gobierno habían deseado que los Estados Unidos hicieran más; su alternativa a la política de Truman había sido la estrategia de escalada de MacArthur; en Vietnam, la abrumadora mayoría de los críticos pidieron reducir el esfuerzo norteamericano, y con el tiempo, abandonarlo por completo. Sus deseos iban desde una modificación de la estrategia norteamericana hasta la retirada incondicional. En Corea, los adversarios de los Estados Unidos se habrían encontrado ante una alternativa mucho peor si la oposición hubiese prevalecido. En Vietnam, cuando se vio hasta dónde llegaba la escisión interna, Hanoi pronto aprendió que una diplomacia en favor del estancamiento, combinada con las presiones militares, funcionaría a su favor. Los estancamientos se achacarían a falta de iniciativas diplomáticas del gobierno de Johnson, y las continuas bajas norteamericanas provocarían peticiones de reducción de tropas, si no al abandono de la guerra.

La crítica a la política norteamericana en Vietnam comenzó de una forma bastante tradicional, con preguntas razonables sobre si se podía ganar la guerra y sobre la relación de los medios con los fines. El 11 de marzo de 1968, Walter Lippmann aplicó su ya bien conocida crítica a la contención en Vietnam. Los Estados Unidos, arguyó, se habían extendido demasiado, y la política de contención estaba destruyendo todo equilibrio racional entre las metas de la nación y los recursos por los cuales se las podría alcanzar:

El hecho es que sus objetivos de guerra [de LBJ] son ilimitados: prometen la pacificación de toda Asia. Para alcanzar fines tan ilimitados no es posible ganar una guerra con medios limitados. Como nuestros objetivos son ilimitados, seguro que seremos «derrotados»⁹²¹.

Para simbolizar la improcedencia de las tradicionales categorías de pensamiento si éstas se aplicaban a Vietnam, Lippmann puso la palabra «derrotados» entre comillas, dando así a entender que Vietnam no tenía nada que ver con la seguridad de los Estados Unidos. Según esa opinión, la retirada fortalecería la posición general de los Estados Unidos.

Este mismo punto ya se había aclarado en 1966, cuando el senador Fulbright criticó a los Estados Unidos por sucumbir a la «arrogancia del poder», confundiendo su «poder con virtud, y sus enormes responsabilidades con una misión universal»⁹²². Menos de dos años antes, Fulbright había censurado a De Gaulle por «confundir la situación», proponiendo que Vietnam fuese neutralizado.

Por entonces, Fulbright había advertido que semejante actuación «podría dar lugar a una imprevisible cadena de acontecimientos, pues [Francia] no es una importante fuerza militar ni una gran fuerza económica en el Lejano Oriente, y por tanto no es probable que logre controlar o siquiera influir en gran medida en los hechos que su iniciativa pueda precipitar». En 1964, Fulbright sólo había visto dos opciones «realistas»: «La expansión del conflicto, de uno u otro modo, o un renovado esfuerzo por aumentar la capacidad de los survietnamitas para proseguir con éxito la guerra en su escala actual.»⁹²³

¿Qué había ocurrido en dos años escasos para convencer al senador de que Vietnam ya no era «vital» sino sólo «secundario»? Y ¿por qué era obra de arrogancia el hecho de que el gobierno de Johnson, mientras tanto, hubiese seguido las dos recomendaciones de Fulbright? Los gobernantes norteamericanos, fieles a sus tradiciones nacionales, no se habían contentado con basar la ayuda norteamericana a Vietnam en motivos de seguridad que, tarde o temprano, permitirían entablar un debate sobre costos y beneficios. Al pensar sólo en llevar la democracia al sureste de Asia, abandonaron todo análisis en que lógicamente habrían debido detenerse, como sucedió tanto al entrar en conflicto como al salir de él.

Los que se oponían a la guerra siguieron el mismo camino que los jefes que la dirigían, pero en dirección opuesta. Empezaron por basar sus conclusiones en motivos eminentemente prácticos: la guerra era imposible de ganar, los costos excedían a los beneficios y los Estados Unidos estaban extendiéndose demasiado. Pero los críticos, que eran producto del mismo idealismo norteamericano, también llevaron pronto su crítica al plano moral, en dos etapas; primero, a causa de que, moralmente, había en realidad muy poca diferencia entre Hanoi y Saigón, lo que suprimía de un plumazo la razón ideológica de la guerra; segundo, que la persistencia norteamericana en la guerra no reflejaba un juicio práctico fallido, sino que desvelaba una corrupción moral en el núcleo mismo del sistema norteamericano. Como resultado, una política que había gozado de apoyo casi universal durante dos años se convirtió en una crítica a la moral de toda la política exterior norteamericana y, poco tiempo después, en una crítica a la propia sociedad norteamericana.

En el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos no habían tenido que elegir nunca, por fortuna, entre sus convicciones morales y su análisis estratégico. Todas sus decisiones básicas se habían justificado diciendo que promovían la democracia y se oponían a la agresión. En cambio, ni con toda la buena voluntad del mundo se habría podido llamar democrático a Vietnam del Sur. Todos los regímenes que habían sucedido al de Diem se sintieron acosados; los generales survietnamitas, que hasta entonces habían sido desconocidos del público, no tenían ningún deseo de poner a prueba su popularidad en unos comicios. Se habría podido exponer como argumento convincente que los nuevos gobernantes de Saigón eran bastante menos represivos que los de Hanoi. De hecho, este argumento se expuso a menudo, pero nunca fue creído por nadie. La indefinición moral era inaceptable para una nación educada en la fe en la distinción tajante entre el bien y el mal.

Los críticos con la guerra argüían una y otra vez que, si Saigón no cumplía con unas normas democráticas plenas, lo que sabían que era imposible, merecía ser abandonado por completo. Con el paso del tiempo, la teoría del dominó, en cuya premisa central se había basado la defensa de Vietnam durante cerca de dos décadas, primeramente fue abandonada y luego ridiculizada. En uno de los artículos más completos, el profesor de Yale, Richard Renfield, combinó la crítica de Lippmann a la excesiva extensión estratégica con la acusación de que los dos bandos en el conflicto de Vietnam eran moralmente equivalentes; por tanto, la guerra no tenía ningún sentido. En Vietnam, arguyó, los Estados Unidos no estaban oponiéndose a la agresión, sino apoyando las fuerzas del

conservadurismo contra las del cambio social⁹²⁴.

Quienes se oponían a la guerra señalaban los muchos errores de Saigón para demostrar que el esfuerzo norteamericano era moralmente inaceptable. En 1968, James Reston hizo la pregunta que ya estaba atormentando a tantos norteamericanos: «¿Cuál es el fin que justifica esta matanza? ¿Cómo salvaremos Vietnam si lo destruimos en combates?»⁹²⁵ Ya en 1972, Fulbright declaró que Johnson nunca había comprendido que «la cuestión no era entre un "pueblo libre" y un "régimen totalitario", sino entre regímenes totalitarios rivales; la guerra no era de agresión internacional, "directa" o no, sino una guerra anticolonial y luego una guerra civil»⁹²⁶.

Por entonces, la televisión iba ganando terreno. Los noticiarios vespertinos atraían audiencias de decenas de millones de espectadores: muchas más personas de las que el más popular periodista hubiese esperado que lo leyera durante toda su vida. La ventaja de las imágenes, como comentario editorial, era indiscutible. Los noticiarios reflejaron una afición al dramatismo y al exhibicionismo que, aun con las mejores intenciones, no siempre podían equilibrarse, aunque sólo fuese porque técnicamente era imposible mostrar las atrocidades que el Vietcong estaba cometiendo en las zonas que dominaba. El presentador televisivo se convirtió en una figura política, en el sentido de que sólo un presidente podría haber llegado a tantas personas y, ciertamente, no con tanta regularidad.

Durante toda la posguerra, los norteamericanos habían respondido a las peticiones de sacrificio para acudir en auxilio de sociedades lejanas. En el crisol de Vietnam, el excepcionalismo norteamericano, es decir, la fe en la aplicación universal de los valores de la nación, que había dado tanto impulso a la reconstrucción de posguerra, empezó a volverse contra sí mismo y a adoptar un cariz de política moral dispuesto a no dejar nada en pie. A medida que las bajas aumentaban, las críticas contra la política exterior de los Estados Unidos pasaron del cuestionamiento de la eficiencia de esa política a presentar serias dudas sobre su necesidad, de una crítica a la dignidad del aliado vietnamita a una crítica a la dignidad de los Estados Unidos, no sólo en Vietnam sino también globalmente.

Lo que hizo tan dolorosos los ataques a la capacidad norteamericana de dirigir una política global fue que se originaron, en gran parte, en las universidades y entre la comunidad intelectual, que hasta entonces había incluido a los más fieles defensores del idealismo internacional de los Estados Unidos⁹²⁷. Llevados por Kennedy a participar en la toma de decisiones, muchos importantes intelectuales se conmovieron cuando el asesinato del presidente puso súbito fin a la Nueva Frontera, y luego quedaron asombrados por las protestas de sus estudiantes contra la guerra. No importaba ya el modo en que se pudiera salir de Vietnam. Bajo la presión de sus propios estudiantes, muchos profesores empezaron a pedir, cada vez con más fuerza, la retirada unilateral e incondicional.

El ala radical de la protesta contra Vietnam, refutando las suposiciones de veinte años de política exterior bipartidista, ridiculizó el anticomunismo diciendo que era arcaico: «Nos negamos a ser anticomunistas», dijeron Staughton Lynd y Tom Hayden, dos críticos que fueron a Hanoi.

Insistimos en que el término ha perdido todo el contenido específico que un día tuvo. En cambio, sirve como categoría clave de un pensamiento abstracto que los norteamericanos emplean para justificar una política exterior que, a menudo, eufemísticamente no es más que una violación⁹²⁸.

Hasta Hans Morgenthau, el decano de los filósofos norteamericanos del interés nacional, se sintió obligado a proclamar la inmoralidad de la nación:

Cuando hablamos de violación de las reglas de la guerra debemos tener en cuenta que la

violación fundamental, de la que se siguen todas las demás violaciones específicas, es haber entablado esta clase de guerra⁹²⁹.

Para los dirigentes de la generación que se educó en las verdades esencialmente indiscutibles de la Guerra Fría, estas diatribas fueron realmente pasmosas. Lyndon Johnson, uno de los formuladores que lograron el consenso de posguerra, no sabía cómo enfrentarse a un ataque lanzado por hombres y mujeres de las principales universidades cuya aprobación anhelaba en proporción directa con su incapacidad de encontrar un lenguaje común para dirigirse a ellos. El propio David Halberstam, que en 1966 era un enconado crítico de la guerra, había argüido antes «que Vietnam es una parte legítima de ese compromiso global [de los Estados Unidos] [...] tal vez sea una de las cinco o seis naciones que son realmente vitales para los intereses de los Estados Unidos. Si tiene tanta importancia, bien puede valer un mayor compromiso de nuestra parte»⁹³⁰.

Johnson reaccionó apelando a la ortodoxia de sus predecesores, de Truman a Kennedy. Pero a sus críticos estas ortodoxias habían empezado a parecerles caducas y hasta improcedentes. Sus ofertas de negociaciones incondicionales fueron rechazadas por los gobernantes de Hanoi, demasiado taimados para permitir una válvula de escape a los trastornos internos de los Estados Unidos. Para contener la marea, Johnson fue modificando gradualmente su posición negociadora, y pasó de exigir que los norvietnamitas se retiraran antes de que los Estados Unidos suspendieran las hostilidades a la Fórmula de San Antonio, de suspender los bombardeos antes de entablar negociaciones; y de negarse a hablar con el frente que Hanoi tenía en el Sur, o sea, el Frente de Liberación Nacional (o FLN), a aceptar conversar con representantes de éste y, por último, a reconocer la participación del FLN como entidad política en sus negociaciones. También trató de tentar a Hanoi con un programa de ayuda económica para toda Indochina. Cada una de estas propuestas fue rechazada por Hanoi por inadecuada, y además la mayoría de los críticos norteamericanos también las rechazó, por hipócritas. El debate nacional se polarizó entre la victoria, para la cual no había estrategia, y la retirada, para la cual no había política.

Los críticos más moderados del gobierno, el grupo al cual yo pertenecía, pidieron una negociación de compromiso. El verdadero obstáculo, sin embargo, no era Washington sino Hanoi. Los comunistas norvietnamitas no se habían pasado toda la vida luchando a muerte para terminar compartiendo el poder o reduciendo la guerra de guerrillas (su sistema más eficaz para hacer presión). Los comunistas vietnamitas no eran más capaces de lo que Stalin había sido una generación antes de hacer frente a la esperanza, igualmente irreal, de entablar una negociación separada de algún subyacente equilibrio de fuerzas, o simplemente abandonada al propio proceso de negociación. Las frecuentes afirmaciones de Johnson de que se mostraría flexible y abierto, le parecieron a Hanoi ingenuas e improcedentes.

Resulta irónico que los Estados Unidos tuviesen que pagar el mismo precio por un acuerdo que por la victoria. Hanoi sólo aceptaría un acuerdo si se sentía demasiado débil para ganar; es decir, después de ser vencido. Los Estados Unidos sólo podrían mostrar moderación después de la guerra, y no durante ella. Todas las «soluciones» habituales, tanto del gobierno como de los críticos moderados, fueron improcedentes ante la implacable determinación de Hanoi. Un alto el fuego, que a los norteamericanos les parecía un modo deseable de poner fin a la matanza, en opinión de Hanoi anularía todo incentivo para que los norteamericanos se retiraran. En opinión de los gobernantes de Hanoi, un gobierno de coalición que fuera el más nimio obstáculo en el camino hacia una toma del poder por los comunistas, garantizaría la supervivencia de Saigón.

La verdadera opción para los Estados Unidos no se hallaba entre la victoria y el compromiso,

sino entre la victoria y la derrota. La diferencia entre norvietnamitas y norteamericanos era que Hanoi comprendía esa realidad, mientras que ni Johnson ni sus críticos moderados se atrevían a reconocerla. Los practicantes de la *Realpolitik* en Hanoi estaban convencidos de que el destino de Vietnam lo decidiría el equilibrio de fuerzas en el terreno, y no una mesa de negociaciones. Un análisis retrospectivo muestra que los Estados Unidos no necesitaron pagar ningún precio para iniciar negociaciones. Hanoi había decidido negociar antes de las elecciones presidenciales norteamericanas de 1968, aunque sólo fuese para comprometer a los dos partidos políticos con un resultado negociado. Pero los gobernantes de Hanoi no entrarían en negociaciones sin hacer primero un gran esfuerzo por inclinar la balanza militar a su favor. El instrumento para mejorar su posición negociadora fue la Ofensiva del Tet, desencadenada durante el nuevo año lunar, denominado Tet. Cada año, incluso en 1968, se había convenido en una tregua para ese período. Sin embargo, el 30 de enero, las fuerzas comunistas lanzaron una gran ofensiva contra treinta capitales de provincia survietnamitas. Gracias al ataque por sorpresa, se apoderaron de posiciones importantes en Saigón y llegaron hasta territorios de la embajada de los Estados Unidos y del cuartel del general Westmoreland. Hue, la antigua capital, cayó en manos de los comunistas, que la ocuparon durante veinticinco días.

Militarmente, hoy se reconoce que la Ofensiva del Tet fue una gran derrota comunista⁹³¹. Fue la primera vez que los guerrilleros salieron a terreno descubierto. La decisión de lanzar un ataque por toda la nación los obligó a combatir en campos que normalmente no habrían elegido. La superior potencia de fuego norteamericana casi acabó con toda la infraestructura guerrillera, como habían predicho los libros de texto del ejército de los Estados Unidos. Durante el resto de la guerra, las guerrillas del Vietcong dejaron de ser una fuerza eficaz puesto que casi toda la lucha recayó en las unidades del ejército regular de Vietnam del Norte.

En algunos aspectos, el ataque confirmó la doctrina militar norteamericana. Al arriesgarlo todo a una sola apuesta, los comunistas aceptaron esa guerra de desgaste que había estado esperando la estrategia norteamericana. Tal vez sufrieran mayores bajas de lo que dicen sus informes oficiales; o tal vez contaron, como red de seguridad, con la impaciencia de los norteamericanos por negociar.

Sin embargo, la Ofensiva del Tet se convirtió en una gran victoria psicológica para Hanoi. Podemos reflexionar con cierta melancolía sobre el devenir de los acontecimientos si los gobernantes de los Estados Unidos hubiesen acelerado la presión sobre las unidades de la principal fuerza norvietnamita, privadas ya del escudo de los guerrilleros. Si en realidad los Estados Unidos hubiesen ido a por todas, es probable que Johnson hubiese logrado las negociaciones incondicionales que estaba proponiendo, y tal vez hasta un alto el fuego incondicional. Esto lo sugiere la prontitud, menos de 72 horas, con que Hanoi aceptó la renovada oferta de negociar de Johnson, junto con la parcial paralización de los bombardeos de acuerdo con la Fórmula de San Antonio.

Sin embargo, los gobernantes de los Estados Unidos ya tenían suficiente, y no porque la opinión pública los hubiese abandonado. Las encuestas mostraron que el 61 % del pueblo norteamericano se consideraban «halcones» y el 23 % «palomas», mientras que el 70 por ciento favorecía la continuación de los bombardeos⁹³². El grupo que se acobardó representaba a las mismas figuras del *establishment* que durante todo el tiempo habían favorecido la intervención. Johnson reunió a un grupo de jefes de gobiernos anteriores, en su mayoría «halcones», que incluía a partidarios incondicionales como Dean Acheson, John McCloy, McGeorge Bundy y Douglas Dillon, entre otros. Por gran mayoría, recomendaron que se pusiese fin a la escalada, y que comenzara la liquidación de la guerra. Dadas las actitudes de Hanoi, que en general no fueron comprendidas, esta decisión tenía que ser el comienzo de la derrota. Con toda franqueza debo decir que casi siempre estuve de acuerdo

con estos «sabios», lo que demuestra que los momentos decisivos son más fáciles de reconocer al cabo de los años que cuando se presentan.

El 27 de febrero de 1968, el locutor de televisión Walter Cronkite, entonces en la cúspide de su influencia, hizo estremecer a la Casa Blanca prediciendo su derrota:

Ahora parece más seguro que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en un estancamiento. El empate casi seguro de este verano terminará o bien haciendo concesiones mutuas o bien en una terrible escalada; y para cada medio que tenemos de escalar, el enemigo está a la misma altura [...] ⁹³³.

Esta última afirmación era bastante dudosa; sencillamente no podía ser cierto que Vietnam del Norte fuese el único país en la historia que se mostrase indiferente a cualquier cálculo de ventajas y desventajas. Desde luego, su umbral de sufrimiento era más alto que el de casi todos los demás países; sin embargo, tenía un umbral. En lo último en que Hanoi estaba interesado era en lo que pudiera obtenerse de las negociaciones, y sin embargo, la hipérbole de Cronkite tenía un gran elemento de verdad: el punto de ruptura de Hanoi era claramente superior al de los Estados Unidos.

The Wall Street Journal, hasta entonces partidario del gobierno, también cambió de bando y preguntó, en un alarde retórico, si los acontecimientos «no estaban pulverizando nuestros objetivos originales, tan dignos de elogio [...]. Si no quedara prácticamente nada de gobierno o de nación, ¿qué habrá que salvar para qué?». El *Journal* consideraba que «el pueblo norteamericano debería irse preparando para aceptar, si no lo ha hecho todavía, la perspectiva de que todo el esfuerzo realizado en Vietnam esté condenado a la derrota» ⁹³⁴. El 10 de marzo, la NBC concluyó un programa especial sobre Vietnam con lo que ya estaba volviéndose un estribillo común: «Dejando de lado todos los demás argumentos, ha llegado el momento en que debemos decidir si vale la pena destruir Vietnam para salvarlo.» ⁹³⁵ La revista *Time* se unió al coro el 15 de marzo: «El año de 1968 ha hecho comprender que la victoria en Vietnam —o siquiera un acuerdo favorable— simplemente puede estar fuera del alcance de la mayor potencia mundial.» ⁹³⁶

Unos senadores importantes entraron en liza. Mansfield declaró: «Estamos donde no debiéramos estar y entablamos un tipo de guerra que no es el nuestro.» ⁹³⁷ Fulbright planteó la pregunta sobre «la autoridad del gobierno para extender la guerra sin el consentimiento del Congreso y sin ningún debate o consideración por el Congreso» ⁹³⁸.

Bajo el peso de tales ataques, Johnson cedió. El 31 de marzo de 1968, anunció una paralización parcial y unilateral de los bombardeos en la zona situada al norte del paralelo 20, a la que seguiría una paralización total en cuanto empezaran las negociaciones. Indicó que no se enviarían más refuerzos importantes a Vietnam, y repitió su trillada frase de que «nuestro objetivo en Vietnam del Sur nunca ha sido la aniquilación del enemigo» ⁹³⁹. Seis semanas después de que Hanoi violara un alto el fuego formal lanzando un ataque devastador contra las instalaciones norteamericanas y matando a millares de civiles en Hue, Johnson invitó a los gobernantes de Hanoi a participar en el desarrollo económico del sureste de Asia, lo que constituía una transparente insinuación de un programa de ayuda económica. También anunció que no se presentaría a la reelección. El presidente que había enviado 500.000 hombres al sureste de Asia le dejaría el problema a su sucesor.

Esa fue una de las decisiones presidenciales más importantes del período de posguerra. Si Johnson no hubiese hecho esta dramática renuncia, podría haber luchado por la elección sobre la cuestión de Vietnam y habría obtenido un mandato popular, en un sentido u otro. Si su salud no le permitía arriesgarse a un segundo período, Johnson debió haber mantenido la presión sobre Hanoi

durante el resto de su mandato, dejando así a su sucesor las mejores opciones posibles para la decisión a la que después de la elección llegarán él y el Congreso. Dada la debilidad de Hanoi después de la Ofensiva del Tet, una política de presión en 1968 casi seguramente habría proporcionado un marco adecuado para la negociación mucho mejor que el que finalmente surgió.

Pero al deseslabonar la guerra, renunciar a su candidatura y ofrecer negociaciones simultáneamente, Johnson combinó todas las desventajas. Sus potenciales sucesores compitieron en promesas de paz, pero sin definir las condiciones. Se creó así la situación que haría inevitable una desilusión pública en cuanto se empezara a negociar. Hanoi había obtenido un cese de los bombardeos a cambio de conversaciones esencialmente preliminares, y recibió la oportunidad de restaurar su infraestructura en el Sur, aunque con personal norvietnamita. No tenía ningún incentivo para ponerse de acuerdo con Johnson, y en cambio sí todas las tentaciones para repetir la misma prueba de fuerza con su sucesor.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Vietnam: la salida; Nixon

La tarea de sacar a los Estados Unidos de su primera experiencia de una guerra en que no habían triunfado, y del primer compromiso en el extranjero en que las convicciones morales de los norteamericanos chocaron con los límites de lo posible, recayó en el gobierno de Nixon. Pocas actuaciones de política exterior han sido más dolorosas, y ningún país ha logrado hacer esa transición sin cierta angustia.

Aunque a menudo se citaba la retirada francesa de Argelia como el modelo que los Estados Unidos debían seguir, en realidad De Gaulle necesitó algo más de los cuatro años que el gobierno de Nixon invirtió en poner fin a la participación norteamericana en Indochina. Cuando Francia se retiró de Argelia, De Gaulle tuvo que soportar la carga de abandonar a un millón de colonos franceses, algunas de cuyas familias llevaban allí varias generaciones. Al retirar las tropas norteamericanas de Vietnam, Nixon tuvo que liquidar un compromiso que cuatro presidentes de los Estados Unidos, a lo largo de dos décadas, habían declarado vital para la seguridad de todos los pueblos libres.

Nixon emprendió esta desoladora tarea bajo la mayor división interna de los Estados Unidos desde la Guerra de Secesión. Aun con la perspectiva que ofrecen veinticinco años, asombra tan súbito desplome del consenso nacional norteamericano con respecto a Vietnam. En 1965, los Estados Unidos se habían empeñado, con el beneplácito general, en ganar una guerra de guerrillas contra lo que parecía una conspiración comunista mundial, y en instaurar instituciones libres en el sureste de Asia; dos años después, en 1967, no sólo empezó a decirse que la empresa había fracasado, sino que era resultado de la política aberrante de políticos belicistas. En un momento, la comunidad intelectual celebraba el ascenso de un presidente joven y progresista; casi al año siguiente, acusaba a su sucesor de cometer atrocidades, difundir mentiras sistemáticas y de amar la guerra, pese al hecho de que la estrategia del nuevo presidente, o al menos, de sus estrategias era esencialmente la misma de su llorado predecesor. Al final de su mandato en 1968, Johnson ya no podía presentarse en público, salvo en bases militares o en otros lugares, sin que se tuviesen que poner barreras contra manifestantes violentos. Aunque era el presidente en funciones, ni siquiera pudo aparecer en la convención nacional de su propio partido, en 1968.

Tras una pausa de pocos meses, la oposición violenta a la guerra se reanudó y hasta se aceleró, esta vez contra Richard Nixon, sucesor de Johnson. Los desacuerdos a los que se daba tanta publicidad no eran sino manifestaciones de una controversia filosófica subyacente más profunda. Eso volvió el debate interno tan enconado que casi parecía imposible de resolver. Nixon estaba ansioso por negociar una salida honorable, que definió como casi cualquier cosa salvo entregar a los comunistas norvietnamitas los millones de personas que habían sido convencidas por sus predecesores de que deberían confiar en los Estados Unidos. Nixon tomó en serio la credibilidad y el honor, porque definían la capacidad norteamericana de forjar un orden internacional pacífico.

Por otra parte, los líderes del Movimiento por la Paz consideraban tan repugnante la guerra que una salida honorable de Vietnam había llegado a parecerles un absurdo. Lo que el gobierno de Nixon veía como una potencial humillación para el país, los manifestantes contra Vietnam lo trataban como una deseable catarsis nacional. El gobierno buscaba una salida que permitiera a los Estados Unidos

continuar en su papel internacional, asumido desde la posguerra, de protector y sostén de los pueblos libres. Precisamente muchos manifestantes del Movimiento por la Paz lo que deseaban era poner fin a ese papel puesto que lo consideraban la arrogancia y presunción de una sociedad viciada.

En el período de una sola generación, los Estados Unidos habían recorrido la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea y una década y media de crisis de Guerra Fría. Vietnam resultó ser excesivo; el sacrificio era ya insoportable, porque iba en contra de los valores y las expectativas tradicionales de los Estados Unidos. En los años veinte y treinta, cuando la generación de Nixon y de Johnson se hallaba en la adolescencia, los norteamericanos habían creído estar por encima de los maquiavélicos tratos de los europeos. Durante los años cuarenta y cincuenta, cuando esa generación llegó a la madurez, los Estados Unidos se consideraron llamados a emprender una misión mundial de justicia. De hecho, surgieron como el dirigente indiscutible del mundo libre. Cuando esos mismos hombres llegaron a la cúspide de sus carreras políticas, durante los años sesenta, el Movimiento por la Paz en Vietnam estaba poniendo en entredicho esa misión mundial. Durante los años setenta había entrado en escena una nueva generación de norteamericanos, a quienes su país ya no les parecía prístino. Para tener derecho a intervenir en asuntos mundiales, los Estados Unidos requerían, según esta idea, un período de concentración en su propio mejoramiento.

De este modo iban cambiando las generaciones en el momento preciso en que los Estados Unidos se enfrentaban al desafío moral más ambiguo de todo el período de posguerra. A sus críticos les repelían las imágenes de la brutalidad de la guerra que veían en televisión, y dudaban cada vez más de la talla moral del aliado de su país. Convencidos de que simplemente debía existir alguna solución que permitiera poner fin instantáneamente a la matanza, fueron amargándose cada vez más. El excepcionalismo norteamericano había sostenido una de las grandes épocas de la política norteamericana con su idealismo, su inocencia y su dedicación; pero ahora exigía implacablemente esa misma perfección a los aliados de los Estados Unidos, y que no hubiese ninguna ambigüedad en las opciones del país. A falta de todo ello, sólo habría ignominia para los Estados Unidos y derrota para su aliado.

La rectitud moral de los Estados Unidos les impedía ejercer una diplomacia más flexible. Vietnam presentaba, en el mejor de los casos, opciones imperfectas y elecciones desgarradoras. El impulso intuitivo del Movimiento por la Paz consistió en retroceder de ese mundo y buscar refugio en la original visión de los Estados Unidos como impoluto dechado de virtud. Tal vez un dirigente carismático como Franklin Roosevelt, John Kennedy o Ronald Reagan habría encontrado un modo de enfrentarse a esta nostalgia. En cambio, el problema estaba fuera del alcance del talento de Richard Nixon, extraordinario por lo demás. En contraste con Johnson, Nixon estaba sumamente versado en asuntos internacionales. Tomó posesión de la presidencia convencido, como muchos adversarios de la guerra, de que ya no era posible, si algún día lo había sido, obtener una victoria clara en Vietnam. Desde el comienzo, Nixon comprendió que el destino le había deparado la ingrata tarea de tener que organizar una retirada y alguna forma de salida de un conflicto desmoralizador. Era perfectamente natural que Nixon deseara cumplir su tarea de presidente con honor puesto que así lo demandaba su cargo. Lo que no pudo asimilar, ni emocional ni intelectualmente, fue que los graduados de las mejores escuelas y los miembros del *establishment*, a quienes él admiraba tanto como envidiaba, estuviesen pidiendo un modo de proceder que, a sus ojos, equivalía a un humillante desplome de los Estados Unidos y a traicionar a un aliado.

Nixon decidió interpretar las protestas frecuentemente violentas de quienes él consideraba privilegiados como la culminación de un ataque personal a él, procedente de los enemigos ideológicos de toda su vida. Según él, esto transformó la cuestión de Vietnam en una batalla política.

Por muy sensible y sagaz que fuera Nixon en la dirección de la diplomacia, también era un rudo guerrero cuando se trataba de política interna, y aplicaba métodos que nunca dejó de creer que habían sido la característica de muchos de sus predecesores.

Jamás se sabrá si una concesión del presidente habría podido calmar la rabia que había empezado a crecer mucho antes de que él tomara posesión del cargo. A fines de los años sesenta la violenta protesta de los estudiantes se había convertido en un fenómeno mundial, manifestándose tanto en Francia como en Holanda y Alemania, países que no se encontraban en una situación comparable a la de Vietnam ni tenían problemas raciales similares a los de los Estados Unidos. En todo caso, Nixon era demasiado inseguro y demasiado vulnerable para comenzar a tender puentes en esa época de su vida.

Con toda justicia, debe decirse que Nixon recibió poca ayuda del *establishment*, el cual, a fin de cuentas, le había legado el problema. Altos funcionarios de los gobiernos anteriores que habían llevado a los Estados Unidos a la guerra de Vietnam compartían muchas de las convicciones del gobierno de Nixon. Hombres como Averell Harriman y el ex secretario de Defensa, Clark Clifford, habían estado entre los principales practicantes del consenso bipartidista de posguerra sobre política exterior; normalmente se habrían sentido obligados a conservar cierto grado de cohesión nacional en una época de crisis, y habrían cerrado filas junto al acosado gobierno, concertando algún mínimo programa de paz.

Sin embargo, esta vez los forjadores del consenso de posguerra en política exterior no se animaron a apoyar a su presidente. De hecho, habían sido los principales blancos de las manifestaciones por la paz, lo que les pareció particularmente doloroso, porque en la vanguardia del Movimiento por la Paz había hombres y mujeres a quienes ellos admiraban y habían considerado, durante mucho tiempo, sus partidarios más fieles. Habían sido la infantería de la Nueva Frontera y, metafóricamente o de hecho, consideraban a los manifestantes sus propios hijos. Sin aprobar los métodos del Movimiento por la Paz, miembros importantes del gobierno de Johnson fueron deslizándose hasta llegar a una alianza *de facto* con los manifestantes más radicales. Su interminable serie de objeciones aparentemente moderadas a la política del gobierno siempre hizo que a Nixon le faltara hacer otra concesión más, lo que aumentó el resentimiento del presidente al ver que, así, ponían fuera de su alcance un consenso nacional.

Nixon decidió seguir adelante hasta encontrar una paz honorable. Como yo fui su principal apoyo en este esfuerzo, mi relato se verá inevitablemente afectado por el papel que yo desempeñé y por mi aceptación de sus premisas básicas.

En el intervalo entre la elección y la toma de posesión, Nixon me pidió que informara a los norvietnamitas acerca de su decisión de llegar a un resultado negociado. La respuesta fue nuestra introducción a la que llegaría a ser la demanda habitual de Hanoi: la retirada incondicional de los Estados Unidos junto con el derrocamiento del gobierno de Nguyen Van Thieu en Saigón.

Hanoi ni siquiera se molestó en poner a prueba la sinceridad de las declaraciones de Nixon. En las tres semanas que siguieron a su toma de posesión, Saigón lanzó una nueva ofensiva, la llamada Ofensiva del Mini-Tet, en la cual murieron, aproximadamente, mil norteamericanos cada mes durante los cuatro meses siguientes. Fue evidente que la oferta de Nixon de llegar a un pacto no había encontrado recíprocos intereses en esos implacables dirigentes. Hanoi tampoco se sintió de ninguna manera comprometido por su «entendimiento» de 1968 con el gobierno de Johnson, de que no se aprovecharía de la paralización de los bombardeos.

El gobierno de Nixon había tomado posesión del cargo con la esperanza de crear un consenso nacional a través de propuestas razonables, y por tanto, de poder enfrentarse a Hanoi con una nación

sustancialmente unificada. Pronto se vio que Nixon, como sus predecesores, había subestimado la tenacidad y la determinación de Hanoi. Ho Chi-Minh estaba cada vez más seguro de que, dada la ineptitud del gobierno de Saigón y el vacilante compromiso norteamericano, las fuerzas de Hanoi podrían obtener una victoria incondicional. Como buen practicante de la *Realpolitik*, el dirigente norvietnamita no iba a conceder en la mesa de negociaciones lo que esperaba conquistar con sangre y fuego en el campo de batalla.

Las proposiciones de llegar a una paz de compromiso no habrían podido caer en peores oídos que los de los austeros héroes que constituían el gobierno de Hanoi. Cuando Nixon tomó posesión, el Partido Demócrata, que había iniciado la aventura de Vietnam, se hallaba marcadamente dividido entre una plataforma oficial y una minoritaria posición de «palomas» (encabezada por dirigentes como los senadores Ted Kennedy, George McGovern y Eugene McCarthy), que había sido rechazada por la Convención Nacional Demócrata. En sus nueve primeros meses en el cargo, el gobierno republicano de Nixon había dejado atrás la plataforma de las «palomas» del Partido Demócrata. Hanoi se embolsó cada concesión norteamericana sin la menor señal de reciprocidad, y se adhirió implacablemente a su exigencia de establecer un plazo fijo e incondicional para la retirada de los Estados Unidos y el reemplazo del gobierno de Saigón por el que sería, de hecho, un régimen comunista. Hanoi insistió en que, a menos que se cumplieran simultáneamente estas demandas, no liberaría a los prisioneros norteamericanos. De hecho, exigía una capitulación con deshonor.

Sin embargo, los presidentes no pueden abandonar una tarea sólo porque resulte más difícil de lo esperado. Desde antes de su toma de posesión, Nixon había ordenado realizar un estudio sistemático de cómo dar fin a la guerra. Se revisaron tres opciones: retirada unilateral, encuentro con Hanoi por medio de una combinación de presiones militares y políticas, y gradual entrega de la responsabilidad al gobierno de Saigón por la guerra, para permitir la retirada paulatina de los Estados Unidos.

La primera opción, la retirada unilateral, sería después tema de mucha conjetura revisionista. Se ha dicho que, al tomar posesión, Nixon debía haber anunciado una fecha para la retirada, y poner fin a la guerra mediante una decisión unilateral de los Estados Unidos⁹⁴⁰.

¡Si la historia fuera tan sencilla como el periodismo! Aunque los presidentes tienen un amplio margen de discreción, éste se halla limitado por el medio político, y circunscrito por la realidad práctica. En 1969, cuando Nixon tomó posesión ninguno de los dos partidos políticos había pedido la retirada unilateral, y ninguna encuesta de la opinión pública apoyaba esa medida. El programa de las «palomas» rechazado en la Convención Nacional Demócrata de 1968 había pedido la reducción de las operaciones ofensivas de los Estados Unidos, una mutua retirada de las fuerzas extranjeras (incluso las de Vietnam del Norte), y una política de reconciliación entre el gobierno de Saigón y el Frente de Liberación Nacional. La reciprocidad era su base, y no se mencionó siquiera una retirada unilateral.

El programa de paz del gobierno de Johnson se había expresado en la Fórmula de Manila, que proponía que las fuerzas norteamericanas empezaran a retirarse sólo seis meses después de la retirada norvietnamita, si se había reducido el nivel de violencia. Aun así, se había previsto que se quedara en Vietnam una fuerza norteamericana de vigilancia, siguiendo el ejemplo de Corea. El programa oficial demócrata había pedido una libre pugna política en Vietnam del Sur, pero sólo después de terminadas las operaciones militares. Por último, el programa republicano había pedido la «desamericanización» de la guerra, un cambio de la estrategia militar y unas negociaciones que no se basaran en la «paz a cualquier precio» ni en una rendición disimulada. Por tanto, al subir Nixon a la presidencia, todas las opciones de los dos grandes partidos políticos habían pedido unos

resultados que, sin excepción, consistían en unas condiciones que Hanoi tendría que cumplir antes de que se retiraran los Estados Unidos. Todo eso implicaba un compromiso, no una rendición.

Una retirada inmediata, incondicional y unilateral de los Estados Unidos habría ocasionado, así mismo, insuperables problemas prácticos. Más de medio millón de norteamericanos estaban luchando al lado de un ejército survietnamita de unos 700.000 hombres, y se enfrentaban al menos a 250.000 hombres del ejército regular de Vietnam del Norte y a otros tantos guerrilleros. En los primeros días del gobierno de Nixon, la inmediata promesa de una retirada unilateral habría dejado atrapada a una numerosa fuerza expedicionaria norteamericana entre la ira de los survietnamitas, traicionados por los Estados Unidos, y el implacable ataque de los norvietnamitas.

El Departamento de Defensa calculó que no podría organizarse una retirada ordenada en menos de quince meses, tiempo en el cual la posición de los soldados norteamericanos se habría ido debilitando gradualmente hasta el punto en que las fuerzas restantes quedarían como rehenes de ambos bandos vietnamitas. Aun suponiendo que el ejército survietnamita simplemente se hubiera desplomado en vez de hacer frente a sus aliados norteamericanos, el resultado habría sido una retirada en medio de un caos indescriptible, sobre todo porque Hanoi sin duda habría tratado de aprovechar su cada vez mejor situación para imponer condiciones de paz aún más severas. La retirada unilateral mostraba todos los elementos de un terrible y sangriento fracaso.

Ante todo, el gobierno de Nixon estaba convencido de que la retirada unilateral se convertiría en un desastre geopolítico. En más de veinte años había ido construyéndose trabajosamente una confianza en la seriedad de los Estados Unidos. Tal era el componente clave de la estructura del mundo libre. Un giro de 180 grados en un importante compromiso norteamericano que ya duraba cuatro gobiernos, realizado por un presidente hasta entonces identificado con una política exterior conservadora, habría provocado una profunda desilusión entre los aliados de los Estados Unidos, sobre todo entre los que más dependían del apoyo norteamericano, estuvieran de acuerdo o no con los detalles de la política de los Estados Unidos respecto a Vietnam.

En estas circunstancias, el gobierno de Nixon llegó a la conclusión de que necesitaba una estrategia que incidiera en los cálculos de Hanoi sobre lo inevitable de su victoria total y de su capacidad para imponer una retirada unilateral. Por tanto, la segunda opción que se consideró fue la de tratar de llevar las cosas a una pronta decisión, a través de una combinación de medidas políticas y militares. Ésta era la estrategia que yo personalmente prefería, pues estaba convencido de que pondría fin a la interminable pugna interna y permitiría al gobierno dedicarse a tareas de unificación. Esta opción tenía tres elementos: 1) el apoyo del Congreso para proseguir la guerra; 2) un gran esfuerzo de negociación en que los Estados Unidos harían todas las concesiones posibles, salvo propiciar una toma del poder por los comunistas y 3) un cambio de estrategia militar alterada que, dentro de Vietnam del Sur, se concentrara en defender las zonas densamente pobladas, mientras trataba de destruir las rutas de aprovisionamiento de Hanoi bloqueando el Sendero de Ho Chi-Minh en Laos, limpiando las áreas de bases en Camboya y minando los puertos de Vietnam del Norte. Durante un período de cuatro años, todas estas medidas fueron adoptadas, y obligaron a Hanoi a aceptar en 1972 las condiciones que había estado rechazando durante una década. Si todas se hubiesen adoptado simultáneamente y mientras los Estados Unidos aún tenían una gran fuerza de combate en territorio de Vietnam, su repercusión habría podido ser decisiva.

Al comienzo de su gestión, Nixon podría haber ido al Congreso para esbozar su idea de un resultado honorable de la guerra de Vietnam y pedir un apoyo subrayando que, a falta de éste, no tendría otro remedio que la retirada unilateral, por muy terribles que fuesen sus consecuencias. Nixon rechazó todo consejo en ese sentido por dos motivos. En primer lugar, le parecía una abdicación de

la responsabilidad presidencial. En segundo y debido a que había servido seis años al Congreso, estaba convencido, casi seguramente con razón, de que éste evitaría toda definición clara y le daría, en el mejor de los casos, algún apoyo indeciso, con tantas cortapisas que sólo agravarían el problema.

Al principio, Nixon vaciló en atacar el sistema logístico vietnamita. Las relaciones con la Unión Soviética y con China, aún precarias, podrían haberse deteriorado más, y acaso se aplazara o frustrara la relación triangular que tanto contribuyó a dar flexibilidad a la ulterior política exterior de los Estados Unidos. La frustración de las esperanzas públicas de alcanzar cierta relajación de las tensiones en Vietnam podría haber encendido aún más a los seguidores del Movimiento por la Paz. El resultado militar parecía demasiado incierto y el costo interno podría ser impredecible. La «estrategia de ir hacia delante» habría encontrado tanta resistencia entre los más cercanos asesores de Nixon que sólo se habría podido aplicar mediante cambios en el gabinete y tal desgaste de la energía presidencial bien podría frustrar las perspectivas de otras iniciativas vitales a largo plazo.

El pueblo norteamericano parecía estar pidiendo que su gobierno buscara simultáneamente dos objetivos incompatibles: poner fin a la guerra sin que los Estados Unidos capitularan. Nixon y sus asesores compartían esta ambivalencia. Nixon trató de llevar la política norteamericana a través de estos escollos opuestos, y optó por la tercera opción, el llamado camino de la vietnamización, no porque lo considerara un brillante *deus ex machina*, sino porque, a su juicio, mantenía en equilibrio relativamente estable para los Estados Unidos los tres elementos clave de la salida de Vietnam: mantener la moral interna del país, dar a Saigón una honrada oportunidad de sostenerse por sí solo y dar a Hanoi incentivos para negociar. Sustentar estas tres dimensiones políticas en alguna mutua relación que fuera manejable sería la prueba de fuego para que los Estados Unidos salieran de Vietnam.

Había que tranquilizar al público norteamericano mediante la retirada de tropas del país y al mismo tiempo realizando serios esfuerzos de negociación. Se daría al Vietnam del Sur la auténtica oportunidad de defenderse mediante una enorme ayuda y preparación por parte norteamericana; Hanoi se encontraría con el incentivo de las iniciativas de paz y el castigo de una represalia periódica para agotarlo y servir como advertencia de que la moderación norteamericana tenía sus límites. La compleja estrategia de la vietnamización, sin embargo, incluía el enorme riesgo de que simplemente no fuera posible mantener sincronizados los tres elementos de la estrategia; el tiempo podría agotarse y la política podía terminar sin seguir ningún camino. Era, en el mejor de los casos, una empresa precaria, pues cada retirada alentaría a Hanoi, y cada disparo enervaría al Movimiento por la Paz.

En un memorándum que envié a Nixon con fecha 10 de septiembre de 1969, gran parte del cual fue redactado por Anthony Lake, mi ayudante ejecutivo, que hoy es asesor de Seguridad Nacional del presidente Clinton, advertí los riesgos de la vietnamización⁹⁴¹. Si tardaba demasiado, decía el memorándum, la inquietud pública aumentaría en lugar de disminuir. El gobierno se encontraría entonces en una «tierra de nadie» entre «halcones» y «palomas»: demasiado conciliador para los «halcones», demasiado belicista para las «palomas». Las declaraciones del gobierno que pretendieran aplacar a ambos grupos servirían «para confundir a Hanoi, pero también para confirmarlo en su intento de ganar tiempo»:

- [...] la «vietnamización» tropezará con problemas cada vez más graves, conforme avance.
- La retirada de las tropas norteamericanas será como poner miel en los labios del público norteamericano: cuantas más tropas vuelvan a la patria, más exigirá. Esto podría terminar, de hecho,

en la exigencia de una retirada unilateral [...] tal vez en el plazo de un año.

- Cuantas más tropas se retiren, más se envalentonará Hanoi [...].
- Cada soldado norteamericano que se retire será, relativamente, más importante para el esfuerzo en el Sur, ya que representará un porcentaje superior de fuerzas norteamericanas que su predecesor [...].
- Se volverá cada vez más difícil mantener la moral de los que se queden, para no hablar de sus madres.
- La «vietnamización» acaso no reduzca las bajas norteamericanas hasta sus etapas finales, ya que nuestra tasa de bajas quizá no tenga relación alguna con el número total de soldados norteamericanos en Vietnam del Sur. Para matar unos 150 soldados norteamericanos por semana, el enemigo necesitará atacar sólo una pequeña parte de nuestras fuerzas [...]⁹⁴².

Si todo esto fuera cierto, decía el memorándum, Hanoi se dedicaría a infligir una derrota psicológica y no militar a los Estados Unidos; prolongaría la guerra, daría largas a las negociaciones y esperaría a que la situación interna norteamericana siguiera su curso, predicción que, en lo sustancial, resultó acertada.

El memorándum preveía muchas de nuestras dificultades ulteriores; también estaba condenado a la inutilidad. Por una parte, aunque fue presentado al presidente, yo no lo seguí hasta la Oficina Oval. En Washington, las ideas no convencen por sí solas. Los autores de memorandos que no están dispuestos a luchar por ellos encontrarán muy probablemente que sus palabras se convierten en coartadas *ex post facto* y no en guías para la acción. Ante la enconada oposición y el torbellino doméstico que habría provocado la alternativa de tratar de imponer un choque con Hanoi, nunca exigí una consideración sistemática de esta opción. Tampoco la investigó el presidente, casi seguramente por la misma razón. Nixon no tenía ningún incentivo para variar su decisión en favor de la opción de vietnamización mientras ninguna de las agencias del gobierno interesadas en Vietnam expresara reserva alguna. De hecho, ninguna de ellas lo hizo, principalmente porque estaban demasiado paralizadas por las manifestaciones populares para querer ponerse en la línea de fuego.

He descrito la angustia de esa elección para mostrar que cuando Nixon tomó posesión de su cargo las únicas opciones que había en Vietnam eran males comparables. El hecho de que la vietnamización resultara terriblemente difícil no hacía más atractivas las otras opciones. Esta realidad básica eludió a los norteamericanos que criticaban la guerra de Vietnam, como ha eludido a gran parte del público norteamericano en otros ejemplos; la política exterior a menudo exige decidir entre opciones imperfectas. En Vietnam Nixon se enfrentó a opciones casi igualmente amargas. Después de veinte años de contención, los Estados Unidos estaban pagando el precio de la extensión excesiva; sencillamente, no había decisiones cómodas.

Aunque la vietnamización constituyó un camino arriesgado, sí fue la mejor de las opciones que quedaban. Tenía la ventaja de dar a los pueblos norteamericano y survietnamita un modo de acostumbrarse a la idea de que la retirada de los Estados Unidos era inevitable. Si durante el proceso de retirada los Estados Unidos lograban fortalecer a Vietnam del Sur, y eso era justo lo que se proponía el gobierno de Nixon, se habría alcanzado el objetivo norteamericano. Si fracasaban y la retirada unilateral quedaba como única opción, la salida final podría efectuarse después de que las fuerzas norteamericanas hubiesen disminuido hasta un nivel que reducía los riesgos de caos y humillación.

Con el despliegue de esta política, Nixon se mostró dispuesto a hacer un gran esfuerzo por negociar, y me encargó la tarea. El presidente de Francia, Georges Pompidou, sucintamente explicó

lo que me esperaba. Como su personal organizaba la logística de mis negociaciones secretas en París con los norvietnamitas, yo le informaba después de casi todas las sesiones de negociación. Una de esas veces, cuando me sentí especialmente deprimido por el estancamiento al parecer irremediable, Pompidou observó a su manera objetiva e imparcial: «Está usted condenado a lograrlo.»

Los funcionarios no pueden escoger el momento de prestar servicios a su país, ni las tareas que les aguardan. Si me hubiesen dejado escoger, yo ciertamente habría pedido tener enfrente a un negociador más complaciente que Le Duc Tho. La experiencia había reforzado lo que la ideología les había enseñado a él y a sus colegas en el Politburó de Hanoi: que las guerras de guerrillas son para que haya vencedores y vencidos, no acuerdos. En sus primeras etapas, la vietnamización no lo impresionó: «¿Cómo pueden creer que van a ganar tan sólo con el ejército survietnamita, cuando éste no pudo ganar con la ayuda de 500.000 norteamericanos?», me preguntó absolutamente confiado Le Duc Tho en 1970. Tal era, también para nosotros, una pregunta obsesionante. Durante más de cuatro años, la combinación de fortalecer Saigón y debilitar Hanoi había hecho que pareciera a nuestro alcance una respuesta favorable. Aun entonces, se habrían necesitado un bloqueo, una fallida ofensiva norvietnamita y un intenso bombardeo para obligar a Hanoi a llegar a un acuerdo.

El fenómeno de un enemigo absolutamente implacable, sin ningún interés en llegar a un acuerdo puesto que de hecho trataba de convertir el estancamiento en un arma, era ajeno a toda experiencia norteamericana. Un número cada vez mayor de norteamericanos anhelaba llegar a un acuerdo. Pero los gobernantes de Hanoi habían lanzado su guerra con objeto de ganar, no de llegar a un trato. De este modo, las categorías del debate norteamericano, es decir, las muchas propuestas de cese de bombardeos, alto el fuego, plazos para la retirada norteamericana y gobierno de coalición, nunca alteraron los cálculos de Hanoi, que sólo negociaba cuando estaba sujeto a severa presión, en particular cada vez que los Estados Unidos reanudaban los bombardeos y, sobre todo, después que fueron minados los puertos norvietnamitas. Pero recurrir a la presión era precisamente lo que más indignaba a los críticos dentro de la propia nación.

Las negociaciones con los norvietnamitas se celebraron en dos niveles. Hubo reuniones oficiales de las cuatro partes del conflicto en el hotel Majestic de París, que incluían a los Estados Unidos, el gobierno de Thieu, el Frente de Liberación Nacional (FLN) (organización del frente survietnamita de Hanoi) y el gobierno de Hanoi. Aunque se habían pasado meses discutiendo sobre la forma de la mesa a la que podría sentarse el FLN para no implicar su reconocimiento por Saigón, las negociaciones formales inmediatamente se empantanaron. El foro era demasiado grande, la publicidad demasiado continua, y Hanoi se negó a conceder igual *status* a Saigón o, para el caso, a su propio suplente, el FLN.

Por consiguiente, el gobierno de Nixon continuó las llamadas conversaciones privadas, es decir, secretas, reducidas a las delegaciones norteamericana y norvietnamita, que habían comenzado con Averell Harriman y Cyrus Vance, negociadores durante los últimos meses del gobierno de Johnson. Característicamente, la llegada de Le Duc Tho a París señalaría que Hanoi estaba dispuesto a realizar una ronda de conversaciones. Aunque ocupaba el quinto puesto en la jerarquía de Hanoi, Le Duc Tho exigió que sólo se le llamara asesor especial de Xuan Thuy, funcionario del Ministerio de Exteriores que, técnicamente, era el jefe de la delegación norvietnamita en el hotel Majestic.

Los negociadores de los Estados Unidos debían separar las cuestiones militares de las políticas, y esto no cambió después de 1971. Este programa exigía un alto el fuego seguido de una retirada total de las fuerzas norteamericanas, y luego el fin del reabastecimiento y los refuerzos llegados del Norte. El futuro político de Vietnam del Sur podía dejarse a una libre pugna política. La posición de Hanoi, hasta el cambio de octubre de 1972, consistió en exigir un plazo incondicional para la total retirada

norteamericana y el desmantelamiento del gobierno de Thieu. El plazo era como la paga y señal para negociar posteriormente sobre cualquier otro asunto, y no variaría aunque se lograsen otros compromisos. Los Estados Unidos estaban pidiendo un acuerdo; Hanoi, una capitulación. No habría un camino intermedio hasta que un equilibrio de las tropas sobre el terreno hiciese posible llegar a un compromiso, el cual sólo duraría mientras se conservara el equilibrio de fuerzas.

Las reuniones fueron solicitadas invariablemente por el bando norteamericano, utilizando como intermediario al general Vernon Walters, agregado militar de la embajada de los Estados Unidos en París. (Walters tuvo después una distinguida carrera como subdirector de la CIA, representante permanente ante las Naciones Unidas y embajador en Alemania, además de haber emprendido muchas delicadas misiones presidenciales.) Hacer que los Estados Unidos dieran el primer paso fue uno de los continuos trucos de Hanoi para establecer un dominio psicológico. Su táctica mostró lo bien que Hanoi había captado la crisis interna de los Estados Unidos. Si Le Duc Tho pasaba en París algún tiempo sin que el gobierno de los Estados Unidos estableciera contacto con él, era seguro que el asesor especial insinuaría a periodistas o miembros visitantes del Congreso que el gobierno de Nixon no estaba aprovechando las intenciones demostradamente pacíficas de Hanoi. En la situación en que se encontraba la controversia interna en los Estados Unidos, muy probablemente esas insinuaciones recibirían gran publicidad, y Le Duc Tho solía hacerlas incluso en mitad de las conversaciones.

Durante cada una de las visitas de Le Duc Tho a París entre 1970 y 1972 se efectuaron cinco o seis reuniones en pocos meses. (También hubo varias reuniones con Xuan Thuy que, en ausencia de Le Duc Tho, demostraron ser una absoluta pérdida de tiempo.)

Las negociaciones seguían un procedimiento estereotipado. Como jefe oficial del grupo negociador vietnamita, Xuan Thuy empezaba con la misma interminable descripción de la posición negociadora vietnamita, con la que ya estábamos familiarizados desde las sesiones del hotel Majestic. Luego «cedía la palabra al asesor especial Le Duc Tho». Impecablemente vestido de marrón o de negro al estilo Mao, Le Duc Tho pronunciaba entonces un discurso igualmente largo, centrado en las cuestiones filosóficas como él las veía, salpicado de relatos épicos de las anteriores luchas de los vietnamitas por su independencia.

Casi hasta el final de las negociaciones, el tema de Le Duc Tho seguía siendo el mismo, es decir, que el equilibrio de fuerzas estaba en favor de Hanoi y así lo estaría cada vez más; las guerras se entablaban por objetivos políticos, y por tanto era absurda e inaceptable la propuesta norteamericana de un alto el fuego y un intercambio de prisioneros; la solución política debería empezar con el derrocamiento del gobierno survietnamita por los Estados Unidos. (En cierto momento, Le Duc Tho llegó a sugerir, de modo solícito, el asesinato de Thieu como método para lograrlo.)

Todo esto era presentado con impecable cortesía, con una frialdad que parecía proceder de una superioridad moral y en un vocabulario marxista impenetrable a las intervenciones de los obtusos imperialistas. Le Duc Tho no daba cuartel, ni siquiera en el punto más abstracto que se prestara a una aclaración ideológica. Una vez traté de interrumpir las conversaciones invocando lo que consideré una formulación marxista con suficiente tacto: que la «necesidad objetiva» hacía necesaria una interrupción. Sin embargo, con esto sólo logré que Le Duc Tho nos diera otra conferencia de diez minutos sobre lo inapropiado de que un imperialista como yo se valiera de la terminología marxista.

La estrategia básica del glacial modo de proceder de Le Duc Tho era expresar que el tiempo estaba de su lado, porque él estaba en posición de explotar en beneficio propio las divisiones de los Estados Unidos. En el curso de la primera serie de reuniones, entre febrero y abril de 1970, Le Duc

Tho rechazó un alto el fuego, un programa de retirada de quince meses⁹⁴³, la reducción paulatina de la lucha y la neutralización de Camboya. (De manera interesante, en su catálogo de quejas, del que no nos escatimó detalle, Le Duc Tho nunca mencionó el bombardeo «secreto» de los refugios camboyanos.)

Durante la segunda serie de negociaciones, de mayo a julio de 1971, Le Duc Tho llegó a nuevas metas de cinismo. En la tribuna pública, el FLN había presentado un plan de siete puntos. Le Duc Tho propuso un plan un tanto distinto y mucho más explícito de nueve puntos en las conversaciones secretas, insistiendo específicamente en que éstas sirvieran como base de las auténticas negociaciones. Mientras tanto, los portavoces del comunismo clamaban por una respuesta a su plan público de siete puntos, y el gobierno de Nixon fue atacado por no responder a una propuesta que los negociadores vietnamitas habían aclarado que no deseaban negociar. Esta farsa continuó hasta que Nixon reveló públicamente la maniobra, y entonces Hanoi publicó una «elaboración» de dos puntos al plan de siete puntos, que pronto causó mayor presión pública sobre Nixon. Después de terminar la negociación final, le pregunté a Le Duc Tho exactamente qué había explicado la elaboración de dos puntos. «Nada», me contestó con una sonrisa.

Durante la tercera ronda de negociaciones, de agosto de 1972 a enero de 1973, se logró el avance. El 8 de octubre Le Duc Tho abandonó su habitual exigencia de que los Estados Unidos derrocaran al gobierno de Saigón, y aceptó un alto el fuego. Desde entonces, las conversaciones avanzaron gradualmente hasta su conclusión. Le Duc Tho demostró ser tan ingenioso para encontrar soluciones como obcecado durante su período de obstruccionismo. Hasta modificó su discurso inicial, que, aunque no más breve que el anterior, se convirtió en una exhortación para lograr un progreso. Sin embargo, no permitió que el comienzo de unas negociaciones serias limitara su afán de hacerse odioso. Una frase que pronunciaba, inalterable, cada mañana, como parte de su nueva letanía era: «Ustedes hagan un gran esfuerzo, y nosotros haremos un gran esfuerzo.» Una mañana suprimió el adjetivo, diciendo que los Estados Unidos debían hacer un gran esfuerzo al que él correspondería con un esfuerzo. Para romper la monotonía, yo le hice ver la omisión. «Me alegro de que la notara — contestó mi imperturbable interlocutor—. Pero ayer nosotros hicimos un gran esfuerzo y ustedes sólo hicieron un esfuerzo. Así, hoy invertimos el procedimiento: ustedes tienen que hacer un gran esfuerzo y nosotros sólo haremos un esfuerzo.»

Parte de la dificultad de la negociación era que Le Duc Tho sólo tenía un objetivo, mientras que, como superpotencia, los Estados Unidos debían tener muchos. Le Duc Tho estaba resuelto a culminar con una victoria su carrera revolucionaria; los Estados Unidos tenían que ponderar las consideraciones internas contra las internacionales, el futuro de Vietnam contra la conservación de su propio papel mundial. Le Duc Tho manipuló la mente norteamericana como un diestro cirujano opera a un paciente; el gobierno de Nixon estaba obligado a luchar en tantos frentes que rara vez tuvo oportunidad de emprender una diplomacia ofensiva.

En realidad, desde el principio y durante todas las negociaciones, el gobierno de Nixon tuvo que dedicar una extraordinaria cantidad de energía a rechazar los ataques que se hacían a su buena fe. Pese a los muchos gestos unilaterales y no correspondidos que Nixon había hecho a Hanoi, el presidente, casi desde su toma de posesión, incurrió en la crítica de que no se dedicaba lo suficiente a lograr la paz. En septiembre de 1969, los Estados Unidos habían ofrecido al FLN participar en el proceso político y unas comisiones electorales mixtas; habían retirado más del 10 % de sus fuerzas y habían aceptado la total retirada de las restantes después de un acuerdo, sin poder mostrar, a cambio de estas concesiones, más que las interminables repeticiones de la exigencia comunista de retirada unilateral y derrocamiento del gobierno de Saigón.

No obstante, el 25 de septiembre de 1969, el senador republicano por Nueva York, Charles Goodell, declaró que presentaría una resolución exigiendo la retirada de todas las fuerzas norteamericanas de Vietnam para fines de 1970. El 15 de octubre ocurrieron las llamadas Manifestaciones de la Moratoria por todo el país. Una multitud de 20.000 personas se reunió al mediodía en el distrito financiera de Nueva York para oír cómo Bill Moyers, que había sido ayudante y secretario de Prensa del presidente Johnson, condenaba la guerra. 30.000 personas se reunieron en el New Haven Green. 50.000 atiborraron los alrededores del monumento a Washington, frente a la Casa Blanca. En Boston, 100.000 personas convergieron en el Common para escuchar al senador McGovern, mientras un avión dibujaba en el cielo un símbolo de paz para sugerir que el gobierno estaba negando que la paz fuera deseable.

El excepcionalismo norteamericano, como quedó encarnado en el Movimiento por la Paz, no permitió que se discutieran los aspectos prácticos de la salida y consideró los intentos de hacerlo como síntomas del subrepticio deseo del gobierno de continuar la guerra. Al haber convertido la guerra en un conflicto interno entre el bien y el mal en la propia patria, el Movimiento por la Paz prefirió, por razones que le parecieron muy morales, el desplome de los Estados Unidos en Vietnam a un resultado que, precisamente porque podría ser considerado «honorable», también podía despertar el apetito del gobierno por nuevas aventuras en el extranjero.

Por eso fue imposible encontrar un punto de contacto entre el Movimiento por la Paz y el gobierno. Nixon había reducido las fuerzas norteamericanas en Vietnam de cerca de 550.000 a 20.000 hombres en tres años; las bajas se habían reducido de cerca de 16.000, o sea el 28 % del total en 1968, a cerca de 600, casi el 1 % del total en 1972, último año de la guerra. Pero esto no disipó la desconfianza ni el dolor, pues no era posible borrar la diferencia fundamental: Nixon deseaba salir de Vietnam con honor, y el Movimiento por la Paz creía que el honor exigía que los Estados Unidos salieran de Vietnam incondicionalmente.

Si el fin de la guerra era el objetivo único, el gobierno de Saigón se volvió, a los ojos de sus críticos, un obstáculo para la paz en lugar de un aliado. Hacía mucho que había sido descartada la convicción original de que Vietnam del Sur era un elemento clave para la seguridad de los Estados Unidos. Lo que quedaba era la sensación de que, en Vietnam, los Estados Unidos estaban en mala compañía. La nueva ortodoxia de nuestros críticos era que Thieu debía ser reemplazado por un gobierno de coalición, en caso necesario retirando los fondos norteamericanos a Vietnam del Sur. La idea de un gobierno de coalición se convirtió en el remedio soberano del debate interno en el momento preciso en que los negociadores norvietnamitas estaban aclarando que, según su definición, decir gobierno de coalición era un eufemismo que en realidad significaba una toma del poder en el Sur por parte de los comunistas.

En realidad, los norvietnamitas habían inventado una fórmula sagaz para confundir al público norteamericano. Confesaron que su meta era un gobierno tripartito de «coalición», compuesto por el FLN (su propio pelee), un elemento neutral y miembros del gobierno de Saigón que defendieran «la paz, la libertad y la independencia». Como en tantas descaradas maniobras de Hanoi, había que leer entre líneas para encontrar el verdadero significado de unas propuestas que, por lo demás, parecían razonables. Sólo entonces era patente que este gobierno tripartito no gobernaría Saigón, sino que negociaría con el FLN un acuerdo final. En otras palabras, un organismo dominado por los comunistas negociaría con un grupo enteramente comunista acerca del futuro político de Vietnam del Sur. Hanoi estaba proponiendo poner fin a la guerra a través de un diálogo consigo mismo.

Sin embargo, la cuestión no apareció así en las conversaciones norteamericanas. En su libro *The Crippled Giant*, el senador J. William Fulbright afirma que la cuestión había sido entre

totalitarios rivales⁹⁴⁴. El senador McGovern, quien en 1971 había pensado en un «gobierno mixto» en Saigón, en 1972, en vísperas de presentar su candidatura presidencial por los demócratas, pidió la retirada de las fuerzas norteamericanas y la suspensión de toda ayuda militar a Vietnam del Sur⁹⁴⁵. El gobierno de Nixon estaba dispuesto a arriesgar el gobierno de Thieu en unas elecciones libres bajo supervisión internacional; lo que se negó a hacer fue derribar a un gobierno aliado, instalado por su predecesor, para lograr la salida de los Estados Unidos.

El criterio del éxito para el Movimiento por la Paz era, simplemente, si la guerra en realidad estaba terminando. Si la respuesta era negativa, se consideraba que era mala la posición de los Estados Unidos para negociar. El Movimiento por la Paz no condenaría a Hanoi ni por sus posiciones en la negociación ni por sus métodos de llevar adelante la guerra, con lo que daba a Hanoi todos los incentivos para practicar el obstruccionismo. Para 1972, los Estados Unidos habían retirado unilateralmente 500.000 hombres. Saigón había ofrecido formalmente celebrar elecciones libres y los Estados Unidos retirar todas las fuerzas restantes en los cuatro meses que siguieran a un acuerdo. Thieu había aceptado renunciar un mes antes de las elecciones. Los Estados Unidos habían propuesto la creación de una comisión mixta que supervisara las elecciones, condicionado todo ello a un alto el fuego supervisado internacionalmente, y a la devolución de los prisioneros de guerra. Pero ninguna de estas medidas acalló las críticas a sus motivos o a su política.

Al transcurrir los meses, el debate interno se concentró cada vez más en el requisito de Hanoi de que los Estados Unidos fijaran unilateralmente una fecha para retirarse, como fórmula para poner fin a la guerra. Muy pronto, las propuestas de fechas fijas se pusieron de moda en las resoluciones contra la guerra en el Congreso (hubo cerca de 22 en 1971, y 35 en 1972). Como no eran de carácter obligatorio, sus patrocinadores encontraban ahí lo mejor de todos los mundos: se disociaban del gobierno sin ninguna responsabilidad por las consecuencias. Nada parecía más fácil que poner fin a la guerra sencillamente retirándose; lástima que en Vietnam nada fuera tan fácil como parecía.

Después de reunirse con negociadores norvietnamitas y del FLN, algunos miembros del Movimiento Norteamericano por la Paz siguieron informando que ellos «sabían» que la liberación de los prisioneros y la resolución de otros problemas ocurrirían sin demora en cuanto los Estados Unidos se hubiesen comprometido a retirarse en una fecha fija e irrevocable. De hecho, Hanoi nunca había hecho semejante promesa, adhiriéndose al mismo gastado guión con las mismas enloquecedoras ambigüedades que había utilizado acerca de la detención de los bombardeos en 1968. Establecer una fecha fija crearía «condiciones favorables» para resolver otros problemas, confesó Le Duc Tho. Pero cuando se trató de negociaciones verdaderas, insistió en que, una vez fijada la fecha para la retirada, sería obligatoria, ocurriera lo que ocurriese con otras negociaciones acerca del alto el fuego o la liberación de prisioneros. En el mundo real, Hanoi hizo que la liberación de prisioneros y el alto el fuego dependieran del derrocamiento del gobierno de Saigón. Como no dejaba de explicar Le Duc Tho (que parecía dirigir un seminario para principiantes en ciencias políticas), para eso se había entablado la guerra.

La mayor ironía del debate interno norteamericano resultó ser que Hanoi, en realidad, no tenía ningún interés en una retirada unilateral de los Estados Unidos. Esto aún no se comprende en gran parte de la bibliografía sobre esa guerra. Casi hasta el fin, Hanoi nunca se desvió de su fórmula habitual: una fecha irrevocable para la retirada norteamericana, junto con el compromiso de derrocar, de salida, al gobierno de Vietnam del Sur. Básicamente no tenía ningún interés en los matices de los varios programas de retirada que los bienintencionados miembros del Congreso estaban dispuestos a someterle, salvo en la medida en que fomentaban la división en los Estados Unidos. Mitigar la situación ofreciendo un plan de retirada ligeramente más conciliatorio no iba a

modificar la posición de los norvietnamitas. El resultado del conflicto, según el modo de pensar de Hanoi, dependería de la fuerza. Con gusto se embolsaría las ofertas que se le hicieran, sin permitir que afectaran su posición negociadora. Los adversarios de la guerra creían que Hanoi se volvería razonable si los Estados Unidos mostraban su disposición de hacer más de lo que en rigor les correspondía. En esto se equivocaron. Lo único que Washington oyó de Hanoi equivalió a una demanda circular de rendición: la retirada incondicional, seguida por el derrocamiento del gobierno existente de Vietnam del Sur, su reemplazo por peleles de Hanoi y luego, cuando los Estados Unidos no tuviesen ya cartas que jugar, una negociación acerca de los prisioneros, que fácilmente podrían ser retenidos para arrancar nuevas concesiones.

En realidad, el debate por la retirada constituyó un punto decisivo de la guerra de Vietnam, al demostrar que muchas de las victorias del gobierno habían sido realmente pírricas. Nixon sostuvo su posición de no aceptar una fecha fija para la retirada, salvo a cambio de otros objetivos esenciales norteamericanos; pero tuvo que pagar el precio de aceptar la retirada total después de satisfacer sus condiciones. Así, Vietnam del Sur fue colocado en la posición de tener que defenderse por sí solo contra un enemigo más implacable que los de cualquiera de los otros aliados de los Estados Unidos, y en condiciones que los Estados Unidos nunca habían pedido satisfacer a ningún aliado. Los norteamericanos tenían tropas en Europa desde hacía dos generaciones; el armisticio de Corea ha sido protegido por fuerzas norteamericanas durante más de cuarenta años. Sólo en Vietnam aceptaron los Estados Unidos, presionados por la disensión interna, no dejar tropas; y en el proceso se privaron de todo margen de seguridad cuando se trató de proteger el acuerdo al que finalmente se llegó.

Nixon había fijado las condiciones norteamericanas para un acuerdo en dos importantes discursos, el 25 de enero de 1972 y el 8 de mayo de 1972. Las condiciones eran: un alto el fuego supervisado internacionalmente; el retorno y el recuento de prisioneros; la continuación de la ayuda económica y militar a Saigón; y dejar que el futuro político de Vietnam del Sur fuese resuelto por los partidos vietnamitas según unas elecciones libres. El 8 de octubre de 1972 Le Duc Tho aceptó las propuestas clave de Nixon, y Hanoi finalmente abandonó su exigencia de que los Estados Unidos colaboraran en situar un gobierno comunista en Saigón. Aceptó el cese del fuego, la devolución de todos los prisioneros norteamericanos y el recuento de los desaparecidos en acción. El gobierno de Thieu quedó intacto, y se permitió a los Estados Unidos seguir prestándole ayuda militar y económica.

Hasta entonces, Le Duc Tho se había negado a discutir siquiera esas condiciones. Por ello introdujo la propuesta que significó el avance, con la declaración siguiente:

[...] esta nueva oferta es exactamente la que ha propuesto el presidente Nixon: alto el fuego, fin de la guerra, liberación de los prisioneros y retirada de las tropas [...] y proponemos cierto número de principios a los problemas políticos. También ustedes han propuesto lo mismo. Dejaremos a los partidos de Vietnam del Sur la resolución de estas cuestiones²⁴⁶.

Ninguna de las ulteriores tragedias y controversias ha podido borrar el alivio que sentimos aquellos de nosotros que habíamos estado forjando la política norteamericana, al comprender que estábamos a punto de lograr lo que habíamos buscado durante cuatro años angustiosos, y que los Estados Unidos no tendrían que abandonar al pueblo que había confiado en ellos. Nixon había declarado innumerables veces que, una vez satisfechas las condiciones, él resolvería las cosas con celeridad. El 14 de agosto de 1972 dije a Thieu que si Hanoi aceptaba las propuestas del presidente Nixon tal como estaban, los Estados Unidos no tardarían en concluir un acuerdo. Teníamos la

obligación de cumplir nuestra palabra, y no nos quedaba más remedio que cumplirla. Si hubiésemos dado largas al asunto, Hanoi habría publicado sus propuestas, obligando a nuestro gobierno a explicar por qué había rechazado sus propias condiciones y desencadenando una votación en el Congreso para recortar los fondos.

Toda una combinación *de factores* llevó a Hanoi al punto de aceptar lo que constantemente había rechazado: el agotamiento cada vez mayor de sus suministros, como resultado de las minas colocadas en los puertos norvietnamitas; el ataque a los refugios camboyanos y laosianos en 1970 y 1971; el fracaso de su ofensiva de primavera en 1972; la falta del apoyo político de Moscú y de Beijing cuando el gobierno de Nixon reanudó los bombardeos en el Norte, y el temor de que Nixon, una vez reelegido, llegara a un enfrentamiento en toda regla.

Probablemente el factor decisivo fue que, al evaluar las consecuencias de la elección presidencial de 1972, los minuciosos calculadores de Hanoi hayan cometido, por una vez, un error de cálculo. Hanoi pareció creer que la victoria electoral de Nixon, casi seguramente abrumadora, le dejaría manos libres para llevar adelante la guerra. El gobierno de Nixon sabía que el nuevo Congreso no sería más favorable a la política de Nixon hacia Vietnam, y según parecía posible, se mostraría incluso más hostil a él en lo personal. Tal vez sería aprobada una de las resoluciones (literalmente veintenas) del Congreso de recortar fondos para la guerra, quizá junto con una propuesta de ley que habría sido presentada a comienzos de 1973 para pagar los gastos de frustrar la ofensiva comunista de la primavera de 1972.

Recibí la perspectiva de paz con la esperanza de que permitiera a los Estados Unidos comenzar el proceso de conciliación nacional y reparar el consenso bipartidista que había forjado la política exterior norteamericana de posguerra. Al fin y al cabo, el Movimiento por la Paz habría alcanzado su meta, mientras que quienes se habían esforzado por llegar a un resultado honorable podrían sentirse satisfechos del resultado de su paciencia. En mi informe, que esbozaba las condiciones del acuerdo final, me dirigí a nuestros adversarios de cuatro años de lucha interna:

[...] ahora ya debe quedar claro que en esta guerra nadie ha ejercido un monopolio de la angustia y que nadie en estos debates ha tenido un monopolio de la visión moral. Ahora que por fin hemos logrado un acuerdo en que los Estados Unidos no prescriben el futuro político a sus aliados, un acuerdo que debe mantener la dignidad y el respeto propio de todas las partes; que a la vez que curamos las heridas en Indochina, podremos empezar a restañar las heridas en los Estados Unidos⁹⁴⁷.

Sin embargo, las tenues perspectivas de unidad nacional se desplomaron irremediablemente por la cuestión de Camboya. Dado que Camboya era el único teatro de combate de los Estados Unidos en Indochina que Nixon no había heredado de sus predecesores, provocó debates entre partidos, que se convirtieron en algunas de las controversias más enconadas de la época de Vietnam.

No tengo la intención de reanudar aquí esas controversias. En otras partes se han enumerado sus detalles⁹⁴⁸. En esencia, las acusaciones de los adversarios del gobierno se reducían a dos cargos centrales: que Nixon había extendido gratuitamente la guerra a Camboya y que, en el proceso, la política norteamericana debía asumir la responsabilidad por el genocidio perpetrado por el comunista Jemer Rojo después de su victoria en 1975.

La idea de que Nixon había extendido frívolamente la guerra fue una repetición de la mala interpretación estratégica de 1961-1962 acerca de Laos, a saber, que la participación norteamericana en la guerra pudo quedar confinada a Vietnam del Sur, aunque Hanoi estaba haciendo la guerra en los tres países del teatro indochino. El ejército norvietnamita había construido dentro de Camboya, al

otro lado de la frontera de Vietnam del Sur, una red de refugios desde los cuales lanzaba divisiones enteras contra las fuerzas norteamericanas y survietnamitas. Estos refugios eran abastecidos por el Sendero de Ho Chi-Minh, a través de Laos o por el puerto marítimo camboyano de Sihanoukville, todo ello en flagrante violación de la neutralidad camboyana. Al acelerarse la retirada de soldados norteamericanos, la situación militar de las fuerzas survietnamitas y norteamericanas tendría que volverse insostenible si se dejaba intacta esta red logística y si las fuerzas norteamericanas, cada vez menores, se enfrentaban a tropas norvietnamitas intactas y con suministros ilimitados que les llegaban del exterior. Por tanto, el gobierno de Nixon tomó la decisión táctica de atacar por aire las zonas de refugio en 1969, y por tierra en 1970. Los ataques aéreos fueron una respuesta a una oleada de ataques norvietnamitas en el Sur, que estaban matando a 400 norteamericanos por semana y eran una violación al «entendimiento» de Hanoi con el presidente Johnson por el aplazamiento de los bombardeos en 1968; los ataques por tierra fueron una estrategia para proteger la retirada de soldados norteamericanos, que ya era de 150.000 al año.

Sin atacar las bases logísticas norvietnamitas no habría podido funcionar ninguna estrategia de retirada norteamericana. En cada caso, la ofensiva norteamericana fue bien recibida por las autoridades camboyanas, quienes la veían como una defensa a la neutralidad de su patria; al fin y al cabo, nadie había invitado a los norvietnamitas a entrar en Camboya.

A pesar de todo, ambas medidas militares norteamericanas causaron gran conmoción en los Estados Unidos, y alimentaron un debate que desde hace mucho ha rebasado el de la pura estrategia militar. Camboya pronto fue incluida en el debate básico por Vietnam. La política del gobierno reflejaba una estrategia; la crítica se centraba en la validez moral de la guerra misma. Esta actitud se acentuó por la incapacidad de la nación para sondear la naturaleza y la implacabilidad de la ideología revolucionaria. Todas las pruebas muestran que el Jemer Rojo había sido formado por ideólogos fanáticos desde sus épocas estudiantiles en el París de los años cincuenta. Estaban decididos a desarraigar y a destruir la sociedad camboyana y a imponer una especie de demencial utopía, exterminando a todo el que tuviese la más ligera educación «burguesa»⁹⁴⁹. Decir que fueron convertidos en criminales por las acciones norteamericanas tiene el mismo valor moral que tendría el argumento de que el Holocausto judío fue causado por los bombardeos estratégicos norteamericanos sobre Alemania.

El propósito de estas páginas no es buscar un juicio definitivo sobre asuntos que han provocado tantas pasiones que, entre tanto, se ha creado una literatura de verdadero culto. Pero los Estados Unidos se deben a sí mismos el reconocer que, cualquiera que sea el juicio definitivo sobre la sabiduría táctica de las decisiones norteamericanas en Camboya, trágicamente fue el Jemer Rojo el que cometió los asesinatos, y los camboyanos los que pagaron el precio de las divisiones internas en los Estados Unidos. Los críticos, que hicieron imposible que los Estados Unidos siguieran ayudando al gobierno camboyano en sus esfuerzos por resistir el ataque en masa del Jemer Rojo, no comprendieron que el cese de la ayuda norteamericana, que ellos estaban pidiendo y que finalmente lograron, sería seguido por un baño de sangre. No hay duda de que se horrorizaron por él. Sin embargo, su erróneo juicio de un enemigo genocida ocupó menos lugar en sus conclusiones que su condena a sus propios compatriotas.

La prueba para una sociedad es ver si puede superar sus diferencias a cambio de buscar objetivos comunes, y si puede tener en cuenta que las sociedades se fortalecen en sus reconciliaciones, no en sus conflictos. Los Estados Unidos no pasaron esta prueba en Indochina.

Sin embargo, las heridas eran tan profundas que la paz trajo consigo poca alegría. La oportunidad que hubiese habido de que el acuerdo fuera una medida curativa nacional fue debilitada

por el intervalo de tres meses transcurrido desde que se llegó al acuerdo inicial hasta el momento en que fue firmado y, ante todo, por el bombardeo con aviones B-52 de la zona de Hanoi en la segunda mitad de diciembre de 1972. Aunque el daño a los civiles fue mínimo, el clamor de las manifestaciones contra la guerra hizo que la firma del acuerdo, el 27 de enero de 1973, provocara, ante todo, una sensación de alivio exhausto y cauteloso.

Por su parte, los manifestantes no se aplacaron por el hecho de que Hanoi aceptara las condiciones de paz norteamericanas. Temieron que, si se permitía que el concepto de Nixon de una paz con honor subsistiera, los Estados Unidos podrían verse tentados de nuevo al mismo tipo de excesivo compromiso internacional del que, según ellos, Vietnam era el despreciado símbolo. Por ello, recibieron el acuerdo de paz con el mismo cinismo con que habían visto la dirección de la guerra y de la diplomacia. Sus críticos arguyeron, entre otras razones, que el acuerdo era una triquiñuela política, que cuatro años antes habían existido las mismas condiciones, y que todo era una traición de Thieu, a pesar de que la exigencia de derrocar a Thieu había sido tema central, durante años, de las demandas del Movimiento por la Paz.

Nada podría estar más lejos de la verdad que la afirmación de que se había llegado al acuerdo con Hanoi para influir sobre las elecciones nacionales. A fin de cuentas, Nixon había considerado una desventaja llegar a un acuerdo antes de la elección; su ventaja en las encuestas era insuperable, y sólo un debate acerca de las condiciones de paz habría podido ponerla en peligro⁹⁵⁰. Su motivo para llevar adelante el acuerdo era precisamente el opuesto del que alegaban sus críticos: no deseaba que consideraciones electorales pudiesen afectar un acuerdo que él había prometido repetidas veces al pueblo norteamericano, en cuanto se satisficieran las condiciones del gobierno.

Uno de los mitos más persistentes acerca de la política del gobierno de Nixon con respecto a Vietnam ha sido la tesis de que Nixon prolongó innecesariamente la guerra durante cuatro años, pues las mismas condiciones se habrían podido obtener cuatro años antes. Esta tesis se olvida de mil hechos bien conocidos. Todo demuestra, de manera abrumadora, que los Estados Unidos llegaron inmediatamente a un acuerdo en cuanto se aceptaron sus condiciones, que habían sido rechazadas una y otra vez por los norvietnamitas durante cuatro años.

Desde luego, en 1975, el esfuerzo norteamericano en Indochina terminó en un desastre que habría podido ocurrir en cualquier momento si el objetivo de los Estados Unidos hubiese sido la capitulación. Pero ni el gobierno ni el pueblo norteamericanos buscaron nunca tal objetivo. En la campaña electoral de 1968, todos los candidatos presidenciales habían pedido llegar a un compromiso, no a una capitulación. En 1972, el candidato que pidió la capitulación fue derrotado de manera aplastante. Aun así, el lector es libre de sacar la conclusión, en retrospectiva, de que la capitulación habría debido ser nuestro objetivo en 1969. Pero nada en la campaña política de 1968 indicó que el pueblo norteamericano o los partidos políticos buscaran semejante resultado.

El tormento no terminó con el Acuerdo de París. En cuanto acabó la guerra, la controversia se centró en el derecho de los Estados Unidos a imponer la paz. No hubo un solo miembro importante del gobierno de Nixon que no sintiera dudas sobre lo precario del acuerdo. Habíamos llegado al límite extremo de lo que se podía conceder, como siempre lo había prometido Nixon, y el tumulto interno dejó al gobierno con muy poco espacio para maniobrar.

No obstante, Nixon y yo, junto con muchos altos funcionarios del gobierno, creímos que las cláusulas militares y económicas del acuerdo permitirían a Vietnam del Sur resistir las previsibles presiones del Norte, siempre que los norvietnamitas cumplieran la parte del acuerdo que prohibía una renovada infiltración. Sin embargo, Nixon reconoció siempre que podían ocurrir violaciones de una magnitud que Vietnam del Sur no podría rechazar ni resistir sin la ayuda norteamericana. Estaba

dispuesto a alentar a Vietnam del Norte a ingresar en la comunidad internacional con un programa de ayuda económica, pero si fallaba todo lo demás, ni en la mente de los miembros del gobierno de Nixon ni en sus declaraciones públicas se había excluido el uso de la fuerza aérea para imponer el acuerdo.

Al terminar la guerra, el gobierno apretó los dientes, preparándose para la prueba de fuerza que la experiencia le había enseñado que probablemente ocurriría al entrar en vigor el acuerdo. Dimos por sentado que teníamos el derecho, en realidad, la responsabilidad, de defender un acuerdo por el cual habían muerto 50.000 norteamericanos. De haberlo hecho de otra manera, cualquier acuerdo de paz con los Estados Unidos sería el equivalente jurídico de una capitulación. Las condiciones que no se defendieran equivaldrían a una rendición. Si no se permite a un país aplicar sus condiciones de paz, lo mejor será abandonar sencilla y abiertamente su causa. En innumerables ocasiones, Nixon y sus principales asesores anunciaron su intención de defender el acuerdo⁹⁵¹ por ejemplo, el 3 de mayo de 1973, en el informe anual sobre política exterior de Nixon: «Semejante proceder [violaciones en masa a las condiciones] pondría en peligro las ventajas tan laboriosamente obtenidas por la paz en Indochina. Y nos arriesgaría a un renovado enfrentamiento⁹⁵². [...] Hemos dicho a Hanoi, en privado y en público, que no toleraremos violaciones al Acuerdo.»⁹⁵³

Pero: se repitió la pauta de los cinco años anteriores. Tal vez un presidente recién reelegido y con su imagen intacta podría haber insistido en las periódicas y enérgicas medidas militares que se necesitaban para aplicar el acuerdo. Pero con el Watergate socavando ya la presidencia, no había ni que pensar en ello. Mientras miles de camiones norvietnamitas avanzaban por el Sendero de Ho Chi-Minh, cerca de 50.000 soldados norvietnamitas estaban entrando en Vietnam del Sur y Hanoi se negaba tercamente a dar cuenta adecuada de los norteamericanos desaparecidos en acción, todo ello en flagrante violación del acuerdo; los adversarios de la política que había conducido al acuerdo insistían en que Nixon no tenía autoridad para aplicarlo, por graves que fueran las violaciones. Trataron el acuerdo como si fuese la retirada unilateral que siempre habían pedido. En junio de 1973, el Congreso negó nuevos fondos «para apoyar directa o indirectamente las actividades de combate de tropas de los Estados Unidos en o por Camboya, Laos, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur» después del 15 de agosto, incluyendo todo reconocimiento aéreo⁹⁵⁴. En julio de 1973, fue evidente que el Congreso no apoyaría un programa de ayuda económica para Vietnam del Norte.

El acuerdo de paz no se aplicaba por sí solo; ningún acuerdo habría podido hacerlo. Vietnam del Norte aún aspiraba a la unión de todo Vietnam bajo su gobierno, y un pedazo de papel firmado en París no modificaría los objetivos permanentes de Hanoi. Los Acuerdos de París habían sacado a los Estados Unidos del conflicto militar en Vietnam, pero el plazo de vida para Vietnam del Sur dependía del apoyo norteamericano. El Congreso debía decidir si continuaba con una política al estilo de la de contención en Indochina después que salieran las tropas norteamericanas, y votó contra ella.

Hasta la ayuda económica a Vietnam del Sur fue suprimida. En 1972, el Congreso había aprobado una ayuda de 2.000 millones de dólares. En 1973, la cantidad se redujo a 1.400 millones, y en 1974 bajó a la mitad, aunque los precios del petróleo se habían cuadruplicado. En 1975, el Congreso estaba discutiendo una última ayuda de 600 millones. Se dejó totalmente al margen a Camboya, con el argumento de que eso ayudaría a salvar vidas (eufemismo utilizado en vez del término abandono, y broma macabra a la luz del genocidio que siguió). En 1975, Camboya y Vietnam del Sur fueron invadidos por los comunistas, con dos semanas de diferencia, poniendo fin a las angustias de los Estados Unidos, pero no a las de Indochina.

El idealismo norteamericano, que sirvió de inspiración a gran parte del orden mundial de

posguerra, se había derrotado a sí mismo con sus propias armas. Cuatro presidentes habían declarado que Vietnam era vital para la seguridad de los Estados Unidos. Dos presidentes, de distintos partidos, habían dicho que el honor de los Estados Unidos dependía de no abandonar a quienes habían confiado en las declaraciones de este país. Nixon había ganado las elecciones de 1972 de manera abrumadora, precisamente basándose en esas propuestas. De manera típicamente norteamericana, ambos bandos en el debate por Vietnam habían visto sus objetivos de acuerdo con aspectos morales y nunca encontraron un medio de tender un puente ante el abismo que se abría entre ellos.

Aún después de veinte años, el debate público norteamericano no ha logrado ver las cosas con objetividad, y todavía parece más deseoso de achacar culpas que de aprovechar las lecciones de la experiencia. La victoria comunista pronto puso fin a uno de los debates perennes de la época de la guerra de Vietnam: si el espectro del esperado baño de sangre tras la invasión comunista era una quimera de políticos que buscaban pretextos para continuar la guerra.

Desde luego, en Camboya se cometió un genocidio. Los nuevos gobernantes mataron por lo menos al 15 % de su propia población. En Vietnam, el sufrimiento fue menor. Sin embargo, cientos de miles de survietnamitas fueron llevados a «campos de reeducación» (nuevo nombre de los campos de concentración). A principios de 1977, las autoridades comunistas confesaron tener 50.000 presos políticos, aunque casi todos los observadores independientes creían que el número verdadero llegaba a cerca de 200.000⁹⁵⁵. Con respecto al llamado Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur (el FLN), presentado en Occidente durante una década como pieza central putativa de un democrático gobierno de coalición, el victorioso Vietnam del Norte desveló que sus verdaderos planes eran muy distintos. En 1969, el FLN se había convertido en el llamado Gobierno Revolucionario Provisional de la República de Vietnam del Sur, o GRP. En junio de 1975, dos meses después de la caída de Saigón, se reunió el «gabinete» del GRP y decidió restablecer de forma limitada las operaciones bancarias en Vietnam del Sur. Se organizaron comités de asesoramiento para ayudar a administrar el país, incluyendo a algunos políticos no comunistas que se habían opuesto a Thieu; el GRP estableció relaciones diplomáticas con 82 países.

Sin embargo, no había nada que Hanoi deseara menos que un Vietnam del Sur independiente, aunque fuese comunista; había que arrancar de cuajo las tentaciones del estilo de Tito. Pronto fue anulada la decisión del «gabinete», los comités de asesoramiento se quedaron ociosos y nunca se enviaron al extranjero embajadores del GRP. El gobierno de Vietnam del Sur siguió en manos de juntas militares locales dirigidas por el Partido Comunista de Vietnam del Norte y por oficiales del ejército. En junio de 1975, los gobernantes y la prensa de Hanoi iniciaron la campaña publicitaria que pedía una pronta reunificación del país, es decir, la anexión formal del Sur, que se realizó en el plazo de un año⁹⁵⁶.

Aunque, hablando estrictamente, sólo cayeron dos fichas de dominó, Camboya y Laos, en muchas otras regiones los revolucionarios antioccidentales empezaron a envaletonarse. Puede dudarse que Castro hubiese intervenido en Angola o la Unión Soviética en Etiopía si no hubiesen considerado que los Estados Unidos se habían desplomado en Indochina, desmoralizado por el Watergate y después replegado en sí mismos. Al mismo tiempo, se ha dicho con cierta verosimilitud que si Vietnam del Sur hubiese caído a comienzos de los años sesenta, la intentona de golpe de Estado comunista en Indonesia, que estuvo a punto de triunfar en 1965, podría haber derrocado al gobierno y causado otro desastre estratégico.

Sea como fuere, los Estados Unidos pagaron por su aventura en Vietnam un precio totalmente desproporcionado a toda ganancia concebible. Sin duda, fue un error haber invertido tanto en causas

tan mal definidas. En primer lugar, los Estados Unidos se dejaron envolver porque aplicaron literalmente las máximas de su triunfante política europea a una región donde las condiciones políticas, sociales y económicas eran radicalmente distintas. El idealismo wilsoniano no tenía en cuenta ninguna diferenciación cultural, mientras la teoría de la seguridad colectiva afirmaba que, siendo indivisible la seguridad, la urdimbre de todo el orden internacional se desharía con sólo tirar de uno de sus hilos.

Los Estados Unidos, demasiado idealistas para basar su política en el interés nacional, y excesivamente centrados en los requerimientos de la guerra general en su doctrina estratégica, no pudieron dominar un problema estratégico desconocido en que los objetivos políticos eran inseparables de los militares. Imbuidos de fe en la creencia universal de sus valores, subestimaron de manera elocuente los obstáculos puestos a la democratización en una sociedad formada por el confucionismo, y entre un pueblo que estaba luchando por su identidad política bajo el ataque de fuerzas exteriores.

Tal vez la ficha de dominó más importante, y sin duda la más dañina, que cayó como resultado de la guerra de Vietnam, fue la cohesión de la sociedad norteamericana. El idealismo de la nación había convencido tanto a sus funcionarios como a sus críticos de la idea errónea de que se podría transformar la sociedad vietnamita con relativa facilidad y prontitud en una democracia al estilo norteamericano. Cuando esta optimista suposición se disipó y se hizo patente que Vietnam distaba mucho de ser una democracia, la desilusión fue inevitable. También hubo otro error, casi incomprensible, sobre la naturaleza del problema militar. Sin normas de juicio, los funcionarios a menudo interpretaron mal los problemas y, por tanto, a menudo los plantearon mal. Pero cuando estos funcionarios afirmaron que ya estaban viendo la luz al otro lado del túnel, eso era, en realidad, lo que casi todos ellos percibían. Por muy erróneas que fuesen sus evaluaciones, ante todo se habían engañado a sí mismos.

Las cuestiones que llegan a los más altos políticos casi siempre son complejas; las cuestiones sencillas, no controvertibles, se resuelven por consenso en los niveles inferiores del gobierno. Sin embargo, una vez tomada una decisión, por muchas que sean sus dudas, el político queda totalmente comprometido; por tanto, el aparente aplomo con que vaya a presentarla puede ser engañoso. Más aún, esta falsa impresión a menudo se complica por la tendencia de las burocracias a embellecer sus propias realizaciones.

Revelar toda presentación falsa e intencionada del ejecutivo de nuestro gobierno es una de las funciones más importantes de los medios informativos y del Congreso. La presentación falsa deliberada no tiene excusas. Pero hay pocas bases para afirmar que las cuestiones fundamentales de Vietnam fueron afectadas por la llamada falta de credibilidad. Los Estados Unidos habían entrado en Vietnam haciendo ondear sus banderas al aire; nadie penetró furtivamente allí. El Congreso estuvo enterado del nivel de la participación norteamericana, y año tras año aprobó las asignaciones necesarias. Haber tratado de impedir la toma de una nueva nación por los comunistas acaso fuese ingenuo, pero no debió permitir que los valores más sólidos de los Estados Unidos fueran atacados, lo que llegó a constituir la parte central del debate nacional.

Estas enconadas controversias siguen confundiendo la cuestión de lo que en realidad ocurrió en Indochina y crean un vacío intelectual acerca de un período que abarcó más de dos décadas y cuatro gobiernos, procedentes de los dos partidos políticos. Los Estados Unidos sólo se recobrarán de Vietnam cuando empiecen a extraer lecciones bipartidistas de esa dolorosa experiencia.

Primera: antes de que los Estados Unidos se comprometieran a combatir, debieron comprender claramente el carácter de la amenaza a la que se enfrentarían y los objetivos que, con realismo,

podrían alcanzar. Debieron tener una estrategia militar clara y una definición inequívoca de lo que constituye un buen resultado político.

Segunda: cuando los Estados Unidos se comprometen a la acción militar no debe haber alternativa a la victoria, como recomendó el general Douglas MacArthur. No se acallan los remordimientos con una ejecución vacilante; todo estancamiento prolongado minará la resistencia y, por tanto, la voluntad del pueblo norteamericano. Esto requiere una minuciosa elaboración de las metas políticas y de la estrategia militar necesaria para alcanzarlas antes de decidirse a entrar en guerra.

Tercera: una democracia no puede aplicar una política exterior seria si las facciones en pugna no ejercen un mínimo de moderación entre sí. Cuando la victoria sobre los adversarios internos se vuelve el único objetivo de una política, desaparece toda cohesión. Nixon estaba convencido de que era responsabilidad última del presidente defender el interés nacional, aunque esto fuera en contra de los apasionados disidentes de su propia nación, tal vez especialmente en ese caso. Sin embargo, Vietnam demostró que los presidentes no pueden dirigir la guerra ordenando la autorización. Ante unas manifestaciones violentas y ante las resoluciones del Congreso que iban derivando cada vez más hacia la retirada unilateral, y ante la hostilidad de los medios informativos, Nixon, al comienzo de su mandato, debió acudir al Congreso, explicar detenidamente su estrategia y solicitar un apoyo definido a su política. Al no obtener ese apoyo, debió pedir una votación para liquidar la guerra, y hacer que el Congreso asumiera su responsabilidad.

Como se dijo anteriormente, Nixon rechazó ese consejo porque consideró que la historia nunca perdonaría las atroces consecuencias de lo que él consideraba una abdicación de la responsabilidad del ejecutivo. Fue una decisión honorable; en realidad, moral e intelectualmente correcta. Pero en el sistema norteamericano de frenos y equilibrios, la carga que Nixon se echó sobre sus propios hombros no debió recaer sobre un solo hombre.

En la época de Vietnam, los Estados Unidos tuvieron que replegarse en sus propios límites. Durante la mayor parte de su historia, el excepcionalismo norteamericano había proclamado una superioridad moral, confirmada en apariencia por la abundancia material de la nación. Pero en Vietnam se vieron envueltos en una guerra que se volvió moralmente ambigua, y en que la superioridad material de los Estados Unidos casi era inútil. Las familias unidas que aparecían en las pantallas de la televisión en la década de los cincuenta fueron el grupo cultural que dio su apoyo a la grandeza moral de Dulles y al elevado idealismo de Kennedy. Los Estados Unidos, al ver frustradas estas aspiraciones hurgaron en su alma y se replegaron sobre sí mismos. Sin duda, ninguna otra sociedad habría tenido una confianza comparable en su íntima cohesión para desgarrarse de esa manera a sí misma, puesto que estaba segura de que podría volver a unirse. Ningún otro pueblo se habría arriesgado con tal desdén a una ruptura, para buscar su renovación.

Como consecuencia inmediata, el desorden interno fue una tragedia. Sin embargo, a la larga, la angustia podría ser el precio que los Estados Unidos tuvieran que pagar para relacionar su perfeccionismo moral, que ha inspirado tantos y tan grandes esfuerzos norteamericanos, con las necesidades de un entorno internacional menos hospitalario y más complejo que ninguno en el pasado.

La experiencia de Vietnam ha dejado una profunda huella en la mente de los Estados Unidos, mientras que la historia al parecer se ha reservado para sí misma algunas de sus lecciones más reveladoras. Después de su autoanálisis, los Estados Unidos recuperaron la confianza en sí mismos, y la Unión Soviética, pese a su apariencia monolítica, pagó un precio mortal por sus excesos morales, políticos y económicos. Tras un arranque de expansionismo, la Unión Soviética quedó

empantanada en sus contradicciones y, por último, se desplomó.

Estos acontecimientos sugieren algunas reflexiones un tanto irónicas sobre el carácter de las lecciones de la historia. Los Estados Unidos fueron a Vietnam a contener la que consideraban una conspiración comunista centralizada, y fallaron. Del fracaso de los Estados Unidos Moscú extrajo la conclusión que tanto habían temido los defensores de la teoría del dominó: que la histórica correlación de fuerzas había cambiado en su favor. Como resultado, trató de extenderse a Yemen, Angola, Etiopía y, más tarde, a Afganistán. Pero al hacerlo descubrió que las realidades geopolíticas se aplicaban tanto a las sociedades comunistas como a las capitalistas. De hecho, al ser menos flexible, el sobredimensionamiento soviético no produjo una catarsis, como en los Estados Unidos, sino la desintegración⁹⁵⁷.

Queda en pie la pregunta de si los acontecimientos habrían avanzado en la misma dirección en caso de que los Estados Unidos simplemente se hubieran cruzado de brazos confiando en que la evolución de la historia recogería el desafío comunista. O bien si esa renuncia habría conferido un ímpetu y una convicción de victoria inevitable al mundo comunista, que habría bastado para aplazar y tal vez hasta para evitar el desplome soviético.

Cualquiera que sea la respuesta de los académicos, el estadista no puede adoptar la renuncia como principio de su política. Puede aprender a moderar su confianza en sus juicios y a tener en cuenta lo imprevisible; pero depender del desplome final de un adversario amenazante es una política que no ofrece ningún consuelo a los millones de víctimas inmediatas, y convierte la política en una arriesgada apuesta a la intuición.

La angustia de los Estados Unidos a causa de Vietnam fue un extraordinario testamento de sus escrúpulos morales, lo que en sí es buena respuesta a todas las preguntas acerca del significado ético de la experiencia norteamericana. Tras un intervalo relativamente breve, los norteamericanos recuperaron su porte durante los años ochenta. Ya en la década de los noventa pueblos libres de todo el mundo buscaban otra vez al guía norteamericano para construir otro orden mundial. Su mayor temor no era a una presuntuosa participación de los Estados Unidos en el mundo sino, una vez más, su retirada de éste. Por ello, el triste recuerdo de Indochina debe servir para recordarnos que la unidad norteamericana es, al mismo tiempo, un deber y la esperanza del mundo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La política exterior como geopolítica: la diplomacia triangular de Nixon

Para Nixon, el angustioso proceso de sacar de Vietnam a los Estados Unidos había sido, a fin de cuentas, un esfuerzo por mantener la posición del país en el mundo. Aun sin ese purgatorio, habría sido necesaria una gran reevaluación de la política exterior norteamericana, pues se acercaba el fin de la hegemonía norteamericana en el escenario mundial. La superioridad nuclear de los Estados Unidos iba reduciéndose, y su supremacía económica ya era desafiada por el dinámico crecimiento de Europa y de Japón, restaurados ambos con recursos norteamericanos y protegidos por garantías de seguridad de los Estados Unidos. El episodio de Vietnam finalmente mostró que ya era hora de revisar el papel de los Estados Unidos en el mundo en desarrollo y de encontrar algún término medio entre la retirada y la expansión excesiva.

Del otro lado de la balanza se presentaban nuevas oportunidades para la diplomacia norteamericana puesto que se abrían grandes zonas de paso a través de lo que durante toda la Guerra Fría había parecido el monolito comunista. Las revelaciones hechas por Jruschov en 1956 acerca de las brutalidades del régimen de Stalin y la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 habían debilitado el atractivo ideológico del comunismo en el resto del mundo. Aún más importante fue la escisión entre China y la Unión Soviética, que socavó las pretensiones de Moscú de liderar un movimiento comunista unido. Todos estos acontecimientos indicaron que había margen para una nueva flexibilidad diplomática.

Durante veinte años, el idealismo wilsoniano había permitido a los gobernantes norteamericanos desempeñar su papel en el mundo con un celo digno de misioneros. Pero los Estados Unidos de finales de los años sesenta, estancados en Indochina y desgarrados por un conflicto interno, necesitaban una definición más compleja y matizada de su función internacional. Wilson había dirigido un país novato en asuntos internacionales que confiaba en su capacidad de llevar cualquier problema hasta su solución final; Nixon heredó una sociedad desgarrada por frustraciones cuyo futuro dependía de su capacidad para fijarse objetivos alcanzables a largo plazo y para perseverar en pos de esos objetivos aun en la adversidad, sin ceder a las dudas sobre sí misma.

Richard Milhous Nixon heredó una situación parecida a la de una guerra civil. Era profundamente desconfiado respecto del *establishment*, y a su vez era visto con recelo por muchos de los representantes de éste. Sin embargo, Nixon se mantuvo firme en su convicción de que el país democrático más importante del mundo no podía renunciar a sus responsabilidades ni a su destino. Pocos presidentes han sido tan complejos como Nixon: tímido, y sin embargo resuelto; inseguro, y no obstante resolutivo; desconfiado de los intelectuales pero, en privado, profundamente reflexivo; ocasionalmente impetuoso en sus declaraciones, y al mismo tiempo paciente y con amplia perspectiva de sus designios estratégicos, Nixon se encontró en la situación de tener que guiar a su país en la transición de un predominio a un liderazgo. Nixon solía ser poco generoso en sus declaraciones, e incapaz de proyectar una cordialidad personal, sin embargo, en las circunstancias más difíciles, pasó la prueba crucial del liderazgo, llevando a su sociedad de un ámbito familiar a un

mundo que no había conocido.

Ningún presidente norteamericano ha poseído mayores conocimientos de los asuntos internacionales. Ninguno, salvo Theodore Roosevelt, ha viajado tanto por el extranjero e intentado, con tan auténtico interés, comprender las opiniones de otros gobernantes. Nixon no fue un estudioso de la historia, como lo habían sido Churchill y De Gaulle. En general, aprendió lo suficiente del pasado de un país para absorber las suficientes nociones de los hechos correspondientes a sus circunstancias, y a menudo, ni siquiera eso. Sin embargo, tuvo una capacidad pasmosa para captar la dinámica política de cualquier país que llamara su atención, y su comprensión de las realidades geopolíticas fue en realidad notable. A veces, su manejo de la política interna pudo verse alterado por su ambición y su inseguridad personal, pero cuando se trató de política exterior, sus poderosas facultades analíticas y su extraordinaria intuición geopolítica siempre se centraron decididamente en beneficio de los Estados Unidos.

Nixon no creyó en las verdades wilsonianas acerca de la esencial bondad del hombre ni de la subyacente armonía entre las naciones, que debiera mantenerse gracias a la seguridad colectiva. Wilson había visto un mundo que avanzaba incontenible hacia la paz y la democracia; para él la misión norteamericana consistía en ayudar a que ocurriera lo inevitable. Para Nixon, el mundo estaba dividido entre amigos y adversarios; entre unos escenarios de cooperación y otros en que chocaban los intereses. Según la idea de Nixon, la paz y la armonía no eran el orden natural de las cosas, sino tan sólo oasis temporales en un mundo peligroso, en que sólo mediante un esfuerzo de vigilancia podía mantenerse la estabilidad.

Nixon intentó gobernar según cierto concepto del interés nacional de los Estados Unidos, aunque esa idea repugnara a muchos idealistas tradicionales. Nixon creía, con el mismo espíritu de la Ilustración del siglo XVIII, que si las grandes potencias, incluso los Estados Unidos, buscaban su interés de manera racional y predecible, del choque de intereses en competencia surgiría un equilibrio. Como Theodore Roosevelt, pero a diferencia de otros presidentes norteamericanos del siglo XX, Nixon contaba con un equilibrio del poder para conseguir estabilidad, y consideraba que para mantener el equilibrio mundial era esencial que Estados Unidos fuese un país fuerte.

Ambas ideas tenían por entonces muy poca aceptación. Nixon declaró lo siguiente en una entrevista concedida a la revista *Time* el 3 de enero de 1972:

Debemos recordar que la única época en la historia del mundo en que hemos tenido extensos períodos de paz es cuando ha habido un equilibrio del poder. Cuando una nación se vuelve infinitamente más poderosa en relación con sus potenciales opositores es cuando surge el peligro de guerra. Por eso creo en un mundo en que los Estados Unidos sean poderosos. Creo que será un mundo más seguro y un mundo mejor, si tenemos fuertes y sanos a los Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética, China, Japón, cada uno equilibrado con el otro, no actuando uno contra el otro, sino en un verdadero equilibrio⁹⁵⁸.

Nixon reflejaba al mismo tiempo la ambivalencia esencial de su sociedad: deseosa de parecer implacable y, sin embargo, necesitada de la fuerza interna que le imbuye su idealismo tradicional. De manera un tanto irónica, el presidente más admirado por Nixon, cuyas máximas eran todo menos wilsonianas, era el propio Woodrow Wilson. Cada nuevo presidente escoge aquellos retratos de sus predecesores que desea colgar en el Salón del Gabinete. Nixon escogió los de Wilson y Eisenhower. Cuando ordenó que el viejo escritorio de Wilson fuese colocado en la Oficina Oval, pareció que una ironía acechara a Nixon: el escritorio que el conservador de la Casa Blanca le llevó no era el de

Woodrow Wilson sino el de Henry Wilson, el vicepresidente de Ulysses Grant.

Nixon invocó a menudo la retórica wilsoniana. «Sí tenemos un destino —dijo— de dar al mundo algo más que simplemente un ejemplo que han podido darle otras naciones en el pasado [...] un ejemplo de liderazgo espiritual y de idealismo que no puede dar ninguna fuerza material ni poderío militar.»⁹⁵⁹ En realidad, Nixon compartía el gran anhelo norteamericano de una política exterior libre de todo egoísmo.

Hablando por los Estados Unidos, puedo decir esto: no codiciamos el territorio de nadie; no buscamos el dominio sobre ningún otro pueblo; buscamos el derecho a vivir en paz, no sólo para nosotros sino para todos los pueblos de esta Tierra. Sólo emplearemos nuestro poder para mantener la paz, nunca para violarla; sólo para defender la libertad, nunca para destruirla.⁹⁶⁰

Las declaraciones de altruismo de un presidente que en el mismo párrafo insistía en que el futuro del mundo debía ser decidido por cinco grandes potencias que buscaran sus propios intereses nacionales representaron una síntesis novedosa de la experiencia de su país. Nixon se tomó en serio el idealismo norteamericano, en el sentido de que compartía el apasionado internacionalismo de Wilson y su fe en el papel indispensable de los Estados Unidos. Pero se sintió igualmente obligado a relacionar la misión de los Estados Unidos con sus propias conclusiones acerca del modo en que en realidad funciona el mundo. Aun cuando Nixon deseaba que su país representara los valores wilsonianos, también tenía una dolorosa conciencia de que el destino le había asignado la ingrata tarea de hacer que los Estados Unidos dejaran de emprender cruzadas por aquellos valores enviando sus ejércitos por el mundo entero.

El punto de partida de Nixon fue el excepcionalismo norteamericano, aunque su extenso conocimiento de los gobernantes extranjeros le había enseñado que muy pocos eran altruistas; si se les obligara a confesar la verdad, casi todos ellos habrían optado por una cierta previsibilidad de la política exterior norteamericana, y habrían confesado que confiaban más en el interés nacional de los Estados Unidos que en su altruismo. Por eso Nixon prefirió actuar simultáneamente en dos ámbitos e invocar el pensamiento wilsoniano para explicar sus metas mientras apelaba al interés nacional para apoyar sus tácticas.

Resultó irónico que el compromiso de Nixon con el papel norteamericano en busca de la paz mundial lo opusiera a tantos de sus distinguidos contemporáneos norteamericanos, que antes se habían identificado con el wilsonismo pero que ahora exigían medidas que, para Nixon, equivalían a la renuncia del papel internacional de los Estados Unidos. Nixon, consciente de que hasta su propia idea de la responsabilidad mundial norteamericana equivalía a una retirada en comparación con las de sus predecesores inmediatos, consideró que su tarea sería definir un papel firme para unos Estados Unidos idealistas en un entorno internacional más complejo que nunca; un mundo donde, según Nixon, pudiesen fundirse el wilsonismo y la *Realpolitik*.

La estrategia de contención de los primeros años de la posguerra había lanzado a los Estados Unidos a la primera línea de cada crisis internacional; la elevada retórica del período de Kennedy había fijado objetivos que estaban más allá de la capacidad física y emocional de la nación. Como resultado, la rectitud de los Estados Unidos iba convirtiéndose en odio de sí mismos; y la crítica a la expansión excesiva, en renuncia. En esta situación, Nixon consideró que su primera tarea era colocar la experiencia de Vietnam en alguna perspectiva. Los Estados Unidos seguían siendo esenciales para la estabilidad internacional, pero no lograrían mantener el espontáneo intervencionismo que había llevado a más de 500.000 norteamericanos a Indochina sin una estrategia que les diera la victoria. La

supervivencia de la humanidad dependía, en última instancia, de la relación de las dos superpotencias, pero la paz del mundo dependía de que los Estados Unidos pudieran distinguir entre aquellas responsabilidades en que simplemente les correspondía ayudar y aquellas en las que eran indispensables, y si podrían sostener estas últimas sin desgarrarse.

Nixon escogió una ocasión un tanto insólita para enfrentarse a estos dilemas. El 25 de julio de 1969, se hallaba en Guam, al comienzo de un viaje por el mundo que lo llevaría del sureste de Asia a Rumania. Ese mismo día había presenciado el regreso, cerca de la isla de Johnston, en el Pacífico, de los primeros astronautas que habían llegado a la Luna. El periodismo moderno, reacio a explayarse hasta en el más novedoso drama histórico, exige un nuevo acontecimiento para cada ciclo noticioso, en especial durante los viajes presidenciales, y Guam estaba al otro lado de la línea de la hora internacional de la llegada (y por ello se considera que el regreso ocurrió el 24 de julio); así, formaba parte de otro ciclo de noticias.

Comprendiendo esto, Nixon escogió la ocasión para exponer los principios que guiarían el nuevo enfoque de su país de las relaciones internacionales. Aunque Nixon y sus asesores habían analizado repetidas veces el nuevo enfoque, no se había hecho ningún plan para presentarlo en público en esa ocasión en particular. Por eso todo el mundo quedó asombrado, incluso yo, cuando Nixon anunció las nuevas normas de los Estados Unidos para toda intervención en el exterior⁹⁶¹. Estas normas, llamadas en adelante la Doctrina Nixon, fueron expresadas en un discurso en noviembre de 1969, y nuevamente en febrero de 1970, en el primer informe anual sobre política exterior del presidente, innovación del período en que Nixon esbozó las premisas básicas de su política exterior.

La Doctrina Nixon trataba de la paradoja de que los dos compromisos militares norteamericanos de la posguerra, Corea y Vietnam, hubiesen sido a favor de países con los que los Estados Unidos no tenían ningún compromiso formal, y en regiones que, técnicamente, no estaban protegidas por alianzas. Con respecto a esas regiones, la Doctrina Nixon trató de mantener una actitud intermedia entre la expansión excesiva y la retirada, estableciendo tres normas para una intervención norteamericana:

- Los Estados Unidos cumplirían los compromisos de sus tratados.
- Los Estados Unidos «ofrecerían protección si una potencia nuclear amenazara la libertad de una nación aliada nuestra o de una nación cuya supervivencia consideremos vital para nuestra seguridad».
- En los casos en que hubiera una agresión no nuclear, los Estados Unidos «esperarían que la nación directamente amenazada asumiera la responsabilidad básica de aportar hombres para su defensa»⁹⁶².

Sin embargo, la realidad no se dejaría encerrar en normas formales. La garantía de que los Estados Unidos cumplirían con sus compromisos no era una simple frase hecha. Como las profesiones de castidad, tenía una credibilidad limitada, ya que es poco probable que alguien anuncie que la abandona antes de pasar a los hechos. Sea como fuere, la cuestión clave en la era nuclear no es saber si se cumplirán los compromisos, sino cómo serán definidos e interpretados. La Doctrina Nixon no ofrecía ninguna guía sobre cómo resolver las disputas de los Aliados con respecto a la estrategia nuclear: si se emplearían las armas nucleares y, dicho con crudeza, en el territorio de quién; si los Aliados dependerían de una guerra nuclear general, que afectara sobre todo a las superpotencias, o si dependerían de alguna versión de la «respuesta flexible» que inicialmente amenazara los territorios de las víctimas de agresiones.

La cláusula según la cual los Estados Unidos serían una defensa para los países «vitales para nuestra seguridad» si fueran amenazados por una potencia nuclear contenía dos ambigüedades: si los Estados Unidos defendían a los países vitales para su seguridad sólo cuando fueran amenazados por una potencia nuclear, ¿cuál sería su actitud si un país importante para su seguridad fuese amenazado por una potencia no nuclear, o por una potencia nuclear que decidiera no emplear armas nucleares? Y si el apoyo era más o menos automático ante una amenaza nuclear, ¿sería necesaria una alianza en toda regla?

La Doctrina Nixon también exigía que los países amenazados soportaran la mayor carga de su propia defensa convencional. Pero ¿qué harían los Estados Unidos si un país amenazado daba por descontado el apoyo norteamericano, aunque no compartiera la carga de la defensa, especialmente bajo la presión de una potencia nuclear? Resulta irónico que el énfasis del gobierno de Nixon en el interés nacional tuviese potencia suficiente para que muchas naciones pasaran por alto la condición de hacer mayores esfuerzos en su defensa. Pues si en realidad el interés nacional fuera la principal guía, los Estados Unidos se verían obligados a defender cualquier zona considerada esencial para su seguridad sin fijarse en los méritos de la víctima o en su contribución a la defensa común. Ahí estaban los dilemas que después pasarían al primer plano, bajo el epígrafe de reparto de la carga entre los Aliados.

Por tanto, la Doctrina Nixon era aplicable, ante todo, en las crisis de las zonas periféricas, no protegidas por alianzas en toda regla y amenazadas por satélites soviéticos, de los cuales, en realidad, había muy pocos. En su intento de inventar una «doctrina» para evitar otro conflicto como el de Vietnam, el gobierno de Nixon creó una doctrina que se aplicaba básicamente a situaciones como la de Vietnam, en las que estaba decidido a no reincidir.

Sin embargo, cuando Nixon tomó posesión, las relaciones entre el Este y el Oeste necesitaban con urgencia una revisión. El conflicto con la Unión Soviética había embarcado a los Estados Unidos en un compromiso mundial, y lo que había que reconsiderar era la estrategia de ese conflicto a la luz del trauma de Vietnam. Lo que dificultó tanto esta revisión fue que, durante toda la Guerra Fría, gran parte del debate interno sobre la contención se había efectuado siguiendo los conceptos típicamente norteamericanos que excluían la geopolítica: un grupo veía la política exterior como una subdivisión de la teología, y sus adversarios como una subdivisión de la psiquiatría.

Los creadores de la contención, Acheson y Dulles y sus colegas, pese a su gran conocimiento de los asuntos internacionales, habían considerado su obra en términos esencialmente teológicos; como consideraban congénita la propensión soviética a la dominación mundial, no veían a los gobernantes soviéticos como negociadores apropiados hasta que el Kremlin hubiese abandonado su ideología. Por tanto, al considerar que la principal tarea de la política exterior norteamericana era lograr la caída de los soviéticos, las negociaciones generales o siquiera un plan diplomático para ellas serían inútiles, si no inmorales, hasta que las «posiciones de fuerza» hubiesen logrado modificar los propósitos soviéticos.

A una sociedad carente de experiencia, con un conflicto irreconciliable y que poseía una fe abrumadora en el acuerdo como solución de las disputas, le faltaba paciencia para seguir tan difícil camino. Muchos que creían en las premisas morales de Acheson y Dulles trataron de acelerar el calendario de las negociaciones afirmando que el sistema soviético ya se había transformado a sí mismo, o estaba a punto de hacerlo. El pueblo norteamericano anhelaba el fin del enfrentamiento haciendo que hasta la dura escuela de las contenciones fuese vulnerable a los simples cambios atmosféricos, como se reflejó en los llamados espíritus de Ginebra y de Camp David, mientras Dulles era secretario de Estado.

Según la «escuela psiquiátrica», los gobernantes soviéticos no diferían mucho de los norteamericanos en su deseo de paz. Se portaron con intransigencia en parte porque los Estados Unidos los habían hecho sentirse inseguros. La «escuela psiquiátrica» pedía paciencia para fortalecer a la parte pacifista del gobierno soviético, de cual se decía que estaba dividido entre «halcones» y «palomas», casi como lo estaba también el gobierno norteamericano. El debate nacional se centró cada vez más en la magnitud del supuesto cambio interno de los soviéticos, sin haber logrado resolver el dilema original, es decir, la política de la contención, al no conocer un camino intermedio entre enfrentamiento y *statu quo*, nunca había dado respuesta a la pregunta acerca de qué se negociaría.

A comienzos de los años setenta ambas escuelas de pensamiento estaban siendo rechazadas por un nuevo radicalismo. El enfoque de Henry Wallace durante los años cuarenta había reaparecido y llevaba nuevos nombres y una retórica mucho más sorprendente, que cuestionaba la contención. No sólo argüía, como sus predecesores, que los Estados Unidos no tenían el derecho moral de oponerse al comunismo, sino que afirmaba que la oposición al comunismo en realidad lo fortalecía. Según el nuevo radicalismo, no había que contener al comunismo sino sobrevivirlo, pues, a la postre, la historia misma lo vencería si merecía la derrota.

El novelista Norman Mailer resumió ese punto de vista mientras describía una marcha sobre Washington y pedía la retirada incondicional de Vietnam:

[...] si los comunistas prevalecieran en Asia [...] surgirían divisiones, cismas y sectas [...]. Por tanto, abandonar Asia sería precisamente ganar el equilibrio del poder [...]. Cuanto más se extendiera el comunismo, más monumentales se volverían sus problemas, menos intensas sus preocupaciones por la conquista del mundo. En la expansión del comunismo estaba su propia contención⁹⁶³.

El nuevo radicalismo predicaba que las victorias del comunismo, no la oposición norteamericana, serían el factor principal, quizás el único, para su derrota, es decir, exactamente lo opuesto a la contención. Como la expansión desmedida era la causa principal de la debilidad del comunismo, cuanto más avanzara éste más seguramente se desplomaría. La idea de que las semillas de la victoria se encontraban en la abstención norteamericana de toda resistencia al comunismo era, en realidad, una paradoja del novelista.

Los sueños poéticos de Mailer fueron reforzados por analistas académicos mucho más enterados, que no se expresaron de manera tan caprichosa. La «teoría de la convergencia», sustentada por intelectuales de tanto peso como John Kenneth Galbraith⁹⁶⁴, afirmaba que de hecho era insensato que los Estados Unidos corrieran grandes riesgos oponiéndose al comunismo cuando las dos sociedades estaban destinadas a volverse cada vez más semejantes con el devenir natural de los acontecimientos.

Las relaciones entre el Este y el Oeste habían llegado a un callejón sin salida. El tradicional concepto de la contención había ocasionado un estancamiento diplomático. Su principal alternativa era una herejía, que exigía abandonar las premisas de los compromisos de toda una generación. Sin embargo, ningún presidente norteamericano responsable habría podido simplemente poner el destino de su país en manos de las supuestas fuerzas de la historia. Después de todo, no habría sido gran consuelo para Cartago saber que, pocos siglos después de ser arrasada por los conquistadores romanos, también Roma desaparecería.

Nixon rechazó estas tres escuelas de pensamiento y se propuso establecer el interés nacional como norma básica para la política exterior norteamericana a largo plazo. Para realizar este esfuerzo

se basó en su informe anual sobre política exterior. A partir de 1970, se habían hecho cuatro de esos informes anuales sobre la política exterior de los Estados Unidos. Éstos, redactados por mi personal y por mí mismo, reflejaban las opiniones del presidente, y se repartieron en nombre de Nixon. Como en todas esas declaraciones, la autoría es algo menos importante que el hecho de que el presidente asuma la responsabilidad de éstas. Aunque estos informes pretendían plantear el enfoque conceptual del nuevo gobierno, no lo lograron del todo. Los medios informativos, más interesados en los acontecimientos que en los conceptos, en su mayoría los pasaron por alto salvo en las secciones relacionadas con Vietnam. Los gobernantes extranjeros los consideraron obra del personal, al que podrían remitirse cuando en realidad surgieran las circunstancias a que se referían los informes.

No obstante, para el estudioso de este período, esos informes constituyen la mejor guía de la política exterior de la época de Nixon, y lo habrían sido para los periodistas y gobernantes extranjeros que, según se vio, no descubrieron muchas de las insinuaciones obvias porque se centraron en el material cotidiano de los intercambios diplomáticos. El tema fundamental de los informes era que, en lo sucesivo, la política exterior norteamericana se centraría en un análisis del interés nacional, y que los Estados Unidos se comprometerían con causas políticas y no con la interpretación de principios jurídicos. El primer informe anual del presidente sobre política exterior, del 18 de febrero de 1970, expresaba esta idea:

Nuestro objetivo, en primer lugar, es apoyar nuestros intereses a largo plazo, con una firme política exterior. Cuanto más se base esta política en una evaluación realista de nuestros intereses y de los de los demás, más eficaz podrá ser nuestra función en el mundo. No intervenimos en el mundo porque tengamos compromisos; tenemos compromisos porque intervenimos. Nuestros intereses deben dar forma a nuestros compromisos, y no a la inversa⁹⁶⁵.

En un documento oficial británico o francés tales declaraciones habrían parecido perogrulladas, y no se habría considerado necesario subrayarlas. En los Estados Unidos, el hecho de que un presidente basara su política en la afirmación explícita del interés nacional no tenía precedente. Ningún predecesor de Nixon en este siglo, excepto Theodore Roosevelt, había considerado el idealismo norteamericano como un factor entre otros muchos, ni el futuro en relación con un compromiso permanente como oposición a cruzadas específicas relacionadas con puntos fijos y determinados.

En sus tratos con la Unión Soviética, decía el informe, la política norteamericana se basaría en un entendimiento preciso de la naturaleza del sistema soviético, que ni subestimara el profundo compromiso ideológico comunista ni fuera víctima de la ilusión de que los gobernantes comunistas «han abandonado sus creencias o están a punto de hacerlo [...]»⁹⁶⁶. Tampoco se permitirían los Estados Unidos depender emocionalmente de sus relaciones con la Unión Soviética. La norma del progreso sería la cuestión principal expresada en acuerdos precisos que reflejaran los intereses comunes, y no la situación del momento. Ante todo, la relajación de las tensiones tenía que incidir sobre un vasto frente:

Consideramos a nuestros adversarios comunistas antes que nada y sobre todo como naciones que buscan sus propios intereses como ellos los perciben, así como nosotros buscamos nuestros intereses tal como los vemos. Los juzgaremos por sus acciones, tal como esperamos ser juzgados por las nuestras. Los acuerdos específicos y la estructura de la paz que ellos ayuden a edificar surgirán de un acuerdo realista de intereses en conflicto⁹⁶⁷.

En el informe de 1971, se repetía el mismo tema: «El orden interno de la URSS, como tal, no es objeto de nuestra política, aunque no ocultamos nuestro rechazo a muchos de sus rasgos. Nuestras relaciones con la URSS, como con otros países, están determinadas por su conducta internacional.»⁹⁶⁸

La insistencia en el interés nacional sería objeto de intensos ataques de los conservadores, en especial después del fin de la guerra de Vietnam, cuando la relajación de las tensiones internacionales ya fue menos urgente. Sin embargo, no se trataba de saber si Nixon había dependido demasiado de los gobernantes soviéticos, como afirmó la crítica en su momento, lo que era absurdo, dado el énfasis que puso Nixon en las cuestiones concretas y su pesimista visión de la naturaleza humana, sino de la estrategia más apropiada para contener el expansionismo soviético. Nixon creyó que, en la confusión de Vietnam, el interés nacional constituía la mejor norma para resistir al expansionismo comunista y conservar el apoyo del pueblo. Sus adversarios consideraron que el énfasis en el interés nacional era una forma de desarme moral.

En cuanto a su determinación de impedir toda nueva extensión de la influencia comunista, las opiniones del gobierno de Nixon fueron idénticas a las anteriores de Acheson y Dulles o a las posteriores de Reagan. Aun en plena guerra de Vietnam, el gobierno de Nixon reaccionó al punto a toda perceptible amenaza geopolítica o estratégica de la Unión Soviética: en 1970, a la construcción de una base naval soviética en Cuba, al desplazamiento de los misiles soviéticos tierra-aire al canal de Suez y como respuesta a la invasión siria de Jordania; en 1971, al papel soviético en la guerra entre la India y Pakistán; y en 1973, contra la implícita amenaza de Brézhnev de intervenir militarmente en la guerra árabe-israelí. Esta actitud se prolongó durante el gobierno de Ford como reacción al envío de tropas cubanas a Angola.

Al mismo tiempo, el enfoque del gobierno de Nixon a la contención difirió del de Acheson y Dulles, ya que no vio la transformación de la sociedad soviética como requisito para entablar negociaciones. Nixon se separó de los creadores de la contención y escogió un camino que recordaba el de Churchill, que, en 1953, después de la muerte de Stalin, pidió iniciar conversaciones con Moscú. Nixon creyó que el proceso de negociaciones y un largo período de competencia pacífica acelerarían la transformación del sistema soviético y fortalecerían las democracias.

Lo que Nixon definió como una época de negociaciones sirvió de estrategia para que los Estados Unidos recuperaran la iniciativa diplomática, mientras proseguía la guerra en Vietnam. El objetivo de Nixon era limitar las críticas del Movimiento por la Paz a la cuestión de Vietnam e impedir que paralizara todos los aspectos de la política exterior norteamericana. Este enfoque de Nixon no era básicamente táctico. El y sus consejeros creían que entre las dos superpotencias nucleares existía un interés común, muy posiblemente temporal, en reducir las tensiones. El equilibrio nuclear parecía estar llegando a una especie de estabilidad, o ésta podría lograrse, ya fuese unilateralmente o a través de negociaciones de control de armamentos. Los Estados Unidos necesitaban darse un respiro para poder salir de Vietnam y preparar una nueva política para después de este período, mientras que la Unión Soviética probablemente tenía razones aún más poderosas para buscar un respiro. La concentración de divisiones soviéticas en la frontera china daba a entender que una Unión Soviética que se enfrentara a tensiones en dos frentes separados por miles de kilómetros bien podría estar dispuesta a buscar soluciones políticas con los Estados Unidos, especialmente si nosotros lográbamos la apertura de China, que era piedra angular de la estrategia de Nixon. Cualesquiera que fuesen sus convicciones, los gobernantes soviéticos podían llegar a tener en sus relaciones con Occidente interés suficiente para aplazar todo enfrentamiento. A nuestro parecer, cuanto más se pospusiera el enfrentamiento soviético con Occidente, más imposible resultaría la

tarea de mantener unido al Imperio soviético, sobre todo porque a sus problemas políticos se les añadía el estancamiento económico. En otras palabras, Nixon y sus asesores creían que el tiempo jugaba a favor de los Estados Unidos y no del comunismo.

La opinión que Nixon tenía de Moscú era más matizada que la de sus predecesores. No veía las relaciones con la Unión Soviética como cuestión de todo o nada, sino como un conjunto de asuntos con diversos grados de posible solución. Se esforzó por unir los muchos elementos de la relación de superpotencia en un enfoque general que no fuese de total enfrentamiento (como el de los «teólogos»), ni totalmente conciliador (como el de los «psiquiatras»). Su idea era subrayar aquellas áreas en que era posible la cooperación y aprovechar esa cooperación como influencia para modificar la conducta soviética en las áreas en que los dos países se enfrentaban. Eso, y no las caricaturas que llegarían a caracterizar el debate ulterior, era lo que el gobierno de Nixon expresaba con la palabra *détente*.

En el camino de esta política de «enlace», como se la llamó, pues su propósito era enlazar la cooperación en un área con el progreso en otra, hubo muchos obstáculos. La obsesión de muchos norteamericanos influyentes por el control de armamentos fue uno de tales obstáculos. Las negociaciones de desarme de los años veinte, empeñadas en reducir las armas hasta niveles no amenazadores, habían fracasado por completo. Esa meta se había vuelto aún más compleja en la era nuclear, porque el nivel de «seguridad» de las armas nucleares suponía casi una contradicción de términos. Tampoco podía imaginar nadie cómo se podrían verificar los bajos niveles requeridos en un territorio tan vasto como la Unión Soviética. Sólo al acercarse el fin de la Guerra Fría se lograron verdaderas reducciones. Pero durante los años sesenta y setenta el desarme quedó subordinado a los esfuerzos por reducir los peligros específicos y definibles, el más sobresaliente de los cuales fue impedir un ataque por sorpresa, lo que recibió el nombre de control de armamentos.

Los políticos no habían esperado que la reducción del riesgo de un ataque por sorpresa apareciera como asunto clave en las negociaciones por el control de armamentos. El sentido común parecía indicar que el enorme potencial destructivo de las superpotencias se anularía mutuamente y que cada bando siempre podría infligir un daño irreparable, hiciera lo que hiciese su adversario. Luego, en 1959, en uno de los artículos verdaderamente originales del período de la Guerra Fría, Albert Wohlstetter, entonces analista de la Rand Corporation, mostró que el sentido común no era la guía adecuada para las relaciones nucleares. El hecho de que las armas nucleares fuesen transportadas en aviones concentrados en relativamente pocas bases podría hacer técnicamente posible destruir las fuerzas estratégicas del adversario antes de que fuesen lanzadas⁹⁶⁹. En tales circunstancias, el bando atacante podría reducir el contragolpe hasta niveles tolerables y situarse en condiciones de imponer su voluntad. Por la misma razón, el temor a un ataque por sorpresa podría tentar a ser previsores, es decir, a lanzar un ataque con el único propósito de adelantarse a ese ataque por sorpresa.

Según Wohlstetter, el equilibrio nuclear era, en realidad, sumamente inestable. La supuesta distancia entre las que fueron llamadas capacidades de primero y de segundo ataque se convirtieron en la obsesión de los analistas de la defensa y de los expertos en control de armamentos. Surgió la idea de que ambos bandos podrían tener interés en negociar acuerdos para protegerse contra aquel peligro último. En seminarios académicos celebrados en Harvard, el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), Stanford y el Cal Tech se elaboraron las teorías y propuestas prácticas sobre control de armamentos y estabilidad estratégica en que se basarían los políticos durante las dos décadas siguientes.

El artículo de Wohlstetter fue tan útil para el posterior análisis estratégico como el artículo «X»

de Kennan de 1947 lo fue para el análisis político. En adelante, la diplomacia del control de armamentos se concentró en limitar la integración y operación características de las fuerzas estratégicas para reducir al mínimo el incentivo de un ataque por sorpresa.

Pero el control de armamentos introdujo en el asunto complejidades propias. El tema era tan inconcreto que intensificó las angustias de los políticos y de la población en general. Por una parte, simplificaba en exceso la naturaleza del problema. La decisión de iniciar una guerra nuclear no la tomarían los científicos, familiarizados con estas armas, sino los agobiados dirigentes políticos, conscientes de que el menor error de cálculo podría destruir sus sociedades, si no la civilización misma. Ninguno de los dos bandos había tenido experiencia operativa con la nueva tecnología y, si se quería sobrevivir a una guerra nuclear, había que lanzar simultáneamente miles de ojivas nucleares. Sin embargo, durante toda la Guerra Fría la Unión Soviética nunca había puesto a prueba más de tres misiles simultáneamente, y los Estados Unidos nunca habían lanzado ni siquiera uno desde un silo operativo (dado que los silos operativos de los Estados Unidos se hallaban emplazados en el centro del país, y Washington temía un incendio de las masas forestales si un cohete de prueba caía a tierra. Puede juzgarse la confianza que sentía).

De este modo, el peligro de un ataque por sorpresa fue exagerado, en realidad, por dos grupos que tenían objetivos encontrados: los que deseaban considerables aumentos de los presupuestos de Defensa, destinados a proteger a la población contra el peligro de un ataque por sorpresa, y los que invocaban el temor al ataque por sorpresa como razón para recortar los presupuestos de Defensa. Como las cosas eran tan complejas, se atribuyó gran importancia a las habilidades informativas. Las emociones eran tan intensas que no era fácil saber si los expertos habían llegado a esas conclusiones mediante estudios científicos o si invocaban la ciencia en apoyo de conclusiones preconcebidas; demasiado a menudo, esto último era lo más probable. Apiadémonos del político que dependía del consejo de científicos cuyas opiniones eran muy divergentes, y que habían dedicado más años al estudio de cuestiones nucleares que las horas de las que disponía el estadista para considerarlas. Los debates sobre temas tan inconcretos como vulnerabilidad, precisión y previsibilidad alcanzaron niveles de complejidad similares a las disputas teológicas medievales, mientras que, de hecho, eran simples sustitutos de viejos desacuerdos filosóficos que se remontaban a los primeros días de la contención.

Durante el debate más intenso sobre el control de armamentos en la década de los setenta, los críticos conservadores advirtieron de que los gobernantes soviéticos no eran dignos de confianza, y de que la ideología soviética era esencialmente hostil. Los partidarios del control de armamentos subrayaron la contribución de los acuerdos sobre ese tipo de control para crear una atmósfera general de menor tensión, cualquiera que fuese el mérito de los auténticos acuerdos. Parecía que el viejo debate entre «teólogos» y «psiquiatras» volvía a reproducirse, pero ahora en lenguaje tecnológico.

Al principio, el control de armamentos simplemente fue ligado a la teoría de la contención. Se aceptó la dependencia de las posiciones de fuerza junto con un concepto del control de armamentos que pretendía hacer menos peligrosa la contención. Al cabo del tiempo, se hizo evidente que el control de armamentos también haría más permanente la contención. Empezó a hablarse cada vez menos de un acuerdo político, y se hicieron menos intentos por negociarlo. En realidad, cuanto más seguro les parecía el mundo a los controladores de armas, menos razones encontraban los estadistas para abandonar sus posiciones ya conocidas y salir al terreno desconocido del acuerdo político.

Las crisis iban y volvían. Hubo brotes, desde el sureste de Asia hasta el Caribe y Europa central, pero ambos bandos parecían estar aguardando el desplome más o menos automático de su

adversario bajo el efecto de la evolución histórica. Entre tanto, hasta que fuese evidente qué visión de la evolución histórica iba a prevalecer, la vida sería más tolerable gracias a las negociaciones del control de armamentos. Todo parecía tender al estancamiento; la doctrina política (la contención) no tenía respuesta para la carrera armamentística, y la teoría estratégica (control de armamentos) no ofrecía solución al conflicto político.

En este ambiente, Nixon tomó posesión de la presidencia y fue presionado por el Congreso y por los medios informativos para que pronto entablara negociaciones con los soviéticos por el control de armamentos. A Nixon le repugnó dirigir la diplomacia como si no hubiese ocurrido nada, menos de seis meses después de que tropas soviéticas habían ocupado Checoslovaquia. Al menos deseaba evitar que el control de armamentos se convirtiera en una válvula de seguridad para el expansionismo soviético. El gobierno de Nixon se propuso determinar si la manifiesta disposición de los soviéticos a aplacar a un gobierno que le parecía más enérgico que su antecesor y, por lo tanto, más amenazador a los intereses soviéticos, podría aprovecharse para obtener la cooperación soviética al suprimir la amenaza a Berlín, resolver las tensiones de Oriente Medio y, ante todo, poner fin a la guerra de Vietnam. A este enfoque se le llamó «enlace», y suscitó innumerables controversias.

Una de las principales tareas del estadista es comprender qué temas están en realidad relacionados y se pueden emplear para reforzarse mutuamente. Casi siempre, el político tiene pocas opciones; en último término, es la realidad y no la política la que enlaza los acontecimientos. La función del estadista consiste en reconocer la relación cuando en realidad existe; en otras palabras, en crear una serie de premios y castigos para conseguir el resultado más favorable.

Nixon expresó estas ideas en una carta a ciertos miembros de su gabinete preocupados por la seguridad nacional, el 4 de febrero de 1969, dos semanas después de haber jurado su cargo:

[...] Sí creo que la crisis o enfrentamiento en un lugar y la auténtica cooperación en otro no pueden sostenerse por mucho tiempo simultáneamente. Reconozco que el gobierno anterior opinó que, cuando vemos un interés común en una cuestión con la URSS, debemos buscar un acuerdo y tratar de aislarlo en lo posible de los altibajos de los conflictos que ocurran en otros lugares. Esto puede ser una costumbre sana en numerosas cuestiones bilaterales y prácticas, como los intercambios culturales y científicos. Pero, con respecto a las cuestiones esenciales de nuestros días, creo que debemos tratar de avanzar en un frente al menos lo bastante amplio para poner en claro que vemos cierta relación entre las cuestiones políticas y las militares⁹⁷⁰,

El debate acerca del enlace duró tanto que llegó a oscurecer la sencillez de las propuestas básicas del grupo de Nixon. La Guerra Fría era una relación adversa entre las dos superpotencias. Nixon dijo nada más, pero nada menos, que sería absurdo escoger una parte de esa relación para mejorarla, mientras el enfrentamiento continuaba en todas las demás. A Nixon y a sus asesores les pareció que una relajación selectiva de las tensiones era una estrategia que con toda seguridad socavaría la posición de las democracias. No tenía sentido que un tema tan complejo e inconcreto como el control de armamentos fuese la prueba de fuego para las perspectivas de paz, mientras las armas soviéticas fomentaban conflictos en Oriente Medio y mataban norteamericanos en Vietnam.

El concepto de enlace levantó tormentas en la comunidad de la política exterior. En su mayor parte, la burocracia de la política exterior norteamericana está formada por personas que se han dedicado a lo que, en la sociedad norteamericana, es una carrera un tanto heterodoxa de modo que puedan declarar y aplicar sus opiniones de la mejor manera. Más aún, sus opiniones son agudizadas

por un sistema en que la política surge de las luchas burocráticas que, como después indicó el secretario de Estado, George Shultz, nunca se resuelven definitivamente. La política exterior norteamericana, segmentada en una serie de iniciativas, a veces individuales y a veces aisladas, que se centran en problemas sumamente específicos, rara vez se enfoca desde el punto de vista de un concepto general. Los enfoques departamentales ad hoc tienen portavoces más numerosos, y más apasionados, que una estrategia general, la cual a menudo carece de defensores. Para romper esta pauta se necesita un presidente insólitamente fuerte y resuelto, conocedor de las costumbres de Washington.

El intento de Nixon por unir la apertura de las negociaciones de armamento más estratégico con el progreso en cuestiones políticas tropezó con la apasionada convicción de los controladores de armamentos, que estaban impacientes por limitar la carrera armamentística y de los kremlinólogos, convencidos de que la política exterior norteamericana debía apoyar a las «palomas» contra los «halcones» del Kremlin en sus supuestas disputas políticas. La burocracia se dedicó a socavar la política esbozada en la carta del presidente, subrayando el control de armamentos como un fin en sí mismo, y lo filtró a la prensa. Estas filtraciones, aunque no «autorizadas», tampoco fueron nunca negadas. En *The New York Times* del 18 de abril de 1969, «unos funcionarios» describieron los acuerdos armamentísticos con la Unión Soviética como «objetivo supremo de la política exterior de Nixon»⁹⁷¹. El 22 de abril, el *Times* dijo que unos «diplomáticos norteamericanos» predecían para el mes de junio las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (SALT)⁹⁷². El 13 de mayo, *The Washington Post* citó unas fuentes del gobierno en el sentido de que el 29 de mayo se fijaría una fecha para la apertura de las conversaciones⁹⁷³. Estas presiones acumulativas para modificar la posición declarada de Nixon, de unir el control de armamentos a cuestiones políticas, nunca se plantearon como desafío abierto; en cambio, se utilizaron todos los comentarios tácticos, día tras día, para llevar la situación a la posición preferida por la burocracia.

Los analistas situados fuera del gobierno pronto empezaron a lanzar sus propias críticas. El 3 de junio de 1969, *The New York Times* tildó de «contraproducentes» las restricciones del comercio norteamericano vinculadas a otras cuestiones. Eran medidas de «política de guerra fría», «incongruentes con la teoría del gobierno de Nixon de que ya es hora de pasar de una época de enfrentamiento a otra de negociación y de cooperación»⁹⁷⁴. *The Washington Post* empleó el mismo argumento. «La realidad es demasiado compleja y peliaguda —publicó el 5 de abril— para permitir a cualquier presidente creer que puede alinear tan diferentes patos en una sola fila. El control de armamento tiene un valor y una urgencia totalmente distintos del *status* de las cuestiones políticas.»⁹⁷⁵ Nixon intentó ampliar el diálogo con Moscú aplazando las conversaciones SALT. El impulso burocrático y el desacuerdo ideológico se combinaron para que Nixon tuviese que gastar un capital político que habría preferido administrar.

No puede decirse que el enfoque del gobierno tuviese un éxito inmediato. En abril de 1969, fracasó un intento por enviar a Moscú al futuro secretario de Estado, Cyrus Vance, con poderes para negociar simultáneamente sobre las limitaciones de armas estratégicas y sobre Vietnam⁹⁷⁶. Ambos asuntos eran demasiado inconmensurables; el resultado de las conversaciones sobre armas estratégicas era demasiado incierto y el liderazgo de Hanoi demasiado intratable; era demasiado difícil sincronizar la escala de tiempo requerida para afrontar estas negociaciones a la vez.

Pero, a fin de cuentas, Nixon y sus asesores sí lograron que las diversas partes de su política se apoyaran entre sí. El enlace empezó a funcionar porque el gobierno de Nixon se las arregló para ofrecer un gran incentivo a la moderación soviética, con su espectacular apertura de China. Una lección elemental para los estudiosos del ajedrez es que, al elegir entre diversas jugadas, no está mal

contar el número de escaques ganados en cada movida. En general, cuantos más escaques avance un jugador, mayores serán sus opciones y más limitará las de su adversario. Del mismo modo, en la diplomacia, cuantas más opciones tenga uno, menos tendrá el otro bando y más cuidadoso será al seleccionar sus objetivos. De hecho, semejante estado de cosas puede, con el tiempo, forzar al adversario a deponer su actitud adversa.

En cuanto la Unión Soviética ya no pudiese contar con una hostilidad permanente entre las dos naciones más poderosas y más populosas del mundo, y más aún si parecía que ambas empezaban a cooperar, el margen para la intransigencia soviética se reduciría y tal vez llegara a desaparecer. Los gobernantes soviéticos tendrían que proteger sus «apuestas» porque una actitud amenazadora podría intensificar la cooperación chino-norteamericana. En las condiciones de finales de los años sesenta, la mejora de las relaciones chino-norteamericana fue clave para la estrategia del gobierno de Nixon respecto de los soviéticos.

La tradicional amistad de los Estados Unidos con China desapareció cuando los comunistas ganaron la guerra civil en 1949 y entraron en la guerra de Corea en 1950. Entonces, los Estados Unidos adoptaron la política de aislar deliberadamente a los gobernantes comunistas en Beijing. Un símbolo revelador de esta actitud fue la negativa de Dulles a dar la mano a Zhou Enlai en la Conferencia de Ginebra de 1954 sobre Indochina, que diecisiete años después aún le dolía al primer ministro chino cuando me saludó en Beijing y me preguntó si yo era uno de esos norteamericanos que se negaban a dar la mano a los gobernantes chinos. El único contacto diplomático restante entre las dos naciones se efectuaba a través de sus respectivos embajadores en Varsovia, que se encontraban a intervalos regulares para intercambiar acusaciones. Durante la Revolución Cultural china de finales de los años sesenta, cuyo costo en sufrimientos y vidas humanas fue comparable al de las purgas de Stalin, todos los embajadores chinos (salvo, por alguna razón inescrutable, el de Egipto) fueron llamados a China, por lo que las conversaciones de Varsovia se interrumpieron y dejaron a Washington y a Beijing sin ningún contacto diplomático o político.

Resulta interesante señalar que los primeros en percibir las oportunidades inherentes a la escisión chino-soviética fueron los dos grandes abuelos de la diplomacia europea, Adenauer y De Gaulle. El primero, basándose en un libro que acababa de leer, empezó a hablar de ello hacia 1957, aunque la República Federal aún no estaba en posición de emprender una política global. De Gaulle no tuvo tales limitaciones. A comienzos de la década de los sesenta había interpretado sutilmente que los soviéticos tenían grandes dificultades a lo largo de su vasta frontera con China, y que esto los obligaría a buscar una mayor cooperación con Occidente. De Gaulle creyó que este hecho aceleraría una *détente* franco-soviética. Dado el problema chino de Moscú, soviéticos y franceses tal vez pudieran negociar el fin del Telón de Acero y adoptar la visión gaullista de una «Europa desde el Atlántico hasta los Urales». Pero las fuerzas de la Francia de De Gaulle eran insuficientes para emprender semejante revolución diplomática. Moscú no consideraba a París como un socio de dimensiones suficientes para pactar una *détente*. Sin embargo, aunque las conclusiones políticas de De Gaulle fuesen erróneas porque las veía a través del prisma francés, el análisis en que se basó sí fue profético. Durante largo tiempo, los políticos norteamericanos, cegados por sus prejuicios ideológicos, no vieron que la ruptura chino-soviética representaba una oportunidad estratégica para Occidente.

La opinión de los norteamericanos respecto a China se encontró dividida a lo largo de las pautas familiares de la Guerra Fría. Un reducido grupo de sinólogos consideró la escisión psicológica; pidió que los Estados Unidos atendieran las quejas de China entregando el escaño chino de las Naciones Unidas a Beijing, y que redujeran las tensiones estableciendo contactos más amplios.

En cambio, la gran mayoría de la opinión bien informada consideraba que la China comunista era incurablemente expansionista, fanáticamente ideológica e intransigentemente comprometida con la revolución mundial. Los propios Estados Unidos habían estado en Indochina en gran parte para sofocar la que les había parecido una conspiración encabezada por la China comunista para adueñarse de todo el sureste de Asia. La idea predominante era que, aún más que en el caso de la Unión Soviética, habría que transformar el sistema comunista chino antes de poder pensar siquiera en emprender negociaciones.

Esta opinión encontró un apoyo inesperado. Los soviólogos, que durante más de una década habían estado pidiendo un diálogo permanente con Moscú, adoptaron una actitud diametralmente opuesta con respecto a China. A comienzos del primer mandato de Nixon, un grupo de ex embajadores en la Unión Soviética, que estaban inquietos por las primeras y tentativas aperturas de Washington con respecto a Beijing, visitaron al presidente para hacerle una solemne advertencia. Los gobernantes soviéticos, afirmaron, sentían tal paranoia hacia la China comunista que todo intento por mejorar las relaciones norteamericanas con Beijing entrañaría un inaceptable riesgo de enfrentamiento con la Unión Soviética.

El gobierno de Nixon no compartía este concepto de las relaciones internacionales. Excluir de las opciones diplomáticas norteamericanas a un país de la magnitud de China haría que los Estados Unidos actuaran en la escena internacional con una mano atada a la espalda. Estábamos convencidos de que aumentar las opciones de la política exterior norteamericana ablandaría, no endurecería, la actitud de Moscú. En una declaración política que yo redacté para Nelson Rockefeller cuando fue candidato a la presidencia del Partido Republicano en 1968, decía: «[...] iniciaré un diálogo con la China comunista. En un sutil triángulo de relaciones entre Washington, Pekín y Moscú, mejoramos las posibilidades de acuerdo con cada uno para aumentar nuestras opciones ante ambos»⁹⁷⁷. Nixon había propuesto ideas idénticas desde antes, en un lenguaje adaptado a los tradicionales conceptos norteamericanos de comunidad mundial. En octubre de 1967, había escrito en *Foreign Affairs*:

A largo plazo, sencillamente no podemos permitirnos dejar para siempre a China fuera de la familia de las naciones, para que alimente sus fantasías, agudice sus odios y amenace a sus vecinos. En este pequeño planeta no hay lugar para que los mil millones de habitantes del pueblo potencialmente más capaz vivan en airado aislamiento⁹⁷⁸.

Poco después de su nominación presidencial, Nixon se volvió más explícito aún. En una entrevista concedida a una revista en septiembre de 1968 declaró: «No debemos olvidar a China. Siempre debemos buscar oportunidades de hablar con ella como con la URSS [...]. No debemos limitarnos a esperar cambios. Debemos tratar de hacer cambios.»⁹⁷⁹

En aquel caso, Nixon alcanzó su meta, aunque China se vio inducida a reunirse con la comunidad de las naciones no tanto por la perspectiva de un diálogo con los Estados Unidos sino por el temor a ser atacada por su supuesta aliada, la Unión Soviética. El gobierno de Nixon, que no comprendió inmediatamente este aspecto de la relación chino-soviética, fue alertado por la propia Unión Soviética. Ésa no fue ni la primera ni la última vez que la torpe política exterior soviética aceleró lo que el Kremlin más temía.

En la primavera de 1969, tuvo lugar una serie de choques entre fuerzas chinas y soviéticas en una remota franja de la frontera a lo largo del río Ussuri, en Siberia. Basándose en la experiencia de las dos décadas anteriores, al principio Washington dio por sentado que estas escaramuzas habían sido instigadas por fanáticos dirigentes chinos. Sin embargo, la torpe diplomacia soviética motivó

una revisión, pues los diplomáticos soviéticos estaban enviando a Washington informes detallados de su versión de los hechos y preguntando cuál sería la actitud de los Estados Unidos en caso de que se intensificaran esos choques.

La impaciencia soviética (sin precedentes) por consultar a Washington sobre una cuestión respecto de la cual los Estados Unidos no habían mostrado ningún interés particular nos hizo preguntarnos si esos informes no pretenderían preparar el terreno para un ataque soviético a China. Esta sospecha se intensificó cuando unos estudios del servicio de inteligencia norteamericano, motivados por los informes soviéticos, revelaron que las escaramuzas ocurrían invariablemente cerca de grandes bases de abastecimiento soviéticas y lejos de los centros de comunicación chinos: esta pauta sólo podría esperarse si en realidad las fuerzas soviéticas fueran las agresoras. Este análisis fue confirmado por una continua concentración de tropas soviéticas a lo largo de los 6.000 kilómetros de frontera china, donde llegaron a concentrarse más de 40 divisiones.

Si el análisis del gobierno de Nixon era correcto, estaba gestándose una gran crisis internacional, aunque casi nadie tuviera conciencia de ella. Una intervención militar soviética en China constituiría la más grave amenaza al equilibrio mundial del poder desde la crisis de los misiles cubanos. La aplicación de la Doctrina Brézhnev a China significaría que Moscú trataba de someter al gobierno de Beijing tanto como, el año anterior, había tenido que hacerlo con el de Checoslovaquia. Entonces la nación más poblada del mundo quedaría sometida a una superpotencia nuclear, una combinación ominosa que restauraría el temido bloque chino-soviético, cuya naturaleza monolítica había despertado tantos temores en la década de los cincuenta. No estaba claro si la Unión Soviética sería capaz de realizar tan vasto proyecto. En cambio, era obvio, especialmente para un gobierno que basaba su política exterior en una concepción geopolítica, que no se podía correr ese riesgo. Si se va a tomar en serio el equilibrio del poder, entonces hay que oponerse a la perspectiva misma de un trastorno geopolítico; cuando el cambio haya ocurrido, puede ser ya muy tarde para oponerse a él. Por lo menos, el costo de la resistencia se multiplicará.

Tales consideraciones movieron a Nixon a tomar dos extraordinarias decisiones en el verano de 1969. La primera fue dejar de lado todas las cuestiones en que se centraba el diálogo chino-norteamericano. Las conversaciones de Varsovia habían establecido una agenda tan compleja como prolongada. Cada bando subrayaba sus quejas; las de China se relacionaban con el futuro de Taiwán y los activos chinos confiscados en los Estados Unidos; los Estados Unidos trataban de que China renunciara a emplear la fuerza contra Taiwán, participara en las conversaciones de control de armamentos y se resolvieran las reclamaciones económicas de los Estados Unidos contra China.

En cambio, Nixon dejó de lado todos esos problemas y decidió concentrarse en la cuestión más general de la actitud de China en cuanto a un diálogo con los Estados Unidos. Se dio toda prioridad a la labor de determinar la magnitud del potencial triángulo chino-soviético-norteamericano. Si podíamos confirmar lo que sospechábamos, es decir, que la Unión Soviética y China se temían más una a la otra que a los Estados Unidos, la diplomacia norteamericana tendría una oportunidad sin precedente. Si las relaciones mejoraban sobre dicha base, la agenda tradicional se resolvería por sí sola; si no mejoraban, los problemas seguirían siendo insolubles. En otras palabras, las cuestiones prácticas se resolverían como consecuencia del acercamiento chino-norteamericano, y no señalarían el camino hacia éste.

Con la aplicación de la táctica de transformar el mundo de dos potencias en un triángulo estratégico, los Estados Unidos anunciaron en julio de 1969 una serie de iniciativas unilaterales para mostrar su cambio de actitud. Se levantó la prohibición de viajar a la República Popular de China; se permitió a los norteamericanos llevar a su país artículos de fabricación china por valor de 100

dólares, y se autorizaron embarques limitados de cereales a China. Estas medidas, aunque insignificantes en sí mismas, pretendían expresar el nuevo enfoque de los Estados Unidos.

El secretario de Estado, William P. Rogers, hizo explícitas estas aperturas en un importante discurso aprobado por Nixon. En Australia, el 8 de agosto de 1969, anunció que los Estados Unidos verían con agrado que la China comunista desempeñara un papel importante en los asuntos de Asia y del Pacífico. Si los gobernantes chinos abandonaban su introspectiva «cosmovisión», los Estados Unidos «abrirían canales de comunicación». Rogers destacó las iniciativas unilaterales tomadas por los Estados Unidos en el campo económico, que pretendían «ayudar a recordar al pueblo de la China continental nuestra amistad histórica para con él»⁹⁸⁰. Éste fue el comentario más favorable acerca de China hecho por un secretario de Estado norteamericano en los últimos veinte años.

Pero si existía un verdadero peligro de un ataque soviético a China en el verano de 1969, no habría tiempo para que estas complejas maniobras se desarrollaran gradualmente. Por tanto, Nixon tal vez dio el paso más atrevido de todo su mandato, advirtiendo a la Unión Soviética que los Estados Unidos no verían con indiferencia un ataque a China. Cualquiera que fuese la actitud inmediata de China con respecto a los Estados Unidos, Nixon y sus consejeros consideraron que la independencia china era indispensable para el equilibrio mundial, y que un contacto diplomático con China sería esencial para la flexibilidad de la diplomacia norteamericana. La advertencia de Nixon a los soviéticos también expresó el nuevo énfasis de su gobierno, que consistía en fundamentar la política norteamericana en el análisis cuidadoso del interés nacional.

Nixon, inquieto por la concentración militar soviética a lo largo de la frontera china, autorizó una enérgica declaración (de doble filo) el 5 de septiembre de 1969, en el sentido de que los Estados Unidos estaban «profundamente preocupados» por una guerra chino-soviética. El subsecretario de Estado, Elliot Richardson, fue el encargado de transmitir el mensaje. Richardson ocupaba un cargo suficientemente importante en la jerarquía para no dejar dudas de que hablaba en nombre del presidente, y al mismo tiempo no era tan conspicuo para que su declaración fuese tomada por un desafío abierto a los soviéticos:

No tratamos de explotar, en beneficio nuestro, la hostilidad que existe entre la Unión Soviética y la República Popular. Las diferencias ideológicas entre los dos gigantes comunistas no son de nuestra incumbencia. Sin embargo, no podría dejar de preocuparnos profundamente una intensificación de esta querrela, que se convirtiera en una enorme ruptura de la paz y la seguridad internacionales⁹⁸¹.

Cuando un país renuncia a su intención de explotar un conflicto entre otras dos partes, en realidad está indicando que tiene la capacidad de hacerlo y que ambas partes harían bien en esforzarse por mantener esa neutralidad. Asimismo, cuando una nación expresa su «profunda preocupación» por una contingencia militar, está indicando que ayudará, de alguna manera aún no especificada, a la víctima de lo que define como agresión. Nixon fue el único entre los presidentes norteamericanos de este siglo que mostró así su disposición a apoyar a un país con el que los Estados Unidos no habían tenido relaciones diplomáticas durante veinte años, con el cual su propio gobierno no había tenido aún ningún contacto a ningún nivel, y cuyos diplomáticos y medios informativos vilipendiaban constantemente el «imperialismo» norteamericano. Esta actitud constituyó el retorno de los Estados Unidos a la *Realpolitik*.

Para subrayar el nuevo enfoque, en cada uno de los informes anuales del presidente sobre política exterior se insistió en la importancia de mejorar las relaciones entre China y los Estados

Unidos. En febrero de 1970, antes de que hubiese algún contacto directo entre Washington y Beijing, en el informe se pidieron negociaciones prácticas con China y se subrayó que los Estados Unidos no se unirían a la Unión Soviética contra China. Desde luego, ésta fue la otra cara de la advertencia a Moscú; implicaba que Washington siempre había tenido esa opción si se veía empujado a ella. En febrero de 1971, el informe reiteró la disposición de los Estados Unidos a establecer un contacto con China y aseguró que los Estados Unidos no tenían ninguna intención hostil:

Estamos dispuestos a establecer un diálogo con Pekín. No podemos aceptar sus preceptos ideológicos ni la idea de que la China comunista debe ejercer la hegemonía sobre Asia. Pero tampoco deseamos imponer a China una posición internacional que niegue sus legítimos intereses nacionales⁹⁸².

Una vez más, en el informe se reiteró la neutralidad de los Estados Unidos en el conflicto entre los dos principales centros comunistas:

No haremos nada para intensificar ese conflicto, ni lo azuzaremos. Es absurdo creer que pudiéramos aliamos con una de las partes contra la otra [...].

Al mismo tiempo, no podemos permitir que la China comunista ni la URSS dicten nuestra política y conducta en relación con la otra [...]. Juzgaremos a China, como a la URSS, no por su retórica sino por sus acciones⁹⁸³.

La notable renuncia a asociarse con cualquiera de los gigantes comunistas sirvió de invitación a cada uno de ellos para mejorar sus relaciones con Washington, y de advertencia, también a cada uno, sobre las consecuencias de una continuada hostilidad. En la medida en que China y la Unión Soviética suponían que necesitaban la buena voluntad norteamericana o temían un acercamiento norteamericano a su adversario, ambas tenían un acicate para mejorar sus relaciones con Washington. A ambas se les había dicho lo más claramente posible, tanto que, en realidad, cualquiera podía verlo, que el requisito para estrechar lazos con Washington era no amenazar los intereses vitales de los Estados Unidos.

De hecho, resultó más fácil definir una nueva organización para las relaciones con China que aplicarla. El aislamiento entre los Estados Unidos y China había sido tan absoluto que ninguno de los dos sabía cómo entablar contacto, o cómo encontrar siquiera un vocabulario común para asegurar al otro que el acercamiento no era una maniobra de distracción.

China tuvo las mayores dificultades, en parte porque la diplomacia de Beijing era tan sutil e indirecta que casi no la comprendimos en Washington. El 1 de abril de 1969, dos meses después de que Nixon prestara juramento de su cargo, Lin Piao, ministro de Defensa de China, que estaba a punto de ser nombrado heredero de Mao, en un informe al Noveno Congreso Nacional del Partido Comunista abandonó la hasta entonces habitual acusación a los Estados Unidos como principal enemigo de China. Cuando Lin Piao dijo que la Unión Soviética era una amenaza igual, se satisfizo el requisito fundamental de la diplomacia triangular. Lin Piao también reafirmó la declaración de Mao de 1965, cuando éste le dijo al periodista Edgar Snow que China no tenía tropas fuera de sus fronteras, ni intención de combatir mientras su territorio no fuese atacado.

Una de las razones de que no se prestara atención a las insinuaciones de Mao fue que los chinos habían exagerado enormemente la importancia de Edgar Snow en los Estados Unidos. Los dirigentes de Beijing creyeron que este periodista norteamericano, que durante mucho tiempo había simpatizado

con los comunistas chinos, poseía en los Estados Unidos una credibilidad especial en asuntos chinos. Washington, en cambio, lo consideraba un títere de los comunistas y no estaba dispuesto a confiarle sus secretos. Tampoco supimos apreciar el gesto de Mao al colocar a Snow a su lado en el podio el día del desfile de la Independencia de China, en octubre de 1970, ni comprendimos la importancia de la entrevista que Mao concedió a Snow en diciembre de 1970, en la cual invitó a Nixon a visitar China, fuese como turista o como presidente de los Estados Unidos. Aunque Mao había ordenado a su intérprete que entregara sus notas a Snow (para demostrar su buena fe), Washington no se enteró de la invitación hasta muchos meses después, cuando la visita de Nixon ya había sido programada por otros conductos.

Mientras tanto, los contactos diplomáticos entre los Estados Unidos y China se reanudaron en Varsovia en diciembre de 1969, pero no resultaron más satisfactorios de lo que habían sido hasta entonces. Nixon había dado instrucciones al sumamente capaz y discreto Walter Stoessel, embajador norteamericano en Varsovia, de que se aproximara al responsable de negociado chino en la primera reunión social en que ambos se encontraran, y lo invitara a reanudar las conversaciones entre embajadores. La oportunidad de Stoessel se presentó el 3 de diciembre de 1969, con ocasión de una exposición de moda yugoslava, celebrada en el Palacio de la Cultura de Varsovia. El responsable de negociado chino, que no tenía instrucciones para el caso de que un diplomático norteamericano se le acercara, al principio lo evitó. Sólo cuando Stoessel logró arrinconar a su intérprete pudo transmitirle el mensaje. Sin embargo, para el 11 de diciembre, el funcionario ya había recibido instrucciones sobre cómo tratar con los norteamericanos, e invitó a Stoessel a la embajada china para reanudar las conversaciones de Varsovia.

Casi inmediatamente surgió un estancamiento. La agenda habitual de los dos bandos no se prestaba a un análisis de las cuestiones geopolíticas subyacentes que, en opinión de Nixon, y, a su vez, también en la de Mao y en la de Zhou, determinarían el futuro de las relaciones chino-norteamericanas. Además, estas cuestiones estaban siendo filtradas, en el bando norteamericano, a través de un complicado proceso de consulta con el Congreso y con los aliados clave, todos los cuales aseguraron que, si se lograba algún progreso, éste sería tedioso y estaría sujeto a muchos vetos.

El resultado fue que las conversaciones de Varsovia causaron más controversias dentro del gobierno norteamericano que en las reuniones entre ambos bandos. Por tanto, Nixon y yo sentimos cierto alivio al saber que China interrumpía las conversaciones entre embajadores para protestar contra el ataque de los Estados Unidos a los refugios camboyanos en mayo de 1970. Desde entonces, ambos bandos buscaron un canal de comunicación más flexible. A la larga, el gobierno pakistaní satisfizo esta necesidad. El acelerado ritmo de los intercambios culminó en mi viaje secreto a Beijing, en julio de 1971.

Nunca me imaginé que encontraría a un grupo de interlocutores más receptivo al estilo diplomático de Nixon que los gobernantes chinos. También ellos consideraban que la agenda tradicional sólo era de importancia secundaria y estaban interesados, ante todo, en averiguar si era posible una cooperación basada en intereses factibles. Por eso, más adelante una de las primeras observaciones de Mao a Nixon fue: «La cuestión pequeña es Taiwán; la cuestión grande es el mundo.»

Los gobernantes chinos deseaban una garantía de que los Estados Unidos no cooperarían con el Kremlin en la aplicación de la Doctrina Bréznév; Nixon necesitaba saber si China cooperaría con los Estados Unidos para frustrar una ofensiva geopolítica soviética. Los objetivos de ambos bandos eran esencialmente conceptuales, aunque tarde o temprano tendrían que convertirse en una diplomacia

práctica. Si cada bando presentaba de manera convincente su visión del mundo, de allí tendría que surgir el sentido de un interés común, tarea para la cual Nixon estaba sumamente bien dotado.

Por estas razones, las primeras etapas del diálogo chino-norteamericano enfocaron básicamente la mezcla de conceptos y de enfoques fundamentales. Mao, Zhou y después Deng eran personalidades extraordinarias. Mao era el visionario, el revolucionario implacable, despiadado, a veces terrible; Zhou era el administrador elegante, encantador y brillante, y Deng era el reformador, de convicciones elementales. Los tres reflejaban una tradición común de análisis minucioso y compartían la experiencia de un país antiguo, con un instinto esencial para distinguir entre lo permanente y lo circunstancial.

Su estilo de negociar era completamente opuesto al de sus colegas soviéticos. Los diplomáticos soviéticos casi nunca discutían asuntos conceptuales; su táctica consistía en elegir un problema de interés inmediato para Moscú e insistir en su resolución con una tenacidad destinada a agotar a sus interlocutores, más que a persuadirlos. La insistencia y la vehemencia con que los negociadores soviéticos planteaban el consenso del Politburó reflejaban la brutal disciplina y las tensiones internas de la política soviética, y transformaban la alta política en una agotadora negociación «del detalle». Gromiko encarnó la quintaesencia de este enfoque de la diplomacia.

Los gobernantes chinos representaban una sociedad mucho más segura en su aspecto emocional. Se interesaban menos por los pequeños detalles que por lograr que se confiara en ellos. En una reunión de Nixon con Mao, éste no perdió tiempo en asegurar al presidente que China no emplearía la fuerza contra Taiwán. «Podemos prescindir de ellos [de Taiwán] por el momento, y ya lo hablaremos dentro de cien años.»⁹⁸⁴ Mao no pidió ninguna reciprocidad por la garantía que los Estados Unidos habían estado buscando durante veinte años.

Mientras yo redactaba el Comunicado de Shangai con Zhou Enlai, ofrecí intercambiar una frase ofensiva del texto chino por otra de la versión norteamericana que Zhou pudiera objetar. «Así no llegaremos a ninguna parte —replicó él—. Si usted puede convencerme de por qué es ofensiva nuestra frase, se lo concederé.»

La actitud de Zhou no era producto de una buena voluntad abstracta, sino de una segura comprensión de las prioridades a largo plazo. En aquel momento China necesitaba crear confianza; querer anotarse los puntos en disputa habría sido contrario a sus intereses. Según Mao, la principal amenaza a la seguridad era la Unión Soviética: «En este momento es relativamente pequeña la cuestión de una agresión de los Estados Unidos o una agresión de China [...]. Ustedes desean que una parte de sus tropas vuelva a su tierra; las nuestras no irán al exterior.»⁹⁸⁵ En otras palabras, China no temía a los Estados Unidos, ni siquiera en Indochina; no desafiaba intereses vitales de los Estados Unidos (hicieran lo que hicieran los Estados Unidos en Vietnam), y se preocupaba básicamente por las amenazas de la Unión Soviética (y, como después se demostró, de Japón). Para subrayar su insistencia en el equilibrio global, Mao dijo que sus propias declaraciones antiimperialistas eran «cañones descargados».

La naturaleza conceptual del enfoque facilitó nuestros primeros encuentros. En febrero de 1972, Nixon firmó el Comunicado de Shangai, que durante toda la década siguiente serviría de guía para las relaciones chino-norteamericanas. Más de la mitad del comunicado estaba dedicada a exponer las opiniones conflictivas de los dos bandos en materia de ideología, asuntos extranjeros, Vietnam y Taiwán, lo que constituía un hecho sin precedentes. Curiosamente, el listado de los desacuerdos dio más importancia a los temas en que ambos bandos estaban de acuerdo. Éstos afirmaban:

- El progreso en la normalización de relaciones entre China y los Estados Unidos beneficia a

todos los países;

- ambos desean reducir el peligro de un conflicto militar internacional;
- ninguno de los dos buscará la hegemonía en la región del Pacífico asiático, y cada cual se opone a los esfuerzos de cualquier otro país o grupo de países por establecer dicha hegemonía; y
- ninguno está dispuesto a negociar en nombre de terceros o de entrar en acuerdos o entendimientos con el otro dirigidos contra otros Estados⁹⁸⁶.

Estos acuerdos, una vez despojados de la jerga diplomática, significaban como mínimo que China no haría nada por exacerbar la situación en Indochina o en Corea; que ni China ni los Estados Unidos cooperarían con el bloque soviético, y que ambos se opondrían a todo intento de cualquier país por sojuzgar Asia. Como la Unión Soviética era el único país capaz de dominar el continente asiático, de hecho surgía así una alianza tácita para bloquear el expansionismo soviético en Asia (no muy distinta de la *Entente Cordiale* entre Gran Bretaña y Francia de 1904, y entre Gran Bretaña y Rusia en 1907).

Un año después, ese entendimiento entre los Estados Unidos y China se hizo a la vez más explícito y más amplio. En un comunicado que se publicó en febrero de 1973, China y los Estados Unidos convenían en resistir (más que «oponerse», como decía el Comunicado de Shanghai) juntos (mejorando el que había sido un «compromiso por separado») al intento de cualquier país por lograr la dominación mundial (en vez de «asiática»). En el período de un escaso año y medio las relaciones chino-norteamericanas habían pasado de una estridente hostilidad y aislamiento a una alianza *de facto* contra la principal amenaza.

El Comunicado de Shanghai y la diplomacia a que dio lugar permitieron al gobierno de Nixon organizar lo que fue llamado, tal vez con cierta grandilocuencia, una nueva estructura de paz. En cuanto se anunció la apertura de los Estados Unidos a China, la pauta de las relaciones internacionales se modificó asombrosamente. Poco después, en Occidente las relaciones con China se denominaron la «carta» china, como si la política de los rudos dirigentes que gobernaban desde la Ciudad Prohibida pudiese ser planificada en Washington. En realidad, la «carta» china se jugó a sí misma o no existió. El papel que ejerció la política norteamericana consistió en establecer un marco que reflejara el deseo de cada nación de apoyar a la otra donde coincidieran sus intereses nacionales.

Según el análisis de Nixon y de sus asesores, mientras China tuviera más que temer de la Unión Soviética que de los Estados Unidos, su propio interés la obligaría a cooperar con los Estados Unidos. Por idéntica razón, China no mantuvo su oposición al expansionismo soviético como favor a los Estados Unidos, aun cuando sirviera tanto a los propósitos norteamericanos como a los chinos. Por muy impresionado que estuviera Nixon por la claridad de pensamiento de los gobernantes chinos, especialmente del *premier* Zhou Enlai, no tenía ningún interés en colocar inequívocamente a los Estados Unidos en uno de los dos bandos del conflicto entre China y la Unión Soviética. La posición de los Estados Unidos para negociar sería más fuerte cuanto más cerca estuvieran de ambos gigantes comunistas que lo que uno de ellos estuviera del otro.

La apertura de los Estados Unidos a China ofrece un buen ejemplo del papel de las personalidades en la dirección de la política exterior. Aquello que la posteridad llega a considerar un nuevo comienzo resulta, habitualmente, de una serie de acciones más o menos al azar, que dificultan distinguir entre lo que ha sido una elección consciente y un simple impulso. Como las relaciones chino-norteamericanas surgieron después de veinte años de casi total aislamiento, todo era enteramente nuevo y, por tanto, significativo para lo que ocurriría después. A ambos bandos la

necesidad les imponía el acercamiento, y tenía que haberlo intentado quienquiera que gobernase cada país. Pero la facilidad y rapidez con que se logró y las proporciones que adquirió debieron mucho a la sutileza y perseverancia de los dirigentes de ambos bandos que lo crearon y, sobre todo del lado de los Estados Unidos, al énfasis sin precedentes del análisis del interés nacional.

Mao, el devoto comunista, resumaba el aplomo de quien se sabe heredero de una tradición de autonomía ininterrumpida que duró tres milenios. Después de someter su inmenso país a la borrachera ideológica y a la terrible sangría de la Revolución Cultural, Mao se encontraba entonces en situación de dar cierto sentido práctico a la política exterior china. Durante siglos, el Reino Medio había asegurado su supervivencia azuzando a los distantes bárbaros contra sus vecinos inmediatos. Debido a su profunda preocupación por el expansionismo soviético, Mao adoptó la misma estrategia en su apertura a los Estados Unidos.

A Nixon no le preocupaban los motivos de Mao. Su objetivo básico era recuperar la iniciativa norteamericana en política exterior. En la búsqueda de lo que llamó una época de negociaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos para aliviar la herida de Vietnam, Nixon no se basó en las relaciones personales ni en la conversión de los soviéticos, sino en un equilibrio de estímulos para hacer que el Kremlin se mostrara más dúctil.

Después de la apertura de China a los Estados Unidos, la Unión Soviética se encontró ante desafíos en dos frentes: la OTAN en el Oeste y China en el Este. En un período que, en otros aspectos, representó un punto culminante de la confianza soviética y un abismo de la de los Estados Unidos, el gobierno de Nixon logró cambiar las tornas. Siguió asegurándose de que una guerra general fuera demasiado arriesgada para los soviéticos. Tras la apertura hacia China, las presiones soviéticas inmediatamente inferiores al nivel de una guerra global también se volvieron demasiado peligrosas, porque tenían potencial suficiente para acelerar el temido acercamiento chino-norteamericano. Una vez que China se relacionó con los Estados Unidos, la mejor opción para la Unión Soviética fue buscar una relajación de las tensiones con los Estados Unidos. El Kremlin, basándose en la teoría de que tenía más que ofrecer que China hasta imaginó que lograría manipular a los Estados Unidos para llevarlos a una especie de alianza contra China, lo cual propuso con absoluta torpeza Brézhnev a Nixon en 1973 y, de nuevo, en 1974⁹⁸⁷.

En su nuevo enfoque de la política exterior, los Estados Unidos no iban a apoyar al más fuerte contra el más débil en ninguna situación de equilibrio de poder. La Unión Soviética, como país con mayor capacidad física para alterar la paz, sería incentivada para moderar las crisis y para no provocar otras mientras se enfrentara a una resistencia en dos frentes. China, que tenía su propia capacidad de alterar el equilibrio asiático, sería contenida por la necesidad de que la buena voluntad norteamericana fijara límites al aventurerismo soviético. Con todo esto, el gobierno de Nixon trataría de resolver cuestiones prácticas con la Unión Soviética mientras dialogaba con los chinos sobre conceptos globales.

Pese a que la mayoría de los soviólogos había advertido a Nixon que si mejoraban las relaciones con China se enconarían las relaciones soviético-norteamericanas, lo que ocurrió fue lo contrario. Antes de mi viaje secreto a China, Moscú había estado dando largas durante más de un año a la celebración de una cumbre entre Brézhnev y Nixon, tratando de hacer que una reunión al más alto nivel dependiera de toda una lista de condiciones. Luego, al mes siguiente de mi visita a Beijing, el Kremlin invirtió su posición e invitó a Nixon a Moscú. Todas las negociaciones soviético-norteamericanas empezaron a acelerarse en cuanto los gobernantes soviéticos abandonaron sus intentos de arrancar concesiones unilaterales a los Estados Unidos.

Nixon fue el primer presidente desde Theodore Roosevelt que dirigió la política exterior

norteamericana, en gran parte, en nombre del interés nacional. El defecto de este enfoque fue su falta de respaldo emotivo entre el pueblo norteamericano. Aunque Nixon hablara a menudo de una estructura de paz, las estructuras son instrumentos que, por sí mismos, no llegan al corazón ni a la fantasía de una sociedad, en especial si esa sociedad está imbuida en la tradición norteamericana del excepcionalismo. Por otra parte, el interés nacional tampoco es tan evidente como implicaban los diversos informes presidenciales sobre política exterior. A falta de una tradición bien establecida, los grupos dirigentes de los Estados Unidos no se sienten tan cómodos con el concepto de interés nacional como, por ejemplo, los de Gran Bretaña, Francia o China. Aun en las circunstancias más favorables y tranquilas se necesitaría casi todo un período presidencial para establecer una tradición de política exterior basada en el enfoque de Nixon.

En su primer mandato, Nixon tuvo pocas oportunidades de emprender semejante tarea educativa porque su sociedad se hallaba desgarrada por las protestas y por la convicción de que el gobierno de los Estados Unidos se había obsesionado por la amenaza del comunismo. Desde el principio, el segundo mandato de Nixon se vio plagado por el Watergate. No era probable que un presidente que debía ser enjuiciado fuese aceptado como líder de un esfuerzo por modificar el pensamiento tradicional.

Además, Nixon y sus subordinados habían presentado su enfoque de una manera demasiado hiriente para las tradiciones ideológicas norteamericanas. Veinte años antes, John Foster Dulles había adornado sus análisis realistas con la retórica del excepcionalismo; diez años después, Ronald Reagan haría que el pueblo norteamericano apoyara una política exterior que, en sus detalles prácticos, no difería considerablemente de la de Nixon, pero supo presentarla bajo un punto de vista idealista. El problema de Nixon fue que, al gobernar durante la época de Vietnam, el estilo retórico de Dulles, o de Reagan, habría sido como echar aceite al fuego. Así mismo, aun en tiempos más propicios, Nixon probablemente era demasiado cerebral para haber adoptado ese tipo de discurso.

Cuando los logros del enfoque de la política exterior de Nixon se dieron por sentados y quedaron atrás los peligros que había eludido, el enfoque de Nixon (y mío) fue cada vez más discutido. Sin Watergate, Nixon acaso hubiese logrado encontrar el apoyo del país a su estilo de diplomacia y demostrar que, de hecho, era el medio más realista de justificar el idealismo norteamericano. Pero la combinación de Vietnam y Watergate impidió que surgiera un nuevo consenso. Aunque Nixon había logrado, pese a la tragedia de Indochina, llevar a su país a una posición internacional hegemónica, durante su segundo mandato hubo un debate extraordinariamente intenso acerca del papel de su nación en el mundo, y en especial acerca de su actitud en relación con el comunismo.

La *détente* y sus descontentos

Después de sacar a los Estados Unidos de la desmoralizadora sangría de Vietnam y volver a centrar la atención del país en cuestiones internacionales más vastas, el gobierno de Nixon intentó forjar lo que se ha llamado, con cierta grandilocuencia, una «estructura de paz». La relación triangular entre los Estados Unidos, la URSS y China abrió las puertas a una serie de avances importantes: el fin de la guerra de Vietnam, un acuerdo que garantizaba el acceso al Berlín dividido, una enorme reducción de la influencia soviética en Oriente Medio, el principio del proceso de paz árabe-israelí y la Conferencia sobre Seguridad Europea (que se completó durante el mandato de Ford). Cada uno de estos acontecimientos contribuyó a los demás. El enlace estaba operando con mayor fuerza que nunca.

La *détente* dio nueva fluidez a la diplomacia europea, escenario que había quedado virtualmente paralizado desde la consolidación final de las esferas de influencia del Este y el Oeste en 1961. Hasta la elección de Willy Brandt como canciller en septiembre de 1969, los sucesivos gobiernos de Alemania Occidental habían insistido en que el único gobierno legítimo de Alemania era el que residía en Bonn. La República Federal se negó a reconocer el régimen de Alemania Oriental, y rompió relaciones diplomáticas con cualquier país (aparte de Rusia) que le diera su reconocimiento: la llamada Doctrina Hallstein.

Tras la construcción del muro de Berlín en 1961, la cuestión de la unificación alemana fue desapareciendo paulatinamente de la agenda de las negociaciones entre el Este y el Oeste, y los alemanes dejaron por un tiempo de buscar su reunificación. Durante estos años, De Gaulle estudió la posibilidad de negociar con Moscú, independientemente de los Estados Unidos, proclamando una política de «*détente*, entente y cooperación» con Europa del Este. Tenía la esperanza de que si Moscú veía a Europa como bloque independiente y no como satélite de los Estados Unidos, los gobernantes del Kremlin, que ya tenían problemas con China, se dejarían convencer de que debían relajar su dominio sobre Europa del Este. De Gaulle deseaba que Alemania Occidental se separara hasta cierto punto de Washington y siguiera el ejemplo de Francia en su actitud hacia los soviéticos.

El análisis de De Gaulle era correcto, pero el general sobreestimó la capacidad de Francia para explotar una situación internacional menos rígida. La República Federal no tenía ninguna intención de dar la espalda a los poderosos norteamericanos. Sin embargo, el concepto de De Gaulle no pasó inadvertido a algunos gobernantes alemanes, quienes llegaron a creer que la República Federal acaso tuviera las fichas de negociación que le faltaban a París. Brandt, ministro de Exteriores de Alemania mientras el general planteaba su jugada, comprendió lo que implicaba esa visión. Los alemanes que apoyaban la iniciativa de De Gaulle, recordaría Brandt después,

no entendieron que el general no proseguiría sus sueños de una disuasión nuclear europea (rechazó firmemente la participación alemana). Tampoco comprendieron que estaba planeando una política de *détente* que nunca habría encontrado el apoyo del ala derecha de la Unión [el partido conservador de Alemania] y que, de hecho, en muchos aspectos estaba allanando el camino a nuestra ulterior *Ostpolitik*⁹⁸⁸.

La invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 puso fin a la iniciativa de De Gaulle, y resulta irónico que, en cambio, abriera la puerta a Brandt cuando le llegó su turno como líder de Alemania Occidental en 1969.

Brandt presentó la tesis, por entonces sorprendente, de que, como la dependencia de Occidente había producido un estancamiento, la unificación de Alemania se debía buscar, en cambio, a través de un acercamiento de Alemania al mundo comunista. Pidió a su país que reconociera al satélite alemán oriental, que aceptara la frontera con Polonia (la línea Oder-Neisse) y que mejorara sus relaciones con la Unión Soviética. Una vez establecidas las relaciones entre el Este y el Oeste, la Unión Soviética acaso se mostrara menos dura ante el asunto de la unificación. Por lo menos, se podrían mejorar las condiciones de la población de Alemania Oriental.

Al principio, el gobierno de Nixon tuvo graves reservas hacia lo que Brandt llamaba *Ostpolitik*. Aunque cada Estado alemán trataba de seducir al otro, finalmente podrían unirse ambos en algún programa nacionalista y neutral, como habían temido Adenauer y De Gaulle. La República Federal tenía el sistema político y social más atractivo; los comunistas tenían la ventaja de que el reconocimiento de su Estado, una vez concedido, sería irrevocable, y que en sus manos estaba la clave de la unificación. Ante todo, el gobierno de Nixon temía por la unidad de Occidente. De Gaulle ya había roto esa unidad ante Moscú al abandonar Francia la OTAN y practicar su propia política de *détente* con el Kremlin. Washington veía con temor el fantasma de una Alemania Occidental que se separara de Occidente.

Sin embargo, cuanto mayor impulso cobraba la iniciativa de Brandt, más claramente veían Nixon y sus asociados que, cualesquiera que fuesen las trampas de la *Ostpolitik*, cualquier otra alternativa era aún más arriesgada. Cada vez era más evidente que la Doctrina Hallstein era insostenible. A mediados de los años sesenta, Bonn la había modificado con respecto a los gobiernos comunistas de Europa del Este con el endeble argumento de que no eran libres de tomar sus propias decisiones.

Pero el problema era más profundo. En la década de los sesenta era inconcebible que Moscú permitiera el desplome de su satélite alemán oriental sin provocar una crisis enorme, y cualquier crisis que fuese resultado de la insistencia de Alemania en sus aspiraciones nacionales, o que pudiera presentarse de esa manera, aumentaba enormemente las posibilidades de que la alianza de Occidente se escindiera. Ningún aliado quería arriesgarse a un enfrentamiento por la unificación del país que le había causado tantos sufrimientos en la guerra anterior. Nadie había corrido a las barricadas cuando Nikita Jruschov amenazó con entregar a los comunistas de Alemania Oriental las rutas de acceso a Berlín. Todos los aliados occidentales, sin excepción, toleraron la construcción del muro que dividía Berlín, y que simbolizaba la división de Alemania. Durante años, las democracias habían rendido homenaje sólo de palabra a la unidad alemana, pero sin hacer nada por lograrla. Ese enfoque había llegado al fin de sus posibilidades. La política de la Alianza del Atlántico para con Alemania se estaba desplomando.

Por consiguiente, Nixon y sus asesores llegaron a considerar necesaria la *Ostpolitik*, aun cuando creyeran que Brandt, al contrario que Adenauer, nunca había tenido una especial atracción respecto de la Alianza del Atlántico. Sólo había tres potencias capaces de alterar el *statu quo ante* de la posguerra en Europa: las dos superpotencias y Alemania, si ésta decidía subordinarlo todo a la unificación. Durante los años sesenta, la Francia de De Gaulle había tratado en vano de anular la disposición de las esferas de influencia. Pero si Alemania, el país más poderoso económicamente y con mayores reclamaciones territoriales de toda Europa, trataba de socavar el orden de posguerra,

las consecuencias podrían ser en verdad graves. Cuando el propio Brandt mostró su interés en la apertura al Este, el gobierno de Nixon concluyó que los Estados Unidos debían apoyarlo en lugar de obstruir sus esfuerzos y correr el riesgo de que la República Federal rompiera sus relaciones con la OTAN, liberándose de los frenos de la Comunidad Europea.

Además, el apoyo a la *Ostpolitik* dio a los Estados Unidos la influencia necesaria para poner fin a la crisis de Berlín, que duraba ya veintiún años. El gobierno de Nixon insistió en una relación estricta entre la *Ostpolitik* y el acceso a Berlín, y entre estas dos cuestiones y una general moderación soviética. Como la *Ostpolitik* se basaba en concesiones concretas de Alemania, como el reconocimiento de la Línea Oder-Neisse y del régimen de Alemania Oriental, a cambio de algo tan intangible como unas mejores relaciones, Brandt nunca obtendría la aprobación parlamentaria a menos que se dieran nuevas garantías concretas de acceso a Berlín y su libertad. De otra manera, Berlín caería víctima del acoso comunista, 177 kilómetros dentro del territorio del satélite alemán oriental, cuya soberanía sería entonces reconocida por la comunidad internacional; exactamente la situación que Stalin y Jruschov habían tratado de crear con sus bloqueos y sus ultimátums. Al mismo tiempo, Bonn no tenía suficiente influencia para llevar adelante por sí solo la cuestión de Berlín. Sólo los Estados Unidos eran lo bastante poderosos para resistir a las potenciales presiones inherentes al aislamiento de Berlín, y tenían suficiente influencia diplomática para imponer un cambio en los procedimientos de acceso.

El *status* legal de Berlín como enclave en el interior del territorio dominado por los soviéticos se basaba en la ficción jurídica de que estaba técnicamente «ocupado» por los cuatro vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, las negociaciones acerca de Berlín tenían que ser dirigidas por los Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. A su debido tiempo, tanto los gobernantes soviéticos como Brandt (gracias a su muy hábil confidente, Egon Bahr) pidieron ayuda a Washington para romper el estancamiento. En una complicada negociación, en el verano de 1971 se llegó a un nuevo acuerdo de las cuatro potencias que garantizaba la libertad del Berlín occidental y el acceso de Occidente a la ciudad. Berlín desapareció entonces de la lista de los puntos críticos internacionales. La siguiente vez que apareció en la agenda global fue cuando se desplomó el muro, a la vez que la República Democrática Alemana.

Además del acuerdo sobre Berlín, la *Ostpolitik* de Brandt dio lugar a tratados de amistad entre Alemania Occidental y Polonia, Alemania Oriental y la Unión Soviética. El hecho de que los soviéticos insistieran tanto en que Alemania Occidental reconociera las fronteras establecidas por Stalin reveló, de hecho, su debilidad e inseguridad. La República Federal de Alemania, al ser un Estado secundario, en apariencia no se encontraba en posición de desafiar a una superpotencia nuclear. Al mismo tiempo, estos tratados dieron a los soviéticos un gran incentivo para mostrar su moderación, al menos mientras los estaban negociando y ratificando. Cuando los tratados estuvieron en el parlamento alemán occidental, los soviéticos no hicieron nada que pudiese poner en peligro su aprobación; después, cuidarían de no empujar de nuevo a Alemania hacia la política de Adenauer. Así, cuando Nixon decidió minar los puertos de Vietnam del Norte y reanudar el bombardeo de Hanoi, Moscú no protestó. Mientras Nixon tuvo una posición fuerte en su país, la *détente* pudo enlazar todas las cuestiones entre el Este y el Oeste en el mundo entero. Si los soviéticos querían cosechar los frutos de la distensión, también ellos estarían obligados a contribuir a la *détente*.

Mientras que en Europa central el gobierno de Nixon pudo vincular diversas negociaciones entre sí, en Oriente Medio empleó la política de *détente* como red de seguridad mientras reducía la influencia política de la Unión Soviética. Durante los años sesenta la Unión Soviética había sido el principal suministrador de armas a Siria y Egipto, y dio un poderoso apoyo organizativo y técnico a

los grupos árabes radicales. En los foros internacionales, la Unión Soviética actuó como portavoz de la posición árabe y, muy a menudo, de su punto de vista más radical.

Mientras continuara esa pauta, se podría atribuir el progreso diplomático al apoyo soviético, en tanto que el estancamiento corría el riesgo de ocasionar crisis repetidas. El estancamiento sólo podría romperse si todas las partes tuvieran que enfrentarse a la fundamental realidad geopolítica de Oriente Medio, es decir, que Israel era demasiado fuerte (o podía llegar a serlo) para ser vencido ni aun por todos sus vecinos unidos, y que los Estados Unidos estarían alerta contra toda intervención soviética. Por tanto, el gobierno de Nixon insistió en que todas las partes, y no sólo sus aliados, mostraran su disposición a hacer sacrificios antes de que los Estados Unidos se lanzaran al proceso de paz. La Unión Soviética tenía una gran capacidad para elevar el nivel de las tensiones, pero no tenía medios para llevar las crisis a una conclusión ni para favorecer diplomáticamente las causas de sus aliados. Podía amenazar con intervenir, como lo hizo en 1956, pero la experiencia había demostrado sobradamente la tendencia soviética a retroceder ante la oposición norteamericana.

Por consiguiente, la clave de la paz en Oriente Medio residía en Washington y no en Moscú. Si los Estados Unidos jugaban sus cartas con cuidado, los soviéticos tendrían que contribuir a una auténtica solución, o bien uno de sus subordinados árabes rompería filas y empezaría a desplazarse hacia los Estados Unidos; y en ambos casos se reduciría la influencia soviética entre los Estados árabes radicales. Por esto, a comienzos del primer mandato de Nixon me sentí lo bastante confiado para declarar a un periodista que el nuevo gobierno trataría de acabar con la influencia soviética en Oriente Medio. Aunque esta desenvuelta observación causó furor, describió con precisión la estrategia que el gobierno de Nixon estaba a punto de aplicar.

Al no comprender su dilema estratégico, los gobernantes soviéticos trataron de hacer que Washington apoyara unos resultados diplomáticos que fortalecieran la posición soviética en el mundo árabe. Pero mientras la Unión Soviética siguiera suministrando armas a los radicales Estados de Oriente Medio, y mientras sus programas diplomáticos fuesen idénticos, los Estados Unidos no tenían ningún interés en cooperar con Moscú, aunque esto no siempre fuera claro para quienes consideraban la cooperación con la Unión Soviética como un fin en sí misma. En opinión de Nixon y sus asesores, la mejor estrategia consistía en demostrar que la capacidad soviética para fomentar crisis no era proporcional a su poder para resolverlas. Se alentaría a los árabes a mostrar moderación recompensando a los gobernantes responsables con el apoyo norteamericano cuando sus quejas fuesen legítimas. Entonces, la Unión Soviética tendría que participar o ser desplazada a los márgenes de la diplomacia en Oriente Medio.

En pos de este objetivo, los Estados Unidos adoptaron dos políticas complementarias: frustraron toda jugada árabe que resultara del apoyo militar soviético o que implicara una amenaza militar soviética, y se encargaron del proceso de paz una vez que la frustración provocada por el estancamiento había llevado a algunos importantes jefes árabes a disociarse de la Unión Soviética y entablar relaciones con los Estados Unidos. Estas condiciones se dieron después de la guerra de Oriente Medio de 1973.

Hasta entonces, los Estados Unidos habían tenido que recorrer un camino espinoso. En 1969, el secretario Rogers presentó un plan, que después llevaría su nombre, que confirmaba las fronteras israelíes de 1967 con sólo unas rectificaciones «menores», a cambio de un general acuerdo de paz. El plan sufrió el habitual destino de las iniciativas tomadas antes de que se haya modificado la realidad subyacente: Israel lo rechazó, negándose a aceptar la delineación de sus fronteras; los países árabes lo rechazaron porque aún no estaban dispuestos a aceptar un compromiso por la paz (por muy indefinido que ese compromiso resultara).

En 1970, hubo varios enfrentamientos militares graves. El primero fue a lo largo del canal de Suez, cuando Egipto lanzó contra Israel la llamada guerra de desgaste. Israel contestó con grandes ataques aéreos en el interior de Egipto, y la Unión Soviética respondió instalando allí un importante sistema de defensa antiaérea, con personal militar soviético formado por unos 15.000 hombres.

Los peligros no se limitaron a Egipto. Más avanzado ese mismo año, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que había establecido casi un Estado dentro de un Estado en Jordania, secuestró cuatro aviones y los llevó a Jordania. Entonces, el rey Hussein ordenó a su ejército que atacara a la OLP y expulsara del país a sus jefes; Siria invadió Jordania; Israel se movilizó. Oriente Medio pareció al borde de la guerra. Los Estados Unidos reforzaron en masa sus fuerzas navales en el Mediterráneo y manifestaron que no tolerarían ninguna intervención exterior. Pronto resultó evidente que la Unión Soviética no se arriesgaría a enfrentarse con los Estados Unidos. Siria se retiró, poniendo fin a la crisis, aunque no sin haber demostrado antes al mundo árabe cuál de las superpotencias era más importante para forjar el futuro de la región.

La primera señal de que la estrategia de Nixon estaba surtiendo efecto llegó en 1972. El presidente egipcio, Anwar el Sadat, despidió a todos sus asesores militares soviéticos y pidió a los técnicos soviéticos que abandonaran el país. Al mismo tiempo, comenzaron los contactos diplomáticos secretos entre Sadat y la Casa Blanca, aunque se vieron limitados, primero por la elección presidencial de los Estados Unidos y después por el Watergate.

En 1973, Egipto y Siria entraron en guerra contra Israel. Tanto Israel como los Estados Unidos fueron completamente sorprendidos, lo que demostró cómo los prejuicios a menudo influyen sobre las evaluaciones hechas por el servicio de «inteligencia»⁹⁸⁹. La evaluación norteamericana estaba tan convencida de la gran superioridad israelí, que todas las advertencias árabes fueron consideradas una simple bravata. No hubo ninguna prueba de que la Unión Soviética azuzara a Egipto y a Siria a ir a la guerra, y Sadat nos dijo después que los gobernantes soviéticos presionaron desde el principio por un alto el fuego. Tampoco el reabastecimiento de los soviéticos a sus amigos árabes fue comparable ni remotamente, en alcance e impacto, con el puente aéreo que los norteamericanos establecieron con Israel.

Al terminar la guerra, los ejércitos árabes habían luchado mejor que en ningún conflicto anterior. Pero Israel había atravesado el canal de Suez y había llegado hasta un punto situado a unos 30 kilómetros de El Cairo, y ocupaba territorio sirio hasta las inmediaciones de Damasco. Se necesitaría el apoyo norteamericano, primero para restaurar el *statu quo ante* y luego para lograr un avance hacia la paz.

El primer gobernante árabe que reconoció esto fue Sadat, que abandonó su anterior enfoque de «todo o nada» y pasó de Moscú a Washington para pedir ayuda en un proceso paulatino hacia la paz. Hasta el presidente sirio, Hafez Asad, considerado el más radical de los dos gobernantes y el más próximo a la Unión Soviética, recurrió a la diplomacia norteamericana acerca de los Altos del Golán. En 1974, se lograron unos acuerdos provisionales con Egipto y Siria, que iniciaron un proceso de retirada israelí a cambio de garantías árabes de seguridad.

En 1975, Israel y Egipto concluyeron un segundo acuerdo de retirada. En 1979, Egipto e Israel firmaron un acuerdo de paz en toda regla, bajo la protección del presidente Carter. Desde entonces, cada presidente norteamericano ha hecho una importante contribución al proceso de paz, incluyendo las primeras negociaciones directas entre árabes e israelíes, organizadas por el secretario de Estado, James Baker, en 1991, y un acuerdo israelí-palestino bajo el escudo protector de Clinton, en septiembre de 1993. El Kremlin no desempeñó un papel importante en ninguna de dichas iniciativas.

En estas páginas no podemos tratar los detalles de la diplomacia en Oriente Medio, pues ante

todo nos interesa saber cómo los Estados Unidos emplearon su relación con Moscú para reducir la influencia soviética en Oriente Medio sin originar una crisis importante. En los debates de la década de los sesenta, los adversarios de Nixon se tomaron a broma su supuesto deseo de atrapar a la Unión Soviética en unos acuerdos por los acuerdos mismos para lograr una ilusoria reducción de las tensiones. Sin embargo, la diplomacia de Nixon en Oriente Medio fue un buen ejemplo de cómo éste y sus asesores percibieron la estructura de paz, invocada tan a menudo por el presidente. No era una utópica búsqueda de cooperación por la cooperación misma, sino un método de dirigir la competencia geopolítica. La estrategia norteamericana se basó en la idea de que había que poner a la Unión Soviética ante la opción de separarse de sus subordinados árabes radicales o de aceptar una reducción de su influencia. A la larga, esta estrategia menoscabó la influencia soviética y colocó a los Estados Unidos en la posición preponderante de la diplomacia de Oriente Medio.

Para alcanzar esta meta, el gobierno de Nixon adoptó dos clases de acciones. Durante la guerra de Oriente Medio, mantuvo abierto un canal de comunicación casi cotidiano con el Kremlin, para no permitir que se tomaran decisiones «en caliente» o basadas en una información inadecuada. Esto no pudo impedir todas las tensiones inherentes a los choques de intereses, pero sí redujo el peligro de una crisis causada por algún equívoco. Simultáneamente, iniciamos negociaciones sobre una vasta gama de asuntos, para que los gobernantes soviéticos no estuvieran tentados a abandonarlas. Las negociaciones acerca de Berlín contribuyeron a la moderación soviética en Oriente Medio hasta bien entrado 1973. En lo sucesivo, la Conferencia de Seguridad Europea ayudó a moderar la reacción soviética durante los diversos cambios diplomáticos que fueron empujando a la Unión Soviética a desempeñar un papel cada vez más secundario en la diplomacia de Oriente Medio. Se necesitaba un delicado equilibrio entre definir unas normas significativas de progreso y hacer que los acuerdos fuesen un fin por sí mismos, quedando así dependientes de la buena voluntad soviética. La *détente* no sólo calmó la situación internacional, sino que creó unas inhibiciones que obligaron a los gobernantes soviéticos a aceptar lo que equivalía a una importante retirada geopolítica.

A pesar de estos triunfos, el gobierno de Nixon tuvo que enfrentarse a una creciente controversia sobre el tema de su política exterior. Todo cambio de política exterior encuentra la resistencia de los partidarios de la práctica anterior; toda buena negociación tiene que sufrir la crítica de quienes niegan que un acuerdo refleja, en general, las concesiones recíprocas y no las satisfacciones unilaterales. El «enlace» iba en contra de las tradiciones legalistas del *establishment* de la política exterior norteamericana. La apertura a China ofendió al *lobby* chino. La combinación de una conducta adversa y a la vez cooperativa, implícita en la *détente* con la Unión Soviética, iba contra la tradicional suposición maniquea de que cada país era amigo o enemigo, y no, como en el mundo real, una combinación de ambas cosas.

Estos desacuerdos fueron muy similares a los que Wilson tuvo que afrontar entre 1915 y 1919, cuando llevó a un país aislacionista a desempeñar un papel mundial; a los que Roosevelt había encontrado en 1939-1941, cuando los Estados Unidos se aliaron con Gran Bretaña, y a los que tuvo que enfrentarse Truman en 1946-1949, cuando creó la estructura de la Guerra Fría.

La principal diferencia era que estos debates estaban ocurriendo en mitad del torbellino de Vietnam, al que siguió a continuación el Watergate. En el sistema norteamericano, el presidente es la única figura elegida por toda la nación; también es el único foco para definir los propósitos nacionales. Otras instituciones pueden hacer declaraciones sobre política exterior, pero sólo el presidente se encuentra en posición de aplicar una política durante un período prolongado. El Congreso, como órgano legislativo, tiende a segmentar las cuestiones en una serie de decisiones particulares, que luego trata de resolver a través de compromisos recíprocos. Los medios

informativos pueden recomendar un curso de acción, pero no pueden enfrentarse cotidianamente a los matices de su ejecución. Sin embargo, la esencia de la política exterior es precisamente la capacidad de acumular los matices en busca de metas a largo plazo. Así, la responsabilidad de trazar el rumbo recae en el presidente, y aunque las otras instituciones sí estén en posición de modificarlo o de bloquearlo, son incapaces de presentar una alternativa coherente.

Todas las grandes orientaciones de la política exterior norteamericana han resultado de unos presidentes enérgicos, en interacción con las otras instituciones norteamericanas. El presidente desempeña el papel del educador cuya visión moral aporta el marco del debate. De no haber sido por el Watergate, Nixon habría podido hacer de los muy tangibles triunfos de su primer mandato unos principios activos permanentes, así como Franklin Delano Roosevelt creó y luego consolidó un nuevo enfoque de la política interna norteamericana, y Truman y Acheson trazaron el curso de la política de contención.

Pero la capacidad de mando de Nixon se desplomó a causa del Watergate. Ésta no es la ocasión de hurgar en esa tragedia; para nuestro propósito, basta aclarar que ese escándalo privó a Nixon de la autoridad moral que era esencial para emprender esa tarea de su política educativa. En las cuestiones cotidianas, Nixon siguió actuando con decisión y con agudeza hasta el fin. Pero en las controversias conceptuales o a largo plazo, aunque siguió siendo capaz de plantear cuestiones fundamentales, ya no tuvo fuerza suficiente para imponer sus soluciones. Debido a la falta de equilibrio que puede dar un presidente fuerte cuando actúa como moderador e integrador, cada grupo contendiente pudo llevar al extremo su punto de vista particular. De este modo, gran parte de los años setenta se convirtió en una prolongación del conflicto por temas que habían formado parte de grandes iniciativas norteamericanas anteriores, pero sin la síntesis que en otros períodos formativos ha dado el ímpetu necesario a las nuevas iniciativas norteamericanas.

El nuevo enfoque de Nixon a la política exterior iba en contra del excepcionalismo norteamericano y su imperativo de que la política se base en la afirmación de valores trascendentes. El desafío norteamericano, como lo vieron Nixon y sus asesores, consistió en adaptar estas verdades tradicionales al nuevo ámbito internacional. La experiencia interna de los Estados Unidos los había hecho considerar el orden internacional como esencialmente benigno, y su diplomacia como expresión de buena voluntad y de un deseo de llegar a acuerdos. En ese esquema, la hostilidad parecía una aberración. En cambio, la política exterior de Nixon vio al mundo lleno de desafíos ambiguos, de naciones movidas más por el interés que por la buena voluntad, y de unos cambios más expansivos que definitivos; un mundo, en suma, en que se podía maniobrar, pero que no se podía dominar ni rechazar. En semejante mundo no había un claro punto final, y era más probable que la solución a un problema diera lugar a otro.

Ese mundo requería una política exterior encaminada a apuntalar el poder tanto como la salvación. Los valores tradicionales de los Estados Unidos seguían siendo tan importantes como siempre. Pero, en contraste con la época de Wilson, ya no se les podía convertir en una agenda para obtener resultados finales inmediatos; en cambio, eran necesarios para dar a los Estados Unidos la fuerza necesaria para pasar a través de la ambigüedad a un mundo que, según esperaban todos, sería mejor que el anterior, pero que nunca quedaría definitivamente terminado.

Nixon y sus asesores no vieron ninguna contradicción en tratar al mundo comunista como adversario y a la vez como colaborador; adversario en su ideología fundamental y en la necesidad de impedir que el comunismo alterara el equilibrio mundial; colaborador para impedir que el conflicto ideológico se convirtiera en guerra nuclear. Sin embargo, tras haber recorrido toda la gama emocional de ladesilusión causada por Vietnam, muchos norteamericanos empezaron a buscar una

seguridad en la reafirmación de un compromiso moral, y no de un cálculo de interés.

A falta de una presidencia con la suficiente persuasión moral, muchos de quienes habían sido educados en el tradicional enfoque de la política exterior norteamericana, tanto en el bando liberal como en el conservador, unieron sus fuerzas, oponiéndose al nuevo enfoque de Nixon. Los liberales porque consideraron amoral el nuevo énfasis en el interés nacional, y los conservadores porque estaban más comprometidos en la competencia ideológica contra Moscú que en la geopolítica.

Como el pensamiento norteamericano sobre política exterior había sido forjado por ideas liberales desde Woodrow Wilson, no había un público preparado para el estilo de la diplomacia de Nixon. Éste no aceptó el enfoque pragmático de estudiar caso por caso, que era el preferido por los especialistas en política exterior y por los juristas que dieron forma a tantas de las opiniones liberales norteamericanas sobre relaciones internacionales. Tampoco abrazó Nixon los conceptos wilsonianos de seguridad colectiva, resolución judicial de las disputas y énfasis en el desarme como el camino único, o el principal, hacia un orden internacional. Como resultado, los liberales se encontraron en una situación incómoda: unos resultados diplomáticos que ellos aprobaban en sustancia, como la relajación de las tensiones con la Unión Soviética y la apertura con China, surgían de unos principios que eran anatema para la tradición wilsoniana, como el énfasis en el interés nacional y el equilibrio del poder. Aun cuando el gobierno de Nixon estuviese logrando promover unas medidas políticas basadas en ideales wilsonianos (como aumentar la emigración de la Unión Soviética), su tendencia a buscar estas metas mediante una diplomacia secreta lo alejó más aún de los representantes del ritmo histórico de la política exterior norteamericana.

A los conservadores les pareció extraña y discordante la estrategia de tratar a la Unión Soviética como fenómeno geopolítico. En su gran mayoría, consideraban el conflicto con el comunismo casi exclusivamente en términos ideológicos. Estaban convencidos de que los Estados Unidos eran inmunes a todo desafío geopolítico, y trataron las cuestiones que aparecían en la primera línea de la contención como de interés puramente marginal, como demasiado semejantes a las tradicionales luchas de las potencias europeas que ellos, en general, tenían en poca estima. Ya habían cedido ante la cuestión de Vietnam durante el gobierno de Johnson, aunque la consideraban una desviación de la lucha primaria, y no, como la veía Nixon, como un elemento básico de ella. Debido a su absolutismo moral, desconfiaban de toda negociación con la Unión Soviética, y todo acuerdo les parecía un retroceso. El ala conservadora del Partido Republicano soportó, de mala gana, la apertura con China, pensando que contribuiría a desconcertar a Moscú, y que era una necesidad táctica para sacar a los Estados Unidos de Vietnam. Pero, al haber dudado siempre de toda negociación con Moscú y sintiéndose más a sus anchas con el original enfoque de Acheson-Dulles de esperar el desplome del comunismo tras unas posiciones fuertes, los conservadores vieron una vasta negociación sobre cuestiones políticas y militares como el abandono de la cuestión moral.

A los conservadores tradicionales se les fueron uniendo gradualmente unos inesperados partidarios: los demócratas liberales. Estos decididos anticomunistas se habían apartado de su partido por el predominio del ala radical. La candidatura de McGovern en 1972 había completado el desencanto de estos autodeclarados neoconservadores, y la guerra de Oriente Medio de 1973 les dio la primera oportunidad de expresar, con coherencia y a escala nacional, sus ideas sobre política exterior.

Habría podido esperarse que los neoconservadores, siendo decididos anticomunistas, dieran su apoyo moral a un gobierno que había persistido en Vietnam, en gran parte para sostener la afirmación de los Estados Unidos de que ellos formaban el baluarte anticomunista. Sin embargo, los neoconservadores; como todos los conservadores, se preocuparon más por la ideología que por la

geopolítica. Varias de sus figuras más influyentes se habían opuesto con todas sus fuerzas a la guerra de Vietnam. Así que llevaron a su nuevo bando todas sus viejas dudas acerca de Nixon, no dándole ningún crédito por haber soportado la enconada lucha necesaria para llegar a una paz honorable. Como Nixon no les era simpático ni confiaban en él, temieron que abandonara los intereses vitales de la nación en un intento por salvar su presidencia.

El desdén con que la Casa Blanca trató a la burocracia establecida del gobierno complicó más las cosas. Durante su primer mandato, Nixon centró en la Casa Blanca gran parte de la dirección de la diplomacia, tal como lo había anunciado durante su campaña presidencial. En cuanto los gobernantes soviéticos comprendieron que Nixon nunca delegaría las decisiones claves de política exterior, se estableció un discreto canal de contacto directo entre el embajador soviético, Anatoli Dobrinin, y la Casa Blanca. De este modo, el presidente y los altos jefes del Kremlin pudieron tratar directamente las cuestiones de mayor importancia.

No hay furia en el infierno comparable a la de un burócrata desdeñado, y la Casa Blanca de Nixon encontró el problema por la insensibilidad con que pasó por encima de los procedimientos establecidos. Una negociación es, por definición, un intercambio de concesiones. Sin embargo, quienes quedaron excluidos de los vaivenes de la negociación se sintieron libres para expresar la utopía de una negociación en que todas las concesiones las hacía el otro bando y en que se habrían evitado todas las concesiones norteamericanas si les hubiesen pedido a ellos su consejo. La Casa Blanca de Nixon, privada de la habitual red burocrática de seguridad y atacada por conservadores incómodos, liberales amargados y neoconservadores agresivos, se encontró en la extraña posición de estar a la defensiva con respecto a una triunfante política exterior.

De hecho, sus críticos estaban pidiendo al gobierno que siguiera una dirección de enfrentamiento en un momento en que los Estados Unidos vacilaban bajo el ataque del Movimiento por la Paz, cuando el presidente estaba en proceso de ser enjuiciado (y su sucesor, Gerald R. Ford, fue nombrado, que no elegido), y cuando cada sesión del Congreso reducía la autoridad del presidente para amenazar con la fuerza, al mismo tiempo que trataba de reducir el presupuesto de Defensa. La tarea inmediata, según el gobierno de Nixon, consistía en ir más allá de Vietnam sin sufrir pérdidas geopolíticas y en establecer, ante los comunistas, una política centrada en los campos de batalla correspondientes. Nixon consideraba la *détente* como una táctica en una prolongada lucha geopolítica; sus enemigos liberales la trataron como un fin en sí mismo, mientras conservadores y neoconservadores rechazaban el enfoque geopolítico, tildándolo de pesimismo histórico y prefiriendo una política de implacable enfrentamiento ideológico.

Resulta irónico que en 1973 la política de Nixon hubiese tranquilizado tanto las relaciones entre el Este y el Oeste que ya no resultaba imprudente desafiarla en el interior. El meollo de la controversia era la compleja cuestión de saber si era posible o deseable apartar la política norteamericana de su fe en los resultados finales y las participaciones recurrentes. Nixon arguyó que, en un mundo multipolar, había que buscar el cambio a través de la evolución. Esto requería paciencia, no el tradicional y largo proceso de la diplomacia norteamericana. Los adversarios de Nixon, al reflejar la tradición del excepcionalismo norteamericano, insistían en que los Estados Unidos se fijaran el objetivo de remodelar de inmediato la sociedad soviética, objetivo que nunca habían buscado, ni siquiera durante el monopolio atómico norteamericano. Era inevitable y a la vez necesario un gran debate nacional entre los partidarios de la política exterior como estrategia y los de la política exterior como cruzada; entre quienes creían que el camino más sabio era disciplinar a una superpotencia rival y los que insistían en castigar el mal. Lo que no era inevitable era el desplome de la presidencia, que impidió darle una resolución significativa al debate.

A falta de un predominante conjunto de principios, cada bando de la controversia enfocó diferentes amenazas. La pesadilla de Nixon era la vulnerabilidad geopolítica al progresivo expansionismo soviético. Los conservadores temían el desarme moral o un apocalíptico enfrentamiento nuclear, que fuese posible debido a algún gran avance tecnológico soviético. A los liberales les preocupaba que los Estados Unidos insistieran demasiado en la seguridad militar. Los conservadores temían el predominio militar soviético. Los liberales querían evitar la excesiva expansión. Nixon buscaba una estrategia sostenible a largo plazo.

El resultado fue un torbellino de conflictos y de presiones irresolubles. Los liberales esperaban atentamente alguna señal de debilidad del compromiso con el control de armamentos. Nixon, vigilante, resistió a las presiones políticas, desde Cuba hasta Oriente Medio. Los conservadores atacaron lo que les parecía la retirada norteamericana del enfrentamiento ideológico y la estrategia nuclear. Todo esto produjo una extraña situación en que los liberales estaban atacando el programa de defensa de Nixon por ser excesivo, y los conservadores estaban criticando la política de control de armamentos de Nixon por ser demasiado conciliadora. Nixon, con ayuda de los conservadores y pasando por encima de la oposición liberal, presentó los programas de la defensa al Congreso, y las medidas del control de armamentos fueron aprobadas, cuando se necesitaba la aprobación del Congreso, con la ayuda de los liberales, contra cierta oposición conservadora.

La base de casi todas estas críticas (al final, incluso de los liberales) era un llamamiento a regresar a las premisas originales de la contención, y esperar, tras unas sólidas defensas, la transformación del sistema soviético. Nixon convenía en la necesidad de tener unas defensas fuertes, pero no creía en una política que permitiera a Moscú determinar la agenda de la diplomacia y hacer incontenible la crisis interna de los Estados Unidos. Sus críticos pensaban que una activa diplomacia entre el Este y el Oeste entorpecería la vigilancia del pueblo norteamericano. Nixon creía que se necesitaba flexibilidad diplomática para robustecer la decisión norteamericana de oponerse al comunismo. Estaba dispuesto a resistir cada jugada del expansionismo soviético, lo que, a su vez, algunos críticos interpretaron diciendo que estaba inyectando una geopolítica al estilo europeo en lo que era, fundamentalmente, un conflicto ideológico.

En junio de 1974, el senador Henry Jackson hizo circular entre el Subcomité de Control de Armamento, al que pertenecía, una crítica de la *détente*, preparada por un grupo de eminentes estudiosos que sostenían:

[...] en la actual terminología soviética, *détente* o «coexistencia pacífica» denota una alternativa estratégica al antagonismo abiertamente militante contra los llamados «países capitalistas». No implica que la Unión Soviética y sus aliados abandonen el conflicto con los países liberales de Occidente [...]. El conflicto frontal debe ceder ante los métodos indirectos de combate, utilizando medios no militares, descritos como «ideológicos»: en la práctica soviética, este término abarca la subversión, la propaganda, el chantaje político y las operaciones de espionaje⁹⁹⁰.

George Meany, presidente de la AFL-CIO, expresó las mismas ideas en lenguaje de profano ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado:

He aquí cómo la Unión Soviética ve la *détente*: la *détente* se basa en la debilidad de los Estados Unidos. *Détente* significa intensificación de la guerra ideológica. *Détente* significa socavar la OTAN. *Détente* significa la final superioridad soviética sobre Occidente. *Détente* significa el reconocimiento, por Occidente, de que la Unión Soviética es propietaria de Europa oriental. *Détente*

significa retirar de Europa las fuerzas norteamericanas⁹⁹¹.

Tales críticas exasperaron al gobierno de Nixon, que nunca había dudado de que el Kremlin considerara que la *détente* servía al menos a algunos propósitos soviéticos. De otra manera, Moscú no la habría buscado. Lo importante era saber si la *détente* también servía a los propósitos norteamericanos. Nixon y sus asesores consideraron que el tiempo estaba de parte de las democracias, porque un período de paz sin expansión fortalecería las fuerzas centrífugas que había dentro del comunismo.

Yo presenté el siguiente análisis de la *détente* en marzo de 1976, durante el gobierno de Ford, quien en realidad siguió la misma política que el gobierno de Nixon y se buscó los mismos adversarios:

La fuerza soviética es dispar; las debilidades y frustraciones del sistema soviético son palpables y han sido claramente documentadas. Pese al inevitable aumento de su potencia, la Unión Soviética sigue muy a la zaga de nosotros y de nuestros aliados en cualquier evaluación general de fuerzas económicas, militares y tecnológicas; sería temerario en extremo que la Unión Soviética desafiara a las democracias industriales. Y la sociedad soviética ya no está aislada de las influencias y atractivos del mundo exterior, ni es insensible a la necesidad de tener contactos externos⁹⁹².

El debate esencialmente teórico sobre la *détente* podría haber sido resuelto por los acontecimientos si éste hubiese sido dejado en manos del discurrir del tiempo. Pero el dirigente intelectual de los críticos, el formidable senador Henry Jackson, no iba a dejar la *détente* a la prueba del tiempo, y movilizó todo el apoyo posible para contenerla. Jackson, demócrata por el estado de Washington y uno de los servidores públicos más impresionantes, era un gran estudioso de los asuntos internacionales, especialmente de la Unión Soviética, y un experto universal en cuestiones de defensa. Combinaba la erudición con una magistral habilidad para manipular las diversas posiciones del gobierno, uniendo al Congreso con elementos favorables del poder ejecutivo. El personal de Jackson, encabezado por el sagaz Richard Perle, no se quedaba atrás en erudición y aun lo superaba en sus proezas manipuladoras.

Aunque Jackson fue el primer elegido por Nixon para ocupar la secretaría de Defensa, se convirtió en el más implacable adversario de la política de su gobierno con respecto a la Unión Soviética. Durante casi todo el primer mandato de Nixon, Jackson se había mostrado razonablemente firme en la cuestión de Vietnam, demostrando ser un leal partidario de los esfuerzos de Nixon por mantener la defensa norteamericana ante la implacable presión del Congreso por reducir unilateralmente el presupuesto. Jackson había sido indispensable para lograr que el Senado aprobara el sistema de defensa de Misiles Antibalísticos (ABM) propuesto por Nixon. No obstante, al terminar esa legislatura, ambos se distanciaron, aunque sus interpretaciones de los propósitos soviéticos fuesen casi idénticas. Jackson no estuvo de acuerdo con el tratado ABM, que limitaba a dos por bando el número de silos de defensa para misiles, y pronto extendió esa oposición a todo el ámbito de las relaciones entre el Este y el Oeste.

El programa de defensa original de Nixon, basado en misiles antibalísticos (ABM), establecía una docena de emplazamientos defensivos en torno del perímetro de los Estados Unidos. Habría sido útil contra fuerzas nucleares pequeñas como las de China y contra ataques soviéticos parciales, y podría haber sido el núcleo de una eventual defensa a gran escala contra la Unión Soviética.

Pero el Congreso redujo cada año el número de plataformas de almacenaje y lanzamiento de

modo que para 1971 el Pentágono sólo había incluido dos plataformas para el siguiente presupuesto. Esa cantidad no servía a ningún propósito estratégico concebible; su única utilidad era experimental. Además, la mayoría del Congreso había reducido el presupuesto de defensa en cada una de sus sesiones (sin contar los programas que el gobierno de Nixon nunca planteó porque sabía que serían rechazados), reflejando la mentalidad antimilitarista de la época.

Estas presiones convirtieron al Departamento de Defensa en un súbito y nada característico partidario del control de armamentos. A comienzos de 1970, el subsecretario de Defensa, David Packard, pidió a Nixon que presentara inmediatamente una nueva iniciativa SALT «con la que podamos tratar de lograr un acuerdo en Viena a mediados de octubre o, a más tardar, en noviembre». Le parecía esencial llegar a un pronto acuerdo aunque sólo fuese parcial, porque el inminente «recorte del presupuesto nacional» probablemente causaría «grandes reducciones a los programas de defensa, incluso de fuerzas estratégicas». De no ser así, las decisiones unilaterales del Congreso harían que cada vez más «se redujera nuestra influencia en las negociaciones»⁹⁹³.

En este ambiente político, en el verano de 1970 Nixon inició una correspondencia con el primer ministro soviético, Aleksei Kosigin, que constituyó el marco para un acuerdo sobre limitación de armas estratégicas (SALT) dos años después. Hasta entonces, los soviéticos habían insistido en que las conversaciones sobre control de armamentos se redujeran a limitar las armas defensivas en que los Estados Unidos tenían una ventaja tecnológica, pero que aplazaran los límites a los misiles ofensivos, de los cuales la Unión Soviética estaba produciendo 200 anuales, de todos tipos, y los Estados Unidos ninguno. Nixon recalcó que nunca aceptaría un trato tan desigual. Como resultado de la correspondencia entre Kosigin y Nixon, los soviéticos reconocieron que había que limitar simultáneamente las armas ofensivas y las defensivas.

Las negociaciones ulteriores propiciaron dos acuerdos. El tratado ABM de 1972 limitaba las defensas a dos emplazamientos y a 200 plataformas de lanzamiento de misiles, demasiado pocas para contener siquiera un ataque en pequeña escala. Nixon aceptó estos topes para conservar un núcleo de defensa y porque temía que, de otra manera, el Congreso eliminara hasta el programa experimental. Por entonces, las limitaciones defensivas estaban relativamente libres de controversias.

Lo que prendió la chispa fue un acuerdo interino, de cinco años, que obligaba a ambos bandos a congelar sus fuerzas estratégicas de misiles ofensivos de tierra o de mar a unos niveles acordados. Los Estados Unidos habían establecido sus propios niveles cinco años antes y, considerándolos suficientes, nunca habían propuesto un programa para aumentarlos. La Unión Soviética estaba produciendo 200 misiles anuales; para llegar al tope acordado tenía que dismantelar 210 viejos misiles de largo alcance. En los topes no se incluyeron los bombarderos (en que los Estados Unidos tenían ventaja), y ambas partes quedaban libres de mejorar la tecnología de sus respectivas fuerzas.

Era difícil comparar las fuerzas de misiles de los dos bandos. Los misiles norteamericanos eran pequeños y más precisos; la mitad de ellos estaba siendo equipada con ojivas nucleares múltiples (es decir, cada misil llevaría varios aparatos explosivos). Los misiles soviéticos eran más grandes, más burdos y menos adaptables. También superaban a los norteamericanos casi por 300. Mientras cada bando tomó sus propias decisiones, la disparidad no pareció preocupar a nadie, sin duda porque los Estados Unidos tenían una gran ventaja en materia de aviación y, debido a las ojivas nucleares múltiples, una creciente ventaja nuclear, que sólo podía aumentar en los cinco años que estaría en vigor el acuerdo.

Sin embargo, en cuanto se firmó el acuerdo SALT, en la cumbre de Moscú de mayo de 1972, la disparidad en las plataformas acordadas de pronto causó controversias. Fue una extraña situación. Antes de que se concibieran siquiera las negociaciones SALT, los Estados Unidos habían

establecido los topes existentes. El Pentágono no había hecho ningún esfuerzo por aumentar el nivel durante todo el primer mandato de Nixon; del Pentágono no se recibió ninguna solicitud de más fuerzas estratégicas, y mucho menos se rechazó. Y aun después de que se acordaron unos topes superiores de igualdad en el siguiente acuerdo, en Vladivostok en 1974, el Departamento de Defensa nunca propuso aumentar el número de plataformas que se había establecido en 1967.

Pero un visitante llegado de Marte que observara el debate interno norteamericano habría oído una asombrosa versión sobre cómo el gobierno de los Estados Unidos había «concedido» una desigualdad en misiles al aceptar quedarse con su propio programa unilateral, que nunca había planeado modificar en ausencia del SALT, y que nunca cambió, ni siquiera al ser suprimidos los topes, dos años después (ni aun durante la presidencia de Reagan). Un nivel de fuerzas que los Estados Unidos habían adoptado voluntariamente porque daba a los Estados Unidos más ojivas nucleares que a la Unión Soviética, y que no estaban en situación de alterar mientras durara el acuerdo, de pronto fue considerado peligroso al ser reafirmado como parte de este acuerdo⁹⁹⁴.

Por desgracia para Nixon y sus asesores, «desigualdad» era una de esas palabras que parecen cifradas y que crean su propia realidad. Cuando el gobierno rechazó la propuesta, había comparado las plataformas de lanzamiento y las ojivas nucleares, y planeado y negociado unos topes, y todas las miradas se habían quedado fijas, dejando sólo la incómoda sensación de que lo que el gobierno estaba defendiendo era una «diferencia de misiles» desventajosa para los Estados Unidos.

El gobierno de Nixon vio en el acuerdo SALT un sistema para proteger de dos maneras los programas esenciales de la defensa contra el ataque del Congreso: insistió en que los topes establecidos por el acuerdo fuesen tratados como puntos de referencia por el Congreso, y añadió al acuerdo un aumento de 4.500 millones de dólares en el presupuesto de Defensa, para su modernización. Todavía hoy, veinte años después, la mayoría de los programas estratégicos clave (el B-1, los bombarderos Stealth, el misil MX, los misiles de crucero estratégicos, el misil y los submarinos Trident) se originaron durante los gobiernos de Nixon y de Ford, en el período en que estuvo en vigor el acuerdo SALT I.

Lo que pareció un debate con respecto a las fuerzas de misiles de ambos bandos fue en realidad el símbolo de una preocupación más profunda y muy válida. Jackson y sus partidarios vieron en el creciente énfasis en el control de armamentos, en realidad, en la casi obsesión de los medios informativos y de la comunidad académica, una amenaza potencial a cualquier política seria de defensa. Los nuevos programas militares eran justificados cada vez más diciendo que servían como fichas de negociación en futuras conversaciones SALT. Las fuerzas de Jackson temieron que esa corriente pudiese socavar cualquier razón estratégica para la defensa. Después de todo, ¿qué sentido tenía asignar recursos escasos a unos programas costosos, cuyo propósito esencial era ofrecer desmantelarlos después?

En este marco, el debate por las cláusulas del acuerdo fue, en última instancia, sobre cómo aceptar el fin de la superioridad estratégica norteamericana. Teóricamente, durante toda una década se había entendido que el poder destructivo de las armas nucleares significaba un empate, ya que impedía la victoria a toda costa que pudiera aceptar un dirigente político racional. Esta perspectiva había hecho que el gobierno de Kennedy inventara la doctrina estratégica de «destrucción asegurada», que fundamentaba la disuasión en la capacidad de cada bando para devastar al otro.

Lejos de resolver el dilema, esta doctrina estratégica simplemente lo había redefinido. Una estrategia nacional que se basara en la amenaza de suicidio tenía que llegar tarde o temprano a un callejón sin salida. El acuerdo SALT I hizo comprender al público lo que los expertos sabían desde hacía cuando menos una década. De pronto, se culpó al SALT de un estado de cosas que habría

existido aún más amenazadoramente si los armamentos hubiesen sido ilimitados. El dilema era indiscutible, pero no lo había causado el acuerdo. Mientras la disuasión fuese equiparada a la destrucción mutua, las inhibiciones psicológicas contra la guerra nuclear serían abrumadoras. Los Estados Unidos estaban fabricando armas que sólo eran útiles para disuadir al adversario de emplear armas nucleares, y no para ser utilizadas en alguna crisis política previsible. Una vez comprendido esto, la Destrucción Mutua Asegurada tenía que socavar la moral y destruir las alianzas existentes. Esto, y no el acuerdo SALT, constituyó el verdadero dilema nuclear.

Así, en su esencia, el debate por el acuerdo SALT, y la *détente*, reflejó la rebelión contra un mundo en que se había entablado un mortífero conflicto ideológico junto a un inevitable estancamiento estratégico. El verdadero choque por el acuerdo SALT invocaba dos evaluaciones muy diferentes del empate nuclear. Nixon y sus asesores llegaron a la conclusión de que el bando que fuese capaz de lanzar desafíos (que no llegaran a ser una guerra nuclear) con el tiempo adquiriría un creciente potencial de chantaje y podría aplicar una política de paulatino expansionismo. Por ello, Nixon insistió en resistir la amenaza geopolítica. A falta de una capacidad de contrafuerza, es decir, de desarmar al adversario al primer golpe, el poderío estratégico norteamericano se volvería cada vez menos apropiado para la defensa de las zonas de ultramar, incluyendo, al final, a Europa (véase capítulo veinticuatro).

El grupo asociado a Jackson comprendía esto y anhelaba la restauración de la superioridad estratégica norteamericana. Pero envolvía su preocupación en el temor no sólo de que los Estados Unidos estuvieran perdiendo su capacidad de primer ataque, lo cual era verdad, sino de que, con el tiempo, la Unión Soviética pudiese adquirir semejante capacidad (lo que no era verdad, ciertamente no en el período correspondiente al debate).

La pesadilla de Jackson era la vulnerabilidad estratégica; la de Nixon era la vulnerabilidad geopolítica. A Jackson le preocupaba el equilibrio de las fuerzas militares; la principal preocupación de Nixon era la distribución global del poder político⁹⁹⁵. Jackson y sus partidarios trataron de aprovechar el acuerdo SALT para obligar a la Unión Soviética a reprogramar toda su fuerza estratégica de acuerdo con las preferencias norteamericanas. Nixon y sus asesores no creían que los Estados Unidos tuviesen capacidad para imponer semejante designio en un período en que el Congreso imponía cada vez más reducciones al presupuesto de Defensa, aunque después Reagan demostraría la utilidad política de una decidida concentración en las fuerzas militares norteamericanas. Jackson y sus partidarios enfocaban, básicamente, la amenaza al equilibrio estratégico como un problema en gran parte tecnológico. El gobierno de Nixon trataba de preparar a los Estados Unidos para un papel nuevo en su historia, pero tan viejo como el sistema de Estados: impedir que un adversario acumulara ganancias geopolíticas en apariencias marginales que, con el tiempo, romperían el equilibrio del poder. Las fuerzas de Jackson se mostraban relativamente tolerantes a los cambios geopolíticos (Jackson votó en contra de la ayuda al bando no comunista en Angola en 1975), pero se mostraban celosas de las implicaciones de la más inconcreta tecnología de armamentos.

Este estancamiento llevó el debate sobre el acuerdo SALT a ámbitos cada vez más abstractos, hasta que la controversia se centró en minucias del sistema de armamentos que ningún profano podría comprender jamás, y ante las cuales los propios expertos estaban profundamente divididos. En la perspectiva de toda una década, los argumentos acerca de intercambios entre misiles de crucero y bombarderos soviéticos, sumas totales iguales y ojivas nucleares múltiples desiguales, llegaron a parecerse a las discusiones medievales anotadas por los escribas de algún monasterio remoto.

Las preguntas planteadas en el debate eran fundamentales e inevitables. Lo que causó el

estancamiento fue el acoso a la presidencia, que hizo imposible ponerse de acuerdo. Reinaba el idealismo norteamericano supremo, liberado de todo incentivo para llegar a un compromiso político. El presidente no podía imponer castigos ni ofrecer recompensas, los requisitos inherentes a su cargo, y sus adversarios no tenían ningún incentivo político para adaptar sus propias ideas. El debate tomó el carisma de una reunión académica entre profesores empeñados. En cambio, los historiadores se beneficiarán si ven las posiciones planteadas con mayor claridad de lo que suele ocurrir habitualmente en un proceso político. Los Estados Unidos pagaron su autoflagelación con un retraso de casi una década para enfrentarse, finalmente, a sus necesidades geopolíticas.

A la postre, el comunismo se desplomó, en parte como resultado de su propia esclerosis, en parte debido a las presiones a que lo sometió un Occidente fortalecido. Por eso, sin duda el juicio final de la historia será más benévolo para con los bandos opuestos en el debate interno norteamericano de lo que ellos lo fueron entre sí. Dirá que los enfoques de Nixon y de sus adversarios conservadores fueron más complementarios que competitivos, y que un bando del debate subrayaba el aspecto geopolítico y el otro el tecnológico de una pugna cuya esencia moral interpretaban ambos de manera similar.

El control de armamentos se volvió una cuestión demasiado técnica para imponerse en la controversia filosófica sobre la naturaleza de la política exterior norteamericana. Gradualmente, el debate fue desplazándose a una cuestión más afín al tradicional idealismo norteamericano, y que encontró mayor resonancia entre el público en general: la proposición de que los derechos humanos debían estar entre los principales objetivos de la política exterior norteamericana.

El debate por los derechos humanos comenzó como un llamamiento a utilizar la influencia norteamericana para mejorar el trato dado a los ciudadanos soviéticos, pero fue convirtiéndose en una estrategia para causar un trastorno interno en la Unión Soviética. Como en el caso del control de armamentos, la discusión no trataba del objetivo, que no estaba en disputa, sino del grado en que el enfrentamiento ideológico debía tener absoluta prioridad en la política exterior norteamericana.

Como tema diplomático, la cuestión de la emigración judía de la Unión Soviética había sido obra del gobierno de Nixon. Antes de 1969, tal emigración nunca había estado en la agenda del diálogo entre el Este y el Oeste; todos los gobiernos anteriores, de cualquier partido, habían considerado que esto correspondía a la jurisdicción interna de la Unión Soviética. Ninguno había estado dispuesto a complicar las ya bastante tensas relaciones entre el Este y el Oeste con una controversia más. En 1968, sólo se había permitido emigrar de la Unión Soviética a 400 judíos, y ningún país democrático había planteado la cuestión.

Al mejorar las relaciones soviético-norteamericanas, el gobierno de Nixon empezó a discutir el tema a nivel presidencial, con el argumento de que las acciones soviéticas no pasarían inadvertidas en los más altos niveles del gobierno norteamericano. El Kremlin comenzó a responder a las «insinuaciones» de los Estados Unidos, sobre todo después de que empezaron a mejorar las relaciones entre ambos países. Cada año aumentó el número de emigrantes judíos, y para 1973 la cifra anual llegaba a 35.000. Además, la Casa Blanca entregaba regularmente a los gobernantes soviéticos una lista de casos difíciles referentes a personas a quienes se les había negado visados de salida o cuyas familias estaban separadas, y algunas de las cuales estaban en prisión. A casi todos estos ciudadanos soviéticos también se les permitió emigrar.

Todo esto ocurría de acuerdo con lo que los estudiosos de la diplomacia describirían como «negociación tácita». No se tramitaron solicitudes oficiales, ni se dieron respuestas oficiales. Se tomó nota de las acciones soviéticas, sin reconocerlas. De hecho, las prácticas de la política de emigración de la Unión Soviética iban mejorando constantemente, aunque Washington nunca hiciera

una declaración en ese sentido. El gobierno de Nixon se atuvo a estas reglas básicas tan minuciosamente que nunca se adjudicó ninguna medalla por mejorar las prácticas soviéticas de emigración, ni siquiera durante las campañas electorales, hasta que Henry Jackson convirtió el asunto de la emigración judía en un enfrentamiento público.

Lo que decidió a Jackson a actuar fue la curiosa decisión del Kremlin, tomada durante el verano de 1972, de cobrar un «impuesto de salida» de emigrantes, supuestamente para reembolsar al Estado soviético el gasto por haber educado a sus ciudadanos emigrantes. Nunca se dio una explicación; acaso fuera un intento de «maquillar» la posición soviética en el mundo árabe, cuya precariedad había sido recientemente demostrada por la expulsión de Egipto de las tropas de soviéticas. O bien el impuesto a la emigración fue planeado para obtener divisas extranjeras, con la esperanza de que fuera pagado por los partidarios norteamericanos de una emigración más numerosa. Grupos judíos apelaron a la vez al gobierno de Nixon y a su constante partidario, Henry Jackson, para evitar que el flujo migratorio se redujera.

Mientras el gobierno de Nixon seguía trabajando en silencio para resolver la cuestión con el embajador Dobrinin, Jackson ideó un ingenioso sistema de presión pública contra la Unión Soviética. Como parte de la cumbre de 1972, los Estados Unidos habían firmado un acuerdo en que concedían a la Unión Soviética la condición de «nación más favorecida» (NMF) a cambio de que se saldara la deuda de guerra de préstamos y arrendamientos. En octubre de 1972, Jackson introdujo una enmienda que negaba la condición de NMF a todo país que restringiera la emigración. Esa fue una brillante jugada táctica. La condición de «nación más favorecida» parece mucho más importante de lo que en realidad es. Lo que denota es una condición no discriminatoria; no concede favores especiales, sino que tan sólo otorga al receptor cualesquiera privilegios que estén al alcance de todas las naciones con las que los Estados Unidos mantienen relaciones comerciales normales (naciones que por entonces eran más de cien). La condición de NMF facilita el comercio normal basado en una reciprocidad comercial. Dada la situación de la economía soviética, no se esperaba que el nivel de ese comercio fuese muy alto. Sin embargo, lo que logró la enmienda de Jackson fue hacer que las prácticas de emigración soviéticas fuesen objeto no sólo de la diplomacia pública, sino también de una acción legislativa por parte del Congreso de los Estados Unidos.

No hubo un desacuerdo sustancial entre el gobierno y Jackson. De hecho, el gobierno había mostrado una actitud firme en muchas otras cuestiones de derechos humanos. Por ejemplo, yo había reclamado en numerosas e insistentes ocasiones a Dobrinin un trato de favor para el escritor disidente Alexandr Solzhenitsin, lo que contribuyó a su salida de la Unión Soviética. Sin embargo, Jackson no propugnaba una diplomacia silenciosa en favor de los derechos humanos, e insistió en que el compromiso norteamericano con ellos quedara demostrablemente afirmado: que se elogiaran sus logros y se censuraran sus fracasos.

Al principio, las presiones del Congreso se unieron a los esfuerzos del propio gobierno en la misma dirección. Sin embargo, pronto la diferencia no se limitó al método. Nixon, a quien se debía la idea de favorecer la inmigración judía, lo había hecho como gesto humanitario (y tal vez marginalmente político, aunque nunca lo utilizara en público). Pero no quiso subordinar todas las relaciones entre el Este y el Oeste a la cuestión de la emigración judía, pues no creyó que afectara hasta ese punto el interés nacional de los Estados Unidos.

Para Jackson y sus partidarios, la cuestión de la emigración judía era un sustituto del enfrentamiento ideológico con el comunismo. No es de sorprender que consideraran toda concesión soviética como prueba de que sus presiones tácticas estaban surtiendo efecto. Los gobernantes soviéticos sí revocaron el impuesto de salida, ya fuese debido a las quejas de la Casa Blanca, a la

enmienda de Jackson o, más probablemente, a ambas cosas, aunque el veredicto final tendrá que esperar a la apertura de los archivos soviéticos. Los adversarios del gobierno se envalentonaron y pidieron que se duplicaran las cifras de la emigración judía y que se suprimieran todas las restricciones a la emigración de otras nacionalidades, de acuerdo con un programa que sería aprobado por los Estados Unidos. Las fuerzas de Jackson también impusieron restricciones a los préstamos a la Unión Soviética por parte del Export/Import Bank (la enmienda Stevenson), de modo que, en cuestiones comerciales, la Unión Soviética terminó en peor situación después de la *détente* que antes de la relajación de las tensiones entre el Este y el Oeste.

Como jefe de un país que estaba saliendo de una guerra agotadora y se encaminaba a una crisis presidencial, Nixon sólo se expondría a aquellos riesgos que le impusiera su concepto del interés nacional y que su país estuviera dispuesto a apoyar. Sin embargo, sus adversarios deseaban que la diplomacia norteamericana causara el desplome del sistema soviético mediante demandas unilaterales de control de armamentos, reducción del comercio y una desafiante defensa de los derechos humanos. En el proceso ocurrió una extraordinaria inversión de las posiciones de algunos de los principales participantes en el debate nacional. *The New York Times* había advertido en un editorial de 1971 que «la táctica de retener el comercio norteamericano para influir en alguna negociación posterior sobre cuestiones no relacionadas con dicho comercio mucho menos probablemente influirá de manera favorable sobre la política soviética que el comercio mismo [...]».⁹⁹⁶ Dos años después, el mismo editorialista había dado marcha atrás. Condenó un viaje del secretario del Tesoro, George Shultz, a la Unión Soviética, viéndolo como prueba de que «el gobierno se muestra tan interesado en el comercio y la *détente* que está dispuesto a dejar a un lado la no menos importante preocupación del pueblo norteamericano por los derechos humanos en cualquier lugar».⁹⁹⁷

Nixon había tratado de favorecer la moderación en la conducta internacional soviética haciendo que esa moderación en la política exterior soviética fuese la prueba de fuego para obtener mayores transacciones comerciales con los Estados Unidos. Sus adversarios llevaron la relación más allá, tratando de emplear el comercio para provocar trastornos internos en la Unión Soviética, en un momento en que ésta aún era fuerte y confiada. Nixon, que había sido atacado cuatro años antes por su supuesta belicosidad durante la Guerra Fría, ahora era fustigado por ser demasiado blando y confiar en la URSS. Sin duda, ésa era la primera vez que se hacía esta acusación contra quien había comenzado su carrera política en las investigaciones anticomunistas de fines de la década de los cuarenta.

Se rechazaba ya la idea misma de mejorar las relaciones soviético-norteamericanas, como en este editorial de *The Washington Post*:

La muy difícil pregunta de cuál deberá ser la cuestión principal de la *détente* soviético-norteamericana está pasando de una fase de debate a una fase política. Hoy, un número considerable de norteamericanos parece creer que no es deseable, posible ni prudente mejorar las relaciones con la Unión Soviética, a menos que el Kremlin liberalice algunas de sus políticas internas⁹⁹⁸.

Los Estados Unidos estaban regresando a la verdadera fe de Acheson y de Dulles, y del documento NSC-68: la creencia en que un cambio fundamental de los propósitos y las prácticas internos soviéticos había de preceder a toda negociación seria entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero mientras los antiguos «guerreros de la Guerra Fría» se habían contentado con depender de la contención para originar, con el tiempo, este cambio, sus sucesores estaban

prometiéndole modificaciones importantes en el sistema soviético a partir de una presión directa norteamericana y de dar publicidad a las exigencias de los Estados Unidos.

Varias veces durante la época de Brézhnev, Nixon y sus asociados se enfrentaron al liderazgo soviético cuando la voluntad de poder de éstos aún no se había debilitado; y descubrimos que eran adversarios formidables. Un ataque en masa al sistema comunista en condiciones de igualdad nuclear prometía ser largo y enconado. Después de Vietnam y en mitad del Watergate, nos encontramos en la misma situación que un nadador al que, después de haber estado a punto de ahogarse, se le pide a continuación que atraviese el canal de la Mancha y cuando no se muestra muy entusiasta es acusado de pesimismo. Jackson se había distinguido en las filas de la lucha geopolítica anticomunista, y volvería a hacerlo; no podría decirse lo mismo de algunos de sus reclutas, de cuya sinceridad dudábamos mucho menos que de su poder de resistencia.

En una crisis internacional, el presidente es el faro indispensable para el gobierno. Tan sólo desde este punto de vista, sería difícil decir que el período del Watergate fue el momento ideal para lanzar una deliberada política de enfrentamiento soviético-norteamericano. Se estaba enjuiciando al presidente; las heridas de Vietnam aún estaban abiertas, y se desconfiaba tanto del gobierno que, después que los soviéticos hicieron una amenaza explícita de intervenir en la guerra de Oriente Medio, a un respetado periodista no le pareció mal preguntar en una conferencia de prensa, en octubre de 1973, si se habían puesto en estado de alerta las fuerzas de los Estados Unidos sólo para desviar la atención popular del Watergate.

La controversia había regresado a un debate sobre si los Estados Unidos debían contentarse con afirmar sus valores morales o bien emprender cruzadas por ellos, una cuestión que se remontaba a los tiempos de John Quincy Adams. Nixon había intentado ligar los propósitos de los Estados Unidos con sus capacidades. Dentro de estos límites, estuvo dispuesto a aplicar la influencia norteamericana para promover sus valores, como lo demostró su actitud ante la emigración judía. Sus adversarios insistían en la aplicación inmediata de los principios universales, y rechazaban con impaciencia toda cuestión de factibilidad como prueba de inadecuación moral o de pesimismo histórico. Al exigir que el idealismo norteamericano supiese discriminar, el gobierno de Nixon consideró que estaba desempeñando una vital función educativa. Cuán irónico resulta que, en un momento en que se estaba diciendo a los Estados Unidos que debían aprender a conocer sus límites geopolíticos en Vietnam, algunas figuras nacionales, varias de las cuales habían estado en la vanguardia de las críticas a Vietnam, los impelieron a lanzarse a un programa ilimitado de intervencionismo global por cuestiones humanitarias.

Como lo demostrarían los años de presidencia de Reagan, una política más audaz hacia la Unión Soviética tenía muchas ventajas, aunque los éxitos no surgirían sino en una etapa ulterior de la evolución de las relaciones soviético-norteamericanas. Pero mientras seguía adelante el debate por la *détente*, los Estados Unidos aún tenían que recuperarse de Vietnam y librarse del Watergate, y los jefes soviéticos aún tenían que pasar por un relevo generacional. Sin embargo, el modo en que se desarrolló el debate a comienzos de los años setenta impidió llegar a un equilibrio apropiado entre el idealismo que ha encendido todas las grandes iniciativas norteamericanas y el realismo exigido por el cambiante entorno global.

Los adversarios de la *détente* simplificaban enormemente el caso; el gobierno de Nixon contribuyó al estancamiento al responder con excesiva pedantería. Lacerado por el ataque de sus antiguos aliados y amigos, Nixon rechazó desdeñosamente esas críticas diciendo que se hacían por motivos políticos. Por muy cierto que esto pudiera ser, no resultaba muy profundo acusar a políticos profesionales de tener motivos políticos. Lo que el gobierno debió preguntarse fue por qué tantos

políticos convenían en unirse a las críticas de Jackson.

La política norteamericana de finales del período de Nixon se encontró empantanada, atrapada entre un moralismo que lo medía todo por el mismo rasero y un excesivo énfasis en las cuestiones geopolíticas. Al retirar el estímulo de un mayor comercio, no surgió, en cambio, la amenaza de un mayor gasto de defensa, o siquiera de la decisión de no eludir las confrontaciones geopolíticas. Las conversaciones SALT se estancaron, la emigración judía de la Unión Soviética se redujo al mínimo y los comunistas reanudaron la ofensiva geopolítica enviando a Angola una fuerza expedicionaria cubana, la cual estableció allí un gobierno comunista, mientras los conservadores norteamericanos se oponían a una respuesta enérgica de los Estados Unidos. Yo señalé las dificultades:

Si un grupo de críticos sabotea las negociaciones de control de armamentos y anula la perspectiva de unas relaciones más constructivas con la Unión Soviética, mientras que otro grupo reduce nuestros presupuestos de Defensa y servicios de inteligencia y sofoca la resistencia norteamericana al aventurerismo soviético, unos y otros acabarán, haya sido su intención o no, por anular la capacidad de la nación para dirigir una política exterior enérgica, creadora, moderada y prudente⁹⁹⁹.

Tanto fue así que hasta las grandes realizaciones diplomáticas de ese período fueron discutidas. La diplomacia norteamericana, que ha dominado Oriente Medio desde 1973 y que había reducido notablemente la influencia soviética en esa región estratégica, fue presentada durante varios años como un retroceso, hasta que el impulso del proceso de paz disipó las reservas de los más escépticos.

La conferencia de 35 naciones sobre Seguridad y Cooperación Europeas, a la que se debieron los Acuerdos de Helsinki, y que la posteridad juzgó como un considerable logro de la diplomacia occidental, también tuvo que sufrir en su momento similares críticas. Este ingente proceso diplomático brotó de la profunda inseguridad de Moscú y de su insaciable sed de legitimidad. Mientras estaba construyendo un enorme *establishment* militar y sofocando a una veintena de naciones, el Kremlin actuaba como si tuviese una constante necesidad de recibir garantías. A pesar de su inmenso y creciente arsenal nuclear, exigía a los mismos países que había estado amenazando durante décadas, y a los que había consignado al «basurero de la historia», alguna fórmula que pudiese emplear para reafirmar sus adquisiciones. En este sentido, la Conferencia sobre Seguridad Europea fue, para Brézhnev, el sustituto del tratado alemán de paz que Jruschov no había logrado obtener con su ultimátum sobre Berlín, y también una gran confirmación del *statu quo* de posguerra.

El beneficio que Moscú esperaba obtener no era evidente. La insistencia con que exigía una confirmación de su legitimidad a las proclamadas víctimas de la inevitabilidad histórica era un síntoma de extraordinaria escasa fe en su propia revolución ideológica. Es probable que los líderes soviéticos esperaran que la conferencia dejase algunas instituciones residuales para restar fuerza a la OTAN, o aun para hacerla innecesaria.

Si fue así, se engañaron. Ningún país de la OTAN estaba dispuesto a cambiar la realidad militar de la OTAN o la presencia de fuerzas militares norteamericanas en el continente por la parafernalia burocrática de una Conferencia sobre Seguridad Europea. Moscú, tal como fueron las cosas, tenía mucho más que perder que las democracias en una conferencia que terminara dando voz en las disposiciones políticas de Europa del Este a todos los participantes, incluidos los Estados Unidos.

Tras un período de ambigüedad, el gobierno de Nixon aceptó la conferencia propuesta. Aun reconociendo que la Unión Soviética tenía su propia agenda, absolutamente opuesta, sin embargo

vimos ahí una oportunidad a largo plazo. Las fronteras de los países de Europa del Este ya habían sido reconocidas por los tratados de paz posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pactadas entre los Aliados y los países de Europa del Este que en la guerra fueron satélites de Alemania. Habían sido explícitamente confirmadas en los acuerdos bilaterales de Willy Brandt entre la República Federal y los países de Europa del Este, así como por otras democracias de la OTAN, especialmente Francia, con los países de Europa del Este (incluyendo Polonia y la Unión Soviética). Además, todos los aliados de la OTAN instaban a una Conferencia sobre Seguridad Europea; en cada reunión con sus homólogos soviéticos, los dirigentes de Europa occidental se inclinaban más a aceptar la agenda soviética.

De este modo, en 1971 el gobierno de Nixon decidió aumentar la Conferencia sobre Seguridad Europea a su lista de incentivos para fomentar la moderación soviética. Empleamos nuestra estrategia de enlace, que fue resumida tan jactanciosa como exactamente por el consejero del Departamento de Estado, Helmut Sonnenfeldt: «La vendimos por el tratado germano-soviético, la vendimos por el acuerdo de Berlín, y volvimos a venderla por la apertura de las MBFR [*Mutual Balanced Force Reductions*, Reducciones Mutuas de Fuerzas Equilibradas]¹⁰⁰⁰.» Los gobiernos de Nixon y de Ford decidieron el resultado al hacer que la asistencia de los Estados Unidos dependiera de la moderación de la conducta soviética en todas las demás cuestiones. Insistieron en una conclusión satisfactoria de las negociaciones de Berlín y en el principio de unas negociaciones sobre reducciones mutuas de fuerzas en Europa. Al concluir éstas, acudieron a Ginebra delegaciones de 35 naciones aun cuando sus arduas negociaciones prácticamente no aparecieron mucho en la prensa occidental. Luego, en 1975, la conferencia salió de la oscuridad cuando se anunciaron unos acuerdos que serían firmados en una reunión del más alto nivel, en Helsinki. La influencia norteamericana había ayudado a limitar el reconocimiento de las fronteras a una obligación de no alterarlas por la fuerza, lo que constituía una simple duplicación de la Carta de la ONU. Como ningún país europeo tenía capacidad para imponer un cambio forzoso o una política en ese sentido, no podría decirse que la renuncia formal fuera una ganancia para los soviéticos. Aun este limitado reconocimiento de legitimidad fue viciado por la declaración de principios que lo precedió, en gran parte negociada por los Estados Unidos, puesto que afirmaba que los Estados signatarios «consideran que sus fronteras pueden ser modificadas de acuerdo con el derecho internacional, por medios pacíficos o a través de un acuerdo»¹⁰⁰¹.

La cláusula más importante de los Acuerdos de Helsinki resultó ser la llamada Canasta III sobre derechos humanos. (Las Canastas I y II trataban, respectivamente, de cuestiones políticas y económicas.) La Canasta III estaba destinada a desempeñar un papel importante en la desintegración de la órbita de satélites soviéticos, y se convirtió en testimonio para todos los defensores de los derechos humanos en países de la OTAN. La delegación norteamericana contribuyó a la definición de las cláusulas finales de los Acuerdos de Helsinki. Pero son los defensores de los derechos humanos los que merecen un homenaje, porque sin las presiones que ellos ejercieron el progreso habría sido más lento y probablemente más reducido.

La Canasta III obligaba a todos los firmantes a practicar y a fomentar ciertos derechos humanos básicos, que enumeraba. Sus redactores occidentales esperaban que las cláusulas crearan una norma internacional que inhibiera la represión soviética contra sus disidentes y revolucionarios. Tal como fueron las cosas, unos heroicos reformadores de Europa del Este emplearon esta cláusula como punto de unión en sus luchas por liberar a sus países de la dominación soviética. Tanto Vaclav Havel en Checoslovaquia como Lech Walesa en Polonia se ganaron su lugar entre los luchadores por la libertad aplicando estas cláusulas, en el interior e internacionalmente, para socavar no sólo la

dominación soviética, sino los regímenes comunistas de sus propios países.

De este modo, la Conferencia sobre Seguridad Europea desempeñó un importante y doble papel: en sus etapas de planificación moderó la conducta soviética en Europa, y más adelante aceleró el desplome del Imperio.

Por fortuna, el recuerdo de las actitudes de los contemporáneos hacia la Conferencia de Helsinki se ha desvanecido. Se acusó al presidente Ford de haberse vendido, por asistir a la conferencia y por firmar el principal documento, la llamada Acta Final, en 1975. *The New York Times* afirmó en un editorial:

La Conferencia de 35 naciones sobre Seguridad y Cooperación Europea, que se acerca a su fin después de treinta y dos meses de discusiones sobre semántica, no debió celebrarse. Nunca han luchado tantos durante tanto tiempo y por tan poco [...]. Si es demasiado tarde para cancelar la cumbre de Helsinki [...] debe hacerse todo esfuerzo, en público como en privado, para prevenir toda euforia en Occidente¹⁰⁰².

Yo resumí en un discurso, tres semanas después, la actitud del gobierno de Ford:

Los Estados Unidos continúan el proceso de limar asperezas desde una posición de confianza y de fuerza. No fuimos nosotros quienes estuvimos a la defensiva en Helsinki; no fue a nosotros a quienes desafiaron todas las delegaciones, pidiendo ponerse a la altura de los principios afirmados. En Helsinki, por primera vez en el período de posguerra, los derechos humanos y las libertades fundamentales fueron temas reconocidos de los discursos y las negociaciones entre Este y Oeste. La conferencia planteó *nuestras* normas de conducta humana, que han sido, y siguen siendo, un faro de esperanza para millones de personas¹⁰⁰³.

Fue un período triste, en que todos los intentos de persuasión parecieron inútiles. En un discurso de marzo de 1976, desafié a nuestros retadores, con cierta exasperación:

Ninguna política eliminará pronto, o quizá nunca, la competencia y las irreconciliables diferencias ideológicas que existen entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; tampoco hará compatibles todos los intereses. Nos encontramos en un proceso prolongado, con sus inevitables altibajos. Pero no existe alternativa a la política de aplicar castigos al aventurerismo e incentivar la moderación. Los que tan locuazmente hablan de «calles de un solo sentido» o de «concesiones preventivas», ¿qué proponen concretamente que haga este país? ¿Qué se ha entregado, precisamente? ¿Qué nivel de confrontación buscan? ¿Qué amenazas harían? ¿Qué riesgos estarían dispuestos a correr? ¿Qué cambios precisos en nuestra defensa plantean, qué nivel de gastos, sobre qué período de tiempo proponen? ¿Cómo sugieren, en concreto, tratar la relación EUA-Unión Soviética en una época de igualdad estratégica?¹⁰⁰⁴

La «estructura de paz» de Nixon respondió al anhelo nacional de poner fin a las aventuras remotas. Sin embargo, durante la mayor parte de su historia, los norteamericanos habían dado por sentada la paz; definir la paz como la ausencia de guerra era demasiado pasivo, demasiado poco inspirador para que sirviera como base permanente de la política norteamericana. El concepto de las relaciones internacionales que sostuvo el gobierno de Nixon fue mucho más realista que el que había heredado y, a largo plazo, representó un ajuste necesario de la política exterior norteamericana. Pero

no estaba basado en principios familiares; ésta fue una laguna que después lograron superar gobiernos posteriores. En los Estados Unidos, era necesaria una interpretación geopolítica de los asuntos internacionales, aunque, en sí misma, era insuficiente. En cambio, los adversarios de Nixon actuaron como si el entorno internacional no tuviera importancia y como si las preferencias norteamericanas pudiesen imponerse de forma unilateral con sólo ser proclamadas por los Estados Unidos.

Al tratar de idear un enfoque viable a los cambios revolucionarios que presidió, el gobierno de Nixon subrayó demasiado las que le parecieron necesidades geopolíticas de los Estados Unidos. Sus críticos y sus sucesores inmediatos trataron de compensarlo invocando unas versiones absolutas de los principios norteamericanos. La inevitable controversia resultó innecesariamente dolorosa por la desintegración de la unidad interna bajo el doble choque de Vietnam y del Watergate.

Sin embargo, después de mantener unido al mundo durante la Guerra Fría, los norteamericanos sí recuperaron su compostura y lograron cambiar las tornas a sus adversarios soviéticos. Cuando la amenaza geopolítica y el desafío ideológico se desvanecieron, resultó irónico que los Estados Unidos se vieran obligados, sin otra alternativa, a plantearse por completo cuál sería su nuevo interés nacional durante los años noventa.

CAPÍTULO TREINTA

El fin de la Guerra Fría: Reagan y Gorbachov

La Guerra Fría había empezado en un período en que los Estados Unidos estaban esperando una época de paz, y terminó en un momento en que estaban preparándose para una nueva y larga época de conflictos. El Imperio soviético se desplomó aún más súbitamente de como se había expandido; con igual rapidez, los Estados Unidos invirtieron su actitud hacia Rusia, pasando en cuestión de meses de la hostilidad a la amistad.

Este ingente cambio se desarrolló bajo el liderazgo de dos asociados que nadie habría podido imaginar. Ronald Reagan había sido elegido presidente como reacción a un período de aparente retirada de los Estados Unidos, para reafirmar las verdades tradicionales del excepcionalismo norteamericano. Gorbachov, encumbrado gracias a las brutales luchas de la jerarquía comunista, estaba decidido a revitalizar la ideología soviética, que consideraba superior. Reagan y Gorbachov, cada uno por su parte, creían en la victoria final de su propio bando. Sin embargo, había una diferencia abismal entre estos dos inesperados colaboradores: Reagan comprendía bien los profundos sentimientos de su sociedad, mientras que Gorbachov había perdido todo contacto con la suya. Ambos gobernantes recurrieron a lo que consideraban lo mejor de sus sistemas. Mientras que Reagan liberó el espíritu de su pueblo al recurrir a nuevas reservas de iniciativa y confianza en sí mismo, Gorbachov precipitó la caída del sistema que representaba, al exigir una reforma que ese sistema fue incapaz de llevar adelante.

El desplome de Indochina en 1975 fue seguido por la retirada de Angola y por las cada vez más profundas divisiones internas en los Estados Unidos, así como por un extraordinario brote de expansionismo soviético. Las fuerzas militares de Cuba habían pasado de Angola a Etiopía, junto con miles de asesores militares soviéticos; en Camboya, tropas vietnamitas apoyadas y abastecidas por la Unión Soviética estaban subyugando a ese país mártir; Afganistán fue ocupado por más de 100.000 soldados soviéticos; el gobierno prooccidental del sha de Irán se desplomó y fue reemplazado por un régimen fundamentalista radicalmente antinorteamericano, que apresó cincuenta y dos norteamericanos, casi todos ellos funcionarios, y los mantuvo como rehenes. Cualesquiera que fuesen las causas, las fichas del dominó realmente parecían estar cayendo.

Sin embargo, cuando la posición internacional norteamericana se hallaba en un profundo pozo, el comunismo empezó a descomponerse. En cierto momento, a comienzos de los años ochenta, pareció como si el impulso comunista pudiese arrollarlo todo. En el momento histórico siguiente, el comunismo estaba autodestruyéndose. En el período de una década la órbita de satélites europeos orientales se disolvió, y el Imperio soviético se desmembró, devolviendo casi todas las adquisiciones rusas realizadas desde los tiempos de Pedro *el Grande*. Nunca una potencia mundial se había desintegrado tan total o tan súbitamente sin haber perdido una guerra.

El Imperio soviético fracasó en parte porque su propia historia lo había incitado inexorablemente a una expansión ilimitada. El Estado soviético nació contra todas las probabilidades, y luego logró sobrevivir a una guerra civil, al aislamiento y a una sucesión de gobernantes perversos. En 1934-1941 hábilmente convirtió la inminente Segunda Guerra Mundial en lo que llamó una guerra civil imperialista, y con ayuda de los aliados occidentales soportó el ataque

de los nazis. Poco después, ante el monopolio atómico norteamericano, logró establecer una órbita de satélites en Europa del Este, y en el período posterior a Stalin se convirtió en una superpotencia mundial. Al principio, los ejércitos soviéticos sólo amenazaron las zonas contiguas, pero luego se extendieron hasta continentes remotos. El poder balístico de los cohetes soviéticos creció a un ritmo que hizo temer a muchos expertos norteamericanos la inminente superioridad estratégica soviética. Como los gobernantes británicos Palmerston y Disraeli en el siglo XIX, también los líderes norteamericanos veían a Rusia avanzar por doquier.

El error fatal de todo este hinchado imperialismo fue que, de paso, los gobernantes soviéticos perdieron el sentido de la proporción; sobreestimaron la capacidad del sistema soviético para consolidar sus ganancias tanto militares como económicas y olvidaron que con una base muy endeble estaban desafiando literalmente a todas las otras grandes potencias. Los dirigentes soviéticos tampoco pudieron reconocer, ni siquiera ante sí mismos, que su sistema era mortalmente deficiente en su capacidad de generar iniciativas y creatividad; que, pese a su poderío militar, la Unión Soviética seguía siendo un país muy atrasado. No pasaron la prueba decisiva de la supervivencia porque las cualidades que encumbraron al Politburó soviético sofocaron la creatividad necesaria para permitir crecer a su sociedad, ya no digamos para sostener el conflicto que ella misma había provocado.

Sencillamente, la Unión Soviética no era lo bastante fuerte ni dinámica para desempeñar la función que sus gobernantes le habían asignado. Stalin acaso tuviese un presentimiento del auténtico equilibrio de fuerzas cuando reaccionó a la concentración norteamericana de armamentos durante la guerra de Corea con su Nota de Paz de 1952 (véase el capítulo veinte). En el desesperado período de transición que siguió a la muerte de Stalin, sus sucesores malinterpretaron su capacidad de supervivencia sin ser desafiados por Occidente, creyendo que era una muestra de la debilidad occidental. Así mismo, se dejaron engañar por los que les parecieron impresionantes avances soviéticos en el mundo de los países en desarrollo. Jruschov y sus sucesores llegaron a la conclusión de que podían superar la labor realizada por el tirano. En lugar de dividir al mundo capitalista, que fue la estrategia básica de Stalin, ellos se proponían derrotarlo gracias a los ultimátums de Berlín, los misiles en Cuba y su aventurerismo por todo el mundo en desarrollo. Sin embargo, ese esfuerzo rebasó tanto la capacidad soviética que el estancamiento se transformó en desplome.

La desintegración comunista fue notoria durante el segundo mandato de Reagan, y ya era inevitable cuando él dejó la presidencia. Se les debe un reconocimiento considerable a las presidencias anteriores a la de Reagan, así como a la de su inmediato sucesor, George Bush, quien dirigió hábilmente el desenlace. No obstante, fue la presidencia de Ronald Reagan la que marcó el punto decisivo.

La actuación de Reagan fue asombrosa y, para los observadores académicos, poco menos que incomprensible. Reagan casi no sabía nada de historia, y lo poco que sabía lo adaptó en favor de sus bien arraigados prejuicios. Citó las referencias bíblicas al Armagedón como si fueran predicciones inminentes. Muchas de las anécdotas históricas que tanto le gustaba narrar casi no tenían base en los hechos, tal como los hechos suelen interpretarse. En una conversación privada, comparó una vez a Gorbachov con Bismarck, arguyendo que ambos habían superado idénticos obstáculos internos, al apartarse de una economía centralizada en favor del mercado libre. Yo recomendé a un amigo común que avisara a Reagan para que no repitiera esa ridícula frase ante un interlocutor alemán. Sin embargo, mi amigo consideró imprudente transmitirle la advertencia, para que la comparación no se fijara aún más en el cerebro del presidente.

Los detalles de la política exterior aburrían a Reagan. Poseía unas cuantas ideas básicas acerca de los peligros del apaciguamiento, los males del comunismo y la grandeza de su propia patria, pero

el análisis de cuestiones sustantivas no era su fuerte. Todo esto me hizo observar, durante la que yo creí que era una conversación extraoficial, antes de una conferencia de historiadores en la Biblioteca del Congreso: «Al hablar con Reagan, a veces nos preguntamos por qué se le pudo ocurrir a alguien que debiera ser presidente, o siquiera gobernador. Pero lo que ustedes los historiadores tendrán que explicar es cómo un hombre tan poco intelectual pudo dominar California durante ocho años, y Washington durante ya casi siete.»

Los medios informativos se lanzaron ávidamente sobre la primera parte de mi frase. Sin embargo, para el historiador, la segunda parte es, con mucho, la más interesante. En resumidas cuentas, un presidente con el más pobre currículum académico aplicaría una política exterior de extraordinaria congruencia y oportunidad. Es posible que Reagan sólo tuviese unas cuantas ideas básicas, pero éstas resultaron ser las cuestiones centrales de la política exterior de su época, lo que demuestra que los principales ingredientes del liderazgo son el sentido de la dirección y la fuerza de las propias convicciones. Casi no importa quién redactaba las declaraciones de Reagan sobre política exterior (ningún presidente las redacta en persona). Según ciertas frases humorísticas, Reagan fue el títere de sus redactores de discursos, pero ésa es una ilusión fomentada por muchos redactores de discursos. Después de todo, el propio Reagan había seleccionado a quienes redactaban los suyos, y él los pronunciaba con extraordinaria convicción y fuerza persuasiva. Cualquier trato con Reagan disipa casi toda duda de que expresaba sus auténticas opiniones y, en ciertas cuestiones, como la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), estuvo muy por encima de quienes le rodeaban.

En el sistema norteamericano de gobierno, en que el presidente es el único funcionario elegido por toda la nación, la coherencia en política exterior surge, si llega a surgir, de las declaraciones presidenciales, que sirven como directiva eficaz para la enorme y obstinada burocracia y que fijan las normas para los debates del público o del Congreso. Reagan expuso una doctrina de política exterior de gran coherencia y considerable poder intelectual. Poseía una compenetración extraordinariamente intuitiva con los horizontes de la motivación norteamericana. Al mismo tiempo, captó la esencial fragilidad del sistema soviético, lo que iba en contra de la opinión de casi todos los expertos, incluso de los de su propio bando conservador.

Reagan tenía un don misterioso para unir al pueblo norteamericano, y también poseía una personalidad extraordinaria y auténticamente grata y afable. Incluso a las víctimas de su retórica les resultaba difícil tomarse las cosas como cuestión personal. Aunque me atacó durante su fallido intento de obtener la candidatura presidencial en 1976, me fue imposible guardarle resentimiento, pese a que yo, como asesor de Seguridad Nacional, había estado informándole durante años, sin ninguna protesta por su parte, acerca de las mismas medidas que luego criticó. Cuando todo pasó, no recordé la retórica de campaña, sino la combinación de sentido común y humorística buena voluntad con que Reagan se comportó durante las sesiones informativas. Durante la guerra de Oriente Medio de 1973 yo le dije que repondríamos las pérdidas de aviones israelíes, pero no sabíamos bien cómo limitar la reacción árabe. «¿Por qué no dice usted que reemplazará todos los aviones que los árabes afirman haber derribado?», sugirió Reagan; esta proposición que volvería la exageradísima propaganda árabe contra los que la habían originado.

La suave apariencia de Reagan ocultaba un carácter extraordinariamente complejo. Se mostraba a la vez cordial y distante, lleno de buen humor pero, en última instancia, reservado. La bonhomía era su manera de establecer una distancia entre él y los demás. Si trataba a todos con idéntica amabilidad, y contaba a todos los mismos chistes, nadie se sentiría con derechos especiales. El repertorio de chistes que pasaba de una conversación a otra le servía de protección contra el peligro de mostrarse parcial. Como muchos actores, Reagan era el solitario genuino, tan encantador como

centrado en sí mismo. En una ocasión un hombre a quien todos consideraban íntimo suyo me dijo que Reagan era el hombre más amable y a la vez más distante que hubiese conocido.

A pesar de la retórica de la campaña de Reagan en 1976, no hubo una considerable diferencia conceptual entre las diversas evaluaciones del entorno internacional hechas por los gobiernos de Nixon, de Ford y de Reagan. Los tres estaban resueltos a oponerse a la ofensiva geopolítica soviética y consideraron que la historia estaba de parte de las democracias. Sin embargo, sí hubo una enorme diferencia en sus tácticas y en el modo en que cada uno de estos gobiernos explicó su política al pueblo norteamericano.

Impresionado por la división interna causada por la guerra de Vietnam, Nixon había creído que una previa demostración de esfuerzos serios en nombre de la paz sería un requisito indispensable para sostener cualquier tipo de enfrentamientos que fuesen necesarios para impedir toda nueva expansión soviética. Reagan, como presidente de un país que estaba cansado de tanta retirada, justificó la resistencia al expansionismo soviético mediante un estilo marcado por un insistente enfrentamiento. Como Woodrow Wilson, también Reagan comprendió que el pueblo norteamericano, que había marchado a lo largo de su historia al compás del tambor excepcionalista, encontraría su inspiración última en los ideales históricos, y no en los análisis geopolíticos. En este sentido, Nixon fue respecto de Reagan lo que Theodore Roosevelt había sido respecto de Woodrow Wilson. Nixon, como Roosevelt, había comprendido mucho mejor el funcionamiento de las relaciones internacionales; Reagan, como Wilson, poseía un conocimiento mucho mejor del funcionamiento del alma norteamericana.

La retórica de Reagan acerca de la posición moral exclusiva de los Estados Unidos reflejó lo que casi todos los demás presidentes habían dicho en un momento u otro de este siglo. Lo que hizo única la particular variante del excepcionalismo norteamericano fue la interpretación literal que Reagan le dio como guía para la dirección cotidiana de la política exterior. Donde los predecesores de Reagan habían invocado los principios norteamericanos como fundamento de una iniciativa particular, como por ejemplo la Sociedad de Naciones o el Plan Marshall, Reagan los movilizó como armas para la lucha cotidiana contra el comunismo. Así lo hizo en este discurso, pronunciado ante la Legión Americana, el 22 de febrero de 1983:

Al unir las verdades y los valores eternos que los norteamericanos, siempre han amado con las realidades del mundo de hoy, hemos forjado los comienzos de una dirección fundamentalmente nueva en la política exterior norteamericana, una política basada en la explicación, sin rubores ni disculpas, de nuestras inapreciables instituciones libres [...]¹⁰⁰⁵.

Reagan rechazó el «complejo de culpa» que identificó con el gobierno de Carter, y orgullosamente defendió la actuación de los Estados Unidos como «la más grande fuerza para la paz que hay en el mundo de hoy»¹⁰⁰⁶. En su primera conferencia de prensa, declaró que la Unión Soviética era un imperio sin ley, dispuesto «a cometer cualquier crimen, a engañar, a estafar» para alcanzar sus metas¹⁰⁰⁷. Esto precedería a su descripción de la Unión Soviética, de 1983, definida como el «imperio del mal», lo que representaba un directo desafío moral ante el cual habrían retrocedido todos sus predecesores. Reagan pasó por encima de la tradicional prudencia diplomática, y simplificó las virtudes norteamericanas en busca de una autoproclamada misión para convencer al pueblo norteamericano de que el conflicto ideológico entre el Este y el Oeste era importante, y que algunas luchas internacionales se establecen en términos de vencer o ser vencidos, no acerca de conservar el poder o sobre diplomacia.

El discurso del primer mandato de Reagan constituyó el fin definitivo del período de *détente*. El objetivo norteamericano ya no era una relajación de las tensiones, sino una cruzada y una conversión. Reagan fue elegido gracias a su promesa de practicar un anticomunismo militante, y cumplió su palabra. Desde la afortunada posición de tratar con una Unión Soviética que iba a la deriva, rechazó el énfasis de Nixon en el interés nacional, considerándolo demasiado relativista, y desdeñó la timidez de Carter, juzgándola derrotista. Reagan, en cambio, presentó una visión apocalíptica del conflicto, que era más tolerable por la inevitabilidad histórica de su resultado. En un discurso pronunciado en la Cámara de los Lores en Londres, en junio de 1982, expuso así su concepto de la Unión Soviética:

En un sentido irónico, Karl Marx tuvo razón. Hoy estamos presenciando una gran crisis revolucionaria en que las exigencias del orden económico están entrando en conflicto directo con las del orden político. Pero la crisis no está ocurriendo en el Occidente libre y no marxista, sino en la cuna del marxismo-leninismo, la Unión Soviética [...].

El sistema soviético, hipercentralizado, con pocos o ningunos incentivos, año tras año invierte sus mejores recursos para fabricar instrumentos de destrucción. La constante contracción de su desarrollo económico, combinada con el crecimiento de su producción militar, está echando una enorme carga sobre el pueblo soviético.

Lo que vemos aquí es una estructura política que ya no corresponde a su base económica; una sociedad en que las fuerzas productivas son obstaculizadas por las fuerzas políticas¹⁰⁰⁸.

Cuando Nixon y yo habíamos dicho algo muy similar, diez años antes, esto sólo intensificó las críticas de los conservadores a la *détente*. Éstos desconfiaban de toda invocación de la evolución histórica al servicio de la *détente* porque temían que las negociaciones con los comunistas pudiesen acabar en un desarme moral. En cambio, el concepto de victoria inevitable les pareció atractivo como arma de enfrentamiento.

Reagan creía que las relaciones con la Unión Soviética mejorarían si pudiera hacer que ésta compartiera su temor a un desastre final nuclear. Estaba resuelto a convencer al Kremlin de los riesgos del expansionismo continuado. Una década antes, su discurso habría hecho que la desobediencia civil interna fuese incontrolable, y podría haber ocasionado un enfrentamiento con una Unión Soviética todavía confiada en sus fuerzas; diez años después, habría parecido anticuado. Pero en las condiciones de los años ochenta, puso las bases para un período de diálogo sin precedentes entre el Este y el Oeste.

Como era inevitable, la retórica de Reagan fue atacada con furia por quienes creían en las ortodoxias establecidas. TRB, en *The New Republic* del 11 de abril de 1983, se escandalizó cuando Reagan describió la Unión Soviética como un «imperio del mal», dijo que esta descripción era «prosa primitiva y simbolismo apocalíptico»¹⁰⁰⁹; «primitivo» fue también el término empleado por Anthony Lewis en *The New York Times* del 10 de marzo de 1983¹⁰¹⁰. En 1981, el distinguido profesor de Harvard, Stanley Hoffmann, denunció el militante estilo de Reagan como «machismo», «neonacionalismo» y una forma de «reacción fundamentalista» que tenía poco que ofrecer a un mundo complejo en el que, se decía, los puntos débiles de la economía norteamericana no eran menos graves que los de la Unión Soviética¹⁰¹¹.

En realidad, el discurso de Reagan no impidió emprender importantes negociaciones como habían predicho sus críticos. Por el contrario, durante el segundo mandato de Reagan hubo un diálogo entre el Este y el Oeste de un alcance y una intensidad nunca vistos desde el período de *détente* de

Nixon. Sin embargo, esta vez las negociaciones contaron con el apoyo de la opinión pública y fueron aplaudidas por los conservadores.

Si el enfoque de Reagan del conflicto ideológico era una versión simplificada del wilsonismo, su concepto de la resolución de tal lucha también estaba arraigado en la utopía norteamericana. Aunque presentó la cuestión como una lucha entre el bien y el mal, Reagan distaba mucho de asegurar que había que luchar hasta el fin. Antes bien, de manera típicamente norteamericana, estaba convencido de que la intransigencia de los comunistas se basaba más en la ignorancia que en un mal congénito, más en un equívoco que en una hostilidad intencionada. Por tanto, en opinión de Reagan, era probable que el conflicto terminara con la conversión del adversario. En 1981, mientras se recuperaba de un atentado contra su vida, Reagan envió una carta manuscrita a Leonid Brézhnev en la que trataba de disipar la desconfianza soviética hacia los Estados Unidos, como si setenta y cinco años de ideología comunista pudieran eliminarse con una llamada personal. Era, casi al pie de la letra, la misma garantía que Truman había dado a Stalin al finalizar la Segunda Guerra Mundial (véase el capítulo veintisiete):

A menudo se da a entender [...] que nosotros tenemos designios imperialistas y que, por ello, constituimos una amenaza para vuestra propia seguridad y la de las naciones que están surgiendo. Esta acusación no sólo carece de toda prueba, sino que hay sólidas pruebas de que los Estados Unidos, cuando podrían haber dominado el mundo sin ningún riesgo, no hicieron el menor esfuerzo en ese sentido [...]. Puedo decir que no hay absolutamente ninguna sustancia en las acusaciones de que los Estados Unidos son culpables de imperialismo o de intentos de imponer su voluntad a otros países mediante el uso de la fuerza [...].

Señor presidente: ¿no debiéramos preocuparnos por eliminar los obstáculos que impiden a nuestros pueblos, a los que vos y yo representamos, alcanzar sus objetivos más ansiados? ¹⁰¹²

¿Cómo reconciliar el tono apaciguador de la carta de Reagan y la suposición de este autor, de que su destinatario le daba cierta credibilidad, con la afirmación de Reagan (hecha pocas semanas antes) de que los gobernantes soviéticos eran capaces de cualquier crimen? Reagan no consideró necesario explicar esta evidente incongruencia, tal vez porque creía profundamente en ambas suposiciones el mal de la conducta soviética, así como la capacidad de los gobernantes soviéticos para convertirse ideológicamente.

Así, después de la muerte de Brézhnev, en noviembre de 1982, Reagan envió el 11 de julio de 1983 una nota manuscrita a Yuri Andrópov, sucesor de Brézhnev, negando, una vez más, todo designio agresivo¹⁰¹³. Cuando también Andrópov murió y lo sucedió el anciano y enfermo Konstantín Chernenko (nombramiento obviamente interino), Reagan confió a su diario, claramente pensado para su publicación:

Tengo la sensación de que me gustaría hablarle de hombre a hombre acerca de nuestros problemas y ver si puedo convencerlo de que los soviéticos obtendrían un beneficio material si ingresaran en la familia de las naciones, etcétera¹⁰¹⁴.

Seis meses después, el 28 de septiembre de 1984, Gromiko hizo su primera visita a la Casa Blanca durante el gobierno de Reagan. De nuevo, Reagan recurrió a su diario, diciendo que su principal objetivo era disipar la desconfianza de los gobernantes soviéticos en los Estados Unidos:

Tengo la sensación de que no llegaremos a ninguna parte con las reducciones de armamentos mientras desconfíen tanto de nuestros motivos como nosotros de los de ellos. Creo que necesitamos una reunión para ver si podemos hacerles comprender que no tenemos ningún designio contra ellos, pero creemos que ellos sí lo tienen contra nosotros¹⁰¹⁵.

Si la conducta soviética había sido motivada por su desconfianza de los Estados Unidos durante dos generaciones, bien podía suponer Reagan que este sentimiento estaba profundamente arraigado en el sistema y en la historia de la Unión Soviética. La gran esperanza, sobre todo en tan declarado anticomunista, de disipar el recelo de los soviéticos en una sola conversación con su ministro de Exteriores (quien, además, representaba la genuina esencia del gobierno comunista) sólo puede explicarse por la incontenible convicción norteamericana de que el entendimiento entre los pueblos es cosa normal, que la tensión es una aberración y que se puede generar confianza mediante una esforzada demostración de buena voluntad.

Así pues, a Reagan, el azote del comunismo, no le pareció nada extraño describir la noche anterior a su primera reunión con Gorbachov, en 1985, y su sensación de expectativa nerviosa, mencionando la esperanza de que la reunión resolviera los conflictos de dos generaciones (actitud más parecida a la de Jimmy Carter que a la de Richard Nixon):

Primero con Bréznev, yo había soñado en un tête-à-tête con un gobernante soviético porque había creído que podríamos lograr cosas que los diplomáticos de nuestros países no podían hacer porque no tenían la autoridad necesaria. Dicho de otra manera, creí que si poníamos a los gobernantes máximos a negociar y a conversar en una cumbre y luego los dos salíamos del brazo diciendo: «Hemos acordado esto», los burócratas no podrían estropear el acuerdo. Antes de Gorbachov, nunca tuve oportunidad de poner a prueba mi idea. Ahora, era mi oportunidad¹⁰¹⁶.

Pese a su retórica acerca de la confrontación ideológica y la realidad de dirigir un conflicto geopolítico, en su fuero interno Reagan no creía en causas de tensión, fuesen estructurales o geopolíticas. Él y sus colaboradores consideraban que preocuparse por el equilibrio del poder era algo demasiado limitador y pesimista. No buscaban un acercamiento gradual, sino un resultado final. Esta creencia dio al grupo de Reagan una extraordinaria flexibilidad táctica.

Uno de sus biógrafos ha escrito acerca de uno de los «sueños» de Reagan, que también yo le oí narrar:

Una de las fantasías de Ronald Reagan como presidente era que podría llevar a Mijail Gorbachov a un viaje por los Estados Unidos para que el dirigente soviético pudiese ver cómo vivía el norteamericano común. Reagan a menudo hablaba de eso. Imaginaba que él y Gorbachov volarían en helicóptero sobre una comunidad de clase obrera, verían una fábrica y su aparcamiento lleno de coches, y luego volarían en círculos sobre un grato vecindario, en que los obreros de la fábrica vivían en casas «con prados y cercas, tal vez con un segundo auto o una lancha a la puerta, y no en las conejeras de hormigón que yo había visto en Moscú». El helicóptero descendería, y Reagan invitaría a Gorbachov a llamar a las puertas y preguntar a los residentes «qué piensan de nuestro sistema». Los trabajadores le dirían entonces lo maravilloso que era vivir en los Estados Unidos¹⁰¹⁷.

Reagan creía, sin la menor duda, que tenía el deber de acelerar el inevitable reconocimiento, por parte de Gorbachov o de cualquier otro gobernante soviético, de que la filosofía comunista era

un error y de que, en cuanto se disiparan las erróneas concepciones soviéticas sobre la auténtica naturaleza de los Estados Unidos, pronto comenzaría una era de conciliación. En este sentido, y pese a todo su fervor ideológico, las opiniones de Reagan sobre la esencia del conflicto internacional siguieron siendo, siempre, estrictamente utópico-norteamericanas. Como no creía en los intereses nacionales irreconciliables, no podía ver ningún conflicto insoluble entre las naciones. En cuanto los gobernantes soviéticos hubiesen modificado sus opiniones ideológicas, se le evitaría al mundo la clase de disputas que había caracterizado la diplomacia clásica. Reagan no veía etapas intermedias entre el conflicto permanente y la reconciliación duradera.

No obstante, por muy optimistas y hasta «liberales» que fueran las ideas de Reagan acerca del resultado final, se proponía alcanzar su meta a través de un implacable enfrentamiento. A su modo de ver, dedicarse a poner fin a la Guerra Fría no exigía crear una atmósfera «favorable» o hacer aquellos gestos unilaterales tan recomendados por los partidarios de las negociaciones permanentes. Reagan era lo bastante norteamericano para considerar el enfrentamiento y la conciliación como etapas sucesivas de su política, y fue el primer presidente de posguerra que pasó a la ofensiva, tanto en lo ideológico como en lo geoestratégico.

La Unión Soviética no había tenido que enfrentarse a semejante fenómeno desde los tiempos de John Foster Dulles; éste no había sido presidente, ni había intentado nunca, en serio, aplicar su política de «liberación». En cambio, Reagan y sus colaboradores tomaron al pie de la letra sus declaraciones. Desde el momento de la toma de posesión de Reagan, buscaron simultáneamente dos objetivos: combatir la presión geopolítica soviética hasta que el proceso de expansionismo hubiese sido, primero, contenido y luego, invertido; y, segundo, lanzar un programa de rearme destinado a parar en seco la búsqueda soviética de una superioridad estratégica, y convertirla en un estorbo estratégico.

Para lograr esta inversión de papeles utilizó como vehículo ideológico la cuestión de los derechos humanos, que Reagan y sus asesores invocaron para tratar de socavar el sistema soviético. Desde luego, también sus predecesores inmediatos habían afirmado la importancia de los derechos humanos. Nixon lo había hecho cuando trató el asunto de la emigración de la Unión Soviética. Ford había dado el paso más grande con la Canasta III de los Acuerdos de Helsinki (véase el capítulo veintinueve). Carter hizo de los derechos humanos el fundamento de su política exterior, y los promovió tan intensamente entre sus aliados que su invocación a la rectitud ocasionalmente amenazó su cohesión interna. Reagan y sus asesores dieron un paso más al tratar los derechos humanos como arma para derrocar el comunismo y democratizar la Unión Soviética y, por tanto, como clave para un mundo pacífico, como lo señaló Reagan en su informe sobre el estado de la Unión del 25 de enero de 1984: «Los gobiernos que se basan en el consentimiento de los gobernados no hacen la guerra a sus vecinos.»¹⁰¹⁸ En Westminster, en 1982, Reagan, saludando la marea de la democracia que se había desencadenado por el mundo entero, llamó a las naciones libres:

[...] a fortalecer la infraestructura de la democracia, el sistema de una prensa libre, sindicatos, partidos políticos y universidades, que permita a un pueblo elegir su propio camino, desarrollar su propia cultura, arreglar sus propias diferencias por medios pacíficos¹⁰¹⁹.

Su exhortación a mejorar la democracia interna fue el prólogo de un tema típicamente wilsoniano: «Si en el resto de este siglo presenciamos el desarrollo gradual de la libertad y de los ideales democráticos, deberemos emprender acciones para ayudar a la campaña por la democracia.»¹⁰²⁰

De hecho, Reagan llevó la doctrina de Wilson a su última consecuencia. Los Estados Unidos no aguardarían pasivamente a que las instituciones libres evolucionaran, ni se limitarían a resistir a las amenazas directas a su seguridad. En cambio, promoverían activamente la democracia, recompensando a aquellos países que cumplieran con sus ideales, y castigando a los que no cumplieran (aunque no representaran un desafío o una amenaza evidente para los Estados Unidos). De este modo, el equipo de Reagan revolió las pretensiones de los primeros bolcheviques: los valores democráticos, no los del Manifiesto Comunista, serían la ola del futuro. El equipo de Reagan fue congruente; presionó sobre el régimen conservador de Pinochet en Chile y sobre el régimen autoritario de Marcos en Filipinas a favor de una reforma; el primero fue obligado a aceptar un referéndum y unas elecciones libres, en las que fue reemplazado; el segundo fue derrocado con la ayuda de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, la cruzada por la democracia abordaba una fundamental petición de principio que sería de particular importancia para el período posterior a la Guerra Fría. ¿Cómo reconciliar esta cruzada con la vieja doctrina norteamericana de no intervención en los asuntos internos de otros Estados? ¿Hasta qué grado debían otros objetivos, como la seguridad nacional, quedar subordinados a ella? ¿Qué precio estarían dispuestos a pagar los Estados Unidos por promover sus valores? ¿Cómo evitar, a la vez, la expansión ilimitada y la abdicación? El mundo posterior a la Guerra Fría, que hace que los primeros años de Reagan nos parezcan ya historia antigua, tendrá que responder a estas preguntas.

Sin embargo, cuando Reagan tomó posesión de su cargo, tales ambigüedades no le preocuparon tanto como inventar una estrategia que interrumpiera el continuo avance soviético de los años anteriores. La meta de la ofensiva geoestratégica de Reagan era convencer a los soviéticos de que se habían extralimitado. La estrategia de Reagan rechazó la Doctrina Bréznév sobre la irreversibilidad de los avances del comunismo, y expresó la convicción de que al comunismo no sólo se le podía contener, sino también derrotar. Reagan logró el rechazo de la enmienda Clark, que había impedido llevar ayuda norteamericana a las fuerzas anticomunistas en Angola, aceleró enormemente el apoyo a las guerrillas afganas antisoviéticas, creó un gran programa de oposición a los guerrilleros comunistas en América Central y hasta amplió la ayuda humanitaria a Camboya. El hecho de que poco más de cinco años después del desastre de Indochina un presidente decidido pudiera volver a oponerse a la expansión soviética por todo el mundo, esta vez con éxito, fue un notable homenaje a la cohesión norteamericana.

Casi todas las victorias soviéticas de los años setenta se convirtieron en derrotas, aunque varias de sus retiradas no ocurrieron hasta la llegada del gobierno de Bush. La ocupación vietnamita de Camboya tocó a su fin en 1990, se celebraron elecciones en 1993 y los refugiados se prepararon para volver a casa. Las tropas cubanas se retiraron de Angola en 1991. El gobierno de Etiopía, apoyado por los comunistas, se desplomó en 1991. En 1990, los sandinistas de Nicaragua tuvieron que aceptar unas elecciones libres, riesgo que ningún partido comunista en el poder había estado dispuesto a correr y, lo que aún es más importante, los ejércitos soviéticos se retiraron de Afganistán en 1989. Todos estos acontecimientos contribuyeron a reducir el impulso ideológico comunista y su convicción geopolítica. Al observar la pérdida de la influencia soviética en el llamado Tercer Mundo, los reformadores soviéticos pronto empezaron a citar las costosas y vanas aventuras de Bréznév como prueba de la bancarrota del sistema comunista, cuyo antidemocrático estilo de toma de decisiones les pareció urgentemente necesitado de revisión¹⁰²¹.

El gobierno de Reagan logró estos triunfos poniendo en práctica lo que llegó a conocerse como la Doctrina Reagan, es decir, que los Estados Unidos ayudarían a las contrarrevoluciones

anticomunistas a arrancar de la esfera de influencia soviética a sus respectivos países. Esto significó armar a los mujaidines afganos en su lucha contra los rusos, apoyar a los contra en Nicaragua y ayudar a las fuerzas anticomunistas en Etiopía y Angola. Durante los años sesenta y setenta, los soviéticos habían fomentado las insurgencias comunistas contra gobiernos que eran amigos de los Estados Unidos. Ahora, en los años ochenta, los Estados Unidos estaban dando a probar a los soviéticos su propia medicina. El secretario de Estado, George Shultz, explicó el concepto en un discurso en San Francisco, en febrero de 1985:

Durante muchos años vimos actuar a nuestros adversarios sin ninguna moderación apoyando insurgencias por todo el mundo para multiplicar las dictaduras comunistas [...] se decía que cada victoria del comunismo era irreversible [...]. Hoy, sin embargo, el Imperio soviético está flaqueando bajo la presión de sus propios problemas internos y sus dificultades externas [...]. Las fuerzas de la democracia de todo el mundo merecen que estemos con ellas. Abandonarlas sería una vergonzosa traición [...] una traición no sólo contra gente valerosa, sino contra nuestros más elevados ideales¹⁰²².

El encumbrado lenguaje basado en la doctrina de Wilson, pronunciado en apoyo de la libertad y de la democracia del mundo fue moderado por un realismo casi maquiavélico. Los Estados Unidos no fueron «al extranjero a buscar monstruos que destruir», según la memorable frase de John Quincy Adams, sino que la Doctrina Reagan equivalía a una estrategia de ayudar al enemigo de su propio enemigo (que Richelieu habría aprobado de corazón). El gobierno de Reagan no sólo ayudó a los auténticos demócratas (como en Polonia), sino también a los fundamentalistas islámicos (asociados a los iraníes) en Afganistán, a los derechistas en la América Central y a jefes tribales en África. Los Estados Unidos no tenían en común con los mujaidines más de lo que Richelieu había tenido con el sultán del Imperio otomano. Pero tenían un enemigo común, y en el caso del interés nacional eso los convertía en sus aliados. Los resultados ayudaron a acelerar la caída del comunismo, pero dejaron a los Estados Unidos frente a la candente pregunta que han tratado de eludir durante casi toda su historia, y que constituye el dilema central del estadista: ¿qué fines justifican determinados medios?

El desafío más fundamental de Reagan a la Unión Soviética demostró ser su concentración militar. En todas sus campañas electorales, Reagan había deplorado cuán inadecuado era el esfuerzo de la defensa norteamericana, y había advertido que se avecinaba una época de superioridad soviética. Hoy sabemos que estos temores reflejaban una simplificación excesiva del carácter de la superioridad militar en la era nuclear. Pero, aunque la percepción de Reagan acerca de la amenaza militar soviética no fuese muy precisa, logró reunir a sus votantes conservadores mucho mejor que las evocaciones de los peligros geopolíticos realizadas por Nixon.

Antes del gobierno de Reagan, un argumento común de la crítica de los radicales a la política de Guerra Fría de los Estados Unidos había sido que las concentraciones de armamento tenían sentido porque los soviéticos siempre y en cualquier nivel podrían igualar el esfuerzo norteamericano. Eso resultó aún más erróneo que la idea de una inminente superioridad soviética. La escala y el ritmo de la concentración norteamericana, durante el gobierno de Reagan, intensificaron todas las dudas que ya tuvieran los gobernantes soviéticos, a causa de sus desastres en Afganistán y en África, sobre si económicamente podrían permitirse una carrera armamentística y, lo que aún es más importante, si podrían sostenerla tecnológicamente.

Reagan restauró unos sistemas de ataque y defensa que habían sido abandonados por el gobierno de Carter, como el bombardero B-1, y empezó a emplazar misiles MX, el primer misil intercontinental norteamericano con base en tierra construido en una década. Las dos decisiones

estratégicas que más contribuyeron a poner fin a la Guerra Fría fueron el emplazamiento en toda Europa, realizado por la OTAN, de misiles norteamericanos de alcance intermedio y el compromiso norteamericano con la Iniciativa de Defensa Estratégica.

La decisión de la OTAN de emplazar en toda Europa cohetes de alcance intermedio (2.400 km) procedía del gobierno de Carter. Su propósito fue calmar la indignación del canciller de Alemania Occidental, Helmut Schmidt, cuando los norteamericanos cancelaron unilateralmente la llamada bomba de neutrones, destinada a hacer menos destructiva la guerra nuclear, que Schmidt había apoyado pasando sobre la oposición de su propio Partido Socialdemócrata. En realidad las armas de alcance intermedio (misiles en parte balísticos y en parte de crucero, lanzados desde tierra) fueron diseñadas para otro tipo de misión, como era contrarrestar el gran número de nuevos misiles soviéticos (los SS-20), que desde el interior del territorio soviético eran capaces de llegar a blancos situados en toda Europa.

El argumento en favor de las armas de alcance intermedio era esencialmente político, no estratégico, y se debía a las mismas preocupaciones que veinte años antes habían provocado debates entre los Aliados acerca de la estrategia. Esta vez, sin embargo, los Estados Unidos trataron de acallar los temores de los europeos. Dicho en pocas palabras, una vez más el asunto era saber si Europa Occidental podría contar con que los Estados Unidos emplearan sus armas nucleares para repeler un ataque soviético circunscrito a Europa. Si los aliados europeos de los Estados Unidos realmente hubiesen creído en la disposición norteamericana a la represalia nuclear lanzada desde la parte continental de los Estados Unidos, o con misiles lanzados desde el mar, habría sido innecesario emplazar misiles en territorio europeo. Pero los gobernantes europeos dudaban de la disposición norteamericana a hacerlo. Por su parte, los gobernantes de los Estados Unidos tenían sus propias razones para responder a las angustias de los europeos. Fue parte de la estrategia de respuesta flexible el crear opciones entre una guerra total centrada en los Estados Unidos o someterse al chantaje nuclear de los soviéticos.

Desde luego, había una explicación más compleja que una mutua desconfianza subliminal entre los dos lados de la Alianza del Atlántico. Ésta era que las nuevas armas vinculaban orgánicamente la defensa estratégica de Europa con la de los Estados Unidos. Se argumentó que la Unión Soviética no atacaría con fuerzas convencionales sin intentar destruir antes los misiles de alcance intermedio que había en Europa, que, por su precisión y proximidad, habrían podido acabar con los centros de mando soviéticos y allanar el camino a un devastador primer ataque emprendido por fuerzas estratégicas norteamericanas. Por otra parte, también sería demasiado peligroso atacar los misiles norteamericanos de alcance intermedio dejando intacta, en cambio, la fuerza norteamericana de represalia. Podían quedar intactos suficientes cohetes de alcance intermedio para causar graves daños, permitiendo así que la fuerza de represalia norteamericana se erigiera como árbitro de los acontecimientos. De este modo, los misiles de alcance intermedio vinieron a ocupar un lugar en la estrategia de la disuasión. En la jerga técnica de la época, las defensas de Europa y de los Estados Unidos quedarían así «acopladas»: la Unión Soviética no podría atacar ninguna de las dos áreas sin correr el riesgo de una generalizada guerra nuclear.

El «acoplamiento» técnico también se debía a un creciente temor entre los países europeos, y sobre en Francia, a la neutralidad de Alemania. Tras la caída de Schmidt en 1982, el Partido Socialdemócrata parecía estar volviendo al nacionalismo y al neutralismo, hasta tal punto que, en las elecciones de 1986, uno de sus dirigentes, Oskar Lafontaine, pidió que Alemania abandonara el mando integrado de la OTAN. Las manifestaciones masivas contra el emplazamiento de los misiles se sucedieron por toda la República Federal.

Bréznnev y su sucesor, Andrópov, al ver una oportunidad de debilitar los lazos de Alemania con la OTAN, hicieron de la oposición al emplazamiento de misiles de alcance intermedio la principal baza de la política exterior soviética. A comienzos de 1983, Gromiko visitó Bonn para advertir que los soviéticos abandonarían las conversaciones de control de armas de Ginebra el día que los misiles Pershing llegaran a Alemania Occidental (amenaza que seguramente enardecería a los manifestantes alemanes). Cuando Kohl visitó el Kremlin en julio de 1983, Andrópov advirtió al canciller alemán que si aceptaba los Pershing II,

la amenaza militar a Alemania Occidental se multiplicaría. Las relaciones entre los dos países tendrán que sufrir, así mismo, ciertas complicaciones. En cuanto a los alemanes de la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana, como dijo alguien [*Pravda*] hace poco, tendrán que verse unos a otros a través de densas empalizadas de misiles¹⁰²³.

La maquinaria propagandística de Moscú desencadenó una gran campaña en cada uno de los países europeos. En manifestaciones masivas de varios grupos pacifistas se exigió que se diese prioridad al desarme, y no al nuevo emplazamiento de cohetes, y que de inmediato entrara en vigor una paralización nuclear.

Cada vez que Alemania pareció tentada por el neutralismo, que en la mentalidad francesa equivalía al nacionalismo, los presidentes de Francia intentaron dar a Bonn una alternativa europea o atlántica. Durante los años sesenta, De Gaulle había sido un acérrimo defensor del punto de vista alemán en relación con Berlín. En 1983, Mitterrand surgió inesperadamente como el principal partidario europeo del plan norteamericano de emplazar misiles de alcance intermedio. Mitterrand apoyó en campaña la ubicación de misiles en Alemania. «Todo el que esté intentando separar el continente europeo del americano pondrá en peligro, a nuestro parecer, el equilibrio de fuerzas y, por tanto, el mantenimiento de la paz», dijo Mitterrand en el Bundestag alemán¹⁰²⁴. No quedó duda de que, para Mitterrand, el interés nacional de Francia en que se emplazaran en Alemania los misiles de alcance intermedio superaba toda afinidad ideológica que sus socialistas franceses pudieran sentir con sus colegas socialdemócratas alemanes.

Reagan surgió con un plan propio para rechazar la ofensiva diplomática soviética, ofreciendo un trueque de los misiles norteamericanos de alcance intermedio por los SS-20 soviéticos¹⁰²⁵. Puesto que los SS-20 eran más un pretexto para el despliegue norteamericano que su causa, la propuesta hizo surgir grandes preguntas acerca del «desacople» de la defensa de Europa de la de los Estados Unidos. Sin embargo, mientras que los argumentos del «acoplamiento» eran inconcretos, en cambio la propuesta de suprimir toda una categoría de armas era fácil de comprender. Dado que los soviéticos sobreestimaron su posición negociadora y se negaron a discutir cualquier parte de la oferta de Reagan, la llamada opción cero facilitó a los gobiernos europeos llevar adelante el emplazamiento de los misiles. Resultó una abrumadora victoria para Reagan y para Helmut Kohl, el canciller alemán, que había apoyado fielmente el plan norteamericano, y demostró que la claudicante jefatura soviética estaba perdiendo su capacidad de intimidar a Europa Occidental.

El emplazamiento de misiles de alcance medio mejoró la estrategia disuasiva; pero cuando el 23 de marzo de 1983 Reagan anunció su intención de crear una defensa estratégica contra los cohetes soviéticos, estaba amenazando con un gran avance estratégico:

[...] llamo a la comunidad científica de nuestro país, a quienes nos dieron las armas nucleares, a dedicar ahora sus grandes talentos a la causa de la humanidad y de la paz mundial: a darnos los

medios de hacer impotentes y caducas estas armas nucleares¹⁰²⁶.

Esas últimas palabras, «impotentes y caducas», debieron de caer como un balde de agua fría en el Kremlin. El arsenal nuclear soviético era la base de la condición de superpotencia de la Unión Soviética. Durante los veinte años del régimen de Brézhnev, el principal objetivo soviético había sido lograr la paridad estratégica con los Estados Unidos. De un solo golpe ahora Reagan estaba proponiendo borrar todo lo que, a costa de arruinarse, la Unión Soviética había tratado de conseguir.

Si el deseo de Reagan de crear una defensa totalmente efectiva fuera siquiera posible, la superioridad estratégica norteamericana se convertiría en realidad. Entonces bien podría lograrse un primer ataque norteamericano, porque el sistema defensivo lograría contener a la relativamente pequeña y desorganizada fuerza de misiles soviética que hubiese quedado en pie. Como mínimo, la proclama de Reagan de la SDI informó a los dirigentes soviéticos que la carrera armamentística que con tanta temeridad habían iniciado en los años sesenta o bien acabaría con sus recursos o bien daría lugar a un avance estratégico norteamericano.

La propuesta de Reagan sobre la SDI tocó un tema delicado en el debate de la política de defensa norteamericana. Antes de la era nuclear, habría parecido ridículo basar la defensa de un país en la vulnerabilidad de su población. En adelante, el debate estratégico adquirió un nuevo carácter, sobre todo porque en gran parte corrió por cuenta de un grupo enteramente nuevo de participantes. Antes de la era nuclear, la estrategia militar fue discutida por los altos mandos o en los colegios militares, con muy pocos participantes foráneos, sobre todo historiadores militares como B. H. Liddell Hart. El gran poder destructivo de las armas nucleares restó mucha importancia a la experiencia militar convencional; todo el que comprendiera la nueva tecnología podría participar, y los participantes eran principalmente científicos, más unos cuantos académicos.

Todos los expertos técnicos estaban aterrados por el poder destructivo que habían desencadenado, y se convencieron de que los políticos eran tan irresponsables que, si veían una mínima posibilidad de hacer aceptable la guerra nuclear, se verían tentados a desencadenarla. Por tanto, era el deber moral de los científicos proponer estrategias tan catastróficas que hicieran retroceder hasta al más temerario de los políticos. Lo paradójico de este enfoque fue que quienes, con toda razón, se consideraban los más preocupados por el futuro de la civilización, acabaron pidiendo una estrategia militar que negara toda creencia en el exterminio de civiles.

Los científicos de Defensa habían llegado sólo gradualmente a esta idea. Durante la primera década de la era nuclear, muchos de ellos habían estado apremiando al departamento de Defensa contra una amenaza aérea soviética que en gran parte aún no existía. Los científicos comprometidos en la prevención de una guerra nuclear sin duda concebían en lo más recóndito del pensamiento la utilidad de desviar recursos de las armas ofensivas, reduciendo así los incentivos para un ataque preventivo norteamericano. Tras la aparición de una creciente capacidad nuclear soviética con potencia suficiente para devastar los Estados Unidos, paradójicamente se modificó el consejo que prevalecía entre la comunidad científica. En adelante, la mayoría defendió apasionadamente la teoría de la «destrucción mutua asegurada», que basaba la disuasión en la idea de que, dado el gran número de bajas civiles que se esperaban, ninguno de los dos bandos comenzaría una guerra nuclear.

La teoría de la Destrucción Mutua Asegurada constituyó una deliberada fuga de la racionalidad en la teoría estratégica, puesto que basaba la defensa en la amenaza de suicidio. En la práctica, confirió una gran ventaja, sin duda psicológica, al bando capaz de plantear amenazas que sólo pudiera eludir su adversario recurriendo a una guerra nuclear generalizada. En los años sesenta y setenta, este bando había sido sin duda la Unión Soviética, cuyas fuerzas militares convencionales se

suponía que eran muy superiores a las de Occidente. Al mismo tiempo, esa estrategia aseguraba que la guerra nuclear destruiría la civilización misma. De este modo, la SDI encontró partidarios sobre todo entre quienes trataban de evitar la intolerable opción entre la rendición y el Armagedón.

Sin embargo, la mayoría de los medios informativos y los intelectuales de la defensa se aferraron a la idea generalmente aceptada y se opusieron a la SDI. Con mucho, el mejor compendio de los diversas opiniones contra la SDI apareció en un libro compilado por Harold Brown, que había sido secretario de Defensa en el gobierno de Carter y secretario de la Fuerza Aérea en el gobierno de Johnson¹⁰²⁷. Brown proponía un esfuerzo de investigación, pero argüía que la SDI todavía no era práctica¹⁰²⁸. Uno de sus colaboradores, Richard Betts, defendió que, en cualquier nivel de emplazamiento, los soviéticos podrían saturar el sistema de defensa, y a un costo menor que el del emplazamiento norteamericano¹⁰²⁹. George Liska, profesor en Johns Hopkins, adoptó la opinión opuesta. Supuso que la SDI podría funcionar pero que los Estados Unidos, una vez protegidos, no tendrían incentivos para defender a sus aliados europeos¹⁰³⁰. Robert Osgood combinó todas las críticas anteriores con afán de socavar el tratado ABM de 1972 y complicar los nuevos esfuerzos por el control de armamento¹⁰³¹. El ministro británico de Exteriores, Geoffrey Howe, que representaba la opinión de muchos aliados de Occidente, advirtió que no se tratara de crear una «Línea Maginot en el espacio»:

El emplazamiento puede requerir muchos años. Y muchos años de inseguridad y de inestabilidad no pueden ser nuestro objetivo. Todos los aliados deben continuar compartiendo en cada etapa la misma sensación de que la seguridad del territorio de la OTAN es indivisible. De otra manera, podrían empezar a separarse los pilares gemelos de la Alianza¹⁰³².

El concepto de que el precio de mantener una alianza debía consistir en no proteger a la población civil de cada aliado resultaba novedoso, además de desmoralizador; y también era falaz. Sin duda, la disposición norteamericana de arriesgarse a una guerra nuclear en favor de sus aliados europeos aumentaría en proporción casi directa con la capacidad norteamericana para proteger a su propia población civil.

Los expertos tenían a su favor todos los argumentos técnicos, pero Reagan había comprendido una verdad política elemental: en un mundo de armas nucleares, los gobernantes que no se esfuerzan por proteger a sus pueblos contra accidentes, adversarios locos, proliferación nuclear y toda una veintena de otros peligros previsibles, se ganan el oprobio de la posteridad si llega a ocurrir un desastre. El hecho de que no fuera posible, al comienzo de un complicado programa de investigación, demostrar la máxima efectividad de la SDI era algo inherente a la complejidad del problema; no habría podido crearse ninguna arma si antes hubiese tenido que ser sometida a una norma tan perfeccionista.

El argumento de moda, que cualquier defensa podía ser superada excediéndola, pasaba por alto el hecho de que ese exceso no funciona de manera proporcional. Hasta cierto punto, la SDI podía funcionar casi como lo había descrito Reagan; después, su eficiencia iría declinando progresivamente. Pero si el precio de lanzar un ataque nuclear era bastante alto, esto aumentaría la disuasión, sobre todo porque el atacante no podía saber qué ojivas nucleares penetrarían en su territorio, ni en qué blancos darían. Por último, una defensa capaz de interceptar un número considerable de cohetes soviéticos sería más eficaz aún contra los mucho más pequeños ataques de los nuevos países nucleares.

Reagan era inmune a muchas de las críticas técnicas porque, en primer lugar, él no había

propuesto la SDI en términos estratégicos, sino que la había presentado en términos de la causa «liberal» para suprimir la guerra nuclear. El presidente de posguerra que más se dedicó a reforzar el poder militar norteamericano, incluso su capacidad nuclear, representó al mismo tiempo la visión pacifista de un mundo del que quedarán proscritas todas las armas nucleares. La tan manida frase de Reagan de que «nunca se puede ganar una guerra nuclear, y nunca debe entablarse»¹⁰³³ era indistinguible de los objetivos declarados de sus críticos más acérrimos. Sin embargo, así como en la dualidad de su enfoque para tratar con la Unión Soviética, Reagan hablaba tan en serio de su concentración de armas como de su pacifismo. En sus memorias describió así su actitud hacia las armas nucleares:

Nadie podría «ganar» una guerra nuclear. Sin embargo, mientras existan armas nucleares, siempre habrá el riesgo de que se utilicen, y una vez disparada la primera arma nuclear, ¿quién sabe dónde terminaría todo? Mi sueño, entonces, fue un mundo libre de armas nucleares [...]¹⁰³⁴

El aborrecimiento que Reagan sentía por la guerra nuclear fue reforzado por una creencia literal en la profecía bíblica del Armagedón. Yo le exponer estas opiniones siguiendo razonamientos casi idénticos a los que ha descrito su biógrafo:

Hablando como si describiera una escena cinematográfica, relató un aterrador episodio de la historia del Armagedón, en el que un ejército invasor de Oriente, de 200 millones de hombres, era destruido por la peste. Reagan cree que la «peste» fue una profecía de la guerra nuclear, en la que «los ojos ardían dentro de la cabeza y el pelo se caía del cuerpo, etc.». Cree que este pasaje describió específicamente Hiroshima¹⁰³⁵.

Ningún miembro del Movimiento por la Paz podría condenar más elocuentemente que Ronald Reagan el uso de las armas nucleares. El 16 de mayo de 1983, dio a conocer que estaba emplazando los misiles intercontinentales MX al mismo tiempo que expresaba su ferviente esperanza de que, en algún momento, el proceso se invertiría y todas las armas nucleares serían eliminadas:

No puedo creer que este mundo pueda ir más allá de nuestra generación y continuar durante las siguientes generaciones con este tipo de armas en ambos bandos, apuntando unas contra otras sin que, algún día, un loco, un maniático o un accidente desencadene el tipo de guerra que será el fin de todos nosotros¹⁰³⁶.

Cuando Reagan propuso la SDI, lo hizo en un lenguaje tan apasionado como heterodoxo, aun después de haberlo filtrado por el «proceso de aclarado» burocrático al que todos los presidentes se someten. En caso de que las negociaciones sobre control de armamento se prolongaran demasiado, los Estados Unidos pondrían fin unilateralmente al peligro nuclear preparando la SDI. Reagan creía que la ciencia norteamericana haría que las armas nucleares se volvieran caducas¹⁰³⁷.

Los gobernantes soviéticos no se dejaron impresionar por los argumentos morales de Reagan, pero sí tuvieron que tomarse en serio el potencial tecnológico norteamericano y el impacto estratégico de tal defensa, aunque fuera imperfecta. La reacción soviética fue la opuesta de la que habían predicho los partidarios del control de armamentos, como ocurrió catorce años antes, cuando los soviéticos respondieron a las propuestas de los ABM de Nixon. La SDI sirvió para abrir la puerta a dicho control. Los soviéticos retornaron a las conversaciones del control que habían

interrumpido por la cuestión de los misiles de medio alcance.

Sus adversarios alegaron que Reagan estaba siendo cínico y que su visión general de la eliminación de todas las armas nucleares no era más que una pantalla para sus esfuerzos por acelerar la carrera armamentística. Sin embargo, Reagan era cualquier cosa menos cínico, y estaba expresando la creencia optimista de todos los norteamericanos en que lo que es necesario también es alcanzable. En realidad, las más elocuentes de todas sus declaraciones sobre la abolición de las armas nucleares fueron improvisadas.

Surgió así la paradoja de que el presidente que hizo tanto por modernizar el arsenal estratégico norteamericano también contribuyó, de manera importante, a desacreditarlo. Los adversarios o los aliados que interpretaron literalmente lo que Reagan estaba diciendo en público acerca de las armas nucleares, y en privado acerca de la inminencia del Armagedón, sólo pudieron concluir que era muy improbable que Reagan recurriera a las mismas armas en torno de las cuales se había levantado la defensa norteamericana.

¿Cuántas veces puede repetir un presidente su frase habitual de que «nunca se debe entablar la guerra nuclear» antes de que la amenaza nuclear pierda credibilidad? ¿Cuántas reducciones de armamento nuclear se pueden hacer antes de que la estrategia de respuesta flexible se vuelva técnicamente imposible? Por fortuna, para entonces los soviéticos se habían debilitado demasiado para poner a prueba esta potencial vulnerabilidad, y las preocupaciones de los aliados de los Estados Unidos fueron disipándose junto con la cada vez más acelerada decadencia de la Unión Soviética.

Que Reagan estaba siendo todo menos cínico fue evidente cada vez que creyó ver una oportunidad de hacer realidad su sueño de un mundo no nuclear. Convencido de que la abolición de la guerra nuclear era, objetivamente, tan abrumadoramente importante que todas las personas razonables estarían de acuerdo con él, Reagan estaba en perfecta disposición de proceder de manera equitativa con los soviéticos en las cuestiones más fundamentales sin consultar a unos aliados cuyo interés nacional también podía estar en juego. Esto ocurrió de la manera más espectacular en la Cumbre de Reikiavik de 1986, con Gorbachov. En un tumultuoso y emocionante maratón que duró cuarenta y ocho horas, Reagan y Gorbachov acordaron, en principio, reducir en un 50 % todas las fuerzas estratégicas en cinco años, y destruir todos los misiles balísticos en diez años. En cierto momento, Reagan estuvo a punto de aceptar una propuesta soviética de suprimir por completo las armas nucleares.

De esta manera, Reikiavik se aproximó a ese condominio soviético-norteamericano que durante tanto tiempo habían temido por igual Aliados y neutrales. Si las otras potencias nucleares se negaban a unirse al acuerdo soviético-norteamericano, sufrirían el oprobio público, la presión de las superpotencias o el aislamiento; si aceptaban, Gran Bretaña, Francia y China se habrían visto obligadas, de hecho, por los Estados Unidos y la Unión Soviética, a abandonar su reserva disuasiva nuclear independiente, lo que ni los gobiernos de Thatcher y Mitterrand ni los de la China estaban ni remotamente dispuestos a hacer.

El convenio de Reikiavik falló en el último momento por dos razones. En tan temprana etapa de su gobierno, Gorbachov simplemente exageró las cosas. Trató de aunar la abolición de los misiles estratégicos con una prohibición de las pruebas de la SDI durante un período de diez años, pero juzgó mal a su interlocutor, así como su posición negociadora. Gorbachov habría sido hábil si hubiese propuesto publicar lo que se había acordado, a saber, la supresión de las fuerzas de misiles, y remitir la cuestión de las pruebas de la SDI a los negociadores del control de armamentos, en Ginebra. Esto habría congelado lo que ya se había acordado, y sin duda habría producido una gran

crisis, tanto en la Alianza del Atlántico como en las relaciones chino-norteamericanas. Pero al pedir más, Gorbachov tropezó con una promesa que Reagan había hecho antes de la cumbre, a saber, no valerse de la SDI como carta de negociación. Al insistir Gorbachov, Reagan respondió de un modo que ningún profesional de la política exterior le habría recomendado: simplemente se levantó y salió de la habitación. Años después, cuando pregunté a uno de los principales asesores de Gorbachov, que había estado presente en Reikiavik, por qué los soviéticos no se conformaron con lo que los Estados Unidos ya habían aceptado, él me contestó: «Lo habíamos previsto todo, salvo que Reagan abandonara la habitación.»

Poco tiempo después, George Shultz pronunció un reflexivo discurso en que describió por qué la visión de Reagan de eliminar las armas nucleares iba, de hecho, en beneficio de Occidente¹⁰³⁸. Pero el lenguaje de su discurso, ingeniosamente redactado en apoyo de un «mundo menos nuclear», mostró que el Departamento de Estado, dolorosamente consciente de las preocupaciones de los Aliados, aún no había aprobado la visión de Reagan de acordar la supresión total de las armas nucleares.

Después de Reikiavik, el gobierno de Reagan siguió la parte de la agenda de Reikiavik que era inmediatamente realizable: la reducción del 50 % de fuerzas estratégicas, que se había considerado la primera etapa de un acuerdo general que prohibiera todos los misiles. Se acordó destruir los misiles balísticos soviéticos y norteamericanos de alcance intermedio y medio que hubiera en Europa. Como este acuerdo no afectaba las fuerzas nucleares de Gran Bretaña ni de Francia, no volvieron a estallar las disputas interaliadas de veinticinco años antes. Por la misma razón, se inició el proceso de desnuclearización de Alemania y, por tanto, de su potencial salida de la Alianza del Atlántico. Alemania sólo obtendría todos los beneficios de su incipiente desnuclearización si adoptaba una política de «no dar primer uso» a sus armas nucleares, en total incongruencia con la estrategia de la OTAN y con los emplazamientos de armas norteamericanas. Si hubiese continuado la Guerra Fría, ello podría haber significado que la República Federal adoptara una política exterior más nacional, menos orientada hacia la alianza, y por ello, la primera ministra británica, Margaret Thatcher, se preocupó tanto por la tendencia naciente de las negociaciones de control de armamentos.

Reagan había transformado lo que fuese un maratón en una veloz carrera. Su estilo de enfrentamiento vinculado a una diplomacia dispuesta a correr riesgos probablemente habría funcionado al comienzo de la Guerra Fría, antes de que se consolidaran las dos esferas de poder, e inmediatamente después de la muerte de Stalin. Esa diplomacia era, en esencia, la que Churchill había propuesto al retornar a su cargo en 1951. Una vez paralizada la división de Europa y mientras la Unión Soviética aún se sintiera confiada, el intento de imponer por la fuerza un ajuste habría producido casi ciertamente un gran choque y causado tirantez en la Alianza del Atlántico, la mayoría de cuyos miembros no deseaban tensiones innecesarias. En los años ochenta, el estancamiento soviético propició una estrategia de avance. ¿Reconoció Reagan el grado de desintegración de la energía soviética, o bien coincidieron la decisión y la oportunidad?

Al fin y al cabo, no importó si Reagan estaba actuando por instinto o por análisis. La Guerra Fría no continuó, al menos en parte, por las presiones que el gobierno de Reagan había ejercido sobre el sistema soviético. Al término de su presidencia, la agenda Este-Oeste había retornado a la pauta del período de *détente*. Una vez más, el control de armamentos fue el centro de las negociaciones, aunque con mayor énfasis en la reducción de armas y una mayor disposición a eliminar categorías enteras de armamento. En los conflictos regionales, la Unión Soviética ya estaba a la defensiva y había perdido gran parte de su capacidad de provocar dificultades. Al disminuir las preocupaciones por la seguridad, el nacionalismo creció en ambos lados del Atlántico, mientras aún se seguía proclamando la unidad de los Aliados. Los Estados Unidos dependían cada vez más de las

armas emplazadas en su propio territorio o en el mar, mientras que Europa multiplicaba sus opciones políticas con respecto al Este. Al final, estas tendencias negativas fueron eliminadas por el desplome del comunismo.

Lo que había cambiado más radicalmente era el modo en que se presentaba la política Este-Oeste al público norteamericano. Reagan, por instinto, había introducido la ruda política geoestratégica de la Guerra Fría entre una cruzada ideológica y una utópica evocación de paz que atraía simultáneamente a las dos principales corrientes del pensamiento norteamericano en asuntos internacionales: la misionera y la aislacionista, la teológica y la psiquiátrica.

En la práctica, Reagan estaba más cerca que Nixon de las pautas clásicas del pensamiento norteamericano. Nixon no habría empleado el concepto «el imperio del mal» para describir a la Unión Soviética, pero tampoco habría ofrecido dismantelar todas las armas nucleares, ni esperaba poner fin a la Guerra Fría en una gran reconciliación personal con gobernantes soviéticos en una sola cumbre. La ideología de Reagan lo protegió siempre que hizo declaraciones semipacifistas por las cuales se habría vilipendiado a un presidente liberal, y su compromiso de mejorar las relaciones entre el Este y el Oeste, especialmente en su segundo mandato, junto con sus éxitos, hizo menos ofensiva su retórica beligerante. Es dudoso que Reagan hubiese podido sostener indefinidamente este acto de equilibrismo si la Unión Soviética hubiese seguido siendo un fuerte competidor. Pero el segundo mandato de Reagan coincidió con el principio de la desintegración del sistema comunista: proceso que fue acelerado por la política de su gobierno.

Mijail Gorbachov, el séptimo líder soviético en línea directa desde Lenin, creció en una Unión Soviética que gozaba de poder y prestigio sin precedentes. Sin embargo, estaba destinado a presenciar el fin del imperio edificado con tanta sangre y aprecio. Cuando Gorbachov subió al poder en 1985 era el líder de una superpotencia nuclear que se hallaba en plena decadencia económica y social. Cuando fue derrotado en 1991, el ejército soviético había dado su apoyo a su rival, Boris Yeltsin, el Partido Comunista había sido declarado ilegal y todo el imperio erigido de manera tan sangrienta por cada gobernante ruso desde Pedro *el Grande* se había desintegrado.

Este desplome habría parecido algo fantástico en marzo de 1985, cuando Gorbachov fue designado secretario general. Como todos sus predecesores, había inspirado a la vez temor y esperanza. Temor como gobernante de una superpotencia tanto más ominosa por su enigmático estilo de gobierno; esperanza de que el nuevo secretario general diera el muy esperado giro hacia la paz. Cada palabra de Gorbachov era analizada en busca de una señal que diera indicios de distensión, las democracias estaban emocionalmente muy dispuestas a descubrir en Gorbachov el comienzo de una nueva era, como lo habían estado con todos sus predecesores después de Stalin.

Por una vez, la fe de las democracias no resultó tan ilusoria. Gorbachov pertenecía a una generación distinta de las de los dirigentes soviéticos que fueron desmoralizados por Stalin. No tenía la mano dura de todos los anteriores productos de la *nomenklatura*. Era sumamente inteligente, y de modales suaves, como esos personajes un tanto abstractos que aparecen en las novelas rusas del siglo XIX: cosmopolita y a la vez provinciano, inteligente pero un tanto fuera de lugar; sagaz, pero sin ser capaz de percibir su dilema principal.

El mundo exterior dio un casi audible suspiro de alivio. Parecía haber llegado por fin el momento largamente esperado, y hasta entonces siempre esquivo, de la transformación ideológica de los soviéticos. Hasta bien entrado 1991, Gorbachov fue considerado en Washington un socio

indispensable para la consecución de un nuevo orden mundial; hasta tal punto que el presidente Bush escogió el parlamento de Ucrania como inesperado foro para elogiar las cualidades del gobernante soviético y recalcar la importancia de conservar unida la Unión Soviética. Uno de los principales objetivos de los políticos occidentales fue mantener a Gorbachov en el cargo, pues estaban convencidos de que sería mucho más difícil tratar con cualquier otra figura. Durante el extraño golpe de agosto de 1991 (al parecer, contra Gorbachov), todos los dirigentes democráticos se pusieron del lado de la «legalidad» apoyando la constitución comunista que había llevado a Gorbachov al cargo.

Pero la alta política no tolera la debilidad, aunque la víctima no sea su principal causa. La mística de Gorbachov se hallaba en su apogeo cuando se presentó como jefe conciliador de una Unión Soviética ideológicamente hostil y provista de armas nucleares. Cuando su política empezó a reflejar más confusión que claridad de propósitos, la posición de Gorbachov empezó a declinar. Cinco meses después del fallido golpe comunista, y mediante unos procedimientos tan «ilegales» como los que, sólo cinco meses antes, habían provocado la ira de Occidente, fue obligado a dimitir y Yeltsin ocupó su lugar. Esta vez, las democracias corrieron a apoyar a Yeltsin, con muchos de los mismos argumentos que poco antes habían invocado a favor de Gorbachov. Olvidado por un mundo exterior que tan recientemente lo celebrara, Gorbachov fue cayendo en el limbo reservado a los estadistas que han naufragado por aspirar a unos objetivos que estaban fuera de su capacidad.

De hecho, Gorbachov había provocado una de las revoluciones más importantes de su época. Destruyó el Partido Comunista, que fue organizado con el propósito específico de alcanzar el poder y conservarlo, y que en realidad había dominado todos los aspectos de la vida soviética. En su caída, Gorbachov dejó los restos dispersos del imperio tan trabajosamente formado durante siglos. Sus Estados, organizados independientemente pero temerosos de la nostalgia de Rusia por el antiguo imperio, se habían convertido en nuevos elementos de inestabilidad, amenazados a la vez por sus antiguos amos imperiales y por los residuos de varios grupos étnicos exteriores, a menudo rusos, alojados en su territorio por siglos de dominación rusa. Ninguno de estos resultados era, ni remotamente, lo que Gorbachov había intentado. Había deseado modernizar, no dar libertad; había querido hacer que el Partido Comunista respondiera al mundo exterior; en cambio, inició el desplome del sistema que lo había formado a él, y al que debía su ascenso.

Culpado por su propio pueblo de la magnitud del desastre ocurrido durante su mandato, olvidado por las democracias y avergonzado por su incapacidad de conservar el poder, Gorbachov no mereció ni la gloria ni la ignominia que, alternativamente, fueron su destino, pues heredó un conjunto de problemas verdaderamente difíciles, tal vez insuperables. Al ocupar Gorbachov el poder, la escala del desastre soviético apenas empezaba a manifestarse. Cuarenta años de Guerra Fría habían forjado una laxa coalición de casi todos los países industriales contra la Unión Soviética. Su antigua aliada, China, a fines prácticos se había pasado al bando opuesto. Los únicos aliados que le quedaban a la Unión Soviética eran sus satélites de Europa del Este, que se mantenían unidos por la amenaza de la fuerza soviética implícita en la Doctrina Brézhnev, y que representaban una sangría económica y no un aumento de los recursos soviéticos. Las aventuras soviéticas en el Tercer Mundo estaban resultando costosas y, a la vez, inconclusas. En Afganistán, la Unión Soviética pasó por muchas de las pruebas que los Estados Unidos habían soportado en Vietnam; la principal diferencia era que éstas ocurrían en la misma frontera de su vasto imperio y no en un lugar remoto. De Angola a Nicaragua, los resurgentes Estados Unidos estaban convirtiendo el expansionismo soviético en costosos estancamientos o denigrantes fracasos, mientras la conformación estratégica norteamericana, especialmente la SDI, planteaba un desafío tecnológico que la estancada y sobrecargada economía soviética no podía siquiera recoger. En el momento en que Occidente estaba

lanzando la revolución de los microchips de supercomputadoras, el nuevo gobernante soviético vio cómo su país iba deslizándose hacia el subdesarrollo tecnológico.

Pese a su desastre final, Gorbachov merece el crédito de haber deseado hacer frente a los dilemas soviéticos. Al principio, según parece, creyó que podía reconstituir su sociedad purgando el Partido Comunista e introduciendo algunos elementos de economía de mercado en la planificación central. Aunque Gorbachov no tuviese ni idea de la magnitud de lo que estaba emprendiendo, sí comprendía claramente que para lograrlo necesitaba un período de calma internacional. Al respecto, las conclusiones de Gorbachov no fueron muy distintas de las de sus predecesores postestalinianos. Pero mientras que durante los años cincuenta Jruschov aún pudo estar convencido de que la economía soviética no tardaría en alcanzar a la del sistema capitalista, Gorbachov, en los años ochenta, había aprendido que la Unión Soviética necesitaría mucho tiempo para llegar a un nivel de producción industrial que pudiese considerarse remotamente competitivo con el del mundo capitalista.

Para obtener este respiro, Gorbachov inició una gran revaluación de política exterior soviética. En el XXVII Congreso del Partido Comunista, en 1986, la ideología marxista-leninista fue abandonada casi por completo. Los anteriores períodos de coexistencia pacífica se habían justificado como pausas necesarias para reorganizar el equilibrio de fuerzas, mientras continuaba la lucha de clases. Gorbachov fue el primer gobernante soviético que rechazó de plano la lucha de clases y proclamó la coexistencia como un fin en sí misma. Aunque continuara afirmando las diferencias ideológicas entre el Este y el Oeste, insistió en que fueran suplantadas por la necesidad de una cooperación internacional. Además, la coexistencia ya no era concebida como antes, un interludio antes del enfrentamiento inevitable, sino como un elemento permanente de la relación entre los mundos comunista y capitalista. No se justificaba como etapa necesaria en el camino a la victoria comunista final, sino como contribución al bienestar de toda la humanidad.

En su libro *Perestroika*, que significa «reforma», Gorbachov describe el nuevo enfoque:

Desde luego, seguirá habiendo distinciones. Pero ¿debemos entablar un duelo por esta causa? ¿No sería mejor pasar sobre las cosas que nos dividen, en nombre del interés de toda la humanidad, en nombre de la vida en la Tierra? Hemos hecho nuestra elección, afirmando una nueva visión política, mediante declaraciones obligatorias y a la vez mediante acciones y hechos específicos. La gente está cansada de tanta tensión y enfrentamiento. Prefiere buscar un mundo más seguro y fiable, un mundo en que cada quien conservará sus propias opiniones filosóficas, políticas e ideológicas, y su modo de vida¹⁰³⁹.

Gorbachov ya había insinuado dos años antes todas estas ideas, en una conferencia de prensa al final de su primera cumbre con Reagan, en 1985:

La situación internacional de hoy se distingue por un rasgo muy importante que nosotros y los Estados Unidos de América debemos tener en cuenta en nuestra política exterior. Lo que quiero decir es que, en esta situación, no sólo estamos hablando de confrontación entre dos sistemas sociales, sino de una elección entre supervivencia y aniquilación mutua¹⁰⁴⁰.

Inevitablemente, los veteranos de la Guerra Fría tuvieron dificultades para ver hasta qué punto el enfoque de Gorbachov iba mucho más allá del de los anteriores períodos de coexistencia. A principios de 1987, tuve una reunión con Anatoli Dobrinin, a la sazón jefe del Departamento

Internacional del Comité Central (más o menos equivalente al asesor de Seguridad Nacional de la Casa Blanca), en el cavernoso edificio del Comité Central en Moscú. Dobrinin hizo tantos comentarios despectivos acerca del gobierno afgano, al que Moscú estaba apoyando, que yo le pregunté si aún estaba en vigor la Doctrina Bréznnev. Dobrinin me espetó bruscamente: «¿Qué le hace creer que el gobierno de Kabul es comunista?»

Cuando informé a Washington que este comentario parecía implicar una disposición soviética a abandonar a los títeres afganos del Kremlin, la reacción general fue que Dobrinin se había dejado llevar por su deseo de complacer a un viejo amigo (amistad que yo no había notado en mis casi diez años de experiencia con el extremo soviético del «canal privado»). No obstante, el escepticismo pareció justificado porque los cambios doctrinales de política exterior emprendidos por Gorbachov no se reflejaron inmediatamente en reconocibles cambios de política. Los gobernantes soviéticos describían de memoria su nueva doctrina como un método para «privar a Occidente de una imagen enemiga» y debilitar así la cohesión occidental. El proclamado «nuevo pensamiento», declaró Gorbachov en noviembre de 1987, «ha comenzado a abrirse paso en los asuntos mundiales, destruyendo los estereotipos de antisovietismo y de desconfianza hacia nuestras iniciativas y acciones»¹⁰⁴¹. Las tácticas de los soviéticos en las conversaciones sobre control de armamentos parecían una copia de sus estrategias en los primeros años de Nixon, es decir, hacer un intento total por socavar los sistemas defensivos, mientras dejaban intacta la subyacente amenaza ofensiva.

El gobierno de una gran potencia es como esos barcos «superpetroleros» que pesan cientos de miles de toneladas y tienen ángulos de giro de docenas de kilómetros. Sus jefes deben sopesar el impacto que tratan de crear sobre el mundo exterior contra el estado de ánimo de sus burocracias. Los jefes de gobierno gozan de la prerrogativa formal de señalar la dirección de sus políticas; y sin embargo, recae en las burocracias la labor de interpretar lo que sus jefes puedan tener en mente. Los jefes de gobierno casi nunca tienen tiempo o personal suficientes para supervisar la diaria aplicación de sus directivas en cada matiz de su ejecución. Resulta irónico que esto ocurra más cuanto más grande y compleja sea la burocracia. Hasta en gobiernos menos rígidos que el de la Unión Soviética, los cambios de política a menudo avanzan a paso de tortuga.

Con el transcurso del tiempo, el cambio doctrinal de Gorbachov no pudo ya pasar inadvertido, ni siquiera para una burocracia formada por los casi treinta años de Gromiko como ministro de Exteriores. El «nuevo pensamiento» de Gorbachov iba mucho más allá de adaptar la política soviética establecida a las nuevas realidades; destruyó por completo los fundamentos intelectuales de la tradicional política exterior soviética. Cuando Gorbachov reemplazó el concepto de lucha de clases por la doctrina de Wilson de interdependencia global, estaba definiendo un mundo de intereses compatibles y armonía subyacente: una completa inversión de la establecida ortodoxia leninista y el marxismo histórico.

El deterioro de la ideología no sólo privó a la política exterior soviética de su razón y su convicción históricas, sino que aumentó la dificultad inherente a la situación de los soviéticos. A mediados de los años ochenta, los políticos soviéticos estaban ante una agenda cada uno de cuyos puntos habría sido bastante difícil de lograr y que, en combinación, resultaron inalcanzables. Éstos eran: las relaciones con las democracias occidentales; las relaciones con China; las tensiones en la órbita de sus satélites; la carrera armamentística; y el estancamiento de la economía interna y el sistema político.

Los primeros pasos de Gorbachov no se desviaron de la pauta soviética habitual desde la muerte de Stalin. Buscó un relajamiento de las tensiones fomentando una mejor atmósfera, o al menos lo que hasta entonces había sido, en gran parte, una mejor atmósfera. El 9 de septiembre de 1985, la

revista *Time* publicó una entrevista con Gorbachov, en que él expresó su idea de la coexistencia pacífica:

Me pregunta usted qué es lo primero que define las relaciones soviético-norteamericanas. Yo creo que es el hecho inmutable de que, nos gustemos o no, sólo unidos podremos sobrevivir o perecer. La pregunta principal que debemos responder es si por fin estamos dispuestos a reconocer que no hay otro modo de vivir en paz entre nosotros, y si estamos dispuestos a modificar nuestra mentalidad y nuestro modo de actuar, pasando del camino de la guerra al camino de la paz¹⁰⁴².

El dilema de Gorbachov era que, por una parte, sus declaraciones eran leídas en el contexto de lo que Malénkov y Jruschov habían dicho treinta años antes y que, por otra, eran demasiado vagas para provocar una respuesta precisa. A falta de una propuesta de acuerdo político, Gorbachov se encontró enredado en la ortodoxia de dos décadas durante las cuales la diplomacia entre el Este y el Oeste se había identificado con el control de armamentos.

Éste se había vuelto un tema abstracto que, aun con la mejor intención, necesitaría años para resolverse. Pero lo que la Unión Soviética necesitaba era un alivio inmediato, no sólo de la tirantez, sino también de las presiones económicas, en especial de la carrera armamentística. No había ninguna esperanza de lograrlo mediante los engorrosos procedimientos de establecer niveles de fuerza acordados, de comparar sistemas incommensurables, de negociar procedimientos de verificación esquivos y luego pasar varios años aplicándolos. De esta manera, las negociaciones de control de armamentos estaban convirtiéndose en un recurso para presionar al tambaleante sistema soviético; medios tanto más efectivos cuanto que no habían sido planeados con ese propósito.

La última oportunidad de Gorbachov para dar un rápido fin a la carrera armamentística, o al menos para aumentar las presiones sobre la Alianza, llegó en Reikiavik, en 1986. Pero, al parecer, Gorbachov se sintió atrapado, como un cuarto de siglo antes se sintió Jruschov por la cuestión de Berlín, entre sus «halcones» y sus «palomas». Bien pudo comprender la vulnerabilidad de la posición negociadora norteamericana, y casi seguramente había captado para entonces los imperativos de la suya propia. Pero probablemente sus asesores militares le dijeron que si aceptaba desmantelar todos los misiles mientras continuaba sin trabas la SDI, algún futuro gobierno norteamericano podría violar el acuerdo, logrando así una decisiva ventaja sobre una fuerza balística soviética muy reducida (o, en caso extremo, desmantelada). Técnicamente, esto era verdad, pero también era casi seguro que el Congreso de los Estados Unidos se habría negado a dar fondos a la SDI si un acuerdo de control de armamentos, basado en la fórmula de Reikiavik, hubiese provocado la eliminación de todos los misiles. También pasaba por alto los beneficios que la Unión Soviética obtendría de la controversia casi inevitable que el plan de Reikiavik habría provocado entre los Estados Unidos y todas las demás potencias nucleares.

La posteridad siempre se inclina a culpar de los fracasos más a las personas que a las circunstancias. De hecho, la política exterior de Gorbachov, especialmente en materia de control de armamento, fue una sutil modernización de la estrategia soviética de posguerra. Estaba en camino de desnuclearizar Alemania y de establecer una premisa para una política alemana más nacionalista, por dos motivos: que los Estados Unidos probablemente no se arriesgarían a una guerra nuclear por un país que retrocedía ante los riesgos de una estrategia nuclear en su propia defensa, y que Alemania podría verse cada vez más tentada a apoyar la desnuclearización con algún tipo de *status* especial para sí misma.

Gorbachov ofreció un mecanismo para debilitar la Alianza del Atlántico en un discurso

pronunciado ante el Consejo de Europa en 1989, cuando expresó su idea de un Hogar Común Europeo, definido como una vaga estructura que se extendería desde Vancouver hasta Vladivostok, en que cada país estaría aliado con todos los demás, diluyendo así la amenaza de una alianza, hasta el punto de hacerla insignificante. Sin embargo, lo que Gorbachov no tuvo fue tiempo, el principal requisito para que su política madurara. Sólo algún cambio súbito le habría permitido modificar sus prioridades. Pero después de Reikiavik se vio obligado a volver al prolongado proceso diplomático de recortes del 50 % de las fuerzas estratégicas y eliminar la opción en misiles de medio alcance, que necesitaría años para completarse y que no tenía nada que ver con su problema básico, a saber, que la carrera armamentística estaba sangrando a la Unión Soviética.

En diciembre de 1988, Gorbachov había abandonado las ganancias a largo plazo que casi estaban ya a su alcance, y no se había atrevido a hacer reducciones unilaterales en las fuerzas armadas soviéticas. En un trascendental discurso pronunciado en las Naciones Unidas el 7 de diciembre anunció recortes unilaterales de 500.000 hombres y 10.000 tanques, incluyendo la mitad de los tanques que había frente a la OTAN. El resto de las fuerzas acantonadas en Europa central sería reorganizado para misiones puramente defensivas. Para tratar de tranquilizar a China, Gorbachov también anunció la retirada de la «mayor parte» de las fuerzas soviéticas que había en Mongolia. Explícitamente afirmó que las reducciones eran «unilaterales», aunque añadió, un tanto quejumbroso: «Esperamos que los Estados Unidos y los europeos también den algunos pasos.»¹⁰⁴³

El portavoz de Gorbachov, Gennadi Gerasímov, explicó así el razonamiento: «Por fin estamos disipando el interminablemente repetido mito de la amenaza soviética, de la amenaza del Pacto de Varsovia, de un ataque a Europa.»¹⁰⁴⁴ Pero unos recortes unilaterales de semejante magnitud sólo pueden señalar o bien una extraordinaria confianza en sí mismo o bien una debilidad excepcional. En aquel punto de su evolución, habría sido difícil considerar que la confianza era uno de los atributos soviéticos. Semejante gesto, inconcebible en cualquier momento de los cincuenta años anteriores, también era la confirmación decisiva de la teoría de la contención de Kennan, en su versión original; los Estados Unidos habían alcanzado posiciones de fuerza, y la Unión Soviética estaba desmoronándose interiormente.

Los estadistas necesitan tanta buena suerte como buen juicio, y la fortuna no sonrió a Mijaíl Gorbachov. El mismo día de su trascendental discurso en la ONU tuvo que interrumpir su visita a los Estados Unidos y regresar a la Unión Soviética porque un devastador terremoto había sacudido Armenia, robándole los titulares de los periódicos al dramático anuncio de Gorbachov de que abandonaba la carrera armamentística.

En el frente chino no hubo negociaciones de control de armamentos, ni Beijing mostró ningún interés en ellas. Los chinos seguían con su anticuada diplomacia e identificaban una relajación de las tensiones con algún tipo de acuerdo político. Gorbachov comenzó su apertura a Beijing ofreciéndose a negociar para mejorar las relaciones. «Nos gustaría afirmar —dijo en un discurso, en Vladivostok, en junio de 1986— que la Unión Soviética está dispuesta, en cualquier momento, en cualquier nivel, a discutir con China las cuestiones de unas medidas adicionales para crear un ambiente de buena vecindad. Esperamos que la frontera que nos separa (yo preferiría decir que nos une) pronto sea una línea de paz y de amistad.»¹⁰⁴⁵

Pero en Beijing no había una escuela «psiquiátrica» de diplomacia dispuesta a aceptar un cambio de tono. Los gobernantes chinos pusieron tres condiciones a toda mejora en las relaciones: el fin de la ocupación vietnamita de Camboya, la retirada soviética de Afganistán y la frontera chino-soviética. No era posible acceder con prontitud a estas demandas. Necesitaban la aceptación del gobierno soviético y luego todo un extenso período de negociaciones antes de poder aplicarlas.

Gorbachov necesitó más de la mitad de tres años de progresos suficientes en cada una de estas condiciones para que los tozudos negociadores de Beijing lo invitaran a discutir sobre una mejora general de las relaciones.

De nuevo, Gorbachov tuvo mala estrella. Cuando llegó a Beijing en mayo de 1989, las manifestaciones de estudiantes estaban en su apogeo en la plaza de Tiananmen; su ceremonia de bienvenida fue interrumpida por las protestas contra sus anfitriones. Más adelante, los gritos de los manifestantes pudieron oírse en el salón de negociaciones del Gran Palacio del Pueblo. La atención mundial no se fijó en las relaciones de Beijing con Moscú, sino en el drama de los jefes chinos que luchaban por conservar el poder. Una vez más, el ritmo de los acontecimientos había robado a Gorbachov todo espacio para un acuerdo.

Cualquier problema que abordase Gorbachov se hallaba en el mismo dilema. Cuando subió al poder se encontró ante una Polonia inquieta, donde, desde 1980, Solidaridad se había vuelto un factor cada vez más poderoso. Reprimida por el general Jaruzelski en 1981, Solidaridad había resurgido como una fuerza política que Jaruzelski no pudo pasar por alto. En Checoslovaquia, Hungría y Alemania Oriental, el predominio de los partidos comunistas era desafiado por grupos que exigían más libertad e invocaban la Canasta III de los Acuerdos de Helsinki sobre derechos humanos; y periódicas reuniones de revisión de la Conferencia sobre Seguridad Europea mantenían viva la cuestión.

Los gobernantes comunistas de Europa del Este se encontraron en una situación que, a la postre, sería insoluble. Para atenuar sus presiones internas necesitaban seguir una política más nacionalista que, a su vez, les obligaba a afirmar su independencia de Moscú. Pero como sus poblaciones los consideraban títeres del Kremlin, no bastaba una política exterior nacionalista para aplacar a sus pueblos. Por eso los gobernantes comunistas se vieron obligados a compensar su falta de credibilidad democratizando sus estructuras internas. Pronto fue obvio que el Partido Comunista, aunque siguiera controlando los medios de información, no había sido creado para las luchas democráticas sino como un instrumento para llegar al poder y conservarlo en favor de una minoría. Los comunistas sabían cómo gobernar con ayuda de la policía secreta, pero no con el voto secreto. De este modo, los dirigentes comunistas de Europa del Este se vieron atrapados en un círculo vicioso. Cuanto más nacionalista fuera su política exterior, mayores serían las exigencias de democratización; y cuanto más democratizaran el país, más intensas serían las presiones por reemplazarlos.

La situación soviética era aún más intratable. Según la Doctrina Bréznnev, el Kremlin debía haber sofocado la incipiente revolución que estaba carcomiendo su órbita de satélites. Pero Gorbachov, no sólo por su temperamento, no era el más apropiado para desempeñar este papel, que también habría socavado toda su política exterior, pues la supresión de Europa del Este habría consolidado la OTAN y la coalición *de facto* chino-norteamericana intensificando la carrera armamentística. Gorbachov se encontró cada vez más inexorablemente ante una elección entre el suicidio político y la lenta disminución de su poder.

El remedio de Gorbachov consistió en intensificar la liberalización. Diez años antes esto podría haber funcionado, pero a finales de la década de los ochenta Gorbachov no pudo alcanzar el máximo poder. Por tanto, su régimen constituyó un gradual retraimiento de la Doctrina Bréznnev. En Hungría, los comunistas liberales subieron al poder, y en Polonia a Jaruzelski se le permitió tratar con Solidaridad. En julio de 1989, en un discurso pronunciado ante el Consejo de Europa, Gorbachov pareció no sólo renegar de la Doctrina Bréznnev, que estipulaba el derecho de los soviéticos a intervenir en Europa del Este, sino dispuesto a abandonar la propia órbita de satélites al renunciar a

las «esferas de influencia»:

Los órdenes social y político en un país u otro se modificaron en el pasado, y pueden modificarse en el futuro. Pero esta modificación es asunto exclusivo del pueblo de ese país, y es elección suya [...]. Toda intervención en los asuntos internos y todo intento por limitar la soberanía de los Estados —amigos, aliados u otros— es inadmisibles [...]. Ha llegado el momento de archivar los postulados del período de la Guerra Fría, cuando Europa fue vista como escenario de enfrentamiento, dividida en «esferas de influencia»¹⁰⁴⁶.

El costo de mantener la órbita de satélites se había vuelto prohibitivo. Hasta el discurso del Consejo de Europa pareció demasiado opaco (aunque, para las normas soviéticas habituales, era bastante diáfano). En octubre de 1989, Gorbachov, en una visita a Finlandia, repudió inequívocamente la Doctrina Bréznnev. Su portavoz, Gerasímov, declaró en broma, a la prensa, que Moscú había adoptado la «Doctrina Sinatra» en Europa del Este. «¿Conocen ustedes esa canción de Frank Sinatra *A mi manera*? Hungría y Polonia lo están haciendo a su manera.»¹⁰⁴⁷

Era demasiado tarde para salvar a los comunistas de Europa del Este o, para el caso, de la Unión Soviética. Gorbachov, al apostar por la liberalización, no podía ganar. En la medida en que el Partido Comunista perdió su carácter monolítico, quedó desmoralizado. La liberalización mostró ser incompatible con el gobierno comunista puesto que éstos no podían convertirse en demócratas sin dejar de ser comunistas, lo que nunca comprendió Gorbachov, aunque sí Yeltsin.

También en octubre de 1989, Gorbachov visitó Berlín para celebrar el XL aniversario de la creación de la República Democrática Alemana y, de paso, para apremiar a su gobernante estalinista, Erich Honecker, a que siguiera una política más reformista. Sin duda, no habría acudido a esa celebración si hubiese sospechado que nunca habría otra más, como se reflejó en su discurso de la ocasión:

Constantemente se nos pide liquidar esta o aquella división. A menudo tenemos que oír: «Cuando la URSS derribe el muro de Berlín, entonces creeremos en sus intenciones pacíficas.»

No idealizamos el orden que se ha establecido en Europa. Pero el hecho es que, hasta hoy, el reconocimiento de la realidad de posguerra ha asegurado la paz en el continente. Cada vez que Occidente ha tratado de modificar el mapa de posguerra de Europa, esto sólo ha significado un empeoramiento de la situación internacional¹⁰⁴⁸.

Sin embargo, sólo cuatro semanas después, el muro de Berlín se derrumbó, y al cabo de diez meses Gorbachov había aceptado la unificación de Alemania y su pertenencia a la OTAN. Para entonces, cada gobierno comunista de la anterior órbita de satélites había sido derrocado, y el Pacto de Varsovia estaba en ruinas. Se había invertido el Acuerdo de Yalta. La historia había demostrado la absurdidad de las jactancias de Jruschov cuando dijo que el comunismo enterraría al capitalismo. La Unión Soviética, que se había extenuado durante cuarenta años tratando de socavar la cohesión occidental a fuerza de amenazas y presiones, se vio obligada a solicitar la buena voluntad de Occidente, porque necesitaba más su ayuda que la órbita de satélites. El 14 de julio de 1989, Gorbachov convocó a la cumbre G-7 de los jefes de gobierno de las democracias más industrializadas:

Nuestra *perestroika* es inseparable de una política tendente a nuestra plena participación en la

economía mundial. El mundo sólo puede salir beneficiado con la apertura de un mercado tan grande como la Unión Soviética¹⁰⁴⁹.

Gorbachov lo había apostado todo a dos ideas: que la liberalización modernizaría la Unión Soviética, y que entonces ésta podría sostenerse internacionalmente como gran potencia. Ninguna de estas esperanzas cristalizó, y la base interna de Gorbachov se desmoronó tan ignominiosamente como la órbita de satélites.

El filósofo y matemático griego Arquímedes dijo: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.» Las revoluciones devoran a sus hijos porque rara vez los revolucionarios comprenden que, más allá de cierto punto de desintegración social, ya no hay puntos de apoyo arquimédicos desde los cuales poder hacer palanca. Gorbachov partió de la convicción de que un Partido Comunista reformado podría proyectar la sociedad soviética al mundo moderno. Pero no pudo convencerse de que el comunismo era el problema y no la solución. Durante dos generaciones, el Partido Comunista había suprimido todo pensamiento independiente y destruido toda iniciativa individual. Para 1990, la planificación central se había fosilizado, y las diversas organizaciones destinadas a regir cada aspecto de la vida estaban, en cambio, concluyendo tratados de no agresión con los mismos grupos a los que, en teoría, vigilaban. La disciplina se había convertido en rutina, y el intento de Gorbachov por liberar la iniciativa individual desencadenó, en cambio, el caos.

Las dificultades de Gorbachov comenzaron en el primer nivel de intentar que aumentara la productividad e introducir algunos elementos de la economía de mercado. Casi al instante fue evidente que en un sistema planificado nadie asume la responsabilidad y, por tanto, falta el requisito más esencial para que una economía sea eficiente. La teoría estalinista postulaba el predominio de un plan central, pero la realidad era muy distinta. Lo que se llamaba «el plan» era, en realidad, una generalizada connivencia entre inmensas burocracias, que equivalía a una enorme simulación para engañar a las autoridades centrales. Los administradores responsables de la producción, los ministerios encargados de la distribución y los planificadores que, supuestamente, emitían directivas estaban, todos ellos, volando a ciegas, pues no tenían ni la menor idea de cuál sería la demanda, ni manera de adaptar a ella sus programas, una vez establecidos. Como resultado, cada unidad del sistema sólo se fijaba metas mínimas, compensando toda insuficiencia mediante tratos privados con las demás unidades, a espaldas de la maquinaria central. Todos los incentivos iban contra la innovación, y no era posible corregir este estado de cosas, pues a los supuestos dirigentes les era casi imposible ver la auténtica situación de su sociedad. La Unión Soviética había vuelto a la temprana historia del Estado ruso; se había convertido en una gigantesca aldea de Potemkin.

Los intentos de reforma se desplomaron bajo el peso del arraigado *statu quo*, como ya les había ocurrido antes a Jruschov y después a Kosigin. Puesto que al menos el 25 % del presupuesto nacional era para subvencionar precios, no existía ningún sistema objetivo para medir la eficiencia o para calcular la demanda económica. Como los artículos eran asignados y no comprados, la corrupción se convirtió en la expresión única del mercado.

Gorbachov reconoció el estancamiento general, pero no tuvo imaginación ni habilidad para suprimir la ya arraigada rigidez. Además, con el transcurrir del tiempo, los distintos mecanismos de supervisión del sistema se habían convertido en parte del problema mismo. El Partido Comunista, que en un tiempo fuera el instrumento de la revolución, no tenía función alguna en un elaborado sistema comunista, como no fuese la de supervisar algo que no comprendía (problema que resolvió confabulándose con lo que supuestamente estaba controlando). La elite comunista se había convertido en una clase de mandarines privilegiados; en teoría, a cargo de la ortodoxia nacional, aunque en

realidad se dedicó a cuidar sus prebendas.

Gorbachov había basado su programa de reforma en dos elementos: *perestroika* (reestructuración económica) para obtener el apoyo de los nuevos tecnócratas, y *glasnost* (liberalización política) para ganarse a la siempre acosada *intelligentsia*. Pero como no había instituciones que encauzaran la libre expresión y propiciaran un auténtico debate público, la *glasnost* se volvió contra sí misma. Como tampoco había presupuesto disponible, aparte del reservado a los militares, las condiciones de vida no mejoraron. De este modo, Gorbachov fue perdiendo gradualmente su apoyo institucional sin obtener más apoyo del público. La *glasnost* chocó cada vez más fuertemente con la *perestroika*. Hasta los ataques a dirigentes anteriores tuvieron sus pegas. En 1989, un joven miembro del equipo de Gorbachov a quien encargaron acompañarme al Kremlin me dijo: «Lo que todo esto significa es que cada ciudadano soviético de más de veinticinco años ha desperdiciado su vida.»

Los únicos grupos que comprendieron la necesidad de emprender reformas, aunque sin estar dispuestos a aceptar el remedio, fueron los servicios de seguridad. El KGB sabía, por su red de espionaje, hasta qué punto se había quedado atrás la Unión Soviética en la competencia tecnológica con Occidente. Las fuerzas armadas tenían un interés profesional en determinar las capacidades de su principal adversario. Sin embargo, comprender el problema no resolvió nada. Los servicios de seguridad compartieron gran parte de la ambivalencia de Gorbachov. El KGB sólo apoyaría la *glasnost* hasta el punto en que ésta no socavara la disciplina civil; y el estamento militar sólo se sentiría a gusto con la *perestroika* mientras Gorbachov no intentara obtener nuevos recursos para su programa de modernización mediante una reducción de las fuerzas armadas.

La primera reacción de Gorbachov, a saber, convertir el Partido Comunista en instrumento de reforma, tropezó con el escollo de los intereses creados; su siguiente paso, a saber, debilitar, pero aún mantener, la estructura comunista, destruyó el instrumento fundamental del régimen soviético. Esto incluyó dos pasos: sacar el centro del poder de Gorbachov fuera del Partido e introducirlo en la estructura paralela de gobierno, y facilitar la autonomía regional y local.

Gorbachov calculó mal en ambos casos. Desde Lenin, el Partido Comunista había sido el único organismo encargado de la política. El gobierno era el órgano ejecutivo que aplicaba la política, pero no la planificaba.

El puesto clave soviético siempre fue el de secretario general del Partido Comunista. Desde Lenin hasta Brézhnev, el jefe comunista rara vez ocupó una oficina de gobierno. Como resultado, los ambiciosos y los emprendedores fueron gravitando hacia la jerarquía comunista, mientras la estructura gubernamental sólo atraía a administradores sin olfato político y sin siquiera interés en planificar la política. Al trasladar su base del Partido Comunista al lado gubernamental del sistema soviético, Gorbachov había confiado su revolución a un ejército de burócratas.

El impulso que Gorbachov dio a la autonomía regional produjo un empantanamiento similar. Debido a su desconfianza leninista de la voluntad popular le fue imposible reconciliar su deseo de crear una alternativa popular al comunismo. Por tanto, inventó un sistema de elecciones esencialmente locales en las que los partidos nacionales (excepto el Partido Comunista) estaban proscritos. Pero cuando, por primera vez en la historia rusa, pudo haber gobiernos locales y regionales de elección popular, los pecados de la historia de Rusia encontraron su castigo. Durante trescientos años Rusia se había anexionado nacionalidades de Europa, Asia y Oriente Medio, pero no había sabido hacerlas compatibles con el centro de poder gobernante. No es de sorprender que la mayoría de los recién elegidos gobiernos no rusos, que incluían casi la mitad de la población soviética, empezaran a rebelarse contra los que durante buena parte de su historia habían sido sus

amos.

Gorbachov no tenía partidarios de confianza. La enorme red de intereses creados, característica del Estado leninista, provocó que los afectados por las reformas se le echaran encima, pero no pudo ganarse nuevos partidarios porque no se animó a plantear una alternativa viable, ya fuese al comunismo o al concepto del Estado centralizado. Gorbachov había reconocido atinadamente los problemas de su sociedad, pero con las anteojeras de este sistema inhumano, así que la solución siempre estuvo fuera de su alcance. Gorbachov, como un hombre encerrado en una habitación con ventanas irrompibles y perfectamente transparentes, podía observar con bastante claridad el mundo exterior, pero estaba condenado por las condiciones de la habitación a no comprender exactamente lo que estaba viendo.

Cuanto más duraban la *perestroika* y la *glasnost*, más aislado quedaba Gorbachov, y más confianza perdía. La primera vez que lo vi, a comienzos de 1987, era un hombre desenvuelto e irradiaba confianza en que la remodelación que estaba buscando permitiría a su país reanudar su marcha hacia la supremacía. Un año después, se mostraba menos seguro: «Sea como fuere —me dijo—, la Unión Soviética nunca volverá a ser la misma», declaración extraña y ambivalente acerca de tan hercúleo esfuerzo. Cuando nos entrevistamos a principios de 1989, me dijo que, en algún momento de la década de los setenta, él y Shevardnadze habían llegado a la conclusión de que el sistema comunista se debía modificar de arriba abajo. Yo le pregunté cómo, siendo comunista, había llegado a esa conclusión. «Saber lo que estaba mal fue fácil —replicó Gorbachov—. Saber lo que estaba bien fue lo difícil.»

Gorbachov nunca encontró la solución. Durante su último año en el poder fue como un hombre atrapado en una pesadilla que ve venir una catástrofe pero no puede desviarla ni apartarse de ella. Por lo general, el propósito de las concesiones es crear un cortafuego para conservar algo que es considerado esencial. Gorbachov logró lo contrario. Cada nueva esporádica reforma equivalía a una medida a medias y, por tanto, sólo aceleraba la decadencia soviética. Cada concesión creaba el umbral para la siguiente. En 1990, los Estados del Báltico se separaron, y la Unión Soviética empezó a desintegrarse. En la que sin duda fue la ironía suprema, el principal rival de Gorbachov aprovechó el proceso a través del cual se disgregó el Imperio ruso, que duró más de tres siglos, para derrocar al propio Gorbachov. Como presidente de Rusia, Yeltsin afirmó la independencia de su país (y así, por implicación, de las demás repúblicas soviéticas), abolió de hecho la Unión Soviética, y con ella el cargo de presidente de la Unión Soviética que ostentaba Gorbachov. Éste sabía cuáles eran sus problemas, pero actuó a la vez demasiado rápido y demasiado lento: demasiado rápido para la tolerancia de su sistema; demasiado lento para contener un desplome que iba acelerándose.

Durante los años ochenta, las dos superpotencias necesitaban tiempo para restaurarse. Las medidas políticas de Reagan liberaron las energías de su sociedad; las de Gorbachov sacaron a la luz las disfunciones de la suya. Los problemas de los Estados Unidos eran susceptibles de hacer cambios de política; en la Unión Soviética, la reforma produjo una acelerada crisis del sistema.

En 1991, las democracias habían ganado la Guerra Fría. Pero en cuanto lograron mucho más de lo que hubiesen creído posible, volvió a estallar el debate original acerca de la Guerra Fría. ¿Había sido realmente una amenaza la Unión Soviética? ¿No se habría disuelto aun sin todos los esfuerzos de la Guerra Fría? ¿Había sido la Guerra Fría un invento de desconfiados políticos que sólo estaban interrumpiendo la armonía subyacente en el orden internacional?

En enero de 1990, la revista *Time* nombró a Gorbachov «Hombre de la década», y aprovechó la ocasión para publicar un artículo en que expresaba la esencia de esa tesis. «Las palomas en el Gran Debate de los últimos cuarenta años tuvieron razón todo el tiempo», afirmaba el autor¹⁰⁵⁰. El Imperio

soviético nunca había sido una verdadera amenaza. La política norteamericana había sido, o bien improcedente, o sólo había retrasado la caída soviética. La política de las democracias durante más de cuatro décadas no merecía ningún crédito, ni siquiera por los cambios de la política exterior de los soviéticos, y si en realidad nada se había logrado y los hechos habían ocurrido por sí solos, no podía extraerse ninguna lección del desplome del Imperio soviético; en particular, ninguna lección que implicara la necesidad de un compromiso norteamericano con la creación de un nuevo orden mundial, que el fin de la Guerra Fría estaba haciendo necesario. El debate norteamericano había trazado un círculo. Volvía el viejo canto de sirenas del aislacionismo norteamericano, es decir, que los Estados Unidos no habían ganado en realidad la Guerra Fría, sino que la Unión Soviética la había perdido y que, por consiguiente, habían sido innecesarias cuatro décadas de esfuerzos porque las cosas habrían resultado igualmente bien, o tal vez mejor, si los Estados Unidos las hubiesen dejado en paz.

Otra versión del mismo tipo sostuvo que en realidad sí había habido una Guerra Fría, y que en ésta se había ganado, pero que la victoria correspondía a la idea de democracia, la cual habría prevalecido cualesquiera que fuesen las medidas geoestratégicas que hubiesen rodeado al conflicto entre el Este y el Oeste. Ésta también era una versión del escapismo. Sin duda, la democracia política y la idea de libertad constituían un punto de unión para los disconformes, especialmente en la Europa del Este. La represión de los creyentes se volvía cada vez más difícil conforme se debilitaba el ánimo de los grupos gobernantes. Pero el desánimo había sido causado, en primer término, por el estancamiento del sistema y por la creciente comprensión entre la elite comunista —cuanto más alto fuese su rango, más probablemente conocería los hechos— de que su sistema estaba, en realidad, perdiendo la lucha que había proclamado como su propósito último durante toda su larga y brutal historia. En el mejor de los casos, era como la adivinanza del huevo y la gallina. La idea democrática había unido a la oposición al comunismo, pero por sí sola no habría podido triunfar con tal rapidez sin el desplome de la política exterior comunista y, a la postre, de la sociedad comunista.

Ésa fue, ciertamente, la opinión de los intérpretes marxistas de los asuntos internacionales, que estaban habituados a analizar la «correlación de fuerzas», y les pareció mucho más fácil descubrir las causas del desplome soviético que a los observadores norteamericanos. En 1989, Fred Halliday, profesor marxista de la London School of Economics, llegó a la conclusión de que el equilibrio del poder se había desplazado en favor de los Estados Unidos¹⁰⁵¹. Halliday lo consideró una tragedia, pero a diferencia de los masoquistas norteamericanos que no querían dar crédito a su propio país ni a sus gobernantes, él reconoció que durante el mandato de Reagan había ocurrido un gran cambio de la política internacional. Los Estados Unidos habían logrado elevar hasta tal punto el costo de la intervención soviética en el Tercer Mundo que, en un capítulo atinadamente titulado «El socialismo a la defensiva», Halliday interpretó el «nuevo pensamiento» de Gorbachov como un intento de suavizar las presiones norteamericanas.

El testimonio más enérgico en ese sentido provino de fuentes soviéticas. A partir de 1988, los estudiosos soviéticos empezaron a reconocer la responsabilidad soviética por el desplome de la *détente*. Los comentaristas soviéticos, mostrando mayor comprensión de las premisas de la *détente* que muchos críticos norteamericanos, indicaron que ésta había sido el recurso aplicado por Washington para impedir que Moscú desafiara el *statu quo* militar y político. Al violar este tácito entendimiento y buscar ganancias unilaterales, el liderazgo de Brézhnev había provocado la reacción de Reagan, que resultó ser más de lo que los soviéticos pudieron asimilar.

Uno de los primeros y más interesantes comentarios «revisionistas» soviéticos fue el de Viacheslav Dashichev, profesor del Instituto de Economía del Sistema Socialista Mundial. En un

artículo publicado en *Literaturnaya Gazeta*, el 18 de mayo de 1988¹⁰⁵², Dashichev indicó que los históricos «errores de cálculo y el incompetente enfoque del liderazgo de Brézhnev» habían unido a todas las otras grandes potencias del mundo en una coalición contra la Unión Soviética, y provocado una carrera armamentística que la Unión Soviética no pudo permitirse. Por tanto, había que abandonar la tradicional política soviética de mantenerse alejada de la comunidad mundial mientras intentaba socavarla. Dashichev escribió:

[...] como Occidente vio las cosas, el liderazgo soviético estaba explotando la *détente* para aumentar sus propias fuerzas, buscando la igualdad militar con los Estados Unidos y, en general, con todas las potencias opositoras: hecho sin precedente histórico. Los Estados Unidos, paralizados por la catástrofe de Vietnam, reaccionaron sensiblemente a la expansión de la influencia soviética en África, Oriente Medio y otras regiones.

[...] La operación del efecto de «retroalimentación" colocó a la Unión Soviética en una posición en extremo difícil en los aspectos económico y de política exterior. Se le opusieron las grandes potencias mundiales: los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, RFA, Italia, Japón, Canadá y China. Y la oposición a este potencial tan superior estaba, peligrosamente, muy lejos de la capacidad de la URSS¹⁰⁵³.

Ese mismo punto de vista fue compartido por el ministro de Exteriores soviético, Eduard Shevardnadze, en su discurso del 25 de julio de 1988, ante una reunión del Ministerio de Asuntos Exteriores soviéticos¹⁰⁵⁴. Enumeró errores soviéticos como el desastre afgano, la enemistad con China, la prolongada subestimación de la Comunidad Europea, la costosa carrera armamentística, el abandono de las conversaciones para el control de armas de Ginebra en 1983-1984, la decisión soviética de emplazar, en primer lugar, los SS-20, y la doctrina de defensa soviética, según la cual la URSS había de ser tan poderosa como cualquier potencial coalición de Estados enemigos. En otras palabras, Shevardnadze criticó todo lo que la Unión Soviética había hecho durante los últimos veinticinco años. Fue un reconocimiento implícito de que las medidas de la política occidental habían surtido gran efecto sobre la Unión Soviética, pues si las democracias no le hubiesen impuesto castigos por su aventurerismo, la política soviética podría haberse considerado triunfante, y sin necesidad de reevaluación.

El fin de la Guerra Fría, buscado por la política norteamericana durante ocho gobiernos, de uno y otro partidos políticos, fue casi como el que George Kennan había previsto en 1947. Por muy complaciente que hubiese sido la política occidental, el sistema soviético había necesitado el fantasma de un enemigo exterior permanente para justificar los sufrimientos que imponía a su pueblo y para mantener las fuerzas armadas y el aparato de seguridad que eran esenciales para su gobierno. Cuando, bajo la presión de la acumulada respuesta occidental que culminó en los años de Reagan, el XXVII Congreso del Partido Comunista modificó la doctrina oficial, pasando de la coexistencia a la interdependencia, desapareció toda base moral para la represión interna. Fue patente entonces, como había predicho Kennan, que la Unión Soviética, cuyos ciudadanos habían sido educados en la disciplina y no podían pasar fácilmente al compromiso y el acuerdo, de la noche a la mañana se convertiría de una de las más fuertes en «una de las más débiles y lastimosas de todas las sociedades nacionales»¹⁰⁵⁵.

Como ya se ha visto, Kennan acabó por creer que su política de contención se había militarizado en exceso. Una evaluación más precisa diría que, como siempre, los Estados Unidos habían oscilado entre depender demasiado de la estrategia militar y depender demasiado,

emocionalmente, de la conversión del adversario. También yo había criticado muchas de las medidas particulares que recibieron el nombre de «contención». Sin embargo, la dirección general de la política norteamericana tuvo una notable perspectiva y se mantuvo muy congruente a través de los cambios de gobierno y de una asombrosa variedad de personalidades.

Si los Estados Unidos no hubiesen organizado la resistencia cuando un confiado imperio comunista actuaba como si representara la ola del futuro y hacía que los pueblos y gobernantes del mundo creyeran que así podía ser, los partidos comunistas, que por entonces eran los más numerosos de la Europa de posguerra, bien podrían haberse impuesto. Occidente tampoco habría podido soportar la serie de crisis por Berlín, y éstas habrían sido más numerosas. Para explotar, el trauma norteamericano posterior a Vietnam, el Kremlin envió tropas de sus satélites a África y sus propios ejércitos a Afganistán. Habría adquirido mucha mayor confianza si los Estados Unidos no hubiesen protegido el equilibrio del poder global y ayudado a reconstruir las sociedades democráticas. El hecho de que los Estados Unidos no percibieran su función en los términos del equilibrio del poder aumentó su pesar y complicó el proceso, pero también sirvió para provocar una dedicación y una creatividad sin precedente. Tampoco cambió la realidad el hecho de que fueran los Estados Unidos los que habían mantenido el equilibrio global y, por consiguiente, la paz del mundo.

La victoria en la Guerra Fría no fue, desde luego, obra de un solo gobierno. Se logró como resultado de la confluencia de cuarenta años de esfuerzo bipartidista de los Estados Unidos y de setenta años de fosilización comunista. El fenómeno de Reagan brotó de una fortuita convergencia de personalidad y oportunidad: una década antes habría parecido demasiado militante; una década después, demasiado monocorde. La combinación de militancia ideológica, para unir al pueblo norteamericano, y de flexibilidad diplomática, que los conservadores nunca hubieran perdonado a otro presidente, fue exactamente lo que se necesitó en el período de debilidad y crecientes dudas de los soviéticos.

Sin embargo, la política exterior de Reagan tuvo más de brillante crepúsculo que de amanecer de una nueva era. La Guerra Fría casi se había emprendido a la medida de los prejuicios norteamericanos. Había habido un predominante desafío ideológico que hizo que las máximas universales, por muy simplificadas que fueran, pareciesen aplicables a casi todos los problemas del mundo. También había habido una clara y presente amenaza militar, y su raíz había sido inequívoca. Aun entonces, los pesares de los Estados Unidos, de Suez a Vietnam, resultaron de su aplicación de principios universales a casos específicos que no eran propicios a dichos principios.

En el mundo posterior a la Guerra Fría no existe un predominante desafío ideológico o, en el momento en que escribo estas líneas, no hay un solo enfrentamiento geoestratégico. Casi cada situación es un caso especial. El excepcionalismo inspiró la política exterior norteamericana y dio a los Estados Unidos la fortaleza necesaria para imponerse en la Guerra Fría. Pero se necesitarán aplicaciones mucho más sutiles en el mundo multipolar del siglo XXI. Por fin, los Estados Unidos tendrán que enfrentarse al desafío que han logrado evitar durante la mayor parte de su historia: saber si su tradicional concepto de sí mismos, estrictamente de faro o de cruzado, seguirá definiendo sus opciones o limitándolas; en pocas palabras, saber si por fin deberán crear alguna definición de su interés nacional.

Reconsideración del nuevo orden mundial

Al comenzar la última década del siglo XX, la doctrina de Wilson parecía haber triunfado. El desafío ideológico comunista y el geopolítico soviético habían desaparecido simultáneamente. El objetivo de la oposición moral al comunismo se había fundido con la tarea geopolítica de resistir al expansionismo soviético. No es de sorprender que el presidente Bush proclamara su esperanza de un nuevo orden mundial en términos clásicamente wilsonianos:

Tenemos la visión de una nueva asociación de naciones que trasciende la Guerra Fría. Una asociación basada en la consulta, la cooperación y la acción colectiva, especialmente a través de organizaciones internacionales y regionales. Una asociación unida por el principio y por las reglas del derecho y apoyada por un reparto equitativo de los costos y los compromisos. Una asociación cuyas metas sean intensificar la democracia, aumentar la prosperidad, fortalecer la paz y reducir las armas¹⁰⁵⁶.

Bill Clinton, el presidente demócrata sucesor de Bush, expresó los objetivos norteamericanos en términos muy similares, explayándose en el tema de «ensanchar la democracia»:

En una nueva época de peligro y oportunidad, nuestro propósito básico debe consistir en extender y fortalecer la comunidad mundial de democracias basadas en el mercado libre. Durante la Guerra Fría intentamos contener una amenaza a la supervivencia de las instituciones libres. Ahora, tratamos de ensanchar el círculo de las naciones que viven con esas instituciones libres, pues soñamos con un día en que las opiniones y energías de cada persona en el mundo encuentren plena expresión en un mundo de democracias prósperas que cooperen entre sí y vivan en paz¹⁰⁵⁷.

Por tercera vez en este siglo, los Estados Unidos proclamaron así su intención de edificar un nuevo orden mundial aplicando sus valores propios a todo el mundo, y por tercera vez los Estados Unidos parecieron dominar el escenario internacional. En 1918, la sombra de Wilson había dominado una Conferencia de Paz de París en la cual los aliados de los Estados Unidos dependían demasiado de ellos para insistir en expresar sus dudas. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, Franklin Delano Roosevelt y Truman parecieron encontrarse en condiciones de reformar todo el orbe siguiendo el modelo norteamericano.

El fin de la Guerra Fría originó una tentación aún mayor de remodelar el entorno internacional a imagen y semejanza de la democracia norteamericana. Wilson se había visto limitado por el aislacionismo en su patria, y Truman se encontró con el expansionismo estalinista. En el mundo posterior a la Guerra Fría, los Estados Unidos son la única superpotencia con la suficiente capacidad de intervenir en cualquier parte del mundo. Sin embargo, el poder se ha vuelto más difuso y han disminuido los asuntos a los que pueda aplicarse la fuerza militar. La victoria en la Guerra Fría ha lanzado a los Estados Unidos a un mundo muy semejante al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX, y con prácticas que los estadistas y pensadores norteamericanos constantemente

cuestionaron. La inexistencia de una amenaza ideológica o estratégica deja libres a las naciones para seguir una política exterior basada cada vez más en su interés nacional inmediato. En un sistema internacional caracterizado tal vez por cinco o seis grandes potencias y una multiplicidad de Estados más pequeños, el orden tendrá que surgir, casi como lo hizo en siglos pasados, de una reconciliación y un equilibrio de intereses nacionales en competencia.

Tanto Bush como Clinton hablaron del nuevo orden mundial como si ya estuviese a la vuelta de la esquina. De hecho, se encuentra aún en período de gestación, y su forma final no será visible hasta bien entrado el siglo próximo. En parte como extensión del pasado, en parte como un hecho sin precedentes, el nuevo orden mundial, como aquellos a los que sucede, surgirá como respuesta a tres preguntas. ¿Cuáles son las unidades básicas del orden internacional? ¿Cuáles son sus medios de interactuar? ¿Cuáles son los objetivos en favor de los que interactúan?

Los sistemas internacionales tienen una vida precaria. Cada «orden mundial» expresa una aspiración a la permanencia; el término mismo tiene un sonido de perennidad; sin embargo, los elementos que lo forman se encuentran en flujo constante. De hecho, con cada siglo ha ido reduciéndose la duración de los sistemas internacionales. El orden que surgió de la Paz de Westfalia duró ciento cincuenta años. El sistema internacional creado por el Congreso de Viena se mantuvo durante cien años; el orden internacional caracterizado por la Guerra Fría terminó después de cuarenta años. (El Acuerdo de Versalles nunca funcionó como un sistema al que se hubiesen adherido las grandes potencias, y fue poco más que un armisticio entre dos guerras mundiales.) Nunca antes los componentes del orden mundial, su capacidad de interactuar y sus objetivos han cambiado con tanta rapidez, profundidad o tan globalmente.

Cada vez que las entidades que constituyen el sistema internacional modifican su carácter, inevitablemente sobreviene un período de turbulencias. La Guerra de los Treinta Años fue causada, en gran parte, por la transición de las sociedades feudales, basadas en la tradición y las pretensiones de universalidad, al moderno sistema de Estados, fundamentado en la *raison d'état*. Las guerras de la Revolución Francesa constituyeron la transición a la nación-Estado, definida por un lenguaje y una cultura comunes. Las guerras del siglo XX fueron causadas por la desintegración de los imperios de los Habsburgo y otomano, el desafío al predominio de Europa y el fin del colonialismo. En cada transición, lo que se había dado por sentado se volvió de pronto anacrónico: los Estados multinacionales en el siglo XIX, el colonialismo en el siglo XX.

Desde el Congreso de Viena, la política exterior ha relacionado a las naciones entre sí, de ahí el término «relaciones internacionales». En el siglo XIX, el nacimiento, aunque fuese de una sola nación nueva, como la Alemania unida, produjo décadas de inquietud. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial han surgido casi cien naciones, muchas de ellas totalmente distintas de la histórica nación-Estado europea. La caída del comunismo en la Unión Soviética y la descomposición de Yugoslavia han creado otras veinte naciones, muchas de las cuales se han dedicado a saciar una ya centenaria sed de sangre.

La nación europea del siglo XIX se basó en un lenguaje y una cultura comunes y, dada la técnica de los tiempos, constituyó el marco óptimo para la seguridad y el desarrollo económico, y para influir sobre los hechos internacionales. En el mundo posterior a la Guerra Fría, las tradicionales naciones-Estado europeas, es decir, los países que formaron el Concierto de Europa hasta la Primera Guerra Mundial, carecen de recursos para desempeñar un papel mundial. El éxito de sus esfuerzos por consolidarse en la Unión Europea determinará su influencia futura. Unida, Europa continuará siendo una gran potencia; dividida en Estados nacionales, irá cayendo a una posición secundaria.

Parte de las turbulencias relacionadas con el nacimiento de un nuevo orden mundial procede de

que al menos tres tipos de Estado que se llaman a sí mismos «naciones» están interactuando mientras comparten pocos de los atributos históricos de las naciones-Estado. Por una parte, están los fragmentos étnicos de imperios que se han desintegrado, como los Estados sucesores de Yugoslavia o de la Unión Soviética. Obsesionados por sus agravios históricos y por su antiquísima búsqueda de identidad, se esfuerzan básicamente por imponerse en antiguas rivalidades étnicas. El objetivo del orden internacional está más allá de sus ámbitos de interés y, a menudo, más allá de su imaginación. Como los pequeños Estados que participaron en la Guerra de los Treinta Años, intentan mantener su independencia y aumentar su poder sin pensar siquiera en las consideraciones más cosmopolitas de un orden político internacional.

Algunas de las naciones poscoloniales constituyen otro fenómeno distinto. Para muchas de ellas, las fronteras actuales sólo representan la conveniencia administrativa de las potencias imperiales. El África francesa, que posee una amplia línea costera, fue dividida en diecisiete unidades administrativas, cada una de las cuales se ha convertido desde entonces en un Estado. El África belga, llamada entonces el Congo, y hoy Zaire, tiene sólo una estrecha salida al mar, y por ello fue gobernada como una sola unidad, aunque constituye un área tan extensa como toda Europa Occidental. En tales circunstancias, el Estado llegó (con excesiva frecuencia) a asimilarse al ejército, que habitualmente era la única institución «nacional». Cuando esa pretensión ha fracasado, a menudo la consecuencia ha sido la guerra civil. Si los conceptos decimonónicos de nación o los principios wilsonianos de autodeterminación se aplicaran a tales naciones, sería inevitable una radical e impredecible realineación de fronteras. Para ellos, la alternativa al *statu quo* territorial se encuentra en un interminable y brutal conflicto civil.

Por último, quedan los Estados de tipo continental, que probablemente representarán las unidades básicas del nuevo orden mundial. La nación india que surgió del gobierno colonial británico engloba toda una multiplicidad de lenguas, religiones y nacionalidades. Como es más susceptible que las naciones europeas del siglo XIX a las corrientes religiosas e ideológicas que existen en otros Estados vecinos, la línea divisoria entre su política exterior y su política interna es diferente y, a la vez, mucho más débil. Asimismo, China es un conglomerado de diferentes lenguajes, unido por una escritura, una cultura y una historia comunes. Es lo que habría llegado a ser Europa de no haber intervenido las guerras religiosas del siglo XVII, y en lo que aún puede convertirse si la Unión Europea cumple las expectativas de sus partidarios. De manera similar, las dos superpotencias del período de la Guerra Fría nunca fueron naciones-Estado, en el sentido europeo. Los Estados Unidos han logrado formar una cultura distinta a partir de una integración nacional políglota; la Unión Soviética fue un imperio que abarcaba muchas nacionalidades. Sus Estados sucesores, especialmente la Federación Rusa, mientras se escribe este libro se encuentran divididos entre la desintegración y la reimperialización, casi como lo estuvieron los imperios de los Habsburgo y otomano en el siglo XIX.

Todo esto ha modificado de raíz la sustancia, el método y, ante todo, el alcance de las relaciones internacionales. Hasta la llegada del período moderno, los diversos continentes proseguían sus actividades en gran parte aislados unos de otros. Habría sido imposible comparar el poder, por ejemplo, de Francia con el de China, porque ambos países no tenían la posibilidad de interactuar. Una vez ampliado el alcance de la tecnología, el futuro de otros continentes quedó determinado por el «concierto» de las potencias europeas. Ningún orden internacional anterior ha contenido grandes centros de poder distribuidos por todo el globo terráqueo. Tampoco ha habido estadistas obligados a practicar su diplomacia en un entorno en que los hechos pueden ser experimentados instantánea y simultáneamente por los jefes de Estado y por sus pueblos.

Al multiplicarse el número de Estados y aumentar su capacidad de interactuar, ¿sobre qué principios podrá organizarse un nuevo orden mundial? Dada la complejidad del nuevo sistema internacional, ¿podrán conceptos wilsonianos como el de «ensanchar la democracia» servir como directrices de la política exterior norteamericana y como reemplazo de la estrategia de contención de la Guerra Fría? Sin duda, estos conceptos no han obtenido un triunfo indiscutible ni un fracaso inequívoco. Algunas de las mejores victorias de la diplomacia del siglo XX se basaron en el idealismo de Woodrow Wilson: el Plan Marshall, el valeroso compromiso de «contención» del comunismo, la defensa de la libertad de Europa occidental y hasta la malhadada Sociedad de Naciones y su ulterior encarnación, las Naciones Unidas.

Al mismo tiempo, el idealismo wilsoniano ha provocado todo un raudal de problemas. Tal como quedó encarnado en los Catorce Puntos, el apoyo acrítico a la autodeterminación étnica no tuvo en cuenta las relaciones de poder ni los efectos desestabilizadores de grupos étnicos que seguían obsesionados por rivalidades acumuladas y odios seculares. El no haber dado a la Sociedad de Naciones un mecanismo militar de coerción subrayó las dificultades inherentes al concepto wilsoniano de seguridad colectiva. El ineficaz Pacto Kellogg-Briand de 1928, por el cual las naciones renunciaban a la guerra como medio político, mostró los límites de los frenos exclusivamente legales. Como lo demostraría Hitler, en el mundo de la diplomacia un arma cargada es, a menudo, más persuasiva que un informe jurídico. El llamamiento de Wilson a los Estados Unidos para que no cesaran en la búsqueda de la democracia produjo acciones de gran poder creador. Pero también terminó en cruzadas tan desastrosas como la de Vietnam.

El fin de la Guerra Fría ha creado lo que algunos observadores llaman un mundo «unipolar» o de «una superpotencia». Pero en realidad, los Estados Unidos no están en mejor posición para imponer unilateralmente el orden mundial de lo que estaban al comienzo de la Guerra Fría. Son más preponderantes de lo que eran hace diez años y, sin embargo, de manera irónica, el poder también se ha vuelto más difuso. De este modo, en realidad ha decrecido la capacidad de los Estados Unidos para aplicarlo en la formación del resto del mundo.

El triunfo en la Guerra Fría ha hecho mucho más inalcanzable el sueño wilsoniano de la seguridad colectiva universal. A falta de una nación potencialmente predominante, las principales naciones no ven de igual manera las amenazas a la paz, ni están dispuestas a correr los mismos riesgos para rechazar las amenazas que sí reconocen (véanse los capítulos diez, once, quince y dieciséis). La comunidad mundial está bastante dispuesta a cooperar en el «mantenimiento de la paz», es decir, a vigilar un acuerdo que no sea desafiado por ninguna de las partes, pero se ha mostrado asustadiza cuando se ha tratado de imponer la paz para suprimir auténticos desafíos al orden mundial. Esto no es sorprendente, pues ni siquiera los Estados Unidos han desarrollado todavía un concepto claro de aquello a lo que se opondrán unilateralmente en el mundo posterior a la Guerra Fría.

Como enfoque a la política exterior, la doctrina de Wilson supone que los Estados Unidos poseen una naturaleza excepcional, que se expresa en su virtud y su poderío sin rival. Confiaban tanto en su fuerza y en la virtud de sus metas que pudieron plantearse luchar en todo el mundo por sus propios valores. El excepcionalismo norteamericano debe ser el punto de partida para una política exterior de estas características.

Al aproximarse el siglo XXI, han entrado en acción vastas fuerzas mundiales que con el tiempo harán menos excepcionales a los Estados Unidos. El poderío militar norteamericano seguirá careciendo de rival a corto plazo. Sin embargo, el deseo norteamericano de proyectar ese poderío a la infinidad de pequeños conflictos que el mundo probablemente presenciara en las próximas

décadas, como en Bosnia, Somalia y Haití, constituye un desafío conceptual clave para la política exterior norteamericana. Los Estados Unidos tal vez tendrán la economía más poderosa del mundo hasta bien entrado el siglo próximo. Sin embargo, la riqueza se repartirá más, así como la tecnología capaz de producir riqueza. Los Estados Unidos se enfrentarán a un tipo de competencia económica que nunca experimentaron durante la Guerra Fría.

Seguirán siendo la nación más grande y poderosa, pero con otras naciones iguales; los Estados Unidos serán *primus inter pares* pero no dejarán de ser una nación como otras. Por consiguiente, el excepcionalismo norteamericano, que es la base indispensable para una política exterior wilsoniana, tal vez sea menos aplicable en el siglo venidero.

Los norteamericanos no deben ver esto como una humillación de su patria o como un síntoma de decadencia nacional. De hecho, durante la mayor parte de su historia fueron una nación entre otras, no una superpotencia preponderante. El nacimiento de otros centros de poder, en Europa Occidental, Japón y China, no deberá alarmar a los norteamericanos. Después de todo, compartir las riquezas del mundo y desarrollar otras sociedades y economías ha sido un objetivo particularmente norteamericano desde el Plan Marshall.

Sin embargo, si la premisa del wilsonismo se está volviendo menos aplicable y si hoy son menos practicables los dictados de la política exterior wilsoniana, es decir, la seguridad colectiva, la conversión de sus competidores al modo de pensar norteamericano, un sistema internacional que resuelva las disputas de manera legal y un apoyo incondicional a la autodeterminación étnica, ¿en qué principios deberán fundamentar los Estados Unidos su política exterior en el próximo siglo? La historia no nos ofrece ninguna guía, ni siquiera unas analogías que puedan satisfacernos por completo. Sin embargo, la historia enseña mediante el ejemplo, y al entrar los Estados Unidos en aguas desconocidas harán bien en examinar la época anterior a Woodrow Wilson y el «siglo norteamericano», en busca de claves para las próximas décadas.

El concepto de *raison d'état* de Richelieu, donde el interés del Estado justifica los medios empleados para buscarlo, siempre ha repugnado a los norteamericanos. Esto no significa que nunca hayan practicado la *raison d'état*. Existen muchos ejemplos de ello, desde la época de los sagaces tratos de los Padres Fundadores con las potencias europeas en las primeras décadas de la República hasta la obsesiva búsqueda de la expansión por el Oeste, que se resguardó bajo el paraguas del «destino manifiesto». Pero a los norteamericanos nunca les ha gustado reconocer abiertamente sus intereses egoístas. Ya fuera luchando en guerras mundiales, o en conflictos locales, sus gobernantes siempre afirmaron que estaban combatiendo en nombre de principios y no de intereses.

A cualquier estudioso de la historia europea el concepto de equilibrio del poder le parece totalmente obvio. Pero el equilibrio del poder, como la *raison d'état*, es una creación de los dos últimos siglos, originalmente propagada por el rey de Inglaterra Guillermo III, que trató de contener los impulsos expansionistas de Francia. La idea de que una coalición de Estados débiles se uniera para formar un contrapeso a uno más fuerte no tiene nada de particular en sí misma; y sin embargo, el equilibrio del poder requiere una atención constante. En el próximo siglo, los gobernantes norteamericanos tendrán que expresar ante su público un concepto del interés nacional y explicar cómo se atiende a ese poder nacional, en Europa y en Asia, manteniendo el equilibrio del poder. Necesitarán socios para mantener el equilibrio en varias regiones del mundo, y no siempre se les podrá escoger sobre la base exclusiva de consideraciones morales. La guía esencial para la política de los Estados Unidos deberá ser una clara definición del interés nacional.

El sistema internacional que más tiempo duró sin una gran guerra fue el que siguió al Congreso de Viena. Combinó la legitimidad y el equilibrio, los valores compartidos y la diplomacia del

equilibrio del poder. Unos valores comunes redujeron las demandas de las naciones, mientras el equilibrio limitaba la capacidad de insistir en ellas. En el siglo XX, los Estados Unidos han intentado dos veces crear un orden mundial basado casi exclusivamente en sus propios valores. Esto representa un esfuerzo heroico, al que se puede atribuir mucho de lo bueno que hay en el mundo contemporáneo. Pero el wilsonismo no puede ser la única base para la época posterior a la Guerra Fría.

La expansión de la democracia seguirá siendo la aspiración dominante de los Estados Unidos, pero hay que reconocer los obstáculos a los que se enfrenta en el momento de su aparente triunfo filosófico. Contener el poder del gobierno central ha sido una de las preocupaciones principales de los teóricos de la política occidental mientras que, en casi todas las demás sociedades, la teoría política ha intentado fortalecer la autoridad del Estado. En ninguna otra parte se ha insistido tanto en ampliar la libertad personal. La democracia occidental evolucionó en unas sociedades culturalmente homogéneas con una larga historia común (hasta los Estados Unidos, con su población políglota, desarrollaron una poderosa identidad cultural). La sociedad y, en cierto sentido, la nación, precedieron al Estado, sin tener que ser creadas por él. En semejante entorno, los partidos políticos representan variantes de un consenso subyacente. La minoría de hoy es la mayoría potencial de mañana.

En casi todas las otras partes del mundo, el Estado precedió a la nación; fue y a menudo sigue siendo el elemento principal para formarla. Los partidos políticos, donde existen, reflejan unas identidades que suelen ser comunales; minorías y mayorías suelen ser permanentes. En esas sociedades, el proceso político trata sobre la dominación y no acerca de la alternancia en el cargo que, si acaso ocurre, es más debida a golpes de Estado que a procedimientos constitucionales. El concepto de oposición leal, es decir, la esencia de la democracia moderna, raras veces prevalece. Mucho más a menudo, la oposición es vista como una amenaza a la cohesión nacional, considerada como traición e implacablemente reprimida.

La democracia al estilo occidental presupone un consenso sobre valores que limita el partidismo. Los Estados Unidos no serían fieles a sí mismos si no insistieran en la aplicabilidad universal de la idea de libertad. El hecho de que los Estados Unidos deban dar preferencia a los gobiernos democráticos por encima de los gobiernos represivos y estén dispuestos a pagar algún precio por sus convicciones morales es algo de lo que no puede dudarse. También es evidente que existe un margen para la discreción que se debe ejercer en favor de los gobiernos y las instituciones que promuevan los valores democráticos y los derechos humanos. La dificultad surge al determinar el precio exacto que hay que pagar y su relación con otras prioridades norteamericanas esenciales, incluyendo la seguridad nacional y el balance geopolítico general. Si queremos que las exhortaciones norteamericanas lleguen más lejos que la retórica patriótica, deberán reflejar una comprensión realista del alcance norteamericano. Los Estados Unidos deberán tener cuidado de no multiplicar sus compromisos morales mientras se estén reduciendo los recursos financieros y militares necesarios para llevar a cabo una política exterior global. Unas declaraciones generales que no vayan acompañadas por la capacidad o por el deseo de aplicarlas pueden disminuir, también, la influencia de los Estados Unidos sobre cualquier otra cuestión.

El equilibrio necesario entre los elementos morales y estratégicos de la política norteamericana no se puede prescribir de un modo abstracto. Pero el principio de la sabiduría consiste precisamente en reconocer que se debe llegar a un equilibrio. Por muy poderosos que sean los Estados Unidos, ningún país tiene capacidad para imponer todas sus preferencias al resto de la humanidad; hay que establecer prioridades. Aun si hubiera recursos para ello, el wilsonismo llevado hasta sus últimas

consecuencias no encontraría apoyo en el público norteamericano en cuanto éste comprendiera claramente los compromisos y participaciones que de él se derivaran. Se arriesga a convertirse en un simple lema para evadir decisiones geopolíticas difíciles a través de declaraciones que impliquen poco riesgo aparente. Está amenazando con abrirse una brecha en la política norteamericana entre sus pretensiones y su disposición a apoyarlas; la desilusión casi inevitable se convierte en cómoda excusa para apartarse por completo de los asuntos mundiales.

En el mundo posterior a la Guerra Fría, el idealismo norteamericano necesita la moderación del análisis geopolítico para abrirse paso por el laberinto de las nuevas complejidades. Esto no será fácil. Los Estados Unidos se negaron a dominar cuando tenían el monopolio nuclear, y desdeñaron el equilibrio del poder, aunque durante la Guerra Fría aplicaron lo que en realidad era una diplomacia de esferas de interés. En el siglo XXI, los Estados Unidos, como otras naciones, tendrán que aprender a navegar entre la necesidad y la opción, entre las constantes inmutables de las relaciones internacionales y los elementos variables sometidos a la discreción de los estadistas.

Dondequiera que se establezca el equilibrio entre valores y necesidad, la política exterior deberá empezar por definir lo que constituye un interés vital: un cambio en el entorno internacional, el cual es tan probable que socave la seguridad nacional que habrá que oponersele, independientemente de la forma que adopte la amenaza, o de lo legítima que parezca ser. Durante su apogeo, Gran Bretaña habría ido a la guerra para impedir la ocupación de los puertos del canal de la Mancha en los Países Bajos aunque hubiesen sido tomados por una gran potencia gobernada por santos. Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos, la Doctrina Monroe sirvió como definición operacional del interés nacional de la nación. Desde la entrada de Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos han evitado definir un interés nacional con el argumento de que no se oponían al cambio como tal, sino al uso de la fuerza para imponerlo. Ninguna de estas dos definiciones es ya adecuada; la Doctrina Monroe es demasiado restrictiva, y la de Wilson es excesivamente inconcreta y legalista. La controversia que rodeó casi todas las acciones militares norteamericanas durante el período posterior a la Guerra Fría muestra que ya no existe un vasto consenso sobre dónde deben trazar un límite los Estados Unidos. Crearlo constituirá un gran desafío para los líderes de la nación.

En lo geopolítico, los Estados Unidos son una isla frente a las costas de la gran masa continental de Eurasia, cuyos recursos y población son muy superiores. La dominación de cualquiera de las dos principales esferas de Eurasia, Europa o Asia por parte de una sola potencia sigue siendo una buena definición del peligro estratégico al que se enfrentan los Estados Unidos, con Guerra Fría o sin ella. Semejante agrupación tendría la capacidad de superarlos económicamente y, a la postre, también militarmente. Habría que resistir a ese peligro aunque la potencia predominante fuese en apariencia benévola, pues si cambiaran sus intenciones, los Estados Unidos se encontrarían con una capacidad mucho menor para oponer una resistencia eficaz, y con una incapacidad creciente para determinar los acontecimientos.

Los Estados Unidos se vieron lanzados a la Guerra Fría debido a la amenaza del expansionismo soviético, y basaron muchas de sus expectativas posteriores a la Guerra Fría en la desaparición de la amenaza comunista. Así como las actitudes hacia la hostilidad soviética habían forjado el talante norteamericano hacia el orden global, desde la perspectiva de la contención, también los esfuerzos de reforma por parte de los rusos dominaron el pensamiento norteamericano sobre el orden mundial posterior a la Guerra Fría. La política norteamericana se ha basado en la premisa de que la paz podía ser asegurada por una Rusia moderada por la democracia y que concentrara sus energías en desarrollar una economía de mercado. Bajo este prisma, se piensa que la principal tarea

norteamericana consiste en reforzar la reforma rusa, con medidas tomadas de la experiencia del Plan Marshall y no de las pautas tradicionales de la política exterior.

La política norteamericana no ha estado con respecto a ningún otro país como a Rusia tan centrada en hacer una continua evaluación de sus intenciones, más que de su potencial o aun de su política. Franklin Roosevelt había cifrado hasta un grado considerable sus esperanzas de un mundo pacífico de posguerra en la moderación de Stalin. Durante la Guerra Fría, la estrategia norteamericana aplicada, es decir, la contención, tenía por meta declarada modificar los propósitos soviéticos, y el debate correspondiente fue, en general, sobre si ya había ocurrido esta esperada modificación. Entre los presidentes de posguerra, sólo Nixon trató continuamente a la Unión Soviética como un desafío geopolítico. Incluso Reagan puso mayor empeño en lo que equivalía a la conversión de los dirigentes soviéticos. No es de extrañar que, tras el derrumbe comunista, se haya supuesto que todas las intenciones hostiles habían desaparecido y, dado que la tradición wilsoniana rechaza los intereses en conflicto, que la política norteamericana posterior a la Guerra Fría se haya dirigido como si ya no se aplicaran las consideraciones tradicionales de la política exterior.

A los estudiosos de la geopolítica y la historia les preocupa lo obsesivo de este enfoque. Temen que, al sobreestimar la capacidad norteamericana para configurar la evolución interna de Rusia, los Estados Unidos puedan inmiscuirse innecesariamente en controversias rusas internas, generar una reacción nacionalista y descuidar las tareas habituales de la política exterior. Esos estudiosos apoyarían una política destinada a modificar la tradicional truculencia de Rusia y, por esa razón, favorecerían una ayuda económica y unos proyectos cooperativos en cuestiones globales. Sin embargo, dirían que Rusia, independientemente de quien la gobierne, se encuentra a caballo sobre el territorio al que Halford Mackinder llamó el meollo geopolítico, y que es heredera de una de las tradiciones imperiales más poderosas¹⁰⁵⁸. Aun si la postulada transformación moral llegara a ocurrir, requeriría tiempo, y entretanto los Estados Unidos tendrán que proteger sus apuestas.

Tampoco los Estados Unidos deberán esperar que la ayuda económica logre en Rusia resultados comparables a los del Plan Marshall. La Europa occidental del inmediato período de posguerra tenía un sistema de mercado en acción, unas burocracias bien establecidas y, en casi todos los países, una tradición democrática. Además, estaba unida a los Estados Unidos por la amenaza militar e ideológica de la Unión Soviética. Tras el escudo de la Alianza del Atlántico, la reforma económica hizo que resurgiera una subyacente realidad geopolítica; el Plan Marshall permitió a Europa restablecer su pauta tradicional de gobierno interno.

En ninguna parte de la Rusia posterior a la Guerra Fría existen condiciones comparables. La política exterior norteamericana deberá aliviar sufrimientos y favorecer la reforma económica; sin embargo, ello no liberará a los Estados Unidos de tener que hacer un serio esfuerzo por mantener el equilibrio global del poder ante un país que tiene una larga historia de expansionismo.

A la hora de escribir estas líneas, el vasto Imperio ruso formado a lo largo de dos siglos se encuentra en estado de desintegración, casi como lo estaba en el período 1917-1923, del cual se recuperó sin interrumpir su tradicional ritmo de expansión. Una de las tareas más formidables de la diplomacia es contener la caída de un imperio en decadencia. La diplomacia del siglo XIX ralentizó la descomposición del Imperio otomano, impidiendo que se convirtiera en una guerra general; la diplomacia del siglo XX demostró ser incapaz de contener las consecuencias de la desintegración del Imperio austro-húngaro. Los imperios que caen generan dos causas de tensión: los intentos de sus vecinos por aprovechar la debilidad del poder imperial y los esfuerzos del imperio decadente por restaurar su autoridad en las zonas fronterizas.

Ambos procesos están ocurriendo simultáneamente en los Estados sucesores de la antigua Unión

Soviética. Irán y Turquía intentan aumentar su influencia en las repúblicas de Asia central, cuya población es en gran parte musulmana. Pero el mayor impulso geopolítico lo ha dado Rusia al tratar de restaurar su hegemonía en todos los territorios antes gobernados desde Moscú. Con el pretexto de mantener la paz, Rusia trata de restablecer alguna forma de tutela rusa, y los Estados Unidos, confiados en la buena voluntad de un gobierno «reformista» y reacios a abrazar una agenda geopolítica, hasta hoy lo han aceptado. Han hecho poco por permitir que las repúblicas sucesoras, aparte de los Estados del Báltico, logren la aceptación internacional. Las visitas de importantes funcionarios norteamericanos han sido escasas y muy espaciadas; la ayuda es mínima. Rara vez se oponen a las actividades de las tropas rusas en sus territorios, o siquiera a su presencia. Moscú está siendo tratado *de facto* como el centro del poder imperial, que también es como él se concibe a sí mismo.

Esto es así, en parte, porque los Estados Unidos han tratado las revoluciones anticomunista y antiimperialista que ocurren en el territorio del antiguo Imperio soviético como si fueran un solo fenómeno. De hecho, funcionan en direcciones opuestas. La revolución anticomunista ha gozado de un considerable apoyo por todo el territorio de la ex Unión Soviética. La revolución antiimperialista, dirigida contra la dominación rusa, es muy bien vista en las nuevas repúblicas no rusas, y sumamente mal vista por la Federación Rusa. En realidad, los grupos gobernantes rusos han concebido tradicionalmente su Estado convencidos de su misión «civilizadora» (véanse los capítulos siete y ocho). La abrumadora mayoría de las figuras rusas importantes, cualquiera que sea su inclinación política, se niega a aceptar el desplome del Imperio soviético o la legitimidad de los Estados sucesores, especialmente, Ucrania, cuna de la ortodoxia rusa. Hasta Alexandr Solzhenitsin, cuando escribió acerca de liberar a Rusia de la maldición de unos renuentes súbditos extranjeros, pidió que Moscú retuviera un núcleo formado por Ucrania, Bielorrusia y cerca de la mitad de Kazajistán¹⁰⁵⁹; prácticamente el 90 % del antiguo imperio. En el territorio de la ex Unión Soviética, ni todos los anticomunistas son demócratas, ni todos los demócratas se oponen al imperialismo ruso.

Una política realista reconocería que hasta el gobierno reformista ruso de Boris Yeltsin ha mantenido al ejército ruso en el territorio de casi todas las antiguas repúblicas soviéticas, que pertenecen a las Naciones Unidas, a menudo contra el deseo manifiesto del gobierno local. Estas fuerzas militares han participado en las guerras civiles de varias repúblicas. El ministro de Exteriores de Rusia ha planteado repetidas veces un concepto del monopolio ruso de mantener la paz en los «países cercanos», indistinguible de todo intento por restablecer la dominación de Moscú. Las perspectivas de paz a largo plazo serán influidas por la reforma rusa, pero a corto plazo dependerán de si se puede lograr que los ejércitos rusos permanezcan en su patria. Si reaparecen a lo largo de la frontera del antiguo imperio en Europa y en Oriente Medio, sin duda resurgirá entre Rusia y sus vecinos la tensión histórica, fruto del temor y de la desconfianza mutuos (véanse los capítulos seis y siete).

Rusia necesariamente ha de tener un especial interés de seguridad en los que llama «países cercanos», es decir, las repúblicas de la antigua Unión Soviética, a diferencia de las tierras que están más allá del antiguo imperio. Pero la paz del mundo requiere que se satisfaga este interés sin una presión militar o una intervención militar unilateral. La clave consiste en saber si se debe tratar la relación de Rusia con las nuevas repúblicas como un problema internacional, sujeto a las reglas aceptadas de la política exterior, o como un efecto de las decisiones unilaterales de Rusia, en que los Estados Unidos tratarán de influir, si acaso, apelando a la buena voluntad de los dirigentes rusos. En ciertas zonas, por ejemplo, en las repúblicas de Asia central, amenazadas por el fundamentalismo islámico, es probable que el interés nacional de los Estados Unidos sea paralelo al de Rusia, al

menos en lo tocante a oponerse al fundamentalismo iraní. La cooperación sería allí perfectamente posible, mientras no suponga un retorno del imperialismo ruso tradicional.

Al escribir estas líneas, las perspectivas de la democracia en Rusia son aún inciertas, y tampoco está claro que Rusia, aunque llegue a ser democrática, vaya a llevar adelante una política que conduzca a la estabilidad internacional. A lo largo de su dramática historia, Rusia ha marchado al compás de un tambor totalmente distinto del resto del mundo occidental. Nunca tuvo una Iglesia autónoma; no conoció la Reforma, la Ilustración, la época de los descubrimientos y la moderna economía de mercado. Los dirigentes con experiencia democrática escasean; casi todos los líderes de Rusia, así como los de las nuevas repúblicas, ocuparon altos cargos durante el comunismo. Un compromiso con el pluralismo no fue su primer reflejo, y probablemente no demuestre ser el último.

Además, la transición de una economía centralizada a una economía de mercado ha demostrado ser dolorosa siempre que se ha intentado. Los administradores no tienen experiencia de mercados e incentivos. Los obreros han perdido motivación; los ministros nunca han tenido que preocuparse por una política fiscal. El estancamiento y hasta la decadencia son casi inevitables. Hasta hoy, ninguna economía centralizada ha logrado evitar una dolorosa austeridad en el trayecto hacia la economía de mercado, y el problema se ha complicado más por la supresión de todo paliativo; una recomendación muy sugerida por tantos expertos norteamericanos. La insatisfacción por los costos sociales y económicos de la transición ha permitido a algunos comunistas obtener ganancias considerables en naciones poscomunistas como Polonia, Eslovaquia y Hungría. En las elecciones al Parlamento ruso de diciembre de 1993, en conjunto, los partidos comunista y nacionalista obtuvieron casi el 50 % de los votos.

Hasta los reformadores convencidos pueden ver en el nacionalismo ruso tradicional una fuerza unificadora para alcanzar sus objetivos. Pero, a lo largo de la historia, el nacionalismo ruso ha sido misionero e imperial. Los psicólogos pueden discutir sobre si la razón de ello era un arraigadísimo sentido de inseguridad o una agresividad congénita; para las víctimas de la expansión rusa, esa distinción ha sido puramente académica. En Rusia, la democratización y una política exterior moderada no necesariamente tienen que ir de la mano. Por ello, el argumento de que la paz será asegurada ante todo por la reforma interna rusa encuentra pocos partidarios en Europa Oriental, Escandinavia o China, y por ello Polonia, la República Checa, Eslovaquia y Hungría tienen tanto interés en unirse a la Alianza del Atlántico.

Una actuación centrada en consideraciones de política exterior trataría de crear contrapesos a las tendencias previsibles, y no lo apostaría todo a la reforma interior, es decir, que, aunque fomentaría los mercados libres y la democracia rusa, también trataría de apoyar a los que se oponen a su expansión. De hecho, podría argüirse que la reforma rusa se fortalecería si se alentara a Rusia a concentrarse, por primera vez en su historia, en apoyar el desarrollo de ese territorio nacional que se extiende a lo ancho de once husos horarios, desde San Petersburgo hasta Vladivostok, y que ciertamente no provoca claustrofobia.

La política norteamericana hacia la Rusia poscomunista ha puesto todas sus esperanzas en una especie de administración social centrada en líderes individuales: Mijaíl Gorbachov durante el gobierno de Bush, y Boris Yeltsin ahora con Clinton, quienes, por lo que se creyó que era su compromiso personal con las democracias, han sido tratados como garantes personales de una política exterior rusa pacífica y de la integración de Rusia en la comunidad internacional. Bush lamentó la desintegración de la URSS de Gorbachov, y Clinton ha aceptado los esfuerzos realizados por restaurar la antigua esfera de influencia rusa. Los gobernantes norteamericanos se han mostrado reacios a invocar los tradicionales frenos diplomáticos a la política rusa porque temen provocar a

los supuestos adversarios nacionalistas de Yeltsin (y, antes, a los de Gorbachov).

Las relaciones ruso-norteamericanas necesitan urgentemente un serio diálogo sobre cuestiones de política exterior. No se le hace ningún favor a Rusia tratándola cual si fuera inmune a las consideraciones habituales de la política exterior, pues esto la obligará a pagar más adelante un precio más alto si se la atrae en una dirección de la que no hay retirada. Los dirigentes norteamericanos no deben temer a unas discusiones francas sobre dónde convergen los intereses norteamericanos y los rusos, y dónde difieren. Los veteranos de las luchas internas de Rusia no son ruborosos novicios cuyo equilibrio interno vaya a alterarse por un diálogo realista. Son perfectamente capaces de comprender una política basada en el respeto mutuo de los intereses nacionales de cada cual. De hecho, probablemente comprenderán ese cálculo mejor que las llamadas a una utopía abstracta y distante.

Integrar a Rusia en el sistema internacional es tarea clave del naciente orden internacional. Tiene dos elementos que deberán mantenerse en equilibrio: influir sobre las actitudes e incidir en los cálculos rusos. Para mitigar los dolores de la transición serán necesarios una generosa ayuda económica y un buen asesoramiento técnico, y Rusia deberá ser recibida con los brazos abiertos por las instituciones que fomentan la cooperación económica, cultural y política, como la Conferencia sobre Seguridad Europea. Pero si se cierran los ojos ante la reaparición de las históricas pretensiones imperiales de Rusia la reforma rusa será obstaculizada y no ayudada. La independencia de las nuevas repúblicas, reconocida después de todo por las Naciones Unidas, no deberá ser tácitamente degradada si se toleran maniobras militares rusas en sus territorios.

La política norteamericana hacia Rusia debe atender a los intereses permanentes, no a las fluctuaciones de la política interna rusa. Si la política exterior norteamericana hace que la política interna de Rusia sea su mayor prioridad, será víctima de unas fuerzas que esencialmente están fuera de su control, y perderá todo criterio de juicio. ¿Deberá ser calibrada la política exterior hacia cada vibración de un proceso esencialmente revolucionario? ¿Se apartarán los Estados Unidos de Rusia cada vez que ocurra algún cambio interno que no aprueben? ¿Pueden permitirse los Estados Unidos tratar de aislar simultáneamente a Rusia y a China, y resucitar, en nombre de sus preferencias nacionales, la alianza chino-soviética? Una política menos entrometida hacia Rusia en esta etapa permitiría, más adelante, seguir un camino más firme a largo plazo.

Los partidarios de lo que en el capítulo veintiocho he definido como la escuela «psiquiátrica» de política exterior tienden a rechazar tales argumentos, tildándolos de «pesimistas». Afirman que, después de todo, Alemania y Japón han cambiado de carácter; entonces, ¿por qué no Rusia? Pero también es verdad que la Alemania democrática giró en la dirección opuesta durante los años treinta, y que quienes confiaban en sus intenciones se encontraron de pronto frente a sus capacidades.

Un estadista siempre puede eludir sus dilemas haciendo las suposiciones más favorables acerca del futuro; una de las pruebas será su capacidad para protegerse contra contingencias desfavorables y hasta imprevistas. El nuevo liderazgo ruso tiene derecho a ser comprendido durante el proceso angustioso de tratar de superar dos generaciones de mal gobierno comunista. No tiene derecho, en cambio, a que se le entregue la esfera de influencia que los zares y los comisarios codiciaron durante trescientos años en torno a sus vastas fronteras. Si Rusia tiene que ser un socio serio para edificar un nuevo orden mundial, deberá estar dispuesta a someterse a las disciplinas de la estabilidad, así como a ganarse sus beneficios.

La política norteamericana que más se ha acercado a la definición generalmente aceptada de interés vital ha sido la practicada para con sus aliados de la zona del Atlántico. Aunque la Organización del Tratado del Atlántico Norte solió ser justificada en términos wilsonianos como

instrumento de la seguridad colectiva y no como alianza, de hecho representó la institución que mejor armonizó los objetivos morales y geopolíticos de los Estados Unidos (véase el capítulo dieciséis). Como su propósito era impedir la dominación soviética de Europa, sirvió al propósito geopolítico de impedir que los centros del poder de Europa y Asia cayeran bajo el yugo de un país hostil, cualquiera que fuese la justificación dada en su nombre.

Los creadores de la Alianza del Atlántico se habrían mostrado incrédulos si se les hubiese dicho que la victoria en la Guerra Fría causaría dudas acerca del futuro de su alianza. Dieron por sentado que el premio por la victoria en la Guerra Fría era una asociación atlántica perdurable. En nombre de esa meta se entablaron, y se ganaron, algunas de las batallas políticas decisivas de la Guerra Fría. Entretanto, los Estados Unidos quedaron atados a Europa por instituciones consultivas permanentes y por un sistema de mando militar integrado: una estructura de alcance y duración únicos en la historia de las coaliciones.

Lo que llegó a llamarse Comunidad Atlántica, un término nostálgico, casi en desuso después de la Guerra Fría, ha estado llevando el compás desde la caída del comunismo. Ahora, está de moda restar importancia a la relación con Europa. A pesar del énfasis en la propagación de la democracia, los Estados Unidos parecen estar prestando hoy menos atención a ciertas sociedades que tienen instituciones similares y con las cuales comparten actitudes comunes ante los derechos humanos y otros valores básicos, que a otras regiones del mundo. Los fundadores de los lazos de unión con el Atlántico, es decir, Truman, Acheson, Marshall y Eisenhower, compartieron casi todas las reservas norteamericanas ante el estilo de diplomacia europeo. Pero comprendieron que, sin los lazos de unión atlánticos, los Estados Unidos se encontrarían en un mundo de naciones con las cuales, salvo en el continente americano, tenían pocas relaciones morales o tradiciones comunes. En estas circunstancias, los Estados Unidos se verían obligados a llevar un *Realpolitik* pura, que en esencia es incompatible con la tradición norteamericana.

Una causa parcial del declive de la que antes fue la política norteamericana más vital es que la OTAN ha llegado a ser parte de un panorama que intrínsecamente parece no necesitar mayor cuidado, y, lo que tal vez sea de mayor importancia, la generación de dirigentes norteamericanos que ha llegado a la hegemonía en los últimos quince años ha procedido básicamente del Sur y del Oeste, donde existen menos relaciones emotivas y personales con Europa que en el viejo *establishment* del Noreste. Además, los liberales norteamericanos, abanderados del wilsonismo, a menudo se han sentido abandonados por unos aliados democráticos que practicaban una política de interés nacional y no de seguridad colectiva y confianza en el derecho internacional; citan Bosnia y Oriente Medio como ejemplos de la incapacidad de ponerse de acuerdo, a pesar de tener valores comunes. Al mismo tiempo, el ala aislacionista del conservadurismo norteamericano, es decir, la otra forma de excepcionalismo, se ha visto tentada a dar la espalda a lo que desprecia como relativismo maquiavélico y egoísmo de Europa.

Los desacuerdos con Europa tienen el carácter exasperante de las riñas de familia. Sin embargo, en casi todo asunto clave ha habido mucha más cooperación de Europa que de ninguna otra zona. Con toda justicia, debe recordarse que en Bosnia había tropas francesas e inglesas y no norteamericanas, aunque la retórica pública haya creado la impresión opuesta. En la guerra del Golfo, los contingentes no norteamericanos más importantes fueron, una vez más, ingleses y franceses. Dos veces en una generación, valores e intereses compartidos llevaron tropas norteamericanas a Europa. En el mundo posterior a la Guerra Fría, Europa acaso no se uniría a una nueva política atlántica, pero los Estados Unidos se deben a sí mismos la obligación de no abandonar a la hora del triunfo la política que han practicado durante tres generaciones. La tarea que aguarda a la Alianza consiste en adaptar las dos

instituciones básicas que forman la relación atlántica, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea, a las realidades del mundo posterior a la Guerra Fría.

La OTAN sigue siendo el principal nexo institucional entre los Estados Unidos y Europa. Cuando se formó, había tropas soviéticas ante el Elba, en una Alemania dividida. Las fuerzas armadas soviéticas, en general consideradas capaces de imponerse en Europa Occidental con sus armas convencionales, pronto adquirieron también una capacidad nuclear creciente. Durante toda la Guerra Fría, la seguridad de Europa occidental dependió de los Estados Unidos, y las instituciones de la OTAN posteriores a la Guerra Fría aún reflejan este estado de cosas. Los Estados Unidos controlan el mando integrado, que tiene a la cabeza a un general norteamericano, y se han opuesto a los intentos de Francia por crear una distinta identidad europea para la defensa.

El movimiento por la integración europea tuvo su origen en dos proposiciones: que, a menos que Europa aprendiera a hablar al unísono, gradualmente iría cayendo en la insignificancia, y que no había que colocar a una Alemania dividida en una posición en que se viera tentada a guiarse entre los dos bloques y a enfrentar a los dos bandos de la Guerra Fría uno contra otro. En el momento en que se escriben estas líneas la Unión Europea, compuesta originalmente por seis naciones, ha aumentado hasta doce y está en proceso de ampliación para incluir Escandinavia, Austria y, a la postre, alguno de los antiguos satélites soviéticos.

Las premisas en que se fundaron ambas instituciones han sido alteradas por el desplome de la Unión Soviética y por la unificación de Alemania. El ejército soviético ya no existe, y el ejército ruso se encuentra a cientos de kilómetros al este. En el futuro inmediato, las revueltas internas de Rusia hacen improbable todo ataque contra Europa occidental. Al mismo tiempo, las tendencias rusas a restablecer el antiguo imperio han hecho despertar temores ya históricos al expansionismo ruso, sobre todo en sus anteriores Estados satélite de Europa del Este. Ningún líder entre los vecinos inmediatos de Rusia comparte la fe norteamericana en la conversión de los rusos como clave de la seguridad de su país. Todos ellos prefieren al presidente Boris Yeltsin que a sus adversarios, pero sólo como la menor de dos amenazas potenciales, no como una figura que pueda disipar su inseguridad tradicional.

La reaparición de una Alemania unificada viene a aumentar estos temores. Los países situados entre los dos gigantes continentales que a lo largo de la historia han desmembrado a sus vecinos y entablado batallas en su territorio temen a un naciente vacío de seguridad; de ahí su intenso deseo de protección norteamericana, como queda expresado en su participación en la OTAN.

Si la OTAN necesita adaptarse a la caída de la potencia soviética, la Unión Europea se enfrenta a la nueva realidad de una Alemania reunificada, que amenaza al pacto tácito que había estado en el meollo mismo de la integración europea, es decir, la aceptación, por parte de la República Federal, del liderazgo político francés en la Comunidad Europea a cambio de llevar la voz cantante en cuestiones económicas. De este modo, la República Federal se vio atada al Oeste a través del liderazgo norteamericano en cuestiones estratégicas dentro de la OTAN y por el liderazgo francés en cuestiones políticas dentro de la Unión Europea.

En los años venideros todas las relaciones atlánticas tradicionales se modificarán. Europa ya no sentirá la misma necesidad de protección norteamericana e intentará con mucho mayor dinamismo favorecer su interés económico. Los Estados Unidos no querrán sacrificar tanto en aras de la seguridad europea y se verán tentados por el aislacionismo en sus diferentes vertientes; a su debido tiempo, Alemania insistirá en la influencia política a la que le da derecho su poderío militar y económico y ya no dependerá tanto, emocionalmente, del apoyo militar norteamericano y del apoyo político francés.

Estas corrientes no se manifestarán plenamente mientras siga en su cargo Helmut Kohl, heredero de la tradición de Adenauer (véase el capítulo veinte). Sin embargo, Kohl es el último de ese tipo de dirigentes. La nueva generación no tiene recuerdos personales de la guerra ni del papel de los Estados Unidos en la rehabilitación de la devastada Alemania de posguerra. No tiene ninguna razón emocional para inclinarse ante instituciones supranacionales ni para subordinar sus opiniones a los Estados Unidos o a Francia.

El gran logro de la generación de dirigentes norteamericanos y europeos de posguerra fue su reconocimiento de que, a menos que los Estados Unidos participaran orgánicamente en Europa, se verían obligados a intervenir más tarde en circunstancias mucho menos favorables en ambos lados del Atlántico. Eso es aún más cierto en la actualidad. Alemania se ha vuelto tan fuerte que las instituciones europeas existentes no pueden, por sí solas, establecer un equilibrio entre ésta y sus socios europeos. Ni Europa tampoco puede, aun con Alemania, lograr por sí sola el resurgimiento o la desintegración de Rusia: los dos resultados más amenazadores de los trastornos postsoviéticos.

No favorecerá a ningún país que Alemania y Rusia se obsesionen, una por otra, como principal asociada o como principal adversaria. Si llegan a acercarse demasiado, harán surgir temores de un dominio conjunto; si riñen, arrastrarán a Europa a unas crisis cada vez más intensas. Los Estados Unidos y Europa tienen un interés común en evitar unas desenfrenadas políticas nacionalistas alemanas y rusas que compitan por el centro del continente. Gran Bretaña y Francia, sin los Estados Unidos, no pueden mantener el equilibrio político en Europa occidental; Alemania se verá tentada por el nacionalismo; Rusia carecerá de un interlocutor global. Sin Europa, los Estados Unidos se convertirán, psicológica, geográfica y geopolíticamente, en una isla frente a las costas de Eurasia.

El orden posterior a la Guerra Fría pone a la OTAN ante tres grupos de problemas: relaciones internas dentro de la tradicional estructura de las alianzas; relaciones de las naciones de la OTAN con los antiguos Estados satélites de la Unión Soviética en Europa del Este y, por último, relación de los Estados sucesores de la Unión Soviética, especialmente de la Federación Rusa, con las naciones del Atlántico Norte y del este de Europa.

El ajuste de las relaciones internas dentro de la Alianza del Atlántico Norte ha estado dominado por el continuo forcejeo entre las opiniones norteamericanas y francesas sobre las relaciones atlánticas. Los Estados Unidos han dominado la OTAN bajo el estandarte de la integración. Francia, en nombre de la independencia de Europa, ha dado forma a la Unión Europea. El resultado de su desacuerdo es que el papel norteamericano es demasiado predominante en la esfera militar para promover una identidad política europea, mientras que Francia insiste demasiado en la autonomía política europea para favorecer la cohesión de la OTAN.

En el aspecto intelectual, la disputa revive el conflicto entre los conceptos de Richelieu y las ideas de Wilson, entre la política exterior como equilibrio de intereses y la diplomacia como afirmación de una armonía subyacente. Para los Estados Unidos, el mando integrado de la OTAN ha sido la expresión de la unidad aliada; para Francia, ha sido como una bandera roja. A los gobernantes norteamericanos se les hace difícil comprender por qué un país insiste en el derecho de actuar independientemente si no desea conservar la opción de dejar en la estacada a su adversario. Francia ha creído ver un oculto intento de dominación en la incomodidad de los Estados Unidos ante la independencia militar europea.

De hecho, cada uno de los asociados se ha dejado guiar por un concepto de las relaciones internacionales basado en su historia. Francia es la heredera del estilo europeo de diplomacia, que en realidad se originó hace más de trescientos años. Mientras que Gran Bretaña ha tenido que

abandonar su papel de guardián del equilibrio del poder, Francia, para bien o para mal, continúa defendiendo la política de la *raison d'état* y el preciso cálculo de intereses, y no la búsqueda de una armonía abstracta. Con la misma congruencia, aunque durante menos tiempo, los Estados Unidos han practicado el wilsonismo. Convencidos de la existencia de una armonía subyacente, han insistido en que, siendo los objetivos europeos y norteamericanos idénticos, la autonomía europea era innecesaria o peligrosa.

Los dos grandes desafíos europeos del período contemporáneo, la integración en Occidente de una Alemania unificada y la relación de la Alianza del Atlántico con la nueva Rusia, no pueden resolverse mediante una aplicación literal del arte de gobernar, sea el de Richelieu o el de Wilson. El enfoque de Richelieu fomenta el nacionalismo de los países europeos y provocaría una Europa fragmentada. El wilsonismo más puro debilitaría el sentido de identidad europeo. El intento de formar instituciones europeas basadas en la oposición a los Estados Unidos terminará arruinando tanto la unidad europea como la cohesión atlántica. Por otra parte, los Estados Unidos no tienen que temer a una intensificada identidad europea dentro de la OTAN porque resulta difícil imaginar una acción militar europea autónoma en cualquier escala y en cualquier zona sin el apoyo político y logístico norteamericano. Al final, no es el mando integrado el que genera la unidad, sino el sentido de unos intereses políticos y de seguridad comunes.

La controversia entre los Estados Unidos y Francia, entre los ideales de Wilson y los de Richelieu, ha sido arrollada por los acontecimientos. Tanto la Alianza del Atlántico como la Unión Europea son bloques indispensables para la construcción de un nuevo y estable orden mundial. La OTAN es la mejor protección contra el chantaje militar, venga de donde venga. La Unión Europea es un mecanismo esencial para la estabilidad de Europa central y oriental. Se necesitan ambas instituciones para conectar los antiguos satélites y Estados sucesores de la Unión Soviética con un orden internacional pacífico.

El futuro de Europa del Este y de los Estados sucesores de la Unión Soviética no constituye el mismo problema. Europa del Este estuvo ocupada por el Ejército Rojo. En lo cultural y lo político se ha identificado con las tradiciones de Europa occidental. Esto puede decirse especialmente de los países del Visegrad de Polonia, la República Checa, Hungría y Eslovaquia. Sin relación con las instituciones de Europa occidental y del Atlántico se convertirían en una tierra de nadie entre Alemania y Rusia. Para que esos nexos tengan significado, los países del Visegrad tendrán que pertenecer a la Unión Europea y, a la vez, a la Alianza del Atlántico. Para ser económica y políticamente viables, necesitan de la Unión Europea; y para su seguridad, han de volverse hacia la Alianza del Atlántico. De hecho, pertenecer a una de estas instituciones implica pertenecer a la otra. Como la mayoría de los miembros de la Unión Europea también lo son de la OTAN, y como es inconcebible que pasen por alto los ataques a uno de sus miembros después que la integración europea haya alcanzado cierto nivel, pertenecer a la Unión Europea conducirá, por una razón u otra, al menos a una extensión *de facto* de la garantía de la OTAN.

Hasta hoy se ha evitado ese problema, porque se ha impedido la participación de Europa del Este en ambas instituciones. Sin embargo, el razonamiento en que se basan las dos exclusiones ha sido tan diferente como el de las tradiciones políticas europea y norteamericana. Europa ha fundamentado su posición de ampliar hacia el este la Unión Europea en la *Realpolitik*: ha aceptado el principio y ha ofrecido una participación secundaria, dependiendo de la reforma de las economías de Europa oriental (y, en el proceso, protegerá durante un tiempo de esta competencia a las economías de Europa occidental). Esto haría que la pertenencia última fuese una cuestión técnica que debiera confiarse al transcurso del tiempo.

La objeción de los norteamericanos a la participación de los países del Visegrad en la OTAN se debe a cuestiones de principio. Se remontan a la objeción histórica de Wilson contra las alianzas porque se basaban en la expectativa de un enfrentamiento. El presidente Clinton aprovechó la ocasión de una cumbre de la OTAN, en enero de 1994, para ofrecer otra visión. Para explicar por qué los Estados Unidos no favorecían la admisión de Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia en la OTAN, arguyó que la Alianza del Atlántico no podía permitirse «trazar una línea nueva entre Este y Oeste, que fuera como una profecía de futura confrontación [...]. Digo a todos los que en Europa y en los Estados Unidos quisieran que simplemente trazáramos una línea en Europa más al este, que no anulemos la posibilidad del mejor futuro posible para Europa, que es la extensión de la democracia, una economía de mercado y personas que cooperen libremente para su seguridad mutua»¹⁰⁶⁰.

Con este espíritu, el presidente Clinton presentó un programa al que llamó Sociedad para la Paz. Invita a todos los Estados sucesores de la Unión Soviética y a todos los anteriores satélites de Moscú en Europa o del Este a unirse en lo que equivale a un indefinido sistema de seguridad colectiva. Esta mezcla de wilsonismo y de la crítica de Wallace a la contención (descrita en el capítulo dieciséis), aplica los principios de la seguridad colectiva. Equipara a las víctimas del imperialismo soviético y ruso con sus perpetradores, otorga la misma categoría a las repúblicas de Asia central en las fronteras de Afganistán que a Polonia, víctima de cuatro repartos en que Rusia ha participado. La Sociedad para la Paz no es un camino hacia la OTAN, como a menudo se ha afirmado erróneamente, sino una alternativa a ella, así como el Pacto de Locarno (véase el capítulo once) fue una alternativa a la alianza británica buscada por Francia durante los años veinte.

Sin embargo, el Pacto de Locarno demostró que no existe un terreno intermedio entre una alianza basada en el propósito común y una institución multilateral que no esté fundamentada en una percepción común de la amenaza, sino en que se satisfagan unas condiciones específicas de gobierno doméstico. La Sociedad para la Paz corre el riesgo de crear dos conjuntos de fronteras en Europa, las que estarán protegidas por garantías de seguridad y otras a las que se habrán negado tales garantías: una situación que tiene que resultar tentadora para agresores potenciales, y desmoralizadora para las víctimas potenciales. Habrá que tener cuidado para que, por evitar la confrontación, no surja una estratégica y conceptual tierra de nadie en el este y en el centro de Europa, lo que ha constituido la sempiterna causa de tantos conflictos europeos.

Resultará imposible resolver a la vez los problemas gemelos de la seguridad en Europa oriental y de integrar a Rusia en la comunidad internacional. Si la Sociedad para la Paz se convierte en un apéndice de la OTAN, bien podría socavar la Alianza del Atlántico, desviándola hacia unas actividades no relacionadas con ninguna misión realista de seguridad; podría intensificar la sensación de inseguridad en Europa oriental y sin embargo, siendo tan ambigua, no lograría aplacar a Rusia. En realidad, la Sociedad para la Paz se arriesga a ser considerada impropia, si no peligrosa, por las potenciales víctimas de una agresión, mientras será vista en Asia como un club étnico dirigido principalmente contra China y Japón.

Al mismo tiempo, es importante relacionar a Rusia con las naciones del Atlántico. Existe un lugar para una institución que se llame Sociedad para la Paz siempre que trate de misiones que todos sus miembros interpreten básicamente del mismo modo. Esas tareas comunes existen en la esfera del desarrollo económico, la educación y la cultura. La Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) podría tener unas nuevas funciones con estos propósitos, y entonces sería rebautizada como Sociedad para la Paz.

En semejante plan, la Alianza del Atlántico establecería un marco político común y ofrecería

una seguridad general; la Unión Europea aceleraría la participación de los antiguos Estados satélite de Europa del Este, y el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN) y la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa, tal vez rebautizada como Sociedad para la Paz, pondrían en contacto a las repúblicas de la antigua Unión Soviética, en especial la Federación Rusa, con la estructura del Atlántico. Podría extenderse una pantalla de seguridad sobre las nuevas democracias del este de Europa. Si Rusia se mantuviera dentro de sus fronteras, el enfoque de la seguridad se desviaría, con el tiempo, hacia la Sociedad. Los proyectos políticos y económicos comunes dominarían, cada vez más, la relación entre el Este y el Oeste.

El futuro de la configuración atlántica no reside en las relaciones entre el Este y el Oeste, sino en su papel decisivo al ayudar a los Estados Unidos a enfrentarse a la previsible evolución del siglo XXI. Cuando escribo estas líneas, es imposible saber cuál de las nuevas fuerzas concebibles será la predominante o la más amenazadora, o en qué combinación: si será Rusia, China o el Islam fundamentalista. Pero la capacidad de los Estados Unidos para hacer frente a cualquiera de estas evoluciones aumentará gracias a la cooperación de las naciones del Atlántico Norte. De esta manera, las cuestiones que solían llamarse de «fuera del área» se erigirán en el núcleo de la relación de la OTAN que deberá ser reorganizada con ese propósito.

Ha habido un brote de interés norteamericano por Asia, simbolizado por la propuesta de una Comunidad Pacífica realizada por Clinton en su reunión con los jefes de gobierno asiáticos en 1993. Pero el término «comunidad» sólo puede aplicarse al Asia en el sentido más limitado, pues las relaciones en el Pacífico son fundamentalmente distintas de las del área del Atlántico. Mientras que las naciones de Europa están agrupadas en instituciones comunes, las naciones de Asia se consideran distintas y en competencia. Las relaciones mutuas de las principales naciones asiáticas muestran casi todos los atributos del sistema europeo decimonónico del equilibrio del poder. Todo considerable aumento de fuerzas de una de ellas casi ciertamente provocará maniobras compensadoras de las demás.

La carta decisiva es la actitud de los Estados Unidos, que tienen la capacidad, aunque no necesariamente la filosofía, de actuar de modo muy similar a como lo hizo Gran Bretaña para mantener el equilibrio europeo del poder hasta las dos guerras mundiales del siglo XX. La estabilidad de la región del Pacífico de Asia, en la que se basa su tan cacareada prosperidad, no es una ley de la naturaleza, sino la consecuencia de un equilibrio que necesitará ser más deliberadamente vigilado en el mundo posterior a la Guerra Fría.

El wilsonismo tiene pocos discípulos en Asia. No existe interés por la seguridad colectiva y nadie afirma que la cooperación debe basarse en unos valores internos compartidos, ni siquiera por parte de las pocas democracias existentes. Se insiste en el equilibrio y en el interés nacional. Los gastos militares ya están aumentando en todos los principales países asiáticos. China va en camino de convertirse en una superpotencia. Con una tasa de desarrollo del 8 %, menor de la que mantuvo durante los años ochenta, el Producto Nacional Bruto de China se acercará al de los Estados Unidos a fines de la segunda década del siglo XXI. Mucho antes la sombra política y militar de China caerá sobre toda Asia y afectará los cálculos de las otras potencias, por muy moderada que pueda ser la política china. Es probable que las otras naciones asiáticas busquen contrapesos frente a una China cada vez más poderosa, como ya lo han hecho frente a Japón. Aunque lo nieguen, las naciones del sureste de Asia están incluyendo al tan temido Vietnam en la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN), en gran parte para contrarrestar a China y Japón. También por ello la ASEAN está pidiendo a los Estados Unidos que permanezcan en su región.

El papel de Japón inevitablemente se adaptará a esas modificadas circunstancias aunque, fieles

a su estilo nacional, los gobernantes japoneses harán el ajuste mediante la acumulación de matices aparentemente imperceptibles. Durante la Guerra Fría, Japón abandonó su histórica autodependencia y aprovechó la protección de los Estados Unidos. Este implacable competidor económico pagó la libertad de maniobrar en lo económico subordinando su política exterior y de seguridad a la de Washington. Mientras la Unión Soviética pareció la principal amenaza a la seguridad de ambos países, fue sensato considerar idénticos los intereses nacionales de los Estados Unidos y del Japón.

No es probable que continúe esa pauta. Mientras Corea y China aumentan su fuerza militar, y siga estando en Siberia la parte menos deteriorada del poderío militar soviético, los japoneses, que hacen planes a largo plazo, no darán por sentada, indefinidamente, la absoluta identidad de los intereses norteamericanos con los japoneses. Cuando cada nuevo gobierno norteamericano comienza proclamando una reevaluación de las políticas existentes (o al menos a entender que están sujetas a cambio), y cuando la confrontación por asuntos económicos se vuelve la regla y no la excepción, es difícil sostener que los intereses en cuanto a política exterior norteamericanos y japoneses nunca podrán separarse. Sea como fuere, la perspectiva de Japón con respecto al continente asiático difiere de la de los Estados Unidos debido a su proximidad geográfica y a su experiencia histórica. Por consiguiente, el presupuesto de la defensa japonés ha estado creciendo paulatinamente hasta llegar a ser el tercero en el mundo y, dados los problemas internos en Rusia, tal vez sea el segundo en efectividad.

Cuando, en 1992, se preguntó al entonces primer ministro de Japón, Kiichi Miyazawa, si toleraría que Corea del Norte tuviese capacidad nuclear, respondió de forma directa y muy poco japonesa con una sola palabra: «No.» ¿Significó esto que Japón crearía su propia capacidad nuclear? ¿O que trataría de suprimir la de Corea del Norte? El simple hecho de que puedan hacerse estas preguntas indica la posibilidad de que Japón se libere, hasta cierto punto, de las anclas de la seguridad y la política exterior norteamericanas.

El que puedan hacerse análisis todavía más sutiles con respecto a las otras grandes potencias muestra cuán cambiante y tal vez precario podría volverse el equilibrio en Asia. En la medida en que los Estados Unidos intenten mantener el equilibrio de Asia, no podrán aguardar hasta que ese equilibrio se vea en peligro. Su política debe ser bastante flexible para poder influir sobre todos los foros asiáticos. Hasta cierto punto, esto ya está ocurriendo. Se han otorgado un papel auxiliar en la ASEAN (para el sureste de Asia) y una importante participación en la Cooperación Económica del Asia del Pacífico (APEC).

Pero también se han evidenciado los límites de la influencia norteamericana sobre instituciones tan multilaterales. La propuesta de Clinton de una Comunidad Pacífica más institucionalizada, según el modelo europeo, fue recibida con cortés frialdad, en gran parte porque las naciones de Asia no se consideran una comunidad. No desean un marco institucional que pueda dar a las posibles superpotencias asiáticas, o a los Estados Unidos, una voz importante en sus asuntos. Las naciones de Asia están abiertas a los intercambios de ideas con los Estados Unidos; también desean que éstos se mantengan lo bastante interesados para que, en caso de urgencia, puedan ayudar a rechazar las amenazas a su independencia. Pero desconfían demasiado de los vecinos poderosos y hasta cierto punto de los Estados Unidos para favorecer unas instituciones formales en toda la zona del Pacífico.

Por consiguiente, la capacidad de los Estados Unidos para forjar los acontecimientos dependerá, en última instancia, de sus relaciones bilaterales con los principales países de Asia. Por ello adquieren tan crítica importancia las medidas políticas norteamericanas hacia Japón y China (que en el preciso instante en que esto se escribe se hallan inmersos en grandes controversias). Por una parte, el papel de los Estados Unidos es la clave para ayudar a Japón y a China a coexistir pese a

su desconfianza mutua. En el futuro inmediato, Japón, ante una población que va envejeciendo y una economía estancada, puede decidirse a intensificar su superioridad tecnológica y estratégica, antes de que China surja como una superpotencia y Rusia recupere su fuerza. Más adelante, podrá recurrir al gran «nivelador»: la tecnología nuclear.

Respecto a una u otra contingencia, unas estrechas relaciones entre Japón y los Estados Unidos serán una contribución vital a la moderación japonesa, y una garantía significativa para las otras naciones de Asia. La fuerza militar japonesa junto con la de los Estados Unidos preocupa menos a China y a las demás naciones de Asia que las capacidades militares puramente nacionales japonesas. Japón sabe que necesita menos fuerza militar mientras exista la red de seguridad norteamericana, aunque fuera menos completa que antes. De todos modos, será necesaria una considerable presencia militar norteamericana en el noreste de Asia (Japón y Corea). A falta de ella, el compromiso norteamericano de desempeñar un papel permanente en Asia perderá credibilidad, y Japón y China se verán cada vez más tentados a seguir unos cursos de acción nacionales que, a la postre, bien podrían ir dirigidos uno contra otro y contra los Estados que hacen de «amortiguadores» entre ellos.

La revitalización y clarificación de las relaciones norteamericano-japonesas sobre la base de unos intereses geopolíticos paralelos es una tarea que se enfrentará a grandes obstáculos. Los desacuerdos económicos ya son familiares; los obstáculos culturales pueden resultar aún más insidiosos. Éstos se hacen evidentes, de manera dolorosa, y a veces enloquecedora, sobre todo en los diferentes enfoques nacionales de la toma de decisiones. Los Estados Unidos deciden sobre la base del *status*; alguien con autoridad, por lo general el presidente, en ocasiones el secretario de Estado, selecciona su camino a seguir entre las opciones disponibles, más o menos según la fuerza de su posición. Japón opera por consenso. Nadie, ni siquiera el primer ministro, tiene autoridad para tomar una decisión. Todo el que deba aplicar la decisión participa en la formación del consenso, que no se considera completo hasta ser unánime.

Todo esto prácticamente asegura que, en las reuniones entre un presidente norteamericano y un primer ministro japonés, las diferencias sustantivas se complicarán por malos entendidos. Cuando el presidente norteamericano expresa su acuerdo ya está prefigurando una acción; cuando el primer ministro japonés asiente, está mostrando una actitud que no implica que esté de acuerdo con la posición norteamericana, sino que la ha comprendido y la presentará a su grupo de consenso. Supuestamente, se da por sentado que su autoridad no llega más allá. Para que las negociaciones sobre el futuro de Asia den frutos, los Estados Unidos necesitarán mayor paciencia, y Japón deberá colocarse en una posición en que pueda discutir con sentido sobre las medidas políticas a largo plazo de las que, en último término, depende la cooperación futura.

Resulta curioso que la firmeza de las relaciones norteamericano-japonesas sea el lado inverso de la relación chino-norteamericana.

Pese a una considerable afinidad con la cultura china, Japón se ha visto desgarrado entre la admiración y el temor, entre el deseo de amistad y el afán de dominio. Las tensiones chino-norteamericanas tientan a Japón a dissociarse de los Estados Unidos para, si no aumentar su influencia en China, al menos no disminuirla siguiendo demasiado de cerca la posición norteamericana. Al mismo tiempo, un enfoque nacional puramente japonés corre el riesgo de ser interpretado en Beijing como expresión del afán japonés de dominio. Por consiguiente, unas buenas relaciones norteamericanas con China serán el requisito indispensable para mantener unas buenas relaciones a largo plazo con Japón, así como para conseguir unas buenas relaciones chino-japonesas. Una de las partes sólo podría abandonar este triángulo con gran riesgo. También es una ambigüedad con la que los Estados Unidos no se sienten totalmente a sus anchas, pues va en contra de la tendencia

norteamericana de catalogar claramente a las naciones como amigas o enemigas.

De todas las grandes potencias, y de las potencialmente grandes, China es la que va en ascenso. Los Estados Unidos ya son la más poderosa, Europa debe esforzarse por lograr una mayor unidad, Rusia es un gigante que se tambalea y Japón es rico pero, hasta hoy, tímido. En cambio, China, con unas tasas de desarrollo económico que se aproximan al 10 % anual, un fuerte sentido de la cohesión nacional y unos ejércitos cada vez más poderosos, mostrará el mayor aumento de estatura entre las grandes potencias. En 1943, Roosevelt había visto a China como uno de los «Cuatro Policías», pero poco después el país se hundió en el torbellino de la guerra civil. La China maoísta que de allí surgió se mostró decidida a ser una gran potencia independiente, pero fue frustrada por sus barreras ideológicas. Tras haber dejado atrás las convulsiones ideológicas, los dirigentes reformistas de China han buscado el interés nacional de su patria con hábil tenacidad. Una política de enfrentamiento con China haría que los Estados Unidos pudiesen quedar aislados en Asia. Ningún país asiático querría, o podría permitirse, apoyar a los Estados Unidos en un conflicto político con China, pues lo consideraría el resultado de una errónea política norteamericana. En tales circunstancias, la gran mayoría de las naciones asiáticas se disociaría en mayor o menor grado de los Estados Unidos, por mucho que, en su fuero interno, les desagradara hacerlo, pues casi cada país cuenta con los Estados Unidos cuando piensa en crear un marco estable a largo plazo que integre a China y a Japón: opción imposible para ambos países por culpa de la hipotética confrontación chino-norteamericana.

China, al ser la nación con más larga historia de política exterior independiente y cuya tradición basa su política exterior en el interés nacional, ha saludado la participación norteamericana en Asia como un contrapeso a sus temidos vecinos, Japón y Rusia, y, en menor grado, la India. Sin embargo, una política norteamericana que busque la amistad con Beijing y simultáneamente con países que China considera amenazas potenciales a su seguridad, lo cual constituiría la actitud norteamericana correcta, requerirá un diálogo cuidadoso y continuado entre Washington y Beijing.

Durante cuatro años, después de los hechos de la plaza de Tiananmen de 1989, este diálogo no fue posible por la negativa norteamericana a establecer contactos de alto nivel; una medida que nunca fue empleada contra la Unión Soviética, ni aun en el clímax de la Guerra Fría. De este modo, los derechos humanos pasaron a ser el aspecto central de la relación chino-norteamericana.

Sabiamente, el gobierno de Clinton restauró los contactos de alto nivel; en adelante, el futuro de las relaciones chino-norteamericanas dependerá esencialmente de la sustancia de este intercambio de ideas. Resulta evidente que los Estados Unidos no pueden abandonar su tradicional preocupación por los derechos humanos y los valores democráticos. El problema no es la defensa norteamericana de estos valores, sino el grado en que todos los aspectos de las relaciones chino-norteamericanas queden condicionados a ellos. A China le parece una actitud altiva la implicación de que las relaciones chino-norteamericanas no se basan en intereses recíprocos, sino en favores norteamericanos, que se pueden continuar o interrumpir a discreción de Washington. Esa actitud hace que los Estados Unidos parezcan indignos de confianza y entrometidos; y no ser digno de confianza es el mayor fallo a ojos de los chinos.

A China, país que a lo largo de la historia ha sido dominante en su región, y en realidad en todo el mundo que conocía, cualquier intento de guiar sus instituciones y sus prácticas internas le causaría un profundo resentimiento. Esta sensibilidad general se intensifica por la forma en que los chinos ven la intervención de Occidente en su historia. Desde que las guerras del opio de comienzos del siglo XIX forzaron la apertura del país al exterior, los chinos ven a Occidente como culpable de una interminable serie de humillaciones. La igualdad de condiciones y una orgullosa insistencia en no

inclinarse ante prescripciones extranjeras no son para los dirigentes chinos una táctica, sino un imperativo moral.

Lo que China busca en los Estados Unidos es una relación estratégica para contrarrestar a unos vecinos que considera poderosos y voraces. Para alcanzar este nivel de coordinación en su política exterior, China acaso esté dispuesta a hacer algunas concesiones a los derechos humanos, siempre que se le presenten como actitudes adoptadas por su propia voluntad. Pero la insistencia norteamericana en prescribir condiciones en público les parece a los chinos un intento de convertir su sociedad a los valores norteamericanos, y por tanto, una humillación, además de una falta de seriedad norteamericana, pues parece indicar que los Estados Unidos no tienen un interés nacional en el equilibrio asiático como tal. Pero si China no puede contar con los Estados Unidos para ese propósito, no tendrá ningún interés en hacerles concesiones. La clave para establecer unas buenas relaciones chino-norteamericanas, paradójicamente, incluso en materia de derechos humanos, será una cooperación tácita en una estrategia global, y especialmente en una estrategia asiática.

Los Estados Unidos comparten con Europa toda una comunidad de valores, pero hasta ahora no han podido inventar una política común o unas instituciones adecuadas para el período posterior a la Guerra Fría; con respecto a Asia, es posible que los Estados Unidos definan una estrategia general deseable, pero no una comunidad de valores. Sin embargo, de manera muy inesperada, en el continente americano está surgiendo una confluencia de metas morales y geopolíticas, de wilsonismo y de *Realpolitik*.

La temprana política exterior de los Estados Unidos en el continente americano fue, esencialmente, intervencionista a gran escala. La política de buena vecindad, anunciada en 1933 por Franklin Roosevelt, constituyó el giro hacia la cooperación. El Tratado de Río de 1947 y el Pacto de Bogotá de 1948 aportaron un componente de seguridad que quedó institucionalizado en la Organización de los Estados Americanos. La Alianza para el Progreso de 1961, del presidente Kennedy, introdujo la ayuda exterior y la cooperación económica, aunque esta política a largo plazo fue condenada por la orientación estadista de quienes recibían la ayuda.

Durante la Guerra Fría casi todas las naciones latinoamericanas tuvieron gobiernos autoritarios, muchos de ellos militares, que impusieron el control estatal a sus economías. Desde mediados de los años ochenta, América Latina se ha liberado de su parálisis económica y ha empezado a avanzar con notable unanimidad hacia la democracia y la economía de mercado. Brasil, Argentina y Chile abandonaron sus dictaduras militares en favor de gobiernos democráticos; América Central puso fin a sus guerras civiles; América Latina, que había caído en la bancarrota por hipotecarse imprudentemente, se sometió en cambio a una disciplina financiera. Casi en todos los países, las economías dominadas por el Estado fueron abriéndose progresivamente a las fuerzas del mercado.

La Iniciativa de Empresa para las Américas, anunciada por Bush en 1990, y la batalla por un Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México y Canadá, firmado por Clinton en 1993, representan la política norteamericana más innovadora hacia América Latina de toda la historia. Tras una serie de altibajos, el continente americano parece próximo a convertirse en elemento clave de un nuevo y más humano orden global. Un grupo de naciones democráticas se ha comprometido a establecer unos gobiernos populares, la economía de mercado y el libre comercio por todo el hemisferio. La única dictadura marxista que subsiste en el continente es la de Cuba. En el resto del hemisferio, los métodos nacionalistas y proteccionistas de la administración económica están siendo reemplazados por unas economías libres que reciben inversiones extranjeras y apoyan unos sistemas abiertos de comercio internacional. Al subrayar las obligaciones recíprocas y la acción común, el último y espectacular objetivo es la creación de una zona de libre comercio que se

extienda desde Alaska al Cabo de Hornos: concepto que hasta hace poco se habría considerado irremediabilmente utópico.

Un sistema de libre comercio para todo el continente, con el Tratado de Libre Comercio (TLC) como paso inicial, daría a toda América un papel importante, ocurriera lo que ocurriese. Si en realidad prevalecen los principios de la Ronda de Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) negociada en 1993, el continente americano será un vital partícipe en el desarrollo económico global. Si llegan a predominar acuerdos regionales discriminatorios, el continente americano, con su vasto mercado, podrá competir eficazmente con otros bloques regionales de comercio; de hecho, el TLC es el medio más eficaz para evitar esta pugna, o para prevalecer en ella si llegara a ocurrir. Al ofrecer la condición de miembros asociados a naciones que se encuentren fuera del continente americano y que estén dispuestas a observar sus principios, un ampliado TLC podría crear incentivos para atenerse al libre comercio, y castigar a las naciones que insistieran en aplicar unas reglas más restrictivas. En un mundo en que los Estados Unidos a menudo tienen que lograr un equilibrio entre sus valores y sus necesidades, han descubierto que sus ideales y sus objetivos geopolíticos se funden notablemente en el continente americano, donde se originaron sus aspiraciones y donde se aplicaron sus primeras grandes iniciativas de política exterior.

Los Estados Unidos, al lanzarse por tercera vez en este siglo a crear un nuevo orden mundial, tienen encomendada como principal tarea lograr un equilibrio entre las dos tentaciones inherentes a su excepcionalismo: la idea de que deben remediar cualquier mal y curar toda dislocación, y el instinto latente que los impulsa a replegarse en sí mismos. Una participación indiscriminada en todos los conflictos étnicos y guerras civiles del mundo posterior a la Guerra Fría agotaría a los Estados Unidos si se lanzaran a esta tarea como cruzados. Sin embargo, si se limitaran a refinar las virtudes de su propio país acabarían por abdicar de la seguridad y la prosperidad de su nación en favor de otras sociedades situadas en lugares lejanos, y sobre las cuales los Estados Unidos irían perdiendo progresivamente todo control decisivo.

Cuando, en 1821, John Quincy Adams advirtió a los norteamericanos contra su propensión de salir a matar «monstruos distantes», no pudo haber imaginado la cantidad y magnitud de monstruos que existirían en el mundo posterior a la Guerra Fría. No todo mal puede ser combatido por los Estados Unidos, y menos aún si pelean solos. Pero sí hay monstruos a los que, si no hay que matar, al menos hay que oponerse. Lo que más se necesita son normas de selectividad.

Los líderes norteamericanos han subrayado, en general, la motivación por encima de la estructura. Han hecho mayor hincapié en incidir en las actitudes que en los cálculos de sus competidores. Como resultado, la sociedad norteamericana se muestra peculiarmente ambivalente ante las lecciones de la historia. Las películas norteamericanas a menudo muestran cómo algún acontecimiento espectacular transforma a un villano en un dechado de virtudes (a veces, de manera un tanto empalagosa): éste es un reflejo de la fe nacional en que el pasado no es decisivo, y que siempre es posible comenzar de nuevo. En el mundo real, tales transformaciones rara vez se observan en las personas y aún menos entre las naciones, que son retazos de muchas elecciones individuales.

El rechazo de la historia ensalza la imagen de un hombre universal que vive ateniéndose a máximas universales, cualesquiera que sean el pasado, la geografía y otras circunstancias inmutables. Como la tradición norteamericana subraya las verdades universales más que las características

nacionales, los políticos norteamericanos en general han preferido los enfoques multilaterales a los nacionales: las agendas de desarme, no proliferación armamentística y derechos humanos antes que las cuestiones esencialmente nacionales, geopolíticas o estratégicas.

La negativa de los norteamericanos a dejarse limitar por la historia, y su insistencia en la perpetua posibilidad de renovación confieren una gran dignidad y hasta belleza al estilo de vida norteamericano. El temor nacional a que quienes se obsesionen por la historia proclamen unas profecías que se cumplan por sí solas encarna una gran sabiduría popular. Sin embargo, la frase de Santayana de que quienes ignoran la historia se ven condenados a repetirla, podría ser confirmada por nuevos ejemplos.

Un país con la tradición idealista norteamericana no puede basar su política en el equilibrio del poder como única norma para establecer un nuevo orden mundial. Pero debe aprender que el equilibrio es requisito fundamental para la búsqueda de sus metas históricas; estas metas superiores no pueden alcanzarse mediante simple retórica o bravuconería heroica. El sistema internacional que está surgiendo es mucho más complejo que cualquier otro que se haya encontrado antes la diplomacia norteamericana. La política exterior debe ser guiada por un sistema político que subraye lo inmediato y que ofrezca pocos incentivos a largo plazo. Sus jefes se ven obligados a tratar con unos votantes que suelen recibir su información por medio de imágenes. Todo esto prima la emoción y el humor del momento, en un tiempo que exige reflexión sobre las prioridades y análisis de las capacidades.

Sea como fuere, en la historia, la magnitud de las tareas no excusa el fracaso. Lo que los Estados Unidos deben dominar es la transición, de una época en que todas las opciones parecían abiertas, a un período en que aún pueden hacer más que ninguna otra sociedad si llegan a conocer sus límites. Durante la mayor parte de su historia, los Estados Unidos no sintieron ninguna amenaza del exterior a su supervivencia. Cuando esa amenaza surgió durante la Guerra Fría, fue decisivamente derrotada. Así, la experiencia norteamericana ha confirmado la idea de que los Estados Unidos, únicos entre las naciones del mundo, son invencibles, y que pueden triunfar gracias al ejemplo de sus virtudes y buenas obras.

En el mundo posterior a la Guerra Fría, esa actitud convertiría la inocencia en presunción. En una época en que los Estados Unidos no pueden dominar el mundo ni tampoco retirarse de él, cuando son a la vez omnipotentes y totalmente vulnerables, no deben abandonar los ideales a los que deben su grandeza. Pero tampoco deben arriesgar esa grandeza haciéndose ilusiones sobre hasta dónde pueden llegar. El liderazgo mundial es inherente al poderío y los valores norteamericanos, pero no incluye el privilegio de suponer que están haciendo un favor a otras naciones al asociarse con ellas, o que tienen una capacidad ilimitada de imponer su voluntad con sólo retirar sus favores. Para los Estados Unidos, toda asociación con la *Realpolitik* debe tener en cuenta los valores primordiales de la primera sociedad en la historia que fue explícitamente creada en nombre de la libertad. Sin embargo la supervivencia y el progreso de los Estados Unidos dependerán también de su capacidad para tomar unas determinaciones acordes con la realidad contemporánea. De otra manera, la política exterior se convertirá en simples actitudes fariseas. El peso relativo que debe darse a cada uno de estos componentes y el precio inevitable que habrá que pagar por cada prioridad definen a la vez el desafío y la talla de los dirigentes políticos. Lo que ningún estadista deberá hacer jamás es sugerir que no hay que pagar ningún precio por la elección, o que no se necesita llegar a un equilibrio.

Al emprender el camino del orden mundial por tercera vez en la época moderna, el idealismo norteamericano sigue siendo tan esencial como siempre, acaso más aún. Pero en el nuevo orden mundial, su función consistirá en aportar la fe para sostener a los Estados Unidos a través de todas las ambigüedades que cada elección conlleva en un mundo imperfecto. El idealismo norteamericano

tradicional deberá combinarse con una cuidadosa evaluación de las realidades contemporáneas para lograr una definición de los intereses de los Estados Unidos que sea aplicable en la práctica diplomática. En el pasado, los esfuerzos de la política exterior norteamericana fueron inspirados por visiones utópicas de algún desenlace final, después del cual simplemente se impondría la armonía subyacente en el mundo.

En lo sucesivo, se divisan pocos de esos resultados finales; la cristalización de los ideales norteamericanos tendrá que buscarse en la paciente acumulación de éxitos parciales. Las certidumbres de la amenaza física y la ideología hostil, tan características de la Guerra Fría, han desaparecido. Las convicciones indispensables para captar con precisión el naciente orden mundial son más abstractas: una visión de un futuro que no se puede demostrar cuando se plantea, y juicios acerca de la relación entre la esperanza y la posibilidad que, en sí mismos, son meras conjeturas. Habrá que buscar los objetivos wilsonianos del pasado de los Estados Unidos, a saber, paz, estabilidad, progreso y libertad para toda la humanidad, en una jornada sin fin. «Caminante —dice un proverbio español—, no hay camino. Se hace camino al andar.»

notes

Notas a pie de página

- ¹ Robert W. Tucker y David C. Hendrickson, «Thomas Jefferson and American Foreign Policy », *Foreign Affairs*, vol. 69, núm. 2 (primavera de 1990), p. 148.
- ² Thomas G. Paterson, J. Garry Clifford y Kenneth J. Hagan, *American Foreign Policy: A History* (Lexington, Mass.: D. C. Heath, 1977), p. 60.
- ³ Tucker y Hendrickson, «Thomas Jefferson», p. 140, citado de *Letters and Other Writings of James Madison* (Filadelfia: J. B. Lippincott, 1865), vol. IV, pp. 491-492.
- ⁴ James Monroe, citado en William A. Williams (comp.), *The Shaping of American Diplomacy* (Chicago: Rand McNally, 1956), vol. I, p. 122.
- ⁵ Discurso de despedida de George Washington, 17 de septiembre de 1796, reproducido como Senate Document núm. 3, 102 Congreso, 1.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1991), p. 24.
- ⁶ Carta de Jefferson a Mme. La Duchesse D'Auville, 2 de abril de 1790, en Paul Leicester Ford (comp.), *The Writings of Jefferson* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1892-1899), vol. v, p. 153, citado en Tucker y Hendrickson, «Thomas Jefferson», p. 139.
- ⁷ Thomas Paine, *Rights of Man* (1791) (Secaucus, N. J.: Citadel Press, 1974), p. 147.
- ⁸ Alexander Hamilton, «The Federalist No. 6», en Edward Mead Earle (comp.), *The Federalist* (Nueva York: Modern Library, 1941), pp. 30-31.
- ⁹ Carta de Jefferson a John Dickinson, 6 de marzo de 1801, en Adrienne Koch y William Peden (comps.), *The Live and Selected Writings of Thomas Jefferson* (Nueva York: Modern Library, 1944), p. 561.
- ¹⁰ Carta de Jefferson a Joseph Priestley, 19 de junio de 1802, en Ford (comp.), *Writings of Thomas Jefferson*, vol. VIII, pp. 158-159, citado en Robert W. Tucker y David C. Hendrickson, *Empire of Liberty: The Statecraft of Thomas Jefferson* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1990), p. 11.
- ¹¹ Tucker y Hendrickson, «Thomas Jefferson», p. 141.
- ¹² John Quincy Adams, discurso del 4 de julio de 1821, en Walter LaFeber (comp.), *John Quincy Adams and American Continental Empire* (Chicago: Times Books, 1965), p. 45.
- ¹³ Mensaje del presidente Monroe al Congreso, 2 de diciembre de 1823, en Ruhl J. Bartlett (comp.), *The Record of American Diplomacy* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1956), p. 182.
- ¹⁴ *Ibíd.*
- ¹⁵ Presidente James Polk, discurso de toma de posesión, 4 de marzo de 1845, en *The Presidents Speak*, anotado por David Newton Lott (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1969), p. 95.
- ¹⁶ Citado en Williams, *Shaping of American Diplomacy*, vol. I, p. 315.
- ¹⁷ Véase Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers* (Nueva York: Random House, 1987), p. 201 y pp. 242 ss.; también, Fareed Zakaria, «The Rise of a Great Power, National Strength, State Structure, and American Foreign Policy 1865-1908» (tesis doctoral inédita, Harvard University, 1992), capítulo 3, pp. 4 ss.
- ¹⁸ Zakaria, *ibíd.*, pp. 7-8.
- ¹⁹ *Ibíd.*, p. 71.
- ²⁰ Paterson, Clifford y Hagan (comps.), *American Foreign Policy*, p. 189.
- ²¹ Mensaje anual del presidente Roosevelt al Congreso, 6 de diciembre de 1904, en Bartlett (comp.), *Record of American Diplomacy*, p. 539.

- ²² Declaración de Roosevelt ante el Congreso, 1902, citada en John Morton Blum, *The Republican Roosevelt* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1967), p. 127.
- ²³ *Ibid.*, p. 137.
- ²⁴ Carta de Roosevelt a Hugo Munsterberg, 3 de octubre de 1914, en Elting E. Morison (comp.), *The Letters of Theodore Roosevelt* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1954), vol. VIII, pp. 824-825.
- ²⁵ Blum, *Republican Roosevelt*, p. 131.
- ²⁶ *Selections from the Correspondence of Theodore Roosevelt and Henry Cabot Lodge 1884-1918*, comp. por Henry Cabot Lodge y Charles F. Redmond (Nueva York/ Londres: Charles Scribner's Sons, 1925), vol. II, p. 162.
- ²⁷ Blum, *Republican Roosevelt*, p. 135.
- ²⁸ *Ibid.*, p. 134.
- ²⁹ Citado en John Milton Cooper, Jr., *Pivotal Decades: The United States, 1900-1920* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1990), p. 103.
- ³⁰ Blum, *Republican Roosevelt*, p. 134.
- ³¹ Roosevelt, en *Outlook*, vol. 107 (22 de agosto de 1914), p. 1.012.
- ³² Roosevelt a Munsterberg, 3 de octubre de 1914, en Morison (comp.), *Letters of Theodore Roosevelt*, p. 823.
- ³³ Roosevelt a Cecil Arthur Spring Rice, 3 de octubre de 1914, en *ibid.*, p. 821.
- ³⁴ Roosevelt a Rudyard Kipling, 4 de noviembre de 1914, en Robert Endicott Osgood, *Ideals and Self-Interest in America's Foreign Relations* (Chicago: University of Chicago Press, 1953), p. 137.
- ³⁵ Woodrow Wilson, mensaje anual al Congreso sobre el Estado de la Unión, 2 de diciembre de 1913, en Arthur S. Link (comp.), *The Papers of Woodrow Wilson* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1966), vol. 29, p. 4.
- ³⁶ Carta de Roosevelt a un amigo, diciembre de 1914, en Osgood, *Ideals and Self-Interest*, p. 144.
- ³⁷ Woodrow Wilson, mensaje anual al Congreso, 8 de diciembre de 1914, en Link (comp.), *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 31, p. 423.
- ³⁸ *Ibid.*, p. 422.
- ³⁹ Woodrow Wilson, discurso del día de graduación en la Academia Militar de West Point, 13 de junio de 1916, en *ibid.*, vol. 37, pp. 212 ss.
- ⁴⁰ Woodrow Wilson, observaciones a veteranos confederados en Washington, 5 de junio de 1917, en *ibid.*, vol. 42, p. 453.
- ⁴¹ Woodrow Wilson, mensaje anual al Congreso sobre el Estado de la Unión, 7 de diciembre de 1915, en *ibid.*, vol. 35, p. 297.
- ⁴² Woodrow Wilson; discurso en el teatro Princess, Cheyenne, Wyoming, 24 de septiembre de 1919, en *ibid.*, vol. 63, p. 474.
- ⁴³ Woodrow Wilson, discurso en una sesión conjunta del Congreso, 2 de abril de 1917, en *ibid.*, vol. 41, pp. 526-527.
- ⁴⁴ *Ibid.*, p. 523.
- ⁴⁵ Woodrow Wilson, discurso ante el Senado, 22 de enero de 1917, en *ibid.*, vol. 40, p. 536.
- ⁴⁶ Selig Adler, *The Isolationist Impulse: Its Twentieth-Century Reaction* (Londres/Nueva York: Abelard Schuman, 1957), p. 36.
- ⁴⁷ *Ibid.*

- ⁴⁸ Woodrow Wilson, discurso, 2 de abril de 1917, en Link (comp.), *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 41, pp. 519 ss.
- ⁴⁹ Woodrow Wilson, discurso en Boston, 24 de febrero de 1919, en *ibid.*, vol. 55, pp. 242-243.
- ⁵⁰ Woodrow Wilson, discurso, 22 de enero de 1917, en *ibid.*, vol. 40, pp. 536-537.
- ⁵¹ Véase el capítulo seis.
- ⁵² Woodrow Wilson, observaciones en el cementerio de Suresnes el Día de los Caídos, 30 de mayo de 1919, en *ibid.*, vol. 59, pp. 608-609.
- ⁵³ Woodrow Wilson, discurso ante la Liga para Imponer la Paz, 27 de mayo de 1916, en *ibid.*, vol. 37, pp. 113 ss.
- ⁵⁴ Woodrow Wilson, discurso en Mt. Vernon, 4 de julio de 1918, en *ibid.*, vol. 48, p. 516.
- ⁵⁵ Woodrow Wilson, discurso ante la Tercera Sesión Plenaria de la Conferencia por la Paz, 14 de febrero de 1919, en *ibid.*, vol. 55, p. 175.
- ⁵⁶ Carta de Roosevelt a James Bryce, 19 de noviembre de 1918, en Morison (comp.), *Letters of Theodore Roosevelt*, vol. VIII, p. 1.400.
- ⁵⁷ Roosevelt al senador Philander Chase Knox (R.-Pa.), 6 de diciembre de 1918, en *ibid.*, pp. 1.413-1.414.
- ⁵⁸ Louis Auchincloss, *Richelieu* (Nueva York: Viking Press, 1972), p. 256.
- ⁵⁹ En *Quellenbuch zur Ojsterreichische Geschichte*, vol. II, editado por Otto Frass (Viena: Birken Verlag, 1959), p. 100.
- ⁶⁰ *Ibid.*
- ⁶¹ *Ibid.*
- ⁶² *Ibid.*
- ⁶³ Joseph Strayer, Hans Gatzke y E. Harris Harbison, *The Mainstream of Civilization since 1500* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1971), p. 420.
- ⁶⁴ Citado en Carl J. Burckhardt, *Richelieu and His Age*, trad. del alemán por Bernard Hoy (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970), vol. III, «Power Politics and the Cardinal's Death», p. 61.
- ⁶⁵ *Ibid.*, p. 122.
- ⁶⁶ Jansenio, Mars Gallicus, en William F. Church, *Richelieu and Reason of State* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1972), p. 388.
- ⁶⁷ Daniel de Priezac, *Défense des Droits et Prérrogatives des Rois de France*, en *ibid.*, p. 398.
- ⁶⁸ Mathieu de Morgues, *Catholicon françois*, tratado de 1636, en *ibid.*, p. 376.
- ⁶⁹ Albert Sorel, *Europe Under the Old Regime*, trad. por Francis H. Herrick (Los Angeles: Ward Ritchie Press, 1947), p. 10.
- ⁷⁰ En F. H. Hinsley, *Power and the Pursuit of Peace* (Cambridge: Cambridge University Press, 1963), pp. 162-163.
- ⁷¹ *Ibid.*, p. 162.
- ⁷² *Ibid.*, p. 166.
- ⁷³ Citado en Gordon A. Craig y Alexander L. George, *Force and Statecraft* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1963), p. 20.
- ⁷⁴ G. C. Gibbs, «The Revolution in Foreign Policy», en Geoffrey Holmes (comp.), *Britain After the Glorious Revolution, 1689-1714* (Londres: Macmillan, 1969), p. 61.
- ⁷⁵ Winston S. Churchill, *The Gathering Storm, The Second World War, vol. I* (Boston: Houghton Mifflin, 1948), p. 208.
- ⁷⁶ Citado en Gibbs, «Revolution», en Holmes (comp.), *Britain After the Glorious Revolution*, p.

⁷⁷ Discurso del secretario de estado, lord John Carteret, conde de Granville, en la Cámara de los Lores, 27 de enero de 1744, en Joel H. Wiener (comp.), *Great Britain: Foreign Policy and the Span of Empire, 1689-1971, vol. I* (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con McGraw-Hill, 1972), pp. 84-86.

⁷⁸ Churchill, *Gathering Storm*, p. 208.

⁷⁹ Plan de Pitt, en sir Charles Webster (comp.), *British Diplomacy 1813-1815* (Londres: G. Bell and Sons, 1921), pp. 389 ss.

⁸⁰ Sir Thomas Overbury, «Observations on His Travels», en Stuart Tracts 16031693, comp. por C. H. Firth (Londres: Constable, 1903), p. 227, citado en Martin Wight, *Power Politics* (Nueva York: Holmes and Meier, 1978), p. 173.

⁸¹ Memorándum de lord Castlereagh, 12 de agosto de 1815, en C. K. Webster (comp.), *British Diplomacy, 1813-1815* (Londres: G. Bell and Sons, 1921), pp. 361362.

⁸² Talleyrand, en Harold Nicolson, *The Congress of Vienna* (Nueva York/San Diego/Londres: Harcourt Brace Jovanovich, en rústica, 1974), p. 155.

⁸³ Wilhelm Schwarz, *Die Heilige Allianz* (Stuttgart, 1935), pp. 52 ss.

⁸⁴ Citado en Asa Briggs, *The Age of Improvement 1783-1867* (Londres: Longmans, 1959), p. 345.

⁸⁵ Klemens Metternich, *Aus Metternich's Nachgelassenen Papieren* (8 vols.), comp. por Alfons von Klinkowstroem (Viena, 1880), vol. VIII, pp. 557 ss.

⁸⁶ El material de estas páginas se basa en *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812-1822*, del mismo autor (Boston: Houghton Mifflin, 1973, Sentry Edition).

⁸⁷ Citado en *ibíd.*, p. 321.

⁸⁸ Citado en Wilhelm Oncken, *Osterreich und Preussen im Befreiungskriege*, 2 vols. (Berlín, 1880), vol. II, pp. 630 ss.

⁸⁹ Metternich, *Nachgelassenen Papieren*, vol. VIII, p. 365.

⁹⁰ Citado en Oncken, *Osterreich und Preussen*, vol. I, pp. 439 ss.

⁹¹ Metternich, *Nachgelassenen Papieren*, vol. I, pp. 316 ss.

⁹² Citado en Nicholas Mikhailovitch, *Les Rapports Diplomatiques du Lehzeltern* (San Petersburgo, 1915), pp. 37 ss.

⁹³ Citado en Schwarz, *Die Heilige Allianz*, p. 234.

⁹⁴ Citado en Alfred Stern, *Geschichte Europas seit den Verträgen von 1815 his zum Frankfurter Frieden von 1871*, 10 vols. (Munich-Berlín, 1913-1924), vol. I, p. 298.

⁹⁵ Citado en Hans Schmalz, *Versuche einer Gesamteuropäischen Organisation, 1815-20* (Berna, 1940), p. 66.

⁹⁶ Lord Castlereagh's Confidential State Paper, 5 de mayo de 1820, en sir A. W. Ward y G. P. Gooch (comps.), *The Cambridge History of British Foreign Policy, 1783-1919* (Nueva York: Macmillan, 1923), vol. II (1815-1866), p. 632.

⁹⁷ Vizconde Castlereagh, *Correspondence, Dispatches and Other Papers*, 12 vols., comp. por su hermano, el marqués de Londonderry (Londres, 1848-1852), vol. XII, p. 394.

⁹⁸ Citado en sir Charles Webster, *The Foreign Policy of Castlereagh*, 2 vols. (Londres, 1925 y 1931), vol. II, p. 366.

⁹⁹ Citado en Briggs, *Age of Improvement*, p. 346.

¹⁰⁰ Citado en Webster, *Foreign Policy of Castlereagh*, vol. II, pp. 303 ss.

¹⁰¹ Castlereagh's Confidential State Paper, del 5 de mayo de 1820, en Ward y Gooch (comps.),

Cambridge History, vol. II, pp. 626-627.

¹⁰² Citado en Kissinger, *A World Restored*, p. 311.

¹⁰³ Citado en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1965), p. 54.

¹⁰⁴ Canning, citado en R. W. Seton-Watson, *Britain in Europe, 1789-1914* (Cambridge: Cambridge University Press, 1955), p. 74.

¹⁰⁵ *Ibid.*

¹⁰⁶ Discurso de Canning en Plymouth, 28 de octubre de 1823, en *ibid.*, p. 119.

¹⁰⁷ Palmerston a Clarendon, 20 de julio de 1856, citado en Harold Temperley y Lillian M. Penson, *Foundations of British Foreign Policy from Pitt (1792) to Salisbury (1902)* (Cambridge: Cambridge University Press, 1938), p. 88.

¹⁰⁸ Sir Edward Grey, en Seton-Watson, *Britain in Europe*, p. 1.

¹⁰⁹ Palmerston, en Briggs, *Age of Improvement*, p. 352.

¹¹⁰ Despacho de Palmerston núm. 6 al marqués de Clanricarde (embajador en San Petersburgo), 11 de enero de 1841, en Temperley y Penson, *Foundations of Foreign Policy*, p. 136.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 137.

¹¹² Carta de Gladstone a la reina Victoria, 17 de abril de 1869, en Harold Nicolson, *Diplomacy* (Londres: Oxford University Press, 1963), p. 137.

¹¹³ Palmerston, en Briggs, *Age of Improvement*, p. 357.

¹¹⁴ Disraeli a la Cámara de los Comunes, 1 de agosto de 1870, en *Parliamentary Debates* (Hansard), 3.ª serie, vol. CCIII (Londres: Cornelius Buck, 1870), col. 1.289.

¹¹⁵ Palmerston a la Cámara de los Comunes, 21 de julio de 1849, en Temperley y Penson, *Foundations of Foreign Policy*, p. 173.

¹¹⁶ Palmerston, en Briggs, *Age of Improvement*, p. 353.

¹¹⁷ Clarendon a la Cámara de los Lores, 31 de marzo de 1854, citado en Seton-Watson, *Britain in Europe*, p. 327.

¹¹⁸ Palmerston a la Cámara de los Comunes, 21 de julio de 1849, en Temperley y Penson, *Foundations of Foreign Policy*, p. 176.

¹¹⁹ Citado en Joel H. Wiener (comp.), *Great Britain: Foreign Policy and the Span of Empire 1689-1971* (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con McGraw-Hill, 1972), p. 404.

¹²⁰ Metternich, 30 de junio de 1841, en Seton-Watson, *Britain in Europe*, p. 221.

¹²¹ Joseph Alexander, Graf von Hubner, *Neun Jahre der Erinnerungen eines österreichischen Botschafters in Paris unter dem zweiten Kaiserreich, 1851-1859* (Berlín, 1904), vol. I, p. 109.

¹²² *Ibid.*, p. 93.

¹²³ Hubner a Francisco José, 23 de septiembre de 1857, en Hubner, *Neun Jahre*, vol. II, p. 31.

¹²⁴ William E. Echard, *Napoleon III and the Concert of Europe* (Baton Rouge, La.: Louisiana State University Press, 1983), p. 72.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 2.

¹²⁶ Napoleón III a Francisco José, 17 de junio de 1866, en Hermann Oncken (comp.), *Die Rheinpolitik Napoleons III* (Berlín, 1926), vol. I, p. 280.

¹²⁷ Francisco José a Napoleón III, 24 de junio de 1866, en *ibid.*, p. 284.

¹²⁸ Citado en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1954), p. 102.

¹²⁹ Hubner a Ferdinand Buol, 9 de abril de 1858, en Hubner, *Neun Jahre*, vol. II, p. 82.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 93.

- ¹³¹ Drouyn de Lhuys a La Tour d'Auvergne, 10 de junio de 1864, en *Origines Diplomatiques de la Guerre de 1870/71* (París: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1910-1930), vol. III, p. 203.
- ¹³² Citado en Wilfried Radewahn, «Französische Aussenpolitik vor dem Krieg von 1870», en Eberhard Kolb (comp.), *Europa vor dem Krieg von 1870* (Munich, 1983), p. 38.
- ¹³³ Citado en Wilfried Radewahn, *Die Pariser Presse und die Deutsche Frage* (Francfort, 1977), p. 104.
- ¹³⁴ Goltz a Bismarck, 17 de febrero de 1866, en conversación con Napoleón III, en Oncken (comp.), *Rheinpolitik*, vol. 1, p. 90.
- ¹³⁵ Citado en Radewahn, *Pariser Presse*, p. 110.
- ¹³⁶ Goltz a Bismarck, 25 de abril de 1866, en Oncken (comp.), *Rheinpolitik*, vol. I, p. 140.
- ¹³⁷ Citado por Talleyrand a Drouyn, 7 de mayo de 1866, en *Origines Diplomatiques*, vol. IX, p. 47.
- ¹³⁸ Discurso de Thiers, 3 de mayo de 1866, en Oncken (comp.), *Rheinpolitik*, vol. I, pp. 154 ss.
- ¹³⁹ *Ibid.*
- ¹⁴⁰ Citado en Taylor, *Struggle for Mastery*, p. 163.
- ¹⁴¹ *Ibid.*, pp. 205-206.
- ¹⁴² El análisis del pensamiento político de Bismarck se basa en «The White Revolutionary: Reflections on Bismarck», de este autor, en *Daedalus*, vol. 97, núm. 3 (verano de 1968), pp. 888-924.
- ¹⁴³ Horst Kohl (comp.), *Die politischen Reden des Fürsten Bismarck, Historische-Kritische Gesamtausgabe* (Stuttgart, 1892), vol. I, pp. 267-268.
- ¹⁴⁴ Otto von Bismarck, *Die gesammelten Werke* (Berlín, 1924), vol. 2, pp. 139 ss.
- ¹⁴⁵ *Briefwechsel des Generals von Gerlach mit dem Bundestags-Gesandten Otto von Bismarck* (Berlín, 1893), p. 315 (28 de abril de 1856).
- ¹⁴⁶ Otto Kohl (comp.), *Briefe des Generals Leopold von Gerlach an Otto von Bismarck* (Stuttgart y Berlín 1912), pp. 192-193.
- ¹⁴⁷ *Briefwechsel*, p. 315.
- ¹⁴⁸ Kohl (comp.), *Briefe*, p. 206.
- ¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 211 (6 de mayo de 1857).
- ¹⁵⁰ *Briefwechsel*, pp. 333-334.
- ¹⁵¹ *Ibid.*
- ¹⁵² *Ibid.*, p. 353.
- ¹⁵³ *Ibid.*
- ¹⁵⁴ Bismarck, *Werke*, vol. I, p. 375 (septiembre de 1853).
- ¹⁵⁵ *Ibid.*, vol. 2, p. 320 (marzo de 1858).
- ¹⁵⁶ *Briefwechsel*, p. 334.
- ¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 130 (20 de febrero de 1854).
- ¹⁵⁸ Bismarck, *Werke*, vol. I, p. 62 (29 de septiembre de 1851).
- ¹⁵⁹ *Briefwechsel*, p. 334 (2 de mayo de 1857).
- ¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 128 (19 de diciembre de 1853).
- ¹⁶¹ *Ibid.*, p. 194 (13 de octubre de 1854).
- ¹⁶² Bismarck, *Werke*, vol. 14 (3.^a ed., Berlín, 1924), núm. 1, p. 517.
- ¹⁶³ *Briefwechsel*, p. 199 (19 de octubre de 1854).
- ¹⁶⁴ Bismarck, *Werke*, vol. 2, p. 516 (8-9 de diciembre de 1859).
- ¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 139 (26 de abril de 1856).

¹⁶⁶ *Ibid.*, pp. 139 ss.

¹⁶⁷ *Ibid.*

¹⁶⁸ *Ibid.*

¹⁶⁹ Otto Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany: The Period of Unification, 1815-1871* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1990), p. 85.

¹⁷⁰ Citado en J. A. S. Grenville, *Europe Reshaped, 1848-1878* (Sussex: Harvester Press, 1976), p. 358.

¹⁷¹ Bismarck, *Werke*, vol. 14, núm. 1, p. 61.

¹⁷² Emil Ludwig, *Bismarck: Geschichte eines Kämpfers* (Berlín, 1926), p. 494.

¹⁷³ Informe de Laurent Berenger desde San Petersburgo, 3 de septiembre de 1762, en George Vernadsky (comp.), *A Source Book for Russian History: From Early Time to 1917*, 3 vols. (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972), vol. 2, p. 397.

¹⁷⁴ Friedrich von Gentz, «Considerations on the Political System in Europe» (1818), en Mack Walker (comp.), *Metternich's Europe* (Nueva York: Walker and Co., 1968), p. 80.

¹⁷⁵ V. O. Kliuchevsky, *A Course in Russian History: The Seventeenth Century*, trad. por Natalie Duddington (Chicago: Quadrangle Books, 1968), p. 97.

¹⁷⁶ Memorándum de Potemkin, en Vernadsky (comp.), *Source Book* vol. 2, p. 411.

¹⁷⁷ Memorándum de Gorchákov, en *ibid.*, vol. 3, p. 610.

¹⁷⁸ Gentz, «Considerations», en Walker (comp.), *Metternich's Europe*, p. 80.

¹⁷⁹ M. N. Katkov, editorial del 10 de mayo de 1883, en Vernadsky (comp.), *Source Book*, vol. 3, p. 676.

¹⁸⁰ F. M. Dostoievski, en *ibid.*, vol. 3, p. 681.

¹⁸¹ Katkov, editorial del 7 de septiembre de 1882, en *ibid.*, vol. 3, p. 676.

¹⁸² Citado en B. H. Sumner, *Russia and the Balkans, 1870-1880* (Oxford: Clarendon Press, 1957), p. 72.

¹⁸³ George F. Kennan, «The Sources of Soviet Conduct», en *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 4 (julio de 1947).

¹⁸⁴ Otto von Bismarck, citado en Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1978), p. 117.

¹⁸⁵ Citado en Robert Blake, *Disraeli* (Nueva York: St. Martin's Press, 1966), p. 574.

¹⁸⁶ George F. Kennan, *Decline of Bismarck's European Order* (Princeton: Princeton University Press, 1979), pp. 11 ss.

¹⁸⁷ *Ibid.*

¹⁸⁸ Bismarck, 19 de febrero de 1878, en Horst Kohl (comp.), *Politische Reden*, vol. 7 (Aalen, Alemania Occidental: Scientia Verlag, 1970), p. 94.

¹⁸⁹ A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1954), p. 236.

¹⁹⁰ Citado en Blake, *Disraeli*, p. 580.

¹⁹¹ Citado en Taylor, *Struggle for Mastery*, p. 237.

¹⁹² Discurso de Disraeli, 24 de junio de 1872, en Joel H. Wiener (comp.), *Great Britain: Foreign Policy and the Span of Empire, 1689-1971*, vol. 3 (Nueva York/Londres: Chelsea House, en coedición con McGraw-Hill, 1972), p. 2.500.

¹⁹³ Lord Augustus Loftus, *Diplomatic Reminiscences*, 2.^a serie (Londres, 1892), vol. 2, p. 46.

¹⁹⁴ Citado en Firuz Kazemzadeh, «Russia and the Middle East», en No J. Lederer (comp.), *Russian Foreign Policy* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1962), p. 498.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 499.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 500.

¹⁹⁷ Citado en Alan Palmer, *The Chancelleries of Europe* (Londres: George, Allen and Unwin, 1983), p. 155.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 157.

¹⁹⁹ Citado en Blake, *Disraeli*, p. 646.

²⁰⁰ W. N. Medlicott, *The Congress of Berlin and After* (Hamden, Conn.: Archon Books, 1963), p. 37.

²⁰¹ Bismarck, en Kohl (comp.), *Politische Reden*, vol. 7, p. 102.

²⁰² Véase Medlicott, *The Congress of Berlin*.

²⁰³ Citado en Kennan, *Decline of European Order*, p. 70.

²⁰⁴ Citado en *ibid.*, p. 141.

²⁰⁵ Discurso de Gladstone, «Denouncing the Bulgarian Atrocities Committed by Turkey», 9 de septiembre de 1876, en Wiener (comp.), *Great Britain*, vol. III, p. 2.448.

²⁰⁶ Citado en A. N. Wilson, *Eminent Victorians* (Nueva York: W. W. Norton, 1989), p. 122.

²⁰⁷ Gladstone, citado en Carsten Holbraad, *The Concert of Europe: A Study in German and British International Theory, 1815-1914* (Londres: Longmans, 1970), p. 166.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 145.

²⁰⁹ Bismarck al káiser Guillermo, 22 de octubre de 1883, en Otto von Bismarck, *Die gesammelten Werke*, vol. 6C (Berlín, 1935), pp. 282-283.

²¹⁰ Gladstone a lord Granville, 22 de agosto de 1873, en Agatha Ramm (comp.), *The Political Correspondence of Mr. Gladstone and Lord Granville, 1868-1876*, vol. 2 (Oxford: Clarendon Press, 1952), p. 401.

²¹¹ Citado en Kennan, *Decline of European Order*, p. 39.

²¹² Citado en *ibid.*, p. 258.

²¹³ Franz Schnabel, «Das Problem Bismarck», en *Hochland*, vol. 42 (1949-1950), pp. 1-27.

²¹⁴ Winston S. Churchill, *Great Contemporaries* (Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1973), pp. 37 ss.

²¹⁵ Federico el Grande, citado en *Memoirs of Prince von Bülow: From Secretary of State to Imperial Chancellor* (Boston: Little, Brown and Co., 1931), p. 52.

²¹⁶ Citado en Maurice Bompard, *Mon Ambassade en Russie, 1903-1908* (París, 1937), p. 40.

²¹⁷ B. H. Sumner, *Russia and the Balkans 1870-1880* (Hamden, Conn.: Shoe String Press, 1962), pp. 23 ss.

²¹⁸ Serge Witte, citado en Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire, 1801-1917* (Oxford: The Clarendon Press, 1967), pp. 581-582.

²¹⁹ Citado en lord Augustus Loftis, *Diplomatic Reminiscences*, 2ª serie, vol. 2 (Londres, 1892), p. 38.

²²⁰ Citado en Raymond Sontag, *European Diplomatic History, 1871-1932* (Nueva York: The Century Co., 1933), p. 59.

²²¹ Nikolai de Giers, citado en Ludwig Reiners, *In Europa gehen die Lichter aus: Der Untergang des Wilhelminischen Reiches* (Munich, 1981), p. 30.

²²² Barón Staal, citado en William L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism*, 1.ª ed. (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1935), p. 7.

²²³ Citado en George F. Kennan, *The Fateful Alliance: France, Russia and the Coming of the First World War* (Nueva York: Pantheon, 1984), p. 147.

- ²²⁴ El káiser Guillermo, citado en Norman Rich, Friedrich von Holstein: *Politics and Diplomacy in the Era of Bismarck and Wilhelm II* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965), p. 465.
- ²²⁵ Ajitófel, traidor consejero del rey bíblico David, quien ayudó a Absalón en su revuelta (Samuel, 15:12). (*N. de la T.*)
- ²²⁶ Lord Salisbury, citado en Gordon A. Craig, *Germany: 1866-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1978), p. 236.
- ²²⁷ Citado en Fritz Stern, *The Failure of Illiberalism* (Nueva York: Columbia University Press, 1992), p. 93.
- ²²⁸ Citado en Malcolm Carroll, *Germany and the Great Powers 1866-1914* (Nueva York: Prentice-Hall, Inc., 1938), p. 372.
- ²²⁹ Discurso de Chamberlain, 30 de noviembre de 1899, en Joel H. Wiener (comp.), *Great Britain: Foreign Policy and the Span of Empire, 1689-1971*, vol. 1 (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con McGraw-Hill, 1972), p. 510.
- ²³⁰ Citado en Sontag, *European Diplomatic History*, p. 60.
- ²³¹ Citado en Valentin Chirol, *Fifty Years in a Changing World* (Londres, 1927), p. 284.
- ²³² Memorándum del marqués de Salisbury, 29 de mayo de 1901, en G. P. Gooch y Harold Temperley (comps.), *British Documents on the Origins of the War*, vol. II (Londres, 1927), p. 68.
- ²³³ Citado en Sontag, *European Diplomatic History*, p. 169.
- ²³⁴ *Ibid.*, p. 170.
- ²³⁵ El káiser Guillermo, citado en Reiners, *In Europa*, p. 106.
- ²³⁶ El káiser Guillermo, citado en Craig, *Germany*, p. 331.
- ²³⁷ El marqués de Lansdowne a sir E. Monson, 2 de julio de 1903, en Sontag, *European Diplomatic History*, p. 293.
- ²³⁸ Sir Edward Grey a sir F. Bertie, 31 de enero de 1906, en Viscount Grey, *Twenty-Five Years 1892-1916* (Nueva York: Frederick A. Stokes Co., 1925), p. 76.
- ²³⁹ Sir Edward Grey a M. Cambon, embajador de Francia en Londres, 22 de noviembre de 1912, en *ibid.*, pp. 94-95.
- ²⁴⁰ Citado en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1954), p. 443.
- ²⁴¹ Véase, por ejemplo, Paul Schroeder, «World War I as Galloping Gertie: A Reply to Joachim Remak», *Journal of Modern History*, vol. 44 (1972), p. 328.
- ²⁴² Memorándum de Crowe del 1 de enero de 1907, en Kenneth Boume y D. Cameron Watt (comps.), *British Documents on Foreign Affairs* (Frederick, Md.: University Publications of America, 1983), parte I, vol. 19, pp. 367 ss.
- ²⁴³ *Ibid.*, p. 384.
- ²⁴⁴ *Ibid.*
- ²⁴⁵ Citado en Sontag, *European Diplomatic History*, p. 140.
- ²⁴⁶ Citado en Carroll, *Germany and the Great Powers*, p. 657.
- ²⁴⁷ Citado en Klaus Wernecke, *Der Wille zur Weltgeltung: Aussenpolitik and Öffentlichkeit am Vorabend des Ersten Weltkrieges* (Düsseldorf, 1970), p. 33.
- ²⁴⁸ Discurso del ministro del Tesoro, David Lloyd George, 12 de julio de 1911, en Wiener, *Great Britain*, vol. 1, p. 577.
- ²⁴⁹ Citado en Carroll, *Germany and the Great Powers*, p. 643.
- ²⁵⁰ Citado en D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Nueva York: St. Martin's Press, 1983), p. 46.

²⁵¹ Citado en Taylor, *Struggle for Mastery*, p. 507.

²⁵² Citado en Lieven, *Russia*, p. 69.

²⁵³ Citado en Taylor, *Struggle for Mastery*, p. 510.

²⁵⁴ *Ibid.*, pp. 492-493.

²⁵⁵ Citado en Lieven, *Russia*, p. 48.

²⁵⁶ Citado en Sontag, *European Diplomatic History*, p. 185.

²⁵⁷ Citado en Craig, *Germany*, p. 335.

²⁵⁸ Memorándum de Obruchev a Giers, 7-19 de mayo de 1892, en George F. Kennan, *The Fateful Alliance: France, Russia and the Coming of the First World War* (Nueva York: Pantheon, 1984), apéndice II, p. 264.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 265.

²⁶⁰ *Ibid.*

²⁶¹ *Ibid.*, p. 268.

²⁶² Citado en *ibid.*, p. 153.

²⁶³ Véase Gerhart Ritter, *The Schlieffen Plan* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1958).

²⁶⁴ Citado en Frank A. Golder (comp.), *Documents of Russian History 1914-1917*, traducido por Emanuel Aronsberg (Nueva York: Century, 1927), pp. 9-10.

²⁶⁵ *Ibid.*, p. 13.

²⁶⁶ *Ibid.*, p. 18.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 19.

²⁶⁸ Bethmann-Hollweg, citado en Fritz Stern, *The Failure of Illiberalism* (Nueva York: Columbia University Press, 1992), p. 93.

²⁶⁹ Bethmann-Hollweg a Eisendecker, 13 de marzo de 1913, citado en Konrad Jarausch, «The Illusion of Limited War: Chancellor Bethmann-Hollweg's Calculated Risk, July 1914», en *Central European History*, marzo de 1969, pp. 48-77.

²⁷⁰ Citado en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1954), pp. 521-522.

²⁷¹ Sergei Sazonov, *The Fateful Years, 1909-1916: The Reminiscences of Serge Sazonov* (Nueva York: Frederick A. Stokes, 1928), p. 31.

²⁷² *Ibid.*, p. 153.

²⁷³ N. V. Tcharykow, *Glimpses of High Politics* (Londres, 1931), p. 271. Las memorias rusas deben tomarse *cum grano salis*, porque estaban tratando de cargar toda la responsabilidad de la guerra sobre los hombros de Alemania. Sazonov, en particular, merece una parte de la censura, porque claramente pertenecía al partido de la guerra, que exigía la movilización total... aun cuando su análisis general tenga mucho mérito. (*N. del A.*)

²⁷⁴ Sazonov, *Fateful Years*, p. 40.

²⁷⁵ Declaración de sir Edward Grey en la Cámara de los Comunes sobre negociaciones militares secretas con otras potencias, 11 de junio de 1914, en Joel H. Wiener (comp.), *Great Britain: Foreign Policy and the Span of Empire, 1689-1971*, vol. 1 (Nueva York/Londres: Chelsea House, en coedición con McGraw-Hill, 1972), p. 607.

²⁷⁶ Telegrama de sir Edward Grey al embajador británico en Berlín, sir E. Goschen, rechazando una política de neutralidad, 30 de julio de 1914, en *ibid.*, p. 607.

²⁷⁷ Citado en D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Nueva York: St. Martin's Press, 1983), p. 66.

²⁷⁸ Citado en *ibid.*, p. 143.

²⁷⁹ Citado en *ibid.*, p. 147.

²⁸⁰ Sazonov, *Fateful Years*, p. 188.

²⁸¹ Citado en L. C. F. Turner, «The Russian Mobilization in 1914», en *Journal of Contemporary History*, vol. 3 (1968), p. 70.

²⁸² Citado en A. J. P. Taylor, *British History 1914-1945* (Oxford: The Clarendon Press, 1965), p. 114.

²⁸³ Citado en A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford: Oxford University Press, 1954), p. 535.

²⁸⁴ Citado en *Ibid.*, p. 553.

²⁸⁵ Wemer Maser, Hindenburg, *Eine politische Biographie* (Francfort del Meno-Berlín: Verlag Ullstein GmbH, 1992), p. 138.

²⁸⁶ Sir Edward Grey al coronel E. M. House, 22 de septiembre de 1915, citado en Arthur S. Link, *Woodrow Wilson, Revolution, War, and Peace* (Arlington Heights, Illinois: Harlan Davidson, 1979), p. 74.

²⁸⁷ Woodrow Wilson, observaciones en Washington ante la Sociedad de Naciones para Imponer la Paz, 27 de mayo de 1916, en Arthur S. Link (comp.), *The Papers of Woodrow Wilson* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1966-), vol. 37, p. 113.

²⁸⁸ Woodrow Wilson, discurso ante el Senado, 22 de enero de 1917, en *Ibid.*, vol. 40, p. 539.

²⁸⁹ Arthur S. Link, *Wilson the Diplomatist* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1957), p. 100.

²⁹⁰ *Ibid.*, pp. 100 ss.

²⁹¹ Woodrow Wilson, discurso ante una sesión conjunta del Congreso, 8 de enero de 1918, en Link (comp.), *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 45, p. 538.

²⁹² Woodrow Wilson, discurso en el Guildhall, 28 de diciembre de 1918, en *Ibid.*, vol. 53, p. 532.

²⁹³ Wilson, discurso ante el Senado, 22 de enero de 1917, en *Ibid.*, vol. 40, p. 536.

²⁹⁴ Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 4.

²⁹⁵ André Tardieu, *The Truth About the Treaty* (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1921), p. 165.

²⁹⁶ David Hunter Miller, consejero de Wilson, 19 de marzo de 1919, en David Hunter Miller, *The Drafting of the Covenant* (Nueva York/Londres: G. P. Putnam's Sons, 1928), vol. I, p. 300.

²⁹⁷ Citado en Tardieu, *Truth About the Treaty*, p. 173.

²⁹⁸ Tardieu, en *Ibid.*, pp: 174-175.

²⁹⁹ Memorándum de Bowman, 10 de diciembre de 1918, en Charles Seymour (comp.), *The Intimate Papers of Colonel House* (Boston/Nueva York: Houghton Mifflin, 1926-1928), vol. 4, pp. 280-281.

³⁰⁰ Citado en Seth P. Tillmann, *Anglo-American Relations at the Paris Peace Conference of 1919* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1961), p. 133.

³⁰¹ Woodrow Wilson, discurso en la Tercera Sesión Plenaria de la Conferencia de Paz, 14 de febrero de 1919, en Link (comp.), *Papers of Woodrow Wilson*, vol. 55, p. 175.

³⁰² Memorándum de Bowman, en Seymour (comp.), *Intimate Papers*, p. 281.

³⁰³ Citado en Tillmann, *Anglo-American Relations*, p. 126.

³⁰⁴ David Hunter Miller, consejero de Wilson, en Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, p. 49.

³⁰⁵ Citado en Paul Birdsall, *Versailles Twenty Years After* (Nueva York: Reynal Hitchcock, 1941), p. 128.

³⁰⁶ Citado en Miller, *Drafting of the Covenant*, vol. 1, p. 216.

³⁰⁷ *Ibid.*, vol. 2, p. 727.

³⁰⁸ Citado en Tardieu, *Truth About the Treaty*, p. 160.

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 202.

³¹⁰ *Ibid.*, p. 204.

³¹¹ Diario de House, 27 de marzo de 1919, en Seymour (comp.), *Intimate Papers*, vol. 4, p. 395.

³¹² Sir Charles Webster, *The Congress of Vienna* (Londres: Bell, 1937).

³¹³ Memorándum de Lloyd George a Woodrow Wilson, 25 de marzo de 1919, en Ray Stannard Baker, *Woodrow Wilson and World Settlement* (Nueva York: Doubleday, Page Co., 1922), vol. III, p. 450.

³¹⁴ Citado en Louis L. Gerson, *Woodrow Wilson and the Rebirth of Poland, 1914-1920* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1953), pp. 27-28.

³¹⁵ Harold Nicolson, *Peacemaking 1919* (Londres: Constable Co., 1933), p. 187.

³¹⁶ Woodrow Wilson, discurso en la Metropolitan Opera House, 27 de septiembre de 1918, en Arthur S. Link (comp.), *The Papers of Woodrow Wilson* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1966), vol. 51, pp. 131-132.

³¹⁷ Citado en Edward Hallett Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939* (2.^a ed., 1946) (Nueva York: Harper Row, reimpression en rústica, 1964), p. 34.

³¹⁸ Citado en *ibid.*, p. 35.

³¹⁹ Citado en Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 17.

³²⁰ Citado en Stephen A. Schuker, *The End of French Predominance in Europe* (Chapel Hill, N. C.: University of North Carolina Press, 1976), p. 254.

³²¹ Citado en *ibid.*, p. 251.

³²² *Ibid.*

³²³ *Ibid.*, p. 254.

³²⁴ Citado en F. L. Carsten, *Britain and the Weimar Republic* (Nueva York: Schocken Books, 1984), p. 128.

³²⁵ *Papers Respecting Negotiations for an Anglo-French Pact* (Londres: His Majesty's Stationery Office, 1924), artículo núm. 33, pp. 112-113.

³²⁶ Minutas de reuniones del gabinete; conferencias de ministros, conclusiones del gabinete: 1 (22), 10 de enero de 1922, Official Archives, Public Record Office, Cabinet Office, CAB 23/29.

³²⁷ Carr, *Twenty Years' Crisis*, pp. 200 ss.

³²⁸ Citado en Carsten, *Britain and the Weimar Republic*, p. 81.

³²⁹ Carta de Tardieu a House, 22 de marzo de 1919, en André Tardieu, *The Truth About the Treaty* (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1921), p. 136.

³³⁰ John Maynard Keynes, *Treatise on the Economic Consequences of the Peace* (Londres: Macmillan, 1919).

³³¹ Edward Hallett Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. 3 (Nueva York/Londres: W. W. Norton, en rústica, 1985), p. 16.

³³² *Ibid.*, p. 9.

³³³ V. I. Lenin, *Collected Works* (Moscú: Progress Press, 1964), vol. 26, p. 448.

³³⁴ Citado en Carr, *Bolshevik Revolution*, p. 44.

³³⁵ Citado en *ibid.*, p. 42.

³³⁶ Citado en *ibid.*, p. 70.

³³⁷ Citado en *ibid.*, p. 161.

- ³³⁸ Citado en Edward Hallett Carr, *German-Soviet Relations Between the Two World Wars, 1919-1939* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1951), p. 40.
- ³³⁹ Citado en F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics, 1918-1933* (Oxford: Oxford University Press, 1966), p. 69.
- ³⁴⁰ Citado en George F. Kennan, *Russia and the West Under Lenin and Stalin* (Boston/Toronto: Little, Brown, 1960), p. 206.
- ³⁴¹ Citado en *ibíd.*, p. 210.
- ³⁴² *Ibíd.*, p. 212.
- ³⁴³ Citado en Hermann Graml, *Europa in der Zwischen der Kriegen* (Munich, 1969), p. 154.
- ³⁴⁴ Vizconde D'Abernon, *The Ambassador of Peace: Lord d'Abernon's Diary* (Londres: Hodder Stoughton, 1929), vol. II, p. 225.
- ³⁴⁵ Citado en Graml, *Europa*, p. 130.
- ³⁴⁶ Citado en Stephen A. Schuker, *The End of French Predominance in Europe* (Chapel Hill, N. C.: University of North Carolina Press, 1976), p. 255.
- ³⁴⁷ Citado en Henry L. Bretton, *Stresemann and the Revision of Versailles* (Stanford, Cal.: Stanford University Press, 1953), p. 38.
- ³⁴⁸ Citado en Marc Trachtenberg, *Reparations in World Politics* (Nueva York: Columbia University Press, 1980), p. 48.
- ³⁴⁹ Citado en *ibíd.*
- ³⁵⁰ Citado en Bretton, *Stresemann*, p. 21.
- ³⁵¹ Citado en F. L. Carsten, *Britain and the Weimar Republic* (Nueva York: Schocken Books, 1984), p. 37.
- ³⁵² Citado en Hans W. Gatzke, *Stresemann and the Rearmament of Germany* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1954), p. 12.
- ³⁵³ *Gustav Stresemann, His Diaries, Letters and Papers*, compilados y traducidos por Eric Sutton (Londres, 1935), vol. 1, p. 225.
- ³⁵⁴ Citado en David Dutton, *Austen Chamberlain, Gentleman in Politics* (Bolton: Ross Anderson, 1985), p. 250.
- ³⁵⁵ Citado en *ibíd.*, p. 5.
- ³⁵⁶ Citado en Jon Jacobson, *Locarno Diplomacy* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1972), p. 90.
- ³⁵⁷ Citado en Raymond J. Sontag, *A Broken World, 1919-1939* (Nueva York: Harper Row, 1971), p. 133.
- ³⁵⁸ Selig Adler, *The Isolationist Impulse: Its Twentieth-Century Reaction* (Nueva York: Free Press, 1957), p. 217.
- ³⁵⁹ D. W. Brogan, *The French Nation, 1814-1940* (Londres: Hamilton, 1957), p. 267.
- ³⁶⁰ Citado en Dutton, *Austen Chamberlain*, p. 251.
- ³⁶¹ F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics, 1918-1933* (Berkeley: University of California Press, 1973), p. 139.
- ³⁶² Citado en Bretton, *Stresemann*, p. 22.
- ³⁶³ Citado en Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 29.
- ³⁶⁴ Winston S. Churchill, *The Second World War, vol. 1, The Gathering Storm* (Boston: Houghton Mifflin, 1948), p. 74.
- ³⁶⁵ Citado en *ibíd.*, p. 73.

- ³⁶⁶ Citado en A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Nueva York: Atheneum, en rústica, 1983), p. 66.
- ³⁶⁷ Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), p. 380.
- ³⁶⁸ Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche in Führerhauptquartier 1941-1942* (comp.), Percy Ernst Schramm (Stuttgart, 1963).
- ³⁶⁹ Phipps a Simon, 21 de noviembre de 1933, citado en A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Nueva York: Atheneum, 1983), pp. 73-74.
- ³⁷⁰ Conversación de MacDonald con Daladier, 16 de marzo de 1933, en *ibid.*, P. 74.
- ³⁷¹ *Ibid.*, p. 75.
- ³⁷² Reunión anglo-francesa del 22 de septiembre de 1933, en *ibid.*, pp. 75-76.
- ³⁷³ Citado en Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Nueva York: Henry Holt, 1991), p. 523.
- ³⁷⁴ Citado en *ibid.*, p. 524.
- ³⁷⁵ Citado en *ibid.*, p. 523.
- ³⁷⁶ Citado en Robert J. Young, *In Command of France: French Foreign Policy and Military Planning 1933-1940* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1978), p. 37.
- ³⁷⁷ Citado en Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 30.
- ³⁷⁸ Citado en Paul Johnson, *Modern Times: The World from the Twenties to the Eighties* (Nueva York: Harper Row, 1983), p. 341.
- ³⁷⁹ Citado en Gilbert, *Churchill*, p. 531
- ³⁸⁰ Citado en *ibid.*, pp. 531-532.
- ³⁸¹ Citado en *ibid.*, p. 537.
- ³⁸² Citado en Winston S. Churchill, *The Second World War, vol. 1, The Gathering Storm* (Boston: Houghton Mifflin, 1948), p. 119.
- ³⁸³ Citado en Gilbert, *Churchill*, p. 538.
- ³⁸⁴ Citado en Adamthwaite, *France, 1936-1939*, p. 75.
- ³⁸⁵ Haile Selassie, 30 de junio de 1936, citado en David Clay Large, *Between Two Fires: Europe's Path in the 1930s* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1990), pp. 177-178.
- ³⁸⁶ Citado en Josef Henke, *England in Hitlers Politischem Kalkul* (German Bundesarchiv, Schriften, núm. 20, 1973), p. 41.
- ³⁸⁷ Gerhard Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany: Diplomatic Revolution in Europe* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), p. 241.
- ³⁸⁸ Anthony Eden, conde de Avon, *The Eden Memoirs, vol. 1, Facing the Dictators* (Boston: Houghton Mifflin, 1962), pp. 375-376.
- ³⁸⁹ Citado en Weinberg, *Foreign Policy of Hitler's Germany*, p. 259.
- ³⁹⁰ Citado en *ibid.*, p. 254.
- ³⁹¹ Churchill, *Gathering Storm*, p. 196.
- ³⁹² Citado en Gilbert, *Churchill*, p. 553.
- ³⁹³ *Parliamentary Debates*, 5.^a ser., vol. 309 (Londres: His Majesty's Stationery Office, 1936), 10 de marzo de 1936, col. 1976.
- ³⁹⁴ Citado en Adamthwaite, *France, 1936-1939*, p. 41.
- ³⁹⁵ *Ibid.*, pp. 53 ss.
- ³⁹⁶ *Ibid.*
- ³⁹⁷ Memorándum, circular del Ministerio de Exteriores, citado en Taylor, *Origins of Second*

- World War*, p. 137.
- ³⁹⁸ Citado en Adamthwaite, *France, 1936-1939*, p. 68.
- ³⁹⁹ Citado en *ibíd.*, p. 69.
- ⁴⁰⁰ Citado en Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1978), p. 698.
- ⁴⁰¹ Adolf Hitler, *Mein Kampf* (Nueva York: Reynal Hitchcock, 1940), p. 175.
- ⁴⁰² Halifax a Phipps, 22 de marzo de 1938, citado en Taylor, *Origins of Second World War*, p. 155.
- ⁴⁰³ *Ibíd.*, p. 191.
- ⁴⁰⁴ *Ibíd.*
- ⁴⁰⁵ Bullock, *Hitler and Stalin*, pp. 582 ss.
- ⁴⁰⁶ Citado en *ibíd.*, p. 589.
- ⁴⁰⁷ Citado en Taylor, *Origins of Second World War*, p. 191.
- ⁴⁰⁸ Primer ministro W. L. Mackenzie King, 29 de septiembre de 1938, en John A. Munro (comp.), *Documents on Canadian External Relations*, vol. 6 (Ottawa: Department of External Affairs, 1972), p. 1.099.
- ⁴⁰⁹ Primer ministro J. A. Lyons, 30 de septiembre de 1938, en R. G. Neale (comp.), *Documents on Australian Foreign Policy 1937-1949* (Canberra: Australian Government Publishing Service), vol. I, p. 476.
- ⁴¹⁰ Chamberlain a la Cámara de los Comunes, 3 de octubre de 1938, *Parliamentary Debates*, 5.ª ser., vol. 339 (1938), col. 48.
- ⁴¹¹ Citado en T. A. Taracouzio, *War and Peace in Soviet Diplomacy* (Nueva York: Macmillan, 1940), pp. 139-140.
- ⁴¹² Discurso de Stalin ante el XV Congreso del Partido, el 3 de diciembre de 1927, citado en Nathan Leites, *A Study of Bolshevism* (Glencoe, Ill.: Free Press of Glencoe, 1953), p. 501.
- ⁴¹³ Informe de Stalin al XVII Congreso del Partido, 26 de enero de 1934, en Alvin Z. Rubinstein (comp.), *The Foreign Policy of the Soviet Union* (Nueva York: Random House, 1960), p. 108.
- ⁴¹⁴ Informe al VII Congreso de la Internacional Comunista, agosto de 1935, en *ibíd.*, pp. 133-136.
- ⁴¹⁵ Robert Legvold, *After the Soviet Union: From Empire to Nations* (Nueva York: W. W. Norton, 1992), p. 7.
- ⁴¹⁶ Citado en Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 264.
- ⁴¹⁷ Citado en Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin, and the Nazi-Soviet Pact 1939-1941* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1988), p. 57.
- ⁴¹⁸ Donald Cameron Watt, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War 1938-1939* (Londres: William Heinemann, 1989), p. 109.
- ⁴¹⁹ Citado en Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 59.
- ⁴²⁰ *Ibíd.*
- ⁴²¹ Citado en Keith Feiling, *The Life of Neville Chamberlain* (Londres: Macmillan, 1946), p. 403.
- ⁴²² Citado en Watt, *How War Came*, pp. 221-222.
- ⁴²³ Citado en Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 69.
- ⁴²⁴ Citado en *ibíd.*, p. 72.
- ⁴²⁵ Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), p. 614.

- ⁴²⁶ Citado en Gordon A. Craig, *Germany 1866-1945* (Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1978), pp. 711-712.
- ⁴²⁷ Citado en Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 616.
- ⁴²⁸ Citado en *ibíd.*, p. 617.
- ⁴²⁹ Citado en *ibíd.*, p. 620.
- ⁴³⁰ A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Nueva York: Atheneum, 1961), p. 231.
- ⁴³¹ Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), pp. 679-680.
- ⁴³² Citado en *ibíd.*, p. 682.
- ⁴³³ Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin, and the Nazi-Soviet Pact 1939-1941* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1988), p. 508; y Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 687.
- ⁴³⁴ Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 509.
- ⁴³⁵ Citado en Martin Wight, *Power Politics* (Nueva York: Holmes and Meier, 1978), p. 176.
- ⁴³⁶ *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, serie D (1937-1945), «The War Years» (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1960), vol. XI, p. 537.
- ⁴³⁷ *Ibíd.*
- ⁴³⁸ *Ibíd.*, pp. 537-538.
- ⁴³⁹ *Ibíd.*, p. 539.
- ⁴⁴⁰ Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 159.
- ⁴⁴¹ Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 688.
- ⁴⁴² Citado en *ibíd.*, p. 689.
- ⁴⁴³ Citado en Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 530.
- ⁴⁴⁴ *Ibíd.*, p. 532.
- ⁴⁴⁵ En nuestros tiempos se arguyó -erróneamente, a mi parecer- que ésta no había sido en realidad una «propuesta» soviética. Véase el argumento presentado (en contra del argumento de Zbigniew Brzezinski) en Raymond L. Garthoff, *Détente and Confrontation: American Soviet Relations from Nixon to Reagan* (Washington: Brookings Institution, 1985), pp. 941-942.
- ⁴⁴⁶ Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 688.
- ⁴⁴⁷ Citado en Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 568. Véase también Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 716.
- ⁴⁴⁸ Citado en Read y Fisher, *Deadly Embrace*, p. 576.
- ⁴⁴⁹ Citado en *ibíd.*
- ⁴⁵⁰ Citado en *ibíd.*, p. 640.
- ⁴⁵¹ Citado en *ibíd.*, pp. 647-648.
- ⁴⁵² Citado en *ibíd.*, p. 629.
- ⁴⁵³ Isaiah Berlin, *Personal Impressions*, editado por Henry Hardy (Nueva York: Viking Press, 1981), p. 26.
- ⁴⁵⁴ Véase *ibíd.*, pp. 23-31.
- ⁴⁵⁵ *Ibíd.*
- ⁴⁵⁶ U.S. Senate, *Conference on the Limitation of Armament*, Senate Documents, vol. 10 (67 Congreso, 2. sesión, 1921-1922) (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1922), p. 11.
- ⁴⁵⁷ Selig Adler, *The Isolationist Impulse, Its Twentieth-Century Reaction* (Nueva York: Free Press, Londres: Collier-Macmillan, 1957), p. 142.
- ⁴⁵⁸ U.S. Senate, *Conference on Limitation of Armament*, pp. 867-868.

⁴⁵⁹ Citado en Adler, *Isolationist Impulse*, p. 214.

⁴⁶⁰ Citado en *ibíd.*, p. 216.

⁴⁶¹ *Ibíd.*, p. 214.

⁴⁶² Frank B. Kellogg, «The Settlement of International Controversies by Pacific Means», discurso pronunciado ante la World Alliance for International Friendship, 11 de noviembre de 1928 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1928).

⁴⁶³ *Ibíd.*

⁴⁶⁴ Henry L. Stimson y McGeorge Bundy, *On Active Service in Peace and War* (Nueva York: Harper Brothers, 1948), p. 259.

⁴⁶⁵ Discurso de Roosevelt en la Fundación Woodrow Wilson, 28 de diciembre de 1933, en *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt* (Nueva York: Random House, 1938), vol. 2, 1933, pp. 548-549.

⁴⁶⁶ Adler, *Isolationist Impulse*, pp. 235-236.

⁴⁶⁷ Ruhl J. Bartlett (comp.), *The Record of American Diplomacy* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1956), pp. 572-577. La Primera Ley de Neutralidad, firmada por FDR el 31 de agosto de 1935: embargo de armas; no se permitiría a norteamericanos viajar en navíos de beligerantes. La Segunda Ley de Neutralidad, firmada por FDR el 29 de febrero de 1936 (una semana antes de la reocupación de Renania, el 7 de marzo): extendía la Primera Ley hasta el 1 de mayo de 1936, y añadía una prohibición contra préstamos o créditos a beligerantes. La Tercera Ley de Neutralidad, firmada por FDR el 1 de mayo de 1937: extendía las leyes anteriores que fuesen a expirar a medianoche, más unas cláusulas de «pagar y llevar» para ciertos artículos no militares.

⁴⁶⁸ Tratado entre los Estados Unidos de América y Alemania para restaurar las relaciones de amistad y terminar el estado de guerra entre ellos, firmado en Berlín el 25 de agosto de 1921.

⁴⁶⁹ Memorándum de Hull a FDR, 9 de marzo de 1936, citado en William Appleman Williams (comp.). *The Shaping of American Diplomacy, 1914-1968* vol. II, 2.^a ed. (Chicago: Rand McNally, 1973), p. 199.

⁴⁷⁰ Discurso en Chicago, 5 de octubre de 1937, en Roosevelt, *Public Papers* (Nueva York: Macmillan Co., 1941), vol. 1937, p. 410.

⁴⁷¹ *Ibíd.*, vol. 1939, Introducción por FDR, p. xxviii.

⁴⁷² Charles A. Beard, *American Foreign Policy in the Making, 1932-1940: A Study in Responsibilities* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1946), pp. 188 ss.

⁴⁷³ Citado en *ibíd.*, p. 190.

⁴⁷⁴ *Ibíd.*

⁴⁷⁵ *Ibíd.*, p. 193.

⁴⁷⁶ *Ibíd.*

⁴⁷⁷ Citado en Adler, *Isolationist Impulse*, pp. 244-245.

⁴⁷⁸ Citado en Anthony Adamthwaite, *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939* (Londres: Frank Cass, 1977), p. 209.

⁴⁷⁹ Conferencia de prensa de Roosevelt, 9 de septiembre de 1938, en *Complete Presidential Press Conferences of Franklin Delano Roosevelt*, vol. 12, 1938 (Nueva York: Da Capo Press, 1972), por fecha.

⁴⁸⁰ Discurso transmitido por radio en el Forum Herald-Tribune, 26 de octubre de 1938, en Roosevelt, *Public Papers*, vol. 1938, p. 564.

⁴⁸¹ *Ibíd.*, p. 565.

⁴⁸² Donald Cameron Watt, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War*,

1938-1939 (Londres: William Heinemann, 1989), p. 130.

⁴⁸³ Mensaje Anual al Congreso, 4 de enero de 1939, en Roosevelt, *Public Papers*, vol. 1939, p. 3.

⁴⁸⁴ Franklin D. Roosevelt, *Complete Presidential Press Conferences of Franklin Delano Roosevelt*, vol. 13, 1939, p. 262.

⁴⁸⁵ Roosevelt, *Public Papers*, vol. 1939, pp. 198-199.

⁴⁸⁶ Watt, *How War Came*, p. 261.

⁴⁸⁷ «The President Again Seeks a Way to Peace. A Message to Chancellor Adolf Hitler and Premier Benito Mussolini, April 14, 1939», en Roosevelt, *Public Papers*, vol. 1939, pp. 201-205.

⁴⁸⁸ Discurso de Vandenberg en el Senado, «It Is Not Cowardice to Think of America First», 27 de febrero de 1939, en *Vital Speeches of the Day*, vol. V, núm. 12 (1 de abril de 1939), pp. 356-357.

⁴⁸⁹ Citado en Adler, *Isolationist Impulse*, p. 248.

⁴⁹⁰ Ted Morgan, *FDR: A Biography* (Nueva York: Simon Schuster, 1985), p. 520.

⁴⁹¹ Discurso en la Universidad de Virginia, 10 de junio de 1940, en Roosevelt, *Public Papers*, vol. 1940, pp. 263-264.

⁴⁹² Discurso de Churchill ante la Cámara de los Comunes, 4 de junio de 1940, en Martin Gilbert, *Churchill: A Life* (Nueva York: Henry Holt, 1991), p. 656.

⁴⁹³ Informe de Roosevelt sobre el estado de la Unión, 6 de enero de 1941, *Vital Speeches*, vol. VII, núm. 7 (15 de enero de 1941), p. 198.

⁴⁹⁴ Citado en Adler, *Isolationist Impulse*, p. 282.

⁴⁹⁵ *Ibid.*

⁴⁹⁶ Citado en *ibid.*, p. 284.

⁴⁹⁷ Winston S. Churchill, *The Second World War, vol. 3, The Grand Alliance* (Boston: Houghton Mifflin, 1950), p. 140.

⁴⁹⁸ Discurso transmitido por radio anunciando la Proclama de Emergencia Nacional Ilimitada, 27 de mayo de 1941, en Roosevelt, *Public Papers* (Nueva York: Harper Brothers, 1950), vol. 1941, p. 192.

⁴⁹⁹ The Atlantic Charter: Official Statement on Meeting Between the President and Prime Minister Churchill, 14 de agosto de 1941, en *ibid.*, p. 314.

⁵⁰⁰ *Ibid.*, p. 315.

⁵⁰¹ Fireside Chat to the Nation, 11 de septiembre de 1941, en *ibid.*, pp. 384-392. 50. Adler, *Isolationist Impulse*, p. 257.

⁵⁰² Churchill Roosevelt, *The Complete Correspondence*, 3 vols., editado por Warren F. Kimball, vol. II, Alliance Forged, November 1942-February 1944 (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1984), p. 767.

⁵⁰³ Citado en Herbert Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1957), p. 340.

⁵⁰⁴ James MacGregor Burns, *Roosevelt: The Soldier of Freedom* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970), p. 566.

⁵⁰⁵ Mensaje a Churchill, 1 de junio de 1942, en Kimball (comp.), *Churchill Roosevelt*, vol. I, Alliance Emerging, October 1933-November 1942, p. 502.

⁵⁰⁶ Citado en Elliott Roosevelt, *As He Saw It* (Nueva York: Duell, Sloan and Pearce 1946), pp. 115-116.

⁵⁰⁷ Citado en Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1979), p. 324.

- ⁵⁰⁸ Cordell Hull, discurso ante el Congreso respecto a la Conferencia de Moscú, 18 de noviembre de 1943, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. IX, núm. 230 (20 de noviembre de 1943), p. 343.
- ⁵⁰⁹ Winston S. Churchill, *The Second World War, vol. 4, The Hinge of Fate* (Boston: Houghton Mifflin, 1950), p. 214.
- ⁵¹⁰ Citado en William Roger Louis, *Imperialism at Bay: The United States and the Decolonization of the British Empire, 1941-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1978), p. 121.
- ⁵¹¹ Citado en *ibíd.*, p. 129.
- ⁵¹² Citado en *ibíd.*, pp. 154-155.
- ⁵¹³ Debo gran parte de este análisis al libro de Peter Rodman, de próxima aparición, sobre los enfoques norteamericano y soviético del Tercer Mundo, que será publicado por Charles Scribner's Sons.
- ⁵¹⁴ Memorándum por Charles Taussig, 15 de mayo de 1944, citado en Louis, *Imperialism at Bay*, p. 486.
- ⁵¹⁵ Citado en Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History* (Nueva York: Harper Brothers, 1948), p. 605.
- ⁵¹⁶ Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, pp. 11-13.
- ⁵¹⁷ Véase Eric Larrabee, *Commander in Chief Franklin Delano Roosevelt, His Lieutenants, and Their War* (Nueva York: Harper Row, 1987), p. 503.
- ⁵¹⁸ Burns, *Roosevelt*, p. 374.
- ⁵¹⁹ Estoy en deuda con un discurso, inédito, de Arthur Schlesinger, Jr., «Franklin D. Roosevelt and U. S. Foreign Policy», pronunciado ante la Society for Historians of American Foreign Relations, Vassar College, 18 de junio de 1992.
- ⁵²⁰ Sir John Wheeler-Bennett y Anthony Nicholls, *The Semblance of Peace* (Londres: Macmillan, 1972), pp. 46 ss.
- ⁵²¹ Citado en *The Memoirs of Cordell Hull*, vol. II (Nueva York: Macmillan, 1948), p. 1.452.
- ⁵²² Wheeler-Bennett y Nicholls, *Semblance of Peace*, p. 49.
- ⁵²³ Hull, *Memoirs*, vol. II, pp. 1.168-1.170.
- ⁵²⁴ Citado en Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, p. 59.
- ⁵²⁵ Citado en William G. Hyland, *The Cold War Is Over* (Nueva York: Random House, 1990), p. 32.
- ⁵²⁶ Citado en Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, pp. 572-573.
- ⁵²⁷ Citado en *ibíd.*, p. 572.
- ⁵²⁸ Discurso de Schlesinger, «Roosevelt and U. S. Foreign Policy», p. 18.
- ⁵²⁹ *Ibid.*, p. 17.
- ⁵³⁰ John Colville, *The Fringes of Power: 10 Downing Street Diaries, 1939-1955* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1985), p. 404.
- ⁵³¹ Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, pp. 131-132.
- ⁵³² Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), p. 821.
- ⁵³³ Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, p. 285 (las cursivas son nuestras).
- ⁵³⁴ Citado en Francis Perkins, *The Roosevelt I Knew* (Nueva York: Viking, 1946), pp. 84-85.
- ⁵³⁵ Citado en Bertram D. Hulen, «Washington Hails Reds' Step as Great Gain for the Allies», *New York Times*, 23 de mayo de 1943, p. 30.

⁵³⁶ «The United States in a New World», *Fortune*, suplemento, abril de 1943.

⁵³⁷ Roosevelt's Christmas Eve Fireside Chat on Teheran and Cairo Conferences, 23 de diciembre de 1943, en *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, vol. 1943 (Nueva York: Harper Brothers), p. 558.

⁵³⁸ Winston S. Churchill, *The Second World War, vol 6, Triumph and Tragedy* (Boston: Houghton Mifflin, 1953), p. 198. Véase también Kimball (comp.), *Churchill Roosevelt*, vol. III Alliance Declining, February 1944-April 1945, p. 351; y Hyland, *Cold War*, pp. 35-36.

⁵³⁹ Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, pp. 522-523.

⁵⁴⁰ Citado en Dallek, *Franklin D. Roosevelt*, p. 520.

⁵⁴¹ Citado en Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 870.

⁵⁴² Discurso de toma de posesión de Franklin Roosevelt, 20 de enero de 1945, en *The Presidents Speak*, anotado por Davis Newton Lott (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1969), p. 248.

⁵⁴³ Citado en Dallek, *Franklin D. Roosevelt*, p. 521.

⁵⁴⁴ Citado en Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (Nueva York: Harcourt, Brace World, 1962), p. 114.

⁵⁴⁵ Citado en Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, pp. 607-608.

⁵⁴⁶ Bullock, *Hitler and Stalin*, pp. 883-884.

⁵⁴⁷ Churchill, *Triumph and Tragedy* (edición en rústica, con introducción de John Keegan, Boston: Houghton Mifflin, 1986), p. 436.

⁵⁴⁸ Dmitri Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, publicado y traducido del ruso por Harold Shukman (Rocklin, Calif.: Prima Publishing, 1991-1992; ed. original, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1991), pp. 412 ss.

⁵⁴⁹ Véase Bullock, *Hitler and Stalin*, pp. 697 ss.

⁵⁵⁰ Citado en Joachim C. Fest, *Hitler*, traducido del alemán por Richard y Clara Winston (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974), p. 694.

⁵⁵¹ Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 308.

⁵⁵² Citado en Dallek, *Franklin D. Roosevelt*, p. 505.

⁵⁵³ Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin*, p. 270.

⁵⁵⁴ James MacGregor Burns, *Roosevelt: The Soldier of Freedom* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970), pp. 448-449.

⁵⁵⁵ Citado en Selig Adler, *The Isolationist Impulse: Its Twentieth-Century Reaction* (Nueva York: Free Press; Londres: Collier-Macmillan, 1957), p. 285.

⁵⁵⁶ Truman, parafraseado en una reunión de fines de mayo de 1945, con líderes del National Citizens Political Actions Committee, citado en Richard J. Walton, Henry Wallace, *Harry Truman and the Cold War* (Nueva York: Viking Press, 1976), p. 119.

⁵⁵⁷ Discurso ante una Sesión Conjunta del Congreso, 16 de abril de 1945, *Public Papers of the Presidents of the United States, Harry S. Truman*, vol. 1945 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1961), p. 5 (citado en adelante como *Truman Papers*); repetido, p. 22, en el discurso de Truman del 25 de abril de 1945.

⁵⁵⁸ Citado en W. Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946* (Nueva York: Random House, 1975), p. 474.

⁵⁵⁹ Winston S. Churchill, *The Second World War, vol 6, Triumph and Tragedy* (Boston: Houghton Mifflin, 1953), p. 503.

⁵⁶⁰ Harry S. Truman, *Year of Decisions, Memoirs*, vol. I (Nueva York: Doubleday, 1955), p. 260.

⁵⁶¹ Herbert Feis, *Churchill, Roosevelt, Stalin: The War They Waged and the Peace They Sought*

(Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1957), p. 133.

⁵⁶² Citado en *ibíd.*, p. 652.

⁵⁶³ Almirante de flota William D. Leahy, *I Was There: The Personal History of the Chief of Staff to Presidents Roosevelt and Truman Based on His Notes and Diaries Made at the Time* (Nueva York/Londres/Toronto: Whittlesey House/McGraw-Hill Book Company 1950), pp. 379-380.

⁵⁶⁴ *Ibíd.*, p. 380.

⁵⁶⁵ Citado en Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History* (Nueva York: Harper Brothers, 1948), p. 890.

⁵⁶⁶ *Ibíd.*, p. 908.

⁵⁶⁷ State Department briefing book paper, «British Plans for a Western European Bloc», 4 de julio de 1945, en U. S. Department of State, *Foreign Relations of the United States: The Conference of Berlin (The Potsdam Conference) 1945* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office), vol. I, pp. 262-263.

⁵⁶⁸ Citado en Terry H. Anderson, *The United States, Great Britain and the Cold War 1944-1947* (Columbia, Mo.: University of Missouri Press, 1981), p. 69.

⁵⁶⁹ Citado en Robert J. Donovan, *Conflict and Crisis: The Presidency of Harry S. Truman 1945-1948* (Nueva York: W. W. Norton, 1977), p. 81.

⁵⁷⁰ Citado en *ibíd.*, p. 84.

⁵⁷¹ Truman, *Year of Decisions*, p. 416.

⁵⁷² Churchill, *Triumph and Tragedy*, p. 582.

⁵⁷³ Citado en John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War* (Nueva York: Columbia University Press, 1972), p. 266.

⁵⁷⁴ Discurso de Truman sobre política exterior el Día de la Celebración de la Marina, Nueva York, 27 de octubre de 1945, en *Truman Papers*, vol. 1945, pp. 431438.

⁵⁷⁵ Citado en Gaddis, *Origins of Cold War*, p. 280.

⁵⁷⁶ Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (Nueva York: Harcourt, Brace World, 1962), p. 114.

⁵⁷⁷ Robert Conquest, «The Evil of This Time», en *New York Review of Books*, vol. XL, núm. 15 (23 de septiembre de 1993), p. 27.

⁵⁷⁸ Citado en Henry A. Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Nueva York: Harper Brothers, publicado para el Council on Foreign Relations, 1957), p. 367.

⁵⁷⁹ *Ibíd.*, p. 371.

⁵⁸⁰ Citado en Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), p. 907.

⁵⁸¹ Discurso de elección de Iósif Stalin, «Nuevo plan quinquenal para Rusia», transmitido por Radio Moscú el 9 de febrero de 1946, reproducido en *The New York Times*, 10 de febrero de 1946.

⁵⁸² *Ibíd.*

⁵⁸³ *Ibíd.*

⁵⁸⁴ Véase P. M. S. Blackett, *Atomic Weapons and East-West Relations* (Nueva York: Cambridge University Press, 1956).

⁵⁸⁵ Discurso de Winston S. Churchill, «El nervio de la paz», 5 de marzo de 1946, en Westminster College, Fulton, Mo., en Robert Rhodes James (comp.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963* (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con R. R. Bowker, 1974), vol. VII, 1943-1949, pp. 7.825 ss.

⁵⁸⁶ *Ibíd.*, p. 7.292.

⁵⁸⁷ George F. Kennan, «Telegrama largo» desde Moscú, 22 de febrero de 1946, en *Foreign Relations of the United States, 1946* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1969), vol. VI, p. 697.

⁵⁸⁸ Andrei Zhdánov, «La situación internacional», pronunciado en la Conferencia de Fundación del Cominform, septiembre de 1947, en la Cámara de Representantes de los E. U. A., Comité de Asuntos Exteriores, *The Strategy and Tactics of World Communism*, supl. I, «One Hundred Years of Communism 1848-1948», 80.º Congreso, 2.ª sesión, doc. núm. 619 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1948), pp. 211 ss.

⁵⁸⁹ Bullock, *Hitler and Stalin*, p. 922.

⁵⁹⁰ *Ibid.*, p. 923.

⁵⁹¹ Discurso transmitido por radio, 28 de abril de 1947, *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XVI, núm. 410, p. 924.

⁵⁹² George F. Kennan, «Telegrama largo» desde Moscú, 22 de febrero de 1946, en *Foreign Relations of the United States, 1946* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1969), vol. VI, pp. 666-709.

⁵⁹³ *Ibid.*, p. 700.

⁵⁹⁴ *Ibid.*, p. 699.

⁵⁹⁵ H. Freeman Matthews, memorándum del miembro en funciones del Departamento de Estado (Matthews) al Comité Coordinador del Estado-Guerra-Marina, «Political Estimate of Soviet Policy for Use in Connection with Military Studies., 1 de abril de 1946, en *Foreign Relations, United States, 1946*, vol. I, p. 1.169.

⁵⁹⁶ *Ibid.*

⁵⁹⁷ *Ibid.*, p. 1.170.

⁵⁹⁸ *Ibid.*, p. 1.168.

⁵⁹⁹ *Ibid.*, p. 1.170.

⁶⁰⁰ Clark Clifford, «American Relations with the Soviet Union: A Report to the President by the Special Counsel to the President., 24 de septiembre de 1946, en Thomas H. Etzold y John Lewis Gaddis (comps.), *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950* (Nueva York: Columbia University Press, 1978), p. 66.

⁶⁰¹ *Ibid.*, p. 67 (las cursivas son nuestras).

⁶⁰² *Ibid.*, p. 68.

⁶⁰³ *Ibid.*, p. 71.

⁶⁰⁴ Citado en Joseph M. Jones, *The Fifteen Weeks (February 21 June 5, 1947)* (Nueva York: Viking Press, 1955), p. 141.

⁶⁰⁵ *Public Papers of the Presidents of the United States, Harry S. Truman*, vol. 1947 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1963), p. 178.

⁶⁰⁶ *Ibid.*, p. 179.

⁶⁰⁷ *Ibid.*, p. 178.

⁶⁰⁸ George Marshall, «European Initiative Essential to Economic Recovery., discurso en los Ejercicios Finales en la Universidad de Harvard, 5 de junio de 1947, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XVI, núm. 415 (5 de junio de 1947), p. 1.160 (las cursivas son nuestras).

⁶⁰⁹ *Ibid.*

⁶¹⁰ *Ibid.*

⁶¹¹ «X» (George F. Kennan), «The Sources of Soviet Conduct., en *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 4 (julio de 1947), p. 575.

⁶¹² *Ibid.*, p. 581.

⁶¹³ *Ibid.*, pp. 579-580.

⁶¹⁴ *Ibid.*, p. 582.

⁶¹⁵ Testimonio del embajador Warren Austin, 28 de abril de 1949, en el Senado de los Estados Unidos, Comité de Relaciones Exteriores, *The North Atlantic Treaty*, Hearings, 81.º Congreso, 1.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1949), parte I, p. 97.

⁶¹⁶ *Ibid.*, parte I, apéndice, pp. 334-337.

⁶¹⁷ *Ibid.*, p. 337.

⁶¹⁸ *Ibid.*, parte I, p. 17.

⁶¹⁹ *Ibid.*, p. 150.

⁶²⁰ Senado de los Estados Unidos, Comité de Relaciones Exteriores, *Report on the North Atlantic Treaty*, 81º Cong., 1.ª sesión, 6 de junio de 1949 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1949), p. 23.

⁶²¹ Véase, por ejemplo, el testimonio de Acheson ante los Comités de Relaciones Exteriores del Senado y de los Servicios Armados, 8 de agosto de 1949, en *State Bulletin*, vol. XXI, núm. 529 (22 de agosto de 1949), pp. 265 ss., y su discurso a la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, 30 de abril de 1951, en *State Bulletin*, vol. XXIV, núm. 619 (14 de mayo de 1951), pp. 766-770.

⁶²² Discurso de Acheson, «Lograr un sentido de comunidad entre naciones libres: un paso hacia el orden mundial», ante la Asociación de ex Alumnos de Harvard, Cambridge, Mass., 22 de junio de 1950, en *State Bulletin*, vol. XXIII, núm. 574 (3 de julio de 1950), p. 17.

⁶²³ Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. 6, *Triumph and Tragedy* (Boston: Houghton Mifflin, 1953; edición en rústica, con introducción de John Keegan, 1985), p. 266.

⁶²⁴ NSC-68, «United States Objectives and Programs for National Security», 14 de abril de 1950, en *Foreign Relations, United States*, 1950, vol. I, p. 240.

⁶²⁵ *Ibid.*, p. 241.

⁶²⁶ *Ibid.*

⁶²⁷ *Ibid.*, pp. 241-242.

⁶²⁸ *Ibid.*, p. 279.

⁶²⁹ Walter Lippmann, *The Cold War: A Study in U. S. Foreign Policy* (Nueva York/Londres: Harper Brothers, 1947), p. 13.

⁶³⁰ *Ibid.*, p. 23.

⁶³¹ *Ibid.*, pp. 61-62.

⁶³² Lc, 23, 31. (*N. de la T.*)

⁶³³ Winston S. Churchill: *His Complete Speeches, 1897-1963*, comp. por Robert Rhodes James, vol. VII, 1943-1949 (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con R. R. Bowker, 1974), p. 7.710.

⁶³⁴ *Ibid.*, vol. VIII (1950-1963), p. 8.132.

⁶³⁵ Henry A. Wallace, *Toward World Peace* (Nueva York: Reynal Hitchcock, 1948), p. 118.

⁶³⁶ Henry A. Wallace, discurso en el Madison Square Garden, 12 de septiembre de 1946, en Walter LaFeber (comp.), *The Dynamics of World Power: A Documentary History of United States Foreign Policy, 1945-1973*, vol. II, *Eastern Europe and the Soviet Union* (Nueva York: Chelsea House Publishers, 1973), p. 260.

⁶³⁷ Citado en J. Samuel Walker, *Henry A. Wallace and American Foreign Policy* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1976), p. 129.

⁶³⁸ Citado en *ibid.*, p. 121.

- ⁶³⁹ Wallace, memorándum a Truman, 14 de marzo de 1946, en Harry S. Truman, *Year of Decisions, Memoirs, vol. I* (Nueva York: Doubleday, 1955), p. 555.
- ⁶⁴⁰ Discurso de Wallace en el Madison Square Garden, 12 de septiembre de 1946, en LaFeber (comp.), *Dynamics of World Power*, pp. 258-259.
- ⁶⁴¹ Discurso de Wallace anunciando su candidatura a la presidencia, 29 de diciembre de 1947, en Thomas G. Paterson (comp.), *Cold War Critics: Alternatives to American Foreign Policy in the Truman Years* (Chicago: Quadrangle Books, 1971), pp. 98-103.
- ⁶⁴² Wallace, citado en Alonzo Hanby, «Henry A. Wallace, the Liberals, and Soviet American Relations», *Review of Politics*, vol. XXX (abril de 1968), p. 164.
- ⁶⁴³ George F. Kennan, *Russia, the Atom and the West* (Nueva York: Harper Brothers, 1957), p. 13.
- ⁶⁴⁴ Cámara de Representantes de los E. U. A., Subcomité del Comité de Asignaciones, *Military Functions: National Military Establishment Appropriation Bill for 1949*, Hearings, 80.º Congreso, 2.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1948), parte 3, p. 3.
- ⁶⁴⁵ General MacArthur, entrevista con G. Ward Price, *New York Times*, 2 de marzo de 1949, p. 22.
- ⁶⁴⁶ Secretario de Estado Dean Acheson, «Crisis in Asia: An Examination of U. S. Policy», observaciones ante el Club Nacional de Prensa, Washington, 12 de enero de 1950, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XXII, núm. 551 (23 de enero de 1950), p. 116.
- ⁶⁴⁷ Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers*, con introducción, comentario y notas de Edward Crankshaw, compilado y traducido [al inglés] por Strobe Talbott (Boston: Little Brown, 1970), pp. 368-369. Material soviético recién descubierto parece indicar que el papel de los soviéticos fue mucho más significativo. Véase Kathryn Weathersby, «New Findings on the Korean War», *Cold War International History Project Bulletin*, otoño de 1993, Woodrow Wilson Center, Washington, D. C.
- ⁶⁴⁸ Declaración del presidente Truman hecha el 27 de junio de 1950, en Harry S. Truman, *Years of Trial and Hope 1946-1952, Memoirs, vol. 2* (Nueva York: Doubleday, 1956), pp. 338-339.
- ⁶⁴⁹ *Ibid.*, p. 339.
- ⁶⁵⁰ *Ibid.*
- ⁶⁵¹ *Ibid.*
- ⁶⁵² Citado en Max Hastings, *The Korean War* (Nueva York: Simon Schuster, 1987), p. 133.
- ⁶⁵³ *Public Papers of the Presidents of the United States, Harry S. Truman*, vol. 1950 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1965), pp. 674-675 (citado en adelante como Truman Papers).
- ⁶⁵⁴ Declaración de Truman del 30 de noviembre de 1950, en *ibid*, p. 724.
- ⁶⁵⁵ *Truman Papers*, vol. 1951, p. 227.
- ⁶⁵⁶ Senado de los Estados Unidos, Comité de los Servicios Armados y Comité de Asuntos Exteriores, *Military Situation in the Far East, Hearings*, 82º Congreso, 1.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1951), parte I, p. 75 (citado en adelante como Audiencias de MacArthur).
- ⁶⁵⁷ *Ibid.*, p. 30.
- ⁶⁵⁸ *Ibid.*
- ⁶⁵⁹ *Truman Papers*, vol. 1951, pp. 226-227.
- ⁶⁶⁰ *Ibid.*, p. 227.
- ⁶⁶¹ Audiencias de MacArthur, parte 1, p. 45.
- ⁶⁶² *Ibid.*, parte 2, p. 938.

⁶⁶³ *Ibid.*, parte 3, p. 1.717.

⁶⁶⁴ *Ibid.*, pp. 1.718-1.719.

⁶⁶⁵ Truman, *Trial and Hope*, p. 345.

⁶⁶⁶ Audiencias de MacArthur, parte 1, p. 593.

⁶⁶⁷ *Ibid.*, parte 2, p. 896.

⁶⁶⁸ *Ibid.*, p. 732.

⁶⁶⁹ *Ibid.*, parte 3, p. 1.720.

⁶⁷⁰ General Matthew B. Ridgway, U. S. A. Ret., *Soldier: The Memoirs of Matthew B. Ridgway* (Westport, Conn.: Greenwood Press, reimpresión de 1974), pp. 219-220.

⁶⁷¹ Audiencias de MacArthur, parte 1, p. 68.

⁶⁷² Hastings, *Korean War*, pp. 186 ss.

⁶⁷³ Citado en *ibid.*, p. 197.

⁶⁷⁴ Audiencias de MacArthur, parte 3, p. 1.717.

⁶⁷⁵ Yevgenii S. Varga, *Changes in the Economy of Capitalism as a Result of the Second World War* (Moscú: Politicheskaya Literatura, 1946), citado en Allen Lynch, *The Soviet Study of International Relations* (Cambridge: Cambridge University Press, 1967), pp. 20-28.

⁶⁷⁶ William G. Hyland, *The Cold War is Over* (Nueva York, Random House, 1990), p. 63.

⁶⁷⁷ Joseph Stalin, «Economic Problems of Socialism in the U. S. S. R.», en Bruce Franklin (comp.), *The Essential Stalin: Major Theoretical Writings 1905-1952* (Nueva York: Anchor Books, 1972), p. 471.

⁶⁷⁸ *Ibid.*

⁶⁷⁹ *Ibid.*

⁶⁸⁰ «Note from the Soviet Union to the United States Transmitting a Soviet Draft of a Peace Treaty with Germany, March 10, 1952», en *U. S. Department of State, Documents on Germany 1944-1985* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, sin fecha), Department of State Publication #9446, pp. 361-364.

⁶⁸¹ *Ibid.*

⁶⁸² «Note from the United States to the Soviet Union Proposing Creation of a Freely-Elected All-German Government Prior to Negotiation of a Peace Treaty, March 25, 1952», en *ibid.*, pp. 364-365.

⁶⁸³ «Note from the Soviet Union to the United States Proposing Four-Power Rather Than United Nations Investigation of Conditions for Free All-German Elections, April 9 1952», en *ibid.*, pp. 365-367; «Note from the United States to the Soviet Union Reasserting the Authority of the United Nations to Investigate Conditions for Free All-German Elections, May 13, 1952», en *ibid.*, pp. 368-371; «Note from the Soviet Union to the United States Proposing Simultaneous Four-Power Discussion of a German Peace Treaty, German Reunification, and Formation of an All-German Government, May 24, 1952», en *ibid.*, pp. 374-378; «Note from the United States to the Soviet Union Reasserting the Need to Investigate Conditions for Holding Free All-German Elections as a First Step Toward German Reunification, July 10, 1952», en *ibid.*, pp. 385-388; «Note from the Soviet Union to the United States Proposing a Four-Power Meeting to Discuss a German Peace Treaty, Formation of an All-German Government, and the Holding of All-German Elections, August 23, 1952», en *ibid.*, pp. 388-393; «Note from the United States to the Soviet Union Urging "a Single-Minded Effort..." to Come to Grips with the Problem of Free Elections in Germany, September 23, 1952», en *ibid.*, pp. 395-397.

⁶⁸⁴ Observaciones de Stalin en la Sesión de Clausura del XIX. Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, 14 de octubre de 1952, *Current Digest of the Soviet Press*, vol IV, núm. 38 (1

de noviembre de 1952), pp. 9-10.

⁶⁸⁵ Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992), p. 968.

⁶⁸⁶ Nikita Jruschov, *Khrushchev Remembers*, con introducción, comentario y notas de Edward Crankshaw, compilado y traducido [al inglés] por Strobe Talbott (Boston: Little, Brown, 1970), pp. 392-394.

⁶⁸⁷ Council on Foreign Relations, *The United States and World Affairs*, 1953, p. 116.

⁶⁸⁸ John Colville, *The Fringes of Power: 10 Downing Street Diaries, 1939-1955* (Nueva York/Londres: W. W. Norton, 1985), p. 654.

⁶⁸⁹ Citado en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill: Never Despair, 1945-1965* (Boston: Houghton Mifflin, 1988), p. 510.

⁶⁹⁰ Observaciones en la Casa Blanca, 16 de febrero de 1950, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XXII, núm. 559 (20 de marzo de 1950), pp. 427-429.

⁶⁹¹ Colville, *Fringes of Power*, p. 650.

⁶⁹² Peter G. Boyle (comp.), *The Churchill-Eisenhower Correspondence, 1953-55* (Chapel Hill, N. C./Londres: University of North Carolina Press, 1990), p. 36.

⁶⁹³ Discurso «La oportunidad de la paz», pronunciado ante la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos, Washington, D. C., 16 de abril de 1953, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Dwight D. Eisenhower*, vol. 1953 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1960), pp. 179-188 (citado en adelante como Eisenhower Papers). La historia de la redacción del discurso de Eisenhower se narra en W. W. Rostow, *Europe After Stalin: Eisenhower's Three Decisions of March 11, 1953* (Austin, Tex.: University of Texas Press, 1982).

⁶⁹⁴ Carta a Eisenhower, 4 de mayo de 1953, en Boyle (comp.), *Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 48.

⁶⁹⁵ Carta a Churchill, 5 de mayo de 1953, en *ibíd.*, p. 49.

⁶⁹⁶ Discurso en la Cámara de los Comunes, 11 de mayo de 1953, en Robert Rhodes James (comp.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. VIII, 1950-1963 (Nueva York/Londres: Chelsea House, en coedición con R. R. Bowker, 1974), p. 8.483.

⁶⁹⁷ *Ibid.*, p. 8.484.

⁶⁹⁸ Boyle (comp.), *Churchill-Eisenhower Correspondence*, p. 83.

⁶⁹⁹ *Ibid.*

⁷⁰⁰ George F. Kennan, «Disengagement Revisited», en *Foreign Affairs*, vol. 37, núm. 2 (enero de 1959), pp. 187-210. Véase también la opinión de Acheson en Dean Acheson, «The Illusion of Disengagement», en *Foreign Affairs*, vol. 36, núm. 3 (abril de 1958), pp. 371-382.

⁷⁰¹ *Ibid.*

⁷⁰² Henry A. Kissinger, «Missiles and the Western Alliance», en *ibíd.*, pp. 383- 400.

⁷⁰³ Citado en Emmet John Hughes, *The Ordeal of Power: A Political Memoir of the Eisenhower Years* (Nueva York: Atheneum, 1963), p. 109.

⁷⁰⁴ Discurso transmitido por radio y televisión al pueblo norteamericano antes de partir a la Conferencia de los Cuatro Grandes en Ginebra, 15 de julio de 1955, en *Eisenhower Papers*, vol. 1955, p. 703.

⁷⁰⁵ Editorial, *The New York Times*, 25 de julio de 1955.

⁷⁰⁶ Memorándum de una conversación, Departamento de Estado, Washington, 3 de octubre de 1955, 10.01 horas, «Call of the British Foreign Secretary re: *Soviet-Egyptian Arms Agreement*», en «Arab-Israeli Dispute, 1955», *Foreign Relations of the United States*, vol. XIV, p. 545.

⁷⁰⁷ Declaración final en la Conferencia de Ministros de Exteriores, en Ginebra, el 16 de

noviembre de 1955, en *Documents on International Affairs*, Noble Frankland (comp.), vol. 1955 (Londres: Oxford University Press, 1958), pp. 73-77.

⁷⁰⁸ Jruschov, *Khrushchev Remembers*, p. 400.

⁷⁰⁹ Informe de Jruschov al XX Congreso del Partido, *Pravda*, 15 de febrero de 1956, en *Current Digest of the Soviet Press*, vol. VIII, núm. 4 (7 de marzo de 1956), pp. 4, 6, 7.

⁷¹⁰ Andrei Gromyko, *Memories*, traducido [al inglés] por Harold Shukman (Londres: Hutchinson, 1989).

⁷¹¹ Andrei Zhdanov, «La situación internacional», pronunciado en la Conferencia de Fundación del Cominform, septiembre de 1947, en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Comité de Asuntos Exteriores, *The Strategy and Tactics of World Communism, Supl. 1, «One Hundred Years of Communism, 1848-1948»*, 80º Congreso, 2.ª sesión, doc. núm. 619 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1948), pp. 213-214.

⁷¹² Observaciones de Churchill en la Cámara de los Comunes, 19 de abril de 1951, en Robert Rhodes James (comp.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. VIII, 1950-1963 (Nueva York/Londres: Chelsea House en coedición con R. R. Bowker, 1974), p. 8.193.

⁷¹³ Véase Keith Kyle, *Suez* (Nueva York: St. Martin's Press, 1991), pp. 70 ss.

⁷¹⁴ *Ibid.*, p. 85.

⁷¹⁵ Véase *ibid.*, pp. 89 ss.

⁷¹⁶ Citado en *ibid.*, p. 130.

⁷¹⁷ Citado en *Ibid.*

⁷¹⁸ Discurso de Nasser, Alejandría, 26 de julio de 1956, en Noble Frankland (comp.), *Documents on International Affairs, 1956* (Londres/Nueva York/Toronto: Oxford University Press, 1959, publicado bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs), p. 80.

⁷¹⁹ *Ibid.*, p. 113; véase también Kyle, *Suez*, p. 134.

⁷²⁰ Citado en Kyle, *Suez*, p. 115.

⁷²¹ Anthony Eden, *Full Circle: The Memoir of the Rt. Hon. Sir Anthony Eden* (Londres: Cassell, 1960), p. 427.

⁷²² *Parliamentary Debates* (Hansard), 5ª serie, vol. 557, Cámara de los Comunes Sesión 1955-1956 (Londres: Her Majesty's Stationery Office, 1956), col. 919.

⁷²³ Kyle, *Suez*, p. 145.

⁷²⁴ Eden, *Full Circle*, p. 437.

⁷²⁵ Citado en Alistair Horne, *Harold Macmillan, Volume 1: 1894-1956* (Nueva York: Penguin Books, 1991), p. 405.

⁷²⁶ Carta de Eisenhower a Eden, 1 de julio de 1956, en Dwight D. Eisenhower, *Waging Peace: The White House Years 1956-1961* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1965), pp. 664-665; véase también Kyle, *Suez*, p. 160.

⁷²⁷ Citado en Louis L. Gerson, John Foster Dulles, *The American Secretaries of State and Their Diplomacy*, vol. XVII (Nueva York: Cooper Square Publishers, 1967), p. xi.

⁷²⁸ Citado en *ibid.*, p. 28.

⁷²⁹ Stephen E. Ambrose, *Eisenhower, vol. 2, The President* (Nueva York: Simon Schuster, 1984), p. 21.

⁷³⁰ Gerson, *Dulles*; p. xii.

⁷³¹ Declaración de Dulles del 3 de agosto de 1956, en Departamento de Estado de los E. U. A., *The Suez Canal Problem, July 26-September 22, 1956: A Documentary Publication* (Washington, D. C.: Departamento de Estado, 1956), p. 37 (citado en adelante como Suez Canal Problem).

- ⁷³² Observaciones de Dulles en discurso transmitido por radio y televisión, 3 de agosto de 1956, en *ibíd.*, p. 42.
- ⁷³³ Observaciones de Dulles como aparecieron en el *New York Times*, 3 de octubre de 1956, p. 8.
- ⁷³⁴ Eden, *Full Circle*, p. 498.
- ⁷³⁵ Eisenhower, *Waging Peace*, p. 667.
- ⁷³⁶ Citado en *Suez Canal Problem*, p. 344.
- ⁷³⁷ Citado en Kyle, *Suez*, p. 185.
- ⁷³⁸ «El pueblo pregunta al Presidente», transmisión televisada, 12 de octubre de 1956, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Dwight D. Eisenhower*, vol. 1956 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office), p. 903 (citado en adelante como *Eisenhower Papers*).
- ⁷³⁹ Véase, por ejemplo, Eisenhower, *Waging Peace*, pp. 676-677.
- ⁷⁴⁰ *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XXXV, núm. 907 (12 de noviembre de 1956), p. 750.
- ⁷⁴¹ Dwight D. Eisenhower, «Informe por radio y televisión al pueblo norteamericano sobre los acontecimientos de Europa oriental y Oriente Medio», en *Eisenhower Papers*, vol. 1956, p. 1.064.
- ⁷⁴² Frankland (comp.), *Documents on International Affairs*, p. 289.
- ⁷⁴³ *Ibíd.*
- ⁷⁴⁴ *Ibíd.*, p. 292.
- ⁷⁴⁵ *Ibíd.*, p. 293.
- ⁷⁴⁶ *Eisenhower Papers*, vol. 1956, p. 1.066.
- ⁷⁴⁷ Observaciones de Dulles en conferencia de prensa, 18 de diciembre de 1956, en *State Bulletin*, vol. XXXVI, núm. 915 (7 de enero de 1956), p. 5.
- ⁷⁴⁸ Citado en Kyle, *Suez*, p. 426.
- ⁷⁴⁹ Citado en *ibíd.*
- ⁷⁵⁰ Citado en Herman Finer, *Dulles over Suez: The Theory and Practice of His Diplomacy* (Chicago: Quadrangle Books, 1964), p. 397.
- ⁷⁵¹ Citado en Kyle, *Suez*, p. 477.
- ⁷⁵² Citado en *ibíd.*, p. 495.
- ⁷⁵³ Citado en *ibíd.*, p. 467.
- ⁷⁵⁴ «U. S. Support for Baghdad Pact», comunicado de prensa 604 del Departamento de Estado, 29 de noviembre de 1956, en *State Bulletin*, vol. XXXV, núm. 911 (10 de diciembre de 1956), p. 918.
- ⁷⁵⁵ Mensaje especial al Congreso sobre la situación en Oriente Medio, 5 de enero de 1957, en *Eisenhower Papers*, vol. 1957, pp. 6-16.
- ⁷⁵⁶ Mensaje anual al Congreso sobre el estado de la Unión, 10 de enero de 1957, en *ibíd.*, p. 29.
- ⁷⁵⁷ Citado en John Lewis Gaddis, *The Long Peace* (Nueva York/Londres: Oxford University Press, 1987), p. 157.
- ⁷⁵⁸ *Life*, 19 de mayo de 1952.
- ⁷⁵⁹ Tibor Meray, *Thirteen Days That Shook the Kremlin*, traducido por Howard Katzander (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1959), p. 7.
- ⁷⁶⁰ Citado en Melvin J. Lasky (comp.), *The Hungarian Revolution* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1957), p. 126.
- ⁷⁶¹ Llamamiento al presidente del Consejo de Seguridad, 27 de octubre de 1956, en *U. S. Department of State Bulletin* (12 de noviembre de 1956), p. 757.
- ⁷⁶² Citado en Meray, *Thirteen Days*, p. 140.
- ⁷⁶³ *Ibíd.*, p. 169.
- ⁷⁶⁴ John Foster Dulles, «La tarea de entablar la paz», discurso pronunciado ante el Dallas

Council on World Affairs, 27 de octubre de 1956, en *State Bulletin*, vol. XXXV, núm. 906 (5 de noviembre de 1956), p. 697.

⁷⁶⁵ Dwight D. Eisenhower, «Informe por radio y televisión al pueblo norteamericano sobre los acontecimientos de Europa oriental y Oriente Medio», 31 de octubre de 1956, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Dwight D. Eisenhower, vol. 1956* (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1958), p. 1.061 (citado en adelante como *Eisenhower Papers*). (Las cursivas son nuestras.)

⁷⁶⁶ *Ibid.*

⁷⁶⁷ *Ibid.*, p. 1.062.

⁷⁶⁸ Declaración del Gobierno de la URSS del 30 de octubre de 1956, «Sobre los principios del desarrollo y mayor fortalecimiento de amistad y cooperación entre la Unión Soviética y otros Estados socialistas», que apareció en *Pravda* y en *Izvestia*, 31 de octubre de 1956, en *Current Digest of the Soviet Press*, vol. VIII, núm. 40 (14 de noviembre de 1956), p. 11.

⁷⁶⁹ *Eisenhower Papers*, vol. 1956, p. 1.062.

⁷⁷⁰ Gobierno de la URSS, «Sobre los Principios», p. 11.

⁷⁷¹ Citado en Paul E. Zinner (comp.), *National Communism and Popular Revolt in Eastern Europe* (Nueva York: Columbia University Press, 1956), p. 463.

⁷⁷² Discurso completo de Nehru en *Lok Sabha Debates*, parte II, vol. 9, núm. 3, cols. 260-267, en *Royal Institute of International Affairs*, vol. IV, núm. 7, pp. 328-330.

⁷⁷³ Conferencia de prensa del secretario Dulles el 18 de diciembre de 1956, en *State Bulletin*, vol. XXXVI, núm. 915 (7 de enero de 1957), pp. 3-4.

⁷⁷⁴ Conferencia de prensa del secretario Dulles, Canberra, 13 de marzo de 1957, en *State Bulletin*, vol. XXXVI, núm. 927 (1 de abril de 1957), p. 533.

⁷⁷⁵ Nikita S. Jruschov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, con una introducción de Edward Crankshaw y Jerrold Schecter, compilado y traducido [al inglés] por Strobe Talbott (Boston, Little Brown, 1974), p. 501.

⁷⁷⁶ John Foster Dulles, «La nueva tarea de la libertad», discurso en el Foro del Bulletin de Filadelfia, 26 de febrero de 1956, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XXXIV, núm. 871 (5 de marzo de 1956), pp. 363-364.

⁷⁷⁷ Citado en William G. Hyland, *The Cold War is Over* (Nueva York: Random House, 1990), p. 97.

⁷⁷⁸ Senado de los Estados Unidos, *Khrushchev on the Shifting Balance of World Forces, A Special Study Presented by Senator Hubert H. Humphrey*, 86.º Congreso, 1.ª sesión, Senate Doc. núm. 57 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1959), fragmentos de la entrevista de Jruschov con W. Sinnbeck, director de *Dansk Folkstyre*, enero de 1958, p. 8.

⁷⁷⁹ *Ibid.* (Observaciones de Jruschov al VII Congreso del Partido Comunista Búlgaro, 4 de junio de 1958), p. 7.

⁷⁸⁰ Nikita S. Jruschov, «Nuestra fuerza está en la unidad fraternal», discurso a la Reunión de la Amistad de los Pueblos de la Unión Soviética y de la República Popular de Polonia, 10 de noviembre de 1958, reproducido en *Pravda*, 11 de noviembre de 1958, en *Current Digest of the Soviet Press*, vol. X, núm. 45 (17 de diciembre de 1958), P. 9.

⁷⁸¹ Nota soviética del 27 de noviembre de 1958, en *Documents on American Foreign Relations*, compilado por Paul E. Zinner (Nueva York: publicado para el Council on Foreign Relations por Harper Brothers, 1959), pp. 220-231.

⁷⁸² Jruschov, discurso al XXI Congreso del Partido, publicado en *Pravda*, 28 de enero de 1959,

en *Current Digest*, vol. XI, núm. 4 (4 de marzo de 1959), p. 19.

⁷⁸³ Narrado por De Gaulle, en Charles de Gaulle, *Memoirs of Hope: Renewal and Endeavor*, traducido por Terence Kilmartin (Nueva York: Simon and Schuster, 1971), p. 223.

⁷⁸⁴ Konrad Adenauer, *Erinnerungen, 1955-1959* (Stuttgart, 1967), pp. 473-474.

⁷⁸⁵ Harold Macmillan, *Pointing the Way, 1959-1961* (Nueva York: Harper Row, 1972), p. 101.

⁷⁸⁶ Conferencia de prensa de Eisenhower del 11 de marzo de 1959, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Dwight D. Eisenhower*, vol. 1959 (Washington, D.C.: U. S. Government Printing Office, 1960), p. 244.

⁷⁸⁷ Conferencia de prensa de Eisenhower del 18 de febrero de 1959, en *ibid.*, p. 196.

⁷⁸⁸ Conferencia de prensa de Eisenhower del 11 de marzo de 1959, en *ibid.*, p.245.

⁷⁸⁹ *The Berlin Crises 1958-1961, Documentary Collection for Oral History Session* (Harvard University, 1990), 2 partes, compilada por William Burr, David Rosenberg y Georg Schild; Burr, «Select Chronology», parte 1, 9 de marzo de 1959, entrada (citada en adelante como proyecto de *Berlin Crises*).

⁷⁹⁰ Conferencia de prensa de De Gaulle, 5 de septiembre de 1961, en *Documents on International Affairs*, 1961, compilado por D. C. Watt, John Major, Richard Gott y George Schopflin (Londres: Oxford University Press para el Royal Institute of International Affairs, 1965), p. 111.

⁷⁹¹ Conferencia de prensa del 5 de septiembre de 1960, en *ibid.*, pp. 84-85.

⁷⁹² De Gaulle, *Memoirs of Hope*, p. 223.

⁷⁹³ Proyecto *Berlin Crises*, parte 2, entrada de Burr para el 24 de noviembre de 1958, Dulles a Adenauer.

⁷⁹⁴ Conferencia de prensa de Dulles, 26 de noviembre de 1958, en *State Bulletin*, vol. XXXIX, núm. 1.016 (15 de diciembre de 1958), pp. 947 ss.

⁷⁹⁵ Conferencia de prensa de Dulles, 13 de enero de 1959, en *State Bulletin*, vol. XI, núm: 1.023 (2 de febrero de 1959), p. 161.

⁷⁹⁶ *Ibid.*

⁷⁹⁷ Proyecto *Berlin Crises*, parte 1, entrada de Burr para el 27 de noviembre de 1958, informando sobre la reacción de Brandt, en la noche del 26 de noviembre, a la conferencia de prensa de Dulles del 26 de noviembre de 1958.

⁷⁹⁸ Marc Trachtenberg, «The Berlin Crisis», en *ibid.*, p. 39, versión de Bruce del mensaje de Dulles del 14 de enero de 1959.

⁷⁹⁹ Entrada en *ibid.*, Burr, 13 de enero de 1959, versión de la conversación de Herbert Dittman con Livingston Merchant.

⁸⁰⁰ Discurso de Jruschov en Leipzig, 7 de marzo de 1959, en *Current Digest*, vol. XI, núm. 13 (29 de abril de 1959), p. 5.

⁸⁰¹ Proyecto *Berlin Crises*, ensayo de Trachtenberg, p. 46.

⁸⁰² *Ibid.*, p. 47.

⁸⁰³ *Ibid.*

⁸⁰⁴ Citado en Jean Edward Smith, *The Defense of Berlin* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1963), pp. 212-213.

⁸⁰⁵ *Newsweek*, 5 de octubre de 1959, p. 19.

⁸⁰⁶ Discurso de Jruschov ante 10.000 obreros húngaros, en «Khrushchev Cites, 56 Kremlin Split on Hungary Move», en *New York Times*, 3 de diciembre de 1959, p. 1.

⁸⁰⁷ Gordon Gray, «Memorándum de una reunión con el Presidente», en proyecto *Berlin Crises*, ensayo de Trachtenberg, p. 47.

⁸⁰⁸ Hyland, *Cold War is Over*, pp. 120-121.

⁸⁰⁹ *Ibid.*, p. 120.

⁸¹⁰ Citado en Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev 1960-1963* (Nueva York: Harper Collins, 1991), p. 225.

⁸¹¹ Memorándum de Kennedy a Rusk, 21 de agosto de 1961, citado en proyecto *Berlin Crises*, ensayo de Trachtenberg, p. 78.

⁸¹² Memorándum de Bundy a Kennedy, 28 de agosto de 1961, citado en *ibid.*

⁸¹³ «U. S. Source Advises Bonn to Talk to East Germany.», en *New York Times*, 23 de septiembre de 1961, p. 1.

⁸¹⁴ McGeorge Bundy, «Policy for the Western Alliance-Berlin and After», discurso ante el Economic Club of Chicago, 6 de diciembre de 1961, en *State Bulletin*, vol. XLVI, núm. 1.185 (12 de marzo de 1962), p. 424.

⁸¹⁵ Henry A. Kissinger, *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (Nueva York, publicado para el Council on Foreign Relations por Harper Brothers, 1957).

⁸¹⁶ Fragmentos de la conferencia de prensa de Adenauer del 7 de mayo de 1962, reproducidos después en *New York Times*, 13 de mayo de 1962, sección IV, p. 5.

⁸¹⁷ *Ibid.*, 8 de mayo de 1962, p. 4.

⁸¹⁸ Citado en Beschloss, *Crisis Years*, p. 400.

⁸¹⁹ Carta de Acheson a Truman, 21 de septiembre de 1961, en proyecto *Berlin Crises*, ensayo de Trachtenberg, p. 82.

⁸²⁰ Carta de Acheson al general Lucius Clay, en *ibid.*, pp. 82-83.

⁸²¹ Proyecto *Berlin Crises*, parte 2, Burr, entrada para el 26 de agosto de 1959 respecto al informe del Departamento de Estado, «Germany and the Western Alliance».

⁸²² Citado en George F. Kennan, *Memoirs, 1950-1963*, vol. II (Boston/Toronto: Little, Brown, 1972), p. 253.

⁸²³ Discurso del primer ministro Stanley Baldwin en el Albert Hall, el 27 de mayo de 1935, tal como se publicó en el *London Times*, 28 de mayo de 1935, p. 18.

⁸²⁴ Sobre el discurso de Acheson en West Point, el 5 de diciembre de 1962, véase Douglas Brinkley, Dean Acheson: *The Cold War Years, 1953-1971* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1992), pp. 175-182.

⁸²⁵ Harold Macmillan, *Riding the Storm, 1956-1959* (Nueva York: Harper Row, 1971), p. 586.

⁸²⁶ Harold Macmillan, *Pointing the Way, 1959-1961* (Nueva York: Harper Row, 1972), p. 101.

⁸²⁷ Macmillan, *Riding the Storm*, p. 577. También, ésta fue más o menos la reacción de Eisenhower en cuanto a la sustancia.

⁸²⁸ Macmillan, *Pointing the Way*, p. 82.

⁸²⁹ Harold Macmillan, *At the End of the Day, 1961-1963* (Nueva York: Harper Row, 1974), p. 357.

⁸³⁰ Texto, Comunicado Conjunto y Declaración Anexa sobre los Sistemas de Defensa Nuclear, emitidos el 21 de diciembre de 1962 por el presidente Kennedy y el primer ministro Macmillan, *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XLVIII, núm. 1.229 (14 de enero de 1963), p. 44.

⁸³¹ Parte del material sobre Francia y De Gaulle ha sido adaptado de la obra de este mismo autor *The Troubled Partnership: A Re-appraisal of the Atlantic Alliance* (Nueva York: publicado para el Council on Foreign Relations por McGraw-Hill, 1965), pp. 41 ss., y también de este autor, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), pp. 104 ss.

⁸³² «Discurso del presidente Charles de Gaulle esbozando los principios de la política exterior

francesa después del fracaso de la Conferencia en la Cumbre», 31 de mayo de 1960, en *Major Addresses, Statements, and Press Conferences of General Charles de Gaulle*, May 19, 1958 January 31, 1964 (Nueva York: Embajada de Francia, Departamento de Prensa e Información, 1964), p. 75.

⁸³³ Conferencia de prensa de De Gaulle del 11 de abril de 1961, en *ibid.*, p. 124.

⁸³⁴ Conferencia de prensa del 29 de julio de 1963, en *ibid.*, pp. 233-234.

⁸³⁵ Conferencia de prensa del 25 de marzo de 1959, en *ibid.*, p. 43.

⁸³⁶ Citado en Brian Crozier, *De Gaulle* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1973), pp. 533 ss.

Véase también Dwight D. Eisenhower, *Wagging Peace: The White House Years, 1956-1961* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1965), pp. 424-431.

⁸³⁷ Charles de Gaulle, *Memoirs of Hope: Renewal and Endeavor*, trad. por Terence Kilmartin (Nueva York: Simon and Schuster, 1971), pp. 229-230.

⁸³⁸ Citado en Crozier, *De Gaulle*, p. 525.

⁸³⁹ George Ball, «NATO and World Responsibility», en *The Atlantic Community Quarterly*, vol. 2, núm. 2 (verano de 1964), p. 211.

⁸⁴⁰ Para un análisis detallado de esta idea, véase *Kissinger, Troubled Partnership*, pp. 127 ss.

⁸⁴¹ Discurso de Kennedy en el Independence Hall, Filadelfia, 4 de julio de 1962, en *Public Papers of the Presidents of the United States, John F. Kennedy*, vol. 1962 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1963), pp. 537-539.

⁸⁴² Discurso de Kennedy en el Salón de Asambleas de la Paulskirche en Francfort, 25 de junio de 1963, en *ibid.*, vol. 1963, p. 520.

⁸⁴³ Conferencia de prensa de De Gaulle del 14 de enero de 1963, en *Major Addresses*, pp. 216-217.

⁸⁴⁴ Conferencia de prensa del 14 de enero de 1963, en *ibid.*, p. 218.

⁸⁴⁵ Conferencia de prensa del 19 de abril de 1963, citada en Harold van B. Cleveland, *The Atlantic Idea and Its European Rivals* (Nueva York: publicada para el Council on Foreign Relations por McGraw-Hill, 1966), p. 143.

⁸⁴⁶ «Declaración conjunta y Tratado entre la República Francesa y la República Federal de Alemania», 22 de enero de 1963, citado en Roy Macridis, *De Gaulle, Implacable Ally* (Nueva York: Harper Row, 1966), p. 188.

⁸⁴⁷ Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1949, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Harry S. Truman*, vol. 1949 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1964), pp. 112-114.

⁸⁴⁸ Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1953, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Dwight D. Eisenhower*, vol. 1953 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1960), p. 6 (citado en lo sucesivo como *Eisenhower Papers*).

⁸⁴⁹ *Ibid.*, p. 7.

⁸⁵⁰ Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1961, en *Public Papers of the Presidents of the United States, John F. Kennedy*, vol. 1961 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1962), p. 1.

⁸⁵¹ Discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1965, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Lyndon B. Johnson*, vol. 1965 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1966), p. 72.

⁸⁵² Véase Dean Acheson, «La paz que desea el mundo», discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, 20 de septiembre de 1950, *U. S. Department of State Bulletin*, vol. XXIII,

núm. 587 (2 de octubre de 1950), p. 524; y Dulles, citado en Jeffrey P. Kimball (comp.), *To Reason Why: The Debate About the Causes of U. S. Involvement in the Vietnam War* (Nueva York: McGraw-Hill, 1990), p. 54.

⁸⁵³ Citado en Kimball, *To Reason Why*, p. 73.

⁸⁵⁴ *Ibid.*

⁸⁵⁵ Citado en Thomas J. Schoenbaum, *Waging Peace and War: Dean Rusk in the Truman, Kennedy and Johnson Years* (Nueva York: Simon and Schuster, 1988), p. 234.

⁸⁵⁶ NSC-68, «United States Objectives and Programs for National Security», 7 de abril de 1950, en Departamento de Estado de los E. U. A., *Foreign Relations of the United States, 1950*, vol. I (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1977), pp. 237-238.

⁸⁵⁷ Véase William Roger Louis, *Imperialism at Bay: The United States and the Decolonization of the British Empire, 1941-1945* (Nueva York: Oxford University Press, 1978), caps. 1 y 2.

⁸⁵⁸ George C. Herring, *America's Longest War, The United States and Vietnam 1950-1975* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2.^a ed., 1986), p. 18.

⁸⁵⁹ *Ibid.*

⁸⁶⁰ Schoenbaum, *Waging Peace and War*, p. 230.

⁸⁶¹ Herring, *America's Longest War*, pp. 18-19.

⁸⁶² *Ibid.*, p. 19.

⁸⁶³ «United States Objectives and Courses of Action with Respect to Southeast Asia», Declaración de política por el Consejo Nacional de Seguridad, 1952, en Neil Sheehan, Hedrick Smith, W. W. Kenworthy, Fox Butterfield, *The Pentagon Papers, as Published by The New York Times* (Nueva York: Quadrangle Books, 1971), p. 29.

⁸⁶⁴ *Ibid.*, p. 28.

⁸⁶⁵ *Ibid.*, p. 29.

⁸⁶⁶ Citado en Herring, *America's Longest War*, p. 22.

⁸⁶⁷ Citado en *ibid.*, p. 26.

⁸⁶⁸ *Ibid.*, p. 27.

⁸⁶⁹ Citado en sir Robert Thompson, *Revolutionary War in World Strategy 1945-1969* (Nueva York: Taplinger, 1970), p. 120.

⁸⁷⁰ Citado en Stanley Karnow, *Vietnam: A History* (Nueva York: Penguin Books, 1984), pp. 197-198.

⁸⁷¹ Citado en William Bragg Ewald, Jr., *Eisenhower the President: Crucial Days 1951-1960* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1981), pp. 119-120.

⁸⁷² Eisenhower a Churchill, 4 de abril de 1954, en Peter G. Boyle (comp.), *The Churchill-Eisenhower Correspondence, 1953-1955* (Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 1990), pp. 137-140.

⁸⁷³ Anthony Eden, *Full Circle: The Memoirs of the Rt. Hon. Anthony Eden* (Boston: Houghton Mifflin, 1960), p. 124.

⁸⁷⁴ Citado en Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VIII, «Never Despair», 1945-1965 (Boston: Houghton Mifflin, 1988), pp. 973-974.

⁸⁷⁵ Citado en *ibid.*, p. 973.

⁸⁷⁶ Citado en *ibid.*

⁸⁷⁷ Townsend Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles* (Boston: Little, Brown, 1973), p. 239.

⁸⁷⁸ Richard M. Nixon, *No More Vietnams* (Nueva York: Arbor House, 1985), 41.

⁸⁷⁹ Dulles en conferencia de prensa en Londres, 13 de abril de 1954, citado en Hoopes, *Devil*

and John Foster Dulles, p. 209.

⁸⁸⁰ *Ibid.*, p. 222.

⁸⁸¹ Citado en Herring, *America's Longest War*, p. 39.

⁸⁸² Instrucciones de Dulles al subsecretario Walter Bedell Smith, 12 de mayo de 1954, en relación con la conferencia de Ginebra, en *The Pentagon Papers*, p. 44.

⁸⁸³ Declaración de los Estados Unidos sobre Indochina, 21 de julio de 1954, en *State Bulletin*, vol. XXXI, núm. 788 (2 de agosto de 1954), p. 162.

⁸⁸⁴ Herring, *America's Longest War*, p. 45.

⁸⁸⁵ Carta de Eisenhower a Diem, 23 de octubre de 1954, en Marvin E. Gettleman (comp.), *Viet Nam: History, Documents and Opinions on a Major World Crisis* (Greenwich, Conn.: Fawcett Publications, 1965), pp. 204-205.

⁸⁸⁶ Herring, *America's Longest War*, p. 56.

⁸⁸⁷ Senador Mike Mansfield, «Reprieve in Vietnam», en *Harper's*, enero de 1956, p. 50.

⁸⁸⁸ Senador John F. Kennedy, «El interés de los Estados Unidos en Vietnam, piedra de toque del Mundo Libre en el sureste de Asia», discurso pronunciado ante los American Friends of Vietnam, Washington, D. C., 1 de junio de 1956, en *Vital Speeches of the Day*, 1 de agosto de 1956, pp. 617 ss.

⁸⁸⁹ Herring, *America's Longest War*, p. 68.

⁸⁹⁰ Dwight D. Eisenhower, *Waging Peace: The White House Years, 1956-1961* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1965), p. 607.

⁸⁹¹ *Ibid.*, p. 610.

⁸⁹² «Discurso en la asamblea del Gettysburg College: la importancia de comprender», 4 de abril de 1959, en *Eisenhower Papers*, vol. 1959 (1960), p. 313.

⁸⁹³ *Public Papers of the Presidents of the United States, John F. Kennedy*, vol. 1961 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1962), p. 23 (en lo sucesivo citado como *Kennedy Papers*).

⁸⁹⁴ Lin Piao, «Long Live the Victory of People's War!», en *Peking Review*, vol. VIII, núm. 36 (3 de septiembre de 1965), pp. 9-30.

⁸⁹⁵ Citado en David Halberstam, *The Best and the Brightest* (Nueva York: Random House, 1972), p. 76.

⁸⁹⁶ Tomado de la primera declaración de Kennedy en una conferencia de prensa del 23 de marzo de 1961, en *Kennedy Papers*, vol. 1961 (1962), p. 214.

⁸⁹⁷ Mensaje especial al Congreso sobre el presupuesto de la Defensa, 28 de marzo de 1961, en *ibid.*, p. 230.

⁸⁹⁸ «*Let the Word Go Forth.: The Speeches, Statements, and Writings of John F. Kennedy, 1947-1963*, seleccionados y con una introducción de Theodore C. Sorensen (Nueva York: Dell Publishing, 1988), p. 371.

⁸⁹⁹ *Ibid.*, pp. 370 ss.

⁹⁰⁰ Senador John F. Kennedy, «El interés de los Estados Unidos en Vietnam, piedra de toque del Mundo Libre en el sureste de Asia», discurso pronunciado ante los American Friends of Vietnam, Washington, D. C., 1 de junio de 1956, en *Vital Speeches of the Day*, 1 de agosto de 1956, pp. 617-619.

⁹⁰¹ Lyndon Baines Johnson, *The Vantage Point: Perspectives of the Presidency 1963-1969* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1971), p. 55.

⁹⁰² Memorándum de Seguridad Nacional 52, firmado por McGeorge Bundy, asesor presidencial

sobre Seguridad Nacional, 11 de mayo de 1961, en Neil Sheehan, Hedrick Smith, W. W. Kenworthy, Fox Butterfield, *The Pentagon Papers as Published by the New York Times* (Nueva York: Quadrangle Books, 1971), p. 131.

⁹⁰³ Memorandum de Johnson a Kennedy, «Mission to Southeast Asia, India and Pakistan», 23 de mayo de 1961, en *Pentagon Papers*, p. 134.

⁹⁰⁴ Bundy, citado en *Pentagon Papers*, p. 103.

⁹⁰⁵ Memorandum de McNamara a Kennedy, 8 de noviembre de 1961, en *Pentagon Papers*, p. 154.

⁹⁰⁶ Citado en George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam 1950-1975* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2.^a ed., 1985), p. 83.

⁹⁰⁷ Citado en *ibíd.*, p. 86.

⁹⁰⁸ Mensaje especial de Kennedy al Congreso sobre política y principios de la Defensa, 28 de marzo de 1961, en *Kennedy Papers*, vol. 1961 (1962), pp. 229 ss.

⁹⁰⁹ Citado en Guenter Lewy, *America in Vietnam* (Nueva York: Oxford University Press, 1978), p. 26.

⁹¹⁰ Telegrama del Departamento de Estado a Lodge, en Saigón, 24 de agosto de 1963, en *Pentagon Papers*, p. 200.

⁹¹¹ *Ibíd.*

⁹¹² Editorial «Opportunity in Vietnam», *The New York Times*, 3 de noviembre de 1963, sección 4, p. 8E.

⁹¹³ Citado en Lewy, *America in Vietnam*, p. 28.

⁹¹⁴ Citado en *ibíd.*, p. 29.

⁹¹⁵ Harrison Salisbury, *Behind the Lines-Hanoi* (Nueva York: Harper Row, 1967), pp. 194-197.

⁹¹⁶ Edgar Snow, «Interview with Mao», *The New Republic*, 27 de febrero de 1965, p. 17.

⁹¹⁷ Discurso de Johnson al American Alumni Council, 12 de julio de 1966, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Lyndon B. Johnson*, vol. II, 1966 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1967), p. 720 (en lo sucesivo citado como *Johnson Papers*).

⁹¹⁸ *Ibíd.*

⁹¹⁹ Discurso de Johnson en la Johns Hopkins University, 7 de abril de 1965, en *Johnson Papers*, vol. I, 1965 (1966), pp. 396-397.

⁹²⁰ Discurso de Johnson sobre Vietnam a la National Legislative Conference, San Antonio, Texas, 29 de septiembre de 1967, en *Johnson Papers*, vol. II, 1967 (1968), p. 879.

⁹²¹ Walter Lippmann, «On Defeat», *Newsweek*, 11 de marzo de 1968, p. 25.

⁹²² Discurso de Fulbright, «Los Estados Unidos están en peligro de perder su perspectiva», a la Escuela de Estudios Avanzados Internacionales, Johns Hopkins University, Washington, D. C., 5 de mayo de 1966, reproducido en *U. S. News World Report*, vol. LX, núm. 21 (23 de mayo de 1966), pp. 114-115.

⁹²³ Discurso de J. William Fulbright, «Viejos mitos y nuevas realidades», pronunciado en el Senado de los Estados Unidos, 25 de marzo de 1964, reproducido en *Vital Speeches of the Day*, 16 de abril de 1964, pp. 393-394.

⁹²⁴ Richard L. Renfield, «A Policy for Vietnam», *Yale Law Review*, vol. LVI, núm. 4 (junio de 1967), pp. 481-505.

⁹²⁵ James Reston, «Washington: The Flies That Captured the Flypaper», *New York Times*, 7 de febrero de 1968, p. 46.

⁹²⁶ Senador J. William Fulbright, *The Crippled Giant: American Foreign Policy and Its*

Domestic Consequences (Nueva York: Random House, 1972), p. 62.

⁹²⁷ Para un brillante análisis de este grupo, véase Norman Podhoretz, *Why We Were in Vietnam* (Nueva York: Simon and Schuster, 1982), pp. 85 ss.

⁹²⁸ Citado en *ibíd.*, p. 100.

⁹²⁹ Citado en *ibíd.*, p. 105.

⁹³⁰ David Halberstam, *The Making of a Quagmire* (Nueva York: Random House, 1965), p. 319.

⁹³¹ Lewy, *American in Vietnam*, p. 76; Don Oberdorfer, *Tet!* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1971), pp. 329 ss.

⁹³² Arthur M. Schlesinger, Jr., *Robert Kennedy and His Times* (Boston: Houghton Mifflin, 1978), p. 843.

⁹³³ «Informe desde Vietnam por Walter Cronkite», noticiario especial de la CBS, 27 de febrero de 1968, citado en Oberdorfer, *Tet!*, p. 251.

⁹³⁴ «The Logic of the Battlefield», *Wall Street Journal*, 23 de febrero de 1968, p. 14.

⁹³⁵ «Frank Magee Sunday Report», NBC, 10 de marzo de 1968, citado en Oberdorfer, *Tet!*, p. 273.

⁹³⁶ «The War», *Time*, vol. 91, núm. 11 (15 de marzo de 1968), p. 14.

⁹³⁷ Declaración de Mansfield en el Senado, 7 de marzo de 1968, en *Congressional Record*, vol. 114, parte 5 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1968), p. 5.659.

⁹³⁸ Declaración de Fulbright ante el Senado, 7 de marzo de 1968, *ibíd.*, p. 5,645.

⁹³⁹ Mensaje televisado de Johnson al pueblo norteamericano, 31 de marzo de 1968, en *Johnson Papers*, 1968-1969, vol. I (1970), pp. 469-496.

⁹⁴⁰ Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography* (Nueva York: Simon Schuster, 1992), p. 484.

⁹⁴¹ El memorándum se encuentra impreso, íntegro, en las notas de capítulo de Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), pp. 1.480-1.482.

⁹⁴² Citado en *ibíd.*, p. 1.481.

⁹⁴³ Todos los planes de retirada norteamericanos estaban condicionados a un cese del fuego y a la liberación de todos los prisioneros.

⁹⁴⁴ Senador J. William Fulbright, *The Crippled Giant: American Foreign Policy and Its Domestic Consequences* (Nueva York: Random House, 1972), p. 62.

⁹⁴⁵ Observaciones de McGovern en «The Today Show», NBC TV, 8 de junio de 1972.

⁹⁴⁶ Citado en Kissinger, *White House Years*, p. 1.345.

⁹⁴⁷ Conferencia de prensa de Kissinger, 24 de enero de 1973, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. LXVIII, núm. 1.753 (12 de febrero de 1973), p. 164.

⁹⁴⁸ Véase Kissinger, *White House Years*, capítulos VIII y XII; Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Boston: Little, Brown, 1982), capítulos II y VIII; y la discusión de Peter W. Rodman con William Shawcross en *American Spectator*, marzo y julio de 1981.

⁹⁴⁹ Véase Karl D. Jackson (comp.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1989).

⁹⁵⁰ Véase Kissinger, *White House Years*, pp. 1.362 ss.

⁹⁵¹ Véase resumen de las declaraciones de los Estados Unidos en Kissinger, *Years of Upheaval*, pp. 1.236-1.240.

⁹⁵² «Fourth Annual Report to the Congress on United States Foreign Policy», 3 de mayo de 1973, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Richard Nixon*, vol. 1973 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1975), p. 392.

⁹⁵³ *Ibid.*, p. 395.

⁹⁵⁴ Second Supplemental Appropriations Bill for FY1973 (HR 9055-PL93-50). Véase *Congressional Quarterly, 1973 Almanac*, 93 Congreso, 1.ª sesión (Washington, D. C.: Congressional Quarterly, 1974), pp. 95 y 861-862.

⁹⁵⁵ Joseph Fitchett, «Saigon Residents Found Intimidated by "Occupation Force"», *Washington Post*, 6 de noviembre de 1978; véase también Christopher Dickey, «Former Vietnamese Captive Describes Life —and Death— in Saigon Prison», *Washington Post*, 20 de diciembre de 1978; Theodore Jacqueney, «They Are Us, Were We Vietnamese», *Worldview*, abril de 1977; Carl Gershman, «A Voice from Vietnam», *New Leader*, 29 de enero de 1979, pp. 8-9.

⁹⁵⁶ International Institute of Strategic Studies, *Strategic Survey, 1975* (Londres: IISS, 1975), p. 94.

⁹⁵⁷ Véase el libro, de próxima aparición, de Peter W. Rodman sobre la Guerra Fría en el Tercer Mundo, que será publicado por Charles Scribner's Sons, para un análisis más completo de esta evolución de la política soviética.

⁹⁵⁸ Richard Nixon, citado en *Time*, 3 de enero de 1972, p. 15. Véanse también sus observaciones a Midwestern News Media Executives en Kansas City, Missouri, 6 de julio de 1971, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Richard Nixon*, vol. 1971 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1972), p. 806 (citado en adelante como *Nixon Papers*).

⁹⁵⁹ Observaciones en el Presidential Prayer Breakfast, 5 de febrero de 1970, en *Nixon Papers*, vol. 1970, pp. 82-83.

⁹⁶⁰ Discurso por radio y televisión al pueblo de la Unión Soviética, 28 de mayo de 1972, en *Nixon Papers*, vol. 1972, p. 630.

⁹⁶¹ Observaciones extraoficiales de Nixon en Guam con periodistas, 25 de julio de 1969, en *Nixon Papers*, vol. 1969, pp. 544-556.

⁹⁶² Discurso a la nación sobre la guerra de Vietnam, 3 de noviembre de 1969, en *ibíd.*, pp. 905-906. Véase también el Primer Informe Anual de Nixon al Congreso sobre la Política Exterior de los Estados Unidos de los años setenta, 18 de febrero de 1970, en *Nixon Papers*, vol. 1970, pp. 116 ss.

⁹⁶³ Norman Mailer, *The Armies of the Night: History as a Novel, the Novel as History* (Nueva York: New American Library, 1968), p. 187.

⁹⁶⁴ John Kenneth Galbraith, *The New Industrial State* (Boston: Houghton Mifflin, 1967), cap. XXXV.

⁹⁶⁵ Primer Informe Anual al Congreso sobre Política Exterior de los Estados Unidos de los años setenta, 18 de febrero de 1970, en *Nixon Papers*, vol. 1970, p. 119.

⁹⁶⁶ *Ibid.*, p. 178.

⁹⁶⁷ *Ibid.*, p. 179.

⁹⁶⁸ Segundo Informe Anual al Congreso sobre Política Exterior de los Estados Unidos, 25 de febrero de 1971, en *Nixon Papers*, vol. 1971, p. 304.

⁹⁶⁹ Albert Wohlstetter, «The Delicate Balance of Terror», *Foreign Affairs*, vol. 37, núm. 2 (enero de 1959), pp. 211-234.

⁹⁷⁰ Citado en Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), p. 136.

⁹⁷¹ Peter Grose, «U. S. Warns Soviet on Use of Force Against Czechs», *The New York Times*, 18 de abril de 1969.

⁹⁷² Peter Grose, «A Series of Limited Pacts on Missiles Now U. S. Aim», *The New York Times*, 22 de abril de 1969.

⁹⁷³ Chalmers M. Roberts, «U. S. to Propose Summer Talks on Arms Curb», *The Washington Post*, 13 de mayo de 1969.

⁹⁷⁴ Editorial «Clear It with Everett», *The New York Times*, 3 de junio de 1969.

⁹⁷⁵ Editorial «Start the Missile Talks», *The Washington Post*, 5 de abril de 1969.

⁹⁷⁶ Véase Kissinger, *White House Years*, pp. 265 ss.

⁹⁷⁷ Citado en *ibíd.*, p. 165.

⁹⁷⁸ Richard M. Nixon, «Asia After Viet Nam», *Foreign Affairs*, vol. 46, núm. 1 (octubre de 1967), p. 121.

⁹⁷⁹ «Nixon's View of the World - From Informal Talks», en *U. S. News World Report*, vol. LXV, núm. 12 (16 de septiembre de 1968), p. 48.

⁹⁸⁰ Discurso de Rogers ante el National Press Club, Canberra, Australia, 8 de agosto de 1969, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. LXI, núm. 1.575 (1 de septiembre de 1969), pp. 179-180.

⁹⁸¹ Discurso de Richardson, «The Foreign Policy of the Nixon Administration: Its Aims and Strategy», en *ibíd.*, vol. LXI, núm. 1.578 (22 de septiembre de 1969), p. 260.

⁹⁸² Segundo Informe Anual, en *Nixon Papers*, vol. 1971, p. 277.

⁹⁸³ *Ibíd.*

⁹⁸⁴ Citado en Kissinger, *White House Years*, p. 1.062.

⁹⁸⁵ Citado en *ibíd.*

⁹⁸⁶ Comunicado conjunto emitido en Shangai, 27 de febrero de 1972, en *State Bulletin*, vol. LXVI, núm. 1.708 (20 de marzo de 1972), pp. 435-438.

⁹⁸⁷ Véase Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Boston: Little, Brown, 1982), pp. 233, 294-295, 1.173-1.174.

⁹⁸⁸ Willy Brandt, *People and Politics: The Years 1960-1975*, trad. por J. Maxwell Brownjohn (Boston: Little, Brown, 1976), pp. 123-124.

⁹⁸⁹ Véase Henry Kissinger, *Years of Upheaval* (Boston: Little, Brown, 1982), pp. 459 ss.

⁹⁹⁰ «*Détente: An Evaluation*», declaración de Robert Conquest, Brian Crozier, John Erickson, Joseph Godson, Gregory Grossman, Leopold Labedz, Bernard Lewis, Richard Pipes, Leonard Schapiro, Edward Shils y P. J. Vatikiotis, reproducida para uso del Subcomité de Control de Armamentos, Comité de los Servicios Armados, Senado de los Estados Unidos, 93.º Congreso, 2.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 20 de junio de 1974), p. 1.

⁹⁹¹ Declaración de George Meany, presidente de la American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations, al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, 1 de octubre de 1974, en Senado de los Estados Unidos, Comité de Relaciones Exteriores, *Détente: Hearings of United States Relations with Communist Countries*, 93.º Congreso, 2.ª sesión (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1975), pp. 379-380.

⁹⁹² Henry Kissinger, «Los intereses permanentes de los Estados Unidos», discurso pronunciado ante el Boston World Affairs Council, 11 de marzo de 1976, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. LXXIV, núm. 1.919 (5 de abril de 1976), pp. 427-428.

⁹⁹³ Citado en Henry Kissinger, *White House Years* (Boston: Little, Brown, 1979), p. 1.486.

⁹⁹⁴ Para detalles del debate, véase Kissinger, *Years of Upheaval*, pp. 256-274, 1.006-1.028.

⁹⁹⁵ Véase Coral Bell, *The Diplomacy of Détente* (Nueva York: St. Martin's Press, 1977), pp. 201-222.

⁹⁹⁶ Editorial «Improving U. S - Soviet Relations», *The New York Times*, 22 de febrero de 1971, p. 5.

⁹⁹⁷ Editorial «Trade and Freedom», en *ibíd.*, 18 de septiembre de 1973, p. 42.

⁹⁹⁸ Editorial «The Requirements of *Détente*», *Washington Post*, 12 de septiembre de 1973.

⁹⁹⁹ Kissinger, «America's Permanent Interests», pp. 431-432.

- ¹⁰⁰⁰ Citado en Timothy Garton Ash, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent* (Nueva York: Random House, 1993), p. 260.
- ¹⁰⁰¹ *Ibid.*, p. 223.
- ¹⁰⁰² Editorial «European "Security" ... and Real *Détente*», *The New York Times*, 21 de julio de 1975, p. 20.
- ¹⁰⁰³ Henry Kissinger, «American Unity and the National Interest», discurso en la Southern Commodity Producers Conference in Birmingham, Alabama, 14 de agosto de 1975, en *State Bulletin*, vol. LXXIII, núm. 1.890 (15 de septiembre de 1975), p. 392.
- ¹⁰⁰⁴ Kissinger, «America's Permanent Interest», p. 428.
- ¹⁰⁰⁵ Ronald Reagan, observaciones en la Conferencia Anual en Washington de la American Legion, 22 de febrero de 1983, en *Public Papers of the Presidents of the United States, Ronald Reagan*, vol. 1983, libro 1 (Washington, D. C.: U. S. Government Printing Office, 1982-1990), p. 270 (citado en adelante como *Reagan Papers*).
- ¹⁰⁰⁶ *Ibid.*, p. 271.
- ¹⁰⁰⁷ Ronald Reagan, conferencia de prensa, 29 de enero de 1981, en *ibid.*, vol. 1981, p. 57.
- ¹⁰⁰⁸ Discurso de Reagan a miembros del Parlamento británico, Londres, 8 de junio de 1982, en *ibid.*, vol. 1982, libro 1, p. 744.
- ¹⁰⁰⁹ «TRB» (Richard Strout), «Reagan's Holy War», *The New Republic*, 11 de abril de 1983, p. 6.
- ¹⁰¹⁰ Anthony Lewis, «Onward, Christian Soldiers», *The New York Times*, 10 de marzo de 1983, p. A27.
- ¹⁰¹¹ Stanley Hoftmann, «Foreign Policy: What's to Be Done?», *New York Review of Books*, 30 de abril de 1981, pp. 33-37, 39.
- ¹⁰¹² Texto de la carta de Reagan en Observaciones a miembros del National Press Club sobre la reducción de armamentos y de armas nucleares, 18 de noviembre de 1981, en *Reagan Papers*, vol. 1981, p. 1.065.
- ¹⁰¹³ Ronald Reagan, *An American Life* (Nueva York: Simon Schuster, 1990), p. 576.
- ¹⁰¹⁴ *Ibid.*, p. 592.
- ¹⁰¹⁵ *Ibid.*, p. 603.
- ¹⁰¹⁶ *Ibid.*, p. 634.
- ¹⁰¹⁷ Lou Cannon, *President Reagan: The Role of a Lifetime* (Nueva York: Simon Schuster, 1990), p. 792.
- ¹⁰¹⁸ Ronald Reagan, discurso ante una sesión conjunta del Congreso sobre el estado de la Unión, 25 de enero de 1984, en *Reagan Papers*, vol. 1984, libro 1, p. 92.
- ¹⁰¹⁹ Reagan, discurso al Parlamento británico, 8 de junio de 1982, en *ibid.*, vol. 1982, libro I, p. 746.
- ¹⁰²⁰ *Ibid.*, p. 745.
- ¹⁰²¹ Véase el libro de Peter W. Rodman, de próxima aparición, sobre la Guerra Fría en el Tercer Mundo, que será publicado por Charles Scribner's Sons.
- ¹⁰²² Discurso de Shultz, «Los Estados Unidos y la lucha por la libertad», 22 de febrero de 1985 (Washington, D. C.: U. S. Department of State, Bureau of Public Affairs, febrero de 1985), *Current Policy* núm. 659, pp. 1-5.
- ¹⁰²³ Citado en Leon V. Sigal, *Nuclear Forces in Europe* (Washington, D. C.: Brookings Institution, 1984), p. 86.
- ¹⁰²⁴ Discurso de Mitterrand ante el Bundestag, con ocasión del XX Aniversario del Tratado de

Cooperación Franco-Alemán, 20 de enero de 1983 (Francia: Ministerio de Asuntos Exteriores, Servicio de Prensa e Información).

¹⁰²⁵ Reagan, Observaciones al National Press Club, 18 de noviembre de 1981, en *Reagan Papers*, vol. 1981, p. 1.065.

¹⁰²⁶ «Reagan Proposes U. S. Seek New Way to Block Missiles», *The New York Times*, 24 de marzo de 1983, p. A20.

¹⁰²⁷ Harold Brown (comp.), *The Strategic Defense Initiative: Shield or Snare?* (Boulder, Col., y Londres: Westview Press for the Johns Hopkins Foreign Policy Institute 1987).

¹⁰²⁸ Harold Brown, «Introduction», e «Is SDI Technically Feasible?», en *ibíd.*, pp. 4-7, 131-132 y 138.

¹⁰²⁹ Richard Betts, «Heavenly Gains or Earthly Losses? Toward a Balance Sheet for Strategic Defense», en *ibíd.*, pp. 238-239.

¹⁰³⁰ George Liska, «The Challenge of SDI: Preemptive Diplomacy or Preventive War?», en *ibíd.*, p. 107.

¹⁰³¹ Robert Osgood, «Implications for US-European Relations», en *ibíd.*, pp. 266-268 y 276-278.

¹⁰³² Citado en Dan Smith, *Pressure: How America Runs NATO* (Londres: Bloomsburg, 1989), p. 184

¹⁰³³ Reagan, discurso ante la Dieta japonesa en Tokio, 11 de noviembre de 1983, en *Reagan Papers*, vol. 1983, libro 2, p. 1.575.

¹⁰³⁴ Reagan, *American Life*, p. 550.

¹⁰³⁵ Cannon, *President Reagan*, p. 289.

¹⁰³⁶ Reagan, observaciones en una reunión informativa de la Casa Blanca para funcionarios ejecutivos de asociaciones y corporaciones de comercio sobre el emplazamiento del misil MX, 16 de mayo de 1983, en *Reagan Papers*, vol. 1983, libro 1, p. 715.

¹⁰³⁷ Reagan, discurso a la nación sobre defensa y seguridad nacional, 23 de marzo de 1983, en *ibíd.*, p. 443.

¹⁰³⁸ George P. Shultz, «Armas nucleares, control de armamentos y futuro de la disuasión», discurso ante el Foro de la International House of Chicago y del The Chicago Sun Times, en la Universidad de Chicago, 17 de noviembre de 1986, en *U. S. Department of State Bulletin*, vol. 87, núm. 2.118 (enero de 1987), pp. 31-35.

¹⁰³⁹ Mijaíl Gorbachov, *Perestroika: New Thinking for Our Country and the World* (Nueva York: Harper Row, 1987), p. 139.

¹⁰⁴⁰ Mijaíl Gorbachov, conferencia de prensa después de la Cumbre de Ginebra, 21 de noviembre de 1985, en *Geneva: The Soviet-U. S. Summit, November 1985, Documents and Materials* (Moscú: Novosti Press Agency Publishing House, 1985), p. 18.

¹⁰⁴¹ Mijaíl Gorbachov, discurso en el 70 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, 2 de noviembre de 1987), en *Foreign Broadcast Information Service* (SOV-87-212, 3 de noviembre de 1987), p. 55.

¹⁰⁴² «An Interview with Gorbachev», *Time*, 9 de septiembre de 1985, p. 23.

¹⁰⁴³ «Gorbachev Pledges Major Troop Cutback Then Ends Trip, Citing Vast Soviet Quake», *The New York Times*, 8 de diciembre de 1988, p. A1.

¹⁰⁴⁴ *Ibid.*, p. A19.

¹⁰⁴⁵ Fragmentos del discurso de Gorbachov en Vladivostok, 28 de junio de 1986, en *The New York Times*, 29 de junio de 1986, p. A6.

¹⁰⁴⁶ Fragmentos del discurso de Gorbachov ante el Consejo de Europa en Estrasburgo, Francia, 6

de julio de 1989, en *The New York Times*, 7 de julio de 1989, p. A6.

¹⁰⁴⁷ «Gorbachev, in Finland, Disavows Any Right of Regional Intervention», *The New York Times*, 26 de octubre de 1989, p. A1.

¹⁰⁴⁸ «Gorbachev Lends Honecker a Hand», *The New York Times*, 7 de octubre de 1989, p. 5.

¹⁰⁴⁹ «Gorbachev Urges Economic Accords», *The New York Times*, 16 de julio de 1989, p. 17.

¹⁰⁵⁰ Strobe Talbott, «Rethinking the Red Menace», *Time*, 1 de enero de 1990, p. 69.

¹⁰⁵¹ Fred Halliday, *From Kabul to Managua: Soviet-American Relations in the 1980s* (Nueva York: Pantheon Books, 1989), pp. 17, 108-109 y 134-135.

¹⁰⁵² Viacheslav Dashichev, «East-West: Quest for New Relations: On the Priorities of the Soviet State's Foreign Policy», en *Foreign Broadcast Information Service* (SOV-88-098, 20 de mayo de 1988), pp. 4-8.

¹⁰⁵³ *Ibid.*

¹⁰⁵⁴ Edvard Shevardnadze, «The 19th All-Union CPSU Conference: Foreign Policy and Diplomacy», *International Affairs* (Moscú), octubre de 1988.

¹⁰⁵⁵ «X» (George F. Kennan), «The Sources of Soviet Conduct», *Foreign Affairs*, vol. 25, núm. 4 (julio de 1947), p. 580, 184.

¹⁰⁵⁶ Presidente George Bush «La ONU: Parlamento Mundial de la Paz», discurso pronunciado ante la Asamblea General de la ONU, Nueva York, 1 de octubre de 1990, en *Dispatch* (U. S. Department of State), vol. 1, núm. 6 (8 de octubre de 1990), p. 152.

¹⁰⁵⁷ Presidente Bill Clinton, «Enfrentarse a los desafíos de un mundo más vasto», discurso pronunciado ante la Asamblea General de la ONU, Nueva York, 27 de septiembre de 1993, en *ibíd.*, vol. 4, núm. 39 (27 de septiembre de 1993), p. 650.

¹⁰⁵⁸ Sir Halford John Mackinder, *Democratic Ideals and Reality* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1962).

¹⁰⁵⁹ Alexandr Solzhenitsin, «¿Cómo hemos de reestructurar Rusia? Una modesta contribución», *Literaturnaya Gazeta*, Moscú, 18 de septiembre de 1990, en *Foreign Broadcast Information Service* (SOV-90-187, 26 de septiembre de 1990), esp. pp. 37-41.

¹⁰⁶⁰ Observaciones del presidente Bill Clinton al Público Multinacional de Futuros Dirigentes de Europa, Hôtel De Ville, Bruselas, Bélgica, 9 de enero de 1994 (Bruselas, Bélgica: The White House, Office of the Press Secretary, comunicado de prensa, 9 de enero de 1994), p. 5.

Table of Contents

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[Notas a pie de página](#)